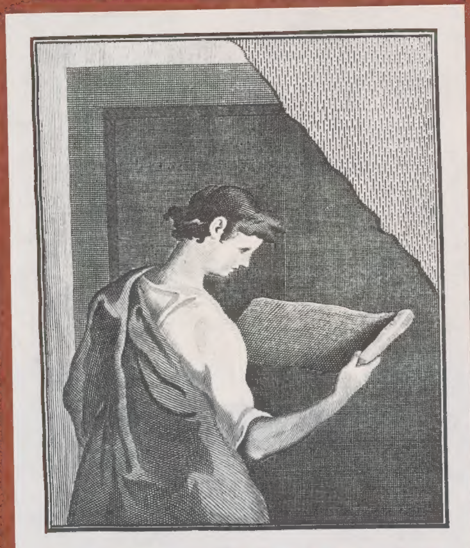
LA ILUSTRACION ARTISTICA



ILUSTRACION ARTISTICA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MAS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNIFICA COLECCION DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO III.— AÑO 1884

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1884

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL TERCER TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TERCER TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

SUPLEMENTOS ARTISTICOS Y PÁGINAS QUE CONTIENEN SU DESCRIPCION



AÑO III — BARCELONA 1.° DE ENERO DE 1884 — NÚM. 105

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UNA HERMOSURA VIENESA (Galería de mujeres hermosas)

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

LA VUELTA AL AÑO

Sí, otra vez empezamos á darla, tripulantes de la misma nave, temerosos de los mismos temporales y esperanzados en las mismas bonanzas. La muerte de un año, el nacimiento de su sucesor, tienen cierta solemnidad trágica, parecen un vaticinio, un consuelo para unos, un pavoroso misterio para otros. El que sufre ve con alegría ese recodo que hace el camino. ¿Quién sabe si al otro lado empezarán idílicas y serenas regiones donde el amor se hospeda en el nido de plumas recogidas y mullidas por la dicha? El que es feliz ¿no imagina un peligro en cada paso y un enemigo en cada dia? Esta febril impaciencia del vivir nos hace contar la existencia en fracciones para acomodarlas á nuestras ansiedades de lo no poseido y á nuestro hastío de lo gozado.

«El año que viene seré mayor de edad,»—dice el rico heredero á cuya fogosa condicion inquietan las paternales riendas del tutor.

Si el tiempo estuviera dividido en etapas, ¿cómo componerse para fijar un plazo á ese férvido deseo de prodigalidades?

«¿Quién sabe si el año que viene habré yo muerto?»—Esta cruel interrogacion balbuceada por seniles labios, funda una esperanza en el sepulcro.

¡Años, que pasais, blanqueando las cabezas de los hombres, no sé si odiaros ó amaros con idolatría! Porque vosotros destruís la belleza, pero tambien apagais los rencores; echais abajo los monumentos, pero tambien levantais con alas de triunfo al injustamente derrocado. Sois puñal que hiere y bálsamo que sana, fortaleceis el vigor del alma con la experiencia y disminuís el de los músculos con los achaques. Sois en el abuelo una corona de nieve, que hasta el sol besa con amor y respeto

Todos los hombres quieren vivir mucho, pero ninguno gusta de tener muchos años

***

La familia tiene sus fiestas en estos dias, que son un puente para cruzar de un año á otro, al mismo tiempo que en Sevilla se celebrará un congreso socialista, cuyo objeto es proclamar el amor libre y la necesidad de que el Estado se encargue de alimentar y educar los hijos que resulten de las instintivas y carnales uniones del varon y la hembra.

¡Oh, sabios reformistas de la sociedad! Así, con un decreto, quieren cambiar los fundamentos de la vida y arrebatar al amor del hombre lo único que le distingue del de las bestias: la perpetuidad del sentimiento. Para tales innovadores el amor es un beso y una gestacion. Si hemos de llegar á tal progreso no valia la pena que se ha tomado naturaleza diferenciando al *homo sapiens* del *simia troglodita*.

Dejemos desvanecerse entre el clamoreo de los manicomios estos gritos de oradores energúmenos para mirar ese apreton de manos que trémulos de dicha se dan esos dos novios, en el momento en que el dia de San Silvestre entrega sus dominios al dia de San Manuel. Ese apreton de manos significa la familia de mañana, la bendicion del sacerdote, sobre cuya vestidura recamada de oro parece descender en aquel momento toda la luz del cielo, una cuna adornada de encajes, juguete de los ángeles, tan blanca y tan bonita, que es una sonrisa de inocencia y gracia capaz de hacer desarrugar el entrecejo más avieso é iracundo.

En los países meridionales muchas mujeres tienen la supersticion de que esa noche que une los dos años es fecunda en alegrías y que aquellos que al dar las doce en los relojes cambian una sonrisa de amor, quedan unidos para siempre con los lazos que Dios ata, y sólo la muerte desata.

Santas supersticiones, ¿hay quién se burle de ellas? Sin duda. Pero el dia en que ningun pecho las conserve en su tesoro de ilusiones, el dia en que la vida sea una marcha mecánica por una calle tirada á cordel, entónces..... entónces sólo los boticarios cogerán rosas, y eso para hacer remedios; sólo los astrónomos mirarán á las estrellas, para medir sus distancias.

***

Los años.... los estrechos.... vieja costumbre que va perdiéndose en la irrupcion de las costumbres francesas. Sólo la clase media la conserva: un sombrero en que se han metido pequeños papeles con los nombres de las damas conocidas... otro sombrero en que se depositan los nombres de los caballeros.... La suerte los une y estos casuales consorcios obligan al galan á regalar á la dama una caja de dulces. ¡Pequeño compromiso!

La antigua cortesanía castellana hacia de estos emparejamientos de año nuevo un vasallaje espiritual, en virtud del cual el galan era durante doce meses defensor y mantenedor de la belleza de ella. Era la era aquella en que se cambiaban besos por estocadas y en que los hombres morian por agradar á las mujeres. Hoy á esa era de galantería, ha sucedido la era del vitriolo. Las mujeres no necesitan lanzas que las defiendan. Un frasco de la corrosiva materia asegura su venganza. La química combinada con las pasiones.

***

Pronto llegarán. Es de noche cuando arriban, con sus esbeltos caballos y sus fornidos camellos. La fantasía del pueblo cristiano los ha adornado de toda suerte de prendas. Son tres Reyes *indestronables*, en cuyos oidos augustos no puede sonar el airado compás del *Ça-ira*. Son la personificacion de la magnanimidad. Sus manos no se cansan de dar. Están en combinacion con los tiroleses y con los fabricantes de juguetes de Nuremberg. Sus favoritos son los niños. Entre las tejas de una buhardilla dejan un puñado de cuartos, en el elegante balconaje del palacio dejan una maravillosa muñeca, de ojos de azabache y mejillas de porcelana, vestida de raso. Esta analogía entre la suerte de los niños y las dádivas que les hacen es una prueba más del talento bondadoso y previsor de los Reyes magos. Imaginaos lo que pasaria si dejaran un juguete de gran valor en el zapatito de un mendigo. El contraste entre la mísera olla que habia comido, olla en que la pobreza echa la más apetitosa salsa del mundo, y el muñeco adornado como un rey, seria terrible. ¡Una fiesta para los ojos, cuando el estómago carece de aquello que pide con dolores! Es pues una prodigalidad bien entendida la que da al hijo del mendigo pobre regalo, y se le hace magnánimo al hijo del rey!

***

Los tres Reyes del Oriente llegan al mundo entre gallos y media noche, cuando el sueño ha ido rindiendo todas las cabecitas infantiles. Miéntras dura este sueño es cuando se lleva á cabo el milagro. Una ventana rápidamente abierta y cerrada. El Rey mago de servicio en aquel barrio se ha valido como intermediaria del prodigio, de una mujer, de una madre. Ya está ocupado el zapatito, el lindo zapatito de terciopelo y seda, el mísero andrajo de cuero, de tacon descosido y desgarrados forros. ¡Qué es lo que hay dentro! ¡Quién puede hacer el catálogo, infinitamente vario en forma y detalles! Una moneda, una caja de soldados, un sable de laton, un rompe cabezas, un teatrito Guignol con actores de papel, como los que hay en muchos teatros de hombres, esto es, de niños grandes. Ya que no puede decirse en una cifra el homogéneo valor metálico de esos regalitos de los Reyes Magos, puede decirse en una frase su significado:

A través de esos regalos se ven dos infinitos que se dilatan paralelos:

Un infinito blanco, de inocencia.

Un infinito azul, de amor maternal.

***

Los homenajes celebrados en honor de Cano, el autor de la *Pasionaria*, y los aplausos que Vico obtiene todas las noches en el teatro de la Zarzuela, son el único paréntesis que la literatura dramática ofrece en este largo y enojoso párrafo de las Pascuas. Son dias vividos entre el besugo y el pavo, y propios de una literatura escénica ligera y fácil, poco artística, de grandes brochazos, en que se derrocha el rojo chillon de lo bufo, mezclado, á las veces, con alguna pinceladita de ingenio. No pide más el espectador que acaba de cenar opíparamente. Si le ofreceis en tales condiciones fisiológicas un drama serio, atentais á su digestion, cometeis un delito de leso estómago. La risa, la risa sonora, contagiosa, este es el mejor digestivo, y eso pide el público de Noche-Buena y año nuevo. El chiste florece espontáneamente de sobremesa. El vino exquisito desata las trabas del ingenio, y despues de un banquete el hombre ménos chistoso puede tener una ocurrencia promovedora de la hilaridad. Esta observacion servirá para explicar la benevolencia con que este público particular juzga las obras que se le someten.

He dicho que es un «público particular» el que llena los teatros de Madrid en estos dias de Pascua. Sin duda alguna y cuando estos dias pasan desaparece ese conjunto de personas que llenan el teatro desde el 24 de diciembre al 7 de enero. El burgués retraido, padre de numerosa familia; la pensionista, el retirado, el estudiante pobre, á quien paterno aguinaldo permite una orgía por Pascuas, comerciantes de soportal.. hé aquí la lista de los que forman el referido público.

¡Con qué inocentes carcajadas son recibidos los chistes! ¡Qué oleadas de risa suben del patio á la galería y bajan del paraíso á las plateas!

Mariano Fernandez, que tiene sus frases como todo actor que se respeta, dice:

—Las funciones de aguinaldo no necesitan gracioso. Esta gente se reiría viendo *Locura ó Santidad*.

***

Aun cuando no son aquí de mi competencia los acontecimientos políticos, no puedo ménos de apuntar, en mis cartones de cronista, un perfil muy vivo y enérgico de la vida de Madrid en estos dias. El disentimiento de los fusionistas y el gobierno hace temer un gran movimiento de personal, una inmensa emigracion de los colonos que pueblan ese país pingüe llamado «presupuesto.»

Sabido es que Madrid es una poblacion de empleados y cesantes. Esta es la razon de que las oscilaciones políticas, no por lo que tienen de políticas sino por lo que tienen de personales, desciendan á la tienda de ultramarinos, y suban á la Bolsa, influyan en la marcha de los negocios todos, en el precio de los fideos, y el del papel del Estado, en el crédito y boga de los sastres, en el auge de las casas de préstamos.

Si Hamlet, en vez de vagar por las rocas de Elseneur, hubiese vivido en Madrid, habria empezado su monólogo diciendo:

«Ser empleado ó ser cesante: esta es la cuestion.»

***

La prensa ha anunciado la fundacion de un gran círculo por la iniciativa de unos cuantos hijos castizos de Madrid. Este círculo se llamará: *Madrid-Club*.

El círculo será muy castizo, pero su título es inglés. ¿Cuándo volveremos á entendernos en castellano?... ¡Una lengua tan clara y tan bonita!

***

Antes hablaba de las felices digestiones como resúmen de la actividad humana en estos dias. Hay una raza de filósofos mal humorados, especie de místicos modernos, que satirizan á la humanidad porque de cuando en cuando se entrega á la alegría y deja suelta la cuerda del arco de que en el viejo Apólogo hablaba Simónides. Preferirian una humanidad lúgubre, severa como un juez y séria como un asno.

Dios me libre de pensar de esa manera. Divertíos ¡oh mortales! Con fiestas y sin fiestas no dejará de ser la vida una comedia para el que piensa, una tragedia para el que siente.

J. ORTEGA MUNILLA.

NUESTROS GRABADOS

UNA HERMOSURA VIENESA
(Galería de mujeres hermosas)

Si esa dama pestañea, como se dice vulgarmente, hay que reconocer que la Providencia ha sido bien espléndida con ella. Su belleza es severa, es una de esas bellezas que no habla á los sentidos sino al sentimiento: su mirada serena parece hecha á propósito para contener á los osados; la expresion de su semblante nos trae á la memoria á las matronas romanas, no como quizás fueron, sino como nos complacemos en figurarnos que debieron ser.

No nos cansaremos de felicitar al autor, ó mejor á los autores, de esa original galería. Existe una en Berlin y otra en Munich. La contemplacion de lo bello, sobre todo en el tipo de la mujer, predispone para el ejercicio de nobles sentimientos. Lo bello inspira generalmente lo bueno; la contemplacion de la fealdad del cuerpo únicamente puede ser simpática á quien tenga el alma no ménos fea. El hombre, hecho á semejanza de Dios, se inclina por naturaleza á cuanto le recuerda ó armoniza con la perfeccion de su Creador.

LOS SEGADORES,
composicion y dibujo de Ricardo Balaca

La faena ha sido ruda, el dia caluroso: los segadores descansan despues de haber cumplido hasta con exageracion el precepto divino. La escena no puede ser más sencilla, ni la composicion más sobria.

El malogrado Balaca jamás buscó los efectos en la exageracion de ninguna de las manifestaciones de la naturaleza. La reproducia tal como la veia en sus frecuentes excursiones, tan distante del poema como del idilio, pero sin incurrir en las fealdades de un realismo grosero, que existe sin duda, pero que el autor no está obligado á fotografiar; bien así como en sociedad se usan ciertas palabrotas que los escritores no están obligados á emplear en sus obras

Balaca era un artista concienzudo, observador, que encontraba bellísima á la naturaleza tal como era y á quien nunca se le ocurrió que pudiera mejorarla el primer pintor del mundo. A la vista de sus *segadores*, como de cualquier otro de sus cuadros, lo primero que se ocurre es:—Esto es verdad, es decir, esto es la verdad.

EL ÚLTIMO EN LLEGAR FUÉ PIERNAS DE S.,
cuadro por Roberto Fontana

Piernas de S, así llamado por lo torcido de las suyas, es uno de esos séres de quienes dijo Larra que hubieran sido lo más indigno de la sociedad á no ser porque eran aún más indignos los grandes señores que los mantenian á sus expensas. Contrahecho por naturaleza, maligno por temperamento, desvergonzado por razon de su cargo, *Piernas de S* es un bufon tan convencido de su infamia como seguro de su impunidad.

Ahora bien, á la puerta de una mansion feudal, dos hermosos pajes, dos jóvenes tan gallardos cuanto el bufon es contrahecho, hacen con burlesca exageracion, los honores al rezagado, que se dirige al castillo con toda la prosopopeya de un caballero pagado de sí mismo. Bien sabe *Piernas de S* que si los jóvenes servidores de su señor se permiten esa inocente burla, no es por dureza de corazon, sino por efecto de sus pocos años. No importa, el bufon se vengará; el bufon, por lo mismo que ha sido educado en las condiciones de perro favorito, muerde cuanto aborrece y aborrece todo lo que respira juventud, candor, alegría.

Pasaron, por fortuna, esos tiempos en que la falta de honestas distracciones obligaba á los grandes señores á recrearse con las groserías de sus bufones, que no pocas veces dieron lugar á sangrientos conflictos. El autor del cuadro que nos ha trasportado á esos tiempos, une á un diestro pincel el sentimiento de la situacion que representa. Su cuadro es una obra de arte que tiene verdadero sabor de feudalismo.

SIEBA, dibujo por M. G. Vuillier

Sieba existe, Sieba es Mlle. Zuchi, en el baile de aquel nombre representado en el Eden-Teatro de Paris.

Mis lectores no saben quien es Mlle. Zuchi .. Se lo diremos. Pero de pronto, á la vista de su retrato, sin necesidad de mayor demostracion, echarán de ver que es una muchacha preciosa, una de esas bellezas que juntan á la perfeccion de sus líneas, una expresion que las hace esencialmente simpáticas.

Lo demás es lo de ménos, como decia el otro.

Mlle. Zuchi es una artista, porque ahora ya hemos convenido en que cuanto se exhibe en espectáculo pertenece al arte. Dicho sea, empero, en honor de la artista Mlle. Zuchi, primera bailarina del Eden-Teatro, su talento se halla en relacion directa de los piés á la cabeza, y si baila como una *willi*, declama como una Ristori, salva

la interdiccion de la palabra, sin cuyo auxilio expresa perfectamente los sentimientos que la agitan, segun los tipos que representa.

Un periodista francés dice de ella que ha elevado la danza á la altura del genio ... Tanto mejor para Mlle Zuchi. Despues de todo ¿no danzó David delante del Arca? ¿No es la musa de la danza una de las nueve hermanas de Apolo? Y finalmente, la inmensa mayoría de los mortales ¿somos otra cosa que una coleccion de danzantes?

LA JURA DE LOS FUEROS, cuadro por el Sr. Guinea

Sabido es que los antiguos príncipes españoles al heredar el trono se veian obligados á jurar los fueros otorgados á algunos de sus Estados ó ciudades por sus antecesores, ó concedidos por ellos mismos en virtud de algun servicio notable prestado por estas á la patria ó á la corona. Esta ceremonia de la jura de los fueros ha inspirado al artista español Sr. Guinea, residente en Roma, el bellísimo cuadro cuya reproduccion insertamos en el presente número, y en el que son dignos de encomio su correcto dibujo, la bien estudiada y expresiva actitud de los personajes, y el conocimiento histórico que así en indumentaria como en armas y demás accesorios revela su autor.

EL AVISO DE UN DESCARRILAMIENTO, cuadro por Manuel Spitzer

El hombre no domina impunemente á la naturaleza Cual si la materia hiciera de cuando en cuando un poderoso esfuerzo para sacudir el yugo de la inteligencia, distintas veces llega á nuestro conocimiento la nueva de alguna catástrofe; advertencia terrible, pero la más á propósito para humillar el orgullo humano y demostrar que las obras del hombre distan aún mucho de la perfeccion que tanto le preocupa.

Ya una explosion de gas sepulta en vida á muchos infelices mineros; ya el mar embravecido traga la nave que le surcaba altiva pocas horas ántes; ya el más pequeño descuido de un empleado rendido de sueño, de frio ó de fatiga, es causa de un choque ó de un descarrilamiento en la línea férrea. En cualquiera de esos accidentes se produce la consternacion natural, ya no tan sólo en sus víctimas inmediatas, sino en las familias que, teniendo á alguno de sus miembros en el lugar de la catástrofe, desconocen la suerte que pueda haberle cabido en ella.

Una de esas escenas de alarma, de confusion, de dolor, representa nuestro grabado, y con tanta verdad la representa que sus distintos grupos parecen copias del natural. Ninguna explicacion necesita esta lámina, en la cual desde la indiferencia del muchacho vendedor de periódicos, hasta la desesperacion de la jóven que llora una inesperada pérdida, todo está reproducido con una verdad y un arte que avaloran las excepcionales dotes del autor de este lienzo.

LOS GOMOSOS

I

Las plagas son un medio de que se vale el Sér supremo que rige al Universo para castigar las faltas de los hombres.

En tiempo de Faraon no habia gomosos.

Si los hubiera habido ellos hubieran sido la octava y más terrible plaga de Egipto.

La civilizacion ha producido cosas estupendamente insoportables.

Una de ellas es ese necio almibarado, elegante, entremetido, mixto de mujer inútil y vana y de mono audaz, sin vergüenza y cobarde que se llama el gomoso.

Tiene todas las ridiculeces de que es susceptible ese gran sér que se llama hombre y de quien dicen las escrituras sagradas, y es necesario creerlo, que está hecho á imágen y semejanza de Dios.

Pero el gomoso no es un hombre propiamente dicho.

Es una especie de insecto social, una broma de la naturaleza, un castigo que se parece á una mujer vestida de hombre.

Es pomadoso, empalagoso, insoportable.

A donde quiera que van ellas va él.

Los grandes animales feroces tienen adjunto un sér ruin y pequeño enemigo suyo del que no pueden defenderse; el águila, tiene al gorgojo: así el gomoso está adjunto á las mujeres.

Tanto más la mujer es importante, hermosa, magnífica, tanto más el gomoso la aflige, la sigue, la acosa, la sofoca, la desespera, porque el gomoso es su eterno inconveniente, y á veces su más terrible enemigo.

Porque el gomoso es embustero, intrigante, calumniador.

Por donde él pasa, queda, como por donde pasa el caracol, la huella de una baba asquerosa.

Lo más terrible del gomoso es que no puede evitársele.

Abunda como los insectos dañinos, como la pulga, como el mosquito, etc., etc.

Aún no ha nacido el hombre bienhechor que invente unos polvos ó una fumigacion *gomosicida*; (rogamos á la Academia dé entrada en su diccionario á este calificativo.)

El gomoso es un horror.

II

Ella era viuda.

Una viuda de veinticinco años.

Una morena deliciosa.

Gaditana y basta.

La crema, el colmo de todas las gracias, de todas las perfecciones, de todos los incentivos.

Una gitana ingerta en una andaluza, chula por consecuencia y por educacion; por posicion, por fortuna, gran señora.

Y sin padre, ni madre, ni primos, ni tios, ni hermanos.

Una joya perfectamente desembarazada.

Una prenda envidiable, pero desventurada.

Estaba infestada de gomosos.

Yo estaba con ella en muy buen camino.

Loreto me distinguia y se permitia para conmigo esas inapreciables é incitantes coqueterías con que una mujer dice á un hombre que le quiere ántes de decírselo, con los rosados labios.

Yo la pedia un compromiso formal.

Uno de esos compromisos que en un breve plazo llevan á dos mitades del sér humano á la vicaría, para que los aten y los autoricen á fastidiarse homéricamente cuando más pronto ó más tarde se pone la luna de miel y aparece la de hiel.

Yo me ahogaba.

Ella me recibia con una gran confianza.

Como si hubiera sido su hermano.

Se abandonaba sobre el respaldo de su mecedora y me miraba largamente con sus grandes ojos negros, profundos como un abismo, poderosos, creadores de cuantas desesperaciones, de cuantas hambres rabiosas puede sufrir un hombre por una mujer.

Un cuerpo de diosa encerrado en túnicas trasparentes en parte, reveladoras de formas magníficas bajo plegaduras indiscretas; unos piés que á veces asomaban bajo la vaporosa falda, indescriptibles, llenos de un espíritu mortal (que tambien los piés tienen espíritu, expresion, seduccion, elocuencia); unos brazos deliciosos saliendo por entre una bruma de encajes; los cabellos en un desórden premeditado dando accidentes y veladuras á la frente y las mejillas; un idilio viviente, palpitante, abrasador, enloquecedor: hé aquí lo que era Loreto, cuando con una noble y valiente confianza del mejor género y del gran trato fácil y digno á la par, recibia á sus buenos amigos en su templo, en su *sancta sanctorum*, en su gabinete, en el cual competian la riqueza, el arte y el buen gusto.

III

Aquello era mortal.

El templo de Gnido, perfumado, candente, que á veces llenaban de una armonía feble, lánguida, voluptuosa, los adorables dedos de Loreto, pasando leves sobre el teclado del piano, como los céfiros por las liras eólicas.

Y las noches de luna, francas á la brisa las ventanas rasgadas sobre el jardin, revelándose por entre los rompientes de los árboles el inmenso desierto del océano con el cántico grave y sonoro de su eterna agitacion, con sus brillantes destellos de luz plateada sobre la curvatura de sus ondas.

Pues bien, todo esto inestimable, innarrable; todo esto que era un aliento de vida portentosa para el corazon, una embriaguez de sueños sin nombre, de imágenes indescriptibles para la cabeza, de sensaciones beatíficas en un naturalismo sublimador de la vida idealizada en la materia, se nublaba siempre, se afeaba, como afea siempre una mancha de grasa una deliciosa acuarela, con la presencia de un infame gomoso, de un asesino de lo bello, de lo sensual, de lo poético, de lo vivífico, de lo sublime, de lo indecible, de la litacion de la vida en lo infinito delicioso.

La necedad en una dulce égloga de Garcilaso, lo estúpido en uno de los conmovedores gemidos de Dante por Beatriz, la tentacion horrible de aplastar aquella mosca asquerosa y tenaz que sin ahogarse se bañaba en el vaso de leche.

IV

Las conveniencias y el respeto á Loreto me contenian.

Me veia obligado á tratar con atencion á aquel asesino.

La buena sociedad, lo que se llama gran mundo, es un insoportable lecho de Procusto de que es necesario soportar sonriendo cosas insoportables cuando no infames de toda infamia.

Pero ¿qué se diria si se faltase á las conveniencias?

Lo ménos malo que se diria de nosotros seria llamarnos salvajes de la civilizacion y como los salvajes son temibles, se nos cerrarian todas las puertas.

Se nos condenaria á la soledad en medio de la multitud.

De lo que se deduce que el hombre ha nacido para sufrir sin quejarse, para que no se le tome por grosero ó por díscolo, todo género de contrariedades y de una manera continua.

V

Yo me quejaba á Loreto en los breves períodos en que me encontraba solo con ella.

—¿Porqué recibe á estos inaguantables?—la decia.

—¡Ah! ¡por necesidad !contestaba ella con un acento singular:—y no sólo por necesidad sino por conveniencia.

—¡Por conveniencia!

—Estos bichos son muy malos: pegajosos como ellos solos, no hay medio de despegárselos. Que se les dice que la señora no está en casa: se plantan en el portal de enfrente, atisban, acechan, preguntan al portero, al de la tienda, al zapatero de viejo, se informan causando escándalo, sorprenden la salida de un amigo, y ya está hecha la calumnia. *Loreto no recibe por que la estorban las visitas: Loreto es una hipócrita y una desvergonzada: ha estado dos horas confesando sus culpas con el cura de la parroquia: es una coqueta: ayer el de la audiencia particular era el gobernador: sin duda Loreto pertenece á la alta policía: ó bien Loreto estudia náutica: el vice-almirante H. la estuvo enseñando á navegar tres horas*: y esto cunde, esto se adiciona, esto acaba por pulverizar la honra de una mujer. A los gomosos hay que tenerles abiertas las puertas, coquetear con ellos, sufrirles, hacerles creer que se les ama: afortunadamente el gomoso no es más que gomoso: se contenta con ser insoportable: no tiene ni el capoteo, ni la audacia, ni la acometividad del chulo: es un necio cuyos amores son generalmente platónicos y por lo mismo perfectamente insoportables: miserias de la vida, hijo mio, miserias de la vida, y es necesario que te acostumbres.

—Juro á Dios que cuando nos casemos....

—Entónces más abierta la puerta porque habrá dos honras que garantir.

—De modo que....

—Inevitables: si se les rechaza se pegan más: son como cuerpos peguntosos que están en la atmósfera, y que el viento nos echa sobre la cara: si se les revienta apestan, se reproducen como los vibriones, como los bactriáceos, como la trichina: son una enfermedad social en que no se ha reparado bien y á la que no se ha dado toda la importancia funesta que en sí tiene: nosotras, las mujeres, lo sabemos y nos defendemos trasteándolos, sufriendo su conversacion insípida y monótona, su aliento repugnante, su mirada asquerosa: son necios que ven en cada mujer una diosa hecha á su imágen y semejanza, que la adoran en éxtasis, en un éxtasis vacío de todo sentimiento práctico, repetidores eternos de un idilio de mal gusto; adherentes con una tenacidad de mosca, y que como las moscas en el verano están en todas partes: ¿vais á la iglesia? os ha seguido y se os adelanta, os espera al pié del agua bendita, os la sirve, corre á las sillas y os prepara una, os la paga: ¿se os cae el devocionario ó el abanico? os lo coge: ¿vais á paseo? se os pega á la cola: ¿vais al teatro? os abruma con sus gemelos: ¿dormís tranquilamente? os despierta un concierto de guitarras y bandurrias: llueven los billetes y los versos insoportables; la doncella sobornada los pone en vuestro tocador, en vuestro libro de oraciones, en la novela que leeis, hasta debajo de vuestra almohada: el mejor dia el gomoso se hace presentar, os obliga á que le recibais, os asedia, os encocora, os desespera: todo eso es hasta que se contrae la costumbre, hasta que se comprende que el gomoso es un adherente de la mujer.

VI

En aquel momento un criado anunció:

—El señor conde de B.

Entra un tipo.

Parece el figurin viviente de un sastre en boga.

Irreprochable.

Pero con una elegancia épicamente cursi.

Todo flamante.

Todo á la *dernière*.

Todo de una tal precision, de un tal escogimiento, que la mirada absorbe algo que causa lo que pudiera llamarse una indigestion del buen gusto.

Apesta al perfume de moda el sietemesino escuálido.

Es enteco, feble, feo, sin gracia, sin espíritu de ningun género como no sea el de la presuncion de hombre de mundo, buen mozo, distinguido *com'il faut*.

Trae un *bouquet* de flores raras, de flores de invernáculo, compradas á peso de oro.

Es una ofrenda propiciatoria que se presenta á la hermosa, con una sonrisa fatua en que hay algo de la expresion del mico.

Se le recibe con una sonrisa ambigua que él acepta como un favor.

Para mí no tiene más que una ligera inclinacion de cabeza.

Para él no existo yo.

Se sienta pegado á Loreto.

Su destino inevitable es ser pregunton.

La habla en voz baja.

Prescinde de mí.

Está solo con ella.

Yo me pongo en fuga ántes de que acabe de encendérseme la caldera, y no pueda contenerme y le



LOS SEGADORES, composicion y dibujo de Ricardo Balaca



EL ÚLTIMO EN LLEGAR FUÉ PIERNAS DE S, cuadro por Roberto Fontana

arrolle, porque las conveniencias...: las infames conveniencias....

Yo me he perdido.

Loreto hace un movimiento para ocultar una expresion de extremada contrariedad.

Ha comprendido.

Yo soy prudente.

El gomoso se levanta á medias y me hace un imperceptible movimiento de cabeza dejándome ver una sonrisa de triunfo.

El es el favorecido.

Yo me salvo cuanto ántes porque me ha acometido una furiosa tentacion de estrangularlo.

VII

¡Ah, los gomosos! ¡los gomosos!

Los hombres de mal genio no pueden andar por donde ellos andan.

Ellos nos secuestran las mujeres que les hacen caso porque les temen.

Ellos son su gusano.

Un gusano que no se puede destruir porque se reproduce á millares.

Hoy que se cultiva el estudio de la nueva ciencia que se llama sociología, debia estudiarse el problema de salvar á la humanidad de una multitud de elementos contraproducentes, que vician la atmósfera social y son de toda necesidad dañosos.

VIII

Y téngase en cuenta que no son únicamente las mujeres las que sufren esta plaga.

¿Estais en el café leyendo un diario?

Un gomoso se acerca.

Os interdice la lectura.

¿Estais leyendo con interés los partes sobre la guerra del Tonkin?

¿Os entretiene la lectura de la novela patibularia del folletin?

¿Os espeluzna un proceso sombrío ante los *asises?*

Pues bien, el gomoso se sustituye y os empalaga á elogios.

El ha leido vuestra última leyenda y le parece admirable.

Sobre todo aquella frase:

«Yo soy la inmensidad.»

Admirable.

Ni Víctor Hugo.

Os pregunta qué escribís, para quién escribís y cuánto os pagan.

Os pide que le digais versos.

No admite excusas.

Le soltais una fábula que le coja de medio á medio y no la comprende.

Pretendeis salvaros levantando el campo con un pretexto y no conseguís nada.

Se os pega, os acompaña.

Os meteis por recurso en cualquier casa diciendo que vais á un negocio, subís la escalera, dais tiempo para que el gomoso se vaya, bajais y es muy frecuente que os lo encontreis esperando.

Entónces conoceis hasta qué punto llega la tiranía de las conveniencias.

¿Qué vais á hacer con un hombre que os estima, que porque os estima se os pega, y que si lo quisierais y fuerais del gremio de los sableadores podriais explotarlo?

Hay que aguantar.

Y bien mirado, ¿de qué vive nuestra generacion más que de aguantar cosas de que no hay memoria se hayan aguantado nunca?

Y el gomoso es una de estas enfermedades sociales.

Una epidemia de que no podemos purificarnos, porque la perpetúa una plaga de insectos que no podemos destruir.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

MAL DE OJO

I

Habia en Madrid por los años de 1641 hácia la parte en que hoy está la calle de Embajadores, unas amenas huertas, á donde iban á solazarse damas y galanes.

El amor gusta de las umbrosas enramadas bajo cuya bóveda se ocultan pájaros que cantan sus amores, el verde musgo bordado de violetas y de pensamientos entre los cuales asoma esa pequeña flor que se llama *no me olvides*, y la argentada cinta del arroyuelo que deslizándose entre guijas parece que canta con su murmurio un idilio de Garcilaso.

El suave vientecillo de la tarde toma en sus alas la fragancia de las flores.

La luna dulce y melancólica presta su magia, bañándolas con su luz fantástica, á las hermosas de encendida mirada, de mejillas pálidas de pasion, de seno voluptuoso, de talle gentil, de pié breve.

¡Ah! las huertas de Santiago el verde con sus merenderos, sus pájaros y sus arroyos, sus flores y sus misterios!

II

Estas huertas estaban abiertas todos los dias hasta las ánimas; los dias de fiesta hasta las diez de la noche.

Esto cuando empezaba la primavera hasta que mediaba el otoño.

En el invierno acudia muy poca gente y á la caida de la tarde se cerraban.

No habia quien se atreviera á subir la agria cuesta del atochal, cuando las sombras borraban el camino, cuando los piés se hundian en la tierra reblandecida por la lluvia y cuando era notorio que gente maleante acechaba oculta tras los troncos de los olivos á los imprudentes que se aventuraban por aquellos solitarios lugares.

III

Entre estas huertas, á la izquierda del barrio de Embajadores que empezaba á formarse, y el hospital general que ya existia, habia una blanca casita rodeada de frondoso jardin, en donde vivia una criatura de tal manera hermosa que los poetas de aquel tiempo de la poesía en que brillaban tantos ilustres ingenios cuyos nombres son gloriosos, no encontraban palabras ni figuras poéticas para ponderarla.

Llamarla estrella, luna, sol, flor, tesoro, todo esto era insuficiente, y no se la podia llamar ángel, porque era un tanto pecadora, se ocupaba de hechicerías, y tenia por profesion lícita la de comadre, esto es, partera.

IV

Era gitana.

Granada tenia la honra de que hubiera nacido entre sus flores, á la sombra de sus murallas morunas, en el Albaicin, sobre el barrio de San Cristóbal, en una casita que allá en tiempos remotos pertenecia al palacio del rey moro Aben-Abuz, y que se llamó del *Gallo del viento*, porque en una veleta de su torre mayor tenia un gallo que se volvia rechinando con un sonido semejante al del clarin que llama á la batalla, hácia la parte por donde entraban en la vega los cristianos del adelantamiento del reino fronterizo de Jaen.

V

La historia del nacimiento de Amparo fué una tragedia.....

Un enamorado, irritado por los desdenes de su madre, que guardaba la honra de su marido como la guardan los gitanos, la asesinó.

La desdichada murió dando á luz á Amparo.

Quedó huérfana la triste.

A falta de parientes la recogieron los gitanos del barrio de San Cristóbal.

Tuvo por familia á todo el aduar.

Cada cual contribuia para la niña, de manera que se crió como los hijos de la gente rica, mimada y sin que se la negase un solo gusto.

Verdad es que ella lo merecia, porque criatura tan hermosa y tan inteligente no se habia visto, que la naturaleza habia hecho un esfuerzo y la habia dado encantos sobrenaturales.

Creció Amparo.

Se hizo mujer.

(Continuará)

FERNANDO MARMOLEJO

NOTAS DE MI VIAJE

EN BURGOS

Difícil ha de serme, despues de los dias trascurridos, coordinar y dar forma á los mil pensamientos y á las contrarias sensaciones que han agitado mi cabeza en vertiginoso tropel durante mi viaje. Las ideas despertadas por la observacion de las costumbres presentes, fruto del progreso y adelantos modernos, disputan el puesto que dentro de la mente ocupan á las nacidas al calor de los grandiosos recuerdos de lo pasado; la riqueza y ostentoso fausto de nuestra edad, digno del Bajo Imperio, tratan en vano de extinguir la esplendorosa cuanto severa pompa de remotas centurias, y por último los destellos de nuestra civilizacion reflejada en los palacios, en las *villas* y en los *hoteles*, intentan debilitar el conmovedor efecto experimentado á la vista de las soñadas maravillas del arte antiguo español. El espíritu moderno tiene á no dudarlo distintos medios de manifestarse que en otras edades, resultado innegable de su pasmosa actividad, empleada en resolver los más arduos problemas científicos ó filosóficos; pero en todos aparece siempre como carácter distintivo del siglo en que vivimos, la razon sobreponiéndose al sentimiento, la conveniencia y el cálculo á los goces del alma. Así no puede la mente remontarse á lo infinito, soñar y crear con la impalpable vida de la inspiracion los grandes ideales de otros tiempos, nacidos á su inmortal aliento. No hay para mí entre lo pasado y lo presente términos hábiles de comparacion, como no puede haberlos entre el mérito artístico de las Concepciones de Murillo y las Vénus del paganismo, entre la gran aljama de Córdoba y las catedrales de Sevilla y de Toledo, entre Santa Teresa y Cervantes.

Para los que vivimos con la fantasía y con el corazon fuera del mundo actual, para los que desconocemos la jerigonza filosófica de nuestros dias y ni siquiera hemos saludado el más insignificante libro de política gubernamental, para los que respiramos difícilmente dentro de la atmósfera de ambiciones, discordias, rencores y miserias que á pesar de los relumbrones y oropeles de que se cubren aparecen siempre en toda su repugnante desnudez, y por último, para los extraños séres que nada odian y nada quieren, mereciendo por tales conceptos la desdeñosa ó compasiva mirada de la multitud; para nosotros sólo está reservado el inefable goce de penetrar en el misterioso y augusto santuario de las pasadas edades, haciendo surgir de entre sus mudas ruinas las más ostentosas y deslumbrantes civilizaciones que yacen envueltas bajo un manto de hiedra y coronadas de jaramagos, amapolas y margaritas blancas y de oro. En medio de esas vastas soledades en que sólo reina el silencio, ¡cuán elocuentemente nos hablan por todas partes las místicas estatuas ocultas bajo los doseletes de filigrana, los mil asuntos que en pequeñas figuras se desenvuelven alrededor de los sepulcros, y cómo nos parece tambien escuchar en torno nuestro el gemido de esas damas de amplio brial y de plegadas tocas, yacentes sobre blasonados sarcófagos, ó bien el rumor de las que eternamente rezan de hinojos con un libro abierto entre las manos, apoyadas en suntuoso reclinatorio y las inmóviles pupilas fijas en lo infinito! Cuando á la caida de la tarde me he encontrado solo teniendo bajo mis plantas los sillares desprendidos que un dia formaron gigantesca bóveda de un templo, cuando en más de una ocasion he sorprendido oculta entre la espesura de una zarzamora ó de una madreselva, alguna borrosa inscripcion esculpida en los elegantes caractéres del siglo XIV, rodeada de escudos y motes heráldicos, ó cuando en vez de esto he descubierto entre los silvestres cardos de abandonado claustro, ya un fragmento de marmóreo arnés de algun adalid de cien combates, ó bien los restos del traje de un prelado, ¡cómo he sentido entónces conmoverse el alma, y en un instante, cual si reviviesen al poderoso aliento de una corriente eléctrica, todos aquellos miserables despojos han recuperado las antiguas formas y lo que es más, he llegado á creer que resonaba en mis oidos con toda su potente energía la palabra del sacerdote y el grito de guerra del caudillo!.....

Inútil es que yo trate de forzar mi voluntad y de obligar á mis sentimientos á emprender distinto rumbo aconsejado por la conveniencia; hace años que en medio de las multitudes me encuentro solo, y por el contrario, hallo grata y dulce compañía en estas soledades, donde acuden siempre á distraer el ánimo las imperecederas memorias de los años juveniles junto con las esperanzas de la gloria y los encantos del arte. De aquí nacen tantas ideas inexplicables y contradictorias, tantos locos ensueños, tantos absurdos pensamientos que al pasar en tumultuosa ronda dentro de mi cerebro, producen esa inextinguible y febril agitacion que, avanzando siempre como una gigantesca ola, se estrella al fin contra la inquebrantable roca de las realidades presentes. Este sacudimiento de las ideas, esta profunda conmocion, la he sentido en toda su fuerza por primera vez al abandonar las encantadoras playas de Biarritz, con sus vastos palacios, sus magníficos *hoteles*, sus opulentos *chalets*, sus hermosísimas mujeres, sus músicas de Waldteufel y Straus, oidas desde la terraza del Gran Casino, cuyos acordes se perdian en el inmenso Océano, y encontrarme en breves horas contemplando frente á frente, esa gran maravilla hija del divino delirio de una generacion de artistas, testimonio el más elocuente de nuestro poderío y de nuestras glorias, cuna de cien tradiciones, crónica inagotable de sentidas leyendas, soberbio panteon de las humanas grandezas y asombro, en fin, de todos los hombres y de todos los tiempos que se llama la Catedral de Burgos. Cuando he alzado los ojos hasta el cielo para medir la altura de sus caladas flechas, cuando uno por uno trataba de fijarme en sus infinitos pormenores; ora en las rígidas estatuas de su frontis, ora en sus ligeros antepechos como en las cresterías y en los rosetones, en los mil pináculos y agujas que brotan de la gigantesca bóveda del crucero, terminados por ángeles, eternos vigías del santuario, y por último, cuando más allá veia aparecer el peregrino ábside de la capilla del Condestable, con sus enormes escudos sostenidos por tenantes, con sus heraldos de blasonadas dalmáticas, sus festones de tréboles y sus olas de zarpadas hojas, corriendo por las escocias de los contrafuertes ó coronando la fábrica toda delicados y ligeros cual si hubiesen brotado al soplo de la naturaleza y, marchitos ya, quedasen adheridos al muro como las hiedras que nacen en las ruinas; fácil es comprender que súbitamente se alejara de mi cabeza el recuerdo de los edificios que acababa de abandonar, no llegando ni áun á establecer el contraste que se sigue comparando lo grande y sublime con lo raquítico y miserable. Las lujosas viviendas de aquellos magnates, construidas de blanca piedra de Angulema, con sus pesadas techumbres y sus ornatos de escayola, *los hoteles y villas*, pareciéronme entónces esas construcciones de carton que tanto entretienen á los niños colocándolas sobre simuladas montañas de corcho en medio de montoncitos artificiales de hierba y musgo.

Era cerca de media noche cuando ví por primera vez la catedral: no sé el tiempo que estuve parado ante la inmensa mole cuyos oscuros sillares resaltaban poderosamente sobre el fondo azul del cielo tachonado de estrellas: el resplandor de algunas penetraba á través del encaje de las agujas, de los antepechos y de las cresterías; las estatuas de las hornacinas dormian en las sombras y las monstruosas gárgolas y los reptiles de piedra hallábanse ocultos entre las hojas de cardos, entre los pámpanos y la silvestre higuera. La portada ojival de la iglesia de San Nicolás sólo mostraba las líneas generales de su elegantísima archivolta y la vacilante luz de un faro-

lillo alumbraba la entrada de la calleja de Santa Agueda, en medio de cuya profunda y medrosa oscuridad acaso vagaba el espectro del Cid Rui-Diaz, una mano apoyada sobre el histórico cerrojo y sosteniendo con la otra el dorado balleston segun cuenta el Romancero.

Por vez primera me parecia estar respirando el poderoso aliento de la Edad media, rodeado de tanta grandeza y de tantas históricas memorias, y en el indefinible misterio que produce el efecto de la pequeña plaza. Nada interrumpia la solemne calma de la naturaleza y el profundo reposo en que todo al parecer yacia. Al fin subí la empinada cuesta de la iglesia de San Nicolás y entré por una tortuosa y estrecha callejuela. Arrimado al muro del gran templo distinguí en una de las revueltas tenue claridad que saliendo de los mismos sillares alumbraba débilmente un pequeño espacio del suelo. Bajo un arco y dentro del hueco del muro, á través de una reja, habia una Vírgen sentada con el Niño Dios en los brazos. La antigua imágen tenia el rostro velado por la sombra que proyectaba enorme corona ojival adorno de su cabeza: los mil plegados angulosos de su manto y de su túnica, eran durísimos, y no obstante los abigarrados colorines con que alguna mano profana la habia enlucido, parecióme entónces un modelo acabado de mística belleza.....

A la mañana siguiente penetraba en el templo por la puerta del Sarmental, preciosa muestra del arte arquitectónico del siglo XIV; ya en el centro del crucero, perdida la vista y abismado el pensamiento ante aquel maravilloso conjunto, ni áun podia darme cuenta de mis impresiones; mi asombro crecia ora al fijarme en los robustos machones sobre que estriba la atrevida bóveda, ora en la grandiosa ornamentacion de los pilares, donde vive todo un mundo de séres animados por el aliento del arte; por cima de las molduras aparecian mil cabezas con distintas expresiones, ángeles y bichas, flameros y columnillas, hojas y trofeos, pajes y heraldos, escudos é inscripciones, todo admirablemente dispuesto, repartido en este lugar que con justicia mereció del más sombrío de nuestros monarcas que la llamase «obra más bien de ángeles que de hombres.»

Pero si tanta admiracion causa esta parte del templo, no es menor la que se experimenta al recorrer sus monumentales capillas, testimonios irrecusables unas del noble estímulo que distinguió á nuestros magnates y prelados al sentir los primeros albores del Renacimiento, y santuarios otras de venerandas tradiciones unidas generalmente á preciosas joyas arqueológicas. Entre estas era conocida ya para mí la que guarda el Crucifijo llamado de Burgos, cuyo orígen, segun el decir de las gentes, fué obra nada ménos que del santo varon Nicodemus y que á mi juicio es sólo interesantísimo ejemplar del siglo XIII. En medio de la rudeza del arte con que fué ejecutado, á pesar de la extraordinaria rigidez que lo distingue, de la infantil colocacion de sus piés y de la incorreccion general que en toda ella se advierte, ¡qué sello de misticismo, de candor y de inocencia revela, y cuán elocuentemente manifiesta el espíritu religioso de aquella centuria! Y sin embargo, el arte ha necesitado sólo un período de tres siglos para llegar, por sus marcadas evoluciones, desde este punto rudimentario y casi bárbaro, á producir los admirables mausoleos del Canónigo, Lerma, del Obispo Acuña, de D. Alonso de Cartagena y del Condestable D. Pedro Hernandez de Velasco.

El período artístico que abarcan estos tres siglos durante el cual las artes españolas rayaron á una altura casi inverosímil, hállase compendiado en esta singular fábrica, y así no es de extrañar, que junto á las inocentes producciones del arte románico del siglo XIII, veamos luégo las elegantes cuanto severas del XIV que alcanzan su mayor grado de esplendor en el XV para morir al fin en la siguiente centuria bajo la pompa deslumbrante y risueña del genio del Renacimiento italiano, no sin dejar de imprimir su carácter distintivo en el arte invasor confundido con el cual se muestra todavía durante el primer tercio del siglo de Cárlos V.

En esta peregrina combinacion de tan distintos elementos que revelan las mudanzas y vicisitudes del arte, sujetas á los cambios y alternativas del espíritu humano, hállase siempre sobrado motivo de estudio al abismarse en su contemplacion ofreciendo la más elocuente prueba de todo lo que en el mundo valen el poder, la gloria y la riqueza, sueños de un dia, vanos fantasmas que al cabo se desvanecen en la oscura noche de los siglos. Pero á pesar de todo, las obras del genio subsisten y viven más largamente, bastando para acreditar su divino orígen, la más pequeña huella del cincel sujeta al bronce, la mancha de color extendida sobre la tabla ó el lienzo, la columna solitaria erguida en medio de la desierta campiña.

Estos y otros pensamientos pasaban y pasaban dentro de mi cabeza al fijarme en los pormenores del templo y reparar ya en las magníficas verjas de las capillas con sus guirnaldas de flores, sus flameros y sus medallones, sus calados frisos y sus enormes cerrojos que defienden eternamente de la destruccion ora el suntuoso retablo plateresco con sus tablas de fondo de oro y sus místicas imágenes, ora los sepulcros de granito con sus inscripciones góticas, sus monstruosos leones de ensortijadas guedejas y sus yacentes estatuas cubiertas con el arnés de guerra, envueltas en amplias lobas revestidas con las pluviales capas, á cuyos piés reposa vigilante lebrel ó algun pajecillo con la cabeza apoyada entre las manos y que aún gime por la muerte de su señor.

Tuve que abandonar al fin el sagrado recinto cuando las sombras del crepúsculo avanzaban. Habia visto ya desaparecer lentamente los últimos rayos del sol á través de las vidrieras, y poco á poco, al par que iban aumentando las sombras, parecíame más profundo el silencio; acaso era yo el único sér viviente que allí se encontraba. Momentos despues sólo se percibian las grandes masas de los mausoleos cubiertos de paño dentro de las capillas, los contornos de los retablos con sus aéreos pináculos y sobre el pavimento resaltaban las lápidas sepulcrales de pizarra más negras todavía por las proyecciones de los pilares. Pero aún no me encontraba satisfecho: habia visto el prodigioso templo inundado de luz por la mañana y ante el altar mayor subiendo hasta el cielo las nubes del incienso diáfano y azul; más tarde quise escuchar las poderosas notas del órgano juntas á la monótona salmodia del coro; por último venia á gozarme en el misterio y la soledad del crepúsculo; faltabame sólo sorprender durante la noche el eterno sueño en que yacen tantas y tantas generaciones.....

A medida que me iba acercando á la puerta, con más violencia agitábase el corazon: álguien que me hubiese observado habria creido sin duda que era un malhechor. Las mudas estatuas de la archivolta me detenian y la rígida efigie del Obispo D. Mauricio desde su pedestal de piedra parecia interponerse en mi camino. Empujé la puerta y una vez dentro del sagrado ámbito no acertaba á moverme: sobrecogido no sé si por medroso respeto ó abrumado por tanta grandeza, miraba con espantados ojos á mi alrededor imaginando que todo aquel mundo fantástico iba á castigar mi atrevimiento. Las únicas luces que distinguí fueron las de las lámparas del gran retablo reflejando en la veneranda imágen de plata llamada Santa María la Mayor; lo restante hallábase por completo envuelto en las más densas sombras; sólo algunos santos de las vidrieras resaltaban en la oscuridad y tambien el blanco pendon que dió la victoria á Alfonso VIII en la memorable jornada de las Navas, suspendido desde la elevada bóveda.

Pasamos mi guía y yo por delante de las capillas; todo era silencio, todo reposo. De vez en cuando las viejas maderas de los altares crujian oyéndose confusos é inexplicables ruidos y tambien el pesado aleteo de la corneja ó el chirrido de los murciélagos: todo aumentaba el terror producido por aquel indescriptible conjunto. Quise recorrer los claustros y alumbrados por el farolillo de mi guardian llegamos á ellos. Bajo las severas arcadas, custodiados por las figuras de los reyes y defendidos algunos por negras rejas de hierro, vénse los sepulcros de los prelados y sacerdotes que han escogido estos sitios para que no inquieten sus cenizas. Y en efecto, nadie interrumpe el sosiego de aquellas tumbas cuyas estatuas todas están cubiertas por una espesa capa de polvo que el viento se encarga de ir depositando sobre ellas. Las grandes ventanas ojivales que dan al patio, permitian ver confusamente las oscuras masas de plantas silvestres que allí crecen á su sabor, en medio de las cuales levántase aislada columna que termina en una cruz de hierro.

Echado sobre el alféizar de una de aquellas ventanas, absorto ante el grandioso cuadro que me ofrecia la naturaleza con su espléndido cielo, el arte con sus obras, las civilizaciones pasadas con sus ricos despojos y el tiempo en fin con tantos mudos testimonios de los hombres que fueron, poco á poco la imaginacion inquieta y soñadora complacíase en inventar una leyenda para cada uno de aquellos sepulcros. Y ¡quién sabe si algunas de estas inverosímiles historias tuvieron un dia viva y real representacion en el mundo!

¡Acaso los hechos que yo iba forjando en mi cerebro no eran otra cosa mas que la repeticion de lo que algun espíritu hablaba á mi oido y que yo sin darme cuanta traducia al lenguaje de las palabras! Cada vez la mente abismábase más en la meditacion y de aquí nacieron mil



SIEBA, dibujo por G. Vuillier



LA JURA DE LOS FUEROS, copia del cuadro del Sr. Guinea

pensamientos confusos y extrañas revelaciones que los genios de la soledad y de la noche murmuraban en mis oidos. Las estatuas de los reyes, sujetando con las manos el fiador de oro de sus capas, parecian mirarme airadas por haber interrumpido sus diálogos con las damas, y los santos de las fronteras hornacinas y las satíricas cabezas que formaban las ménsulas de las cuales partian los nervios de la bóveda, tal vez se reian de todo cuanto yo fantaseaba.

Presa la mente de febril agitacion con tal torbellino de ideas, volvíme entónces para interrogar á mi guardian y no pude ménos de lanzar un grito de sorpresa ante el singular efecto que se mostró á mis ojos. Habíase aquel dormido sobre un sepulcro á los piés de la estatua yacente que era de pizarra negra excepto las manos en las cuales sujetaba un libro y unos guantes; estas partes de la figura y el rostro eran de trasparente alabastro: el guardian hubo de colocar su farol junto á la cabeza al lado de la pared, y la luz penetrando en ella la iluminaba fantásticamente, produciendo el efecto de estar animada por divinos resplandores. No pude darme tal explicacion hasta que trascurridos algunos segundos hube de serenarme, pero á pesar de esto no podia apartar los ojos de aquel rostro de alabastro que resaltaba aún más por estar encerrado dentro del monjil de pizarra negra. Los párpados abiertos y eternamente inmóviles parecian agitarse, los finísimos y trasparentes labios contraíanse para dar paso á los constantes gemidos; creí entónces que sus manos abrian el libro, que iba á leer en él: dentro de sus hojas estaria escrita en misteriosos caractéres la causa de su prematura muerte, porque era jóven y bella y debió morir cuando los sueños juveniles acariciaban su frente, cuando tenia el corazon henchido de ilusiones y de esperanzas, cuando todo en torno suyo sonreia. Acaso el guerrero, tambien mancebo, que reposaba en el mausoleo inmediato habriá sido el amor de su vida; él murió combatiendo al frente de su hueste invocando el nombre de su amada con la cual hubiera debido unirse pocos dias despues de la batalla. Las galas de la boda ajáronse y las flores nupciales se marchitaron velando constantemente á la cabecera del moribundo. Él espiró en sus brazos pidiéndole que no lo abandonara ni en la muerte. Ella cumplió su promesa. Los dos reposan juntos.

JOSÉ GESTOSO Y PEREZ

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 7 DE ENERO DE 1884 — NÚM. 106

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL GOLOSO, cuadro por J. Verhaz

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL GOLOSO, cuadro por J. Verhaz

Apénas habrá uno de nuestros lectores que no pueda creerse aludido en este hermoso cuadro; apénas habrá uno solo que no se transporte mentalmente á aquella edad feliz en que el hecho de destapar una botella de *Champagne* era un verdadero acontecimiento de familia, preparado mediante ocho dias de trabajos culinarios *extra*, y saboreado durante otro tanto tiempo en conversaciones alusivas y servicio de restos en comida y cena. Entónces, apénas nuestros padres y sus convidados abandonaban el comedor, corríamos, como ese precioso niño, al silencioso campo de batalla, y á poco que se descuidara la vigilancia maternal, no quedaba vino ni licor en copa alguna que no pasara del fondo de ella al otro fondo de nuestro estómago En seguida íbamos muy tranquilamente á confundirnos entre los convidados; pero como el vino y el humo son dos cosas que no pueden estar ocultas mucho tiempo, á lo mejor una inconveniencia inexplicable ó un mareo imposible de atajar denunciaban nuestra calaverada y daban con nuestro cuerpecito en la cama, prévia una carrera de merecidas cuchufletas

Con este sencillo argumento, hay que reconocer en el autor de nuestro cuadro una manera de hacer tan natural y elegante que es muy difícil de superar en su género.

MONUMENTO Á ISABEL LA CATÓLICA

En la tarde del 10 de noviembre próximo pasado se inauguró en Madrid el monumento erigido á Isabel la Católica, por el Ayuntamiento de la corte, en el paseo de la Castellana.

Tres estatuas forman el grupo; la ecuestre de Isabel la Católica, la del Cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza y la del Gran Capitan Gonzalo de Cordoba y las tres se apoyan en un basamento de bronce que figura una roca. La Reina á caballo, aparece cubierta con su armadura, y llevando corona y manto real, con el cetro en una mano y las bridas del corcel en la otra El Cardenal, en traje talar, con el libro de los Evangelios en la mano derecha y apoyada la izquierda en una de las bridas del caballo de la Reina. El Gran Capitan, vestido con traje de guerra, con la espada desnuda en la mano izquierda y sujetando con la derecha la otra brida del caballo El pedestal es digno del grupo: un basamento liso, con escalinata de piedra, sostiene el cuerpo central, flanqueado por cuatro cuerpos salientes que se apoyan en esbeltas columnas. Este pedestal tiene escudos alegóricos alrededor, y en el frente que mira á Madrid se lee esta inscripcion en caracteres góticos:

A Isabel la Católica, bajo cuyo glorioso reinado se realizaron la unidad nacional y el descubrimiento de las Américas.—El pueblo de Madrid.—1883.

El grupo escultural tiene detalles preciosísimos y es indudablemente uno de los mejores monumentos de Madrid, y tanto este como el soberbio pedestal que le soporta, son obra del notable escultor catalan D. Manuel Oms, pensionado en la Academia española de Bellas Artes de Roma.

EL BAUTIZO DEL PÓSTUMO, cuadro por A. Hoff

Este lienzo debe pertenecer sin duda á algun descendiente de los personajes que en él figuran, pues representa una escena de familia, si interesante para sus individuos, casi indiferente para el público que únicamente se encariña con los hechos ocurridos á los tipos históricos Esto no impide que el cuadro, artísticamente considerado, sea muy recomendable y que la ejecucion corresponda perfectamente al asunto.

Representa el acto del bautizo de un hijo póstumo del duque de Chomberg, verificado en el castillo de La-Beaucé No es difícil de reconocer entre los asistentes á Margarita de Breville, la viuda del duque, que da treguas á su dolor por un instante y cuya mirada clavada en el caballero de Maurepas, hermano del difunto, parece querer sondear la lealtad con que este apadrina al tierno vástago, que le aleja más y más de sus mal ocultas aspiraciones al ducado de Chomberg. En cuanto al jóven que se halla de pié junto al padrino y que, al igual de éste, tiende la mano en actitud de amparar al bautizado, es un hermano de la duquesa que desde luégo se declara campeon de su débil sobrino.

El autor ha agrupado hábilmente los personajes y ha reproducido atinadamente la suntuosa estancia en que tiene lugar la escena.

EL TRICICLO ACUÁTICO DE M. TERRY

En el n.º 102 de la ILUSTRACION ARTÍSTICA nos hemos ocupado ligeramente de la arriesgada travesía del estrecho de Calais efectuada por M. Terry en un triciclo de su invencion. Hoy ampliaremos los informes de esta travesía, publicando además dos grabados que representan el velocípedo de M. Terry tal como funciona en tierra, y en el agua cuando se le trasforma en una embarcacion de tela impermeable.

En tierra se diferencia muy poco, como puede verse, de los velocípedos de tres ruedas Para convertirle en barco, la operacion es muy sencilla, invirtiéndose en ella media hora solamente.

Las dos ruedas grandes se componen de dos partes iguales, unidas con tuercas. Para formar la caja de la embarcacion en la cual se coloca el velocipedista manejando los remos, hay dos secciones situadas paralelamente á un metro de distancia. Las otras dos secciones, puestas en sentido vertical sobre la parte media de las primeras y hácia fuera, dan al esquife la longitud necesaria con los extremos redondeados. Dos tubos de acero, que unen la rueda menor al cuerpo del triciclo, sirven para fijar á las partes superiores las dos secciones paralelas manteniéndolas á alguna distancia, y sosteniéndolas una vara pasada por debajo y por su parte media, la cual hace las veces de quilla, y que no sirve para nada en el aparato terrestre. Completa el casco de la embarcacion una cuerda, que, partiendo de la extremidad de la parte superior de una de las secciones verticales, reune entre sí los extremos de todas las secciones, y sirve de punto de apoyo á una tela embreada que lo cubre todo, excepto la caja central en la que va el viajero.

El aparato, armado de este modo, parece una lancha de cubierta, de 3 metros 60 centímetros de ancho, 1 metro 20 centímetros de largo y 60 centímetros de profundidad, es decir, de las proporciones necesarias para su mejor estabilidad, áun en el mar. Por otra parte, se aumenta esta estabilidad con dos sacos de aire, cada uno de 20 litros de capacidad, sujetos á uno y otro lado de la parte superior de la caja

Terry salió de Lóndres en su velocípedo á las siete de la mañana del 25 de julio, y á las ocho de la noche entraba en Canterbury, habiendo recorrido 58 millas de distancia. Por la tarde del siguiente dia estaba en Dover; el 27 descansó, y el 28 á las nueve de la mañana salió de este último puerto en su triciclo trasformado en barco, pero a las tres horas de viaje el mar empezó á picarse, y hasta las cinco de la mañana siguiente no pudo llegar á tierra, consiguiéndolo en Andreselles, aldea situada cerca del cabo de Gris Nez.

Como Terry se proponia efectuar la travesía en seis ó siete horas, no llevaba provisiones; por fortuna el 28 por la tarde encontró un barco de pesca de Boulogne, cuyo patron le dio algunos víveres y le indicó la direccion que debia seguir para llegar á tierra sin peligro. Los aduaneros tomaron al osado velocipedista por un contrabandista de nuevo género, y le condujeron á Boulogne, donde se le puso en libertad despues de oir sus explicaciones.

Desde allí, convertido su barco en velocípedo, pasó á Saint-Pierre-lés-Calais, y el 2 de agosto se trasladó á Paris, habiendo recorrido en cinco dias 290 kilómetros de distancia.

M. Terry es un jóven de 29 años, y ha servido largo tiempo en la marina inglesa.

PALACIO DE HIELO EN MONTREAL (Canadá)

Es sabido que los viajeros á las regiones polares suelen construir casas de hielo en las cuales se guarecen, y donde se preservan de la accion del frio, cosa que parece extraordinaria. La temperatura interior de una casa de hielo cerrada es de 0º, temperatura que parece apacible cuando fuera de ella el termómetro marca 25º ó 30º bajo cero.

Esta costumbre es bastante general en los países donde hiela todo el invierno, y no es de temer que el edificio se *derrita*. En Rusia se han construido con frecuencia casas de hielo; en el Canadá se levantan casi todos los años verdaderos monumentos. Los habitantes de Montreal hicieron el año pasado un magnífico palacio de hielo, que se inauguró en Carnaval, y este año se proponen edificar otro semejante. Aquel era un edificio cuadrado de 27 metros de lado, compuesto de un recinto interior y una torre cuadrada en el centro. Las paredes verticales, todas de bloques de hielo, tenian unos 22 metros de altura, las cuatro torres de los ángulos 15 y la central 30. Estas torres remataban en erguidos pináculos de ramas de abetos, y la techumbre del edificio estaba formada de troncos de dichos árboles provistos de sus ramas y cubiertos de una gruesa capa de ramaje verde.

La construccion se hizo con bloques de hielo de 90, 30 y 15 centímetros, procedentes del San Lorenzo. Para cortarlos en la corteza de hielo que cubria el rio, se hizo uso de un pesado rastrillo tirado por caballos y cuyos dientes trazaban surcos que se profundizaban haciendo pasar el rastrillo muchas veces por el mismo surco. Cuando se hubo trazado de este modo una especie de tablero de ajedrez en la superficie del rio, en trozos de unos tres centímetros de profundidad, bastó descargar unos cuantos golpes para desprender los bloques: entónces se los acarreó al pié de la obra y ya no hubo más que sobreponerlos para erigir el edificio. En vez de argamasa, se hizo uso solamente de agua que, al congelarse, soldó entre sí todos los bloques, de suerte que el monumento quedó reducido á un gigantesco monolito de paredes trasparentes como el cristal. De dia, la uniformidad de tonos y la falta de sombras quitaban todo el mérito al edificio; pero contemplado de noche, á los resplandores de la luz artificial, el efecto era verdaderamente mágico.

A la fiesta de inauguracion acudieron más de 50,000 personas; más de 700 individuos de los clubs de raquetas, con su traje de lana blanca y el cinturon del color especial de cada sociedad, organizaron una procesion á la luz de faroles, cohetes y luces de Bengala de un efecto tan original como sorprendente. El palacio estaba iluminado por doce poderosos focos eléctricos, cuyos resplandores se reflejaban en todas las desigualdades de las paredes [illegible]

Al terminar el invierno no se desperdició este edificio; pues sus materiales pasaron á los cafés y fondas de Montreal, y los canadienses se comieron ó se bebieron su palacio de hielo.

LOS NÁUFRAGOS, cuadro por J. Hilverdink

Dijo Horacio con mucha verdad que sin duda debia ser de roble y estar defendido por triple coraza el primero que se atrevió á luchar, desde un frágil barquichuelo, con las iras del mar embravecido. En ninguna parte, con efecto, el peligro es tan inminente, ni se presenta acompañado de tan horrible aspecto. Arriba un cielo plomizo, qui[illegible] la esperanza; abajo un monstruo rugiente [illegible] el hombre se resiste á ser su víctima; en el espacio rayos que serpentean y montañas de agua que nos elevan vertiginosamente, para hundirnos en seguida, con estruendo que hace imperceptible el de los más formidables truenos. El mar azotado por la tempestad es la imágen más aproximada de lo que puede la cólera divina; ante ese mar todo es débil, pequeño, mezquino; y el hombre, el soberbio rey de la creacion, daria en tales casos su soberanía á trueque de convertirse en una de esas gaviotas que graznan desde el palo en que se posan, cual si se rieran del estupor que domina á su habitual enemigo

El cuadro que publicamos [illegible] de esa lucha titánica entre el hombre y el mar, lucha que frecuentemente termina con el luto de muchas familias, á las cuales ni siquiera cabe el consuelo [illegible] verter una lágrima sobre el sepulcro de sus deudos

SONATA EN DO

I

El célebre maestro X.... pasó los últimos años de su existencia completamente alejado del mundo, en la aldehuela de Villapaz, donde llevaba una vida retirada y metódica que daba mucho que hablar á los *villapacíficos*. Se levantaba temprano, visitaba una por una las flores de su jardin y leia luégo hasta pasado el medio dia que era la hora señalada para la comida; concluida la cual, se acostaba un rato para hacer cómodamente la digestion, daba despues un corto paseo, y, á la caida de la tarde, sentábase en las gradas del rollo para ver la puesta del sol y oir el eco lejano de las campanas que tocaban el *Angelus*. Volvia á su casa, y, hasta hora bastante avanzada de la noche, tocaba unas veces el piano y otras el órgano expresivo.

Su despacho era un cuarto muy grande con tres ventanas en un muro y dos en otro. En él habia una cama lujosamente colgada, una mesa escritorio, otra de comedor y otra cubierta de libros, papeles, estampas y profusion de objetos de arte que parecian refugiados allí por no tener otro sitio donde colocarse. Adornaban las paredes un gran estante de libros y cuadernos de música, cuadros al óleo y acuarelas de artistas distinguidos, estatuitas y armaduras. Completaban el mueblaje de la estancia varias sillas y sillones de diferentes formas y épocas, un piano de Pleyel y un magnífico órgano. En cualquier parte en que se fijara la vista, se encontraba un objeto de no escaso mérito artístico y del más exquisito gusto.

. . . .

El maestro me recibió con suma alegría.

Él artista y yo aficionado, nuestra conversacion recayó naturalmente sobre música. Traté de saber su opinion acerca de los diferentes géneros y me dijo que los tenia por buenos todos y que la música cumple su mision cuando hace sentir ó pensar, cuando distrae ó divierte.

—¿De modo le dije—que V. oye con igual gusto las melodías de Gluck que los enrevesados acordes de Wagner?

—Tengo,—dijo, un concepto de la música del que estoy muy satisfecho por los resultados que me ha dado en la vida. Creo que el músico es un poeta que necesita dar expansion á su alma, para lo cual encuentra pobre el lenguaje humano y hasta el pensamiento mismo. ¿No le ha sucedido á V. muchas veces tener deseos tan vagos que no sabe V. formularlos en su imaginacion? ¿No ha tenido algo como recuerdos de lugares y hechos que V. no ha visto ni oido describir? ¿No ha sentido V. anhelos y esperanzas de algo que no podia suceder? Todos esos afectos forman á mi juicio la melancolía, y el único lenguaje que hay para expresarlo es la música. Yo me rio del entusiasmo con que defienden algunos la música posible. Me explicaré. El autor de la música, si es artista y no mercader de notas, al escribir interpreta á su modo todos esos afectos que siente, buscando en la vaguedad de la armonía el lenguaje que le hace falta y encontrando en los períodos musicales los pensamientos que cruzan por su cerebro, como cruzaba ante la vista del Dante aquel torbellino de almas, en donde, entre mil desconocidas, se destacaban las de *Paolo y Francesca*. Pero este lenguaje tiene la magia de que, si satisfizo las aspiraciones del alma del autor dando forma á sus ideas, sabe despertar las del oyente, que no serán, por cierto, las mismas, pero sí de igual género y naturaleza. ¿Quién al oir la célebre melodía del Orfeo *J'ai perdu mon Euridice* no experimentará una sensacion de tristeza profunda, pero poética, candorosa y sencilla? ¿Quién no cree oir un diálogo amoroso en el *andante apasionado* de *El sueño de una noche de verano* de Mendelsohn? ¿Quién no llora con los gemidos del *quintetto* de Mozart? Sin embargo; ¡cuán léjos está el oyente de ver los cuadros que se proponen y creen pintar con notas muchos autores exagerados hasta el extravío y muchos aficionados que sienten hasta crecer la yerba en los cantos de tal ó cual sinfonía! El *ça ira*, el canto favorito de la plebe irritada en la época del terror, en que suele encontrar la gente expresada toda la pavorosa idea de un pueblo ansioso de venganza y sediento de sangre, no es otra cosa que una elegante contradanza que, años ántes, se bailaba alegremente en los suntuosos salones de la aristocracia francesa. El *Himno de Riego*, el canto de libertad de los españoles (y perdone V. si ofendo su patriotismo), bajo el criterio artístico ni es himno, ni es español, ni es bueno, y sin embargo se ha entonado por las calles con gran entusiasmo, y progresista hay que si me oyera decir esto me tendria por oscurantista y retrógrado, creyendo que trataba de mancillar su bandera.

En todo cuanto al concepto de la música se referia estuvimos completamente de acuerdo, y en nuestra conversacion se convenció él de que yo era un verdadero entusiasta del arte, y conociendo el placer que me proporcionaria ejecutando algun trozo de su repertorio con la maestría que le ha hecho célebre, se sentó al piano y me preguntó:

—¿Qué autor le gusta á V. más?

-Sentiria mucho, -le respondí,—que tomara V. por adulacion lo que es mi gusto.

¿Va V. á decirme que prefiere V. mi música? Pues lo creo, y espero que, sabiendo mi modo de pensar, no me tachará de inmodesto. Ya se lo he dicho á V. ántes; la música, en mi concepto, no es buena ni mala; se siente ó no. En este pueblo hay algunas muchachas que tocan algo el piano. Como no conocen otra cosa, se dedican á ese género, que solemos llamar *cursi*, de habaneras vulgares y recitados llorones. Aunque á mí no me divierta (gracias á Dios) esa música, me agrada mucho ver que ellas la cultivan con aficion. No sé qué encontrarán en ese género, pero es indudable que les hace sentir. Por eso, y haciéndome la justicia de que V. tenga un gusto infinitamente superior al de las artistas de Villapaz, no dudo que prefiera V. mis obras á las de otros.

¿Y V. qué autor prefiere?

—Segun las circunstancias. Me sucede con los buenos músicos lo que creo que debe suceder á los demás con los buenos poetas; Becquer, que deleita en los ratos de melancolía, resultaria impertinente en los momentos de go-

zo, y nadie leerá con gusto un romance de Quevedo en las horas de desaliento ó desesperacion. Así yo, si estoy de mal talante, cojo á Beethowen; si melancólico a Chopin ó Schuman; y así, segun se encuentra mi ánimo, echo mis párrafos con Mozart, Mendelsohn, Schubert y otros cien cuya enumeracion seria larga. Puesto que V. me prefiere en este momento, sea yo el autor elegido. Voy á tocar una *sonata en do* á la que, para mi uso particular, he dado el título de *Dulcinea*, porque es compendio de una aventura algo quijotesca que, aunque parezca ridícula, me ha dejado profundos recuerdos que no han de borrarse en toda mi vida. No pretendo dar al público que la oiga explicacion de lo que quise decir en cada uno de sus tiempos, pues esto, como deducirá V. de lo que ántes le he dicho, es, en mi concepto, altamente ridículo; ni he querido decir nada en ellos, pero cada uno está escrito bajo la impresion del recuerdo de tal ó cual escena, recuerdo que acude á mí siempre que oigo las notas que de él nacieron. Schuman aseguraba que en más de una obra suya hay muchas de las penas que le causaron sus relaciones con la que fué despues su mujer. Quizá por eso Mme. Schuman las ejecuta hoy con tanto amor como maestría.

Comenzaba la sonata en *do*, llamada por su padre *Dulcinea*, por unos acordes vagos y tranquilos, y de ellos se destacaba luégo un canto triste, pero apacible, sereno, á modo de barcarola, interrumpido á trozos por otro melódico de carácter distinguido. El segundo tiempo era un prolongado grito de dolor acompañado alguna vez de reminiscencias de los cantos anteriores, reminiscencias que se encontraban con frecuencia en el resto de la sonata. El tercero era una especie de marcha triunfal ó himno de gloria. El cuarto una elegía y el último estaba destinado á recordar todos los anteriores de una manera vaga y tranquila.

Con esto se hizo demasiado tarde, y me retiré á mi vivienda encantado con el maestro y con su música, y habiéndole prometido ántes, á ruego suyo, que menudearia las visitas durante mi estancia en el pueblo.

II

Cumplí mi promesa de bonísima gana y de tal modo que el célebre maestro y yo no tardamos en ser dos verdaderos amigos, de esos entre los que no hay secretos porque tienen la mutua seguridad de que cuanto se comunican es comprendido y apreciado. Nos unia esa amistad que, á ser posible entre el hombre y la mujer, haria de la vida un paraíso.

Yo tenia muchísima curiosidad de saber qué sucesos habian inspirado á mi amigo su sonata predilecta, y una tarde, paseando juntos á la hora en que el sol se pone, me contó lo que textualmente copio.

—Desde los 28 años hasta hoy, me dijo,—me he dedicado única y exclusivamente á labrarme la dicha que se puede tener en la tierra, es decir, á vivir de ilusiones. La pérdida de las que tuve en los comienzos de mi adolescencia me habia sido tan amarga, tan terribles fueron mis primeros desengaños, que resolví no buscar otros y conservar y áun aumentar, si fuera posible, los sueños que me forjé al principio de mi vida de artista. No queria acabar de convencerme de la verdad que encierra la frase de Alfonso Karr que dice: «Llamamos felicidad á lo imposible y desgracia á lo inevitable.» La dicha—pensé—es un fantasma que crece con la distancia; resignémonos, pues, á contemplarle de léjos

Digo esto porque amo á una mujer que acaso no existe y que si existiese pasaria á mi lado sin que pudiera reconocerla: nuevo D. Quijote, he sabido crearme una Dulcinea compendio de cuantas perfecciones he podido soñar para la mujer amada.

En mi primera juventud tuve amores que terminaron siempre por desengaños. Unas mujeres me querian por ver en mí un futuro marido; otras por vanidad, aunque creerlo acuse en mí igual defecto; estas por despecho y por interés aquellas; y entre todas, despues de proporcionarme los discursos que acarrean la buena fe y la falta de frialdad en estos asuntos, me hicieron desesperar de hallar mi media naranja, no sé si por no ser ellas buenas ó por ser yo descontentadizo en demasía.

Ello fué que, aburrido y desesperado por el éxito infeliz de mis pasadas aventuras, me dediqué á viajar sólo con mis recuerdos y mi desesperacion por esos mundos de Dios.

V. sabe lo que los viajes excitan la imaginacion. Creo que consiste en que tratamos de explicárnoslo todo cuando no lo entendemos. Al ver una choza, me finjo un idilio; al pasar junto á un cementerio, una elegía; y así, á cada sitio, á cada edificio, á cada piedra le voy buscando una historia más interesante, por lo ménos, que las que nos cuentan de los siglos pasados.

Pero vamos al cuento, que filosofamos demasiado.

Viajando por Italia, fuí desde Milan, ciudad moderna, animada, fastuosa, á la que ofrecia mayor contraste con ella; Venecia. Al llegar á la estacion se deja lo moderno por lo antiguo, lo conocido por lo inesperado; del wagon se pasa á la góndola; todo lo que, hasta entónces, era ruido, animacion y alegría, se trueca en el silencio más extraño y en una melancolía que tiene no sé qué de terror.

La noche estaba oscura, los canales desiertos, y sus tranquilas aguas jugaban con los reflejos de los faroles y los abandonaban luégo para ir, murmurando, á lamer los muros de los antiguos palacios.

El *faquino* que se apoderó, contra mi voluntad y poco ménos que á viva fuerza, de mi equipaje, me hizo entrar en una góndola negra y larga. Bajo la litera encontré una mujer cuyas facciones era imposible descubrir por la oscuridad que allí reinaba.

Dí las buenas noches en francés y la que iba á ser mi compañera de viaje me contestó en el mismo idioma, con una vocecita dulce y melodiosa.

Es imposible describir la impresion que me causó aquella noche, impresion que no se parece á ninguna otra de mi vida y que ha quedado grabada para siempre en mi memoria.

No se oia más que el acompasado ruido del remo, y sólo al volver las esquinas interrumpia el silencio el gondolero avisando á sus compañeros para que le abrieran camino con una voz siniestra y tristísima semejante á la del cárabo.

Las góndolas que pasaban junto á nosotros me parecian cortejos fúnebres y yo mismo creia asistir á mi propio entierro ordenado por séres fantásticos que me conducian á lugares remotos y desconocidos.

—¡Qué hermoso y qué extraño es esto! dije á mi compañera de viaje, ansioso de comunicar con álguien mis impresiones.

¡Y qué triste! -respondió.

A lo léjos se oyó una voz de mujer que entonaba una cancion popular que á mí, quizá por las circunstancias en que la oia, me pareció inspiradísima.

—Daria cualquier cosa, dije, por poder apuntar esa cancion.

—¿Es V. músico?—me preguntó la viajera.

Con esto entablamos conversacion.

Me dijo que era apasionadísima de la música; y cuando supo mi nombre se dió la enhorabuena por haberme encontrado en su camino, asegurándome que mis obras la habian conmovido muchas veces.

Le hablé de las que tenia en proyecto y me aseguró que las oiria todas como tuviera noticia en dónde y cuándo se estrenaban.

Era rica y libre. Su tutor la habia vendido á un opulento calavera que se separó de ella á los tres meses de matrimonio por seguir á una bailarina y el padre del marido desleal regaló á su nuera en compensacion de su desgracia una considerable fortuna que la hacia independiente. Cuando aún no habia tenido tiempo de amar á su marido tuvo que despreciarle.

-Mi alma concluyó—necesitaba una compañera y mi deber, á que nunca he de faltar, se lo ha vedado. No tengo más remedio que esperar resignada á que Dios disponga otra cosa.

Habíamos llegado á la puerta del hotel donde ella debia albergarse y le dije:

—Señora, esta será quizá la última vez que nos hablemos en nuestra vida; no espero tener en toda ella un rato tan delicioso como este. Ni sé quién es V., ni aún he tenido la dicha de verla el rostro. Si alguna otra vez nos encontramos en nuestro camino, no podremos reconocernos; el favor que quisiera pedir á V. no ha de tener, pues, consecuencias.

—¿Cuál es?

—Que se prolongara algun tiempo nuestra conversacion, prolongando nuestro paseo.

Accedió y pasamos una buena parte de la noche hablando de nuestro porvenir, y al separarme de ella para siempre, sin haberla visto, sin saber quién era, ni dónde podria volver á verla, quedé impresionado de tal manera que, en veinte años que han pasado, esta impresion está aún en mi alma tan viva como entónces.

III

Habíamos llegado á casa del gran maestro.

-Ya comprendo —le dije—el primer tiempo de su sonata en *do*. La barcarola y el trozo melódico son recuerdos de la escena que acaba V. de describirme. Pero la aventura no debe haber concluido, porque la sonata tiene cinco tiempos.

—Va V. á comprender el segundo,—me contestó y sentado al órgano comenzó á ejecutarlo.

En efecto, en este tiempo habia un canto triste como un grito de dolor y profunda pena en que sin duda el autor pintaba la tristeza que dejó en su alma la separacion de la mujer que tanto le habia impresionado. Las reminiscencias de los cantos del primer tiempo revelaban el indeleble recuerdo que la escena descrita grabara en la mente del artista.

¿Y el tercer tiempo? —le pregunté -¿Qué significa el himno de gloria que con tan brillantes colores parece pintar la satisfaccion de un triunfo?

—Continuaré mi historia y V. juzgará. Aquella mujer sabia mi nombre y me habia prometido asistir a los estrenos de mis obras. —Es menester—me dije obtener un triunfo, puesto que ella ha de presenciarlo. Y escribí mi ópera *Zúlma* con mayor entusiasmo que ninguna otra de mis obras. Cuidé de que se anunciara su estreno con anticipacion, para que ella pudiera cumplir su promesa. La ópera.....

—No se ruborice V. contandome el éxito que alcanzó, —interrumpí, asistí á él y no recuerdo acontecimiento más grande. Ya veo el tercer tiempo. V. creia que ella presenciaba aquel triunfo y ha descrito V. la escena con ese himno de gloria.

Exactamente. Pero sucedió algo más aquella noche. Frecuentaba el teatro un marqués de quien supe que vivia con una bailarina y al que, por sólo eso, tomé profunda antipatía. Despues de la representacion se permitió, segun me dijeron, censurar agriamente mi obra, y con este pretexto le pedí explicaciones; no quiso dármelas y resultó un lance, que era lo que yo deseaba, y al dia siguiente atravesé con mi espada el corazon de aquel aristócrata encanallado.—Entónces ví brillar un rayo de esperanza; el marqués era casado, acaso su mujer fuera mi desconocida. Ya podia aspirar á ella. Corrí á donde vivia la marquesa viuda, pregunté por ella y supe que estaba enferma de gravedad. Esperé con ansia noticias suyas y á los pocos dias me dijeron que habia muerto. —Asistí á su entierro, y cuando en el cementerio abrieron el féretro ántes de la inhumacion, me acerqué y ví tendida en él una mujer hermosa y de aspecto noble. Aquella mujer me era completamente desconocida y sin embargo al ver que la tierra caia con lúgubre estrépito sobre su sarcófago, sentí la misma pena que causa la eterna separacion de un sér amado que hubiese corrido á mi lado el áspero camino de la vida.—Desde aquel dia me sentí más solo que nunca; como no tenia con quien compartir mi gloria renuncié á ella y... aquí me tiene V. viviendo de recuerdos de una pasion que no ha existido y muy contento con la calma y la paz que me rodean.

. . . .

—¿Ha comprendido V. ya lo que significa mi sonata? —añadió el maestro despues de una corta pausa.

—Perfectamente.

—Y ¿no me tiene V. por un *chiflado*, como me llaman las gentes de este pueblo?

—A eso sólo puedo contestar á V. con una exclamacion: ¡quién fuera músico como V.!

JOSÉ ESTREMERA

MAL DE OJO

POR DON FERNANDO MARMOLEJO

(Continuacion)

Fué el asombro de las gentes, la rabiosa codicia de los hombres y la envidia mortal de las mujeres.

Ella habia nacido para el amor, que para amar solamente la habia hecho Dios, como el amor hermosa y hechicera y avasalladora.

Pero aunque el amor le abrasaba el alma, porque ella era el amor mismo, no habia encontrado hombre en quien cifrar aquel cariño que ya á los quince años la enlanguidecia y la tenia pálida y melancólica, con la palidez y melancolía de la luna cuando aparece en una noche de tormenta entre las negras nubes.

VI

Los gitanos mejores mozos y más ricos por una parte, y por otra los más nobles y gallardos galanes buscaron en vano sus favores.

Señor de título hubo que la prometió hacerse gitano para tomarla por mujer, y ella le agradeció su amor con tales palabras, que le puso más en desesperacion y le dejó con ella sin cuidarse de si, enloquecido por su hermosura, se colgaria de un árbol.

Era, en fin, Amparo un imposible para todos sus enamorados, que eran innumerables.

Parecia que la rodeaba un hechizo y que envenenaba con su encanto á los que la miraban y caian en una rabiosa sed de su hermosura.

Sus ojos eran tales, que la delicia que causaba con su mirada en cuyo fondo resplandecia una divinidad misteriosa, aumentaban y exacerbaban la vida de los hombres, para que sintiesen con más rigor el tormento de no ser amados.

VII

Y así llegó Amparo á los veinte años, causando pasiones infernales y desdichas miserables, y aborrecida á muerte por los mismos que la amaban y á los que por su crueldad volvia locos.

Hubo quien la acusó de haber hecho pacto con el diablo que la habia dado el poder de hacer mal de ojo y de matar á las gentes, y la Inquisicion se apoderó de ella.

Y los inquisidores opinaron que tanta hermosura no era natural y que el diablo debia andar en ello, porque ellos mismos, que eran unos santos varones y unos exorcizadores tremendos á quienes el demonio sabio y perverso debia tener miedo, se turbaban y se ponian malos cuando la interrogaban; y aunque ella no confesaba los delitos de hechicerías y de brujerías de que la acusaban, no se atrevian á sujetarla para que declarase al tormento.

¿Cómo poner en el potro un cuerpo tan hermoso que parecia hecho de carne gloriosa?

Para esto hubiera sido necesario que los inquisidores no hubiesen tenido alma, y la tenian excesivamente sensible por desgracia suya cuando Amparo fijaba en ellos su mirada lúcida que los envolvia en un encanto inefable.

Acabaron al fin por no atreverse á hacerlo y la soltaron diciendo que en ella no habian encontrado nada que ofendiese á la fe, ni al pudor, ni á las buenas costumbres; y esto acabó de hacerla temible, porque se creyó y se dijo que tal era el poder de sus hechicerías que ni la misma Inquisicion habia podido contrarestarlas.

VIII

Y aconteció que Amparo, que habia entrado en la cárcel de la Inquisicion con el alma libre de amores, salió de ella enamorada hasta las entrañas.

¿Y de quién?



MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DE ISABEL LA CATÓLICA, en el paseo de la Castellana (Madrid)

(obra escultórica de D. Manuel Oms)



EL BAUTIZO DEL POSTUMO, cuadro por A. Hoff

Ella misma no lo sabia.

No conocia al hombre por cuyo amor gemia desesperada como por ella habian gemido tantos.

Amparo estaba enamorada de un alma.

Aquella alma se habia hecho sentir de ella y se habia apoderado de la suya, envuelta en un canto triste y suspirante que salia de un calabozo situado en el mismo corredor subterráneo donde estaba el calabozo en que estaba encerrada ella con una cadena á la cintura.

Era una voz que para Amparo tenia un misterio, en medio del cual adivinaba un sér de una hermosura suprema.

En la alta noche, despues de haber los carceleros hecho su ronda y reconocido todas las barras, y todos los cerrojos, y soltado los perros feroces para que si alguno de los presos lograba forzar sus cadenas y la puerta de su encierro, lo cual era de todo punto imposible, le devorasen, aquella voz tristísima, impregnada de misterioso sentimiento, rompia el silencio horrible de aquella tumba de vivos y la llenaba de una vida fantástica.

El cuerpo que encerraba un alma como la que en aquellos cantares se adivinaba, por fuerza tenia que ser jóven y hermosísimo.

La voz misteriosa enamoró á Amparo.

¡Ella tambien cantó!

¿Quién eres tú que te quejas,
quién eres, alma penada?
¿quién eres que no te veo,
y que te tengo en el alma?

Apénas habia acabado su cantar Amparo, cuando la otra voz, llena de una alegría infinita, contestó:

Soy como tú un alma triste
que agoniza porque ama
y no ha encontrado en el mundo
amor que le satisfaga.

Y si aquí se pusieran todos los cantares con que aquellas dos criaturas, que no se conocian, se requerian de amores, habria para llenar un grueso infolio como los mayores que se guardan en las bibliotecas.

Y esto fué en las noches de un largo año.

Cuando dijeron á Amparo que podia salir libremente de la cárcel, se negó.

Dijo á los carceleros, asombrándoles, que allí era feliz y que no queria irse.

La tuvieron por loca, y como persistiese en permanecer prisionera, la tomaron en brazos, la sacaron de la cárcel y la pusieron en la calle.

IX

La esperaban allí todos los gitanos que la tenian por hija y que sabian que la Inquisicion la habia absuelto.

Les dió miedo cuando vieron que Amparo, que era muy blanca, parecia una desenterrada y más semejante á un alma en pena que á un sér viviente.

Sobre todo cuando la oyeron decir que con sacarla de la cárcel la mataban, las gitanas, que la querian mucho, se echaron á gritar desconsoladas creyendo que se habia vuelto loca.

En fin á Amparo le dió una congoja, y tuvieron que buscar una silla de manos para llevársela á las cuevas de San Cristóbal.

La hermosa jóven estuvo mucho tiempo en la cama con calenturas malignas, y no hay que decir si los gitanos maldijeron á la Inquisicion que así les habia puesto á su niña.

X

Pasó otro año.

Amparo se habia puesto espiritada.

Pero cuanto más enflaquecia y más empalidecia más hermosa estaba.

Parecia que todo en ella era espíritu y espíritu de amor.

Los gitanos la veian enamorada, y no sabian de quién; porque siempre que la preguntaban decia:

—No le conozco; estoy enamorada de su alma.

Y no salia de aquí.

Los gitanos se afirmaron en la creencia de que se habia vuelto loca y las maldiciones á la Inquisicion subian de punto.

XI

Por aquel tiempo el Santo Oficio publicó á són de clarines y timbales un auto de fe, que debia tener lugar quince dias despues.

En aquel auto de fe relajarian diez condenados que serian quemados vivos; se engarrotaria á otros diez ántes de quemarlos; se les haria presenciar la quema con argolla á cuello á treinta y de éstos se reduciria á prision á veinticinco y solos cinco serian dejados en libertad, pero con la pena de llevar toda su vida el infame sambenito de penitenciados de la Inquisicion; esto es, la hopalanda y la coroza amarillas, ornamentadas con diablos y con la cruz de San Andrés roja.

Además, uno de ellos debia llevar una soga al cuello.

XII

Cuando Amparo supo que se iba á hacer un auto de fe, se propuso asistir.

Tal vez entre los condenados iria el amor de su alma.

Pero ¿cómo conocerle?

Ella no le habia visto nunca.

No le conocia más que por la voz:

Y no era de esperar que cuando fuese en el auto de fe cantase.

No importaba.

Amparo acudió.

El auto salió de la cárcel de la Inquisicion que estaba junto á la parroquia de Santiago.

Siguió por la calle de Elvira, al Zacatin y á la plaza de Bibarrambla.

Allí se levantaba el tablado para el auto.

Al pié del tablado estaba Amparo con algunos gitanos.

La multitud se apiñaba en torno.

Los soldados mantenian libre la calle por donde debian pasar la Inquisicion con sus reos y las mangas de todas las parroquias, los estandartes de todas las comunidades y el Capitan general y la Chancillería y el Ayuntamiento y las cofradías, todos en fin los que tenian derecho á presenciar el tremendo espectáculo.

Amparo estaba tocando á la fila de soldados y podia ver, cuando pasasen, á todos los condenados.

Eran estos, como ya se ha podido contar, cincuenta.

La mitad, mujeres.

Todas viejas y hediondas, sentenciadas por brujas malditas que habian cometido todo género de iniquidades, hasta la de matar niños para hacer untos de virtudes abominables, con su sangre y sus entrañas.

Los hombres eran herejes ó judaizantes ó blasfemos.

Todos feos, horribles, de semblante avieso y repulsivo mucho más que por su fealdad por los apetitos innobles pintados en todas aquellas facciones contraidas á modo de muecas de monstruos infernales.

(Continuará)

NOTAS DE MI VIAJE

EN BURGOS

II

Los hechos que voy á narrarte, lector benévolo, en este segundo artículo fruto de los recuerdos de mi viaje, son en parte extractados de viejos cronicones mis buenos amigos de siempre, á quienes me complazco en interrogar con mucha frecuencia y con los que sostengo sazonados diálogos cuando el espíritu cansado de las impresiones del mundo real busca refugio en el de la fantasía y la imaginacion, en cuyos impalpables séres encuentro sólo la comunidad de afectos y sentimientos y la misteriosa correspondencia que se establece entre quienes persiguen un mismo objeto.

De esta suerte van trascurridos los mejores años de mi vida creando tambien en la mente mil y mil pueriles historias que duran sólo un dia, de igual modo que las imágenes dibujadas sobre un cristal empañado por el aliento desaparecen de la bruñida superficie al sentir el contacto del aire frio de la tarde. Así y todo á pesar de su efímera existencia me complazco en evocarlas, porque tal vez las más indiferentes, lleven en el fondo amargos recuerdos de nombres, hechos y sucesos que un tiempo fueron reales y ciertos y á los cuales por mucho que sea nuestro empeño en animar de nuevo, jamás volverán á alucinarnos. De igual modo vemos en los relatos de la Historia sucederse y desaparecer los hombres y las cosas, no ménos que las figuras del retablo de Maese Pedro: un instante bastó para que el lucido acompañamiento de D. Gaiferos viniese por tierra y ¡cuántas veces hemos recordado á la vista de históricas enseñanzas la espada de D. Quijote y la ruina de Ginés de Pasamonte! Esto no obstante, sucédenos harto frecuentemente deleitarnos con semejantes espectáculos y así nos complacemos en levantar por nuestras manos el manto de polvo, sudario de cien generaciones que no es más que el inmenso telon de un teatro donde tuvieron lugar tantos y tantos dramas y tragedias que si un tiempo bastaron á estremecer al mundo, hoy aparecen sus personajes y héroes con fundidos y revueltos, los príncipes y magnates con los comparsas y figurantas, los guerreros y los pontífices con volatines é histriones. Toda aquella deslumbrante pompa yace desvanecida, al estruendo de la pelea por conquistar un pedazo de tierra ha sucedido la más profunda soledad, á los cantos de amor y de guerra, al bullicio de los festines, el más medroso silencio, y los que un dia desdeñaron brocados y estofas hoy duermen en el polvo y en vez de las dalmáticas y sobrevestas, tienen que contentarse con algun jiron de musgo, bordado de amapolas y de silvestre avena.

Estos y otros muchos pensamientos análogos ocupaban mi mente al amanecer del dia que salí de Burgos para visitar la histórica Cartuja de Miraflores y el antiguo monasterio de San Pedro de Cardeña, inmortalizado por el más famoso de los caudillos castellanos. Sin saber por qué figurábame que iba á sorprender en la madreña de algun bosque al mismo rey D. Enrique III cabalgando, seguido de sus próceres y pajes, de sus monteros y alguaciles, entre el estruendoso alboroto de las trompas y bocinas, el incesante de los lebreles y las voces de todos, persiguiendo hasta dar muerte á algun tímido y ligero cervatillo ó á alguna fiera nacida en aquellas espesuras. A este fantástico cuadro sucedia otro bien distinto; como era ver alzarse ante mis ojos el soberbio panteon de piedra que guarda las cenizas de D. Juan II y de su esposa doña Isabel de Portugal. Tan pronto imaginaba hallarme á las puertas del monasterio de Cardeña ó en el interior del Templo, donde se hacia por el abad al Cid Rui Diaz entrega del pendon «aquel de la cruz bermeja» á cuya sombra habian de dilatarse tanto los dominios castellanos. Encontrábanse juntos los más famosos capitanes siempre leales á su victorioso caudillo, allí doña Jimena y sus hijas, con los condes de Carrion y Alvar Fañez Minaya y damas y soldados y escuderos y monjes com ponian el maravilloso conjunto ofrecido á mi vista por la fantasía.

¡Y sin embargo, cuán diferente era el cuadro que contemplaba! Cuando concluí de recorrer el largo camino plantado de enhiestos chopos y gigantescos álamos que se encuentra al oriente de Burgos, una árida y desierta llanura extendíase á mis ojos donde apénas si daban señales de vegetacion algunos miserables arbustos, creciendo entre las hendiduras de las piedras. Ni una brillante y alegre nota de color desentonaba el aspecto general, todo allí parecia muerto, sin que viniese siquiera á distraer el efecto producido ni el lejano eco del campesino entonando uno de esos largos y monótonos cantares cuyos tristes acentos se confunden á veces con el gemir de las auras.

Habia en aquel campo un reposo y una calma semejantes á la de un abandonado cementerio y no es posible imaginar un pasaje más á propósito para que el espíritu pueda abandonarse al inefable goce de la divina contemplacion. Difícil seria para los que viven en Dios, apartados del mundo, encontrar un lugar más distante del humano bullicio; que sólo cuando el corazon arde abrasado en el fuego de purísimo amor, es dado al cuerpo resistir tan completo aislamiento sin experimentar en el alma ese intenso frio que produce la soledad. Poco despues de media hora de camino alcancé á distinguir sobre suave eminencia una gran masa oscura que paulatinamente se me iba haciendo más perceptible. Resaltando sobre el fondo de algunos árboles aparecia el inmenso túmulo erigido por Isabel I para tumba de sus padres y cuya traza y conjunto es en efecto el de un gigantesco féretro, con su cruz á la cabeza y sus enormes blandones de piedra. Aquella era la Cartuja de Miraflores: en el lugar donde está levantada hubo hace siglos un gran parque al que acudió mil veces D. Enrique III para solazarse en el noble ejercicio de la caza, construyendo tambien un palacio donde más tarde el famoso valido, cuya cabeza vióse rodar en el patíbulo de Valladolid, enojado con su monarca por la insistencia de este en levantar el monasterio, llegó segun dicen las crónicas hasta echar la mano á los pechos del Rey al par que miraba sañudamente á la daga pendiente de su cinto, sin duda para advertirle que estaba cercano el momento de usar de ella. Todos los esfuerzos de D. Juan II y las cuantiosísimas sumas invertidas en la fábrica de la primera Cartuja desaparecieron á causa de un voraz incendio que la redujo á escombros, pero los nobles estímulos que animaban al monarca hiciéronle nuevamente poner manos á la obra que su inesperada muerte le privó de continuar. Habia de corresponder tal gloria á la más ilustre de nuestras reinas secundada por el genio artístico del flamenco Juan de Colonia y por los mas eximios arquitectos é *imagineros* de aquel siglo.

Revolviendo en la mente antiguas fechas é inmortales nombres llegué á la puerta del templo, donde para perpetua memoria de la egregia edificadora, osténtanse los blasones con el haz de flechas y el yugo: empujé el postigo que estaba entreabierto y de pronto mostróse á mis ojos la peregrina fábrica de la iglesia. La gran nave de que consta con su soberbio retablo (1) en que se invirtieron parte de las primicias del oro traido por Cristóbal Colon de Nueva España donde existe todo un mundo de fantásticos séres que parecen agitarse confundidos en incesante torbellino, especialmente en el círculo formado por santos y querubes que rodean el gran crucifijo central y más abajo las estatuas orantes de D. Juan II y de doña Isabel, fué lo primero que cautivó mi vista, fijándola luégo alternativamente ya en el magnífico sepulcro del más florido gusto ojival que encierra los restos del infante D. Alonso con su estatua orante revestida de riquísimos paños, las manos juntas ante el pecho y las inmóviles pupilas mirando al cielo. Por cima de la efigie, á los lados, en la base, el duro mármol y el trasparente alabastro dóciles al cincel del artista, han representado el más bello y delicadísimo conjunto que puede gozarse convirtiéndose sus informes masas en festones y cresterías, agujas y marquesinas, monstruos y vestiglos, blasones y estatuas, que fatigan la vista y adormecen el alma al abismarnos en su contemplacion. Inmediata hállase la soberbia tumba de sus padres defendida por una reja, á través de la cual, se experimenta la impresion de asombro y de estupor que causan las producciones maravillosas del arte. Yacentes sobre la urna muéstranse del tamaño natural las estatuas de los reyes D. Juan y doña Isabel con sus enormes coronas, sus recamadas y amplias vestiduras, sus joyeles y collares y sus tranquilas y reposadas fisonomías, en las cuales tan al vivo se refleja el nunca interrumpido sosiego de la muerte. (2)

De otra parte llamaban mi atencion las esbeltas ojivas, las vidrieras policromas, las lámparas de plata y las talladas sillerías de los dos coros debidas al genio artístico de Martin Sanchez y Simon Buéras, creyendo ver que ocupaban sus empolvados asientos fantásticos monjes de blancos sayales, cuyos descarnados cráneos y cuyas huesosas manos producian extraños crujidos, ora al mover de las mandíbulas para cantar ronca salmodia, ora cuan-

---

(1) Empezaron á hacerlo en 1490 Diego de la Cruz y el famoso Gil de Syloe.

(2) La traza de estos sepulcros se encargó por la Reina católica á Gil de Syloe costando su delineacion 1,486 maravedises: importando los mármoles y alabastro 158,252 y pagándose al escultor por su trabajo 442,667.

do repasaban las hojas de sus iluminados libros de vitela. Por los monarcas muertos rezaban los esqueletos de los monjes que fueron... Dejé caer la cabeza sobre el pecho permaneciendo abismado algunos segundos: los espectros de los monjes comenzaron á adquirir sus prístinas formas, los rayos de sol que atravesaban las vidrieras ocultáronse, el templo pareció envuelto en la luz indecisa de un crepúsculo de Otoño. Era el dia 28 de setiembre del año de 1506. Las puertas del templo abriéronse de par en par; la comunidad con su Prior á la cabeza revestido de pesada capa pluvial, llevando delante enhiesta la cruz de oro, dirigióse á la gran explanada que se encuentra al pié del monasterio. Las campanas no cesaban de doblar desde el amanecer y en la sacristía de la iglesia veíase un féretro con paños negros recamado de oro.

Por el camino de Burgos en direccion á la Cartuja avanzaba numerosa comitiva compuesta de monjes, clérigos, magnates y lucido acompañamiento de mosqueteros y arcabuceros con atambores y pífanos precediendo un ataud encubertado de negro que alumbraban doce frailes con sus hachones de cera. Llegada al paraje donde la comunidad de Miraflores esperaba uniéronse á ella entrando todos juntos en la iglesia y despues de rezados los responsos y demás preces, dirigiéronse á la sacristía, donde sobre suntuosísimo lecho, vestido el manto real, desnudo el estoque y con un cetro á cada lado depositóse el cadáver de D. Felipe I el Hermoso, fallecido en Burgos á 25 del mismo mes. Pocos momentos despues riquísimos paños de brocado cubrian el féretro, enviados para este objeto por la reina doña Juana, y al canto de los monjes, al crujir de las telas y armaduras y al incesante bullicio de la bizarra comitiva sucedia el más profundo reposo, tan sólo interrumpido por el acompasado són de una campana cuyos ecos se perdian en aquellas vastas soledades.

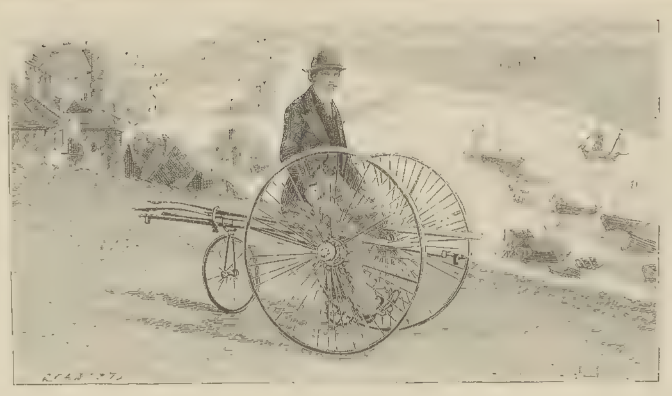
A la mañana siguiente llegaban á las puertas del monasterio varias damas enlutadas con acompañamiento de algunos pajes y escuderos: una de las primeras no bien penetró en el templo, dirigióse con apresurados pasos hácia la sacristía, llegó hasta el féretro del rey y asiendo fuertemente del paño de brocado que lo cubria una vez abierto el ataud, quedóse rígida, inerte, contemplando unos instantes los régios despojos; súbito arrojóse sobre el cadáver y abrazada á él trataba con el fatigado aliento y con el calor de sus frenéticos besos de reanimarlo. Las damas sobrecogidas ante la espantosa escena apénas se atrevian á moverse, los monjes estaban aterrorizados, sólo la reina delirante, enloquecida por el dolor seguia besando sin cesar la helada frente de D. Felipe.

Todo en vano. ¿Quién osaria al polvo mudo de la fosa devolverle el aliento imperecedero del espíritu? ¿Quién á la flor marchita y agostada que camina en alas del vendaval podria esmaltarla con sus perdidos colores de ópalo y de grana? y ¿quién posee fuerzas bastantes para hacer de nuevo brotar del corazon yerto y silencioso las sonrientes imágenes de los dias juveniles? Los mudos circunstantes pensaban que la razon de la reina se habia extraviado, decian ya en sus adentros ¡que estaba loca! Sublime demencia del alma que por ser hija de ella, no llegarán nunca á concebir los corazones de arcilla... Ante el sér que desaparece para siempre, ha tenido la humanidad en todos tiempos efímeras pompas y algunas lágrimas, despues un trozo de tierra donde albergar los corrompidos despojos, que todos se afanan por abandonar y sobre ella luégo, extender el velo de un eterno olvido. Pero no eran así mezquinos los anhelos de la régia loca; á ser posible, ella habria luchado con la muerte misma para arrebatarle su presa y ya que esto no le era dado intentaba trasmitir al helado corazon de su esposo el incendio de amor que la abrasaba. Prolongábase su tormento, pero todos eran impotentes para hacerle abandonar el cadáver: sus damas trataron de persuadirla inútilmente hasta que alguno de los monjes hubo de asegurarle que la misericordia de Dios llegaba á tan alto grado que más de una vez aconteció por su permision, resucitar cuerpos que yacian en las tumbas despues de muchos años: era preciso para esto que la reina confiase en la divinidad, mostrándose más resignada y calmando su duelo, ó lo que es lo mismo, que convirtiese su dolor casi divino en una pesadumbre humana. D. Felipe volveria á la vida como aseguraba el monje y la reina entónces abandonó el féretro. Todos los dias acudió al mismo sitio en alas de la esperanza para ver cuándo se realizaba el prodigio y para cerciorarse tambien de la existencia del cuerpo amado. Una vez sin embargo temió que se lo robasen: los flamencos que vinieron con el rey desde Alemania mostrábanse inquietos y temerosos de que no les pagasen sus soldadas; la reina pensó que acaso ellos podrian arrebatárselo en rehenes del pago y entónces determinó trasladarlo á Granada. Hizo ántes tambien abrir el ataud para cerciorarse que era el mismo y á despecho de sus cortesanos y hasta del mismo arzobispo de Burgos, de nuevo sus brazos estrecharon el cadáver y sus labios posáronse sobre la yerta boca. Durante todas estas frecuentes visitas, nunca se la vió derramar una lágrima, pues segun el decir de un escritor contemporáneo, «se le habian secado los ojos de llorar al descubrir una infidelidad de su esposo en una dama flamenca.».

. . . .

Habian pasado en tropel por el interior de mi cabeza todos estos recuerdos prestándoles la imaginacion tal carácter de realismo y verdad que fatigada ya la mente y cansado el corazon habria permanecido inmóvil por mucho tiempo arrimado á la verja del sepulcro del infante, si á mis espaldas no hubieran sonado leves pisadas que vinieron á sacarme de mi abstraccion. Volví los ojos y encontré junto á mí la figura silenciosa de un cartujo, cuyo blanco capuz cubriéndole casi por completo el rostro, apénas dejaba ver luenga barba canosa y resaltando sobre el amarillento y cadavérico rostro, los brillantes puntos de luz de sus pupilas. Aquella figura no era la vez primera que yo la contemplaba: la austeridad de su aspecto, la rigidez de sus líneas, su sobrenatural reposo me habia impresionado más de una vez. ¿Dónde? ¿Cuándo? La imaginacion entónces hizo un titánico esfuerzo, todas las ideas, todos los recuerdos que bullian y se agitaban en mi cerebro como una ronda de chispas luminosas semejantes á los fuegos fatuos de los cementerios parecieron agolparse de repente á un punto dado y de él brotó una de esas inmortales imágenes que tanta gloria han dado á Rivera y Zurbarán. Era el mismo espectro que muchas veces habia yo ido á contemplar al museo pictórico de Sevilla, empeñándome siempre en hallar palpitante en aquel lienzo el soplo imperecedero de la vida, ó de un algo indefinible y misterioso que no tiene nombre, mas no por eso desconocido para mí. Precedido del monje llegué á la capilla de San Bruno, donde existe una excelente escultura representativa del mismo Santo, cuya ejecucion se debe al portugués Manuel Pereira y en uno de sus muros se conserva un magnífico tríptico de la misma época que la iglesia, cuyo asunto es la Crucifixion. Pasamos al interior del convento: en el centro de un claustro ojival está el cementerio, agreste, solitario, matizado el suelo por algunas florecillas silvestres, con toda la poética melancolía que se observa en los Campo Santos de los lugares pobres. Sobre un pedestal hay una cruz de hierro, enmohecida y cubierta de verdin é inmediato un solo ciprés aislado dejando ver el esqueleto de sus ramas á través del exiguo verdor que todavía conserva. Aquel mudo fantasma de la muerte, tan en armonía con el lugar donde se halla sin saber por qué, produjo en mi alma un sentimiento de indefinible tristeza. En la parte alta del monasterio sólo llamó mi atencion en la pieza destinada al hogar, la inmensa campana que sirve de chimenea que es de nogal tallado con un enorme escudo de los Reyes Católicos. Fué necesario que abandonase al cabo aquel religioso sitio donde tantas y tan gratas habian sido mis impresiones, prosiguiendo mi viaje hasta Cardeña, para lo cual tuve ántes que pasar por el pueblecillo de Carcedo, pues su párroco es el encargado del monumento y en su poder están las llaves. Llegué al lugar dando tumbos y temiendo por mi vida, pues el camino está sembrado de enormes peñascos hasta las calles mismas, y preguntando á los labriegos ocupados á la sazon en los trabajos de las eras me dirigieron á una casita de pobre aspecto donde sentado á la puerta presenciando la operacion de aventar el grano se encontraba el Sr. Cura. —Benita,—dijo,—acompaña á este señor.

Benita era una muchacha de 19 años, morena, coloradota, con facciones muy finas, de estatura regular, talle estrecho, abultadas caderas y descalza de piés y piernas. La invité á subir en el vehículo que me conducia y á pesar de su resistencia, pues decia que nunca se habia metido en ningun coche y que caminaba más segura con sus piés, vencida aquella, nos pusimos en marcha. Durante el camino tuve ocasion de oirle las más vivas descripciones de las faenas del campo á que ella ayudaba como el más robusto mozo, dándome noticia de la manera de vivir en estos lugares especialmente en el invierno durante las grandes nevadas, de las fiestas y diversiones de que gozaban, de las galas y vestidos preparados para tales ocasiones y tambien de los cortejos é intriguillas, amoríos y casamientos que habian de realizarse en el próximo dia del Santo Patron del pueblo. Estas fidelísimas pinturas hacíalas Benita con tal donaire, con tanta viveza y con tal expresion de sencillez que me tenia suspenso de sus palabras y seguro que las escuchaba con más atencion que á la más apuesta dama de nuestra sociedad. Así entretenidos nos encontramos frente á los muros del monasterio. El viajero tiene que sufrir entónces honda cuanto desagradable impresion. En vez de encontrarnos con alguna gran portada romànica de arcos concéntricos y capiteles historiados, con sus símbolos, atributos y santos, trabajados infantilmente, pero interesantísimos para el artista y el arqueólogo, la desilusion es grande al ver un inmenso edificio que al exterior sólo revela el mal gusto del siglo XVII, por la parte del monasterio, y una sencilla portada ojival del XV en la que da ingreso al templo. Sin embargo yo no dudaba que allí donde tanto hubo, habia de encontrar algo, y así, guiado por la campesina despues de atravesar por entre los escombros de destrozados patios y derruidos claustros, entramos en la iglesia que nada de notable ofrece á no ser las mutiladas estatuas yacentes del Abad D. Sancho Guillen esculpida en los comienzos del siglo XIII, apreciabilísimo ejemplar que manifiesta la influencia del arte mahometano en el ojival, de lo que es prueba innegable la leyenda en caracteres cúficos que adornan el manípulo, y otra de arte románico que representa al moro convertido Gil Diaz, mayordomo que fué del Cid, la cual se halla en el más deplorable abandono. El templo es de elegante fábrica del XV, pero se encuentra enlucido con cal y ocre y bien mereceria una compasiva mirada por parte del Gobierno, pues de lo contrario sufrirá en breve la misma suerte reservada á las partes antiguas del monasterio. Salimos de la iglesia: hollando los miserables despojos de la destruccion, subiendo por cima de los montones de escombros y piedras, llegamos á un patio que á primera vista nada particular contiene y ya me disponia yo á escudriñar sus rincones todos cuando Benita con el rostro descompuesto, asióme por un brazo fuertemente al par que con tembloroso acento me decia: No vaya V., señor. Por Dios se lo pido. Mire V. que lo van á castigar los mártires: me



EL TRICICLO DE M. TERRY, EN TIERRA (*Copia de una fotografía*)



EL TRICICLO DE M. TERRY TRASFORMADO EN EMBARCACION, representado durante la travesía del Paso de Calais, efectuada el 28 de julio de 1883. (*Copia de una fotografía*)

quedé al punto sin saber á qué atenerme. Miré á Benita, la ví pálida é inquieta y con profunda expresion de súplica marcada en el semblante.—Pero ¿qué dices, muchacha? le contesté.—Yo se lo contaré á V. todo, si se está quieto y no adelanta un paso más. Se lo ofrecí como deseaba y entónces me contó lo siguiente: Allá en tiempo de los moros, hace ya muchos siglos, vivian en este convento 200 frailes que hacian mucho bien por los pobrecitos y que eran muy queridos de todos; un dia, vinieron de pronto los moros y los degollaron y saquearon el convento y se llevaron todas las riquezas. Cuando los moros se fueron á su tierra, vinieron otros frailes y muchos señores y enterraron los doscientos mártires en ese claustro á donde V. queria ir, poniendo en cada sepultura una losa blanca. Al año siguiente del martirio en el mismo dia que fueron degollados, esa fuente, me dijo, señalando á una que brotaba de un muro, empezó á arrojar sangre y las losas blancas de los enterramientos se tiñeron tambien de sangre durante el dia; por la noche aquellas manchas iban tomando formas hasta convertirse en las figuras de los monjes con hábitos rojos que de dos en dos formando una larga hilera llegaban á la iglesia; las puertas se les abrian por sí solas, entraban y arrodillándose á los piés del altar rezaban unos cantos y luégo por el mismo camino volvian á sus sepulturas. El Sr. Cura, añadió Benita, dice que los frailes que han habitado el convento los veian pasar todos los años y entrar en la iglesia, y una noche que para verlos mejor encendieron muchas lámparas, al entrar en ella los primeros monjes de sangre, se apagaron todas y sólo quedó ardiendo la que alumbra el *Santísimo*.



PALACIO DE HIELO EN MONTREAL *(Canadá)*

Benita no iba muy descaminada en su relato: el hecho de la matanza de los 200 monjes de Cardeña tuvo lugar el miércoles 6 de agosto de 934 por el ejército de Abderraman III, segun refieren antiguos testimonios y el mismo historiador musulman Ibn Ialdum dice que en este año despues de sitiar el califa cordobés á Ramiro III en la fortaleza de Osuna destruyó á Burgos y un gran número de castillos (1): añadiendo los cronistas castellanos que hasta los tiempos de D. Enrique IV (2) se efectuó el prodigio de aparecer las 200 losas funerarias teñidas de manchas de sangre.

No obstante el temor de Benita, yo me atreví á pisar el lugar señalado por la tradicion como milagroso y no hubo de pesarme, pues entre algunos sitios aruinados de un muro, pude observar restos de una interesantísima arquería sostenida por capiteles muy bellos latino-bizantino que bien podrian aprovechar nuestros museos. En cuanto á la parte más posterior del edificio, destinado á celdas, tambien lo recorrí y no sin extrañeza ví en el interior de una de aquellas, los restos de pobrísimos muebles que indicaban haber estado sirviendo recientemente. Interrogué á mi guía, y Benita con los ojos humedecidos por las lágrimas me refirió que hacia pocos meses habian estado habitando el convento una comunidad de Trapenses que al cabo tuvieron que abandonarlo por la falta absoluta de recursos para vivir. Rodeados de la más espantosa miseria, aquellos infelices, decia la muchacha, pasaron dos años hasta que al fin lo dejaron. Mire V., me dijo, indicándome al pasar una celda que me pareció la mas limpia y arreglada de todas, aquí murió el Padre Alonso; y entónces ví rodar dos gruesas lágrimas por sus mejillas.

Iba ya á abandonar el histórico monumento: la tarde declinaba y los débiles rayos del sol comenzaban á producir el indefinible misterio del crepúsculo. En medio de las ruinas ví alzarse las escuetas jambas, coronadas por su dintel de mármol blanco, de una que en tiempos seria suntuosa puerta, me acerqué y en efecto aquella era la entrada de algun magnífico salon de capítulo, de algun refectorio ó de otra pieza importante del convento. Toda ella yacia destruida; el polvo y la tierra habian cubierto los fragmentos de la desplomada techumbre, y sólo se ofreció á mi vista un agreste y salvaje huerto donde en medio de las más intrincadas zarza moras, de las enormes matas de cardos silvestres y de los espinos de la maleza, se erguian algunos arbolillos ó subiendo por los destrozados muros grandes jirones de parietarias. Allá en un ángulo, despojado de las silvestres plantas, ví dos cruces negras, me acerqué á leer las inscripciones que tenian y en una de ellas ví el nombre del Padre Alonso muerto á los 21 años en el monasterio de Cardeña. A los piés de aquella cruz habia sujeto un ramo de flores del campo formado con margaritas, campanillas moradas y espigas de avena.....—¿Quién ha puesto aquí este ramo? dije volviéndome á Benita. La muchacha con los ojos bajos al suelo, rezaba: nada me respondió. Yo tampoco necesité interrogarla más.

¡Felices los que al morir descansan en este sitio de eterno olvido y tienen sin embargo una plegaria para su alma y una flor para su tumba!

JOSE GESTOSO Y PEREZ

(1) *Recherches sur l'histoire et littérature d'Espagne*. Dozy, vol. 1.°
(2) Florez. *Historia Sagrada*. Tom. 21.



LOS NÁUFRAGOS, cuadro por J. Hilverdink

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 14 DE ENERO DE 1884 — NÚM. 107

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL RIGOR DEL INVIERNO, cuadro por E. Trentin

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—MAL DE OJO *(conclusion)*, por don Fernando Marmolejo.—EL PRIMER AMOR, por don Rafael Trillo de Merelo.—SALDO DE CUENTAS *(poesía)*, por doña Elena Sellés.—NOTAS DE MI VIAJE (III) *En Toledo*, por don José Gestoso y Perez.

GRABADOS.—EL RIGOR DEL INVIERNO, cuadro por E. Trentin.—FLAMENCO PURO, dibujo por Llovera.—FLAMENCO MEZCLADO, dibujo por Llovera.—EL VENDEDOR DE CASTAÑAS EN PARIS, dibujo por Hugo Kauffmann.—COGIDO INFRAGANTI, cuadro por C. Ziermann.—MUERTE DE CALÍGULA, cuadro por Alma-Tadema.

NUESTROS GRABADOS

EL RIGOR DEL INVIERNO, cuadro por E. Trentin

Hay imágenes que, para fortuna de los artistas que las producen, dicen y prueban y convencen más que todos los discursos del profesor más consumado. Un sermon de Lacordaire acerca de la caridad, una apóstrofe de Castelar, una poesía de Victor Hugo describiendo las miserias del desheredado, no dirian al sentimiento lo que ese cuadro de Trentin, tan sencillo en su composicion como profundo en su pensamiento y fecundo en sus resultados.

Dios condenó al hombre á ganar el pan con él sudor de su frente; lo cual, siquiera, demuestra dos cosas: la existencia de pan y la posibilidad del trabajo. En nuestro lienzo falta a un tiempo lo uno y lo otro: la tierra parece condenada á esterilidad perpétua; el trabajo consiste en conducir á dos niños ateridos de frio á través de un campo que parece el campo de la muerte y bajo un cielo negro como la parte posterior de la losa que cierra un sepulcro.

Todo cuanto se ve en este cuadro respira la más profunda tristeza; nada, empero, tan triste como el corazon de esa madre sin ventura. De ella puede decirse con toda exactitud que recorre el desierto de la vida.

Y esa madre existe; esa miseria es real y positiva; porque llega un dia de invierno en que los pájaros huyen de la tierra que ya no da de sí un solo grano que picotear, y la triste viuda no tiene alas para huir como esos pajaros...

Por fortuna, Dios que ha desnudado los campos, ha dicho que la caridad es la llave que abre las puertas del cielo...

FLAMENCO PURO, dibujo por Llovera

Yo no he visto bayaderas sino en pintura; pero sin temor apostaria lo que cuesta un par de ellas en el mercado de Constantinopla á que si el Gran Turco tropezaba con una moza de carne y hueso parecida á la del dibujo de nuestro Llovera, habia de mandar noramala á todas las hembras del serrallo y expedir al jefe de los eunucos camino de Andalucía, con encargo de llevarle un cargamento de aquellas, siquiera no fuesen tan completas como la muestra.

Lo flamenco priva en estos momentos, y ello es que no hay por qué, salvas las flamencas, que privan y privarán siempre miéntras haya aficionados á la gracia de Dios. La flamenca no tiene comparacion sino con otra flamenca, porque si se nos dice que su tez es la de las hijas del desierto, que su mirada es altiva como la de una sultana ofendida, que su talle es esbelto como la palmera de Africa, que su danza se repite todos los dias en el interior del harém para sacar de quicio á los moritos estragados; en una palabra, que la flamenca es un tipo africano, flor de un árbol introducido en España por sus conquistadores de allende el Estrecho; nosotros, sin negar la semilla, sostendremos que el fruto ha mejorado notablemente en el suelo andaluz, y el que dude de esa verdad vaya á Málaga y lo vea, y vaya á Granada y á Sevilla.... No, mejor es que no vaya; se lo aconsejamos por el bien de su cuerpo y de su alma.

Conténtese con la reproduccion de Llovera, reproduccion de un tipo genuino, sin mezcla, ante cuyo original nos postraríamos de rodillas como unos tontos, si no temiéramos provocar su risa; ó nos propasaríamos como unos calaveras, si no nos contuviera la idea de una *guantá* como no se la dieron á Cristo....

¡Bien por Llovera!

FLAMENCO MEZCLADO, dibujo por Llovera

Algunos prefieren á la cerveza pura el limon con cerveza. Pues ahí tienen Vds. lo flamenco con limon; ménos áspero, más dulce, apropiado para paladares ménos curtidos; una bebida que es al flamenco puro lo que la manzanilla es al Jerez seco. Comparando este precioso tipo de Llovera con el anterior, encontraremos que la mirada de la una atrae, al paso que la de la otra domina; que la actitud de la una dice: Sígueme, pollo.... -miéntras la de la otra parece decir:—¡Alto ahí, so perdis!.... —que la boca de la una besa y la boca de la otra abrasa; que la una camina excitando al que la sigue y la otra está clavada reprimiendo al que la mira: la una percal limpio, la otra flexible seda....

Lo dicho; cerveza con limon.... Nosotros la preferimos pura.

Esto no quita que aquella sea una bebida deliciosa.

EL VENDEDOR DE CASTAÑAS EN PARIS, dibujo por Hugo Kauffmann

Kauffmann es quizá el primero de los caricaturistas vivientes y el único que sostiene en Francia las bellas tradiciones de Gavarni. Como él buen dibujante y profundo observador, no tiene necesidad, para expresar su pensamiento, de recurrir á la tan comun exageracion á que apelan los caricaturistas adocenados. Las narices interminables, las piernas de grulla flaca, los hombres bolas y todos los tipos imposibles que produce el lápiz de ciertos dibujantes, quédense para el vulgo que carece de recursos más serios para conseguir el apetecido efecto.

Una caricatura, como un epigrama, no ha de llamar la atencion por lo que podríamos llamar sus ángulos salientes: el dibujante no debe darse por satisfecho con producir líneas, ni el poeta con producir versos: unos y otros han de tener naturalidad é intencion, forma y fondo; porque el caricaturista, como el poeta epigramático, se precian de moralistas; y el dibujo que nada hace sentir y el epigrama que apénas es motivo de una sonrisa grosera, distan mucho de cumplir su objeto.

Nuestro *castañero* es modelo en su género: á la simple vista del dibujo podria escribirse la triste cuanto accidentada vida del original.

COGIDO INFRAGANTI, cuadro por C. Ziermann

Cayó el muchacho en el garlito y va á pagarlas todas juntas.

Merecido lo tiene.

Dios no pobló de pájaros los bosques para que mueran de tristeza en una jaula. Dejad que las aves crucen libremente el espacio y pueblen el aire de armonías. Porque son débiles, las condenais sin provecho á prision perpetua?

¡Qué idea tan injusta tienen formada los hombres de la justicia!...

MUERTE DE CALÍGULA, cuadro por Alma-Tadema

En más de una ocasion hemos tenido el gusto de insertar en las páginas de nuestra *Ilustracion* reproducciones de cuadros de este ya célebre artista. Lorenzo Alma-Tadema, nacido en Holanda, recibió las primeras nociones del arte en Amberes, y á la edad de diez y seis años expuso en la galería Grosvenor, en Lóndres, un retrato que llamó la atencion. Desde entónces su fama ha ido creciendo á la par de sus adelantos, y hoy es uno de los pintores más apreciados en Inglaterra. Su género predilecto son las costumbres de la antigüedad egipcia, griega y romana y sobre todo las de carácter agradable ó festivo; por esto causó general sorpresa la exhibicion del cuadro que hoy reproducimos, y en el que, separándose de sus tradiciones, representa una escena de muerte.

Entre mosaicos y jaspes, oro y tapices, se ve el cadáver de Calígula, de su mujer y de otro deudo, que han yacido en el marmóreo pavimento toda la noche, y cerca de ellos al abyecto Claudio, que tambien ha pasado la noche entera oculto entre unas cortinas. Al registrar el palacio los conjurados de Quereas para cerciorarse de que no quedaba ningun individuo de la familia imperial con vida, encuentran al tembloroso y amedrentado príncipe tras el busto de su predecesor, y saludándole burlescamente, le proclaman, por mofa, emperador, mofa y burla que se convirtió en realidad por decision del Senado y que dió lugar al relajado reinado del imbécil Claudio.

Tal es el asunto en que se ha inspirado Alma-Tadema, habiéndolo trazado en el lienzo con tal perfeccion, que de su cuadro sólo se nos ocurre decir que si hasta aquí habia huido de representar escenas trágicas y horribles, no le faltaba razon para ello: tal es la verdad que, así en el conjunto como en los detalles, lo mismo en la diferente expresion de los rostros que en la actitud de las figuras, descuella en toda su obra, impresionando tristemente al que la contempla.

MAL DE OJO

(Conclusion)

XIII

Singularmente uno, pequeño, viejo, repugnante, de color cetrino, de ojos encarnizados como los de un lobo, que daban frio y espeluzno á aquel á quien miraban y le causaban horror, parecia reunir en sí todos los rasgos de la fealdad y fiereza de los demás.

Era un *gnomo*, un sátiro, un vampiro, todo á la par, y tenia la mirada venenosa de la serpiente, y la boca cínica de un ximio, y los colmillos salientes á manera de jabalí.

Cuando pasó junto á Amparo, la miró.

Ella tembló y sintió un frio de muerte y á la par un dolor en el corazon como el de una quemadura.

Aquel demonio pasó, y Amparo le siguió anhelante y horrorizada sin poder dejar de mirarlo.

Hubiera podido decirse que la habia hecho mal de ojo.

XIV

Empezó el auto.

Subióse á uno de los púlpitos un grave padre, maestro de la órden de predicadores, y leyó uno tras otro los procesos de los condenados.

A cada iniquidad, á cada delito vergonzoso é infame, á cada crímen contra la fe, el pueblo lanza un sordo rugido de horror.

Un rugido de indignacion y de muerte.

Les parecia para aquellos réprobos poco castigo la hoguera en donde debian ser reducidos á cenizas, vivos los unos, engarrotados los otros.

El último, el ménos criminal, el que debia únicamente llevar sambenito y soga al cuello, como penitencia durante toda su vida, estaba acusado de hacer intencionalmente mal de ojo.

Por lo demás nada habia que decir ni de la fe ni de sus costumbres.

Pero en lo del mal de ojo habia encontrado la Inquisicion, aunque sin poder probarlo, algo de satánico.

Se le habian lanzado los demonios del cuerpo y éstos habian dicho que Pablo de la Hoz era un simple, pero con mucha alma, que al pasar por sus ojos hacia daño, pero que no era un daño tal que causara la muerte, ni pervirtiera los sentidos de aquellos á quienes mirase

La declaracion de los demonios fué de gran peso para los inquisidores, que hubieran absuelto libremente á la Hoz; pero considerando que tenia la mirada venenosa, aunque no gravísimamente, le sentenciaron á sambenito perpetuo, para que las gentes se apartaran horrorizadas de él, le evitasen y no pudiera causar cierto daño.

Como su causa era leve, allí mismo, acabado el auto, lo soltaron, y se fueron con los restantes, para quemar á los unos y hacer que los otros presenciasen la quema.

XV

A Amparo fué necesario llevarla de allí á su casa.

Habia vuelto á ponerse mala.

La calentura la abrasaba.

Aquella noche, ya tarde, muy tarde, cuando sólo los perros vagabundos andaban por la calle, en medio del sopor de su fiebre oyó aquella voz adorada, que la habia enamorado y que hacia dos años no oia, y que cantaba dulce y apasionadamente bajo la ventana de su alcoba.

Se produjo en ella un efecto enérgico.

Una reaccion.

Recobró todas sus facultades.

Escuchó con delicia.

La voz seguia cantando cada vez más dulce, cada vez más apasionada.

La llamaba.

Y no era un delirio de su fiebre.

La fiebre corporal habia desaparecido.

Sólo quedaba en su lugar la fiebre del amor.

Abrió la ventana.

Miró á la calle.

Una calle en que habia más pitas y más higueras chumbas que casas.

La noche era muy clara.

La luna brillaba en lo más alto de su carrera á través de las nubes.

El viento era fresco y perfumado.

El silencio profundo.

En medio de él se oia la voz mágica.

La voz irresistible.

La voz de un amor que la conmovia hasta lo más profundo de sus entrañas.

Pero aquello era un horror.

El hombre que cantaba tenia sobre sí la coroza y el sambenito de la Inquisicion y llevaba al cuello una soga.

Era el horrible gnomo que hacia mal de ojo *sin quererlo*.

Se pusieron en lucha en Amparo la materia y el espíritu.

Se unieron en un horrendo consorcio el horror y el cariño.

Parecia que Dios la castigaba por lo cruel que habia sido con sus adoradores y la sentenciaba á ser la esclava, la encantada, la hechizada por aquel sér maldito.

Y su voz era más deliciosa que nunca.

Más que nunca irresistible.

Era como la de las sirenas.

Como aquella llevaba los navegantes al torbellino del océano, ésta arrastraba á Amparo al abismo de su pasion.

El canto terrible seguia llamándola.

Amparo obedeció.

Bajó, abrió la puerta, adelantó sin vacilar hácia aquel demonio.

Luégo los dos se perdieron entre las quebraduras del cerro de San Cristóbal.

Al rayar el dia volvió á su casa Amparo.

Se notaba en ella una vacilacion semejante á la de un ebrio.

En sus magníficos ojos habia algo de fosforescente.

Parecian entumecidos por algo semejante á la expresion de la locura.

De una locura en que habia como reflejo de horror y de deleite.

XVI

A la noche siguiente juntó todas sus joyas, que eran muchas y muy ricas, heredadas de su madre y aumentadas por el amor de los gitanos, y esperó.

Al fin se oyó la voz dulcísima.

Amparo se fué, no á la ventana que hubiera sido perder tiempo, sino á la puerta de la casa. La abrió y salió.

En la calle habia un hombre.

Aquel hombre era Pedro de la Hoz.

Pero el sambenito, la coroza y la soga habian desaparecido.

Vestia un hermoso traje de soldado.

Montaba un brioso caballo.

Amparo, que traia consigo sus joyas, saltó á la grupa

El caballo partió.

Superó el cerro.

Saltó por una de las brechas que habia hecho el tiempo en la vieja muralla.

Salió al camino de Guadix.
Descendió.
Atravesó el campo del Triunfo y se lanzó en el camino de Jaen.
Los dos amantes iban hácia Madrid.
Madrid era, como ahora, un refugio seguro para los huidos de la justicia.
Y más seguro que ahora era entónces que la gente viajaba infinitamente ménos, porque eran infinitamente más difíciles las comunicaciones.

XVII

Hicieron sin miedo, sin prisa y en seguridad el camino.
Nadie tenia interés en perseguir á Pedro.
Los venteros y los posaderos se asombraban al ver una jóven tan hermosa que parecia enamorada hasta la locura de un viejo tan repugnante y horrible.
Misterios de sentimiento, monstruosidades por decirlo así del alma, extrañas relaciones entre el espíritu y la materia, excepciones incomprensibles de la regla general, fascinaciones extraordinarias que no se explican ni se explicarán jamás.
Llegaron á Madrid.
Pedro se consagró á la profesion de cirujano que habia ejercido toda su vida.
Entónces este oficio era muy lucrativo porque las gentes eran bravas, reñian fieramente por cualquier cosa, menudeaban las cuchilladas y habia una buena cosecha de heridos.
Tenia además Pedro de la Hoz otros oficios que le producian ganancias infinitamente mayores que su oficio lícito y público: la preparacion de filtros y bebedizos amatorios, la magia blanca, la negra, una multitud de embelecos en que creian todas las gentes de aquel tiempo, y que en nuestros dias se creen tambien por un número muy respetable.
Pedro de la Hoz enseñó todas estas repugnantes artes á Amparo y la hizo además partera.
Con todas estas industrias lícitas é ilícitas y el grande atractivo de Amparo, los dos amantes habian llegado á hacerse ricos, tenian en Madrid muchas casas y habian construido para su vivienda la blanca casita rodeada de su jardin de la que ya hemos hablado y estaba entre el barrio de Embajadores y el Hospital general.
Tal era la historia de la gitana granadina.
De la comadre Amparo.

XVIII

Vengamos al año de 1641 y á una tempestuosa noche de su mes de noviembre.
Era ya muy tarde y Amparo dormia, sonriente de amor entre los brazos de su horrible amante que roncaba de una manera insoportable.
Fuera no se oia más que los largos y sonoros mugidos del viento y el zumbar de la lluvia que venia á dar de través en los vidrios de la ventana de la alcoba.
Estos ruidos arrullan el sueño.
De improviso sonaron fuertes aldabadas en la puerta de la cerca del jardin.
Estas aldabadas se repitieron de tal manera que al fin los dormidos despertaron.
Pedro se levantó y se vistió rápidamente.
Acudió á la puerta.
Se encontró con un embozado, tras el cual habia una silla de manos servida por dos ganapanes
El embozado habló algunas palabras en voz baja á Pedro.
Sonó algo parecido al choque de monedas de oro.
Pedro franqueó su casa á aquel embozado.
La silla de manos entró tambien.
De la silla de manos salió completamente envuelta en un manto una mujer que se quejaba dolorosamente.
Pedro introdujo al embozado y á la tapada en una sala baja.
Los dejó en ella á oscuras y se fué á buscar á Amparo que ya estaba vestida.
Descendió y dejó la luz fuera.
El embozado habia prevenido que la comadre prestase á oscuras el servicio que se le pedia.
Todo se preparó.
La desconocida dió al mundo y no á luz, entre las tinieblas, una criatura.
El embozado mandó á la dama le siguiera.
—No lo consiento yo, —dijo Amparo:—esta señora corre un riesgo de cuenta saliendo ahora.
—Yo no necesito que vos lo consintais,—contestó agriamente el embozado.
—Amparadme por el amor de Dios,—exclamó la dama,—que este que habla es mi padre y para vengar la deshonra que yo, miserable de mí, he traido sobre él, me llevará á sus campos y me matará.
—Véase lo que se hace,—dijo con voz firme el encubierto, —no sea que os pese.
—En nombre del rey, que os lo pagará largamente, salvad á la madre de su hijo,—gritó con una ansiedad infinita la dama.
—Pues aquí,—rugió el caballero.
Y se lanzó al lugar donde resonaba la voz de su hija.
Hirió ciego de furor.
Se oyó un gemido.
Luégo el sordo rumor de un cuerpo que caia por tierra.
Amparo lanzó un grito desgarrador.
El que habia gemido herido de muerte habia sido Pedro, que en el momento en que el terrible incógnito se lanzaba sobre su hija la tenia en sus brazos
Aturdido, dominado por la situacion, creyendo haber matado á la dama, el asesino habia huido
Habia ganado la puerta de la casa y la de la cerca.
Se habia perdido á poco en las tenebrosas calles del barrio de Embajadores.
Amparo salió precipitadamente.
Trajo la luz que habia dejado fuera
Pedro, muerto, estaba tendido boca arriba con los brazos abiertos.
De su pecho brotaba un raudal de sangre.
La dama estaba doblegada.
Cerca de ellos, puesto en una silla, lloraba el recien nacido.
El semblante de Pedro aparecia horrible
Un verdadero semblante de demonio.
Pero sus ojos, ojos terribles cuando vivian, habian perdido todo su poder.
Estaban inmóviles, vidriosos, impuros.
Amparo le contemplaba con atencion.
Y ¡cosa extraña!
Pareciale que no habia conocido á Pedro más que á través de una pesadilla.
Habia cesado la influencia magnética y Amparo despertaba, aunque lentamente, de un largo sueño de diez años.
Y estaba en lo mejor de su vida.
Aún no habia cumplido los treinta.
Su hermosura era maravillosa.
Y la reaccion de su espíritu aumentaba.
La influencia que sobre ella habia ejercido aquel maldito disminuia rápidamente.
—¡Oh! ¿qué es esto que me sucede?—exclamó al fin.
El horrible cadáver que tenia ante sí no le causaba más que una invencible repugnancia.
La muerte habia roto el encanto.
Se pasó las dos manos por la frente como para arrancarse los últimos terrores de su pesadilla y miró con extravío en torno suyo.
La dama aparecia doblegada aún en una silla
Tenia el semblante descubierto.
Era hermosísima y muy jóven.
Cubria su semblante una palidez mortal, que se combinaba para producir un efecto extraordinariamente conmovedor con la expresion de un espanto infinito
Aquello era un drama tremendo.
—¡Salvadme, salvadme!—exclamó con angustia la dama.
—¡Ah! nada temais,—dijo distraida Amparo: pero ¡Dios mio! ¿qué es esto que pasa por mí?
Y continuaba mirando con una atencion excesiva el horrible cadáver.
—¡Ah! -murmuró de improviso Amparo como si en su cerebro se hubiese hecho una lucidez perfecta: -¡ah! ¡sí! ¡dominada! ¡fascinada! ¡pero ya soy libre! ¡es la misericordia de Dios!
La dama permanecia inmóvil.
El niño continuaba llorando de una manera desconsoladora.
Parecia que de una manera inconsciente, por un instinto misterioso, lloraba la desgracia de su nacimiento.
Es necesario que yo me salve y que os salve,—dijo la dama.
—¡Sí! ¡sí! venid conmigo—contestó Amparo;—tened la luz para que yo pueda llevar á vuestro hijo y ayudaros á subir.
Y envolviendo al niño en un paño, le tomó, dió la luz á la dama, la prestó apoyo con su brazo derecho y la sacó de la sala baja, donde el cadáver quedaba abandonado; la llevó á su alcoba, la acostó en su mismo lecho y puso junto á ella al niño.

XIX

—Dadme recado de escribir,—dijo la dama.
Amparo se lo llevó.
La dama escribió llenando la primera plana.
Cerró el billete.
—¿Teneis quien lleve esto á la Cava Baja número 15 y lo dé al señor Anton Gutierrez que allí vive?
—Sí, dijo Amparo.
—Pues que venga cuanto ántes.
Amparo se fué á un ángulo del jardin donde en un aposentillo dormia una criada.
La despertó.
—Llevad esto al momento á la casa número 15 de la Cava Baja, preguntad por el señor Anton Gutierrez y dádselo

XX

Una hora despues llegó un viejo cenceño, fuerte, y al parecer hombre de corte.
Habló á solas con la dama.
Se fué.
Una hora despues llegó un alcalde de casa y corte con una taifa de alguaciles.
Se hizo abrir en nombre del rey
Entró y llegó hasta la sala en donde estaba el cadáver.
—¿Sois la esposa de este hombre? preguntó á Amparo
—Sí señor
—Entónces firmad esto.
—Y ¿qué es esto?
—Vuestra declaracion: nada temais: firmad tranquila.
Amparo firmó.
Despues de esto el alcalde hizo se pusiera en un medio ataud que habian traido los sepultureros de la parroquia, el cadáver, se despidió muy cumplido y se fué, llevándose el muerto.
Como se ve, los alcaldes de entónces servian al rey en todo lo que les necesitaba.
Se habia echado tierra al negocio, que se acabó muy pronto enterrando á la víctima.
Aquello habia sido las consecuencias de unos amoríos del rey D. Felipe IV
La dama convaleció.
Un dia por otro billete de la dama llegaron algunos criados con una carroza
En ella se fueron la madre y el hijo
Al dia siguiente, un desconocido que parecia muy señor, trajo á Amparo una cuantiosa recompensa.
Aquello habia dado fondo.
Amparo no supo jamás quién era la dama á quien habia servido.
Aquella aventura, matando á Pedro de la Hoz, la habia salvado de su fascinacion.
Amó al fin á un correo del rey y se casó con él.
Algunos años despues y creciendo por aquella parte el ensanche de Madrid, la casa de Amparo fué una de las de una calle nueva, á la que se llamó primeramente de la Comadre Amparo
Luégo solamente de la Comadre, por abreviar.
Al fin hace poco tiempo se la llamó de Amparo, por conservar el nombre de la comadre heroína de nuestro cuento.

FERNANDO MARMOLEJO

EL PRIMER AMOR

I

—Para que yo me encargue de esa mision cerca del conde del Romeral, es preciso, querida sobrina, que me pongas en antecedentes. Sepamos el orígen de esa correspondencia.
—Es muy claro y muy sencillo: unos amoríos de pollos. Yo tenia quince años y el conde, que entónces no lo era porque aún vivian su padre y su hermano mayor, diez y siete; es decir, yo todavía niña y él apénas hombre, jugamos al juego del amor. Él habitaba de temporada en Santi-Ponce y yo á media legua de este pueblo, en el cortijo de mi madre. Nos visitaba casi todos los dias. Una mañana, aún la recuerdo, me atrevo á decir que con placer, Cárlos entró en mi casa en traje de caza, me encontró sola, me estrechó á su corazon y deslizó un billetito en el bolsillo de mi delantal. Yo me retiré, haciéndome la ofendida, pero me apresuré á leer aquella perfumada misiva amorosa. Contesté quejándome de su atrevimiento, él volvió á escribirme para disculparse y de esta manera se estableció entre nosotros una de esas correspondencias que tanto halagan á los jóvenes. El invierno con su frio y con sus lluvias puso fin á nuestro inocente devaneo. Cárlos fué á Roma de agregado de embajada y yo regresé á Madrid con mi madre. Como él no volvió á ocuparse de mí y permaneció siempre en el extranjero, casi olvidé aquel sueño de amor y dos ó tres años despues me casé con mi difunto marido. Ahora el baron de Astudillo pretende mi mano; todos Vds. creen que es una buena boda; pero como el conde ha vuelto á Madrid, si he de casarme, es preciso que recoja mis cartas. Aunque no lo supongo, cualquiera ligereza de su parte podria ocasionar un conflicto; y por último, tia, una mujer casada no debe permitir, si puede impedirlo, que tenga cartas suyas un hombre que no sea su marido.
—Convengo en ello, seré tu intermediaria, pediré al conde tus cartas; pero francamente, lo siento.
—¿Lo sientes, tia? ¿por qué?
—Cuando el conde, á los tres ó cuatro dias de llegar, vino á visitarme y entre otras cosas hablamos de tí y de la próxima boda, creí notar en él un movimiento de disgusto. Ahora veo más claro; sospecho que no le eres enteramente indiferente
—¡Qué tontería! Despues de tantos años.
—Es que las primeras impresiones rara vez se borran por completo. El conde, jóven, ausente y sin carrera hecha, pudo no pensar con insistencia en un devaneo de chiquillos; pero al volverte á ver en el apogeo de tu belleza....
—¡Tia!
—Sí, Laura, sí. A los diez y seis años eras una niña graciosa, á los veinticinco, pocas se pueden comparar á tí.
—Tia, me juzgas con criterio de familia.
—Ahora mismo, miéntras hablamos, he sorprendido una mirada del conde....
¡Bah! ¿Vuelves á insistir? El conde ha sido embajador y probablemente será ministro. La política le absorbe, y sólo se ocupa de mí en su imaginacion.
Bien, sea. De todos modos el baron se le ha adelantado, y aunque hay notable diferencia entre los dos, será preciso resignarse á los hechos casi consumados. Voy á hablarle y trasmitirle tu deseo.

II

La generala Rojas se acercó al conde, que estaba junto á una mesa de tresillo y, colgándose de su brazo, le llevó á un gabinetito.
Sentáronse en un divan.
—Conde,—dijo la generala, ¿sabe V. que mi sobrina



FLAMENCO PURO, dibujo por Llovera



FLAMENCO MEZCLADO, dibujo por Llovera

Laura se casa con el baron de Astudillo? ¿Qué opina V. de esta boda?

—Opino que su sobrina de V. está hoy dia más bella que hace diez años, y que si es verdad que el matrimonio es una nueva fuente de Juvencio, el baron que necesita anegarse en sus aguas, es un hombre dichoso.

—¿Es eso todo?

—Debo añadir, que es doblemente dichoso, si como se dice, V. ha influido en este enlace.

—Quizá sea cierto, mi querido conde, y por tanto debo hasta el fin cumplir mi mision.

—¿Quién lo duda?

—V. tiene cartas de mi sobrina.

—¡Ah, sí! unas cartas inocentes y deliciosas.

—Pero que una vez casada Laura, no deben continuar en poder de V.

—De eso habria mucho que hablar.

—Mi sobrina ruega á V. que se las devuelva y yo estoy encargada de recibirlas.

—¿Me permite V. que *regatee* la devolucion?

—¿Regatear una cosa fútil?

—No tanto, señora, y voy á explicárselo á V. Fuí muy feliz al merecer algunos pequeños favores á su sobrina de V. Me ausenté de Madrid y áun de España, es cierto; pero lo que V. ni nadie saben, es que mi especie de *fuga*, mis conatos *diplomáticos* han sido un sacrificio....

—Conde, nuestra conferencia se va volviendo espinosa. ¿Me dará V. esas cartas?

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—Consentiré en desprenderme de mi tesoro, si su sobrina de V. se obliga á recibir sus cartas de mi mano y á volverlas á leer una por una.

Aunque la original peticion del conde la sorprendió un tanto, como la condicion impuesta no era difícil de cumplir, la generala aceptó en nombre de su sobrina.

En aquella época el distinguido diplomático estaba ocioso y sin duda quiso distraerse con la devolucion de las cartas exigidas por la jóven viuda. Quizá le halagó la idea de procurarse una pequeña venganza, comprendiendo que á veces una broma, atenúa el disgusto y el ridículo de una situacion. Habiéndose puesto de acuerdo con la generala en los *detalles del tratado*, apénas volvió á su casa, el conde despidió á su ayuda de cámara, y abriendo uno de los cajones de su mesa de estudio, sacó un paquete de cartas atado con una cinta de seda azul.

Contemplólo un rato, tal vez embelesado en sus recuerdos, y despues se acostó.

Tuvo un sueño, pero yo no le referiré, limitándome á hacer una ligera observacion.

Nuestros abuelos de la antigüedad y nuestros antepasados de la Edad media, no conocieron el uso de las correspondencias amorosas en que tanto abundan las modernas novelas. Sin recurrir al manual epistolar, vivian, trabajaban, combatian y hacian el amor, pero sin frases. Para demostrar su pasion se limitaban á dar pruebas materiales de ella. Comprendo que el *Manual de escritura*, sólo esté en uso entre la gente cursi y ordinaria; pero no me explico la moda, que por fortuna ya va pasando, de escribir cartas y cartas; especialmente por parte de las mujeres, entre las cuales hay algunas para quienes el amor es el pretexto y la correspondencia amorosa el verdadero fin. Laura no se halló en este caso, y por lo tanto sus cartas no eran muy amorosas, pero estaban escritas con la expansion de un corazon juvenil que se despierta á las inocentes emociones de la pasion.

La generala y el conde habian convenido en que Laura recibiria á éste todos los dias á la una de la tarde. La linda viudita habia designado esa hora fastidiosa que media entre el almuerzo y el paseo, suponiendo que la conversacion de un hombre tan inteligente y distinguido la distraeria.

Recibió, pues, al conde en su gabinete que era una especie de santuario de elegancia y de buen gusto. Las paredes estaban cubiertas de blanco saten y veíanse por todas partes esos mil objetos frívolos pero costosos, en los que se adunan el arte y la riqueza.

Una chimenea encendida daba suave calor á aquel templo de lujo y de belleza.

Laura, envuelta en un blanco peinador, estaba medio tendida en un sofá forrado de raso azul sobre el cual destacaban los graciosos contornos de su cuerpo.

Indicó al conde que se sentase en un sillon; hízolo éste y sacando una carta del paquete se la presentó á Laura, diciendo:

—Confio en la buena fe de V. y espero que leerá esa carta sin saltar un renglon.

Ella la tomó en silencio, leyóla con detenimiento, sonrió mirando al conde, y arrojóla al fuego de la chimenea.

El conde exhaló un suspiro casi imperceptible.

Hablaron de cosas indiferentes, y trascurrido un rato, aquel se retiró.

III

Esta escena se repitió al siguiente dia, y todos los demás. Las cartas se iban quemando una por una, contrariando un tanto á la generala que hubiera querido leerlas.

Laura se iba poniendo cada dia más pensativa.

—Esto va á ser interminable,—decia la generala.

—No, tia, las cartas no son muchas. Además, tú tienes la culpa; tú has arreglado las condiciones.

—Ya.... pero....

—Dentro de unos dias el holocausto se habrá consumado y demos gracias al cielo de que no sea una hecatombe.

La generala estaba inquieta. El baron, que la habia tomado por confidente, se quejaba de la frialdad de Laura en sus relaciones con él, que ya debian ser más íntimas, y además observaba que el conde presentaba cada dia un aspecto más satisfecho que contrastaba con el preocupado y meditabundo de aquella.

Respecto á Laura, preciso será hacerse cargo de que casada casi niña con un viejo, dichoso porque era envidiado por su union con una jóven bella é inteligente, no pudiendo sentir amor por su marido, aunque sin faltar á sus deberes, habia buscado en la coquetería de hacer resaltar su hermosura, el medio de colmar, en parte, el vacío de su existencia. Acostumbrada ó resignada al matrimonio sin verdadera afeccion, en el segundo enlace que le habian propuesto y que ella aceptó, creyó ver una continuacion del primero; es decir, un *marido oficial*, un hombre entrado en años que no aspiraria á hacerse querer, pero que en cambio se dejaria dominar.

La generala habia alentado estas ideas en su sobrina, porque como mujer un tanto gastada, preferia el rendimiento de la vejez á las exigencias de la juventud: «un marido, decia, debe ser *una contrata en blanco*, no *un pagaré apremiante*» y bajo estas bases arregló la boda de Laura con el baron.

Pero su instinto hacíala presentir que iban á fallar sus cálculos y á quedar maltrecha su fama de casamentera. Comprendia la superioridad del conde, pero se compadecia del ridículo desencanto que amagaba al baron.

Laura, entre tanto, recibia á aquel todos los dias, leia las cartas que la daba; pero ya no las arrojaba al fuego; es más, leia á sus solas las que ella conservaba escritas por el conde, que este se guardó muy bien de reclamar.

Al propio tiempo que la jóven viudita recordaba el pasado, haciendo que reconociese la niña inocente en la mujer elegante y enteramente formada, el conde, que sólo habia pretendido vengarse de la frialdad ó mejor dicho, frivolidad de Laura que prescindia tan fácilmente de las impresiones de su primera juventud, como lo probaba su segundo matrimonio concertado, sintió fundirse el hielo de su corazon al contacto diario de aquella mujer tan bella.

El efluvio amoroso habia envuelto á ambos inconscientemente, los labios se sonreian y quién sabe si las manos se encontraban con frecuencia bajo frívolos pretextos.

El primer amor triunfaba de sus detractores, probando que, como todas las cosas, á veces es verdad y á veces no.

Laura renacia á nuevas impresiones; el conde, nombrado para un alto cargo diplomático en el extranjero, buscaba excusas para permanecer en Madrid.

IV

Un dia, estando ambos en el elegante gabinete de costumbre, muy cerca uno de otro, Laura recibió una carta, miró el sobre, se sonrió y cuando la hubo leido se encogió de hombros haciendo una graciosa mueca de desden. Excusado será decir que la carta era del baron y sabiendo la procedencia fácilmente se adivina el sentido. El desdeñado amante, en vista del mal aspecto que presentaban sus esperanzas, y considerando la triste figura que hacia, habia determinado devolver su palabra á la mudable viudita.

Esta se levantó lentamente del sofá en que estaba reclinada y con cómica gravedad arrojó la carta al fuego de la chimenea, diciendo:

—El fuego dentro del fuego. Vea V., conde, cómo se desvanecen las ilusiones.

—Ciertamente, es peligroso jugar con fuego.

—¿Lo sabe V. por experiencia?

—Lo sé por realidad....

En este momento entró la generala y casi sin saludar se dejó caer en un sillon diciendo:

—Laura, ¿será posible lo que he sabido? ¿Qué debo pensar? ¿Cómo explicarme esta campanada? ¿Con que el baron se ha ido hoy por la mañana á Italia?

—¿Qué importa?—observó Laura.—¿A qué viene esa inquietud? El baron es ya talludito y puede viajar solo.

—Yo no me inquieto precisamente por él sino por mí; me habia hecho hasta cierto punto garante de vuestro matrimonio y he comprometido mi reputacion de formalidad. Vamos, dime, ¿no hay medio de arreglarlo? ¿Será irremediable esta locura incomprensible?

Laura no respondió.

—No me tengas en la ansiedad, contesta, detesto los enigmas; en mi vida he podido acertar ni uno.... Y V., señor conde, ¿puede decirme lo que esto significa? ¿Estas visitas diarias é interminables, esas estúpidas cartas?....

—¿Cómo estúpidas, señora?—interrumpió el conde con fina sonrisa;—sepa V. que debo la existencia á esas preciosas misivas.

—La existencia del alma, ¿se ha hecho V. romántico?

—No, señora; la existencia del cuerpo, supuesto que el alma no puede morir.

—¡Sensiblerías!

—Verdades, hechos materiales, talismanes en pleno siglo XIX....

—¿Cómo es eso, conde?—interrumpió Laura que habia oido sonriente el tiroteo entre su tia y este.—¿Qué dice V. de talismanes?

—Y no me atrevo á decir reliquias por respeto á las cosas sagradas. Es una historia de buena fortuna y de corazon.

—Nunca me ha hablado V. de ella.

—Ahora lo haré obligado por la generala, que ha calificado de estúpidas mis cartas, ó mejor dicho, las de V.

—Y nosotras, supongo que las dos, la oiremos con interés.

—Es sencilla y sin embargo trascendental.

—Eso la hará doblemente interesante.

—Cuando hace años, en la época en que V., Laura, y yo éramos pollos, mi familia me vió triste y desalentado; comprendió que un amor sin esperanza atormentaba mi corazon. El instinto paternal adivinó que una rubita muy bella, poseedora de una gran dote muy solicitada y que se parecia mucho á V., motivaba mis pesares; pues, pobre entónces, segundon en mi familia y sin carrera, yo no podia aspirar al logro de mi amor. Mi padre solicitó y obtuvo para mí un puesto de agregado en la embajada de España cerca de la corte de Italia. A poco tiempo de haber tomado posesion de mi plaza, una mañana, en un almuerzo de jóvenes diplomáticos, un segundo secretario, algo indiscreto y presuntuoso, se permitió ciertas alusiones inconvenientes con referencia á la rubita de que ántes he hecho mencion.

—¡Ah! ¿cómo es eso?

—Entre otras cosas duras le dije que mentia y por consecuencia fué inevitable un duelo.

—Nos batimos con espada española; yo casi no sabia tenerla en la mano, pero *estaba escrito*, como dicen los mahometanos, que no habia de morir, quizá porque mi vida no me pertenecia por completo. Mi adversario cruzaba su espada con la mia, con el aplomo que da el conocimiento del arma que se maneja. Despues de haber agotado mis fuerzas pretendiendo inútilmente tocarle, me tendí á fondo impaciente y me descubrí por entero; él aprovechó la falta, y su espada, resbalando en mi pecho, se clavó en mi hombro izquierdo. El golpe era raro, la desviacion nada frecuente; pero Vds. lo comprenderan cuando sepan que yo llevaba sobre mi corazon una cartera que contenia un paquete de cartas.

—¡Ah!

—Las *estúpidas* cartas, que Vds. recientemente me han reclamado, me habian salvado la vida.

Laura se arrojó al cuello del conde. La generala estaba conmovida y cavilosa.

—¿Serán verdad—dijo—las cualidades que se atribuyen al primer amor?

—¿Quién lo duda?—contestó el conde.—Una vasija nueva conserva siempre el olor del primer líquido (excepto el agua) que contuvo; del mismo modo el corazon guarda *casi* siempre el recuerdo de sus primeras impresiones.

RAFAEL TRILLO DE MERELO

SALDO DE CUENTAS

Al empezar mis amores
en mi corazon guardaba
sus finezas ó rigores,
miéntras mi madre apuntaba
sus desdenes ó favores.

Algun tiempo fué pasado,
y dijo mi madre un dia:
—¿Qué tal se porta, hija mia,
el hombre que has adorado
con tan ciega idolatría?

—Él siempre me ha sido fiel,
jamás perturbó mi calma;
y ¿cómo ha de ser cruel
si sabe, madre del alma,
que yo no vivo sin él?—

Calló mi madre, y sacó
de su bolsillo un escrito;
con ternura me miró
y con dolor infinito
estos apuntes leyó:

—*Finezas;* hasta tres cuento.
Malas partidas; cuarenta.
Hija, decírtelo siento,
pero lleva mal la cuenta
tu amoroso pensamiento.

Te hizo alguna vez reir:
en cambio ¡cuántas llorar!
No me trates de engañar.
¡Si yo te escucho gemir
en tu penoso soñar!

—No me acuerdo de ese llanto
ó me es infiel la memoria.
En cambio he gozado tanto
cuando me dice «mi encanto,»
cuando me llama «mi gloria!»

—Escribes tú sus favores
con tinta, niña querida,
y con lápiz sus rigores;
así se borra en seguida
la cuenta de tus dolores.

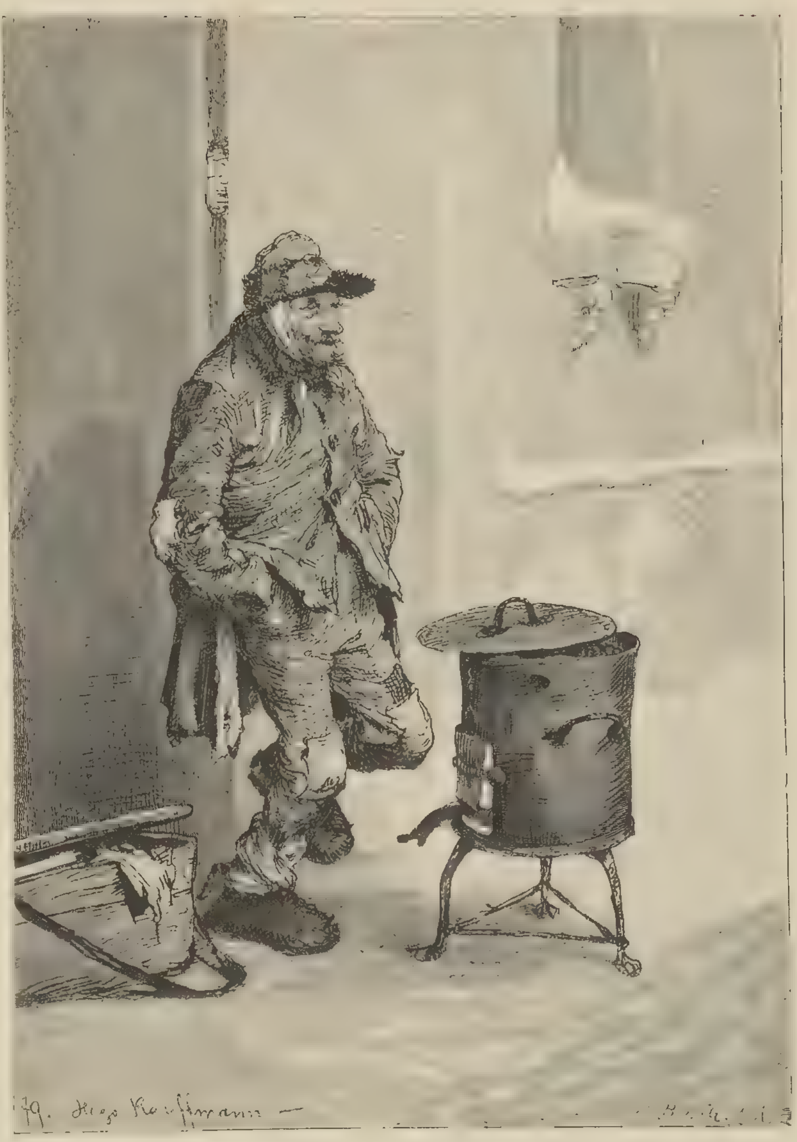
Leyes del cariño son
que, siempre al perdon propicio,
el amante corazon
grabe en cera la traicion
y en acero el beneficio.

ELENA SEILLÉS

NOTAS DE MI VIAJE

III

EN TOLEDO



EL VENDEDOR DE CASTAÑAS EN PARIS, dibujo por Hugo Kauffmann

Al recorrer siendo niño las gloriosas páginas de nuestras crónicas, sin saber porqué y sin acertar entónces á darme cuenta de mis impresiones, leia siempre con visibles muestras de profundo interés y singular curiosidad cuanto con la historia particular de Toledo se relacionaba. Andando el tiempo y á medida que los sacudimientos de las ideas despertaban en mi mente más y más dilatados horizontes, aquella informe silueta, que por decirlo así, yo habia ido formando con la fantasía en el interior de mi cerebro, iba adquiriendo más determinadas formas, y de igual modo que en el lienzo, despues de dibujado, comienza el pincel á esmaltar con brillantes colores las figuras que han de componer el cuadro, así yo iba insensiblemente ataviando los juveniles y descarnados contornos con ricas preseas, con soberbias estofas y con el lujo y pompa que cien generaciones han ido acumulando sobre la imperial ciudad.

Han pasado muchos años desde entónces y las imágenes creadas, cada vez aparecian á mi vista más deslumbrantes y magníficas, á medida que el estrecho círculo de mis conocimientos se ensanchaba; lo que al principio fué sólo débil sombra, llegó un dia á convertirse en colosal figura, el sueño del adolescente trocóse en la más espléndida imágen de la realidad y las sencillas narraciones que deleitaron al niño fueron luégo epopeya asombrosa para el hombre. Yo sentia en el fondo de mi alma irresistible entusiasmo hácia sus héroes, adivinaba las grandes maravillas con que el arte clásico, el visigodo, el árabe y el cristiano formaron la inmortal diadema con que ceñir la frente de la insigne ciudad, y nacido en Andalucía, a la sombra de los naranjales y de las palmas, alumbrado por su brillante sol y por sus crepúsculos de grana, cuyos últimos rayos iluminan de fuego los calados arabescos de la gran Giralda, los almenados antepechos de las *assúmuas* y los chapiteles y cúpulas de azulejos de los templos: aquí, en este privilegiado suelo en que se ven crecer entre las grietas de las ruinas flotantes matas de resedá ó de campanillas más azules que el cielo, donde á cada paso en cuentra el poeta una leyenda y el artista un cuadro, donde la poesía, el amor y el arte viven tan íntimamente unidos que casi se confunden y no pudiendo ya caber en el estrecho límite del corazon rebosa á los labios del pueblo y sale al exterior, por medio de un millon de cantares, que cada uno de ellos es una esperanza, un gemido ó una vibrante nota arrancada á las cuerdas del sentimiento; en este pueblo en que todavía se conservan vivas cien tradiciones y cien costumbres, ora religiosas, ora profanas, en que sólo nos basta volver los ojos para encontrar el modelo típico y acabado de las razas abortadas por el desierto, es fácil, ó mejor dicho, forzoso, sentir ese mismo ambiente que refresca las vegas de Toledo, ese purísimo sol que borda con aristas de oro los lineamientos de sus torres y de sus palacios y esa aureola de gloria que todo lo envuelve y rodea y que á pesar de las vandálicas irrupciones de la edad presente subsiste y subsistirá siempre, porque están animados por el potente soplo de la inmortalidad.

Cuando á mis oídos llegaban las soñadas descripciones de sus alcázares, de sus templos, de sus calles y casas, cuando en el largo trascurso de los siglos veia aquella ciudad trocando el severo fausto de los monarcas visigodos por la deslumbradora y sonriente pompa de los Amires toledanos, y esta última, ceder al cabo su imperio á las grandiosas manifestaciones del arte cristiano, inquieto el corazon dentro del pecho, pugnaba por contemplar las magníficas reliquias conservadas al presente, que yo imaginaba encontrar por todas partes, sorprendiéndome á cada paso con el elocuentísimo lenguaje de los recuerdos. La piqueta demoledora de la civilizacion, ó más bien, las llamadas exigencias de nuestra época, han ido paulatinamente despojando de su antiguo carácter á la que un dia fué corte de los monarcas abbaditas; más dichosa Toledo ha podido resistir al invasor torrente y por eso todavía se nos muestra asentada sobre la gran colina, defendida por sus murallas y torreones, rodeada de huertas y verjeles que el Tajo fecunda, no sin que ántes pague el tributo de sus aguas á las moriscas acequias repartidas por sus márgenes, cubriéndolas de níveas espumas que al precipitarse en sonoras cascadas, recuerdan durante el silencio de la noche el lejano ruido de numeroso ejército. Bullian desordenadamente dentro de mi cerebro las antiguas memorias de su perdido esplendor con las realidades presentes; los empolvados cánones de sus concilios con las leyendas de la Edad Media, los altos hechos de Suintila, Recaredo y Wamba, con las cantigas de los trovadores, el saber de sus famosas Academias de astronomía y jurisprudencia, con el relato de sentidas y poéticas tradiciones; junto al alminar mahometano veia alzarse las agujas y flechas de su catedral, junto al elegante arco túmido, coronado de almenas, las macizas arcadas bizantinas y al par de las gallarda ojivas de los ábsides del siglo XV, de los dorados alfarjes mudejares, de las celosías de mármol y de alerce, de los tapices pérsicos y de las pintadas alcatifas de la India, los chapiteles de los conventos, los destrozados caserones del tiempo del Emperador, los santuarios cristianos, las bóvedas del Renacimiento, los dorados retablos de la decadencia y la enhiesta cruz con los brazos abiertos revestida de madreselvas y amapolas, llamando hácia sí, abarcando, confundiendo tantos y tan discordantes elementos, para que todos juntos, estrechados por el inquebrantable vínculo de la idea, llegasen á producir en el artista el sagrado fuego del entusiasmo y de la inspiracion. Así de este modo soñaba yo á Toledo; viendo resaltar sobre el diáfano azul de su cielo, los oscuros sillares que acreditan su grandeza, y no es por tanto extraño que anhelara vivamente encontrarme en aquel recinto, que me habia complacido en poblar con las quiméricas fantasías de la imaginacion y con el cual me hallaba identificado desde niño.

Llegó al fin el ansiado dia en que tantos deseos y tantas esperanzas se realizaron: una tarde el tren que salia de Madrid me condujo en breves horas á las orillas del Tajo: no sé el cúmulo de ideas que pesaban sobre mi frente, ni hoy puedo darme cuenta de las inverosímiles historias que iba forjando en el silencioso laboratorio del cerebro, muchas de las cuales terminaba, miéntras que otras amontonábanse con las anteriores; de algunas sólo trazaba el esbozo y las más quedaban desnudas de los atavíos necesarios para ofrecerlas al público.

Yo tenia la cabeza asomada á la ventanilla del coche para no perder una sola nota del cuadro que iba á contemplar. La negra silueta de la ciudad fué mostrándose á mis ojos paulatinamente, y poco á poco comencé á distinguir la línea negra que formaban sus murallas con los elevados torreones; por cima de éstos, agujas, chapiteles y cúpulas, más arriba otras líneas de construccion tortuosas, quebradas, de indefinibles formas, y en lo más alto, como gigantesco vigía de la poblacion, la negra masa del alcázar de Cárlos V. A mis piés las rocas, y algo más allá, resaltando sobre el fondo verde oscuro de los árboles, cual enorme serpiente con brillantes escamas, retorcíase el Tajo, sobre cuyas ondas rielaban débilmente algunos rayos de luna, á través de espesos nubarrones. De una ojeada queria abarcarlo todo y ora miraba á lo alto de la colina, ora al abismo ó á las extensas vegas que rodean la ciudad. Al fin entré en Toledo: á medida que subia la empinada cuesta por todas partes aparecian nuevos motivos de sorpresa ó admiracion: pasé bajo los arcos del famoso puente de Alcántara, en el primero de los cuales comiénzase á vislumbrar la decadencia artística que se manifiesta en los tiempos de Felipe III, miéntras que el segundo ostenta el espíritu guerrero de la Edad Media, y ascendiendo aún más, al volver un recodo, mostróseme gentil y elegantísima la puerta del Sol, flanqueada de torres, con su antepecho de almenas, sus curiosos matacanes, sus arcos túmidos y sus ornatos de ladrillo cortado, formando arque-

rías, elocuente muestra del arte mauritano: entónces sí me pareció que pisaba el mismo polvo que hollaron sus Amires y Reyes, y hasta por algunos instantes busqué con afan el sitio de la clave del arco, creyendo encontrar pendientes de una escarpia las lívidas cabezas de algunos rebeldes colocadas allí para público escarmiento.

Una vez hospedado y cerca ya de la media noche, salí á recorrer las calles entrando por aquellas más tortuosas y estrechas: todo cuanto yo habia fantaseado ¡qué débil é incoloro me pareció á la vista de la realidad! Toledo puede sentirse, pero á lo ménos para mí es indescriptible: sus misteriosos encantos, el espíritu de tristeza y de melancolía que lo anima, el ambiente que se respira, los recuerdos que por todas partes nos asaltan y los mudos fantasmas que se agitan en las sombras de sus lóbregas y solitarias calles, de sus abandonadas plazas, bajo los cobertizos de alerce ó los enormes guardapolvos de sus balcones, el conjunto en fin que toda la ciudad presenta, no es dado á la pluma expresarlo tal cual es; podremos acercarnos algo á la verdad, empero siempre habrá la distancia inmensa que separa al eco producido por una vibracion musical, de la nota misma donde tuvo orígen, al rayo de sol que nos alumbra, del astro que le dió vida, á la gota de agua, salpicada por la ola que abortó el Océano. El religioso silencio de aquellas revueltas callejuelas ni áun siquiera me atrevia á interrumpirlo; andaba sin darme cuenta, como si temiera que el rumor de mis pisadas inquietase en su reposo de tantos siglos á los manes augustos de sus reyes, de sus guerreros y de sus sábios: á cada instante me detenia para ver, ora las ornamentadas columnas de un palacio convertido en meson, ora el enorme escudo de pizarra, coronado de innumerables lambrequines, medio oculto por algun letrero con abigarrados colorines. No ví nunca en una corta extension en que se alzasen varias casas la línea regular y monótona de las grandes poblaciones; junto á la destartala da vivienda del magnate, levantada en el siglo XVI, restos de construccion de casas mudejares conservando trozos de almocárabe con inscripciones africanas y alguna desvencijada celosía; inmediata, alzándose más cual si pugnase por ostentar sus primores, veíanse los ornatos medio platerescos, medio ojivales de otra, que tenia por vecinos los altísimos muros de algun convento, con su campanario de espadaña y sus mil huecos abiertos caprichosamente, como riéndose de todas las reglas eurítmicas, coronando el todo, enormes aleros que envolvian en sombras el tercio superiór del edificio. La estrechez de la calleja por que me proponia entrar era tanta, que apénas penetraban en ella algunos rayos de luna, formando los más negros batientes; su piso tan desigual é inclinado que al asomarme á su entrada parecíame estarlo á la de un abismo. Sin saber porqué habia llegado hasta el centro de la antigua judería; acaso me encontraba en su famosa Alcana, donde por espacio de siglos moraron los más opulentos hebreos y los más sabios rabinos: por allí habian pasado mil veces los almojarifes y tesoreros de nuestros reyes y acaso en el sitio en que se levantaron, andando el tiempo, las miserables casas que contemplaba, estuvieron establecidas las doctas academias y aljamas, refugio de los salvados restos de las renombradas Escuelas de Sevilla y de Lucena. ¡Cuántas veces animaria aquel ámbito, ahora triste y silencioso, el ardiente calor producido por las luchas de la palabra! ¡Cuántas, al acordado són de los músicos instrumentos, resonarian los cantares de sus poetas! y ¡cuántas, por último, la oprimida raza veria interrumpirse el sosiego de sus moradas y los trabajos de la inteligencia, por los gritos feroces de un pueblo fanático desbordado, que llevaba á cabo las sangrientas hecatombes de sus tremendas *matanzas!* Los mismos que un dia ayudaban en sus empresas al monarca, eran al siguiente sujetos al tormento; los que gozaron del favor real, veian perecer á sus más caros deudos, y los grandes tesoros con afan guardados, presa de la multitud que con sin igual codicia los arrebataba. Desaparecieron para siempre las doctas asambleas y nunca tampoco volverán á repetirse las grandes tragedias que tuvieron lugar en otro tiempo: las auras de la noche parecen repetir por do quiera los tristes gemidos de la soledad. ¡Toledo ha muerto! y sin embargo ¡tan viva se halla en el corazon del poeta y del artista! No sé el tiempo que estuve parado á la entrada de la tortuosa callejuela revolviendo en la mente los anteriores hechos y forjando mil historias que se desvanecian como el humo: desde el sitio en que me hallaba, algo distante, veíase un oscuro pasadizo tendido, como un puente misterioso, de un muro al otro frontero, y más abajo, resaltando en las sombras, la luz de un farolillo que alumbraba un retablo con su guardapolvo.

De pronto creí escuchar las notas perdidas de un instrumento, y poco á poco, comencé á distinguir ascendiendo por la empinada cuesta un grupo de personas dirigiéndose hácia mí. Pocos momentos despues, escuchaba claramente los acordes de la morisca guitarra acompañando uno de esos indefinibles cantares, sin ritmo ni compás, melancólicas endechas del alma, suspiro prolongado de íntimo dolor, tristísimo acento que brota al soplo de los recuerdos, tantas veces por mí oido en los campos de Andalucía.

No podré olvidar nunca la impresion causada por aquellas notas, que al despertar con fuertes sacudidas á mi espíritu de su profundo letargo, traian á la cabeza tantas inefables memorias de fechas, nombres y cosas pasadas, que yo juzgaba muertas y que entónces se levantaron como mudos espectros, sonrientes unos, tristes los otros, de lo íntimo del pecho.

JOSÉ GESTOSO Y PEREZ

(Continuará)



COGIDO INFRAGANTI, cuadro por C. Ziermann



MUERTE DE CALÍGULA, cuadro por Alma-Tadema

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 21 DE ENERO DE 1884 — NÚM. 108

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

TITANIA, grupo escultórico por Efraim Keiser

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

TITANIA, grupo escultórico por Efraim Keiser

El autor de ese admirable grupo es un norte-americano que ha demostrado la perfecta posibilidad de que en los Estados Unidos nazcan grandes artistas, ni más ni ménos que nacen grandes comerciantes y portentosos inventores

Keiser tiene apénas 33 años y verificó sus primeros estudios serios en la Academia de Munich: de aquí pasó á Berlin, donde ganó en buena lid el premio del pensionado de Roma. La ciudad eterna del arte fué la primera en admirar ese grupo representando á Titania, la diosa de los silfos (genios del aire), que hoy es otro de los motivos de orgullo nacional en el museo de Cincinnati.

Aparte de las condiciones artísticas que avaloran esa escultura, los inteligentes han aplaudido con entusiasmo el mérito que revela la singular union de la estatua á la carroza de flores, union verificada por la simple punta de los piés, que apénas parecen hollar la hoja en que se apoyan. No es ménos atrevida, elegante y natural la estatua del genecillo que complementa el grupo. El arte moderno ha conquistado una joya; los Estados Unidos un timbre más.

PASEO SOLITARIO, cuadro por J. R. Wehle

Lugar de la escena: un bosque frondoso junto á un manso lago.

Personajes: él y ella.

Semi-personaje: un perro.

Edad de los tres en junto: cuarenta años.

Detalles importantísimos: una barca en el lago, un sombrero de mujer en la barca, un látigo en la mano del mozalbete.

El sombrero revela ser de la jóven, quien ha venido embarcada, bajo la sola vigilancia del perro.

El látigo demuestra que el galan ha venido á caballo.

Es decir, que cada personaje ha venido por su lado al sitio de la cita, lugar á cubierto de miradas indiscretas.

Luego no son marido y mujer, porque los esposos, por mucho que se quieran, no se dan citas misteriosas, ni ménos acuden á ellas *de ocultis*. El matrimonio no tiene por qué esconder su afecto, porque es santo y respetado por la sociedad.

Asunto del cuadro en definitiva: dos amantes que se ven de tapadillo. Esta clase de entrevistas casi nunca acaban en bien: así se veian Romeo y Julieta, y todos sabemos en qué pararon los enamorados de Verona.

No hay soledad que evite una catástrofe.

Si á menudo se dice que las paredes oyen las palabras pronunciadas indiscretamente, ¿cómo no se ocurre á nuestra pareja que el viento puede llevar á donde no convenga las frases de una pasion que estalla en la intimidad de un paseo solitario?

Nuestra pareja se halla sumamente comprometida. Por desgracia, el único que está alerta es el perro de la barca; pero ¿qué enamorado atiende las advertencias de un perro, por más que existan cien anécdotas conformes en comprobar su privilegiado instinto?

EL ABUELITO, cuadro por J. Gascointz

Dícese comunmente que los abuelos son dos veces padres y que los viejos son dos veces niños. Por esto los niños, que conocen el punto flaco de cuantas personas se hallan en contacto con ellos, prefieren generalmente la compañía de los abuelos á la de los mismos padres. Cierto que, en el órden social, padres y abuelos representan á la autoridad en la familia; pero la autoridad de los primeros es, digámoslo así, de carácter permanente; al paso que la de los segundos se halla templada por las mismas debilidades de la edad y casi puede confundirse con la de aquellos funcionarios cuyas atribuciones se reducen al uso de uniforme en las grandes solemnidades.

El padre está siempre dispuesto á reprender; el abuelo está siempre en disposicion de perdonar; de suerte que en los frecuentes juicios orales de las familias, los propios hacen veces de magistrados, los hijos de reos y los abuelos de abogados defensores. Y cada uno se halla en su sitio.... Es la perpétua ley del equilibrio, sin la cual no existiera la sociedad.

En nuestro cuadro, el bondadoso abuelo construye una cometa para diversion de sus nietecitos, y de fijo que el placer que estos experimentan aguardando la posesion del juguete, no iguala á la satisfaccion con que aquel se lo fabrica. Es muy posible que el padre no se halle del todo conforme con el peligroso juguete; pero ahí estará el abuelo volviendo por sus nietecitos, para quienes guardará siempre sus palabras más dulces, su sonrisa más afable y el terron más grande del azúcar que le sirven con el café que se permite tomar los dias de fiesta.

¡MARCHÓSE! dibujo por W. Tangley

Marchóse, sí, dejando á la pobre niña sumida en la mayor afliccion. Marchóse, pero él volverá, pues no es posible que durante su forzada ausencia olvide que deja un corazon que sólo palpita por él, un alma que por él alienta. Si sus negocios ó su profesion le obligan á separarse de su amada, regresará para ofrecerle, juntamente con el fruto de sus trabajos, la mano y el nombre de que es digna.

Así se lo persuade á la triste niña su anciana madre, miéntras contempla por la ventana cómo surca las olas el barco en que se aleja el hombre adorado; pero las reflexiones maternas son impotentes para mitigar la primera impresion de dolor, y por eso la doncella permanece con el rostro oculto entre las manos, humedecidas por el llanto.

Tierna es la escena, que el aventajado artista, sin echar mano de accesorios ni detalles supérfluos, ha representado en pocos rasgos con acierto y fácil ejecucion, y con esa sobriedad que es la mejor prueba de que se está en el pleno dominio del estudio de las figuras y de la naturaleza.

JAQUE-MATE, cuadro por Enriqueta Ronner

Alejandro Magno cortó el nudo gordiano: esos felinos han resuelto, por un procedimiento análogo, un problema de ajedrez que tenia preocupados á dos jugadores de primera fuerza.

El gato es un animal que se pinta solo para cometer travesuras y que se presta de una manera admirable á asuntos graciosos como el de nuestro dibujo. Tiene movimientos cómicos, actitudes elegantes y una vivacidad en la fisonomía que permite hacerle expresar variados sentimientos. Algunos artistas han sabido aprovechar estas condiciones y ejecutar con tales protagonistas bonitos cuadros, como el de nuestro grabado.

EL DOMINGO, cuadro por Otto Kirberg

Dios descansó el dia séptimo de su obra; y si Dios hubo de descansar ¿cómo podria pasarse sin descanso la débil criatura? De aquí el domingo, es decir, el asueto; lo cual no quiere decir que el que suspende su trabajo el dia festivo, se acuerde siempre de Aquel que dió el ejemplo. Hay maneras muchas de santificar la fiesta: los pueblos del norte son en este punto algo más ejemplares que los del mediodía; sus habitantes, por regla general, se reunen por la mañana en la iglesia y por la tarde en familia. El hogar de la familia morigerada es otro templo.

La discreta conversacion, amenizada con un poco de música más ó ménos complicada y sazonada con sendas jarras de cerveza en verano ó de humeante té en invierno, hace deslizar, apacibles y gratas, las horas que otros desperdician en devaneos pueriles ó en distracciones fatigosas y hasta perjudiciales.

Nuestro cuadro representa una de esas escenas: su impresion es grata; cualquiera comprende que si en el interior de ese hogar no existe el lujo tal como lo entiende el poderoso, hay, en cambio, lujo de tranquilidad, lujo de union cordial, lujo de conciencia satisfecha, lujo de bendicion de Dios. Es seguro que miéntras tiene lugar ese frugal refrigerio, se está celebrando algun opíparo banquete en el palacio de algun monstruo de la fortuna. Pues bien, si pudiéramos comparar esta escena con la escena de nuestro cuadro, estamos persuadidos de que un movimiento impulsivo llevaría á todas las almas sensibles á pedir con preferencia una modesta taza de té en la pacífica morada del pobre.

UN MILAGRO DEL INSTINTO

(Cuento inverosímil)

Poco ántes del anochecer de un caluroso dia del mes de agosto, dos hombres sentados en sendos taburetes hablaban junto á la puerta del cortijo de San Rafael, situado en la falda de la Sierra de Córdoba.

Uno de ellos era ya entrado en años y los disgustos ó las enfermedades habian marcado en su semblante un profundo sello de tristeza; el otro, alto, moreno y agraciado, estaba en la flor de su juventud.

El primero se llamaba el señor Pablo; el segundo, Juan Antonio.

Ambos vestian el airoso traje de cortijeros acomodados.

Al lado del jóven dormitaba tendido en el suelo un hermoso perro canelo, pachon, perdiguero de dos narices.

Junto á la puerta del cortijo, apoyadas en la pared, habia una escopeta de dos cañones y una carabina.

—Tuve que despedir al Morenillo —dijo el señor Pablo, prosiguiendo la conversacion—porque era un criado inútil é inaguantable. Borracho, holgazan, arisco y ladron, me quemaba la sangre. Ya lo decia yo: quien mal anda mal acaba, y él ha venido á parar en facineroso, salteador y secuestrador.....

—Es una vergüenza, señor Pablo,—interrumpió el jóven;—del ladron Pacheco al más ladron Morenillo. ¿Cuándo se verá libre de tunantes la serranía?

—Nunca, muchacho, nunca. Se persigue algo el contrabando porque eso interesa más al gobierno, pero los facinerosos siempre harán de las suyas; el terreno les ayuda, los campesinos les temen y les hacen capa y la Guardia civil conseguirá lo que Casca-ciruelas.

—Hizo V. bien en despedir á ese pillo.

—¡Ay! ¡muchacho! hice muy mal,—repitió el señor Pablo exhalando un profundo suspiro.

—¿Pues qué, supone V. que el Morenillo mató á Martin?

—No lo supongo, tengo la certeza. Tú estabas en Utrera y no te has enterado. A poco tiempo de salir despedido de mi casa, el Morenillo, llevado de su holgazanería y perverso instinto, comenzó á cometer fechorías. Una mañana al levantarme me encontré un papel que habian echado por debajo de la puerta del cortijo. Estaba escrito; era de ese facineroso y poco más ó ménos decia así: «Querido antiguo amo: yo estoy sin una mota y V. tiene cuarenta mil reales guardados; esto no es justo. Sé que ese dinero está depositado en Córdoba; si no, ya hubiera yo ido por él al cortijo, y por eso le doy á V. cinco dias de término para que me lleve doscientos pesos á las peñas que están cerca del *Olivar Grande*. Allí le aguardo á V. el viérnes á las siete y media en punto de la tarde. Si V. es tan perezoso que no va, despídase de su hijo Martin.»

—¡Tunante!—exclamó Juan Antonio:—¿y V. qué hizo?

—Dí parte á la Guardia civil, porque aunque yo sabia que el Morenillo es capaz de todo, no creí que llegase á tanto y porque además, esos treinta, no cuarenta mil reales, no son mios sino de mi hija á la que se los dió por via de dote la señora Condesa de T.... á quien mi difunta mujer ha criado.

—Bien, ¿y qué, señor Pablo?

—Los Guardias se apostaron en el campo, ocultándose lo más posible, yo fuí al sitio indicado haciendo como que llevaba el dinero; pero ese infame se comió la partida, y no pareció. ¡Si yo hubiera sabido lo que iba á suceder! ¡Pobre hijo mio!—y el señor Pablo se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—Lo demás ya lo sé,—dijo el jóven. —Una mañana encontraron á Martin en el camino de Córdoba atravesado de tres balazos. ¿Y ese asesino continúa en la Sierra? ¿y nunca será castigado?

—¿Qué quieres? se le ha perseguido, pero es imposible dar con él. Tiene todas las malas cualidades de su oficio. Es sagaz, ágil, sereno, conoce el terreno mata por mata y cueva por cueva; seria preciso un milagro.... Yo no vivo ni sosiego, no por mí que ya soy viejo y no me importa morir, pero tengo una hija....

—¿Pues qué? —interrumpió Juan Antonio con vehemencia: —¿V. cree á ese bandido capaz?....

—Mira, muchacho,—dijo el señor Pablo sacando un papel del bolsillo del chaleco,—lee eso.

El jóven leyó, con el rostro inmutado:

«Querido y antiguo amo: perdono á V. su poca formalidad en acudir á las citas acompañado, mas espero que no se repita. Estoy otra vez en quiebra y vuelvo á citar á usted junto al *Olivar Grande*. Es un sitio muy ameno, en el que yo *lo veo todo*. Esta vez hará el favor de echarse en el bolsillo cuatrocientos pesos; pues como V. recordará, me debe doscientos de la vez pasada. Le advierto que son inútiles los testigos de vista y que la hora más á propósito es la de las siete, porque ya no hay dia para nada: usted es viejo y necesita que le cuiden; supongo que no querrá separarse de su hija Mari-Nieves, que es una guapa muchacha, como se separó de su hijo Martin (Q. E. P. D.).

»Creo que para el mártes ya habrá podido traer el trigo de Córdoba.»

Cuando acabó de leer, Juan Antonio estrujó el papel entre los dedos. La emocion le impedia hablar.

II

—Ya ves—dijo el señor Pablo —que no me asusto sin motivo y que necesito tomar una determinacion. Es inútil que dé parte por segunda vez; ese facineroso no caeria en el lazo. Puedo disponer del dinero que me pide, pero sobre quitárselo á mi hija, no servirá más que para retardar el golpe. El Morenillo me odia de muerte desde que lo despedí.

—Pero dejar su casa, sus costumbres, su modo de vivir..... ¡Ay señor Pablo! ¿lo ha pensado V. bien?

—Muchacho, tú no comprendes ó no quieres comprender. Sé que el abandonar mi cortijo, estos campos en que he nacido y me he criado, estos aires puros y saludables, va á costarme la vida; pero ántes que todo es mi hija. ¡Si ella muriera! No quiero pensar en ello....

—¿No habria un medio? ¿No ha discurrido V.?....

—¿Qué he de discurrir, muchacho? Hace dos dias que mi cabeza es una devanadera, pero nada. Vivo aislado aquí; en toda la cercanía no hay más sitio habitado que el caserío de tu padre, á un cuarto de legua. Ese ganapan de Perico es más cobarde que un conejo y mi hija, ya ves, ¿qué ha de hacer la pobre? Así es que estoy en continuo sobresalto; por la noche cierro y atranco puertas y ventanas, pues ese bandido, el mejor dia puede reunirse á otros de su ralea, y darme, no un susto, otra cosa peor.

—Es verdad.

—Hasta para salir á tomar el fresco á la puerta de mi casa, no me separo de la escopeta. Es una vida insufrible.

—Sí, señor Pablo, ya me hago cargo.

—Nada, nada, ¡cómo ha de ser! Ese tuno me cita para el mártes, estamos en juéves; mañana, sin que lo sienta la tierra, hago mis preparativos; pasado mañana aviso á los civiles y me traslado á Córdoba.

—¡Ay! señor Pablo, ¡cuánto lo siento! ¡Cuánto lo va á sentir mi padre! ¿Se lo ha dicho V. ya á Mari Nieves?

—Sí, muchacho, ya lo sabe. ¡Pobrecilla, cuánto ha llorado!

—¿Ha llorado?

—Pues claro. A ella como á mí no nos gusta Córdoba. ¿Qué vamos á hacer allí, de qué vamos á vivir? Aquí trampeábamos esto; estando yo aquí producia algo, pero.... ¿Qué le habremos hecho á Dios?—repuso el señor Pablo, poniéndose en pié y llevándose una mano á la frente.

En este momento salió de la casa una hermosísima

jóven, una de esas muchachas que sólo se ven en tierra de Córdoba, matronas en el desarrollo, niñas por la expresion inocente y graciosa, de ojos negros y cabellos castaños.

—Padre—dijo,—cuando V. quiera, ya está la cena.

El jóven, que tambien se habia puesto en pié, la devoraba con los ojos.

—¿Quieres cenar con nosotros, muchacho?—dijo el señor Pablo.

—Muchas gracias. Es tarde y mi padre me estará esperando.

—Mucho ojo por el camino.

—¡Ca! no señor. Voy bien acompañado. Esta prosiguió tomando la carabina que estaba apoyada á la pared es una compañera segura.

—¡Es una buena arma!

—¡Y tanto! Dios se lo pague á mi amo el señor marqués que me la ha regalado: no falta nunca.

—Adios, pues, si no quieres acompañarnos.

—¡Buenas noches, señor Pablo; buenas noches, Mari-Nieves! El sábado ó domingo volveré por aquí á ver si ha habido alguna novedad.... Anda, Rastrojo.

Rastrojo era el perro perdiguero que ántes dormitaba. Su amo le llamaba así, porque le habia encontrado recienacido, junto á un lindero, abandonado quizá por su desnaturalizada madre.

Juan Antonio echó una postrera mirada á la muchacha, saludó con la mano y se alejó, no sin oir el ruido del cerrojo de la puerta del cortijo, que el señor Pablo cerró á piedra y lodo.

El jóven no fué á su casa directamente; dió algunos rodeos, andando despacio y cabizbajo. Indudablemente le preocupaba algun pensamiento; quizá recordaba los bellos ojos de Mari-Nieves. Durante el camino se sentó dos ó tres veces, quedándose abstraido y como si hablara consigo mismo.

Su perro le miraba con inquietud, meneando la cola.

Una hora despues el jóven cenaba en compañía de su padre á quien no dijo una palabra de la conversacion que habia tenido con el señor Pablo. Se acostó más temprano que de costumbre y se levantó al rayar el dia. Llenó un morral con las provisiones que pudo encontrar en la despensa, examinó su carabina, se ciñó una canana á la cintura, echóse una manta al hombro y salió del caserío, al parecer tan preocupado que no se acordó de su perro que estaba encerrado en el corral.

III

Subió á la sierra, porque el caserío estaba situado en el declive, y se encaminó directamente á una majada, que sin duda conocia, pues los pastores le recibieron como amigo. Habló un rato con el más viejo, y despues de beber el último trago de vino blanco, por vía de despedida, volvió á emprender su camino.

A la caida de la tarde se hallaba en lo más fragoso de la sierra, que no es lo más elevado, sino la falda, por la parte del Sur.

La alteracion de las facciones del jóven y el desórden de su traje, indicaban que la jornada habia sido fatigosa. Solo en medio de aquellos vericuetos en donde apénas se encontraba alguna que otra senda, Juan Antonio echaba de ménos á su fiel Rastrojo, y deploraba el inexplicable olvido de no haberlo traido en su compañía.

Poco ántes de anochecer, el jóven se hallaba hambriento y rendido de cansancio.

Llegó á un sitio en que una cortadura del terreno no le permitió andar más. Delante de él habia una hondonada, formada por un enorme peñon á cuyo extremo tuvo que detenerse. La peña ofrecia en su base un tajo que parecia la entrada de una cueva, pero que no lo era. Habia allí restos como de una fogata apagada; sin duda los pastores ó los contrabandistas elegian aquel sitio resguardado para celebrar sus banquetes.

Juan Antonio se sentó en el suelo, en lo alto y al borde del peñon. Se colocó la carabina entre las piernas y abriendo el morral, comenzó, no á comer, á devorar un trozo de fiambre y algunos pedazos de queso, que partia con una navaja de Albacete, grande, de muelles, y llena, como todas las de su fábrica, de inscripciones y labores grabadas en la hoja.

Terminado el refrigerio, mojado con un trago del vino contenido en una bota pequeña, el jóven sintió, como era natural, un sueño invencible.

Las sombras de la noche caian, los objetos se borraban á la vista, las estrellas principiaban á brillar.

—¡Un dia perdido!—murmuró Juan Antonio.—Dios quiera que no sea igual mañana.

Pensó en dormir, porque sus ojos se cerraban á pesar suyo. Habíase levantado un viento frio é incómodo y el jóven, recogiendo precipitadamente los restos de sus provisiones, descendió del peñon, buscando el abrigo de la hondonada.

Barrió con un pico de la manta los restos de la hoguera, se envolvió en aquella, puso su morral á guisa de almohada y teniendo agarrada la carabina con una mano se quedó dormido.

A las once de la noche comenzó á disminuir la oscuridad, porque apareció la luna. Una silueta humana se diseñó en lo alto del peñon. Era un hombre como de cuarenta años de edad, de mediana estatura, muy cargado de espaldas; sus espesos y grises cabellos casi se confundian con sus cejas y con su barba, más espesa y más cana todavía. Tenia las piernas encorvadas hácia afuera, signo de gran vigor y los brazos desmesuradamente largos.

Iba envuelto en una manta por bajo de la cual asomaba la boca de un trabuco; mas por lo interior apénas estaba vestido con una chaquetilla gitana y una camisa hecha jirones que dejaba ver el pecho moreno y peludo.

Este hombre era Gil Rojas, alias el Morenillo, diminutivo que no le sentaba bien, atendiendo á su edad. Lo que más se destacaba en su rostro sombrío, eran los ojos de una expresion feroz, irónica é inteligente, cuyas pupilas brillaban en la oscuridad con un brillo fosforescente.

El facineroso venia de la parte baja de la sierra, lanzando hácia todos lados miradas recelosas como buscando algo. La luna, en este momento apareció sobre la cima del peñon á cuyo abrigo dormia Juan Antonio, reflejó uno de sus rayos en la llave de la carabina de éste; era bastante, el oso habia descubierto al cazador.

Una sonrisa sardónica entreabrió los labios del Morenillo. Rápido como una saeta, silencioso como un espectro, en dos saltos se puso al lado del jóven. Este continuaba durmiendo; la carabina se habia escapado de su mano.

El bandido tomó el arma, se separó á alguna distancia, y ocultó aquella tras unos pedriscos, entre los que brotaban algunas malezas.

Hecho esto, y sin perder de vista al durmiente á quien daba de lleno la luz de la luna, se detuvo pensando este monólogo mental:

—Ha caminado todo el dia atravesando la sierra. Ha hablado con el tio Guiñeta y sin duda el tuno del pastor le ha dado buenos informes de mí.... He de ajustar cuentas con el tio Guiñeta.... Si ha salido de caza no ha disparado un tiro; si queria pasear podia hacerlo en el Gran Capitan de Córdoba.... La cosa es clara.... Aquí hay de por medio unos lindos ojos.... Podia haberle tumbado de un tiro, pero me gusta conocer las intenciones.... ¡Pobre mirlo! se ha caido del nido.

Terminado este soliloquio interno, volvió á acercarse al sitio en que estaba Juan Antonio, le contempló con feroz complacencia, semejante á la del caníbal que danza en torno de su víctima.

El jóven seguia durmiendo profundamente. El Morenillo puso una rodilla en tierra, y la boca de su trabuco junto á la sien de aquel.

El bandido tocó con el dedo el gatillo de su arma; pero no disparó. Sin duda una idea súbita hízole desistir de su propósito é incorporóse.

—No,—murmuró;—quiero que sienta la muerte, que sepa quién le mata.

Habia en aquel sitio cuatro ó cinco grandes pedriscos, llevados allí como para servir de escabeles en los campestres refrigerios. El Morenillo se sentó en uno de ellos á alguna distancia del jóven, preparó su trabuco, y cogiendo del suelo una piedra angulosa, la arrojó con alguna fuerza á la cabeza de aquél.

Sin duda el facineroso era sibarita y queria observar con comodidad las emociones del despertar de Juan Antonio.

Este, al golpe de la piedra, abrió los ojos, púsose en pié con la rapidez de un cadáver galvanizado, miró hácia todos lados como buscando su carabina, y exhaló un grito de desesperacion porque su atónita mirada se cruzó con la acerada y fria del facineroso.

IV

¡El Morenillo!—exclamó.

El mismo, que apénas viste y calza—dijo éste, haciendo una mueca feroz.—Tú no me esperabas tan temprano. Me gusta sorprender en la cama á los amigos.

—Dame mi carabina.

—¡Ah! ¿venias armado? Bien hecho; estos vericuetos no son seguros: pero mira, chiquito, te aconsejo que no te muevas tanto; hablemos en paz y gracia de Dios.

Juan Antonio buscó en su faja la navaja de Albacete, pero por una extraña fatalidad tambien se le habia perdido.

La boca del trabuco del salteador le apuntaba siempre; la impotencia contra aquel miserable, y la expresion odiosa y sarcástica de éste, le exasperaban. Veia malogrado el objeto de su expedicion; recordaba á Martin muerto; al señor Pablo obligado á abandonar su hogar; á la que amaba desde niño amenazada é indefensa, y todos estos pensamientos le producian escalofrios de rabia.

Era impetuoso, la sangre bullia en él: comprendió que el facineroso habia adivinado sus intenciones y no dejaria escapar su presa; sintió un vértigo, y resuelto á morir, avanzó algunos pasos.

—Tú te la buscas, -dijo el Morenillo poniéndose en pié y enfilando el trabuco; pero en el mismo instante de herir el gatillo oyendo ruido en lo alto del peñon, alzó instintivamente la cabeza, y lanzó una imprecacion tremenda.

Sintió un golpe en el pecho, que como ya hemos dicho llevaba al aire, porque se habia desenvuelto de la manta. Una navaja, cayendo de lo alto, se clavó, ahondando mucho, en su pulmon izquierdo. Herido y todo, disparó su arma contra Juan Antonio casi á boca de jarro; pero sea que el dolor de la herida hiciese desviar la puntería del salteador, sea que aquél no estaba destinado á morir, casi milagrosamente salió ileso de la *carga de metralla* de que estaba lleno el trabuco.

Aún no repuesto de su asombro, el jóven oyó á un lado ladridos y vió á Rastrojo, su perro perdiguero, que lo acariciaba saltando alegremente.

El Morenillo estaba muerto y tendido en un charco de sangre...

Rastrojo habia sido el salvador de su amo; hé aquí cómo.

Recordaremos que cuando Juan Antonio salió de su casa, el perro quedó encerrado en el corral. Comenzó á bullir en el caserío la gente que se levantaba y Rastrojo á ladrar desaforadamente.

No bien se vió libre, buscó á su amo por toda la casa, con esa solicitud de que sólo un perro es capaz. Salió al campo, registró los alrededores, oliendo la tierra, parándose á veces y alzando la cabeza como para tomar vientos. Indudablemente Rastrojo debia estar dolorido, sorprendido y humillado. Su amo habia prescindido de él, habia salido dejándole encerrado; ¡qué ingratitud! Y si se trataba de cazar ¡qué humillante aberracion! ¡qué olvido de sus grandes cualidades y de sus notorios servicios!

El perro estaba azorado. Se alejaba del camino, y volvia á él buscando á su amo. Salia de nuevo al campo y continuaba su infatigable rastreo. Poco á poco se fué internando en la sierra; no sabemos qué instinto le guiaria.

Rastrojo era el Rey Mago de los perros, pero sin estrella. En cuanto á revelacion, de seguro la tenia, aunque no muy clara y perceptible, si se atiende á sus numerosas desviaciones y regates. Iba, venia, retrocedia á un sitio por donde habia ya pasado, como para orientarse, siempre oliendo el terreno; por lo cual nos retractamos de lo dicho, y creemos que el perro tenia tambien su estrella; una estrella terrenal.

Pero á pesar de sus vacilaciones y de que su amo le llevaba hora y media de delantera, Rastrojo seguramente estaba sobre la pista: si *querer es poder* en los hombres ¿qué no será en los perros que tienen más superior instinto? El inteligente animal avanzaba siempre; se detuvo en la majada donde habia estado Juan Antonio, no sin haber sostenido un encuentro con los perros del ganado.

A partir de este punto, las exploraciones de Rastrojo fueron ménos vacilantes; pero al llegar al terreno donde el pedernal y las malezas dificultan el rastro, el perro volvió á sus dudas.

Sin embargo, siguió adelante. Conforme avanzaba iba recobrando su seguridad, y caminaba más rectamente; el bien anhelado estaba más cerca, el cariñoso efluvio llegaba cada vez más directamente á su olfato.

Seria imposible calcular las leguas que anduvo Rastrojo en aquel no muy largo trayecto. Por fin, guiado por ese instinto, que pudiera llamarse *estela del olfato*, se iba aproximando á su amo cada vez más. Media hora ántes de llegar al sitio en donde éste dormia, el tenaz animal debió experimentar una gran contrariedad de que nos hacemos cargo por induccion, como Cuvier al reconstruir los fósiles antidiluvianos. Rastrojo sin duda vióse detenido en su ruta por una gran zanja con honores de arroyo grande, que partiendo de la sierra termina en el pueblo de *Los Pedroches*. Aunque era verano, la zanja llevaba bastante agua, porque dos dias ántes habian caido chaparrones torrenciales. El perro, en compensacion inversa de muchas cualidades, tenia un defecto, cual era su timidez hácia el agua. Nos figuramos verle al borde de la zanja azorado ante aquel obstáculo imprevisto, siguiéndola en una larga extension buscando un paso seco, volver desengañado sobre sus pasos porque su instinto le revelaba que su amo se hallaba casi en línea recta á él, y no queria perderla y desorientarse. Nos le representamos acercándose al agua, retrocediendo, meneando la cola en señal de preocupacion y quizá ladrando á aquella insidiosa corriente. Se dice de Enrique IV de Francia, que al entrar en las batallas hacia un supremo esfuerzo de voluntad para vencer su innata timidez, y otro tanto debió hacer Rastrojo, aunque en distinto trance, para decidirse á pasar la zanja, pues la atravesó, si se atiende á que cuando encontró por fin al objeto de sus afanes, todavía estaba mojado.

Salvada la líquida barrera, el resto fué un juego para el fiel animal. Casi huella por huella, se entiende, á veces huellas imaginarias, siguió el mismo trayecto que su amo, y llegó al borde del peñon en donde éste se habia sentado para tomar su refrigerio.

Sabido es que los perros no poseen la cualidad de los animales de la raza felina, y sufren, como todos los mortales, la influencia de la sombra nocturna; pero si Rastrojo no veia bien, en cambio sentia cada vez más *los aires* de su amo, y llegó al susodicho sitio, rastreando y hozando siempre, é indudablemente hubo de tropezar con un objeto, que era la navaja de Albacete de que Juan Antonio se sirvió en su comida y que, al recoger sus bártulos, providencialmente dejó olvidada.

Rastrojo, con una inconsciente hocicada, empujó la navaja; ésta cayó desde el borde casi vertical del peñon, y fué á clavarse en el pecho desnudo del Morenillo.

Algun lector supondrá que esto es inverosímil, mas por ventura ¿no ha dicho un gran pensador que *sólo lo inverosímil es lo verdadero?*

V

Cerciorado de que el salteador estaba muerto, y no queriendo exponerse á la responsabilidad moral y material del silencio, Juan Antonio fué á dar parte al puesto de Guardia civil más próximo, que era el de Puente Bermuda.

Como es natural, le constituyeron en prision, y al dia siguiente condujéronle á la cárcel de Córdoba.

Fué procesado, y se habló mucho de la causa, que duró cuatro meses.

Para abreviar resumiremos en dos períodos la acusacion y la defensa.



PASEO SOLITARIO, cuadro por J. P. Wehle



EL ABUELITO, cuadro por J. Gascointz

«Señores magistrados, —dijo entre otras muchas cosas el ministerio fiscal: aunque inconfeso y por lo tanto inconvicto, el crímen del procesado está latente y la prueba moral es plena. El reo no ha podido explicar satisfactoriamente su encuentro con Gil Rojas (a) el Morenillo, ni mucho ménos la herida originaria de la muerte de éste, pues la explicacion de la intervencion del perro es una *verdadera fábula*, creida sólo por los niños. No ha habido lucha en legítima defensa, puesto que se ha encontrado la carabina del reo, cargada, y sí asesinato, en atencion á que la navaja del homicida era de su pertenencia. Probado el delito perpetrado con premeditacion y alevosía, sólo me resta, cumpliendo con un penoso deber, y apartándome un tanto del texto de las leyes (tal y cual), que prescriben mayor pena, pedir para el reo la de trabajos forzados durante quince años, multa de mil pesetas, ó de no la subsidiaria; todo esto teniendo en cuenta los buenos antecedentes del procesado.»

El abogado defensor, jóven que comenzaba su carrera del foro, y que queria darse á conocer, entre otros elocuentes períodos, dijo tambien resumiendo:

«Señores magistrados: creo que he deshecho hilo por hilo la urdimbre de cargos tan trabajosamente tejida por el ministerio fiscal. El encuentro del procesado y del muerto está perfectamente explicado en la conciencia de todas las almas buenas y generosas. ¿Qué asesino es éste, que perpetrado su crímen en un lugar enteramente solitario, no oculta el arma con que le consumó y se presenta él mismo á la justicia? Además, voy á admitir, aunque por un momento, la hipótesis de que mi defendido hirió, é hirió á traicion; señores magistrados, ¿no es disculpable que comprendiendo con quién se las habia y la suerte que le esperaba, que no podia ser otra cosa que la muerte ó el secuestro, el honrado jóven aprovechase un descuido de su terrible adversario? ¿Está justificada la terrible pena pedida por el ministerio fiscal? Pero no; como ya he dicho, la suposicion de alevosía es falsa y tengo órden de mi defendido de rechazarla terminantemente, porque el pundonoroso jóven no teme la pena corporal, sea la que fuera, pero sí el estigma con que marca toda condena.

»Señores magistrados: fallad en justicia; absolved libremente al acusado ó condenadle á la última pena; pues para un corazon honrado y una conciencia limpia es preferible la muerte á la deshonra.»

El tribunal condenó á Juan Antonio á tres años de trabajos forzados.

Aquella misma tarde, el señor Pablo recibió una carta de aquél, en la que el desdichado jóven protestaba de su inocencia, expresaba su amor hácia Mari-Nieves, y concluia con el siguiente párrafo:

«Yo me resignaré al presidio, á la mancha que ha caido sobre el honrado nombre de mi padre, si me alienta la esperanza de conseguir el bien que tanto deseo. De no, estoy resuelto, pondré fin á mi vida, confiado en la misericordia de Dios.

»Aguardo respuesta en todo el dia de mañana: si no la recibo, recen V. y Mari-Nieves por mí.»

En el mismo dia, poco ántes de anochecer, Juan Antonio recibió la contestacion.

«Mi estimado Juan Antonio, decia el señor Pablo; te escribo inmediatamente para evitar que hagas una barrabasada. Mari-Nieves, yo y cuantos te conocen, estamos persuadidos de tu inocencia. Cumple tu condena, pórtate en el presidio como en todas partes, y cuando salgas ven á vernos; mi hija y yo te esperamos.

»Mira, muchacho: los juicios de los hombres poco significan; lo que importa es estar bien con Dios.

»Mañana te veré, si me lo permiten. Entre tanto, cuenta con tu amigo de siempre, «Pablo Barroso.»

FELIX REY.

EL TRAPO Y EL PAPEL

(Un cuento que parece historia)

I

¡Cuánto he lucido en el mundo! ¡Qué de cosas he visto, y qué de cosas he oido!

Todo ha pasado ante mi vista, como pasan los sueños por la mente.

Antes de ser lo que soy, he pertenecido á una clase distinguida.

¡Qué orgullosa me hallaba yo, al lado de todas mis compañeras y formando parte integrante de los escaparates de casa de Escolar!

¡Ah! ¡cuánta mano blanca, despojándose del elegante guante negro, se posaba sobre mí!

Pero yo era muy cara, valia mucho y mi color era tan delicado,... pero por fin un dia abandoné el estrecho recinto de mi vivienda, hicieron un envoltorio conmigo y fuí á parar al cesto de una modista.

¡Cuántas manos me cogieron, qué de pliegues formaron conmigo, qué de costuras atravesaban mi naturaleza de flexible tela, como las venas cruzan por el cuerpo de un sér humano!

Pero á la par, ¡con qué cuidado me trataban!

Mi color era blanco, como la rama de azahar que iba á servir de corona á la desposada para quien me estaban confeccionando, segun oí decir en más de una ocasion á *Madame Periquet* que era la modista que me traia entre manos.

Salí de aquel suplicio y, sin embargo, otro más cruento me esperaba; la prueba. ¡Horrible palabra!

Besé, á pesar de todo, el cuerpo de una linda muchacha que apénas contaba diez y siete primaveras.

Era esbelta, agraciada de rostro, y existia tal timidez en su sonrisa que parecia blanca azucena que doblaba su corola impulsada por la brisa de una primaveral mañana.

Pasados algunos dias y despues de haber estado expuesta á las miradas indiscretas de tanto curioso y de haber oido frases de alabanza, que despues de todo me ponian orgullosa, una mañana bien temprano me cogieron y volví á besar de nuevo el cuerpo de tan encantadora niña.

Fuímos á la iglesia y, terminada que fué la ceremonia, volvimos á casa, no sin ántes haberme estrujado con tantos y tantos abrazos como recibió la novia.

Yo no sabia en verdad lo que me pasaba.

La novia aturdida dejó caer sobre mí un pedazo de bollo embadurnado de chocolate.

¡La primera mancha que heria mi susceptibilidad!

Despues, pasado el dia sin ningun acontecimiento digno de que yo lo recuerde, llegó la noche, entramos en un precioso gabinete y allí dos doncellas me hicieron abandonar el precioso cuerpo de la inocente niña.

Me arrojaron sobre una silla, corrieron los cortinones que comunicaban con la alcoba, y no pude ver más.

. . . .

Sólo ví que junto á mí se hallaba triste y mustia la pobre flor de azahar que engalanado habia la preciosa cabeza de la jóven desposada.

II

Contar una por una las mil vicisitudes que he pasado en el resto de mi vida seria tarea más que imposible.

Sólo sí diré que he asistido á grandes reuniones y que despues de mi primera mancha, he recibido otras varias.... que afeaban mi condicion.

Del gran mundo pasé al mediano: tuve por amas á una coqueta, á una niña boba y á una viuda que al mes de morirse su esposo se puso de blanco.

Estuve en manos de una prendera y de allí me trasladé á casa de una poetisa que la primer medida que tomó con respecto á mí, fué el mandarme teñir de negro porque le parecia el color más interesante.

Me harté de versos y.... pasé al pequeño mundo, á manos de una doncella de.... labor que me cuidaba y cepillaba con esmero; pero tuvo esta que hacer un regalo á una cocinera, compañera suya, que se casaba, y me trasladé á la cocina.

¡Cuántos me miraban cuando jóven! ¡Qué de alabanzas me tributaban! Ya fuí vieja y por todos fuí despreciada.

¡Triste condicion la de la vida!

Hasta que llegó el instante de mi muerte y hoy soy un guiñapo arrojado en medio de la calle.

III

De esta manera se lamentaba un trapo que se hallaba medio oculto entre un monton de basura.

Un papel que allí se encontraba y que habia oido la relacion de aquel compañero de infortunio, ya cansado de tanta lamentacion, quiso increpar al pobre trapo y ponerlo como un idem, y le dijo:

—¿Podrás callar, mentecato? ya estoy cansado de oir lamentaciones. Mucho más que tú he valido yo, y sin embargo no me quejo y recibo por mi suerte la misma tumba que tú.

—¿Quién habla así de esa manera? prorumpió el trapo haciendo esfuerzos por salir de entre el monton.

—Yo, dijo con voz lúgubre el papel.

—¿Quién eres?

—Nadie soy ahora; pero he valido mucho más que tú. Nací por mi triste condicion papel y fuí á parar á la redaccion de un periódico de mucha fama.

Me tocó en suerte un número extraordinario que llevaba las firmas de hombres reconocidos en la república de las letras.

Pasé de la imprenta á los puestos y de ellos á manos de un hombre sabio, que despues de haberme leido me guardó cuidadosamente.

La edicion de aquel número se agotó y miles de personas solicitaban los números que permanecian ocultos en los estantes de las librerías de los hombres eminentes.

Pasé pues de unas manos á otras y en todas las inteligencias dejaba la luz, la luz del saber y de la ilustracion, la idea del progreso, la idea de Dios, miéntras tú sólo has representado el lujo y has sido la causa de la perdicion de muchas familias.

Y tú, desgraciado papel, añadió el trapo, culpa tienes tambien de esa perdicion; fíjate bien y lee en tí mismo y comprenderás los aplausos que has dado á ese mismo lujo que criticas.

—Te engañas.

—Lee y verás.

Y efectivamente, la luz de un farol caia de lleno en el impreso del papel....

«Ayer se verificó el enlace de la bella y distinguida señorita de V. con el aventajado jóven D. X.

»Lucia la novia un precioso traje blanco brochado con adornos de incomparable valor.

»Conocidos son de todos el proverbial gusto y el lujo que la distinguida familia.... etc., etc.»

* * *

»El baile estuvo brillantísimo, los trajes y la pedrería que ostentaban las preciosas damas que llenaban el salon, son una prueba más del exquisito gusto que reina entre las españolas para la eleccion de su tocado.

»La verdad es que el lujo las presenta ante nuestra vista rodeadas de los encantos.... etc., etc.»

—¿Te has convencido, querido compañero?

—No, añadió el papel. Yo soy en todos los terrenos más que tú.

—Así debia ser, añadió el trapo lanzando un suspiro, pero por desgracia no sucede así.

—Yo, continuó el trapo, te ayudo á nacer y por eso quiero que seamos amigos, y quiero á la vez que comprendas que aunque tú divulgas y arrojas ciencia, en el siglo en que vivimos tienen por desgracia más valor los trapos que los papeles.

Iba á contestar el papel, pero no pudo; habia amanecido y el gancho de un trapero recogió el trapo y dejó al papel envuelto entre el monton de basura.

—¡Tenia razon mi compañero! pensó para sí el papel. ¡Qué espantosa soledad!

MIGUEL DE PALACIOS

SÉPTIMA CONFERENCIA

de la Asociacion geodésica internacional, en Roma

I

Hace meses manifestaba esta ILUSTRACION ARTÍSTICA que, con esperanzas como nunca de llegar á una solucion satisfactoria, se estaba agitando entónces en el mundo científico el gran problema de la eleccion de un primer Meridiano Universal, punto de partida de las longitudes geográficas y del Tiempo Universal ó Cosmopolita.

Fundábanse tan gratas esperanzas en la casi seguridad de que la cuestion habia de tratarse extensamente en la Asamblea que iba á celebrar en Roma la Asociacion Internacional Geodésica; donde, reunidos oficialmente Delegados de todas las naciones convenidas, era de esperar que se llegase á un acuerdo definitivo; cumpliéndose así los deseos manifestados constantemente desde hace dos siglos por los hombres de ciencia, respecto á unificar las longitudes; y, como consecuencia natural de tal unificacion, á convenir una hora universal.

* * *

Pues bien: el mundo está de enhorabuena. La Asamblea de Roma ha tomado oficialmente IX resoluciones importantísimas; en cuya virtud todas las longitudes geográficas se computarán muy en breve desde el meridiano de Greenwich, y el dia cosmopolita empezará en el instante de iniciarse el ***dia-civil-medio*** en el meridiano situado á 180 grados del mismo meridiano de Greenwich.

Dentro de poco, pues, cesará lo que en tiempo no lejano ha de aparecer como anomalía incomprensible de esta época de adelantos: el hecho actual, eminentemente anticientífico, de que las agujas de los relojes estén EN EL MISMO INSTANTE DE TIEMPO ABSOLUTO señalando en toda la tierra hácia todas las direcciones posibles, y la ardua y enojosa tarea de estar reduciendo longitudes en todos los observatorios y en todos los barcos, aun en los supremos instantes de la tempestad, cuando la carta que ha de consultar el marino se refiere á un meridiano distinto del de su almanaque náutico.

¿Quién concebirá dentro de poco que, como hoy sucede, por las diferencias de meridiano, un despacho telegráfico se reciba ántes de haber sido expedido? ¿que dos navegantes cuenten *en el mismo momento absoluto* diferente dia de la semana, y aun del año y del siglo? ¿que se necesiten cálculos para averiguar el «CUANDO» de un suceso trascendental?

II

Importa mucho conocer bien las deliberaciones y los acuerdos del Congreso Internacional de Roma; principalísimamente, porque han de formar época en los anales del mundo; y, además, porque algunos periódicos, mezclando en una cuestion de ciencia pura, orgullos y susceptibilidades de falsa y perjudicial patriotería, han llegado á estampar que, en la eleccion de Meridiano, se libró en Roma reñida batalla entre el meridiano español (!) de Hierro y el inglés de Greenwich, saliendo derrotado el español por veintidos votos contra cuatro.

Con decir que no HUBO batalla ni votacion ni PODIA haberlas, está juzgada la noticia. ¡Así se escribe la historia! España, desdichadamente, (segun lo tiene hace tiempo manifestado esta ILUSTRACION ARTÍSTICA), ha contado sucesivamente las longitudes desde los meridianos del Estrecho de Gibraltar, Toledo, el antiguo Colegio de Guardias marinas de Cádiz, San Fernando, Ferrol, Cartagena, Plaza Mayor de Madrid, Observatorio de esta Capital, Lisboa y la catedral de Manila. Tambien las ha contado desde la Isla de Hierro; pero este meridiano, (nunca determinado directa y científicamente), es un meridiano *ficticio*, que viene á ser el de Paris.

En efecto, Luis XIII, rey de Francia, pensando haber hallado el Meridiano de Ptolomeo, ordenó que el PRIMER MERIDIANO se contase en su reino desde la Isla de Ferro, suponiéndola á los 20 grados justos del observatorio de Paris; pero, habiendo hecho ver posteriores observaciones *(hoy reconocidamente muy groseras)* que la diferencia de longitud entre Paris y la principal poblacion de la Isla

de Hierro es de 20° 5′ 5″, los franceses, para que siempre Paris se hallase á los 20 grados justos del supuesto meridiano primitivo de Luis XIII, hicieron caminar hácia el Este ¡qué puerilidad! el cero de orígen 5′ 5″; por manera, que el meridiano de Ferro no pasa por ningun punto determinado científicamente, ***ni aun siquiera notable y conocido***, y es un círculo puramente convencional, 20 grados al Oeste de Paris: en otros términos, el llamado meridiano *español* de Ferro es el meridiano de Paris.

Hoy, con los adelantos inmensos de la Astronomía y con las exigencias de la navegacion moderna, el Meridiano Universal tiene que estar determinado por un Observatorio de primer órden, ligado por triangulaciones exactísimas y por hilos telegráficos á otros observatorios de igual clase; y el círculo imaginario de Ferro no debia entrar, ni entró, en el número de los que podian aspirar en el Congreso Geodésico de Roma á ser punto de partida de la cuenta de las longitudes y del tiempo cosmopolita. Así es, que no se libró, ni podia librarse, batalla ninguna entre Ferro y Greenwich, ni existió la votacion ¡invencion peregrina! que algunos periódicos han tenido por conveniente trompetear. ¿Hay observatorio en la Isla de Hierro? ¿No? pues Ferro, meridiano francés de Luis XIII, tenia que quedar excluido, y desde luégo lo quedó, sin discusion.

Pero no anticipemos.

III

La Asociacion Geodésica Internacional celebra Asamblea general reglamentaria cada tres años en alguna ciudad importante de las diferentes Naciones Asociadas. El dia 15 de octubre próximo pasado se reunieron en el histórico salon del Capitolio en Roma los Delegados de Austria, Baviera, Bélgica, Darmstadt, España, Estados Unidos, Francia, Hamburgo, Inglaterra, Italia, Noruega, Países Bajos, Prusia, Rumanía, Rusia y Suiza, (faltó el de Dinamarca por enfermo); y, abierta la sesion por nuestro compatriota el General D. Cárlos Ibañez é Ibañez de Ibero, como Presidente que es de la Asociacion por doce años, en virtud de cuatro reelecciones seguidas y unánimes, tomó la palabra el Sr. Baccelli, ministro de Instruccion pública del Reino de Italia, y pronunció en latin un discurso de bienvenida y salutacion á los Delegados presentes de las Naciones citadas. El Presidente Sr. Ibañez contestó en francés con un elocuente discurso, dando las gracias al Ministro, y exponiendo el objeto de la reunion.

Y aquí conviene hacer notar el cómo hasta en una Asamblea de carácter puramente científico pueden penetrar los celos nacionales; pues el ministro italiano dijo en latin su discurso por no tener para con Francia la deferencia de hablar en francés, segun práctica y disposicion reglamentaria de la Asociacion Geodésica Internacional; y tambien merece especial mencion la española entereza de nuestro compatriota el Presidente Sr. Ibañez que, desentendiéndose, como verdadero hombre de ciencia, de las rivalidades políticas que en estos momentos apartan á los gobernantes de Italia de los hombres públicos de Francia, contestó, fiel á las tradiciones y reglamentos de la Asociacion, en la lengua francesa; cuando tan fácil le habria sido el hacerlo en latin, ó en italiano por deferencia á la Nacion donde la Asamblea celebraba sus sesiones.

Otro rasgo del General Ibañez.

Aunque desde hace tantos años es Presidente de la Asociacion, tiene siempre la galantería en las reuniones ó asambleas trienales de ceder la presidencia al Representante más caracterizado de la Nacion en que se verifican las sesiones. Siguiendo, pues, en Roma tan delicada conducta, no bien hubo terminado su contestacion al Ministro de Instruccion Pública de Italia, propuso á la Asamblea que le reemplazase el Coronel del cuerpo de Estado Mayor del Ejército Italiano Sr. Ferrero, quien fué aceptado por aclamacion; de manera que, contra lo que han dicho los mismos periódicos, y por efecto de la galantería del Sr. Ibañez Ibero, nuestro compatriota no presidió el Congreso Internacional de Roma; pues la mesa quedó constituida como sigue:

PRESIDENTE HONORARIO

General BAEYER, prusiano.

PRESIDENTE EFECTIVO

Coronel FERRERO, italiano.

VICE-PRESIDENTES

BAUERNFEIND, director de la Escuela politécnica de Baviera.

FAYE, individuo de la Academia de Ciencias de Francia.

SECRETARIOS

HIRSCH, Director del Observatorio de Neuchatel, Suiza.

OPPOLZER, Consejero de Estado, Austria.

IV

La Mesa de la comision permanente de la Asociacion Geodésica, compuesta del General Ibañez de Ibero, presidente, y de los Sres. Hirsch y Oppolzer, secretarios, habia redactado, con anterioridad, un extenso informe relativamente á la unificacion de las longitudes y á la adopcion de una cuenta universal del tiempo.



¡MARCHÓSE! dibujo por W. Tangley

Esta luminosa Memoria sirvió de base para las discusiones de la Asamblea, y para las resoluciones en ella tomadas. Documento de altísima importancia científica, merece ser conocido de cuantos se interesan por los progresos del mundo moderno; y, por eso, dedicaremos á él artículo especial.

Y con tanta más razon, cuanto que ya los Norte Americanos de los Estados Unidos y del Canadá han adoptado para sus líneas férreas el tiempo de Greenwich; por manera, que en estos momentos, y con esa rapidez propia sólo de los yankees, se ajustan al tiempo cosmopolita las marinas de Inglaterra y de los Estados Unidos, así como las grandes empresas propietarias de los 161,000 kilómetros de ferro-carriles existentes en los Estados Unidos y el Canadá.

¿Cómo no dar cuenta á los lectores de esta Revista de los fundamentos en que se apoya medida de tanta trascendencia para el comercio universal?

E. BENOT

NOTAS DE MI VIAJE

(Conclusion)

En mil ocasiones, recorriendo los típicos arrabales de mi Sevilla habia yo escuchado aquella misma voz y aquellos mismos cantares de boca de alguna mujer, á través de las celosías, ó detrás de su balcon, casi oculto por los tiestos de claveles y ranúnculos: tambien al caer la tarde atravesando las huertas que rodean mi ciudad por el lado de la Macarena ó siguiendo la orilla del Guadalquivir, me habia parado silencioso, para no perder una sola de sus notas, traidas desde léjos por las auras del crepúsculo! Pasaron muchos segundos y yo permanecia clavado en aquella esquina sin acertar á moverme: de pronto oí perceptible el ruido de una puerta que se abria y asomarse á la reja de un balcon una figura de mujer que instantáneamente desapareció de mi vista. El aspecto de la calle sombría con sus caserones, su pasadizo, su retablo, sus rondadores y por último aquella silueta de mujer que resaltó en la oscuridad como una vision vaga, casi informe, juntamente con las impresiones experimentadas durante la noche, me produjeron febril excitacion y extraño vértigo que no era bastante á dominar. Púseme en camino y atravesando otras calles más estrechas y tortuosas, subiendo y bajando empinadas cuestas, dejé á mis espaldas los altos muros de un edificio que despues supe que era la iglesia del Tránsito, antigua sinagoga, dirigiéndome á mi alojamiento. Cuando el curioso viajero ó el artista llegan á la imperial ciudad, despues de visitadas otras antiguas poblaciones, como Burgos, Avila y Salamanca, lo primero que anhela conocer y procura examinar son las producciones del risueño y ostentoso arte mahometano, para dar descanso á la mente fatigada con las interesantísimas obras que produjo el estilo románico, el ojival y el renacimiento, de que tan abundante copia conservan aquellas capitales. Los alineamientos de las construcciones llevadas á cabo en los siglos X, XI y XII con su pesada robustez y fortaleza, deseamos verlos sustituidos por las levantadas durante la dominacion agarena y en sus tres períodos; el arco semicircular con sus puntas de diamantes y de sierra, sus zig-zags y funículos, por los ultrasemicirculares y túmidos que ornan caprichosos lóbulos, por los atauriques y lacerías; los capiteles historiados en que tan infantilmente representara el artista animadas escenas de la vida real, por los peregrinos follajes de orígen bizantino, juntos con las reminiscencias del clasicismo romano, y finalmente, la misteriosa severidad de sus recintos por la primorosa gala, por la ligereza y aérea esbeltez que tan al vivo se refleja en los edificios erigidos á imitacion de la famosa grande aljama de Córdoba, y de los encantados palacios de Medina-Azahra. Nacieron los primeros al calor de la idea cristiana, y como ella durante aquellos siglos revistióse con el burdo sayal y el austero cilicio del penitente; como su benéfico influjo habíase extendido á todas las esferas, manteniendo vivo el espíritu de la divina palabra, así sus manifestaciones tenian por fuerza que ajustarse al rigor de aquellas santas doctrinas, máxime cuando el oneroso yugo de la dominacion musulmana pesaba tan duramente sobre los cristianos. En oposicion á estos santos ideales, á las aspiraciones infinitas de los que veian en el martirio la fuente de eterna regeneracion, que más de una vez hubo de llevarlos hasta el punto de desafiar el poder de los califas, se nos muestra el pueblo invasor, exaltado de temperamento, de imaginacion ardiente, de sensibilidad apasionada, fastuoso y espléndido por naturaleza, llevando vivas en la mente las deslumbradoras imágenes del Oriente é impresos en el corazon los soñados relatos del Profeta; así no es extraño, que al extenderse por las fértiles comarcas de Castilla ó por las encantadas vegas de Andalucía, acariciados por sus brisas y por los abrasadores rayos de nuestro sol, tratasen entónces, como lo hicieron, de dar rienda suelta á su fantasía y á sus sentimientos, convirtiendo en pocos años la antigua Colonia Patricia, la famosa Hispalis y la Toletum de los monarcas visigodos, en dignas rivales de Damasco y de Bagdad.

No nos resta al presente en la última de aquellas ciudades ninguno de los grandes monumentos del estilo árabe bizantino, característico del califato cordobés, restos diseminados é incompletos, como las hojas que arrebata el viento y esparce por los campos: así los trastornos y conmociones por que atravesó la opulenta Talaitola han hecho desaparecer las muestras de la primera época de su dominacion, y si queremos estudiar los rasgos distintivos de aquella civilizacion, si deseamos deleitar la vista con los caprichosos lineamientos y peregrinos ornatos de su arquitectura en conjunto, tendremos que buscarlos, y á fe que se encuentran, ya en los dias de la dominacion mauritana, ó bien despues de la reconquista por Alfonso VI durante la gloriosa monarquía del hijo de San Fernando. Entónces fué cuando se construyó la magnífica sinagoga llamada actualmente con el nombre de Santa María la Blanca (1) ó á lo ménos sufrió visibles reparaciones, como lo prueban sus almocárabes y ornatos. La proteccion dispensada por los monarcas castellanos al pueblo judío, obtuvo señaladísima muestra en los tiempos de D. Pedro I; entónces, merced al valimiento de su tesorero D. Samuel-ha-Leví pudo un opulento hebreo, el Rabb D. Meyr Aldelí, invertir parte de sus riquezas en la construccion de otra muy notable sinagoga, conocida en nuestros dias por iglesia del Tránsito ó de San Benito. Si en la de Santa María la Blanca hallamos reminiscencias más ó ménos elocuentes del arte del califato, esta se nos presenta como hermoso modelo de la fusion del musulman y del cristiano, perteneciendo por consiguiente al grupo de monumentos mudejares cuyo estudio tanto interesa á los artistas y arqueólogos. No sin experimentar en el alma profunda y triste impresion se penetra en la hoy abandonada sinagoga, en cuyo recinto no se hallan ni las elegantes arcadas ultrasemicirculares de Santa María la Blanca, ni sus columnas y naves: su planta es un gran rectángulo, y sólo cuando los ojos se van acostumbrando á la tenue luz que por sus ventanas recibe, es cuando empiezan á mostrarse los delicadísimos adornos que la avaloran. A poco más de la mitad de sus muros laterales, en direccion de Norte á Mediodía, corre una ancha faja de almocárabe compuesta de peregrinas labores que figuran hojas de parra enlazadas con tallos y funículos, alternando en algunos espacios los escudos cuartelados de castillos y leones como prueba del agradecimiento de sus edificadores al monarca Justiciero. Hállase dicha banda circunscrita superior é inferiormente en toda su extension por una leyenda en caracteres africanos, y sobre esta y debajo tambien, otra hebrea: sobre la gran zona, circuye la parte superior del muro una serie de elegantes arcos lobulados que se apoyan en columnitas pareadas con caprichosos capiteles, apareciendo en unos el alboayre mauritano, y en otros las hojas de higuera de las fábricas cristianas ó los recuerdos bizantinos; forman sus enjutas menudos atauriques, resaltando en el interior de algunos de estos arcos, complicados encajes de lacería dentro de ojivas túmidas, y corriendo al rededor de la archivolta en cada uno de sus siete lóbulos ténias ó piñas: corona toda esta tan espléndida ornamentacion otra leyen-

(1) Amador de los Rios, *Historia de los Judíos de España y Portugal*, T. 2.°, pág. 240. El Sr. D. Manuel de Assas en la Monografía sobre este templo publicada en la gran obra *Monumentos arquitectónicos de España*, opina que corresponde dicha fábrica al tiempo del Califato, sufriendo notable restauracion en los de D. Alfonso X.

da hebraica de blancos caracteres que aparecen sobre fondo negro.

Lástima causa en verdad, considerando en vista de tales testimonios los anhelos del pueblo proscrito, que aquellos ilustres hombres cuya doctrina y sabiduría era reconocida hasta por sus más encarnizados enemigos, hubieran tenido que valerse, para llevar á cabo la construccion de este monumento, de las enseñanzas arquitectónicas musulmanas: los que asombraban por la palabra, no podian reflejar su espíritu ni expresar sus aspiraciones por medio del arte, y á no ser por las inscripciones hebraicas consignadas en sus muros, podríase muy bien atribuir su ereccion á cualquiera de aquellos odiados magnates castellanos. Sin otro sello más que este, con el carácter distintivo de dos civilizaciones que no eran la suya, habríanse confundido con otras, pasando inadvertidos los esfuerzos de la grey judaica y los nobles estímulos del Rabb. D. Meyr y del Tesorero D. Samuel. Siéntese honda pena en el corazon cuando en medio de la angustia del oprimido pueblo lo vemos gozoso y satisfecho por haber erigido su templo durante aquellos «dias buenos» y «años famosos» despues de tanto luto y tanta persecucion. ¡Cuán elocuentemente hablan al alma las dos inscripciones hebreas que para conmemorar tan fausto suceso y en honra y alabanza de D. Pedro y de los judíos edificadores, se leen en el testero de la sinagoga! «Las misericordias (dice una de ellas) que Dios quiso hacer con nos, levantando entre los jueces —é príncipes para librarnos de nuestros enemigos —y angustiadores, no habiendo rey en Israel que nos pudiera —librar despues del último cautiverio de Dios— «««««« derramámosnos unos á esta tierra y otros á diversas partes, donde están ellos deseando su tierra—y nos la nuestra»»»»»» Aquel dia que fué fabricada (la sinagoga) fué grande é agradable á los judíos: los cuales por la fama—de esto vinieron de los fines de la tierra, para ver si habia algun remedio para levantarse —algun señor sobre nos — que fuese para nos como torre de fortaleza ««««««Aconteció esto en los tiempos del rey D. Pedro:— sea Dios en su ayuda: —engrandezca su estado, prospérele y ensalze y ponga su silla, —sobre todos los príncipes —sea Dios con el e con toda su casa; y todo hombre—se humille ante el, y los grandes y los fuertes —que hubiere en la tierra le conozcan; —y todos aquellos que oyeren su nombre, se gocen de oirle, —en todos sus reinos,—y sea manifiesto que el es fecho á Israel —amparo y defendedor.»

No puede ofrecerse más elocuente muestra del espíritu que animaba á esta raza, y más bien parecen sus palabras notas arrancadas de una sentidísima elegía: expresábanse así los hijos de Israel: siempre «¡deseando su tierra!» ¡Qué diferencia tan grande puede á este propósito establecerse entre las dos sinagogas de que hablamos y el más insignificante de nuestros templos! Despues de visitados ambos, bien cerca se me ofrecia ancho campo para fundar el contraste: desde la abandonada calleja en que se alza el Tránsito distinguia resaltando sobre el fondo azul del cielo las aéreas flechas y delicadas agujas de San Juan de los Reyes; á él enderecé mis pasos, buscando en su solitario claustro algun descanso á las impresiones de aquel dia.

JOSE GESTOSO Y PEREZ



JAQUE-MATE, cuadro por Enriqueta Ronner



EL DOMINGO, cuadro por Otto Kirberg

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 28 DE ENERO DE 1884 — NÚM. 109

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MARÍA, cuadro por Beers

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El suicidio.—Del amor y otros excesos.—Los estudiantes.—Auto de fe.—Mudanza de decoracion.—Cómo cambia de domicilio la alegría oficial.—La Catedral de Leon y la Alhambra.—El moro y el godo; la castellana y la odalisca; Aldonza y Lindaraxa.—Un vistazo á la China.—Un imperio hidrópico y una república oxigenada.—El té y el *opoponax*.—Mandarines y *cocottes*.

Felices los cronistas que, allá, por los años del hierro, tenian la mision de narrar los hechos de sus señores; porque las pragmáticas del oficio les ordenaban ser panegiristas y no críticos, contar lo bueno, ponderar lo notable, tender un manto de retóricas flores sobre las grandiosas acciones.... y cuando llegaban á una vituperable, omitirla. Era, sí, su mision dichosa, pero ¡ay del cronista de Madrid, al cual la verdad le pide homenaje y el temor á desagradar á su señor le corta el aliento cuando va á rendir aquel testimonio de acatamiento á la desnuda diosa!

Esto digo y pienso porque no sé cómo empezar mi relato de este período de tiempo trascurrido en la vida de Madrid, desde que por última vez tuve la honra de conversar con usarcedes. En mis apuntes se amontonan notas fúnebres, y aplicando el oído á los lejanos rumores, escucho detonaciones, y asomándome al horizonte, veo pasar el triste y solitario féretro de dos suicidas. Un hombre acaudalado—el Sr. Rodriguez Leal,—y un ex-diputado á Córtes, han puesto fin á sus dias. Miéntras esto sucede en las clases mejor educadas, y en el seno de los creyentes, las gentes del pueblo riñen navaja en mano, y los callejones del Oso y del Bonetillo presencian el desfile del juez de guardia y la camilla mortuoria.—Los hijos de aquel pícaro diosecillo que hurtó los chapines á Mercurio, de Caco hablo,—han resucitado las aventuras que Goboriau, el Homero de los ladrones,—describe en sus novelas: la aristocrática calle de Felipe III ha sido el teatro de su hazaña.... No quiero seguir adelante, porque prefiero callar y romper mi pluma á levantar acta de tales sucesos. Una nube negra ha pasado sobre Madrid, y el Manzanares se ha convertido en el Leteo,—ese rio de ácido sulfúrico y olvido!

***

Cambiemos de tema y busquemos en el pentágrama alegres sones. ¿Dónde acudiremos? ¿Dónde, sino al amor? Sigamos esa pareja de novios que van por la calle de Lu chana, áun cuando el oficio de tercero nos ofenda. Pero ¿qué sucede?.... ¡Oh Dios mio! ¡Hay horas menguadas!..... ¡El amante ha disparado un tiro á su amada! ¡Error nuestro!..... Creíamos ir en pos del amor é íbamos siguiendo á los celos..... abandonemos tan desgraciada huella..... Des infectemos nuestra crónica de infernales vapores..... Hagamos un paquete de estas noticias, de estos hechos, de estas páginas, de estas pistolas humeantes, de estos puñales que gotean sangre, de estos corazones donde late el odio..... y echémoslo en algun pozo de donde nunca más puedan salir.... En un buzon de correos.

***

Las calles de Madrid han estado más animadas que de ordinario. La Universidad habia cerrado sus puertas, el anfiteatro de San Cárlos veia sus mesas de diseccion silenciosas; los estudiantes reunidos en numerosa comitiva realizaban una manifestacion contra el Marqués de Sardoal y los decretos que como ministro de Fomento habia dictado respecto á enseñanza.

El estudiante es la juventud, la pasion, el genio pronto, el arrebato pasajero. ¡Temed, oh estadistas, estas cóleras infantiles! Siempre fueron temibles, cuando los pechos en que hervian se cubrian del manteo; cuando visten los militares uniformes de las academias de Belona, cuando combatian por la patria en aquellos tercios de la independencia, cuando se iban á las puertas de Palacio á insultar á las testas coronadas.... Pero lo son más cada dia, porque el estudiante es hoy un sér sesudo, un prudentísimo ciudadano; porque la juventud del año 84 es una vejez bonita, sin canas ni arrugas.... porque es una pasion que razona, un corazon que cuando está ciego de amor ve más que el de sus abuelos cuando se ponia lentes, y cuando arde en indignacion somete su sentimiento á la ley. Este ardor-frio, este furor-tranquilo, este *festina-lentè*, es la juventud de la época, hija de una generacion de descreidos cuya experiencia ha encontrado en la cuna.

Lo cual aplicado al caso presente significa que las manifestaciones estudiantiles han tenido sus gritos, sus amenazas, sus paseos tumultuarios por calles y plazas..... pero han tenido principalmente un fin práctico, una intencion traducible en leyes y al hablar con el Ministro de Fomento casi le han dictado un programa de enseñanza.

Un auto de fe hubo en la calle de Atocha. El reo que sufrió la pena de quemazon estaba blanco de terror y se encogia bajo los calientes besos de las llamas, las cuales le dejaron bien pronto convertido en palpitantes pavesas que temblaban al soplo del aire y por cuyas negruras cadavéricas corrian insectos de oro, los gusanillos de la muerte por incendio.

Era un número de la *Gaceta*, aquel precisamente en que se hallaban impresos los decretos sobre enseñanza. Viendo arder este número de la *Gaceta*, como el hecho coincidia con la caida del gobierno liberal y el triunfo del partido conservador, no pude ménos de pensar que en aquellas páginas, húmedas de tinta de imprenta, ardian las alegrías de cientos de empleados para quienes es el periódico oficial libro divino, una hoja escrita y firmada por los dioses que todo lo pueden; ardian allí sus esperanzas de mejora, su comodidad, el porvenir de sus hijos... La *Gaceta* es en España, y especialmente en Madrid, el *alfa* y el *omega* de la ventura. El que la tiene á su devocion vive, manda, derrocha, gasta reluciente paño de Sedan y coruscante sombrero. El que está en la desgracia de ese Dios de papel, lleva botas rotas, mugrientas levitas, vacío bolsillo!

¡Bien quemado está!

***

Pero más lo están los vencidos. ¿Los veis? Entran en la colmena y bullen en ella. Son las abejas del presupuesto que liban las flores de la nómina y fabrican la miel del expediente. Son los empleados.... Ya están dentro del ministerio repartiendo cesantías.... Es cosa de repetir el canto guerrero y melancólico del poeta de Roncesvalles: «¿Cuántos son? uno, diez mil, un millon, millones de millones.—¡Y ahora, cuando el ángel enlutado de la derrota va á contarlos.... ciento, diez.... uno.... ninguno!»

Sí: la alegría oficial ha cambiado de domicilio. Ya no sonrie en la cara de los constitucionales, ya no se deshace en perlas de ingenio cayendo de los labios de sus oradores y del pico de la pluma de sus polemistas. Ahora es la gracia malagueña de Cánovas y la antequerana de Romero Robledo la que priva. Nuevo gobierno, nuevas córtes, nueva política; unas elecciones en perspectiva.... ¿Se necesita más, se necesita tanto siquiera, para que los españoles miren al porvenir con el incierto ánimo y la febril curiosidad del lector de folletines que tiene bajo sus ojos un centenar de páginas llenas de venenos, sorpresas, duelos, raptos y faltas de castellano?

***

Al mismo tiempo, en el mismo dia, tal vez en el mismo instante, se han sentido temblores en los cimientos de la Catedral de Leon y en los de la Alhambra de Granada.

Se trata de dos maravillas de distintos artes engendradas y esas dos maravillas padecen del abandono de los gobiernos. En país más cuidadoso de sus glorias habria empeño de todos por conservar esas dos preciosidades: aquí este sublime desden castellano, este frio olvido del ayer que es la mitad del alma española hace irse desmoronando esos portentos de piedra y yeso.

La catedral gótica con sus cresterías y sus ojivas es el mejor templo del alma cristiana. El sol se tiñe de colores al pasar por las cristalerías de las ventanas donde se representan pasajes bíblicos é imágenes pintadas con luz.

La Alhambra es el templo de los sentidos, la deificacion del sensualismo, un himno á la majestad del sér humano, algo que tiene ecos de cancion de amor y el ritmo grandioso de la epopeya.

Obra es la catedral gótica de aquel hombre que pasa su vida en combatir por la fe, de aquel monje que como el gusano para labrar su seda se encierra en la celda de piedra del convento, y allí á solas consigo mismo, imagina que sobre el facistol en que descansan los pesados *infolium* agita sus alas el ángel de las inspiraciones.

La Alhambra es la creacion de un pueblo poeta ántes que guerrero, enamorado ántes que poeta y sibarita ántes que enamorado.

Bajo las bóvedas de la catedral se imagina el artista ver siempre la imágen de la castellana que ora por el pronto regreso de su señor, empeñado en tremendas empresas de guerra.

Bajo los aéreos camarines de la Alhambra, alumbrados por luz cenital, creereis ver siempre á la odalisca, mal ceñidas al cuerpo las perfumadas gasas, ya con el ansia del amor esperado, ya con el voluptuoso cansancio del amor satisfecho.

La heroína del arte gótico es *Aldonza*, la casta y severa cristiana, madre de fuertes hijos á quienes comunica con su sangre una fe combatiente y una supersticion cruel.

La inspiradora del arte árabe es la princesa de la sangre de los Omeyas, delicia del profeta y cuyos brazos son el mejor premio del vencedor. *Lindaraxa* la llama la historia, con su nombre ha compuesto endechas la poesía, canciones la música, y en las claras y rutilantes noches granadinas el moro cree ver escritas aquellas letras en el cielo con puntos de estrellas y rasgos de relámpagos.

Los símbolos de estas dos civilizaciones, de estas dos religiones, de estas dos artes, por las que combatieron el moro y el godo, donde oraron y amaron *Aldonza* y *Lindaraxa*, están amenazados de muerte. Y no habrá podido hacer el hombre elegía más terriblemente melancólica que la que formen con sus ruinas los arquitrabes de la Catedral de Leon y las columnillas del patio de los leones de la Alhambra.

***

Porque no tengan razon los hombres graves en acusarme de preferir para mis digresiones los asuntillos de poca monta, y dejar á un lado los que traen preocupados á los cerebros más sesudos de Europa, diré algo de la contienda internacional de Francia y China; y no han de ser noticias que el telégrafo trasmite casi ántes de que los sucesos ocurran; ha de ser una consideracion que está á primera vista, que salta desde luégo á los ojos.

La China es un inmenso imperio, poblado por miles de millones de súbditos; Francia es ménos que una nacion, porque está toda reconcentrada en una ciudad, en Paris.

El chino es un insaciable bebedor de té; el parisiense es un contumaz bebedor de Champagne, y el pálido brebaje que aquel consume explica sus odios frios y duraderos, miéntras el burbujeante vino de los restaurants de Paris, da razon de la alegría de ese europeo incapaz de persistir diez años en una guerra y dos dias en un mismo pensamiento.

El imperio chino es un monstruo de absurdas proporciones, de miembros disparatados, de vientre obesísimo, como el de sus ídolos de porcelana; dentro de cuya mole no corre la sangre sino el rubio té que impulsa y mueve á guisa de corazon una perfumada tetera de barro.

Paris es una ciudad oxigenada, una ciudad víctima de la risa, que todos los dias inventa un chiste y todos los dias siente la tristeza de un nuevo deseo y la nostalgia de una nueva epopeya.

Así, pues, Paris resolverá de un modo ó de otro, bien ó mal, á cañonazos ó con notas diplomáticas, la contienda que hoy tiene con el celeste imperio; pero la resolverá pronto, porque ya está cansado de oir hablar de Tonkin y del marqués de Tseng.

Y los mandarines de China conservarán á través de los siglos su odio á Francia, miéntras que la carcajada de una *cocotte* resonando en la atmósfera de los bulevares hará olvidar á los parisienses todo lo sucedido.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

MARÍA, cuadro por Beers

Otro ejemplar de la famosa galería de mujeres hermosas, que publicamos con gusto, ya que opinamos, con el Areópago, que la contemplacion de lo bello predispone al ánimo para lo bueno.

¡QUE VIENE EL LEON! cuadro por Franz Verhas

Un travieso rapaz ha imaginado el medio más sencillo y de seguro efecto para dar un susto á su hermanita. Metido debajo de una de esas pieles de leon que tapizan algunos suntuosos gabinetes, ha aparentado embestir á la inocente niña que, llena de terror, corre á refugiarse en el regazo de su madre. El muchacho, satisfecho de su travesura, asoma la cabeza por debajo de la del voraz felino para enterarse del efecto producido por su arriesgada mistificacion; al paso que la madre, conocedora sin duda de los preliminares, ni manifiesta sorpresa, ni espanto, ni enojo siquiera.

Esta sencilla, pero no ménos ingeniosa composicion, se halla realzada por un dibujo irreprochable, una agrupacion elegante y nada rebuscada, una entonacion simpática y una riqueza de accesorios que armonizan perfectamente con el asunto y completan el cuadro, sin empero aglomerar detalles inútiles y de mal gusto.

Esta clase de trabajos producen siempre simpática impresion, y cuando, afortunadamente, se reproducen por el buril de una manera tan acabada como lo ha hecho Weber con el cuadro de Verhas, esa impresion, sin ser la que cause el original, es tanta como puede esperarse de un grabado hecho con talento, habilidad y conciencia artística.

LA VIDA MODERNA, cuadro por Lorenzo Casanova

(Este cuadro lleva el núm. 49 en el catálogo de la exposicion Parés)

Representa este lienzo á una hermosa jóven tendida indolentemente sobre un divan. Miéntras aspira los aromas que exhala un enorme pebetero junto á ella colocado, acaricia á un perro faldero que ha tomado posesion de su regazo, produciendo visible descontento en otros dos canes, que sin duda se creen con derecho á los tratos de la nacion más favorecida, como dicen los estadistas.

Este cuadro es agradable y en la ejecucion de la figura principal el artista se ha impuesto dificultades de dibujo por el gusto de probar que sabe vencerlas. El color está bien aplicado, aunque quizás el vestido tenga sobrado sabor de carne, lo cual produce á primera vista el efecto del desnudo; y el conjunto revela en el autor felices condiciones artísticas.

Es, además, esta composicion una bien concebida alegoría de la sensualidad que caracteriza á nuestra época. Esa jóven, voluptuosamente tendida, saturada de aromas, que en su indolencia, en su pereza mejor dicho, prodiga sus caricias á un animal importuno y feo; esa jóven es, realmente, la vida moderna, consagrada al placer material, aspirando los deletéreos aromas de la adulacion, prodigando sus afectos á los séres más indignos de ellos, y alimentando la inteligencia con la lectura de periódicos en que la literatura está representada por las novelas de Zola y el arte por las caricaturas de Grevin.

NUEVO APARATO AMERICANO para despejar de nieve las vías férreas

En la exposicion de maquinaria y aparatos para ferrocarriles últimamente celebrada en Chicago (Estados Unidos), ha llamado la atencion por su ingeniosa construccion

el aparato para limpiar de nieve la vía, que representamos en conjunto y en detalle en nuestros dos grabados.

Este nuevo sistema, de orígen canadiense, consiste en una gran espiral de eje perpendicular colocada en la parte anterior de un wagon empujado por una ó más locomotoras. En lugar de hender simplemente la nieve y echarla á los lados, como los aparatos ordinarios, éste la levanta por efecto de la rotacion de la espiral, la cual gira sobre su eje con una velocidad de 300 vueltas por minuto, por medio de un par de máquinas horizontales. Este sistema es de reciente aplicacion, habiéndose terminado el primer aparato en abril último, en cuya época se le hizo atravesar con feliz éxito cerca de Orangeville un banco de nieve y hielo de 45 metros de longitud por 1m,80 de espesor.

PUERTA DEL PALACIO DE MOSEN SORELL, en Valencia

Uno de los edificios más característicos de Valencia, el palacio de mosen Sorell, fué pasto de las llamas en el mes de marzo de 1878, desapareciendo con él una de las páginas de la historia arquitectónica de los siglos XIV y XV.

La puerta del citado palacio representada en nuestro grabado data probablemente de fines del siglo XV, notándose en la escasa elegancia de sus columnitas, en el poco gusto de sus adornos y en la desmesurada prolongacion del arco que cobija el escudo, la decadencia de aquel arte ojival que tantas maravillas produjera. En los vanos que quedan entre el arco y las molduras que rodean la puerta, está esculpida la siguiente leyenda, divisa de la noble familia de los Sorell: *Lo que tenemos fallece; el buen obrar no perece.* A pesar de su escaso mérito, la antigüedad y el carácter original de este palacio hacen que los amigos del arte y de la arqueología lamenten muy de veras su desaparicion.

EL CRISTO DEL MILAGRO

I

Si hubieran Vds. preguntado á los vecinos de los pueblos de aquella comarca, habrian oido lo siguiente:

«Nadie sabe cómo vino á este sitio, pero se cree que apareció milagrosamente.»

Sin embargo, personas interesadas, si tal puede decirse, contaban otra historia.

Segun los primeros, aquel Cristo, tan viejo, y recientemente restaurado por órden y á costa del alcalde, prévio un guante entre los devotos, era mucho más primitivo que los primitivos tiempos de España.

—En la época de los abuelos de los abuelos de los romanos—decia el padre cura del lugar inmediato, sin saber lo que se decia,—ya estaba ahí esa imágen.

Y como el maestro de escuela del pueblo se atreviese á objetar humildemente que ántes de la época romana y de la fundacion de Roma no habia venido al mundo Jesucristo, el párroco estuvo tentado de excomulgarle por contaminado con el virus moderno.

Durante las persecuciones de los cristianos por los Emperadores, el Cristo estuvo oculto; uno de los infelices que consiguieron escapar de la muerte, lo trajo de Roma.

Esta era una version, además de la del señor cura mencionado.

Pero la verdad, segun opinion de un testigo ocular, que negaba el milagroso orígen, era que aquella imágen habia sido tallada y regalada á la iglesia del pueblo, por un escultor hijo del lugar y que de regreso de América á mediados del siglo XVII, quiso manifestar su gratitud, por haber realizado una fortuna, á la iglesia donde fuera bautizado.

Vivian los descendientes del escultor, y conservaban parte del capital, á pesar de los desastres sufridos en tiempo de la invasion francesa y de que uno de los descendientes del rico artista, habia derrochado algunos miles de duros viajando, tambien en América, en busca de otra fortuna, como la que reunió su antecesor.

Hablar del Cristo del Milagro en el pueblo, en cuya iglesia estaba guardado, era lo mismo que hablar de todos los vecinos, que le cuidaban y le custodiaban, no solamente por su representacion divina, sí que además por que le consideraban como padre y fundador del pueblo y convecino de todos.

En tiempo de guerra civil ó de cualquiera clase de revueltas, se redoblaba la vigilancia de la iglesia.

Sacar el Cristo en rogativa y romper las nubes á llover agua sobre la comarca, era todo uno.

Sacar el Cristo para que cesaran las lluvias y aparecer el Sol, era lo mismo.

Cuando le sacaron una vez para que el gobierno aliviara de contribuciones al pueblo, recibieron la noticia de que les habian aumentado el cupo.

—En materias políticas no tiene jurisdiccion—observó el alcalde.

—O no la usa—replicó el cura.

—Es lo mismo.

Las muchachas casaderas acudian á pedir al Cristo del Milagro, que practicase uno, presentándolas novio en buenas condiciones matrimoniales.

Los enfermos iban de continuo á pedir alivio, ó se encomendaban al Cristo desde el lecho del dolor, cuando no podian salir á la calle para visitar el templo.

Las viudas lloraban ante la sagrada imágen durante algunos dias: despues ya no la veian sino á la hora de la misa, lo mismo que al cura.

Las madres que habian perdido algun hijo, no faltaban un dia en la iglesia: decian que allí, en derredor del Santo Cristo, veian á sus perdidos angelitos.

¡Cosas de madres!

Ello era que milagrosa ó naturalmente aparecida la imágen, obraba grandes prodigios, al decir de los lugareños, y que en cuestion de enfermedades, por ejemplo, entre el médico de los tres pueblecillos allí próximos y el Cristo, no cabia duda; el que curaba á los enfermos era el Cristo; y el que mataba á los demás, el médico.

Son achaques de la carrera.

¡Cómo le engalanaban en el dia de la fiesta que le dedicaba el vecindario!

(Al Cristo, por supuesto, que no al médico.)

La alcaldesa prestaba sus mejores alhajas para que se las colgasen al Cristo, y aunque en otro tiempo lo hacian así aquellos cariñosos y agradecidos vecinos, en tiempo moderno han suprimido la gala con uniforme que vestian á la imágen.

—Es un escándalo—me decia el maestro de escuela y no sé si por emulacion—lo que he presenciado yo en los primeros años de mi estancia en este pueblo de cafres.

—Me parece—le dije—que los trata V. con mucha franqueza.

—¡Pues no le pusieron al Santo Cristo un zagalejo de la alcaldesa y un pañuelo de Manila y unos pendientes de la boticaria! Hoy no se hace esto; se le rodea de ramos de flores.

Las flores simbolizan mejor la religion y la fe, que los zagalejos, siquiera sean de alcaldesa.

II

La familia heredera del autor de la imágen, se componia de padre y dos hijos, uno de éstos hembra y otro varon.

Era ella más hermosa que «la sonrisa de un ángel,» como decia el maestro de escuela en unos versos que *la sacó* en dia de su santo.

Muestra cariñosa que le valió cinco duros de regalo en metálico que le hizo el padre del ángel.

Contaba escasamente diez y nueve años Rosita, y más de diez y nueve cientos de pretendientes la habian importunado con sus amoríos; pero el tio Cosme era una fiera vestida de corto.

Preguntarle por su hija, en vez de halagar su cariño, era lo mismo que sacudirle un puntapié en el reverso de la figura.

Entiéndase si el pregunton ó interesado en la salud de la chica, era animal macho.

—Bastante te importará á tí, —solia responder á los mozos con quienes tenia franqueza.

En una ocasion cayó enferma Rosita y el médico se vió muy apurado para tomarla el pulso, porque el padre no consentia que la tocara.

—*Velay usté*,—decia—si los médicos no pudieran serlo hasta llegar á ser viejos, no se darian estos casos de inmoralidad. ¿Qué ley ni qué razon pueden obligarme á mí á que tolere que V. manosee á la chica?

Por fin cedió ante el temor de que su Rosa se desgraciase, y cuando logró verla buena y sana, le dijo al médico:

—Mire V., yo conozco que soy algo raro, pero V. no se incomode, porque no tengo malos pensamientos.

—Ya lo sé—replicó el médico.

—Ahí tiene V. dos onzas peluconas por la cura, y en paz.

—Aquí sobra dinero, hombre.....

—Nada, dos onzas y tan amigos; cuando yo se las doy, guárdeselas y abur. No es porque yo crea que V. lo ha hecho todo.

—La naturaleza ayuda.

—¡La naturaleza! ¡la naturaleza! ¡Qué manera de pensar tienen estas gentes de letras! Todo se lo *echan* á la naturaleza y no dejan nada para Dios.

—Hombre, Dios sobre todo.

—Y el Cristo del Milagro. Ese, ese ha sido el verdadero doctor. Vds. entran á ciegas en la habitacion del enfermo; le pulsan, le miran la lengua, le tocan el testuz, y en seguida recetan lo que les parece: si aciertan, bueno, y si no, tambien. Con decir que la enfermedad venia derecha, y extender la cédula de empadronamiento para el cementerio, se acabó.

La teoría del tio Cosme era la que profesa la mayoría del vulgo.

El tio Cosme era un hombre, que nada tenia de tonto. Pero sí de malicioso.

Rosita era una hermosura de primer órden y un ángel por su carácter y sentimientos.

En cambio Ramoncito, el hermano de Rosa, jóven de veintidos años, habia nacido para dar disgustos á su padre.

El primero se lo dió al nacer, puesto que su nacimiento costó la vida á su madre.

Convencido de que somos mortales y de que á lo mejor de la vida, *se viene la muerte tan callando* como decia Jorge Manrique, áun cuando él no habia leido á ningun poeta, rechazaba cuantos oficios y carreras le proponia su padre.

—V. es rico, —decia—¿para qué quiere que yo me sacrifique y sirva á nadie?

—Yo no quiero que sirvas á álguien, pero sí que sirvas para alguna cosa. ¿Te parece justo pasar la vida hecho un vago y sin aprender siquiera dónde tienes tu mano derecha?

—Lo que es eso... diga V. que llegue una ocasion en que pueda probar dónde tengo mi mano derecha, y ya verá V.

El tiempo pasó y el mozo, libre del servicio de las armas, mediante el pago de la cantidad exigida por la ley, permaneció en el pueblo, sin ocuparse siquiera de la labranza en los terrenos de su padre.

III

Qué pasó ni cómo Rosa pudo llegar á enamorarse del médico del lugar, no pudo saberse.

Pero es verdad que estas cosas no las saben más que los interesados y cuando son prudentes y no las comunican, no hay medio de saberlas por más que se adivine ó se presuma.

El principio del amor es siempre lo mismo aunque varíe en causas y accidentes.

Tal vez agradecida Rosita por la curacion de su enfermedad primera, fijó sus ojos en el médico.

Este no se sabe por qué los fijaria; pero es de suponer que porque le gustó la chica.

El resultado fué unos amores que no sospecharon ni el tio Cosme ni Ramon.

Bien decia aquel:—«Inconvenientes de ser jóvenes los médicos.»

Pero como los médicos ni sus novias tienen privilegio para no perder la salud, siquiera sea accidentalmente, y áun para morir son iguales á los profanos, Rosita cayó enferma segunda vez.

Inútil será pintar la diligencia con que D. Ricardo, el médico, acudiria al mal.

La enfermedad tomaba un carácter alarmante.

Aquellos labios de púrpura estaban cárdenos.

Aquellos ojos negros en los que se adivinaba un fondo insondable de pasion y un foco de luz celestial, velados por los párpados, parecia como que se despedian de la vida.

—Si yo consiguiera llevarla á ver nuestro Cristo; ese Santo Señor patrono del pueblo y particularmente de nuestra familia...

Este ligero egoismo del tio Cosme, podia disculparse, aparte de la impiedad manifiesta, porque de ordinario no sabia lo que hablaba, pero mucho ménos en aquellos momentos.

Salió precipitadamente de su casa y se dirigió á la del cura, á pesar de ser su enemigo electoral.

Esta es una clase de enemigos irreconciliables en las localidades pequeñas.

—Vengo á proponer á V. una cosa.

—¿Una transaccion?—preguntó el cura satisfecho.

—No, y sí.

—Sepamos.

—Mi hija está muy malita.

—Ya lo sé. ¿Necesita V. mi auxilio? Voy corriendo; no quita lo cortés...

—A lo impertinente—interrumpió con ira el pobre padre al oir semejante suposicion.

—¿Eh?

—Lo que yo quiero es que me autorice V. para llevar el Santo Cristo á mi casa.

El cura le miró con asombro.

—Doy mil reales para el culto.

—Ni aunque diera V. un millon: lo que me propone es una profanacion completa.

—No lo sé, pero....

—Yo no lo consentiré jamás.

—En secreto, sin que nadie se entere....

—He dicho que no, y basta.

Los esfuerzos del tio Cosme fueron inútiles.

El cura no accedió á la pretension del padre de Rosa, que salió gritando:

—Pues bien, si mi hija se muere....

—¿Qué?

—Yo sé lo que he de hacer.

Para un padre no hay obstáculos ante el peligro de sus hijos.

El plan fué tan rápidamente concebido como ejecutado.

Llegó la noche.

El tio Cosme, no queriendo fiar de nadie la ejecucion de su proyecto, se dirigió solo en direccion á la iglesia.

Se detuvo é inspeccionó con una mirada los alrededores.

Luégo dió dos golpecitos en la puerta, y esta se abrió.

—¡Silencio!—dijo una voz de mujer—si nos oyeran ¿qué seria de nosotros?

Era la mujer del sacristan, más dulce y maleable que el cura.

Ella se encargó de cobrar los mil reales no precisamente para el culto, pero sí para ella, que tan relacionada estaba con las cosas de él.

El tio Cosme entró y la puerta se cerró tras sí.

En aquel momento llegó hasta la puerta de la iglesia un hombre envuelto en una capa.

—¡Esto es inconcebible! son ladrones! ladrones... y.... Ahora veremos si sé dónde tengo la mano derecha, ya que lo duda mi padre.

Los minutos trascurrieron y la puerta de la iglesia volvió á abrirse, oscura por dentro como la boca de un monstruo.

Un bulto salió.

El hombre que esperaba se lanzó sobre él cuchillo en mano, y descargó un golpe.

—¡Detente!—gritó el que salia.

Pero entre uno y otro hombre cayó... tal vez un tercero.

Afortunadamente el que salia, que era el tio Cosme, como queda dicho, reconoció la voz del otro.



¡QUE VIENE EL LEON! cuadro por Franz Verhas



LA VIDA MODERNA, cuadro por Lorenzo Casanova (Este cuadro lleva el número 49 en el catálogo de la Exposicion Parés)

—Ramon, hijo,—murmuró—soy yo, cállate y ayúdame á levantarle. ¡Ah! ¡qué profanacion! ¡qué sacrilegio!... Pero tú me perdonarás, ¿no es verdad, Señor? siquiera en gracia del cariño paternal que me impulsaba. Si ella muere ¿qué será de mí?

Ramon, que durante algunos segundos habia permanecido inmóvil, dominado por el espanto, creyendo mal herido á su padre, se aproximó, al fin, con vacilante paso.

—¡Perdon, padre mio!—balbuceó.

—No, no, hijo, no hay de qué perdonarte; tú has cumplido como bueno, pero.... vamos, no perdamos tiempo.

—¿Qué significa?....

Ramon, tu hermana se muere, si no la salva esta Santa imágen; la he pedido al cura, le he suplicado con lágrimas en los ojos que me concediese este beneficio. y nada he conseguido. Afortunadamente la sacristana es ménos escrupulosa. Vamos, ayúdame, hijo.

Entre ambos levantaron cuidadosamente la Santa imágen, que no habia sufrido desperfecto en la caida.

Pero el puñal de Ramon se veia clavado en el pecho del Santo Cristo.

—¡Dios mio!

—¡Horror!

Gritaron casi á un tiempo el padre y el hijo al hallar el acero clavado en la imágen.

¡Rosa! ¡Rosa mia!—murmuró el tio Cosme dominado por una exaltacion repentina—mi hija se muere: Dios castigará en mí el sacrílego crímen de mi hijo.

. . . .

IV

Pero Dios tuvo piedad de Rosa que recobró la salud, merced á la visita de la divina imágen y á los esfuerzos de la ciencia.

¡Pobre doctor!

¡Cuánto estudió, cuánto sufrió y cuánto creció su amor por la enferma!

Pero no daba con una ingrata el médico; que Rosita, que entregaba voluntariamente su salud y su vida en manos del jóven, tambien le entregaba su corazon.

Cuando pasaron los dias de peligro inminente, cuando despejada y tranquila pudo la enamorada doncella darse cuenta del mal pasado, el doctor respiró.

—¡Cuánto te debo!—decia la hermosa niña, cuando estaba sola con el doctor y una buena mujer criada del tio Cosme y tan antigua como su amo en la casa.

—¡Cuánto le debo á V.!—repetia cuando se hallaba presente su padre.

—¡A él! ¡á él! ¿Y al Santo Cristo, nada?

—¡Padre!

—A él le debes la vida y yo tambien: él me libró de morir de una puñalada la noche que le traje á esta casa. Milagro, milagro patente! sabe que le amo, que uno de mis antepasados le dió forma y....

—¡Padre!....

—Ya sé que estoy diciendo herejías y disparates, pero el contento de verte buena me trastorna.

Nadie se enteró en el pueblo de la visita del Cristo á la casa del tio Cosme.

Este ántes del amanecer lo volvió á conducir al templo.

Solamente se observó, que la santa imágen tenia en el costado izquierdo una señal que parecia la cicatriz de una herida.

De ella, no se supo cómo, empezó á manar sangre, y este milagro se repetia cada año en el dia de la fiesta dedicada al Cristo del Milagro.

V

Rosita y el médico declararon cierto dia al tio Cosme sus atrevidos pensamientos.

No creian ambos que tan á gusto accediera el buen hombre á sus pretensiones matrimoniales.

Pero el tio Cosme respondió:

—Es buen mozo, te quiere mucho, y ha trabajado el *pobretico* lo mismo que un negro por salvarte la vida. Si no lo ha conseguido hasta que yo traje el Santo Cristo, eso es otra cosa. ¿Pero qué tiene que ver el pobre con un médico como Nuestro Señor? La intencion ha sido buena. Más me gusta para marido que para médico. Ahí verás lo que yo decia: «Esos son los inconvenientes de los médicos jóvenes.»

Y los chicos se casaron.

En cuanto á Ramon....

Al año justo de haber sorprendido á su padre al salir de la iglesia con el Cristo, su cadáver, con un puñal clavado en el costado izquierdo, fué hallado en un barbecho próximo al pueblo.

E. DE LUSTONÓ

JUAN DEL PUEBLO

¿Quién es Juan del Pueblo? ¿Dónde ha nacido? ¿Qué erudito le ha tratado? ¿Dónde están sus obras? ¿Cuál es su tumba y cuáles las efemérides que dejó en las crónicas y en los calendarios?

Nadie lo sabe: genio desconocido, especie de sombra fugitiva que pasa sin detenerse ante vuestros ojos, que eternamente huye y aparece, apénas si pudo sorprenderle alguna vez la mirada escrutadora del pensador ó del fisiólogo; apénas si logró estrechar su callosa mano el artista ó el poeta.

Y sin embargo, él es el que os cosecha los sazonados frutos del estío y de la primavera; él es el que entrega á la inteligencia un mundo de materiales; él es quien busca el metal y las piedras preciosas para satisfacer las vanidades de la sociedad voltaria y ostentosa; él, quien abate el cedro, hace llano de la montaña, mueve la máquina, despliega el lino sobre las olas, arroja el pez y el ave sobre la mesa del potentado, borda el paisaje de pictóricos grupos y recoge las salvajes armonías de la naturaleza.

Yo he visto á Juan del Pueblo cruzar por los vericuetos y las sinuosidades del monte con la piqueta al hombro, la chaqueta al brazo, la frente sudorosa y los ojos entornados melancólicamente: yo le he visto en traje de fiesta, en el ancho corro de la aldea, saltando y brincando como un chicuelo revoltoso; encendidas las mejillas, radiantes los ojos, entreabiertos los labios, teniendo enfrente á su compañera de amores y fatigas y satisfaciendo sus ambiciones con un clavel ó un ramo de jazmines: yo le he visto tambien, con la melena erizada como el leon del desierto, los ojos fuera de las órbitas, la antorcha incendiaria en la mano y ávido de devorar á la sociedad ó de ser devorado por ella. En todos estos estados le he reconocido por sus lineamientos propios, por sus notas características, por sus eternas genialidades. Juan del Pueblo, fué siempre el mismo, cuando se llamó ciudadano y cuando se llamó siervo; cuando siguió á Leónidas y cuando siguió á Espartaco.

Anfora llena de esencia de tomillo ó de campesinas mieles; instrumento melodioso ó ronco, segun el grado de habilidad de la mano que supo herirlo; volcan del que se desprendieron ora columnas de inofensivo humo, ora torrentes de lava capaces de convertir en yermos los lugares más deliciosos, Juan del Pueblo fué, es y será siempre la contradiccion viviente, el enigma de la Esfinge, la síntesis más acabada de la personalidad humana en su primitiva rudeza.

Yo he visto á Juan del Pueblo herir sin compasion á su hermano, y llorar amargamente al pié de una cuna vacía; yo le he visto arrojarse á la hoguera, y morir en el patíbulo, siendo á la vez malhechor y mártir: he escuchado en sus labios la maldicion y la plegaria, el himno patriótico y el *Dies iræ;* le he contemplado en el altar y en la barricada.

Juan del Pueblo no escribe; canta y llora, ruge ó suspira tiernamente, aprende como un rápsoda la estrofa de Tirteo ó improvisa sus coplas tiernísimas y originales. El punteado de la guitarra, el sonido del tamboril, la quejas de la gaita, hé aquí sus músicas predilectas. Las bandas militares le aturden, las orquestas teatrales le molestan; si de grandes ruidos se trata, prefiere el del cañon y el de las terribles catástrofes sociales: Juan del Pueblo comprenderá, acaso, la música del porvenir; las orquestas que tienen por maestros el trueno, el huracan y el océano.

Estudiar á Juan del Pueblo cuando se entrega á esas terribles aficiones, no suele prestar gran deleite al espíritu; prefiero por tanto contemplarlo en sus horas de calma.

El mar, al rayo de la luna y cuando lo riza el viento apacible de la noche, es mucho más bello que en las borrascas, aunque otra cosa crean los que sólo han visto las tempestades desde la orilla; y el mar tiene mucho del genio de Juan del Pueblo.

Decia que Juan del Pueblo canta y no escribe; ¡cuán tiernos y deliciosos son sus cantares!

Bajo el cielo azul de mi Andalucía, en sus campiñas bordadas de espigas y de flores, Juan del Pueblo se me ha mostrado alguna vez, encarnado en una personalidad determinada.

Hace poco ha muerto entre nosotros un pobre poeta desconocido á quien yo hubiera dado el nombre con que encabezo estas líneas.

Balmaseda – así le apellidaban — habia nacido en Ecija, patria del dramaturgo Velez de Guevara y del legista Pacheco; no sabia leer ni escribir y trabajaba de fogonero en la línea férrea de Madrid, Zaragoza y Alicante.

Los que le conocieron aseguran que una melancolía extraña constituia el fondo de su carácter; que tenia distracciones de iluminado y que cuando oia un cantar, se lo aprendia de memoria sin el menor esfuerzo.

Un dia sorprendió á sus compañeros con una peregrina novedad: habia *sacado* – compuesto — varios cantares. ¿Qué proceso extraño; qué trasformacion maravillosa se habia operado en el alma de aquel rudo hijo del trabajo? Nadie pudo imaginarlo: el hecho es que Balmaseda componia versos que cantaba él mismo, y que deleitaban á los que los escuchaban; el hecho es que Balmaseda se ha bia convertido en poeta.

Los estudios de literatura popular comenzaban á ocupar el magin de nuestros literatos y la nueva de que existia *un pobre que vertia perlas* sin conocer el a, b, c, corrió entre los folk-loristas sevillanos, que sintieron curiosidad extrema. Conocieron á Balmaseda, le halagaron con generosos aplausos, y el bardo del pueblo sintió robustecerse su estro rimando sus contentos y sus aflicciones. La oruga se proveia de alas para abrasarse en los fuegos del sol: Balmaseda hacia publicar su librito de cantares y espiraba al poco tiempo.

Habia cumplido su providencial mision; la oscuridad y el sepulcro le llamaban y él seguia obediente estas solicitaciones.

Como el cisne cantaba y moria satisfecho:

Un *dolorsito* continuo
tengo en el *lao* derecho,
¡son *gorpes* del corazon
que me están partiendo el pecho!

El pecho me están partiendo
yo no lo puedo *aguantá;*
¡son muchos los asesinos
y grandes *gorpes* me dan!

Mi amigo el poeta Luis Montoto, decia á la publicacion del libro de Balmaseda, dirigiéndose al Sr. Machado, fundador del Folk lore en Andalucía:

«Me dice una persona respetable, que el autor del *Primer Cancionero de Coplas flamencas* (1) ha muerto de hambre. Yo no sé si sus compañeros en el trabajo dirán su oracion fúnebre encomiando la fuerza muscular de sus brazos y su mayor ó menor destreza en limpiar los coches de la línea férrea—que este era su oficio;—tengo, sí, el convencimiento de que tú exclamarás, al pasar por la vista estas letras escritas al correr de la pluma: «¡Pobre Balmaseda! ¡Pobre poeta!»

Y en efecto, estas fueron las exclamaciones de todos aquellos que supimos la historia, por demás vulgar, del pobre trabajador que, víctima de los rigores de la suerte, habia partido de este valle de lágrimas, dejando á su hija y á su esposa á la clemencia del cielo. ¡Pobre Balmaseda, sí, eso dijimos los que asistimos con la imaginacion á los funerales del desdichado Juan del Pueblo!

Hijo del trabajo, habia llevado á la fosa comun el sello del genio que se ostentaba sobre su frente quemada por el sol y por la hulla. Se murió y lo enterraron. Hé aquí todo: ¿no es eso?

Acaso si no citara yo alguno de los cantares que contiene el libro de Balmaseda, habria quien creyera producto de una atildada sensiblería las líneas que llevo estampadas: veamos por tanto, cómo tomaron forma en aquel cerebro inculto, las bellas concepciones de la musa andaluza.

Mi citado amigo hace notar, con sobrada razon, la preciosa analogía que hay entre la copla que sirvió á Becquer para escribir su *Venta de los Gatos* y una seguidilla del malogrado Balmaseda.

Hé aquí la que utilizó Gustavo Adolfo:

En el carro de los muertos
la pasaron por aquí,
llevaba una mano fuera
¡por eso la conocí!

Dice así lo que Balmaseda ha hecho:

Hasta el *carrerito*
pasaba llorando;
y la conocí por el pañolito
que la iba tapando.

La ví *enterraita*
con la mano fuera;
¡como era tan *esgraciaita*
le *fartó* la tierra!

Becquer, escritor culto, *poeta fino*, como diria uno de nuestros flamencos, no se atrevió á completar la coplilla que le inspiró una de sus más bellas leyendas; Balmaseda, es decir, Juan del Pueblo, identificado consigo propio, fué más atrevido y vió todos los detalles del cantar.

En la segunda seguidilla hay un toque dantesco, capaz de hacer llorar á un conductor de cadáveres: «*Cuando la enterraban fultóle la tierra.*» A la compañera de Juan del Pueblo le falta frecuentemente.

¡*El hijo del hombre*, segun rezan las Escrituras, tampoco hallaba una piedra donde reclinar su cabeza!

Oigamos á Balmaseda:

Aquel que tenga *un sentir*
que no se ponga á pensar,
que si piensa en achicarlo
él mismo lo agrandará!

Espinita grande era
la que le saqué al leon:
siendo fiera me lamia,
¡mira si lo agradeció!

¡Dices que me quieres mucho!
yo me quisiera morir
y despues de muerto verte
sin que me vieras á mí.

Estando en la *soleá*
al silencio le hablé yo,
para contarle mis penas,
¡y el silencio no me oyó!

Juan del Pueblo ó Balmaseda, como ustedes quieran, ve las relaciones más lejanas y halla la forma poética sin conocer las flores de talco y trapo de la retórica. Penas á las que ni el silencio atiende, son penas de una intensidad infinita.

Límpiate los ojos
que llorar no vale,
que la manchita que á tí te ha *caio*
se lava con sangre.

Anoche durmiendo ví
un Cristo en mi cabecera,
enclavaito en la cruz
con dos velitas de cera.

En estas coplas hay tal amargura y tal melancolía que con dificultad se encontrará nada que le sobrepuje en Heine y en Becquer; la primera parece un reproche de Otelo, la segunda es más bella y más gráfica que aquella rima del poeta aleman que comienza así:

A la orilla del Rhin, del sacro rio
la santa y gran Colonia se levanta, etc.

(1) Sevilla 1882

El coplero andaluz, con una ojeada inconsciente que hubiera envidiado el mismo Hartman, sorprendia los efectos externos de la pasion y los reducia á vivas imágenes. Hé aquí la prueba:

> Como la bayeta negra
> tengo yo mi corazon,
> como la verde mis ojos,
> como la amarilla yo.
> . . . .

Pero hablando de Balmaseda se ha olvidado de Juan del Pueblo—dirá algun lector que haya visto otras muchas relaciones olvidadas por mí hasta este punto. No tendria razon, Balmaseda no es más que un nombre, un eco, una metamorfósis de nuestro Juan, áun cuando vivan su hija y su esposa y ardan las velitas de cera del Cristo que vió á la cabecera de su lecho. Es, como si dijéramos, *un detalle* que el lector frívolo puede dejar á un lado, un tipo que tomé de la realidad como hubiera podido tomarlo de los fantasmas de mi cerebro.

Juan del Pueblo, poeta, es así, y si bien pudiera presentarlo á mis lectores palpitando en otras encarnaciones, no es este por ahora mi propósito.

Un moderno colector de cantares, mi querido amigo Rodriguez Marin, ha presentado á mi gigantesco protagonista escribiendo su propia historia en una serie de preciosas coplillas: el buen Juan del Pueblo es historiador y poeta lírico al propio tiempo. Poco trabajo nos costaria mostrarle como protagonista de una interminable epopeya.

Balmaseda ha muerto, pero sus rimas, tomando vuelo, como una bandada de aves canoras, por el Mediodía de España, irán á engrosar el tesoro de nuestro cantos populares.

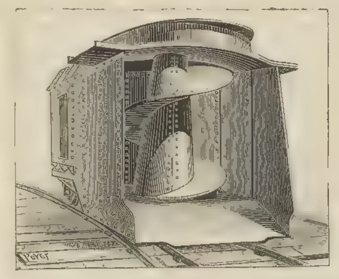
Quizá alguna noche serena y estrellada, como aquellas en que presenciaba Heine el baile de los muertos, llegando á su ignorada hoya con la brisa que agita las flores del cementerio, pugnarán por levantar á su autor de la sepultura.

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla 1883.



NUEVO APARATO AMERICANO PARA DESPEJAR DE NIEVE LAS VÍAS FÉRREAS



DETALLE DE LA ESPIRAL VERTICAL DEL ANTERIOR APARATO

Sr. Director de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA (1)

Bilbao 13 de enero de 1884

Muy Sr. mio y amigo: escribo á V. confiado en que ha de permitir que uno de los colaboradores de LA ILUSTRACION y cronista de Vizcaya, supla la deficiencia de la explicacion que se da en el número 105 de su excelente periódico al grabado que con la designacion de *La jura de los fueros*, se publicó en la última página del mismo número.

Hacia el año 880 de la Era Cristiana era Vizcaya estado independiente y autonómico que se gobernaba por leyes consuetudinarias, populares y patriarcales y en caso de guerra elegia sus caudillos por la voluntad de todos sus *erriac* ó municipios congregados so el árbol de Guernica al són de las cinco bocinas que se tañian en los cinco montes más altos.

Uno de los caudillos ó protectores de Vizcaya, llamado Cenon, habia pasado á la corte de Asturias á tratar asuntos del procomun y habia sido allí encarcelado. Entónces Vizcaya invadió las comarcas orientales de la monarquía asturo-leonesa y ejerció represalias. Los asturianos ó leoneses desembarcaron en Báquio, costa de Vizcaya, y allí fueron derrotados y obligados á reembarcarse por los vizcaínos acaudillados por un caballero de Bustúria llamado Fortun Fruiz.

Pasados algunos años, un ejército leonés acaudillado por un príncipe llamado, segun unos, Ordoño, y segun otros, Odoario, invadió á Vizcaya por la cordillera pirenaico-cantábrica. Saliéronle al encuentro los vizcaínos acaudillados por Lope Fortun, hijo de Fortun Fruiz y más conocido por Jaun-zuria ó el *señor blanco* porque lo era de cuerpo, y Sancho Estiguez, señor del Duranguesado, y en el valle de Padura, dos leguas al sur de donde andando el tiempo se fundó la villa de Bilbao, fueron derrotados los invasores y perseguidos los restos de su ejército hasta el árbol Malastu que señalaba en Luyardo los límites de Vizcaya, dejando muerto en Padura á su caudillo, á quien más adelante se erigió un suntuoso sepulcro que aún subsiste en el pórtico de la iglesia de Arrigorriaga, cuyo nombre, que significa «lugar de piedras enrojecidas,» tomó el valle de Padura en memoria de la sangre que habia enrojecido su suelo.

Sancho Estiguez, que habia sido herido de muerte en la batalla, fué conducido á Tabira de Durango donde murió poco despues y en cuya iglesia de San Pedro perseveran dos momias que la tradicion asegura ser la suya y la de su mujer doña Tida, y en cuanto á Lope Fortun ó Jaun zuria, fué aclamado por los *erriac*, congregados so el árbol de Guernica, señor hereditario y condicional de Vizcaya, cuyas libertades juró allí y juraron sus sucesores consanguíneos hasta que uno de ellos, en 1371, heredó la corona de Castilla con el nombre de D. Juan I.

El cuadro del jóven pintor vizcaíno D. Anselmo de Gumea, premiado con medalla de oro en la exposicion celebrada en Vizcaya en 1882 y reproducido en LA ILUSTRACION ARTISTICA, representa la Jura de los fueros de Vizcaya por Jaun-zuria so el árbol de Guernica.

ANTONIO DE TRUEBA

(1) Defiriendo con el mayor gusto á los deseos expresados por nuestro distinguido colaborador el Sr. D. Antonio de Trueba, insertamos la carta que este ilustrado escritor nos ha dirigido con el objeto de ampliar la descripcion que, en términos generales y con la sobriedad que nos impone el reducido espacio que queda para texto en nuestra publicacion; hicimos del grabado á que dicha carta se refiere.

(N. de la D.)

SÉPTIMA CONFERENCIA

DE LA ASOCIACION GEODESICA INTERNACIONAL EN ROMA

II

La Memoria presentada en Roma á la Asociacion GEODÉSICA INTERNACIONAL por los Sres. General IBAÑEZ DE IBERO, Presidente, y Secretarios HIRSCH y OPPOLZER, sobre la unificacion de las longitudes y la cuenta universal del tiempo, constaba de tres partes principales:

1.ª Utilidad de la unificacion.
2.ª Eleccion del meridiano inicial.
3.ª Unificacion de las horas.

Conviene, pues, darlas á conocer con separacion; y, ya que la naturaleza especial de esta Revista no consiente la insercion íntegra de trabajo de tanta magnitud y de tanta importancia científica, expondremos sucintamente la esencia de su luminosa argumentacion.

I

UTILIDAD DE LA UNIFICACION DE LOS MERIDIANOS.

1.° Es, no sólo conveniente, sino absolutamente necesaria, la eleccion de un solo meridiano universal, en esta época de instituciones internacionales que, reconociendo la individualidad de las naciones, organiza legalmente la Humanidad civilizada, creando las uniones postales y telegráficas, unificando los pesos y medidas, protegiendo á través de las fronteras nacionales la propiedad intelectual, artística é industrial, haciendo respetar los derechos del hombre aun en los campos de batalla, por medio de la Asociacion de la Cruz Roja, etc, etc.

2.° La unificacion de las longitudes producirá incalculables ventajas á *todas las ciencias geográficas*, ahorrando la considerable y enojosa pérdida de tiempo que cada dia exige á los geógrafos la continua transformacion de unas longitudes en otras, cuando las cartas se ajustan á diferentes meridianos.

3.° *La Geodesia*, aunque regularmente no mida más que diferencias de longitudes, no puede prescindir de las coordinadas absolutas en sus estudios trascendentales de teoría y de física del globo: la Geodesia está, pues, altamente interesada tambien en la unificacion de las longitudes.

4.° *La Astronomía* lo está igualmente, para evitar las reducciones, al coordinar las observaciones hechas en los diferentes observatorios y comparar las efemérides, por necesidad calculadas para un cierto meridiano.

5.° *La Meteorología*, así como muchas otras ramas de la física del globo (magnetismo terrestre...), necesita resumir las observaciones para las mismos instantes físicos y levantar con ellos cartas sinópticas.

6.° Toda la *ciencia humana*, en fin, no concentrada hoy, como en otros tiempos, en dos ó tres centros privilegiados, sino distribuida por todas las naciones civilizadas, tiene necesidad real y urgente de la unificacion de las longitudes.

7.° Si desde el punto de vista científico se impone la unificacion, las ventajas son incalculables en el terreno de la utilidad práctica;

Para los marinos que, cuando sus cartas y sus almanaques están ajustados á meridianos distintos, tienen que hacer diariamente y áun en medio de las tempestades, cálculos enojosos, cuyos errores pudieran resultar en pérdidas de buques, de ricos cargamentos, y de preciosas vidas;

Para los oficiales de Estado Mayor;

Para los cartógrafos, los topógrafos y los hidrógratos;

Y, sobre todo, la utilidad práctica será de resultados inmensos en la enseñanza geográfica, no sólo en las escuelas primarias y secundarias, sino, con mayor especialidad, en las escuelas superiores especiales, politécnicas y de navegacion.

Si importa muchos millones de pesetas la economía de tiempo que produce anualmente la unificacion del sistema decimal de pesos y medidas en las naciones que de él se sirven, ¿á cuánto no ascenderá la economía que la unificacion de las longitudes producirá á los sabios, á los geógrafos, á los navegantes, á los maestros y á los discípulos?

II

ELECCION DEL MERIDIANO INICIAL

1.° La tierra es un esferoide de revolucion; y, por consiguiente, no existe NINGUN PRIMER MERIDIANO NATURAL.

Hoy no puede aceptarse la hipótesis de los geodestas que, discutiendo mal algunas mediciones de arcos terrestres, consideraron á nuestro planeta como un elipsoide de tres ejes; y, por tanto, no puede considerarse como meridiano IMPUESTO POR LA NATURALEZA al círculo que pasase por el eje mayor ó el eje menor de ese supuesto elipsoide.

Tampoco puede servir de meridiano NATURAL aquel en que la declinacion de la aguja magnética sea hoy cero puesto que es un hecho científico indubitable que la declinacion magnética varía continuamente.

Referir el primer meridiano universal á cualquier otro gran fenómeno NATURAL, ya astronómico, ya geodésico, cuya definicion dependiera de observaciones minuciosas y de cálculos complicados (modificables siempre con los progresos incesantes de la ciencia), seria incurrir de nuevo y voluntariamente, en un error análogo al que cometieron el siglo pasado los sabios que creyeron haber hecho una gran cosa deduciendo la longitud del metro de las dimensiones del Globo terrestre, que pensaban haber determinado de una vez y para siempre con entera precision

2.° No habiendo, pues, ningun meridiano IMPUESTO por la naturaleza, la eleccion del que haya de servir universalmente para la cuenta de las longitudes y del tiempo cosmopolita, tiene, por necesidad, que ser arbitraria; y depender, por tanto, de razones de pura conveniencia científica, y de razonable facilidad práctica.

3.° Sólo hay que exigir, en el estado actual de la ciencia, que el meridiano inicial esté suficientemente definido

tenga garantías de estabilidad y se halle situado de tal modo que ofrezca grandes facilidades para determinar diferencias de longitud, ya por líneas y cables telegráficos, ya por transportes de cronómetros.

Necesitándose, pues, para la navegacion moderna una exactitud de medio minuto de arco, ó sea de dos segundos de tiempo, correspondientes en el Ecuador á la longitud de UN KILÓMETRO; y exigiendo las ciencias geodésicas y astronómicas una exactitud (que ya alcanzan) de algunos centésimos de segundo, equivalentes á una DECENA de metros; resulta que el meridiano inicial del mundo debe estar determinado por un observatorio astronómico de primer órden, situado en region que no sea de naturaleza volcánica, ni sujeta de un modo exagerado á los movimientos seculares del suelo, por lo cual este observatorio ha de hallarse ligado á otros de igual importancia, por triangulaciones de la mayor exactitud.

4.° Estas exigencias científicas bastan para excluir, sin discusion, gran número de meridianos, como el de Hierro, el de Tenerife, el de Behring y demás meridianos oceánicos; por más que hayan sido apadrinados por hombres eminentes.

5.° No es serio pensar en la ereccion de observatorios especiales en el Estrecho de Behring ó en el Pico de Tenerife, ó en la Isla de Hierro, y ligarlos por cables telegráficos á los Continentes; con el SOLO objeto de adormecer celos nacionales, y crear un primer meridiano universal que no sea ni español, ni francés, ni inglés, ni aleman, ni americano, etcétera.

6.° Debe, pues, ser elegido como inicial el meridiano de uno de los cuatro grandes observatorios en que se publican los más importantes almanaques naúticos y efemérides astronómicas: Greenwich, Paris, Berlin ó Washington.



PUERTA DEL PALACIO DE MOSEN SORELL, en Valencia

2.° La adopcion de un tiempo universal, no supone que las poblaciones abandonen sus hábitos de trabajar durante las horas de luz solar, ni que dejen de destinar al necesario descanso las de la ausencia de luz.

Coexistirán, pues, las horas locales (ó las regionales, donde convengan) con el tiempo cosmopolita ó universal.

El empleo de ambas horas se generalizará más fácilmente por el uso de relojes duales, ó de dos muestras, una destinada al tiempo local, y otra al cosmopolita.

3.° El inicio del dia y de las horas cosmopolitas indica el de la transicion de las fechas;

Y debe hacerse del modo que ofrezca ménos complicacion, y mejor concilie la enojosa diferencia hoy existente entre el *dia-civil* que comienza á media noche, y el *dia astronómico* que comienza al siguiente medio dia.

4.° Los navegantes y los astrónomos no pueden, por muchas causas, abandonar el dia astronómico; y, no siendo de esperar que, sin imponer á las poblaciones sedentarias un cambio muy violento, se empezase el dia del calendario usual á medio dia, debe sólo hacerse coincidir el dia astronómico con el dia internacional ó cosmopolita.

5.° Esta coincidencia se conseguirá facilísimamente, arreglando la hora universal por el meridiano distante 180 grados del de Greenwich.

El dia cosmopolita, pues, empezará al momento preciso de media noche en el meridiano situado á 180 grados de Greenwich, ó sea en el momento del MEDIO-DIA MEDIO de Greenwich.

6.° De este modo, el tiempo universal y el astronómico serán el mismo, sin cambio ninguno en las efemérides astronómicas ni náuticas; y permaneciendo, en el extremo Oriente, conforme á la evolucion histórica, el orígen del cambio de las fechas.

7.° Reducida la eleccion á uno de estos cuatro meridianos, y siendo indiferente cualquiera de ellos, debe escogerse aquel cuya eleccion ocasione el mínimo de trabajo en los cambios que la reforma haya de originar.

8.° En este concepto, la eleccion del meridiano de Greenwich no puede ser dudosa. La marina de Inglaterra (40,000 buques y 370,000 tripulantes), así como las mercantes de los Estados Unidos de la América del Norte, de Alemania, de Austria, de Italia y de otros países; es decir, el 90 °/₀ de los navegantes calculan ya sus longitudes por el meridiano de Greenwich.

Los *Nautical Almanachs* más extendidos, y las efemérides más usadas en los observatorios, son los calculados para el meridiano de Greenwich; por más que no les sean inferiores «La Connaissance des Temps,» ajustada al de Paris, ni el «Berliner Jahrbuch» calculado por el de Berlin.

Las cartas topográficas y, sobre todo, las hidrográficas dibujadas segun el meridiano de Greenwich, abarcan una superficie terrestre mayor que todas las demás cartas juntas ajustadas á otros meridianos.

III

UNIFICACION DE LAS HORAS

1.° Resuelta la cuestion de meridiano, lo está la de la hora universal ó cosmopolita; porque, desde el momento en que todas las efemérides y *almanachs* sean calculados por un solo y mismo meridiano, el tiempo de este meridiano será el empleado por la Astronomía, la Geodesia, la Meteorología, la Física del Globo, la Navegacion... y á él, por grandes conveniencias prácticas, habrán de acomodarse las extensas líneas de comunicacion por mar y tierra, los correos y las administraciones telegráficas.

Este arreglo tendrá el inconveniente, para parte de Europa, de que las horas de la mañana serán de un dia cosmopolita anterior al dia civil; pero en América coincidirán con la fecha universal todas las horas de trabajo en cada dia; ventaja que, para los Estados Unidos y el Canadá, será una recompensa muy merecida, por haber, desde luégo, aceptado graciosamente el meridiano inicial, en Europa situado.

IV

Hé aquí á grandes rasgos, y desprovisto de las bellezas de estilo y de la claridad de los ejemplos, el luminoso dictámen del General IBAÑEZ DE IBERO y de los Secretarios Sres. HIRSCH y OPPOLZER.

Las resoluciones tomadas en su vista por la Asamblea de Roma, y que harán época en la historia, serán objeto del artículo siguiente.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 4 DE FEBRERO DE 1884 — NÚM. 110

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

Nuestros grabados.—La maquina de hacer hombres, por don J. Ortega Munilla.—Lazaro, por don Luis Mariano de Larra.—La leyenda de Begoña, por don Antonio de Trueba.—Séptima conferencia de la Asociacion geodésica internacional en Roma (III y último), por don E. Benot.

Grabados.—Paisaje de invierno, cuadro por A. Schweitzer.—El regimiento de granaderos wurtemburgueses en el parque de Coeuilly (Guerra franco-prusiana, 30 de noviembre de 1870).—La pasion del combate, cuadro por Laslett J. Pott.—El arte moderno y el del Renacimiento, estatuas por Rodolfo Weyr. Un toque atrevido, cuadro por Meyer de Bremen.

NUESTROS GRABADOS

PAISAJE DE INVIERNO, cuadro por A. Schweitzer

El grabado de este título es copia de un cuadro de Adolfo Schweitzer, pintor jóven todavía, pero uno de los primeros paisajistas de Dusseldorf, de esa ciudad venero

PAISAJE DE INVIERNO, cuadro por A. Schweitzer

de artistas. Aun cuando el buril no puede reproducir el colorido del lienzo original, da sí á conocer la mayor ó menor fidelidad con que el pincel imita las bellezas de la naturaleza, produciendo en la imaginacion del que contempla el grabado gran parte del efecto que se propuso el artista. Acerca de este punto basta examinar la lámina para convencerse de que el pintor no sólo ha copiado, sino que ha fotografiado con el pincel, si se nos permite expresarnos así, el paisaje que se propuso trasladar al lienzo; su obra no adolece de esa superabundancia de detalles á que recurren muchas medianías; y el feliz contraste de los tonos así como la eleccion del punto de vista, revelan sobradamente sus conocimientos y experiencia en la pintura de paisaje.

EL REGIMIENTO DE GRANADEROS wurtembergueses en el parque de Coeuilly

A los diez y nueve siglos de civilizacion cristiana, aún se llama gloria al laurel ó á la palma que se conquista en el campo de batalla.

Si esto es así (y desgraciadamente lo es), ¿de qué distinta manera pensaban los bárbaros de Atila, ni qué otra cosa piensan los fanáticos del Mahdi, á quienes no les ha alcanzado pizca de Evangelio?

Ello es que hay guerras, y que los episodios de esas guerras sirven de asunto á grandes lienzos; porque de esta suerte, es un decir, se perpetúan las grandes tradiciones, y los hijos se inspiran en las hazañas de los padres. ¡Bonito anda el mundo con semejantes teorías!... Nosotros nos permitimos creer que San Vicente de Paul vale diez Napoleones, áun ahora que cada napoleon vale más de cinco pesetas.

Vamos á nuestro cuadro.

Los prusianos, ó mejor dicho, la Alemania aliada, sitiaba á Paris. Los franceses organizaron una resistencia poderosa; pero, como ya tenia dicho Vauban, plaza sitiada es plaza tomada. La capital de Francia estaba condenada desde la inexplicable rendicion de Metz. Para conjurar su fatal destino, los parisienses intentaron vanamente romper el círculo de hierro que les aprisionaba. Una de estas salidas, la que representa nuestro grabado, fué capitaneada por el general Ducrot, gobernador de Paris, atacando principalmente el parque de Coeuilly, que era en realidad el punto más débil del sitio. El ataque, á pesar de todo, fué rechazado, quedando el campo por los granaderos de la «Reina Olga,» que sentaron su fama de bravos á expensas de su sangre.

LA PASION DEL COMBATE, cuadro por Laslett J. Pott

Hay gustos que merecen palos y entre ellos no debiera eximirse de tan contundente correctivo el gusto de hacer reñir á los animales para recreo de unos cuantos desocupados que se gozan en tan cruel espectáculo. Y sin embargo, ese combate singular, en el cual pierde casi siempre la vida uno de los contendientes, cuando no uno y otro, tiene para muchos, y para los ingleses particularmente, un atractivo indecible.

Mas, como no es cuestion de filosofías lo que debemos tratar en esta seccion de nuestro periódico, nos limitaremos á decir que esa horrible riña ha inspirado el asunto del cuadro que nuestro grabado representa y que, á juicio de los inteligentes, es una obra maestra de ejecucion. Las figuras de los personajes que presencian el combate, sus actitudes naturalísimas y variadas, la expresion de sus semblantes, la misma variedad de la risa que ponen en sus labios las peripecias de la lucha, el interés con que el viejo gotoso anima á uno de los reñidores, todo, conjunto y detalles, revela que el autor es maestro en el género.

EL ARTE MODERNO Y DEL RENACIMIENTO. estatuas por Rodolfo Weyr

Rodolfo Weyr es indudablemente el más fecundo de los escultores vieneses, y uno de los más eminentes por su conocimiento del arte que profesa, así como por su númen creador. Su imaginacion brillante, su aptitud artística y su inventiva inagotable hacen que produzca mucho y con gran facilidad. Las dos figuras que reproducimos adornan los dos lados del arco de una de las grandes ventanas del museo imperial de Viena, y representan, con feliz ejecucion, el arte moderno y el del Renacimiento.

El primero está simbolizado con las obras de Winkelmann, la fuente del Trueno y el Hermes del templo de Diana en Efeso, combinando así con mucho acierto la imitacion de las obras antiguas con la tendencia naturalista moderna.

La segunda figura es una personificacion del arte clásico, de ese arte á que dió nueva vida el espíritu libre de la época del Renacimiento.

UN TOQUE ATREVIDO, cuadro por Meyer

Un artista *tourista* ha improvisado un taller en el patio de una granja, y miéntras se da un punto de reposo con la dueña, los hijos de ésta *tocan* á su manera la obra del pintor. Cuando éste se aperciba del impensado *corrector* que le ha deparado su imprevision, mandará noramala á toda la chiquillería rústica y jurará no tomar siquiera un apunte en país del cual no le conste que todas sus mujeres son infecundas. La gente menuda, en tanto, creerá de buena fe que el huésped se ha vuelto loco, pues lleva á mal un toque aplicado tan concienzudamente, una pincelada neta, vigorosa, valiente, en que ha entrado más verde que en todo el bosque que tenia abocetado el artista; pincelada que los muy bribonzuelos califican de árbol con toda seriedad y que afirman ser capaz de engañar á los mismos pájaros.

El autor de esa sencilla composicion ha estado en ella completamente feliz. Con dificultad puede darse un grupo de niños mejor combinado, unas actitudes más naturales y unos semblantes más infantilmente picarescos.

LA MAQUINA DE HACER HOMBRES

(Cuento)

I

La villa de Nido-negro, tantas veces citada por mí en estas breves historietas, se habia enriquecido por los años de 1808 y 1812, con el comercio del cáñamo y la patata.—«Aquí tenemos, decia el gran humanista D. Severo, gloria de la comarca, todo lo que es necesario al gobierno de los pueblos felices y bien regidos: patatas y cordeles.» El escudo de la villa era un trozo de maroma y un campo cubierto de la vegetacion verde y blanca del venturoso y útil tubérculo, honra debida á que un dia pasó por aquellos campos un rey de Leon y dijo mil galanterías y elogios de tan fértil terreno.

Mucho, mucho habia progresado Nido-negro. Los cáñamos iban á Bilbao y Barcelona para servir de jarcia á los navíos; á Zaragoza y Sevilla para hacer mantas bastas y estezados groseros; y donde quiera que hacia falta una vara de cordelillo para atar á un hombre, uncir una bestia, liar un mazo de plumas, hacer un embalaje ó una escala, allí estaba la fama de Nido-negro, puesta tan alta como sus casas en el plano inclinado de Sierra-Arisca, de donde descendia la falda llena de verdes cañamares, tan frescos y lozanos porque mil trenzas de agua los cruzaban y mojaban sus raíces.

II

Y como tanto habia enriquecido el concejo, llegó un dia en que se pensó en hermosear el aspecto del lugar. Hiciéronse dos paseos, uno alto para el invierno, con sus dos filas de árboles; otro bajo para el verano, con su sombra de bien pobladas acacias. Despues de reconstruir una nave del templo, que rezumaba las aguas de todas las lluvias y colaba los aires de todas las tempestades, un dia la campana concejil alborotó el cotarro, llamó al pueblo, congrególe en torno de la plaza, y lleno de emociones vió entrar en la Casa de la Villa á los concejales, uno tras uno, desde D. Lesmes el médico, hasta el tio Sucra-Cande, confitero; amén del veterinario, cojo de un par de coces que le disparó una mula, y del contratista de consumos, que iba abrumado por una joroba gótica ú ojival, tan pesada y grande que no existe cosa á que compararse pueda.

—¿Qué sucede?—preguntaba la gente.

—Parece que se trata de comprar una máquina que haga hombres.

¿Es posible tal dislate? replicó el más ilustrado.

—Sin duda. Un sabio mecánico ha venido á ofrecer sus servicios al municipio. «La guerra—ha dicho—pide hombres, y como las mujeres necesitan veinte años para entregar á la sociedad uno que pueda resistir las fatigas de la guerra, yo—añadió con gran aplomo—os daré una máquina con que podais enviar á la guerra hombres sin término. Ya podrá matar el hierro de los cañones, que el hierro de mi máquina se dará buen arte para reemplazarlo.

III

No es fácil narrar los obstáculos que encontró la idea en su camino. Cuando la Inquisicion iba á intervenir, encerrando en alguno de sus negros calabozos al artífice creador de hombres, sobrevino el terremoto revolucionario de la Independencia, que no sólo echó por tierra aquel tribunal, sino cuantos institutos de autoridad habia en la nacion. Quedó Nido-negro entregado á sus pocas fuerzas y á sus muchas esperanzas. Entónces el Concejo determinó ir á buscar al bueno del maquinista que les habia prometido crear un regimiento de hombres tan símiles de los nacidos de femenino útero que no lo conociera el más pintado.

Llamóse al tal que vivia en el vecino villorrio de Astaciervo, caserío antiquísimo perdido en el seno de un negro bosque de enebros y sabinas.

Calisto era el nombre con que se conocia al artista y ningun otro apodo ni apellido le particularizaba.

Era Calisto un hombre agigantado y enjuto, de pequeña y descarnada cabeza, con grandes y prominentes maxilares, la nariz recta y cuadrada, ojos muy pequeños y vivaces y un círculo surcado en la cuenca del ojo derecho, producido por el ludir con el anteojo de aumento, engastado en cuerno amarillo, que tenia allí cerca de su banco de herramientas como útil y más que como útil como compañero. Calisto habia entrado en la cincuentena y su pelo propendia al tono gris de plomo, más acentuado sobre las sienes, donde casi, casi blanqueaba. Inclusero y célibe, de ignorada procedencia y de juventud desconocida, llevaba 20 años en Cantimpalos ejerciendo el oficio de maquinista, oficio entónces poco extendido, especialmente por las comarcas rurales y agrícolas, más atrasadas siempre que las que viven de la industria fabril.

IV

Pasó un mes y al cabo de él salió del laboratorio de sus habilidades Calisto, conduciendo á hombros un largo cajon de la forma de un ataud. Condújolo sobre sus propios lomos á la Casa Consistorial de Nido-negro. Allí lo destapó y dejó al descubierto un hombre muerto. Tal parecia al ménos.

Entónces Calisto, tomando la palabra, dijo de esta manera:

«Hé aquí al hombre prometido. Esto que parece carne es goma y esto que simula por su dureza el hueso no es sino piezas de hierro templadas como el más fino acero. ¿Le veis muerto? Pues aplicad el oido á su pecho... oireis el rumor de los pulmones que parecen respirar y del corazon que parece moverse acompasado. Los pulmones son fuelles de encerado cuero. El corazon es un péndulo: los ojos cristal, marfil sus huesos, seda sus cabellos y barbas. Todo es obra de la industria... Voy á ponerle en pié. ¿Le veis? Anda, saluda, se sienta. ¿Os parece milagro? Pues yo le doy cuerda para que ande, con dos llaves. Hé aquí una: se llama *«amor.»* Su ojo es de oro, su guarda de diamante y platino. Mirad la otra llave; se llama *«hambre.»* Toda ella es de duro hierro. Cuando se la da cuerda, mi hombre de metal, sábia combinacion de ruedas y resortes, obedeciendo á aquellos dos poderosísimos muelles, se mueve, corre, anda, acomete grandes empresas. Su celeridad, su vigor no tienen á qué ser comparados... Pero cuando su cuerda se acaba, cuando la tension de esos dos poderosísimos muelles cesa, esta máquina cae al suelo sin fuerza alguna. Todo lo que en ella era vida se convierte en inercia.

V

«¡Ah! naceis ignorantes!—añadió despues de una pausa Calisto, dando una gran carcajada y miéntras burlona sonrisa jugaba en sus labios—¿Os asustais de mi máquina? Pues ¿acaso sois vosotros cosa distinta? Conjunto sois de fuerza y gravedad: dos grandes llaves os hacen vivir y moveros y esas dos llaves no son sino el *amor* y el *hambre*. Uno y otra os empujan, os hacen moveros como locos en el fatal torbellino de la vida, y cuando ya dejais de sentirla, ¿qué sois sino holgazan recuerdo del árbol que moribundo se sorbe su racion de oxígeno en el bosque? Vivís miéntras el hambre espolea vuestro estómago y el amor pone alas en vuestros pensamientos. Cuando esto se acabe..... os acabais vosotros.

J. ORTEGA MUNILLA

LAZARO

Cuento que debia ser verdad, si la verdad pudiera ser cuento

I

Lázaro acababa de cumplir veinticuatro años. Pero ¿quién es Lázaro, y qué habia hecho en aquellos 24 primeros años de su vida para que nos ocupemos en su ignoradísima persona? ¿Era algun sér excepcional, algun hombre superior, alguno de esos mortales privilegiados elegidos por la suerte para ser la admiracion de sus semejantes y el asombro de propios y extraños? ¿Era uno de esos genios que de tarde en tarde aparecen en el mundo para conmover y trastornar sus cimientos, para marcar á la humanidad nuevos derroteros ó para iluminar con su llama divina la triste noche de la ignorancia humana? No hay que hacerse ilusiones: nuestro héroe no era nada de eso. Lázaro era sencillamente un jóven de veinticuatro años que se llamaba Lázaro.

Su niñez habia trascurrido como casi la de todos los hijos de padres acomodados. Jugar mucho, estudiar poco, dar algunos cachetes á sus compañeros, recibir no pocos, de sus amigos; pellizcar á la niña de la portera; esconderse al oir la voz de su padre y buscar en todas las desgracias infantiles amparo y proteccion en el seno materno; esas habian sido sus naturales ocupaciones en la edad feliz que tanto recuerdan los viejos, y de la que los jóvenes no quisieran acordarse nunca.

Pasó el Ripalda por la memoria de nuestro héroe como pasan los rayos vivificadores del sol por el cristal, sin dejar huella ni rastro alguno; pasó el Fleury y la gramática y las corridas de toros con banasta y trajes de percalina, y las funciones del circo de Price los domingos por la tarde, y las viruelas, y el sarampion, y la escarlatina, y la primera comunion y un accesit en ortografía; y apareció en lontananza como un íris de dicha y de ventura, como la más feliz realizacion de todas las esperanzas humanas, el primer pantalon largo. Allí donde empezó á hacer de las suyas el sastre, acabó el niño. Tras el pantalon largo, vino la segunda enseñanza; empezó la amistad á germinar en aquel corazon nuevo; los cachetes infantiles se convirtieron en puñetazos: los pellizcos á la niña de la portera en algun que otro beso robado á alguna modistilla transeunte. Reemplazó al sublime aunque incomprensible Ripalda, el oscuro y enmarañado Rey y Heredia, y en el bolsillo derecho de una americana de talle ajustado y botones de nácar, desparramó su mortífero veneno la primera cajetilla del estanco. Ya ven mis lectores, por todas estas señas, que Lázaro era un personaje tan insignificante, como Miguel, ó Ramon, ó Antonio; poco másó ménos como nosotros hemos sido, poco ménos ó más, como serán nuestros biznietos.

Lo único que diferenciaba algo á Lázaro de algunos de sus compañeros y que por lo mismo le identificaba más con la generalidad, era su holgazanería.

Todos los recursos de su imaginacion, se empleaban con perseverancia inaudita, digna de mejor empleo, en inventar recursos, pretextos y hasta razones para no estudiar y para no asistir á clase. El catarro de la semana anterior; la proximidad de los dias del abuelo: las fiestas del pueblo de su doncella; la noche-buena; la apertura de las

Córtes; todos eran motivos más que suficientes para no coger un libro; y de año en año, de curso suspenso en curso perdido y de propósitos para el año próximo, ya que el actual habia sido tan desaprovechado, fué apuntando el bozo en el labio superior de nuestro protagonista, ante la mirada cada dia más severa de su padre y las comprimidas lágrimas en los ojos de la que le habia dado el sér, llena de esperanzas y de ilusiones pensando hacer de su hijo encantador, un hombre de provecho. Y cátate á Lázaro, pisando despiadadamente todas las calles del jardin de la ciencia, sin bajarse á coger la flor más pequeña; queriendo dedicarse á todas las carreras; empezando alguna que otra sin seguir ninguna; y comenzando á desarrollar todos los primorosos, inútiles y perjudiciales adornos que constituyen la desocupada, elegante y viciosa vida del parásito y del vago. ¡Adios, esperanzas paternales! ¡Adios, enseñanza provechosa! ¡Adios, porvenir claro y sereno! Para salir con brillantez del atolladero social en que la ignorancia, la falta de propia estimacion y el vergonzoso vicio de la pereza sumieron á Lázaro, se necesitaban un ingenio agudísimo, una imaginacion brillante y un barniz superficial de conocimientos humanos, adquirido á la ventura y entresacado de periódicos y conversaciones, de que Lázaro carecia. Así pues, vulgar en sus pensamientos, trivial en sus ideas, é ignorante en sus palabras, no era ni más ni ménos que un jóven insignificante, inútil y predispuesto á todo lo malo. Como se ve por todos estos antecedentes, nuestro personaje no tenia nada de simpático y era un ejemplar adocenado de esa edicion de pacotilla que constituye en el mundo la masa general de los tontos y de los perversos. Y hé aquí precisamente la razon de por qué nos ocupamos en semejante individuo. No necesitamos para nuestra historia un tipo excepcional; trátase en ella de resolver un problema que á nosotros nos parece vulgarísimo, y vulgares por lo tanto han de ser los medios que empleemos para resolverle. Si Lázaro carecia de las cualidades morales que hacen digno y superior á un hombre, no habia sido tan avaro para él el cielo, con sus cualidades físicas. Sin ser un asombro de belleza plástica y de perfecciones anatómicas, era lo que se llama en el mundo un buen mozo. De correctas facciones, de expresivo semblante, de agradables maneras, tenia todo lo que á las mujeres vulgares les agrada de un hombre; y de aquí, como es natural, que Lázaro contara por meses sus conquistas amorosas, y por semanas sus triunfos amatorios.

Es tan fácil aprobar todas las asignaturas en la carrera del amor, que justo es confesar que en este estudio (puramente material se entiende) Lázaro alcanzó con facilidad suma, notas constantes de sobresaliente. Intrigas sin consecuencia, aventurillas galantes con algun que otro desafío por contera, cierto amorcillo un poco más serio de cuando en cuando y toda clase de relaciones rápidas y agradables con el sexo femenino, hicieron de Lázaro un D. Juan Tenorio á la moderna; y llenaron aquella cabeza de máximas á cuál más falsas y exageradas acerca de la más bella mitad del género humano. Dice un ilustre escritor moderno, que en el mundo parece que los malos son muchísimos más que los buenos porque meten mucho ruido, y del mismo modo parece que en el mundo no hay más que mujeres malas porque estas son las únicas que alborotan y pululan por todas partes. Los que como Lázaro sólo encuentran á su paso mujeres fáciles y despreocupadas, creen de buena fe que aquellas no son las mujeres, sino *la mujer;* y sacan en su estrecho criterio las naturales consecuencias de su equivocada premisa. Ello es que nuestro héroe encenagado, por decirlo así, en aquella existencia materialista y grosera; sin elevacion de ideas y sin dignidad de miras; aturdido con el propio estruendo de su existencia inútil y licenciosa y muy pagado por supuesto de sí mismo, se encontró un dia tristemente sorprendido con la enfermedad mortal de su pobre madre. Murió ésta no sin bendecir en su última hora á su hijo desventurado, y sin pedir para él de la bondad del cielo la enmienda de sus errores. Aún duraba en Lázaro el estupor que semejante desgracia le habia causado, cuando la pérdida de su adorada compañera arrastró al sepulcro al padre de nuestro héroe y Lázaro se encontró á los veinticuatro años, que es cuando empieza nuestro relato, solo en el mundo, dueño absoluto de sí mismo y de la regular fortuna de sus padres, sin más trabas para su vida que las lecciones de la experiencia y los pequeños gritos que empezaba á lanzar su conciencia hasta entónces adormecida.

Tristísimos fueron para él los dias que siguieron á la última catástrofe. Comprendió, aunque tarde, que tal vez sus vicios prematuros y su desarreglada conducta habian acelerado la muerte de los dos séres más queridos de su alma: repasó en su memoria atribulada todo el tiempo malgastado; se asustó de su juventud perdida; y solo, dentro de sí mismo, como lo estaba en la tierra, sintió por primera vez... allá en el fondo de su corazon extraviado, la primera punzada del remordimiento. «¡Tantos años perdidos! se decia ¿qué soy hoy? ¿Qué seré mañana? ¿Dónde encontrar de repente y reunidos en un solo punto, todos los elementos dispersos que han debido constituir mi educacion y mi carrera? ¿A qué puedo dedicarme á esta edad, en que todos los hombres son ya lo que deben ser, dejando sólo al destino el cuidado del mayor ó menor éxito de la carrera emprendida? ¡Empezar á estudiar! es imposible; toda profesion necesita multitud de estudios prévios que yo no he adquirido.

»Lo mismo en las ciencias que en las artes es preciso empezar pronto; y áun suponiendo que yo tuviera valor, sin miedo á las burlas del mundo para comenzar ahora á dedicarme sériamente á una profesion cualquiera, ¿á qué edad podria considerarla concluida? El mal está hecho, esto no tiene remedio. ¡Oh! ¡si se viviera dos veces! Si comprendiendo la razon como hoy la comprendo, volviera á los doce ó catorce años; si podiera escuchar aún, las tiernas súplicas de aquella madre querida! Si pudiese borrar, no con mis besos, sino con mi enmienda, el justo ceño de mi enojado padre, ¡con qué seguridad, con qué firme planta entraria decidido y resuelto en la senda del trabajo, por bien de mi propia dignidad y con ventaja de mi incierto porvenir! ¿Por qué el hombre ha de poderlo todo, ménos volver á disponer de los años que ya han pasado? ¿qué será de mí, mañana? ¡qué desventurado soy! oh! si el hombre naciera dos veces!»

Todas estas y otras reflexiones que, por no hacernos pesados, suprimimos, ocuparon sin cesar á Lázaro durante los nueve dias que permaneció encerrado en su casa por la muerte de su padre. Pasaron estos; fuese poco á poco borrando de su alma aquel sincero aunque tardío arrepentimiento; y afrontando su situacion con más calma, se dió á pensar que no era el único hombre que estaba sin carrera en el mundo; que muchos lo mismo que él habian perdido á sus padres; que él al ménos poseia una fortuna suficiente para atender á todas sus necesidades; que tenia muchos amigos y no pocas amigas; que no ha de pasar el hombre los mejores años de su existencia en lamentaciones inútiles, y que puesto que él no podria enmendar lo que ya no tenia remedio, lo más acertado era entregarse en manos del destino y proseguir á la ventura su peregrinacion por este valle de lágrimas.

II

Lázaro tuvo miedo de que su capital, que no bajaria de cuarenta mil duros, llegara á ser juguete de alguno de tantos proyectistas que andan siempre á caza de capitales ajenos. Ignorando el poder de la industria no quiso fiar á ella el aumento ó por lo ménos la conservacion de su capital; ajeno por gusto y por completa ignorancia á todos los secretos del comercio y escudado sobre todo con la triste aunque verdadera razon de que él no entendia de nada, no quiso emplear en nada aquella fortuna. Tenia por fuerza que buscar un socio para realizar cualquiera de los proyectos que se amontonaban en su imaginacion y este socio sin duda alguna tendria que engañarle. Además, ¿no seria una desgracia irreparable que la loca fortuna le arrebatara aquel capital que iba á ser su áncora de salvacion perpétua y que representaba el trabajo, la economía y la prevision de sus padres? El ya era un hombre, no era el niño aturdido, ni el jóven atolondrado; la experiencia le enseñaba á vivir; aguardaria á una ocasion cierta y segura para conservar y aumentar su tesoro, y miéntras, con juicio y con órden satisfaria todas sus necesidades con la renta y no tocaria por nada del mundo al arca santa del capital. Pero existia por aquella época una cierta Amalia, muchacha encantadora si las ha habido, que tenia á Lázaro sorbido el seso; y como una de las cosas más agradables es satisfacer los caprichos de la mujer amada, y como las Amalias que aman á los hombres como Lázaro, son elegantes, distinguidas, y un si es no es aficionadillas al lujo y los placeres, pueden figurarse nuestros lectores por dónde empezaria á abrirse una brecha en aquella mina que no tenia nada de inagotable. Ramos de flores raras y escogidas primero, aderezos de encantadoras piedras más tarde y modistas insaciables y hasta una modesta berlinita despues, eran cosas que no podian negarse á la mujer que queria á Lázaro hasta el punto de haber despreciado por él (segun ella decia) á dos ó tres generales, á un Senador vitalicio y hasta á un primer vista de aduanas, de regreso de la isla de Cuba.

Las sérias ocupaciones á que semejante asunto, entre otros de menor cuantía, robaban el tiempo á Lázaro, le dejaban sin embargo libres algunas horas de la tarde, y estas eran precisamente las que la mayor parte de sus nuevos amigos empleaban en la Bolsa. Llevóle á ella algun dia la curiosidad y absorto de las ganancias que alguna vez se realizan en aquel recinto, pero sin fijarse por supuesto en las pérdidas que en mayor escala menudean, dióse á pensar si no seria acertado buscar en el desquite de alguna operacion bursátil, los gastos que indispensablemente se veia precisado á hacer en aras del amor de su encantadora Amalia. Comprometer su capital en un negocio serio, en una empresa útil, en una industria honrosa, lo habia juzgado un desprópósito; pero exponerle al azar de una noticia diplomática ó de un proyecto financiero, fué juzgado por él lo más lógico y natural del mundo. En esta clase de hombres, pensar un disparate y ponerle en práctica suele ser cosa de un momento; dió sus órdenes á un agente, jugó al alza á fin de mes y esperó con ánimo sereno la cosecha. Quizá aquella era su verdadera vocacion y él no lo habia conocido hasta entónces. ¿Por qué no habia él de llegar á ser el rey de la bolsa como lo fué Salamanca en sus buenos tiempos, como lo fué Indo más tarde? Esta además era una carrera como otra cualquiera; más rápida, más distraida, más brillante: para nada se necesitaba en ella el trabajo; con tener buen golpe de vista, tacto y tino y rapidez de concepcion en las situaciones difíciles de la Hacienda y de la política, estaba hecho todo.

Y si esto sucedia, si tan agradable sueño se realizaba, ¡qué trajes no luciria Amalia en el palco del teatro real! ¡qué efecto no haria en el hipódromo, el carruaje que para las primeras carreras de caballos se haria traer de Lóndres! Sólo por disfrutar de estos sueños de color de rosa, valia la pena de intentar algo. Y en efecto, Lázaro ganó una vez y perdió ciento y jugó siempre. Las liquidaciones se sucedian unas á otras con rapidez vertiginosa y en el flujo y reflujo de la esperanza y el desengaño, fué desapareciendo aquel caudal irreemplazable. El acontecimiento más grave y más natural que le hizo conocer su desesperada situacion, fué ver á Amalia, elegantemente vestida y con un riquísimo medallon de brillantes, en el coche de su agente. Lázaro lo habia perdido todo; el amor, puesto que sólo en esa forma le conocia; la amistad, puesto que no encontró en el bolsin quien quisiera pagar sus diferencias; la esperanza, puesto que la realidad le desgarraba el alma con su fria sonrisa: su fortuna, toda vez que de ella, apénas le quedaban doce ó catorce mil reales por todo capital; su porvenir, puesto que éste dependia exclusivamente de su fortuna. «¡Bárbaro de mí, exclamaba una noche á los tres años escasos de darse á sus bursátiles ilusiones; estoy hoy más solo, más pobre y más desesperado que nunca! ¡qué maldita, qué desatinada idea fué la mia de buscar en el azar del juego una riqueza que no necesitaba!

»¡Si las cosas se hicieran dos veces, si yo pudiera retroceder hoy al dia feliz en que sentado cerca de mi mesa contaba los paquetes de billetes de banco que constituian mi herencia! ¿Cómo habia de comprometerla en tan ridículas ilusiones? ¿Qué va á ser de mí? ¿Qué porvenir me espera? ¿Qué mañana me aguarda? Estoy perdido, arruinado y lo que es peor que todo, en ridículo. ¿A qué hombre formal me acerco? ¿A qué mujer bella me dirijo? ¿Qué cúmulo de fatales coincidencias me lleva año tras año á malgastar mi vida? El tiempo que todo lo borra, pero que no perdona los errores, ni remedia las faltas; el tiempo que vuela, y que se ha llevado mi niñez y arrastra mi juventud en su fantástica carrera, me anuncia la fatal proximidad de mi edad madura y es indudable que yo solo tengo la culpa. ¡Desventurado de mí! ¿Por qué ha de correr el tiempo? ¡Oh! ¡si el hombre naciera dos veces!»

III

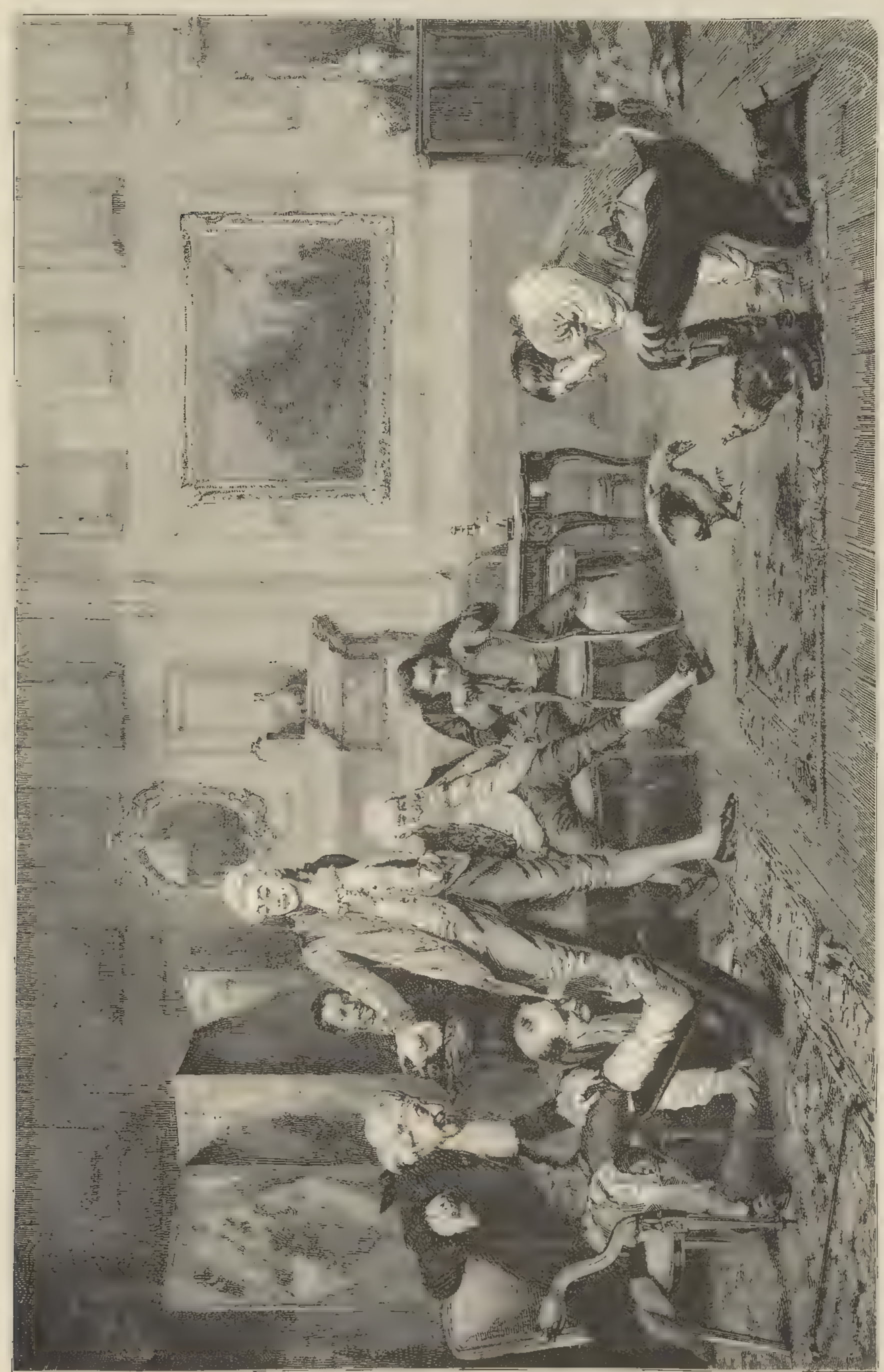
Pocos son los dias, sobre todo cuando el hombre es aún jóven, que se consagran á lamentar desgracias ó desventuras. La luz de la esperanza brilla siempre en el horizonte á través del último desengaño, y parece que reconcentradas todas las fuerzas vitales en un solo punto, nutren, desarrollan y sostienen la primera idea salvadora, por absurda que sea, que ha de conducir al hombre á la enmienda de pasados errores y á la realizacion de perdidos sueños de ventura.

Lázaro, ya amaestrado, segun él, por las lecciones de la experiencia, pensó en encauzar su vida por el camino práctico de la realidad, y dejarse de proyectos insensatos, dedicando toda su inteligencia y su razon á salir para siempre de la precaria y triste situacion en que se encontraba. Y como resultado de tan razonables teorías empezó á barajar en su mente una serie de planes y proyectos á cual más desatinados, sufriendo lo que los franceses llaman *l'embarras du choix*, y nosotros podríamos traducir en este caso, ***mala noche y parir hija***. En efecto, Lázaro eligió entre todos sus planes, el de realizar un matrimonio de conveniencia, que haciendo de él un hombre grave y un digno padre de familia, cubriera al mismo tiempo el déficit de su fortuna y le asegurara un porvenir acomodado. Lógico es el matrimonio, como fin, cuando el cariño le inicia y la mutua estimacion le sanciona; pero el matrimonio, como medio, y teniendo por base el cálculo interesado, no es por cierto la panacea de nuestros males. La lucha de dos caractéres casi siempre desemejantes y la falta de historia amorosa que sirva de grato recuerdo en los eternos dias de un enlace de conveniencia, no asegura ciertamente una gran felicidad doméstica, á ménos que los que han creido convenirse, no busquen cada uno por su lado la compensacion de su desgracia á duo: pero como *Quos Deus vult perdere, prius dementat*, Lázaro no vió ninguno de estos inconvenientes, y llevó á cabo, no sin gran trabajo, su proyecto, casándose con una viuda no mal parecida y que aportó á su matrimonio un capital heredado de su difunto esposo, y adquirido por éste en el comercio de una tienda de géneros de punto. La viuda, seducida aún más que halagada, por la elegante distincion de su pretendiente, y deseosa de desempeñar en el mundo un papel más importante que el que de ser esposa de un tendero le habia ofrecido en su primer matrimonio, otorgó con gran placer su mano al tronado caballero, y con un despilfarro tan pródigo como de mal gusto, se llevó á cabo el matrimonio con toda la rapidez que proporciona en el mundo el dinero. Distinta educacion, diferentes costumbres y hasta diverso lenguaje entre marido y mujer: diferencia de edades, puesto que doña Robustiana frisaba ya en los treinta y ocho, cuando nuestro héroe no habia cumplido aún los treinta, eran otras tantas dificultades prácticas para la inteligencia comun, y puede decirse que aquel casamiento carecia hasta de la tradicional y casi inevitable luna de miel, que borra del libro de la vida un plazo más ó ménos breve de lucha y contrariedades. Guerra sorda al principio; guerra declarada más tarde, con su acompañamiento de riñas y de escándalos; desacuerdo completo en la inversion de los fondos conyugales y no pocas burlas sangrientas del círculo donde Lázaro hizo penetrar á doña Robustiana, fueron los primeros resultados de la dichosa boda, que hizo de marido y mujer dos séres sentenciados á la cadena perpetua de un matrimonio desavenido, cien veces más insoportable que la cadena perpetua material de los presidios de Africa. Y cátate á nuestro Lázaro pasando su vida, año por año, y tumbo tras tumbo, en una interminable serie de pesares y disgustos.

Aparecieron en su cabeza las primeras canas, precursoras de la edad más desdichada de la vida, cuando el hombre no ha sabido llevar á ella la tranquilidad de la con-



EL REGIMIENTO DE GRANADEROS WURTEMBERGUESES «REINA OLGA» en el parque de Coeuilly, 30 de noviembre de 1870



LA PASION DEL COMBATE, cuadro por Laslett J. Pott, exhibido en la Real Academia de Lóndres

ciencia, la dicha del buen acierto y la dignidad de los cabellos blancos. La fortuna del tendero sólo sirvió para proporcionar en cuotidiano desórden la satisfaccion de los gustos heterogéneos de cada uno de los esposos que encastillado digámoslo así en sus aficiones, se entregaba con más ardor á todo lo que pudiera separarle del otro; y cuando doña Robustiana tuvo el buen gusto de dejar este valle de lágrimas ántes que Lázaro, éste se encontró viejo, solo, y pobre. Era pues, como se ve, no un personaje novelesco, no un sér excepcional digno de que relatara sus aventuras ningun Cide Hamete Benengeli, sino un sér vulgarmente adocenado de tantos y tantos como llenan el globo terráqueo, á la manera que los innumerables granos de trigo colman la medida del labrador en la cosecha. Lázaro es cualquiera, Lázaro pulula por todas partes, Lázaro soy yo, eres tú, es aquel. Lázaro es un átomo de la masa comun de la humanidad; Lázaro es, por fin, una *vera efigies*, del o que el hombre en su vanidad incomprensible, llama el rey de la creacion y que está segun él, hecho á la imágen y semejanza de su Creador.

Y Lázaro vino á dar en la cama de un hospital oyéndose llamar por practicantes y hermanas de la caridad el número 57 en vez de seguir teniendo el nombre que le dieron sus padres en el bautismo.

La última noche de su vida (y perdónennos nuestros lectores que convirtamos en comedia de mágia lo que hasta ahora ha sido un cuento) Lázaro en el pleno uso de sus facultades intelectuales, que nunca las habia tenido muy sobresalientes, comenzó á barajar en su cabeza todas las peripecias de su vida vulgar; volvió de nuevo á lamentarse de sus continuos desvaríos, y entre el ardor de la fiebre y la desesperacion de encontrar toda su vida inútil, y el justísimo temor del que se ve próximo á comparecer ante la presencia del juez inapelable, justo es que digamos que no eran las últimas horas de nuestro protagonista, las que deben concurrir en la muerte del justo. Una idea tenaz era, sin embargo, la que destacaba de las otras entre las alucinaciones de su agonía. «Dios,—pensaba ó decia,—ha dado al hombre una existencia demasiado corta; apénas si le da tiempo para darse cuenta de sus malas acciones, y se le escatima avaramente para el arrepentimiento y la enmienda. El mundo está muy mal arreglado; si el hombre, sabiendo lo que sabe, al concluir su vida, naciera de nuevo, ya seria otra cosa: todos seríamos previsores, todos justos, todos buenos; y no ya sólo el infierno, sino hasta el mismo purgatorio, podrian convertirse en cuartos desalquilados. ¿Por qué Dios, que todo lo puede, no ha querido hacer esta prueba en provecho de la humanidad extraviada? ¿por qué no habia el hombre de nacer dos veces?»

Tales fueron las últimas ideas y las últimas palabras de Lázaro al espirar en el lecho que la caridad pública le habia proporcionado.

IV

Eran las tres de la madrugada; las mortecinas luces de los faroles de la sala de San Pedro chisporroteaban tristemente esparciendo por la ancha galería el nauseabundo olor de sus torcidas impregnadas en aceite. Los practicantes dormian; una hermana de la caridad rezaba, cerca del lecho mortuorio; y los enfermos más ó ménos graves, escondidos entre sus sábanas, testigos mudos de sus dolores, parecian no prestar la atencion más pequeña á cuanto á su alrededor pasaba.

El cuerpo rígido y amarillo de Lázaro permanecia inmóvil: sus vidriados ojos, que ninguna mano caritativa habia aún cerrado, parecian dirigirse al cielo, y todo era silencio, tristeza y soledad. Un ruido tenue, imperceptible tanto como puede serlo el aleteo de una mariposa, se percibió sobre la almohada donde Lázaro apoyaba su yerta cabeza, y una voz imperceptible á todos los oidos humanos murmuró á los de Lázaro «¡Sea! Dios no desoye nunca las plegarias de los hombres, por absurdas que sean y por imposibles que parezcan cuando salen entre lágrimas del fondo del corazon; Dios lo puede todo, hasta el punto de que lo único imposible para él, es poner límites á su poder y á su misericordia; tú esperas en tí mismo para salvarte; tú has rogado y pedido con fe: tú has muerto con una ilusion ó una esperanza, sé el primer hombre y el último que la vea realizada. ¡Lázaro, levántate!»

V

Y Lázaro murió para el mundo, pero su alma pasó á un cuerpo recien nacido;—y ¡cosa incomprensible..... absurda, pero cierta! Lázaro conservó su memoria, —y sabiendo todo cuanto en su vida primera le habia sucedido, volvió á incurrir ce por be en sus pasados errores, á cometer una por una todas sus necedades, á ser tan desgraciado, tan torpe, tan infeliz como en su primera existencia. ¿Para qué dos vidas, si sobra con una para ser desdichado? ¡Quién pudiera reducirla á la mitad! ¡Quién pudiera no haber nacido!

LUIS MARIANO DE LARRA



EL ARTE MODERNO, estatua por Rodolfo Weyr

LA LEYENDA DE BEGOÑA

I

La insigne villa de Bilbao está al pié de una montaña. En las estribaciones de esta montaña hay una colina que lleva el nombre de Artágan, equivalente á Alto del encinar, y al pié de la colina existe desde tiempo inmemorial el celebrado santuario de la Vírgen de Begoña, cuya principal y maravillosa leyenda voy á escribir despues de decir algo acerca del orígen y el nombre de santuario tan venerado en todo el litoral cantábrico.

Ni la tradicion popular ni la historia fijan la época en que empezó á darse culto á la Vírgen María al pié de la colina de Artágan. La tradicion sólo dice que la imágen apareció en una encina de las que, como el nombre de Artágan indica, poblaban el sitio donde se erigió el santuario, y añade la vulgarísima y repetida cantinela, propia de casi todos los santuarios de la Vírgen, de que se trató de erigir el templo en punto distante del de la aparicion y se desistió de ello porque milagrosamente eran trasladados de noche á este último punto los materiales que de dia se acopiaban en el primero. En cuanto á la historia, la primera vez que menciona el santuario de Begoña no pasa del año 1300 en que, de la carta de poblacion de la villa de Bilbao, resulta que aquel santuario existia ya como monasterio ó lo que es lo mismo, como iglesia parroquial, pues los que en este país se llamaban monasterios eran los templos que hoy llamamos iglesias parroquiales.

La tradicion enlaza y explica el nombre de Begoña con la milagrosa resistencia de la Vírgen á que se le erigiera templo en sitio distinto de aquel donde habia aparecido su imágen, pues supone que al ir á trasladar esta á lo alto de la montaña, se oyó una voz misteriosa que decia *begoañá*, quieto el pié, y de aquí el nombre de Begoña que conservan la imágen y el sitio donde se erigió el santuario.

Esta etimología es completamente inadmisible, sobre todo para el que sabe que los nombres geográficos euskaros se fundan casi constantemente en la condicion más característica de la localidad que designan. En esta regla, generalmente desconocida hasta que á fines del siglo pasado comenzaron los verdaderos estudios sobre la lengua euskara ó vascongada, é ignorada aún del vulgo y de muchos que, aunque no se crean vulgo, lo son, está comprendido el nombre de Begoña que significa al pié ó en lo bajo de la colina, designacion á que corresponde el sitio que ocupa el santuario.

La citada regla no se limita á los nombres geográficos euskaros antiguos de la region donde esta lengua es aún viva y vulgar, pues se observa constantemente en los nombres del mismo orígen dispersos en el interior de la península hispana, de lo que citaré dos ejemplos, aunque pudiera citar doscientos: Aranda (de Duero) y Reinosa que son modificacion de *Arandia* y *Errenotsa*, equivalentes el primero á «valle grande,» y el segundo á «comarca fria.»

La imágen de la Vírgen aparece sentada, como todas las antiguas, si bien, siguiendo la antiestética moda moderna, se la ha vestido de modo que aparenta estar de pié, y el tipo de su faz es el más pronunciado de la raza euskara. Lo probable es que la imágen date de los primeros siglos del cristianismo, y, oculta cuando la invasion mahometana amenazaba traspasar el alto Ebro y derramarse á Vizcaya, reapareciese cuando aquel peligro cesó por completo, ó sea en los siglos X ú XI, en que los mahometanos se habian ya alejado de la márgen meridional del Ebro, que no llegaron á pasar, segun testimonio unánime de la tradicion y la historia.

Los soñadores de antigüedades romanas en Vizcaya, han hecho mucho ruido con motivo de una inscripcion en caractéres y lengua latinos que se encontró cerca de dos leguas al Noroeste del santuario de Begoña, en la república de Lúxua, en un sitio llamado Achbolueta ó roca del molinar. La inscripcion era esta:

VECUNIENSES HOC MUNIERUNT

Estaba en una roca que se habia cortado para facilitar el paso desde los pueblos de la parte baja de la merindad de Uribe á los de la parte alta. Generalmente se interpretaba el *vecunienses* por *begoñeses*, y no faltó quien, fundado en esta inscripcion, creyese haber existido en Begoña una ciudad latina llamada Vecúnia. Esta creencia era absurda y parece imposible que la inscripcion de Lúxua hubiera dado ocasion á ella, pues el *vecunienses* latino no era más que la traduccion del *becuac* euskaro, que equivale á «los de abajo» ó de la tierra baja, y por tanto la inscripcion debia interpretarse por «los de la tierra baja abrieron ó costearon este paso,» que en vascuence se expresaría diciendo: «Becuac eindacua da au.»

Al terminar el siglo XV en que se reedificaron muchas iglesias de Vizcaya dándoles mayor amplitud y suntuosidad, pues las antiguas eran generalmente pequeñas y de modesta fábrica, se trató tambien de reedificar la de Begoña, y en efecto, la obra se emprendió en los primeros años del siglo XVI.

Con esta reedificacion está relacionada la maravillosa leyenda del robo de las joyas de la Vírgen que me ha parecido conveniente narrar más circunstanciadamente que la narró el Padre Granda, único y poco afortunado historiador de nuestro insigne santuario, y ménos absurdamente que la narra por regla general el vulgo.

II

La obra de Nuestra Señora de Begoña estaba muy adelantada, aunque no tanto como deseaban los piadosos begoñeses. El ábside del templo estaba ya techado, colocados altar y retablos principales y la veneranda imágen devuelta al culto en el sitio que debia ocupar definitivamente, pero la parte anterior de la iglesia aún estaba destechada.



EL ARTE DEL RENACIMIENTO, estatua por Rodolfo Weyr

Rodeaban el santuario añosas encinas y las campanas pendian de una grandísima que estaba detrás de aquel y á cuya sombra se congregaban desde tiempo inmemorial los vecinos de Begoña para tratar los asuntos del pro-comun, como sucedió un siglo despues cuando lo hicieron para acordar y aprobar las ordenanzas por que se habia de regir la república.

La imágen de la Vírgen estaba adornada de ricas joyas que eran piadoso donativo de la devocion popular, y uno de los canteros que trabajaba en la obra concibió el sacrílego pensamiento de despojarla de ellas.

Una noche, cuando todos dormian en las caserías cercanas, se dirigió al santuario y tomando una alta escalera de mano, que servia para la obra, la arrimó al muro á medio levantar, subió á este, desde allí colocó la escalera interiormente, descendió por ella, reanimada su impía codicia por el brillo de las joyas de la Vírgen en que se reflejaba la luz de la lámpara que ardia en el presbiterio, subió al altar, y fué despojando á la Vírgen de sus ricas joyas.

El niño Jesus que la imágen tenia en brazos estaba engalanado con una preciosa corona de oro y diamantes, y el ladron dirigió á ella su sacrílega mano. Entónces la Vírgen asió su brazo para impedir que cometiera aquel nuevo sacrilegio, y el ladron espantado con aquel prodigio, descendió precipitadamente del altar dejando en este las joyas de que habia despojado á la santa imágen y volvió á subir al muro.

Allí se detuvo pensando si todo habria sido alucinacion suya, y como dirigiese la vista hácia el altar y viese brillar las joyas que habia abandonado, la tentacion de consumar el robo volvió á asaltarle. Tornó á bajar del muro, se dirigió al altar, tomó las joyas, sin atreverse, empero, á alzar su mano á la corona del niño Jesus y con ellas se alejó del santuario.

Dirigióse á la barriada de Trauco que es la que cae al oeste del templo, y con gran sorpresa suya se vió detenido por un muro impenetrable de maleza que le impedia el paso por todas partes y desgarraba su vestido y áun su carne con agudísimas espinas.

Decidióse entónces á bajar á la villa con la esperanza de ocultar allí su crímen á favor de la confusion y el desconocimiento de gentes que reinan en las grandes poblaciones y descendió hácia Mallona.

Habia allí un humilladero con la imágen de Jesus crucificado alumbrada por una lamparilla, y como el ladron dirigiese la vista á la imágen, parecióle que ésta le miraba airadamente, y huyendo de aquella mirada se apresuró á alejarse del humilladero, pero inmediatamente se vió detenido por una manada de enormes carneros que le embestian y le hicieron volver atrás.

Ya lleno de terror y poco ménos que arrepentido de su crímen, tomó cuesta arriba dirigiéndose hácia Meazábal, que es en la cima del monte donde San Vicente Ferrer habia erigido una ermita á Santo Domingo, cuando en el siglo anterior habia asombrado á Bilbao predicando en la iglesia de Santiago en lengua valenciana y haciéndose entender perfectamente del pueblo que no sabia más que la diversísima vascongada.

Pensaba descender por allí al valle de Zamudio y siguiendo la costa del mar, pasar á Guipúzcoa y entrar en Francia donde creia sustraerse fácilmente al rigor de la justicia y enriquecerse vendiendo las joyas que habia robado, pero al ascender á Meazábal se vió acometido de una porcion de fierísimos toros que le hicieron volver atrás cada vez más espantado.

Bajando á la barriada de Ocharcoaga, que cae al Oriente del santuario, se dirigió por Garáizar y Zubúzu hácia el vado de Echébarri. Apénas habia emparejado con el espeso bosque de Palatu-zugasti, un gigante armado de una espada de fuego le salió al paso y el ladron lleno de espanto penetró en el bosque.

Entónces oyó que las campanas de Begoña tocaban á rebato. Los begoñeses, al oir las campanas, se dirigieron apresuradamente al santuario y vieron con asombro que las campanas pendientes de la encina de la república, se tañian por impulso invisible. Sospechando que algo grave sucedia en el templo, vieron á la Vírgen despojada de sus joyas y comprendieron, por la escalera arrimada al muro, que le habian sido robadas.

Dirigiéronse unos hácia la barriada de Trauco y otros hácia la de Ocharcoaga en persecucion del ladron sacrílego, y éste, al sentir que se acercaban al bosque donde se habia refugiado, les salió al encuentro, les confesó su crímen y les entregó las joyas, resignado á sufrir el castigo que merecia.

Pocos dias despues el sacrílego expió su crímen con la vida en el collado de Larriagaburu, en el collado de las Angustias como hasta poco tiempo ántes de nuestra época se llamaba el que hoy llamamos el Morro.

El culpable fué al suplicio lleno de arrepentimiento y pidió por única gracia que se le sepultase al pié de la columna destinada á la colocacion del púlpito, por ser aquel el sitio desde donde el santo apóstol valenciano habia dirigido la palabra al pueblo.

Prometiósele esta gracia y allí se le enterró. Pasados algunos años abrióse la sepultura para enterrar allí otro cuerpo y se encontró completamente incorrupto el brazo que habia asido la santa mano de la Vírgen al ir el ladron á alzarle para despojar de su rica corona al niño Jesus!

Tal es la leyenda más notable del insigne santuario de la Vírgen de Begoña en Vizcaya, que tiene otro santuario filial no ménos venerado y de la misma advocacion en las cercanías de Gijon en Asturias.

Paréceme que si razon hay (como yo creo que la hay, y muy grande) para recoger los cuentos y tradiciones populares de otro órden, como se están recogiendo y estudiando en todos los países cultos, no la hay menor para recoger y estudiar las tradiciones populares religiosas que á pesar del candor fervoroso que les ha dado vida y de lo sobrenatural que domina en ellas, son documentos muy expresivos y elocuentes para estudiar y conocer lo pasado.

ANTONIO DE TRUEBA

SÉPTIMA CONFERENCIA

de la Asociacion geodésica internacional en Roma

III Y ÚLTIMO

La Memoria redactada por la Mesa de la Comision permanente de la Asociacion, cuyos rasgos principales hemos dado fielmente á conocer en el precedente artículo, pasó ante todo al exámen de una Comision especial de la Asamblea, la cual habia de emitir su dictámen, despues de oir las opiniones de todos los Delegados que quisiesen exponerlas.

Creíase por algunos que, al tratarse de la unificacion de los meridianos y de la designacion de una hora universal, habian de chocar entre sí los diversos y encontrados intereses de nacionalidad; pero los Delegados de los diferentes Gobiernos asociados, eran ante todo hombres eminentes, lumbreras del saber, y todas las instransigencias dictadas por la rivalidad de los celos nacionales cedieron ante las exigencias y necesidades científicas, los dictados de la razon y las conveniencias generales.

La discusion de la Memoria de los Sres. YBÁÑEZ, HIRSCH y OPPOLZER en el seno de la Comision, lo mismo que en las sesiones de la Asamblea plena In-

ternacional, fué por todo extremo instructiva é interesante; y, aprobada en votacion ordinaria cada una de las IX proposiciones presentadas por la Mesa, se procedió á la votacion nominal del conjunto de todas ellas, resultando que todos los Delegados de la Asamblea Internacional de Roma votaron afirmativamente, excepto uno, que se abstuvo de votar. ¡Resultado brillante y satisfactorio, en una reunion donde parecia que habian de librar batalla los encontrados prestigios de los celos nacionales!

Las importantísimas resoluciones de la Asociacion geodésica internacional, concernientes á la unificacion de las longitudes y de las horas son como sigue:

I. En interés de las ciencias, lo mismo que en el de la navegacion, del comercio y de las comunicaciones internacionales, es muy de desear la unificacion de las longitudes y de las horas. La utilidad, tanto científica como práctica, de esta reforma, supera con mucho los sacrificios de trabajo que su adopcion pueda exigir. Debe, pues, ser recomendada á todos los Gobiernos de los Estados interesados en ella, para que se la organice y consagre por un Convenio Internacional, á fin de que, en lo futuro, un solo y mismo sistema de longitudes sea empleado en todos los Institutos y oficinas geodésicas, por lo ménos para las cartas generales geográficas é hidrográficas, así como para todas las efemérides astronómicas y náuticas; con excepcion sin embargo, de aquellos datos para los cuales convenga conservar un meridiano local, como para las efemérides de tránsito, ó para las que haya que indicar en hora local, como los establecimientos de puerto, etc.



UN TOQUE ATREVIDO, cuadro por Meyer de Bremen

II. A pesar de las grandes ventajas que, así en las ciencias como en las aplicaciones, está llamada á realizar la introduccion de la division decimal del cuarto de círculo en las expresiones de las coordinadas geográficas y geodésicas, y en las expresiones horarias correspondientes, conviene, por consideraciones eminentemente prácticas, hacer abstraccion de ella en la gran medida de UNIFICACION propuesta en la resolucion primera. Sin embargo, para satisfacer, al mismo tiempo, consideraciones científicas muy serias, la Asamblea recomienda con este motivo que se extienda,—multiplicando y perfeccionando las tablas necesarias,—la aplicacion de la division decimal del cuarto de círculo; á lo ménos para las grandes operaciones de calculos numéricos, para los que presenta ventajas incontestables, áun conservando, si se quiere, la antigua division sexagesimal en las observaciones, las cartas, la navegacion, etc.

III. La Asociacion propone á los gobiernos que se elija como meridiano inicial el de Greenwich, definido por la distancia media de los pilares del instrumento meridiano del observatorio de Greenwich; porque este meridiano llena, como punto de partida de las longitudes, todas las condiciones que la ciencia reclama; y porque, siendo ya actualmente el más generalizado de todos, ofrece más probalidades de ser universalmente admitido.

IV. Conviene contar las longitudes á partir del meridiano de Greenwich en la sola direccion de Occidente á Oriente.

V. La Asociacion reconoce, para ciertas conveniencias científicas y para el servicio interno de las grandes administraciones de las vías de comunicacion, tales como los caminos de hierro, las líneas de los barcos de vapor, los telégrafos y los correos, la utilidad de adoptar una hora universal conjuntamente con las horas locales ó nacionales, que necesariamente continuarán siendo empleadas en la vida civil.

VI. La Asociacion recomienda, como punto de partida de la hora universal y de las fechas cosmopolitas, el *medio-dia-medio* de Greenwich, que coincide con el instante de media noche, ó con el principio del dia civil en el meridiano situado á 12 horas ó á 180 grados de Greenwich. Conviene contar las horas universales de 0 horas á 24 horas.

VII. Es de desear que cuanto ántes introduzcan el nuevo sistema de longitudes aquellos Estados que hayan de cambiar de meridiano para adoptar la unificacion de las longitudes y de las horas.

Importa igualmente que el nuevo sistema sea introducido desde luégo en la enseñanza.

VIII. La Asociacion espera que, si el mundo entero acuerda la unificacion de las longitudes y de las horas adoptando el meridiano de Greenwich, como punto de partida, la Gran Bretaña verá en ello un motivo más para dar por su parte un nuevo paso en favor de la unificacion de los pesos y medidas, adhiriéndose al Convenio del metro de 20 de mayo de 1875.

IX. Estas resoluciones serán elevadas á conocimiento de los Gobiernos, y recomendadas á su benévola consideracion, expresándoles el deseo de que, cuanto ántes, un Congreso especial, tal como lo ha propuesto el Gobierno de los Estados Unidos, concluya un convenio internacional, consagrando la unificacion de las longitudes y las horas.

* * *

Como decíamos en el artículo primero, el mundo está de enhorabuena; porque, si bien estas IX resoluciones tomadas en Roma por la Asociacion Geodésica Internacional no tienen aún carácter diplomático, lo ostentan, sí, oficial; pues los Delegados de las diferentes Naciones asociadas fueron á Roma autorizados préviamente por sus Gobiernos respectivos, para deliberar sobre la unificacion, no sólo de las longitudes, sino tambien de las horas.

Por consiguiente, es de altísima probabilidad que estas IX resoluciones sean muy en breve obligatorias; pues, por la eficaz iniciativa de los Estados Unidos de la América del Norte, se reunirá próximamente en Washington un Congreso internacional diplomático; y allí se acordará que todas las longitudes se cuenten desde el Meridiano de Greenwich, y que el dia cosmopolita comience cuando sea *media-noche* á los 180 grados del propio meridiano.

* * *

Verdaderamente, no es fácil calcular las ventajas de la reforma acordada en la Conferencia Geodésica de Roma, inspirada primeramente en la necesidad, y, sobre todo, en el deseo de favorecer los intereses de la ciencia, tanto como los de las comunicaciones humanas en los países de la civilizacion, así por tierra como por mar.

Pero, de cualquier modo, hará éra tan considerable progreso; pues, de una parte, para satisfacer las necesidades de las poblaciones sedentarias, continua como ahora el dia civil; y, de otra parte, con la adopcion de un SOLO MERIDIANO INICIAL y la de UNA SOLA cuenta cosmopolita del tiempo, se satisface plenamente á todas las actuales exigencias científicas y á todas las necesidades económicas del mundo civilizado, estorbadas ya, á cada momento, y de un modo irritante é irresistible, no sólo con la anti-científica é inconveniente multiplicidad de los meridianos, sino tambien y muy principalmente con la cuenta del tiempo, inventada en Egipto 30 siglos há, cuando estaba reducida la civilizacion á las márgenes del Nilo.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III —BARCELONA 11 DE FEBRERO DE 1884— NÚM. 111

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UN MENDIGO, cuadro por R. Tusquets

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El más pobre de los doce.—El Ateneo y su nuevo local.—Ideas de ayer é ideas de hoy. La razon. ¿Dónde esta cuando se dice que se ha perdido? -Bailes por asalto.—Lectura poética en casa de Marte.—Academismo. —Un duque académico.—Candidatura académica.—*La Pesca.*

Poco esperaban del mes de Febrero los que distribuyeron entre los doce del año el caudal de los dias, en el primer calendario del mundo, cuando le dejaron tan pobre y sin fortuna, con sus veintiocho auroras y sus veintinueve crepúsculos. Sin duda alguna que para explicar esta desigualdad irritante é injusta hubo altas razones que no pudieron convencer á Febrero. Verdad es que quien dijo altas razones dijo altos crímenes, iniquidades que se suben á los cielos para librarse de la furia de los hombres.

Quien distribuye vientos y tempestades regaló á Febrero la caja de los truenos y hacecillos de rayos. La Diosa de los jardines y bosques le negó sus flores y sus aromas; ¡y cómo no habia de ser tan dura con Febrero, siendo ella mujer y hermosa y él pobre! La historia se mostró tambien avara con Febrero y no le otorgó sus gloriosas efemérides. Viéndose pues tan mísero y sin fortuna, Febrero comprendió que nada podia esperar de los hombres y enderezó su súplica á Dios, el cual, como ya tuviese distribuidas las principales festividades de su Iglesia, vino á decirle: «O has de pasarte sin ninguna, ó has de darte por contento con la que te puedo entregar, que es la bacanal cristiana, un aquelarre de pasiones y vicios, un dia de locura tan grande, que, desde él se cubren en mi casa las mesas con paños de luto y con crespones las imágenes de mis elegidos.»

Y Dios entregó á Febrero la fiesta del carnaval, encerrada en una cajilla de música.

Entre alegre y contento partió Febrero á tomar posesion de sus dominios, y de cuando en cuando, escuchaba la caja de música, donde el cilindro erizado de vibrantes puas metálicas, entonaba canciones de voluptuosidad y pereza, que se deslizaban por el oído como embriagador brebaje por los labios del sediento, y allá dentro en el alma, encendian ideas pecaminosas contra las cuales en vano luchaba Febrero.

Hé aquí cómo va por el mundo el mes pobre y alegre, el segundon de la casa del tiempo, llena de desengaños el alma y de canciones la garganta.

* * *

En la calle del Prado ha abierto sus puertas el nuevo edificio del Ateneo. En vano los halagos de las artes, congregadas para dar honrada y lujosa residencia á la primera tribuna científica de España, desplegaran sus recursos: los antiguos moradores del viejo caseron de la calle de la Montera, los decrépitos fundadores del Ateneo, que aún recuerdan la cara de Alcalá Galiano y se rien con los chistes de Nicasio Gallego, esa tertulia que se reunia todas las noches en el salon llamado de *los retratos* y que, durante mucho tiempo, ha constituido una de las más poderosas pilas eléctricas de la opinion pública, ese coro de senadores, ese conclave decalvado no puede mirar con simpatía al nuevo edificio.... porque los ancianos miran con prevencion toda novedad, temiendo descubrir entre sus asombros y sorpresas, la silueta rectangular del féretro.

¡Sí, jóvenes ateneistas, en la alegría de vuestro nuevo palacio, en vuestro deseo de estrenar su tribuna, no olvideis que á vuestro lado está la generacion que os ha antecedido y que no puede seguiros sin detenerse un momento al salir del viejo Ateneo y derramar á hurtadillas una lágrima que pronto va á perderse entre canas y arrugas!

Todo edificio que se hunde, entierra con él algo vivo; en todo piquetazo que da el albañil destructor, hay estremecimientos dolorosos, como los que suscita la cruenta labor del escalpelo. Mucho más sucede esto cuando el edificio que se viene abajo ha sido palenque intelectual del que han salido tres generaciones de ingenios, tres estirpes de filósofos, tres pléyades de oradores. Allí hizo sus armas el reducido clasicismo, allí el romanticismo se coronó de fúnebres helechos, miéntras vibraba en sus labios el latido de su calenturienta desesperacion. Allí germinó la moderna filosofía y en sus aulas empiezan á brillar nuevos nombres y á gobernar el mundo de las ideas nuevos espíritus. El viejo ateneista, al salir de aquella casa, deja en ella la toga juvenil y la trueca por el sudario, sudario que en frios pliegues cae sobre su espíritu helándolo.... De sus ideas, de sus amores, de sus glorias, de su fe.... ¿qué es lo que queda?... Lo mismo que quedará muy pronto del Ateneo.... Polvo funeral y melancólica memoria.

La historia de la construccion del nuevo Ateneo tiene interés y merece ser conocida. ¿Cómo una sociedad relativamente pobre ha conseguido edificar el palacio en que hoy se hospeda? Hasta ahora el ingenio literario habia sido compañero de la pobreza y jamás se le vió de buen acuerdo con el crédito. Así como el hambriento de que habla Quevedo hacia enflaquecer á los jamones con sólo mirarlos, el ingenio literario y artístico con sólo mirar á los billetes de banco les dejaba convertidos en unos papeluchos exentos de valor; pero esta vez el Ateneo encontró banqueros que le adelantasen un millon de reales, arquitectos que de balde diseñasen sus planos y dirigiesen sus obras, pintores que le regalasen cuadros y le adornasen con frescos las techumbres. El Ateneo ha salido de la nada, esto es, de un monton de papeles de crédito que el ingenio se compromete á pagar en breve plazo. Lo cual demuestra que no siempre está el dinero en malas manos y que si á veces cae en las de Shylok, otras muchas brilla en las de Mecenas.

Este nombre me recuerda la poderosa y culta sociedad romana que hacia á Virgilio el presente de una quinta y á Horacio el de un prado plantado de nogales. ¡Qué bien soñaba el poeta á la sombra de sus propios árboles y en la régia soledad de su propio palacio! Pero anduvieron los tiempos, que más valia que se hubieran estado quietos para lo que nos iban á traer, y trajeron eras bárbaras en que Cervantes se acostaba sin cenar y en que Quevedo era respetado, no por el inmenso genio que Dios puso en su alma, sino por una cruz roja que el capricho de un rey pintó en su pecho. Y cambiaron las cosas, pero no el sino de los hombres de ingenio de quienes, segun la frase de Víctor Hugo, está enamorada una arpía, el hambre. Para estos escritores que necesitaban leer y no tenian libros, que deseaban un lujoso gabinete en que trabajar y sólo disponian de una buhardilla fué un paraíso el Ateneo que alguien ha llamado la casa de huéspedes de Minerva.

Los pinceles de Gomar, Laberon, Jover, Balaca, Puebla, Ferriz, Monleon, Lhardy, Beruete, Mélida, han decorado con algunas de sus inspiraciones el nuevo Ateneo.

La luz abrillantaba los muros del salon de sesiones, el público llenaba sus quinientas butacas, las damas sus elegantes tribunas, el rey y la corte su estrado.... Empezó la solemnidad y el Sr. Cánovas del Castillo leyó uno de esos trabajos críticos é históricos en que sobresale.

El Ateneo quedó inaugurado y ya comienzan sus tres secciones sus habituales tareas. A la nueva generacion le queda por cumplir un difícil deber: hacer tan ilustre el palacio como lo fué el modesto hospedaje en que hasta ayer estuvo el Ateneo.

* * *

Una triste noticia: Campo Arana, el ingenioso autor dramático y articulista, ha tenido que ser separado de su familia para que la ciencia alienista se hiciese cargo de sus perturbadas facultades.

Mucho más horrible que la muerte es esta del espíritu, especialmente cuando es un hombre de talento el que la sufre. Su cuerpo queda en pié, por sus venas circula la sangre, pero ¡qué triste es este remedo de la vida, qué irrisoria esta apariencia de la salud, qué ferozmente sarcástica esta comedia que representa la materia cuando está ausente el espíritu!

Un loco es un vivo muerto, algo así como un cadáver insepulto al cual no le queda de la vida sino lo puramente animal de ella, un estómago que funciona como una retorta, un corazon que se mueve como un reloj.

* * *

El Madrid que se ha dado en llamar elegante, el de los polvos de arroz, el que adorna los cabellos de las mujeres con rocío de brillantes, y sus corazones con los requiebros de patron de los revisteros de bailes; ese Madrid que tiene coche, palco en el Real y una multitud de necias vanidades en el alma, sufre una enfermedad terrible. La tarántula le ha mordido y ha infiltrado en su sangre el veneno del cotillon. Y habeis de ver en esos dorados salones cómo valsan ministros y duquesas, beldades en capullo y diplomáticos en *herbe.* Vénus con corona y Joves coronados.... En vano la seriedad humana protesta contra el baile; miéntras el hombre pase una parte de sus años en la juventud el baile tendrá una razon de ser: la sinrazon de esos primeros años. Pero al traer aquí esta materia no lo hago ni para satirizar esa monomanía danzante ni para cubrir á las ilustres bailarinas de flores, sino para advertir que por lo que de las revistas de salones se desprende, cada vez adquiere más autoridad el sistema llamado de la *sauterie.* Varios jóvenes de ambos sexos deciden bailar y eligen el aristocrático salon en que han de hacerlo; sin prevenir al amo de la casa, asaltan esta, llevan quien toque el piano, ó un par de violines debajo del gaban de pieles y el baile empieza. El amo de la casa no puede resistirse, tiene que admitir la invasion con la sonrisa en los labios. ¿Que está de mal humor? Pues como si estuviese contento. ¿Que le duelen las muelas? Pues no importa....

Antiguamente la buena educacion consistia en no molestar al prójimo: ahora consiste, por lo visto, en sacrificarle.

Las gentes elegantes á fuerza de sustituir el viejo sistema ceremonioso por el nuevo sistema de la franqueza han encontrado su ideal en un frac de faldetas cortas, en un vestido de baile de descote bajo, en un cigarrillo ruso fumado por una dama, en un *clac* que al abrirse hace el ruido de un petardo.... Echemos una borlada de polvos de arroz sobre esta inmensidad de tonterías.

* * *

Por lo que á la literatura se refiere, hay que dar cuenta de la lectura del poema de Velarde el *Capitan García* efectuada en el Centro militar.

La Academia española anuncia para el dia 10 la recepcion de su nuevo miembro el duque de Villahermosa en quien brilla la prosapia más que el ingenio. La Academia sigue sus tradiciones: la fundó la aristocracia para entretener á los segundones que hacian acrósticos. Un duque más en la Academia no alterará la riqueza del diccionario. Los duques son respetables con tal de que respeten el idioma, y es sabido que el mejor medio de que un hombre no vuelva á escribir consiste en nombrarle académico.

Para la plaza vacante en esa sacristía del idioma hay dos candidatos, Martos y el P. Mir. Los amigos oficiosos han hecho un mal servicio al P. Mir: compararle con Martos; pero suponemos que el P. Mir triunfará porque no pueden reunirse en el mismo libro de actas las dos en que se da cuenta de la entrada de un duque de tantos y del primer orador español.

Campoamor ha entrado en el Consejo de Estado y Nuñez de Arce va á publicar su poema *La pesca.*

Como se ve los dos líricos se han dedicado á pescar.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

UN MENDIGO, cuadro por R. Tusquets

Con decir que este lienzo figura en el Museo Nacional de Madrid, que es el primero del mundo, queda hecho el mayor elogio de la obra y de su autor.

Nuestro laureado paisano dibuja con perfeccion y pinta con seguridad digna de un maestro. Examínese nuestro *mendigo* y áun cuando no se puedan apreciar las bellezas de color que avaloran el original, se echa de ver á simple vista el detenido estudio de toda la figura y la ninguna vacilacion con que está ejecutada. Su realismo es el realismo de Ribera, poco simpático cuando el asunto lo es poco de sí; pero no es el realismo de Courbet que se goza en destruir lo bello allí donde la belleza puede existir y, más ó ménos cierta, estamos acos umbrados á verla.

Tusquets tiene valor positivo en el mundo artístico. Este nombre lo debe no tan sólo á sus comprofesores, sino al público que es un gran juez en bellas artes, como que estas se hallan principalmente destinadas á excitar un sentimiento dado por medio de la forma, y ese sentimiento no es patrimonio exclusivo de iniciado alguno. Actualmente en la exposicion Parés, ese público, sin previo acuerdo, se detiene ante un cuadro que lleva por título: *Una leccion de canto llano.* ¿Porqué esa opinion unánime del público? Por la fascinacion que sobre él ejerce el verdadero artisa; por esa fascinacion que le detiene, asimismo, ante la *Salida del baile* de Roman Ribera, ante el *Cementerio* de Villegas, ante las *Regatas* de Galofre, ante el *Ladron* de Fabrés, y ante otros lienzos y acuarelas que honran al arte y á la patria.

VISITA Á LOS ABUELOS, cuadro por J. Vinea

El asunto de este cuadro es altamente simpático y se halla realzado por una ejecucion digna de aplauso. Todos los personajes se hallan en situacion, desde el anciano clavado por la edad en su poltrona, hasta el niño que, tan alegre como cortés, corre á dar un ósculo respetuoso á su querida abuela.

El conjunto impresiona favorablemente y en sus detalles demuestra el autor tanto conocimiento de época como profunda observacion de estas agradables escenas de familia.

PIERROTINE, cuadro por F. Serra

Nuestro insigne paisano ha *femenizado* (pásenme Vds. el verbo) el tipo del payaso del teatro popular francés. Todos saben que Pierrot es un ejemplar del muchacho travieso, burlon, dado á las aventuras, con cara de imbécil y hechos de astuto, pendenciero, enamoradizo, parecido al *arlequino* de Italia y, como éste, síntesis del pueblo en cuya mente se engendró, por obra de un autor anónimo, el personaje en cuestion.

¿Quién hizo el descubrimiento de la criatura? ¿Quién la llevó al teatro? ¿Quién la inmiscuyó en todas las pantomimas grotescas? ¿Quién concibió su extraño traje, su holgada camisa con enormes botones, su inmensa golilla, su faz embadurnada y su casquete de solideo?... *Hé aquí la cuestion,* como diria el gran poeta inglés. Los engendros populares carecen de partida de bautismo. Tienen algo de los refranes, que con ser de todos conocidos, nacen generalmente de padres ignorados.

Nosotros no podemos hacer el árbol genealógico de Pierrot, pero sí añadir un dato que comprueba la antigüedad de la mala reputacion en que le tiene su patria. Allá, por aquellos tiempos en que la poesía y la pintura se hallaban en estado embrionario, los muchachos franceses tenian la costumbre de dibujar en la falsa portada de sus manuales de estudio un Pierrot ahorcado por el delito de robo de libros. Era algo parecido y generalizado como nuestro habitual

Si este libro se perdiese,
Como puede suceder.... etc.

Pierrot, pues, empezó por ser ladron de libros y ha ter-

minado por ser el bobo de las trashumantes compañías de titiriteros.

Los pintores, que todo lo idealizan, se han dedicado últimamente á dar forma y color agradables á ciertas especialidades de varios órdenes. Así, por ejemplo, han inventado el traje de Luna y embellecido á las mismas brujas de Macbeth.

Serra no ha querido rezagarse y ha hecho una *Pierrotine* que está diciendo ¡comedme!

Señores gastrónomos: ¡mucho ojo!... Esta clase de manjares producen casi siempre gravísimas indigestiones.

INDECISION cuadro por W. Schutze.

¿Dirá que sí?.. ¿Dirá que no?... Ello es que la muchacha ha de tomar su partido... No siempre un mozo honrado, apuesto y trabajador, se dirige con buen fin á una muchacha que lleva en la linda cara todo su patrimonio. Mas por otra parte, la han dicho tantas cosas de los hombres... Cosas casi tan malas como las dicen á los hombres de las mujeres... Que son muy inconstantes, que despues del matrimonio sacan las uñas, que todas las muchachas les parecen mejor que la propia, que la taberna está muy próxima al hogar doméstico, que las malas compañías, que las pícaras tentaciones...

Todo esto se la ocurre á la jóven de nuestro cuadro en el momento más crítico de su vida; precisamente cuando de una palabra suya depende todo su porvenir.

Pero, Señor!... Si al fin y á la postre el destino de la mujer, y sobre todo de la mujer del campo, es casarse, ¿porqué meterla en la cabeza una porcion de tonterías y sembrar desconfianzas cuando el amor se alimenta principalmente de ilusiones?

Esos afectos encontrados, esa lucha entre el temor y el deseo, esta indecision propiamente dicha, están perfectamente reproducidos en el cuadro de Schutze.

LOS ÚNICOS AMIGOS, cuadro por A. Spiess

El asunto de este cuadro se nos figura el cuento de la Cenicienta sin hada bienhechora y sin príncipe. Sola en el mundo, recogida por caridad en una granja, está destinada á vegetar como una cosa cualquiera, sin inspirar afectos y rogando á Dios que no se los haga sentir. Sus amos, que la explotan cuanto pueden, la humillan con el sempiterno recuerdo de su limosna; sus convecinos la contemplan con la mayor indiferencia y hablan de su desarrollo como del de un árbol que empieza á dar frutos á su propietario; los mozos del lugar ni siquiera se han apercibido de que ya ha cumplido quince años. Su presencia únicamente es acogida con entusiasmo en el gallinero: las aves de corral son más agradecidas que ciertos individuos de la especie humana. Y, sin embargo, más tarde ó más pronto esos amigos únicos están condenados á morir á sus manos; la pobre *moza* se verá obligada á degollarlos sin piedad; ella que los vió nacer, ella que los crió con tanto cariño, ella que frecuentemente les dirigia la palabra como si fueran capaces de comprenderla!....

¡Pobre Cenicienta de la granja!.... Pasó, por desgracia, el tiempo de las hadas.... Si se encontrara una chinela de cristal, puedes estar segura de que no te llamarian á palacio para acomodarla á tu pié.

LAS ROCAS DEL PATERNOSTER, cerca de Guernesey, dibujo por Pleilch

Las accidentadas costas de las islas del Canal de la Mancha, llamadas tambien Anglo normandas, han merecido que uno de los más insignes escritores contemporáneos, Víctor Hugo, dedicara á su descripcion algunas admirables páginas de su novela *Los Trabajadores del mar.* Pálido seria cuanto pretendiéramos añadir á lo ya dicho por el esclarecido poeta: aquellos de nuestros lectores que deseen conocer lo que son dichas islas, no harán mal en recorrer los capítulos de la novela citada, en la seguridad de que nos agradecerán el consejo. Por nuestra parte, pues, nos limitamos á reproducir por medio del grabado uno de los más salvajes puntos de vista que ofrecen aquellas costas, el llamado *Rocas del Paternoster*, famosas entre los marinos que suelen surcar las aguas del pequeño archipiélago por las dificultades que oponen á la navegacion, habiendo sido allí tan frecuentes y tan rápidos los naufragios que segun voz popular deben su nombre á que el náufrago sólo tiene tiempo de rezar un Padre nuestro ántes de ser devorado por las arremolinadas olas. Hoy no son ya tan frecuentes estos siniestros merced al conocimiento perfecto que de dichos parajes se tiene y al sistema de faros establecido por el gobierno de la Gran Bretaña.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO (1)

EL PALACIO DE LA EXPOSICION EN NIZA

En la ladera de una colina alfombrada de olivos y coronada de pinos marítimos con sus copas de color verde oscuro, se eleva el palacio de la Exposicion de Niza, para cuyo emplazamiento ha sido menester practicar un dilatado corte entre espesos naranjales cuyos dorados frutos esmaltan la verdura circundante de mil puntos luminosos. Este palacio es muy parecido al del Trocadero; pero tan gracioso, tan ligero con sus dos torrecillas, tan armonioso con sus polícromos colores, tan hábilmente comprendido, que desde luégo cautiva la vista. Si á esto se añade que desde su entrada se contempla el panorama más risueño, más extenso y deslumbrador que darse pueda, formado por el Mediterráneo á la derecha y la ciudad de Niza diseminada á la orilla de las azuladas ondas; enfrente varias colinas llenas de quintas, setos y verjeles; á la izquierda las últimas estribaciones de los Alpes con sus placas de nieve y sus profundos valles; delante el verdor de todas las vegetaciones mediterráneas, y sobre todo esto el firmamento azul, la luz, el sol ardiente, fuerza será convenir en que si durante este siglo se han celebrado muchas Exposiciones, ninguna presenta un carácter tan especial como la de Niza ni es fácil que compita otra alguna con ella.

En cuanto á sus demás condiciones exteriores, fácilmente podrán apreciarse examinando nuestro grabado, reproduccion exacta del original.

(1) Deseando dotar á esta publicacion de cuantos elementos variados y amenos reclama su importancia, hemos resuelto acompañar á algunos números de la *Ilustracion artística* escogidos *Suplementos* que representen asuntos de actualidad ó de bellas artes, inaugurando hoy los que nos proponemos publicar de vez en cuando con la magnífica lámina á que alude la descripcion que sigue.

(N. de los E.)

EL HOMBRE VERDE

POR DON F. MORENO GODINO

I

Currito era un jóven de diez y siete años, muy guapo, muy bueno, muy trabajador, y que queria á su madre la señora Casilda, como á las niñas de sus ojos. Vivian ambos en una casita de su propiedad, situada á dos tiros de bala de la ciudad de Albacete.

El padre de Currito habia sido cincelador de la fábrica de navajas, cuchillos y puñales de dicha ciudad y á él se deb.n muchas de esas primorosas hojas en las que se lee la inscripcion de *Petrus me fecit.*

Desde que su hijo pudo manejar un cincel hízole trabajar á su lado, trasmitiéndole una parte de su habilidad, y cuando murió le dejó asegurada una plaza en la fábrica, de modo que Currito pudo sostener á su anciana madre.

Se miraba esta en su hijo y era de ver lo limpio y bien cuidado que le tenia.

El muchacho se pasaba todo el dia trabajando en Albacete y cuando al anochecer regresaba á su casita, estaba seguro de encontrar una cena muy sabrosa y una cama muy blanda.

Aunque viuda ella, y él huérfano de padre, pasado el natural sentimiento por la pérdida que habian sufrido, vivian ambos tranquilos y satisfechos. El dueño de la fábrica estimaba mucho al jóven operario por su inteligencia y laboriosidad y todos le querian por su buen carácter y simpática figura.

Currito se levantaba cantando (buena señal) y se acostaba contento como todo el que ha cumplido con sus deberes. Sin embargo, algunas veces se quedaba pensativo y como ensimismado. Era andaluz, habia nacido en Sevilla, en donde pasó sus primeros años, hasta que su padre obtuvo la plaza de cincelador en la fábrica de Albacete; y tenia la imaginacion viva é impetuosa. Gustábanle la majeza, los caballos con vistosos aparejos, los botines pespunteados por lo fino y todas esas cosas que constituyen la idiosincrasia de la tierra de María Santísima.

Además, habia llegado á la edad crítica en que el corazon se despierta y la imaginacion se crea visiones amorosas. A veces pensaba en la hija del dueño de la fábrica, que tenia *ojos de matadora* y que entonaba una *soleá* que ni de perlas; pero no se atrevia á formular sus aspiraciones. Ella era rica y él sólo ganaba un jornal apénas suficiente para atender á sus obligaciones. Dejaba, pues, correr el tiempo, esperando con esa confianza de la juventud, que cree tan natural la felicidad, tan factibles sus castillos en el aire, que supone imposible que no se realicen el dia ménos pensado.

II

Al anochecer de un dia de fiesta del mes de mayo, miéntras su madre preparaba la cena, Currito salió á dar un paseo y á tomar el fresco, porque hacia calor. El cielo estaba clarísimo y la luna llena brillaba espléndidamente. El jóven, cantando unas peteneras y pensando al mismo tiempo en los medios de hacer fortuna para satisfacer sus vagas aspiraciones amorosas, se fué acercando á una fuente que habia á dos tiros de bala de su casa, y ántes de llegar, á la luz de la luna, vió un hombre de aspecto sombrío que estaba sentado en el pilon, que era muy ancho, y á su lado un perro, sentado tambien, que tenia ¿lo creerán ustedes? una pipa en la boca, de la cual lanzaba gran des bocanadas de humo.

El hombre llevaba en la cabeza un sombrero verde de anchas alas, vestia un tabardo verde que le llegaba hasta los piés y tenia en la mano un palo largo, semejante á una chibata, de cuyo extremo superior pendia un talego abultado como conteniendo dinero ú otras cosas.

El perro era negro, ratonero, pero más grande que suelen serlo los de esta casta; llevaba abierta la raya en la cabeza, como un gomoso, y atusado el bigote á la borgoñona.

Currito, que era valiente y tenia la conciencia limpia, aunque algo sorprendido, no se intimidó y siguió avanzando hácia la fuente.

—¿Quién es ese que viene?—dijo el hombre verde.

—Es Currito, el hijo de la señora Casilda—contestó el perro, quitándose la pipa de la boca con su pata derecha y soplando para ahuyentar la ceniza.

—¡Ah! ¿Currito, el jóven más juicioso de la comarca? ¡Por los cuernos del diablo! me gustaria hacerle algun favor.

Y luégo, dirigiéndose al jóven, que ya se habia aproximado, repuso:

—Hola, Currito, ¿cómo va de salud? Apostaria cuatro mil duros, es decir, la sexta parte de lo que hay aquí—y golpeaba el talego que llevaba pendiente del palo—á que esta noche va á sucederte algo bueno.

Y Dios quiera que nunca le suceda á V. nada peor—añadió el perro moviendo la cola y alargando la pata para dar un apreton de mano á Currito.

Este le miraba con asombro; ¡un perro que hablaba! El jóven supuso que el hombre verde era ventrílocuo, y que, como un gitano que él habia visto en Sevilla, fingia hacer salir la voz de donde queria.

—Señores, hace calor,—dijo Currito, no sabiendo qué decir.

—Y con esto al lado, mucho más, observó el hombre meneando el talego que despidió un ruido metálico.—La guita hace sudar.

Y luégo repuso:

—Unos comen con cubierto de plata y otros con cubierto de palo. Si quieres ser de los primeros, siéntate aquí y echemos una brisca;—y al decir estas palabras sacó una baraja del bolsillo.

—Caballero,—dijo Currito,—con todo el respeto debido á usted y á este individuo que tiene cola y cuatro patas, debo advertir, que si bien ustedes me conocen, yo nunca he tenido el honor de ver ni al uno ni al otro.

¡Y eso qué importa!—exclamó el perro quitándose otra vez la pipa de la boca.—Nosotros le queremos bien á V. y procuraremos hacerle rico.

Currito comenzó á admitir la posibilidad de que se habia encontrado con uno de esos brujos, espíritus, súcubos ó íncubos, que, al decir de la gente, en algunas ocasiones se entretienen en proteger á las personas honradas.

—Currito,—dijo el hombre verde, bajo palabra de honor te aseguro que harás bien en coger la pelota al bote, si no quieres trabajar toda la vida y al fin y al cabo morir en la miseria.

—Y dice bien—observó el perro; —no hubiera hablado mejor mi maestro de primeras letras:

Si pierdes la ocasion
Tú serás un melon.

—Pero bueno, ¿qué hay que hacer para adquirir esa fortuna de que me hablan?—preguntó el jóven.

—Poca cosa, sentarse y echar una partida conmigo.

—¿Y qué vamos á jugar? porque mi bolsillo está limpio.

—No todo lo que vale es dinero, muchacho,—dijo el hombre verde. Te hago un trato. Yo he tenido trescientos treinta y tres criados y todos me han salido sisones, holgazanes y dormilones; necesito un buen sirviente, y como conozco tu honradez y actividad, te propongo que juguemos, tú tus servicios y yo mi dinero.

—Explíquese V.

—Si ganas (que es lo probable), te llevas este talego que contiene veinticuatro mil duros en monedas de oro con el sello de la restauracion...

—¿Veinticuatro mil duros?

—Sin faltar ni un céntimo.

—¿Y si pierdo?

—Te obligas á servirme durante un año y un dia. Te repito que lo más natural es que ganes, porque yo soy muy torpe en la brisca.

III

Currito se quedó pensativo.

La proposicion era tentadora; ganando, realizaba todas sus aspiraciones, podia casarse, procurar á su madre una vejez llena de comodidades....

Miéntras el jóven reflexionaba, el perro, poniendo una de sus patas delanteras á lo largo de su nariz, le hacia significativos guiños.

Además,—se dijo Currito á sí mismo,—quizás este buen hombre, que me conoce, querrá protegerme de un modo delicado, y tirará á dejarse ganar.... y por último, lo más que me puede suceder es perder. ¿No trabajo ahora en una fábrica? pues lo mismo ó ménos trabajaré en el servicio doméstico.

—Pues no tardas poco en decidirte—observó el hombre verde; si todos los jugadores lo pensasen tanto, buen año echarian los casinos y las tabernas. Vaya, dí, sí ó no.

—Acepto.

—En buen hora.

—¿Es V. formal en sus tratos?

—Mira, muchacho, yo soy un bellacon de primera clase, pero estoy sometido al influjo de un encanto que me obliga á tener palabra, á cumplir mis compromisos, bajo pena de la vida.

—No tengas cuidado dijo el perro guardando la pipa en el bolsillo de la americana encarnada que llevaba puesta sobre el lomo;—te garantizo de que cumplirá las condiciones y de que no hará trampas. Yo estoy aquí.

—Pues al avío, —exclamó Currito;—á ver quién da.

Comenzó el juego. Francamente, ¿Vds. creen que el buen muchacho podia ganar en aquella encerrona al aire libre? El perro, desde las primeras bazas repitió sus guiños, como diciendo á aquel «mira y ganarás» y luégo, volviéndose hácia un lado, le enseñó un espejo que llevaba en un costado, en donde parecia que se reflejaban las cartas del hombre verde. Currito, mirando al espejo, desatendia al juego y no llevaba cuenta de las briscas y triunfos salidos.

Sin embargo, los jugadores se pusieron á dos partidas



VISITA Á LOS ABUELOS, cuadro por J. Vinea



PIERROTINE, cuadro por E. Serra

cada uno. Acabada la quinta, que era la decisiva, el jóven, despues de haber contado, dijo:

—He perdido por dos tantos.

—Por no haber encartado el caballo de espadas, observó el perro.

—Tú tienes la culpa, mastin, exclamó Currito, -tú y tu maldito espejo.

—¿Cómo es eso, me tuteas, belitre?—dijo el animal alzando una pata como jurándoselas.

—Eres peor que un gallego que pierde media copa,—gritó á su vez el hombre verde.

Quiere eludir las condiciones—repuso el perro trasformémosle en asno, para que en lo sucesivo no pueda engañar á nadie.

-Tienes razon.

El hombre verde extendió sus manos sobre la cabeza de Currito, y, en un decir amén, le salieron á este dos orejas de burro. Al vérselas en la fuente, el pobre jóven comprendió el lazo en que habia caido y que por la mala nada adelantaria.

Señores, dijo, —sosegaos y tratemos de entendernos.

Eres mi criado durante un año y un dia.

-Lo seré, pero con una condicion.

Podias haberla puesto ántes.

-Lo hago ahora.

Dila.

-Yo soy un muchacho honrado.

—Bien, ¿y qué?

—Usted no me podrá mandar nada que sea contrario á la religion, á la moral, á la patria ó al rey.

—Convenido.

—Quisiera además pedir á V. un favor.

—Parece que te ha hecho la boca un fraile. Pero en fin hoy estoy de buena vena. Vaya, di.

—Tengo una madre pobre y vieja, que con mi ausencia se moriria de dolor y hambre. Concédame V. el plazo de un año para trabajar á destajo y dejarla con qué vivir, miéntras yo sirvo á V.

El hombre verde miró al perro y se rascó la oreja derecha, como reflexionando.

—¿Cuánto—preguntó—necesitará tu madre para pasar durante doce meses?

—Unos cuatro mil reales.

—¡Caramba, es una derrochadora! pero te repito que hoy me has pillado de vena. Te los adelantaré á cuenta de tu salario. Ahí los tienes.

El hombre verde abrió el talego y dejó caer al suelo un monton de monedas de oro; el perro las fué contando con una ligereza digna de un cobrador del banco, hasta apartar la susodicha cantidad.

—¡Muchas gracias!—dijo Currito guardándose el dinero. Ahora sólo me resta pe....

¿Otra te pego?

Pedir á V. que me conceda ocho dias para ir perparando á mi madre y despedirme de ella.

—¿Qué te parece?—preguntó el hombre verde al perro.

—Seamos magnánimos —contestó lacónicamente el animal.

—Hoy es domingo,—repuso aquel; —el lúnes de la otra semana, á las seis en punto de la tarde, este señor de ratonero te irá á buscar á tu casa para conducirte á mi castillo.

—Está bien, señor; pero los ratoneros todos se parecen, ¿cómo le reconoceré?

—¡Imbécil! En primer lugar él te hablará.

Bueno.

Además, la americana encarnada que lleva puesta no puede confundirse con otra alguna: es corte de Mejía.

-Es verdad.

—Y por último, para más señas, irá calzado con borceguíes marroquíes amarillos, en las patas traseras.

—Basta, señor, estamos convenidos. Pero, por despedida, tenga V. la bondad de quitarme estas orejas de burro.



INDECISION, cuadro por W. Schutze

Es justo.

—Gracias. Hasta la vista.

Hasta el otro lúnes —dijo el perro sacando su pipa del bolsillo.

IV

Omito detalles. ¡Pobre madre y pobre hijo que tuvieron que separarse! Currito siguió al perro que caminaba gallardamente con sus borceguíes marroquíes, y al cabo de dos meses y cuatro dias llegaron al castillo del hombre verde, que estaba situado en un país cálido, segun mi parecer, en una de esas comarcas africanas que aún están por explorar.

El castellano acogió al jóven con cordialidad y le permitió un dia de descanso.

Al amanecer del siguiente, el hombre verde, en traje de caza, despertó á Currito y le llevó á un salon pintado de negro, en el que habia trescientos treinta y cuatro garfios colgados en las paredes, y en todos, excepto uno, otras tantas cabezas humanas.

El pobre muchacho se quedó consternado.

—Esas cabezas, —dijo el hombre verde,—han pertenecido á criados torpes, sisones ó perezosos, y ese garfio que está vacío espera la tuya si no cumples bien tus quehaceres.

—¿Y cuáles son, señor?

—Por hoy, limpiar una cuadra, trabajo que ha de estar terminado al anochecer, hora en que regresaré de mi cacería

-Bien, señor, —balbuceó Currito; —haré todo lo posible.

El hombre verde condujo al jóven á una cuadra no muy grande en la que habia algunos montones de paja.

(Continuará)

EL SUEÑO DE LAS PLANTAS

No sólo en el momento presente, cuando despues de los trabajos y delicados experimentos de Siemens, sabemos cómo la luz eléctrica ejerce sobre los vegetales análoga accion que los rayos del Sol, sino ya de bastante tiempo data la cuestion de saber y demostrar si las plantas necesitan reposo durante la noche, ó si, por el contrario, pueden vivir sin descanso, conservando ileso su organismo y no variando ninguna de sus condiciones vitales.

Muy pocos descubrimientos han sorprendido tanto como los resultados obtenidos por Siemens respecto de la accion de la luz sobre las plantas en general y singularmente sobre las gramíneas. Aún se recuerda el rápido nacimiento y la floracion de las plantas en el invernadero de la Exposicion de electricidad de Paris; la controversia originada por las afirmaciones del experimentador todavía no ha terminado, y la cuestion, puesta desde entónces á la órden del dia, parece que ha de resolverse á favor de los que opinan en contra de Siemens y sostienen la necesidad del sueño de las plantas.

Grandes atractivos presenta el problema desde cualquier punto de vista. Por una parte trátase de determinar acciones nuevas de aquello en que están puestas todas las miradas de los experimentadores, la atencion de los sabios y el deseo de los industriales, afanosos por adquirir, en tiempo más ó ménos cercano, el dominio de una fuerza que promete maravillas y portentos, nunca igualados hasta ahora ni soñados por los que anhelantes buscan en todos tiempos medios para ensanchar y agrandar la fecunda y productora actividad humana. De otra parte, la accion de la luz eléctrica sobre las plantas podria ser de inmediata é importantísima aplicacion. Partiendo de los experimentos citados, se prevé una gran revolucion en la agricultura; sueña la imaginacion con inmensos campos sembrados de trigo y ve en pocos meses surgir el airoso tallo, brotar la espiga, que crece en su parte superior durante las nieves y granarse en sazon para que el labrador recoja el codiciado fruto mucho ántes que ahora, por obra y gracia de esta luz eléctrica, vaga y melancólica como los rayos solares reflejados por la luna, azulada y poética como las lejanas montañas de las costas del Norte. Y pudiera la fantasía recrearse de antemano en la contemplacion de fingidos dilatados viñedos iluminados durante la noche por brillantes soles eléctricos cuyas radiaciones sacarian á la savia del invernal letargo, la harian circular por el tronco, brotarian las yemas de las hojas, se desenvolverian estas pasando por los más variados tonos de color verde, floreceria la vid, fecundaríanse los huevecillos y el fruto se doraria ó tomaria hermoso color rojo, y completamente maduro, recibiríanlo las viñadoras en sus cestos, y llegado al lagar, convertiríase en néctar delicioso, restaurador de fuerzas perdidas, mágico licor, fuente y orígen de toda actividad y manantial de viril energía.

Todavía el problema tiene otro carácter no ménos importante: el carácter estético. Al fin trátase de las más hermosas galas con que la madre Naturaleza se atavía, y que son al propio tiempo signo de su fecundidad y promesa de formas y razas, nuevas unas veces y las más reproduccion de otras, y siempre pruebas de la perpetuidad de las especies y de la evolucion de los individuos: trátase de las flores y de las hojas, símbolo de la eterna juventud de la fecunda madre, adorno magnífico que realza su hermosura y señal de la renovacion de la vida, del esparcimiento de las ocultas fuerzas productoras que en su seno alientan y en él se nutren.

Examinando con algun detenimiento el asunto de que se trata, nos hallamos con un hecho fuera de toda duda, á saber: la luz eléctrica actúa sobre los vegetales como la luz solar; de modo que las funciones vitales de las plantas se cumplen cual si recibieran directamente la vivificante luz del sol. De donde se deduce la posibilidad de acelerar la vegetacion por medio de la electricidad, siem-

pre á condicion de no perjudicar con ello la vida misma de las plantas ó causar alteracion en sus funciones.

Para resolver esta cuestion conviene contestar á estas preguntas: ¿las plantas duermen? ¿en su sueño ejecutan movimientos especiales, cuyo objeto sea, por ejemplo, preservarse de determinados accidentes? Y áun despues de haber dado solucion á estos problemas, se hace preciso examinar ciertas condiciones de la luz eléctrica -y entre ellas las propiedades térmicas —y ver en definitiva si satisface todas las exigencias de la vida vegetal. Reservando para mejor ocasion el detenido y minucioso estudio de estas cuestiones, voy á limitarme á marcar los puntos principales en que se funda la opinion contraria á la teoría de Siemens, tratando ligeramente de dar solucion á las cuestiones propuestas.

No puede dudarse del sueño de las plantas. Pfeffer, Crié, Brongniart, Pompilian y sobre todo el incomparable naturalista Darwin han dado pruebas evidentes de ello y este último muy singularmente en los capítulos sexto y sétimo de la obra titulada *Facultad motriz de las plantas.* Establece el gran naturalista inglés que las hojas se mueven durante el dia en sentido determinado, describiendo unas veces curvas sencillas—comunmente elipses -y otras, líneas sinuosas de mayor complicacion; pero estos cambios de posicion se alteran al llegar la noche; las hojas modifican su posicion relativa; casi siempre se cierran las flores, y observando el crecimiento de la planta se ve que es casi nulo en ausencia de la luz. De aquí la deduccion del sueño de las plantas; cuyo acto está probado en el hecho de que no sólo cada género y especie de plantas duerme de diverso modo, sino que áun el sueño varía en los distintos individuos. Debe entenderse la diferencia esencial entre el sueño de las plantas y el de los animales; pues en las primeras se reduce á simple cambio ó alteracion del movimiento diurno de las hojas, dependiente siempre de las condiciones especiales de cada vegetal; porque son de observar variaciones esenciales y diferencias en el sueño de las distintas plantas, cuyas diferencias fueron objeto de estudios notabilísimos de Darwin, consignado muy al por menor en la magnífica obra ántes citada.

Por punto general el sueño de las plantas consiste en cierta modificacion del movimiento diurno. Si ponemos atencion en el movimiento de ciertas hojas,—especialmente de las lobuladas y compuestas,—vemos que la mayor parte varian de posicion durante la noche, y ordinariamente giran de tal modo que llegan á colocarse casi verticales, si durante el dia su posicion era horizontal. Al seguir cuidadosamente esta especie de rotacion de las hojas se notan fenómenos muy curiosos: si la hoja es jóven percíbense sus movimientos con más claridad; se la ve durante el dia lozana y fresca, dirigida hácia el sol con una especie de instinto, exponiendo á la luz sus partes más delicadas, la cara de matices más claros, los lugares donde se agrupan en mayor número los órganos de la respiracion y asimilacion, cual si tuviera ansias de agotar en un instante toda su vida, absorbiendo por entero la actividad del rayo solar que la acaricia. En cambio por la noche prodúcense fenómenos más singulares todavía. Como si se sintiera herida, ó quizá para recoger y guardar aquella impresion de luz, va la hoja replegándose y la flor se cierra, de igual modo que nuestros ojos cuando queremos dar mayor duracion á sensaciones agradables ó nos recogemos para pensar; adquiere distinta posicion, pónese muchas veces vertical y otras llegan hasta unirse sus bordes, acércase más al tallo y áun llega hasta abrazarlo como el niño abraza cariñoso á la madre, y así permanece dormida y quieta hasta que el primer rayo solar de la mañana despiértala é invítala á seguir la sutil ondulacion de aquella luz de quien depende principalmente la vida vegetal.



LOS ÚNICOS AMIGOS, cuadro por A. Spiess

Así descansan la delicada *mimosa*, el apreciado incomparable *trigo*, el *lotus* sagrado y simbólico, la olorosa *malva* y la hermosa *acacia farnesiana*, cuyas hojas tanto se arrollan y de tal modo pléganse para dormir que, observado el arbusto durante la noche, parece que en lugar de hojas tienen sus ramas retorcidas cuerdas de poca extension.

Multiplicadas y extendidas las observaciones, se ha visto que muchas especies duermen y ya posee la ciencia extensos catálogos aumentados de dia en dia hasta el punto de poder afirmar que las plantas duermen, siempre en el sentido de significar su sueño cierta variacion del movimiento diurno propio de cada vegetal.

Ahora bien: si es indudable el sueño de las plantas, ¿cuál es su objeto? ¿puede prescindirse en la vida vegetal de este movimiento nocturno, y aplicando la luz eléctrica, impedir que las hojas se dirijan unas veces hácia arriba, otras hácia abajo, en determinadas ocasiones se plieguen y en otras se unan al tallo hasta abrazarle y envolverle por entero? Tambien en estos puntos los experimentos de Darwin son concluyentes. Observando que las hojas se colocan durante la noche en posiciones distintas y variadas y que siempre las partes más delicadas son las que con preferencia se ocultan, puede pensarse si el objeto del sueño es proteger á los vegetales de los efectos perniciosos de la radiacion nocturna. En efecto, la cara superior de las hojas, aquella parte de color verde más puro, constantemente expuesta á la accion directa de la luz, es tambien la más delicada y necesita estar protegida de esa radiacion que en el espacio de una noche vuelve amarillas las hojas verdes y áun llega á quemarlas por completo, y tambien existen plantas las cuales, como ciertas especies de grosellas, jamás alcanzan á dar fruto si no se preservan de la radiacion nocturna. Además—y esto sucede lo mismo en los climas frios que en los cálidos—si por medio de cualquier artificio se obliga á las hojas á permanecer horizontales durante la noche, impidiendo los movimientos del sueño, aquellos órganos padecen, sobre todo en su cara superior, dirigida siempre hácia el sol, y de aquí la imprescindible necesidad del cambio de posicion con el objeto de proteger durante la noche aquellos delicados órganos, donde se verifica la funcion de la respiracion.

Parece, no obstante, que si la temperatura es constante, ó si los efectos de la radiacion nocturna pudieran contrarestarse, la planta no dormiria y su vida y crecimiento serian continuos y no experimentarian la menor alteracion. Evidentemente sucederia así; pero, por desgracia, no es la luz eléctrica el medio de conseguirlo. Siemens, es cierto, demostró que esta luz puede ocasionar en el mundo vegetal los mismos fenómenos que la luz solar, mas recuérdese el limitado lugar de los experimentos y ténganse presentes las diferentes condiciones de un invernadero y del aire libre. Crece la planta entre cristales y á determinada temperatura muy diferentemente que expuesta á todas las acciones atmosféricas, á los cambios bruscos y á las alternativas de calor, frio y humedad.

Hay, sin embargo, en la misma luz eléctrica una condicion que en mi sentir la imposibilita para la grande é importantísima aplicacion acometida por el ilustre físico Siemens. Por semejarse más y más á la luz de la luna son los destellos de la luz eléctrica frios y helados; sus rayos podrán deslumbrarnos, llenar nuestra imaginacion de poesía, traer á la fantasía imágenes y sueños románticos é ideales; pero nunca traen ese calor vivificante de los rayos del Sol; ese calor que ha quemado las arenas del desierto; ese calor que eleva de la superficie de las aguas caprichosas nubes, las cuales allá en la altura el mismo Sol colora con vivos y espléndidos destellos de su luz. Como de la luz, vive del calor la planta, y como la luz eléctrica está fria no puede darle sino la muerte, pues muerte es impedir el necesario sueño y los movimientos de él peculiares.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

RELOJES DUALES

PARA EL TIEMPO LOCAL Y EL COSMOPOLITA

La organizacion de los grandes ferrocarriles extendidos de Oriente á Occidente, las múltiples líneas de navegacion oceánicas, los correos, los telégrafos, las ciencias todas relacionadas con las formas y dimensiones del globo, la cronografía, la historia.... necesitan hoy imprescindiblemente de una HORA UNIVERSAL.

Pero los crepúsculos matutino y vespertino, las alternaciones de luz solar y de sombras, seguirán siempre viajando alrededor del globo en silenciosa pero ineludible sucesion; y sus fenómenos indicarán constantemente al sér humano las horas del dormir y del trabajar; de modo que la posicion del sol gobernará los usos domésticos en cada localidad miéntras el mundo exista; y jamás los habitantes de la tierra estarán todos durmiendo, ó todos trabajando, en el mismo momento del TIEMPO ABSOLUTO.

La civilizacion, pues, y los progresos del siglo XIX, por una parte; y, por otra, la sucesion de los fenómenos naturales efecto de la rotacion terrestre, hacen que el hombre actual necesite simultáneamente de dos cómputos del tiempo. Como habitante del planeta en que vivimos, tiene precision de conocer la hora cosmopolita: como residente



LAS ROCAS DEL PATERNOSTER, cerca de Guernesey, dibujo por Pleilch

en una determinada localidad, no puede prescindir de saber cuándo sale y se pone el sol en su horizonte.

Hay espíritus pequeños, que se creen grandes porque estorban. Cuando no debiera haber más que un coro de alabanzas unánimes á la Asamblea Geodésica Internacional de Roma, donde por sabios eminentes se han sentado las bases de la unificacion de las longitudes y de las horas, no ha faltado quien, para ostentarse más grande que esos sabios, pondere la dificultad de tener que llevar á la vez dos cuentas del tiempo; una para saber lo que pasa junto al campanario de su pueblo, y otra para conocer lo que ocurre en el mundo y lo que pasa en la Humanidad.

Ridícula y todo, la objecion, envuelta en chistes y en malicias, se sostiene entre algunos. Todo progreso supone condiciones á que hay que sujetarse, y que nuestros abuelos no necesitaron aprender. Para poner un despacho telegráfico es necesario averiguar dónde está la oficina, y saber cómo se extiende un telégrama, en qué mesas se escribe, en qué sitio del papel se pega el sello, etc. Y ¿es serio maldecir del telégrafo, por ser necesario estar al tanto de tan insignificantes pormenores? ¿Va á proscribirse el sistema métrico decimal, por ser necesarios nuevos pesos y medidas, quedando inútiles las antiguas varas de medir?

Para facilitar, pues, el conocimiento de las horas locales y de la cosmopolita ó universal, habrán de usarse relojes duales, ó de doble muestra; pero no de distinta maquinaria que la de los actuales, en lo esencial.

Actualmente se construye todos los años un millon de relojes y de cronómetros, y los fabricantes muy pronto generalizarán los relojes de doble indicacion. Pero, sin necesidad de acudir á los productos nuevos, pueden servir los existentes con solo un cambio de muestra.

El famoso ingeniero canadiense Sanford Fleming, que tanto ha trabajado en favor de la unificacion de las longitudes, no ha creido rebajada su autoridad de hombre científico descendiendo á esta clase de pequeños problemas prácticos, que la industria sabrá al cabo resolver del modo que presente mayor comodidad y baratura.

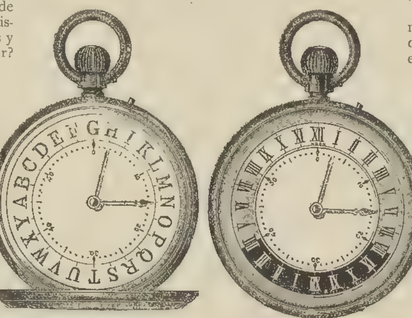
Sanford Fleming cree conveniente que se designen por 24 letras del alfabeto las 24 horas del tiempo cosmopolita; y que, como de costumbre, continuen las horas locales señaladas por números romanos. Las 24 letras del alfabeto estarán impresas en un anillo móvil que pueda resbalar, por rozamiento suave, concéntricamente á la circunferencia de los números romanos, los cuales se hallarán fijos (ó al revés: la circunferencia de los números romanos será la móvil, y la fija entónces la de las letras designadoras de la hora universal).

El siguiente diagrama da clara idea de la disposicion imaginada para utilizar los relojes hoy existentes.



Si á la hora G del tiempo cosmopolita, son las doce del dia civil en una localidad, se hará girar el anillo de las letras (si este es el móvil) de modo que la G caiga debajo de las XII; y, si las letras de las horas cosmopolitas correspondientes á la noche local se tiñen de un color cualquiera, desaparecerá el inconveniente de los relojes hoy en uso, que no distinguen las horas de luz de las horas de oscuridad.

Pero mejor que el anterior sistema seria el indicado por los dos diagramas que siguen.



En un ánulo (móvil por rozamiento suave) pueden estar las letras (ú otros signos cualesquiera) indicadoras de la hora universal, como marca el 1.° de los dos últimos diagramas, cuya tapa se supone abierta: si esta tapa está CALADA CIRCULARMENTE por su centro, y si en la corona externa resultante están grabadas en números romanos las horas del dia local y de su noche (señaladas estas por medio de color oscuro, y los crepúsculos por degradaciones de ese color), cuando la tapa se cierre, se leerán solo las horas locales indicadas por las mismas agujas; y cuando se abra, se verán las del tiempo universal, si el ánulo móvil de las letras está convenientemente ajustado.

Ahora la manilla de las horas anda doce veces más despacio que el minutero; pero, para la reforma que indican los dos últimos diagramas, seria necesario que el horario anduviese veinticuatro veces más despacio que el minutero; reforma fácil de introducir en todos los relojes actuales; y más fácil aún de ejecutar en los que se fabricasen de nuevo, especialmente y *ad hoc.*

Otros medios ocurren, y han sido ya propuestos, como el de hacer que los relojes de bolsillo tengan dos muestras: una en el anverso para el tiempo cosmopolita, y otra en el reverso para el local (ó al revés), fijas las letras y móviles los números romanos (ó al contrario), etc., etc.

Sanford Fleming da mucha importancia á la designacion por letras de las horas del tiempo universal. En rigor, pueden usarse otros signos (las cifras árabes, por ejemplo). Pero los números no tienen sobre las letras ninguna ventaja especial: el hábito ha hecho familiares los primeros para la designacion de las horas á la presente generacion; pero, si las 24 subdivisiones horarias del dia se designaran por letras, la hora cosmopolita, muy en breve, se entenderia por medio de ellas, como sucede en la actualidad con los números romanos.

Sin embargo, las letras, al colocarse en círculo en la muestra de un reloj, tendrian la ventaja sobre los números de ser símbolos de importancia igual; y una cualquiera de ellas podria elegirse como primera de las 24 para el inicio del dia cosmopolita; miéntras que con los números tiene el 1 que dar principio á toda serie.

Mas Sanford Fleming lleva una idea más trascendental y de mayor alcance al proponer los signos del alfabeto para el tiempo cosmopolita. El sistema actual no puede quedar abolido de repente; pero, dadas las ventajas de la cuenta cosmopolita, el nuevo cómputo del tiempo reemplazará irremisiblemente al actual en un plazo que sin duda será largo, aunque no tanto quizá como al presente se nos figura.

Pues bien, para la sustitucion, servirá á maravilla el uso de las letras. Supongamos que la G del tiempo universal corresponda al *medio-dia civil* de una poblacion cualquiera. ¿No aprenderán muy pronto sus habitantes que cuando el horario está en la G son las XII, y que es la una de la tarde cuando llegue á la H, etc.? Las personas residentes en aquel punto pronto se familiarizarán con la relacion entre las letras ó signos cosmopolitas y las alturas del sol sobre el horizonte. Sustituir números con números es siempre tarea muy difícil; pero no tanto relaciones conocidas con símbolos enteramente nuevos.

Vese, pues, que si el Congreso Diplomático de Washington hace obligatorias las resoluciones oficiales de la Asamblea Geodésica Internacional de Roma, los dos cómputos del tiempo, el LOCAL y el COSMOPOLITA, no presentarán dificultad ninguna, mediante una modificacion insignificante en los instrumentos horológicos actuales.

Y es que siempre, cuando suena la hora de un gran progreso, sobran á la industria los medios de realizarlo con la mayor facilidad.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III —BARCELONA 18 DE FEBRERO DE 1884— NÚM. 112

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

FLORES SILVESTRES

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

FLORES SILVESTRES

No son, ciertamente, las de invernáculo las flores más fragantes y pomposas. Entre las zarzas que cierran los caminos y entre las humildes verduras que se producen en los huertos, permite Dios que crezcan violetas de grato aroma, rosas de delicados colores, claveles de matizadas hojas, lirios del color de la pureza que aparecen sobre tallos del color de la esperanza.

Y de la misma suerte, crecen á menudo en el campo hermosas criaturas que, abandonadas á sí mismas, sin cultura, desgreñadas y apénas envueltas en miserables harapos, llaman la atencion por su belleza, que debe ser mucha cuando la inclemencia de los elementos no ha sido bastante para destruirla.

Véase, por vía de ejemplo, la niña de nuestro cuadro, y dígase si su inculta hermosura no es digna de compararse á la de las incultas flores de que ha hecho un inculto ramo. Hé aquí el verdadero realismo artístico: el autor ha tenido el buen talento de no hacer de esa preciosa criatura una pastorcilla á lo Florian; pero dentro de la verdad, de que nunca puede prescindir el que se propone reproducir á la naturaleza, ha encontrado la idealidad que es la aspiracion inseparable del arte. Esa flor silvestre, ese boton de rosa perdido entre bosques de trepadoras y plantas de alcachofa, puede sostener la competencia con la más donosa camelia que se deshoje en esos brillantes invernaderos que se llaman salones.

LA CATEDRAL DE COLONIA

Dice cierto autor que un buen monumento arquitectónico es una poesía petrificada. Aplicando esta bella imágen á la catedral de Colonia, podemos decir que esta obra colosal es el poema del arte cristiano. El sentimiento religioso, cuya forma más bella y filosófica es la arquitectura gótica, no ha producido, ni probablemente producirá, un ejemplar más grandioso, más armonioso, más elegante, más rico, en una palabra, más completo.

Debióse el proyecto al maestro Gerardo de Rile y puso la primera piedra el arzobispo Conrado de Hochstaden el dia 14 de agosto de 1248. ¡Quién le dijera al muy piadoso y muy católico prelado que la catedral tardaria más de seis siglos en terminarse y que cabria á un emperador protestante la gloria de colocar la última piedra en la basílica de que Conrado puso la primera!....

Es imposible describir el efecto que causa esta catedral, así exterior como interiormente. Las renombradas de Toledo y Búrgos, la de Viena, la afiligranada de Estrasburgo, la célebre de Florencia, la riquísima de Milan, todas parecen desmedradas, digámoslo así, al compararse con ese modelo ojival, que parece concebido por un dios y ejecutado por una legion de titanes.

PRISION DE RATOCZI'S, cuadro por J. Bencsur

Francisco Ratoczi's II, duque de Hungría y de Transilvania, no podia asentir pasivamente á que los austriacos le despojasen de sus dominios, arrojándole con desden una especie de limosna que á su fiereza soberana le repugnaba aceptar de sus implacables enemigos. Resuelto á perder la vida ó á reconquistar sus estados, conspiró una y otra vez contra el Austria, y el primer tercio del siglo XVIII registró en sus anales las tristes aventuras del infortunado príncipe. Por su parte los austriacos no le daban punto de reposo, y á la pérdida de sus estados debió añadir el duque, en varias ocasiones, la pérdida, aún más sensible, de su libertad.

El cuadro de Bencsur representa el momento en que nuestro príncipe es reducido á prision, á tiempo de estar cuidando á su esposa, recien parida. Los soldados austriacos, sin compasion para con la enferma ni respeto para con la dama, penetran en la alcoba de esta, en gran número y armados, como pudieran lanzarse al asalto de una fortaleza. El duque les acoge con una mirada de soberano desprecio y resguarda el cuerpo de su esposa, cuyo semblante y actitud demuestran el temor de que se halla poseida.

Esta composicion está concebida con grandiosidad; el grupo principal es palpitante de interés, ejecutado con holgura y rico de expresion.

EL DIA TERRIBLE

Los árboles ya no tienen hojas: no hay para qué decir que los campos ya no tienen espigas. Todo parece haber muerto: la nieve es el inmenso sudario arrojado sobre el cadáver de la naturaleza.

¿Quién cuidará de las pobres avecillas, quién proveerá á las necesidades de esos débiles animales, tan alegres, tan bien alimentados durante las estaciones benignas?.... Dios es el Dios que á todo atiende; á las necesidades de los séres débiles proveerán otros débiles séres; los niños se compadecerán de los pájaros que tienen hambre, que tienen frio y que tambien son obra de Dios.

Esta composicion es agradable como todo aquello que, en correcta forma, describe un sentimiento puro, un acto de bondad, una manifestacion del ánimo inclinado al bien. Esas criaturas que compadecen á los pájaros, no dejarán de compadecer á los hombres. El autor del cuadro ha elevado un bello monumento á la caridad.

UNA CONGOJA, dibujo por C. Karger

No siempre son las alteraciones físicas las causas ocasionales de los desconciertos de la máquina humana. Con frecuencia las influencias morales obran directamente en nuestra manera de ser corporal; y, ó mucho nos engañamos, ó á este órden de causas obedece la congoja que aflige á la dama de nuestro grabado. Instintivamente lleva la mano al corazon: aquí, aquí es donde sin duda la duele.

Esto aparte, la composicion es bella: el desvanecimiento de la dama y la sorpresa de la anciana sirvienta se hallan bien expresadas, y sin saber porqué, se siente uno atraido hácia esa enferma del corazon que merece cuantas simpatías apetezca el autor para ella.

EL COMPOSITOR LECOCQ

Cárlos Lecocq es uno de los pocos músicos que ha tenido la envidiable suerte de que sus composiciones recorrieran en poco tiempo casi todos los teatros del mundo civilizado. Nacido en Paris en 1832, es hoy una celebridad más que europea: en todas partes se cantan sus festivas piezas musicales, en donde quiera se han hecho populares sus juguetonas y lindas operetas. Tan fecundo como original, reune á la frescura de sus melodías una notable habilidad de instrumentacion, y la variedad más graciosa y lozana en sus melódicos ritmos. Recientemente se ha estrenado en el teatro de las Novedades de Paris su última obra titulada *El Pájaro azul*, la cual ha alcanzado el más brillante éxito, y que seguramente estará destinada, como todas las anteriores, á representarse en los teatros de ambos continentes, añadiendo nuevos lauros y creciente popularidad á los conseguidos ya por tan estimable compositor.

Cachorros de pantera del Jardin zoológico de Dusseldorf criados por una gata

El Jardin zoológico de Dusseldorf puede vanagloriarse de haber obtenido muchos y notables resultados en la cría de animales de otros climas. Allí se ven jugar en los departamentos de fieras cachorros de leopardos, cuatro magníficos leoncillos de dos meses, y dos cachorros de pantera, todos ellos nacidos en el establecimiento, sin contar las crías ya regulares y periódicas de especies exóticas de ciervos, y un verdadero rebaño de bueyes almizclados.

Una pareja de panteras, el macho de la variedad negra, y la hembra de la especie comun amarilla, tuvo el año pasado dos hijuelos parecidos al padre, pero la madre los mató á poco de haber nacido. Este año han hecho otra cría que son los cachorros representados en nuestro grabado, y que nacieron despues de una gestacion aproximada de 3 meses. No se puede decir que vieron la luz al nacer, porque el uno abrió los ojos al cuarto dia y el otro al octavo, pero apénas nacidos se los separó de la madre, entregándolos á dos robustas gatas domésticas, que se muestran bastante cariñosas con sus hijos adoptivos; otro gato doméstico les sirve de compañero en sus juegos *infantiles* no siempre agradables.

Estos dos cachorros son de color gris negruzco que va cambiando cada dia más en gris y amarillento, de modo que se parecerán á la madre.

SILUETAS DE CARNAVAL

I

El primer antifaz conocido en la historia del hombre es la hoja de parra, el primer disfraz el de serpiente.

Adan y Eva conocieron el Carnaval en el Paraíso: en esto no cabe la menor duda, si hojeamos el Génesis con la paciencia y la reflexion propias de tan peliagudo asunto.

Para probar este sencillísimo aserto, bastará recordar que el Eden no era otra cosa que un precioso jardin bordado de naturales pabellones, y en el que las lianas y las campánulas servian de colgaduras y bambalinas. Iluminábanlo estrellas brilladoras en vez de farolillos venecianos, y tenia por incansable orquesta las aves canoras que habian de repartirse más tarde por toda la redondez de la tierra.

Habremos de confesar, que áun cuando todo parecia dispuesto, en lugar tan apacible, para la eterna contradanza del amor, no habia pasado por la imaginacion de nuestros padres el que abriera la temporada el mal espíritu disfrazado de serpiente; pero éste, que tenia la intuicion de que las hijas de Eva habian de proporcionarle ratos deliciosos si conseguia vestirlas de máscaras, quiso dar á nuestra madre el primer ejemplo y ocultándose en brillante piel y asomando su careta verde y viscosa por entre las trepadoras flores que abrazaban el árbol de la Ciencia, le dijo en alta voz y enseñándole los dientes: -¡Eva, hermosa Eva! ¿me conoces?

Frase sacramental fué esta, supuesto que se repite todavía, y á ella va unida no sólo la causa de nuestras fiestas de Carnestolendas, sino tambien el fundamento de nuestra moderna filosofía. Si Eva no conoció el mal espíritu que se recataba en la serpiente, fué porque aún no habia probado la fruta, porque aún no habia nacido la escuela socrática, porque no se habia conocido á sí misma.

Debió, pues, contestarle:—¡Máscara, no te conozco!—porque, con este motivo, el espíritu disfrazado entabló con ella uno de esos diálogos que en los salones públicos acaban en el restaurant, y que, en el Paraíso, terminó con una frugal merienda de manzanas que se indigestaron á la humanidad, por permision divina.

Adan, que por lo visto no habia comprendido que pudiera tomar billete en tan encantado lugar un intruso de tan mala intencion como el Satanás de la leyenda bíblica, buscaba á su cara costilla por los bosquecillos de naranjos y limoneros, y ¡cuál no seria su sorpresa al hallar á Eva, próxima á disfrazarse en union de su infernal pareja!

—¡Hola! ¿qué es eso?—debió decir con voz natural y clara al comprender que la hermosa Eva le ganaba por la mano. ¿Me vas á abandonar dejándome en beatitud eterna, pero privado de tu hermoso palmito? ¡No en mis dias; yo te seguiré por todos los senderos de la tierra!

Y dicho y hecho, probó de la fruta prohibida y buscó su correspondiente careta.

Un prado de amapolas, que muy cerca del rio del placer se parecia, prestóles su encendido colorete y les proporcionó un antifaz de pudor, que aunque insuficiente para cubrir sus cuerpos, transformó como por encanto sus mejillas.

Rióse, de verlos tan mal disfrazados, el diablo, que llevaba, como he dicho, un verde capuchon de escamas que le cubria desde la cabeza hasta el rabo; y ellos hubieron de reirse tambien, al pasar cabe el delator espejo de una laguna. Lo propio ocurrió á aquellos cortesanos que asistieron al baile *sin trajes* dado en los buenos tiempos de Roma por la impúdica Mesalina, y algo de esta primitiva carcajada suele resonar en nuestros bailes modernos, en los que sólo queda, del disfraz completo de la serpiente del Paraíso, la cola de las damas y las escamas de los concurrentes.

Era preciso completar el traje y como en aquellos benditos tiempos no habia modistas ni almacenes de confeccion, fué preciso recurrir á los de época que colgaban graciosamente de las parras y de las higueras paradisiacas. Las formas de nácar de nuestra madre quedaron veladas por un elegante *deshabillé* que consistia en el manto de oro de sus cabellos y en la falda de hojas naturales que tratan hoy de resucitar nuestras modistas; el atlético pecho de Adan cubrióse con la sedosa barba y sus robustos lomos con el mandil vegetal, que luégo ampliaron y completaron sus hijos obligados por las terribles palabras: «*in sudore vultus tui vesceris pane.*» Aun al mismo Hacedor costó trabajo reconocerlos, supuesto que llamó á Adan por su nombre y le preguntó qué habia hecho de su inocencia. Desde aquel momento, tambien, quedaron velados para el primer hombre los encantos y las intenciones de su compañera de infortunio.

A contar desde este punto, Eva, que procuraba aparecer más bella y encantadora de lo que en realidad era, aprendió el arte de cambiar de vestido como su maestra la serpiente, y puso para ello á contribucion árboles, plantas y flores. Es decir, se disfrazó de cien maneras distintas.

Algunos lectores, sutiles y amigos de analizar la expresion de mis pensamientos, me dirán, con razon seguramente, que Eva no tenia necesidad de disfrazarse, toda vez que hallándose sola con Adan, no habia de verse en el caso de las Evas de nuestro tiempo. Esto sólo tiene una explicacion lógica: debe recordarse que ya entre este matrimonio modelo andaba poniendo asechanzas la serpiente.

El ejemplo fué contagioso; aún hoy existen muchas Evas, que permiten que las conozcan todos los hombres, ménos aquellos con quienes comieron la primer manzana.

Que estos primitivos disfraces dejaron ancho rastro en la tierra, es cosa conocida y probada suficientemente.

Los hebreos, guardadores de la tradicion del Génesis, se dieron, más de una vez, á las locuras del disfraz, é iniciaron aquellos banquetes que no pudieron llamarse, por cierto, de carnes-tolendas. Los griegos fueron en esto de los disfraces tan consecuentes que cubrieron sus rostros con la hoja de parra de nuestros padres. Durante las vendimias dedicábanse á los mayores excesos con la cara pintarrajada ó cubierta de antifaces, y apuraban las henchidas ánforas danzando al són del crótalo ó de las dobles flautas que soplaban hermosas aulátridas.

Sabida es la gran importancia que la máscara llegó á adquirir en la antigüedad y no hay riesgo en asegurar que ella fué la precursora de nuestro teatro enseñoreándose de la carreta de Tespis y de los teatros griegos.

No parece sino que desde la infancia del mundo sintieron los hombres la necesidad de velar lo que son ó lo que creen ser, ora tras un trozo de carton, ora tras las distinciones acomodaticias que mutuamente les diferencian.

La hoja de parra, el mandil, el quiton, el manto de púrpura, el frac, la levita: disfraces que cubren al hombre todo carne y todo vanidad, dándole, ya en lo antiguo ya en lo moderno, algo que se asimile, por su propia voluntad ó por voluntad ajena: jirones que caen sin el menor valor real, cuando se cumplen sus dias y viene á desnudarlo la muerte.

Antes de morir, el gran Saladino, emperador de los Turcos, mandó pasear su mortaja por las calles de Damasco precedida de un voceador ó heraldo que repetia al són de destemplados instrumentos:—¡Ved lo que resta de la magnificencia del gran Saladino! En efecto, restaron unos cuantos harapos cogidos con broches de diamantes y manchados de sangre y cieno.

Hoy vemos en nuestros bailes de máscaras á Almanzor y á Barbaroja y somos muy capaces de mesarles las barbas. Aquellos disfraces los dejó el tiempo sumidos para siempre en la gran ropavejería del pasado, como dejará otros muchos que brillan ostentosos sobre los hombros mortales de sus dueños.

II

Pero, noto que me estoy disfrazando de filósofo y moralista, y como podria acontecerme como á aquel millonario que dejaba siempre el portamoneda sobre la dama de noche, para que pagaran los amigos, vuelvo sin vacilar á mi tema, asegurando que no tengo la mision de arreglar el mundo ni de arrancar á la humanidad su tradicional careta.

Nuestro romancero morisco nos recuerda que los árabes, que hallaron acaso establecida en España la costumbre de los carnavales ó fiestas de máscaras, hubieron de aceptarlas al cabo, áun cuando nunca les dieron la preferencia.

Los juegos antiquísimos, que se conservan en las campiñas andaluzas, traen á la memoria la saturnal greco-romana, que encarnó de tal modo entre nosotros, que no pudieron extirparla del todo ni las puras costumbres góticas ni las dominaciones muslímicas. Aquí, como en todo el occidente de Europa, hemos mostrado siempre gran aficion á taparnos la cara.

Dejando aparte los libres divertimientos de la Edad media que trajeron las prohibiciones de 1523, y pasando por alto aquellas mascaradas de Italia que procuramos copiar alguna vez con ménos fortuna, nos hallamos en la época de la más refinada galantería cortesana.

Luis XIV de Francia y Felipe IV de España son los soberanos que desde el Renacimiento acá prestaron más decidida proteccion al disfraz y á la máscara.

No por esto lograron llevar á la tumba sus rostrillos de terciopelo, y conocemos sus flaquezas, que nos hacen son reir maliciosamente cuando los vemos destacarse en notables lienzos ó levantarse sobre elevados pedestales.

Tras del grave y altivo semblante del primero, asoman las picarescas cabezas de Mme. de Montespan y de sus otras favoritas; tras del capotillo del segundo hace muecas y contorsiones una cohorte de cómicos y literatos. Si al de Francia nos referimos, hay que pensar en aquellas ostentosas fiestas en las que el célebre jardinero Le Nôtre cuidaba de preparar los pabellones de jazmines y madreselvas, cubiertos de tal modo, que eran como trampas de lindas raposas escalonadas en un Paraíso de luz y de flores; si del segundo hablamos, vendrán á nuestra memoria las noches del Retiro y la plaza monstruo construida en 1637, con sus 488 fuertes y sus 7,000 luces, que apénas podia contener las revoltosas mascaradas.

Sin embargo, al que corresponde el honor de haber organizado tan preciados regocijos públicos es á nuestro buen rey Cárlos III. Este monarca, que sabia dónde le apretaba el zapato, levantó el anatema, que de cierto modo pesaba sobre el Carnaval desde el tiempo de Felipe V, y permitió que el dios Momo con su corte de ninfas juguetonas penetrase en nuestros corrales de comedias.

Aquí comienza á diseñarse la era moderna del Carnaval en España. Fernando VII quiso en vano circunscribirlo al reducido espacio del hogar doméstico: todo fué en vano; la ola carnavalesca volvió á levantarse con la regencia de María Cristina y preparó el reinado de Capellanes.

Estábamos en pleno siglo XIX.

Y hé aquí que ya podemos tomar del natural alguno de esos cuadros que palpitan en nuestros dias.

Desde el harapiento disfraz que se confecciona en la casa de vecindad, hasta el brillante traje de época que ha de servir en los aristocráticos salones, hay un abismo que llena imaginariamente el vino y la alegría.

Por nuestras calles y plazas, pulula el hijo del pueblo, que envuelto en un raido redingot, y calzadas las espuelas de algun sargento de caballería cuando se lo permiten los bandos de buen gobierno, se cree un Napoleon Bonaparte ó un príncipe ruso. Colgada de su brazo va su esposa ó su querida, arrastrando la cola sembrada de estrellas de talco y llevando sobre la cabeza una diadema de papel dorado.

El estruendo de la murga callejera que se situó por casualidad á la puerta de su morada, prepara su salida triunfal del mezquino tugurio ó su ruidosa entrada en la taberna. ¡Adios penas del dia de trabajo! ¡adios sombras de la pobreza que quedan tras ellos, plegándose en los ángulos desconchados de la buhardilla, donde está sin colcha ni sábana su jergon de paja!

El potentado, que se reclina en su carruaje, les es familiar, porque creen que se disfraza como ellos: ¡quién rayará más alto aquel dia, remedo de las antiguas saturnales, en que pueden hablar *de tú* á todos aquellos caballeros y dirigir atrevidas miradas á aquellas damas, que huyen frecuentemente de la mugre de sus chaquetas!

Una máscara no se sabe quién puede ser, y si, como dice el refran popular, bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor, bajo un mal disfraz no siempre se oculta un pobre obrero. Hé aquí porqué la máscara callejera os dirige un profundo saludo con su tricornio pegado con migajon de pan, y os pregunta si la conoceis. Es claro: ¡apénas hay en los cuentos de vieja, príncipes y generales disfrazados como ella!

Sin embargo, las más de las veces, la máscara de la plaza pública sufre dura pena por entregarse á estos espejismos de carnestolendas.

Recuerdo que me hallaba cierta tarde de Carnaval en la Plaza Nueva de Sevilla, donde es costumbre escalonar los carruajes de lujo alrededor de los asientos y bajo las palmeras que la adornan. Las hermosas del gran mundo ostentaban allí sus gracias y sus diamantes: los diablejos, los mascarones, los engendros del tugurio, en fin, contemplaban con ávidos ojos aquella pléyade aristocrática y creian ver el cielo abierto.

—¡Mira cómo me miran! decia á su acompañante un pobre Rigoletto haraposo, que se habia detenido extático, ante una soberbia carretela.

Le miraban, es verdad; tras de sus hombros se asomaba la perfumada mollera de un gomoso que hacia atalaya del colosal sombrero del arlequin para lanzar sus flechas, á mansalva, á una beldad arrogante y ostentosa.

En tanto, el arlequin temblaba de placer bajo sus trapos, creyendo haber fijado la atencion de aquel prodigio de carne y piedras preciosas, y hacia resonar cándidamente sus cascabeles.

Ascendamos en la escala. ¿Quién no baila en los presentes tiempos? Las semillas de Mabille, traidas á España por los vientos traspirenáicos, han fructificado prodigiosamente. Figuraos que nos hallamos en el teatro de la Alhambra de Madrid y que llenan el *clásico* recinto los aires populares de Bocaccio.

¡Qué multitud de hombres y de mujeres! ¡qué turbion de murmullos y de notas! Aquel movimiento arrastra, aquellas carcajadas aturden, aquellas luces ciegan, aquella atmósfera oprime, desvanece y sofoca.

Durante las primeras horas de la noche todo es bello y encantador; los rostros se ocultan bajo las caretas y las formas se pierden en los pliegues de los capuchones; la copa llena deja ver, al través del cristal, algo voluptuoso como el placer que pasa, y las insinuantes voces del walz os hacen buscar ávidamente un talle esbelto y una mano pequeña.

¡Guardaos de ese talle y de esa mano al rayar el dia!

No ocurre lo propio en los salones del gran mundo.

La careta está proscrita y sólo suele llevarse sobre el corazon como los ramos de flores. Un baile de trajes es un sueño retrospectivo que se desvanece casi siempre al amanecer sin dejar la menor huella.

Yo recuerdo una de estas fiestas deliciosas, durante la cual pasaron á mi lado, arrastrando sedas y terciopelos y deslumbrándome con sus galas y sus brillantes, desde Semíramis hasta María Stuart, desde Desdémona hasta Flora la ramilletera.

Mis aficiones clásicas lleváronme á pedir un rigodon á cierta Elena, cuyo Menelao bailaba entusiasmado con una Lucrecia Borgia deliciosa, y que por esta causa nos dejaba charlar tranquilamente.

Vagando por aquellos encantadores salones en que la moda y la riqueza habian reunido cuanto puede soñar el deseo, teniendo al lado una mujer que sólo vivia, al parecer, en la memoria de los escasos helenistas de Europa, nada tenia de extraño el que olvidase mi traje de sacerdote de Júpiter y creyéndome un Páris le jurase que la amaba.

¿Qué es lo que pasó entre los dos? Jamás he podido explicármelo: ella fué mi consecuente pareja, hízome tan sólo dos veces *vis à vis*, y yo creí neciamente que aquel desdichado amor podria dar asunto á otra *Iliada*.

Pero rayó el dia, bailóse el postrer rigodon y Menelao se despidió de mí tomando el brazo de Elena para volver á su palacio. Cuando la volví á ver y quise recordarle nuestros coloquios del baile de trajes, me dijo con encantadora sencillez, haciendo resonar el varillaje de concha y plata de su abanico:

—¡Amigo mio, la Elena á que V. se refiere murió poco despues de la toma de Troya en los brazos de su esposo, aunque no sé si lo consignó así Homero!

Sevilla 1884

BENITO MAS Y PRAT

EL HOMBRE VERDE

(Continuacion)

—Echarás esa paja á la parte de afuera, por esas ventanas.

—La echaré, señor.

—Pues hasta luégo, y ¡acuérdate!

—Me acordaré, señor.

El hombre verde se alejó. El jóven examinó la cuadra que tenia dos grandes ventanas bajas que daban al campo y en las que no habia ni maderas ni cristales. Como la pieza no era de grandes dimensiones, ni la paja mucha, supuso que le sobraria tiempo para hacer su tarea.

Tomó una pala y empezó á arrojar la paja por una de las ventanas; pero ¡cuál fué su asombro cuando notó que por cada paletada que echaba al exterior, entraban tres por lo ménos por la otra ventana!

Suspendió su faena sobresaltado, y al mirar hácia todas partes como buscando la explicacion del enigma, vió una de las más lindas figuras de mujer que pueden presentarse á un muchacho de diez y siete años, que le miraba por una gran claraboya practicada en la pared. Tenia la hermosa un par de ojos que parecian las estrellas Vénus y Sirio vestidas de luto, la frente nevada y un torrente de cabellos negros que la caian á lo largo de las mejillas.

Y lo más particular es que Currito se decia:

—Yo he visto esta cara y no me acuerdo dónde.

La encantadora vision desapareció y entónces el jóven, recordando las cabezas clavadas en los garfios, se puso de nuevo á trabajar; pero en balde, porque la maldita paja que salia por una ventana, entraba con creces por la otra. Era aquello una especie de tonel de las Danaides.

El pobre muchacho comprendió que se afanaba inútilmente, y como buen español y buen andaluz, se puso *á cantarse* y *á bailarse* al estilo de su tierra, dando las palmaditas que el caso requeria; y entregado estaba á esta diversion, cuando se abrió la puerta de la cuadra y ¿quién dirán ustedes que se presentó? pues ni más ni ménos que la linda criatura que anteriormente le miraba, y que sonriendo graciosamente le dijo:

—¡Pues tiene V. buen modo de trabajar!

—¡Válgame Dios, señorita! replicó Currito, ¿quién piensa en nada habiendo visto á V.?

—¿De dónde ha venido V.?

—¿Que de dónde he venido? ¡Pues ahí es nada! de España, de la propia España.

—¿Y dónde está eso?

—Pues en el mapa, carita de rosa; pero yo soy de Andalucía, que está junto al cielo.

—¡Andalucía! ¡Andalucía! —murmuró la incógnita como queriendo recordar.

—Un país en que hay un vino de oro líquido y unas naranjas tan grandes como la cabeza del amo de este castillo.

—Me gustaria ir allá, dijo la hermosa recitando, aunque con una ligera variante, un verso de Camprodon,—pero si permanezco aquí más tiempo, seré causa de que le castiguen á V. Vamos á almorzar.

—Con mil amores.

—Siento mucho que esté V. tan poco adelantado en su trabajo. Temo por su cabeza.

—Si la cuelgan en el garfio, hágame el favor ¡cachito de cielo! de volverla hácia el lado de la claraboya, en donde ántes he visto á V.

—Está bien, venga V.

—Al fin del mundo ¡requetebonita!

Currito la siguió al comedor, se sentó á la mesa, y cuando quiso recordar, se encontró solo. Esto le contrarió, pero sin quitarle por completo el apetito; así es que hizo honor á media docena de chuletas que sin duda estaban destinadas á él.

Restauradas sus fuerzas con el almuerzo y recordando siempre los garfios y las cabezas, volvió á la cuadra y se puso á trabajar, pero tambien sin resultado: la paja continuaba saliendo y entrando por las ventanas.

El sol declinaba ya del zénit y Currito pensó con espanto que se iba acercando la hora del regreso del castellano.

En este conflicto determinó poner piés en polvorosa.

V

Al llegar al patio del castillo, se encontró de manos á boca con el perro ratonero, que al verle salió de un chiribitil de madera, y le dijo:

—¿A dónde va V.?

—Me largo.

—Pero ¡insensato! ¿á dónde? ¿A morir de hambre, de sed y de calor?

—¿No me *engarfiarán*?

—No, porque ese verbo no es castellano; pero le atraparán á V. y le empalarán.

—¿Y qué hacer?

—¿Quiere creer á un amigo?

—¡Amigo! murmuró Currito un tanto humillado.

—Vuelva á la faena, procure hacer lo que le han mandado y dé largas al tiempo.

A pesar de este consejo, el jóven quiso salir del castillo, pero todas las puertas estaban cerradas. Volvió á la cuadra y se encaramó á una ventana para saltar, mas desistió de su propósito, porque vió un foso y al lado una empalizada que cerraban el paso.

Intentó otra vez arrojar la paja, pero en balde.

Entónces se sentó en el suelo en un rincon y se puso á pensar en su madre y en la bella desconocida. Aquello debió ser un conjuro inconsciente, porque ésta se presentó á los pocos momentos más hermosa, si cabe, porque traia las mangas levantadas, enseñando unos brazos ebúrneos.

—Poco ha trabajado V., dijo.

—Señorita, yo no puedo hinchar perros.

—Deme V. la pala.

—¡Cómo! ¿Va V.?...

—Sí.

—¡Cá! eso no puede ser. ¿Pues qué, el hijo de mi madre ha de consentir que manejen tan rudo utensilio esas manecitas que parecen dos copos de nieve?

—Déjeme hacer,—replicó ella, —encantada de esta galantería de Currito.

—Por mi salud que no.

—Deme V. la pala, en seguida se la devuelvo.

El jóven, que era galante, no pudo oponerse á este capricho. Alargóle la pala, ella la tomó, describió tres círculos en el aire y se la devolvió á Currito.

—Trabaje V. con fe.

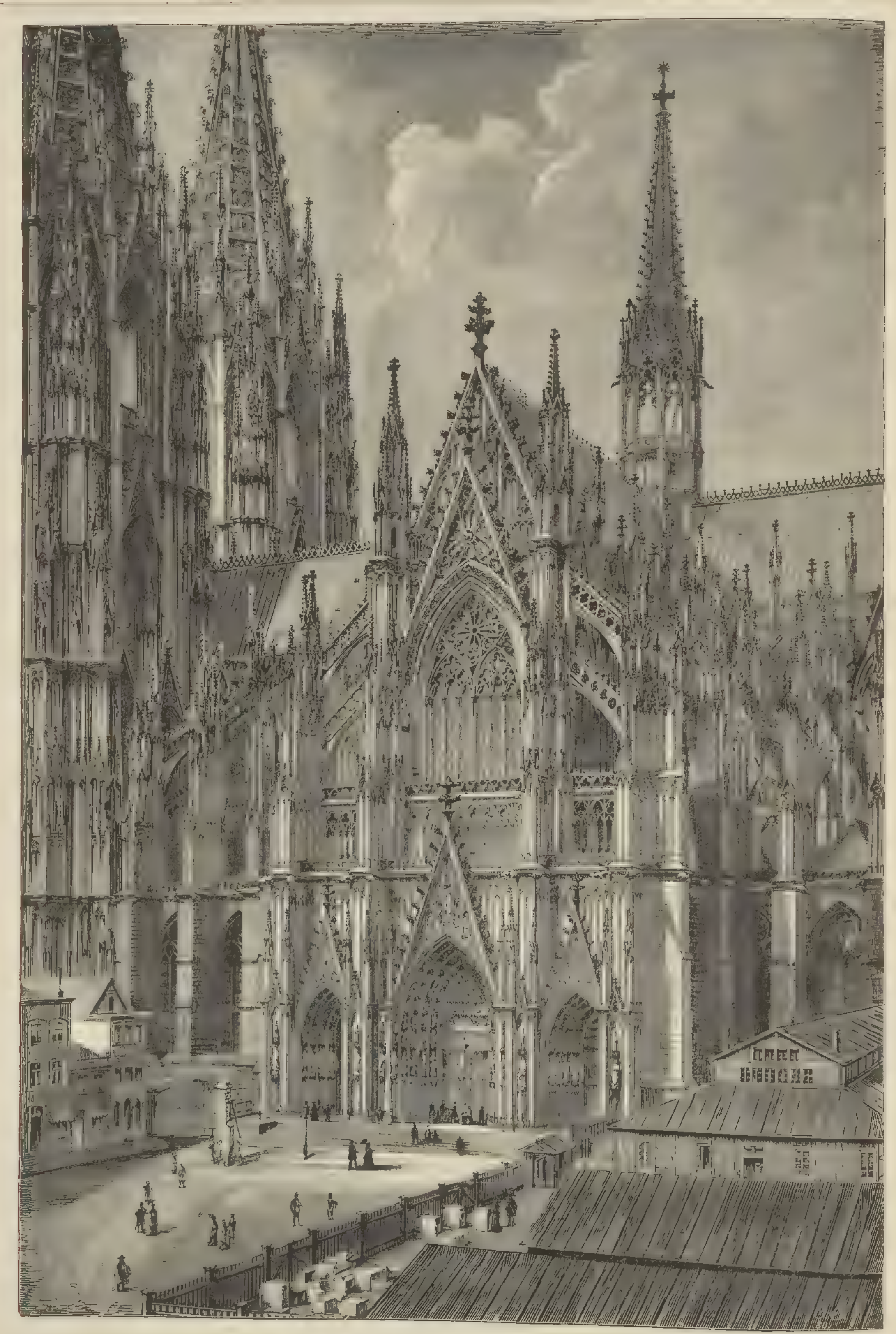
Él se puso á trabajar junto á una ventana, miéntras que ella en la otra, extendió los brazos hácia fuera: ¡coqueta! bien sabia que los tenia blancos y torneados.

El jóven lanzó un grito de júbilo, porque la paja no entraba ya por la ventana; así es que en ménos de una hora quedó la cuadra limpia de polvo y paja.

Acabada la tarea, fué á dejar la pala en un rincon y cuando se volvió ¡oh, desgracia! la buena moza habia desaparecido.

—¡Qué lástima!—exclamó—la hubiera dado cuarenta besos.

En esto se oyó una campana que anunciaba la hora de comer, y Currito se trasladó al comedor con un apetito feroz. Se sentó solo á la mesa, llena de muchos y buenos manjares, y cuando estaba en los postres, se presentó el hombre verde, todo cubierto de polvo.



LA CATEDRAL DE COLONIA



PRISION DE; RATOCZI'S, cuadro por Julio Bencsur



EL DIA TERRIBLE, cuadro por H. Bethker

—¿Qué tal, muchacho?—dijo—¿has terminado tu tarea?

—Señor, ¿está limpio este mantel?

—Ya lo creo.

—Pues más limpia ha quedado la cuadra.

El castellano hizo un gesto de contrariedad.

El jóven se levantó de la mesa y se puso á pasear por el comedor, cantando la siguiente soledad:

Me estás poniendo con maña
Las piedras por los caminos
Para que tropiece y caiga.

—Basta de cante—exclamó el hombre verde;—oye y entérate de la tarea de mañana.

—Diga usía, señor.

—Tengo una yegua salvaje que se ha escapado y nadie la puede coger. Mañana la buscarás por todos mis dominios y la traerás á la cuadra que hoy has limpiado.

—Bien, señor, haré lo posible.

—Es que si no, te aguarda el garfio que ya conoces.

VI

Al dia siguiente, Currito, llevando una cabezada en la mano, salió al campo en busca de la yegua, y no tardó en verla paciendo la hierba de un prado.

—Alazana tostada con cabos blancos,—dijo el jóven;—ésta debe ser.

Y se dirigió hácia ella ocultando la brida y enseñándola el sombrero lleno de avena. La yegua le dejó acercarse, y cuando iba á echarla mano, dió un bote de carnero y se alejó de una carrera. Currito, que no la perdia de vista, la siguió por praderas y vericuetos; pero el maldito animal, si bien no se separaba mucho, tampoco se dejaba coger.

Currito fatigado se habia sentado en una peña cuando vió venir á la bella desconocida que le avisaba para almorzar, pero ¡con qué pasito venia, cielo santo! Sin apénas desflorar la hierba con sus piececitos.

—Me temo, Currito,—le dijo, que la faena de hoy sea aún más difícil que la de ayer.

—¿Qué importa con tal de que yo véa esos *clisos* y esos *pinreles*?—replicó Currito requebrándola en caló.—¿Cómo se llama V.?

—Lindalina.

—Parece un nombre de cristal; ¡viva la gracia del nombre y de la persona que lo lleva!

—Piense V. en cosas sérias.

—No pienso más que en ese cuerpecito. Sé que á la corta ó á la larga me han de cortar la cabeza.

—¿Quién sabe? Por lo pronto le aconsejo que almuerce y no se moleste en perseguir á la yegua: es punto ménos que imposible....

Usted cree.... ¿Y si usted me ayudara?

—¿Yo?

—Esto es sin extorsion alguna, sin que se descomponga ni uno solo de esos cabellos de seda.

—Ya veremos—dijo la hermosa con maligna sonrisa;—almuerce V. y vuelva á este sitio.

Hízolo así Currito, y despues no se ocupó en alcanzar al animal salvaje. Entretuvo el tiempo paseando y cantando hasta que vió venir á Lindalina.

La saludó quitándose el sombrero, y ella le dijo:

—No quiero prolongar su incertidumbre de V., porque no obstante su buen humor, he notado que de vez en cuando mira V. con inquietud hácia el castillo.

—Es cierto, señorita, aquel maldito garfio me escarabajea.

—Pues bien, voy á ver si puedo ayudar á V.

Sacó del bolsillo un silbato de marfil, y así que hubo silbado tres veces, la yegua cerril vino á escape y se paró á su lado. Ella la asió de la crin y la puso la cabezada que Currito llevaba á prevencion.

—Ahora no tenga V. cuidado, este animal le seguirá como un cordero.

—Y yo, si pudiera, seguiria el camino del cielo para coger todas las estrellitas y ponérselas á V. por pendientes.

Ella se alejó sonriendo de aquel extraño ofrecimiento, que no tomó por lo serio: ¡como no habia estado en Andalucía!

Llevó la yegua á la cuadra, y el alegre jóven se sentó á comer muy satisfecho. Poco despues oyó cuernos de caza, ladridos de perros, y en seguida se presentó el hombre verde, el cual, apénas hubo bebido un vaso de vino, le dijo á quemaropa:

—¿Y la yegua?

En la cuadra, señor, comiéndose un pienso que daria envidia á cualquiera cristiano.

El castellano hizo una mueca de disgusto. El tunante tenia antojo por la cabeza de Currito, pero, como ya sabemos, estaba sometido á un encanto que le obligaba á ser formal en sus tratos.

—Está bien, muchacho—dijo disimulando su contrariedad;—veo que eres inteligente y laborioso, pero el trabajo de mañana es de padre y señor mio....

Para los tontos, señor,—interrumpió Currito con fatuidad.

—Pues bueno, mañana tienes que ir á coger un nido de oropéndolas que está en la más alta rama de un haya que crece en medio de la isla que habrás visto á media legua de aquí.

—La he visto, é iré.

—No encontrarás barco, ni trasporte alguno, y como no sabes nadar....

—Ya me ingeniaré.

—Tienes que traerme todos los huevos del nido, que son quince, y si rompes siquiera uno....

—Me cuelga usía del garfio; ¡vaya una novedad!

—¡No, bribon!—exclamó el hombre verde sin poderse contener;—no te colgaré; te haré asar hasta que estés medio muerto y comeré de tu carne. ¡A acostarse!

Currito se marchó cantando la consabida soledad de...

Me estás poniendo con maña ..

VII

Poco despues de romper el dia, el jóven rondaba por los alrededores del lago, buscando inútilmente un medio ó un sitio poco profundo para pasar á la isla; pero hubiera sido más fácil atravesar á pié enjuto un océano. Andaba, pues, en derredor de aquella agua enemiga como las sombras infernales por las orillas de la laguna Estigia. Primeramente soportó esta contrariedad con resignacion, porque esperaba, con algun fundamento, el socorro de Lindalina; pero ésta no venia y las horas se pasaban. Currito se iba sobresaltando.

Por fin distinguió á lo léjos un bulto que se movia.

—Ya está aquí,—pensó exhalando un suspiro de satisfaccion.

Pero ¡oh sorpresa! ¡oh desencanto! ¿Saben Vds. quién venia? pues el mismísimo perro de la pipa.

—¡El mastin! murmuró el jóven consternado.

—¡Salud y prosperidad!—dijo el ratonero saludando;—venga V. á almorzar, ya es hora.

¿Almorzar? Cuando no doy un perro chico por mi cabeza.

—Nunca ha valido tanto.

—¡Cuidadito, mastin!

—¿Está V. loco? haga lo que le manden y calle.

—La verdad es que no debo crearme enemigos,—pensó Currito.—Donde ménos se piensa salta un perro.—Y dulcificando la voz, repuso:—Perdone mi vivacidad, señor ratonero; pero hágase cargo, me han amenazado con ser asado vivo.... ya ve V....

—Tenga ánimo, no le faltan amigos y el dia no se ha acabado;—y al decir estas palabras sacó la pipa del bolsillo de la americana y se puso á fumar; pues hay que advertir que no necesitaba cargarla ni encenderla.

El jóven, reanimado con las palabras del perro, y para más predisponerle á su favor, buscó una frase agradable.

—Es preciso convenir—le dijo—en que es V. un gran fumador de pipa.

—Sigo la moda: todos los elegantes la fumamos.

Currito sintió deseos de darle un puntapié, pero se contuvo.

Cuando iban á entrar en el castillo, dijo:

—Amiguito, ¿no podria V. ayudarme á buscar ese maldito nido?

—Yo no soy perro de aguas, respondió el ratonero con gravedad.

Cuando despues de almorzar, Currito volvió á la orilla del lago, sintió un estremecimiento de alegría. Lindalina estaba allí con un sombrero de paja de Florencia y una sombrilla china.

—Oiga V.,—dijo la hermosa con trémulo acento; me espian, los momentos son preciosos, si nos ven juntos estamos perdidos.

¡Que me pierda yo cincuenta veces ántes que ser causa del más mínimo disgusto que pueda nublar esos luceritos! Oiga V., bonita, probablemente mañana harán en el castillo chuletas con mi carne; la suplico que tome siquiera un pedacito.

—No diga majaderías. Tenga valor y déjese guiar por mí, y diciendo estas palabras sacó del bolsillo una varita blanca, la puso en direccion del lago é instantáneamente se abrió un sendero verde en medio del agua azul. —Ahora repuso volviendo la espalda á Currito y agachándose, tome V. esos dedos de mis piés y con ellos podrá agarrarse para subir al árbol; pero tenga cuidado de no per-

der ninguno; de no, mañana me mataria su amo de V., porque él me pone todos los dias los chapines.

Currito iba á formular nuevas protestas, pero ella le impuso silencio con un ademan.

El jóven se entró por el sendero, trepó al árbol y cogió todos los huevos del nido, mas en su precipitacion no advirtió que habia dejado caer al suelo el dedo pequeño del pié izquierdo de Lindalina. Volvió á tomar la senda, que á medida que pasaba íbase inundando de nuevo, y pronto estuvo al lado de su protectora.

—¿Y mis dedos?

—Aquí están.

—Vaya V. dándomelos.

La hermosa se fué colocando los dedos, pero como ya sabemos, faltaba uno.

—¡Cielos! —exclamó—¡me ha perdido V.! El castellano me matará.

—¡Por todos los santos de la corte celestial! exclamó á su vez Currito azorado; ¿tiene V. un corta-plumas?

—¿Para qué?

Para cortarme el dedo que á V. la falta y....

—Pero ¡insensato! ¿Cómo quiere V. que me venga bien? ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Morir tan jóven!

—Su padre de V. no será tan bruto.

No es mi padre, sino mi tutor y quiere casarse conmigo.

—¡No miéntras yo viva!— exclamó Currito con ímpetu.

—Pierda V. cuidado, ántes moriré.

—Pero ¿qué hacer?

—Por hoy nada. Vuelva al castillo, acuéstese, mañana, ántes de ser de dia, ensille la yegua que está en la cuadra y venga á buscarme á este sitio. Abandonaremos este país para siempre.

Currito tomó una de las manos de la hermosa y la cubrió de besos.

En el castillo se repitió la escena de las noches anteriores. El hombre verde estaba desesperado de la exactitud y buena maña de Currito.

—Mañana—le dijo—ántes de irme de caza te diré lo que tienes que hacer.

—Pero que no sean fruslerías, señor. Piense usía en un trabajo serio y trascendental.

El castellano le miró con ojos de basilisco y se fué á dormir.

VIII

Mucho ántes de ser de dia, el jóven ensilló la yegua, que se habia vuelto mansa como un borrego, y fué á la orilla del lago, en donde ya le aguardaba Lindalina con un sombrero de viaje que era una maravilla. Montaron ambos y partieron como una flecha. Al dia siguiente, á la una de la tarde, estando tomando un refrigerio en un ventorrillo, oyeron un gran ruido y vieron á lo léjos una nube de polvo.

—¡Por los doce Apóstoles! —exclamó Currito—¡estamos perdidos; el amo se aproxima con un escuadron!

—¡A caballo!—dijo Lindalina.

Salieron á escape, pero los perseguidores iban ganando terreno.

—Meta V. la mano en la oreja derecha de la yegua— mandó la bella fugitiva.—¿Qué ha encontrado V.?

—Una rama seca.

Arrójela por detrás de su hombro izquierdo.

Currito obedeció, y ¡cuál fué su asombro! cuando vió surgir á su espalda un bosque tan espeso é intrincado que apénas daba paso á los reptiles.

Ahora hemos ganado un dia —dijo Lindalina.—Aprovechémosle.

—¡Es V. la novena maravilla del mundo!—exclamó Currito dando un vigoroso espolazo á la yegua.

El hombre verde detenido en su camino por aquel obstáculo, mandó prender fuego á la selva; pero los arbustos eran muy nuevos y no ardian. Fué preciso derribarles á hachazos y en esto se invirtió mucho tiempo. Abierta una vía, continuó su persecucion á rienda suelta.

Al dia siguiente, como á las dos de la tarde, la fugitiva pareja, sin detenerse, aunque sí acortando el paso, restauraba sus fuerzas con un *rosbeaf*, y ántes de haber terminado volvieron á oir á su espalda el ruido siniestro, pero mucho más estrepitoso.

—Aquí están otra vez,—dijo Currito;—acabarán por alcanzarnos.

(Continuará)



UNA CONGOJA, cuadro por C. Karger

NOTAS DE MI VIAJE

EN TOLEDO

Ofrece por doquiera el mundo sobrenatural del arte á los que en él viven alejados del bullicio de la tierra, mil y mil inexplicables satisfacciones que en vano trataríamos de encontrar en la realidad, y á medida que más nos identificamos con sus imágenes, penetrando en su misterioso santuario, cada vez va aumentando la intensidad de nuestras impresiones hasta llegar un momento en que todo lo que para muchos pasa inadvertido ó desdeñado como insignificante, es para nosotros caudal riquísimo é inagotable tesoro de goces infinitos. El denso velo que oculta á las miradas de los profanos los rasgos de mística belleza, tan al vivo reflejada en los rostros de las Vírgenes del siglo XV, y que por consiguiente dejan de apreciar, no existe para nosotros que siguiendo anhelantes las débiles huellas del cincel del entallador sobre el alabastro ó el mármol, encontramos al fin latente el espíritu creador que animó aquellas pupilas bajo los entreabiertos párpados, al tiempo que dejaba impresa eternamente en los finísimos labios la inefable sonrisa, reflejo de las almas puras. Parécenos entónces que nuestro sér confundiéndose con el poderoso aliento que dió vida á la imágen, participa de aquel reposo y serenidad que la animara, estableciéndose estas misteriosas corrientes que nacen de un mismo pensamiento, de un mismo anhelo y de idénticas esperanzas. Desdichados quienes sonrien indiferentes al advertir nuestro entusiasmo, que no llegarán nunca á apreciar tales íntimos goces, y cuando sientan su pecho herido por el inexorable azote de la desgracia, cuando vean rodar en una hora sus más caras ambiciones, resultado del trabajo de muchos años, cuando sientan desaparecer para siempre sus sueños de gloria y poderío, no tendrán refugio alguno donde acudir, ni hallarán tampoco lenitivo á sus amarguras, único fruto que produce la semilla de tantos desvaríos. ¿Cómo ha de hablarles á su corazon la soledad de los claustros, el sombrío ámbito del templo, la inerte estatua, la luz de solitaria lámpara alumbrando las divinas efigies ó el incienso que asciende al cielo entre las armonías del órgano y los acentos de las plegarias? ¿Cómo tampoco han de sorprender en el reposo de la noche los tristes gemidos de las generaciones pasadas que se escuchan en el confuso monton de osamentas y polvo? Y ¿cómo por último, encontrarian la perdida calma, vagando por los campos ó entre los hacinados escombros de las ruinas? Inútil por completo que vuelvan los ojos á estos testimonios mudos para ellos; cada vez les será más odioso su aislamiento, mayor su pesadumbre.

Tan íntima, tan profunda era mi dicha la tarde inolvidable pasada en San Juan de los Reyes, encontrábame tan bien en medio de aquel mundo de arte abismado en estos pensamientos, que á veces creia escuchar los latidos del corazon respirando ansioso en aquella atmósfera formada al calor de tantos históricos recuerdos. Poco á poco á través de las tracerías de piedra de las ojivas, bajo las sombras de doseletes y marquesinas, de los oscuros ángulos del patio, por todas partes parecióme ver surgir como confusa vision sin formas ni contornos primero, y más determinados despues, mil y mil mudos espectros cubiertos de cenicientos hábitos, otros con la régia púrpura, algunos vistiendo relucientes arneses y formando todos maravilloso conjunto imposible de expresar. Momentos ántes acababa de reconstruir con la mente todo el esplendoroso período musulman despues de contemplados los reflejos de su arte en los muros de Santa María la Blanca y del Tránsito y entónces aquellas imágenes se unieron y juntaron con las demás, acudiendo á mi cerebro los preclaros dias de Alfonso el Sabio, de Pedro el Justiciero, de don Juan II y de Enrique IV, evocando tras ellos, rodeada de los resplandores de una gloria inmortal, la gigantesca figura de Isabel I.

Entregado á mis meditaciones me olvidaba por completo del mundo exterior, parecíame sentir en torno mio el mismo espíritu de aquel siglo que libertó al pensamiento de su ominoso yugo, que tendiendo su mirada á través del inmenso Océano llevó á cabo la más grandiosa de las epopeyas humanas coronando al mismo tiempo las torres y alminares de la Alhambra con los pendones de Castilla y Aragon. Testimonio elocuentísimo de aquel poderoso aliento que influyó en todas las esferas y del singular auge que alcanzaron nuestras artes, es el monumento que contemplaba levantado para conmemorar la victoria obtenida en los campos de Toro sobre los portugueses defensores de los derechos de doña Juana la Beltraneja. El desastre de Aljubarrota era vengado con creces por el valor castellano en esta jornada y la piedad de la Reina Católica manifestábase al Altísimo erigiéndole un templo que acreditase para siempre su profundo agradecimiento.

Motivo de gran júbilo fué para la imperial Toledo el triunfo de sus monarcas, viniendo á aumentar la alegría y regocijo de todos los pechos, la fausta nueva de la llegada de los reyes victoriosos que venian á dar gracias al Señor de los ejércitos por la felicísima terminacion de aquella lucha, que aseguraba para siempre la corona de Castilla en las sienes de su excelsa soberana.

Toledo desplegó con tal motivo toda la pompa é inusitado lujo que le sugeria su férvido entusiasmo y las casas y palacios de sus magnates ostentaban los más ricos ornatos, así como las filigranadas tracerías de las monumentales portadas de iglesias y conventos hallábanse casi oculta

por los terciopelos franjados de oro y los damascos de mil colores. Por todas partes brillaban las notas de las alcatifas de la India y sobre el fondo claro de las telas de sarsafan y los brocados moriscos con sus elegantes axaracas resaltaban los enormes escudos de pizarra orlados de pomposos lambrequines.

Por las puertas de la ciudad derramábase hasta la llanura inmensa muchedumbre, más alegre aún por gozar en aquel dia último del mes de enero de 1476, de la temperatura tan apacible como desacostumbrada que producia el sol espléndido alumbrando á la sazon á la regocijada ciudad.

Seria sorprendente espectáculo el producido por la multitud con sus abigarrados trajes en que se mezclaban y confundian los de los menestrales cristianos con los de los judíos, mudejares y conversos, las mujeres del pueblo, con los hábitos de los religiosos, los soldados con relucientes cotas y empenachados bacinetes, con los pajecillos que apartaban las gentes para dejar paso á algun rico-hombre cabalgando en brioso corcel, cubierto de ricas gualdrapas, con infinitos borlones de roja sedería, miéntras que por otro lado heraldos y maceros precedian el Regimiento de próceres toledanos representantes de la ciudad, con sus blasonados pendones enhiestos sobre las picas y lanzas de las milicias, bizarramente ataviadas. Llegaron los monarcas hasta las puertas de las murallas seguidos de los más poderosos magnates vencedores en Toro y en Zamora, rodeados por la multitud que se agolpaba á su paso vitoreándoles y aclamándoles con extraordinario entusiasmo. Los gritos arrancados de todos los leales pechos, la alegría pintada en los rostros, el vertiginoso movimiento de tantos séres pugnando por acercarse á la régia comitiva, el bélico y estruendoso ruido de las trompetas, las reverberaciones del sol sobre los bruñidos arneses, los penachos de los yelmos y de los testuces de los caballos ondeando incesantemente, el brillo de los brocados y los mil acordados instrumentos que celebraban la fausta victoria y la régia entrada; producirian á no dudarlo, uno de esos maravillosos cuadros que tan frecuentemente nos ofrece la Edad media con sus triunfos, sus glorias, sus héroes y sus grandezas.

Habíanse dispuesto para solemnizar este acontecimiento numerosas cuadrillas de *danzadoras y cantaderas* (1) que en presencia de los reyes lucieron su destreza y habilidad, miéntras que la multitud alborozada repetia aquel cantar con que fué saludado Fernando V al pisar el suelo castellano.

Flores de Aragon
Dentro en Castilla son:

(1) A. de los Rios. Monumentos arquitectónicos de España.



El popular compositor C. Lecocq

Y los niños, dice un escritor coetáneo (2) narrando aquel suceso, tomaban pendoncitos y caballeros en cañas jineteando decian: «¡Pendon de Aragon! ¡Pendon de Aragon!»

Así entraron los Católicos monarcas por la famosa puerta de Visagra saludados por las descargas de los espingarderos, que oscurecian el cielo con las nubes del humo de la pólvora, llegando hasta la plaza de Zocodover y de allí por las Cuatro Calles hasta la soberbia basílica donde eran recibidos por el Arzobispo, Dignidades y toda la clerecía que les acompañaron hasta el altar mayor, donde con profundo recogimiento dieron gracias al Altísimo por las mercedes recibidas, volviendo á aposentarse al alcázar.

Dos dias andados, el 2 de febrero, otro grandioso espectáculo estaba reservado para los moradores de Toledo. Los Reyes Católicos acordaron ir á depositar ante la tumba de don Juan I, vencido por los portugueses, las riquísimas preseas hechas en la jornada de Toro, en que segun el decir del escritor coetáneo arriba citado «ovieron gran despojo e presa el rey don Fernando é los suyos de caballos e armas e prisioneros e oro e plata e ropa y otras muchas cosas» (3). De este modo vindicando la memoria del desastre primero, parecian llevar la paz á aquel sepulcro, donde acaso se escucharian en el silencio de la noche gemidos de dolor recordando á Aljubarrota.

(2) Andrés Bernaldez. Crónica de los Reyes Católicos. Tom. 1.° cap. VII.

A hora próximamente de las nueve, acompañados de la misma pompa y ostentacion que en el de su entrada, dirigiéronse todos á la Catedral, en medio de un numerosísimo concurso que se agolpaba á las calles del tránsito. «Vestian ambos magníficos trajes: ostentaba en especial la Reina un suntuoso brial de brocado blanco, salpicado de castillos y leones de oro, y pendia de su cuello un rico aderezo de hermosas piedras balajes brillando la del centro por su extremada magnitud, á que añadia no poca estima la creencia de haber pertenecido al rey Salomon, segun parecia revelar una leyenda que la rodeaba. Una corona de oro sembrada de piedras preciosas ceñia su frente, cayendo sobre sus hombros vistoso manto de armiños que recogian tras ella dos gallardos pajes en cuyo pecho lucian las armas de Castilla.» (4)

Despues de los trompeteros que abrian la comitiva, iban enhiestas las banderas reales y las de los magnates que asistieron á la batalla de Toro, despues el arnés del alférez Duarte de Almeida á quien el intrépido Pedro Vaca consiguió arrebatarlo, no sin que aquel lo defendiese despues de perdido el brazo derecho, con el izquierdo, y cuando le faltaron ambas manos asióle con los dientes apretadamente hasta extinguirse su vida (5). Tras dicha armadura las banderas portuguesas inclinadas hácia el suelo. Una vez ante el sepulcro de don Juan I, hecha oracion, quedaron allí depositadas las banderas y armadura, en la llamada hoy capilla de los Reyes Nuevos, donde todavía puede verse el enmohecido arnés pendiente de la bóveda.

Todo este cúmulo de gloriosas fechas, prósperos sucesos é inmortales nombres tienen forzosamente que acudir á la cabeza de quienes por vez primera recorren los desiertos claustros, los abandonados aposentos y aquel maravilloso templo hoy desmantelado y triste. Consecuencia de un voto ofrecido á la Divinidad fué la ereccion de esta singular fábrica, bastante ella de por sí para expresar el espíritu religioso de aquella centuria y el adelanto en todas las esferas del arte que entónces recibieron sobrenatural impulso.

José Gestoso y Perez

(Continuará)

(3) A. Bernaldez, Ibid.
(4) Amador de los Rios: Monografía de San Juan de los Reyes arriba citada.
(5) Lafuente. Hist. de España.



Cachorros de pantera del Jardin zoológico de Dusseldorf criados por una gata

Imp. de Montaner y Simon



AÑO III — BARCELONA 25 DE FEBRERO DE 1884 — NÚM. 113

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL TENTADOR, cuadro por J. E. Gaiser

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

¿En qué consiste que las fiestas, siendo constantemente las mismas, parezcan á los hombres completamente diversas? ¿En qué consiste que sucediéndose unas á otras con periódica monotonía y coincidiendo con los mismos dias y horas, ya les parece á unos que tardan en llegar, ya imaginan otros que atropelladamente todas concurren y se juntan?... Es que en ellas cada uno pone el estado de su alma, ya las alegrías de la juventud, ya los desengaños de la vejez.

El carnaval se acerca; Cuasimodo ha salido de su tumba y agita en su diestra el tirso erizado de cascabeles, frutos dorados, dentro de cuya cáscara resonante tiene su domicilio la alegría.

La careta con su sonrisa de carton, con sus ojos vacíos, invita á nuestra cara á cubrirse y á disfrazar á su amparo la voz y los sentimientos.

El dominó, hábito del júbilo, cogulla de la risa, hopa de la razon humana, sale del armario, desarruga sus pliegues de seda, y colgado de los brazos inmóviles de un maniquí, aguarda al hombre como diciéndole:

—Yo soy la túnica de Nesso; si una vez dejas que mis paños flotantes toquen tu cuerpo, sentirás en él los besos de las pasiones. El dios del amor me solicita para que encubra sus audacias. Debajo de mi misteriosa envoltura se han escondido corazas de héroes que iban á una zambra á buscar la venganza, y delicados cuerpos femeninos en cuya cintura se enroscaba la serpiente de la voluptuosidad.

Detrás de la careta parece hervir la risa; los ojos abiertos en el carton son como troneras por las cuales nos acecha una caterva de diablillos juguetones, que esgrimen pequeñas lanzas, agudas como agujas, envenenadas las puntas en el dulce veneno de la embriaguez.

Las caretas pueden ser el asunto de un estudio social; porque á fuerza de querer disfrazar á quien las lleva, muestran el fondo de su alma. Ved el antifaz de raso, ved su brevedad y su brillo, ved cómo se posa sobre un rostro hechicero, como una mariposa negra sobre una magnolia. Oculta y enseña; es un pretexto para que la imaginacion reconstruya con lo que se ve lo que no se ve.... Advertid cómo el antifaz deja al descubierto los ojos, que son el arma del combate, los labios, señuelo del beso.

El dominó tiene su leyenda de amor y de odio. Sobre el césped de un jardin, inmediato al palacio de mármol, por cuyos rasgados balconajes salen torrentes de luz y olas de armonía, el dominó, doblado, y abandonado sobre un banco, habla de un duelo que allí cerca debe estarse efectuando, y miéntras una bella dama, asomada á una ventana, con rostro que palidece tras el carmin y los afeites del disfraz, presta atencion á los rumores de la noche, al vibrar de los aceros que léjos, muy léjos suenan... la luna, levantándose grandiosa y ensangrentada, parece una hostia con que ha comulgado el amor de todos los hombres y que han ensangrentado sus odios.... Hé aquí que vuelven los duelistas y miéntras allá abajo, en un bosquecillo de bojes, queda tendido el cadáver de Pierrot, vuelve el dominó á cubrir unos brazos que tiemblan con los estremecimientos de la ira... y los sobrevivientes del lance vuelven al palacio, sin que el crímen que han cometido desluzca el brillo de las cornucopias erizadas de labor churrigueresca, y de velas que se queman como un perfume.

¡Ah!... los modernos han acabado con estas febriles alegrías, con estas violentas pasiones; han quitado al amor lo que tenia de poético y de medroso, sus besos á la luz de la luna, sus duelos en los bosquecillos de bojes!...

* * *

El discurso del Sr. Cánovas del Castillo en el Ateneo de Madrid ha sido y es campo donde se levantan amigos y adversos comentarios como flores de distintos matices en campo fecundo. ¡Felices nosotros que podemos prescindir de pasiones políticas que nunca han mordido nuestro corazon ni enturbiado nuestro cerebro, y hoy nos es dable examinar el discurso del Presidente del Ateneo sin ver en sus líneas las huellas que ha dejado en la obra la mano del Presidente de Ministros! ¡Venturoso palenque este de la *Ilustracion Artística* donde contienden todas las ideas y lizan todos los mantenedores con tal de que traigan en su escudo por leyenda, el ingenio ó la ciencia! Porque esta anchurosa condicion de las columnas en que escribo, me deja elogiar sin tasa ni medida el discurso del Sr. Cánovas, historia del Ateneo, y galería biográfica de sus hombres ilustres.

El Rey, presentándose en el Ateneo como «un socio más,» dejando á la puerta las aparatosas solemnidades de la monarquía para ser uno de tantos soldados en aquel ejército de pensadores y artistas, constituye una página de la Historia de España que no la escribirá, no, el cronista con la misma tinta con que describió el motin de Aranjuez y la fundacion de la escuela de tauromaquia de Sevilla.

Paz... Trabajo... Estos son los dos remeros que empujan hoy á España... Si guia el genio la caña del timon... ¿no ha de ser feliz la arribada?

* * *

La terrible pero necesaria contribucion de la sangre ha pedido á 45,000 madres sus hijos. Los cantares de despedida de estos nuevos soldados alegran y entristecen al mismo tiempo las calles de todos los lugares de España.

Siempre será popular la campaña contra las quintas. En vano razonará el estadista la necesidad de los ejércitos permanentes, en vano explicará el necesario ministerio de las armas: cuando haya agotado sus argumentos, de la última fila de revolucionarios saldrá un grito de «¡Abajo las quintas!» y con él votarán los corazones de todas las madres.

En las canciones del quinto que se despide de su pueblo, hay más estro poético que en centenares de tomos de académicas poesías. Esta poesía que anda por las calles, que acompaña á la interjeccion y al grito de guerra, que estalla sobre las cabezas de las multitudes alegionadas por el ansia de independencia, que suspira en la reja, que llora en el calabozo, ya se llame jota, malagueña, seguidilla ó zortcico, es algo que no cabe en las estrechas reglas de la retórica, algo como un licor hirviente y espumoso que se escapa del vaso que lo encierra, y se derrama fuera del recinto trazado por la crítica sábia, fuera de los moldes creados para todos los metros de la poética, fuera del mismo idioma si no encuentra en él la frase que se acomode con la idea.

* * *

Esto me trae como de la mano á dar cuenta del notable desarrollo que van adquiriendo las sociedades del *Folk Lore* español. Su objeto es reunir las canciones y dichos populares, los rasgos de ingenio y frases felices de ese autor inédito llamado pueblo que imprime sus obras, no en páginas tipográficas, sino en la conciencia nacional.

El pueblo, á pesar del genio que palpita en sus leyendas, del candor primaveral de sus cuentos infantiles, de la honda ternura de sus endechas de amor, del instinto dramático de sus romances y epopeyas de ciego, se encontraba en España hasta ahora en la misma situacion que el bisoño poeta que llega de provincias con un sombrero viejo en la cabeza y una resma de poemas en la sombrerera, que inútilmente llama á las puertas de todos los editores pidiéndoles por Dios que le hagan célebre.

El *Folk Lore* español se ha decidido á ser el editor del pueblo No ha habido nunca autor que dé por ménos dinero obras que valgan más.

* * *

Además de varias obras de poca importancia estrenadas en los teatros de Madrid, ha habido dos estrenos interesantes bajo el punto de vista literario: el del drama del Sr. Pleguezuelo «¿Mártires ó Delincuentes?» en la Zarzuela y el casi-proverbio de Echegaray «Piensa mal ¿y acertarás?» en el Español.

Un éxito muy brillante saludó con aplausos la obra del Sr. Pleguezuelo, que aparece ya como autor dramático de primera fuerza, y sin embargo, á la tercera noche el empresario tuvo que retirarla del cartel porque el público no acudia á llenar las localidades. ¿En qué consiste esto?... Ganas me dan de traer á cuento y copiar entre comillas el prólogo aquel memorable que Goethe escribió á la cabeza de su genial poema. Ahora como en aquella página el empresario le pide al poeta algo que atraiga á las muchedumbres, algo que anime la desierta sala, grandiosas inspiraciones que sorprendan por su novedad.

La dramática española parece encerrada en dos círculos: en uno, formado con las ruinas de la literatura clásica, manotean y accionan los personajes de los dramas góticos, los galanes embutidos en corazas, las damas engolilladas, con sus dueñas y pajes alrededor; en otro gritan y blasfeman los personajes del neo romanticismo. O el drama sembrado de descripciones de batallas con el indispensable sacrificio del escudero que hace una empresa heróica, ó el drama del adulterio lleno de protestas contra la ley que no permite que los matrimonios se deshagan como quien deshace un barquillo. Unase á esto la falta de buenas compañías dramáticas y se explicará el alejamiento del público.

La obra de Echegaray es un milagro que consiste en hacer una comedia sin actores. En los teatros-cafés, un exíguo escenario y un personal aún más exíguo obligan á los directores de escena á suprimir personajes en los dramas que tienen muchos. Esto ha tenido que hacer Echegaray. Dentro de poco el dramaturgo escribirá en el reparto de sus obras:

«Don Nuño.—Primer galan... si lo hay.»

J. Ortega Munilla

NUESTROS GRABADOS

EL TENTADOR, cuadro por J. E. Gaiser

Llámense Tenorios ó Mañanas, petimetres ó pisaverdes, calaveras ó enamorados, pollos ó gomosos, el caso es que en todos tiempos y en todas partes ha habido, hay y habrá tentadores de la honestidad de las doncellas, que no respetan ni áun los sitios más sagrados. Hasta á la puerta del templo, en el momento en que la piadosa jóven deposita su óbolo en el cepillo de los pobres, se acerca el tentador á ella, deslizando en su oido almibaradas frases que hacen latir con fuerza su inexperto corazon. ¡Mucho cuidado, doncellas inocentes! Las insinuaciones de estos enamorados de profesion, que tan dulces y melódicas os parecen, suelen tener fatales consecuencias, aunque sólo sea porque el amor que leeis en sus ojos desaparece una vez satisfecho, dejando en su lugar la indiferencia y el olvido, cuando no la deshonra.

El distinguido artista augsburgués J. E. Gaiser se ha inspirado en este asunto para trazar el cuadro de que es copia nuestro grabado, el cual ha llamado la atencion por el vigor del colorido, la propiedad en los trajes y accesorios y la naturalidad y expresion de las figuras.

ALEJANDRO DUMAS (padre)

En el primer tercio de este siglo, llegaba á Paris un jóven de tez pronunciadamente cobriza, de cabello extremadamente rizado, de labios gruesos, nariz vulgar, ojos pequeños y penetrantes, cabeza ligera y bolsillo más ligero que la cabeza. Llevaba una carta de recomendacion nada ménos que para un general, carta sobre la cual habia levantado en el aire ¿qué es un castillo?... un palacio completo. Desgraciadamente para nuestro jóven, el general (que le abrió magnánimamente sus brazos) no podia compartir con él ni un dinero de que carecia, ni un trabajo que desconocia por completo nuestro recien llegado.

Perdido el jóven en la inmensidad de Paris, fué sucesivamente amanuense de notario, aspirante á poeta, autor dramático silbado, cuanto se puede ser en una Babilonia como Paris, sin ser real y positivamente cosa alguna.

Transcurrieron luégo nada ménos que cincuenta años, y el jóven forastero habitó sucesivamente la capital de Francia como un príncipe indiano y como un amigo pegote; recorrió la Europa, unas veces como el orgulloso triunfador sus dominios, otras veces como el banquerrotero la tierra de que se fuga; sentado en el trono de la opinion pública en unas ocasiones, y en otras ocasiones viviendo en la burguesía de un rey que ha abdicado voluntariamente; académico por derecho conquistado y fondista por inclinacion; su vida dió mucho que decir y su muerte dió más que lamentar.

Recientemente la villa de Paris le ha erigido una estatua.

Primero se la habian erigido los lectores de *Catalina Howart* y de los *Tres Mosqueteros.*

El jóven desconocido hace medio siglo, se llamó y se llamará en la historia de la literatura contemporánea: Alejandro Dumas (padre).

ALEJANDRO DUMAS (hijo)

Heredero de un gran nombre, ya que no lo fué (debiéndolo haber sido) de una gran fortuna; moreno, no tanto como su padre; de ensortijado cabello, ancha la frente, penetrante al par de dulce la mirada, denotando firmeza el semblante, distincion el porte, superioridad el todo; un jóven escritor, confundido ayer entre la turba de superficiales folletinistas parisienses, provoca en un momento dado una tempestad de aplausos; y miéntras la crítica discute la conveniencia de su obra, el público devora sin tregua y en breve tiempo, treinta ó más ediciones de *la Dama de las Camelias.* Más dado á rebuscar en el fango dorado del *demi-monde* que en el amarillo polvo de los archivos, exhibe á los ojos atónitos de una generacion educada en la escuela romántica, toda una galería de *cocottes* sentimentales y de *entretenidas* sin corazon, é introduce en el *boudoir* de la honesta dama una sociedad que, tirando un dia los encajes y el fraque con que cubre su repugnante desnudez, aparecerá, sin que el introductor haya podido sospecharlo, bajo la asquerosa forma de los héroes de Emilio Zola.

Blandió su padre la espada de Artañan; él maneja el escalpelo de Orfila; gustaba aquél del hierro que choca, prefiere éste la seda que cruje; se hallaba aquél como en su casa en los salones del viejo Louvre y de las ostentosas Tullerías; éste gusta preferentemente de la visita de la *Opera* y del *Bosque;* y en lugar de inspirarse, como aquél, apurando una botella de *champagne* en la copa en que lo bebió Richelieu, estudia las costumbres de ciertas gentes, observando cómo el *champagne* se vierte encima de un costoso traje ó de una tupida alfombra, pisada por el diminuto pié de ciertas damas.

Ese jóven que, por desgracia suya ya no lo es, se llama Alejandro Dumas (hijo).

Silla de la coronacion, espada y escudo de Eduardo III en la abadía de Westminster

Cuando *Westminster-Abbey* no fuese digna de ser visitada como uno de los primeros monumentos arquitectónicos de Europa, áun á los ojos del historiador tiene un valor inapreciable por conservarse en ella los restos de muchos soberanos de Inglaterra y preciosos recuerdos de varios de ellos. Allí son de ver, por ejemplo, los objetos que representa nuestro grabado, pertenecientes á Eduardo III, fundador de la órden de la Jarretiera é introductor en su reino del utilísimo servicio de correos.

RUINAS DE LA ABADIA DE WHITBY

En las pintorescas costas inglesas del mar del Norte, allí donde el rio Esk, deslizándose al través de los tranquilos valles poblados de bosque del condado de York, vierte sus aguas en el Océano, descuellan aún las ruinas de un soberbio monasterio fundado por la princesa Hilda á mediados del siglo VII, y destruido dos centurias despues por una invasion de los daneses, quedando sólo en pié la iglesia y la torre central, la cual subsistió hasta 1830, en cuyo año se derrumbó á su vez cayendo dentro del edificio. Hoy sólo existen el ábside y el coro con algunos lienzos de los muros laterales, los cuales bastan para dar una idea de la gallarda estructura del edificio, de estilo genuinamente inglés primitivo, severo, imponente, y adecuado para el objeto á que aquel se destinaba; siendo cosa de extrañar que los ingleses, tan cuidadosos en conservar los monumentos antiguos, no hayan tratado de evitar que la abadía de Whitby se fuera derrumbando piedra por piedra, á pesar de la fama que como obra de arte ha tenido en todos tiempos.

UN SOLDO PER DIO.... cuadro por H. Friedrich

Los que dicen que nuestra España es el país de los mendigos, no han visitado, seguramente, la Italia. ¿Quereis la prueba? La teneis á mano.

Ningun país exporta sino aquello que le sobra. Pues bien; pedid en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia mismo, un mendigo español, y si no os lo mistifican, os quedareis sin mendigo. En cambio, dirigíos al país de Europa que os plazca, España inclusive, y en todos hallareis al original de nuestro grabado, muchacho grandullon, aprendiz de gaita, poseedor de una cabeza semi-artística, que toca mal, baila peor y canta horriblemente; sin perjuicio de abusar de una manera intolerable del derecho de aburrir al prójimo ejercitando alternativamente su voz, sus piés ó su instrumento.

El autor de nuestro cuadro ha estado en él felicísimo: su mendigo es *inconfundible:* más que la reproduccion de un hombre, es la encarnacion de un tipo.

Cuando se quiere hacer el elogio de un retrato, se dice por lo comun:—está hablando...—Nuestro mendigo habla, baila, pide, sufre y goza á un tiempo mismo; y siempre es el transteverino, es decir, la hermosa estatua antigua, mutilada por el tiempo y cubierta por una costra de barro de la decadencia.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

MUJERES ROMANAS

Si hubo un tiempo en que las mujeres romanas contribuyeron poderosamente al engrandecimiento de la señora del mundo; si Augusto debió gran parte de su celebridad á la prudencia de su esposa y los Gracos sus virtudes á la educacion que recibieron de su madre; otro tiempo vino en que, decaidas las antiguas costumbres, afeminado el Lacio, y el Capitolio á disposicion del más osado; las sucesoras de Lucrecia perdieron el honrado concepto del hogar, transcurrieron sus horas en ridículas distracciones, y dieron con su reputacion en las plazas y en las encrucijadas de los caminos, incitando al lascivo transeunte á caer en la tentacion de arrojar una moneda en la fuente metálica, donde se recogia el precio del pudor de las degeneradas matronas romanas.

Una de esas escenas de voluptuosa decadencia representa el cuadro que hoy reproducimos, notable no tan sólo bajo el concepto plástico, sino por el profundo estudio que revela de las costumbres que representa.

El pintor Luna, á quien se debe este lienzo, concebido con intencion y ejecutado con facilidad, ha perfeccionado en Roma sus estudios, pensionado por las Islas Filipinas; distincion que ha justificado, entre otras producciones de su talento, con la *Muerte de Cleopatra*, cuadro premiado con segunda medalla en la exposicion de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1881.

Luna es un pintor en toda la acepcion de la palabra. Su talento se manifiesta no en frias reproducciones de la naturaleza ó en reducciones de modelos más ó ménos artísticamente dispuestos. Sus asuntos revelan por sí solos el aliento del autor. Filipinas debe estar satisfecha de la proteccion que ha dispensado al artista; la posteridad justiciera apénas pronuncia el nombre de Horacio sin que asome á sus labios el de Mecenas.

EL FANTASMA ROJO

Á EMILIO CASTELAR

¿Lo oiste, Castelar? Dicen los magos
Que esas luces del cielo tan extrañas
Que se aparecen cual sangrientos lagos,
Son de un mundo que ha muerto las entrañas.

¿Lo sabe Campoamor? El que decia,
Antes que ese fantasma apareciera,
Que del astro ignorado que moria
Los átomos rodaban por la esfera.

¿Lo sabe el pueblo ya? Tú, que adivinas
Lo que escondido pasa en su conciencia,
Como del hondo cielo entre neblinas
Penetra del astrónomo la ciencia.

Tú, que vives por él, por él te afanas,
Por él combates y por él te humillas,
¿Sabes de aquellas luces sobrehumanas
Lo que piensan las gentes más sencillas?

¿Son el hambre? ¿La guerra? ¿El terremoto?
¿Fuego? ¿Diluvio? ¿El fin de nuestra tierra?
¿Cuál es ¡oh sabio! el porvenir ignoto
Que ese esplendente logogrifo encierra?

¿Es el gérmen tal vez de los amores
De la tierra feraz y el sol fecundo,
Que envuelto en esos vagos resplandores
Engendro habrá de ser de un nuevo mundo?

¿O será ese fantasma llama ardiente,
Que ha de caer sobre la raza impía
Para enseñar a la malvada gente
Lo que á Sodoma le enseñó aquel dia?

¿O tal vez es vapor de sangre humana
Que en Europa y América vertida
Otro diluvio nos traerá mañana
Para lavar la tierra maldecida?

Tú lo debes saber; tú y los que niegan
Lo que el pueblo creyó, y hoy ya combate.
Tú y los que en mar sin límites navegan
De hirvientes olas entre el rudo embate

Tú, y los que sondan la extension del cielo
Descubriendo en el sol hierro y ceniza;
Tú, y los que buscan con ansioso anhelo
La ciencia que los dogmas pulveriza.

¿No habeis pasado insólita velada
Sobre los libros de escritura roja,
Desde aquella de Adan tan comentada
Toda la historia eterna, hoja por hoja?

¿No bajasteis á egipcio mausoleo
Arrancando á las momias el sudario?
¿No pisasteis de Roma en el trofeo?
¿No cavasteis de Troya en el osario?

¿No teneis por el aire en hebras miles
Y en las marinas ondas enroscados
Prodigiosos mecánicos reptiles
Que escriben vuestros signos acordados?

¿No tocais con eléctrico resorte
En el antro infernal de los abismos,
Y desde el Sur hasta el confin del Norte
Llamais y os respondeis vosotros mismos?

¿No teneis un cristal que lleva á Marte
La luz de vuestra mágica pupila,
Y espejos de metal, por cuyo arte
De la luna estampais la faz tranquila?

Pues hablad, responded, alzad los ojos;
Decid qué quiere esa vision extraña;
Si es risa celestial ó son enojos,
Cuál su destino es, quién la acompaña

No vengais á turbar nuestras creencias
Si no sabeis lo que nos dice el cielo;
Si á entenderlo no alcanzan vuestras ciencias
Dejadnos en la fe, nuestro consuelo.

¿Quién sabe si en la inmensa contextura
De planetas y soles ignorados,
De creaciones y séres increados,
La ciencia no es la ciencia, es la locura?....

Tal vez penetre más en los arcanos
Del infinito el alma inmaculada,
Que el razonar de cálculos humanos
Para encontrar en la razon la nada.

O luz ó fe; ó dioses ó mortales;
O penetrad en la morada eterna
Y explicad sus misterios celestiales,
O dejad gobernar á quien gobierna.

¡Flammarion! Donde su ciencia acaba
Empiece vuestra fe; si es un castigo,
Lumbre, hielo, ceniza, piedra ó lava,
Al fantasma temed y orad conmigo!

CAROLINA CORONADO

Paço d'Arcos, 1.º de enero de 1884

GAYARRE EN PARIS

La prensa parisiense y en particular la dedicada á la crítica teatral se ocupa estos dias del debut del célebre tenor español en el Teatro Italiano, dedicándole frases tan entusiastas, elogios tan lisonjeros, que fácilmente podrian considerarlos como hiperbólicos cuantas personas no han tenido todavía el placer de oirle. Y en efecto, Gayarre, lo mismo en Paris que en cuantas capitales se ha presentado, ha correspondido con creces á la fama de que iba precedido; se ha apoderado del ánimo del público desde las primeras notas y arrancado frenéticos aplausos áun á los que con más prevencion acudian á escucharle.

Prolija tarea seria la de trasladar á nuestras columnas los juicios emitidos por los diferentes críticos parisienses, por más que todos ellos estén unánimes en encomiar el mérito de nuestro distinguido compatriota; razon por la cual preferimos reproducir el artículo que en el *Fígaro* le dedica uno de los más competentes y en el cual se ocupa de Gayarre no sólo como aventajado artista, sino como distinguido caballero y excelente hijo.

Hacia mucho tiempo, dice el *Fígaro*, que se aguardaba el debut del célebre cantante, de quien se habian ocupado mil veces con elogio los periódicos extranjeros. Mucho tiempo hacia que, siempre que se hablaba de cualquier tenor cuya voz extasiaba al público, habia álguien que exclamaba: «Todo eso es nada en comparacion de Gayarre. ¡Ah, si oyerais á Gayarre! El que no le haya oido, no ha oido nada!»

El mundo entero, tanto el antiguo como el nuevo, conocia al célebre tenor; el mundo entero le habia aplaudido y festejado; únicamente Paris no habia tenido aún ocasion de apreciar su talento. Hubo un momento en que alimentó esta esperanza: cuando M. Vaucorbeil se encargó de la direccion de la Opera: dícese que Ambrosio Thomas exigió entónces que se ajustase á Gayarre para crear el papel de Paolo en su *Francisca de Rimini.* Mediaron efectivamente tratos entre el artista y la nueva direccion, pero no se pudo llegar á un acuerdo, y Gayarre se nos escapó una vez más. Para mitigar la amargura de esta decepcion, algunos *dilettanti* furibundos hicieron adrede un viaje á Madrid donde el gran tenor descollaba en primer término. Por fin, lo que no pudo hacer la Opera, lo han hecho los Sres. Maurel y Corti, empresarios del Teatro Italiano. La brillante revelacion del artista de quien todo Paris se hará lenguas mañana, y á quien todo Paris querrá ir á aplaudir, figurará, juntamente con la representacion de *Herodías*, en el activo de la direccion italiana, y si los abonados se quejan todavía, bien puede decirse que son muy difíciles de contentar.

. . . .

Gayarre tiene tres papeles favoritos en los cuales brilla con más vivo fulgor que en los otros; Fernando de *La Favorita;* Vasco de Gama de *La Africana* y *Lohengrin.* Por desgracia, las dos primeras partituras sólo pueden cantarse en nuestra Academia Nacional de música, y por el momento es imposible presentar la última con el aparato que requiere en el teatro de la plaza del Chatelet. Por esto ha habido que contentarse con *Lucrezia.*

La salida de Genaro, en el primer acto, ha producido en el público uno de esos grandes movimientos que sólo se observan en las grandes circunstancias. Por seguro que estuviera Gayarre de sí mismo, por acostumbrado que esté á los triunfos, tenia casi tanto miedo como un simple debutante. Desde la noche en que, desconocido, pobre, debutó con el *Elisire d'amore* en el teatrito de Varese, jamás se habia sentido poseido de una emocion tan grande. ¡Parece tan temible este público parisiense que en pocas horas sanciona ó deshace las famas mejor sentadas!... Pero Gayarre se ha apoderado de él casi en el acto. Su primer traje, cuyo figurin hizo que le dibujase Eugenio Lacoste, exprofeso para este debut, ha gustado mucho, así como la fisonomía franca y simpática del artista.

Julian Gayarre tendrá unos treinta y cinco años; es de regular estatura, moreno, de mirada expresiva, boca sonriente y aire muy español. Asegúrase que es sencillo, modesto, instruido; que habla muy bien una porcion de lenguas, y que no tiene esos caprichos, exigencias y excentricidades que tan frecuentes son en los tenores afanosos de notoriedad. Es casi francés, pues ha nacido en la frontera pirenaica, en el valle del Roncal (España). Su padre, honrado labrador, le crió como «un señor». No economizó nada para darle una buena educacion; así es que Gayarre ha conservado grato y profundo recuerdo de sus primeros años, al cual ha dado cuerpo mandando reconstruir, tan luégo como tuvo medios para ello, la casita paterna que iba arruinándose. En esta casita pasa todavía hoy el distinguido cantor sus más agradables momentos, habiendo reunido en ella una hermosa coleccion de libros y objetos de arte. Su padre, que murió hace cuatro años, no ha querido dejar nunca esa casa que el hijo ha embellecido poco á poco y la que ha convertido al fin en un pequeño museo. El anciano se mantuvo toda su vida fiel á las tradiciones de su juventud: hasta el fin ha llevado su traje de campesino, compuesto de calzon corto, chaqueton y boina: vestido con este traje fué una noche á oir á su hijo cuando cantaba la *Africana* en el Teatro Real de Madrid.

He dicho que uno de los papeles que mejor canta Gayarre es el de Vasco de Gama. Aquella era la primera vez que el padre veia á su hijo en el teatro; así es que, tan luégo como terminó la representacion, corrió éste en busca del anciano, que á la sazon tenia ochenta años, y, más satisfecho que nunca de los aplausos que habia obtenido, le preguntó:

—¿Qué tal? ¿Se ha divertido V.?

—Sí.

—¿Y qué es lo que más le ha gustado?

—¡Esas jóvenes que llevan las faldas tan cortas!

Ni siquiera se le ocurrió al buen viejo hacer mérito del triunfo del hijo querido: al excelente hombre le habia deslumbrado, fascinado el baile del cuarto acto: el tenor habia sido eclipsado por las bailarinas.

Entre los objetos de arte que adornan su casa del valle del Roncal, el que primero enseña Gayarre es un soberbio álbum en que los principales cantantes del universo han trazado un cróquis ó estampado un autógrafo. Forma tambien parte de esta coleccion una pluma de oro y perlas finas que se le envió hace algun tiempo en circunstancias bastante lisonjeras para él. Habíase dicho que Gayarre renunciaba á cantar en Madrid; al punto redactó el Sr. Castelar un verdadero mensaje que firmaron los personajes más importantes de la corte, y se lo envió al tenor juntamente con la susodicha pluma rogándole que se sirviera de ella para firmar el nuevo contrato.

Un detalle para concluir.

Gayarre es el único tenor que puede sostener una nota filada por espacio de veintisiete segundos. Cuando se le dijo así á Mario, éste no quiso creerlo.

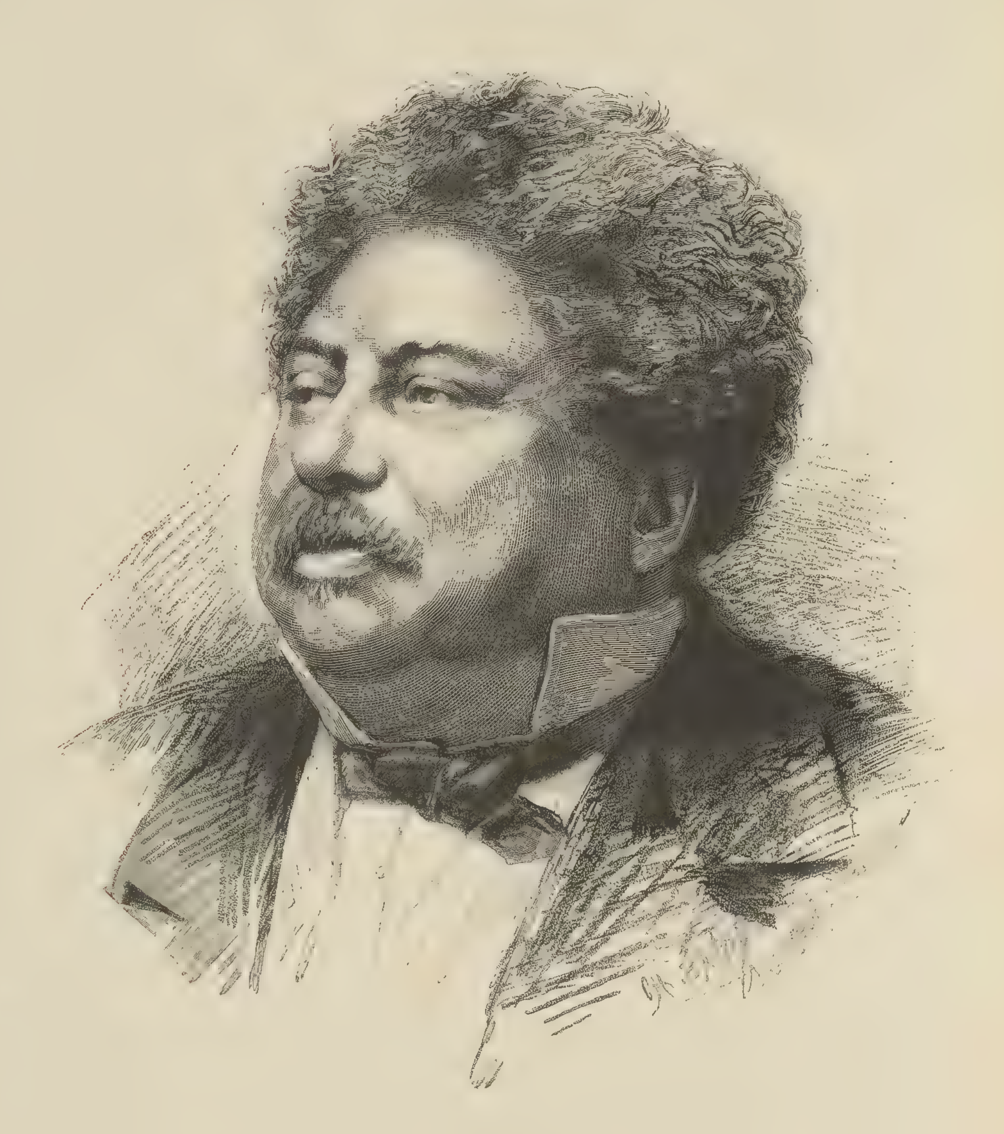
—¡Es imposible! exclamó. ¡Veintisiete segundos!

—Fácil es convencerse de ello.

—¿Dónde está ahora Gayarre?

—En San Carlo.

—Pues voy allá.



ALEJANDRO DUMAS (padre)



ALEJANDRO DUMAS (hijo)

Y Mario hizo exprofeso el viaje desde Nápoles en compañía de un tenor amigo suyo.

Muy en breve circuló la noticia de esta llegada y su causa. La noche de la representacion, y en el momento de emitir Gayarre la nota filada, todos los cronómetros salieron de los bolsillos. El tenor español, por pura coquetería, sostuvo aquella noche la nota veintiocho segundos. Más que si hubiese dado el do de pecho.

En la partitura de *Lucrezia* no cabe ninguna nota filada de veinte segundos; pero el público parisiense no se paga de los *tours de force;* ha aplaudido todas las notas de Gayarre, y cuando éste hubo cantado la romanza de *Don Sebastiano*, que intercaló en el tercer acto de la ópera de Donizetti, la ovacion que hizo al asombroso cantor ha sido la más entusiasta de cuantas he presenciado. Hasta se ha tenido la crueldad de pedir la repeticion de la romanza, y Gayarre estaba tan satisfecho de su triunfo que la ha repetido sin mostrar cansancio alguno.

El dia en que Gayarre cante el *Faust* en la Grande Opera se contarán las representaciones por llenos.

REMEDIOS

(Episodio del año 9)

I

Por más que hago, no me puedo acordar del nombre del pueblo; pero lo que sí recuerdo perfectamente, es que estaba á la izquierda de la carretera de Extremadura, que sólo habia tardado tres dias en llegar á él desde Madrid, y que tenia unas casas muy bajas, por encima de las que sobresalia una torre muy alta, como se destacaria un gigante que tuviese congregados en torno suyo una coleccion de enanos entretenidos en escuchar su voz. En el momento en que empieza mi cuento, lo que imitaba perfectamente la voz del gigante era la campana de la torre, que con su voltear incesante arrancaba unos gemidos cascados y dolorosos, como si pidiera favor y auxilio en un grave aprieto.

Los enanos, esto es, las casas, abrian llenas de terror las bocas de sus ventanas, y por entre sus descarnadas encías asomaba de cuando en cuando una cabeza soñolienta y asustada, que, dirigiéndose á los vecinos, muchos de los cuales ya se habian lanzado á la calle á pesar de faltar más de dos horas para amanecer, preguntaba

—¿Qué sucede?

A lo cual los de abajo contestaban, unas veces con ira, otras con miedo y siempre con disgusto:

—¡Que ya están ahí!

Yo estaba acurrucado en un rincon de la sala alta de una de aquellas casas; no comprendia nada de lo que sucedia y, sin embargo, temblaba y no acertaba á moverme. Mi cabecita rubia, porque es bueno que sepan Vds. que entónces, merced á los 8 años escasos que contaba, tenia la cabeza como la de esos alados querubines que hay pintados en los retablos, se escondia con una tenacidad abrumadora entre los pliegues de la manta que me servia de cobertor y de sábana al mismo tiempo. Me parecia que mi propia respiracion estaba confabulada con aquellos misteriosos séres que, segun decian los vecinos, estaban allí ya, y por temor de ser descubierto ni á respirar me atrevia.

Enfrente de mí habia una ventana, pero la escasa claridad de las estrellas llegaba hasta el improvisado lecho en que mi pequeño cuerpo buscaba en vano el reposo interceptada por dos cuerpos opacos. Aquellos dos cuerpos eran los de Remedios mi prima y Andrés su novio, que cuchicheaban echados de bruces en el alféizar.

Antes de pasar adelante, bueno será que diga cuatro palabras sobre los dos personajes que van á tener una parte muy principal en esta historia.

Remedios, la hija de mi tia Nicolasa, contaria á la sazon diez y ocho abriles. Era alta y de complexion robusta, pero sin perder por eso nada de su esbeltez. Su talle, que se dibujaba perfectamente entre los escasos pliegues de su vestido de alepin, aparecia airoso y cimbrador como una palmera, á pesar de que la moda de aquel tiempo le condenaba á buscar su ficticio nivel en el nacimiento inferior de su seno redondo y bien modelado, aunque un tanto exuberante. Su cara fresca y redonda como las cerezas que con tanta abundancia se cogian en su huerto, estaba adornada de dos magníficos ojos negros que sombreaban por arriba dos cejas arqueadas y valientes como una ojiva gótica, y por debajo dos semicírculos ligeramente violados que daban no sé qué de pensador y sombrío á todo su semblante. Una nariz un tanto aguileña, una boca de labios más bien gruesos que delgados, y una barba que partia en dos un hoyito que parecia sepultura de corazones, hacian que Remedios fuera tenida en el pueblo por la moza más garrida y apuesta de diez leguas á la redonda.

Y la verdad es que aquel aserto hubiera sido completamente verdadero, y áun capaz de extenderse á algunas leguas más, si algo de avasallador y altivo no hubiera dado á su fisonomía un carácter duro y repulsivo que estaba á punto de destruir todos los encantos que la naturaleza habia prodigado en una de sus más hermosas criaturas.

Andrés, por el contrario, era un moceton alto como un castillo, robusto como un campesino aleman y duro como un roble. Sus facciones eran correctas, su cuerpo derecho y bien formado, por lo cual podia muy bien ser tenido por un buen mozo en toda la extension de la palabra.

Sin embargo, como en todo lo humano cabe el defecto, y nada sino lo divino alcanza la absoluta perfeccion, así como en Remedios era la dureza su sombra, en Andrés la llegaba á constituir una blandura tal que hacia comprender desde la primera mirada que aquel hombre de nada por sí solo seria capaz, y que, como la cera, estaba pronto á modelar cuanto de bueno ó malo se quisiera imprimir en su dócil pasta.

Como he dicho ya, Andrés y Remedios, echados de pechos en el alféizar de la ventana, hablaban en voz lo suficientemente baja para que nadie que pasara por la calle pudiera oir lo que decian, pero no tanto que no llegaran hasta mí clara y distintamente sus palabras. Verdad es que mi edad y el sueño que, sin el incidente de los recien venidos, hubiera sin duda embarazado mis infantiles sentidos, hacian olvidar mi presencia allí.

Pero como de todas mis facultades sólo me quedaba el oido, que el miedo aguzaba más y más, casi puedo decir que contra mi voluntad escuché sin perder una sola sílaba el siguiente diálogo:

(Continuará)

EL HOMBRE VERDE

(Conclusion)

—¡No lo permita Dios!—gritó la encantadora con acento conmovido es preciso detenerlos: busque V. en la oreja izquierda de la yegua, puede que haya algo.

—Esto,—dijo el jóven, presentándola un guijarrito con tres picos.

—Arrójele por detrás de la espalda.

Hízolo aquel así, y súbito se elevó detrás de ellos una cordillera de rocas cinco veces más alta que el Pirineo.

—¡Otro dia ganado!—exclamó Lindalina con expansion.

—¡Que vengan tunantes á perseguirnos!— dijo Currito—¡si V. puede más que el Papa y el emperador de la China con todas sus porcelanas!

—No hay que fiarse, amiguito; sigamos corriendo.

El jóven, por toda respuesta volvió á espolear á la yegua, que dió un bote que hizo vacilar á Lindalina; pero el pícaro del muchacho, volviéndose de medio lado, la sostuvo con sus brazos.

Cuando el hombre verde vió delante de sus narices aquella gigantesca cordillera, por poco estalla de cólera, pero reflexionando que era mejor hacer estallar las rocas, mandó traer toda la pólvora, dinamita y nitroglicerina que habia en veinte leguas en contorno; y practicando un gran barranco, consiguió volar una gran parte de los pedernales y abrirse un túnel por donde se lanzó á rienda suelta, seguido de sus satélites. Confiaba en alcanzar á los fugitivos, porque habia tomado caballos de refresco, y supuso, con razon, que la yegua de aquellos deberia estar á punto de reventar.

IX

Su cálculo no salió fallido. A las treinta horas, á favor de un anteojo, vió á lo léjos la jóven pareja.

—¡Cincuenta mil perros chicos—exclamó—al que los traiga vivos ó muertos; pero vivos será mejor!

Esta colosal promesa centuplicó el ardor de los tunantes que le acompañaban: todas las espuelas estaban rojas, todos los caballos cubiertos de espuma.

Entre tanto, Currito y su compañera, algo descuidados, departian de cosas agradables. Atravesaban por un país tapizado de blanda hierba, y como el astuto del hombre verde habia encargado á los suyos el mayor silencio, al salir de un recodo del camino los perseguidores se encontraron muy cerca de los fugitivos.

Currito y Lindalina lanzaron una exclamacion á duo.

—¡Pronto!—dijo ésta—á ver si queda algo en las orejas de la yegua.

—Una gota de agua verde.

—Tírela usted hácia atrás.

Ya era tiempo, porque un sayon muy mal encarado, destacándose del grupo de los perseguidores, habia conseguido agarrar por la cola á la yegua, pero ésta le dió una coz mayúscula, al propio tiempo que la hermosa le arrojó un chapin á la cara.

El hombre cayó al suelo y ¡cosa maravillosa! el verde tapiz del campo se liquidó en un instante, formando un mar de agua verdosa tirando á negro, que parecia pez.

Entónces Lindalina, viendo que la yegua no podia más y que por el pronto estaban en salvo, mandó á Currito detenerse.

Ciego de rabia el hombre verde, hincó el acicate á su caballo, y se entró por el agua de su color.

Al ver esta accion, los fugitivos quisieron emprender de nuevo su camino; pero en balde: por más que el jóven espoleaba á la yegua, ésta no se movia.

Entre tanto el castellano seguia avanzando, aunque con mucho trabajo.

Currito se desesperaba; Lindalina rompió á llorar: volvió aquel á espolear al animal, pero inútilmente.

—Huyamos á pié—dijo tratando de desmontarse, pero ¡oh asombro! no pudo; estaba clavado á los arzones.

Y el hombre verde avanzaba siempre, ya estaba muy cerca de la orilla. Llevaba un brazo levantado haciendo á los pobres muchachos signos amenazadores.

—Váyase V. sola—dijo Currito á su compañera—y rece un Padre nuestro y una Ave María por mí.

—¡Pero si no puedo moverme!

—Entónces, cerremos los ojos y á morir.

El hombre verde estaba ya tan cerca que oyó estas palabras. Lanzó una infernal carcajada, dió repetidos espolazos á su caballo que nadaba, y ya iba éste á poner el casco en la ribera, cuando ¿qué dirán Vds. que sucedió?

¡La cosa más rara, más inaudita y más providencial que ha podido imaginarse!

Una cabeza de perro surgió de entre aquella agua verde y glutinosa; una cabeza de perro, que abriendo la boca, asió al hombre verde por el pantalon moruno que llevaba puesto: y tirando tirando, le sepultó en el abismo de aquel mar.

Al ver desaparecer á su señor, los pícaros que le seguian huyeron á la desbandada.

Currito y Lindalina estaban estupefactos. Quisieron hacer andar á la yegua, pero el animal continuaba inmóvil y ellos clavados á la silla.

—Quizá nos hallemos sometidos á un encanto,—dijo

Silla de la coronacion, espada y escudo de Eduardo III en la abadía de Westminster

Currito tristemente,—y vamos á permanecer aquí cuarenta ó cincuenta siglos, sin comer, sin beber y sin afeitarnos.

Pero el hombre piensa y Dios dispone.

Aquel mar, rio, lago, ó llámese como se quiera, se fué secando inmediatamente, quedando unas praderas de esmeralda que no habia más que ver.

Luégo se vió un bulto casi imperceptible que parecia un conejo. Fuése agrandando poco á poco, y cuál fué la sorpresa de ambos jóvenes, cuando conocieron al perro ratonero que se acercaba con su pipa en la boca. Marchaba con un contoneo de dandy que le sentaba muy bien.

Llegó por fin junto á la atónita pareja, saludó con la pata derecha delantera, quitóse la pipa de la boca, se sentó, y pronunció gravemente el siguiente discurso:

—Huélgome grandemente, jóvenes amigos mios, de que con la muerte de vuestro perseguidor, cesado hayan vuestros sobresaltos, y puesto que el amor ha inflamado vuestros corazones, espero que vuestra union no será subrepticia ó de tapadillo, y sí sancionada por la Iglesia y por el contrato civil si os casais en un país en donde esté establecido. Bien quisiera endonaros, como regalo de boda, el anillo de Saturno y la ganadería de los famosos toros de Guisando; pero en mi estrechez sólo puedo ofreceros, á tí, Lindalina, este dedo de tu pié, que tu descuidado amante dejóse olvidado en la isla del lago, que harto le necesitarás para correr cuando á tu marido se le antoje darte una paliza; y á tí, Currito, la cosa que más amo en el mundo, como es esta pipa de Gambier culotada.

Y diciendo estas palabras, presentó á los jóvenes los susodichos objetos, que ellos aceptaron por no hacerle un desprecio.

—Ahora, *Bahmendi*,—prosiguió el perro dando un golpe en el corvejon de la yegua con una de sus patas delanteras,—llévalos en paz y gracia de Dios á donde quieran ir.

Bahmendi hizo una graciosa corveta. *Bahmendi* en el idioma de aquellos países significa: *felicidad*.

El ratonero saludó y se alejó con gentil continente meneando la cola, y Currito, con la boca abierta, exclamó:

—No cabe duda, este perro es todo un caballe....

—¡Vamos, muchacho, levántate, perezoso!—dijo la señora Casilda, despertando á su hijo.—Hoy es dia de fiesta y comemos en Albacete. ¿No sabes, picarillo? Hay grandes novedades. Ayer D. Severiano y yo tuvimos una larga plática. Si quieres, pronto te casarás.

—¿Con quién?—preguntó Currito desperezándose—¿Con Lindalina?

—¿Qué es eso de Lindalina, tunante? Con María Pepa, la hija del dueño de la fábrica.

F. MORENO GODINO



Abadía de Whitby

NOTAS DE MI VIAJE

(Continuacion)

Las salvajes hordas acaudilladas por el Capitan del siglo, más feroces que las del terrible Atila, complaciéronse en mutilar los aéreos y delicadísimos ornatos, romper los grandiosos sarcófagos, destruir á balazos las cabezas de las estatuas de los santos, de los ángeles y de los heraldos del ábside, colocados en aquel lugar como eternos vigías del sagrado recinto, y no satisfechos todavía sus feroces instintos, la tea incendiaria redujo á cenizas la famosa biblioteca aniquilando gran parte del claustro bajo. ¡Baldon eterno para los que tal hazaña consumaron!

Empero volvamos los ojos á lo pasado, apartémoslos de lo presente, si queremos dejar al alma que se espacie y deleite con los elocuentes testimonios que subsisten todavía. Estamos en los primeros meses del año de 1496: atraidos por la fama de su ereccion concurren á trabajar en ella número tan considerable de alarifes, oficiales, canteros y entalladores que, al siguiente, encontrábase ya casi á punto de ser habitado. El eximio arquitecto Juan Guas veía insensiblemente realizarse el sueño de su genio. Miéntras que de una parte rechinaban los fortísimos andamios con el peso de los hombres, de otra gemian los cables subiendo enormes sillares; más distantes, los cinceles de los entalladores iban produciendo ojivas y cresterías, blasones y estatuas, conopios y pináculos, tréboles y ondulantes guirnaldas: cerrábanse en lo alto los nervios de una bóveda con pesadas dovelas, esculpíanse en los muros peregrinos ornamentos ó calados ánditos, miéntras que abajo los aserradores de madera y piedra, los peones encargados del pulimento y afinacion de los grandes monolitos, los herreros y forjadores, no eran bastantes á distraer de su profunda abstraccion al insigne arquitecto, que desde un ángulo contemplaba la obra ó con enorme compás trazaba en el suelo extrañas figuras que despues habian de convertirse en estribos y flechas, rosetones y arcos. En tanto la fábrica iba alzándose de la tierra, como una de esas soñadas construcciones que á veces creemos ver dibujando sus contornos entre las brumas de la tarde, cada dia mostraba nuevos primores, trocando la sobriedad de su primitiva traza, por toda la risueña pompa con que se atavió el arte ojival en sus postrimerías; esto á consecuencia de la célebre frase de la régia fundadora que al visitar las obras pocos meses despues de comenzada la edificacion y considerando no haberse interpretado sus deseos por la poca riqueza con que se labraba, dijo á los maestros y oficiales: «*¿Esta nonnada me avedes fecho aquí?*» Desde aquel momento multiplicáronse los esfuerzos de todos hasta llegar á producir acaso el más delicado y peregrino ejemplar del arte originario del Rhin en España. Una vez ya en disposicion de ser habitado, la munificencia de Isabel I llegó no sólo á dotarlo espléndidamente sino que acumuló en su tesoro las más ricas joyas llevando su anhelo hasta el punto de establecer en él muy selecta biblioteca, para lo cual hizo venir de Alemania gran cantidad de libros que sirvieran de recreo y apacible solaz á los religiosos observantes de San Francisco para quienes se destinaba el edificio. ¿Qué se hicieron tantas ricas preseas, qué los bordados ornamentos, los tapices y paños ofrendas de reyes y poderosos, dónde están aquellos famosos libros de vitela, cuyos iluminados márgenes acreditaban la sin igual pericia de quienes ocupaban su vida en el adorno de cada uno de ellos, y dónde, por último, encontraremos las huellas de tantos ilustres varones que hallaron dentro de sus muros seguro refugio á las tempestades del alma? Todo ha desaparecido para siempre é inútilmente trataremos de encontrar los más leves vestigios de su perdida grandeza. El tesoro del templo pasó á manos de las hordas napoleónicas y el claustro ántes poblado donde mil veces resonaron las sólidas doctrinas emanadas de las controversias, donde se celebraron famosos Capítulos de las Ordenes Militares y donde tuvieron lugar doctísimas conclusiones teológicas, ostenta por todas partes las señales de la destruccion y del abandono. No podia sin embargo entretenerme en estos varios pensamientos sin imaginar sentado en uno de sus ángulos confundido con las penumbras, solitario fraile dentro de cuya cabeza se agitaba un mundo de ideas y cuyo espíritu templado en el crisol de la más severa austeridad, comenzaba entónces á robustecerse para en plazo no lejano acometer altísimas empresas que legaran á la posteridad su nombre, rodeado de la gloriosa aureola que envuelve á los héroes y á los genios. Aquel religioso que yo creia ver meditando en un rincon del claustro fué llamado andando el tiempo el Cardenal Fr. Francisco Ximenez de Cisneros.....

Las plumas de los historiadores han tratado repetidas veces de este soberbio edificio, los poetas ansiosos de emociones han acudido especialmente á sus delicadísimos claustros sintiendo el soplo vivificador de la inspiracion en todo el misterioso recinto y los artistas han trasladado á sus lienzos los mutilados restos de sus estatuas, ocultas bajo flotantes jirones de parietarias, las elegantes ojivas festoneadas de tréboles, los estribos y contrafuertes coronados de agujas y pináculos. Sin embargo, tiene tal interés para todos los amantes de la antigüedad y del arte, manifiesta de tal modo las santas creencias y las aspiraciones de la época en que fué erigido que á no existir, creeríamos hallarse incompleta la historia de aquel reinado faltando la gloriosa página donde se perpetúan los laureles de Zamora y de Toro.

La impresion que se experimenta cuando penetramos en el templo produce un gran frio en el alma, pues en vez de recrearse la vista con el reflejo de las doradas tablas de los altares, con el brillo de las lámparas de plata y con las rejas del Renacimiento, embellecidas por las fantasías platerescas, sólo se contempla el vasto conjunto sin que ninguna nota brillante venga á distraernos, pero á medida que nos fijamos en la esbeltez de sus proporciones, en la elegancia de sus lineamientos, en los encajes que por doquier lo adornan, ciertamente que no echamos de ménos las ricas preseas, productos de las artes industriales que un tiempo lo enriquecieron. Su planta es de una cruz latina, si bien las partes laterales que forman los brazos aparecen relativamente muy cortas. Sólo el ábside y presbiterio serian bastantes para inmortalizar el nombre de Juan Guas; tanta es su gallardía y tan admirable su fábrica que la mente siguiendo ansiosa aquellos aéreos nervios parece con ellos remontarse al cielo ó perderse en las regiones de lo infinito. Desde lo alto de los pilares, parecian mofarse de mi asombro multitud de cabezas sonrientes ó de burlona expresion, que asomaban por cima de las cresterías en forma de régia corona, que hace las veces de capiteles. Acaso el entallador que las ejecutó hubo de colocarlas en aquel sitio comprendiendo que cuantos llegasen á él tendrian que sentirse poseidos del asombro que causa aquella grandiosa manifestacion artística. Al mirar sus labios eternamente contraidos, riendo con el mayor desden, llegué hasta imaginarlas animadas por el aliento de la vida, tan fiel es su expresion y tal efecto producen vistas desde abajo.

Los muros del crucero encuéntranse ornamentados con sin igual pompa ocupando ambos frentes, en línea horizontal, una serie de cinco enormes escudos incluidos en arcos florenzados ornamentales con las empresas contracuarteladas de Castilla y Leon, Aragon y Sicilia, timbrados con la corona real y el águila nimbada, á los lados el yugo y las flechas y al pié dos leones en actitud de humillarse. Cuatro ligeras pilastras que terminan cada una de por sí en otras tantas umbelas de ejecucion delicadísima, que cobijan estatuas de vírgenes y santos, los separan, circunscribiendo la parte superior de este ornato sencilla moldura, bajo la cual corre ancha cinta con caracteres góticos minúsculos, conmemorativa de la ereccion del monumento.

Las grandes tribunas que arrancan de los pilares del arco toral, son el modelo más perfecto y acabado que puede imaginarse en este género de construcciones y la

vista se deleita contemplando su singular ligereza y la primorosa gala del arte ojival en su último período, mal llamado por algunos, decadente. No es posible llevar la fantasía á más alto grado de idealismo, pareciéndonos al situarnos en este lugar del templo, que no hombres, sino celestiales espíritus, han podido levantar con la inerte piedra aquel conjunto, delirio inmortal del genio. Al poderoso aliento de una inspiracion casi divina, débese ciertamente; y en vano sería que de otro modo tratásemos de explicarnos el efecto que producen en el alma las sublimes concepciones del arte. Más sobriedad y sencillez de adornos se observa en las partes restantes del templo: su gigantesca nave sólo ofrece en los muros laterales y bajo los enormes arcos apuntados de las bóvedas cuatro grandes ventanas ojivales de ajimez, en cuyo tercio inferior se ostentan sujetos á los parteluces los escudos de los reyes, timbrados con coronas y águilas y á los lados el yugo y haces de flechas. Separa la zona alta de la baja una elegante crestería trebolada que llega hasta el antepecho del coro alto. Consérvanse en algunas de las referidas ventanas fragmentos de las polícromas vidrieras que marcan ostensiblemente el estilo del Renacimiento, cuyos brillantes destellos habian de hacer olvidar las tradiciones alemanas, tan en boga por espacio de tres siglos.

Las sombras del crepúsculo iban poco á poco envolviendo al edificio. Los batientes de arcos y pilares aparecian más marcados y los últimos rayos del sol que al atravesar los vidrios de colores iluminaban fantásticamente los rostros de las estatuas, á veces azules y otras verdes ó rojos, al irse retirando, concluyeron por bordar con vivísimos contornos de fuego, las hojarascas de las repisas, las tracerías de los antepechos, hasta extinguirse por último en las coronas de los santos ó en los capuces de los religiosos.



UN SOLDO PER DIO, cuadro por Heraldo Friedrich

Una vez fuera ya del sagrado recinto, púseme á contemplar su ábside que flanquean elegantísimos contrafuertes, formados por haces de baquetillas; sus molduras superiores sirven de base á las estatuas de los heraldos con blasonadas dalmáticas, sobre cuyas cabezas se levantan airosas marquesinas adornadas de floroncillos. En las partes de muros que hay entre dichos contrafuertes y dentro de los espacios que dejan los arcos ornamentales de las zonas superior é inferior, existen todavía los grillos de hierro arrancados á los cautivos de Málaga por la benéfica mano de la gran Isabel una vez conquistada aquella ciudad. ¡Cuántos recuerdos evocan los enmohecidos hierros y de qué manera tan elocuente manifiestan la gratitud de los desgraciados al Dios de los ejércitos y á la ilustre soberana á quien debieron su redencion!

Estas memorias históricas que hubieran debido ser respetadas por cuantos se precian de españoles y aman sus glorias, han sido víctimas, no hace mucho, de incalificable atentado por parte de cierto jefe político, que estimó podrian reportar mayor utilidad siendo fundidas y convirtiéndolas en rejas. Vergüenza causa la sola enunciacion del hecho y dudaríamos de él si no lo confirmasen así los historiadores de Toledo. Afortunadamente la *hazaña* no llegó á consumarse y todavía se conserva número considerable, bastante á perpetuar los triunfos de Málaga y el reconocimiento de tantos séres al ver trocadas las sombras de sus lóbregas prisiones por el sol esplendoroso de la libertad.

Desde la gran explanada en que se levanta San Juan de los Reyes, abárcase con la vista un conjunto tan vario, tan rico en pormenores, tan poético y al par tan grandioso, que apénas si puede la pluma dar una ligerísima idea de sus innumerables bellezas. Sirven, por decirlo así, como de pedestal, al coloso creado por Juan Guas altas rocas de tono oscuro á cuyos piés se desliza el Tajo formando las más caprichosas curvas, que se coronan de espuma al chocar con las puntas entrantes del granito y otras, saltando por cima de las piedras, producen una serie de cascadas en miniatura que al fin engrosándose en algunos sitios, se precipitan en las acequias de los molinos produciendo estruendoso ruido. El puente de San Martin flanqueado de torres aparece abajo, tendido sobre el rio, dejando resaltar en medio de su sombría mole la luz que alumbra el retablillo que tiene en uno de sus arcos: junto á él los restos de otras construcciones que la tradicion designa con el nombre de Baños de la Cava. Al otro lado, las pintorescas huertas ó cigarrales y de otra parte la extensa vega en cuyo primer término descuella entre la masa oscura de algunos cipreses, el ábside bizantino de la Basílica de Santa Leocadia con sus dobles arquerías semicirculares y más cerca las informes ruinas del anfiteatro romano, miéntras que volviendo la vista hallamos la puerta del Cambron que adorna el escudo del Emperador. De aquí ya arrancan los lienzos de las murallas cuyas líneas se pierden en un recodo, apareciendo sólo las almenadas torres, que á trecho se levantan. Si á esto se añade los montones de escombros, los restos de las que un dia fueron opulentas casas conservando sólo sus blasones triangulares sobre la puerta, fragmentos de maderas talladas, algun capitel del Renacimiento junto á trozos de almocarabe mudejar ó yeserías ojivales, y acá y allá diseminados, pedazos de azulejos de mil colores, clavos enmohecidos ó astillas doradas de algun floron de estalactitas. Sobre algunas de las piedras, el musgo y el verdin extienden su alfombra de riscos cambiantes y encima de los destruidos muros ó en los quicios de las ventanas y puertas se ven crecer altísimas matas de jaramagos.

Por las impresiones experimentadas en tales momentos califiqué de inolvidables las horas de aquella tarde pasadas en San Juan de los Reyes, y en efecto, jamás se borrará de mi memoria el cuadro que con ellas tan toscamente acabo de dibujar y que no obstante de conservarlas todas grabadas en lo íntimo del corazon, á pesar de que ahora mismo las siento con toda su viveza é intensidad, mi palabra y mi pluma se resisten á expresarlas: acaso sin yo darme cuenta, avara el alma de este tesoro, guárdalas en su oculto retiro, temerosa de verlas desaparecer al contacto del helado hálito del mundo material, anhelando vivir con ellas, sin que nada turbe su misteriosa posesion para que de este modo no pierdan el indefinible encanto que las rodea, esencia imperecedera de los recuerdos queridos.

JOSÉ GESTOSO Y PEREZ

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 3 DE MARZO DE 1884 — NÚM. 114

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA FUENTE MILAGROSA cuadro por F. Wagner

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA FUENTE MILAGROSA, cuadro por F. Wagner

Esta sencilla composicion está impregnada de poesía: todo en ella respira plácida calma, todo ayuda á la contemplacion piadosa; no hay un solo objeto que desentone la armonía de la naturaleza, teatro de una peregrinacion agradable, fundada en una creencia que únicamente puede contradecir un alma depravada.

Una combinacion rústica, un artificio primitivo, hace brotar del árbol de una cruz el límpido caño de una cristalina fuente. Los pobladores de la comarca creen devotamente que las flores empapadas en esa agua poseen virtudes milagrosas; y á esa fuente acuden las almas enamoradas y las almas inocentes, es decir las madres y las tiernas criaturas, á humedecer sus ramos en el caño de la divina munificencia. Cada uno de esos ramos representa un dolor ó una esperanza, pero representa, á mayor abundamiento, un tesoro de fe, un caudal inmenso de esas creencias que nunca serán suplidas por filosofía alguna, por mucho abuso que desgraciadamente se haya hecho de ellas.

Amargas decepciones nos impiden poner en los hombres nuestra confianza. ¿En quién la pondremos, entónces, cuando nos hayan enseñado á no ponerla en Dios? Cuando llegue ese dia, ya no llevarán las niñas sus ramos á la fuente milagrosa; pero ¿á dónde volverán sus ojos las madres cuando el doctor las diga que la ciencia es impotente para salvar á sus hijos?....

¡CUÁNTO TARDA!, cuadro por J. E. Saintin

Nunca es agradable esperar, habiendo muchas circunstancias en la vida en que la expectativa es cruel, y en que ora nos impacienta, ora excita en alto grado nuestro sistema nervioso; ya nos aburre ó bien nos desespera, ya en fin nos sume en un estado de intolerable melancolía, segun la persona ó el objeto causa de aquella. Bajo esta última impresion se encuentra la hermosa jóven de nuestro grabado. «¡Cuánto tarda!» dice para sí, y estas solas palabras unidas á la expresion de su rostro, son, más bien que una reconvencion, prueba evidente de un amor tan profundo como sincero, pues no revelan en ella despecho ni ira de la ofensa inferida con la tardanza á su amor propio, sino cariñoso sentimiento por no ver llegar tan pronto como deseara al hombre á quien ha entregado su virginal corazon, y al cual deben llenar de gozo esas palabras y esa melancolía que tan vehemente correspondencia á su pasion demuestran.

El cuadro de Saintin es tan sobrio en detalles como perfectamente trazado: la figura de la jóven tan simpática como expresiva, y los efectos de claro-oscuro, fielmente reproducidos en el grabado por el diestro buril de Brend'amour, dignos de tan aventajado artista.

LA LUNA DE MIEL, cuadro por Leopoldo Roca

Insiguiendo nuestro propósito de reproducir en la ILUSTRACION ARTÍSTICA por medio del grabado algunas de las obras que figuran en la *Exposicion Parés*, insertamos hoy la copia de un cuadro de nuestro jóven compatriota Leopoldo Roca, el cual ha escogido como asunto del mismo una de esas escenas venecianas del siglo XVI, por tantos artistas representadas. La obra del Sr. Roca se distingue sobre todo por el vigor del colorido, y en su conjunto demuestra que su jóven autor, entusiasta por la carrera que ha abrazado, puede llegar con el estudio é inspirándose en las obras de los grandes maestros, á ser un artista distinguido.

CHIMENEA DEL SIGLO XVII

No cabe dudar que los adelantos modernos en el arte de la construccion han simplificado y hecho más cómodos los medios de calefaccion de las habitaciones, sustituyendo las monumentales chimeneas de los pasados siglos con las estufas y aparatos de gas, carbon de piedra, etc., hoy puestos en uso: pero el arte escultórico y la elegancia y suntuosidad que aquellas comunicaban á las estancias de nuestros antepasados han perdido mucho con estos. Una prueba de ello es la bella chimenea del siglo XVII perteneciente á una casa señorial inglesa, que representa nuestro grabado, y la cual es de admirar así por la armonía de sus líneas como por la sencillez de su ornamentacion que realza la de la cámara en que está colocada.

SEPULCRO DE EDUARDO EL CONFESOR, en la abadía de Westminster

Entre las varias construcciones curiosas que conserva en su recinto la célebre abadía inglesa, las que más llaman la atencion del extranjero lo propio que del hijo del país, son los sepulcros que forman el panteon de los hombres eminentes de Inglaterra, reyes, guerreros, políticos ó escritores: panteon que ha llegado á ser una Walhalla nacional, donde reposan cuantos dieron fama y gloria á su patria. La serie de sepulcros reales, comprende, en casi no interrumpida sucesion, desde Eduardo el Confesor, fundador de la primitiva abadía, hasta Jorge II. La tumba del primero, mandada construir por Enrique III en el nuevo monasterio, es notable por su antigüedad y por su original arquitectura; pero su prístino esplendor ha desaparecido ya; la cubierta de madera que se colocó por disposicion de la reina María no sustituye dignamente la magnífica lápida de otro tiempo, y las sagradas reliquias que tanto respeto inspiraron en las pasadas épocas fueron diseminadas en tiempo de la Reforma, no siendo tampoco recomendable su actual estado de conservacion. De todos modos, como obra artística de tan apartado período es digna de consideracion y de estudio.

EL PRIMER CUARTETO FEMENINO austriaco

No hace muchos años recorrió algunos países del Centro y Norte de Europa un cuarteto de cantatrices, compuesto de cuatro beldades escandinavas, y ahora recoge grandes aplausos en Viena otro cuarteto, formado por las tres hermanas Fanny, María y Amalia Tchampa y por Mariana Gallowitch, hijas de Estiria, las cuales acaban de regresar á la capital despues de haber dado en muchos países conciertos vocales que consisten principalmente en canciones populares las cuales entonan con admirable ajuste y perfecta concordancia.

Sus voces, si bien puras y agradables, no son de gran volúmen ni de mucha extension. La de Fanny es de soprano, la de Amalia de tenor, voz que por lo comun sólo posee el sexo feo; y las de las otras dos de contralto.

EL TIEMPO PRECIPITANDO LAS HORAS, reloj modelado por Gustavo Doré

Gustavo Doré ha muerto, pero como todos los artistas de verdadero genio, ha dejado obras que son cada dia más admiradas y que harán perdurable la fama y el renombre de que ya en vida pudo gozar. En las páginas de nuestro periódico hemos tenido ocasion de insertar reproducciones de algunas de ellas: hoy agregamos otra que da perfecta idea de la vigorosa imaginacion del artista y de que su mérito como escultor rivalizaba con su talento como pintor y dibujante.

Es un precioso modelo de reloj de sobremesa, que representa al Tiempo precipitando las Horas por la terrestre esfera, composicion digna de la inventiva del autor y de originalidad sobresaliente, y cuya descripcion juzgamos supérflua porque á primera vista se comprende la idea que la ha inspirado.

REMEDIOS

(Conclusion)

-Eres un cobarde, Andrés,—decia Remedios;—tu falta de resolucion hará que no nos casemos nunca. Tú eres pobre; mi madre no consentirá que hagas de mí tu mujer hasta que seas rico y en tu mano tienes el serlo cuando quieras.

—Déjame, Remedios, no me tientes la paciencia. Más tarde ó más temprano heredaré á mi tio el cura y más vale esperar un poco á tener que arrepentirnos toda la vida.

—Siempre esperando,—murmuró Remedios con marcado acento de mal humor.—Tu tio no tiene aún una edad avanzada, su salud parece hecha á prueba de bomba, y sobre todo, esos tios que dejan una pingüe herencia no se mueren nunca.

—¿Y qué le he de hacer, Remedios?

—Que ¿qué has de hacerle?.... oye, Andrés, lo que yo te digo es que no estoy resuelta á aguardar más tiempo. El hijo del escribano me asedia con sus requiebros y no espera más que yo abra la boca para poner á mis piés una fortuna que mal año para la de tu tio. Todas las muchachas de mi edad están ya casadas y me miran en són de burlas, vengándose así de que yo valgo más que todas ellas.... Puesto que tú no te decides, el hijo del escribano se ale grará.

—¿Y serás capaz de casarte con ese escarabajo, pequeñuelo y enteco, con una cara más amarilla que un cirio?

¡Vaya si seré capaz! El domingo no pienses en sacarme á bailar, que yo te aseguro que sólo el hijo del escribano ha de ser mi pareja.

Andrés debió ponerse tan amarillo como aseguraba que lo era su rival. Guardó un momento de silencio y despues con un castañeteo de dientes que lo mismo pudiera ser efecto de un profundo terror como de una reconcentrada ira le oí que murmuraba:

—Remedios, mi tio ha sido para mí más que un padre. A él le debo cuanto soy, y de él espero la fortuna que me ha de hacer dueño de tu mano. Si como á Abraham Dios me enviara un ángel para que le tocara no más que al pelo de la sotana, no sé lo que haria. Pero cuando tú me amenazas con dar la mano á ese miserable, creo que tendré valor.... Mañana á la noche me dirás si soy cobarde. Tú lo quieres, verás de lo que soy capaz.

Aquel diálogo me habia hecho levantar la cabeza, y á pesar de la oscuridad me pareció que los ojos de mi prima despedian esas chispas fosforescentes que produce la piel de un gato negro cuando se le frota en las tinieblas. Andrés la miraba, presa de una extraña fascinacion. Se le hubiera tomado por uno de esos pájaros atraidos por el hálito de una serpiente.

Yo ví claramente que Remedios le cogia una mano y oí que le decia:

—Sobre todo es preciso que obres con cautela. El cariño que tu tio te profesa te pone á cubierto de toda sospecha, pero el testamento que tiene hecho á tu favor pudiera comprometerte. De tu prudencia depende todo. Ahora escucha lo que has de hacer.

No pude oir más. Las voces de la calle redoblaron, un ruido sordo y extraño estremeció el fangoso suelo que habia debajo de la ventana, y el miedo, volviendo á apoderarse de mí con mayor violencia, me obligó á esconder de nuevo mi cabeza bajo el cobertor.

Sólo llegaba á mis oídos, aunque cada vez más lejano, aquel rumor fatídico y siniestro que repetia sin cesar:

—¡Ya están ahí!

II

Los que estaban allí eran los franceses; porque no sé si me he olvidado de decir que estábamos en el comedio del año de 1809.

La última manifestacion de mi miedo habia sido un sueño tan profundo, que cuando me desperté ya el sol penetraba con una intensa claridad por aquella ventana, obstruida poco ántes por las figuras de Andrés y de mi prima Remedios.

Los rayos del luminar del dia me habian dado un valor de que durante la noche no me hubiera creido capaz, y sin titubear un momento salté del nada muelle lecho, sacudí mi cuerpecillo de una manera parecida á un perro que sale del baño y asomé á la calle aquella cabecita rubia y sonrosada de que ya he hablado, para inspeccionar lo que en el pueblo pasaba.

El espectáculo para mí no tenia nada de aterrador. Una larga fila de soldados ocupaba por completo la calle que se extendia á mis piés, como una inmensa culebra que se hubiera dormido en el seco caz de un arroyo.

Llevaban todos ellos unos chacós altísimos y tan anchos en su parte superior que parecian hechos para preservar á sus dueños de todas las inclemencias del cielo. Y por si aquella altura no fuera suficiente, unos plumeros largos y derechos como los cipreses del campo santo servian de alegre coronamiento á aquellas moles, á las que si hubiera estado en otra edad se me hubiera ocurrido comparar con pirámides escogidas para tumba por las águilas del Imperio.

Los correajes blancos, las inmensas cartucheras y las casacas azules con vueltas de grana que uniformaban á aquellos hombres les daban, á pesar del polvo y de las salpicaduras de barro que les cubrian, un aspecto tan alegre y tan marcial, que yo no hacia más que preguntarme por qué su llegada habia producido tal espanto.

Alentado por aquella impresion me aventuré por las calles tomando la direccion de la plaza y con asombro ví que ni un alma circulaba por ellas. Las puertas estaban cerradas á piedra y lodo, sólo alguna que otra ventana dejaba un ligero intersticio abierto como si álguien espiara detrás y un silencio de muerte reinaba en todas partes. Hasta por extraña coincidencia un perro lanzaba lastimeros aullidos delante de una reja de que se escapaba la claridad indecisa de cuatro cirios que alumbraba un cadáver que habia allí de cuerpo presente.

Todo parecia ser hostil; hasta el cielo que la noche anterior se habia mostrado claro y diáfano, se encapotaba entónces detrás de una cortina de apiñadas nubes tan sombrías como el odio de la tierra.

Sólo mi corazon infantil era el que se compadecia de aquellos soldados, protestando en silencio contra tanta injusticia. Sin embargo, bueno será que en defensa de mi patriotismo, haga constar que aquella protesta no tardó mucho en enfriarse un tanto.

Dos vecinos del pueblo, los únicos séres humanos que se veian en la plaza, deletreaban un papel que se acababa de fijar en una esquina y que no debia estar escrito en muy correcto castellano. Era un bando puesto por los franceses.

En él se amenazaba con la muerte á cualquiera que cometiese el más ligero acto de desobediencia á los caprichos de aquellos soldados que por lo visto se habian erigido por fuero propio en señores absolutos de nuestras vidas y haciendas.

La única disculpa que yo les encontraba, era la necesidad que debian tener de resistir á la pasiva oposicion que se les presentaba. Sin duda alguna sin el temor de que tales amenazas se cumplieran, nadie hubiera dado un jarro de agua á aquellos hombres.

Cuando estaba escuchando las últimas palabras de bando, un ruido de pasos que por una de las calles adyacentes se sentia me hizo volver la cabeza.

Cuatro franceses traian en una especie de parihuela á un hombre que vestia un uniforme todo lleno de galones de oro.

Mi curiosidad de niño me hizo acercarme. El hombre, que despues supe que tenia el grado de coronel, era un anciano de largos bigotes grises, de rostro enjuto y de mirada llena de esa seguridad que da la costumbre de mirar de frente á la muerte.

En el pecho de su casaca entreabierta se veia una cruz que debia ser la de la Legion de honor. Una de sus piernas iba profusamente entrapajada por haber sufrido un balazo en un muslo que le habia interesado el fémur.

La contraccion de sus facciones revelaba que los dolores debian ser horribles, pero ni una queja salia de sus labios que sólo tenian palabras para dar órdenes.

Aquel hombre era el jefe de la fuerza que se habia posesionado del pueblo.

—Muchacho, -me dijo en un idioma casi ininteligible y viendo que los dos que leian el bando me habian dejado solo en la plaza,—¿sabes á casa del cura?

—Sí,—respondí con orgullo,—es la única que conozco.

—Pues guia y pronto, que ya tengo gana de que esta maldita pierna se vea libre de los vaivenes del camino.

El trayecto era corto. Como habia dicho muy bien al coronel francés, la única casa que habia visitado en el pueblo era la del cura, aunque sin tener ocasion de ver á su dueño, porque á nuestra llegada, segun nos dijeron, el digno sacerdote habia salido acompañado de su escopeta á una próxima dehesa con el objeto aparente de matar unos cuantos conejos, y con el verdadero de ver si columbraba el destacamento francés cuya venida se anunciaba ya.

En mi triste pensamiento parecia haber entrado un rayo de sol. La mano de Remedios que yo veia sin cesar señalando una víctima á un puñal que brillaba en las tinieblas, comenzaba á verla sujeta por una especie de ángel de bigotes grises y de uniforme galoneado. Indudablemente aquel militar iba alojado á casa del cura y su presencia aseguraria la vida del tio de Andrés.

Si yo hubiera tenido un poco más de resolucion ¡con qué placer hubiera contado al coronel el diálogo de la noche anterior!

Decididamente yo veia la venida de los franceses de muy distinto modo que los demás. Por lo pronto iba á evitar un crímen horrible.

Pensando en esto llegamos á la puerta de la casa del cura. Una fuerte aldabada resonó, y una cabeza pálida, desencajada y rugosa como el pergamino de un viejo breviario, se asomó á una ventana. Mejor que por una mujer se la hubiera podido tomar por una de aquellas brujas que contaba mi abuela que todavía en sus tiempos usaban los sábados el nada cómodo palafren de una escoba.

Asomarse y volverse á esconder todo fué uno. Sólo entre el estridente sonido de los estremecidos vidrios, oí un como á modo de chillido agudo é inarmónico que gritaba:

—¡Ya están ahí!

III

De las cosas que jamás he olvidado en mi ya demasiada larga vida, es la impresion que produjo en mí la vista del cura de aquel pueblo cuyo nombre no puedo recordar.

Todavía, á pesar de la larga fecha que va trascurrida, parece que estoy viendo aquel escaso mechoncillo de pelo gris que le caia sobre una frente que debia haber sido estrecha hasta que el cuero cabelludo se encargó con su ausencia de borrar toda idea de frontera; aquellos ojos pequeños y relucientes sombreados por dos cejas parecida cada una al lomo de un jabalí, aquellas mejillas grasientas y coloradas y aquella nariz cuyas líneas parecia haber destruido el inseparable pañuelo de yerbas, encargado de recibir el contingente de la abultada tabaquera de cuerno tan continuamente visitada por los callosos y velludos dedos de su dueño.

Su cuerpo de atléticas proporciones habia perdido toda su agilidad merced al prominente abdómen que marcaba perfectamente el raido paño de una sotana corta, verdi negra y deslucida que era todo su adorno. Su alzacuello, que delante casi quedaba oculto por una abultada papada, debia haber sido azul y blanco en sus buenos tiempos; pero la accion del sol y la de la intemperie le habian robado de tal modo los colores que mal año para el que se atreviera á marcar el principio del uno y el fin del otro.

Desde la primera ojeada se adivinaba en él un Nemrod atajado en la mitad de su carrera por la gota y la obesidad. Su bondad debia tener más de costumbre que de imposicion. Su sotana era sólo una transaccion con la chaqueta del cazador de oficio. Aquel hombre, en contraposicion á muchos de sus colegas, debia ser bueno sin saberlo.

Como detalle importante conviene hacer constar que á la sazon no era muy bien considerado en el pueblo. Frecuente era en aquella época oir contar que en tal ó cual parte habia ido un infeliz soldado de los enemigos de España alojado á una casa y que su dueño ó dueña, despues de haberle inspirado la más absoluta confianza con sus agasajos, habia aprovechado su sueño para arrojarle al pozo ó deshacerle la cabeza á martillazos. Tales rasgos, calificados de patrióticos por el comun de las gentes, merecian siempre las más acres censuras de la caridad cristiana del digno ministro del altar. Esto le habia hecho incurrir en la nota de afrancesado, y tal nota bastaba entónces para eclipsar las más relevantes virtudes.

Cuando llegamos al umbral de la estancia que le servia de despacho, de sala de recibo y de comedor, acababa de trasegar un enorme jícaron de chocolate y repasaba un pequeño volúmen que lo mismo pudiera ser un libro de oraciones que un manual de cetrería.

Aunque sin duda alguna ya esperaba la visita, ni se movió siquiera del anchuroso sillon de vaqueta claveteado de bronce dorado en que reposaba su corpulenta humanidad, y dignándose sólo alzar la cabeza, murmuró con una voz entre mal humorada y cortés:

—¡Adelante quien sea!

Y como por toda contestacion uno de los soldados le mostrara un papel que debia ser la boleta de alojamiento de su jefe, añadió:

—Bueno, bueno, ya me figuro lo que es esto. Aquí no hay grandezas, pero ya que la suerte lo quiere comerá de lo que hay y dormirá en una cama más ó ménos blanda.

Y al decir esto trató de ponerse de pié, pero como no lo hiciera tan rápidamente como hubiera deseado, dió un fuerte puñetazo en la mesa en que acababa de dejar el libro, no sé si molestado por la gota ó por la visita.

El coronel francés, entre tanto, apoyado en los brazos de los que le habian conducido, apareció en la estancia.

El cura al verle, á pesar de su mal entendido patriotismo, sintió un movimiento de compasion.

—¿Está V. herido, militar?—preguntó.

—Sí,—contestó el interpelado en mal castellano,—los españoles tienen Vds. la cabeza dura y se han propuesto no dejar uno de nosotros sano; su proverbial hidalguía deben haberla agotado ántes de que pasáramos la frontera.

El cura le miró con mal reprimido enojo y contestó:

—Si la hidalguía consistiera en dejarnos pisar por el primer advenedizo que se le antojara apoderarse de nuestras vidas y haciendas y hacer pesebres para sus caballos de los altares en que se veneran las santas imágenes que adora nuestra fe, le juro á V., militar, que yo seria el primero en renegar de esa hidalguía. Pero dejemos estas cuestiones y vamos á lo que importa. Esa pierna necesita un buen lecho en que descansar; la fiebre no tardará en sobrevenir y es preciso que cuando les hagamos volverse á esa condenada Francia de que no debian haber salido nunca, no puedan decir que los que les rompemos los huesos en el campo, no se los curamos cuando de mejor ó peor gana les damos hospitalidad.

El coronel le tendió la mano, murmurando:

—¡Así me gusta que hablen los hombres!

Pero el sacerdote le volvió la espalda. Su caridad cristiana habia dicho todo cuanto tenia que decir y era fuerza dejar hablar á su patriotismo.

Si los que le tachaban de afrancesado hubieran presenciado aquella escena, de seguro hubieran rectificado la opinion que su españolismo les merecia.

Despues sólo se oyó la voz áspera del clérigo dando órdenes para que se trasladara á su misma cama al herido. Yo estuve dando vueltas alrededor de este último, pensando cómo le contaria lo que habia oido la noche anterior; pero al verse solo empezó á prorumpir en tales juramentos, que aunque yo no los entendia, haciéndome perfectamente cargo de lo que debian significar, sentí tal miedo que me dí á correr sin ocuparme de otra cosa que de ponerme en salvo.

Lo único que debo confesar es que al entrar en mi casa sentí todavía más pavura al mirar la cara tranquila y risueña de mi prima Remedios.

IV

Sin la preocupacion que tenia embargados los ánimos, todos hubieran notado mi azoramiento durante aquel dia; pero harto tenia cada cual con pensar en sí para ocuparse de los temores de los demás. Sólo Remedios me pareció que dos ó tres veces me miraba con unos ojos que querian penetrarme hasta el fondo de las entrañas.

A la caida de la tarde me tranquilicé bastante. No pudiendo resistir mi impaciencia, á pesar de la órden terminante que se me habia dado de no moverme de casa, me escapé para rondar los alrededores de la del cura, y con gran regocijo ví que el coronel francés habia hecho poner doble centinela á la puerta. Con esto estaba parado el primer golpe. Miéntras él estuviera allí no habia cuidado alguno.

Al dar la vuelta á mi morada encontré á mi prima hablando en el zaguan con Andrés. Este estaba pálido como un difunto. Ella, que durante el dia se habia informado minuciosamente de cuanto habia yo visto en casa del cura, debia estarle dando instrucciones. Por si con ello pudiera salir al encuentro de sus planes, me apresuré á dar la noticia de la doble centinela; pero cuando creí que esto contrariaria en extremo á Remedios se me figuró ver en sus ojos un relámpago de satisfaccion. Miéntras yo subia precipitadamente la escalera, mi prima estrechó significativamente la mano á su novio y ambos se separaron.

Aquella noche fué para mí la antítesis de la precedente. Las agitaciones del dia, el pasado insomnio y la tranquilidad que casi por completo habia recobrado contribuyeron á darme uno de los sueños más tranquilos y más profundos de mi vida. Sin embargo, estaba de Dios que no habia de disfrutar por largo tiempo del reposo, y apénas los primeros albores del dia se dibujaban en el horizonte, una extraordinaria agitacion que tanto en la calle como en las otras habitaciones se notaba me hizo saltar del lecho y correr precipitadamente á la ventana.

Algunos soldados franceses corrian de una parte á otra con visible azoramiento; yo no podia entender las frases que al paso se cruzaban, pero su gesto y su entonacion me dejaban adivinar que algo grave excitaba su encono y los traia inquietos y mal humorados.

Un temor instintivo me hizo separarme de la ventana y mi primer impulso fué volverme al lecho; pero como la curiosidad pudiera más en mí, me vestí con premura y sin aguardar á que me llamaran para desayunarme bajé la escalera que me separaba de la pieza en que solia reunirse toda la familia.

En ella estaban ya congregados no sólo la gente de casa sino algunos extraños, los cuales daban cuenta en voz baja pero agitada del extraño suceso que habia puesto en conmocion al pueblo entero. Yo entré sin que nadie se fijara en mí y me acurruqué en un rincon. Lo primero que noté fué que el semblante de mi prima Remedios estaba extraordinariamente pálido y que sus ojos, que me parecian entónces más grandes y de una mirada más profunda, se volvian inquietos de una parte á otra.

—Yo siempre lo habia dicho,—murmuró uno de los narradores,—el Sr. Cura no ha sido jamás afrancesado. Con más talento que nosotros meditaba un plan y para llevarlo á cabo aparentaba condenar cuantas cosas se hacian en los pueblos vecinos contra los gabachos.

—A pesar de todo,—replicó otro,—no me acabo de convencer de que haya sido él el solo autor de la muerte del coronel.

—Pues la cosa no ofrece duda. La puerta ha quedado no sólo cerrada sino custodiada por dos centinelas, nadie ha penetrado en la casa durante la noche, y sin embargo, cuando sus subordinados han entrado en la alcoba en que creian que descansaba su jefe, se le han encontrado cosido el pecho á puñaladas.

—Pero en cambio se ha hallado tambien al sacerdote durmiendo con la mayor tranquilidad en el lecho que se habia hecho improvisar al otro lado de la casa.

—Eso sólo prueba que su patriotismo habia hecho de antemano el sacrificio de su vida.

Al oir esto, un sudor mortal bañó todo mi cuerpo, mis ojos se anublaron y mis oidos no escucharon ya más que un zumbido sordo y profundo. Para mí las cosas habian pasado de otro modo. Andrés penetrando por las tapias del corral habia buscado á oscuras á su tio y el haberme olvidado de advertir á Remedios el cambio de camas habia dado por resultado la muerte del coronel. Por un momento creí que mi imprevision habia salvado la vida del digno clérigo.

Pocos momentos bastaron, sin embargo, para convencerme de que lo que yo creia imprevision de parte de los perpetradores de aquel crímen no era más que un exceso de astucia.

Un nuevo interlocutor, entrando pálido y azorado en la estancia, murmuró:

—Roguemos á Dios por el alma del Sr. Cura. Esos perros descreidos le llevan á fusilar.

Entónces un supremo esfuerzo me hizo levantarme. Mi garganta iba á prorumpir en un grito; pero los ojos de Remedios se clavaron en mí de tal manera que me impidieron hablar.

En aquel momento sonó una descarga de fusilería. Todos á una y como movidos por un resorte cayeron de rodillas exclamando:

—¡Que Dios haya recogido su alma!

Sólo yo no pude unir mis preces á las de los demás. Un síncope me habia privado del conocimiento.

V

Una peligrosa enfermedad que me tuvo á las puertas de la muerte, hizo que á pesar de los peligros que ofrecian los caminos, me sacaran de aquel pueblo ántes de que pudiera darme cuenta de nada. Sólo el vigor de mi naturaleza y los cuidados que se me habian prodigado pudieron salvarme. Durante el delirio debí decir cosas espantosas. Pero ¿quién hace caso de lo que dice un chiquillo atacado de una fiebre?

Sólo ya cuando los franceses habian evacuado nuestro territorio y habian pasado años enteros de aquellos sucesos volví á aquel pueblecito de la torre alta y las casas bajas. Mi prima Remedios era madre de un hermoso niño y dueña de una cuantiosa fortuna. Su marido Andrés habia tenido el mal acuerdo de amanecer una mañana colgado de las ramas de uno de los olmos del huerto de su casa, no sin dejar ántes una carta diciendo que á nadie se culpara de su muerte.

En cuanto al buen cura, he leido posteriormente en muy sérias historias su nombre. De seguro que si él pudiera oir los encomios que arranca á los historiadores el bárbaro acto de patriotismo que se le atribuye, aquellas alabanzas le harian más daño que las censuras que en vida le dirigian los que le daban por afrancesado.

Para concluir ¿creerán Vds. que les voy á contar desventuras y lástimas de mi prima Remedios? Todo al contrario. Las noticias que siempre he tenido de ella me la pintan rodeada de toda suerte de prosperidades y satisfacciones. Pero ¿puede llevar esto el desconsuelo á las almas que cifran todo su conato en practicar el bien? Muy léjos de ello. Tales injusticias de aquí abajo son las que hacen persistir en la esperanza de que hay una justicia inmutable allá arriba.

Al verme cargado de años, confieso que me estremece el tener que dar cuenta ante ella del silencio que guardé cuando mi cabecita era rubia y sonrosada como la de los alados querubines de un retablo.

ANGEL R. CHAVES

LA BUENAVENTURA

I

—Mañana es tu santo, María.

—Sí, Jorge; mañana hace siete años que nos casamos.

—Esta tarde, cuando vayais á buscarme al taller, pediré al maestro el jornal de la semana é iremos con el chico á la Vírgen de la Paloma, nuestra santa patrona, á quien, como todos los años, mandaremos decir la misa del alba para que vele por nosotros.

—Y despues...

—Despues nos pasaremos por casa del compadre á invitarle para que venga al campo con nosotros y diga lo que le apetece el cuerpo para añadirlo á la merienda.

—Buen gloton está el compadre.

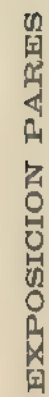
—Es alegre y dicharachero como un diablo. Tiene buen vino; y, en cuanto levanta el codo y empina á su sabor, se le ocurren unas cosas, que á mí me hace reventar de risa.

—¡Qué dia nos espera!

—Uno al año no hace daño, mujer.



¡CUÁNTO TARDA! cuadro por J. E. Saintin



EXPOSICION PARES

LA LUNA DE MIEL, cuadro por Leopoldo Roca

—Luégo vendrán los apuros.

—¡Y quién piensa en eso ahora! Miéntras haya salud y trabajo, ancha vida. ¿Cuándo vas por el pequeño? Tengo un hambre que no veo.

—Valiente Judas tenemos en casa. Esta mañana, entre él y el gato, me han roto una cazuela... ¡Le voy á matar!

—Ya será algo ménos.

—Rompe trajes que es un gusto. Toda la calle de Toledo seria poco para él.

—Es un muchacho y necesita jugar y divertirse. Anda, anda, tráele de la escuela pronto.

María se echó un manton sobre los hombros, se anudó un pañuelo de seda bajo la barba, y, cogiendo el llavin de la puerta, salió á paso largo diciendo á su marido:

—Ten cuidado no se pegue la sopa.

—¡Bendita sea la hora en que nací, bendita mi mujer, bendito mi hijo y bendita la Vírgen de la Paloma á quien debo tantas cosas buenas como se ha servido darme!

Así decia entre dientes Jorge al par que liaba un cigarrillo de papel que fué á encender á la hornilla sobre la cual hervia una cazuela de sopas de pan á las que el azafran daba un hermoso color de oro viejo.

Despues de la comida Jorge volvió al taller, el pequeño á la escuela y María quedó fregoteando y barriendo todos los rincones de la casa.

Era un matrimonio feliz, como lo son casi todos los de la gente artesana, la cual, distraida por el trabajo y las labores de la casa, desconoce en su mayoría esos vicios que engendran la miseria, la envidia y la ambicion de quienes no teniendo nada quieren poseerlo todo.

A la caida de la tarde, María, más limpia que una patena, fué á recoger á su hijo á quien saludó con dos ó tres cachetes, pues el condenado habia limpiado con los pantalones los ladrillos de la escuela y estaba que no habia por donde cogerle.

Lloriqueando lo arrastró su madre por la mano hasta la calle de Embajadores, en donde trabajaba el padre en un taller de ebanistería.

Cuando éste les distinguió dejó la esponja del barniz y dijo dirigiéndose al maestro:

—Allá vienen mi mujer y el chico.

—Padre, padre.

—¿Por qué lloras? Los hombres no lloran nunca; ¿entiendes? ¿Quién te ha pegado?

—Madre.

—¿Qué le has hecho?

—Nada.

—¿Y por nada te pegan? ¡Por vida del chápiro! Vamos, da un beso á este señor.

—Límpiale ántes; no vaya á llenarle al maestro la cara de mocos.

—Ven, hombre, ven. Ya estás limpio. Da un beso á este señor.

—¿Cómo te llamas?

—Juan.

—¿Qué más?

—Rodriguez.

—¿Qué más?

—Nada más.

—Y tu madre ¿cómo se llama?

—María.

—¿De qué?

—Rodriguez.

—No, hombre, Rodriguez es tu padre.

—Mi padre es Jorge.

—Bueno, hombre, bueno; toma estos cuartos. ¿En qué los vas á gastar?

—En banderillas.

—¿Te gustan los toros?

—Sí señor.

—¿Te lleva tu padre á la plaza?

—Padre, no: madre me lleva á la plaza de la Cebada.

—Bueno, hombre, bueno.

—¿Cómo se dice á este señor que te ha dado los cuartos, galopin?

—Muchas gracias.

—No las merece.

—Bueno.

Del taller bajaron á la Vírgen de la Paloma, pagaron su misa y de allí subieron á la Cava Baja á casa del compadre.

—¡Tanto bueno por aquí! Coged una silla y sentaos en el suelo.

—Gracias, venimos de prisa.

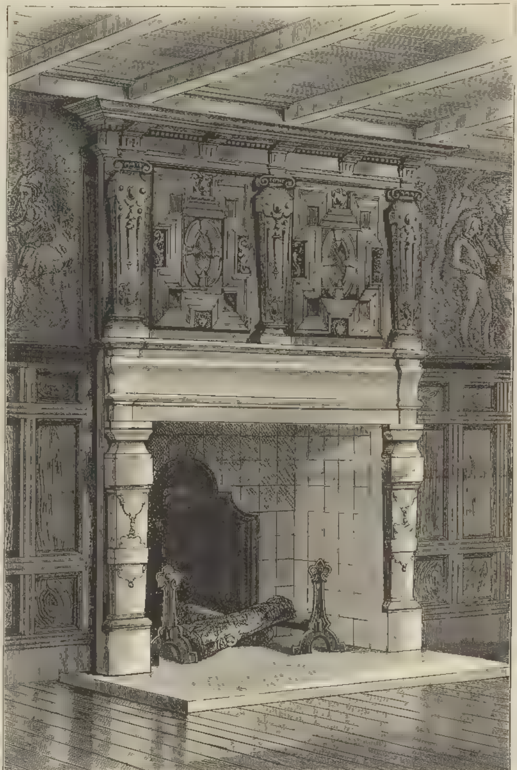
—¿Cómo así?

—Tenemos que comprar los avíos de la merienda.

—Es verdad; mañana es tu santo y el aniversario de vuestra boda. ¡Y decir que yo he apadrinado á estos tres gandules! No me lo perdonaré nunca.

—Contamos contigo mañana.

—Pues no faltaba otra cosa. No olvidarse del carnero asado; los caracoles y los callos con mucha guindilla ¿eh? Que conviden á beber; ya sabeis que no hay fiesta sin vino.



CHIMENEA DEL SIGLO XVII

—¿No se te ofrece más?

—Un par de latas de pimientos.

—¡Echa por esa boca!

—Que no seais tacaños; el año anterior aguasteis el vino y tuve un cólico que por poco me ahogo. ¿Quereis que os acompañe? Beberemos unas copas. Por la víspera se conocen los dias. ¡Ea! vamos á remojar el gaznate.

—Parece usted una cuba rota; nunca se ve harto.

—Y qué quieres, hija, qué quieres, la vida hay que pasarla á tragos.

La noche trascurrió alegremente; se bebió, se cantó y se rió de lo lindo. El trabajo y la faena fueron para la pobre María que anduvo guisoteando, fregando y colocando en un gran cesto la merienda, sin desatender al chico que daba más guerra que un regimiento.

A las dos de la mañana todos dormian.

II

Amaneció un dia hermoso, el cielo despejado y fresca la temperatura, los cuales convidaban á correr y revolcar se sobre la hierba apénas naciente.

Cuando llegaron los cuatro á la Vírgen de la Paloma ya habia terminado la misa del alba.

Esta contrariedad les disgustó grandemente, sobre todo á Jorge, espíritu preocupado y supersticioso que creia a puño cerrado en brujas y en agüeros.

—¡Mal principia el dia! refunfuñó sordamente.

—Hombre, no seas caviloso, le dijo su mujer; oiremos la primera misa que digan, y, santas pascuas. Lo mismo da una que otra.

—No es lo mismo. La primera era por nosotros; la Vírgen nos esperaba y la hemos desairado, durmiendo como unos puercos.

—Y ya ¿qué se ha de hacer? La Vírgen nos perdonara si la hemos faltado, como dices. Bien sabe Dios que no ha sido nuestra intencion esa.

Al salir el sacerdote de la sacristía para dirigirse al altar, sus piés se enredaron en un largo descosido de la alfombra y estuvo á punto de caer.

Jorge sintió que se le cuajaba la sangre; ¿qué tristes presagios eran aquellos? No pudo oir la misa con devocion; sus ojos vagaban de uno á otro lado inquietos y temerosos, observando las fórmulas del rito y sorprendiendo mil detalles extraños que jamás se habian mezclado hasta entónces en el sagrado oficio. Otras veces sus miradas se clavaban recelosas en el altar; la Vírgen parecia estar más triste que nunca... ¡cualquiera diria que lloraba! Los santos que por el templo se extendian tenian todos ellos fijos en él los ojos; sus brazos de madera temblaban bajo sus vestiduras de pino.

La misma oscuridad de la iglesia no era natural, porque el dia era claro y alegre; los vibrantes sonidos de la campanilla se le antojaron dolorosos gemidos; cuando el sacerdote se volvió para bendecirlos, ¡extraña casualidad! su mano se detuvo un momento en direccion á Jorge como si le señalara entre la multitud.

Sin embargo, á la salida del templo, la impresion pareció borrarse ante el bullicio y la algazara de la calle.

Se dirigieron hácia la fuente de la Teja.

A la entrada del puente se detuvieron á tomar unas copas.

—A la salud de V., comadre.

—Que le haga buen provecho, y tantas gracias.

Jorge bebió tres ó cuatro copas seguidas sin decir palabra alguna.

—¿Qué mosca te ha picado?

—No lo sé.

—¿Saliste de casa con el pié izquierdo ó te hallaste con un cojo?

—Es posible.

—Vaya otra copa y fuera penas; hoy es dia de bailar y divertirse; ¿no es verdad, comadre?

—Es cierto, es cierto.

Jorge seguia preocupado á pesar de las excitaciones de su compadre Miguel, el cual, dispuesto á divertirse á toda costa, sacó partido de la murria de su amigo para hilvanar una porcion de frases y de bromas con que matar el tiempo y esperar la hora del almuerzo.

—Créame V. á mí, señora María, lo que á éste le escarabajea el alma es un sueño que tuvo la otra noche; sí, señora; un sueño que tuvo la otra noche; ni más ni ménos. Perdona si te descubro, yo no sé callarme nada.

—¿Y qué sueño fué ese?

—Un sueño muy triste; ¿no ve V. la cara que tiene?

—Acabe V. de una vez.

—Pues la otra noche soñó que se moria del garrotillo.

—¡Ave María purísima!

—Y sus angustias no provenian de que se le apretase la nuez, sino de lo que seria de su mujer y su chico, despues que él cerrara el ojo. Figúrese V., comadre; ¡como si no quedara yo en el mundo!

—Dios no lo quiera.

—¿Que yo quede en el mundo? Tantas gracias por la fineza.

—No lo decia por eso.

—Pues mire V.; por nadie en el mundo haria yo otro tanto. Aquí donde V. me ve, he tenido novias muy guapas y jóvenes, que se morian por estos pedazos que se han de comer la tierra. Pero ¡que si quieres! ninguna me ha pescado. ¿Yo casarme? no en mis dias. El buey suelto bien se lame. Todo ménos casaca. ¡Eso sí! por un amigo hago yo cualquier barbaridad; y si este cerrase el ojo, pongo por caso, no tendria inconveniente en sustituirle. Así como así, ya voy estando achacoso y...

—A otro perro con esa pedrada.

—Y luégo, que V. tambien se lo merece.

En estas y otras cosas llegaron á la fuente de la Teja. El sol calentaba bastante; buscaron un sitio de fresca sombra y, al pié de un grupo de árboles, se sentaron y tendieron sobre la hierba.

El lugar, aunque no una cosa del otro mundo, era pintoresco y alegre. A uno y otro lado se extendian calles de árboles, entre las cuales se veian pequeñas y blancas casitas de vecindad, en cuyas plantas bajas se gusaba de comer y vendian vino. Los columpios y caballos del *tio vivo* ocupaban un buen trecho; á la derecha corria la tapia de la Casa de Campo sobre cuyas bardas asomaba verde y tupido ramaje; á la izquierda los largos tendederos del rio mostraban al aire y al sol multitud de prendas de lienzo blanco; los cantares de las lavanderas, el gorjeo de algunos pájaros, el silbato de la locomotora de trasporte y la campana de la ermita de San Antonio formaban dulce y arrullador concierto.

Nuestros cuatro amigos, despues de haber descansado y fumado algunos cigarrillos, comenzaron á animarse y á correr de un lado para otro. A la hora del almuerzo todos estaban contentos.

Se puso sobre el mantel, tendido en el suelo, la cazuela del cordero asado, otra de arroz con corazon de vaca y huevos duros; despacharon ésta, y, en seguida, Jorge con la punta de la navaja abrió una lata de pimientos y la vació sobre el asado.

—Deja algunos para la tarde, dijo María.

Almorzaron con buen apetito y la bota del vino se renovó dos veces.

Ya calientes de cascos se dieron á correr y á dar volteretas por el suelo diciendo chicoleos á las lavanderas que por allí pasaban y cuchufletas á los transeuntes. Entrada la tarde asaltaron los columpios que agitaron con toda la fuerza de sus puños, pasando de allí á poco á los caballos de madera que describiendo siempre el mismo círculo giran y giran con tal velocidad, que fuera bastante á marear cabezas más firmes que las suyas.

Llegada la hora de la comida María puso sobre el mantel, ya sucio y pringoso, las cazuelas de los callos y los ca-

racoles, los cuales fueron saludados con entusiastas aclamaciones. La guindilla habia sido prodigada á manos llenas. Cada bocado requeria un buen trago de vino.

Miguel y Jorge estaban completamente borrachos; aquél decidor y alegre, éste triste y cabizbajo. Miguel con la insistencia y terquedad del beodo seguia barajando la idea de la muerte de su compadre y la viudez de María.

(Continuará)

VICENTE COLORADO

LA LEYENDA DEL KIRGHIZ

No es esta la venturosa historia de Zadig, que refieren los viejos libros.

No es esta la cancion de Zobeida, que cantan las madres para arrullar á sus pequeñuelos.

No es ninguna de las leyendas de color de rosa, ni la del sultan de Kandahar, ni la de las montañas azules.

No es tampoco el alegre cántico guerrero de la tribu de los Beni-Vader, ni el relato de las desdichas de Nabussan, ni la balada de los reyes de Sevendib.

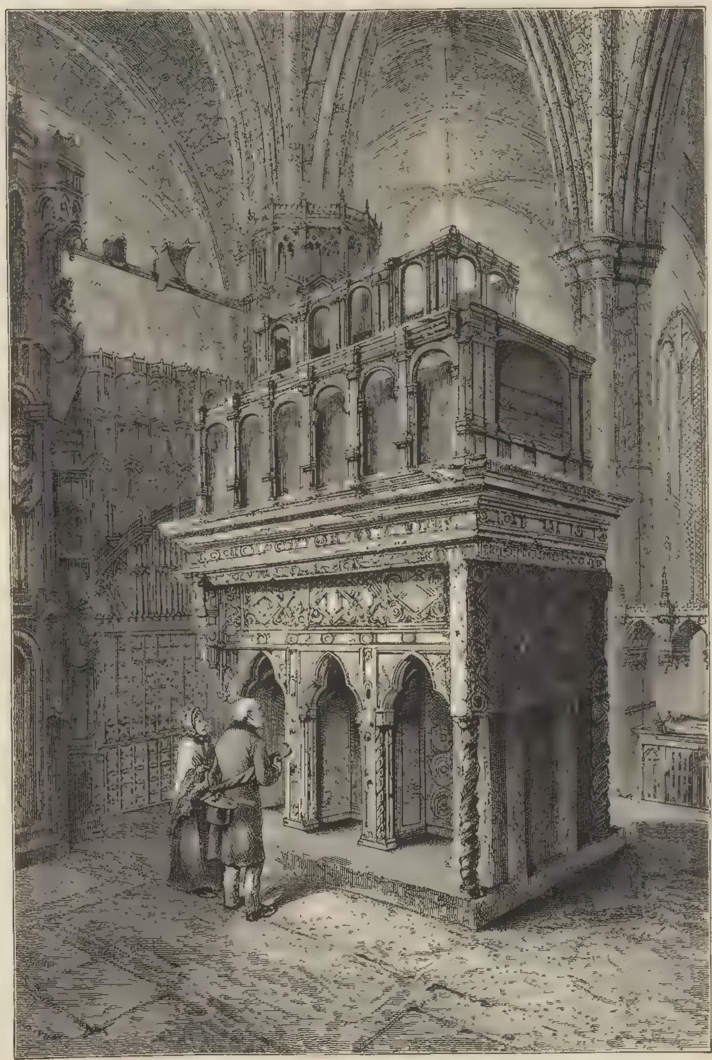
No es el cuento de Lobna, la criatura blanca como la leche que nació en un rio de sangre.

No es el poema de la reina Astarté, apasionada del último de sus vasallos, ni la peregrina historia de Moabdar, ni la de Satoc el aventurero.

Esta es la leyenda del Kirghiz.

Vivia feliz en el Turkestan el más mísero de los esclavos, Itobad, hijo de Arbogad y de la gentil Zurina.

Conocia el placer, que es un relámpago, y la pena, que es la sombra de la satisfaccion. Sabia que el fastidio es una enfermedad, y que el trabajo la cura; que el amor es un bien enlazado con la desdicha; que el templo del favor es grande, pero con puertas demasiado estrechas y bajas; que el dolor es pasajero, como lo son todos los goces; que la resignacion es un filtro para adormecer los pesares; que el cuerpo no es libre, pero que siempre lo es el pensamiento; que la conformidad es un bálsamo, y la codicia un monstruo insaciable; que los tesoros del corazon valen más que las preciosas piedras; y que quien puede vivir con ménos vive siempre mejor, sin necesitar de los otros ni desprenderse de la virtud.



SEPULCRO DE EDUARDO EL CONFESOR, en la abadía de Westminster

Por estas cosas, más que por los secretos que conocia, le llamaban sabio. Su dueño era cruel, y algo todavía peor, pues era repugnante. A medida que los tratamientos de Kissel brillaban más por su crueldad, enaltecíanse con la resignacion las virtudes del esclavo.

Los hombres libres de la tribu se reunieron para libertar á Itobad. Y le dijeron á Kissel:

—Danos á tu siervo: si quieres oro por él, tendrás oro; y si no quieres oro, tendrás que tomar hierro.

Y contestó Kissel:

—Sea libre por mi voluntad.

Pero Itobad no quebrantó su cadena porque no quiso ligar el bien que se le daba con el agradecimiento á quien no lo merecia.

Y dijo:

—Muera yo en triste esclavitud, mas no se manche mi corazon, porque agradecer á Kissel es una mancha. El no ha deseado libertarme: le obliga el temor, y á mí tendria que obligarme la gratitud ó consumirme el remordimiento. Siga cada cual su senda.

Entónces, los hombres libres de la tribu mataron á Kissel, y dijeron á Itobad:

—Ya eres de los nuestros.

Pero Itobad repuso:

—No aplaudo vuestro proceder ni admito la libertad empapada en sangre. Era el fiel esclavo de Kissel, lo soy, continuaré siéndolo. Tengo mi lugar al lado de su sepulcro. No me apartaré del amo que murió sin quebrantar mi cadena y que murió por mí. Idos.

Los hombres libres no supieron dar una respuesta á Itobad. Y se retiraron silenciosos.

Y el esclavo y el amo siguieron todavía juntos, separados tan sólo por la piedra de la sepultura.

En esto, apareció la guerra, porque apareció el enemigo. Los batalladores kirghiz marcharon al combate, y les fué contraria la suerte. Perdieron su valeroso caudillo, y su vieja bandera, y su atambor sonoro.

Cejó la derrotada hueste, y se reunió junto á la tumba de Kissel, y los jóvenes y los ancianos dijeron á Itobad:

—Sé nuestro caudillo. Condúcenos á la pelea.

Y les respondió Itobad:

—Sí haré; porque está en peligro la patria, y nuestros hogares, y la tumba de mi señor; porque al resonar sobre nuestra tierra los malditos pasos del extranjero, está escrito que el criado abandone al amo, y el hijo á la madre, y el esposo á la esposa, y el amante á su adorada, y los fieles al sacerdote, y los sacerdotes al altar. Y como está escrito, ha de ser, y yo, Itobad, os conduciré á la pelea.

Y los condujo. Y rechazaron al enemigo.

Pero el enemigo volvió á la carga con triplicados refuerzos, y tras del primer escuadron llegó otro, y otro en seguida y todavía otro despues. Cinco, diez, quince, veinte hombres para cada kirghiz, veinte sables contra uno, cuarenta brazos contra dos. Y los kirghiz retrocedian matando, mas parecia que de cada uno de los muertos brotaban tres feroces vivos, y era peor matar que retroceder. Así llegaron hasta la tumba de Kissel, y sobre ella se arrodilló Itobad, herido en el pecho por una bala. Y dijo á los suyos:

—No hay cielo para los cobardes; no hay patria para los que viven mirando en ella al enemigo. ¿Qué aguardais para caer de nuevo sobre los apiñados escuadrones? ¿Hay cabezas que hendir? ¿Hay cuerpos que atravesar?

—Sí hay, le contestaron todos.

—¡Pues á ellos!

Y tornaron los kirghiz á la desigual batalla, y volvieron á retroceder. Pero Itobad les preguntó:

—¿Teneis pólvora? ¿Disparan bien vuestros fusiles?

—Tenemos pólvora, y nuestros fusiles disparan bien, respondieron los que quedaban.

—¿Pues á qué venís?

Y volvieron á cargar los kirghiz, y otra vez se retiraron. Pero Itobad les preguntó:

—¿Os quedan fuerzas? ¿Cortan bien vuestros sables?

—Tenemos fuerzas, y nuestros sables aún no han perdido el filo.

—¡Pues cortad!

Y en otra desesperada carga perdieron los kirghiz la mayor parte de su gente. Cuando Itobad los vió volver, gritóles desde léjos:

—¿Retroceden vuestros caballos?

Y los kirghiz dieron con rapidez media vuelta cayendo sobre la enorme masa de sus enemigos.

Quedaron ocho, y volvieron junto á Itobad, y éste les preguntó:

—¿Estais vivos?

—Sí, le respondieron los héroes.

—¿Pues á qué venis?

Y retrocedieron los ocho, tornando á la pelea, y ninguno pudo volver.

Entónces se aproximaron los enemigos á la tumba de Kissel, y cuando Itobad los vió llegar, les preguntó:

—¿Ya no quedan kirghiz?

—Ni uno, le respondieron; puedes entregarte.

—¿Se han batido muy bien?

—Todos cumplieron como buenos. Rinde las armas.

—¿Han peleado sin vacilar hasta el último instante?

—Sí. Te perdonaremos la vida.

—¿Habeis tenido muchas pérdidas?

—Muchas. Pero no dispares tu fusil, porque te mataremos.

—¿Hubo algun kirghiz que se mostrara cobarde?

—No. ¿Qué vas á hacer?

—Voy, dijo Itobad disparando su fusil sobre el enemigo, voy á enseñaros cómo se muere por la patria.

Cayó muerto el valiente jefe de los vencedores, y cayó Itobad acribillado á balazos sobre la tumba de Kissel.

Esta es la historia del esclavo Itobad.

Esta es la leyenda del Kirghiz.

ADOLFO LLANOS

LOS DIAMANTES

Como el aire es lo más barato por su abundancia, y tan barato que se respiraba gratis ántes del señor Camacho, el diamante es lo más caro por su escasez y rareza, á que hay que añadir su bellísimo esplendor. El diamante, el más refrangible de los cuerpos trasparentes, es por lo regular incoloro, y tan duro de suyo que puede herir el producto más firme del reino mineral, sin que ninguno, por firme y compacto que sea, lo pueda herir á él, pues sólo puede labrarse con su propio polvo, con su dureza misma: su peso es el del agua multiplicado por 3 $^1/_2$.

Y ved qué cosa; esta piedra tan preciosa que en tamaño de un adoquin bastaria para pagar de un porrazo todas las deudas nacionales, no es sino una formacion de carbono, esto es de carbon puro.

¿Dónde diablos está la ciencia de nuestros hacendistas que no sirve ni para hacer un adoquin de formacion tan simple como barata? Amasar el carbon lo haria cualquiera de ellos sin tiznarse: el *quid* está en dar al carbon lo que técnicamente se llama brillo adamantino.

Y no es chanza: desde Newton, que estudiando las propiedades ópticas del diamante, previó que era combustible; desde Lavoisier y Davy, que por la combustion lo trasformaron en ácido carbónico, hasta los químicos contemporáneos, que por medio de una corriente eléctrica, lo han trasformado en un carbon idéntico al de uso comun, todos los hombres competentes han reconocido esa identidad entre el carbon y el diamante.

Pero como en el estado actual de la ciencia, todavía no da la encina tanto que dé palmas, aunque la industria sí da ya pedrería muy bien falsificada, habremos de ir á la India, al Brasil, á la Siberia por diamantes, ateniéndonos á lo poco que en esta materia da de sí la madre naturaleza



EL PRIMER CUARTETO FEMENINO AUSTRIACO

El diamante cristaliza siempre casi en todas las formas del sistema cúbico y particularmente en la del octaedro. Hállase en los terrenos de aluvion, provinientes de los despojos de antiquísimas rocas arrastrados por las aguas.

En las cercanías de Golconda, en Bengala y en Borneo hay muy ricos terrenos diamantíferos; pero las minas del Brasil, descubiertas á principios del siglo XVII, alimentan al presente el comercio de diamantes de todo el mundo, exportando anualmente para Europa de cinco á seis kilógramos de estas piedras en bruto, que quedan reducidas á unos ciento ochenta gramos luégo de labradas.

En el Brasil se buscan los diamantes triturando los pedruscos cuarzosos y lavando luégo este cascajo más ó ménos desmenuzado. Brigadas de esclavos, hambrientos y azotados, agitan el material en el agua dentro de un recipiente bien cerrado, hasta encontrar la dichosa piedra, que no se encuentra todos los dias, ni todos los años á veces, como si consciente de su valía, se complaciera la piedra en hacerse esperar.

¡Alabado sea Dios! exclama por ordenanza el infeliz que tiene al cabo el feliz hallazgo. Y entrega la riqueza al sobrestante, y continúa esclavo, hambriento y áun azotado, buscando sin tener ocasion de alabar á Dios hasta otro año.

Pero hasta que se supo tallarlo, no adquirió el diamante todo su valor, pudiendo decirse que entónces se descubrió por segunda vez. En efecto, por esta labor adquiere en su más alto grado la potencia refractaria y la propiedad de multiplicar y dividir al infinito sus radios luminosos al través de sus facetas. No es esto decir que no se labrara antiguamente: en bruto, sin su esplendor latente no se hubiera apreciado nunca; ese esplendor salió afuera al toque ó conjuro del arte, pero hasta siglos recientes sólo se labró el diamante de un modo irregular y grosero.

A principios del siglo XV el arte de tallar diamantes estaba ya muy adelantado, siendo notables los trabajos del joyero Kermann, y á fines del mismo siglo le dió mayor perfeccion el diamantista Berquem, el cual hubo de imaginar los procedimientos modernos.

El diamante se talla con un instrumento de acero dulce cubierto de polvo diamantino, polvo que se obtiene frotando entre sí los diamantes en bruto que se resisten al corte.

Actualmente sólo se tallan diamantes de dos modos: *á la rosa*, forma exclusiva de las piedras pequeñas, ó *á brillante*, forma de las grandes, y por consiguiente la más estimada. En la primera forma, la parte aparente de la piedra es una pirámide guarnecida de facetas triangulares, miéntras la otra parte es perfectamente plana y entra en el asiento del engaste. En la otra forma, que hace más refractaria la potencia diamantina, la parte superior de la piedra presenta una cara circuida de facetas, triangulares tambien y en losange; la otra parte ofrece la forma de una pirámide igualmente de facetas y truncada por otra cara pequeña. Esta última forma está montada al aire dejando ver así casi toda la piedra.

El precio del diamante es necesariamente caro, pues á los grandes gastos de explotacion (perdida muchas veces, pues muy pocas se encuentra lo que con tanto afan se busca) hay que añadir la dificultad de labrarlo y la cuantiosa pérdida que de la labor resulta. Este precio, siempre alto, varía segun la limpidez de la piedra, la forma en que está tallada y su tamaño, sobre todo. Los diamantes en bruto coloreados ó manchados, que sólo sirven para polvo, valen de 120 á 140 reales quilate; los diamantes en bruto, pero laborables, valen unos 190 reales quilate, cuando no pasan del quilate; en pasando se evaluan por el cuadrado de su peso multiplicado por 48. Ahora bien, los diamantes labrados se estiman por su tamaño y la forma en que están tallados.

Los diamantes cristalizan el reposo de los siglos en muy pequeñas formas, que todavía menguan al desgaste de la lima. Sin embargo, como otras ocho maravillas, hay ocho diamantes, ocho no más en todo el mundo, célebres por su tamaño relativamente enorme. Estas preciosísimas piedras son: el *Regente*, el *Radjah*, el *Nizam*, la *Montaña de luz*, el *Orlow*, el *duque de Toscana*, la *Estrella del Sur* y el *Rey de Portugal*.

El más bello diamante del mundo es el *Regente*, rayo de luz cuajado ó condensacion de luz, ó luz presa en un engaste. Se halló á 45 leguas al Sur de Golconda y pesaba en bruto 410 quilates, quedando reducido á 137 despues de labrado, labor pacientísima y delicada que duró 760 dias ó sean dos años largos. Se compró en bruto por 1.250,000 reales; se gastaron en labrarlo 500,000, y en 1717 lo adquirió el duque de Orleans por 13.500,000 reales. Actualmente se valúa en 32.000,000 de reales. (8.000,000 de francos). El *Regente* está tallado á brillante.

Otra piedra preciosísima es el diamante del *Radjah* de Mattan en Borneo, que pesa en bruto, en cuya forma primitiva se conserva, 318 quilates y se valúa en unos 16.000.000 de reales.

El *Nizam*, que posee la familia reinante de Golconda, está en bruto tambien y pesa 340 quilates, valuándose en unos 20.000,000 de reales.

La *Montaña de luz* es una piedra de extraordinaria extension, aunque de poco espesor; pero tiene aguas magníficas y peso de 186 quilates, valuándose en unos 20.000,000 de reales.

El *Orlow* es el diamante de los Czares de Rusia y tiene el tamaño de un huevo de paloma. Esta riquísima piedra, que formaba en otro tiempo el ojo que le quedaba á un ídolo de Brahma, fué robada por un soldado francés de guarnicion en las posesiones de Francia en la India. Este soldado, inconsciente del cuantioso valor de su sacrílego hurto, vendió la piedra por sólo 200,000 reales. Más avisado el comprador lo vendió á su vez con prima cuantiosa; y pasando así de mano en mano, llegó á las de Catalina II que lo adquirió por unos 9.000,000 de reales y una pension vitalicia de 300,000. El Orlow está tallado en facetas y adorna el cetro de los Czares.

El *gran duque de Toscana*, diamante engarzado en la corona imperial de Austria, pesa 139 quilates y medio: es americano y tiene muy bella forma. Esta piedra, aunque preciosísima tambien, se adquirió gratis: el último duque de Borgoña, á quien pertenecia por adquisicion harto onerosa, hubo de perderla el malhadado en la sangrienta batalla de Morat, donde se la encontró el emperador de Austria.

La *Estrella del Sur*, que una negra, esclava, hambrienta y azotada, se encontró en la provincia de Minas Geraes, en el Brasil, pesaba en bruto 254 quilates, quedando reducida por la labor á 125. Hasta hace algunos años era propiedad de un rico joyero de Paris.

Por último, el rey de Portugal diz que posee un diamante tamaño como un huevo grande de gallina, con peso de 1680 quilates. Esta escandalosa piedra seria el rey de los diamantes, si fuera de límpido esplendor; mas por desgracia es de luces amarillas, lo que le hace desmerecer mucho en el mercado. Con todo eso se valúa en 900.000.000.000.000.000.000.000.000.000 de reis.

CECILIO NAVARRO



EL TIEMPO PRECIPITANDO LAS HORAS, reloj modelado por Gustavo Doré

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 10 DE MARZO DE 1884 — NÚM. 115

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

L. Alma Tadema

RETRATO DEL DISTINGUIDO PINTOR L. ALMA TADEMA, dibujado por A. Schubert

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Cambio de decoracion. Acaba la locura.—La leyenda de Piñata. —Angeles disfrazados.—Resurreccion floreal.—Bailes de trajes.— *Vanitas vanitatum*.—La esfinge negra. La prodigalidad con careta.—Salvas con pólvora ajena.

La Cuaresma esgrime su cetro hecho de una costilla de esqueleto humano y manda á las pasiones entrar en caja, á los hombres resignarse á no gozar los encantos tentadores que los rodean. Despues de las locuras del Carnaval vienen las severidades de estos viérnes, las vigilias, los ayunos.

Sábia combinacion ésta que hace coincidir el despertar de la naturaleza con el martirio de la humanidad.

Pero aún tiene esta una puertecilla para escaparse del templo.

¿Quereis saber la historia profana del domingo de Piñata? Pues oid.

Carnaval era un pícaro de la condicion más proterva. Tenia tánto de sátiro como de demonio. Sirvió á Velazquez de modelo para el cuadro de *Los Borrachos*. Su cara es la del tercer borracho, empezando á contar desde el siniestro lado. Se entretenia en romper á pedradas los cristales de colores de la catedral de Toledo, cerca de cuyos muros nació del amor de una sultana y un renegado. Llegó á viejo sin llegar á bueno. Echaba mazas á los perros y á las personas de suposicion. Perseguia á las muchachas, y cuando iba haciendo momos á las más lindas, se le ponian los malvados ojos como el ascua de un cigarro. El demonio se disfrazó de mujer para conquistarlo, y se lo llevó á los infiernos una noche tormentosa. Cuando el primer oficial del negociado del martirio le aplicó á las espaldas un hierro candente, ¡calculad el corcovo que pegaría!... Lloró y pidió clemencia, diciendo entre alaridos:

—¡Vuélveme, Señor, á la catedral, y seré aún modelo de hombres!

La infinita misericordia le otorgó aquello que demandaba, y volvió Carnaval á su oficio de pertiguero del templo. Muchas horas pasó sumido en oracion muda, clavadas las rodillas en una losa, viendo danzar los átomos de polvo y el humo irisado del incienso en un rayo de sol que descendia desde la frente de un San Juan Bautista puesto en un roseton calado. Pero su arrepentimiento duró poco: tres dias. El domingo se escapó del templo y dió mil vueltas por el Zocodover, cometiendo mil desmanes. Fué la reincidencia del pecador, y su pecado se llamó domingo de Piñata.

El espíritu se despide en él del mundo, y entra como una paloma en el templo, silencioso, triste, oscuro, sin esplendores. ¡Tumba mística en que la vida deja el bagaje de la materia y se convierte en luz!

* * *

—¿Quiere V. bailar conmigo?

-No, señor.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta.

¡Oh franqueza del candor!

Quienes hablan son dos niños de los que asistieron al baile infantil del teatro de la Comedia. ¡Espectáculo divino! ¡Los ángeles vestidos mundanamente para darle una broma á un santo!

Hay un muchacho moreno, de dulces, rasgados ojos, que se sienta en un rincon y no quiere bailar. Va de *Fausto*. *Margarita* se le aproxima. Esta *Margarita*.... es una margarita. Talle de columna salomónica, trenzas de oro hilado ó luz tejida, palabritas de caramelo y andar de gorrioncillo.

—¡Ven á bailar! —le dice á *Fausto*.

—¡Tengo sueño!

Lo mismo decia el *doctor Fausto* ántes de ser rejuvenecido. Y es que los niños y los viejos se parecen en que estos no aman *ya*.... y aquellos no aman *aún*.

* * *

La temporada de invierno de los teatros agoniza, porque agoniza tambien la temporada de invierno del mundo. Viene la primavera á toda prisa, y como señora noble y bien nacida, manda delante al sol que vierte en los campos espuertas de su rescoldo con que se desentumecen los miembros helados de Flora y la clásica Pomona se apresta á trabajar. Van los arroyos salpicando, en vez de gotas de agua, flores invernizas. En los remansos flotan los caballitos del diablo, el primer insecto atrevido que sale del cesto de la primavera. Las capas miran con amor á las perchas, y no esperan á que la ley del divorcio sea en Francia una realidad para divorciarse de los hombres con quienes se casaron ante el altar del invierno, hecho de témpanos y lamedores de agua helada. Los viejos, con todo, desconfian del sol y dicen inspirados en su santa experiencia:

—¡Ahora es cuando hay más pulmonías vacantes! y estas vacantes son como las cruces: se dan al que ménos las espera.

* * *

La aristocracia madrileña ha hecho una ostentacion de riqueza y buen gusto en el baile de trajes dado en el palacio de Fernan-Nuñez. Brillante trasformacion la que se operó en la escogida sociedad que llenaba los amplios salones. Fué desterrado el frac, se sacaron de los armarios históricos las joyas y trajes de añejas edades. El dinero ha corrido pródigamente y por los periódicos ha ido dando vueltas la cifra de cuatro millones de reales que se supone gastada en este baile.

Bien está que se haga circular al dinero, que es en esto como la sangre, que si no circula de nada sirve; pero una pregunta se nos ocurre:

¿Esa aristocracia que emplea cuatro millones en terciopelo, raso y pelucas, cuánto dinero gasta al año en libros?

* * *

Muy interesantes sesiones celebra la sociedad de Africanistas. El problema de Africa encierra sin duda el problema del porvenir para España. Es necesario que los hombres de talento se dediquen á estudiar á nuestros vecinos de allende el estrecho. Es preciso que se los estudie no contentándose con mirarlos con ojos de artista que se place en lo pintoresco de los trajes, en los pliegues flotantes de un alquicel ó en los ojos ustorios de una beldad que, el rostro cubierto, cruza la estrecha calleja. Vayan sí nuestros artistas en busca de asuntos á Africa, pero es preciso emplear la observacion, el análisis; es preciso buscar á través de esas hordas, entre el tumulto de las kabilas, el camino de civilizacion y progreso.

Africa se nos ofrece como una esfinge, poderosa y temible, en cuyos ojos centellea un rayo y que guarda su secreto entre las garras.

* * *

Iba por las calles de Madrid una máscara el lúnes de Carnaval y en vez de bromas daba dinero al que se acercaba. El inverosímil suceso acumuló enrededor de la máscara compacta y gritadora muchedumbre. Todos se preguntaban quién seria el pródigo enmascarado. No faltó quien dijo que era un loco de Leganés fugado del manicomio.

Frente del sitio en que apareció la máscara vive don Lesmes, el avaro que presta á 150 por ciento.

Nadie le ha llamado loco en su vida.

¡Triste enseñanza la que se desprende de este contraste!

Si quereis que vuestra reputacion de cuerdos no padezca, ateneos á esa verdad.

* * *

Trátase de organizar á los porteros de Madrid en cuerpo colegiado. Trátase de abrir una escuela oficial de mujeres telegrafistas. Trátase de fundar escuelas de obreros en las que se enseñe ciencias aplicables á la industria. Hay quien proyecta implantar en España las cajas escolares de ahorros de Francia. Abrigan otros el pensamiento de hacer en Madrid una exposicion anual de pintura.... Se teme que el nuevo ministro de Hacienda aumente el tipo de la contribucion.

Ya se quién era la máscara que tiraba el dinero el lúnes de Carnaval.

Era ese eterno proyectista que no se cansa de plantear todos los dias nuevas ideas y abandonar las que el dia ántes se plantearon.... Este proyectista era el que se habia disfrazado é iba por las calles tirando el dinero del país.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

L. ALMA TADEMA, dibujo por A. Schubert

Aquellos que suponen á los ingleses desprovistos de sentimiento artístico, cual si los rayos del sol de la gloria no pudieran penetrar á través de la atmósfera que impregna el carbon de piedra, padecen un grande error, y ahí está, entre otros, para demostrárselo, el artista cuyo retrato publicamos y de quien nuestros favorecedores conocen ya alguna obra. Pintor, por lo comun, de escenas de costumbres, no carece de aliento para mayores empresas, bien así como el gran autor de *Hamlet* recorrió toda la escala de las formas dramáticas. El arte pictórico dista mucho de haber muerto, ni siquiera decaido, en la patria de Boydell, de Brown y de Stothard.

UN IDILIO EN EL MAR, cuadro por J. Kray

Por más que los cupidillos mitológicos sean ya unos fenómenos pasados de moda y que el amor de los vates bucólicos sea una especie de sentimiento arqueológico, el artista obra perfectamente cuando hace á la humanidad el honor de suponerla, hoy como hace mil años, asequible á unas conmociones deliciosas que fomentan, aunque no se explique, el encanto de la soledad, la majestad de los mares y la poesía del cielo á la hora del crepúsculo.

Esa fruicion íntima, ese bienestar resultante de la proximidad de dos séres cuya simpatía determinan el sitio, la hora y ese acaso, ese impensado que entra por tanto en el problema de la vida; todo eso ha inspirado el cuadro de J. Kray que publicamos. Mezcla de real y de fantástico, idilio un tanto picaresco, tiene el don de trasportar el ánimo á las regiones del ideal, promoviendo cierta sensacion, grata y apacible al par, muy parecida á la que deben experimentar los personajes de la composicion. Estos navegan, al parecer, á través de un mar sin orillas. Dado que la orilla está tan distante, ¿llegarán á puerto sin tener que consignar avería?...

MELANCOLÍA, cuadro por J. Marqués, dibujo del mismo

La naturaleza es para el artista una especie de tesoro inagotable, cuyas puertas se hallan abiertas de par en par para que todos tomen de él cuanto apetezcan, sin temor de agotar las riquezas que contiene. Muchos son los que acuden al cebo, pero ni todos aciertan á elegir piedras preciosas, ni tampoco conocen todos el arte de engarzarlas de tal suerte que resalte su valor y aumente su belleza.

No pertenece á este número el pintor cuyo lienzo reproducimos, para quien la realidad, sin dejar de ser real, se halla impregnada de ese sentimiento, de ese algo que se respira en las obras del buen artista, áun cuando copien las más vulgares escenas de la vida rústica. Tiene, además, este paisaje ambiente y luz, reflejándose en él la plácida calma que ponderaba el poeta bucólico al ponderar las ventajas del campo.

El Sr. Marqués es un artista que siente lo que produce y produce lo que siente: de aquí que sus cuadros sean siempre estimables para cuantos comprendan la poesía del arte y el arte infiltrado de poesía.

EN LA IGLESIA, cuadro por A. Spring

La fe, la fe que pone en los labios una oracion é infunde la esperanza en el ánimo atribulado, es patrimonio de viejos y niños, segun resulta de nuestro cuadro de Spring. Viejos y niños, con efecto, forman el grupo que el pintor ha colocado en ese rincon de una iglesia que tambien debe ser arrinconada; cual si quisiera decirnos que la juventud presente es poco amiga de frecuentar el templo del Señor.

Algo puede haber de eso, ciertamente; pero si, prescindiendo de la significacion del cuadro, nos limitamos á la parte plástica del mismo, es indudable que en ese rincon de iglesia se respira un ambiente del todo místico, se goza de una tranquilidad beatífica, que nunca proporcionará el mundo que pudiéramos llamar mundanal, mundo cuyo pasado se quiere olvidar como si nos diese vergüenza y cuyo porvenir procuramos no adivinar, como si nos diese pena.

La oracion de los fieles de nuestro cuadro sube al trono de Dios entre la espiral del incienso, ahogada por la voz del órgano santo. El artista ha copiado del natural y copiado con fervor: él es artista, puesto que cree y ora en sus personajes.

MARÍA HEILBRONN, de la Opera cómica francesa

El estreno de *Manon*, última obra musical del ya célebre Massenet, ha permitido apreciar al público parisiense todo el mérito de una cantatriz que hasta aquí se habia dado á conocer en papeles relativamente modestos. Considerábasela, sí, como música distinguida, pero el envidiable éxito que ha obtenido creando la protagonista de dicha ópera, ha hecho que hoy se la tenga ya por cantatriz eminente. María Heilbronn reune á una voz fresca, pura, bien timbrada, una pronunciacion clara, armoniosa, sin esos acentos insólitos y raros tan comunes á las cantatrices parisienses. En *Manon* se ha revelado además como actriz inspirada, arrebatando al público con su expresion dramática, con su exquisita naturalidad y su conocimiento escénico, y consolidando los cimientos de una reputacion que en breve será europea.

¡ABRE! cuadro por H. J. Zügel

Esta sencilla composicion es una verdadera joya de dibujo y de grabado. Un rebaño harto exíguo llega á la humilde alquería: la pobre niña que lo ha conducido á pastar es tan inocente como las ovejas de que cuida. Estas la quieren porque las cuida con esmero, y la pastorcita ama á los pacíficos animales porque tal vez son los únicos séres que la acarician.

El asunto de la composicion, si asunto merece llamarse, ha sido tratado infinidad de veces; pocas, empero, con la artística y simpática verdad de que ha dado pruebas el autor de este cuadro.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

APOTEÓSIS DE GUSTAVO DORÉ, cuadro por Motty

El gran dibujante francés que murió prematuramente hace poco más de un año, era tan inteligente maestro como buen amigo. Era imposible, pues, que el aniversario de su muerte pasara desapercibido; la deuda de la patria la ha satisfecho principalmente M. Motty, discípulo y admirador de Doré.

La apoteósis dedicada á la memoria del artista está bien concebida y su ejecucion recuerda la manera de hacer de aquel á quien honra. Todos los protagonistas reproducidos por Doré desde JESUCRISTO hasta *Atala* y desde el *Judío errante* hasta *D. Quijote*, juntamente con todos los autores

cuyas obras ilustró el fecundo dibujante, de Milton á La fontaine, de Ariosto á Perrault, se dan cita cabe la tumba de quien empleó su talento en dar forma á las más grandes figuras de la historia y á los más populares tipos de la fábula. Genios inmortales deponen palmas y coronas en la losa que tiene grabado su nombre; una comun expresion de dolor se trasparenta en el semblante de todos y hasta parece traslucirse á través de las metálicas celadas de varios caballeros de la Edad media que, con sus lanzas sin hierro, en señal de duelo, custodian el sepulcro del inmortal intérprete de la *Biblia* y la *Divina Comedia*.

Los editores de la ILUSTRACION ARTÍSTICA, que en este momento están popularizando en España y América las obras de tan insigne dibujante, se complacen en reproducir ese bello tributo dedicado á su gloriosa memoria.

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORENO GODINO

I

Desde las barricadas á las cuerdas

En el célebre año de 1848, Sebastian Acebo (a) el Toro, jóven de veinticuatro años de edad y natural de Padron, en Galicia, ejercia en Madrid el oficio de conductor á domicilio de cerveza de la fábrica de Santa Bárbara. Apodábanle el Toro, por sus grandes fuerzas y aspecto hercúleo, mas no por su *acometividad*, pues Sebastian, ó Bastian, como generalmente le llamaban, era bueno como el pan é incapaz de meterse con nadie. No era una masa informe de músculos y de carne, sino una máquina sólida y admirablemente equilibrada, con brazos vigorosos y piernas de acero. Fuera de esto, su fisonomía plácida y sus ojos casi dulces, predisponian en su favor. En resúmen, tenia cabeza de niño, cuello de toro y un monte de cabellos encrespados como la melena de un leon negro.

Además de conductor de carros de cerveza, Sebastian era guarda-almacen de un depósito que la susodicha fábrica de Santa Bárbara habia establecido en la calle de las Velas para surtir á las innumerables tiendas y tabernas del barrio, y tenia allí su domicilio. Sin familia ni afecciones en Madrid, el honrado gallego, que era naturalmente expansivo, contrajo estrecha amistad con otro jóven, poco más ó ménos de su misma edad; el cual, por ser uno de los personajes más importantes de esta verídica narracion, párrafo aparte merece.

Llamábase Gil Gomez, *el Ardilla*: era manchego, y dependiente de una pastelería con honores de despacho de vino, que estaba situada en la calle de Toledo, en el espacio que media entre la plaza de la Cebada y la fuentecilla, y á la cual, por pertenecer á un individuo de este nombre, llamábanla Pastelería de Santiago.

Sebastian y Gil, ó séase el toro y la ardilla, trabaron cordialísima amistad, sin duda por la ley de los contrastes. Gil era ágil, inteligente, feo, aunque de fealdad agradable; sobre todo, sus ojos ofrecian tal impresion de viveza, que iluminaban toda su figura. En su primera juventud habia sido volatinero de la legua y poseia habilidades propias del oficio, como las de ventrílocuo y dislocado.

La pastelería de Santiago era una segunda casa para Sebastian, que no podia pasarse sin ver á Gil dos ó tres veces al dia y dos ó tres horas por la noche, ántes de acostarse.

Los dos jóvenes se querian de veras, quizá porque entre ambos se completaban; eran el Niso y Eurialo de la calle de Toledo.

En aquella época la política fermentaba.

Las ideas revolucionarias estaban de moda, la proclamacion de la república en Francia soliviantaba á los patriotas españoles y nadie pensaba más que en conspirar y echarse á la calle, como vulgarmente se dice. Sabido es que la de Toledo es siempre masa dispuesta; y hábilmente explotada, fué el foco de donde salió el pronunciamiento, revolucion, motin ó llámese como se quiera contra la dictadura del general Narvaez.

Gil era algo caliente de ideas: Sebastian no estaba en ninguna temperatura, pero arrastrado por su amistoso cariño, se batió al lado de aquel en la intentona que por fin estalló y que obtuvo un éxito desastroso.

Ambos amigos formaron parte de *las cuerdas* destinadas á ultramar y desembarcaron en el puerto de Manila, entre otros víctimas de la libertad.

Apénas llegados tuvieron la suerte ó la desgracia de encontrarse con el Sr. Martin.

Este habia tenido una prendería en Madrid, en la calle de las Maldonadas. Despues de haber planteado varias industrias que no prosperaron, obtuvo un modesto empleo para Filipinas, y hacia cinco ó seis años que ejercia el cargo de gobernadorcillo del departamento de Zangoanga. Se ocupaba además en la corta de cañas y maderas de unos plantíos que habia tomado en arrendamiento, y aprovechando sus conocimientos en carpintería y muebles, tenia un taller de estos, en el que empleaba bastantes operarios.

Cuando desembarcaron los deportados, se hallaba en la ciudad. Como vecino que habia sido del barrio de la Latina, conocia á Gil y á Sebastian, y sabiendo lo forzudo, resistente y laborioso que era éste, le ofreció trabajo en condiciones bastante ventajosas, aunque bajo la base de un compromiso escrito que debia durar tres años. Todos los desterrados eran libres, aunque sometidos á la vigilancia de la autoridad; pero no tenia recursos la mayor parte de ellos, y como nuestro héroe gallego se encontraba en este caso, aceptó á condicion de que su amigo Gil fuese tambien contratado.

El gobernadorcillo accedió á este deseo, por consideracion hácia Sebastian, que le convenia; y héte aquí á los dos amigos instalados en el taller de Zangoanga, y casi frente á frente de los moros piratas y desalmados de Joló.

Sebastian fué destinado á la corta, Gil á los trabajos del taller.

Al Sr. Martin, dueño de la explotacion del plantío y gobernadorcillo por añadidura, se le conocia con el apodo de *Chafarote*, porque siempre llevaba un gran sable pendiente de la cintura. No era enteramente malo, pero creia, quizá con razon, que para ejercer cualquiera clase de mando, se necesita cierta energía y dureza de carácter; así es que trataba á sus gobernados y trabajadores un poco á la baqueta.

Afortunadamente estos tenian una especie de providencia en Petrita, la sobrina del Sr. Martin, jóven de diez y seis años, rubia, esbelta, agraciada aunque vulgar, de compasivos sentimientos y de genio alegre.

El trabajo en los dominios de *Chafarote* era rudo, pero no insoportable. Se comia bien por cuenta del amo, se ganaban regulares jornales y además habia el atractivo del peligro, pues los moros fronterizos atravesaban alguna que otra vez el *Rio de los Sapos* y caian en algarada sobre el territorio español limítrofe, dando que hacer á trabajadores y soldados.

Nuestros dos amigos se resignaron pronto á su nuevo género de vida, con tanto más motivo por cuanto tuvieron una compensacion y una distraccion.

Cuando Petrita viólos por vez primera, experimentó una impresion de duda y luégo de sincera alegría. Aunque ambos estaban algo cambiados, la jóven no tardó en reconocerlos.

—¿Son Vds. el Toro y el Ardilla? exclamó palmoteando. —¡Caramba, cuánto me alegro de volver á verlos! Y como advirtiese un movimiento de sorpresa en ellos, prosiguió: ¿Qué, no se acuerdan Vds. de mí?

—¿Petrita?—dijo Gil.

—La misma que viste y calza.

—¿Petrita? -repitió Sebastian.—¡Cómo! ¿Eres tú, digo, es usted?

Los tres jóvenes se entregaron á una efusion tal que hizo asomar lágrimas á sus ojos, y el lector convendrá en que no era exagerada, cuando le ponga en antecedentes. Siete años ántes Petrita, que entónces tenia próximamente diez, vivia con su tio en Madrid, en la prendería de la calle de las Maldonadas, y como era algo golosa, frecuentaba la pastelería de Santiago, en la calle de Toledo. Allí conoció á los dos camaradas y allí pasaba con ellos todos los más ratos que podia, haciéndoles jugar con ella y entretenerla.

Sebastian la levantaba en sus brazos hercúleos, haciéndola *ver á Dios*, como dicen los chicos, ó paseándola sobre sus robustos hombros. Gil la enseñaba cantares, se dislocaba en torno de su cuerpo, ó la admiraba con sus habilidades de ventrílocuo, de suerte que la pequeña no sabia cuál de los dos la divertia más, y llegó á quererlos como toda niña ó mujer quiere á quien la distrae.

Todos estos recuerdos evocados por Petrita y los deportados, los llenaron de enternecimiento, puesto que á ellos se unia el recuerdo de Madrid, de aquel barrio tan alegre, de aquella plaza de la Cebada tan animada.

Petrita se expresaba con viveza y espontaneidad, los dos amigos con emocion y con cierta cortedad, cuyo orígen todavía no adivinaban. Ambos miraban á su linda interlocutora y apénas podian comprender cómo la chiquilla delgaducha y casi raquítica se habia trasformado en tan apetitosa jóven.

Chafarote puso fin á aquellas amistosas expansiones llevándose á su sobrina.

—Mira, muchacha, la dijo, -te prohibo el mucho palique con esos ni con ninguno. Todos los que aquí vienen son los peores de cada casa y cuando les dan el pié se toman la mano: con que ¡mucho ojo!

II

De cómo el amor se entra por el corazon de los deportados

No obstante esta prohibicion, especialmente en los dias de asueto, Petrita buscaba ocasiones de reunirse con sus antiguos amigos, y casi siempre los tres hablaban más del pasado que del presente. Gil demostraba alguna que otra vez sus habilidades y amenizaba la conversacion con chistes y canciones de última moda. En cuanto á Sebastian, era ménos expresivo, pero tambien solia encontrar una palabra oportuna, una de esas frases sinceras que llegan al corazon, revelando su carácter bueno y leal; bien así como un rayo de sol que atraviesa una nube.

La jóven les oia con interés y á su vez desahogaba con ellos el disgusto de que estaba poseida en aquella monótona existencia á la que no podia acostumbrarse, así como tampoco al genio rudo y violento de su tio. Hacíales cuantos pequeños favores podia, les procuraba los mejores alimentos, se habia encargado de repasarles la ropa, y en resolucion, era para ellos una especie de hada benéfica.

Una noche, cuando iban á acostarse, Sebastian dijo á su amigo:

—¿Sabes que me parece que estoy enamorado de Petrita?

—¡Bah!—contestó Gil.—¿A tí te parece? pues yo sé que lo estoy.

Los dos jóvenes se miraron en silencio y cada uno se tendió en su catre de lona.

Durmieron poco ó nada. Hicieron una especie de exámen de conciencia, como queriendo persuadirse á sí mismos de que su amor era el único verdadero y digno de ser correspondido.

—No es posible,—pensaba Gil,—que Sebastian la quiera tanto como yo. ¡Qué demonio! Petrita no es un peso de veinte arrobas: ¿qué va á hacer de ella y con ella? y además, ¿qué se puede esperar de un *Toro* más que una cornada? Ella le cogerá miedo.

—Gil es muy feo,—se decia á su vez Sebastian.—¿Cómo es posible agradar á una mujer con una nariz que parece una guindilla? Petrita le mandará á paseo.

Y atormentados por estas cavilaciones, y por los insectos que otras noches despreciaban, ambos se agitaban en su respectiva cama.

Gil fué el primero que, notando la inquietud de su camarada, rompió el silencio.

—¿Qué diablos tienes? -preguntó.—No se puede dormir á tu lado: bufas como lo que eres, como un toro.

—Un toro vale y puede más que una ardilla,—replicó Sebastian con ímpetu.

—¡Ca!

—¿Cómo que ca? Vamos á verlo.

—¡Alza!

(Continuará)

EL TRIUNFO DEL VISIONARIO

Nació pobre y casi no se sabe dónde ni exactamente cuándo; murió pobre, y si se sabe cuándo y dónde, se ignora el paradero de sus restos. De niño, persiguiólo la pobreza; adolescente, los piratas y las olas pusieron muchas veces en riesgo su vida; hombre, ni tuvo patria fija ni fué tenido nada ménos que por loco: la casualidad, y su indomable constancia, le reivindicó; la envidia le hizo morir oscuramente; ¡quién sabe si por intervencion del divino hado, que no viendo en sus contemporáneos talento para comprenderle, les querria humillar negándoles justicia para enaltecerle!

Tal se nos presenta, ó tal fué en su época, á grandes rasgos trazada, la figura de nuestro héroe; pero como la luz de la justicia, si se oscurece, no se apaga, convirtiendo sobre él todos sus rayos, mucho más resplandecientes por reflectar en el pasado olvido, nos lo hace ver hoy tal cual es: como grande entre los grandes. Por eso nosotros quisiéramos conocerla desde sus más primitivos y mínimos detalles; porque quisiéramos saber cómo germinó y se desarrolló en su inteligencia una idea que si alguno podia admitir como posible, sólo él podia creer como cierta; idea cuya concepcion es un atrevimiento inusitado, cuya exposicion ponia á uno en tristísimo apuro, cuya realizacion demandaba tanto esfuerzo, tanta constancia, llevaba en sí tanto peligro.

En general somos poco aficionados á pensar sériamente y nos ocurre que cuando se nos dice una cosa que todos la creen ó cuyos resultados estamos viendo desde la infancia, la creemos sin ninguna dificultad, y áun en estos tiempos de maravillosos y repetidos descubrimientos, nos ocurre más: estamos tan dispuestos á creer cuanto se nos anuncia, que no paramos mientes en las dificultades de cuanto hasta ahora se ha hecho ó en adelante pueda hacerse. Pero retrocedamos al siglo XV; pensemos cuán nulo era el desarrollo de las ciencias de aplicacion; pensemos en que los conocimientos astronómicos y cosmográficos descansaban en el sistema de Ptolomeo que, haciendo á la tierra centro, parte principal y mitad inferior del universo, no podia tener sino pequeñas partes, que entónces parecian inmensas, para la habitabilidad de la raza humana; despues aguas, muchas aguas, pero no aguas tranquilas é inofensivas como las de las orillas de nuestras costas, sino aguas traidoras y absorbentes que se significaban en los mapas despues de las terribles palabras *mare tenebrosum* con figura *ad hoc*, que ya era una mano negra, la de Satanás, que apresaba y hundia al osado que en ellas se presentaba, ya el pájaro rock, de inmensas alas y poderoso pico para alzarse con navíos enteros y destrozarlos. Esto en cuanto á los peligros; en cuanto á las razones, la tierra no podia ser un globo, porque ignorándose el efecto que causa en los cuerpos el centro de gravedad, se seguia que los del hemisferio opuesto tendrian entónces que andar con la cabeza abajo y los piés arriba; á más que los libros sagrados, ó la tradicion fundada en ellos, enseñaba la unidad de la tierra, de la humanidad adámica, de la familia redimida por la divina sangre y que era absurda y manchaba de herejía, segun la incontestable autoridad de Lactancio, San Agustin y Nicolás de Lira, la opinion de que hubiese antípodas.

La ciencia, pues, con su círculo de hierro y las ideas religiosas cohibiendo el ánimo, hacian imposible pensar en un más allá, ó si se pensaba tenia que ser por intuicion, lo cual, si muy bastante para el que la siente y está en condiciones de poder ejecutar, es muy poco para el que ha de disponer á otro, primero á que le crea, segundo á que se arriesgue á ayudarle. Hé aquí por qué el que primero habló de haber más tierras que las del antiguo mundo, halló en el desarrollo de su proyecto tantos obstáculos, porque no podia ménos de hallarlos: idea tan grande sólo podia ser comprendida por tan grandísimo genio: por eso se encarnó en él tal idea, porque sólo él podia salvarla.

***

Segun cálculos, hácia el año 1435 ó 1436 y en Génova ó Savona vino al mundo Cristóbal Colon. Estudió dos años, fué cardador de lana otros dos y contando catorce de edad se hizo á la mar. ¡A la mar, á ese espacio de



UN IDILIO EN EL MAR, cuadro por J. Kray

EXPOSICION PARES



MELANCOLÍA, cuadro por J. Marqués, dibujo del mismo

peligros, pero en cuya inmensidad tanto puede ver y concebir el genio! Navegó por todas las aguas entónces conocidas, tuvo muchas veces en inminente riesgo su vida, particularmente una en que despedazada su embarcacion, luchó tres dias seguidos sobre un mástil contra las embravecidas olas. ¿Por qué le respetaron al fin? ¿Fué porque la muerte no puede con el genio hasta que el genio cumple su destino ó porque tal lance no fué más que una prueba para templar su ánimo, para disponerle á arrostrar serenamente los muchos peligros que en su mision le aguardaban? Decimos esto, porque en la vida de Colon hay mucho de providencial. Así, en 1470, arribó á Lisboa, centro entónces de los conocimientos cosmográficos y en donde pudo apreciar una serie de detalles que, insignificantes para cualquiera, sirvieron de mucho á su preparado espíritu. Su idea se convirtió en creencia y para él no hubo ya duda: la tierra era redonda, y hecha con cálculo y plan, ni podia haber la zona abrasadora de que en último término hablaban los más transigentes, ni podia haber obstáculo alguno para que los vastos espacios complementarios del mundo conocido fuesen habitables y se comunicasen entre sí. En su genio, no cabia ya otra cosa sino buscar el camino, y queriendo engalanar á su patria con tal gloria, á ella se dirigió en 1476; pero con tal desprecio fué oido que ni respuesta obtuvo, encaminándose á Venecia, y si más afortunado aquí se la dan, es para llamarle orgulloso visionario: vuelve á Portugal, y una comision encargada de oirle, rechaza sus ideas como delirio de un loco.

Colon ejerce, sin embargo, un secreto ascendiente: hace proposiciones que merecen tristes calificativos: el entusiasmo, la conviccion con que las apoya, la majestuosidad con que expone y pide, deben significar algo. Por eso la junta que cree expuesta su seriedad si aprueba; que se ve halagada, si, aceptando, acierta, busca un modo, sin reparar el medio, de alcanzar todas las ventajas, sin correr inconvenientes. Y con efecto, invita á Colon á presentar un plan detallado y demostrativo del proyecto, so pretexto de estudiarlo, pero con intencion de hacerlo ejecutar por cuenta propia y en secreto. ¡Infame estratagema que una tempestad del mar y el poco genio del piloto elegido desbarataron en pocos dias! Irritado Colon, salió inmediatamente de Portugal, fines de 1484, volvió á su patria, quiso otra vez entenderse con ella y ella le dió.... otra desdeñosa repulsa.



EN LA IGLESIA, cuadro por A. Spring

Pero como si supiese que algo tenia que cumplir, Colon ante nada ceja. Valerosísimo campeon de la ciencia, á quien puede darle auxilio le dice lo que piensa; si no se lo da, le desprecia y sigue adelante y siempre adelante. ¿Que nadie le hace caso? No importa; él es más que todos porque representa *algo*, al paso que los demás sólo representan la *negacion:* él vencerá pues. Vencerá, sí, porque nunca falta á la razon un fray Juan Perez de Marchena que la defienda. La dificultad es dar con él y Colon dió apénas puso su pié en la noble España, que, teatro entónces del mundo, por su heroísmo, lo atrajo; que madre solicitada, por su proteccion, lo hizo su hijo; porque si Colon, hombre, es por azar genovés; Colon, genio, por adopcion es español; porque si en Génova recibió el sér, por España recibió la gloria. Vino pues á España con todos sus cariños, reconcentrados en su jóven hijo Diego, y con todas sus esperanzas, reconcentradas en sus proyectos; mas dirigiéndose, ántes de dar éstos á conocer, á Huelva, con objeto de dejar el hijo en casa de un pariente, se acercó al convento de Santa María de la Rábida á pedir por el amor de Dios un poco de pan para el necesitado niño. De aquel convento era prior el padre dicho, quien viendo el porte distinguido, áun en su indigencia, de Colon, le invitó á descansar. Colon aceptó y habló y, como dice un escritor contemporáneo, el padre Marchena «escuchó, comprendió y creyó.» Desde este instante, febrero de 1486, el padre Marchena fué la verdadera providencia del proyecto. Valido de su ascendiente sobre Isabel la Católica, de la cual habia sido confesor y ante la cual gozaba gran reputacion de hombre sabio y de virtud, todo lo empleó en favor de Colon. Por cierto que todo lo necesitó, más una constancia de seis años para vencer los muchos entorpecimientos que opusieron algunos cortesanos y la empresa de la reconquista que tanto embargaba á los reyes. Isabel, que tambien presentia, se puso al lado de los ménos, nombró una comision para formalizar el contrato de convenio y resultó un nuevo entorpecimiento porque Colon pedia lo que la comision, poco afecta, rechazó por insolente jactancia, y era: el título para sí y sus sucesores, de grande almirante, el vireinato de las islas y continentes que iba á descubrir, el derecho de proponer gobernadores y el décimo del total de beneficios; mas los amigos que ya habia predispuesto el padre Marchena y los creyentes que ya habia hecho Colon, entre los cuales se distinguieron el cardenal Mendoza, Alonso de Quintanilla, y sobre todos por su energía en apoyar y generoso ofrecer, Luis de Santángel, obraron tal efecto en el corazon de Isabel, que á todo accedió: hasta, si era necesario, vender sus joyas. ¡Qué podia coronar mejor el gran proyecto que esta ilustre trinidad de Colon, Marchena é Isabel, ó sea del genio que concibe, el genio que comprende y ampara y el genio que ampara é impulsa!

Firmáronse pues las escrituras el 17 de abril de 1492, y aunque debia emprenderse el viaje inmediatamente, las resistencias que opusieron los vecinos de Palos de Moguer, que por una obligacion que tenian con la corona, eran los que debian prestar los bajeles, entorpecieron la salida hasta el 3 de agosto, en cuyo amanecer zarpó de dicho puerto la expedicion con tres carabelas, la *Santa María*, en la que iba Colon, y la *Pinta* y la *Niña* comandadas por Martin Alonso Pinzon y Vicente Yañez Pinzon.

Mucho trabajó Colon hasta verse embarcado, muchísimo trabajó despues hasta llegar al descubrimiento que buscaba; por fin lo halló á la madrugada del 12 de octubre en la isla Guanahaní, que desde entónces se llama de San Salvador. Siguió explorando el archipiélago de las Lucayas, al que pertenece la citada, continuó al de las Antillas, en el que exploró Cuba y Haiti, y habiéndosele extraviado Alonso Pinzon con la *Pinta* é ido á pique la *Santa María*, el 4 de enero de 1493 se dió á la vela para España. Poco diremos del regreso por lo mismo que tiene mucho que decir: fecundísimo en adversos trances, puede formar interesante cuadro en la epopeya de que es tan digna la vida de Colon, y si se concluyó fué sin duda porque todo se concluye en este mundo: por eso arribó á Palos el 15 de marzo de 1493.

⁂

Colon venció, pero no descansó; llegó al fin de la obra, pero no al fin del trabajo: en la idea era un profeta, pero en la vida era un soldado perpetuamente batallando; cuando no los hombres, el elemento, cuando no el ridículo, la ingratitud; ¡todo era contra él! Obtenidos los honores que por de pronto no pudo ménos de merecer su triunfo, volvió á la desgracia, con la desgracia bajó al sepulcro y en el sepulcro le acompañó mucho tiempo. Por grande y por agraviado le debemos mucho. Honrémosle, pues: honrémosle, sí, que honrándole, nos honramos, y aprovechando el aniversario de su triunfo, de este glorioso dia en que Colon presentó un mundo nuevo al mundo antiguo, evoquemos su espíritu para decirle: hombre eminente, no te apenen las injusticias de tus contemporáneos; no te apene si te despreciaron vivo hasta hacerte arrastrar vida miserable, ni si te olvidaron muerto, hasta dejar perder tus restos. ¡Tus restos, que hoy que la justicia impera, se buscan como una reliquia, tu vida que nos inspira tantas bendiciones!

MARIANO PRESTAMERO

LA BUENAVENTURA

(Conclusion)

¡No habia que apurarse por eso! él se casaria con la comadre y adoptaria al chico. Así como así, de padre á padrino sólo hay unas letras de más ó de ménos.

Estas ideas entraron en el pensamiento lúgubre de Jorge y asociadas con los sucesos de aquella mañana en la Vírgen de la Paloma, parecian completarse unas con otras dentro de su ebrio cerebro. Bien podian estos últimos ser un aviso y aquellas una revelacion. El compadre no dejaba el estribillo.

—Te repito que no hay motivo para estar triste. Come y bebe hasta reventar. Yo en tu caso me moriria contento.

A Jorge le temblaba la mano y, al beber, el vaso castañeteaba con sus dientes. ¿Qué habia hecho él para mere-

cer la muerte? ¿A quién habia faltado? ¿A quién ofendido?

—No te preocupe lo que vendrá despues, repetia Miguel; aquí quedo yo dispuesto á todo; te lloraremos, te enterraremos, y ántes de cumplir el luto nos casaremos; ¿no es verdad, comadre?

Esto no le consolaba á Jorge, porque lo que él sentiria en tal caso seria separarse de su mujer y su hijo, no volverlos á ver nunca. No, esto no podia suceder; la Vírgen de la Paloma no le desampararia hasta ese extremo. Jorge tenia fe en ella, y le daba el corazon que habia de venir en su auxilio como siempre.

—Vino, venga vino, gritó Miguel arrojándose sobre la bota. ¡Diablo, si está vacía! ¡la han sacado las tripas!... ¡Nada!... ¡que si quieres!... ¡ni gota! Oye tú, Jorge; trae más vino; ¿oyes? que traigas más vino. ¿Se convida de esta suerte á los amigos? Quiero vino, vino; más vino.

Y se puso á gritar como un loco.

Jorge se levantó y volvió á caer todo lo largo que era.

—¡Borracho! le gritó el compadre que ni podia moverse.

Jorge se levantó y cayó varias veces, hasta que por fin, tambaleándose y dando tropezones cogió la bota y se encaminó hácia la taberna.

—No, no quiero morirme, iba diciendo en voz alta; no quiero dejar á mi mujer; no quiero separarme de mi hijo. Vírgen de la Paloma, no me desampares.

—Oye, salao; ¿quieres que te diga la buenaventura?

Jorge abrió sus ojos todo lo grandes que eran y, poseido de un miedo infantil y supersticioso, se detuvo. Las gitanas le causaban un terror profundo.

Dame una limosnica para mis churumbelicos que están jambrios y esmayaitos, y te adivinaré un secretillo que tienes en el corazon.

En medio de su borrachera, quizá influido por ella misma, el ebanista, que no dudaba ni un punto de las facultades adivinatorias de las gitanas, sintió una corazonada y una curiosidad invencibles. Lo que tanto anhelaba saber podia conseguirlo con sólo extender la mano. Sin embargo, no se atrevia.



MARÍA HEILBRONN, de la Opera cómica francesa

—Vamos, salao, ¿te digo la buenaventura? La Vírgen de la Paloma es quien me envia.

Indudablemente la gitana habia oido las últimas palabras de Jorge. Este, al escuchar el nombre de la santa patrona, extendió el brazo y abrió la mano sobre cuya palma saltaron unas cuantas monedas de cobre que para comprar el vino llevaba.

—Toma; para tí todo, dijo á la mujer, la que recogien do los cuartos, hizo sobre la ancha mano de Jorge la señal de la cruz diciendo con cierta solemnidad grave:

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, amén;—y dijo esta última palabra estampando un ruidoso beso en la limosna que, entre el pulgar y el índice, tenia.

—Esta rayica que cruza á lo largo de la mano y se pierde entre los dedos dice que tu vida ha de ser larga y dichosa; y esta otra que cruza la primera te avisa que vivas prevenido, pues tienes un amigo que, envidioso de tu fortuna, trata de engañarte y robarte lo que más estimas en el mundo. No te confies de él; aunque es para tí cariñoso, te las guarda y jura en el fondo de su alma y te desea la muerte con todo su corazon. Quiere perderte, codicia tu mujer y tu hacienda, y no perdona medio de conseguir sus intenciones; pero la Vírgen de la Paloma me ha mandado para advertírtelo, que ella te ayudará si tú te ayudas, como así lo espero, porque eres valiente y á pesar de tus buenos sentimientos darás su merecido á quien te falte. Y adios, hijo mio, que al buen entendedor con pocas palabras basta y ya hemos hablado de sobra.

Jorge quedó aterrado, permaneciendo por algun tiempo inmóvil y mudo, paralizado el pensamiento, abotagado y absorto como si fuera un estúpido.

La borrachera entorpecia su inteligencia, y, cuando ésta comenzó á funcionar influida por aquella, tomaba las ideas por hechos indudables, los delirios por realidades, las casualidades por avisos providenciales y las palabras por sucesos consumados. Vivia en la imaginacion y á través de ella contemplaba el mundo y las cosas.

Para Jorge era evidente todo aquello que la supersticion le sugeria. ¡Se aunaban y engranaban tan bien unas cosas con otras que, las palabras de la gitana, fueron como el enigma y la explicacion del misterio! La bola de nieve fué creciendo en su febril cabeza. La embriaguez la dió proporciones colosales y llegó al fin ántes de haber tocado el principio.

Sí; su compadre Miguel era un malvado, queria robarle su mujer y su hijo y no se detendria en los medios hasta conseguir apoderarse de ellos. Sus palabras revelaban bien claramente sus intenciones; pero afortunadamente habia sido prevenido y ¡por Cristo! que se las habia de pagar todas juntas.

La cólera y la ira se apoderaron del corazon de Jorge y, vomitando improperios y maldiciones, tiró la bota del vino contra el suelo, echó á andar tambaleándose y dando tropiezos, al propio tiempo que la noche iba borrando el paisaje con sus primeras sombras.

Antes de llegar al sitio donde su mujer y el compadre le esperaban se encontró con su hijo, el cual al distinguirle corrió á él y se abrazó á sus piernas, de tal suerte que á poco da con su padre en tierra.

—Quita de en medio, dijo soltando un terno, y dando al muchacho un golpe con la rodilla. ¿Qué diablos quieres?

—Madre está llorando, exclamó Juan. Viendo que V. tardaba tanto ha ido á buscarle y ha vuelto diciendo que no le encontraba. El señor Miguel se reia porque, á lo que dijo, ya sabia él que tenia al fin que suceder todo esto. Yo he salido corriendo, he preguntado por V. á todo el mundo y nadie le conocia. Unos guardias me han querido coger, pero yo me he escapado. Venga V., padre. Venga V. pronto para que madre no llore.

Esta relacion, dicha deshilvanadamente, exasperó á Jorge, hasta hacerle estallar de rabia y de furor; cuando llegó cerca del corro oyó al compadre que gritaba:

—No se apúre V., mujer, no se apure V. por tan poca cosa. ¿No la dije yo á V. que habia de morirse? Pero, ¡qué importa! ¿Soy yo costal de paja? Apechugue V. conmigo..... Verá V. qué felices somos. ¡Ea! para que se vaya V. acostumbrando, démosnos un abrazo.

Miguel se dirigió á María y, que quieras que no, la estrechó entre sus membrudos brazos, al propio tiempo que Jorge, cogiendo un cuchillo, se lanzó sobre su amigo.

Nadie recuerda cómo fué; las cabezas estaban mal seguras, la memoria borrosa, y además, habia entrado ya bastante la noche; pero lo cierto de ello es que Jorge, en vez de dar contra su amigo, hundió el cuchillo por tres veces en el pecho de su pobre mujer, la cual espiró en el acto.

. . . .

. . . .

Al llegar á este punto, Jorge, que me referia en una de las habitaciones del presidio de Alcalá la historia de sus desgracias, rompió en sollozos.

—¿Qué es de su hijo de V.? —le pregunté maquinalmente.

—Sigue el mismo oficio que yo tuve.

—¿Y Miguel?

—Viene alguna vez que otra á verme; me proporciona recursos y cuida y atiende á mi hijo allá en Madrid.

—¿Cuánto tiempo le resta á V. todavía de prision?

—Dos años: si ántes no hay indulto.

—¿Y despues?

—Trabajaré y viviré honradamente.

—¿Cree V. en la buenaventura?

—¡Ah! señor; he creido en ella; pero ya no volveré á ser tan imbécil. ¿Cómo he de creer en esas cosas si á ellas debo mi mala suerte?

Me despedí de Jorge, y al trasponer la puerta del presidio me dije para mí mismo:

—¡Es muy posible que las preocupaciones engendren en la vida más crímenes que la corrupcion y las malas pasiones!

VICENTE COLORADO

LA CIENCIA ANTIGUA

Nada brota por repentino impulso ni en la ciencia, ni en la sociedad humana, ni áun en el mundo físico. Todo tiene su historia, sus precedentes, sus prolegómenos por decirlo así.

A la salida del sol precede el crepúsculo matutino en que grado á grado las sombras de la noche se van fundiendo en la claridad del nuevo dia. El crepúsculo vespertino sigue á su vez á la puesta del sol, y las tinieblas nocturnas llegan lentamente por el ancho espacio.

Y de este mismo modo toda transformacion social por brusca que al parecer sea tiene su crepúsculo; y todo progreso científico viene creciendo de lo antiguo por insensibles incrementos.

Toda nuestra ciencia de hoy, toda esa prodigiosa industria, que ha cambiado la manera de ser de las modernas sociedades, son árboles espléndidos que hunden sus invisibles raíces en las negras profundidades de los siglos que pasaron.

La mecánica es tan antigua como la historia, ó por mejor decir mucho más antigua que la memoria escrita ó que la memoria tradicional de los pueblos y de las razas. Y la termodinámica, ciencia modernísima, se remonta si no como ciencia como gérmen, á los griegos y á los egipcios, como vamos á ver con un ejemplo escogido entre mil.

Pero en el orígen de las sociedades, al ménos de las que nos son conocidas, la ciencia no es libre.

El sacerdote la crea ó la recoge, y cuidadosamente la guarda entre las sombras del misterioso templo ó en el sombrío cráneo del iniciado, templo humano más impenetrable que el de piedra y bronce. Es más: no sólo la casta sacerdotal crea la ciencia y la cultiva y la conserva, sino que *la explota* en beneficio del culto y quizá tambien de sus ministros.

Imaginemos que hoy una raza sacerdotal fuese única poseedora de todas las grandes leyes de la ciencia, de todos los secretos de la industria, de todas las fuerzas naturales que el genio libre del hombre ha creado: dueña del vapor, del telégrafo, de la luz eléctrica, del teléfono, del fonógrafo: templos las estaciones de caminos de hierro, templos las estaciones telegráficas, templos las fábricas de gas y las de manufacturas, y cosa profana el resto: profana en suma toda la masa social; masa inocente y asombradiza que veria correr abrasadas locomotoras con espantosa velo-

cidad; que oiria la voz del amigo, del hermano ó de la mujer adorada á muchas leguas de distancia; que sentiria el rayo al mandato del exorcista; y que se prosternaria aterrada ante prodigiosas potencias de todo punto incomprensibles. Espanta pensar la influencia de una clase que con tales condiciones de poder se viese.

Pues esta, aunque en escala mucho más reducida, era la situacion del sacerdocio egipcio y áun del sacerdocio helénico ante el público ignorante y creyente.

Hemos dicho que vamos á tomar un ejemplo en la ciencia antigua, y el lector que quiera estudiar otros muchos, puede acudir al interesante libro de M. Albert Rochas titulado «*Les origines de la science;*» cuyo autor los toma á su vez en gran parte de las *Pneumáticas* de Heron.

Se trata de fingir el siguiente prodigio y de resolver el siguiente problema.



¡ABRE! cuadro por H. J. Zügel

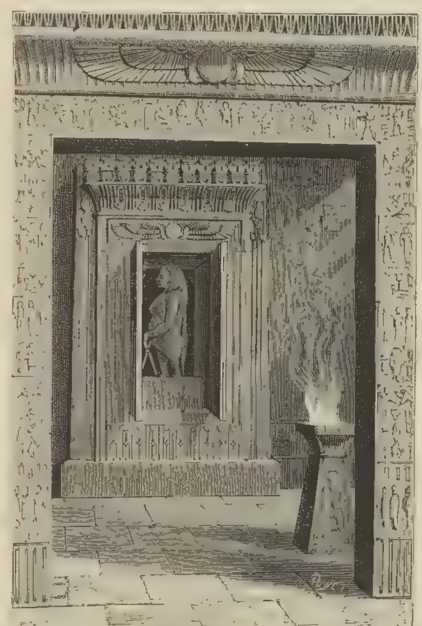
Un santuario.

En él un *ara maravillosa*, especie de pilastra en cuya superficie superior ha de encenderse *el fuego sagrado* para las ceremonias del culto.

Enfrente una capilla ó nicho con la divinidad en su centro y con sus puertas ordinariamente cerradas.

Estos son los datos, y el prodigio consiste, en que *espontáneamente*, sin que mano oculta intervenga, sin que nadie pueda salir del santuario ni éste tenga comunicacion con lo exterior, al punto que el fuego arda en el hogar, las puertas de la capilla por sí mismas giren y se abran y muestren la figura venerada del Dios. Y que despues al apagarse, se cierren; y que cuantas veces se repita una ú otra operacion, á intervalos arbitrarios, sin que pueda suponerse que hay aviso ú órden, coincidan automáticamente ambos hechos.

¿Se enciende el fuego del ara? se abren por sí mismas las puertas.



Santuario cuyas puertas se abren cuando se enciende fuego en el ara.

¿Se apaga? por sí mismas se cierran.

Tal es el problema mecánico: hé aquí la solucion segun el autor citado la describe.

Todo lo que sigue está en una pequeña cámara bajo el piso del santuario.

El altar (ó el ara) es hueco, quizá de una sustancia metálica y completamente cerrado: claro es que estará ocupado por una masa de aire.

De dicho hueco parte un tubo, que termina en una esfera tambien cerrada y casi llena de agua.

Del fondo de esta capacidad sale la rama mayor de un sifon cuya rama menor desemboca en una especie de marmita ó cubo.

La marmita está suspendida á una cuerda que pasa por una polea, bifurcándose despues en otras dos cuerdas que dan vueltas alrededor de *dos ejes*, los cuales son precisamente los ejes de las dos puertas del nicho ó capilla de la divinidad, prolongados hasta la cámara subterránea.

Por último alrededor de cada eje hay arrollada otra cuerda y ambas se reunen en una sola, que pasando por una polea termina en un contrapeso.

Este contrapeso estirando las cuerdas mantiene cerradas las dos hojas del camarin ó capilla.

Veamos ahora cómo funciona el mecanismo que precede.

Enciéndese fuego en el ara: el calor dilata el aire de su interior: la fuerza elástica de éste empuja al agua del depósito esférico, la obliga á subir por el sifon y la vierte en la marmita.

Cargada esta última con el líquido, que á ella ha pasado, tira con nueva fuerza de las dos cuerdas, vence la resistencia del contrapeso, hace girar los ejes de las puertas y sus hojas se abren apareciendo la imágen á las asombradas miradas del oficiante, quizá del mismo Rey.

Hasta aquí la primera parte del prodigio.

Pasemos á la segunda.

El fuego se apaga: el aire se enfria y deja de oprimir al agua del depósito esférico: la presion atmosférica domina sobre el agua de la marmita y la empuja por la rama corta del sifon que es la que en ella penetra, dejándola en seco como estaba el principio.

De este modo vuelve el líquido, por el juego natural del sifon, al depósito esférico, y la marmita pierde su peso supletorio. Incapaz de esta manera de sostener el contrapeso, este la vence, tira de sus cuerdas, hace girar los ejes y las puertas del camarin se cierran espontáneamente; tan espontáneamente como se abrieron.

La segunda parte del milagro queda cumplida: se apagó el fuego, se cerraron las puertas.

Es verdaderamente admirable en su sencillez el mecanismo que acabamos de describir, y si en vez de ser patrimonio de unos *pocos escogidos*, si en vez de ocultarse en las sombras de un templo, se hubiera mostrado á la inteligencia de miles y miles de séres, quién sabe hasta dónde lo habria fecundado el aire puro de la libertad y la luz espléndida de los cielos.

Quizá hubiera adelantado algunos siglos la civilizacion moderna: ¿quién sabe?

En una pequeña cripta, en las tinieblas de un templo, monopolizado por unos pocos, fué semilla estéril, sirviendo cuando más para asombrar á unos pobres creyentes y para estimular el culto de algun Dios monstruoso ó ridículo de las orillas del Nilo.

¡Y sin embargo cuántos gérmenes de vida industrial y de vida científica hay en esta superchería sacerdotal!

La teoría del calor como fuerza motriz está allí.

Allí en gérmen la moderna máquina de aire caliente.

Y bajo el piso del santuario se ahogaban, si así puede decirse, grandes y fecundas leyes de la física.

Porque, en efecto, ¿á qué se reduce todo el artificio? A utilizar la fuerza elástica del aire dilatado por el calor. En último análisis el fuego *dilata el aire de un recinto cerrado, y este aire levanta un contrapeso.* No más.

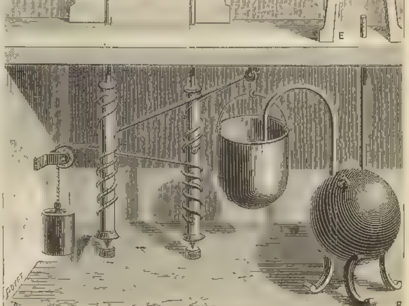
Pues esta es, como decimos, la modernísima *máquina de aire caliente*, posterior á la máquina de vapor.

Esta es la aplicacion del calórico como fuerza motriz.

Esta es la termodinámica de nuestros dias.

Potencia motriz: la energía del calórico. Hogar: la superficie del ara Cuerpo elástico intermedio: el aire. Embolo móvil: una columna de agua. Fuerza resistente: un contrapeso. Trabajo útil: abrir las puertas de un camarin sagrado. Efecto moral: asombrar cándidos y alentar supersticiones. Efecto económico: reunir ofrendas.

Atropellad esfinges: pasad pilones: cruzad patios y columnatas: romped las puertas del misterioso santuario: arrancad el ara impura de un apis ó de un osiris: sacadla al sol: tendedla sobre dos carriles, y se convertirá el fuego sagrado en hogar; y la caja del ara en cuerpo de locomotora; y en vapor el agua del depósito esférico; y el fingido prodigio y la indigna superchería se convertirán tambien



Mecanismo situado bajo el piso del santuario para que se abran las puertas al encender el fuego del ara

en verdadero prodigio de la industria y en admirable verdad de la ciencia.

Porque es lo cierto que el mecanismo de que nos ocupamos, áun en sus últimos pormenores, supone un gran adelanto relativo de la mecánica, de la física en general y de la hidráulica en particular.

Llama la atencion ante todo el juego del sifon, que permite al mecanismo funcionar espontáneamente en sentido inverso para cerrar las puertas del camarin.

En efecto, el sifon tiene su rama mayor en la capacidad esférica y su rama menor en la marmita. De este modo cuando el fuego se extingue y el aire se enfria, el sifon actúa en su sentido propio y saca toda el agua de aquella volviéndola al primer depósito.

Eran pues conocidas de los egipcios, al ménos empíricamente:

1.° La accion del fuego como fuerza motriz: grande ó pequeña, poco importa.
2.° La dilatacion del aire por el calórico.
3.° La ley fundamental del sifon.
4.° La ley mecánica de las poleas.

Todo combinado con la más extrema sencillez y con el más sutil ingenio.

Otros muchos artificios y mecanismos pudiéramos citar, casi todos inventados con fines religiosos poco *correctos*; pero no por el uso que de ellos se hacia son ménos dignos de estudio.

La ciencia es en verdad muy antigua y la ciencia egipcia supone un inmenso período de civilizacion; que en verdad no se levantan pirámides, ni se construyen templos prodigiosos, ni se perforan montañas enteras al despertar del sueño del salvajismo.

JOSÉ ECHEGARAY

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 17 DE MARZO DE 1884 — NÚM. 116

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UN BUEN AMIGO

NUESTROS GRABADOS

UN BUEN AMIGO

Mucho habria que decir del título de este cuadro. Mas, al fin y al cabo, no se trata de la significacion de la cosa, sino del mérito de una composicion pictórica. Además, á la vista de ese tipo candoroso, al considerar cuán graciosamente cobija la niña en su seno virginal al felino que considera ser su buen amigo, lo único que se nos ocurre es temer por esa niña inocente, que no conoce las mañas gatunas.

EN EL PIANO

La juventud y la belleza, la belleza y la poesía, la poesía y la música, son ideas que se enlazan perfectamente. Una composicion cualquiera que las comprenda en un grupo artístico, ha de producir forzosamente una impresion favorable; y esto ocurre á la simple vista de nuestro grabado. Una niña espiritual, quizás demasiado espiritual, ejecuta en el piano una de esas obras, llenas de suavísima armonía, que durante mucho tiempo hemos desdeñado y que posteriormente se ha convenido en calificar de magistrales. Al lado de la ejecutante dormita un jóven, dormita que no duerme; es decir, experimenta una de esas sensaciones que embargan el espíritu y le trasportan á regiones que no son las regiones de este mundo.

Quizás el lienzo aparece algo frio; si su autor no es inglés, debiera serlo, segun el juicio que generalmente se tiene formado de los hijos de Albion; por más que en el arte pictórico sus artistas sienten, conciben y ejecutan como el más ardiente poeta del Mediodía.

SHEREZADA, cuadro por Fernando Keller

Pocas obras han tenido en este siglo la popularidad que obtuvo la de Gallaud, titulada las *Mil y una noches*. El autor ha supuesto en ella la existencia de un sultan que elevaba sucesivamente á su tálamo á cuantas mujeres tenian el singular capricho de dar su vida á trueque de ser reinas un solo dia. A pesar de tan triste experiencia, Sherezada arrostra el peligro y en la noche de su fastuosa boda comienza á relatar á su imperial esposo una serie de cuentos maravillosos, cuyo interés se prolonga mil y una noches y se prolongara, ciertamente, mucho más, á no ser porque el sultan, maravillado del talento de Sherezada, revoca la órden de muerte cumplida en todas las precedentes sultanas.

El cuadro de Keller representa á Sherezada en el calor de su relato. La sultana no es una cuentista vulgar; sus relatos son el fruto de una portentosa imaginacion oriental, y en su invento debe haber algo del genio que inspiraba á los antiguos bardos los cantos patrióticos que tan grande influencia ejercian en el ánimo de los antiguos pueblos. El pintor, con buen acuerdo, ha hecho de Sherezada un verdadero poeta en el calor de su improvisacion, y de su esposo el tipo de la dureza contenida por la curiosidad. De suerte que si un paisano nuestro ha expresado, en un hermoso grupo escultórico, la idea de la belleza dominando la fuerza; Keller, sin necesidad de apelar á los irracionales, ha dado forma á la idea de la dureza subyugada por la poesía.

FLORES PARA LA FIESTA MAYOR, cuadro por Virgilio Ripari

El pintor italiano que ha expuesto últimamente este cuadro en la exposicion milanesa del palacio Brera, ha sobresalido en el país clásico del arte por la verdad y energía, por el desenfado y la acentuacion, con que da cuenta de los sentimientos y de las pasiones que agitan el pecho de los jóvenes Con una gracia no descocada como la de algunos dibujantes franceses, con un fuego comunicativo pero que no sonroja á los curiosos, pinta las escenas propias de la vida á los veinte años, fijando su catalejo observador en todas las clases de la sociedad.

En el cuadro que hoy reproducimos ha presentado un hermoso grupo, mezcla original de realismo é idealismo, que únicamente pueden apreciar en todo su valor los conocedores del tipo italiano. Ripari titula su cuadro: *Fiori per la Sagra*. La sagra es la fiesta mayor del pueblo, y con efecto, una aldeana es la hermosa doncella del cuadro; pero una aldeana despojada de toda su rudeza, bien así como su galanteador tiene todo el aspecto físico de un pisaverde de salon. Tipos, uno y otro, esencialmente italianos y difíciles de apreciar por quien no está familiarizado con ellos, es indudable á pesar de todo, que la impresion que causa este cuadro confirma el gran concepto en que los artistas tienen á su autor.

¡YA LLEGA PAPÁ! cuadro por F. Sadée

Los pobres pescadores se han hecho á la mar para ganar trabajosamente su subsistencia y la de sus familias: al trasponer el sol el horizonte, la de uno de ellos acude á la playa para aguardar el regreso de su jefe, siendo uno de sus pequeños hijos el primero que divisa en lontananza la lancha, con esa mirada de águila propia de los acostumbrados á excudriñar los lejanos horizontes marinos; y al reconocer la barca paterna, lanza alegre la exclamacion que sirve de título al lienzo. El autor de este, distinguido pintor holandés, se ha dado á conocer ventajosamente por sus marinas, y por la propiedad con que reproduce en sus cuadros la flora y fauna del Océano.

LA MUERTE DE VIRGINIA, cuadro por Miola

El cuadro de este título, que ha figurado dignamente en la última Exposicion de Bellas Artes de Roma, es una composicion vigorosa y llena de expresion y movimiento. A la puerta de un carnicero romano yace el cuerpo inanimado de Virginia, cubierto de sangre. Su padre, con el arma homicida en la mano, se dirige airado contra los decemviros, sentados en el Foro y visibles en lontananza. Al rededor del parricida se agolpa una compacta muchedumbre de hombres, mujeres y niños, que en su actitud demuestran el horror de que están poseidos. Una mujer anciana, con el cabello suelto y la mano en la cabeza, que probablemente será la nodriza de la doncella víctima del puñal paterno, mira con tanto horror como cólera al enérgico Virginio. Todos los detalles de esta sangrienta y trascendental escena, así los trajes, como los objetos, son perfectamente adecuados á la época, y el lienzo en su conjunto da una perfecta idea del aspecto de la antigua Roma.

EL AMOR Y EL HADO, grupo escultórico por Gustavo Doré

Nuestro grabado es copia de un grupo escultórico, obra del famoso Doré, exhibido en el Salon de Paris de 1877. El Hado, representado en forma de una anciana de majestuoso aspecto, cuyas facciones son fiel trasunto de las de la madre del artista, está sentado sobre una roca, teniendo al Amor apoyado entre sus rodillas. Con su mano derecha sostiene las tijeras, símbolo de la implacable Atropos, y con la izquierda el hilo del humano destino; á sus piés yacen la rueca y el reloj de arena, teniendo uno de ellos apoyado en la aljaba del Amor, de la cual se escapan las saetas en ella contenidas. Es el fatal momento en que las terribles tijeras van á cerrarse para cortar el hilo de una existencia: el Amor, procurando retener este hilo con una mano é impedir el movimiento de las tijeras con la otra, levanta su hermoso y apenado rostro, y con mirada suplicante, parece implorar al Hado que respete aquella existencia; pero en vano; el destino ha de cumplirse, y el Amor es impotente para aplazar una hora siquiera su irrevocable decreto.

No pretendemos encomiar la elevacion del pensamiento del artista, ni la ejecucion del grupo escultórico en que le ha dado forma; esta obra está ya suficientemente juzgada por la crítica que ha emitido sobre ella su más envidiable fallo.

EL ESCAPARATE FANTASMA

I

La historia que voy á contaros me ha sido referida por ella misma, la última vez que la ví, cuando partia para San Baudilio en union de dos de sus compañeras de infortunio.

Adelina se hallaba una noche en la vía pública delante del escaparate del joyero Giuseppe Lenon, con su pañolillo lleno de prendas atacadas al brazo, haciendo una de esas estaciones tan gratas á la mujer, y sobre todo á la mujer bonita.

La joyería de Giuseppe Lenon era la mejor joyería de la corte, y su escaparate, grande, muy grande, como el orgullo y la ambicion de los usuales parroquianos del establecimiento.

Tras su magnífico cristal, claro y limpio hasta el punto de no percibirse sino al contacto de la mano; sobre sus paños de terciopelo, claveteados de plata; bajo sus grandes reverberos cubiertos de colosales pantallas, lanzaban chispas de luz; relámpagos irisados, microscópicas centellas, una multitud de caprichosos objetos de oro y piedras preciosas; un verdadero mar de solitarios y sartas de perlas; una miriada de alhajas colocadas en preciosos estuches de aromáticas pieles, cuyas tapas entreabiertas como fauces de caiman tapizadas de paño de seda, parecian demandar con fiereza las miradas de los transeuntes.

Contemplaba Adelina todas estas preciosidades y dejaba vagar su imaginacion por lontananzas color de rosa, reflexionando cuán bien sentarian en sus orejas aquellos pendientes figurando alados insectos, en sus muñecas aquellas sierpecillas de oro, y en su cuello mórbido y redondo, tales calabrotes y cuales medallones plagados de rubíes; cuando se le acercó un desconocido cuyo largo leviton y ancho sombrero ocultaban uno de esos bustos de sátiro que con tanta frecuencia aparecen en los cuadros de Rubens. Su boca, gruesa y recogida hácia las orejas, dejaba asomar unos dientes mutilados y desiguales, como las almenas ruinosas de una fortificacion romana; sus pupilas, verdes como las del gato, estaban fijas en escleróticas sanguinolentas; su nariz, chata y encorvada, ensanchábase de vez en cuando, como la de un corcel de batalla ántes del combate.

Adelina, al ver tan cerca de sí aquella figura, digna del pincel de Hoghart ó del lápiz de Ortego, quiso huir prontamente; pero el desconocido pareció comprender el mal efecto que habia producido su presencia y no dió lugar á que la jóven acentuase su movimiento de repulsion, ántes bien, entrando en el establecimiento y tomando su puesto de observador al otro lado del escaparate, puso entre Adelina y él un regular espacio; colocados así el uno frente al otro, *vis à vis* como dicen los franceses, sólo los separaba un muro de cristal y de diamantes.

Nuestra heroína hubiese abandonado su observatorio de buen grado por no soportar la mirada inquisidora del hombre-sátiro; pero ¡eran tan bonitas las joyas que aún no habia examinado! ¡Tenia tantas cosas que decir á un brazalete de piedras color de cielo, que estaba, como quien dice, saliéndose del estuche!

Olvidada del curioso impertinente que seguia sirviendo de término á aquel paisaje de pedrería, Adelina volvió á engolfarse en sus imaginaciones.

Recordó haber leido en cierto libro que le prestara una vecina suya, más entrada en malicias que en años, que las piedras preciosas tenian la rara virtud de alcanzarlo todo. Con un collar de granates, podia atravesarse el océano sin correr peligro de muerte; con un topacio amarillo, en el que hubiese grabado un halcon, no hábia que temer asechanzas de los calaveras ni de los viejos verdes: con un aderezo de sardónicas ó un hermoso berilo montado en oro se gozaria, por siempre, de buena salud, sometiendo de paso al blando yugo algun opulento Nabab, ó guapo mancebo, valeroso y príncipe por añadidura.

Como consecuencia de estas gratas reflexiones, cruzaron por su imaginacion los lujosos trenes que solian acompañar á las joyas que estaban escalonadas ante sus ojos, de los que aquellas brillantes piedras eran tan sólo corona y complemento, acabando por soñar, despierta y de pié, en carretelas, corceles, lacayos, alcázares perfumados y cubiertos de alfombras, cámaras nupciales con blandos lechos, y gabinetes forrados de raso azul alumbrado por opacas lámparas de porcelana.

Los transeuntes, entre tanto, pasaban y pasaban: la calle, llena de activa muchedumbre, era como viviente mar en cuya orilla permanecia Adelina sirviendo de escollo. Las risas, los murmullos, los animados diálogos de los que iban y venian por aquel lado, apénas lograban sacarla de sus abstracciones; sólo cuando un pollo atrevido la echaba una flor, cuando algun zafio montañés la daba un codazo, cuando, en fin, alguna jóven de vida airada se colocaba junto á ella con expresion procaz, limpiándose los labios pintados de bermellon con el dorso de su mano pecadora, como para decirle que aquellos ricos diamantes no se habian montado para ella; Adelina salia de su encantamiento y dejaba de contemplar momentáneamente las diademas y los solitarios.

Tambien en estos intervalos, se hallaba de nuevo con el sátiro del largo leviton que la contemplaba tenazmente desde el fondo del escaparate y que, con el dedo índice, señalaba cada una de las joyas que más solicitaban la atencion de Adelina. Al cabo sólo quedaron en la retina de la jóven dos imágenes; la una, espléndida, radiante de luz: las joyas del escaparate; la otra, sombría, oscura como el pecado: el señor del ancho sombrero que claramente expresaba su deseo de regalar alguna de aquellas ricas preseas á la aturdida mozuela.

II

Frecuentemente os habrá sorprendido, mirando con pertinacia varios objetos á la vez, un fenómeno óptico, en el cual tiene la imaginacion no pequeña parte: antójasenos que se acercan ó se retiran, se agrandan ó se empequeñecen, toman nuevo volúmen ó van perdiendo sus siluetas poco á poco. Es ese estado de vacilacion, en que el pensamiento no se adecua al objeto mirado, en que el mundo exterior puede huir bajo nuestras plantas; es ese estado patológico que nos sorprende en las alturas y al borde de los abismos, y que se conoce con el expresivo modismo de *irse la cabeza*.

El vértigo se inicia siempre de este modo.

Adelina debió de sentir algo parecido, si no es ya que algun espíritu jugueton tocóle con sus invisibles alas de mariposa; cuando ella se deleitaba en contemplar un grupo de piedras azules rodeadas de triángulos de diamante, el escaparate de Giuseppe Lenon comenzó á moverse lenta pero sensiblemente, y dando media vuelta á la derecha y rompiendo al parecer las firmes abrazaderas de hierro que le sujetaban al quicio de la gran puerta, echó á andar por la acera, como si tuviera piernas invisibles y permiso especial del diablo para marchar sin obstáculos por todas partes.

Adelina vió que el escaparate se separaba de ella como se separa la costa del náufrago y el rayo de sol del pobre encarcelado á quien no da bastante juego la cadena. La huida lenta, suave, silenciosa de todo aquel mundo de cristal y pedrería; de aquella arca misteriosa de preciosidades y riquezas, determinó en ella un fenómeno de afinidad y atraccion al cual no pudo sustraerse: á medida que el escaparate huia, ella avanzaba tambien, como si formara parte del mueble; su mano trémula, apoyada ligeramente en el cristal, se extendia tocándolo con las yemas de los dedos y con las puntas de sus uñas rosadas; aquellas uñas, brillantes como el ágata, crujian al rozarlo de ese modo particular que crispa los nervios.

Fantasmagoría extraordinaria: Adelina adelantaba paso á paso tras el escaparate que se contoneaba por la acera sin que se cerrara un solo estuche, sin que se apagara una sola luz, sin que se moviera una sola piedra; y el sátiro del leviton seguia sirviendo de fondo á la perspectiva andante, aunque, ahora, vuelto de espaldas á la jóven y al escaparate, abriendo la marcha; mostrando á través de los cristales su nuca de toro y sus espaldas cargadas como las

de Sísifo. El demonio ó la fantasía habian tomado cartas en el asunto.

El escaparate no encontraba valla ni tropiezo en su marcha triunfante y progresiva. Su gran masa trasparente salvaba cuantos grupos hallaba al paso; ni se rompia un vidrio ni crujia una sola de sus lujosas ensambladuras; los transeuntes se filtraban por él entrando y saliendo como Pedro por su casa, y más bien parecia hecho de corpúsculos de niebla ó de ligerísimos rayos de luna, que de cristal aleman y alerce aromático. A verlo algun académico de la de Ciencias, como lo veia Adelina, no se hubiera puesto más sobre el tapete la debatida cuestion de la impenetrabilidad de la materia.

El afan de Adelina crecia á medida que las joyas se querian apartar de ella; su pupila inmóvil parecia querer guardar la imágen de un aderezo de turquesas, de preciosa factura, con la fidelidad de un objetivo fotográfico; hubiera seguido al escaparate fantasma hasta el fin de la tierra; por eso avanzaba paso á paso, anhelosa, en silencio, mirando con desconfianza á los transeuntes que borraban momentáneamente la perspectiva radiosa pasando á través de toda ella como las salamandras por el fuego; tropezando en fin con los que se le ponian delante y mirándolos de hito en hito, con esa atonía del que no puede explicarse lo que le rodea.

El escaparate fantasma corrió toda la calle, que se hallaba llena de gente, dobló la esquina, desembocando en una plazuela ya ménos concurrida y tomando el rumbo de una callejuela oscura y solitaria, adquirió por contraste más deslumbradora brillantez. Ya en aquel reino de las tinieblas era un faro luminoso flotando en un mar de sombras; un trozo de cielo abierto en un horizonte lleno de nubarrones; un gigantesco depósito de fuegos fatuos caminando entre tumbas; que no otra cosa que nichos parecian las desvencijadas puertas y estrechas ventanas de la callejuela por la cual caminaban en silencio, Adelina, el sátiro del leviton y el escaparate del joyero Giuseppe.

El callejon se estrechaba al final como un embudo, forma, como todos saben, de los nueve círculos del Dante; si Adelina hubiese separado sus ojos, un momento, del escaparate, temblara sin duda de espanto: las estrechas callejas de los albaicines y zacatines, el histórico Compás de Sevilla, las peligrosas redes próximas al Azoquejo de Valencia y al Potro de Córdoba, no podrian compararse con aquella serie de mezquinas casucas con las ventanas junto al cielo y las tortuosas escaleras hasta el portal; con aquellos nidos de palomas torcaces, por cuyas innumerables hendiduras se escapaban arrullos y gorjeos, inexplicables rumores y ráfagas amarillentas.

El escaparate se detuvo ante una de estas habitaciones, acaso la de más agradable aspecto; parecia haber llegado al término de su lenta y silenciosa ruta.

Adelina se detuvo tambien. La sombra del sátiro desapareció en aquel momento del fondo del cristal, y apagándose, poco despues, instantáneamente los reverberos del prodigioso mueble, quedó la jóven sumida en oscuridad profunda, como si le hubieran puesto ambas manos sobre los ojos.

Tras brevísimo intervalo volvió á hacerse la luz en torno de Adelina y entónces ocurrió algo más extraño todavía. El escaparate, rico en esplendores, mostróse de nuevo ante la niña sirviendo de cancel al arco de ingreso de la raquítica escalera; mas, en vez de reverberos, iluminábalo la palmatoria que apretaba entre sus descarnados dedos una vieja macilenta y gibosa, colocada ante el mueble en el mismo sitio que ántes ocupara el sátiro y quebrando su fantástica sombra en los primeros tramos de aquella subida peligrosa.

Así colocada, la vieja estantigua dejaba resbalar las ráfagas de su vela de sebo sobre las radiantes piedras, con diabólico arte, iluminando á la vez los desconchados peldaños; el tugurio envuelto en tales luces y sombras, parecia más adecuado para contener las calderas de Pero Botero que para guardar hermosuras de veinte abriles y muestrarios de joyas.

Recuerdo haber visto, en compañía de Adelina, una copia de Rembrandt que despertó en ella el recuerdo de la Celestina de la palmatoria. La figura á que me refiero estaba, como casi todos los estudios de este genial pintor, medio oculta en la sombra, llevando en la siniestra mano una bujía y con la derecha puesta á guisa de pantalla; conservo su fotografía y aún me pone los cabellos de punta.

El aspecto de aquella harpía hubiera decidido á Adelina á volver la espalda y huir del tugurio á que el escaparate la habia conducido; pero el aderezo de turquesas brillaba dulcemente como si quisiera mandar á los ojos de la jóven los rayos centuplicados de una miriada de estrellas, y como la vieja subia poco á poco los escalones, y el escaparate iba tras ella, Adelina subió tambien hasta que el fantástico mueble se detuvo en una cámara primorosamente tapizada, con cortinajes y divanes de raso azul flordelisado y preciosos espejos de penacho, inclinados graciosamente, que reproducian la luz de cuatro candelabros de brillante metal.

Como palidecen las estrellas á la proximidad del sol, los reverberos del escaparate fantasma se debilitaron al hallarse ante aquellas luces, y como si las bujías fueran talismanes mágicos que absorbieran al mueble andante en sus llamas, este quedó convertido en una primorosa mesa de tocador sobre cuya tapa de mármol apareció el aderezo de turquesas que algun hada propicia habia escamoteado, para ofrecérselo á Adelina con aquel perfumado gabinete.

III

Contóme Adelina, que, sintiéndose fatigada, se reclinó en uno de aquellos divanes, rellenos de pluma, y se quedó dormida profundamente.

Y soñó que se desposaba con un príncipe poderoso y gentil, el cual le ofrecia como regalo de boda el aderezo de turquesas y brillantes; que sus damas y sus pajes la precedian hasta el umbral de su cámara nupcial; que el príncipe la recibia en sus brazos, y que un coro de cantores y tocadores de laud, entonaba al otro lado de la cámara el más suave de los epitalamios.

Vió distintamente las colas de las cortesanas, las dalmáticas de los servidores, las cítaras de los músicos: sintió el rezo del sacerdote, el murmullo de las felicitaciones, las risitas maliciosas de las damas de alto rango; derramó dulces lágrimas al separarse de su pobre madre y se estremeció de terror al escuchar el chirrido del cerrojo dorado que la dejaba por vez primera en brazos ajenos.

. . . .

Cuando pasó el sueño apuntaba el alba.

Adelina abrió los ojos rodeados de círculos color de violeta.

La habitacion en que se hallaba no era la suya. Ni se veia su modesta mesita de labor en cuya canastilla dormia un gatito jugueton y travieso que solia despertarla todas las mañanas, ni el cuadro de la Vírgen rodeado de rosas de cuyo clavo pendia el rosario de coral regalo de su primer novio. En vez de las modestas sillas de pino, que le eran tan familiares, rodeábanla sillones de anchos brazos cuyos espaldares ostentaban pajarracos bordados de vivos colores, su velon de azófar se habia sustituido por una elegante lamparilla, y en el mismo lugar en que se abria su ventana adornada de tiestos de albahaca, veíase un gran balcon cerrado por discretas persianas verdes.

Lo último que miró fué su lecho: no era aquel lecho modesto y limpio de soltera, estrecho como un nido y blanco como la espuma; antes al contrario, sus grandes almohadas conservaban la señal de otra cabeza, sus ropas frias y revueltas se deslizaban hasta el suelo pesadamente, como inmensos sudarios: aquellos doseles, aquellas colgaduras y aquellas randas gravitaban como plomo sobre sus sienes.

Adelina se levantó de un salto acurrucándose avergonzada en un ángulo del gabinete: un armario de palo santo cubierto de inmensa luna, reflejó su rostro enrojecido con la fidelidad más irritante.

Trémula, calenturienta, sobreexcitada, tomó su vestido de percal y su pañuelo de seda que se hallaban colocados en una elegante duquesita y golpeó la puerta que estaba cerrada con dos vueltas de llave.

Miéntras la abria una mano experta é invisible, la pobre jóven recordó que habia olvidado su costura: al tomarla lanzó un grito y ocultó su rostro entre las manos. Bajo las prendas acabadas ocultábase el aderezo de turquesas.

Adelina bajó á saltos la escalera y salió á la calle. Alboreaba, y esos primeros rumores de la ciudad que van creciendo poco á poco, de los que forman principal parte la campana y la esquila, el pregon y el chirrido del cerrojo vecino, zumbaban en sus oídos como interminable carcajada.

Sin darse cuenta de ello encontróse en el mismo punto en que se detuviera la noche anterior: delante del escaparate del joyero Giuseppe.

El escaparate estaba cerrado herméticamente como los demás que le rodeaban; pero en sus tablas largas y estrechas como las de un ataud, se leia en letras amarillas sobre fondo negro lo siguiente:

GIUSEPPE LENON,

DIAMANTISTA.

SE ENGARZAN HONRAS Y SE LABRAN PIEDRAS.

O por lo ménos, esto es lo que sigue leyendo Adelina en las paredes del manicomio de San Baudilio.

BENITO MAS Y PRAT

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuacion)

Levantáronse encolerizados; disputaban por vez primera, y como no tuviesen fósforos, se buscaron en la oscuridad. Un puño de hierro asió el brazo de Gil, el cual clavó sus uñas en el cuello de Sebastian.

La camorra era inminente.

—Estamos locos,—dijo este último soltando el brazo de su compañero.—Déjame. Vamos á dormir.

Volvieron á echarse en las camas.

—Oye, Bastian,—dijo Gil despues de un momento de silencio,—te pido perdon de mi tontería.

—Yo he tenido la culpa; me he enfadado sin motivo.

—No hablemos del particular, ó mejor dicho, sí, hablemos. Entre nosotros debe haber franqueza, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Tú quieres á Petrita?

—¡Oh! sí.

—Yo tambien: hé aquí el problema; tratemos de resolverle. Antes de conocerla, ya éramos amigos. Nunca hemos reñido; que esto no sea un motivo.

—Tienes razon.

—Puesto que los dos la queremos, que ella escoja, y á quien ella se dé que San Pedro le bendiga.

—Dices bien.

—Se lo diremos mañana.

—Convenido. Si no quiere á ninguno de los dos, nos consolaremos mutuamente. Si elige á uno, al otro al ménos le quedará un amigo.

—Es verdad. Te prometo someterme á su fallo.

—Yo tambien. Un apreton de manos y á dormir, si podemos.

III

Dos declaraciones á quemarropa.

El dia siguiente era festivo y ambos compañeros buscaron ocasion de encontrarse con Petrita.

La jóven notó en ellos una preocupacion extraña.

—¿Les habrá reñido mi tio?—pensó.

Apénas la vieron, Gil dijo á su compañero:

—¿Vas á ser tú?

—Yo no, no podria.

—Pues yo sí, ya verás;—y aproximándose á la muchacha, repuso con acento resuelto aunque conmovido: —Petrita, Sebastian y yo tenemos que decir á V. una cosa.

—¿Y qué es?

—Que él y yo la queremos á V.

—¡Vaya una noticia!

—No, es que la queremos... vamos... la queremos á V... es un decir... como los hombres quieren á las mujeres.....

La jóven comprendió y soltó una carcajada, pero viendo el aspecto consternado de ambos pretendientes, reprimió su hilaridad.

—¿Ha comprendido V.? —insistió Gil, que era el más osado.

—Creo que sí, pero ¿cómo ha sido eso?

—¡Vaya V. á saberlo! Anoche reñimos Gil y yo y por poco nos matamos y hemos decidido...

Sebastian no pudo más; su cortedad nativa le ató la lengua.

—Hemos decidido que V. elija entre los dos. ¿A quién prefiere V.?

—A ninguno—contestó Petrita.

Sebastian crispó los labios; Gil se puso lívido en tanto que su nariz tomaba tintes aún más purpúreos.

—Tranquilícense Vds.—repuso la jóven.—No prefiero á ninguno, porque estimo igualmente á los dos. Por ahora seamos amigos; con el tiempo Dios dirá.

—Pero....

—Nada, nada, no es ocasion de pensar en eso.

—¿Pero V. no se ha incomodado con nosotros?—preguntó tímidamente Sebastian.

—¿Soy alguna tonta ó desagradecida?

—¿Y seguirá viéndonos?

—¿Y queriéndonos?

—¡Claro! ¡No faltaba más! Cada uno de Vds. vale mucho para mí, y juntos.... ¡digo!.... pero me voy.... esa pobre india Ivona que vive junto al rio se ha puesto peor; quiero verla y volver ántes que sea de noche.

IV

¿En dónde está?

Dos dias despues reinaba gran consternacion en toda la factoría.

Petrita habia desaparecido.

Hasta la tarde del segundo dia no hubo verdadera inquietud, porque se supuso que la jóven se habia quedado asistiendo á la india enferma; pero cuando se supo que no habia estado en la cabaña de ésta, todos comenzaron á preocuparse sériamente.

Tan pronto como Sebastian y Gil supieron la novedad, fueron á ver á *Chafarote*, que les recibió con cajas destempladas, diciéndoles:

—Más valia que la buscarais en vez de venir á incomodarme con necias preguntas.

Era la hora de recogerse. Los dos amigos se retiraron á su tugurio y una vez allí celebraron consejo.

—¿Has oido lo que ha dicho ese bárbaro?—preguntó Sebastian.

—Sí.

—¿No te parece que, no por él, sino por nosotros, debemos buscar á Petrita?

—¡Buscarla! ¿Cómo?

—Como se buscan las cosas perdidas.

—¿Y en dónde?

—Como Petrita no parece ni muerta ni viva en el término español, es preciso suponer lo que dicen todos.

—¿Que ha sido robada por los moros fronterizos?

—Claro, no hay otra explicacion posible.

—¿Y opinas que debemos ir?....

—Naturalmente.

—Habria que pedir permiso. Segun contrato no podemos alejarnos más que cien varas de la factoría.

—No nos lo concederá Chafarote.

—¿Lo supones así?

—Tengo la seguridad; hace tiempo que he *calado* á ese melon.

—Pues nos pasamos sin él.

—¡Cómo! ¿Te atreverias?....

—Estoy resuelto á buscar á Petrita aunque los moros me empalen y me desuellen vivo. Sin ella, esta vida es insoportable y vale más acabar de una vez.

—Tienes razon.

—¿Me acompañas?

—Andando. Ahora mismo. Si nos pillan los moros los



EN EL PIANO



SHEREZADA, cuadro por Fernando Keller

divertiré haciendo mis mejores suertes de prestidigitacion y dislocacion y ¿quién sabe? quizá me nombren reyezuelo ó sultan; y si nos comen, ya no tendremos necesidad de comer.

En el resto de la noche ambos camaradas combinaron su plan para la siguiente. Llegada esta, cuando todo el mundo dormia, se prepararon para la expedicion. Pusiéronse á la espalda, á guisa de mochila, un saco lleno de fiambres y frutas secas, metieron en la faja un cuchillo filipino, y se colgaron de la cintura un frasco de aguardiente, envuelto en esparto retorcido. Además, Gil, que era la suma prevision, opinó que no debian llevar sombreros, y sí pañuelos á la cabeza que serian ménos visibles de léjos; y por colmo de refinamiento, sobre el que llevaba puesto, se ató una caja de hoja de lata llena de fósforos, y se la colocó tan alta, para que no se mojara, suponiendo que tenian que atravesar un rio á nado.

Excusado es decir que durante todo aquel dia Petrita no habia parecido.

V

Inconvenientes de los botes de hoja de lata

A las once en punto de la noche, los dos amigos salieron de la factoría saltando una empalizada.

La primera parte de su expedicion era muy sencilla: cruzar un campo de juncales y cañas, llegar al *rio de los Sapos*, que divide la posesion española del territorio de Joló, y atravesar aquel á nado. Una vez allí, explorar el terreno y buscar á Petrita.

Todo este plan era muy vago é incierto; pero es preciso considerar que, jóvenes, enamorados y aburridos de trabajar, no pesaron con mucha madurez los inconvenientes.

Además, quizá sentian el presentimiento, la fe, la intuicion que constituyen los dones del amor verdadero.

Atravesaron los juncales, llegaron á la orilla del rio y se arrojaron á él. Ambos eran buenos nadadores y no temian los calambres, porque en aquel clima y en aquella estacion el agua está casi caliente, pero nadaban con dificultad. El rio es más que cenagoso, viscoso: la linfa parece que está impregnada de gluten; y como hasta llegar al comedio el fondo es muy desigual, los pobres jóvenes experimentaban una gran contrariedad, sobre todo Gil, que era muy nervioso. A veces tenian que hacer pié, y en vez de arena ó pedernal, posaban sus plantas desnudas en una materia escurridiza formada de montones de sapos, cuyo contacto causaba á aquel escalofríos. Necesitaba de toda la energía de su carácter para no prorumpir en exclamaciones de horror. Sebastian, ménos sensible, se resignaba más; sin embargo, tuvo un momento de repugnante consternacion; al sentar el pié en el fondo, se hundió en una especie de hoya hasta la rodilla derecha, y al levantar la pierna, merced á un violento esfuerzo, se encontró rodeado de bestias inmundas, algunas de las cuales trepaban por su espalda.

Era aquello como una ducha de sapos.

Habia pisado sobre un monton inmenso de estos que se entregaban á sus amores, agrupados en innumerables racimos, segun su costumbre.

Sebastian desprendió como pudo de su cuerpo aquel gluten viviente, y los dos amigos continuaron nadando ó andando á intervalos.

Poco ántes de llegar á la mitad del rio, oyóse una detonacion y Gil sintió un ruido y un golpe cerca de la cabeza....

Hé aquí el motivo:

El señor Martin (a) Chafarote tenia costumbre de acostarse tarde. Despues de recogerse sus trabajadores, hacia las cuentas del dia y pensaba en las faenas del siguiente. Aquella noche al terminar su tarea, se asomó á la ventana de su despacho, á tomar el fresco, fumando una trompetilla. Mirando distraidamente hácia el rio, que corria enfrente á una distancia como cerca de un kilómetro, llamó su atencion una cosa particular.

Un objeto reluciente y movible brillaba en la oscuridad de la noche, vagaba, al parecer, sobre el agua y se ocultaba algunos instantes para volver á aparecer.

¿Qué podria ser?

La luna no, porque estaba en su primer cuarto y despedia una luz tenue, áun suponiendo que reflejase sobre el rio.

¿Una barca? ¡Imposible! por aquella parte este no tiene fondo seguido para ser navegable y además la luz no era de linterna ó farol.

¿Un pez raro? Ménos: en el *Rio de los Sapos* no los hay.

¿Intentarian un golpe de mano los moros fronterizos? De ser así, no guardaban las debidas precauciones.

¿Qué podria ser?

El foco brillante, haciendo extrañas oscilaciones y eclipses, seguia avanzando por el rio.

Chafarote estaba sorprendido é inquieto.

Bajó al zaguan, tomó una carabina, despertó á un criado malayo, y seguido de éste, salió de la casa.

-¿Qué será aquello?—le preguntó, haciéndole notar el objeto.

El malayo se encogió de hombros.

Se acercaron al rio, andando por dentro de la posesion que estaba rodeada de una fuerte empalizada. El señor Martin era irreflexivo y estaba acostumbrado al despotismo ultramarino, presumia además de gran tirador, y éralo en efecto; de suerte que sin pararse en pelillos, cuando comprendió que estaba á tiro, aguardó ocasion oportuna, hizo puntería y disparó su arma.

Un instante despues sonó un ruido como el de dos cuerpos duros que se chocan, brilló una llama de luz rojiza, que se extinguió en seguida, y luégo todo volvió á quedar en el silencio y en la oscuridad.

Chafarote cada vez más preocupado, cargó de nuevo la carabina, despertó al portero de la empalizada, que dormia cerca de la puerta, en un chiribitil, se hizo abrir esta y se encaminó á la orilla del rio.

En vano exploró la corriente con la mirada.

Nada se oia ni se veia; bien es verdad que, desgraciadamente, la opaca luz de la luna habíase velado tras un nubarron inmenso.

Pasado un rato volvió á su casa, despertando ántes á algunos guardas y trabajadores, y encargándoles que vigilasen por si los moros intentaban alguna algarada.

VI

Un agujero sin salida

Gil sintió un golpe y vió el reflejo de una llama que brillaba sobre su cabeza. La bala de Chafarote habia atravesado el bote de hoja de lata lleno de fósforos y estos se inflamaron produciendo aquel resplandor.

—Nos persiguen dijo á Sebastian, que nadaba á su lado.

Sí, es preciso apretar.

Apretaron en efecto. La corriente se iba haciendo más honda.

Llegaron á poco más de la mitad del rio, y como no conocian las particularidades de éste, viéronse expuestos á una imprevista contrariedad.

Conforme se avanza hácia la orilla derecha del *rio de los Sapos*, la corriente se hace tan impetuosa y rápida que es imposible resistirla. Nuestros dos camaradas lo intentaron en vano, procurando ganar la ribera; fueron arrastrados con mareadora rapidez.

Era inútil nadar; el agua parecia una catarata horizontal.

Súbito, Gil, que iba delante, desapareció como si le hubiese tragado un agujero, en un sitio en que el agua formaba una franja de espuma. Sebastian ve el eclipse de su amigo, y ántes de que tuviera tiempo de condolerse, siente sus piernas asidas como por una mano que tirase hácia el fondo, y dando vueltas, se hunde á su vez. Luégo es arrastrado por una corriente sonora, luégo parece que se eleva al mismo tiempo que el nivel del agua, y por último se encuentra flotando, suavemente llevado, como en un riachuelo.

Esta calma relativa, devolviéndole su lucidez, hízole pensar en Gil. ¿Dónde estaria? ¿Habria podido resistir á aquel descenso acuático? Sebastian llamó á voces á su amigo, y en medio de aquella oscuridad absoluta, palpó al vacío y por debajo del agua.

En una de estas brazadas, sintió enredados sus dedos en una masa fina y como esponjosa; tiró hácia arriba, se persuadió de que era una cabellera, y por medio del tacto reconoció el cuerpo de Gil.

Suponiendo que estaba muerto ó desmayado, el buen Sebastian encaramó aquel cuerpo sobre su espalda.

Llamó á su camarada, pero este no respondia ni hacia el más leve movimiento.

Entónces, puesto que lo apacible de la corriente lo permitia, creyó que debia nadar diagonalmente con objeto de llegar á una orilla.

Hízolo así á ciegas, porque ¡cosa extraña! en aquellos lugares no habia el más mínimo reflejo de luz.

Parecia que el rio cruzaba por lo interior de un sepulcro.

Conforme el nadador avanzaba trasversalmente, sentia que el fondo disminuia, hasta que su pié tocó en sólido.

Algunos pasos despues el agua le llegaba á la cintura.

Se cargó á Gil á guisa de costal y siguió andando, hasta que por fin sus piés tropezaron en un obstáculo vertical.

Era la ribera. Sebastian subió á ella; ya era tiempo, porque se hallaba muy fatigado. Entónces pudo ocuparse de su amigo, que vivia, si bien estaba privado de sentido.

Dejóle suavemente en el suelo, se sentó á su lado y destapando á tientas el frasco de aguardiente que llevaba, como ya se ha dicho, mojó las sienes de Gil, segun usanza de los indios filipinos en semejantes casos.

A la segunda rociada, volvió este en sí con gran alegría de Sebastian.

—¿En dónde estamos?—preguntó Gil, no bien recobró el sentido por completo.

—Ya lo averiguaremos, si es posible. Por lo pronto, yo necesito comer y dormir, porque estoy desvencijado.

Sacaron á tientas de los morrales unos pedazos de pan y queso que, aunque mojados, les supieron de perlas, propináronse un trago de aguardiente, y momentos despues roncaban como dos benditos.

¿Cuánto durmieron? Ni ellos ni yo hemos podido averiguarlo; en aquel sitio no habia luz, ni horas, ni medida de tiempo.

Cuando se despertaron, opinaron que se encontraban mejor, y entónces pensaron en abrirse camino.

Al tocarse la faja, Gil se encontró dos fósforos que se habian salvado de la catástrofe del bote, pero estaban húmedos.

Fué, pues, preciso explorar las tinieblas.

Gil que era el más razonador, dijo:

—Indudablemente, á este rio le sucede lo mismo que al Guadiana, y nos hallamos debajo de tierra.

—Creo lo mismo.

—Volver por el camino que hemos traido es imposible, volvernos á meter en el agua para seguir la corriente, incómodo y aventurado; luego no nos queda más recurso que andar dando espaldas al rio, á ver adonde salimos.

Hiciéronlo así, mas pronto hubieron de detenerse al tropezar con una especie de muro granítico.

Le palparon á tientas, andando, y pronto sus manos encontraron el vacío.

Siempre palpando, torcieron una esquina que formaba la pared. Sus piés tropezaban con guijarros, el eco de sus pasos y de sus palabras resonaba con fuerza, por lo cual supusieron que caminaban por debajo de una bóveda alta.

Despues de media hora de marcha lenta y precavida, Sebastian dijo:

—He tropezado con una rama. Quizá llegamos al término, y vamos á salir al campo.

Pero no llegaban á ninguna parte. Parecíales que andaban describiendo una curva; más no podian darse cuenta, por causa de las alucinaciones de la oscuridad.

Hallábanse cansados, aburridos y desalentados.

—Gil.

—¿Qué quieres?

—¿No te parece que esto es el cuento de nunca acabar?

Ojalá fuese cuento, pero es historia y lastimosa.

—Me ocurre una idea.

Dí.

—Hemos nacido en España.

-Tú no; eres gallego.

—¡Hola! ¿bromitas?

La ocasion es oportuna.

—Oyeme con seriedad.

—No me verás reir.

—Hemos nacido en España, entre sol y entre moscas: ¿no te parece que es una ignominia que muramos de hambre y de sed y en la oscuridad como dos mochuelos?

—Bien, ¿qué es lo que quieres?

-Que acabemos.

—¿De qué?

De vivir.

—¿Matándonos?

—Naturalmente.

—Pensaré en ello. Por ahora me parece prematuro.

—¿Prematuro?

—Claro.

—¿Tienes alguna idea, alguna esperanza?

La esperanza de ser comido vivo. ¿No oyes?

En efecto, oíase un inmenso vocerío.

VII

Inter umbra

Nuestros dos héroes hallábanse en una caverna, entre granítica y madrepórica, formada en parte por la continua accion de las aguas del rio buscando salida, y quizá labrada tambien por la supersticion de los habitantes del país.

La teogonía de los moros de Joló está basada en una extraña mezcla del mahometismo persa y de los encantos, sortilegios y hechicerías peculiares á los pueblos salvajes. Creen en Omazor, genio del bien; en Arimanes, espíritu del mal, y además en los gnomos, duendes, salamandras y demás creaciones elementales.

Segun costumbre primitiva, buscan para la celebracion de sus ritos y ceremonias, los lugares ocultos, envueltos en la sombra y el misterio, y por lo tanto los sitios subterráneos y casi inaccesibles.

Por una prevision tradicional de derviches, santones y hechiceros, la gruta del rio, á donde habian ido á parar nuestros desgraciados héroes, era poco conocida. Servia de templo y de club religioso y teocrático, y más de una vez habian salido de ella revoluciones y golpes de Estado. Los habitantes de aquellas latitudes tienen la levadura de la China, en donde, como es sabido, hay espíritu de rebeldía contra los poderes constituidos.

La gruta ó caverna, por lo exterior, sólo presenta el aspecto de un monte lleno de pedernales y malezas. En la cima hay una meseta escueta, desde donde se domina una gran llanura sin vegetacion, que á veces sirve para fiestas públicas, ejecuciones y maniobras militares.

Pocos en Joló saben que aquel monte está horadado, y sólo los afiliados á una secta misteriosa, la secta de *Diaoi*, lo cual quiere decir *agua y sombra*, conocen la entrada del antro, oculta bajo una piedra cubierta de tierra y zarzales.

La gruta, pues, en lo interior está formada de roca y pedernal agrietado, y en lo exterior de tierra en donde brota una raquítica vegetacion.

En la parte opuesta á la entrada, hay un sendero hecho de escalones informes para subir á la cumbre de la eminencia.

Aquella noche, poco ántes de llegar Gil y Sebastian á la caverna, grupos formados de cuatro ó cinco personas de ambos sexos, deslizándose furtivamente en la oscuridad, fueron reuniéndose en un sitio del monte, no muy elevado de la falda. Varios de ellos desviaron la piedra que tapaba la entrada, que era un agujero no muy grande, y todos, de uno en uno, penetraron en la caverna.

El último fué un hombre de edad ya madura, pero ágil y vigoroso, envuelto en un traje talar blanco y cubierta la cabeza con una capucha.

Una vez en el subterráneo, la turba anduvo un rato á oscuras y en silencio, y al resonar tres palmadas, que repitieron los ecos, prorumpieron todos en un grito unánime que fué el que oyeron nuestros atribulados personajes.

Casi de repente brillaron un sinnúmero de antorchas que iluminaron las tinieblas.

Gil y Sebastian, deslumbrados, apénas tuvieron tiempo de ocultarse detrás de una roca.

La luz rojiza de las antorchas reflejaba caprichosamente en la bóveda y paredes de aquella fantástica caverna,

llena de cristalizaciones, de ramas que crecian en los intersticios de las rocas y de algas ondulantes, que heridas por la llama, parecian serpientes de acero.

Habia allí espacios de sombra y de claridad, reverberaciones fantásticas. Las lianas que se entrelazaban por todas partes, movidas por la brisa del rio, se asemejaban á escolopendras convulsas.

El suelo presentaba un aspecto ménos fantástico, pero quizá más espléndido que la bóveda y muros; pues estaba formado de guijarros de minerales, desde el mármol hasta el jaspe, salpicados de cuarzos cristalizados que rutilaban como estrellas formando mosaicos de pedrerías, saturadas de óxido de hierro, que hacíanle parecerse á coral petrificado ó á sangre hecha polvo.

VIII

En donde se demuestra que en todas partes existen explotadores y explotados.

Una vez encendidas las antorchas, la turba se detuvo en un espacio grande que habia en el centro de la gruta.

El hombre de la capucha que, segun parece, era el gran *derviche* ó Santon, situóse en medio, pronunciando palabras vagas é inconexas, como algunos predicadores ántes de comenzar su sermon.

La multitud le rodeaba silenciosa. Habia allí muchos hombres de tez negra ó amarilla y algunas mujeres viejas que, como en Europa, pasada la edad de los atractivos, se dedicaban á la devocion ó á las intrigas.

El derviche fué elevando la voz gradualmente hasta prorumpir en la siguiente plegaria ó discurso:

¡Omazor, Omazor, Omazor!

No permitas la iniquidad sobre la tierra.

Los buenos te ayudarán; á los buenos no les importa morir.

Porque van á los bosques perfumados, entre cuyas frondas les esperan las huríes de color de rosa, trasparentes como el agua y eternamente vírgenes y esposas.

Pero ántes hay que librar de tiranos al mundo y vencer á tu enemigo Arimanes; tú nos ayudarás, nosotros te ayudaremos.

Los sultanes y los jefes desprecian tu espíritu, nosotros les pulverizaremos.

¡Omazor, Omazor, Omazor!

El dia de la justicia se aproxima. Nosotros pelearemos; encadena tú al fatal Arimanes.

Al recitar el Santon cada uno de estos párrafos ó versículos, la turba hacia un movimiento de prosternacion. Cuando terminó, todos extendieron la mano como prestando un juramento.

Sebastian y Gil, situados á alguna distancia y ocultándose detrás de la roca, presenciaban atónitos esta extraña ceremonia.

Gil, que era muy listo, dijo en voz baja á su compañero:

Es preciso que tomemos una resolucion.

La que tú quieras.

—Si no nos presentamos á esos animales, no tenemos más porvenir que la muerte inevitable.



FLORES PARA LA FIESTA MAYOR, cuadro de Virgilio Ripari

—Y si nos presentamos creo que tambien.

—Puede que no. Indudablemente estos son devotos que han venido aquí á rezar los maitines ó las Cuarenta horas; ese grandullon tiene todo el aspecto de un sacerdote falsificado.

—Es verdad.

—Estas gentes son crédulas á macha martillo y parecen poseidas de religioso recogimiento. Como los asistentes á la bóveda de San Ginés, en Madrid, temen pero desearian presenciar un milagro, como por ejemplo, el de ver al diablo. ¿Por qué no hemos de proporcionarles este gusto?

—Te veo venir, pero no comprendo. ¡Unos diablos con blusa y pañuelo á la cabeza!..

—Ya te explicaré mi idea. Ven, metámonos aquí detrás.

El derviche, como he dicho, terminó su salmodia y los circunstantes extendieron sus brazos, cuando hé aquí que una voz lejana resonó en aquel recinto, repitiendo tres veces y con distintas inflexiones:

¡Omazor, Omazor, Omazor!

El santon se quedó estupefacto, y la turba inmóvil y sobrecogida. Todos temblaban y nadie se atrevia á romper el silencio.

El derviche se prosternó hasta tocar la tierra con su barba, lo cual contribuyó á aumentar la general consternacion.

Por fin el sacerdote, haciendo un esfuerzo, é incorporándose un poco, exclamó:

—¡Omazor, glorioso espíritu! ¿qué nos quieres?

Un nuevo acento, más cercano y más penetrante, repitió:

—¡Omazor, Omazor!

Luégo, sin dar lugar á que la turba se repusiera de su espanto, miéntras todos, imitando al Santon, se habian prosternado, oyóse otra voz, y despues otra, hasta un número infinito. Todas ellas salian de sitios diferentes, diciendo, gritando, aullando, gimiendo, en diversos diapasones. Oíanse gritos sordos que parecian provenir del fondo de la tierra, otros caian de la bóveda, ó salian de entre las ramas pendientes de los muros graníticos; trepaban, se arrastraban, estallaban en medio de la apiñada muchedumbre, que se separaba asustada.

Los más miedosos se arrimaban á la pared, lanzando miradas extraviadas como buscando la salida.

De repente cesaron los gritos.

El Santon se atrevió á abrir los ojos que tenia cerrados.

Los que pensaban huir se detuvieron.

Algunas mujeres desmayadas comenzaron á volver en sí.

La mayor parte de ellos se atrevieron á mirar tímidamente hácia la parte sombría de donde habia salido la primera voz.

(Continuará)

MONASTERIO

Y PALACIO DE CARRACEDO

En la orilla izquierda del Cúa, pintoresco afluente del Sil, allá en lo más frondoso de los valles del Bierzo, y casi á igual distancia entre Villafranca y Ponferrada, álzanse las ruinas de la vasta construccion, elevada á fin del siglo X por Bermudo II y ampliada y restaurada por el Emperador Alfonso VII y D.ª Sancha en la primera mitad del XII. Por desgracia, en la última centuria fué objeto, la iglesia especialmente, de una de esas reparaciones bárbaras, cuyo secreto no se ha perdido todavía.

Los restos de importancia arqueológica que aún pueden allí verse—suponemos que por poco tiempo—corresponden al segundo de esos períodos, ó más bien, á toda la serie del arte románico y á los primeros pasos del ojival; lo que de las postrimerías de este queda, y ménos de los ulteriores, no vale la pena de estudiarse. Aquellos restos pertenecen, unos, al antiguo convento cisterciense; otros, al palacio. La iglesia y la sala capitular constituyen los primeros; las habitaciones llamadas de D.ª Sancha, los segundos.

La iglesia es hoy una enorme construccion, tan enorme como insignificante, que sólo en su extremo occidental deja ver algunas de las últimas pilas del grandioso templo románico de tres naves, cuyo lugar ha usurpado en mal hora.



¡YA LLEGA PAPÁ! cuadro por F. Sadée

Con tales datos, ¿qué puede citarse de ella? Reuniendo en una sola ojeada el interior y el exterior, tal cual reliquia, todavía de importancia, como son los sepulcros situados en el antiguo atrio del N.; el tímpano con el Cristo y los símbolos de los evangelistas; las estatuas del abad Florencio y de Alfonso VII, probablemente trasladadas, como el tímpano, de otro sitio; la parte inferior de la torre; el hermoso óculo románico sobre la pequeña puerta (ya ojival y muy linda) de Poniente; y, en el interior, los capiteles que han podido resistir la informe obra del siglo XVIII.

La sala capitular tiene grande interés. Es de planta cuadrada—como la Cámara de D.ª Sancha, de la cual hablaré más adelante y que se encuentra sobre ella,—y se halla subdividida por cuatro pilares cilíndricos, formados por haces de ocho columnas, con un capitel corrido. En el fondo, hay restos de un altar; en los muros laterales, sepulcros; y en el lienzo que la limita del claustro, renovado y sin interés, salvo la puerta románica que le da ingreso, una portada, constituida por tres archivoltas románicas tambien, á cada uno de cuyos costados se abre una ventana doble del propio carácter.

Esta elegante construccion ofrece extremada semejanza con otras dos del monasterio portugués de Alcobaça, sobre el cual ya he tenido lugar de llamar la atencion de los aficionados en las columnas de este mismo periódico. Dicho monasterio, cisterciense asimismo, pertenece de lleno, como el de Carracedo, al tipo románico.

Ahora bien, la llamada *Casa dos tumbos*, ó Panteon, de Alcobaça, donde están los ricos sepulcros de D. Pedro I y D.ª Inés de Castro, y la sala capitular del mismo convento, presentan la estructura más análoga posible á la de Carracedo. Sin duda, áun el observador más superficial advertirá desde luégo que el Panteon de Alcobaça ha sido todo él reconstruido y decorado del modo más infeliz posible en el estilo pseudo-medieval de la primera mitad de este siglo; los extravagantes adornos de los capiteles lo prueban del modo más indubitado. Pero la semejanza de su estructura general con la de la Sala Capitular, que se conserva pura, indica al propio tiempo que dicha estructura ha sido respetada en la moderna restauracion. En ambos departamentos existen los pilares en haces de 8 columnas, como en Carracedo; los capiteles corridos; las ménsulas iguales; las bóvedas ya con carácter gótico; en suma, la analogía es tal, que hace pensar en la imitacion de unas por otras, ó en un tipo comun originario. Debe advertirse que el panteon de Alcobaça es rectangular, no cuadrado, como nuestra Sala.

Por una escalera pesada, ruinosa y sin gracia alguna, se sube á las que pasan por habitaciones del Palacio. Entre sus departamentos, algunos de ellos cubiertos ya por bóvedas de cañon apuntado, sólo dos merecen singular mencion en un trabajo tan breve y superficial como el presente: los que llevan los nombres de Antecámara y Cámara de D.ª Sancha. Ambas son admirables.

La primera es un rectángulo de unos 7ᵐ por 5; y en cada uno de sus lados tiene un hueco: la pequeña puerta de entrada, en uno de los mayores; en el de enfrente, otra, casi gótica ya, que da paso á la cámara y que seguramente ha sido encajada despues en el primitivo hueco (que quizá fué ventana); en uno de los costados menores, otra puertecilla que debió conducir á las habitaciones derruidas; y frente á ésta, un hermoso óculo sobre el antiguo jardin. Pero el interés de esta habitacion está en la bóveda. A primera vista, parece gótica, merced á los aristones que la decoran; pero nada más distante de la verdad. Es sólo una especie de cúpula de ocho paños, formada por la interseccion de dos cilindros normales y de otros dos alabeados; ó en otros términos, es una curiosísima é importante bóveda románica dentro del género de las llamadas por arista.

El paso del octógono de lados desiguales, que resulta, á la planta rectangular del suelo se verifica en los cuatro lados menores, que son los de los ángulos, dos veces por medio de trompas, y otras dos por arcos. A los ocho baquetones sencillos, que acusan las juntas, hay que añadir otros ocho, de varios anillos, meramente decorativos, y que dividen en dos cada uno de los paños verdaderos; de ellos, los que podríamos llamar diagonales, figuran descansar sobre las trompas y arcos de los ángulos, y todos arrancan de ménsulas que recortan la imposta, elevada 3ᵐ,20 sobre el suelo, lisa y pintada con hojas de la época de la construccion, probablemente. La bóveda resulta bastante peraltada; pero el arco que representa la funcion del formero, es simplemente de medio punto, y su realce estriba en la adicion de dos elementos verticales. Sin entrar en más pormenores, impropios de este lugar, basta lo dicho para dar idea de una bóveda, que recuerda la de la Torre de la Cámara Santa de Oviedo, ménos complicada que la del palacio berciano.

No ofrece poco interés, aunque en otros respectos, la pieza inmediata, que lleva el nombre de Cámara de doña Sancha. Es un gran cuadro de 11ᵐ por lado, emplazado, como ya se ha dicho, sobre la sala capitular y subdividido, como esta, en nueve tramos por cuatro columnas exentas, románicas, de una sola pieza y completamente análogas á las curiosísimas de la girola de la Catedral de Avila; sólo que mientras estas arrancan sobre un pedestal prismático, á la manera clásica, en las de Carracedo sustituye á ese pedestal un cuerpo cilíndrico de 1ᵐ,30 de alto. Cada una de estas columnas sustentan 4 arcos apuntados, normales entre sí y sobre cuyos tímpanos descansan ocho techos planos de madera pintados y correspondientes á los ocho departamentos en que se divide la Cámara: el 9.° ó central sostiene una cúpula octogonal, tambien de madera, con su cornisa, tableros y clave, igualmente decorados. El carácter de estas pinturas—alguna parte de las cuales han sido quizá restauradas en tiempos más modernos—parece decididamente árabe, á pesar de las bichas, de marcado sabor gótico, que en ellas alternan con hojas y otros motivos.

Aunque este techo, cuya época tal vez no es posterior á la primera mitad del siglo XIII, no sea el único ejemplar de su clase en dicho período, puede reputarse uno de los más importantes; mas por desgracia, si desde el verano último nada se ha hecho para protegerlo del viento y el agua, que ya tienen la mitad de él en tierra, no es fácil resista á los temporales del crudo invierno presente.

Sobre la fecha de esta construccion, salvo lo que su exámen da de sí, hay un dato que no debe olvidarse. Tal es el de que fué edificada despues de la Antecámara ya mencionada. Así lo prueban la estructura del muro medianero entre ambas, en el cual se conservan aún, por la parte que cae dentro de la Cámara, canecillos y otros elementos de la cornisa exterior románica, ajimeces de igual estilo (no tendria sentido haberlos abierto despues) y ciertos otros pormenores. Todo ello parece indicar el primer tercio del XIII, como la época en que la Cámara fué erigida: ó más bien—pues nuestra cronología es aún muy varia, segun las comarcas y en general muy insegura—la transicion y alboreo del estilo ojival.

En este departamento hay todavía algunas otras cosas de interés. Tales son, en primer término, las tres losas perforadas de sus ventanas ó rosetas, que por su carácter



EL AMOR Y EL HADO, grupo escultórico por Gustavo Doré

se tomarian como más antiguas que el estilo románico: sabido es que Viollet-le-Duc, en estas losas (de que tan bellos ejemplares conservan nuestras iglesias del X) cree ver el orígen primero de lo que despues hubieron de ser ventanas y rosetones ojivales. Además, merece citarse la enorme chimenea románica situada junto á uno de sus ángulos, con su cornisa adornadade *pecten*; y por último, la galería, especie de pórtico ó mirador cubierto, de tipo románico tambien, con su puerta y su ventana gemela, sus elegantes columnas pareadas, su escalinata y su hermosa vista sobre el paisaje y huertos, cuyas yedras, zarzas y arbustos, enseñoreados de la construccion, le dan un aspecto pintoresco lleno de poesía.

Tal es, en sumario compendio, este monumento, perdido en el fondo de aquella risueña comarca y uno de los datos què más importaria conservar para la historia de nuestra arquitectura. Baste advertir que en los edificios de este tiempo, en su estudio comparativo con los análogos de otros países y señaladamente de Francia, es donde debe buscarse solucion á problemas como el siguiente: la arquitectura gótica ¿es tan sólo una creacion é importancia francesa, ó por el contrario, un resultado natural de la necesidad de satisfacer á ciertas condiciones, y no ha podido ménos de obtenerse donde quiera que estas han aparecido? Porque, en tal caso, aún cuando la superioridad del estilo francés lo haya hecho sobreponerse (y no en todo, quizá) á los de otras comarcas, tal vez podria llegarse á admitir pluralidad de centros de evolucion para el paso del románico al ojival y.... pero ¡tente pluma! estas son cosas graves y del dominio del arqueólogo, no del mero turista.

Por desgracia, el monasterio de Carracedo no lleva trazas de poder servir dentro de poco á turistas, ni á arqueólogos, ni para ilustrar ésta ni ninguna otra clase de problemas.

F. GINER DE LOS RIOS



LA MUERTE DE VIRGINIA, cuadro por Miola



IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 24 DE MARZO DE 1884 — NÚM. 117

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

JULIETA Y FRAY LORENZO, cuadro por T. Wores

(Inspirado en la escena 1.ª del acto IV de la célebre tragedia de Shakespeare titulada *Julieta y Romeo*)

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El naturalismo en el teatro.—Antagonismo entre los bastidores y la verdad.—*Las Vengadoras* de Sellés. *Tormento*.—Paralelo entre el hombre y el perro —Panorama canino.—El único idioma universal.—*Overtura floreal*.—El gran paisista. -Aranjuez.—Modos de esperar la primavera.

Lo que caracteriza á la semana que ha terminado es un gran ardor en las discusiones literarias. Es espectáculo nuevo en nuestro país el que se discuta una obra de arte con pasion y con calor.

Hasta ahora España parecia fascinada por la política. Está *boa constrictor* la atraia como á un ave, y cuando la tenia retenida por los invisibles hilillos del hechizo, la devoraba. El hecho, pues, de que un triunfo intelectual encienda en el ánimo del burgués una idea favorable ó adversa, una idea al fin, es digno de ser solemnizado como etapa gloriosa para los hados del espíritu.

Todas las noches, en el teatro de la Comedia hay una lucha terrible, entre los que defienden el drama de Sellés *Las Vengadoras* y los que le anatematizan. La discusion que se inicia en el teatro continúa luégo en los cafés, en los círculos literarios y sociales.

—¿Hace bien el autor dramático en pintar la sociedad?

—Sin duda alguna. ¿Por qué no ha de serle permitido al dramaturgo lo que se le consiente al novelista?

Este es el eje de las discusiones. El arte es para unos la imitacion de la verdad, una copia palpitante de la vida; para otros es un escogimiento de perfiles bellos, del cual se aparte cuidadosamente lo feo, lo enojoso. Muchos años pasarán ántes de que el naturalismo,—entendiendo por tal la pintura exacta de la verdad humana—sea admitido en el teatro, sin protesta. El convencionalismo ha muerto ya en la novela; y se ha reflejado en el escenario, de donde será muy difícil arrojarle. Donde el campo es un telon pintado, la luz de la luna un rayo de luz Drumont, la calle unos cuantos metros de tablas, no es mucho que los sentimientos anden falsificados. Todo es fingido: la alhaja y su estuche.

Tengo, pues, por ansia generosa de mejora, pero por imposible empeño, el de infiltrar en ese fantasma de tul y lentejuelas algo que tenga apariencia y visos de sistema nervioso y sanguíneo.

***

Esto en cuanto á la tésis general del teatro naturalista: en cuanto al drama de Sellés, he de decir que tiene defectos, pero no es por ellos por lo que se le rechaza, sino por la enérgica franqueza de sus pinturas. *Las Vengadoras* son la Vénus-venal, la mujer de todos, esas bestezuelas del amor, que se pavonean en un rayo de sol y gloria como una gata, cuyos instintos tienen. El lujo es su único Dios; un traje elegante las convence más que una declaracion de amor. Ni son esposas, ni madres. Dios las hizo infecundas, estériles, hermosuras vacías de todo sentimiento, alcázares deshabitados é inhabitables.

***

Perez Galdós ha publicado otra novela. Titúlase el nuevo libro *Tormento*. Es una creacion calenturienta, que agita el alma del lector y la deja estremecida para siempre. Se trata de un clérigo malcontento con su suerte. Se enamora de Tormento y es el de su vida entera. ¡Qué delicadas observaciones! ¡Qué intencionadísimas frases!... Hay en *Tormento* un estudio del alma humana tan profundo y perspicaz, que nunca ha llegado Galdós tan allá.

La laboriosidad de Galdós corre parejas con su talento.

-Mire V. lo que es este hombre,—decia un amigo de Galdós. -Cuando quiere descansar es cuando se pone á escribir. Lo que á él le cansa más es tener la pluma ociosa.

***

¡Coincidencia notable! Cuando empieza la veda empiezan los bandos canifobos. Esto es: en cuanto el hombre no necesita del perro para cazar, encierra el hocico de este -¡oh vil ingratitud! -entre duros alambres. Va el pobre animalejo dándose manotadas en la cabeza, sin poder ladrar libremente, ni echarle una florecilla á una perra de buen ver. Un perro culto ha pintado en la siguiente frase su vida durante la primavera:

—¡Es vivir detrás de una reja! ¡Es tener incomunicado el olfato! ¡Es tener la lengua en prisiones!.... Es un suspiro (ladrido) á través de una alambrera!

¿Qué sistema es más digno de la civilizacion? ¿Poner bozales á los perros ó poner lorigas á las pantorrillas de los transeuntes? Para resolver el problema, sólo hay que atender á que cada transeunte suele tener dos pantorrillas, y que el perro que más, tiene un hocico.

La economía política condena, pues, á los perros á llevar bozal.

En Constantinopla hay tantos perros que si se echa un pedazo de pan al suelo, se abren treinta bocas perrunas y se lo disputan. En Marruecos, durante el estío, hay una veintena de aficionados de verdugo que recorren las calles cazando perros. Veloz se precipita la cuadrilla por las estrechas calles blandiendo una lanza, en la que van ensartándose perros y más perros. Lastimeros ladridos se escuchan donde quiera. ¡La lealtad se ve perseguida por la barbarie!

Aquí se prefiere el envenenamiento y al amanecer en toda esquina se encuentra un espantoso cuadro. Los perros más alegres y gallardos del barrio, el que blanco y lanoso, pequeño y esponjado como bola de jabon ó puñado de nieve se posaba en el taburete del piano—único amigo de la belleza—y el que recio y corpulento más que el toro jarameño enseña sus armadas fauces junto al ferrado porton del granero—único amigo del avaro,—todos pagan el diezmo de sus vidas al miedo de los hombres. *Lucrecia Borgia* ha ido poniendo en la boca de la lealtad el veneno de la traicion.

***

Un periódico propone que en los Institutos se enseñe, en vez de matemáticas, tres idiomas. ¡Cuando lo que aquí se necesita es saber hablar ménos,.... y saber contar más!

Un enemigo de la erudicion lengüística decia:

—No hace falta saber idiomas.... Yo hice un viaje con un matrimonio ruso, y aunque ni marido ni mujer sabian más que su idioma nativo, yo, que sólo hablo español, me entendí perfectamente con ambos.

¡Cómo!

—Al hombre le hablé de negocios.... á la mujer, de amor.

***

Por algo se empieza. Principios hay más absurdos. Ahí está, sino, el de la primavera que empezó con una quincena de dias robados al invierno, y ha llegado á su apogeo de flores y pájaros en una noche serena.

La labor de la tierra no se interrumpe por la lluvia. Ella, en los incansables talleres de su escenografía pinta flores, ilumina praderas, esmalta las alas de las mariposas y las colas de los pájaros, llena los surcos de nidos y de orquestas volátiles los árboles.... Amanece un buen dia y la primavera coge la paleta de sus colores y su pincel lumínico. Con su sombrerillo *niniche* sobre la frente y su ligero traje de claros velos, en torno al garrido cuerpo, camina sin cesar como la luz de quien es hija, y cada grano de tierra se convierte en un grano de aroma, y entre el ramaje se ven inmóviles pajarillos que parecen juguetes de música esperando á que les den cuerda para cantar.

***

Aranjuez es hoy un inmenso ramo de todas flores atado con esa cinta enorme que se llama el Tajo. Es un bosque reducido á jardin. Sus calles de álamos tienen algo de las columnatas de un templo. A veces se diria que los trinos de los mirlos son el sonar de las campanillas de plata de la catedral de Toledo. Y allí, al fin de la calle, se levanta el palacio donde tanto idilio real se ha desarrollado entre tapices flamencos y muebles de oro y concha.

Aranjuez no varía de aspecto con los años. Su sello de nido de amores egregios está marcado en todas partes.

El siglo XVIII ha dejado allí su perfume de siglo galante; perfume que, como el del sándalo, jamás se evapora totalmente.

***

Diversas maneras de recibir la primavera.

—La primavera se acerca. Empezaré á tomar zarzaparrilla.

¿Cuándo nacerá la primera rosa?

—Los botones de los árboles se hinchan, la savia sube, los trigos crecen. ¿Habrá buena cosecha de cereales?

—¿Habrá buena cosecha de mariposas?

—Brindemos por la primera flor.

—Brindemos por el primer insecto de elitros de oro y esmeralda.

—¡Guerra al insecto! ¡Viva la primavera insecticida!

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

JULIETA Y FRAY LORENZO, cuadro por T. Wores

Los trágicos amores de Romeo y Julieta inspiraron al gran Shakespeare una de sus más bellas é interesantes composiciones dramáticas; la cual, á su vez, ha sido interpretada plásticamente por artistas de reconocido talento. Los más han escogido por tema de sus cuadros las entrevistas arriesgadas de los dos amantes; alguno ha pintado su doble suicidio; Wores ha dado forma á la escena 1.ª del acto IV de la tragedia inglesa. Julieta, secretamente casada con Romeo, se halla obligada á dar mano de esposa al jóven Paris, y en tan desesperada situacion toma consejo de Fray Lorenzo, el único protector serio del jóven matrimonio, el que bendijo su union, el que aconseja á Julieta beber el narcótico que ha de hacerla aparecer como muerta, para trasladarla despues á Mantua, donde la aguardará Romeo á salvo de sus enemigos.

Nuestro grabado representa esa entrevista entre Julieta y Fray Lorenzo, siendo recomendables el uno y el otro personaje, aquella por el dolor y abatimiento que revela toda su figura, y este por el aire venerable y compasivo de su semblante y de su actitud. Es un cuadro verdaderamente sentido.

CAZADOR GERMANO, escultura por Otto Lang

Reune esta figura cuantas condiciones son necesarias para ser declarada obra de primera fuerza y joya del arte moderno. Desnudo el cuerpo, fornidos y bien proporcionados los miembros, rudo y franco el semblante, desgreñada la áspera melena, altiva la mirada, enérgica la actitud, la diestra blandiendo el hierro ensangrentado y la firme planta oprimiendo con vigor la cabeza del jabalí agonizante; tal debió ser el antiguo germano, el hijo de aquella raza sujeta, que no vencida, por los romanos.

Roma ha admirado la primera esa obra de aliento poderoso, en la cual ha demostrado su autor que el talento de un artista puede convertir una mole fria é inerte en una estatua llena de vida, de energía, de juventud y de varonil belleza.

LA TRAICION DE CARMAGNOLA, acuarela por Villegas

Francisco Bussone, llamado Carmagnola, fué uno de los más célebres generales italianos del siglo XIV. Primeramente al servicio del duque de Milan y más tarde al de Venecia, fué acusado del delito de traicion á esta república y decapitado en 1432, á la temprana edad de cuarenta y dos años.

No ha mucho, en la exposicion Parés, deteníanse los inteligentes y los simples aficionados ante una acuarela, magistralmente pintada, representando á un miembro del *Consejo de los Diez* que pone de manifiesto al Dux Foscari y á dos magistrados de la Señoría las pruebas de la traicion de Carmagnola. Una sola era la opinion del público. —Es imposible, decia, pintar con mayor verdad la atencion, la sorpresa, el efecto producido por la revelacion más inesperada.

No es ménos bien entendida en este cuadro la agrupacion de los cuatro personajes que en él figuran, y por lo que toca á la ejecucion, no cabe desplegar en una acuarela ni mayor seguridad ni más valentía.

Ninguna de estas condiciones es de extrañar tratándose de un artista como el Sr. Villegas.

EL PRIMER TROPIEZO DE UN ARTISTA, cuadro por Eugenio Sticler

Cogido *infraganti*, es denunciado á la autoridad del señor cura como reo del delito de poner en ridículo nada ménos que al maestro, respetable anciano, que sin duda pertenece á la escuela pedagógica de los que hacen entrar la letra con sangre, puesto que el acusado lleva la mano anticipadamente á la parte que ha de ser dolorida.

La turba escolar, presa de terror, aguarda la sentencia.

Afortunadamente para el culpable, el señor cura parece tomar la cosa por su parte cómica, y es probable que todo termine con una homilía evangélica, intermediada á lo sumo con algun paternal tiron de orejas.

Raras veces este sencillo asunto, reproducido hasta la saciedad, ha encontrado interpretacion más acabada. No hay en todo el cuadro una sola figura que no esté en juego, y cuyo semblante y actitud no expresen cuanto el autor se ha propuesto: la del venerable cura es preciosa; los niños tienen que ver uno por uno; el delincuente *está hablando....*

Damos la más cumplida enhorabuena al artista aleman, autor de la obra.

NACIDA EN LOS BARRIOS BAJOS, dibujo por Fernando Fonseca

¿Han visitado Vds. á la Vírgen de la Almudena? ¿Han tomado alguna vez el sol cabe las orillas del Manzanares, á la hora en que las humildes lavanderas blanquean las interioridades de los vecinos de la villa y corte?.... Pues ese tipo pertenece á la *sociedad* que frecuenta esos sitios y á menudo destaca á alguno de sus miembros femeninos al centro de Madrid para secundar al director del ramo en el harto fácil empeño de expender décimos de la lotería nacional.

Otros ejemplares de ese mismo tipo auxilian al referido director en la fábrica de cigarros, donde se elabora una materia que en la China podria llamarse opio y aquí se llama tabaco....

El autor de este dibujo ha copiado del natural, con ojo observador y pulso seguro: bien podria decir como Juan el Evangelista:—*Y el que lo vió, da fe de ello.*

LA CUNA VACÍA, dibujo á la pluma por Llimona

Si en la pintura á la aguada se conoce la seguridad con que un artista dibuja y da color, á causa de las dificultades que ofrece la correccion de lo defectuoso, esa seguridad, esa confianza en sí mismo debe ser superior en un dibujo á la pluma, donde no cabe poner al pié: *el enmendado vale.*

Prueba de ese conocimiento profundo del dibujo es la lámina de Llimona que hoy reproducimos, ejecutada con una firmeza digna de todo encarecimiento. El autor con exiguos recursos, ó mejor dicho empleando la menor dósis de recursos pictóricos que puede utilizar un artista, ha dado forma, ya no tan sólo á una figura, sino á un sentimiento, porque esas *plumadas* dan por resultado una madre en el abatimiento del dolor, en el desconsuelo de la sole-

dad. Y para ello no ha tenido necesidad siquiera de mostrarnos el rostro desencajado de la pobre mujer, de apelar á una de esas actitudes dramáticas, siempre de seguro efecto y por lo mismo desdeñadas del verdadero genio cuando no son necesarias; no: y sin embargo, véase detenidamente esa figura y dígase si es posible expresar más con menores medios.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA LECCION DE PESCA, cuadro por A. Guillou

No hay en pintura asunto, por insignificante que sea, que no pueda ser realzado por una buena ejecucion. Esto se ocurre á la simple vista del cuadro de Guillou que hoy publicamos. Su *argumento*, llamémosle así, no puede ser más sencillo. Una elegante jóven se ha embarcado en compañía de un *lobo marino* para distraerse pescando. El pez mordió el anzuelo, y el viejo marinero da á su agraciada compañera una leccion de pesca, sin duda la primera, pero que ciertamente no será la última, á juzgar por el interés que muestra la discípula.

Producir con tan sencillos elementos un lienzo lleno de vida, es empresa que acredita la fuerza de ejecucion del autor, quien parece haber hecho alarde de renunciar á todo accesorio convencional para concentrar todo el interés en las dos figuras del cuadro, cuya expresion es tanto más de elogiar en cuanto es más frívolo el sentimiento que en ellas domina. Reina, además, en toda la composicion una tan plácida calma, que el más refractario al mar tomaria pasaje de buena gana á bordo de esa lancha, en donde maestros tan entendidos enseñan á discípulas tan aplicadas.

MEMORIAS DE UN PEDAZO DE PLOMO

I

Fuí engendrado en las entrañas de la tierra de donde la avaricia de los hombres me sacó á la luz del dia.

Entónces era yo una piedra irregular con mucho barro, poco oro y alguna plata.

Era la plata mi esposa, á quien entre mis brazos poseia hasta confundirla conmigo mismo: el oro circulaba humilde por nuestras venas, y el barro era el lecho en el cual, inmóviles y extáticos, gozábamos tranquilos y silenciosos placeres.

El dia en que nos arrancaron del lugar escondido en que yacíamos, la luz del sol me mostró á los hombres brillante y esplendoroso.

Ninguno de cuantos nos miraban pudo distinguir el oro ni descubrir la plata.

Yo los eclipsaba á ambos.

¡Era yo el más hermoso de los tres!

II

De mi país natal pasé, tras un corto viaje, á las manos de un caballero á quien otros de menor edad llamaban el doctor Vera.

El doctor, al tomarme entre sus dedos, dijo á los que le acompañaban:

—Este pedrusco que hoy he recibido es procedente de una mina de Almaden recientemente descubierta y cuyo propietario me lo remite con objeto de que examine las cantidades proporcionales que contiene de oro, plata y plomo.

Me estremecí presintiendo una desgracia.

El doctor Vera continuó:

—Deseo que asistan Vds. á este análisis tan sencillo como curioso. Dentro de breves instantes habremos dividido este mineral en tres porciones distintas: una de tierra, otra de oro y plata, y una tercera de plomo.

La dolorosa impresion que estas palabras produjeron en todo mi sér, me desprendió de la mano del doctor Vera y caí al suelo desvanecido.

Pocos momentos despues, cuidadosamente metido en una vasija herméticamente tapada y rodeado todo mi cuerpo de no sé qué sales ó drogas, me introdujeron en un horno.

Allí comenzó mi martirio.

El calor y las drogas, con una crueldad de que sólo los hombres son capaces, me convirtieron en líquido, se precipitaron sobre mí y, sin que mi hirviente furor pudiera impedirlo, me arrebataron de los brazos á mi querida esposa la plata, para entregársela á mi rival el oro.

Despues de una larga resistencia caí sin fuerzas en el fondo de la vasija.

¡Desde entónces odio al oro y á los hombres con todo mi peso!

—La operacion está terminada,—dijo el doctor;—ya podemos apreciar los resultados.

Pronunciadas estas palabras, el desapiadado sabio separó cuidadosamente el barro que nos envolvia; ví alejarse de mi lado, estrechamente abrazados, el oro y la plata; y por fin, apoderándose de mí, dijo, arrojándome á un rincon con el más soberano desprecio:

—Esto es plomo.

¡Ah! aquel doctor inicuo me habia separado del sér para mí más querido en la vida, se lo entregaba á otro, me alejaba de ellos tal vez para siempre y todavía me insultaba!

¡Jamás plomo alguno aborreció con más intensidad que yo!

¡La ira me ahogaba!

Juré vengarme.

III

Lo primero era recobrar á mi esposa; arrancarla de los brazos de su amante

Mi rival era oro y yo plomo: á esta desigualdad de clases era debida sin duda alguna la causa de mi abandono.

La plata es vanidosa y prefiere al oro, que jamás tuvo corazon, á cualquier alma de plomo por buena y amante que esta sea.

Era, pues, necesario ser oro á toda costa.

La casualidad vino en mi ayuda.

Un hombre que servia al doctor Vera se apoderó de mí y me llevó á su casa en donde con palabras de fuego me ablandó, selló y doró hasta convertirme en una moneda de cinco duros, por lo que pasé, entre otras muchas, un dia que mi providencia tuvo que cobrar no recuerdo qué honorarios del doctor.

¡Habia realizado mis ambiciones!

¡Oh fortuna increible! ¡Era oro!

IV

Caí en un cestillo de palma, entre una peseta y una moneda de dos duros.

El golpe seco de la madera y el chirriar del hierro me indicaron que habia sido encerrado en el fondo de un cajon.

Apénas se hubo restablecido el silencio, la moneda de dos duros me dijo:

—Si V. me hiciera el favor....

En el sonido conocí á mi rival: mis entrañas de plomo se conmovieron: volví la cabeza, quiero decir, el busto hácia la peseta y me hallé frente á frente de mi perdida esposa.

—¿De qué?—pregunté yo entónces con no muy buenos modos.

—De quitarse de en medio: esa peseta que tiene V. á su derecha es mi mujer.

—¿Está V. bien seguro de ello?

—¿Qué quiere V. decirme?

—¡Que esta peseta es mia y muy mia!—vociferé yo cubriéndola con mi cuerpo.

—Caballero,—dijo entónces ella,—no se eche tanto sobre mí, que me ahoga: pesa V. como si fuera de plomo.

—Por lo visto, la plata de Almaden tiene buena memoria,—repuse sonriendo.

—¡Cómo! ¿V. me conoce?

—¡Ingrata!

—¡Es posible!.... Usted.....¿eres tú?.... ¿tú?... ¿mi querido plomo?

Y se arrojó en mis brazos.

—Ya le habia yo conocido en el metal de la voz,—murmuró la moneda de dos duros con cierta sorna.

—Sí, yo soy,—dije entónces encarándome con mi rival: ahora arreglaremos nuestras cuentas, caballero.

—Yo no tengo cuentas que arreglar con plomos de más ó ménos.

—Valgo quince pesetas más que V., caballerito.

—Esto es falso.

—Lo veremos.

Ya iba yo á arrojarme sobre mi rival cuando se apoderaron de mí dos dedos y oí la voz del doctor Vera que decia:

—Tomás, vaya V. á pagar la carga de leña que trajeron esta mañana.

Al caer produje un sonido seco. Era la segunda vez que el doctor me separaba de los mios.

—Esta moneda es falsa,—exclamó el muchacho.

El doctor Vera volvió á tomarme entre sus dedos examinándome con atencion.

—Efectivamente, es falsa.

Y cogiendo un grueso martillo me golpeó con toda la fuerza de su brazo.

Quedé convertido en una bola.

El doctor y yo estábamos ciegos de cólera.

¡Ah! ¡si yo hubiese podido devolverle los martillazos!

Por fin me arrojó al suelo.

Si hubiera comprendido el lenguaje del plomo habria oido que al caer dije sordamente:

—¡Tú me las pagarás!

Aquella misma noche Tomás me recogió del suelo y me guardó en su bolsillo.

V

Del bolsillo de Tomás pasé, mediante cinco céntimos, á la tienda de un armero: éste hizo conmigo lo que con otros muchos pedazos de plomo: me convirtió en bala, y me colocó, bien empaquetado, en su escaparate.

Allí dormí durante mucho tiempo, proyectando mi venganza contra el doctor Vera.

VI

Una mañana me llevaron fuera de la ciudad.

Por lo que oí que hablaban mis conductores, colegí que se trataba de un duelo.

No bien llegamos al sitio convenido de antemano, me desempaquetaron y ví que me encontraba en un grupo de personas.

No léjos de nosotros habia otras dos colocadas frente á frente.

—¿Han contado Vds. los pasos?

—Sí, señor; quince justos, ni más ni ménos.

—Pondremos poca pólvora con objeto de que las balas lleven poca velocidad.

—La cosa no es para que se mate ninguno de ellos.

—Lo que sobra en el mundo son mujeres.

—Sí; pero ese diablo de doctor Vera tiene mucho amor propio, y basta que le disputen una cosa para que él se aferre más y más en poseerla.

¡Figuraos la alegría y el temor que produjeron en mí estas palabras!

Alegría, porque se me presentaba la ocasion de vengarme de quien era la causa de todas mis desdichas: y temor, porque lo tenia de que recayese en cualquier otra bala la eleccion, en cuyo caso no podria realizar mis vengativos propósitos.

Efectivamente; otra bala mereció tan singular fortuna.

—¡Hermana!—la dije con voz sorda.

—¿Qué me quieres?

—Que lo mates.

—No te lo prometo, porque el fuego de la pólvora hace demasiadas cosquillas, y la velocidad del disparo no da tiempo de fijarse.

—Pon de tu parte lo que puedas: te lo exijo en nombre de la clase.

—Lo que yo deseo es terminar pronto y tumbarme luégo al sol por los siglos de los siglos.

Se hicieron los disparos; miré y ví que los dos adversarios seguian en pié uno enfrente del otro.

La misma recomendacion que á la primera hice á otras dos balas.

Al cabo, ¡oh dicha! llegó mi turno.

¡Qué ansiedad!

¿Iria á las manos del doctor ó á las de su enemigo?

Entré en el cañon de la pistola.

¡Cuántas emociones!

Pasé de una mano á otra.

¿En poder de quién estaba?

No oí ni una palabra, ni una sílaba, ni un suspiro.

La incertidumbre me tenia desasosegado.

Sonó la señal: iba á salir del cañon y todavía ignoraba contra quién me dirigia.

Era preciso proceder con calma; andarse con piés de plomo.

Se oyó el disparo.

Fué cosa de un segundo.

Me asomé á la boca del cañon de la pistola, ciego por el humo y el fuego: llegué á la mitad del camino sin saber todavía lo que deseaba.

¿Cómo le ví?

No sé: fué más bien un presentimiento. Pero, soñada ó real, yo ví la cabeza del doctor Vera, y, loco de placer y sediento de venganza, me dirigí hácia ella con la velocidad del rayo, y, abriéndome paso por la sien izquierda llegué hasta los sesos donde me revolqué á mis anchas.

El alma del doctor acudió á la cabeza, y, encarándose conmigo, exclamó:

—¿Por qué ese ensañamiento? ¿Qué te he hecho yo? ¿Eres plomo ú hombre?

—De tí aprendí á ser cruel, que nadie mejor que el hombre es maestro en miserables pasiones. Yo soy el plomo de Almaden, á quien un dia robaste el amor arrojándome con desprecio de tu lado. Soy el mismo pedazo de plomo á quien otra vez golpeaste duramente, arrebatando á mi vanidad y amor propio un valor que debí al ingenio y á la fortuna, ya que no á mis propios méritos. ¿Qué te hice yo para que así me tratases? ¿Crees que hay algo despreciable en la vida? Lo que el orgullo de los hombres desdeña se vuelve contra ellos y mata. ¡Yo soy tu obra!

—¡Miserable!—dijo entónces el espíritu del doctor abriendo las alas,—tu odio me ha robado mi cuerpo, es cierto; pero, mira, me has devuelto la libertad. Contra mí eres impotente.

Agitó las alas y desapareció en el cielo.

Desde aquel dia, yo, pobre pedazo de plomo de Almaden, habito olvidado dentro del cráneo del doctor en el fondo de una tumba, pensando tristemente en un pedacito de plata que para los hombres vale una peseta y por el cual daria yo todo el oro del mundo.

FABRICIO

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuacion)

IX

De cómo se efectúan los milagros

¡Horror!

Vieron un monstruo sobrenatural que tenia dos cabezas; una en la parte más elevada, que era sólo un monton informe de hojas de lentisco entre las que relucian dos ojos, y la otra entre los muslos, con la particularidad de que ésta en vez de orejas ostentaba dos piés humanos. El acéfalo se sostenia sobre dos piernas de cuyas rodillas salian dos brazos.

La cabeza inferior se adivinaba, más bien que se veia, envuelta como estaba en una nube morada, que formaba un gran lazo en la parte superior.

El lector habrá comprendido que este sér fenómenal, estaba formado de Sebastian el hercúleo y de Gil el ventrílocuo y dislocado.

Pasado el primer momento de terror, el derviche, que



CAZADOR GERMANO, notable escultura por Otto Lang



LA TRAICION DE CARMAGNOLA, acuarela por Villegas (Exposicion Parés)

no tenia pelo de tonto, y que habia pasado una temporada en las posesiones españolas, comprendió aquella *monstruosidad*. Con una palabra hubiera podido reducir á aquel sér extraordinario á sus naturales proporciones, pero se guardó bien de pronunciarla, por la razon que se dirá más adelante.

En cuanto á los demás circunstantes, ignorantes hasta el idiotismo, estaban aterrorizados. Azrael, el *ángel de la muerte*, que en la creencia musulmana es bello, aunque sombrío, en la teogonía de Joló se trasforma en un sér espantable é inverosímil, de un aspecto parecido al que presentaban los dos amigos entrelazados.

Estos, por casualidad, habian tenido una idea feliz.

La turba, pues, á la aparicion del monstruo, creyó llegada su última hora; pero el sagaz Santon prefirió sacar partido del milagro, y domeñar al *ángel malo*, venciendo su influencia. Este prodigio acrecentaria piramidalmente su influencia religiosa y política, llevando á feliz término *La conspiracion de los Espíritus*, la cual tenia por objeto derribar del trono á Muhamet-Kark, actual Sultan de Joló, que se habia emancipado del dominio teocrático, y proclamar á Alí-Kark, príncipe heredero, que se hallaba vigilado y desterrado de órden de su padre.

El marrullero sacerdote se incorporó, impuso silencio con un ademan á la multitud paralizada de espanto, y se adelantó solo hácia la temerosa aparicion. A aquel ademan, cesaron hasta los sollozos y oraciones recitadas en voz baja.

Viendo aproximarse al Santon, Sebastian dijo á su compañero, lo más bajo posible:

—Viene hácia nosotros; ¿qué irá á hacer? trae el aire resuelto.

—Eso he notado con sorpresa. Antes me parecia tan miedoso como los demás.

—Se comprende, estaba asombrado por la ventriloquia; pero ahora creo que se come la partida.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Dejarle venir y si se acerca á nosotros darle yo un puñetazo que le despampane; esto aumentará el terror de los otros y como lo probable es que huyan, nos quedaremos dueños del campo.

Vaya por el puñetazo; no me opongo.

Pero el Santon no se acercó derechamente á ellos. Se detuvo ántes de llegar, como á distancia de diez pasos y les dijo á media voz y en español chapurrado:

—Amigo de vosotros; derviche no quereros mal, ni vosotros á él. Amigo.

Amigos todos,—contestó Gil.

El sacerdote se aproximó haciendo reverencias, como para persuadir á la turba que adoraba á aquel espíritu poderoso, aunque maligno; cuando estuvo cerca, hizo seña á los dos amigos para que entrasen con él detrás de la roca; lo cual verificaron los tres rápidamente, como espectros que se desvanecen en el aire.

Un momento despues se presentó á medias el derviche y extendiendo una mano hácia la multitud estupefacta, gritó:

—¡Quietos y esperad!

Y dicho esto volvió á desaparecer.

Detrás de la roca medió una explicacion; los dos camaradas declararon al Santon el objeto de su escursion, y le indicaron sus habilidades; y este comprendió todo el partido que podia sacar de ellos, con tanta más razon, por cuanto en aquel triunvirato no podia haber lucha de intereses; siendo únicamente el de los jóvenes encontrar á Petrita, y el suyo aumentar su prestigio milagrero y político.

Por una feliz casualidad, la linda doncella, hecha en efecto prisionera por los moros, se hallaba en el bohío ó parroquia del Santon, que prometió ponerla en libertad á condicion de que le ayudaran en sus supercherías religiosas.

Sólo un punto fué objeto de discusion. ¿Quién habia de prestar el primer servicio?

—Dénos V. la prisionera y luégo haremos cuanto se le antoje—dijo Gil.

—Bien, pero ántes es preciso que operemos algun prodigio gordo, que aumente mi preponderancia. Un *Velí* de la ribera se ha apoderado de la muchacha, y necesito de gran influencia para arrancársela; trabajando para mí lo haceis por vosotros.

Los dos amigos titubeaban. Por fin convinieron en practicar inmediatamente un nuevo milagro, á condicion de que el derviche les trajese á Petrita al dia siguiente y luégo les facilitase medios para llegar á territorio español. Sin embargo, Gil, que era el más ingenioso, debia ponerse á disposicion de aquel, durante un dia, para seguir haciendo prodigios al aire libre.

X

El Santon de los siete cielos

Figúrense Vds. lo que pasaria en la caverna.

El derviche tiñó á los dos amigos de ocre que llevaba en amuletos ocultos, con objeto de desfigurar la encarnacion humana; luego les colocó colas de algas y alas de lentiscos. Era un gran artista decorativo.

Cuando todo estuvo preparado, salieron los tres de su escondite.

Sebastian llevaba á Gil sobre los hombros y al sacerdote entre sus brazos.

La turba, al ver este grupo, retrocedió espantada, lanzando gritos lastimeros como un perro que recibe una pedrada. Creian que el monstruo se habia apoderado del Santon é iba á devorarle; pero ninguno se atrevia á socorrerle; mas ¡cuál fué su asombro cuando le oyeron recitar la siguiente plegaria ó himno místico:

He domado al Espíritu. He domeñado su fuerza. He hecho que me columpie en sus brazos.

He secado el manantial de la muerte. No hay muerte para mí. Despues del Profeta y de Omazor, no existe en el mundo un sér más poderoso que yo.

Dichosos los que peleen á mi lado.

He descubierto la bebida mágica; la bebida compuesta de ibis, escolopendras y anfisbenas diluidas en la baba de Borah, la yegua del profeta.

Soy el Santon de los siete cielos. No hay nadie más poderoso que yo. ¡Dichosos los que peleen á mi lado!

He domado al Espíritu; tengo mis piés sobre él.

En efecto, los devotos vieron con el rabo del ojo que el derviche estaba encaramado sobre el monstruo que se encorvaba en actitud humilde, miéntras que Gil culebreaba, se retorcia en posiciones imposibles, trepando por el cuerpo de Sebastian y por entre las piernas del sacerdote.

Todo aquello destacándose en la penumbra á alguna distancia de las antorchas, producia un efecto maravilloso.

—¡Es el Santon de los siete cielos!—murmuraba la multitud asombrada.

Despues de unas evoluciones postreras, entre las que Gil tuvo á bien rodar hecho un lio por el suelo, soltando voces de ventrílocuo que salian de todas partes, Sebastian dejó en tierra al derviche, que extendiendo los brazos y dirigiéndose á la turba, gritó:

—¡Salid!

Miéntras se verificaba el despejo, los tres milagreros, formando un grupo caprichoso, acordaron las últimas condiciones.

El Santon salió el último, y cuando se hallaron solos, los dos camaradas se miraron en silencio y luégo estallaron en una de esas risas convulsivas, nerviosas, imposibles de contener.

Por mandato del derviche, los devotos habian dejado algunas antorchas encendidas y además aquel indicó á nuestros héroes un sitio en donde podrian hallar manojos de teas de resina.

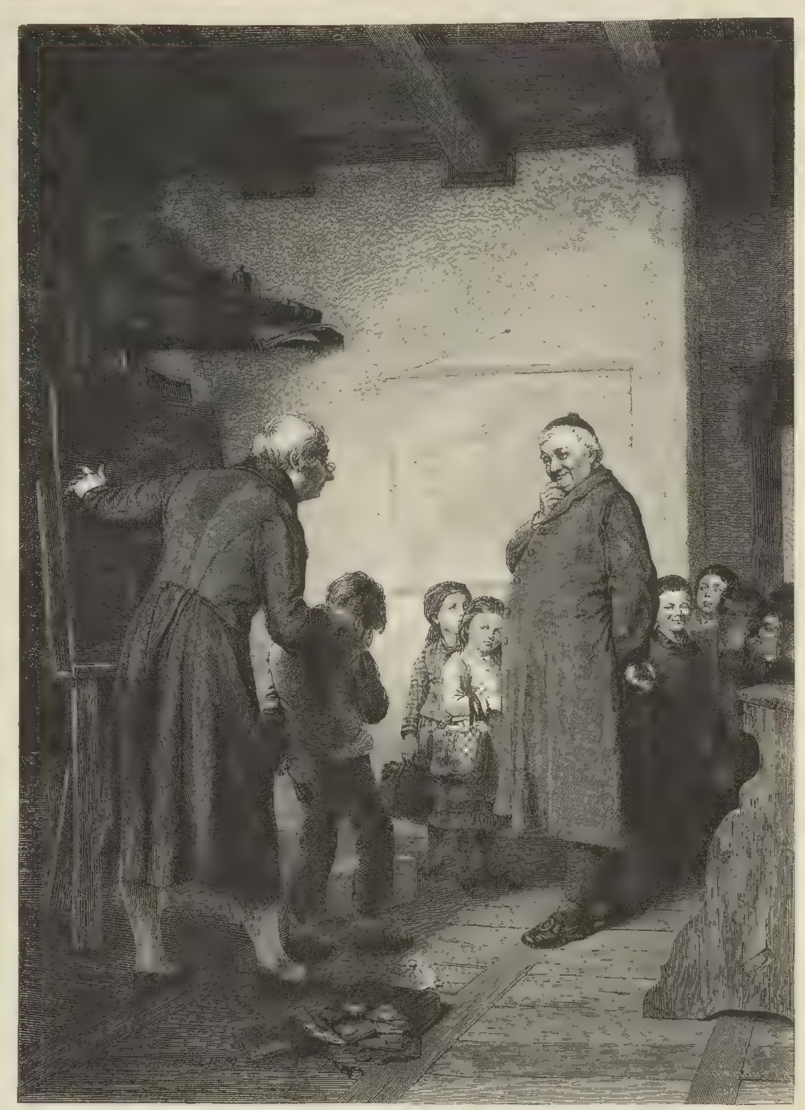
Gil, que fué el primero que se sosegó de su hilaridad, opinó que debian registrar la caverna, por lo que pudiera suceder. En el mismo paraje en donde estaban las teas, que era un espacio casi circular y no muy grande, los exploradores vieron con sorpresa un sin número de sacos de lona, que formaban un alto monton. Supusieron que contenian provisiones y como las suyas no eran muy abundantes, Sebastian desató uno de ellos, que medio se vació en el suelo.

—¡Pólvora!—exclamó asombrado.

—¡Pólvora!—repitió Gil retirando la antorcha que llevaba en la mano.—¡Hola! ¡Tambien aquí se tienen municiones ocultas como en la calle de Toledo! ¿Habrá tambien por aquí algun general Narvaez?

Los dos amigos se apartaron de aquel sitio sin cuidarse de recoger la pólvora vertida.

Y como estaban fatigados de tantas emociones y ejer-



EL PRIMER TROPIEZO DE UN ARTISTA, cuadro por Eugenio Stieler

cicios, tomaron un corto *pisco-lavis* y se tendieron á dormir esperando al Santon.

XI

Amor subterráneo

—¡Petrita!

—¡Sebastian! ¡Gil! ¡Qué alegría! Al fin nos volvemos á ver.

—Pues ya lo creo. Hubiéramos buscado á V. por todo el mundo.

—¿Pero saldremos de este sitio tan horroroso?

—Saldremos, y si V. quiere, no para volver al lado del señor Martin.

—Que es un...... Chafarote.

—Pero es mi tio.

—Sí, pero nunca querrá ser el nuestro.

El Santon puso fin á este terceto, que era medio inteligible para él, diciendo:

—He cumplido mi palabra, cumplid vosotros la vuestra.

—Estamos prontos; pero no podemos dejar sola á esta jóven.

—Enhorabuena, que se quede uno con ella.

—¿Cuál? —preguntaron á la vez los dos camaradas.

El derviche se hallaba perplejo; no sabia á quién exhibir primero: si al más fuerte ó al más habilidoso.

Petrita miraba á los tres, con sorpresa.

Cansado de vacilaciones el Santon dijo:

—Me es igual empezar por cualquiera de los dos.

—Entónces que ella decida,—observó Sebastian.—¿No te parece, Gil?

—Bueno—contestó este, y luégo dirigiéndose á la jóven, repuso:

—Uno de los dos tiene que acompañar á este señor cura.

—Para hacer milagros—observó Sebastian.

—Pero como estos pueden costar caros como los de San Gineto, el que salga de aquí corre riesgo de no volver.

—Y de morir tostado.

—O empalado.

—Sin esperanza de ver á V.

—Ya sabe V. cuánto la quiero.

—Y yo tambien.

—En otra ocasion no quiso V. elegir; ahora es preciso.

—¿Pero qué es preciso?—preguntó Petrita, aturdida con esta jerga.

—Que elija V. uno que se quede aquí, que la acompañe, que sea feliz, que huya luégo con V. ¿Ha comprendido?

—Sí—contestó Petrita, confusa. A intervalos miraba á los dos amigos, ó bajaba los ojos. Su eleccion estaba hecha, pero era buena y no queria causar un dolor.

Entre tanto los dos camaradas la miraban con ansiedad.

—¡Vamos!—dijo el Santon impaciente.

—¿Quién se queda?—preguntó Gil que era el más nervioso—¿Sebastian ó yo?

—¿Es forzoso?

—Absolutamente forzoso.

—Pues.... Sebastian.

Gil inclinó la cabeza, procurando reprimir las lágrimas.

Luégo, dirigiéndose al derviche, dijo:

—Cuando V. quiera.

—¿Pero volverá V.?—preguntó Petrita.

—¿Volverás? -repitió Sebastian.

—Y si no vuelvo ¿qué importa? —murmuró el pobre Gil siguiendo al Santon.

Petra y Sebastian se quedaron solos y tristes, pero pronto aquel hielo se fundió en el fuego del amor. Lo extraño de la escena aumentaba su atractivo y la ociosidad predisponia á las emociones del corazon.

¿Qué habian de hacer si no hacer el amor?

Para llegar á este punto importante, practicaron algunos rodeos; hablaron un poco de Gil y de los sucesos que les habian reducido á tan precaria situacion; pero poco á poco fué surgiendo la tésis más importante, cual era la manifestacion de sus mutuos sentimientos. Sebastian habló de sus angustias y celos, Petrita no ocultó que desde un principio le habia preferido á su amigo, pero que el pudor y la lástima por Gil, reprimieron sus expansiones.

Luégo tocó su vez á la seccion de *Castillos en el aire*, seccion de que pocos enamorados prescinden, y se ocuparon del porvenir. Sebastian convenció á Petrita de que, una vez libres y en territorio español, no debia volver al lado de su tio Chafarote, el cual seguramente se opondria á sus amores.

La jóven recordó á su amante que éste estaba comprometido por un contrato á trabajar durante tres años en la factoría y que su tio le obligaria á ello legalmente. Esta objecion preocupó un tanto á Sebastian y despues de debatir el asunto, que efectivamente era dificultoso, convinieron en que ambos se presentarian al Capitan general de Filipinas, pidiéndole su amparo. Una vez casado con Petrita, Sebastian no tenia inconveniente en trabajar, para Chafarote, el tiempo que fuese necesario.

Los dos amantes comenzaron este diálogo, estando sentados en el suelo, á alguna distancia uno de otro, pero para oirse mejor fuéronse aproximando. Además Petrita tenia miedo, la vacilante luz de las teas poblaba aquel recinto de sombras y de visiones; las ramas pendientes del techo ó que brotaban de entre las grietas de las paredes, parecíanla culebras ó animales espantables; así es que la pobre no tuvo más remedio que acercarse lo más posible á Sebastian y permitir que éste la tomase ambas manos, con objeto de tranquilizarla.

(Continuará)



NACIDA EN LOS BARRIOS BAJOS, dibujo por Fernando Fonseca

COLORES DE LOS ANIMALES

No hay observacion, por insignificante que parezca, ni dato alguno, aun el más simple, sin valor é importancia en la ciencia actual. Todos, y cada uno de los elementos constitutivos del gran contingente de hechos y experimentos que la forman, tiene su valor, y áun lo más minucioso é inútil en apariencia, se aprecia y estima, no sólo por ser resultado de la actividad humana, nunca satisfecha de conocer y jamás fatigada del trabajo, sino tambien en cuanto constituye unas veces suerte de prueba de leyes y principios anteriormente conocidos, y otras sirve de comienzo á observaciones nuevas y de base para inducciones de órden superior, las cuales cada vez nos acercan más y más á esa eterna verdad, cuyos vivísimos resplandores iluminan el entendimiento y alientan el deseo de saber, impulsándole hácia las valiosas conquistas científicas, gloria y premio del constante y sacrosanto trabajo.

Precisamente la ciencia de nuestros dias cuídase, con gran solicitud, del interesante pormenor, ántes sin razon alguna tenido en olvido, cuando no despreciado como bagaje inútil y cosa de poco momento, indigna de ocupar la atencion de quienes tenian á ménos consagrarse al estudio de los fenómenos, y entregados á sublimes lucubraciones unas veces y engañados otras con la esperanza de hallar en caprichosos principios y por métodos singularísimos la primera razon y causa eficiente de cuanto existe, ni paraban mientes en los hechos sencillos á su vista acaecidos y en los cuales se encuentran no pocas veces las leyes, que por torcidos é inciertos caminos buscaban, ni áun tenian tiempo de mirar hácia abajo y á su alrededor, embelesados como estaban en la contemplacion ideal de las cosas de arriba, sublimes cuestiones y principios generales, en cuyas investigaciones poco ó nada adelantaron, acaso por no haber tenido en cuenta que de lo pequeño y miserable fórmase lo grande, y que lo complejo resulta de lo simple, y que en la Naturaleza el estudio de lo accidental y contingente es base segura y comienzo del camino para inquirir lo fundamental.

En la actualidad síguese muy distinto rumbo, sin por eso desdeñar la tradicion científica, ántes al contrario, dándole todo su valor y apreciando en mucho y aprovechando todos los esfuerzos anteriores y antiguos trabajos en sentido de descubrir y dar á conocer la verdad; porque es necesario entender que el objeto de la ciencia no ha cambiado; es siempre el mismo, y la diferencia de ayer á hoy reside sólo en la mayor extension del método y en el perfeccionamiento de los procedimientos de investigacion.

Teniendo presente este sentido de la ciencia moderna, nadie ha de extrañar que los colores de los animales hayan sido estudiados cuidadosamente y áun clasificados á fin de inquirir su objeto; pues si la Naturaleza ha hecho que los séres presenten en su piel, en su pluma, en sus escamas ó en sus anillos muchas y variadas coloraciones, no será por mero capricho ó por recrear solamente la vista del curioso admirador de las obras de aquella fecunda madre, y alguna razon habrá para que la luz se quiebre sobre el plumaje del sagrado *ibis* y le haga parecer de vivísimo color rojo, choque con el pelo del oso de Siberia y toda ella se refleje produciendo el color de los colores, incida en el gallardo cuerpo de la gentil cebra y presente las simétricas manchas de su piel, y ofrezca los metálicos destellos del más hermoso tornasol si envuelve el sutil plumaje del diminuto *colibrí*. Por otra parte, la cuestion se hace todavía más interesante desde el punto en que naturalistas tan celebrados como Darwin y Wallace, hicieron de ella asunto muy preferente de sus estudios é investigaciones.

De cuantos problemas puedan presentarse en la actualidad á la consideracion del naturalista, no es de los ménos interesantes el referente á los colores de los animales, y áun puede decirse que ninguno le aventaja en importancia y novedad. Acerca de él, además, se ha dicho y se ha hecho muy poco, y por esto mismo merece llamar particularmente la atencion del investigador.

Darwin y Wallace primero, Magnus y Allen despues y más recientemente Cammerano y Hæckel, son casi los únicos naturalistas que se han ocupado con fruto en el estudio de la coloracion de los animales, habiendo llegado los dos primeros á formular cierta hipótesis, bastante fundada en hechos y no desprovista de lógica; lo cual, no obstante, ninguna ley general puede darse todavía, y sólo cabe indicar los resultados inmediatos de los hechos observados y estudiados por los distintos naturalistas que se han consagrado á la resolucion de los varios problemas comprendidos en la cuestion del color de los animales.

Abraza esta toda una serie de problemas importantes. En primer término, al examinar la variedad infinita de matices que toma la luz cuando incide bajo distinto ángulo sobre la piel de los animales obsérvanse dos cosas, á saber: la variedad de tonos de un mismo color y la combinacion de distintos colores, de donde pueden deducirse, desde este punto de vista, dos series de observaciones, una en sentido de estudiar la coloracion uniforme que presentan algunos animales, y otra referente á aquellos que ofrecen su piel manchada por diversas tintas, diferente el color de sus plumas ó con matices varios sus escamas.

Examinando los colores en general, y abarcando el conjunto, conviene indagar su orígen investigando si provienen de exclusiva accion de la luz ó si existe en los animales alguna otra causa que á su coloracion contribuya. Otra cuestion se refiere al objeto y fin especial de cada color y en este punto deben inquirirse las propiedades de todos ellos y el servicio prestado por cada uno al animal que lo posee. Despues de este estudio, cuyo resultado es adquirir no sólo conocimiento de los colores de los animales, sino tambien su objeto, viene la consideracion de cómo se distribuyen en la escala animal, en cuyo punto se consideran y establecen relaciones entre los distintos colores, ya aislados, ya considerándolos en las diferen-

tes especies de animales que los poseen, consecuencia de lo cual puede ser cierta clasificacion de cuantos individuos comprende la escala zoológica, tomando por tipos colores determinados, y agrupando á su alrededor sus derivados y los resultados de sus múltiples y variadas combinaciones.

Tal es la extension del problema y tal su alcance, y aunque no hayamos llegado á resolverlo por completo, se ha estudiado ya lo bastante para establecer ciertas conclusiones enteramente conformes con los hechos y admitidas y recibidas en la ciencia.

Al preguntarnos qué cosa son los colores de los animales, nos hallamos con dos cuestiones principales, sobre las que pueden ya comunicarse resultados ciertos y positivos respecto de determinados puntos. Estas cuestiones son las siguientes: consideracion de los colores en sí y cómo se clasifican y consideracion del significado, naturaleza é importancia de los colores.

En primer término cabe preguntar: ¿todos los colores de los animales son cualidades exteriores, sin que en ellos tenga la menor participacion la estructura interna, ni en ellos influya, para nada, la constitucion misma del sér? Para contestar á esta pregunta es necesario tener en cuenta ciertos hechos de la mayor importancia. Por punto general divídense los colores de los animales en externos é internos, segun se hallen en la superficie y en la piel ó en la carne y en los huesos, y para hacer esta division se invoca el hecho de algunos huesos que en ciertos animales presentan color verde, sin que pueda decirse cosa alguna respecto del especial orígen de tal coloracion, por lo cual el asunto se concreta ya á los colores exteriores, respecto de los cuales las observaciones son más precisas y exactas, singularmente en lo que se refiere á su interpretacion.



LA CUNA VACÍA, dibujo á la pluma por Llimona

De dos maneras pueden producirse los colores externos de los animales. Unas veces la sola accion de la luz sobre la piel basta para determinarlos, en cuyo caso la interferencia luminosa es causa única del color. Otras la piel se halla teñida, como cualquiera tejido, por un *pigmentum* especial. De aquí la division en colores epidérmicos y colores hipodérmicos. Muy fácilmente se distinguen los animales que poseen unos y otros: basta cambiar la posicion del animal y ver si el color varía ó permanece fijo; en el primer caso será producido por la sola accion de la luz y por una verdadera tintura en el segundo. Todos esos séres de colores vivos con cambiantes irisados, los hermosos tornasolados que presenta el plumaje de muchas aves y las variaciones de los destellos metálicos de ciertos insectos, son exclusivo producto de interferencia luminosa: gala prestada de la cual puede la luz privarles, como priva á las nubes de los contornos brillantes y de los magníficos matices de púrpura; adorno y nada más con que la luz las atavía, quizá para ocultar con la belleza incomparable del color determinadas imperfecciones.

Pueden dividirse en colores epidérmicos,—y con ello se entra ya en su interpretacion,—en *útiles, indiferentes, rudimentarios* y *accidentales*. Entre los primeros son notables los colores *protectores*, por cuya virtud un animal puede huir de sus enemigos; los *atractivos*, con los cuales los animales de gran tamaño ejercen cierta influencia sobre sus víctimas, y los *conservadores* y *desviadores*, que sirven para los fines indicados por sus nombres.

Casi todas las observaciones acerca de la coloracion de los distintos animales refiérense á los colores útiles, sin duda por ser aquellos cuyo objeto y fin se perciben y estudian con mayor facilidad, y además porque los colores útiles son realmente una prueba nada despreciable en favor de la lucha por la vida y de la adaptacion al medio. Para demostrarlo basta fijarse en algunos hechos perfectamente conocidos y estudiados.

Muchas víctimas de animales carniceros presentan perfectamente intactas ciertas partes de su cuerpo que ofrecen determinadas coloraciones, lo cual demuestra que los colores protegen, y en este caso, quizá ejerciendo accion repulsiva sobre el animal destructor. Casi todos los insectos que tienen manchas oculiformes de distinto color que el general de su cuerpo se preservan de sus enemigos y si acaso alguno es devorado, las partes correspondientes á las citadas manchas se libran por completo del ataque, son una especie de coraza ó blindaje que defiende al animal débil y pequeño del grande y fuerte que quiere aniquilarlo.

A estas observaciones deben añadirse los recientes estudios del eminente profesor Hæckel, acerca de los corales de la isla de Ceilan. En los fantásticos bosques submarinos donde se crian hermosos y magníficos corales verdes, todo es verde, y hasta verde es el color predominante de la isla entera; region afortunada de la perpetua juventud de la Naturaleza, isla eternamente verde, paraíso soñado por poetas y artistas, tierras por donde han de extenderse desde ahora y en lo sucesivo las observaciones y trabajos del naturalista. Como los corales, verdes son las plantas, verde la tinta del mar, los reptiles, los pájaros y las mariposas, ofreciendo la más hermosa gradacion de tintas, desde el oscuro del musgo, hasta el trasparente y vivísimo de las aguas, y esto tanto los séres citados como ciertos animales marinos inferiores, y áun crustáceos y moluscos de gran tamaño. El insigne profesor explica esta suerte de *monocromatismo* acudiendo á la seleccion natural y á la teoría de los colores protectores como una consecuencia suya.

En efecto, si nos figuramos un animal de color igual ó muy semejante al medio en que vive, evidentemente este sér puede ocultarse con mayor facilidad de sus enemigos, confundirse con las cosas que le rodean y asegurarse más larga vida. En cambio, la subsistencia de los séres coloreados con las mismas tintas del medio en que habitan está asegurada; puesto que con mayor facilidad pueden acercarse á sus víctimas sin ser notados. De esta manera, por la lucha verificada en las condiciones requeridas, la seleccion se practica de continuo, en virtud de adaptaciones al medio y del aprovechamiento de cuantas condiciones rodean á los séres, lo mismo las que se refieren á sus semejantes que las de la misma Naturaleza inorgánica, en cuyo contacto viven.

Ignórase todavía la condicion biológica del color negro y del color blanco; pero no pueden ponerse en duda las simpatías de los animales por determinados colores, y su antipatía por otros. En este punto obsérvanse verdaderas maravillas, sólo comparables á las singulares acciones de los sonidos y de los colores sobre cada especie animal. No son tales cosas, como podria creerse, juegos de la fantasía; son realidades observadas á cada momento, fenómenos cuya importancia crece á medida que se estudian y que están llamados con el tiempo á constituir una de las partes más útiles é interesantes de la Historia natural de la Creacion.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO

Con el reparto 120 recibiran los suscritores à quienes corresponda la anunciada cromolitografía representando un BAUTIZO Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX, copia de una acuarela del Sr. Llovera. Hubiéramos deseado repartirla ántes, pero lo numeroso de la tirada y el cuidado y esmero que ha habido que poner en su ejecucion nos impiden distribuirla con más oportunidad; con lo cual por otra parte han ganado indudablemente aquellos, pues el resultado de este trabajo ha sido tan perfecto como tendrán ocasion de apreciar. Debemos desde luégo recomendar eficazmente que al poner el correspondiente marco a la expresada cromolitografía, no se corte el papel blanco que la rodea, pues de lo contrario, además de hacerle perder su carácter de acuarela, se la privaria del realce y lucimiento que le da dicho papel blanco.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

ILUSTRACION ARTÍSTICA



AÑO III BARCELONA 31 DE MARZO DE 1884 NÚM. 118

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL HIJO DE CHILPERICO, cuadro por Maignan

El autor de este lienzo es uno de los autores franceses que con mayor aliento y éxito cultivan el difícil género histórico. La escena que representa ese hermoso cuadro se remonta al tiempo de los merovingios.

Chilperico I, que reinó en la segunda mitad del siglo VI, habia repudiado á Odevaria para casarse con Fredegunda, de la cual tuvo un hijo varon, destinado á sucederle en el trono. Dios castigó en el mancebo la falta de sus padres: rendido por mortal dolencia, perdióse toda esperanza en la ciencia de los hombres, bien limitada por cierto en aquellos rudos tiempos; y entónces nada mejor idearon

EL HIJO DE CHILPERICO, cuadro por Alberto Maignan

sus afligidos padres que hacerle colocar en una parihuela y dejarle en contacto con el sepulcro de San Medardo. Pero el cielo se negó á obrar un milagro y el infante empezó á agonizar apénas fué introducido en la oscura cripta que guardaba los restos del santo obispo.

Tal es la escena que Maignan ha reproducido con envidiable talento. La disposicion general no puede ser más acertada. En detalle, no cabe expresar con mayor verdad el reconcentrado dolor del padre, el dolor físico del hijo, la desesperacion de la madre y su postrera esperanza en un poder sobrenatural. La impresion que causa el lienzo es profunda: de él podria decirse que huele á muerto.

LA CANCION DEL DIA, cuadro por F. Zonaro

Los hijos del pueblo son por naturaleza poetas y cantores. Ellos han sido los autores anónimos de un sin fin de grandes pensamientos versificados correctamente sin saber lo que es metro, ni pié ni acento; como se han encargado tambien de popularizar ciertas melodías que instantáneamente pasan del teatro ó del salon á la calle, sin que se sepa qué ó quién las ha trasmitido á la multitud que resulta conocerlas y entonarlas repentinamente.

Sucede con esas canciones lo que con los paraguas: nadie los lleva; pero en cuanto caen cuatro gotas no se ven más que paraguas por las calles. Vais al teatro; oís una cancion que se os pega instantáneamente, que el público hace repetir con entusiasmo, que tarareais miéntras regresais á vuestro domicilio.... Pues bien, al dia siguiente, el aprendiz que indolentemente se dirige á su taller, el obrero que regresa de su fábrica, hasta la sirvienta cuya pertinacia musical es el martirio de la vecindad, se han apoderado del motivo melódico y toman por su cuenta el ponerlo en boga.

Los pilluelos del cuadro de Zonaro vagabundean por las afueras de la poblacion entonando el aire del dia: tenor y bajo *á natura*, están ejecutados con una verdad que honra seguramente á Zonaro, artista italiano, que ha encontrado esos tipos cabe la incomparable bahía de Nápoles.

EL PRIMER FRUTO DE BENDICION, cuadro por Fausto Zonaro

Amáronse nuestros jóvenes esposos como la moral exige y casaron como la Iglesia ordena. En la seguridad de que no falta pan á quien ama el trabajo, ni puede desconfiar del porvenir el que ahorra poco ó mucho de su salario, han gozado de un presente tranquilo, en el interior de un hogar modesto, pero embellecido por la juventud, el amor y la esperanza. El Señor ha bendecido ese matrimonio, deparando á ese cielo conyugal el ángel que le hacia falta. Un niño robusto, bello, vivaracho, ha venido á colmar la alegría de la casa, abriendo nuevos horizontes al deseo de sus padres. ¡Con qué valor soporta el marido su mayor trabajo desde que su hijo consume una parte de su producto!... ¡Con cuánto afan economiza la mujer, ya no lo supérfluo, sino hasta una porcion de lo necesario, pensando en que la peseta que ahorra es la base del capital del pedazo de sus entrañas!.. ¡Qué rayo de sol disiparia las tinieblas del hogar como la sonrisa de ese niño; ni qué música celestial sonaria en los oídos de esa enamorada pareja, como suena la primera palabra que balbucea el tierno infante!...

Los que satirizan el matrimonio porque nunca han comprendido la santidad del afecto de familia; los pesimistas que se empeñan en hacer de este mundo una noche tenebrosa, donde apénas brillan las onzas de oro de una que otra gaveta; comprendan que aún hay felicidad en la tierra para los esposos que llaman bendicion de Dios al advenimiento del primer hijo.

LORELEI, estatua por Roberto Caner

En la mitología griega y romana la encantadora de las aguas era la sirena. A orillas del Rhin, la tradicion tuvo el buen gusto de suprimir la escamosa cola al hada de las ondas. Lorelei (compuesto de Lore, nombre de la ondina, y Lei, nombre de una roca situada encima de San Goarshausen) es la mujer fantasma, de esbelto continente, cuyas delicadas formas se insinúan á través de su ligero traje y más ligero velo del color de las olas: su larga y rubia cabellera flota á merced del viento, que ora agita mansamente las aguas, ora las encrespa con estrépito. Su canto, como el de las sirenas, atrae á los hombres, y si alguno intenta resistir esa atraccion, las olas le sepultan en su seno. Si, por el contrario, el pasajero se atreve á escalar las desnudas rocas en que Lorelei se muestra, ó es precipitado al abismo desde sus alturas, ó si el hada se encuentra de mejor talante, se contenta con hacer extraviar á su víctima por entre un laberinto de juncos y espadañas que le retiene durante muchos dias.

Sabido quién es Lorelei, se ha de convenir en que raras veces las creaciones de la supersticion popular han encontrado una forma tan poética, tan sentida, tan artística, como la que Caner ha obtenido en la estatua que reproducimos.

TEODORO DU MONCEL, notable electricista

No ha muchos meses decíamos, al ocuparnos de Siemens, que la ciencia eléctrica estaba de luto con motivo de la muerte de este distinguido ingeniero, acaecida poco despues de la del célebre Breguet. ¡Cuán léjos estábamos de figurarnos que al poco tiempo habia de seguirles al sepulcro otro electricista no ménos aventajado que ellos, el conde Teodoro du Moncel, tan conocido en nuestra patria por sus obras sobre electricidad y telefonía! Y sin embargo, nada más cierto por desgracia: el conde Teodoro du Moncel, cuyo retrato tenemos la satisfaccion de insertar en este número como débil y justo homenaje á su laboriosidad y grandes conocimientos, falleció el 16 de febrero último.

Hijo el conde du Moncel del general de ingenieros y par de Francia del mismo título, consagróse desde sus juveniles años al estudio de las ciencias, y más especialmente al de la arqueología, sobre la cual publicó notables escritos. Sus padres, imbuidos en preocupaciones tan rancias como vanas, no llevaban á bien que el jóven se dedicara á semejantes trabajos, y juzgando neciamente que con ello degradaba su nombre, cuando lo que hacia era rodearlo del brillo de más verdadera y provechosa nobleza, exigieron de él que renunciara á sus aficiones arqueológicas para cuidar exclusivamente de su hacienda. Teodoro no pudo avenirse á las pretensiones de los suyos, y de su resistencia surgió un rompimiento con la familia, que le dejó privado de todo recurso. Obligado por esta causa á renunciar á los estudios arqueológicos que requerian gastos considerables, dedicóse du Moncel á los de la electricidad, en cuya ciencia se instruyó sin auxilio de profesor alguno. Dióse á conocer escribiendo varias séries de artículos en diferentes revistas científicas, y luégo emprendiendo trabajos originales, en especial sobre las corrientes de induccion, las pilas y los electro-imanes; cabiéndole el honor del descubrimiento del efluvio eléctrico, que tantos servicios ha prestado á la química y que ha llegado á ser un agente precioso de combinacion.

De 1850 á 1856 construyó más de veinticinco aparatos nuevos por los que fué premiado con medalla de primera clase en la Exposicion de 1855, siendo los más notables el anemómetro eléctrico, los mensuradores eléctricos de niveles de agua, el anotador eléctrico de improvisaciones musicales, el regulador automático de temperaturas, aparatos de alumbrado eléctrico de las cavidades oscuras del cuerpo humano, sistemas de telegrafía, galvanómetro anotador, cerraduras eléctricas, etc., etc.

En 1860 fué nombrado ingeniero electricista de la Administracion de Telégrafos, en 1866 oficial de la Legion de honor y en 1874 individuo libre de la Academia de ciencias. Siendo redactor en jefe del periódico *La Luz eléctrica*, ha llenado con sus escritos las páginas de esta revista, publicando al propio tiempo muchos volúmenes y folletos sobre los progresos de la electricidad, entre otros *El Teléfono*, *El alumbrado eléctrico*, *El Micrófono* y el *Fonógrafo*, *La Electricidad como fuerza motriz*, y otros muchos que hoy sirven de provechosa consulta para cuantos á dicha ciencia se dedican.

LOS TRAMPOSOS, cuadro por Meyerheim

Este cuadro, parodia de una escena harto comun entre rufianes y petardistas, es de una verdad insuperable. Si Darwin hubiese tropezado con monos de esa naturaleza, tan monos y tan dotados de expresion á un tiempo, hubiera argumentado con el ejemplo de esos cuadrumanos, que tienen todas las trazas de tres pilletes redomados. Por supuesto que el *caballo blanco*, ó séase el entrampado, no es tan lerdo como sospechan los fulleros, y es muy posible un belen de treinta mil demonios, si los demonios se curasen de tales monadas.

Dado que algunos artistas tienen el raro capricho de criticar los vicios de los hombres por medio de animales, como ya lo venia haciendo Esopo en sus fábulas, hay que conceder al autor de esos monos un estudio de ellos tan detenido y esmerado que no puedan ménos de quedarle agradecidos los salvajes pobladores de los bosques de Tetuan.

RECUERDOS DE LA SEMANA SANTA EN SEVILLA

La Vírgen de la Esperanza

I

Sevilla tiene particularidades que le son propias, fiestas que pasarán á proverbio, detalles que no puede conocer el viajero, sino es ya que se decida á ser sevillano, á plantar sus reales en medio de sus alamedas y de sus verjeles.

Entre estas particularidades, que trascienden poco á poco, pero que no se manifiestan en toda su plenitud al primer golpe de vista, cuéntase la de una exagerada predileccion por determinadas imágenes, por ciertas advocaciones, por templos especialísimos; cosa que si pasa inadvertida para el que la ve en la santa semana, llevar ofrendas á este y aquel altar, á uno ú otro templo, es patente y fuera de duda para el que conozca la rivalidad que existe en las distintas hermandades, la emulacion que reina en el adorno de *los pasos* y el antagonismo que hierve en las solemnes manifestaciones públicas.

Entrando en este campo de investigaciones, fecundo y rico de color local, advertiremos que, entre las imágenes de Jesus y de su Santa Madre, estas tienen siempre para el sevillano la primacía; por esto dijo álguien, con alto sentido y sobra de razon, que era esta tierra *la tierra de María Santísima*.

Hay un pintor á quien han hecho célebre *las Concepciones*, no hay para qué decir que es Murillo. Seria curioso investigar si él fué quien fomentó, en Sevilla, hasta llegar al delirio esa predileccion por las imágenes de María, ó si el notable pintor, influido como buen sevillano por esa atmósfera de veneracion, que aún no se ha disipado, halló esas delicadas y graciosas imágenes que, colocando el divino pié sobre la luna —que mengua de envidia —y dando al viento los sutiles pliegues de sus ropajes, parecen ascender perpetuamente hácia los cielos rodeadas de un precioso coro de desnudos angelillos.

Las Madonnas de Rafael, más bellas acaso, producen en el ánimo una emocion distinta á la de las Concepciones sevillanas. Parece que bajo este cielo azul, que se cubre por las tardes de nubes de colores; que en estas márgenes floridas, donde la Psiquis griega ha dejado sus formas de mujer porque se encontraba fea entre tanta hermosa; en estas Hespérides, en fin, donde las manzanas de oro penden aún de los árboles, á pesar de no existir ni uno solo de los personajes de Hesiodo y de Homero, habia de hallarse el supremo arquetipo de la belleza femenil, el gran ideal del pintor cristiano; la vírgen en quien no se ve la carne, porque va separándose, poco á poco, de la forma, como una envoltura de niebla.

Todos los pintores que siguen la escuela vislumbrada por Giotto, hallan en una realidad más ó ménos perfecta el patron de sus Vírgenes; sólo por una poderosa abstraccion logramos nosotros separar á la Fornarina de los lienzos del favorito de los Médicis; con Murillo no ocurre lo propio, el modelo permanece eternamente oculto bajo aquellas formas extrahumanas. Una Concepcion suya, es la mujer que no nos explicamos sentando la planta en el pavimento, áun cuando este sea de rico mosaico como el de los palacios de Itálica, ó de resplandeciente cristal, como aquellos que sustentaron á Esther en los alcázares del rey Asuero.

Rafael escribia á uno de sus amigos que no hallando modelo apropiado para sus creaciones, se solia servir de uno que él mismo se habia forjado; sin embargo, la ojeada envidiosa y maligna de sus émulos supo descubrirlo al fin, y si no logró ver á la ramilletera del Trastévere, que mostró al autor del *Pasmo de Sicilia* los primeros misterios de la forma, señaló en cambio á la hermosa y desdichada *fornera* que habia de condenarse á perpetua vergüenza dando su alma al hombre y sus encantos al artista.

Nadie ha podido decir qué modelos halló Murillo para sus Concepciones; los que afirman que estas tienen el tipo andaluz se equivocan grandemente.

Y en verdad que si el Pintor del Cielo hubiera querido copiar pura y simplemente á nuestras hermosas, como hizo Rafael en sus Vírgenes romanas, hubiera llevado tambien al de Urbino gran ventaja. Segun los escritores sagrados y principalmente San Epifanio y San Nicéforo, la madre de Jesus era de mediana estatura, trigueña, de cabello castaño, de ojos garzos, ó semejantes en color al fruto maduro de la aceituna, de arqueadas cejas y hermosos labios. Como la esposa del Cantar de los Cantares hubiera podido decir: *soy morena, pero hija de Jerusalen:* nuestras mujeres, como ya expresó Campoamor, plagiando ó parafraseando el sagrado texto, *son dignas de ser morenas y sevillanas.*

Hay sin embargo en las Concepciones de Murillo algo que se aleja de la andaluza y de todas las mujeres del mediodía de Europa. El cabello suelto y tendido por la espalda es propiedad de la castellana del Norte, de las protagonistas de las baladas escocesas, de las hadas de los cuentos dinamarqueses: la española, al modo griego ó hebraico, árabe ó romano, jamás llevó el cabello suelto; siempre arrolló sus hermosas trenzas como Aspasia, Rebeca, ó la favorita de Abderraman III.

El amplio ropaje que cubre, con sus ondulantes pliegues, los Concepciones de Bartolomé Estéban, se parece más al traje de la dama de la Marca alemana, que á la airosa falda corta de las hijas de Andalucía. Ultimamente, la mujer andaluza, más que serena majestad, tiene movilidad y gracia.

De estas observaciones resulta que Murillo hubo de buscar algo de lo que el pueblo conservaba de las tradiciones góticas para completar el tipo ideal que se habia forjado, pues aunque puede suponerse que la segunda Eva tomara de la primera sus delicadas formas y su suelto cabello, es un tanto discutible el que Murillo lo tuviese en cuenta.

Del mismo modo puede asegurarse que el pintor de la Vírgen de la Servilleta no halló las vestiduras de sus Concepciones en las que ocupaban nuestros altares: la mayor parte de estas ostentaban sus túnicas plegadas á la manera bizantina, y habia de separarse de tal tradicion para dotarlas de esos vaporosos ropajes que tienen tanto de airosos como de sutiles.

II

Pero nos hemos separado de nuestro propósito, llevados del irresistible deseo de investigar cómo se desarrolló en Sevilla la predileccion por las imágenes de la Madre del Cristo, y habremos de volver sobre nuestro asunto, que es el de recordar algunas particularidades que se relacionan con este modo de ser del pueblo sevillano.

Durante la Semana Santa, se extrema, como hemos dicho, la emulacion religiosa, dando por resultado esas magníficas cofradías que llaman á la tercera capital de España todo un mundo de turistas curiosos.

El que visita, por primera vez, los templos en que se hallan colocadas las imágenes que han de hacer estacion al dia siguiente, no puede ménos de lanzar un grito de admiracion al ver reunidas, en corto espacio, tantas riquezas. El oro, el terciopelo, el brocado y las piedras preciosas, cubren, por decirlo así, las esculturas, y brillan á la luz de los cirios á la manera de aquellos tesoros de que nos hablan los cuentos orientales y las Memorias del Papa Silvestre II. Diademas riquísimas, collares y pendientes de un valor inapreciable, aderezos de rubíes, esmeraldas y perlas, relucen acá y acullá como lluvias de luceros. Los

dedos de las Vírgenes desaparecen bajo las sortijas y sus *resplandores* y *nimbos* harian la fortuna del más pobre barquero del Guadalquivir.

Esas Reinas del Cielo tienen sus camareras que pertenecen á lo más elevado de la sociedad, las cuales no se dan punto de reposo cuando hay que cubrir aquellas cabezas de brillantes y aquellos senos de perlas.

Las andas ó *pasos*, son verdaderas montañas movibles, que sustentan el peso de una gloria escultórica y de un sin número de tesoros reales; véanse los del Salvador ó de San Lorenzo, los de San Isidoro ó de San Gil; todos ellos son igualmente ricos y ostentosos.

Ni un solo año deja de estrenarse alguno de esos objetos en los que se derrocha el terciopelo y el oro como si fueran cosa de poca monta y escasa valía. Los mantos suelen estarse bordando años enteros, y, como verdaderas obras de arte, cuestan muchos miles de duros.

Habrá quien diga que tal lujo, tal ostentacion, tan magníficas riquezas, constituyen una falta de sindéresis tratándose de la religion del Crucificado, de las ceremonias de la Iglesia de aquel Cristo que no tuvo en el mundo una sola piedra donde reclinar su cabeza; pero esta objecion dejará de hacerse tan pronto como se vea la religiosidad exagerada, el prolijo cuidado, el órden y compostura que reina en estas Cofradías, verdaderas exhibiciones artístico-religiosas que tienen un sello especial y propio en esta privilegiada region.

Entre una multitud que se apiña en las calles del tránsito, levantando sólo ese ruido especial de la ola humana que pugna por romper el límite, pasan los misterios ó *pasos* llenos de flores y guarda-brisas y alumbrados por una miriada de luces que arrancan brillantes destellos de las alhajas y objetos de arte que los decoran. Vistos de noche, se asemejan á constelaciones móviles que rastrean por la tierra, rodeando ya á una Dolorosa, ya á un Nazareno, ya á uno de esos grupos de personajes bíblicos que animó el cincel de nuestros grandes escultores. La multitud se alza sobre las puntas de los piés para recorrer, con la vista, ora las angulosas formas de un Cristo de Montañés, ora el rostro lloroso y bello de una Magdalena de la Roldana, ó empapa sus ávidas pupilas en las notables labores de sus túnicas y de sus mantos.

Para acompañarlos dignamente, el cofrade se cubre con capuz de blanca estameña; lleva al pecho bordado escudo; luce fino guante y calza zapato charolado con hebilla. La sevillana, que se asoma al balcon de la carrera ó se confunde en la fila de curiosos, que abre el cuerpo de hermanos bastoneros, contribuye tambien á dar tono á la solemnidad poniéndose sus mejores galas; y el manton de Manila, á que la hija de San Bernardo ó de Triana es tan aficionada, forma bello y pictórico contraste con el abrigo francés ó el gran sombrero de largas plumas, importado por las estatuarias hermosuras de Alemania.

Imposible sería describir las cofradías sevillanas con la minuciosidad que sus innumerables particularidades demandan. El nazareno, se manifiesta de distintos modos y se presta á numerosos análisis. Si lo consideramos como perteneciente á la buena sociedad, hemos de verle siempre pulcro y coquetuelo, llevando el estandarte ó la vara de plata; dirigiendo de vez en cuando su mirada á las bellas y haciendo que asome bajo la túnica su bien cortado pantalon de paño negro: si le consideramos como hijo del pueblo, podemos verle con el alto capirote sobre la frente, llevando al brazo la rizada cola, que plegó su novia con gran cuidado, sustentando el pesado cirio en la cintura y dejando ver el pañuelo con encajes; grato presente alcanzado, tal vez, en las deliciosas horas de la reja. El primero, no se separará de su puesto miéntras dure la procesion y apénas estrechará la mano de un pariente ó de un amigo; el segundo, hará de vez en cuando *el juego de los desaparecidos*, es decir, confortará su ánimo en la taberna cercana. Uno y otro guardarán, á pesar de todo, gran compostura y llegarán al fin de la carrera satisfechos y orgullosos por haber cumplido su deber.

En las cofradías, como hemos dicho, es donde con más viveza resulta el especial antagonismo que existe entre las distintas hermandades. Basta que un trompetero del Salvador lleve el paño de su trompeta bordado de oro, para que al año siguiente le sobrepujen en riqueza los heraldos de la de San Lorenzo; es suficiente que la hermandad de San Gil luzca en sus *senatus* un águila de plata para que se sobredoren las águilas de los legionarios de Triana: si los hermanos de la de San Isidoro lucen sus palios cubiertos de brocado, no hay duda que los del Mayor Dolor y Traspaso procurarán que los suyos lleven bandas de pedrería y flecos de oro.

Pero los que no consienten que vaya nadie más allá en lo que toca á su abogada y dueña, son los macarenos, que tienen sus *pasos* en la celebrada parroquia de San Gil—á cuyo arcediano enterró vivo el Rey D. Pedro y veneran en su iglesia á la Vírgen, bajo la advocacion de la Esperanza.

La Vírgen de la Esperanza—*¡su maresita!* como la llaman en su expresivo lenguaje—es una imágen delicada y graciosa, que sin ser notabilísima escultura, tiene ese atractivo especial cuyo secreto sabe explicar tan sólo, el extático á quien se le apareció en sueños, rodeada de nubes de grana.

Si preguntais á uno de sus devotos por qué la prefiere á otras más bellas, no sabrá qué contestaros y os responderá lo que el novio á quien dijerais porqué quiere á su novia más que á la vecina de enfrente que tiene los ojos más azules y los cabellos más abundosos. La Vírgen de la Esperanza *se deja atrás á todas las Vírgenes;* es un fenómeno psicológico que no se explica el macareno, como no se explica el utrerano porqué adora á la de Consolacion, pequeña y vulgar escultura que él halla inimitable, como reza el cantar:

¡Mira qué bonita era!
se parecía á la Vírgen
de Consolacion de Utrera

Para el macareno, la Vírgen de la Esperanza con su manto verde y sus ojos *adormilados*, es el prototipo de la gracia y de la hermosura.

Asombra ver cómo esta hermandad, compuesta de las clases ménos acomodadas y relegada á un barrio extremo, acumula joya sobre joya y objeto sobre objeto, para hacer descollar sobre todas á su imágen favorita.

El manto de la Vírgen, que aún no está acabado de bordar, ha costado cerca de treinta mil pesetas y los trajes de las centurias romanas llamadas vulgarmente *armados* son un verdadero derroche.

Conociendo el carácter desprendido y generoso del pueblo andaluz, habiendo asistido á alguna de sus fiestas íntimas y teniendo en cuenta su veneracion tradicional por la mujer, se explica satisfactoriamente esta monomanía especialísima.

Recuerdo que en una de esas fiestas, que se hacen en mayo, cerca de las Cruces vestidas de rosas y de álamo blanco, una hermosa *flamenca* vertió inadvertidamente su caña de vino sobre el altarillo en que se apoyaba el sagrado y fragante madero. Pusiéronse ceñudos los asistentes viendo el percance, y el novio de la jóven, que se miraba en sus ojos y era un macareno de gracia, *no se anduvo en chiquitas*, como suele decirse, sino que quitando de los redondos hombros de su amada el rico pañolon de Manila, cuyas flores bordadas eran más vivas y hermosas que las naturales del altar, limpió con él la mancha de manzanilla diciendo á los admirados circunstantes:

—¡Como este paño
tengo yo *pa mi niña*
doscientos cuatro!....

Si esto se hace en Andalucía por una mujer, ¿qué no se hará por la Vírgen que es, como si dijéramos, el ideal de la amada que ni se mancilla ni envejece?

Los macarenos tienen para su Vírgen oro y terciopelo, flores y piedras preciosas, palios y farolillos de plata. La cofradía sale por la madrugada y se goza en esperar los destellos del alba para que se vayan dando á luz, poco á poco, las preciosidades que atesora.

Cuando el sol ha tendido en el cielo todos sus dorados esplendores, llegan *los pasos* á la histórica puerta de la Macarena, donde los espera el barrio entero con febril impaciencia.

¡Cómo palpitan los corazones al ver el manto verde bordado de oro de la Vírgen de la Esperanza y su simbólico estandarte! ¡Qué orgullosos van los legionarios romanos que lucen sus cascos adornados de largas plumas y cuyos capitanes, ó centuriones, llevan encima más preseas que el mismo triunviro que escandalizó á Roma con su ostentacion y sus prodigalidades!

Al ver aquellos nazarenos, aquellas marías, aquellos ángeles, aquellos heraldos y bastoneros, que adelantan triunfalmente, la multitud se mueve, se empuja, aplaude y da vivas á la Vírgen de la Esperanza que asoma por el soberbio arco.

El paso en que la Imágen se alza brillante y triunfadora, se vuelve hácia uno y otro lado, y las *saetas*, es decir, los cantos populares sagrados, brotan espontáneamente de los labios de los más fervorosos.

Dice así la musa popular:

Por allí viene la Vírgen,
con el sol se ve venir;
¡maresita e mis entrañas
cuántas penas tengo aquí!
Mare mia e la Esperanza
extiende tu hermosa mano
y échale tu bendicion
á este pueblo sevillano.
La Vírgen de la Esperanza
es la que sabe mi mal,
que me meto en la capilla
y me harto de llorar.
La Vírgen de la Esperanza
no tiene comparacion,
cuando la sacan al campo
al instante sale el sol.

Despues de estos ó parecidos desahogos populares, el hermano que guia el paso de la Vírgen da tres golpes secos de martillo, las andas avanzan por el dilatado campo del Hospital, suena un nuevo y prolongado ¡viva! *y sigue su curso la procesion.*

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla, marzo 1884

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuacion)

XII

En donde se verá como el Santon de los siete cielos, estuvo á punto de dar un barquinazo en la tierra

Entre tanto, en el exterior de la caverna se efectuaban grandes acontecimientos.

Antes de salir del antro, el derviche vistió á Gil el traje que requería el importante papel que debia representar.

Omazor (genio del bien) queriendo premiar las altas virtudes y merecimientos de su Santon predilecto, habia esclavizado en poder de éste, al hijo primogénito de Arimanes (espíritu del mal) y la noticia de este prodigio habia cundido por todas las poblaciones de la ribera del *rio de los Sapos*.

Con efecto, una mañana, vióse al glorioso sacerdote atravesar por los campos, envuelto en su blanco caftan de capucha, acompañado de un sér maravilloso y desconocido. Era este un monstruo inverosímil, que tenia cuatro remos, pero sin manos, ni piés, ni garras, ni pezuñas. Su cuerpo estaba cubierto de escamas, conchas, espinas y otras materias inexplicables. A veces andaba á lo cuadrúpedo, á veces se erguia y se apoyaba en un largo palo que era el retoño de una palmera enana, á veces se hacia un ovillo y rodaba por el suelo, á veces asomaba la cabeza por entre sus dos sustentáculos más prolongados, á veces abria estos en sentido inverso extendiéndolos de plano sobre la tierra y reposaba la cabeza sobre uno ú otro.

Se asemejaba á un odre hinchado, á un pulpo despues de muerto.

Los primeros campesinos que se encontraron con el derviche y su extraño acompañante, se pusieron á recaudo, y sólo cuando notaron que aquel llevaba sujeto al monstruo por medio de un largo y grueso cordel atado á la cintura, se atrevieron á observarle desde léjos. Percibieron vagamente sus ojos grandes, inmóviles y vidriosos, sus orejas que parecian las alas cartilaginosas de un murciélago y sus formas que no tenian ninguna.

El temeroso asombro de los espectadores lejanos llegaba á su colmo, cuando oian una voz, ó más bien un grito salvaje, que saliendo casi á la vez de los cuatro puntos cardinales, repetia:

—¡Santon! ¡Santon! ¡Santon!

Indudablemente se confirmaba el rumor; aquel monstruo era *Masrú*, hijo de Arimanes y de la Sapo Felestra; el Santon le habia encadenado. ¡Qué gloria para el Santon!

¿Y el Sultan, el ciego Sultan de Joló desconocia la autoridad de aquel predestinado domador de espíritus malignos?

¿Y le trataba con desvío, y le hacia vigilar?

¡Cuánto embrutece y ensoberbece el poder á los príncipes!

La noticia circuló rápidamente por las aldeas y bohíos. Todos deseaban y temian ver al divino derviche y al monstruo cautivo. El sagaz sacerdote no queria aproximarse á las poblaciones por no asustar á sus habitantes, pero pasaba á alguna distancia de ellas, con objeto de exhibirse.

A veces, en sitios, quizá convenidos, ataba á Masrú (a) Gil, al tronco de un árbol, y separándose algun espacio, se postraba en tierra como para hacer oracion. Entónces se le acercaba algun otro derviche de segundo órden, ó bien un campesino ó quizá una mujer. Cambiaban entre sí frases misteriosas, y luégo el Santon, volviendo á tomar el ramal del monstruo, continuaba su extraña excursion.

Desde el dia anterior se observaba en el país una cosa rara é inexplicable y más movimiento que de costumbre. Cruzaban por los montes y vericuetos grupos que no eran de cazadores, ni de gentes dedicadas á las faenas agrícolas. En la noche que habia pasado notáronse hogueras que parecian señales, y en resolucion flotaba en la atmósfera ese *no sé qué*, á que alude Shakespeare, cuando dice:

—Hay algo podrido en el Estado.

Al llegar la mitad del dia, el Santon era seguido por una compacta multitud de personas, aunque no tan de cerca como Pedro el Ermitaño cuando predicó la primera cruzada.

Masrú imponia á las turbas, que admiraban á cierta distancia sus portentosas contorsiones.

El derviche parecia abstraido. Andaba lentamente, sin mirar á nada ni á nadie.

Próximamente á las dos de la tarde, hizo una de sus paradas, ató á un árbol al hijo de Arimanes, que estaba pensando en lo que harian Sebastian y Petrita en el subterráneo, y se desvió un trecho, acercándose á un manantial bordeado de cañaverales.

De entre estos salió un hombre con aspecto de pastor, que se arrodilló delante del Santon como demandándole sus bendiciones.

El derviche extendió sus manos sobre su cabeza y sin mirarle, le dijo:

—¿Está todo pronto?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Mil de Mindanao, ochocientos de Boslan, doscientos entre ribereños y costeros y catorce presidiarios tagalos y españoles, fugados.

—¿Total, dos mil catorce?

—Así es.

—¿El príncipe, está pronto?

—Lo está.

—¿Cuándo desembarcará?

—Cuando le avisemos.

—¿Armas?

—Suficientes. Tres depósitos.

—¿Municiones?

—Dos. Uno en la ensenada de Zuguallan, otro en la caverna del rio.

—Está bien. Separémonos porque nos observan. Al anochecer entraré en el bosque de los Castaños, por la parte del Sur; espérame allí, y allí te daré mis últimas instrucciones.

El derviche prosiguió su caminata.



LA CANCION DEL DIA, cuadro por Fausto Zonaro



EL PRIMER FRUTO DE BENDICION, cuadro por Fausto Zonaro

A la caida de la tarde, Masrú ó séase Gil, enroscándose graciosamente á la cintura de aquel, le dijo:

—Oiga V., señor cura, esto va siendo pesado, estoy cansado y me ahogo de calor.

—Tener paciencia, amigo,—contestó el Santon en un español nada académico.—Al anochecer, libre. Faltar poco.

¿Y nos cumplirá V. su promesa?

—Siempre yo cumplir.

—¿Nos pondrá en tierra de España?

—Ole que sí.

Indudablemente, el milagrero se habia rozado con algun andaluz.

—Y diga V.—repuso Gil, que tenia ganas de hablar.—¿Podremos contar con algun recurso de dinero?

—Ser muy pedigüeño, pero yo ser generoso.

Una idea súbita hizo que Gil se apartase del tema primitivo y preguntara al Santon:

—Y diga V., ¿qué supone que harán mis compañeros solos en aquella cueva?

—¡Quién sabe! Harán... cachipuches.

Esta palabra inesperada en boca del derviche sonó mal al pobre Gil.

La tarde descendia rápidamente y el sol declinaba. El sacerdote habia conseguido su objeto y Gil representado su papel á las mil maravillas, y eso que llevaba una espina y una escama clavadas en el corazon. La multitud no cesaba de seguirles; tal vez, como último milagro, esperaba presenciar la ascension del Santon de los siete cielos, siquiera al primero de los idem.

Poco á poco el domador y el espíritu esclavo fuéronse aproximando al bosque de los Castaños.

Ya bien entrado el crepúsculo nocturno, se hallaban á corta distancia de él.

El derviche se detuvo.

—Por despedida,—dijo á Gil,—es preciso hacer algo sorprendente, para dejar un buen recuerdo á esos que nos están mirando.

El complaciente jóven reflexionó un momento. Buscaba una idea nueva, una bomba final. Hallóla por fin, pero cuando se apercibia á ponerla en práctica, haciendo flexiones para estar ágil, sucedió una cosa tremenda é inesperada.

Seis negros colosales, montados en otros tantos caballos, salieron del cercano bosque y se dirigieron al galope hácia donde estaban nuestros personajes.

Al verlos aproximarse, el Santon se puso lívido y dejó caer la cuerda con la que llevaba atado á Gil (á) Masrú.

Este comprendió que aquellos sicarios no traian buenas intenciones y puso piés en polvorosa, corriendo desaforadamente con direccion hácia el bosque. La turba de espectadores, viendo libre al monstruo, se desbandó espantada, porque además los curiosos rezagados trajeron noticias sorprendentes é inquietantes: el Sultan, el propio Sultan de Joló habia llegado al territorio ribereño. Se hablaba de una conspiracion descubierta, de prisiones hechas, de castigos acordados.

El país, en aquellos momentos, se asemejaba á España ó á las Repúblicas del Sur de América en ciertas épocas.

Todo el mundo se encerró en sus chiribitiles, temerosos de la terrible cólera del Sultan, cuyo carácter conocian.

Entre tanto, los jinetes negros habian rodeado al derviche y poniéndole las lanzas al pecho le intimaron que se diese preso de órden del soberano de Joló.

XIII

Prólogo de un auto de fe

Desde entónces los acontecimientos se sucedieron con gran rapidez.

Durante la noche se dijo que en las primeras horas de la mañana siguiente serian quemados vivos los principales factores de la conspiracion abortada, que tenia por objeto, nada ménos que el destronamiento del Sultan y la proclamacion de su hijo Ali Kark.

La ejecucion de la terrible sentencia debia verificarse en la explanada del monte, llamada así porque estaba cerca de éste.

A nadie extrañó tal apresuramiento. Joló está en perpetuo estado de sitio; sin consejo de guerra se condena á las gentes, por el mismo motivo por el que es valiente la española infantería: *porque sí.*

Además se conocia el genio apremiante del Sultan.

Las idas y venidas de los agentes de éste y los preparativos que algunos curiosos trasnochadores observaron, confirmaban estas noticias.

Desde que rompió el alba, grupos de gente, escamados, pero ávidos de espectáculos, fueron acercándose recelosamente á la susodicha explanada. Con efecto, muchos hombres se ocupaban en llevar grandes carretones cargados de leña.

Luégo la fueron colocando hasta formar un gran monton ó pira.

Despues llegaron soldados á pié y á caballo y se formaron en tres masas en órden de batalla.

Entre tanto el gentío se hacia más numeroso; las colinas y ribazos vecinos estaban llenos de espectadores.

Algunos quisieron subir al monte próximo que constituia un buen punto de observacion, pero le hallaron ocupado militarmente.

Se sabia vagamente el nombre y calidad de los ajusticiados; eran el Santon de los siete cielos, otros tres derviches, dos hechiceras, no por su hermosura, sino de profesion, y alguno que otro perteneciente al estado civil.

Conforme trascurrian los momentos, crecia la multitud y se aumentaba la ansiedad general.

Los devotos esperaban un milagro y un castigo sobrenatural. No era posible que Omazor dejara tostarse á su Santon favorito; quizá le arrebataria al cielo; tal vez mandaria en su socorro á Masrú, el hijo maravilloso de Arimanes.

¿No le habian visto el dia anterior encadenado bajo el poder del derviche?

De todos modos, si las altas potestades permitian que se consumara tal iniquidad, el espectáculo debia ser portentoso y muy semejante al del Purgatorio imaginado por el poeta persa Ferdousi.

¡Qué convulsiones! ¡qué gritos de los condenados á la hoguera!

Algunos de los espectadores llevaban armas ocultas bajo los largos caftanes, mas ¿para qué? ¿Era posible intentar nada en favor de los ajusticiados?

Tres cuartos de hora despues de la salida del sol, un movimiento de curiosidad agitó á la multitud: vióse á lo léjos una nube de polvo y á poco rato se presentó el Sultan de Joló en persona, seguido de un numeroso escuadron.

No cabia duda, la cosa iba á ser solemne y se habia procurado que pareciese ejemplar.

El soberano, que era un hombre alto y enjuto, con cara de salteador de caminos, dejó el caballo y subió á la meseta que, como ya se ha dicho, habia en la cumbre del monte.

Desde entónces cuatro pregoneros, situados á los cuatro lados de la explanada, gritaban de vez en cuando:

—¡Va á cumplirse la justicia del poderoso Sultan de Joló, señor de los hombres, hijo del sol y del mar!

Un rato despues llegó otro escuadron, en medio del que venian los condenados.

Eran doce y los traian en tres carretas.

Desde aquel instante la emocion y el interés fueron indescriptibles. Los espectadores, mal situados, se empinaban ó empujaban á los de delante, las cabezas se movian, y se oyó por todas partes un sordo murmullo.

Las carretas fueron llegando una por una junto á la pira que ya empezaba á arder. Los cuatro primeros que se apearon eran tres hombres seglares y una mujer; los primeros estaban abatidos, la mujer, por el contrario, mostraba gran ánimo y miraba resueltamente hácia todas partes. Al ver al Sultan, hizo una horrible mueca de hechicera vieja, y escupió.

Aquello era inaudito, fenomenal; la multitud se estremeció.

Segun muestras, todos los reos debian ser arrojados *al brasero* á un mismo tiempo; pues llegó la segunda carreta y luégo la tercera, en la que, segun parece, venia la flor y nata de los conspiradores, que eran el Santon de los siete cielos y los derviches.

Todos se apearon. Los sicarios atizaron la hoguera y la enriquecieron con algunos troncos más.

Al ver al Santon, la multitud no pudo reprimir un grito.

El predilecto de Omazor, el domador de Masrú, el jefe del *Diaot*, se presentó con toda la dignidad que su papel requeria. Estaba pálido pero sereno.

Colocaron á los doce condenados en fila, al lado de la hoguera, y detrás de cada uno de ellos se colocó un sayon que debia empujarles, dado el caso probable de que alguno no quisiera abrasarse voluntariamente.

Sólo se esperaba un signo del Sultan, *que presidia.*

De pronto el Santon prorumpió en estas palabras:

—¡Joló, Joló, Joló: serás libre de tu tirano!

(Continuará)

ARQUEOLOGIA HISPANO-MAHOMETANA

PILA DE ABLUCIONES, EXISTENTE EN SAN FELIPE DE JATIVA

Recogidas con loable diligencia, si bien agrupadas no con el mayor acierto, guárdanse á la intemperie en el patio que sirve de ingreso á la *Casa Consistorial* de la antigua *Sætabis*, muy estimables reliquias de los pasados tiempos, romanas casi en su totalidad y consistentes en pedestales, cipos, estatuas, algunas de ellas fragmentarias, inscripciones y otros objetos de índole semejante, de los cuales en su mayoría dieron ya cumplida noticia los escritores que se han ocupado en estudiar los monumentos setabienses.

Adosado sin embargo al muro, bajo el hueco de la escalera que da acceso al piso principal del edificio mencionado, figura por acaso entre aquellas memorias de la antigüedad pagana, un monumento digno del más detenido estudio, el cual se halla labrado en una sola pieza de mármol rojizo, veteado de blanco, y se ofrece en tal paraje como oscurecido y avergonzado de sí propio.

De forma rectangular, consta de cuatro frentes, dos de ellos ocultos por completo en la desdichada colocacion que á este monumento se ha dado, mostrándose exornados por algunos muy expresivos bajo-relieves los que quedan al descubierto, miéntras que vaciado el interior, constituye cierta especie de caja, circunstancia que ha dado orígen á graves disquisiciones entre los eruditos, quienes no han vacilado hasta aquí en reputar como *sepulcro antiguo* al objeto á que aludimos, aunque sin determinar el arte de que fué fruto, ni decidirse á fijar la época á que corresponde.

En la *Memoria* que con el título de *Inscripciones y antigüedades del reino de Valencia* recogió y ordenó el Príncipe Pío, é ilustrada por el docto don Antonio Delgado, insertó la Real Academia de la Historia en el tomo VIII de las suyas, encuéntrase la somera noticia de la existencia de este monumento, limitándose á explicar con estas frases el autor el desdichadísimo grabado que del indicado objeto se publica con el número 298, en la lámina 52:

«Sepulcro ó caja de mármol precioso con los medios relieves que van dibujados en este número y de las dimensiones que aparecen de la escala. Servia de pila para las caballerías; pero el... gobernador D. Gaspar Pascual de Bonanza, conociendo su mérito, lo hizo trasladar á la casa capitular á fin de que allí se conservase. Representa el dibujo los dos frentes y ambos costados» (1).

Más explícito que el Príncipe Pío y más interesado que éste en reconocer la filiacion de aquella reliquia,—despues de hacer relacion de una pila de agua bendita que se conserva en la iglesia de San Félix de Játiva y que Villanueva estima como anterior á la época de los godos,—el diligente Boix, cronista que fué de Valencia, escribe á este propósito:

«Es difícil señalar la precisa antigüedad de este rico trozo de escultura; pero es posible que sea contemporáneo de un *sepulcro de jaspe* que se conserva tambien. Hasta 1788 sirvió éste de pila á una fuente junto á la puerta llamada de *Concentayna*. Mas construida otra en su lugar con veinticinco caños abundantísimos, el diputado del Comun D. Antonio Mateo Pueyo, cuidó de que se guardara este precioso monumento, depositándole en las Casas Consistoriales, bajo cuya escalera subsiste todavía. El célebre Perez Bayér, que sólo vió un lado cuando estaba en su antiguo sitio, juzgó que habia sido sepulcro de cristianos; y por el genio del bajo-relieve conjeturó que era del siglo IV ó principios del V, esto es, de los tiempos de Arcadio y Honorio, ó de Valente.

»No es difícil—prosigue Boix—explicar sin embargo las alusiones de todas sus figuras. Mas el P. Villanueva no siguió la opinion del erudito Sr. Bayér, admitiendo este monumento como resto de aquella época cristiana. Falta el lábaro, que no dejó de ponerse jamás desde los tiempos de Constantino, si es que no estuviera en la cubierta de este sarcófago, que se perdió; y la lucha de los gladiadores y luchas de fieras eran además incompatibles con la religion cristiana. Y no es bastante para asegurar un orígen cristiano la figura del centro, aunque parezca representar la caridad, y las de la mano derecha signifiquen el buen pastor que pone sobre sus hombros la oveja perdida. El sabio Pablo Aringho en su *Roma subterránea* no encontró jamás la caridad bajo este símbolo; y la del buen pastor, que es harto comun en ellos, siempre está acompañada de otras señales del cristianismo. ¿No será posible que la figura del centro, segun la opinion del P. Villanueva, exprese el amor maternal con respecto á la madre, ó al hijo, ó á los dos enterrados allí, y que las otras puedan indicar los donarios y ofrendas hechas á los dioses manes?

»Podia ser muy bien—concluye—un sepulcro cristiano, aunque los relieves sean de inspiracion gentílica. Pablo Aringho, Mabillon y Rafael Fabretto citan fragmentos de esta clase, hallados en el cementerio de Ponciano. El papa Inocencio II se enterró en el suntuoso sepulcro del emperador Adriano» (2).

Échase de ver desde luégo, por las palabras de Boix, que si bien el Príncipe Pío, Perez Bayér y el P. Villanueva estaban conformes en reputar *sarcófago* el monumento setabiense trasladado en 1788 al lugar donde hoy se ostenta, unos lo referian á los tiempos del paganismo y otros lo consideraban romano-cristiano, aunque con reminiscencias gentílicas, opinion que al parecer sigue sin recelo el cronista de Valencia, interpretando cada cual á su arbitrio los bajo-relieves que decoran los cuatro frentes del supuesto sepulcro.

Ni á unos ni á otros de los citados eruditos hubo de ocurrírseles sin embargo el detenerse ante la especial configuracion del objeto que estudiaban, pues si hubieran fijado su atencion en ella, no habrian hallado motivo para sus disquisiciones. Y con efecto: para comprender que el monumento á que aludimos no podia ser en modo alguno ni *sarcófago* ni *caja sepulcral*, bastaba con reflexionar que su longitud máxima no excede de 1m,25, aproximadamente (7 palmos valencianos), miéntras que su latitud, tambien aproximadamente, apénas llega á los 0m,28 (3 palmos valencianos escasos) y su profundidad á 0m,18 (poco más de un palmo). ¿Existe ó se ha descubierto sepulcro de la época gentílica y de la época cristiana con estas condiciones? La respuesta no es dudosa, á nuestro juicio, para aquellos que conozcan los más sencillos rudimentos de la arqueología.

Pero, áun suponiendo que en tales condiciones hubiera podido ser labrado este resto de la antigüedad para sepulcro, ¿podia asegurarse, cual unos y otros lo hacen, que aquellos bajo relieves que lo ilustran eran simbólicos en el paganismo ó en el cristianismo? El acento de los indicados exornos, el tecnicismo que su ejecucion revela, el tono que en ellos resplandece, y en una palabra, todos y cada uno de los caractéres que presentan, ni autorizan ni excusan, á lo que nos es dado entender, semejantes hipótesis, hechas en agravio de la historia de las artes en España.

Si la forma del monumento no consiente en manera alguna que sea considerado como *sarcófago* ó *caja sepulcral* romano, ya durante los dias del paganismo, ya cuando en virtud de la paz de Constantino triunfó la idea cris-

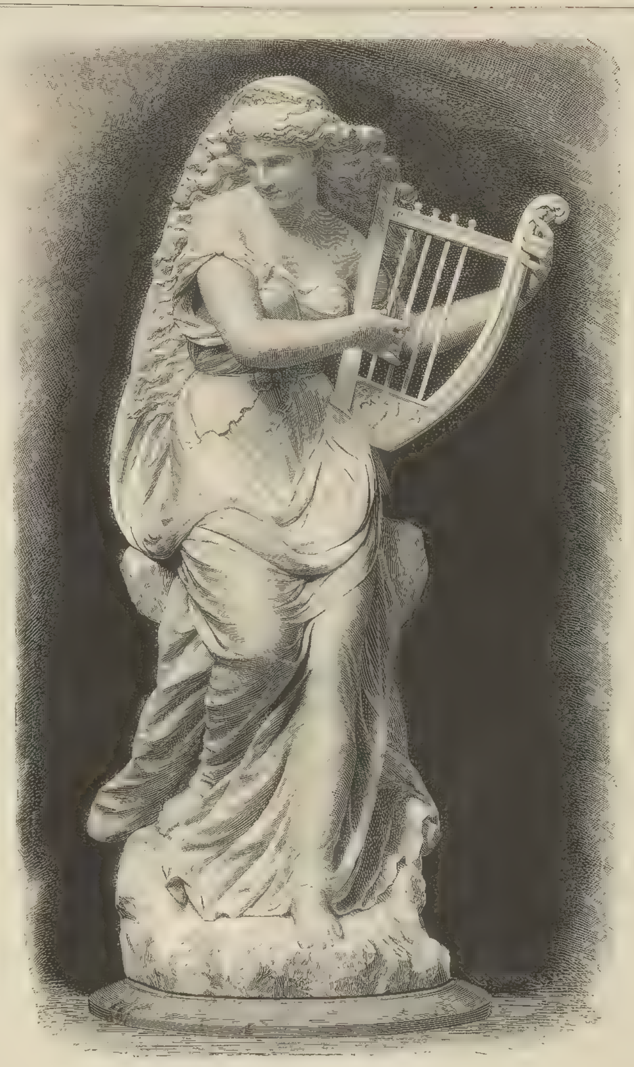
(1) Página 43 de la indicada *Memoria.*

(2) *Xátiva, memorias, recuerdos y tradiciones de esta antigua ciudad*; pág. 27 y 28.

tiana; si no guarda relacion de ninguna especie en sus exornos con los que se advierten en otros monumentos sepulcrales de aquellas épocas; si tampoco existen analogías entre los sepulcros cristianos de la Edad media, ni en forma ó configuracion general ni en las representaciones, y esta reliquia setabiense; si el tono, si el acento, si el carácter de sus bajo-relieves se aparta sensiblemente de cuanto se hizo durante la dominacion romana y los tiempos posteriores, ¿cuál puede ser la legítima filiacion de este extraño y controvertido monumento, cuya importancia no puede ser por nadie puesta en duda?

Léjos de mostrarse, cual repetidamente se asegura, como *sarcófago ó caja sepulcral*, ya cristiano, segun los unos quieren, ya romano, conforme los otros pretenden, el objeto á que venimos refiriéndonos es sencillamente y cual todo en él persuade, una *pila de abluciones* labrada durante los dias de la dominacion muslímica, circunstancia que, miéntras hace subir de punto el mérito de que el citado monumento se halla revestido en el concepto artístico y arqueológico, por ser superior en ambos á la celebrada *pila* descubierta en los adarves de la fortaleza de la Alhambra de Granada y conservada actualmente en el *Palacio* de los Al-Ahmares y á la hallada no ha mucho tiempo en Sevilla (1), nos obliga á deplorar la total desaparicion de los monumentos arquitectónicos, erigidos en Játiva en los tiempos mahometanos y de los cuales quedan como único testimonio los restos encalados y deformes de la *Casa de los Condes de Pino-hermoso* (2)

Rectangular como las *pilas* de Granada y de Sevilla, de altura semejante á la de las de Córdoba y Santander, ofrécese con efecto exornada la de Játiva en sus cuatro frentes por una faja de relieves, cuyo carácter y cuyo acento no consentian en realidad fueran reputados ni gentílicos ni cristianos, produciendo en los eruditos la confusion de que dan idea las frases copiadas arriba. Ocupan el frente principal, hoy al descubierto, tres medallones circulares, uno en el centro y los otros dos á los extremos de la faja referida, desarrollándose en los intermedios una historia, no del todo fácil de interpretar al presente, la cual continúa en el otro frente, donde se halla repartida de igual manera; esto es: ocupando los intermedios de los medallones circulares que en la disposicion indicada se abren en el centro y en los extremos de la faja y manifestándose por último en los costados diversas representaciones de animales, en la forma que procuraremos notar para su más clara inteligencia.



LORELEI, estatua por Roberto Cauer

Llenan el vano del medallon de la izquierda, en el frente principal, la figura de dos pavones graciosamente enlazados por los enhiestos cuellos; y miéntras ofrecen afrontadas las cabezas, levantan las peregrinas colas, característicamente labradas como lo están ambos animales, — cuyos penachos se distinguen perfectamente, guardando muy estrechas analogías en el diseño y la disposicion general, no sólo respecto de los dos pavones que traidos de Persia por nuestro malogrado amigo el Sr. D. Adolfo Rivadeneyra, se ostentan hoy en el *Salon etnográfico* del *Museo Arqueológico Nacional*, sino tambien con relacion al magnífico trozo de tisú conservado en el tesoro de Saint Sernin en Tolosa (Francia), en el cual se muestran asimismo dos pavones afrontados, y por bajo, dentro de una cartela, escrita en caractéres cúficos, la vulgar leyenda:

La bendicion perfecta (sea para mi dueño) (3).

(1) Los lectores que lo desearen, pueden servirse consultar respecto de esta interesantísima *pila*, el artículo que publicamos el 30 de abril del pasado año en la hoja literaria de *El Dia* con el título de *Pila de abluciones del alcázar de Medinat-Az-Zahira en Córdoba, recientemente descubierta en Sevilla*, así como la trascripcion del epígrafe que ostenta, la cual insertamos por medio de nota en la pág. 149 de nuestra *Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal*, dada á la estampa por el Museo Arqueológico Nacional en el citado año de 1883.

(2) El estudio de estos importantes restos dímoslo á conocer primero en la *Revista Ilustrada* y despues en la *Memoria* referida, pág 108 y 213 y siguientes.

(3) El ilustre M. Caumont estima, no sin legítimo fundamento, que esta tela debe haber sido labrada en Oriente, añadiendo: «Le savant conservateur du musée du Louvre, M. A, de Longpérier auquel j'ai montré mon dessin, pense que cette belle étoffe peut remonter au premier quart du XII siècle» (*Abécédaire d'Archeologie*, tomo relativo á la *Architecture religieuse*, pág. 364).

Maltratado y roto por el borde el medallon del centro, consiente sin embargo distinguir en él la imágen de una mujer completamente desnuda, sentada sobre el suelo y en actitud de dar el pecho á una criatura, destacándose en el medallon de la derecha la figura de un leon en disposicion de devorar otro animal, que parece ser un ciervo, siendo aquí de reparar que el dibujo, la ejecucion, el tono, la actitud y el acento de ambos animales es el mismo que tuvimos ocasion de notar en el estudio que pretendimos ántes de ahora de la magnífica *pila* descubierta en los adarves de la fortaleza de la Alhambra y cuya reproduccion en yeso, hecha por nuestro buen amigo el entendido restaurador de aquel monumento, Sr. D. Rafael Contreras, figura hoy en el *Museo Arqueológico Nacional*, donde se ostenta (4).

Nada hay en efecto de mayor analogía, ni que mayores puntos de semejanza brinde para establecer, de acuerdo con lo que enseña la *pila* hallada en Sevilla, el legítimo parentesco que bajo esta relacion existe entre esta *pila* descubierta en Játiva y las de Granada y de Sevilla ya mencionadas; pero si áun esto no fuere bastante, todavía vienen á corroborar nuestro aserto los restantes relieves que son sobrado interesantes y afirman el hecho de que no fué para los mulsumanes españoles desconocida en modo alguno como peregriná, segun por lo comun se ha creido y se sigue con error creyendo, la representacion de la naturaleza viva, sino que ántes por el contrario, la pintura y la escultura fueron cultivadas por los sectarios del Islam en Al-Andálus, como lo fueron en el Oriente, cual es público y notorio entre los entendidos.

Sin que sea dable fijar con entera exactitud el verdadero asunto representado en esta *pila*, vénse á la derecha del medallon central, ya descrito, dos jinetes armados de todas armas y ambos afrontados que esgrimiendo largas lanzas tienen entre sí, á lo que parece, trabado sério combate y cuyas figuras resaltan sobre un fondo de picadas hojas y flores, distintas en su desarrollo de cuantas se ostentan en los monumentos mahometanos labrados hasta el siglo XII inclusive, é iguales ó semejantes por lo ménos á las que enriquecen la portada ó pretendido *Mihrab* de la Casa de los Condes de Pino-hermoso en la misma Játiva.

(4) Dicho estudio aparece inserto en el tomo VIII del *Museo Español de Antigüedades* (pág. 291 á 317), bajo el título de *Pila arábiga descubierta en los adarves de la fortaleza de la Alhambra.*

Perdida la rigidez característica de los monumentos esculturales, hasta ahora reconocidos como fruto de los musulmanes españoles, las figuras de ambos guerreros se hallan bien movidas, recordando las representaciones de igual naturaleza que se ostentan en algunos de los estimables capiteles procedentes de Aguilar de Campóo, que en el *Museo Arqueológico Nacional* se conservan y las de otros muchos miembros románicos de la misma época. Coronadas por turbantes, algunas de ellas vestidas acaso de almalafas y aljubas, y otras llevando sólo *zaragüelles*, míranse á la izquierda del medallon central hasta cinco figuras varoniles, tres de las cuales conducen sobre los hombros sendos corderillos, miéntras otra arrastra el suyo por el cuello con ambas manos, y la quinta, finalmente, lleva pendientes de la siniestra mano dos aves y en la derecha un objeto que acaso pueda ser un pan ó cosa semejante.

No faltará quizás quien halle en esta parte del relieve de la presente *pila*, motivos para creer que en tales representaciones se alude á la Adoracion de los pastores; pero hay que tener en cuenta para mucho las costumbres islamitas y entre ellas la fiesta del *Fithr* ó *Alfitra*, con que termina la pascua de Ramadhán, y en la cual se sacrifican corderillos, no teniendo nada de extraño por consiguiente, que haga el relieve referencia á la mencionada fiesta, como más de acuerdo con el traje de las figuras, el acento con que se ofrecen y lo especial de las siguientes representaciones.

Adosada al muro en el hueco de la escalera en la *Casa Consistorial* de Játiva, cual queda dicho, no puede en la actualidad gozarse por completo de esta *pila*; pero gracias al exacto diseño publicado por el Sr. D. Vicente Boix en su obra acerca de aquella histórica poblacion, es por fortuna realizable el intento de dar á conocer los relieves que enriquecen y avaloran el peregrino objeto, cuyo estudio y descripcion pretendemos.

Repartidos en igual disposicion que en el frente hoy visible, muéstranse en el que oculta el muro otros tres medallones circulares, roto por desventura el de la izquierda é íntegros á dicha los otros dos, destacándose en aquél y sentada á la usanza oriental una figura vestida, tañendo cierto instrumento que semeja un laud ó una guitarra; llenan el central dos imágenes, ambas varoniles, cubiertas de tocas y amplio ropaje, y de las cuales, barbada la una que figura en segundo término,—vierte con la mano derecha el líquido de un jarro sobre una taza que muestra en la izquierda, hallándose la otra en disposicion de recibir la taza y empuñando con la derecha un saquillo ó tal vez una botella de pequeñas dimensiones; otras dos figuras varoniles se hallan en el medallon último de la derecha, ambas en pié y en actitud difícil de interpretar, pero cuyo traje, que nada tiene ni de gentílico ni de cristiano, no es distinto del de las demás figuras ya mencionadas.

Coronadas de altos bonetes, vestidas de aljubas y alguna de ellas ostentando un manto ó jaque, dos en actitud de acometer á una tercera, ó acaso de danzar, tañendo la cuarta, inmediata al medallon central, una especie de tambor ó *bondir* y sentada la quinta, ya próxima al medallon de la derecha, y tañendo á su vez un instrumento de viento que parece una bocina, ocupan el espacio que de uno á otro medallon média, cinco figuras bien conservadas y expresivas, miéntras que repartidas tres á tres á cada lado de un árbol cargado de fruto, se miran en el espacio comprendido entre el medallon de la izquierda y el central mencionado, otras seis figuras en diversas actitudes: con la mano derecha empuña un jarro la figura del extremo izquierdo y lleva con la siniestra otro utensilio, en tanto que la que le sigue, en pié como la anterior, coge y come del fruto del árbol, así cual la tercera que, echada en el suelo, parece descansar á la sombra del mismo árbol; sentadas tambien en el suelo la cuarta y la sexta, le-

vántase entre ellas la quinta figura, cuya cabeza ha desaparecido por rotura, descubriéndose la caja de un laud ó guitarra cuyas cuerdas tañia con la mano derecha; llevan las tres figuras que se hallan tendidas ó sentadas en el suelo, cubiertas por turbantes y tocas la cabeza, cosa que no acontece con las dos primeras cuyas abundosas melenas caen sobre los hombros, y todas ellas se muestran vestidas de amplios ropajes, á excepcion de la primera ó sea la del extremo izquierdo, que ostenta desnudo el medio cuerpo sobre el cual se cruzan dos bandas.

En uno de los costados de la *pila* resalta el diseño de dos animales, uno de ellos que convencionalmente semeja ser leon, disponiéndose á devorar al otro sobre el cual se lanza; y separados por una piña que surge de una hoja—rizada como lo están las vestiduras de los personajes representados,—álzanse en pié, afrontados, dos *gerbos* ó animales de igual índole, viéndose en el otro costado otros dos relieves, en cada uno de los cuales se reproduce exactamente el mismo asunto, aunque en sentido contrario dispuesto, que representa un águila con las alas abiertas, sujetando con las potentes garras un animalejo y devorándolo sañuda con el pico.

Cual de la precedente descripcion se deduce, no es, á lo que se nos alcanza, grandemente difícil de comprender que ninguna de las escenas esculpidas en este singular monumento autoriza la creencia de que hubo de ser labrado, como hasta aquí se ha creido, para servir de *sepulcro*, supuesto contradicho desde luégo por la especial configuracion que afecta el mismo objeto, segun procuramos notar arriba; aludiéndose por el contrario en los relieves que ilustran la *pila* á una fiesta, que puede ser sin grave error la de *Alfitra*, tan celebrada entre los musulmanes, y con la cual da término el ayuno impuesto por la venerada páscua de Ramadhán,—consagrada á la oracion y á la cuaresma, en memoria de haber descendido de los cielos el Korán en el indicado mes (1); siendo todos los elementos que en la composicion de los mencionados relieves entran, alusivos á las costumbres musulmanas, como es musulman el acento y lo son los detalles y accesorios, fuerza habrá de ser que reconozcamos que la *pila* descubierta y conservada en Játiva es el monumento de escultura muslímica más importante de cuantos en España existen y de cuantos hasta la fecha son conocidos entre los ilustrados en trabajos y publicaciones extranjeros, como

(1) Korán, sura II, aleya 181


El conde T. du Moncel, notable electricista

creemos que su labra no puede llevarse más allá de los últimos años del siglo XII, ni traerse más acá de los primeros del XIII.

La existencia de las hojas rizadas que, naciendo en las regiones orientales, se extienden luégo por Africa, dominando en el Egipto y pasando á ser patrimonio de los artífices en las extensas comarcas del Mogreb, fué importado luégo á España por los almohades; las estrechas analogías que son de observar y hemos apuntado entre esta decoracion, tal cual se ofrece en la *pila* setabiense y se muestra en el supuesto *Mihrab* de la Casa de los Condes de Pino-hermoso en la misma Játiva, decoracion que se aparta en su acento y expresion de la que quedando como patrimonio de los mudejares debia producir las maravillas que de este estilo, propiamente español, son conocidas, y en manos de los artífices andaluces y principalmente granadinos, habia de trasformarse al punto que revela el famosísimo alcázar de los Al-Ahmares; el simbolismo que entrañan aquellas representaciones de la eterna lucha del bien y del mal, que tomando orígen en las creencias pérsicas, vive en España durante los dias del Califato cordobés, segun revela la *pila* labrada de órden de Al Manzor el año 377 de la H. (987 J. C.) para el alcázar de Az-Zahira, *pila* descubierta en la *calle de Lista* de Sevilla, y que salvando los tiempos se reproduce por igual sentido en la *pila* conservada en el palacio de la Alhambra de Granada, obra del año 704 de la H. (1304 de J. C.); la expresion de aquellas figuras que se advierten en los bajo-relieves escultados en los intermedios de los medallones, expresion que trae desde un principio á la memoria, segun quedó arriba insinuado, la de las esculturas de la época románica, por la que hubieron de ser influidas sin duda alguna las musulmanas,—circunstancias son todas que autorizan á sospechar desde luégo que la importantísima *pila* de Játiva no puede ser atribuida á época distinta de la prefijada, pues no lo consienten en modo alguno los elementos artísticos que en ella resplandecen.

Lástima es en verdad, que la presente *pila*, apartándose en esto de cuantas conocemos, no conserve rastro alguno epigráfico que consienta determinar con toda exactitud su fecha; pues en tanto que las *pilas* sevillana y granadina ostentan ambas la data fijada, y la *pila* de la Catedral de Santander así como la que se custodia en el *Museo Provincial* de Córdoba (2) permiten por el dibujo de los signos marcar la fecha probable de su labra, la *pila* de Játiva no guarda, á lo que nos fué dado reconocer, rastro alguno epigráfico por el cual adquieran mayor autoridad nuestros verosímiles supuestos.

De cualquier modo que sea, lo importante es dejar demostrado, cual pretendemos haberlo conseguido, que léjos de ser este monumento ***sarcófago*** ó ***caja sepulcral***, es meramente una ***pila de abluciones***, y que en vez de hallarse inspirados sus relieves ya en el arte pagano, ya en el cristiano, lo están en el arte mahometano, reivindicando para él esta verdadera joya artística que honra por todo extremo á los musulmanes de la region y antiguo reino de Valencia.

RODRIGO AMADOR DE LOS RIOS

(2) Véase cuanto respecto de la *pila* cordobesa manifestamos en nuestras *Inscripciones árabes de Córdoba*, pág. 379 y siguientes, y por lo que hace á la de Santander el estudio que de su epígrafe hicimos en la pág. 240 de la *Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal*, arriba citada.

LOS TRAMPOSOS, cuadro por Pablo Meyerheim

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III —— BARCELONA 7 DE ABRIL DE 1884 —— NÚM. 119

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA DOLOROSA, cuadro por Guido Reni

SUMARIO

REGRESO DEL CALVARIO

SOLEDAD DE MARÍA

Oh vosotros, todos los que pasais por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor.

De Jeremías son estas palabras con que personifica á Jerusalen arruinada, pero la Iglesia las aplica oportunísimamente á la Vírgen María, y á su dolor en el Calvario al desprenderse del cadáver de su Hijo, que lleva á enterrar la piadosa comitiva á un sepulcro nuevo abierto en la roca y en un huerto inmediato.

María se deja arrancar de las inmediaciones del sepulcro y baja del Calvario. Entónces parece que es el momento en que su pecho dolorido expresa más bien con su continente que no con palabras, que apénas podria articular, esas doloridas frases: —«¡Oh vosotros, los que pasais por este camino y calle de la Amargura, reparad y mirad si hay un dolor que pueda equipararse con el mio!» Y estas palabras doloridas pasan de generacion en generacion, de gente en gente á todos los hombre afligidos, á todas las madres desesperadas por la pérdida de sus hijos, pues ¿qué madre tuvo un hijo más bello, más santo, más digno de ser querido que María? Y ¿qué madre vió morir á su hijo, más desastrosa, más inicua, más inhumanamente? Creo que el mayor dolor que puede haber en el mundo es el de una madre que ve morir de hambre á su hijo único: pero entre este suplicio de la naturaleza, y el otro de ver morir á su hijo único en un patíbulo por una traicion infame y una injusticia horrible, el del hambre es mucho menor. María, pues, al bajar del Calvario dice á todas las madres cristianas, que lloran justamente la pérdida de sus hijos queridos: —¡Vosotras, pobrecitas, que bajais conmigo de vuestro Calvario dejando enterrados á vuestros hijos, comparaos conmigo y ved si vuestro dolor justo, natural y desmedido, puede igualar al dolor mio!

Pero María no habla: su dolor se reconcentra en su pecho como en un vaso cerrado: el dolor grande es sombrío y taciturno: dichoso el que logra que su pesar se evapore en gemidos. Con pasos vacilantes sigue á la comitiva, que respeta ese dolor inmenso. ¿Acaso sabe ella lo que le pasa? ¿Acaso sabe por dónde va ni adónde va? Ya no tiene ni áun el triste placer ni el consuelo ¡palabras horribles en este caso! de abrazar el cadáver de su Hijo, besar su rostro lívido, limpiar con esmero y con cariño la sangre coagulada en su cara, meter su rostro entre las espinas de su burlesca corona y herirse con ellas, complaciéndose en que maltraten su rostro los abrojos que maltrataron el de su Hijo. Ni áun le es dado estacionarse cerca del cuerpo de su Hijo y guardar su sepulcro como la desdichada Resfa los cadáveres de sus hijos. Consigo lleva el paño blanco con que limpió el rostro ensangrentado de Jesus: lleva tambien la corona de espinas y los clavos, trofeos de aquella derrota, que es la mayor victoria de Dios, siquiera sea dolorosa para quien recoge esas reliquias.

María no podia ménos de conservar esos tristes recuerdos, y así se explica el que se hayan salvado y llegado hasta nosotros, santificados con el contacto del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, dignos por tanto del culto de latría que les da la Iglesia. No se concibe que San Juan, la Magdalena, la misma Vírgen en el abismo de su dolor, dejasen de recoger aquellos objetos funestos, pero ya adorables, que algun dia habian de colocar los Césares sobre sus coronas imperiales. ¡Quién no ha visto el esmero con que las familias honradas recogen y conservan los objetos que pertenecieron á sus difuntos queridos, por lúgubres y dolorosos que sean los recuerdos que evocan! Una madre que ha perdido á su hijo honrado, gallardo y valeroso, víctima de una bala homicida, recoge el mortífero plomo y lo conserva con esmero de paso que lo maldice. Pero María en su resignacion admirable y sobrehumana no sabia más que bendecir, ni podia maldecir aquellos objetos cruentos, dignos ya de veneracion profunda.

Bajado el Calvario, la comitiva fúnebre entra silenciosa por la puerta Judiciaria y atraviesa la de *la Amargura*, sombría entónces con la escasa luz del crepúsculo, que ha reemplazado al eclipse sobrenatural y milagroso. Cruza las calles ménos transitadas para llegar al cenáculo. Jerusalen presenta en aquellos momentos un aspecto extrañamente sombrío en medio de la solemnidad de la Pascua. A la embriaguez, al paroxismo de la rabia y la venganza han sucedido el susto, el pavor y los remordimientos. ¡Triste es aquella Pascua! La venganza satisfecha engendra el recelo, y la alegría esperada no aparece. Corren noticias pavorosas y siniestras entre los grupos de holgazanes y curiosos, amigos de propalar novedades. El velo del templo se ha rasgado: varios profetas han salido de los sepulcros durante el terremoto, y sus cuerpos macilentos, no como espectros, sino como realidades palpables, se han aparecido á varios israelitas piadosos, revelándoles misterios terribles, castigos providenciales, la ruina de Jerusalen, la dispersion, el degüello, la esclavitud social, la terminacion del culto, y todo en castigo del asesinato del Justo, del Santo, muerto á su vista en aquella tarde, por quien el sol ha vestido luto, al paso que más allá de las regiones solares y en el cielo que no se ve, detrás de lo que llamamos *cielos*, se han hecho grandes regocijos, entrando el Justo en las mansiones de la gloria, rodeado de las almas de los patriarcas y de los santos y hombres de bien, que esperaban su venida desde los tiempos de Abrahan. Y estos justos y profetas aparecidos á varios israelitas fieles, cuyas manos, acostumbradas al bien y al trabajo, no se hallan manchadas con la Sangre del Nazareno, rebosaban en júbilo por lo que tocaba á ellos, al paso que su indignacion estallaba en imprecaciones y amenazas por el crímen nefando, por el sacrílego asesinato cometido en aquel dia.

Pero estas noticias que corren por Jerusalen, que llegan á oidos de los sacerdotes envidiosos, y del mismo pretor romano, poco caviloso por un asesinato jurídico de más ó de ménos, no llegan á los oidos de la Madre Santa, que acaba de perder á su Hijo, y que en su dolor profundo sólo busca el retiro, en su modesto aposento la soledad, la oscuridad, y dentro de esta soledad sombría se reconcentra en la soledad de su corazon, soledad aún más lóbrega y vacía. Los consuelos la desconsuelan: agradece los conatos de mitigar su dolor, pero no los acepta. Aunque los aceptara ¿de qué le servirian?

¡Oh cuánto diera Ella por estar ahora sola enteramente en su pequeña casita de Nazareth, cerrada la puerta, junto al pobre hogar, donde ya ni áun la ceniza tiene calor ni la lámpara luz! Allí recordaria en medio de la oscuridad los favores del cielo, la aparicion del Angel, la vida laboriosa y resignada compartida con el Hijo y el Esposo, los coloquios con los espíritus celestiales, el júbilo santo al ver á Jesus volver del desierto y de sus excursiones evangélicas, mudar sus ropas y renovar su calzado, y escuchar de labios de los discípulos la narracion sencilla y entusiasta de sus portentos y milagros. Todo se acabó ménos el dolor. Acabó el tormento del Hijo, pero no el de la Madre.

. . . .

El sol brilla de nuevo sobre Jerusalen: en el corazon de María sigue la noche y sigue en su aposento. Las trompetas del templo anuncian la solemnidad del sábado. Las preces de María y sus dolorosos suspiros ya no van allá. Esa religion acabó con el Deicidio. Si ántes era mortal, ahora ya es muerta y en breve será mortífera. El templo de María está en el Calvario: allí van sus preces desde el rincon de su pobre aposento, allá sus afectos, allá los suspiros. Corred, corred al templo de Salomon, restaurado por Zorobabel, ampliado y decorado por Herodes el Grande, corred á postraros ante Dios los que ayer asesinasteis al Hombre-Dios; sacrificad animales y haced correr la sangre de los toros los que ayer hicisteis correr la sangre del Justo. Los soldados romanos están afilando sus espadas para hacer correr la vuestra en ese mismo recinto, y despues de degollaros al pié de ese altar, caerán sobre vosotros los muros del templo y quedareis sepultados y calcinados bajo sus escombros ardientes.

Y un dia frente á ese templo, barrido de la superficie de la tierra al soplo de la indignacion divina, que disipará sus cenizas mezcladas con las del polvo de vuestros cuerpos, en ese monte frontero se alzará otro templo, á donde vendrán á postrarse de todos los confines de la tierra los discípulos de ese galileo que habeis crucificado, de cuyo sepulcro salen misteriosos resplandores, que revelan su gloria venidera y la gloria sempiterna del que momentáneamente yace en él. Predicho está que ha de ser glorioso su sepulcro.

Decidle al Pretor romano que ese Nazareno que habeis muerto hoy entre él y vosotros, es posible que resucite, ó que digan sus discípulos que ha resucitado. Poned allí guardia, no de soldados romanos, que no se prestan para ese servicio, sino de la cohorte de esbirros que os sirve para vuestras maldades. Vuestra conciencia os dice que va á resucitar en breve, y durante el reposo del sábado no reposará vuestra conciencia ni cesarán vuestros remordimientos.

VICENTE DE LA FUENTE

NUESTROS GRABADOS

LA DOLOROSA, por Guido Reni

Contemplando *la Perla* en el museo de Madrid, se ve á la Vírgen María en el interior de la familia; contemplando *la Concepcion* en el museo de París, se la ve en la plenitud de su gloria; contemplando *la Dolorosa* en el museo de Berlin, se la ve en el colmo de su pena. Las Vírgenes de Rafael respiran felicidad, las de Murillo éxtasis, la de Reni el dolor de los dolores.

Jamás artista alguno ha superado al pintor boloñés en la reunion de los dos sentimientos que constituyen la esencia de la vida de María. La *Dolorosa* de Reni parece concebida y ejecutada por un hombre superior á los demás hombres en el arte de comprender y expresar la angustia de la madre y la resignacion de la santa.

EL MORIBUNDO, grupo escultórico por Enrique Butti

Pocas obras de arte, de las últimamente expuestas en Milan, ha causado impresion tan profunda como el *moribundo* de Butti. Hay en esa figura un realismo tan real que, á su vista, ha dicho un excelente crítico:—Hé aquí un cuadro de Ribera convertido en escultura.

No importa que la muerte venga por el medio más aceptable que pueda concebirse, como lo es el de los años; no importa que el moribundo se incline penosamente sobre el Crucifijo para sellar con un ósculo supremo la alianza entre el redimido y el Redentor.... Al fin y al cabo se trata de la muerte, y la muerte reproducida con una verdad tan prosaica, digámoslo así, como la empleada por Butti en la ejecucion de esa obra maestra de natural, no puede sino afectar triste y repulsivamente al espectador. Ese cuerpo, esqueleto prematuro; ese pecho oprimido del cual está escapándose el último aliento; esa mano derecha que busca la tierra como para aferrarse á ella con la tenacidad del instinto de conservacion; esa sábana que pronto será mortaja y esa cabeza en que se ve anticipadamente la ya casi amarillenta calavera; detalles son que honran al artista; pero en los cuales no puede fijarse la vista por mucho tiempo.

Un trabajo de esta naturaleza ha de pasar forzosamente desde la exposicion al cementerio.

MATER DOLOROSA, cuadro por Cárlos Verlat

El asunto dista mucho de ser nuevo. Por lo mismo que, áun aparte el sentimiento religioso, es difícil concebir situacion más interesante y dramática, son en gran número los artistas que han medido sus fuerzas en este empeño. Mas como en la manera de sentir y expresar la muerte de lo inmortal y el dolor de la divinidad, es imposible prescindir del doble carácter de tales protagonistas, de aquí que solamente un Rafael, un Velazquez, un Guido Reni, hayan estado, cuanto cabe estarlo en lo humano, á la altura del Redentor en su pasion ó de la Vírgen asistiendo á ella.

Verlat ha abordado la empresa y, dicho sea en honor suyo, ha salido con honra. Hay en el Cristo yacente de ese cuadro una majestad, una dulzura, que imprimen á las huellas del sufrimiento un tinte verdaderamente sobrenatural. En cuanto á la *Madre Dolorosa*, no sólo se halla en una actitud felizmente encontrada, sino que se ha conciliado en su semblante el dolor de los dolores y la resignacion dulce, tranquila, de la que apuró el cáliz inclinándose ante la voluntad de Dios.

El efecto que causa este cuadro es verdaderamente místico, sin que su autor haya tenido que apelar para ello á los recursos del bermellon y del ocre que convierten muchas veces al Hijo y á la Madre en dos séres tan materiales que, casi casi, infunden más repugnancia que adoracion.

LA MATERNIDAD, dibujo por P. P. Rubens

La primera intencion de un artista en determinado asunto, es por lo comun la obra en que más francamente se revela la fuerza de su genio y la facilidad de su ejecucion. Al ser reproducido un apunte sobre el lienzo, gana ciertamente en correccion y en grandiosidad de efecto; mas no por esto la primitiva idea vale ménos á los ojos de quien puede juzgar de una piedra preciosa antes de pulirla.

Así, en el dibujo de Rubens que hoy publicamos, se echa de ver á primera vista la grandeza de la concepcion, la firmeza del contorno, la elegancia de la forma, cuantas condiciones, en una palabra, avaloran las obras del fecundo maestro de la escuela flamenca.

JESUCRISTO, escultura por Francisco Rude

Una vez más el cincel de un grande artista ha acometido el imposible de arrancar al mármol el secreto de una imágen del Redentor en la cruz. El museo del Louvre posee la obra de arte que reproduce nuestro grabado y en la cual su autor ha ido tan allá como es dable en la manifestacion escultórica del Mártir de los mártires.

El Jesucristo de Rude no está inspirado, ciertamente, en el de Velazquez, que es, á nuestro parecer, lo que pudiéramos llamar última palabra del problema; la diferencia capital dependa, tal vez, del momento escogido por

cada uno de esos autores. El pintor español ha estudiado al Dios despues del sublime *Consummatum est;* el escultor francés parece colocar en los entreabiertos labios del Crucificado la dulcísima frase:—Discípulo, hé aquí á tu madre....

Fijémonos en este instante supremo, contemplemos la obra de Rude, y de seguro adoraremos al Dios que de tal suerte inspira á sus criaturas.

EL DOMINGO DE RAMOS, fresco por Flandrin

Treinta y tres años despues de haber cantado los ángeles, junto á una humilde cuna: *¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* el pueblo de Jerusalen recibia en triunfo á Jesus y sembrando de flores su camino, exclamaba: *¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bien llegado sea el que viene en nombre de Dios!*

El triunfador no venia al frente de aguerridos ejércitos, sino de unos pocos hombres rudos y pacíficos; no se ostentaba sobre el carro de marfil y oro, sino que venia montado en una mansa pollina; no hacia ostentacion de esclavos encadenados, ántes predicaba la libertad de todos los oprimidos, empezando por la mujer; no irradiaba en su mirada el orgullo insultante del triunfador, ántes bien de sus hermosos ojos brotaban silenciosas lágrimas al considerar la inevitable ruina de Jerusalen.

Flandrin, el primer artista místico de Francia, el más insigne profesor de pintura mural de esa nacion, ha ejecutado la *Entrada triunfal de Jesus* en uno de los lienzos de pared de la iglesia de San German de los Prados en París. Nuestro grabado es una verdadera obra de arte que da una perfecta idea del original. A su simple vista se echa de ver que el misticismo artístico del siglo XIX, tan ideal, más ideal sin duda, que el de los siglos XV y XVI, es capaz de producir, en lienzos y muros, tipos y escenas que únicamente en sus éxtasis ascéticos concibió el sublime precursor llamado Fra Angélico.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EL TRIUNFO DE LA AURORA,

Aun cuando la alegoría representada en este soberbio grabado ha sido ya tratada por otros artistas, así antiguos como modernos, no cabe dudar que el autor de este lienzo ha competido en acierto con los más celebrados. No juzgamos necesario hacer la descripcion de esta alegoría mitológica, qué la gran mayoría de nuestros lectores comprenderá con sólo contemplar el grabado: sólo sí haremos observar que el pintor ha debido inspirarse al emprender este trabajo en las obras análogas de los artistas italianos y españoles de los siglos XVII y XVIII, imitando con feliz resultado el estilo de los frescos que adornan varios de los palacios y monumentos de España é Italia.

JERUSALEN

Con mano trémula tomamos la pluma para tratar de esa joya de Oriente, que encierra en su concha la perla más estimable del universo.

Hoy que el hombre se concentra en sí mismo; hoy que todo cristiano se postra ante Dios, admirando su abnegacion por redimirnos del pecado; hoy que se escucha en los templos la palabra de los sacerdotes, que explican los misterios de su pasion y su muerte; hoy que el pensamiento y el alma se trasladan instintivamente á aquellos tiempos y á aquellos lugares en que se consumó el divino misterio de la Redencion del género humano; hoy, decimos, debemos retroceder con el recuerdo diez y nueve siglos, y visitar el sitio que fué teatro de acontecimiento tan sublime. No hay para qué decir que ese sitio es Jerusalen, la tierra llamada Santa, el lugar bendecido, lleno de piadosas memorias, hermoseado con la sombra de los patriarcas, visitado por los profetas; teatro en donde se celebró ese poema divino que se llama Biblia, honrado con la presencia del mismo Dios.

Jerusalen, esa ciudad de sacrosantos recuerdos, debe su fundacion al rey pontífice Melchisedech. Edificada sobre la pendiente occidental de un plano inclinado, cubierto de olivos, que corona las montañas de Judea; rodeada de espesas murallas, construidas hoy con las piedras que formaban el templo de Salomon; flanqueada de almenadas torres, que se alzan de cien en cien pasos, con sus piscinas y abovedadas puertas, con sus vistosos y variados minaretes, que se confunden con el cielo, parece, como dice un poeta, la esplendorosa aparicion de la estatua de Jehová. Sin rio que bañe sus murallas, sin valle alguno que le ofrezca la riqueza de su cultivo, conduciendo al viajero por estrechos senderos abiertos en las rocas, por uno de los costados de sus inaccesibles montañas el aspecto de Jerusalen es como el de casi todas las ciudades de Oriente: de léjos atrae con un encanto engañador, de cerca desaparece como desaparece la juventud para dar paso á la edad viril, y esta á la ancianidad.

Jerusalen, esa ciudad que experimentó muchas veces la cólera de los merodeadores del mundo; Jerusalen, que vió al bárbaro Adriano, no contento con profanar todo lo santo que encerraba, celebrar ferias, vendiendo en almoneda pública y cambiando por caballos los individuos de su pueblo; Jerusalen, la rica joya que conquistó David para colocar la silla de su reducido imperio; Jerusalen, la que vió en su seno el templo que hizo construir Salomon, conteniendo la majestuosa unidad de Jehová; Jerusalen, conquistada y reconquistada en diferentes ocasiones por los reyes de Persia y de Egipto; Jerusalen, la que presenció muchas veces las desdichas de sus habitantes, conducidos á la esclavitud; Jerusalen, la que asistió á la demolicion de su templo; Jerusalen, la que constituia sólo el vestíbulo del Santo Sepulcro, es hoy dia la imágen de una tristísima tumba.

Sus calles vacías, sus puertas abiertas, sus caminos desiertos, nos muestran lo que va de ayer á hoy, al mismo tiempo que lo ideal de lo pasado.

Jerusalen es inmortal por sus tradiciones y por su historia.

Ya se vuelva la vista á su pasado, ya á su presente, siempre encontraremos á la Jerusalen primitiva, á la que se dió el nombre de Ciudad Santa. Podrán variar las épocas, las generaciones, todo, en fin; pero su nombre siempre resonará, no como un nombre vulgar, sino con el respeto y la consideracion que se merece, y es porque Jerusalen es la patria comun de todos los cristianos, es el trono, el asiento y pedestal de la religion.

La mayor parte de la vida de nuestro Redentor pasó bajo su cielo. Sus calles y plazas escucharon más de una vez su voz, dirigiéndose al pueblo, que le atendia lleno de respeto y sumision; pueblo que salió á recibirle á sus puertas cubriendo su camino con palmas y ramas de árboles, y áun con sus mismos vestidos, de que se despojaban por alfombrar en su marcha al que más tarde debia morir crucificado.

Jerusalen desde aquellos tiempos ha visto llegar á sus puertas innumerables peregrinos que vienen á besar la roca sagrada, emblema de nuestra fe. Hoy dia no es ya la ciudad de los tiempos de Constantino y Adriano, no es la que ayer se alzaba altiva en medio del desierto; es la ciudad que, aunque pálida sombra de lo que fué, conserva en cada monton de ruinas una epopeya de grandeza.

Jerusalen interiormente es triste y sombría. Chateaubriand la describe admirablemente, con toda la melancolía y solemnidad de su ingenio: sólo él ha encontrado, despues de los profetas, palabras para expresar suficientemente la desolacion de estos lugares. Su poblacion indígena y compuesta de judíos, árabes, turcos y egipcios, es pobre é inactiva; todo contribuye en esta ciudad á representar la imágen de la muerte.

El cristianismo conquistó á Jerusalen, pero no pudo conservarla. Los reyes que sucedieron á Godofredo de Bouillon tan sólo poseyeron sus ruinas por espacio de noventa y nueve años. Saladino, rey de Persia, de Siria y Egipto, los expulsó en 1187, y desde esta época triunfó el islamismo en el seno de la cuna de la cristiandad; mas penetrado de la santidad de su moral evangélica, no profanó el sepulcro del que es considerado por los turcos como un gran profeta y enviado de Dios.

El Santo Sepulcro se compone de una pequeña cúpula, cerrada dentro de otra mayor, y en la que se muestra un fragmento de roca cubierto de láminas de mármol blanco, que ofrece á la veneracion del viajero el verdadero lugar del sepulcro.

Procesiones de peregrinos llegan de todas las extremidades del mundo para besarle como un testimonio de veneracion.

Jerusalen es tan grave como los pensamientos que inspiran sus monumentos. Todo en esta ciudad convida á la meditacion; desde la cúspide de la ciudadela de Sion, donde se halla la tumba del rey y poeta David, hasta el escabroso valle de Josafat; desde las aguas de la fuente de Siloé, que baña sus piés, hasta el espacio que guardan entre sí los elevados y cónicos picos de las montañas de San Sabas y Jericó.

Todo en esta ciudad, como en sus calles, tiene un verdadero sello de grandeza. Todo lo que constituye su paisaje es tristísimo; nada tiene de ameno y variado; nada que distraiga á los que cruzan por sus montañas, donde no se escucha ni áun el rumor que producen sus pasos en la arena, y donde no se ve ni la más ligera nube que empañe el cristal de su encendido cielo.

Hé aquí por qué Jerusalen, sin un leve soplo de viento que distraiga la imaginacion del viajero, deja suspensa su alma, inclinándola al recogimiento. Al contemplar sus desmantelados edificios estas ideas aumentan su desercion, viéndose más de una vez precisado á arrodillarse, clavando su frente en la tierra para bendecir al Dios hecho hombre y para orar pidiendo el perdon de sus culpas.

En medio de todo esto un pensamiento de desesperacion cruza por la mente del viajero. Jerusalen, como ya hemos dicho ántes, se encuentra en poder de los enemigos de nuestra religion.

Jerusalen no sólo alberga en su seno los restos de la raza judía y musulmana, sino tambien á un gran número de coptos, griegos, armenios y católicos, que prefieren abandonar su suelo por otro, ni tan feraz ni tan pintoresco, en cambio de orar constantemente sobre el sepulcro, que es el sagrado depósito de su fe.

Esta es Jerusalen; esta es la ciudad cuyo nombre pronuncian todas las generaciones; esta es la ciudad que inspiró al Taso su gran poema; esta es la ciudad del mundo, pues que no hemos conocido otra más santa, más poética ni más grande.

Hoy al pronunciar su nombre nuestro pecho palpita, y nuestros labios pronuncian una oracion en loor de su recuerdo.

¡Dichosos nosotros sí, como el errante judío, podemos llegar un dia hasta sus muros para depositar en ellos nuestro último suspiro y morir contentos con la idea de que cubrirá nuestros huesos la tierra de Abrahan!

E. DE LUSTONÓ

EL POZO DE LOS LAMENTOS

Cuento fantástico

CAPÍTULO PRIMERO

El perro Satanás

Voy á contaros la historia de Mosen Garceran, hidalgo aragonés, que en los ratos de ocio, se entretenia en reirse de Dios y del diablo.

Debo advertiros, á fuer de hombre honrado, que no me atreveria á jurar con la mano derecha sobre los Evangelios y la izquierda en el corazon, que sea verdad todo lo que se dice, y como ciertas dudas se albergan en mi conciencia, amplío el título con la denominacion de *Cuento fantástico*, lo cual será una garantía para que mis lectores se den por satisfechos y crean á *puño cerrado* todo lo que le sucedió al hidalgo aragonés, héroe de esta narracion.

Entremos en materia.

Mosen Garceran era panteista sin saberlo; consideraba á Dios como alma del mundo y al mundo como cuerpo de su divinidad; no iba nunca á misa, jamás cumplia con los preceptos de la Santa Madre Iglesia, y en la plaza del pueblo, hablaba á voz en grito, con poco respeto de las cosas sagradas, tratando á los curas de gandules y explotadores de la crédula ignorancia de sus feligreses.

Todas las religiones eran, para nuestro hidalgo, una farsa productiva, pero como Mosen Garceran tenia puños de Hércules, corazon atrevido y voluntad *madrugadora* para las pendencias, nadie se atrevia á llevarle la contra en la aldea, en donde imperaba como rey absoluto por derecho de fuerza.

Las beatas, al verle pasar, se persignaban, asegurando que Mosen Garceran, cuando muriera, iria de *patitas* al infierno; y los curas, cuando le veian venir por una calle, torcian por otra, murmurando en voz baja esta frase, ahuyentadora de los malos espíritus: *Vade retro, Satanas.*

De todas estas cosas se reia nuestro hidalgo, y como era hombre rico, desocupado y rumboso, no le faltaban amigos y áun amigas, que á pesar del tufillo á azufre que despedia su cuerpo, compartieran con él las *francachelas* á que les invitaba.

Mosen Garceran, en un arranque de orgullo, de vanidad satánica, habia mandado inscribir sobre la puerta de su casa solariega, este letrero: *Aquí vive un rico, que no se morirá ni de hambre, ni de sed, ni de frio,*

Aseguran las crónicas, que esta nueva insolencia, que este poco temor de Dios, quitó el sueño á más de un vecino timorato de la aldea.

Era nuestro hidalgo gran aficionado á la escopeta, y pasaba la mayor parte del tiempo persiguiendo á las perdices, con tan incansable tenacidad, que muy pocos se sentian con alientos para acompañarle en sus excursiones cinegéticas.

Por esto sin duda, Mosen Garceran cazaba sólo acompañado de su perro *barbas, de dos narices,* animal de tan buenas condiciones para la caza, como feo y repulsivo á los ojos del que contemplaba su estampa.

Le llamaban al perro *Satanás*, tenia el pelo de un color rojo sucio, los ojos amarillentos; y por la hendidura que separaba sus narices, dejaba al descubierto sus dientes y sus colmillos, dando á su cabeza un aspecto repulsivo, amenazador.

Satanás se estaba riendo siempre de un modo extraño, miéntras que sus amarillentas pupilas despedian tan tétricos fulgores que eran una amenaza perpetua de las pantorrillas del pueblo.

Y por cierto que no les faltaba razon á los que tenian miedo á *Satanás*, porque aquel endiablado perro ladraba poco y mordia mucho, condicion temible en los animales de raza canina.

El alcalde tenia diariamente una ó dos denuncias contra el perro del hidalgo; pero rascándose el cogote, como el hombre que se halla en un grave apuro, daba *carpetazo* á las denuncias, pidiéndole á Dios, desde el fondo de su alma, que le librara de los terribles colmillos de *Satanás.*

Así las cosas, llegó un *Juéves Santo*, dia de uncion y religioso recogimiento para los fieles católicos.

Reinaba el más profundo silencio en la aldea; todos los vecinos, reunidos en la iglesia, se entregaban con fervor á las pláticas religiosas propias de la *Semana de Pasion*, conmemorando la bajada á la tierra del Hombre Dios, y el sublime drama que tuvo lugar en la cumbre del monte de las *Calaveras.*

Allí, arrodillados ante el ara santa, los fieles creyentes rezaban, en voz baja, el salmo del santo rey David, que comienza de este modo:

Sálvame ¡oh, Dios! porque las aguas han penetrado hasta mi alma.

Atollado estoy en un profundísimo cieno, sin hallar dónde afirmar el pié.

Llegué á alta mar y sumergióme la tempestad.

Miéntras tanto, Mosen Garceran se hallaba solo en su casa con *Satanás*, pues todos los criados habian ido á cumplir con la Iglesia.

El hidalgo se paseaba por la sala, con muestras de mal humor, y de vez en cuando detenia sus paseos y miraba á su perro, que tendido sobre una piel, seguia con sus ojos todas las evoluciones de su amo.

De pronto, el hidalgo soltó una ruidosa carcajada, y dirigiéndole la palabra al perro, le dijo:

—Amigo *Satanás*, ¿no opinas que para que tu amo no se aburra, deberia irse al monte á soltar cuatro escopetazos á las perdices, aunque murmuren las beatas y le excomulgue la Iglesia? Porque, la verdad es, que en estos dias, que



EL MORIBUNDO, grupo escultórico por Enrique Butti



MATER DOLOROSA, cuadro por Cárlos Verlat

Dios ha muerto, segun afirman los curas, debe tenerse más libertad para hacer lo que á uno le dé la gana.

El perro, como si entendiera á su amo, se levantó, se esperezó arqueando el espinazo, y lanzó un bostezo largo y prolongado.

—Puesto que estás conforme, manos á la obra—añadió el hidalgo, descolgando la escopeta y metiendo algunos fiambres en el morral. —Ni tú ni yo, somos aficionados á los ayunos y á las colaciones, y como no volveremos hasta la noche, bueno es pensar en nuestros estómagos.

Y el hidalgo, soltando otra carcajada, repuso:

—Te doy mi palabra de honor, querido *Satanás*, de que si se me presenta el ciervo de San Eustaquio, con la cruz entre las *parrameras*, aunque sea *Juéves Santo* le hago fuego.

Satanás aulló de un modo tétrico, y como si se apoderara un vértigo de él, comenzó á dar saltos diabólicos en derredor de su amo, quedándose por fin parado junto á la puerta, enseñándole los dientes y moviendo los ojos con vertiginosa rapidez.

El hidalgo soltó una tercera carcajada, más ruidosa, más estridente que las anteriores diciendo:

—En verdad que eres feo, *Satanás*, y si yo creyera en el diablo, diria que se hallaba escondido debajo de tu piel.

Poco despues, cuando el hidalgo salia del pueblo, con la escopeta al hombro y el perro delante, entonaba el sacerdote al pié del altar el *Gloria*, y las campanas de la torre lanzaban al viento sus melancólicos ecos qué debian enmudecer hasta el *Sábado Santo*.

Aquellos ecos prolongados, como lamentos que se perdian en el espacio, parecian decirle al hidalgo cazador: «Deten tu paso, respeta el doloroso silencio de los creyentes que se agrupan al pié de los altares, y recuerda que hace diez y nueve siglos, tu Dios derramó su sangre en la cumbre del Gólgota por redimir tus pecados».

Pero Mosen Garceran continuó su camino hácia el bosque, ansioso de interrumpir con las detonaciones de su escopeta, el silencio religioso de tan santo dia.

Durante dos horas, cruzó en vano la selva en todas direcciones, sin encontrar la caza apetecida.

El mal humor iba apoderándose del hidalgo, cuando de pronto su perro *Satanás* se detuvo en *seco* junto á una inmensa *maraña* de triste aspecto que campeaba sola en el fondo de un valle rodeado de tétricos cerros.

Garceran preparó su escopeta, y mandó al perro que entrara en la *maraña*.

Satanás, al oir la voz de su amo, dió una embestida, pero pronto retrocedió lanzando aullidos, y con los pelos del espinazo erizados, como si el pánico se hubiera apoderado de él.

—¿Tienes miedo, *Satanás*?.... —le gritó el hidalgo dándole una terrible patada.—Pues yo te juro que estoy tan hambriento de descargar la escopeta, que, aunque en esa mata se albergue el diablo, le haré salir mal que le pese.

Y como el perro se resistia á avanzar, Garceran penetró en la *maraña*, rompiéndose la ropa y rasgándose la carne.

Cuando el cazador se hallaba en el centro de la espesura, vió salir por el extremo opuesto, un hermoso ciervo que le arrancó un grito de gozo, y haciendo esfuerzos titánicos, salió de la espesura tronchando ramas, anhelando hacer fuego sobre la codiciada pieza.

Con gran asombro observó el hidalgo, al echarse la escopeta á la cara, que el ciervo caminaba muy despacio cojeando y sin el menor recelo.

—Está herido ...—pensó el cazador le faltan las fuerzas para correr.... es mio.

Y apuntando con detencion, disparó la escopeta.

Al disiparse la nube de humo producida por la pólvora que la humedad del valle hacia más compacta, Garceran vió con extrañeza que el ciervo continuaba su camino muy despacio y cojeando.

Miéntras el cazador cargaba precipitadamente la escopeta, jurando y blasfemando como un condenado, el ciervo seguia pausadamente su marcha, como si le fuera indiferente el peligro que le amenazaba.

La distancia que separaba al cazador de la res, apénas llegaria á veinte metros. Era imposible que un tirador tan certero como el hidalgo Garceran, errara el segundo disparo

Procuró serenarse, afinó la puntería y dió *gusto al dedo*, diciendo al mismo tiempo:

—Ni Dios con todo su poder te salva.

El estampido de la detonacion se repitió de un modo lúgubre en cien distintos puntos. Cada roca, cada quebradura de los barrancos, exhaló un lamento quejumbroso, y el espacio se llenó de pavorosos ecos.

El humo de la pólvora fué ensanchándose poco á poco hasta convertirse en una inmensa nube de color plomizo que cubrió el horizonte envolviendo al sacrílego cazador.

Mosen Garceran abrió inmensamente los ojos, no veia más que humo en derredor suyo; el sol habia perdido sus rayos, el dia su luz, y la nube en vez de disiparse se hacia más densa, más impenetrable.

Aquello era extraño, incomprensible. El cazador levantó la mirada hácia el cielo, y con gran asombro, vió retratada, en la nube que se extendia sobre su cabeza, la esbelta silueta del ciervo.

Entónces, no pudo contener un grito de admiracion; el ciervo continuaba su marcha por el aire, cojeando y con gran pausa.

Mosen Garceran, ya lo hemos dicho, era un hombre sereno y poco supersticioso, pero ante aquel fenómeno inexplicable, sintió que su corazon latia con violencia y que su cerebro se perturbaba.

Apartó los ojos del cielo, y se puso á cargar la escopeta con temblorosas manos.

Entónces vió delante de él, á tres pasos de distancia, á su perro *Satanás*, que sentado sobre sus patas traseras, le miraba con fosforescentes ojos, aullando y enseñándole los dientes.

—Ya lo ves, querido *Satanás*,—dijo el hidalgo con acento trémulo—el ciervo se rie de nosotros, la niebla le protege; pero yo soy terco en mis empeños y me he propuesto matarle, aunque para ello tenga que dar mi alma al diablo.

El perro abrió inmensamente la boca, lanzó un gruñido sordo, amenazador, y Garceran vió con espanto, que de los amarillentos ojos de *Satanás* brotaron dos chispas de fuego.

Al mismo tiempo, una voz agria, sobrenatural, estridente como el rechinamiento de dos metales que chocan con violencia, dijo:

—Acepto

Esta voz parecia brotar del fondo de la tierra.

El hidalgo retrocedia con espanto; gruesas gotas de sudor inundaron su frente, y sintió que la sangre se helaba en sus venas.

El perro *Satanás* miéntras tanto continuaba mirando á su amo con fijeza, tenia los pelos del lomo erizados y de cada uno de ellos brotaba una chispa fosforescente, que se convertian, al extinguirse, en pequeñas partículas de azulado humo.

Garceran sintió miedo por la primera vez de su vida. Aquel perro le devoraba con sus ojos de fuego; sus mandíbulas chocaban produciendo un castañeteo amenazador, y temiendo sin duda un ataque brusco de aquel terrible animal, le apuntó con la escopeta, é hizo fuego.

Nuevamente volvieron á repetirse de un modo tétrico en aquellos barrancos los ecos de la detonacion.

El cazador buscó á su víctima, pero el perro *Satanás* habia desaparecido.

Entónces, Garceran se llevó las manos á la frente, y se dijo:

—¿Estaré soñando ó despierto?....

—Despierto—contestó la misma voz que poco ántes habia helado su sangre.

Garceran dejó caer la escopeta, su cuerpo temblaba, el sudor se desprendia gota á gota de su frente; se llevó las manos á los ojos, se cubrió con ellas el rostro, y falto de fuerzas para mantenerse en pié, cayó de rodillas, exhalando un gemido.

Pero este enervamiento, hijo del pánico, duró poco. El hidalgo, avergonzado de sí mismo, se levantó del suelo, y vió con inefable gozo, que la nube se habia disipado y que el hermoso sol de la tarde iluminaba con sus últimos reflejos los cerros y el valle, llenándoles de suaves y poéticos tonos.

Un hombre, sentado sobre una piedra, con la escopeta sobre las rodillas y una enorme pipa en la boca, contemplaba en silencio el cadáver del perro *Satanás* que se hallaba tendido á sus piés, sobre un charco de sangre.

Mosen Garceran miró á aquel hombre á quien no conocia. Era indudablemente un cazador á juzgar por su traje y por su aspecto.

El rostro del desconocido era repulsivo, antipático, inspiraba desconfianza; tenia los ojos de un verde oscuro, excesivamente hundidos en el cráneo; los cabellos y la barba rojos y una profunda cicatriz en mitad de la frente.

Durante un momento, el desconocido permaneció contemplando al perro muerto, y aún sonriéndose de un modo que daba frio; porque, al sonreirse, enseñaba unos dientes negros, largos y repugnantes.

De pronto, levantó la cabeza, fijó sus ojos en Mosen Garceran, y con una voz que parecia salir del fondo de una caverna, dijo:

—Hola, camarada; ¡qué mal tratas á los perros, en cambio de los buenos servicios que te prestan!

—¿Y quién eres tú?.... —le preguntó á su vez el hidalgo, ofendido de la franqueza de aquel hombre.

—Soy cazador.

—Yo conozco á todos los cazadores de veinte leguas á la redonda, y no recuerdo haberte visto nunca.

—Es que yo soy un cazador cosmopolita—contestó sonriéndose de un modo extraño y enseñando sus negros dientes el desconocido—pero no cazo liebres, ni perdices, ni ciervos, como tú.

—Pues ¿qué cazas entónces?....—le preguntó el hidalgo con altanería.

—Yo cazo almas, y vengo por la tuya,—contestó el desconocido, soltando una ruidosa carcajada.

CAPITULO SEGUNDO

Satanás en persona

Mosen Garceran, que, ante la pura trasparencia del cielo y la vivificante luz del sol, habia recobrado su varonil espíritu, miró con fijeza al que se llamaba cazador de almas, y creyendo que trataba de darle alguna broma, se fué acercando poco á poco, y le dijo, miéntras cargaba la escopeta, como una precaucion para lo venidero:

—¿Y te producen mucho esas cacerías de almas á que te dedicas?

—Mucho más que te ha producido á tí esta tarde el ciervo cojo, á quien no has podido meterle una bala en el cuerpo, y eso, que le has dirigido los disparos de tu escopeta, á veinte pasos de distancia. Amigo Garceran, si continúas así, tu fama de cazador perderá mucho.

Esta contestacion, pronunciada con sarcástico acento por el desconocido, mortificó el amor propio del hidalgo aragonés.

—Es que el ciervo cojo tiene indudablemente el diablo en el cuerpo contestó Garceran con destemplado acento.

—¡Hola!.... ¿Crees tú en el diablo como el vulgo?.... —volvió á preguntar el desconocido.

—Yo no puedo creer en lo que no existe; la idea del infierno y sus terribles emisarios sólo cabe en los enfermos cerebros de las viejas y las beatas de mi aldea.

—Hace poco no pensabas de ese modo.

—¡Yo!.... ¿Cuándo?....

—Cuando disparaste tu escopeta sobre este pobre perro, creyéndole el diablo, sólo porque te miraba con los ojos chispeantes y porque el pánico trastornaba tu cerebro.

—Lo maté porque lo creí rabioso—repuso el hidalgo, apartando los ojos de aquel hombre cuya mirada le fascinaba.

—Bah; para creer lo que me dices, necesito una prueba repuso el hombre de la cicatriz, chupando su pipa, y despidiendo enormes bocanadas de humo.

—¿Y qué prueba es esa?....—preguntó el hidalgo con inseguro acento.

El desconocido extendió su largo y descarnado brazo hácia el fondo del valle, y dijo:

—¿Ves aquel *tollo* de piedra, que parece desde aquí el brocal de un pozo?

—Sí; me he metido en él muchas veces en tiempo del *celo* de la perdiz.

—Pues si quieres matar al ciervo cojo, y como dices, no temes al diablo, métete en aquel *tollo* y espera dentro de él la llegada de la noche. Tenemos luna llena; el ciervo irá á las ocho en punto á beber agua en el arroyo que se desliza por el fondo de ese valle, parándose á veinte pasos de distancia del cañon de tu escopeta.

—¿Y quién me asegura eso?. ..

Yo.

—¿Y quién eres tú?....

—Satanás en persona; el diablo en forma de hombre, —añadió el desconocido soltando otra carcajada.

Mosen Garceran comenzaba á sospechar que todo aquello no era más que una broma pesada, que algun chusco queria jugarle en vista de su incredulidad religiosa

El hidalgo aragonés era hombre poco sufrido; montó la llave de su escopeta, se terció el arma sobre la sangría del brazo izquierdo, cogió con la mano derecha la garganta de la culata, y puso el índice en el disparador.

El desconocido observó todas estas maniobras, que tenian algo de amenaza, con perpetua calma, sin que se conmoviera ni una sola línea de su repulsivo rostro.

—Lo que yo creo,—añadió el hidalgo,— es que en el mundo existen muchos pobres diablos, y que tú eres uno de ellos; y te advierto, que el apropiarte un papel que no te corresponde, podria costarte caro.

El desconocido se encogió de hombros, y continuó fumando y sonriéndose.

—Hace poco—dijo el hombre de la cicatriz ofreciste tu alma al diablo si te presentaba la ocasion de matar al ciervo cojo; pero segun creo, te hallas arrepentido de tu ofrecimiento.... Yo te creia hombre de más palabra.

—Nunca he faltado á ella.

—¿Entónces, continúas con la idea de matar al ciervo?...

—Ahora más que nunca.

El desconocido dirigió una mirada hácia el punto del horizonte por donde se hundia la majestuosa aureola del sol.

—El dia agoniza, —dijo con acento cavernoso la noche avanza; si tienes valor, como dices, si no temes al diablo, como aseguras, métete en el *tollo*; que yo te prometo, que, cuando los rayos de la luna caigan como hebras de plata sobre las trasparentes aguas del arroyo, tú matarás al ciervo cojo.

—Acepto—exclamó el hidalgo con altanería.—Pero ¡ay de tí si me engañas! porque yo sabré encontrarte, aunque te oculte el infierno; ¡ay de tí si me juegas alguna broma! porque te juro, por la salvacion de mi alma, que la bala de mi escopeta se sepultará en tu cuerpo.

—Anda y confía en el diablo, que no falta nunca á su palabra.

Mosen Garceran se encaminó con paso firme hácia el *tollo* de piedra, situado á unos veinte metros del arroyo; se metió dentro de él de un salto, puso la escopeta en la *tronera*, y se sentó sobre una piedra.

El sol se habia hundido por occidente; la poética luz del crepúsculo llenaba el valle y los cerros de suaves tonos, y las primeras sombras de la noche avanzaban por oriente poco á poco, ansiosas de apoderarse del imperio de las tinieblas.

El hidalgo aragonés miró por entre las junturas de las piedras que formaban el redondo *tollo*, y vió que el desconocido permanecia sentado en el mismo sitio, en la misma actitud y con la pipa en la boca.

Aquel hombre tenia la inmovilidad de una estatua, y Mosen Garceran, receloso, no apartaba de él los ojos.

Cerró la noche y el hidalgo continuaba mirando desde su *espera* al desconocido.

El valle se llenó de profundas tinieblas; y cosa extraña, aunque Garceran se encontraba á más de trescientos metros de distancia del desconocido, le veia perfectamente, como si le circundara una aureola de luz de un rojo amarillento.

¿Será efectivamente el diablo?....—se preguntó en el fondo de su conciencia el hidalgo aragonés.

Pero como si esta duda le avergonzara, añadió:

—Imposible.... Y si lo es, tanto mejor, porque así podré decir á todo el mundo que he visto al diablo y escribir en la lista de mis amigos un nombre célebre.

En este momento, la luna asomó con toda su resplandeciente grandeza por la quebradura de un barranco, extendiendo sus plateados rayos sobre las aguas del arroyo que serpenteaban en el fondo del valle.

Mosen Garceran apartó los ojos de la inmóvil figura del desconocido, para fijarlos en el majestuoso astro de la noche.

El hidalgo se estremeció bruscamente. En la cumbre del cerro habia una enorme roca suspendida sobre el abismo, sitio en donde sólo las águilas podian detenerse y hacer su nido; y en esta roca, vió sentado al cazador de la cicatriz, fumando impasible su pipa.

La clara luz de la luna iluminaba perfectamente el cuerpo de aquel hombre extraño.

Garceran se pasó varias veces las manos por los ojos, como si no diera crédito á lo que veia.

Volvió á mirar; no le quedó la menor duda; allí estaba el desconocido; era el mismo hombre, tranquilo, impasible, despidiendo bocanadas de humo, y sonriéndose de un modo que oprimia el espíritu.

Entónces el hidalgo, obedeciendo á un impulso superior á su voluntad, se puso en pié, y sacó la escopeta de la tronera.

Jamás la planta del hombre habia pisado aquella roca, atalaya inabordable de las águilas. ¿Cómo habia llegado hasta allí, en tan pocos minutos, aquel hombre?...

Mosen Garceran se aturdia; porque el caso era verdaderamente sobrenatural; pero su asombro creció de un modo superlativo, al ver que el cazador de la cicatriz se hallaba á la vez sentado en cuatro puntos distintos; es decir, en el sitio donde le habia dejado, en la roca de las águilas, y en las dos cumbres de los montes que circundaban el valle.

Garceran no pudo contener un grito de terror, de espanto; chocaron sus mandíbulas, crujieron sus huesos, se erizaron sus cabellos, y un temblor convulsivo agitó su cuerpo.

—¡Qué horrible pesadilla!... —murmuró con acobardado acento.

Entónces, para que el espanto creciera en el alma de Mosen Garceran, vió bajar por la ladera de un cerro al ciervo cojo y detenerse por fin en las orillas del arroyo.

La res inclinó la cabeza sin el menor recelo y aplicó los belfos en las aguas del arroyo.

Sus grandes y hermosas *parrameras* se dibujaron en el agua, como sobre el bruñido cristal de un espejo.

Garceran vaciló un momento, pero su sangre cazadora se reanimó ante la vista del hermoso ciervo, y apuntándole su escopeta, hizo fuego.

El esbelto animal recibió el balazo en mitad de la frente, lanzó un bramido quejumbroso, y rodó sin vida, hasta el fondo del barranco.

El hidalgo lo olvidó todo, exhaló un grito de gozo, y ya se disponia á salir del *tollo* para apoderarse de su presa, cuando resonaron cuatro carcajadas que helaron la sangre de sus venas.

Al mismo tiempo, vió avanzar hácia el *tollo* los cuatro cazadores que poco ántes habian perturbado su cerebro.

Caminaban sin hacer ruido, pero dejando en pos de sí huellas de fuego y sonriéndose de un modo satánico.

Garceran se creyó perdido; cayó de rodillas, juntó las manos con beatitud, dirigió una mirada al cielo, y arrepentido de sus culpas, iba á elevar á Dios una súplica para implorar su perdon, cuando sintió caer sobre su cabeza una mano que le quemó el cráneo, y oyó una voz que le dijo, destrozando su corazon:

Es tarde: tu alma me pertenece.

Entónces resonó en el fondo de la tierra un trueno espantoso, se tiñó la luna de color de sangre, crujieron las rocas, se estremecieron los árboles, y Mosen Garceran sintió con angustioso espanto, que el suelo del *tollo* se hundia y se hundia arrastrando su cuerpo con una rapidez vertiginosa hasta el fondo de un abismo ignorado.

. . . .

Desde esta noche han trascurrido más de cien años; el *tollo* del cazador se convirtió en un pozo sin fin; cuando se arroja una piedra, tarda mucho tiempo en llegar al fondo, y entónces se oyen lamentos quejumbrosos, y aullidos de perros que amedrentan el espíritu de los sencillos habitantes de la aldea.

La tradicion asegura que por aquel pozo bajó al infierno el sacrílego hidalgo Mosen Garceran, y hay muchos pastores que afirman, que el ciervo cojo va al arroyo á beber agua todas las noches de *Juéves Santo*, pero las vías férreas y el telégrafo eléctrico se han encargado de que enmudezca para siempre *El Pozo de los lamentos*.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH



LA MATERNIDAD, dibujo por P. P. Rubens

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORENO GODINO

(Conclusion)

XIV

El mayor monstruo, los celos

¿Qué habia sido de Masrú (a) Gil (a) El ardilla?

Al ver acercarse á los jinetes negros, corrió á refugiarse en el bosque de los castaños, y una vez allí, viendo que no era perseguido, se detuvo á descansar y á reflexionar.

Era ya de noche y la oscuridad era completa.

Lo primero que hizo fué desembarazarse de su traje de hijo de Arimanes, que le estorbaba.

Despues se internó, por más precaucion, en la espesura y se sentó en el tronco de un árbol caido.

Su deseo era volver á la caverna, al lado de sus compatriotas y amigos, y resolvió hacerlo inmediatamente. Aunque se hallaba desorientado por la larga caminata de aquel dia, confió en su natural sagacidad y en las observaciones que habia hecho desde el momento en que salió de la gruta.

Esta estaba situada hácia la parte del Norte y cerca del rio. Con estos indicios tenia bastante. Por fortuna, á la caida de la tarde, el Santon le habia propinado un refrigerio y sólo le molestaba un tanto la sed. Buscó una fuente, manantial ó cosa parecida, y su buena estrella hízole tropezar con un manso arroyuelo que entre menudas guijas corria. Abrevóse y se chapuzó en él, y una vez fresco y restaurado, emprendió su exploracion.

Se alejó del bosque recelosamente, cerciorándose de que no era visto ni seguido; se orientó hácia el Norte y comenzó á andar á campo traviesa.

A veces oia rumores lejanos y veia brillar luces. En dos ocasiones oyó ruido de caballos, y se ocultó lo más posible, haciéndose un lio.

El pobre Gil ignoraba los sucesos de aquella memorable noche. Miéntras caminaba, pensaba algo en el Santon, que debia estar prisionero y mucho en Petrita y Sebastian, solos en la caverna.

A las seis horas de marcha, sucedió lo que habia pensado y era, que aunque de noche, deberia distinguir la masa del monte destacándose de entre la oscuridad.

En efecto, un punto negro cortaba la línea del horizonte.

Desde aquel momento, Gil caminó con seguridad y en línea recta, y conforme se aproximaba, andaba más de prisa como atraido por la querencia. Pronto llegó á la falda de la eminencia, y la costeó sin vacilar, porque sabia que la entrada de la caverna estaba hácia el lado del rio.

Gil, en la prevision de lo que pudiera suceder, se habia fijado mucho en los lugares, cuando salió en compañía del Santon.

No tardó en hallar la subida oculta; pero al empezar su ascension, se detuvo sobresaltado. Hácia la parte opuesta, esto es, por el lado de la llanura, oia rumores que el pobre jóven no podia explicarse.

Vaciló, pero pensó con razon que esto era un motivo más de refugiarse en la cueva, motivo tanto más poderoso por cuanto ya empezaba á diseñarse el dia.

Trepó por entre las malezas, y no sin gran dificultad pudo encontrar la piedra que tapaba el agujero de entrada. Una vez encontrada, le fué fácil moverla, porque segun habia observado al salir, giraba sobre un cilindro elevado sobre cuatro hierros en cruz.

Puso el pié en los primeros toscos escalones que servian para el descenso, y al ir á cerrar la entrada, por más precaucion, se le ocurrió un pensamiento inquietante:

¿Habria luz en la caverna?

Pero supuso que sí; teniendo provision de teas, Sebastian y Petrita no estarian á oscuras.

Cerró, pues, el agujero, haciendo girar la piedra, y bajó. Con efecto, el antro, aunque no muy bien, estaba alumbrado.

Gil se adelantó precavidamente con el oido atento, pero no percibia ningun rumor. En la parte opuesta brillaban dos teas encendidas.

Aquel silencio sepulcral no sorprendió al recien llegado; pues supuso que á aquellas horas sus compañeros estarian durmiendo.

¡Durmiendo, ah!

Avanzó poco á poco hácia donde estaban las teas; la opaca y humosa luz de estas no alumbraba lo suficiente: los objetos parecian vagamente confusos.

Por no despertarlos si dormian, y tal vez por otro motivo, Gil no quiso llamar á sus amigos.

Fué adelantando. En un rincon, junto al muro, creyó distinguir dos bultos tendidos en el suelo. ¿Serian Petrita y Sebastian?

Se aproximó: eran ellos, eran ellos que dormian apaciblemente, el uno junto al otro, demasiado juntos.

Sebastian con su blusa y con su larga faja liadas habia improvisado una almohada, y sobre ésta reposaban su cabeza y la de Petrita, tan juntas, que sus alientos debian confundirse. Gil les miró desatalentado; aquello tenia un aspecto de alcoba nupcial, sin que faltasen las antorchas de himeneo.

El pobre jóven exhaló un gemido; el dragon de los celos le devoraba el corazon. Miraba á los durmientes y luégo extraviadamente hacia todas partes.

Le zumbaba la cabeza; los objetos que le rodeaban se hacian movibles á sus ojos, parecíale que oia rumores en el techo de la gruta.

Mil pensamientos distintos cruzaban por su cerebro delirante, pensamientos de venganza y de concupiscencia.

Dentro de él se habian encerrado Omazor y Arimanes y luchaban á muerte. ¿Quién venceria?

Gil, sin conciencia de sus actos, se separó de la feliz pareja, tomó una tea y empezó á andar por todas partes; los grandes dolores necesitan de movimiento.

Recorria la cueva, parecia el genio de aquel antro inspeccionando sus dominios.

Llegó á un sitio en que aquella estrechaba, formando como una pieza aparte, y al ir á entrar casi corriendo tropezó en una dura rama que salia del muro y se dió un violento golpe en la cabeza.

Vaciló atontado, cayó al suelo y dejó caer la tea, que quedó encendida.....

Brilló un foco de luz, luégo se produjo un ruido como un chisporroteo y despues...

XV

El trueno gordo

¡Joló, Joló, Joló: serás libre de tu tirano!

Todo el mundo oyó esta exclamacion del derviche.

El Sultan que se hallaba en la meseta del monte, sentado á la oriental con las piernas cruzadas, se puso en pié pálido de ira, é hizo la señal para la ejecucion del suplicio.

Los espectadores sintieron un escalofrío general.

Cada uno de los sayones cogió por el brazo á cada uno de los condenados.

La leña de la pira sonaba al quemarse y las llamas oscilaban como erguidas serpientes de fuego.

En el instante en que la primera víctima, esto es, la hechicera que habia escupido al Sultan y que por su debilidad opuso menor resistencia, iba á ser arrojada á la hoguera, oyóse un ruido espantoso, una detonacion terrible, como al volar una mina ó al dispararse diez baterías de cañones á un mismo tiempo.

La multitud lanzó un gito unánime de terror; el monte contiguo á la explanada se habia abierto, arrojando llamas, humo y montones de pedernales; el Sultan y cuantos le acompañaban habian desaparecido ó hundídose en las entrañas de la tierra.

El pueblo se agitó, exclamando: «¡Castigo, castigo!» los sicarios soltaron á sus víctimas, los que llevaban armas las sacaron á relucir, los soldados se desbandaron, la turba invadió la explanada y deshizo la hoguera, y el derviche fué exaltado en hombros de muchos devotos que gritaban:

—¡¡Es el Santon de los siete cielos!!

Se buscó al Sultan entre los escombros del monte trasformado en una sima, y se halló su cuerpo destrozado en la ribera del rio. Antes, los adeptos del *Diaot* tuvieron cuidado de completar los efectos de la voladura, haciendo desaparecer los rastros de la pólvora, que hubieran podido explicar las causas del milagro.

El príncipe Ali Kark fué proclamado Sultan de Joló, y aunque dominado por la teocracia, se le consideró como á soberano más aceptable que su padre; sobre todo por parte de los españoles; pues fué el primero que rindió pleito homenaje á S. M. C. la reina de España.

Si se sabe algo de Petrita y de sus dos amantes, me avisan ustedes.

F. MORENO Y GODINO



JESUCRISTO, escultura por Francisco Rude



EL DOMINGO DE RAMOS, fresco por Flandrin

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 14 DE ABRIL DE 1884 — NÚM. 120

UNA CAMARERA, cuadro por Otto Erdmann

Don Abelardo de Cárlos, fundador y director de la *Ilustracion española y americana*, ha fallecido!....

Las letras y las artes han perdido un valioso protector Cuantos se interesen por la cultura pública y crean que el periódico ilustrado es uno de los más poderosos elementos para difundir en todas las clases el amor á lo bueno y á lo bello, consagrarán un recuerdo de honor á la memoria del Sr. de Cárlos, por la fe, por el cariño, por la constancia, con que fundó y ha sostenido, entre otras publicaciones, la *Ilustracion española y americana*, que honra á la patria.

Para llegar á este lisonjero resultado, debió el Sr. de Cárlos emplear un capital efectivo muy respetable, y otro capital, aún más de agradecer, en desvelos, en fuerza de voluntad, en jugo de su clara inteligencia, en sacrificios que pasan desapercibidos del público y que son las espinas de ese camino de amarguras recorrido indefectiblemente por cuantos empujan á los pueblos por la vía de su progreso.

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, que puede apreciar como pocos cuanto ha hecho y valido D. Abelardo de Cárlos, se asocia al dolor de su respetable familia y de los Sres. redactores y artistas de la *Ilustracion española y americana*, que será siempre honroso timbre del padre y del amigo á quien merecidamente lloran.

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UNA CAMARERA, cuadro por Otto Erdmann

Si la figura de ese lienzo es inventada, hay que convenir en que su autor entiende de niñas bonitas; si es retrato, hemos de confesar que el original habia de ser una camarera muy peligrosa. Por de pronto, ese tipo, mejor que al estado de humilde doncella de servicio, se aviene al de princesa disfrazada. Así, por ese estilo, se concibe á María Antonieta, la austriaca de belleza á un tiempo severa y dulce, trocando en los Trianones de Versalles sus regios atavíos por el humilde traje de la aldeana helvética.

¿Deduciremos de esto que el cuadro de Erdmann carece de verdad?.... Ni por asomo. Aquello de—la verdad es una—podrá ser verdad en el órden moral y en el matemático; pero en el sentido de la belleza ocurre lo que en las rifas; saca quien saca. Camareras, y ménos que camareras, hemos conocido á quienes ha cabido el premio gordo; y por contra muchas niñas de encopetadas familias no han acertado ni los millares del número favorecido.

Nuestro pintor, por lo tanto, puede haber estado en lo cierto; y lo cierto, en nuestro caso, es que la camarera de Erdmann es una obra de arte deliciosa, admirable de hermosura, perfecta de naturalidad y en todo tan acabada que constituye una joya del arte.

Contribuye no poco á dar una idea aproximada de ese cuadro la maestría con que ha sido grabado por Brendamour.

¡VIENE!.... cuadro por Canuto Ekwall

Las palabras tienen el valor que las imprime la inflexion con que se pronuncian. No ha muchos dias leímos de cierto actor inglés que causaba, á su voluntad, hilaridad ó espanto en sus oyentes con sólo acentuar una palabra tan vulgar ó indiferente, al parecer, como *Mesopotamia*.....

Pues bien, con un elemento tan sencillo como puede resultar de la tercera persona del singular del presente de indicativo del verbo *venir*, un artista de talento ha compuesto un cuadro palpitante de vida, de sentimiento, de interés y de verdad.

¡Viene!.... No dice más el título; no se acierta á ver al que viene, ni tenemos antecedente alguno respecto de su persona.... Y sin embargo, ¿habrá quien dude tocante al que viene? ¿Habrá quien desconozca la calidad del afecto que une á la persona incógnita que *viene* y á la gentil doncella que espera?

Lo que se ve y lo que no se ve es igualmente claro, evidente, *visible* en esta composicion. Algunos profesores de escultura han dicho y hasta han demostrado que con cualquier trozo de estatua que se les ponga de manifiesto, se empeñan en reconstituir la estatua completa. Otro tanto ocurre con este cuadro. Considerando la actitud de la doncella, se adivina la del galan; haciéndose cargo de la estancia, se ve perfectamente la calle.

El cuadro es, además, rico en detalles y produce una impresion simpática, revelando bajo todos conceptos el recomendable talento de su autor.

UNA PROCESION EN S. MARCOS DE VENECIA, acuarela por Arcadio Mas

(Exposicion Parés)

Nuestro compatriota autor de esa agradable composicion, es un entusiasta por Venecia. Hace seis años, cuando apénas empezaba á desembarazar de malezas la senda por donde peregrina el artista, le encontramos haciendo estudios en la ciudad perla del Adriático, embebido ante su palacio ducal, admirado ante su singularísima basílica, atónito ante los frescos de Tiépolo, en demanda de un colorido que le permitiera reproducir las tétricas aguas de sus canales y el sol riente de su incomparable cielo.—¿Permanecerá V. mucho en Venecia? —le preguntamos; y él contestó: —Lo ignoro: los artistas permanecen en los museos miéntras les queda que ver en ellos, y Venecia es un museo en cuyo catálogo no se ha puesto todavía la palabra fin.

Desde esa época, el jóven Mas, que siente por Venecia una pasion fácil de concebir, hace lo que todos los enamorados, reproducir á su amada bajo cuantos aspectos la ha contemplado y hallado hermosa desde el punto de vista del arte.

Uno de esos aspectos es el asunto de la acuarela cuya copia publicamos, obra valientemente ejecutada y que ha sido unánimemente aplaudida por cuantos han visitado la última exposicion Parés.

MANIOBRAS MILITARES EN ALEMANIA, fototipografías instantáneas

No bastaba reproducir fielmente la naturaleza por el procedimiento de Daguerre. El progreso, consecuencia natural de todo invento, exigencia de los tiempos modernos, en los cuales todo lo que no adelanta, muere, hacia preciso mejorar en velocidad de obtencion y en facilidad de multiplicacion, el mecanismo que un dia maravilló á la generacion que inmediatamente nos ha precedido.

Hablar hoy del daguerreotipo, es hablar de las Mensajerías aceleradas; la simple fotografía apénas puede compararse á las diligencias en que viajaron nuestros padres... Hoy encontramos lenta la marcha del ferro-carril y pedimos á la electricidad su concurso para trasladar, ya no nuestro pensamiento, sino nuestra persona, de un extremo á otro del globo.

La fotografía instantánea, en el sentido literal de la palabra, es ya un hecho; su multiplicacion directa por medio de la imprenta la corroboran las pruebas que hoy publicamos, debidas á los constantes estudios y ensayos del profesor aleman Meisenbach. Ellas son la última perfeccion del arte; y si bien se examinan, tan notables son, que debieran satisfacernos plenamente, si la palabra *¡adelante!* no estuviera escrita en el blason de todos los pueblos.

ESCENA VALENCIANA, cuadro por Agrasot

Los que califican de incomparable el cielo de Andalucía y de sin rival aquellos campos que bañan el Guadalquivir, el Genil ó el Darro, son injustos con el cielo y los campos valencianos, tan feraces, tan rientes y tan típicos como aquellos. Allí la esbelta palma crece frondosa cual pudiera en las ardientes regiones africanas; allí ha tomado carta de naturaleza la exótica higuera chumba y la pita de acerado remate; allí el naranjo de dorado fruto embelesa la vista despues de haber recreado el olfato con el precioso aroma del azahar. Niñas de singular belleza oriental y fornidos mancebos que hasta en su traje recuerdan á los árabes, pueblan esa tierra llena de encantos y que el artista visita con singular predileccion.

El que viaje por semejante paraíso, podrá apreciar, en los dias festivos especialmente, á la caida de la tarde, cuando los postreros rayos del sol dan á la escena un tinte de imponderable poesía, escenas parecidas á la que de una manera gráfica representa nuestro grabado.

EL CORAZON DE FORMOSEDA

I

Se alza el telon...

....era la época en que estaban de moda los fracs verdes con boton de oro, y el pantalon colan era el límite extremo de la elegancia masculina; cuando vivia *Fígaro* y la musa de Zorrilla dormia envuelta entre las nieblas del no ser; cuando Madrid ostentaba en sus calles muy pocas aceras, y alguno que otro farol que de trecho en trecho enviaba el resplandor incierto del aceite de oliva; cuando la Puerta del Sol era tan estrecha como hoy lo es la calle de Sevilla; cuando lo que hoy se llama «Todo Madrid,» aún no existia, porque los hábitos del lujo, las costumbres aristocráticas y el esplendor de esa nueva aristocracia que ha engendrado la Bolsa no habian aún producido todos sus frutos.

Ricardo de Formoseda era uno de los elegantes del año 33, puesto que al dar las cinco en un reloj de mesa que habia en su despacho el dia 27 de enero, se ajustó la desgarbada prenda que los historiadores llaman fraque, y despues de hacerse con soltura un lazo en la corbata y pasar su mirada de arriba abajo por todo el cuerpo, se lanzó á la calle empuñando en su diestra un junquillo rojo con puño de ágata; en la izquierda mano llevaba los dos guantes blancos, que segun era entónces moda tambien, volvian á casa sin haber calzado los puños de los elegantes.

Era Ricardo de Formoseda, puesto que es preciso que os le presente, hijo único de un acaudalado terrateniente de la campiña, el cual terrateniente poseia sobre mil hectáreas de viñas, y más de cinco mil hanegadas de olivos en Alcalá, asiento de su casa: una de las más fuertes de labor de toda la tierra castellana.

Pocos meses despues de su matrimonio, murió la mujer de Saturnino Formoseda, dejándole envuelto en pañales aquel retoño que andando el tiempo, y veinticinco años no más, habia de ser Ricardo de Formoseda tal y conforme ahora aparece á nuestra vista, con su frac verde y su gentil talle, el sombrero de copa en la cabeza, los dos rizos de pelo negro muy atusado sobre las sienes, el bigote erizado á uso de cosaco, como entónces tambien se acostumbraba.

Salió á la calle, y como vivia en la de Cedaceros, bien pronto se halló en la Carrera de San Jerónimo, que ya entónces era, y creo que siempre ha sido, la principal arteria de la vida social de Madrid, y sin duda, como hombre que sabe á dónde dirige su rumbo, no tardó en encaminarse á buen paso por esta Carrera de San Jerónimo, cruzó la Puerta del Sol, bajó por la calle del Arenal, y en una de sus últimas casas, en cuyo portal habia una tienda de relojero, se detuvo: era el número 27 y 29.

El portal dejaba mucho que desear en cuanto á limpieza; era un lóbrego é inmundo receptáculo si se le comparara con los portales de las modernas viviendas de los madrileños de ahora; entónces era como todos los portales de Madrid; un largo pasadizo de tierra húmeda, y en cuyas paredes habia todos los síntomas de la incuria y de la suciedad.

Formoseda vió detrás de la mampara de cristales salir la cabeza calva del relojero con el ojo derecho protegido por el anteojo de círculo de cuerno, á través del cual el pobre artesano contemplaba y escudriñaba la misteriosa vida de los relojes descompuestos; vió la llama azulada del candilon de alcohol que le servia para recomposiciones; y luégo, más allá una escalera entornillada y abrupta que se defendia contra las invasiones del extranjero, como los Apeninos contra las invasiones de César; pero Formoseda en sus veinticinco años de edad, y en su naturaleza desarrollada vigorosa en las solturas de la vida campestre, apechugó con los 35 escalones, y llegó al último piso donde despues de haber tirado de un cordon de lana bastante sucio, penetró en una habitacion de techo tan bajo, que no sabemos si fué por cortesía ó por evitar un golpe con el quicio de la puerta, por lo que se quitó el sombrero, y entró en la sala con la espina dorsal encorvada y la cabeza baja.

Aquella habitacion era poco más pequeña que un pañuelo de yerbas; y con ser tan estrecha, tan baja de techo y tan ahogada, alguna hada maravillosa, burlándose de la arquitectura, y de la impenetrabilidad, habia puesto y conseguido encerrar en tan angosto recinto una enorme cómoda, cuatro sillas de Vitoria, una copa dorada llena á la sazon de fuego; y habia además adornado las paredes con cuadros de litografía, con un Cristo bordado en cañamazo y con una pila de cristal llena de agua bendita. Las paredes, el techo y hasta el suelo desaparecian debajo de aquella aglomeracion de muebles y adornos. No se veia el color del papel, no se veia qué clase de ladrillo formaba el pavimento; apénas quedaba espacio para entrar: y una vez colocados en sus sitios una dama y una jóven que dentro de la sala estaban, y Formoseda, no quedó allí lugar, no ya para que otra persona entrase, sino siquiera para respirar el aire de Dios.

—Señor de Formoseda, —dijo la dama,—no le esperábamos esta tarde. Como está el tiempo así....

—¡Ah!—dijo Formoseda atusándose el bigote y lanzando una mirada profunda á la señorita; —yo soy hombre de palabra. ¿No habia prometido á V. que iríamos á la Casa de Campo?

—Sí, pero como la tarde amenaza lluvia,—contestó la dama,—pensamos que V. habria desistido del viaje.

—Por mí no ha de quedar,—dijo Formoseda.—Ya tengo encargado el coche... No es de dos caballos porque los tienen tomados para la romería del Pardo; y ya sabe V. doña Eleuteria, que estas romerías cargan con todos los caballos de Madrid. Pero he conseguido una carretela con dos mulas.. ¿Creo que á Vds. les será indiferente que la carretela sea mejor ó peor?

—¡Ah! —dijo la señorita que habia permanecido muda hasta entónces y fijos sus ojos en los de Formoseda mirándole gravemente,—ya teníamos preparada la merienda.

—¡Cómo merienda!—dijo Formoseda. —¿Vds. piensan acaso que yo cuando invito, invito á medias? Con el coche va dispuesta una merienda, y no consentiré que salga otra cosa de aquí más que sus personas, y eso ha de ser pronto, porque ya la hora se acerca. Son las tres y media y á las cuatro iremos á buscar el coche.

—Si es así, —dijo doña Eleuteria,—pronto estamos arregladas. La niña está vestida, y yo con que me ponga un manton estaré arreglada tambien.

Dijo así doña Eleuteria y con gran soltura, no se sabe si volando por encima los muebles ó andando á brinquitos por la estrecha senda que entre unos y otros quedaba, alejóse, dejando solos á la señorita y á Formoseda.

II

Los Ochandianos

Aquella principalísima señora y su hija, eran nada ménos que últimos vástagos de la antigua y linajuda estirpe de

los Ochandianos, originaria de la Borunda, donde habian sido poseedores de extensos terruños, y habian explotado todos los comercios, al mismo tiempo que los privilegios de la aristocracia.

Pero así como durante dos siglos los Ochandianos habian sido hijos de la dicha y sus bienes habian aumentado incesantemente, de improviso una mala época cayó sobre ellos, y no hubo dia que no trajese su plaga para la ántes poderosa estirpe; hoy era una enfermedad que arrebataba al jefe de la familia; mañana una mala cosecha, al otro dia una tormenta de rayos y centellas que incendian los graneros y destruyen tres casas de labor que estaban contiguas. Por este camino y á este paso en poco más de veinte años la cuantiosa fortuna de los Ochandianos fué reducida á la nada; y los que ayer fueron grandes señores, quedaron convertidos en humildes y tristísimos aristócratas sin una peseta.

No hay tristeza como la de un hombre que tiene un escudo sin poseer otros con qué abrillantarle; porque de tal manera están dispuestas las cosas en esta pícara vida, que de poco le vale á una persona tener en su árbol genealógico todas las savias de la sangre azul y todos los retoños preclaros del libro de la *Gineta*, si no está ingerto en ese árbol un filon de láminas de oro que resplandezca y salga por las ramas con los hermosos frutos del metal noble

Los Ochandianos habian representado en la Borunda, y aun en toda aquella provincia el papel de los antiguos señoríos venidos muy á ménos despues de los sucesos de la guerra de la Independencia y de las córtes de Cádiz.

El último vástago de los Ochandianos que habia ejercido verdaderamente ese señorío, fué el abuelo de doña Eleuteria, el cual el año de 18... era un anciano de 70, delgado y ágil, fuerte y robusto como un jóven; y tan desprovisto de los alifafes de la vejez, como de las tristezas de esta edad. Era un muchacho completamente, con su cuerpo siempre embutido en los pliegues del traje de la época, las delgadas pantorrillas cubiertas con las calcetas de color de canela, los zapatos de cuero adobado, con hebillas de plata, y el amplio casacon de paño de color de aceituna con los botones de nácar y las vueltas de raso encarnado. Cuidaba mucho de su persona y tenia cierta fama de Tenorio engrandecida y agigantada por la poesía de la leyenda, desde que la edad le habia hecho retirarse de las armas de Cupido.

Este buen señor, que fué uno de los pocos miembros del antiguo régimen que llegaron sanos y salvos al poder de las modernas cosas, tenia gracia en el decir, y una chusca manera de poner en caricatura lo que no le agradaba, que no habia cosa tan graciosa como cuando alzados los manteles despues de la cena en su casa solariega de Salvatierra, referia en broma los sucesos de las córtes de Cádiz y las discusiones de aquellos grandes hombres que difundieron las primeras luces del parlamentarismo en nuestra patria.

Don Alejandro Ochandiano tenia algo de Aristarco, porque todo lo encontraba mal en las cosas que habian sucedido y que no eran de su tiempo; y con tal ahinco perseguia las costumbres iniciadas en las córtes, que era una risa el oirle satirizar los discursos del que despues fué conde de Toreno, y las brillantes arrogancias de Canga-Argüelles; sin que fuera posible contener la risa en los límites de la reserva cuando describia el salon de sesiones de Cádiz que él habia visto, y decia que tenia una barrera como la plaza de toros, y que la tribuna pública era como la tribuna de una iglesia; de tal manera que un dia un gitano que entró á ver una sesion, lo primero que hizo en cuanto levantó la cortina de la puerta fué santiguarse.

Pero como nada hay eterno, la gracia y la salud de D. Alejandro cayeron juntas en un dia. Un constipado que despues se convirtió en pulmonía, se le llevó lindamente con todos sus fueros señoriales al otro barrio

Nueva pérdida de lo poco que les quedaba. Los desastres aumentando, y ya sin que mano mortal pudiese remediarlo ni darle remiendo, hicieron que al casarse doña Eleuteria no pudiese elegir su esposo entre aquellos principales barones de la antigua Navarra que habian siempre sido los pretendientes de las blancas manos en casa de los Ochandianos, y tuvo que apechugar con un comerciante de Pamplona que tenia una tienda de hierro y vivia tal cual pesando lingotes y embalando barras de plomo.

Gran lástima fué en verdad para los *manes* y *penates* de la casa ilustre aquel matrimonio que infiltró en la hasta entónces siempre sangre azul de los Ochandianos las gotas rojas del ferretero, plebeyo por sus cuatro costados.

No fué muy larga tampoco la vida del ferretero; y doña Eleuteria huyendo de pleitos que cayeron sobre ella, y por salvar los 10 ó 12,000 reales que la dieron por el traspaso de la tienda, de mano de golillas y escribanos, se vino á Madrid donde se dedicaba al noble oficio de coser para fuera, ayudada de su hija que vino de Pamplona á la edad de doce años, y que en los cinco que van trascurridos desde que llegó á la corte se habia hecho una muchacha de singular belleza y de atractivos nada comunes.

Genara se llamaba esta criatura, cuyos ojos eran grandes y negros como una noche de invierno y cuyo cuerpo no habia alcanzado el desarrollo excesivo de las líneas curvas y se conservaba en un gracioso límite de esbeltez y ligereza. La nariz de este último retoño de los Ochandianos era recta y pequeña; la boca no era tan chica como la nariz, pero tenia en cambio doble gracia al cerrarse y abrirse, y no parecia sino que sus labios habian aprendido en la escuela de Lucifer el arte de decir y decir con hechizo. Dos pícaros hoyuelos habian ido á reunirse en la comisura de los labios por bajo de las mejillas como dos resplandores de gracia; y las cejas eran largas y negras y muy movibles. En las grandes ocasiones de expresar afectos muy hondos y sinceros llenaba de expresion el pálido semblante dándole una visualidad inteligente que encantaba, porque no parecia sino que al hablar con Genara las ideas saliendo de su boca iban á reflejarse en un espejo que no era sino el rostro de ella. ¡Ay! ella tenia la aspiracion de las cosas grandes, á pesar de que su padre fué hombre siempre apegado á lo temporal de la vida, é incapaz de hacer cálculos sobre lo eterno.

Genara habia padecido una propension soñadora muy propia de todos los últimos restos de las familias que fueron grandes y despues vinieron á ménos.

Ella soñaba con las cosas ricas, las telas de seda, los zapatos de raso, los brillantes, los carruajes, los magníficos caballos, las adulaciones de la gente, el arte de vivir en sociedad, el tener un abanico de nácar, el ponerse una mantilla de encaje, sujetarse rosas en el pelo, y aparecer ante las gentes rodeada de una aureola de gracia, de juventud, de hermosura y de gloria. Todo esto aparecia impregnado de amargura, con la tristeza del emigrado á quien arrojaron violentamente de su cuna y se queda en la frontera mirando con melancolía ponerse el sol en su patria.

¡Pobre Genara! El vértigo de las grandezas dominaba en su alma; y se sentia tan incapaz de someterse á las duras necesidades de la vida, que cuando doña Eleuteria tuvo que tomar la enérgica y heróica resolucion de ir á solicitar obra en la casa del *Valenciano*, un tendero de telas y camisas de la calle de Postas,—derramó tantas lágrimas, que un autor de madrigales hubiera podido hacer de ellas cuatro ó cinco buenas sartas de perlas.

¡Y qué obra les dió!

—Si por fin, —decia ó pensaba Genara,—se nos hubiese encargado el bordar sobre holanda, ó el hacer de esas lindas flores, que no parece sino que salen de un jardin bien cultivado, ó el coser ó bordar con oro y plata, todo lo llevaria con gusto. Pero coser y más coser en estas telas negras que parece que han estado tendidas al humo de una chimenea cuatro años... Eso es un horror. Y se miraba las manos de soslayo volviéndolas por el dorso y por la palma para ver cómo la luz se trasparentaba en aquellas venas y en aquellas suavidades carnosas y rosáceas de los dedos.

La verdad es que Genara no era una gran maestra en el arte de la costura. Esto es preciso que lo digamos, porque tenemos para con el lector la religion de la verdad.

Aquellas manos que estaban inimitables de elegancia y soltura para sujetar un abanico, para sostener un fino pañuelo de holanda ó encaje, y para jugar con los rizos de su pelo que caian hácia adelante gallardamente, resultaban torpes y sin gracia al coger la aguja é intentar hacer un largo pespunte.

Genara tenia su teoría sobre el pespunte: decia que era coser dos veces una misma cosa; y le parecia el colmo de la necedad tomarse un trabajo tan estéril, cuando con una sola puntada quedaban las cosas tan bien sujetas y tan firmes.

Muchas veces sostenia entre sus dedos una aguja y examinaba la aguda punta y el estrecho ojo; y en el odio profundo y arraigado que le tenia hubiérase creido que la increpaba, y que el honrado utensilio de las labores femeninas sostenia con ella conversaciones como la siguiente:

Genara.—Vamos á ver; ¿por qué no huyes de aquí? ¿Quién te ha mandado venir á molestarme? ¿Tú no sabes cuál ha sido mi cuna? ¿O crees tú, pícara aguja, que dedos como los mios fueron creados por el Señor para que tú los pinches y los martirices?

La aguja. —Cállate, necia, cállate. ¿No sabes que no tienes más dinero que el que puedes ganar conmigo? Si yo me voy, ¿sabes lo que va á ser de tí? ¿No sabes que si no se cuenta conmigo, se tiene que contar con el diablo? A mí me inventó un ángel, el ángel de la vida familiar; y sin el apoyo de este pedacillo de hierro, de esto tan sutil y quebradizo que me constituye, ¡cuántas honras se hubieran hundido y cuántas reputaciones se hubiesen disminuido! Echa de tu corazon esos últimos residuos de orgullo Ochandianesco; déjate de esos recuerdos necios, que acabó la familia de los Ochandianos ricos y ha empezado la familia de los Ochandianos pobres.... A trabajar, Genara, á trabajar.

Genara.—¡Ah! cómo me insultas. ¿Tú crees que no he de tener yo resistencia para impedir que esos consejos se apoderen de mi alma? No; la nobleza de los Ochandianos resistirá esta época de desastres. Muchas veces he oido decir que en las épocas de tristeza para la Iglesia los cristianos se retiraron á las Catacumbas por no pactar con los gentiles. Pues de esta manera yo me retiraré á las catacumbas del hambre por no pactar con las innobles vulgaridades del trabajo.

La aguja. —Con tu pan te lo comas, Genara; es decir, sin pan te lo comas, porque no veo otro camino de que entre aquí por la mañana esa libra de pan rubio y bien cocido que huele á gloria, sino apelar á mí.

Genara.—Jamás.

La aguja.—¿Sabes para quién es la camisa que estás haciendo? ¿Quieres que te lo diga? Pues esa camisa no creas que va á ponérsela ningun caballero, ni ningun príncipe de la sangre. Es para un soldado del Regimiento de Orellana. ¿Sabes, querida mia, que esa tienda á donde va tu señora mamá todas las mañanas en busca de trabajo es ni más ni ménos que una sucursal del local donde se trabaja para que se cubran nuestros bravos militares....

Genara.—¡Cállate! Quieres que yo solicite trabajar en la camisa de un soldadote... Déjame, déjame. Yo no niego tus méritos, excelente aguja; pero reconoce que no he nacido yo para tí, ni tú para mí. Yo he nacido para tener doncellas y modistas que obedezcan mis órdenes y hagan los trajes que han de servirme para ir á las solemnidades de Palacio.... ¿Tú crees que yo he nacido para estar entre estas cuatro malas paredes? ¡Cuántas veces he soñado hallarme en el salon de la China del Palacio de Oriente! Allí veo á la corte congregada y á los nobles con los antiguos trajes.... De repente aparezco, y todas aquellas personas me saludan cariñosas; hay entusiasmo y admiracion en los ojos de todos los hombres, y envidia en los de todas las mujeres.... Y cuando una vez se ha soñado con todas estas grandezas, créeme, aguja, que no se renuncia para siempre á ellas.

III

Vestidos viejos, orgullo humano y zapatos rotos

Eran las cuatro de la tarde cuando el Sr. de Formoseda y las ilustres damas de Ochandiano salieron de paseo encaminándose á la calle de Postas.

Doña Eleuteria y Genara habian salido con los restos de antiguos trajes de seda bastante averiados: dos faldas de raso en las que el observador ménos perspicaz hubiese notado las arrugas y la laciedad propias de la vejez.

Especialmente la falda de doña Eleuteria, ajustándose con sus innumerables pliegues al cuerpo enjuto y delgadísimo de la viuda, tenia todas las apariencias de un andrajo expuesto á la intemperie en dias de lluvia.

La venerable dama llevaba un manton y una antigua mantilla de blonda que desde sus entecos hombros subia á dar sombra á su cabeza, aunque no tanta como era preciso para que se ocultasen las arrugas de la frente y las canas del pelo.

Doña Eleuteria era una de estas señoras que llegan á la edad provecta sin haber conseguido el don de la venerabilidad; porque no todos los viejos se hacen, al hacerse viejos, venerables. Antes, por el contrario, doña Eleuteria tenia algo risible en su fisonomía arrugada y llena de ángulos, en su nariz larga y curva que empezaba ya á buscar la amistad de la barba, y en su demacracion senil, porque contrastaba con la alegría de los ojos y con los movimientos descompasados y saltones.

Puesto habia sin duda Dios al lado de tal madre tal hija, por que más vivo fuera el contraste de la hermosura de esta, siendo como era una criatura en la cual rebosaba la juventud y la lozanía. Sin ser mejores los trapillos con que se adornaba, parecian ya buenos, porque iban prendidos con los alfileres de la juventud.

(Se continuará)

J. ORTEGA MUNILLA

LAS CHULAS

I

Ellas, las chulas, son la clase más encantadora, más barbiana y más espiritual de nuestro tiempo.

Ellas, sin saberlo, influyen sobre todo, lo dominan todo, llevan su estilo á todas las clases.

Las chulas de Madrid no se han estudiado bien por nadie: no se ha profundizado respecto á ellas.

Pero nosotros las conocemos hasta por los pliegues más menudos y más recónditos de sus entrañitas.

¡Dios las bendiga!

Ellas son el amor.

El amor, la gran pasion de la humanidad.

Si ellas me leyeran (y eso que la mayor parte de ellas saben leer) no me entenderian.

Yo voy á ponerlas en notoriedad, en evidencia.

Yo voy á demostrar su importancia social y su trascendencia política.

Hoy, en ciertas esferas, y por ante ciertas escuelas, priva lo trascendental.

Pues bien: yo afirmo y lo sostengo á capa y espada contra todo el que me contradiga, que la chula de Madrid es trascendental y docente, y revolucionaria é insurrecta, y libre pensadora, sobre todo encarecimiento, sobre toda ponderacion.

No tenemos inconveniente en decirlo: para dar á conocer completamente á las chulas de Madrid, no basta comprenderlas; nos encontramos con que para decir completamente lo que son, no hay palabras en ningun diccionario.

Su fisiología completa es imposible, porque la influencia de su sér es infinita.

Ni las dimensiones de un artículo son marco bastante para contenerlas.

II

La chula de Madrid es hija de la manola y nieta de la maja.

Y la maja madrileña viene de tiempo inmemorial.

Puede, pues, decirse, que la chula tiene dinastía en el pueblo de Madrid, y una soberanía indisputable.

Además de ser gata de Madrid, está realzada por un saborete, por un picante, por un no sé qué delicioso de andaluza y de gitana.

Vamos, el marco, el se acabó, el no hay más allá.

Que Dios las bendiga y las rompa la crisma cuando venga á pelo y en razon, como ellas mismas lo quieren;



¡VIENE!... cuadro por Canuto Ekwall



UNA PROCESION EN S. MARCOS DE VENECIA, acuarela por Arcadio Mas (Exposicion Parés)

adquirida por S. A. R. la infanta doña Paz

porque la *jembra* á quien no se le menea la pámpaña cuando lo ha *meresio* ó se ha *desvergonsao* con el suyo, no la quiere el suyo ni le importa un comino *ni tan siquiera*, y en ciertas ocasiones el no hincharlas un ojo ó tenerlas *torcías* y *encogías* de un mes á quince dias es despreciarlas, tenerlas en ménos que un trapo viejo. *¡Pus* hombre, no faltaba más!

Y luégo que, para que las mujeres que son mujeres tengan buena salud, y estén frescas y hermosas, hay que menearles la sangre.

¡Qué fatiga!

III

La chula es una cosa preciosa, preciosísima, divina.

El que no lo sepa ó no lo crea, no ha tenido nada que ver con ella.

Es un *desgrasiao* que ha *venío ar* mundo *pa* morirse á *escuras* sin saber lo que es la *grasia* y la gloria de Dios, y lo rico del mundo.

La chula legítima, casada ó soltera, polla ó galla, es generalmente pobre y generalmente honrada.

Ella vive de su trabajo y se alimenta de su corazon.

En ellas la naturaleza es poderosa, palpitante, volcánica, como en las mujeres de los primeros tiempos de la humanidad, de la infancia de la raza, con la diferencia de la colaboracion y de la enseñanza de los siglos, esto es, del progreso, de la civilizacion.

Pero hay en ellas y por una multitud de fases, algo tangible, sensible, irresistible, que es genuinamente primitivo.

Hay chula que le da quince y falta á Eva, y con mucha ventaja.

¡Qué poder de vida! ¡qué efluvios de pasion! ¡qué fragancia de Paraíso, qué tesoro de lo fecundo, de lo candente, de lo embriagador, de lo prolífico!

¡Qué indias bravas tan ricas, tan lanzadas, tan espontáneas, tan de pelo en pecho, tan *sí señor*, tan ni temo ni debo, tan aristocráticas y al mismo tiempo tan delicadas y tan rudas!

¡Qué callos, qué caracoles, qué hebreas y qué peleon!

Y sobre todo, ¡qué *arate!* (Ya sabeis que *arate* en flamenco quiere decir sangre, y que la sangre, segun las sagradas escrituras, que no me dejarán mentir, es alma.)

¡La sangre alma!

Pues ya se ve que sí, y en las chulas, alma de fuego y de tempestad con truenos y relámpagos.

Vénus Citerea en los brazos de Júpiter Tonante.

IV

La chula es torera por excelencia, y tiene un capote que ni Cúchares, ni Joselito, ni el esclarecido Montes, ni el excelso Pedro Romero.

La más mínima chula le compone la cabeza al galopo más consumado de la Cestería de San Bernardo, de la Viña del Perchel ó del Avapiés ó las Vistillas

La chula no estoquea.

Cuando se harta de colgar banderillas, y algunas de fuego y de todas las *dispositúras* posibles, al sesgo, cuarteando, al quiebro, á topa carnero, descabella, y se larga pomposa fiera y despreciativa, dejándose *espatarrao* y *reventao ar lusero der arba*.

Aunque no fuera más que porque Madrid produce la chula, yo no sabria lo que hacerme si no tuviere á orgullo el honor de ser vecino de *Madri*.

Que me echen para acá grisetas, esto es, aprendizas y obreritas de Paris: ¡peste! ni para lamerles el zancajo á nuestras reinas de la chulería.

V

¡Qué damas tan características las chulas!

Damas, sí señor, damas y muy damas.

Y tan cierto es esto, que no hay dama por encopetada que sea que valga dos pitillos si no tiene una racion suficiente del espíritu de la chulería.

Esto es el atractivo, la gracia, lo querencioso, lo fino, lo que da el opio y causa vértigo: la acusada y brava raza española; porque, en último resultado, la chula no es otra cosa que el tipo más acabado, más desenfadado, más elegante, más espiritual, más bravo y más ardiente y apasionado de la mujer española.

Ella es el resúmen de las más preciosas cualidades de las mujeres de nuestra grande y gloriosa patria.

Y no exageramos.

El que no las conozca y tenga ojos para ver y agallas para aguantar, que se meta entre ellas y mire y estudie, y se convencerá muy pronto y tal vez á mucha costa de que son inconmensurables.

VI

Ellas, como todas las fuerzas superiores y predominantes (esto es filosofía), se han apoderado de todo inconscientemente, fatalmente (y sigue la filosofía), como un contagio que predominando en la atmósfera se hace sentir en todo.

VII

Entrais en un círculo elevado, resplandeciente, aristocrático, de sangre entera, y se os recibe en chulo flamenco:—¡*Ole, camará!* ¿qué *mundo?*—y para deciros que una cosa está en regla no os dirán *perfectamente*, sino, *al pelo;* y para expresaros la negativa de esto ó de lo otro, os dejarán oir un *¡ni tan siquiera!* ni más ni ménos que si estuvierais en la *Fábrica*.

Y esto es divino: nosotros no lo censuramos.

Esto es el espíritu pintoresco, ardiente, apasionado, imaginativo, del pueblo de pan y toros de Jovellanos.

Del pueblo que solo, con su propio esfuerzo, con su sola sangre negra, soterró las águilas imperiales y alzó y mantiene con saña de la Francia, y como testimonio inmortal de su espíritu de brava autonomía, de indomable independencia, el obelisco del Dos de Mayo en el Campo de la Lealtad.

Pues bien: la chula es la representacion viva, grandiosa, chispeante, arrebatadora, fuerte, de Madrid; es la hija de la manola que se batia con todos sus medios y con todas sus armas, por Dios, por la patria, por su amor y por su *aquel*, y esto de una manera espontánea, sin reflexionarlo, como por una consecuencia natural de su sér.

VIII

Sí, la chula, sin pretenderlo, sin luchar, por una razon de fuerza prolífica, se ha metido en todas las clases de la sociedad española, ha tomado carta de naturaleza en ellas, las ha salpimentado, las ha enriquecido: ha sustituido en todos los círculos, hasta en el parlamento, el vocabulario del *caló* ó del flamenco, al diccionario de la lengua, venciéndole y reduciéndole casi á la impotencia; castigo digno de sus iniquidades: los treinta y seis de la medalla pendiente y del uniforme lagartino, andan perplejos, no atreviéndose á admitir ni á rechazar el flamenco, por aquello de que, y singularmente en materias de lenguaje, el uso hace ley y ley que por sí misma se promulga y constituye..

¿Y tendria una influencia tan determinante lo flamenco y lo jacarandoso sin la intervencion de la mujer?

Las mujeres han gobernado siempre al mundo, lo gobiernan y lo gobernarán: ellas corrompen las civilizaciones ó las purifican: ellas son las señoras del corazon, y no sabemos cómo hay estólidos que declamen pidiendo la emancipacion de la mujer, de la esclava.

¡La esclava!

Que le pregunten á una chula si ella es esclava.

Que la hace gritar su caballero á *trompá limpia:* mejor; eso es que la quiere; que la mata, mejor; es que la adora; pero si no la mata, á la fin y á la postre ella se queda encima, y arreando y apretando con la vaquera que es una compasion.

¡Zapatito con las chulas!

IX

La maja pasó á principios de este siglo, cuando desaparecieron Goya y don Ramon de la Cruz.

La manola heredó á la maja.

Era la misma cosa, pero en progreso.

Una derivacion.

Necesariamente en algun modo se habia aseñorado, se habia modificado, como las grandes damas habian perdido su olor á majas.

Por lo demás, se conservaban las cualidades: el carácter inquieto, el desenfado, el desgarro, la ocurrencia irresistible, la propension á los agarramientos de moño, á los



MANIOBRAS MILITARES EN ALEMANIA, fototipografía instantánea por el procedimiento de Meisenbach

manifiestos sin órgano; la aficion al guitarreo, al canto, al baile, al continuo jaleo, al lujo vistoso, inmoderado y fanfarron, á lo asombroso, á lo excepcional, al chulapeo, al trato, á la posada, y sobre todo, á los toros, con la adoracion á los toreros valientes.

La manola ha pasado al mediar nuestro siglo.

Pero dejando una heredera.

La chula.

X

Entremos en su fisiología.

La chula es la muchacha del pueblo de Madrid.

El *chic*, el *pschutt* más encantadores que pueden suponerse.

La chula viste con una elegancia especial, que no está en el traje, sino en ella.

Usa la moda corriente, pero la realza, la acentúa.

Tiene el aire desenfadado, pero no del todo.

Es, ya lo hemos dicho, un progreso, una señorita *sui generis*, de tez delicada, de belleza aseñorada, graciosa, insinuante, lanzada, pero sin desvergüenza, salvo cuando se la provoca; es lo incalificable.

Confesamos nuestra impotencia.

No podemos describir á la chula, lo repetimos, tal como la comprendemos.

Es el sér más original del mundo.

XI

A su abuela la maja y á su madre la manola, les estorbaba lo negro para leer.

La chula ya es otra cosa.

Está educada, se la ha criado con cierto mimo.

Se la ha enviado desde pequeña al colegio.

Se trata de la chula de alta calaña.

De la aristocracia de su clase.

De la hija del chalan, del tratante ó del industrial, que ha tenido *dineros* para gastarlos en su hija para que sea tan *señorita* como la que más.

Si hubieran sido completamente arrancadas de la casa paterna y del barrio, si se las hubiera relegado como internas al colegio, se hubieran desnaturalizado.

Pero se las ha educado de una manera mixta.

El colegio no ha podido vencer la influencia del barrio.

La atmósfera del barrio no ha desvirtuado la del colegio.

De modo que por este dualismo de la educacion se ha producido el gracioso género, el género originalísimo é inimitable de la señorita en la chula, y de la chula en la señorita.

XII

Ahora bien: áun las chulas pobres reciben hoy una educacion infinitamente superior á la que recibian las señoritas de antaño.

La más miserable hace un gesto de desden si se la propone bailar unas manchegas, torciendo con una expresion epigramática el bello *jocico*; la boca de ángel travieso y picaresco, estaria mejor dicho.

La chula valsa.

Se perece por el vals.

La chula lee.

Yo tengo la seguridad de que una respetable parte de mis lectoras son chulas.

¡Dios las bendiga!

Sin que deje por esto de bendecir á las otras.

Pero una chula escogida y mareante se va de entre las manos.

Pues y si la chula es cigarrera, *pongo por caso*, maestra de labor peninsular, y literata (que las hay), ¡Jesucristo! la esencia del género; las que pueden con un relampagueo de ojos, y áun con un guiño y una sonrisa hacer jóven á un viejo, más aún, resucitar á un muerto!

Ellas son elocuencia desde el ricito más alto del peinado hasta la puntita del pié.

Llevan consigo el misterio de un amor incomparable.

Y pensar que sus amores van á dar en las heces, en los tunantes, en los gorrillas, en los qué se yo qué... en lo incalificable!

¡Lástima!

No se comprende que unas tales mozas puedan querer á unos tales engendros.

¡Horror!

XIII

El trapío de una verdadera chula es indescriptible.

Tiene un estilo particular que no puede confundirse con ningun otro.

Van como todas las que son intransigentes en materia de modas.

Sólo hay una cosa con que no transigen.

El sombrero.

Ni áun tratándose del sombrero á la austriaca.

Cuando no llevan velo ó mantilla ó *foulard*, llevan pañuelo de seda de la India, de un color fuerte llamativo.

¡Y qué pañuelo, Dios mio!

Nadie lo lleva como ellas.

El pañuelo es chulo, elocuente, gracioso, y hasta acometedor.

Este es un verdadero tocado.

Con él están irresistibles.

Bajo él emboscan, por decirlo así, una mirada que mata.

Pero cuando se *disfrazan*, cuando se ponen de *paisano*, animan el traje comun de las otras, le hacen más elegante, más... ¿qué se yo? más, mucho más.

Y concluyamos, porque esto es interminable.

La chula es inmensa.

Necesita para ella sola muchos libros.

Es un estudio psicológico más profundo que lo que ostensiblemente aparece.

No puede desconocerse á la chula aunque pretenda trasformarse.

Tiene un olor característico.

Pero este olor es fragancia.

Esencia primitiva de vida y de poder.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

LOS VIEJOS

I

En varios periódicos americanos se vienen reproduciendo, hace tiempo, artículos escritos con toda la apariencia de científicos, para probar que existe un perfecto paralelismo entre la decadencia física y la intelectual.

Acaso no provenga sólo de inspiraciones de ciencia equivocada, la pasion que en ellos se advierte, ni su evidente exageracion; que, en las últimas etapas de la controversia, ha llegado hasta el extremo de asegurar que el *ocaso* de las facultades psíquicas ocurre entre los 40, ó los 45 años de edad.

* * *

Muy de enhorabuena estaria el elemento jóven, que esto escribe, si científicamente pudiera probarse que los viejos no sirven para nada; pero, cuando la exageracion llega hasta el extremo de lanzar ABSOLUTAS, basta, para probar la oquedad de las intemperancias promulgadas por la irreflexion y la ligereza de los pseudo-cientistas, el sencillísimo medio de presentar EXCEPCIONES. En efecto; al que niegue que existe el movimiento, no hay modo mejor de refutarle sus paralogismos, ó sus sofismas, que el de pasearse delante de su paradójica personalidad. ¿Hay quien sostiene que los viejos no sirven para nada? Pues la mejor respuesta es la de hacer pasar ante su vista la veneranda procesion de los viejos inmortales.

* * *

Hay, sin embargo, que no desconocer la valía *relativa* de algunos de los argumentos aducidos en la discusion. No fueran exagerados ni sacados de quicio, y algo habria que agradecer.

Si se dijera que, REGULARMENTE, la generacion que se va no mira con buenos ojos modificarse, ó desaparecer, ante las exigencias de los tiempos, las teorías que estudió ó los dogmas en que puso su fe; si se agregara que muchas veces los hombres ya gastados contrarestan con toda tenacidad las invasiones del progreso y se obstinan en levantar con polvo de lo pasado diques inútiles contra las arriadas incontrastables de lo porvenir; que se consideran grandes porque resisten; que juzgan virtud la tenacidad, y deber el hacinar estorbos y obstáculos hasta el último momento; que creen absolutos y petrificados los principios que estudiaron en sus mocedades, y que cierran los



MANIOBRAS MILITARES EN ALEMANIA, fototipografía instantánea por el procedimiento de Meisenbach



ESCENA VALENCIANA, cuadro por J. Agrasot

oidos para no oir y los ojos para no ver, cuando sospechan que vacila ó se tambalea el alcázar de sus dogmas; que algunos, para resistir en toda conciencia, creen necesario no enterarse jamás; y quemar el libro que denuncia hechos que no pueden quemarse, y levantar patíbulos y hogueras para acallar al evangelizador de ideas incoercibles;.... si se dijese esto solamente, y aún mucho más, entónces apénas seria necesario entrar en el palenque y romper lanzas en la contienda; puesto que se habria enunciado únicamente, con más ó ménos acierto, con más ó ménos pasion, una serie de verdades RELATIVAS Y CONTINGENTES, digna sin duda de atencion, como la de todos los hechos y fenómenos no generales que se presentan á la observacion y al experimento.

Mas el ataque á los viejos se presenta con caracteres de ABSOLUTO y pretensiones de científico; y es preciso salirle al encuentro, para patentizarle su vanidad.

***

Por otra parte, las increpaciones contra la vejez ostentan antiquísimo árbol genealógico.

Cuando la sociedad se dividia en guerreros y en esclavos, y cuando la mujer era considerada como cosa, claro es que el viejo tenia que valer poco, ó no servir absolutamente para nada. La juventud debia brillar sola, por sus prestigios irresistibles, y por su incuestionable utilidad. ¿Qué papel podia representar un setenton en los juegos olímpicos de Grecia? ¿Cuál una vieja en la gastada sociedad de Roma? ¿Para qué podia servir, en general, un esclavo viejo? Sólo en una muy exigua minoría podrian ostentarse entónces como méritos las canas y las arrugas en el rostro. Solamente algun general con su experiencia; sólo algunos patricios con sus hábitos de gobierno; únicamente el sacerdocio sostenedor de tradiciones petrificadas.... podian resultar acreedores á la consideracion universal en aquellas antiguas sociedades, fundadas por el triunfo, y sostenidas por la esclavitud y las depredaciones de la guerra. Y entónces, más que ahora, indudablemente, la vejez seria en general inútil, consumidora y no productiva; y, cuando se erigiese en autoridad, estorbo insuperable al progreso de aquellas generaciones.

Pero hoy, por más apariencias científicas de que quiera rodearse la cuestion; por generosos que quieran suponerse los impulsos que empujan á los jóvenes; y por disculpables que quieran considerarse sus enojos al considerarse detenidos en su marcha hácia lo que consideran como la última THULE del progreso; hay que estudiar la cuestion llevando en cuenta todos los datos, no algunos solamente, del importante problema.

Por de pronto, y en lo que éste tiene de sociológico, es preciso observar que ni áun los revolucionarios más ardientes han pensado en suprimir de un golpe lo pasado. Un pueblo es lo que es, más por sus hábitos que por sus códigos fundamentales. En las resistencias sociales entra más lo consuetudinario que el mayor ó menor número de años de los interesados en un régimen. *Hasta cierto punto*, seria más fácil construir una ciudad enteramente nueva y con todos los adelantos modernos, que introducirlos en una poblacion antigua, no preparada para los tranvías, las grandes estaciones de los caminos de hierro, la distribucion por medio de entubaciones adecuadas del agua y de la luz, y muy en breve la distribucion de la fuerza barata á domicilio.

***

Pero no es este aspecto puramente social el que tiene más directamente relacion con el problema científico del pretendido paralelismo entre la decadencia física y la intelectual.

Hay uno esencial; enteramente fisiológico; y éste es el que no hacen entrar ni poco ni mucho entre los datos del problema, por olvido indisculpable ó por malicia inocente, los sostenedores del paralelismo.

Este factor indispensable es nada ménos que el órden de aparicion de nuestras facultades físicas y psíquicas.

***

No se comprende cómo puede sostenerse afirmacion semejante. Cuando nace el niño ¿hay en él el menor asomo de inteligencia, por más robustez fisiológica de que venga dotado? A los pocos años, cuando su agilidad es incansable y su gracia es encantadora, cuando sus aptitudes fisiológicas funcionan de un modo enérgico y con toda la eficacia que reclama exigentemente el desarrollo físico ¿qué es aún su inteligencia? Ni áun siquiera sabe contar: su vocabulario está reducido á muy pocos centenares de palabras, entre las que no figura nada abstracto; y su inteligencia es, en muchos casos, inferior al instinto de algunos animales privilegiados. Unos años despues parecen paralelos el crecimiento corpóreo y el de la mente; pero esto es una verdadera ilusion. El cuerpo es capaz entónces de los más duros ejercicios, y de las habilidades más extraordinarias; pero las facultades poderosas y prominentes á la sazon son las imaginativas y las de imitacion, no las filosóficas. Lenguas, artes, geometría.... lo experimental de las ciencias del mundo físico y mecánico.... es lo que entónces puede la inteligencia dominar; pero lo verdaderamente general, lo profundo, lo filosófico, y, si se quiere, lo metafísico entendido, como se debe, en la acepcion de razon suprema de los fenómenos y de sus leyes.... eso no es aún accesible al sér humano. Pasan años aún; y entónces cesa la agilidad: ya el baile y los *sports* todos niegan las gracias y la soltura que sólo conceden á la juventud; prosaicas arrugas afean la tersura de la tez: los rizados adornos de la cabeza, empiezan á desertar insolentemente; el ébano restante, por una avaricia grotesca, empieza á convertirse en plata; las que una poesía inocente llamó perlas de la boca entre móviles rubíes tienen que abandonar su acostumbrado albergue, de grado ó por fuerza; y ¡oh prosa vil. ¡oh demolicion afrentosa! las digestiones se hacen difíciles, la alegría desaparece, y el insomnio convierte en eternas las desconsoladas noches del invierno;.... pero, entónces, precisamente entónces, cuando el cuerpo empieza á arruinarse, cuando los ojos piden auxilios á la óptica, cuando la finura del oido empieza á embotarse, cuando el invierno exige más leña y más abrigo, y las toses atosigan, y el cuerpo fatigado tiene que desistir de hacer vida galante;... entónces es, entónces precisamente cuando la inteligencia ve con lucidez pasmosa las teorías que ántes ni áun siquiera podia vislumbrar, cuando lo general y lo filosófico le descubren la grandiosidad de sus hasta allí veladas hermosuras, cuando la imaginacion no produce monstruos de frivolidad; y entónces es cuando en las noches de insomnio cristalizan los modelos conformes con la belleza armónica de las cosas, y la invencion científica y artística encuentra los medios de realizar las que en la juventud aparecian utopias imposibles.

¿Cómo, pues, los sostenedores del paralelismo no ven que esto y no otra cosa es lo que sucede en el mundo? ¿Cómo aseveran, sin atenuaciones, que la vejez no sirve para nada?

¡Oh! deberian considerar que el hombre, por efecto de evoluciones portentosas, acerca de cuyas condiciones no hemos de entrar aquí, el hombre es superior á todos los demás animales, reducidos casi á las funciones de nutricion y reproduccion, no por la finura de su vista, de su oido y de su olfato, ni por la sensibilidad de su tacto, ni por lo incontrastable de su fuerza, sino por el sentido invisible del número y del ritmo, por la potencia de sus generalizaciones, y por la maravilla de sus inventos; y que todas estas soberanas facultades tienen por condicion la RIQUEZA DE LOS DATOS, que no se adquiere con la tersura del rostro, ni con el ébano de los cabellos, ni con la blancura de los dientes, sino con el desarrollo cerebral que no cesa con los años, puesto que está en razon directa de la edad.

***

¿Puede esto demostrarse?

Sí.

Las obras de los sabios lo testifican; y, á presentar la evidencia de tan interesante aseveracion, dedicaremos el artículo inmediato.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 21 DE ABRIL DE 1884 — NÚM. 121

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Justo. ¿Adónde vas?
Petrilla. Donde pueda;
donde va lo que zozobra,
lo que espira, lo que sobra,
lo que vaga y lo que rueda;
al asilo; á la prisión;
al templo ó al lupanar;
á gemir ó á blasfemar;
al abismo ó al montón.
....

Leopoldo Cano

P. Ross.

Cano

LEOPOLDO CANO, celebrado autor de «La Pasionaria»

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Panorama floreal.—Palmos y palmitos.—El domingo de Ramos —Procesiones religiosas y mundanas.—El pleito entre la mantilla de casco y la de gasa.—La blonda es humo tejido. La huelga de los cocheros.—Místicos y profanos. -Vénus.—La Dolorosa.—Sepulcros blanqueados.—La carraca sucede á la campana.—El globo del Buen Retiro.

Vamos al Retiro que está hermosísimo. Rosas pálidas asoman sus caritas de pascua, entre las verdes hojuelas de un ciprés; románticos alelíes y clásicos lirios, disputan cabeceando á impulso del viento sobre la preferencia de una ú otra escuela literaria; mustios jazmines suben por la mohosa y olvidada pared en busca del horizonte libre; ejércitos de pensamientos, rebaños de minutisas, mesnadas de espuelas de caballero, tribus salvajes de madreselvas triscan, pululan por el bajo suelo, en los montecillos, quién en los troncos de los almeces y álamos, segun su inclinacion y aspiraciones, comparables en esto á los hombres, que unos se contentan con un poco de agua que beber y un poco de tierra en que morir, y á otros les parece poco el ancho mundo para sus pasos: ¡los muy necios!

***

Pasemos del campo al templo; de la alegre religion de la primavera, á la triste pasion del Dios-hombre.

Lleno el templo de fieles. A la puerta se venden palmas, ramos de olivo y romero. Huele que da gozo. ¡Dia de júbilo para el mundo!.... ¡Viene Dios, viene Dios cabalgando en la jumenta de Betsafé y suena el vítor de las conciencias oprimidas! Las mujeres se engalanan, se ponen bonitas y prenden flores en los cabellos.

Van á la misa de palmas.

A ver quién se lleva la palma de la hermosura.

No hay funcion más solemne.

El pueblo se une al desfile de los sacerdotes, y sobre la línea ondulante de cabezas va otra línea de palmas que suben y bajan graciosamente.

Esa palma recta, delgada, sin adornos, símbolo de la esbeltez y la pureza, se cria bajo un cielo todo luz. Allí viven apareadas las palmeras, y en la época de los grandes huracanes, sus troncos se retuercen el uno alrededor del otro, formando audaz movible columna salomónica, como dos serpientes enamoradas que, mordiéndose, juegan.

El sacerdote, relumbrante de oro, se vuelve al pueblo: abre sus brazos, y de sus manos cae la bendicion que viene á posarse en la palma, como la paloma del arca.

***

Despues saldrán del hondo cofre la mantilla de casco y la de gasa.

Una va por la acera de la izquierda y por la de la derecha la otra. ¿Cuál es más graciosa?

Pliégase la mantilla de gasa sobre el pelo y cae en onda negra sobre el busto. Es una obra comun de las arañas y el humo. Este puso la materia; aquellas la manufactura... (No sé si debo decir la patifactura tratándose de insectos que carecen de manos.)

La mantilla de casco encierra el de la mujer en un estuche de rojo ó azul. Parece una perla dentro del cáliz de una petunia.

El sombrero francés tiene alejada de la vida pública á la mantilla.

Un solo dia del año está de huelga el sombrero: el Juéves Santo.

Como los cocheros de punto.

Se ha observado que todos los años despues de pasar el Juéves Santo, la prensa denosta la costumbre antigua de conmemorar la muerte de Jesus paseando mundana procesion de hermosuras por delante de los ojos curiosos de los hombres. Cuando muere la Luz universal, es cuando salen á volar las mariposillas fascinadoras de la moda.

Habla un místico:

¡Horror! ¡Horror!.... ¿Las ve V.? Delante del espejo se aderezan y componen. En ese botecillo de que sale aroma, no hay agua bendita sino *foin coupé*.... Se pondrán majas y se irán á la Carrera de San Jerónimo, despues de haber entrado y salido en las iglesias, con el fausto de la reina de Saba.... Pero, señor, ¿no saben que es humildad lo que predicó Jesus?... ¡Sepulcros blanqueados!

Sepulcros que sirven de cuna al amor.

***

¡La carraca! sucesora de la campana, le hace callar. Quedan mudas las torres y el badajo de la campana, colgando entre los labios sonoros de bronce como la lengua de un perlático entre sus desvencijadas encías. Los aviones que acaban de llegar en compañía de las palmas, paisanos suyos, encuentran silenciosa su alta mansion.... Allá abajo, en la nave oscura de la iglesia, suena el áspero crujido de las tablas de la carraca. La de la catedral de Colonia tiene la madera de cuatro encinas y atruena al crujir. Desde la carraca de Colonia á la de un niño, ¡qué serie de rumores tan distintos! Pueden formar una escala diatónica, cuyos timbres desafinan al compás de una batuta esgrimida por el demonio de la jaqueca.

La carraca indica el triunfo de las tinieblas, y cuando la campana calla, el mundo se pone serio; las nubes trazan en el cielo las arrugas de una frente llena de pensamientos penosos: las aguas de los mares ennegrecen, y dice la leyenda que hay rios que se paran hasta el sábado de gloria. Entónces la campana vuelve á sonar. Mil cohetes suben silbando...

Son las culebras del pecado que huyen del mundo.

***

Pronto quedará instalado en el Jardin del Buen Retiro un globo cautivo, el cual servirá de recreo á los madrileños amigos de emociones fuertes.

¡Un globo!

Un globo para el que desde abajo le contempla es, permítasenos el alarde de ciencia geométrica, una serie de esferas cada vez menores que acaban en un punto. El que ahora veis, como nuevo planeta echado á los ámbitos del universo para girar en torno á la tierra, truécase luégo en mancha invisible, en minúsculo borroncito, en una gota de tinta, que al fin se desvanece por completo.

Para el que va en la barquilla, nuevo Argonauta de una soñada navegacion aérea, es, debe ser, pues yo no he experimentado estas emociones—algo trágico, algo sublime, algo apoteótico, eso de sentirse arrebatado á un mundo ignoto lleno de esplendorosas quimeras. Dejarse aquí abajo á la mujer amada, al hogar querido que aún nos saluda con el plumero de humo de su chimenea, á los amigos y á los enemigos que tambien es dulce tenerlos y vencerlos; —abandonar, en fin, estas adoradas sombras de la tierra, para flotar en un espacio luminoso y libre, no puede ménos de producir en el alma opresion triste y desconsoladora.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

LEOPOLDO CANO, autor de La Pasionaria

La Pasionaria de Cano no ha dado la vuelta al mundo en ochenta dias, como el héroe de Julio Verne; pero en otro tanto tiempo ha dado la vuelta á España. Pocos, quizás ningun drama moderno, ha sido más rápidamente propagado en la escena, ni más unánimemente aplaudido.

En este momento en que Barcelona está llamada á unir su opinion á la opinion de las primeras ciudades españolas, creemos que nuestros favorecedores han de agradecernos la publicacion del retrato del Sr. Cano, cuya obra se está traduciendo simultáneamente al idioma de cuantos pueblos acogen en su teatro las grandes concepciones de los dramaturgos contemporáneos.

UN MODELO ÁRABE, cuadro por Ricardo Madrazo

El asunto de este cuadro es casi un pretexto. El autor, que lleva un apellido ilustre y que no puede haber olvidado aquello de *nobleza obliga*, ha querido demostrar y ha demostrado que posee el secreto de la luz y del color y de la perspectiva.

LOS PROTAGONISTAS DE LA PASIONARIA.

Antonio Vico. -Elisa Mendoza Tenorio.—Angela Ruvira

El público les ha hecho repetidas ovaciones. LA ILUSTRACION ARTISTICA les consagra este recuerdo; como se lo dedicó, pronto hará un año, á D. José Valero, el decano de nuestros actores, el *maestro*, como le llama cariñosamente Vico.

¡Ojalá se nos presenten muchas ocasiones en que rendir igual tributo al arte escénico español!

UNA LECCION DE ESCRITURA, dibujo por A. Hamman

Yo no sé en qué piensan los padres de las jóvenes lindas y casaderas cuando las dan por maestros á un galancete que entenderá mucho de pedagogía, pero que fijamente entiende algo más de aquel arte que inspiró á Ovidio su obra más popular. ¿Hay quien lleve su candidez hasta el punto de creer que la leccion de nuestro dibujo, un dia y otro repetida, ha de dar por todo resultado los adelantos caligráficos de la bella discípula?... O el autor dice más de lo que quiere, ó el semblante de la niña vende un sentimiento que ese autor no ha sospechado.

La leccion van á recibirla los confiados padres, y los verdaderos progresos los hará en el corazon de aquella, el feliz maestro que, bajo un exterior muy ingénuo é inofensivo, está próximo á alzarse con el santo y la limosna, ó sea con la niña y su dote.

¡Ah, padres, padres!... ¡Cómo echais en olvido la escena del fingido D. Alfonso en el *Barbero de Sevilla!*...

JUAN BAUTISTA DUMAS

El dia 11 del corriente mes ha perdido Francia uno de sus ciudadanos más ilustres, la humanidad uno de sus miembros más útiles, la ciencia uno de sus profesores más eminentes; Juan Bautista Dumas.

Habia nacido en 1800, y desde una poblacion secundaria, despues de haber permanecido algun tiempo en Suiza, se trasladó á Paris, que le tenia deparado un porvenir inmenso. El que llegó á la gran metrópoli de los pueblos latinos hecho un simple farmacéutico, habia de ser sucesiva y rápidamente profesor del Ateneo, de la Facultad de Ciencias, de la de Medicina y del Colegio de Francia, fundador de la Escuela central de artes y manufacturas, diputado, ministro de Agricultura y Comercio, Gran cruz de la Legion de honor, miembro del Instituto y Secretario perpétuo de la Academia de Ciencias.

Era, sin disputa, el primer químico de su país y el sabio más modesto de nuestros tiempos. Era más aún, era el hombre mejor dispuesto para emplear su actividad y su fortuna en bien de sus semejantes.

En cierta ocasion, una mujer desolada se presentó en su despacho.

—Caballero—le dijo —necesito de vuestro concurso. Mi marido, que se ganaba la vida honradamente pintando cuadros, se ha vuelto loco.

—¡Loco!...—exclamó Dumas.

—Loco, sí señor. Se le ha metido en la cabeza que es posible fijar exactamente los objetos en una plancha bruñida, y todo se le vuelve hacer ensayos que le distraen de su trabajo. Lleva consumidos en ellos nuestros ahorros, y si vos no lo remediais, va á acabar por vender hasta la última hilacha de nuestro menaje.

—Pero ¿qué puedo yo hacer para contener á vuestro marido?

—Mucho, señor. Mi marido sabe que sois el primer químico de Francia; si visitais su taller y le decís netamente que su plan es una quimera, desistirá de él indudablemente.

El eminente sabio se compadeció de aquella mujer atribulada, y visitó el taller de su marido. Cuando se hubo enterado de los propósitos de éste y de los medios que pensaba emplear para realizar su *locura*, díjole simplemente:

—Continuad vuestros ensayos, Sr. Daguerre, y librad contra mi caja todas las sumas de dinero que os hagan falta.

Al poco tiempo se enteró el mundo con asombro, de que un pintor francés habia encontrado la manera de fijar los objetos, con exactitud precisa, en una plancha de metal bruñido.

Dumas habia costeadó la invencion del daguerreotipo.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

VENUS ACARICIANDO AL AMOR, cuadro por Pompeyo Battoni

El paganismo es la religion de los sentidos. Las obras que ha inspirado hieren, generalmente, los afectos sensuales. Gracias que de esta regla comun se separen algunos ejemplares de Juno y Minerva; mas de seguro no se aparta ninguna Vénus, inclusa la tan justamente ponderada de Milo.

Ateniéndonos, pues, á las consecuencias naturales de la pintura reproductora de asuntos paganos, es indudable que el cuadro de Battoni es una obra clásica en su género. ¿Dónde encontrar, como no sea en las admirables obras del Ticiano, belleza más simpática, juventud más apetecible, formas tan mórbidas, actitudes más naturales, como en ese grupo de la más pura é irreprochable escuela italiana?....

El amor es hijo de Vénus y constituye la esencia *divina* de su madre. Esta ha nacido poéticamente de la espuma del mar y es conjunto el más completo de la belleza hecha para el placer; placer que, á pesar de todo, tiene su orígen en el Olimpo y sus templos en la tierra....

Compagínense todos esos elementos y dígase si es verdad que Battoni ha resuelto una verdadera ecuacion artística.

LA PASIONARIA

Drama por Leopoldo Cano

Es carácter distintivo de la actividad intelectual de nuestro siglo la tendencia á plantear y resolver aquellos problemas que afectan á la naturaleza en el órden de la materia y á la humanidad en el órden social. Los profesores de ciencias físicas y químicas ya no pierden cándidamente el tiempo buscando la piedra filosofal ó el elíxir de eterna vida. Más poseedores de la verdad y más prácticos que sus predecesores, buscan, dentro de lo posible, los elementos que han de trasformar el empleo de las propiedades de los cuerpos; y en vez de pedir á la alquimia lo que la alquimia no podria darles, han sustituido la fuerza animal con la fuerza del vapor y andan buscando, con éxito, manera de que la electricidad haga de ese vapor un agente arqueológico, propio solamente de sabios muy contentadizos y de pueblos muy estacionarios.

En el órden literario la tendencia no es ménos profunda y práctica; y de la misma suerte que los filósofos moralistas abordan netamente las grandes cuestiones sociales, renunciando al laberinto del *yo* y del *no yo*, en el cual creemos que ellos mismos se pierden; los poetas empiezan á encontrar ridículas

las endechas á Filis y las letrillas de enamorado platónico que constituyen el *menú* invariable de la poesía bucólica.

Una vez determinada esa tendencia, el teatro no podia ménos de ajustarse á ella, porque el teatro ha sido, es y será trasunto de su tiempo; y en el nuestro los primeros cultivadores de la literatura dramática han encontrado asaz estrecho el cuadro en que se encerraban unas cuantas personas para resolver la manera más accidentada de casar á una muchacha, á despecho de un tutor ridículo ó de un traidor ávido de su fortuna. No tratamos de regatear la gloria que legítimamente ha cabido á los famosos dramáticos de una escuela que tiene por representantes á autores tan insignes como Breton en España, Scribe en Francia y Goldoni en Italia; pero á cada tiempo corresponde su tipo literario, no hijo de la voluntad de un poeta más ó ménos potente, sino impuesto por la fuerza de las circunstancias, por algo superior que determina la manera de sér de las cosas, dentro de un órden de progreso uniforme, que, de una manera insensible, inconsciente hasta para los grandes genios, imprime el carácter general de las manifestaciones de cada época, como el estado del cielo imprime el color dominante en la tierra.

Pretenden algunos críticos, y no sin razones atendibles, que la escena no se ha hecho para plantear en ella, y ménos resolver, los problemas que agitan á nuestra sociedad; acusando de cínicos y hasta de corruptores á los dramáticos que, para aplicar el dedo á la llaga, empiezan por ponerla en descubierto á los ojos del público. Respetamos su opinion que, despues de todo, tiene muchos ejemplos en que apoyarse; pero no perdamos de vista que los primeros dramáticos del mundo penetraron ántes de ahora, no ménos decididos, en este terreno, y á nadie se le ha ocurrido hacerles un cargo por habernos dejado, gracias á ello, sus obras más inmortales. ¿Se ha tratado en el teatro moderno un problema más profundo que el acometido por Calderon en *La vida es sueño?*... Y si tenemos presente que el mayor y más repetido cargo que se hace á nuestros autores contemporáneos es la insistencia con que exhiben en el teatro á la mujer adúltera, ¿podemos olvidar que ese mismo tipo de mujer es la constante base de los más grandes poemas dramáticos de nuestros inmortales poetas del siglo XVII?... ¿Porqué acusar á Sellés, por ejemplo, de cortar el nudo gordiano por medio de la muerte de la esposa criminal, cuando ese desenlace, bueno ó malo, justo ó injusto, es idéntico al de *El médico de su honra* y al de *A secreto agravio secreta venganza*, que son dos de los más indiscutidos timbres de D. Pedro Calderon?

Desengañémonos: el poema dramático es como la fábula; de él ha de desprenderse una moraleja. Siempre que de la accion de un drama resulte la apoteósis ó siquiera la impunidad del vicio, el drama será inmoral; pero si un autor, al exhibir la llaga, aplica á ella el cáustico de la crítica ó el hierro candente de la catástrofe al vicio debida; la accion podrá adaptarse más ó ménos al temperamento de estos ó aquellos espectadores; pero siempre encerrará una leccion provechosa, á expensas, tal vez, de los nervios de una parte del público.

Expuestas estas consideraciones, ocupémonos de *La Pasionaria* de D. Leopoldo Cano, cuyo estreno en Madrid fué más que un éxito, pues revistió las formas de un verdadero acontecimiento.

***

Ante todo, ¿quién es D. Leopoldo Cano?... No se crea que vayamos á hacer una biografía de esas que parecen una cédula personal amplificada; nada de esto. Nos limitamos á decir: ahí le tienen nuestros lectores en la primera página del presente número.

De ese parecido retrato se desprende que el Sr. Cano ya no es jóven; pero que dista mucho de ser viejo. Se encuentra en la edad en que ni la fria experiencia ha destruido las ilusiones, ni éstas preponderan hasta tal punto que la realidad no desvanezca sus sutiles engaños. A juzgar por los rasgos salientes de su fisonomía, por la severidad de sus líneas, por la firmeza de su mirada, por la franqueza de su expresion, el Sr. Cano debe tener, á la vez, un carácter expansivo y enérgico.

Como Cervantes, como Ercilla, como Camoens, maneja á un tiempo la pluma y la espada: oficial superior de un cuerpo facultativo, ha comprobado, una vez más, que las musas, con sér unas vírgenes muy prudentes y recatadas, no se retraen de visitar los campamentos ó de descender á los cuerpos de guardia.

Bravo, como buen militar español, no se arredra el Sr. Cano ante el enemigo. Surge en su mente un plan arriesgado, el de *La Pasionaria* por ejemplo; no se le ocultan las dificultades, pero las mide con ojo sereno. El peligro es, para ciertos temperamentos, más un incitante que un motivo de retraimiento. Conoce la máxima de Vauban: *plaza sitiada, plaza tomada;* y pone sitio al asunto, resuelto á tomar la plaza, bien obligándola á capitular, bien por asalto. Todo es cuestion de táctica; mejor dicho, todo es cuestion de genio.

En *La Pasionaria* no cabia una victoria á medias; ó del primer empuje derrotaba el autor al enemigo, ó se estrellaba en el empeño, perseguido en su retirada por la caballería de la crítica, que no habia de dejarle títere con cabeza, ó sea escena ó personaje sin cuchillada.

Tanto mejor para Cano; los triunfos fáciles únicamente pueden satisfacer á los pusilánimes: el autor rebasó el campo enemigo y se llevó en despojos, como el romano, los mismos carcanes, las mismas esposas, las mismas cadenas, que estaban dispuestas para castigar su osadía. Quizás no falte quien pretenda que la ruidosa victoria obtenida por el Sr. Cano, es debida á una sorpresa; más claro, que la brillantez de la forma ha impedido descubrir el fondo; bien así como aquel á quien ha deslumbrado el rayo, camina á ciegas y se precipita inconscientemente en el no sospechado abismo. A lo cual cabria contestar que la sorpresa no está proscrita en buena táctica y que en tales casos la culpa es exclusiva del que deja sorprenderse. No es este, empero, el caso de *La Pasionaria*. Cuando la batalla entre el autor y el público se libra cien veces consecutivas, siempre con los mismos soldados, siempre ejecutando los mismos movimientos y siempre consiguiendo igual éxito, ¿puede atribuirse el triunfo á la sorpresa del incauto enemigo, que está advertido repetidamente y conoce de memoria hasta la más pequeña evolucion de la táctica contraria?

Seamos justos: los grandes éxitos únicamente los obtienen las grandes obras: el Sr. Cano es más que un poeta fácil, robusto, brillante; es un hombre pensador, es un autor profundo, es un gran conocedor de las flaquezas humanas, es un dramaturgo valiente y es, además, un táctico que asegura de antemano el resultado de las más atrevidas empresas.

No conocemos personalmente al Sr. Cano. Al unir nuestro aplauso al de España toda, lo hacemos con esa íntima fruicion, no exenta de orgullo, producida por el convencimiento de que la dramática moderna española, que ha contado en pocos años á un Breton, un García Gutierrez, un Zorrilla, un Ayala, un Tamayo, un Echegaray y últimamente un Cano, es digna continuadora de las glorias de nuestro incomparable teatro.

***

Y hecha esta justicia, séanos lícito, concretándonos á *La Pasionaria*, hacer la siguiente pregunta: ¿ha estado oportuno el Sr. Cano en la eleccion del asunto? ¿Debió haber empleado sus poderosas dotes en algo ménos vidrioso, en algo ménos repulsivo en su esencia, en algo que no le hubiera precisado á familiarizar con el público desde la escena, un tipo cuyo contacto, fuera de la escena, el público rechazaria? En este punto encontramos fundamentada la division de los pareceres. Aun así, el nuestro, muy humilde por cierto, se inclina á disculpar al Sr. Cano. Daremos nuestras razones.

¿Qué es *La Pasionaria?* Es la triste historia de la mujer caida, es la exhibicion animada de la célebre octava real del *Canto á Teresa* del *Diablo Mundo*, en que dice de aquella que fué un dia cristalino rio y cómo ha terminado en estanque de aguas corrompidas, detenidas entre fétido fango. Este tipo, con efecto, seria repulsivo, si en el cielo tenebroso de la vida de esa mujer no brillara un punto luminoso que termina por disipar las tinieblas. *La Pasionaria* es madre, y el amor maternal, si no la ha rehabilitado, hemos de creer que la ha redimido. En este estado presenta el Sr. Cano á su protagonista.

Ahora bien; María Magdalena, cortesana en Magdala, seria un tipo repugnante en la escena; pero la misma María Magdalena al pié de la Cruz ó acompañando á la Vírgen en su espantosa soledad, es un tipo lleno de poesía, más aún, lleno de santidad.— Tú estás redimida—la habia dicho Jesus—porque has amado mucho.

La Pasionaria ama mucho, tambien; y si su amor no es, apuradamente, el amor divino de la antigua cortesana de Judea, es el amor más noble, más puro y más desinteresado de todos los amores humanos.

El público no ve, no puede ver, realmente, en ella, al ángel caido en el fango de que habló Espronceda, sino á la madre tan rica de afecto como pobre de ventura.

Esa mujer fué la víctima de un hipócrita y en el curso del drama lo viene siendo de una cáfila de egoistas. Gracias si entre los personajes que figuran en la accion, encuentra un sér generoso que la tienda una mano compasiva; pero ese personaje, sensible es decirlo, tiene más corazon que cabeza: sin esta circunstancia hubiera podido evitarse la catástrofe final del drama, esa catástrofe que, con sentimiento lo decimos, es, en nuestro pobre juicio, el gran lunar de la obra. El Sr. Cano tuvo en su mano haber hecho prisionero al infame seductor, dejando á la opinion del público que dictase la sentencia; y ha preferido fusilarle sin formacion de causa.

La accion que se desarrolla en *La Pasionaria* no pretendemos referirla: el extracto de un drama, tal como aparece en los periódicos, únicamente puede dar de él una idea muy pálida. La impresion de las obras de arte hay que recibirla directamente: quien quiera conocer el argumento de la obra del Sr. Cano, aténgase á nuestro consejo y pague su curiosidad á la entrada del teatro. La crítica (dispénsennos la palabra) se escribe para los iniciados en un trabajo; aquellos que lo desconocen no pueden apreciar el juicio que merezca. La crítica es la síntesis (ó pretende serlo) de la conciencia del público, y no puede tener conciencia de una cosa quien esta cosa desconozca. Esa conciencia ú opinion del público que asista á las representaciones de *La Pasionaria*, quizás convendrá con nosotros en que le falta á la obra la debida contraposicion de caracteres. Casi todos los personajes del drama brillan por su perversa intencion: los dos únicos que no son rematadamente canallas (Marcial y el Juez) se aproximan á tontos. El Sr. Cano parece haber formado tan pobre concepto del corazon humano, que hasta malea el de esa niña angelical que durante la accion ha sido la esperanza del público. El autor de *La Pasionaria* creerá estar en lo cierto, ¡insigne y triste error que no le envidiamos! pero aún así, hay verdades demasiado amargas para servirlas al público como fruta corriente.

***

Respecto al estilo en que el drama está escrito, no dudamos en calificarlo de notabilísimo. Su autor, evitando los inconvenientes de un lirismo impropio de la accion y del tiempo, y áun de todos los tiempos y acciones, ha hecho hablar á sus personajes el lenguaje natural de los hombres. Ora en cortado diálogo, ora en deliciosas tiradas de versos, surgen pensamientos nuevos, claros, elevados, exactos; encerrados dentro de una forma precisa, nítida, elegante. En el público siempre han producido y producirán indecible efecto las frases sentenciosas y los conceptos levantados; y cuando, á mayor abundamiento, tienen la ventaja, digámoslo así, de una instrumentacion wagneriana, no puede ménos de pagar tributo á esta parte de la forma, que entra por no poco en el drama que nos ocupa.

Podrá decir la crítica que los versos, así los buenos como los malos, son anti-realistas; pero no es ménos anti-realista la música de las *óperas*, y sin embargo, nadie dirá que las notas de la *Norma* y de los *Hugonotes* no nos trasporten, de la manera más natural y simpática, á los tiempos de los druidas y de la *San Bartolomé*. En verso están escritos *El desden con el desden*, *El alcalde de Zalamea*, *Marcela* y *El Tanto por ciento;* y Dios se lo pague á sus autores.

***

Un drama tan arriesgado, tan resbaladizo como *La Pasionaria*, hacia preciso, aparte el mérito especial de su estructura, una ejecucion excepcional, si el público no habia de encontrar harto atrevido el pensamiento del autor. Suerte fué para el Sr. Cano haber dado con intérpretes á la altura de su obra; suerte tanto mayor, en cuanto uno de los más importantes le fué deparado providencialmente. Nuestro público tendrá ocasion de comprobar este aserto, pues el drama se representa en esta ciudad por los mismos artistas que lo estrenaron en la corte.

Corre la protagonista á cargo de la Srita. doña Elisa Mendoza Tenorio, paisana nuestra, si bien pisa ahora por primera vez la escena barcelonesa. Comprometido, muy comprometido era el papel que se confiaba á sus ya probadas fuerzas. El tipo de *la Pasionaria* es, despues de todo, poco presentable desnudamente: se trataba por lo tanto de conciliar lo real y lo ideal, es decir, de resolver ese eterno problema del arte que consiste en embellecer la naturaleza sin que la naturaleza misma se aperciba de ello. Esta teoría la profesan todos los artistas sérios, pero lo difícil es encontrar el justo medio, el punto exacto en que deben converger, como el cristal y la imágen en el estereóscopo, el realismo y el idealismo. Esta dificultad, la mayor que ofrece el drama del Sr. Cano, la ha vencido magistralmente la señorita Mendoza Tenorio. Verdad es que para ello reune cuantas condiciones son de apetecer: corazon para sentir, talento para crear, figura agradable, semblan-



UN MODELO ÁRABE, cuadro por Ricardo Madrazo

(tomado de una fotografía de Laurent)



LOS PROTAGONISTAS DE LA PASIONARIA

Antonio Vico — Elisa Mendoza Tenorio — Angela Ruvira

te expresivo, voz vibrante y dúctil en las transiciones, mímica natural aunque siempre distinguida, y una verdadera pasion por el arte que la asocia lealmente al éxito de las obras que se la confian.

Desde que aparece en escena, pobre, desfallecida, arrojada del templo, rechazada por los hombres y casi dejada de la mano de Dios, el público adivina en ella á una gran víctima, y unánimemente se pone de su lado. Cuando se entera de lo que ha sido *la Pasionaria*, es tarde para rectificar el concepto: la Srita. Mendoza Tenorio se ha apoderado ya de los espectadores, y estos hacen suyo el juicio y la conducta de *Marcial*.

Marcial es el Sr. Vico, ó mejor dicho el Sr. Vico desempeña el papel de *Marcial*; un muchacho de tan ligera cabeza como buen corazon; un voluntario de Cuba que tiene azogue en el cuerpo; á quien se le ocurre que Madrid es la manigua y que trata á cuantos se le ponen por delante como sin duda trató á los separatistas de aquella isla. Hay en el carácter de este personaje una mezcla de candor y de malicia, de dulzura y de energía, que hace sumamente difícil su interpretacion perfecta. Y sin embargo, el Sr. Vico vence todas las dificultades con esa aparente facilidad que hace de la declamacion la cosa más sencilla del mundo... para el que no ha de declamar. Verdad es que la maestría del Sr. Vico no puede controvertirse y que cuantas veces este actor, una de las pocas glorias de nuestra escena, crea un tipo, el arte está seguro de obtener un nuevo triunfo.

Con tan buenos elementos no era difícil prever un éxito, pero la representacion de *La Pasionaria* necesitaba algo más, necesitaba una actriz especial de esas que no figuran en el cuadro de compañía alguna, una artista que hiciera sentir á una edad en que no se siente, que declamase un gran papel á la edad en que apénas se recitan fábulas con la monotonía peculiar de los colegios. Esa actriz *que no podia hacerse*, se la encontró *hecha* el Sr. Cano.

Durante los ensayos del baile *Excelsior*, hubo de llamar la atencion entre las figurantas, por su facilidad en comprender y por su manera de ejecutar, una tierna niña, de nueve años apénas, hija de padres tan míseros que alguna vez, como aseguró llorando esa pobre criatura, faltaba en su casa hasta un pedazo de pan que llevar á la boca. D. Francisco Arderius, empresario del baile y que no por habernos introducido los Bufos, deja de ser un distinguido artista y un buen señor, reparó en la niña, se compadeció de ella, adivinó la llama del genio dentro de aquel cuerpo frágil, y parte por esta intuicion parte porque, como dirian los musulmanes, *estaba escrito*, se encargó de su porvenir. Esta niña, fenómeno de precocidad, es Angela Ruvira: la pequeña figuranta de ayer es hoy uno de los firmes elementos que contribuyen al éxito de *La Pasionaria*.

En este momento crisálida del arte, será mañana una de sus glorias. Buena falta hace en nuestro país siquiera una esperanza. ¡Se ha extinguido tan rápidamente la generacion de la colosal Bárbara Lamadrid, de la irreemplazable Matilde y de la inspirada Teodora!...

Angela Ruvira, en *La Pasionaria*, tiene rasgos sublimes, tanto más sublimes cuanto son espontáneos. Nadie la ha enseñado á decir, como nadie la ha enseñado á sentir. Oyéndola corren las lágrimas de los espectadores. ¿Qué mucho que así sea, si en los ensayos lloraban cuantos la oian declamar, ó mejor dicho, cuantos la oian repetir en verso el relato de una miseria que ántes habia referido en prosa infantil?...

Y lo más sorprendente en esa criatura privilegiada es que al confiársele el papel que representa en *La Pasionaria*, hubo que enseñárselo de viva voz. ¡La pobre no conocia las letras!... Sus protectores han subsanado esta falta, y en mes y medio Angela ha aprendido á leer correctamente y á escribir de una manera inteligible. ¡Ah! Gracias sean dadas á los que la tendieron una mano generosa; gracias á los que, con su buen talento, presintieron el talento de la niña desvalida... Angela tiene un gran corazon; ¡Angela no será ingrata!...

***

Hemos expuesto sencillamente las consideraciones que nos sugiere *La Pasionaria* y la ejecucion de esta obra por sus principales intérpretes. No pretendemos haber hecho un juicio crítico; ni nos lo hemos propuesto, ni disponemos de tiempo suficiente, ni nos sentimos con autoridad bastante. Pero en España se está tejiendo una corona de flores para el ilustre autor de ese drama, y la ILUSTRACION ARTÍSTICA no ha podido resistir á la tentacion de poner en esa corona una modesta violeta.

MANUEL ANGELON

EL CORAZON DE FORMOSEDA

POR DON JOSÉ ORTEGA MUNILLA

(Continuacion)

El color del vestido era de pasa corinto, y tenia rasando el suelo unos agremanes oscuros con puntos y cuentas de azabache, muchas de las cuales se habian perdido, nadie sabe cómo ni dónde; y los piés que eran todo lo menudos que pueden ser, iban ¡oh dolor! calzados malamente con unos zapatillos de cuero, que por cuatro ó cinco distintos lados se abrian con bocas de tristeza y muerte. La industria femenina habia andado en aquellas bocas, y una aguja las habia cosido dándolas despues de cierto unte negro que disimulase en lo posible la vejez; pero por desgracia este disimulo no bastaba; y aquellos dos piés tan bonitos bien se veia que iban encerrados en dos andrajos de piel de cabra.

Formoseda iba alegre y contento, como lo va siempre el hombre de veinticinco años cuando acompaña á una mujer tan bonita.

—Ya verán Vds. qué gran tarde pasamos.... ¿No se me habrá olvidado el permiso? dijo buscando con precipitacion en los bolsillos,—no, aquí está,—añadió sacando de uno de ellos un papel en que se le autorizaba para entrar en la Casa de Campo.

¡Cuánta gente hay por las calles! dijo doña Eleuteria.

Efectivamente, era la hora de la mayor concurrencia que iba y venia á pasear. Este pueblo madrileño que tan dispuesto se halla siempre á la diversion, habia tenido un gran pretexto aquella tarde para echarse fuera de sus talleres, de sus domicilios y de sus oficinas. Y está claro, era tan hermosísimo el sol que todo lo inundaba con su luz de oro. Las calles aparecian envueltas en la ancha faja luminosa; y las sombras de los transeuntes bailaban y danzaban sobre el empedrado y las paredes de las casas.

Genara hubiese preferido que el sol aquella tarde se hubiera escondido tras de pardas nubes, porque cuanto más lucía, más triste era la vejez de su traje, y más desconsoladora la apariencia de sus zapatos.

Hacia mil ingeniosas combinaciones de pasos, y llevaba de cincuenta distintos modos hácia adelante la falda, para que al andar, con la precipitada marcha no se le viesen aquellos dos innobles pedazos de cuero; pero ellos parecian ávidos de salir á la luz, y un golpe de viento que arremolinaba alrededor de la gallarda y esbelta figura de la doncella los pliegues volantes de la seda, mostraba por entero aquellos dos piés que hubieran sido el orgullo de una princesa china, si no hubieran ido calzados con los zapatos de *Mignon*.

Llegaron á la calle de Postas, y al final de ella, creo qúe es el número 7 ó 9, habia una posada, tal como hoy aún las tenemos.

Era un ancho zaguan que desembocaba en un enorme patio que estaba lleno de acémilas y carros; habia grupos de arrieros, unas cuantas mesas bajas en las cuales gitanos, gañanes y gente del oficio del matalotaje comian ciertos guisos caldudos y humeantes. En el fondo del patio se veia una puertecilla, sobre cuyo quicio oscilaba una rama de romero pendiente de una soga. Era la taberna, y habia un verdadero cordon de peregrinos, desde las cuadras al mostrador, donde escanciaban en una medida de barro crudo, cierto líquido negruzco que traia la etiqueta de Valdepeñas, pero que habia nacido de no sé qué componendas químicas endiabladas.

—¿Cómo es eso?—dijo Formoseda paseando una mirada de impaciencia por todo aquel cuadro.—No veo enganchado el carruaje.... Ese pícaro de Tolendas, de seguro que nos deja con un palmo de narices.... Se habrá emborrachado. .. ¡Babieca semejante!

Y despues, encarándose con el mozo de posada que habia salido al encuentro de nuestros tres amigos:

—¡Eh! —dijo,—¿sabe V. dónde se ha metido ese borracho de Tolendas?

—¡Ah! Tolendas,—dijo el mozo de posada.—Ahora creo que está....

—Sí, ya sé que estará en la taberna. Es el sitio de la reunion de todos estos.

Y dirigióse á la taberna, y allá encontró, en efecto, á Tolendas que apuraba su quinto ó sexto vaso de vino.

—Pero hombre, tienes una calma,—dijo Formoseda.—Hemos dicho que vendríamos á las cuatro, son las cuatro y cuarto y no veo al coche ni á las mulas, ni te veo á tí.

—No se apure V.—dijo Tolendas,—que en seguida enganchamos. Pues digo, que soy poco dispuesto para enganchar.

En efecto, no tardó mucho porque despues de apurado el último sorbo de aquel líquido negruzco, fuése á la cuadra; allí se le oyó refunfuñar no se sabe qué voces piadosas que hicieron poner á las mulas las orejas erguidas como presintiendo un zurriagazo en los lomos.

No habian pasado cinco minutos cuando un viejísimo coche de colleras con mucho barro en las ruedas, y muchas cuerdas remendando las roturas de las ballestas, estaba delante de la puerta y enganchadas á él dos mulas; una de ellas blanca y la otra alazana de desigual alzada pero de no mala estampa.

Tolendas habia encendido un *chicote* y restañaba el látigo en el pescante. Muy pronto subió doña Eleuteria y no tardó tampoco en verse colocados á su lado á la niña y Formoseda.

Doña Eleuteria tuvo entónces uno de esos sueños femeniles de los que los hombres no podemos nunca darnos cuenta; y es que al verse en aquel coche, detrás de los cristales cerrados, al sentir huir las piedras debajo de las ruedas, al oir el restallido del látigo, y el campanilleo de las mulas, le parecia estar trasportada á aquellos felices dias de su infancia en que los Ochandiano gozaban todos los placeres de la feraz Borunda, y trasportábanse en una magnífica carroza á cualquiera fiesta sonada de las inmediaciones de su pueblo.

Madrid huia de ellos; y por las ventanas de la capota veian pasar en vuelo fugaz las casas y los transeuntes. Las mulas iban desenfrenadas con el continuo restallido del látigo y el vocabulario soez de Tolendas; el cual puede decirse que para avivar la marcha de sus bestias, despedia como Júpiter rayos.

Bajaron por la calle de Segovia. No era como hoy la calle de Segovia una enorme vía de comunicacion abandonada; porque los ferro-carriles se han llevado el movimiento humano por otra parte de la coronada villa; entónces era la calle de Segovia una de las principales arterias del comercio de Madrid; y por ella andaban de continuo filas de carromatos y recuas de arrieraje que traian de las líneas de Alcalá, de la Andalucía, de Valencia y del Aragon alto los ricos frutos que estas feraces campiñas producian. Era un muestrario curioso y entretenido del comercio español; en el cual se veia desde el gitano de largas zancas que conduce una piara de yeguas salvajes, hasta el muletero andaluz que guia un soberbio caballo, sin olvidar el maragato que á pié va lentamente tirando de la jáquima de un mulo cargado hasta el cielo.

Cuando desembocaron en el campo, la niña tuvo un momento de alegría.

Hasta entónces todas aquellas esperanzas que ella habia fundado en aquel viaje al campo se hubiesen visto defraudadas; porque ella se sentia con el alma de princesa y con el traje de mendiga.

De modo que fué necesario que una oleada de viento fresco impregnado de la humedad aromosa de la yerba llegase á la ventanilla del coche y la diese en pleno rostro. Entónces se despertó, porque la naturaleza la llamó con sus mil voces ignotas é indescifrables; y sintió dentro de su alma un movimiento y un como salto de alegría.

IV

Vamos á Alcalá

La familia del señorito de Formoseda tenia su casa en Alcalá de Henares, y era de las más acaudaladas y principales de las Castillas. Aún hoy puede verse á la derecha de San Diego y á la entrada de Alcalá de Henares un antiguo caseron destartalado, pero no exento de las bellezas arquitectónicas que caracterizan las obras del siglo pasado. Enorme zaguan dentro del cual pueden formarse dos escuadrones; seis ó siete patios descomunales que unos desembocan en otros, y en donde se cierra el ganado de laborío; y dos piezas de fábrica de sillería rematadas por la espadaña de una capilla donde los Formoseda tienen derecho de celebrar el sacrificio de la misa por especial concesion de un Papa.

Don Claudio Bartolomé Formoseda y doña Salomé de Sigüenza, eran los padres del gallardo don Ricardo y esperaban aquel dia con ansia verdadera.

(Se continuará)

LOS VIEJOS

II

Verdaderamente que, á no estar nosotros muy acostumbrados á formar en las minorías, sentiríamos ahora arrepentimiento profundo de haber empezado á escribir en alabanza de los viejos.

Durante ausencia brevísima, una turba revoltosa de hechiceras, nada brujas, ántes bien todas trasuntos de Vénus, y de 200 meses cada una cuando más, penetró sigilosamente en nuestro estudio á curiosear y revolver papeles; y, violando escandalosamente el secreto de nuestros manuscritos, leyó el artículo anterior, y nos recibió, á nuestra vuelta, atolondrándonos en coro con el cantar andaluz:

Un viejo vale un doblon,
Un mozo vale un real,
Y la mujer de razon
A lo barato se va.

Despues, aquel enjambre encantador desapareció tirando libros, desordenando papeles, y jurando no volver más á mirarnos á la cara.

***

¡Qué favor y qué disfavor en solos cuatro versos! ¡Respetables son los viejos; eso sí! pero.... á la mujer se le van los ojos tras la lozanía de la juventud. El pollo es su favorito manjar.

¡Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños!

Ya la primera cana hace receloso al amor. Esas calvas lustrosas de 35 estíos, el oro en los dientes, el corvo abdómen enemigo de la flexibilidad, las patas de gallo en los antes tersos pómulos,... necesitan ya que el limpio retintin de las pesetas resuene en los oídos femeniles, para distraer á los ojos y que no se fijen en los estragos del tiempo. Y, si esto pasa en el verano de la vida, ¿qué encanto encontrar en piés arrastrando, espaldas en bóveda, ojos mustios, reuma, asma y lentitud?

Decididamente: Vénus huye asustada de la vejez.

Y sin embargo, ¡oh hechiceras de 200 meses! el mundo es de los viejos.

Y si no, veamos quién suele tener en sus manos la política.

El Emperador de Alemania Guillermo cumple ahora 87 años; Moltke, el vengador de Jena, va con el siglo, y Bismarck será el año que viene un deplorable setenton. Viejos han muerto casi todos los pontífices romanos; y el último, Pio Nono, en cuyas manos se perdió el poder temporal, tras la promulgacion del Syllabus y la declaracion del dogma de la infalibilidad, falleció casi nonagenario, desmintiendo el famoso ***non videbis annos Petri*** (no verás los años de Pedro) dicho á los Pontífices en el acto de la consagracion. Despues de los 60 años se distinguió por sus severas medidas de represion y por su infatigable habilidad diplomática, el ministro de Pio Nono, cardenal Antonelli, á quien tanto ha debido la política de resistencia del ultramontanismo. Alejandro, emperador de Rusia, liberador de los siervos, causa de la última guerra de Oriente, murió hace poco, de resultas de la explosion de una máquina infernal del nihilismo, siendo ya un sesenton. Su canciller, el príncipe Gortschakoff, que tanto ha influido en la diplomacia europea, falleció no ha mucho, á los 85 años, en casa de una jóven hermosísima, la célebre Braun, con quien pensaba casarse. Inglaterra sólo se fia de los viejos; y baste, para prueba, citar los honorables nombres de Beaconsfield, Bright, Gladstone, Palmerston y Sir Robert Peel. Lord Palmerston, aunque notable desde su entrada en el Parlamento, sólo logró desde España á Turquía su fama de ministro *omnisciente* en la época del 35 al 41 y aun mucho despues; es decir, cuando era ya más que quincuagenario. El cojo Talleyrand que murió de 84, y Metternich, de 85, fueron los diplómatas más importantes de su tiempo. Thiers contaba 76 años cuando desplegó respecto de las desdichas de la guerra franco prusiana y de la rebelion de la Commune una energía que ningun político de Francia suponia en él. En España brillan bajo el pabellon de los viejos, políticos de gran resonancia.... Argüelles murió casi de 90 años. Istúriz contaba próximamente los 60 cuando decidió los matrimonios regios. Galiano ya septuagenario era el alma del Ateneo. Ya habian cumplido los 60 Espartero, Narvaez, Orense, cuando más influjo ejercieron en el país, con sus dogmas de la Soberanía Nacional, la conservacion moderada y la república federal....



LA LECCION DE ESCRITURA, dibujo por A. Hamman

Moisés murió de 120 años; y tenia 80 cuando libró á los judíos. San Juan era más que octogenario cuando escribió el Evangelio. Kong-Fu-Tseu (Confucio), el célebre legislador chino, murió de más de 70. Mahoma era de 52 cuando su egira á la Meca, y contaba 60 cuando, ya sometidas las tribus hostiles de la Arabia, entró en la misma Meca á derribar los ídolos. Agesilao, de 80 años cumplidos, fué á Egipto á sostener la insurreccion contra el segundo Artajerjes. Pasma el pensar lo que hizo en 5 años Julio César, despues de cumplir los 51, gastado en su persona, calvo, y sordo, segun algunos. Derrotó á Pompeyo en España é Italia y, luégo, decisivamente en Tesalia. Destronó en Egipto á Tolomeo y dió la corona á Cleopatra. Deshizo en tres dias las fuerzas sublevadas de Farnaces, rey del Ponto, victoria que comunicó al Senado con el famoso *veni, vidi, vici.* Destruyó en Africa á Metelo y á Caton; y en Munda á Pompeyo el jóven; hizo un puerto en el Tíber; reformó las leyes, arregló el calendario; y, por entónces tambien, debió escribir el clásico libro *de Bello Gallico.* Los estrategas todos, unánimemente, colocan á Julio César por encima de Alejandro Magno y de Napoleon; porque éstos alcanzaron de jóvenes sus triunfos; y aquél siendo ya viejo.

¿Dónde, pues, está el paralelismo entre la decadencia física y la intelectual?

* * *

Pero de la política pasemos al campo de las ciencias.

Aquí tambien, ¡oh hechiceras de 200 meses! el cetro es de los viejos.

Siempre las artes han representado á los sabios con calva reluciente y luengas y reverendas barbas blancas.

Así á los profetas de Israel. Así tambien á los siete sabios de Grecia. Thales, el que primero predijo un eclipse lunar, murió de 90 años segun unos, y de 100 segun otros; de 81 Solon, el legislador de Atenas; de edad muy avanzada Chilon, el más probable autor del *Conócete á tí mismo* y de *El oro es la piedra de toque de los hombres;* de más de 70 años, Pitaco, el enemigo de la embriaguez; de edad avanzadísima Bias, el más sabio de los 7 sabios, que daba á sus amigos cuanto tenia, y autor del *Todo lo llevo conmigo;* de 70 Cleóbulo, cuya máxima *«Miéntras más palabras, más ignorancia»* parece siempre de actualidad; y muy viejo Periandro, á quien su sabiduría no le impidió ni el hacerse tirano de Corinto, ni el matar á su mujer en un rapto de enojo.

Pues si de los 7 sabios pasamos á los demás filósofos (¿que sabian más que ellos!) nos encontramos que los nombres más venerandos pertenecen á los viejos.

Pitágoras 80; 80 su discípulo Filolao; 82 Platon; 90 Diógenes el cínico; 104 Demócrito. Aristóteles, cuyo influjo en la edad media ha sido incomparable (á pesar de haber sido quemadas en Paris en 1209 las traducciones árabes de sus obras) no vivió tanto como los otros filósofos citados; pero sus principales obras fueron escritas cuando ya pasaba de los 53 años; esto es, despues de haber acompañado á Alejandro Magno en sus primeras empresas por el Asia, que fué cuando, á su regreso, fundó en Atenas la Escuela peripatética.

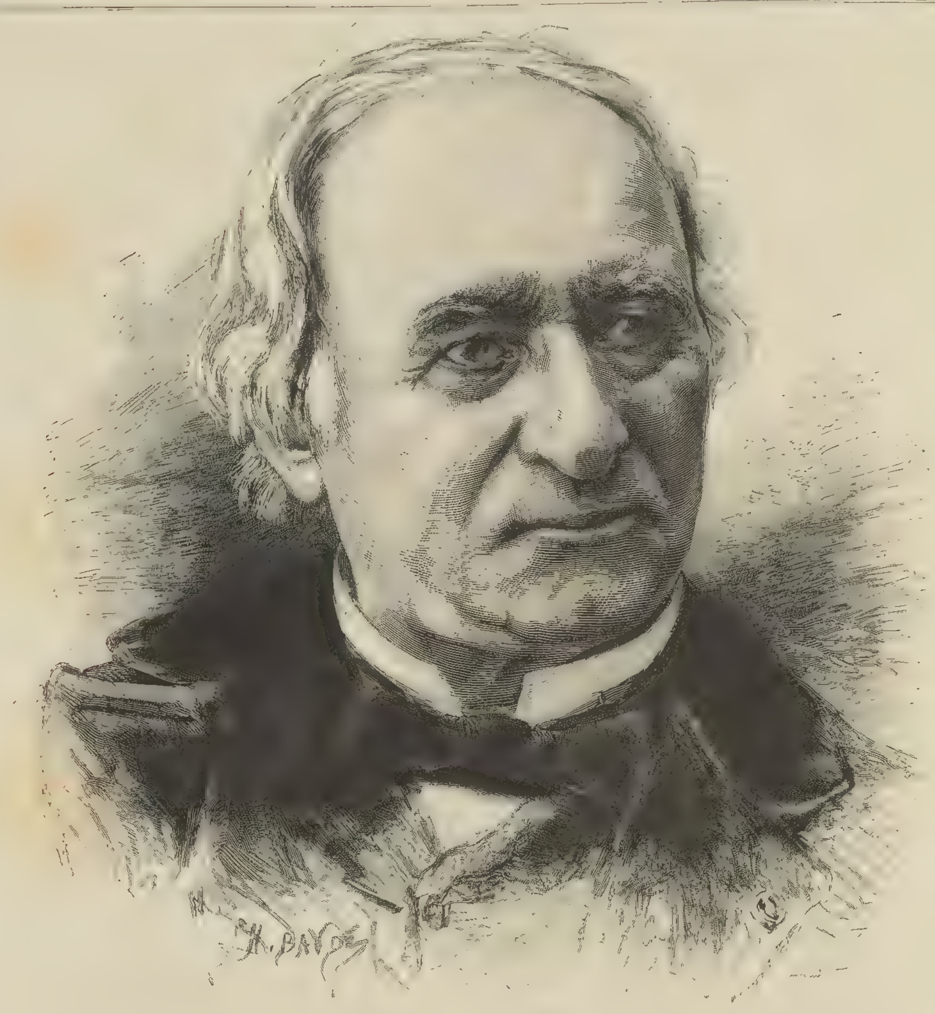
Pues ¿qué decir de Aristarco, astrónomo de Samos, que ya profesaba la doctrina actual de los movimientos de rotacion y traslacion de la tierra, por lo cual fué acusado de perturbador de la quietud de los Dioses; del otro Aristarco, crítico de la Iliada; de Eratóstenes, el que primero encontró el modo de medir un grado de Meridiano y determinar la oblicuidad de la eclíptica; de Isócrates, el maestro de elocuencia; de Hipócrates, el Genio de la medicina?... Eratóstenes, habiendo perdido la vista, se dejó morir de hambre á los 80 ú 82 años, por serle ya imposible trabajar; Isócrates tambien se dejó morir de hambre, cuando, segun algunos, tenia cerca de 100 años, al saber la pérdida de la batalla de Queronea; Hipócrates, «el viejo divino,» falleció de 80 segun unos, de 100 segun otros.

* * *

Pero apresurémonos. Si fuéramos á escribir de todos los que ilustres filósofos viejos de la antigüedad seria preciso hacer un Diccionario.

Vengamos á la época moderna, citando sólo de paso los que buenamente acudan á la memoria: San Agustin, que murió de 76; Alberto Magno, maestro de Santo Tomás de Aquino, que falleció quizá nonagenario; Rogerio Bácon, el Doctor admirable, franciscano, á quien se han atribuido grandes invenciones,—la de la pólvora, la de los vidrios de aumento, la de la bomba de aire, la del fósforo ó algo análogo;.... (por todo lo cual pasó en los calabozos la mayor parte de su dilatada vida de 80 años); el otro Bácon, canciller de Inglaterra, autor del *Novum Organon*, escrito á los 59 años, promulgador del método experimental, muerto á los 65 años de resultas de la explosion de una retorta....

Sí; apresurémonos, y vengamos á esta edad moderna, más que ninguna otra fecunda en viejos, y de fuerza intelectual como jamás habia visto el mundo;— sexagenarios como Leonardo da Vinci, Huyghens, Keplero, Arago, Leverrier, Ampère, Stephenson;—septuagenarios como Copérnico, Galileo, Bradley, Leibnitz, Haller, Boscovich, Laplace, Berthollet, Oersted, Faraday, Darwin;—octogenarios como Newton, Kant, Franklin, Herschell, Volta; —nonagenarios como Humboldt, Chevreuil....; y otros muchos, muchísimos más, cuyos nombres no acuden en este instante á la memoria, desobedeciendo á las evoca-



J. B. DUMAS, célebre químico, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias de Paris, fallecido el 11 de abril

ciones de la más buena voluntad. ¡Oh! ¡Gloria á cuantos soles no aparecen en este momento ante la pluma!

¡Falta de vista, no ultraje, es no reverenciarlos ahora en el recuerdo!

* * *

Pues las obras inmortales
de los muertos que no mueren

no fueron frutos de la juventud, por más que esa juventud brillase en muchos casos por su sorprendente precocidad.

Leonardo da Vinci, hijo ilustre de una edad ilustre, precoz en aritmética, música y dibujo, luégo admirable escultor y profundo arquitecto, poeta, botánico, astrónomo, mecánico, y el mejor ingeniero de su siglo, gran profesor en el laud, vigorosísimo jinete, hermoso, galante, amigo del lujo...., empezó, cumplidos ya los 45 años, la famosísima cena del refectorio de los dominicos en Milan, hoy ya muy deteriorada; y, despues de los 48, la gran estatua de Francesco Sforza. Y son producto de su edad madura sus célebres tratados, en donde, como preternatural conocimiento, están anticipados, en pocas páginas siempre, los descubrimientos de Galileo, Keplero, el sistema de Copérnico, las teorías recientes de ilustres geólogos, las leyes de la hidráulica..... Huyghens, tambien precoz, y, tanto, que á los 22 años era ya conocido por sus obras de geometría, y á los 36 por el descubrimiento de uno de los satélites de Saturno, escribió lo mejor de sus obras imperecederas y verificó sus más grandiosos descubrimientos en edad ya avanzada, cuya fuerza intelectual era tan ambiciosa que á los 60 años empezó á estudiar los *Principia* de Newton, y despues el cálculo de Leibnitz. Keplero, precoz igualmente, tenia 47 años cuando descubrió las leyes inmortales sobre que descansa la astronomía moderna. Ampère publicó de 51 años la teoría de los fenómenos electro-dinámicos; de 53, la determinacion de la superficie curva de las ondas luminosas; y, de 59, el ensayo sobre la filosofía de las ciencias. Stephenson tenia 49 años, cuando logró al fin ver abierto el camino de hierro entre Manchester y Liverpool, donde su inmortal locomotora sirvió por primera vez de agente de traccion; despues de triunfar, á la segunda vez, de la oposicion que en el parlamento suscitó la idea de una rápida locomocion, estimada entónces como muy inconveniente; despues de acallar las invectivas del ridículo; despues de vencer la resistencia y oposicion de eminentes ingenieros, y despues, por último, de dominar el contínuo motin de los propietarios de las tierras cruzadas por la vía, los cuales, brutalmente, arrojaban de ellas á los ingenieros y operarios. ¡Acogida admirable de tan portentoso invento!

Copérnico no concluyó su obra *de revolvtionibvs orbivm cœlestivm* hasta tener 57 años, y no cesó de corregirla y enmendarla hasta que la dió á la imprenta teniendo ya 68: el mismo dia en que recibió impreso el primer ejemplar, lo tocó y se murió.

Galileo no publicó su *Siderius Nuntius* hasta los 46 años: su actividad fué incansable hasta los 60, cuando la Inquisicion le obligó á abjurar sus herejías (!) y pronunció el famoso *e pur si muove*, tan comentado y contradicho; y á los 74 años perdió la vista, á consecuencia de sus incesantes observaciones astronómicas. A esa edad publicó el «Diálogo sobre el movimiento local» y descubrió la libracion diurna de la luna.

Bradley, el primero de todos los astrónomos por el asombroso consorcio que en él se verificó de la ciencia con la práctica, ya ilustre por el descubrimiento de la aberracion de la luz, no descubrió la nutacion del eje de la tierra hasta cumplidos los 55 años.

Leibnitz, historiador, teólogo, físico y matemático, fué siempre portentoso hasta los últimos años de su vida; si bien realizó de los 30 á los 37 el más importante de sus descubrimientos, el cálculo diferencial.

Laplace, despues de los 70 años ejecutó todavía una inmensa tarea matemática. De los 40 á los 68 años publicó Faraday sus grandes trabajos sobre el electro-magnetismo. Darwin era ya quincuagenario cuando publicó el «Orígen de las Especies» y sexagenario cuando imprimió el «Descent of man.» Kant no apareció como inteligencia de primer órden hasta despues de los 57 años, cuando publicó «La crítica de la razon pura:» á los 64 dió á luz «La crítica de la razon práctica;» á los 66 «La crítica del juicio.» De 70 años Franklin, que

Eripuit cœlo fulmen sceptrumque tyrannis

fué á Francia en demanda de auxilios para asegurar la independencia de su patria. Herschell, organista, mecánico, matemático y astrónomo, hizo sus primeros descubrimientos de Urano y sus satélites y de dos de los de Saturno, desde los 43 á los 51 años; y la inmensidad de sus trabajos sobre el sistema Solar, la revolucion de las estrellas unas al rededor de otras y sobre las nebulosas, es muy posterior. Volta descubrió la maravillosa pila de su nombre de los 50 á los 56 años de edad. Y ¿qué decir de Humboldt, comparable sólo con Haller en la universalidad de conocimientos, é incansable en la importancia de sus trabajos hasta los 90 años de su edad? Iba á cumplir los 60 cuando emprendió con Ehrenberg y Rosa su gran viaje de 4500 leguas, que tanto sirvió para rectificar la Geografía de Asia.

¿Dónde encontrar, pues, el paralelismo entre la decadencia física y la intelectual?

* * *

Pero, al llegar aquí, oigo ya al enjambre amotinado de las viejas de 200 meses:

«¡Bien! para algo ha de servir la edad senil: hasta los colmillos del lobo tienen contra el mal de ojo gran virtud;.... pero guárdense los sabios esos librotes que nadie entiende; que lo que nosotras queremos es lo agradable, lo artístico, lo que haga palpitar el corazon con lo bello; lo que posea el secreto de la risa.»

¿Sí? Pues nadie como los viejos posee ese talisman; nadie como ellos sabe hacer reir; nadie como ellos sabe hacer asomarse á los párpados las dulcísimas lágrimas con que el arte conmueve el corazon.

Ea: emplazadas quedais para el artículo siguiente.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 28 DE ABRIL DE 1884 — NUM. 122

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

FARISEO Y PUBLICANO, copia del celebrado cuadro de Robbecke

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

FARISEO Y PUBLICANO, cuadro por Robbecke

Para comprender el mérito de esta preciosa composicion basta tener presente las circunstancias que, segun el título, concurren en el personaje principal. Fariseo vale tanto como decir hipócrita; publicano equivale á orgulloso, opulento y opresor. Constituian los fariseos una de las más preponderantes sectas judías, hasta que Jesus predicó contra sus prácticas religiosas en las cuales dominaba más la ostentacion que la devocion, y hasta contra sus costumbres privadas, bien poco conformes con las apariencias de virtud que querian darse. No ménos dignos de crítica, y aún más generalmente odiados, eran los publicanos ó asentistas de las contribuciones que, especialmente en las provincias, levantaban grandes fortunas á expensas de los esquilmados ciudadanos.

De los publicanos, y de los fariseos especialmente, dicen las Escrituras que hacian limosna anunciándola á són de trompetas; y con tales antecedentes dígase si el tipo de Robbecke puede ser más ajustado á verdad. El traje de ese hombre mentidamente caritativo es de por sí fastuoso; de su bolsa repleta saca una moneda que deposita en la caja de los pobres; pero en su actitud, y sobre todo en la petulante expresion de su rostro, se echan de ver los bajos móviles que impulsan su conducta. Para él se pronunciaron sin duda aquellas palabras de que era más difícil la salvacion de un rico sin corazon que el paso de un camello por el ojo de una aguja.

Como figura de estudio, el *fariseo y publicano* de nuestro cuadro es una obra verdaderamente comprendida y magistralmente ejecutada.

UN MÁSCARA, dibujo por Vierge

Nuestro paisano, el Sr. Urrabieta, tan conocido en Paris bajo el nombre de *Vierge*, sufrió hace mucho tiempo una terrible enfermedad, que le ha tenido imposibilitado de dedicarse á sus habituales trabajos artísticos. Sin embargo, como el buen soldado pide su alta en el Hospital de sangre apénas se siente apto para empuñar el fusil; *Vierge*, no bien ha podido utilizar su mano izquierda, á falta de otra mejor, se ha apresurado á dar fe de vida en las páginas de su periódico predilecto, *El mundo ilustrado*.

El dibujo que de esa publicacion reproducimos, fué empezado ántes de enfermar el Sr. Urrabieta, y terminado recientemente. Es la reaparicion de un artista querido del público, que se promete nuevas muestras del fecundo lápiz del dibujante español. La que hoy ofrecemos á nuestros favorecedores demuestra que el autor, al cabo de tanto tiempo de infecundidad forzosa, puede imitar al venerable maestro de Leon en su célebre frase:—Decíamos ayer...

Reciba nuestro compatriota el parabien más sincero y ¡ojalá tengamos próximas y frecuentes ocasiones de hacer interesantes nuestras páginas con sus bien acabados dibujos!

PLENILUNIO, dibujo por Llovera

Las fases de la luna y los accidentes de la vida de una mujer bonita tienen una analogía perfecta. Tras el cuarto creciente en que empieza á atraer la curiosidad por los indicios de una belleza en embrion, viene el plenilunio, la hermosura en todo su desarrollo, un fulgor que todo lo eclipsa, una autoridad caprichosa que todo lo subyuga, un astro sin rival, objeto de todos los deseos, blanco de todas las miradas, divinidad de todos los cultos, autócrata de todos los cortesanos. En el plenilunio de la estrella-mujer, un capricho equivale á una órden, una sonrisa vale un mundo, un favor vale un cielo.

Llovera ha dibujado ese plenilunio femenino, representado por una jóven hermosa, no de la hermosura vulgar que resulta de la combinacion de líneas estéticamente correctas, sino de esa hermosura ideal, poética, dulce, tal como la vió Rafael, tal como la soñó Dante; la hermosura de Margarita ántes del pecado, de Julieta ántes de enamorar á Romeo.

Pero á la luna llena sucede el cuarto menguante y aún despues del cuarto menguante sobreviene la desaparicion del astro. Es la ley inevitable de la naturaleza: todo lo viejo ha sido jóven; el viento arrebata las hojas secas de las flores que una reina prendió en su cabellera. La hermosa jóven de Llovera será madre, será abuela.... ¿Quién reconocerá entónces á la sultana del *Retiro* en la arrugada devota de las *Calatravas?*...

EL CORAZON DE UN REY, grupo por Ximenes

Era, con efecto, un gran corazon el del rey de Italia Víctor Manuel II... Representante de un pensamiento colosal como lo era la unidad de la fraccionada patria, al frente de una de las naciones grandes potencias de Europa, llevaba con noble fiereza la corona que su pueblo y la suerte de las armas le habian ceñido; pero nada le era tan grato como despojarse de la exterior majestad real para confundirse, en costumbres y tratos, con sus más humildes súbditos. Intrépido y apasionado cazador, frecuentemente se echaba la escopeta al hombro y, seguido de un perrazo tan fiel como inteligente, como el más sencillo burgués batia los llanos y las montañas, sin más proteccion que la de Dios, ni más garantía que la confianza que le inspiraban su valor y el cariño de los italianos. Cualquiera que sea el juicio que Víctor Manuel como rey merezca á la historia, como hombre privado será siempre una figura simpática por su bondad y llaneza.

Sus solitarias excursiones fueron causa de muchas aventuras que se popularizaron prontamente. El escultor Ximenes ha representado con una sencillez llena de buen gusto, el hecho ocurrido á Víctor Manuel en una de esas expediciones. Un pobre niño se ha lastimado: la casualidad le ha deparado un amigo que le consuela, y el pobre rapaz no sospecha por cierto que su cariñoso protector sea nada ménos que el rey de Italia, á quien el muchacho se figuraria sin duda con un continente y vestidura parecida á la de los Magos de los Belenes.

La obra causa una impresion simpática y en el semblante del protagonista se echa de ver, á pesar de su negativa belleza estética, la más preciosa valía de la belleza del corazon.

EN EL COSTURERO

Si la fotografía instantánea hubiera sido un hecho cuando fué dibujada esta composicion, cabia dudar si su original fué debido á ese procedimiento. ¡Tan realmente está en él reproducida la naturaleza felina, en uno de sus actos de más confiado abandono!... Mucho ha producido el arte en el género de costumbres de los animales: Giacomelli y Lengo han dibujado de ellas verdaderos capítulos de un poema.

Nuestro grabado es una escena de comedia, pero los caracteres de sus personajes son dignos de los perfiles de Breton y de Narciso Serra.

CONVERSACION ÍNTIMA, por F. Gtarbino

Esta composicion, tan sencilla como es, reune cuantas condiciones hacen admisible un cuadrito de género. La *hembra*, que tal debe llamarse á la dama del cuadro, por la expresion de su semblante y por su seductora actitud, se presta á la intimidad de ese varon, cuyo rostro y mirada tienen más malicia que una nota del canciller prusiano.

Admitido el principio de que las obras de arte no se venden por metros nuestro grabado es un delicioso *bijou* que puede figurar dignamente en el *ecrin* más escogido.

¡BUÑUELOS!

(Recuerdos de la Feria de Sevilla)

Siéndonos ya familiar el panorama de la celebrada feria de Sevilla, podemos entretenernos en investigar sus gustosas particularidades (1).

No es oro todo lo que reluce, y en verdad que las vistosas casillas, adornadas de flores y espejos, y ocupadas por sonorosos pianos, donde resuenan las melodías de Schubert y las graciosas peteneras andaluzas, no pueden dar nunca la característica de la solemnidad que tanto encanta al turista curioso.

Si sólo hubiéramos de cruzar esas calles interminables, donde colocan sus nidos palomas nobles, más bellas que las que figuran en los cuadros de Horacio Lengo; si sólo tuviéramos que parar mientes en la maja aristocrática que lleva un tesoro en la cabeza; si única y exclusivamente nos detuviéramos á contemplar cómo se contraen los músculos bajo la media de seda y se dilata el menudo pié preso en la zapatilla de raso, seguramente que no podríamos ofrecer, como es debido, el cuadro que, más de una vez, habrán admirado nuestros lectores, ya en las páginas de LA ILUSTRACION, ya en otras páginas más ó ménos ilustradas y amenas.

Bellas son esas fiestas de buen tono en las que, á la deslumbradora suavidad del raso y de la seda, se unen otras vislumbres y otras suavidades; dignas de estudiarse, y de tenerse en cuenta, son tambien esas escenas del mundo elegante que en las casillas de la Feria surgen á la vista del curioso como fotografías de espectróscopo; pero hay otras escenas y otros cuadros que tienen relativa importancia y que por contraste las completan.

Las escenas á que me refiero no están, como las otras, tan al paso del observador que se le entren sin esfuerzo por los ojos, y si hay algo de ellas que suele exteriorizarse, lo íntimo, lo propio, hay que buscarlo bajo los blancos cortinajes de las buñolerías ó en el estrecho recinto de las tiendas de menudo y caracoles.

Dejemos pues á un lado la clásica barraca de los Polichinelas, que recuerdan el primer esbozo de diálogo dramático, y pasemos sin entrar por los teatros mecánicos en cuyas andamiadas distingo al embadurnado Pierrot, que golpea el bombo desaforadamente y mira con cínica procacidad por encima del justillo de la pobre titiritera que tiembla de frio ó de vergüenza. No hagamos caso de esas galerías de figuras de cera en que están en amigable consorcio Lucrecia Borgia y la casta Susana, Antonelli y el héroe de Gaeta; suprimamos tambien la visita á la Rifa del Asilo, en cuya tienda dilatada mueven los manubrios de las tómbolas, pequeñas y aristocráticas manos; y demos, en fin, un salto mortal, llegando cerca de los caballitos de madera, que, al són del pífano y del tamboril, giran y giran sin descanso.

Ya estamos en nuestro campo de operaciones.

Frente al semicírculo de los *tios vivos* ó caballitos expresados, se abre una larga calle formada por barracas pequeñas y desiguales, y amplias tiendas de campaña con letreros, colgaduras y banderolas.

Son las buñolerías y las tiendas en donde la cocina popular andaluza sazona los platos clásicos de feria; el menudo y los caracoles.

El cuadro no puede ser más pictórico y extraño. A un lado se escalonan los referidos tenduchos, con sus toneles formando pirámides ó cubiertos por adosamentos de tablas en las que se ven pintados racimos de uvas, ramos de flores y panzudos Bacos; al otro, se suceden, de trecho en trecho, las chozas forradas de tela blanca, cuya cubierta en forma de tijera coronan gallardetes innumerables de color rojo y gualda. Delante de cada una de aquellas estancias, que parecen gemelas, se levanta un ara; es decir, un anafe cuyas llamas lamen el asiento tiznado de una gran sarten, donde hierve el aceite produciendo un agradable y delicioso chirrido.

Al ver aquellas tiendas, aquellos adornos, aquellas piras; y aquellas mujeres, de pié, engalanadas *gentilmente* y dispuestas, al parecer, á guardar el fuego sagrado.... de sus anafes, no habrá faltado inglés que tome las buñolerías por templos gentílicos y á las gitanas buñoleras por sacerdotisas de Vesta.

Pero el caso es que, esto, no pasa de ser una ilusion como la de los carneros ó la de los molinos de viento del Ingenioso Hidalgo, y que las tiendas son tiendas, las sartenes sartenes, y las gitanas gitanas que se buscan honradamente la vida ofreciendo sus buñuelos al transeunte.

Ahí las teneis, vestidas *con los trapitos de cristianar*, aseadas y limpias como una patena, con el abundante moño anudado y la peineta de concha colocada graciosamente; haciendo gala de su almidonada falda y de sus pañuelos de Manila, que arrollan sobre el pecho de modo que dejan ver dos maravillas esculturales: el brazo y el cuello. La sonrisa más provocativa é intencionada vaga por sus labios, tras los que se guarece un ejército completo de menudos y blancos dientes; sus talles flexibles y sus redondas caderas explican el secreto del baile flamenco, todo balanceo y voluptuosidad. Si despues de fijar sus ojos en vuestros ojos, bajan los párpados para miraros al bolsillo, sois hombres muertos: los ojos suelen ser *basiliscos* en las gitanas.

Una de las distracciones favoritas de los ingleses, es la de pasear de un extremo á otro de la calle de las buñolerías, cruzados de brazos y con la proverbial impavidez de los de su raza. Las buñoleras *se despachan con ellos á su gusto*, diciéndoles cuanto se les viene á la boca y gozándose en contemplar aquellos rostros inalterables como el del Convidado de Piedra.

—¡Mia, inglés!—exclama una flamenca de labios húmedos y torneado mollero;—¿quies probá un *guñuelo* que te ha de sabé á gloria?

—¡Mister,—añade la de al lado con los brazos puestos en jarra—tengo unos *guñuelos* pá tí, que te vas á chupá los deos de gusto!

El inglés saca y mete alternativamente las manos en su largo leviton, cálase los quevedos para no perder un solo contorno de aquellas formas, ni un solo pliegue de aquel traje, y exclama riéndose con toda la boca:

—¡Mi, no querer guñuelos; mi querer mijarte, guitana!

—¡Largo, mala sombra!.... replica la flamenca volviéndole la espalda y brindando su mercancía á alguna pareja que pasa.

Estas escenas se repiten, de manera más picante aunque ménos cómica y acentuada, con los innumerables transeuntes que desfilan ante aquellos anafes que tienen algo de hoguera de aquelarre.

—¡Ven acá, jermoso! dicen á un viejo verde que acompaña á dos niñas como dos rosas—tengo buñuelos más chicos que la boca de ese pimpollo y más tiernos que su corasonsito; ¿los quieres?....

El viejo mira á la graciosa flamenca y, consultando instintivamente su bolsillo, quiere esconder el rostro y meterse bajo siete estados de tierra; pero la buñolera, *que conoce el paño*, le busca la cara, como suele decirse, y *le larga* esta filípica á quema ropa:

—¡Mia er carcamal, que le dan á Dios con un soplío y va jaciéndose presona!....

Suele ocurrir que pase *un moso crúo* de los de sombrero de queso y cadena con dijes de tres libras de plata, al que avanza la buñolera por no perder la costumbre.

—¡Vaya, á que no has probao mis buñuelos?..., le dice procurando flecharle con la mirada.

Pero el mozo, que tambien lo entiende, porque ha nacido en la tierra de María Santísima, le responde prontamente:

—¿Y quién te ha dicho á tí, mala adelfa, que yo comulgo con ruedas de molino?

A lo que la gitana replica sin dejarle acabar la frase:

—¡Qué más quisieras tú, sino que yo juese pileta, pa sabé lo que es el agua bendita!....

Si hubiese de dar cuenta de los dichos agudos, de las frases *de gracia*, de los retruécanos y tiroteos á que dan lugar las *enganchadoras* ó mozas que se sitúan cabe los respectivos anafes, no acabaria nunca. La señora grave, la altiva aristócrata, la elegante polluela, el dandy y el macareno, son solicitados simultáneamente por las buñoleras con objeto de que levanten la cortinilla de la tienda y tomen plaza en las tendidas mesas donde luce el plato pintado de Triana, henchido de doradas pirámides del producto aceitoso. Claro es que, más de uno y más de diez acceden, de grado ó por fuerza á traspasar el umbral del templo de Vesta y se inician al cabo en sus misterios.

(1) Véase el año 1883 de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA.

Levantemos, tambien nosotros, la cortina y penetremos en el santuario.

Las buñolerías son, como hemos dicho, espaciosas tiendas de campaña de cuyas ligeras armazones penden, á veces, las mudas de ropa blanca de su dueña, lavadas, planchadas y convertidas en graciosos cortinajes mediante una sencilla combinacion de costuras. Acá y acullá, se ven algunos pedazos de percal encarnado y amarillo, que visten los puntales ó estribos de la choza dividiéndola en dos departamentos ó mitades: algun que otro espejo, de marco dorado, se columpia en las paredes de lienzo de aquel albergue, reflejando en sus lunas los rostros de *sacrificados* y *sacrificadores*.

Si desde la puerta sólo vemos un confuso monton de bustos que sobresalen tras las largas mesas; rostros y brazos que se cruzan ó se entretejen al tomar las cañas y los buñuelos; manchas vivas de color producidas por los pañuelos de seda, las chaquetillas andaluzas y las fajas de grana; al entrar, el cuadro se aclara, las figuras y los escorzos van tomando su verdadera posicion, los detalles se aislan y penetran por la retina con todas sus exquisitas nimiedades.

En primer término, una morena gruesa, de ojos vivos y penetrantes, come desaforadamente acompañada de tres jóvenes rubias, que no se quedan atrás en desocupar el plato, á pesar de ser delgadas y espirituales como flores de estufa: un caballerete apuesto, á quien codea la rubia más próxima, se come con los ojos, no los buñuelos, sino los menudos dedos de la morena cuyas rosadas uñas ha puesto el aceite más brillantes que las puso la naturaleza. La morena mira al jóven, la rubia pierde el bocado por tirar al dandy un soberbio pellizco, rie la rubia número dos, se atufa el mozo, frunce las cejas la susodicha y, en tanto, el gitano que trae la otra libra de masa frita, se acerca á la mesa preguntando:

—¿No toma otro buñuelo el señorito?....

Un detalle. Dos saboyanitos harapientos, que tocan el arpa y el violin á la puerta de la buñolería, cantan en español chapurrado lo siguiente:

Me gustan todas,
me gustan todas,
me gustan todas
en general;
Pero, las rubias,
pero, las rubias,
pero, las rubias
me gustan más!....

Los que ocupan la mesa próxima son gente de rompe y rasga: ya hemos dicho que las buñolerías recuerdan las agapas del siglo primero, que daban plato y mesa lo mismo al pordiosero que al potentado. Tres mozos como tres trinquetes, y tres flamencas más esbeltas que parejas de barcos veleros, charlan por los codos y se ofrecen, entre alegres risas, el apetitoso producto que ante ellos humea.

En ese lenguaje hiperbólico que hemos tenido ocasion de estudiar en las anteriores líneas, se dicen mil cosas incomprensibles para el profano; pero claras y distintas para los iniciados en la fraseología vulgar: la anciana, que parece ser guardadora de aquellas preciosidades de nuestra region, hace desaparecer de vez en cuando un buñuelo colosal y se rie con toda la boca produciendo el ruido sordo de la matraca de nuestra Giralda.

Los músicos saboyanitos cantan, tras de la cortina:

¡Tres eran, tres,
las hijas de Elena!;
¡tres eran, tres!....
y ninguna era buena.

Allá, en un ángulo, se ve á un personaje delgado como asta de bandera y amarillo como el pergamino.—Tiene ante su trasparente individuo una jícara de chocolate, que contempla con éxtasis, y se le van los ojos tras el último buñuelo que nada en el plato.

Es indudable que acaba de llegar del pueblo, pues así lo pregonan su levitoncillo raido, su corbata de pico de loro, su puntiagudo cuello y su mugriento sombrero, colocado al parecer sobre un palo de telégrafo.

En el grupo de flamencas, se oyen estas frases que le vienen pintiparadas.—*¡Aquel gachó tiene hambre atrasá como los maestros de escuela!*.... Y así parece en efecto; es un dómine de pueblo que distrae un hambre de siete meses. Un hambre de gestacion incompleta.

Tales inteligencias sintéticas, suelen hallar las viandas de Lúculo y Baltasar en un buñuelo.

En último término, aparece el verdadero cuadro de costumbres de nuestra tierra: varias hijas de Triana y San Bernardo, cantan y bailan al son del crótalo y de la guitarra. La mesa ha sido separada del centro y un ancho corro de mancebos se agrupa allí, como abejas en el romeral cubierto de flores. Una jóven de cadera escultórica y piés diminutos hace pareja á un galan con patilla que parece nacido expresamente para bailar con ella. De vez en cuando trina la guitarra, suenan las palmas y repican los palillos alegremente: es que comienza *la parja* una copla de sevillanas.

El cantaor ó la cantaora la *acompañan* así:

Me gusta San Bernardo
por lo torero,
el barrio de Triana
y el *matadero*.
Y tambien digo:
la Puerta de la Carne
y el Baratillo.

Del balcon de tus ojos
dí una caida,
no puedo levantarme
si no me miras.
Me he levantado;
señal de que tus ojos
me habrán mirado.

Fácil es comprender el efecto que producirán todas estas figuras reunidas, ya se destaquen de noche á la luz de los colosales candilones, ya se iluminen, al cabo, con los primeros rayos del sol naciente que un tiempo se reflejaron en las áureas esferas de la Giralda: imposible seria intentar un boceto á la pluma, porque sólo un pincel cargado de colores podria dar del cuadro una idea aproximada.

Ni un solo momento se conserva la misma agrupacion; el movimiento es continuo, persistente, simultáneo; unos rien, otros charlan, estos se levantan, aquellos se sientan, los de más allá se aproximan; ya se ven manos unidas, ya brazos enlazados, ya cabezas que recuerdan el cuadro de Villegas titulado *El Ultimo Beso;* ya, en fin, cuerpos que pierden la vertical y dan bajo alguna de las mesas blandamente.

Tomar plaza en estas tiendas suele ser empresa difícil. Allí no suele ocurrir lo que en aquellas tiendas de las cuales dijo Baltasar del Alcázar:

Pídolo, dánmelo, bébolo,
págolo y vóyme contento.

La primera dificultad que hay que vencer para tomar una libra de buñuelos, es la de encontrar sitio; la segunda, la de encontrar buñuelos; la tercera, la de pagarlos á su justo precio: la de *irse contentos* es dificultad menor, si se trata de los *rumbosos* hijos de Andalucía, que entran en las chozas Valentines y salen Bartolomés sin apercibirse de ello.

Verdad es que, en tiempo de Feria, no hay nada que espante y seria necedad notoria reparar en veinte pesetas más ó ménos: lo que no va en lágrimas va en suspiros y para algo hiñe la masa la buñolera.

La aromática manzanilla, el fortificador cazalla y el chocolate de los P. P. Benedictinos, suelen entrar pocas veces bajo los pabellones de las buñolerías de la Feria; pero, si entran, es preciso pagarlos á peso de oro; por eso las *juergas* son ménos frecuentes en ellas, que en las *casillas* propiamente dichas.

El chocolate incoloro, el peleon y el típico *arranca-rejas*, son los líquidos que más abundan; aunque ponderados y elogiados por sus dueños de tal manera, que, algunas veces, logran hacerlos pasar por el néctar que escanciaba al padre de los dioses el hermoso garzon de Ida. Es preciso, por tanto, pagar el pato, y esto lo hacen á sabiendas el pollo, el viejo verde, el novio que aún no ha visto menguar su luna de miel y el macareno que lleva consigo á la *niña de sus ojos*.

Las vestales de la buñolería, que no venden jamás sus encantos, dan de balde las sonrisas, hasta el momento de pagar *el gasto:* un *garhé* no conseguirá una mirada de una gitana si no se deja la plata en la choza. Fuera de allí, sólo encontrará relámpagos desdeñosos bajo sus pupilas de fuego.

Para terminar este cróquis y dar una idea del afan de lucro que domina á esta raza, de la que dijo Balzac, no sé con qué fundamento, que habia heredado muchas cosas nuestras, os contaré un lance de Feria, que no deja de ser oportuno é ingenioso.

Cierto inglés, penetró en una buñolería con objeto de regalarse con los celebrados buñuelos calientes. Sirviéronselo, y, despues que hubo tomado algunos, pidió la cuenta, con la acostumbrada impasibilidad inglesa.

La gitana que le servia, deslumbrada por el brillo de los centines que relucian entre las mallas de acero de su portamoneda, díjole que los buñuelos valian *tres dorailla*s; es decir, tres monedas de cinco duros, y para dar carácter á la cobranza, le presentó un papelillo con unos cuantos garabatos, que guardó el inglés en su cartera.

Pronto le advirtieron de la estafa, y el extranjero volvió desalado á la choza, en compañía de un polizonte que halló, por ventura, en el camino.

—¡Vamos, devuelva á este caballero sus monedas ó aténgase á las resultas! dijo el ministril, encarándose con la atribulada gitana y aspirando de paso el olorcillo del aceite hirviendo.

A lo que la flamenca contestó, clavando en el adusto polizonte sus grandes y expresivos ojos negros:

—¡Quítuste de ahí, don naide! ¡qué he de devolvé yo ni un perro chico!... ¡Es verdá que este inglé ha dao quince *chulés* por los guñuelos, pero *sa llevao pá su tierra la reseta!*

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla, marzo 1884

LAS SIETE ESTACIONES

I

El tren partió lanzando la máquina un estridente silbido.

Yo iba en el tren, y el motivo de mi viaje lo referiré sencillamente.

Aquel dia era Juéves Santo, el dia más triste del año. Por las calles no se oia el rodar de los carruajes; los habitantes de la ciudad iban á pié, vestidos de luto, entrando y saliendo de los templos; y aquel silencio de muerte que impresionaba el oido, como aquel color negro impresionaba la vista, no eran lo más á propósito para hacerme variar de mi decision.

Estaba resuelto á permanecer en la cama y no salir de casa.

Yo era entónces bastante despreocupado en materia religiosa. Como todos los jóvenes, no iba á misa más que cuando tenia novia y mi novia me citaba para las Calatravas. Habia leido las obras de Voltaire, las novelas de Eugenio Sué y *La Vida de Jesus* por Ernesto Renan. Teníame por excomulgado; envidiaba la gloria adquirida por aquellos autores y estaba pensando en imitarles escribiendo un libro contra la institucion del matrimonio; y si este libro se vendia bien y el editor me lo pagaba mejor, me casaria con mi prima Julia, una buena muchacha que vivia en provincia.

Acerca de todas estas cosas estaba yo meditando y casi me decidia por no escribir nada y no casarme con nadie, cuando llamaron á la puerta de la escalera, y á poco de abrirse ésta, á la de mi habitacion.

—Adelante, grité sin moverme y algo mal humorado.

Porque eran las doce, hora en que todo *Madrid* almuerza, en que los trabajadores comen, y en que yo tomaba el chocolate, pareciéndome de muy buen gusto aquel atraso en mi régimen alimenticio que me permitia disfrutar más tiempo de las dulzuras del sueño.

No era la consabida jícara puesta sobre el plato y éste sobre la mano de un brazo que á su vez pertenecia al cuerpo de la criada.

—¿Quién es?—pregunté alarmado viendo, si no las facciones, la figura de un individuo que, no acostumbrado como yo estaba á la oscuridad, andaba á tientas por mi cuarto tropezando en la silla donde dejé mi ropa, pisando las botas que estaban al pié de la silla, miéntras que con las manos extendidas parecia un magnetizador de las tinieblas.

—Abre por Dios el balcon ó enciende un fósforo; ¡qué diantre! me parece que voy á romper algo, exclamó el interpelado en cuya voz reconocí á mi amigo Gustavo.

Opté por encender un fósforo y con él la vela para lo cual no tenia que levantarme de la cama.

—Tú por aquí á estas horas, le dije; —¿qué ocurre?

—Me parece que no son horas intempestivas,—me replicó estrechando mi mano, son las doce.

—¡Las doce! —y tirando del cordon de la campanilla grité:—¡el chocolate!

—Perdona chico, pero lo que es hoy puedes pedir el almuerzo.

—Nunca almuerzo yo tan temprano.

—Es que vengo á buscarte y no sabes á la hora que volveremos.

—¡Caramba! ¿me necesitas imprescindiblemente?—pregunté con verdadera angustia.—Yo queria dormir un par de horas todavía.

—No es posible, levántate y ven conmigo.

—¿A dónde vamos?

—A recorrer las estaciones.

—¿Estás loco?

—Estoy en mi sano juicio. Vístete pronto.

—Opto porque las recorras tú solo. Te dejo en completa libertad.

—Imposible.

—Escucha, Gustavo, amigo mio, tengo sueño, déjame.

Gustavo sin responderme se dirigió al balcon, y con una crueldad de que nunca le hubiera creido capaz, abrió las dos puertas de madera. Un rayo de sol penetró inmediatamente hasta mi cama.

Esto era ya demasiado.

—Pero ¿qué te has propuesto, hombre inicuo?

—Que te levantes y vengas á recorrer las estaciones.

Una idea luminosa cruzó por mi cerebro.

—Capitulemos, —dije, —yo haré lo que tú quieras, pero impongo una condicion.

—¿Cuál?

—Es preciso que la aceptes sin saberla. Yo iré en cambio á donde tú vayas, puedes disponer de mí en absoluto por todo el dia.

Gustavo se quedó pensativo. Despues mirándome con una sonrisa extraña, como si hubiera adivinado la estrategia de que iba á valerme, dijo:

—Aceptado.

—Iremos á recorrer las estaciones.

—Justo.

—Pero tenemos que ir en coche.

—Está bien,—terminó tranquilamente.—Iremos en coche.

Me quedé estupefacto.

Por más que Gustavo pasaba con justicia por ser un hombre extraordinario cuya vida era un misterio, cuya influencia y superioridad sobre todos sus amigos se manifestó desde el primer dia, yo esperaba que mi condicion seria rechazada como un imposible.

Ir en coche en Juéves Santo estaba prohibido de órden del Excmo. señor Gobernador civil.

Así se lo manifesté á Gustavo y volviendo á sonreirse me contestó:

—Iremos en coche.

No tuve más remedio que vestirme.

Poco tiempo despues salíamos de mi casa, y sin pronunciar palabra me dejé guiar por Gustavo.

—Dónde está el coche, —pregunté viendo que andábamos demasiado.

—Vamos á buscarlo.

Y tomó por la calle de Bailén, siguiendo hasta el cuartel de San Gil, bajando por el paseo de San Vicente, hasta llegar á la estacion del Norte.

—¿Estás loco?—exclamé deteniéndome.—¿Vamos á emprender un viaje?



UN MÁSCARA, dibujo por Vierge



PLENILUNIO, dibujo por Llovera

—Vamos á recorrer las estaciones,—me replicó apoderándose de mi brazo y haciéndome penetrar á viva fuerza en el salon de espera.

—Voy á tomar los billetes,—dijo en seguida.—No tengas cuidado y quedarás contento de mí.

Me parecia estar soñando. Cuando me quedé solo, miré á mi alrededor para estudiar la fisonomía de mis compañeros de viaje.

Eran seis nada más. Uno de ellos un ministro de la corona, otro un usurero que en cierta ocasion me prestó una pequeña suma y á quien por esto conocí en seguida, la vecina del principal de mi casa una mujer muy guapa, que gozaba de gran fama en el mundo galante, un individuo que en cuanto le miré se acercó á mí y con descompuesto tono me dijo:

—Oiga V., ¿tengo yo monos en la cara?

—Caballero, V. dispense.

—Es que á mí no me mira nadie que no me conozca.

—Ahora que le conozco á V. no le volveré á mirar;—terminé haciendo un profundo saludo y retirándome para evitar una cuestion inútil.

Habia otro sentado en un banco que me agradó mucho más. Era un señor grueso, colorado, rebosando salud y que parecia tener buen apetito, porque todos sus bultos de mano eran cestas de comestibles por entre cuyas tapas de mimbre salian, ora las patas de un pollo envuelto en un número de «La Correspondencia,» ora el cuello de una botella.

Y el último, era un sér alto, delgado, de color bilioso, cuyos ojos se fijaban con expresion de odio reconcentrado en el ministro de la corona.

Este se acercó á mí en seguida que me vió solo y me preguntó:

—Caballero, aquí, como V. ve, todos somos algo. ¿Usted qué es? y dispénseme.

—¿Yo? poeta,—le respondí.

Asomó á sus labios una sonrisa malévola.

—¡Coplero!—murmuró creyendo que yo no le oia.

—Coplero, sí señor,—añadí enojado,—¿y V. no es coplero tambien?

—Yo soy crítico,—y me volvió la espalda.

En esto entró Gustavo dando apretones de manos á todos; llevaba un paquete de billetes de ferro-carril que repartió en seguida.

—Un reservado de primera clase,—dijo entregándoselo al ministro.

—Billete de tercera á mitad de precio,—y lo recibió el usurero.

—¿Quiere V. reservado tambien?—preguntó á la mundana.

—Ya sabe V. que yo voy donde van las mercancías.

—Uno de perrera, este es para V.—dijo al pendenciero, y añadió en tono de broma:—si necesita bozal, tambien lo tiene la empresa.

—Billete de segunda clase,—y lo recibió el de las cestas de provisiones:—tenga V. cuidado no se manche de grasa.

—Uno de primera clase, señor crítico.

—Yo quiero un reservado como el ministro.

—No puede ser.

—¿Y á mí qué me das?—le dije á Gustavo.

—Toma, no te quejes. Una berlina-cama.

Estuve á punto de abrazarle.

—¿Vienes conmigo?

—Gracias.

—¡Cómo! ¿me dejas solo?

—Solo en el wagon, pero no en el tren.

—¿Dónde vas tú?

—En la máquina. Soy el jefe del movimiento.

En esto se abrieron las puertas de cristales que daban acceso al anden y pasó un mozo gritando:

—Viajeros al tren.

Allí estaba el tren esperándonos; eran todos los wagones negros, más parecidos á prisiones que á coches de ferro-carril.

—Pero ¿qué tren es este?—pregunté despues de instalarme en mi berlina-cama, á un empleado que pasaba.

—Caballero, este es el tren del Purgatorio. Feliz viaje.

Sonó la campana de la estacion, el silbato de la máquina y partimos.

II

Maldita la gana que tenia yo de dormir. La jugarreta de mi amigo me pareció del peor gusto posible. Al oir las palabras del empleado que me explicaban mi situacion, quise abrir la portezuela y arrojarme de aquel sombrío wagon áun á riesgo de matarme. Pero la portezuela resistió á mis esfuerzos y además el tren lanzado á toda máquina llevaba una velocidad espantosa.

Estaba como loco, grité, me desesperé, pero nadie escuchaba mis gritos. Tomé el partido de asomarme á la ventanilla para ver el paisaje, pero el paisaje era un inmenso desierto, sin un árbol, sin una planta, un arenal interminable y el tren continuaba su marcha lanzando por la chimenea de la máquina una densa nube de humo negro que iba corriendo en direccion contraria por encima de nuestras cabezas, hasta llegar al último coche donde describiendo una violenta curva, cambiaba su direccion y dijérase que empezaba á perseguirnos. Al poco rato llevábamos detrás un ejército de vapores que el aire se encargaba de deshacer.

A la distancia de un kilómetro, vióse de pronto una cabaña que se levantaba al borde mismo de la vía. El tren empezó á disminuir su velocidad, y Gustavo pasó por el estribo. Iba recorriendo los coches y taladrando los billetes.

—¿Vamos á parar?—le pregunté. ¿Hemos llegado al término de este viaje tan desdichado?

—Llegamos á la primera estacion,—me contestó.—Es esa choza.

La máquina lanzó un silbido y el tren se detuvo.

Entónces pude leer clavado sobre la paja del techo de aquella pobre vivienda este letrero: HUMILDAD.

De la cabaña salió un pastor, á quien seguia un perro, Gustavo abrió la portezuela del reservado de primera clase y tuvo que sacar á empellones al ministro de la corona que se resistia á bajar.

—Su Excelencia se queda aquí. No tiene pagado el billete para seguir más adelante.

—Esto es una infamia, un desacato;—rugia Su Excelencia.

Pero no tuvo más remedio que bajar del wagon.

—Déle V. la mano á este señor,—dijo Gustavo.

Su Excelencia miró con desprecio al pastor y se cruzó de brazos estrechando su cartera ministerial, miéntras relucian al sol los entorchados de oro de su magnífico uniforme.

—Y además déle V. la cartera y cambie V. su uniforme por esas pieles de oveja. El señor le reemplazará á V. en el wagon y en el ministerio.

El ministro rompió á llorar como un chiquillo cuando le quitan un dulce, pero no hubo remedio, tuvo que entrar en la choza con el pastor, y á poco rato vimos salir al pastor vestido de ministro y subir al reservado de primera clase, miéntras que el ministro con el traje de pastor y el perro que se echó humildemente á sus piés, quedábanse á la puerta de la cabaña.

El tren continuó su marcha hasta la estacion siguiente.

Era esta un magnífico palacio para cuya construccion debia haberse gastado el oro á manos llenas. Dentro de él oíanse alegres músicas, resonaban francas carcajadas y una multitud de camareros cruzaban por los salones llevando suculentos manjares. En el salon principal se celebraba un gran festin y por los balcones que estaban abiertos, veíase al anfitrion que brindaba á la salud de sus comensales y á cada momento metia la mano en una caja de valores sacando puñados de monedas de oro que arrojaba y recogian aquellos parásitos.

En letras formadas con piedras preciosas, estaba el nombre de la estacion. ¡LARGUEZA!

Allí bajó mi conocido el usurero, teniendo Gustavo que pedir auxilio á cuatro robustos mozos que á duras penas pudieron arrancarle de su departamento de tercera á mitad de precio. Pero cuando llegaba á la puerta se volvió hácia mí gritando:

—¡Acuérdese de que me debe todavía los intereses!

—Yo se los cobraré citándole á juicio,—le contestó el pródigo que se cruzaba con él saliendo del palacio para subir al departamento desocupado.

Seguimos el viaje y llegamos á un edificio de grandes dimensiones, lleno de rejas y celosías; levantábase á su lado una iglesia, y en la cúpula una cruz. Era un convento, á cuya entrada se leia CASTIDAD.

De allí no salió nadie, pero allí entró mi vecina del primer piso, y entró llorando, recibiéndola con una absolucion y un abrazo paternal un sacerdote.

Volvió á sonar el silbato, volvimos á emprender la marcha y con la misma velocidad en poco tiempo recorrimos el trayecto que nos separaba de la cuarta estacion.

Era un grupo de árboles, los únicos que hasta entónces habíamos visto, y bajo los árboles ví una tribu de salvajes que gesticulaban y saltaban alrededor de un hombre que tenia la mirada fija en el cielo, miéntras sus labios se movian elevando á Dios sus oraciones. Llevaba el traje de los misioneros, abofeteábanle y escupíanle el rostro, clavaban en sus carnes flechas y las mujeres le pellizcaban y mordian cruelmente. El misionero llevaba en sus manos una cruz y en la cruz se leia este lema: PACIENCIA.

Abrióse la perrera y con las debidas precauciones hicieron salir al que habia trabado conmigo en la estacion de Madrid una pendencia. Los salvajes se lanzaron sobre su nueva víctima, y yo viendo que el misionero desfallecia, grité á Gustavo:

—¡Qué demonio! Trae aquí á ese santo varon. Esta es una berlina-cama donde irá mejor, puesto que está herido y en cuanto á mí me dedicaré á cuidarle. Porque así como así no tengo ya ganas de dormir.

Hízose como yo deseaba y continuó nuestro viaje.

Esta vez se detuvo el tren sin que yo viera árboles, casas ni chozas que indicaran el sitio de la estacion. Temí algun accidente y me asomé á la ventanilla.

—No te asustes,—me dijo Gustavo,—no pasa nada, es que tiene que bajar otro viajero.

Y me mostró la entrada de una gruta que yo no habia descubierto hasta entónces.

—¿Qué estacion es esta?

—La TEMPLANZA,—me respondió saliendo de la gruta un anacoreta que iba á llenar de agua en un manantial próximo una vasija de barro. Miéntras se llenaba, el solitario recogia algunas raíces que eran su comida.

—Baje V., caballero,—exclamó Gustavo abriendo la portezuela del wagon de segunda clase en que iba el hombre de las cestas de comestibles.

Este no pudo oponer resistencia á nada ni decir una palabra. Llevaba un pollo asado en la mano derecha, una botella destapada en la izquierda y en aquel momento tenia la boca llena.

El anacoreta subió al wagon que se desocupaba y dejamos al gloton en aquel desierto.

Yo tenia grande impaciencia por conocer la estacion en que iban á dejar al señor crítico.

—Vamos á ver,—pensaba para mis adentros,—cual es el mayor tormento de un envidioso. Contra envidia caridad, dice la doctrina cristiana, pero valiente cosa y valiente castigo para que se enmiende la señora crítica. La envidia lleva el tormento en sí misma. Allá veremos.

Y despues de curar las heridas al misionero, me asomé á la ventanilla en cuanto el tren se detuvo.

No se engañaban mis ojos. Allí estaba delante de mí, nada ménos que el Parnaso, Apolo con las nueve musas, y á su alrededor, vivos como el dios del paganismo, todos los personajes que están retratados en el telon del teatro de la Comedia.

Admiré entónces la sabiduría de la Providencia. Para un crítico el mayor martirio es meterlo de patitas en el Parnaso.

Nuestro hombre lloró, gesticuló, pateó, se le rompieron los lentes, pero no hubo más remedio. Gustavo le agarró por una oreja y le obligó á bajar. Entónces al ver á las nueve musas se contuvo y dirigiéndose á ellas, empezó á enamorarlas, pero las musas le volvieron la espalda.

—¡En marcha!—gritó el jefe del movimiento.—Y mirándome con una expresion singular me dijo:—Ahora te toca á tí.

—¿A mí? ¿Pues cómo es eso? ¿Qué defecto tengo yo?

Y agarrándome á la portezuela empezé á gritar:

—¡Gustavo! ¡Gustavo!

El misionero al ver mi desesperacion procuraba tranquilizarme. Pero aquello era superior á mis fuerzas. Era una traicion indigna. Yo creia ser un mero espectador de los incidentes del viaje.

—Usted es un viajero como los demás,—me replicó el sacerdote,—un viajero de la vida.

—Sí, señor, pero yo tengo billete de ida y vuelta. Gustavo me ha engañado.

—Gustavo es un buen amigo de V. y V. tiene el mismo billete que tienen todos.

—Le digo á V. que de ida y vuelta, haré mi reclamacion á la compañía.

—No se habrá fijado V. en que consta en el billete la fecha de la vuelta. Hasta que V. se corrija de su defecto.

En esta controversia el tren se detuvo. Abrióse la portezuela de mi berlina-cama y apareció Gustavo.

—Baja,—me dijo con un tono tan imperioso que sentí miedo.

—Gustavo ¡por Dios! dime al ménos qué clase de tormento me reservas; acuérdate de que soy amigo tuyo.

—No te apures,—me contestó,—en un principio pensé corregir tu vicio condenándote á dar vueltas como los perros á la rueda de un asador.

—¡Cruel!

—Pero tu buen comportamiento cediendo la cama, que es lo que tú más aprecias en el mundo, al pobre misionero herido, me hizo poner un telégrama desde PACIENCIA dando las órdenes convenientes para modificar tu destino.

—¿Y ya no asaré carne?

—No; baja conmigo y te convencerás de que he buscado para tí los medios de atenuar el rigor del castigo.

Obedecí porque no habia otro remedio.

La estacion era una casa de moderna construccion.

Sobre los balcones del piso principal habia una muestra en que se leia: LA DILIGENCIA, *diario político y de noticias.*

—Pero esto es un periódico. Esto me conviene. Publicaré mis versos. Si todos los castigos fueran por el estilo...

—Te equivocas. Tus versos no sirven de nada en mi periódico. No publico poesías. Tu defecto, tu pecado capital es LA PEREZA. Aquí tienes el correctivo.

—¿Qué tengo que hacer?—le pregunté asustado.

—Serás noticiero. Tendrás diez duros al mes, y una gratificacion para botas.

—¡Horror!

Pero ya mi amigo sin hacerme caso, dejó en mis manos unas cuartillas y un lápiz y subiendo al lado del maquinista gritó:

—A Madrid con las virtudes recogidas que hacen allí mucha falta. ¡A toda máquina!

—Trabajo inútil, caballero,—dijo una voz á mi lado.—Todos los años hace lo mismo. Saca de allí los vicios que sobran y se vuelve con las virtudes que faltan. Pero al poco tiempo de estar en Madrid las virtudes se han convertido en pecados capitales y vuelta á emprender el viaje.

Me volví para conocer al que me hablaba.

Era un cajista de LA DILIGENCIA.

—¡Oh! ¿cómo me vengaré yo de ese hombre?—dije cerrando los puños al ver el tren que partia.

—Harto sufre ya,—continuó el operario,—compadézcalo V.

—¿A quién? ¿á Gustavo?

—Ese señor no se llama Gustavo, Gustavo es un nombre supuesto. El que usa en Madrid. Pero su verdadero nombre es otro. ¿Ha leido V. el *Infierno?* Pues bien, allí está retratado. Gustavo es *Sísifo.*

EDUARDO LOPEZ BAGO

EL CORAZON DE FORMOSEDA

POR DON JOSÉ ORTEGA Y MUNILLA

(Continuacion)

Habian salido en su coche, tirado por un bravo tronco de mulas á las afueras de la poblacion, esperando ver de un momento á otro aparecer envuelto en nubes de polvo el caballo del señorito de la Formoseda galopando con direccion á los patrios lares.

Era á la caida de la tarde; una de esas horas que pre-



EL CORAZON DE UN REY, grupo escultórico por Ximenes

ceden al crepúsculo, y que ya están impregnadas de la suprema melancolía y de la tristeza poética que engendra en las cosas la ausencia del sol.

La campiña alcalaina verdegueaba bajo aquella tibia luz y una extraordinaria calma parecia reinar en los cielos y en la tierra. El silencio batia sus alas sobre aquel paisaje, y en toda la infinita extension que desde la carretera se descubria la vida humana hallábase representada no más que por el sonido de un cántico lejano, y la actividad de hombres y brutos por el movimiento acompasado y cadencioso de tres yuntas que en lo más lejano arañaban la tierra con la punta de sus rejas. El campo parecia matizado de un mismo color, el verde profundo de los trigos ya hechos, y de las cebadas en flor. No habia esa infinita variedad de matices que constituye el principal encanto de los países húmedos donde crecen el helecho y el lentisco, sino una uniformidad de tonos desesperante para el que fuese allá á buscar los atractivos de un paisaje lleno de contrastes; y que, sin embargo, poseia toda la belleza de la antigua poesía clásica que se fundaba más bien que en los contrastes, en el oculto idealismo encerrado por las formas.

Dieron las cinco en los relojes que honran los edificios de la ciudad de Alcalá, y de una y otra parte empezaron á asomar las gentes que se echaban fuera de sus viviendas para esparcir el ánimo; de aquí para allá veíanse grupos de militares que marchaban haciendo sonar las espuelas en sus botas; comparsas de clérigos que paseaban despacito, deteniéndose cada veinte pasos á mirar el terreno que habian andado: coros de muchachas con pañuelos de seda á la cabeza, y autorizadas por la coña blanca ó gris de una anciana; saltones enjambres de niños que se perseguian corriendo por las verdes llanuras de una á otra parte.

El ántes silencioso y solitario campo se llenaba de gente.

Don Claudio Bartolomé de la Formoseda se habia apeado del coche y apoyado en su robusto junco contemplaba el límite de la carretera hácia el horizonte invisible, y su señora dentro del carruaje movia muy rápidamente un abanico y asomaba de vez en cuando su blanca cabeza por la ventanilla, escudriñando toda la carretera.

Por fin D. Claudio levantó la vista en direccion á la derecha, y dijo:

—Ya le tenemos aquí.

En efecto, habia distinguido una nubecilla de polvo en el camino; y bien pronto de entre ella se destacaron las formas oscuras de un jinete que venia al trote. Era el señorito de la Formoseda. En efecto, venia cubierto de polvo, rigiendo con desenfado y abandono un caballo negro de gran alzada y gallarda postura. Echó pié á tierra, saludó á sus padres con abrazos, y luégo dijo, mostrando sus palabras un profundo disgusto:

—¿Pero qué sucede? ¿Qué motiva esta llamada tan imprevista? ¿Por qué me han llamado Vds.? He pasado muchas horas de angustia creyendo que estarian Vds. malos. Por fortuna los veo á Vds. No me explico qué es lo que sucede.

Don Claudio le puso la mano cariñosamente en el hombro, y contemplando embobado la hermosa figura de D. Ricardo, le dijo:

—Eso ahora lo sabrás. Vamos á casa.

Un zagal se apoderó del ramal de la cabalgadura de D. Ricardo, y éste entró en el coche con sus padres dirigiéndose á la casa solariega de los señores de la Formoseda.

V

Al dia siguiente

Al dia siguiente el señor de Formoseda llevó á su hijo á la iglesia de San Diego, y allí á empujones cariñosos le llevó á la capilla que vulgarmente se llama de los sepulcros, y le dijo:

—¿Ves ese cuadro que hay en ese frontis?

—Véolo,—dijo el señorito de la Formoseda,—y cien veces lo he visto. Pero ¿á qué viene el que V. me lo enseñe?

—¿Sabes lo que representa?

(Continuará)

LOS VIEJOS

III Y ÚLTIMO

Al concluir el artículo anterior emplazábamos para éste á las *«amotinadas viejas»* de 200 meses, con el fin de demostrarles que los viejos han manejado gloriosísimamente el talisman maravilloso poseedor del secreto de conmover el corazon, haciendo temblar la boca con las convulsiones de la risa, ó acudir á los ojos las lágrimas de los más puros sentimientos.

***

¿Quién como Cervantes? Pues el Manco inmortal habia ya cumplido 58 años cuando publicó la primera parte del Quijote, y 68 cuando la segunda. Y ¿ha habido autor alguno que sepa hacer reir como aquel viejo inmortal?

***

A escape hemos de citar sólo algunos nombres para probar que la imaginacion creadora de la novela, se alza más y más alto todavía miéntras más años cuenta; como si las fuerzas de la inventiva fuesen proporcionales á la edad. Lo mejor de Dumas y de Balzac no es lo primero que salió de sus plumas. Víctor Hugo escribió á los 57 años *«Los Miserables,»* y á los 70 «Los anales de un año terrible:» octogenario ya, ha publicado el «Torquemada,» y 300 cuentos. De 57 dió al público Swift «Los viajes de Gulliver.» De 58 Defoe el «Robinson.» De 48 Dickens «El cuento de las dos Ciudades,» y de 52 «Nuestro mutuo amigo.» De 56 Longfellow «Los Cuentos de una posada.»

Ya muy en el otoño de la vida (y no puntualizaremos los años por tratarse de damas) publicaron George Elliot (Mariana Evans), Fernan Caballero (Cecilia Bowl) y Ossiana (Catalina Mac-pherson) las mejores de sus preciosas novelas. Y, aunque de otro género, no se olviden las obras de Santa Teresa, correspondientes á los últimos años de su vida.

Es tal la abundancia de citas que en materia de letras y de artes acude al recuerdo, que la dificultad del elegir es lo que entorpece el volar de la pluma, para probar que las más admirables creaciones del genio han venido al mundo despues de haber cumplido sus autores la edad de 45 años, límite infundado de la potencia imaginativa.

Lope de Vega murió de 63, despues de producir, segun dicen, 1800 comedias y 400 autos sacramentales. Créese que pasaba de los 55 Tirso de Molina, cuando escribió «Desde Madrid á Toledo,» una de las mejores de sus 300 comedias. Calderon compuso la mayor parte de sus 500 obras dramáticas desde los 51 á los 80 años.

Y ya en la época moderna ¿cabe no citar á Breton y al Duque de Rivas en el número de los viejos fecundísimos?

Lo mejor de Shakespeare, siendo todo portentoso, son sus últimas creaciones, posteriores á los 45 años. Lo mismo hay que decir de Molière. Ambos murieron quincuagenarios; y sus fuerzas inventoras eran aún inmensas, cuando cedia en ellos la vital. De 50 años produjo Racine su «Esther» y de 52 su «Atalia».

No es posible que las 54 comedias de Aristófanes fueran, todas, obras de su juventud, puesto que consta haber estado 39 años ocupado en ellas.

A Homero (sea de este personaje lo que la crítica quiera) nos lo representa la tradicion mendigando, viejo y ciego, su pan de puerta en puerta.

Dante debió escribir mucho de su «Divina Comedia» cerca de los 50 años. Milton, sin duda, tenia más de 54 cuando empezó el «Paraíso perdido». Goethe casi nada notable hizo hasta despues de los 45: á los 48, «Hermann y Dorothea»; á los 56 «Fausto»; á los 59, «Afinidades»; á los 82 «Helena» (2.ª parte del Fausto). Lafontaine dió á luz de 73 años los 3 últimos libros de sus fábulas; y de 54 á 71 Béranger sus canciones y su autobiografía.

***

Pues, si de los poetas pasamos á los oradores, á los historiógrafos, á los críticos, á los jurisconsultos.... acuden á la memoria los nombres de Ciceron, gran parte de cuyos tratados son de los 58 á los 62 años de su edad; Hallam, cuyo «Exámen de la literatura europea» es de los 52 á los 61; Lista, que, septenario, escribió sus críticas; Littré, que empezó, quincuagenario ya, su Diccionario inmenso; el P. Mariana que murió casi nonagenario; Chateaubriand, que á los 63 publicó sus «Études»; Lamartine que á los 57 dió á luz «Los Girondinos»; Luis Blanc, que á la misma edad mandó á la prensa la «Historia de la Revolucion del 48»; Grote, que, entre los 52 y los 62, escribió su «Historia de Grecia»; Carlyle, que á los 59 publicó los dos últimos tomos de «Frederik the Great»; Prescott, que á los 51 imprimió la «Historia del Perú», y tantos, tantos otros como merecen siquiera mencion, Macaulay, Gibbon, Michelet, el P. Isla, Mesonero Romanos, Fermin Caballero, Patricio Escosura, Duran..... y cien nombres más y más, ¡todos ilustres!

***

¿Y pintores? Tiziano, el artista siempre jóven, aunque murió centenario; Lúcas Jordan, septuagenario; Murillo, que pintó el San Antonio de la catedral de Sevilla en los últimos años de su vida....; Riard, decano de los pintores franceses, que acaba de morir octogenario; septenario, Simonis, el famoso escultor; Auber, el músico, de 80; Suppé....



EN EL COSTURERO

***

Ibamos aún á citar los «Idilios» de Tennyson; los «Cantos en muchas claves» de Holmes; los «Poemas» de D. José Joaquin de Mora, el enemigo de los asonantes; el «Tratado sobre la naturaleza humana» de Hobbes; á D'Alembert, el esclavo de la libertad más aún que matemático; á Alcuino, tenido por el más sabio de su tiempo; á los octogenarios Johnson y Aldrovando; á Alburquerque el famoso héroe portugués del Malabar; á Belisario, el General que con ménos medios ha hecho más; al viajero Bonpland, octogenario.. .; pero alguna vez hemos de dar punto á la enumeracion de LOS VIEJOS INMORTALES; y aquí nos separamos de tan buena compañía.



CONVERSACION ÍNTIMA, cuadro por F. Gtarbina

***

Muchas veces, años enteros quizá, hemos estado pensando continuamente en escribir un libro con ese título glorioso: «LOS VIEJOS INMORTALES»; y esa es la razon porque tantos nombres de oro se encuentran archivados en los registros de nuestra memoria.

No; no han sido buscados ahora expresamente para impugnar la infundada teoría del paralelismo entre la decadencia física y la intelectual; ántes bien y muy al contrario, por habernos llamado constantemente la atencion el hecho de que con los años crecen el talento y la imaginacion, hasta convertirse en genio; por eso, nos extrañó desde un principio la reciente insistencia en sostener, contra toda evidencia en nuestra opinion, la malaventurada teoría de un paralelismo que no existe.

Si como disminuyen, sin excepcion, la gracia, la esbeltez y el vigor muscular con el trascurso de los años, decrecieran tambien y SIN EXCEPCION las potencias intelectuales.... ¡oh! entónces no existirian ni la *Iliada*, ni el *Paraíso perdido*, ni el *Quijote*, ni el *Fausto*, ni..... pero ¿á qué citar?

***

Y hay otra prueba contraria al paralelismo del desarrollo psíquico y del corpóreo. Prueba evidente LA PRECOCIDAD.

***

No entraremos en pormenores; porque en un artículo consagrado á los «VIEJOS» no cuadraria bien, en modo alguno, el hacer la apoteósis de la juventud.

Pero alguna indicacion hemos de hacer.

***

No es siempre cierto el repetido dicho de Carlyle de que «miéntras más rica es una inteligencia, más lento es su desarrollo.»

Gran número de los que llegaron á ser VIEJOS INMORTALES, empezaron llamando la atencion por su *precocidad*. Leonardo da Vinci, Huyghens, Keplero, Galileo, Leibnitz, Newton, Franklin, Humboldt, Dante, Lope de Vega, Calderon, Víctor Hugo.... y varios más de los citados.

Y, si todavía parecieran pocos, citemos entre las precocidades portentosas á Pascal, que á los 12 años y sin auxilio de libro ninguno encontró las 32 primeras proposiciones de Euclides; á Mozart, que á los 8 años tocó el órgano en Versalles, rival ya de los más grandes maestros; á Rafael, genio ya á los 17; á Byron, Bellini, Fortuny, Espronceda, Larra; á Alejandro Magno; á Napoleon primero, á Pitt,.... y miles y miles de artistas é inventores que bajaron al sepulcro ántes de la edad viril; ó que, áun habiendo muerto de edad provecta ejecutaron de jóvenes, ó poco más, sus obras más celebradas. Santo Tomás y Balmes, murieron ántes de ser quincuagenarios. Lo mejor de García Gutierrez y de Hartzenbusch son sus primeras producciones. El Gran invento de Watt fué de casi niño.

***

No: no existe el paralelismo supuesto.

En algunos casos podrán coexistir el crecimiento de las facultades físicas con la perfeccion de las intelectuales; pero en los más, cuando el cuerpo empieza á declinar, todavía sigue aumentando el vigor psíquico; y en muchos, la precocidad ha sido una alborada luminosísima del genio.

***

Algun ejemplo podrá aducirse de chochez. Verdad. ¿Y qué? ¿Quién puede negar que Hartzenbusch perdió la lucidez de sus facultades en los dos últimos años de su vida? ¿Ha dicho álguien que los hombres de talento conservan siempre la integridad de sus potencias? ¿No ha habido enfermos de enfermedad mortal que todavía han ejecutado obras maestras? Tomás Hood, en el lecho de que no volvió más á levantarse, compuso «El Puente de los Suspiros».

***

No: no existe tal paralelismo. El desarrollo cerebral no corre parejas con el de los demás órganos. Platon era tan vigoroso luchador, que pudo presentarse á disputar los premios píticos é ístmicos; pero ¿podria deducirse de aquí que todos los filósofos tienen fuerzas musculares de jayan?

Dícese que el genio muere sin descendencia; lo cual es cierto, puesto que los grandes hombres no tienen hijos como ellos; pero, porque Aristarco, el crítico, tuviese dos hijos idiotas, ¿puede deducirse que el talento no engendre nunca más que tontos?

De los hechos aislados no puede deducirse más que la realidad de su existencia, pero de la repeticion de los casos se deducen siempre leyes.

***

La aparicion, pues, y el desarrollo de las potencias intelectuales, así como su fortuita decadencia, no siguen, en general, paso á paso el desarrollo y la decadencia de las facultades físicas del hombre.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 5 DE MAYO DE 1884 — NÚM. 123

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Número dedicado á la reproduccion de los principales cuadros presentados en EL SALON DE PARIS DE 1884

LA VUELTA DEL PESCADOR, cuadro por M. Edelfeldt

ADVERTENCIA

La ILUSTRACION ARTÍSTICA, que no perdona ocasion ni sacrificio para que sus favorecedores posean las mejores reproducciones del arte de todos los tiempos, tiene la satisfaccion de publicar en el número presente las copias de siete lienzos, escogidos entre los mejores del último *Salon de Paris*.

Un contrato especial con los propietarios de *Le Monde illustré* nos ha facilitado dar á la estampa esas primicias del arte, al mismo tiempo que se publican en la capital de la nacion vecina.

Atenta nuestra ILUSTRACION á todas las manifestaciones del arte, ha tomado las disposiciones necesarias para que sus suscritores posean bellas copias de los lienzos que más se celebren en exposiciones notables, inclusa la que próximamente ha de verificarse en Madrid, que parece pondrá el sello á la reputacion de nuestros más renombrados pintores.

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

¿Dónde está la primavera?—Lluvia, nubes que pasan.—Vivir es nadar.—La nostalgia de la rana.—Velo de cristal.—¡Viva el paludismo!—Elogio del simon.—Italia en Madrid.—Rossi y *Hamlet*.—El sér más fiel y el sér más ingrato de la creacion.—Dime cómo es tu perro y te diré cómo eres.—*La gran Comedia*. Un ingenio en China.—Las elecciones.

Es preciso ser muy crédulo, tener una absoluta certeza en las verdades oficiales, para estar seguro de que nos encontramos en primavera. Parecemos condenados á ver desmentido, cada dia una vez, aquello que los programas de la vida anuncian. Al llegar á esta parte del año, al pisar las últimas tablas del puente que separan abril de mayo, estamos tentados de retroceder y volvernos á los más tranquilos y apacibles dias del invierno. Al ménos en ellos nos consolaba la chimenea, con sus llamas crepitantes y saltonas: las eses de fuego, los azules relámpagos que exhalaba al quemarse la resina encerrada en los leños, dibujaban en nuestra retina un cuadro luminoso de perspectivas ideales. Pero ahora la chimenea está cerrada, vacía, y yacen en ella, convertidos en ceniza, los últimos rescoldos. Llueve á destajo, las nubes corren sobre nuestras cabezas y vuelcan sobre la humanidad atónita sus odres llenos de agua. Esta procesion de nubes parece no terminarse nunca: pasan los dias y las semanas, y el agua sigue cayendo. Las ciudades preséntanse al observador envueltas en una mortaja de cristal, que á tal puede compararse este velo de hebras de agua que tejen los ángeles allá arriba y lo dejan caer de un incansable telar. Si esas multicolores viajeras, si esas peregrinas flotantes, lloran alguna desgracia, grande ha debido de ser esta segun es el llanto. Si tratan de remojar la tierra y prepararla á las faenas de la agricultura, hay motivo á creer que proyectan convertir toda la península en un inmenso plantío de arroz y hacer de todos los españoles pálido pueblo de ribereños y huertanos.

Como los madrileños no están acostumbrados á tan continuadas lluvias, no hay en nuestros usos trajes á propósito para sobrellevarlas. Con este sol vivísimo, con este limpio cielo, el paraguas es un mueble que sólo sirve para dejarlo olvidado en las tiendas y cafés; y los chanclos un monstruoso calzado que, si se ve en los escaparates de las tiendas de goma, rara vez oprime un pié que se estime en algo. Tenemos arreglado nuestro vestuario para vivir en un país de temperatura agradable y claros horizontes. Si esto sigue será preciso sustituir el paño por el caoutchouc, la seda por el hule, la bota por el chanclo...

¡Ah, feliz el que tiene coche! Comprendo que los cocheros de Madrid se hayan declarado en huelga en estos dias en que son tan necesarios. El coche de alquiler en la capital de España, con su ético caballo, con su inmundo auriga, es, cuando llueve, un elemento social importantísimo.

Hoy es la *escafandra* con que los madrileños nos aventuramos por esta ciudad sumergida, chorreando agua el jamelgo de sus súcias crines, despidiendo por las ruedas la berlina chispas de barro, que saca al entrar en los charcos; es esta máquina semoviente la última degeneracion de la concha marina de Neptuno. No hay nada más feo, no hay nada más útil. Si quereis que sigamos contando lo que en Madrid ocurre, permitidme al ménos entrar en una berlina de alquiler.

* * *

¿Dónde vamos? Recorramos los teatros.

¡Qué es esto! ¿Tan rápida marcha tiene el caballo de este coche de alquiler que hemos tomado, que, sin advertirlo nosotros mismos, nos ha trasportado á Italia? Tal vez estamos cerca del Tíber, acaso no léjos del Vesubio. Pero no: dicen que nos hallamos sobre un volcan, mas no es el de Nápoles, y la Italia en que hemos caido, es una Italia viajera, la Italia de los artistas que van y vienen de pueblo en pueblo, representando y cantando dramas y óperas con esa particular gracia del histrionismo que Dios ha concedido á los italianos.

En el Teatro de la Zarzuela hay ópera italiana, ópera de á tres pesetas: si la tiple da el *sí*, ya se comprende que un *sí* de doce reales ha de parecer un *no*.

En la Comedia el gran trágico Rossi interpreta obras maestras. De verdadero acontecimiento artístico puede calificarse la representacion de *Hamlet* dada por este insigne actor en el dicho teatro. Los dramas de Shakespeare se resisten á ser interpretados por actores de medianas facultades. Una oda al mar hecha por un principiante, por un poeta calagurritano, será siempre un bostezo de las musas y una invitacion al sueño: hecha por Quintana, es el hermoso canto del progreso y del triunfo del espíritu que honra las letras humanas. Pues de igual modo si entregais los dramas de Shakespeare á actores medianos habreis convertido á *Falstaff* en un vulgar Epicuro, á *Macbet* en un intrigante de melodrama, á *Desdémona* en una damisela llorona é histérica: habreis arrebatado á estas figuras toda su grandeza. No es posible tocar á lo divino sin mancharlo. No se pinta el cielo con un pincel y azul de Prusia, sino disolviendo átomos de genio entre los átomos de pintura. *Hamlet* es un lado de la humanidad, el lado de las pasiones negras, del odio y la venganza, el espíritu humano cuando ya en la cuna ha recibido entre los sorbos de la leche matriz los dejos de la hiel que amarga. Rossi expresa como nadie este carácter hecho de violencia y amor, en que hay una mano que acaricia y una garra que hiere, un puñal y un beso, un cerebro enfermo y un corazon lacerado.

No se aprende en los conservatorios de artes ni en las cátedras de declamacion, esa manera de decir, este instinto de actor que ve entre las sombras y lee entre las líneas. Lo que el hombre de ciencia no consigue cuando devora volúmenes y saquea los tesoros de las bibliotecas queriendo hacer revivir en su imaginacion un carácter histórico perdido, lo hace el actor de genio con la simple lectura de aquel manuscrito, sin otra fuente de erudicion que las apostillas y entrecomados del diálogo. Tal es el privilegio por el que el arte escénico tiene vida propia, y en virtud del cual Shakespeare escribiendo su monólogo *ser ó no ser*, necesita de Garrick para que las líneas de negros caracteres sean evocacion de lágrimas y dolores.

* * *

En punto á dolores, aunque no humanos, no dejan de ser dignos de atencion los que experimenta la raza canina. Un bando cruel es fijado todas las primaveras en las esquinas. Los perros viejos ya le conocen por cierto olor de sangre inocente que exhalan sus caracteres. En vano el perro es el compañero más fiel del hombre. En su conducta para con este y en el cruel pago que de ella recibe hay motivo para dos frases admitidas en el lenguaje comun. «Fiel como un perro» se dice de todo hombre que tiene la virtud de la fidelidad. «Se le trata como á un perro» se dice de aquel á quien injustamente se maltrata. Entre estas dos frases colocad al hombre y al perro, al primero armado de su escopeta, al segundo armado sólo de su instinto; el primero hecho verdugo de la naturaleza por su gusto, el segundo hecho cómplice del crímen por agradar al hombre. Aquella primera frase es un solio de majestad y nobleza á cuya sombra puede acurrucarse el perro á presenciar cómo el hombre sube á la segunda frase convertida al efecto en un patíbulo.

El perro acompaña al hombre, y se acomoda á las condiciones de su amo, participa de sus vicios y toma algo de su estado social. El avaro pone á las puertas de su tesoro un perro feroz y corpulento que áun durmiendo ladra, que sueña con ladrones, y muestra su cruel dentadura á cuantos se acercan. Cárlos V, acariciando su lebrel segun nos le pinta el maestro, está en buena compañía. Las Vénus del Ticiano suelen tener allí cerca en un pliegue del ropon de terciopelo sobre que se destaca su hermosa desnudez, ó al pié del lecho, un perrillo faldero, un gozquecillo de ojos curiosos y lascivos. Tampoco está mal acompañada la madre del amor por esta alimañeja que viene á ser el pecado vigilante. La soledad del pastor está acompañada del feroz mastin que tiene la fuerza de un mulo y la corpulencia de un asno. El aficionado á la caza no puede salir sin su podenco de luenga oreja que envuelve su cabeza en una especie de flotante esclavina. El aficionado al campo por el campo mismo, el amigo del paseo, suele ir acompañado de un sedoso terranova el más inteligente de todos los séres despues de la mitad del género humano. En suma, cuando en el recodo de una avenida del Retiro, ó de una senda de la Casa de Campo veo venir hácia mí un perro, casi adivino qué clase de persona viene detrás.

A los que aman á los perros hay que advertirles que estén con cuidado. El Borgia municipal prepara sus misteriosos bebedizos, hace sus embutidos de ultratumba y acecha en las esquinas el paso de un perro inocente.

* * *

Las elecciones se están efectuando en España en los actuales momentos. La urna está en cinta de la Representacion Nacional. ¿Dará á luz dichosamente? Las cunas de la Inclusa esperan á los diputados desconocidos. Las musas de la elocuencia preparan sus productos. Séanos ligera la taquigrafía.

* * *

La gran Comedia es el título de una excelente obra dramática representada en el teatro Español. Su autor es Enrique Gaspar, agente consular de España en China. *La gran Comedia* es la vida, ficcion, engaño, miserable farandola donde los oropeles ocultan desdichas, el talco llagas y donde la luz de las candilejas escénicas riela sobre lágrimas.

El público aplaude estos retratos de su fealdad, cuando están hechos con talento. Las *Meninas* de la Casa de Austria sonreian de gozo cuando las pintaba Velazquez.

Y eso que las pintaba tan feas.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

LA VUELTA DEL PESCADOR, por M. Edelfeldt

¡Cuán grata impresion produce este cuadro! Diríase que su autor se ha propuesto dar una idea de la tranquilidad de los elementos en armonía con la tranquilidad de los personajes... ¡Qué de verdad, qué de franqueza en esas actitudes, en esos semblantes del viejo marino y de su jóven compañera!...

El mar es un teatro que acaba por imprimir tipo especial á sus actores. Cual si en el mundo del agua, sin obstáculo alguno entre ellos y el cielo, sin rumor alguno que turbe la quietud de la inmensidad, se sintieran vigilados más de cerca por el Creador ó llegasen más distintamente á sus oidos los preceptos de moral eterna, la gente de mar refleja en su semblante la lealtad de todos sus actos.

A la vista de esa pequeña embarcacion y de sus tripulantes, cualquiera dirá espontáneamente:

—Hé aquí á dos miembros de una familia honrada....

CLEMENTE V DESPUES DEL FESTIN DE SU CORONACION, cuadro por J. P. Laurens

Clemente V, llamado Beltran de Got, fué elevado al supremo pontificado en 1305. Ardia Italia en guerra á causa del encono entre güelfos y gibelinos, por cuyo motivo, ó quizás cediendo á las influencias del rey de Francia, puesto que Beltran era francés, resolvió establecer la Santa Sede en Aviñon. *Fué el primero*, dice Petrarca, *en preferir las salvajes riberas del Ródano á las afortunadas orillas del Tíber*. Coronóse en Lyon con extraordinaria pompa, asistiendo, entre otros magnates y príncipes, los reyes D. Jaime de Aragon y Felipe *el hermoso* de Francia.

Terminada la coronacion, que tuvo lugar en la iglesia de San Justo, celebróse un gran banquete, en el cual los comensales, olvidando su propia dignidad y la dignidad de la persona agasajada, hubieron de estar tan destemplados que, viniendo de las burlas á los insultos y de los insultos á las cuchilladas, perecieron, entre otros, varios cardenales de la comitiva del pontífice.

Sin duda el autor de nuestro cuadro ha supuesto que los cadáveres hubieron de ser trasladados á los subterráneos, en donde Clemente V, vistiendo aún el rico traje de la coronacion, contempla los restos inanimados de los que poco tiempo ántes fueron sus compañeros en la Iglesia Romana.

La obra de Laurens es horrible de verdad y la impresion que causa es tan desagradable como su asunto. Pero de todas maneras no puede negarse que es una buena obra de arte.

UN MATRIMONIO INOCENTE, cuadro por M. Buland

En este cuadro todo es primavera, las personas y las cosas. Verdadero idilio en accion, nos enseña cuánta felicidad cabe en la tierra, siquiera la felicidad de nuestros jóvenes esposos sea muy distinta de la de los poderosos del mundo.

Bien humilde, por el contrario, es su condicion; bien pocas galas realzan la hermosura de la novia; pero ¿necesita joyas, perifollos, ni artificios la que, como ella, tiene el semblante de ángel y de ángel tiene el alma?

Apénas unidos, vuelan nuestros esposos al campo; al campo donde se conocieron, al campo donde se amaron, al campo donde todos los dias combatirán por la vida, al campo que hoy les embelesa con sus flores y mañana les alimentará con sus frutos.

¡Cuántas desposadas, cubiertas de encajes y pedrería, del brazo de un magnate, cuyo pecho se halla cubierto de bandas y cruces, contemplarian con cierto desprecio á nuestra humilde pareja y se sobrecogerian de horror á tener que arrostrar su destino!... Y sin embargo, ¡quién sabe!... Quizás al cabo de algunos años, al hacer el balance de su dicha uno y otro matrimonio, no fuese el hogar del pobre el más triste y solitario...

ENTIERRO DE ATALA, cuadro por M. G. Courtois

Atala es una de esas criaturas que debe su inmortalidad al genio de un hombre. Como Minerva surgió armada de la frente de Júpiter, segun la mitología, las grandes figuras de las eminencias literarias surgen de la mente de sus autores en el completo de su desarrollo y de tal suerte privilegiadas que pasan á la posteridad en estado incorrup-

tible. Así acontece con la *Julieta* de Shakespeare, con la *Francesca* de Dante, con el *Ingenioso Hidalgo* de Cervantes, con la *Esmeralda* de Víctor Hugo, con la *Margarita* de Goethe y con la *Atala* de Chateaubriand

El autor de los *Mártires*, que quiso pasar á la Historia como un gran diplomático, cuando la Historia ni se ha ocupado ni se ocupará de él sino como un gran poeta cristiano, personificó en Atala lo que podríamos llamar perfeccion del idealismo virginal. Chactas la ama con una pasion salvaje y la hermosa americana no siente ménos amor por el impetuoso mancebo, pero en el amor de uno y otro enamorado hay una diferencia esencialísima. Chactas ama con los sentidos, Atala ama con el corazon; Chactas ama como aman las criaturas de barro; Atala ama como aman los ángeles del cielo



CLEMENTE V DESPUES DEL FESTIN DE SU CORONACION, cuadro por J. P. Laurens

La desdichada sucumbe, porque su vida no es la vida de este mundo, su patria no es la tierra.... Chactas conduce á la fosa el cuerpo inerte de la interesante Atala y un rayo de luz divina penetra tardíamente en el pensamiento del jóven. El anciano eremita recibe la preciosa carga que conduce el desesperado amante y encamina el pensamiento de Chactas á que busque á su amada entre los coros de las vírgenes celestiales.

Esta escena fúnebre ha ejecutado Courtois con verdadero sentimiento artístico. De su cuadro se puede decir que es *una poesía pintada*.

¡ABANDONADO!... cuadro por M. Deschamps

¡Es posible!.. ¿Hay madres que abandonan realmente á sus hijos? El delito que no cometen las fieras ¿hay padres desnaturalizados que lo cometan?...

¡La necesidad!... ¡Cuán pocas serán las madres que, obligadas por la necesidad, expongan á sus hijos á la vuelta de una esquina!...

¡La vergüenza!... ¡Horrible excusa! ¿Acaso lo que engendró el vicio, se borra mediante un crímen?...

¡Pobre niño inocente! Muy abiertos tienes los hermosos ojos, vueltos al cielo.. Es que en el cielo únicamente ves estrellas, ignorante de lo que son nubes preñadas de tempestad. Tus padres, sin corazon, han depositado, entre los harapos que te envuelven, un papel en que imploran para tí la proteccion de las almas generosas. ¿Con qué derecho la esperan los padres que te abandonan!...

Tales son las reflexiones que inspira el cuadro de Deschamps, hermoso lienzo y al mismo tiempo página admirable de moral al alcance de todos.

¡Desdichado de aquél á quien remuerda la conciencia ante ese cuadro!...

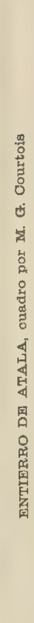
¡POBRE YORICK!..., cuadro por M. Dagnan

Este cuadro tiene cierta analogía con el de Courtois. Tambien hay en él una fosa y un sepulturero y un hombre jóven, que contempla los restos de otra criatura humana.... Pero en el cuadro de Dagnan podríamos decir que el muerto es Hamlet, porque muerto está el hombre que sólo vive para la venganza....

La sepultura que se abre es, tambien, para una vírgen,



UN MATRIMONIO INOCENTE, cuadro por M. Euland



ENTIERRO DE ATALA, cuadro por M. G. Courtois

para la infeliz Ofelia; pero la vírgen de Shakespeare es muy distinta de la vírgen de Chateaubriand; aquella se suicida inconscientemente despues que el amor de un hombre, ó mejor su desamor, la ha vuelto loca; esta se muere de lo que se morirían los ángeles si bajasen á la tierra y temieran manchar sus alas.

Hamlet va al cementerio donde se abre la tumba de Ofelia, de Ofelia que es su víctima inocente, y en lugar de matarse como un desesperado ó de pedir perdon á Dios como un creyente, se entretiene en filosofar á propósito del cráneo de cierto actor bufonesco y en decir una porcion de cosas muy buenas, pero muy fuera del caso.

Bien han hecho los ingleses en escribir tomos sobre Hamlet: con los escritos y los que se escribirán, no se acertará á explicar lo inexplicable, ó sea el verdadero carácter del príncipe de Dinamarca, que á pesar de ser una de las grandes creaciones del genio, dista mucho de aparecer destacada y nítida como el Macbet del propio autor ó como el Segismundo de Calderon.

Por esto sin duda el Hamlet del cuadro de Dagnan se resiente de cierta frialdad, de cierta falta de expresion, hija de que, como hemos dicho ántes, el autor no ha podido comprender lo incomprensible.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

RETRATO, por M. Chaplin

Hay quien pretende que un retrato no puede ser una obra de arte, una obra inspirada, una obra que revele á un genio. Los que tal dicen habrán visto probablemente alguna fotografía iluminada ó alguna de esas ramplonas copias del natural que pasan en breve tiempo del salon al desvan y del desvan á la prendería. Pero cuando el retratista se llama el Ticiano ó Velazquez, ó Rubens ó Goya, cabe que un retrato constituya, como acontece en los primeros Museos del mundo, una joya artística, expuesta en lo que se llama Galería de honor.

Chaplin en nuestros tiempos, como el célebre Madrazo, ha demostrado que en la ejecucion de un retrato cabe desplegar inmensos recursos artísticos y hasta tener verdadero estilo propio, y por cierto que á nuestros favorecedores no ha de pesarles que en este ramo del arte, les ofrezcamos una muestra tan bien acabada como lo es el *Retrato* de nuestro *Suplemento*.

¡ALELUYA!

La trompetería de los órganos de la Catedral, dejando salir por sus bocas en forma de flor torrentes de música, convocaba á los fieles á fiesta solemne. Temblaban las luces picudas de los cirios bajo el estrépito armónico, y á sus oscilaciones luminosas las mil labores de los retablos de oro brillaban alternativamente con deslumbrador oleaje de chispas y claridades. Luengos paños de terciopelo rojo cubrian los pilares de piedra del templo. Y allá en las bóvedas y en el fondo de las capillas, atraidas por los respiraderos, las nubes ya algo disipadas del incienso se rebullian en la sombra, como velos de gasa agitados por manos invisibles.

El blanco pavimento de mármol estaba ennegrecido por la multitud. Henchia ésta las profundas naves, y apiñábase en las puertas, apretada y revuelta, como las aguas alrededor de un remolino. Sobre el confuso y vasto manto que formaba la gente, algo blanco veíase á ratos avanzar, retroceder, estacionarse, cruzar ó circular en torno del templo: era una sobrepelliz que llevaba órdenes de un punto á otro, estableciendo sagrada armonía en la complicada funcion religiosa.

Dias ántes los pilares del templo hubieran repetido, agigantándolo, el zumbido de un ala; en tal silencio habian estado dormidos. La peste puso su mano estranguladora por toda la ciudad, arrancando de los labios, aún palpitantes, el suspiro de la vida. Viéronse doquiera casas mudas como sepulcros, procesiones de luctuosos, convoyes de la terrible fiesta de la muerte. Quedáronse vacíos los lechos para poblarse las tumbas. Los cementerios, lugares de imperturbable recogimiento, rompieron sus puertas para recibir el prolongado tumulto de los muertos que le arrojaban. Aquí y allá se encontraba al padre buscando al hijo, el esposo á la esposa, el enamorado á la perdida doncella. Escenas de terror representábanse en cada esquina. Y en aquel oleaje fúnebre, el acierto no habia tirado un cable de salvacion á la existencia náufraga. El sombrío espectáculo de los cadáveres infundia en los vivos el hielo ó la desesperacion. Parecia que la alegría habia huido para siempre, como un ave espantada. Hasta la religion misma, con los esplendores de sus altares y las dulzuras de sus prometidas glorias, no despertaba en la imaginacion pavorosa sino sombras de muerte.

El hálito de primavera purificó por fin la atmósfera contagiada. Caras rosadas volvieron á asomarse al balcon; pájaros gozosísimos cruzaron el aire; las flores desdoblaron sus pétalos, con la suavidad y armonía de un beso. Renaciendo el mundo al placer, secó tambien sus ojos el espíritu afligido. El corazon, emballenado largo tiempo por el dolor, empezó á dar golpes, á ensancharse, y á tantear una explosion: era un tronco bajo nieve que reverdecia con el sol.

¡Aire para los pulmones! ¡rayos para los ojos! ¡fiestas para el alma!—Esta era la queja que revoloteaba en todos los labios. Entónces el templo, como un cielo de piedra, extendió sus bóvedas para recibir el canto del entusiasmo.

A todo un pueblo congregaba la Catedral. ¡Hermoso dia fué aquel! El sol derramaba sus torrentes de luz sobre las vidrieras, cuyas trasparentes pinturas incendiaban esplendorosamente sus colores fulgurantes. Las naves de ojivas aparecian bañadas de oro, de naranja y verde como maravillosas alamedas de bosque sagrado. Columnas y arcos, doseles y pilas, hornacinas y verjas participaban, en aquel momento, del fulgor del dia, dejando su lobreguez eterna.

—¡Aleluya! ¡aleluya!—Tal era el canto que vibraba en el ámbito divino. El llanto del arrepentimiento, el congojoso suspiro de la accion de gracias hinchaba todos los pechos. De pronto, hácia un rincon, allí donde ocultaban las sombras la camilla de los expósitos, resonó un grito. El canto de ¡Aleluya! seguia magnífico y solemne. Sus notas y versículos parecian sublimar al pueblo colocándole en esfera refractaria al pecado. El recuerdo aún candente del estrago vencido, hacíale incapaz de toda pasion culpable. El grito, entre tanto, no distrajo la atencion de la multitud; breves miradas, ligeros rumores, ecos de impaciencia: nada más consiguió para sí aquel lamento extraño é importuno. El canto de ¡Aleluya! lo ahogó entre sus olas de sonidos como un trueno de borrasca.

Cuando, terminada la funcion y cerradas las puertas, el portero de la Catedral entró con su perro junto al camastrajo de tabla de los expósitos, encontró un niño muerto.

¡Él tambien habia cantado en un grito, el himno de ¡aleluya! al dejar á la humanidad que le habia abandonado!

JOSÉ DE SILES

EL CORAZON DE FORMOSEDA

POR DON JOSÉ ORTEGA MUNILLA

(Continuacion)

—Bien me lo ha dicho Fray Dimas el dómine que me enseñó á mascullar el latin.... Y V. se ha encargado de que no lo olvide repitiéndolo cada cinco dias.

Pues bien: ya lo sabes: eso significa y representa la toma del caserío de la Formoseda por tu quinto abuelo.

—¡Gran hazaña y larga fecha! Es un grato recuerdo, pero con esto de las glorias históricas no pasa lo que con el vino: pasando tiempo se hacen más débiles. Vino añejo y glorias jóvenes. Hé aquí, querido padre, mis ideas.

—¡Ah, ah!—exclamó riéndose alto, á pesar de la santidad del lugar, el señor de la Formoseda.—¡Cuánto gozo de oirte! No porque sean esas mis ideas, sino porque te veo con un talentazo! El mundo y los libros te han enseñado mucho.

Los libros á pensar: el mundo á vivir.

—Pero yo no iba á eso. Esa hazaña, á pesar de tus teorías, nos ha hecho la principal familia del país. Sólo nos falta una cosa para que nuestro poderío se redondee: que la única fortuna capaz de competir con la nuestra, la de los Lustrólas, se agregue á la de los Formosedas...

El señorito hizo un gesto de disgusto y se miró las puntas de las botas.

—¿Me has entendido?—exclamó el padre bajando el tono de su ronca voz.

-De sobra, señor padre.

Los Formosedas tenemos el don de penetrar presto el sentido de las palabras.

—Pero no entró en el cálculo de V... ¿V.....? hablemos en términos concretos.... ¿V. quiere que yo me case con Resignada Lustrolas?

—Exactamente, exactamente, hijo mio, gloria de los Formosedas....

—....Y.... eso.... no puede ser.

—¿No puede ser?

-Yo tengo unos amores en Madrid....

—¿Sí? vamos, algun trapicheo.

—No señor: va en ello mi amor de toda la vida.

—Hombre no me extraña que te enamores, ni que te gusten las mozas, ni que las busques y andes á su husma... Pero ¡un muchacho de tu edad, guapo como tú, listo más que Cardona y rico, se deje enganchar de esa manera!... Resignada es guapa.

—Pero mi novia de Madrid lo es más.

—Resignada es rica.

Mi madrileñita... que no es madrileñita, no tiene una peseta... ni zapatos nuevos siquiera.

—¡Lucido amor! Chico: desde que os habeis dejado caer la ropa hasta los piés, convirtiendo el calzon en pantalones y os habeis dado á leer gacetas y periódicos no sois como ántes eran los jóvenes. Por Dios, que no sacais el jugo á la vida. Para vosotros es una caña estrujada y filamentosa: para nosotros era un surtidor de miel y Jerez. La gozábamos como un sueño de quince años. El amor era esclavo nuestro. El guardia de corps entendia el amor verdaderamente: era hijo de Vénus. Vosotros sois sus hijastros... Enhorabuena, ten tus trapicheos, tus devaneos, tus amorcillos... Pero no te cargues de cadenas sin motivo... Entre paréntesis. La boda está arreglada. La heredera de los Lustrolas sabe que llegaste ayer: te espera hoy á las doce para que comas con ella. Está loca por tí. A pesar de su taciturnidad la alegría se le escapa de los negros ojazos... Anda, pillete... ¡qué porvenir el tuyo!

El señorito se quedó pensativo y con la frente baja, contando las rayas del piso de piedra.

VI

La novia

Resignada era una mujer que habia cumplido los veinticuatro años por San Andrés. Su rostro era la misma severidad, enjuto y seco, envuelto en las bandas negras de un pelo como el ala de la urraca, peinado sencillamente en dos trenzas que se desplegaban hácia las sienes en dos lisas masas y se retorcian sobre el occipital en un núcleo de trenzas. Los ojos de Resignada eran grandísimos, teniendo la pupila un lugar muy exiguo allá en aquella inmensidad azulada de la córnea; la niña negra, de un negro profundo y sin brillo: la córnea amarillenta, de un blanco lechoso alrededor del íris y de un blanco vidrioso hácia los vértices. Eran unas pupilas como no he visto otras; de una fijeza extraordinaria, de una inmovilidad severa, de una penetracion desagradable y de una perspicacia que hacia desconfiar de ellas.

¡Ah, vosotros los ángeles del cielo de Sevilla, los artistas divinos á quienes Dios ha enseñado el secreto de hacer esos ojos que adornan el rostro de la andaluza como una estrella, un segmento azul del cielo... no habeis tenido parte alguna en estos ojos de Resignada, que hablan de una luz que no alumbra, de un fuego que no calienta, de un corazon que no ama, de una tierra que no produce y de una vida fria, lánguida, estéril é infecunda, como la del sér híbrido. La pupila de la andaluza es un rayo de sol dentro de un marco de sombra: es un algo que vive y brilla debajo de un ala de seda.

Os explicais admirándolas las calles de Sevilla tortuosas, embalsamadas de azahar y nardo; las riñas de espadas que se buscan y retuercen bajo el balcon de una mujer hermosa; las noches de luna en que las hadas, las almas de los guerreros morunos y el espíritu de los poetas árabe-cordobeses juegan y se buscan entre los laberintos de rosales de San Telmo y se zambullen dulcemente en las olas del manso padre Guadalquivir.

Bien distintos de estos ojos los de Resignada.

Su talle era esbelto: su pecho abundante y bien formado, de una hermosa curva que arrancaba de la cintura con suavidad, se acrecentaba y hacia más violenta en el promedio y se desvanecia en la planicie deliciosa de la garganta,—país de dioses mitológicos, desierto de amor en que se perdian los besos!

No era pues fea, Resignada; ántes por el contrario, era de una belleza indescriptible, escultural, llena de aplomo, fundada en el sólido argumento de las líneas, bien diversa de estas otras bellezas espirituales que tienen todo su mérito en la expresion, cantadas por Becquer y Huland, soñadas por las imaginaciones de quince años y los Byrons en *gerbe*, desesperacion de los Tenorios de pluma nueva, y motivo de suicidios en proyecto y no llevados á cabo por fortuna en esta última añeja etapa del caduco siglo.

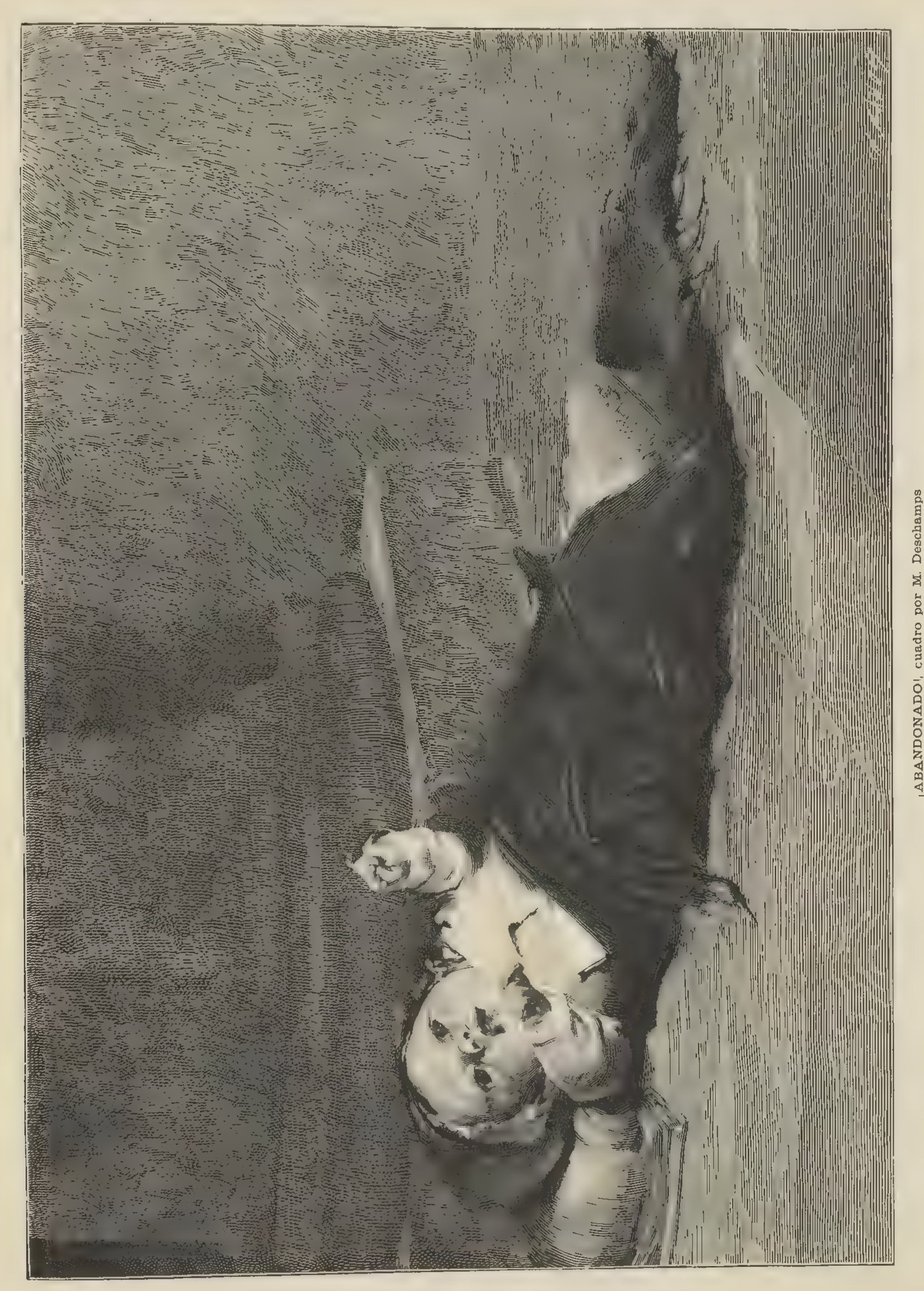
VII

Himeneo

El enlace de los dos troncos genealógicos llamados en las clasificaciones de la heráldica Formosedas y Lustrolas, se verificó el dia 17 de mayo en la iglesia de San Diego, en aquella misma capilla llamada vulgarmente de los sepulcros donde don Claudio Bartolomé Formoseda propuso á su hijo don Ricardo el ventajoso enlace con la señorita doña Resignada Lustrola de Sonto-Rivera. Asistieron á él lo más notable de la hidalguía de Alcalá de Henares, y salieron del hondo cofre en aquella memorable mañana las prendas del antiguo vestuario del siglo XVIII, aún no desaparecido por completo de la superficie de la tierra; porque á la sazon era cuando estaba la indumentaria atravesando ese gran período de crísis que sustituyó los calzones por el pantalon, la casaca por el frac y el sombrero de candil por el sombrero de copa alta. Así como cuentan los viajeros que hoy en Constantinopla las dos generaciones, vieja la una y jóven la otra, que luchan por el dominio en la política y en las costumbres se distinguen porque la primera usa el traje talar del Profeta, y la segunda las prendas cortas y ajustadas de los europeos, de igual manera en aquella época llena de gente hijodalga y nobilísima se puede observar con sólo examinar el traje quiénes eran los amigos de las nuevas ideas vertidas por la Revolucion y propagadas por el Parlamento de Cádiz, y quiénes los que apegados aún con amor irresistible á la época calcinada del absolutismo, esperaban con ansia y encaminaban sus pasos á que volviese á brillar sobre la la frente de algun soberano por derecho divino, aquella gran aureola que fué el orgullo del deseado don Fernando. ¿Quién sino don Lesmes Clavijo, el antiguo cobrador de alcabalas reales, podria llevar aquel estrecho pantalon de color de tórtola que tan ridículamente se ajustaba á sus encanijadas y temblonas piernas; y quién sino doña Mónica de Castroverde hubiera tenido la osadía necesaria para sacar sobre sus sienes calvas y pintadas de negro con pez para señalar el pelo, aquella enorme cofia de tres candiles que al moverse oscilaba como las alas de un pájaro moribundo? Pues qué, aquel grupo de doncellas quintañonas que en sus reclinatorios de roble esculpido están en las gradas mismas del altar de las Lustrolas y que figuran en su árbol genealógico como tres ramas muertas, pues ya en los años 65, 54 y 51 respectivamente de su vida no han abandonado la soledad virginal del casto lecho de la doncellez por los fecundos placeres matrimoniales, ¿quién sino estas tres beldades alcalainas podrian ostentar toda la varia abundancia de extrañas vestimentas;

la antigua mantilla, la peineta dorada, los largos pendientes de turquesas y abalorios, el broche de topacios y brillantes simulando una culebra que perseguia á un raton, y el enorme abanico que hacia juego con la diminuta sombrilla; la tela de los trajes de seda del Japon representando una baraja de cartas esparcidas sobre un fondo verde de matices de seda gris bordados de lentejuelas doradas, y todos los mil detalles que hacen de sus cuerpos una ambulante prendería, representándolas en la vida como tres bellas estampas de algun libro de la antigua indumentaria?

Todo lo más antiguo y linajudo de Alcalá de Henares habia salido de sus casas, y habia acudido á los trajes clásicos que separaban la sangre hijodalga de la sangre plebeya, y que recordaban con su extraño gusto las glorias y los trasuntos nobilísimos de aquel gran pueblo donde los árabes han dejado tantos monumentos y tantas gotas de sangre.



¡ABANDONADO!, cuadro por M. Deschamps

Don Ricardo de Formoseda que era hombre nuevo en todo, pasó un mal rato cuando se vió rodeado por aquella coleccion de estantiguas, porque odiaba todo lo que era símbolo de la pasada época á que su padre pertenecia; y á no ser porque la gravedad del acto le imponia un aspecto serio, hubiera soltado la carcajada al ver cómo todas aquellas momias empolvadas del siglo anterior se encorvaban y le hacian saludos cuando apareció llevando de la mano á la que ya era su esposa.

VIII

Panteon

Estaba convenido por Formoseda con su padre y el de Resignada que el nuevo matrimonio se iria á vivir á Madrid; á cuyo fin, en el antiguo caseron que los Lustrolas poseian en la calle de don Pedro V les amueblaron el piso principal, y llevaron á las cuadras dos troncos de yeguas del país, amaestradas así para el tiro como para la silla.

¡Oh manes del polvo y de la vejez! ¡Oh musa que pones en la mente el arte difícil de dar vida á la muerte! Si



POBRE YORICK!, cuadro por M. Dagnan

acudierais con vuestro auxilio á mi pluma, podria esta intentar la descripcion de aquella casa que hace pocos años un Ayuntamiento republicano mandó derribar en bien de la salud de los transeuntes que amenazaban ser aplastados bajo su mole.

Dos pisos la componian; sus enormes balcones con anchas verjas de hierro boleado, eran más grandes que una de las modernas casas del barrio de Salamanca. En aquellos balcones habia espacio para dar una carrera de caballos, para dar una batalla, para todas las cosas que necesitan mucha tierra. Hermoso era el herraje del balcon, del órden corintio más puro y no fundido como hoy se hace en virtud del deseo de acabar pronto las cosas, sino modelado á fuerza de martillazos y lentamente; de tal modo que aquellos dos balcones representaban la vida de dos obreros inteligentes en el arte de la herrería. Las vidrieras eran del más burdo sílice, amparadas y protegidas de unos persianucos verdes alrededor de los cuales habia tanto polvo como telas de araña. La primera tarde en que fueron unos criados á limpiar aquel mausoleo, al abrir estas persianas una familia de murciélagos salió volando cegados por la luz del dia; y al entrar esta luz dentro de las amplias estancias de elevadísimo techo parece como que ella misma se asombró de lo que veia y alumbraba y sonrió en la superficie resplandeciente de una enorme cómoda de limoncillo, hizo guiños en los espejos grandísimos cuyos marcos dorados representaban desbordamientos de flores y frutos, y se dejó absorber por el tinte oscuro de los muebles de los cinco salones de aquella grande casa que hoy pasaria por un palacio.

Habia unos del gusto de Luis XV con sus grupos de amorcillos de porcelana de Saxe sobre las mesas; en los antepechos de los balcones veladorcillos sostenidos en un único pié que era una columna salomónica; al lado de las dos chimeneas grupos de sillas doradas tambien, y el fondo de las paredes cubierto de seda marroquí con filetes de cuero de Córdoba.

Todo era rico y suntuoso. El piano de cola que en la sala principal aparecia cerrado y envuelto en un enorme sudario, era de lo mejor de las fábricas alemanas y llevaba ya cincuenta años sin que la mano del arte ó de la belleza corriera ágil sobre las blancas teclas que el tiempo habia vuelto amarillas, y las teclas negras empolvadas.

(Continuará)

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 12 DE MAYO DE 1884 — NUM. 124

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL FRAILE MENDICANTE, cuadro por J. R. Wehle

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL FRAILE MENDICANTE, dibujo por J. R. Wehle

Es recomendable esta sencilla composicion por la expresiva fisonomía y natural actitud de sus personajes. Un padre capuchino departe afablemente con un niño que se encuentra verdaderamente pendiente de sus labios. La homilía versa, sin duda alguna, sobre un punto de moral infantil; y aunque esta clase de temas nunca son del agrado del oyente á quien se dedican, nuestro capuchino habla con tanta dulzura, reprende con tanto cariño, se hace tan simpático á su precoz interlocutor, que indudablemente la leccion será aprovechada. Semejante á la menuda lluvia que hace germinar la semilla, al paso que el agua torrencial la arrastra y hace inútil la sementera, así las palabras del censor, y más del censor cristiano, deben ser tales que penetren en el corazon sin destrozarlo y conmuevan sin peligro de ocasionar una ruina.

Nuestro mendicante es diestro en el arte. Miembro de una órden que todo ha de esperarlo de la buena voluntad del prójimo, su principal mérito consiste en captarse esa voluntad, y esto consigue empezando su obra por los niños que eran los más amados de Jesucristo, precisamente porque los niños representan el mañana de la sociedad, y el buen cristiano tiende incesantemente á la perfeccion en el porvenir.

Hé aquí porqué encontramos simpático el dibujo de Wehle, que á nuestros ojos representa la doctrina de Cristo infiltrada hoy en la sociedad de mañana.

MANON LESCAUT, cuadro por Dagnan

Moria en Francia el 25 de noviembre de 1763 el abate Prevost, autor famoso de varios libros apreciados y sumamente popular por su novela *Manon Lescaut*. El autor del cuadro que publicamos se ha inspirado en la patética muerte de la heroína de la novela, cuyo entierro efectúa el único hombre que ha permanecido al lado de aquella que tan festejada fué en vida. Manon Lescaut viene á ser, en cierto modo, la predecesora de Margarita Gautier; lo cual prueba que en la Francia del siglo XVIII no eran ciertamente desconocidas las damas de las camelias.

El cuadro de Dagnan causa la triste impresion que el autor se ha propuesto. El rígido cadáver de esa mujer, tendido sobre una inmensa mortaja de nieve, miéntras su único compañero dispone la fosa que guardará aquel cuerpo aún no privado de todas sus gracias; el paisaje árido, el cielo gris, uniforme, que pesa como una losa de plomo sobre ese rincon del mundo en que tiene lugar la fúnebre escena; todo impresiona de una manera dolorosa y avalora el talento del ilustre pintor.

LAS CARTAS, dibujo por J. R. Wehle

Esas cartas son otras cartas.

Para ellas no se ha inventado el correo, ni los sellos, ni los sobres engomados.

Las escribe, por lo general, una mujer ladina que juega con trampa.

Cuando decimos las *escribe*, debiéramos haber dicho: las *echa*.

Echar las cartas es un tarugo más conocido que el del hallazgo de la joya; pero que, como este, todavía no se ha desacreditado lo bastante, puesto que todavía hay incautos que se tragan el anzuelo. Esos incautos son comunmente incautas.

La niña que ama en secreto ó sin esperanza tiene una inclinacion fatal á lo maravilloso. En su ridícula preocupacion la acompañan muchas que ni son jóvenes, ni tienen la disculpa de un amor contrariado.

La frase empleada en semejantes casos es: *consultar al Destino*.

Este tiene mucho de mitológico, y aún tiene más de necio. El Destino es el editor responsable de todas las bellaquerías que cometen los que son tontos y los que aparentan serlo.

En el cuadro de Wehle se nos figura que el tarugo va á medias.

Se trata de ¿quién engaña á quién?

Ni la jóven parece muy convencida, ni la bruja muy confiada.

Quizás en la dudosa expresion de esas fisonomías consista el mayor mérito de la obra.

MONUMENTO Á GARIBALDI EN TURIN, por el escultor Eduardo Tabacchi

(Proyecto premiado)

El popular general á cuya memoria ha tratado de levantar el Ayuntamiento de Turin el monumento reproducido por nuestro dibujo, es una figura que si no ha alcanzado las proporciones de la epopeya, ha merecido en cambio los honores de la leyenda

Muchos hombres de Estado contribuyeron, sin duda, á la unidad italiana y muchos militares la conquistaron á punta de espada; pero en el corazon del pueblo la trinidad unitaria siempre se compondrá de las mismas personas: Víctor Manuel, el conde de Cavour y el general Garibaldi.

Se conciben, pues, los honores póstumos que se han consagrado á su memoria.

El monumento que los turineses proyectan levantar ha sido premiado con justicia en concurso. A la derecha del basamento, una matrona, en cuya frente brilla la estrella de la gloria, empuña con una mano la bandera de la patria y con la otra la trompeta de la fama. A la izquierda, un majestuoso leon parece vigilar la obra del general. Este se halla representado en sus últimos tiempos; de pié sobre una roca, en actitud de contemplar el espacio con triste mirada, cual si lamentase su forzada inaccion cuando tanto hay que hacer para llevar á cabo los ideales garibaldinos.

No faltará quien á la vista de ese monumento maldiga quizás del héroe á quien se dedica; pero ni esto menguará la popularidad del general, ni disminuirá la belleza de la bien trazada y bien sentida obra del profesor de escultura en la Academia Albertina.

Objetos artísticos de cerámica y bronce

Las cuatro obras de arte representadas en la última plana de este número son de fabricacion inglesa. Las dos primeras, ejecutadas por M. Solon, revelan el exquisito gusto de este artista, en especial el jarron, adornado con bellos relieves, y fabricado así como la fuente por el método llamado *pasta sobre pasta*, es decir, aplicando sobre la arcilla capas graduales de oro y esmalte que dan al objeto el aspecto del más pulido metal, ó del marfil más terso y brillante.

El centro de mesa, lo propio que el candelabro, demuestran que los artistas ingleses de la actualidad, inspirándose en las obras más clásicas de la antigüedad, aplican á estos objetos de uso doméstico al par que de ornamentacion ese estilo y esa factura elegante y esbelta que tanto se apartan de la pesadez, ó mejor dicho de la solidez que hasta ahora predominaba por lo general en los objetos análogos de igual procedencia.

EL GALLO DE LA PASION

(Cuento espiritista)

«San Pedro se acordó de la palabra que Jesus le habia dicho: ántes que el gallo cante me negarás tres veces.»
Evan. San Mateo

I

Acababan de sonar las ocho en el reloj de *San Plácido*, con el acostumbrado toque mortuorio que desde fines del siglo XVII, recuerda á los vecinos del barrio del Pez de Madrid la tradicion de dicho convento. Segun esta, parece que enamorado el monarca Felipe IV de una bellísima monja, y usando ó abusando de su alta jerarquía y de sus atrevimientos amatorios, intentó por diversos medios triunfar de su resistencia. Aterrada la esposa de Jesucristo y creyendo al rey capaz de apelar á medios extremos para conseguir el logro de sus deseos, hubo de confesar á la madre abadesa sus temores, y de acuerdo ambas idearon burlar al egregio amante. Cuando éste, ayudado por el poder y el oro, penetró una noche en el convento, se encontró con toda la comunidad rezando el oficio de difuntos alrededor de un humilde féretro, sobre el cual, y alumbrado su bellísimo rostro por blandones de amarilla cera, yacia muerta la religiosa que habia inspirado al rey de España ardientes deseos ó amor apasionado. Aterróse éste con tan fúnebre espectáculo, y en recuerdo de aquella triste noche y de sus perdidos amores, regaló al convento un reloj cuyas campanas doblan siempre á muerto al dar las horas y los cuartos. El rey ignoró siempre que la religiosa, objeto de sus amores, vivió muchos años despues de aquella escena; y aún hoy existe el mismo reloj con sus dobles campanas y su toque de difuntos.

Como decíamos al empezar, acababan de dar las ocho. La noche era oscura y fria. Febrero el loco guarda casi siempre en sus últimos dias resabios del invierno, y el vecino Guadarrama mandaba á la villa y corte el soplo fino y mortal de sus nevadas crestas. Era miércoles santo, y por las anchas puertas de las iglesias salian en apiñado conjunto los creyentes y los desocupados, las beatas y los católicos, las niñas juiciosas y los mozalbetes atrevidos. En los alrededores de los templos se oian los destemplados acentos de las carracas y los golpazos con que en bancos y puertas celebran los muchachos, sin comprenderlo, el momento en que la vela más alta del tenebrario se apaga bajo la caperuza de hojadelata que con ademan indiferente maneja el sacristan mayor ó el más antiguo de los acólitos.

En una casa de modesta apariencia de la calle del Molino de viento, y en uno de sus últimos pisos interiores, una pobre muchacha de diez y ocho años, bella como los ángeles y desgraciada como los mártires, permanece con los ojos bajos y sentada en una humilde silla de paja, cerca de la ventana pequeña, que da escasa luz á aquella habitacion miserable.

—¡Un dia más! -exclama con voz imperceptible; y el ruido que en los cristales hace una violenta ráfaga de viento es la única respuesta que el mundo exterior da á la honda pena de su alma.

Del rincon de una pequeña estancia á quien da el nombre de alcoba la necesidad de no tener otra, sale un quejido tenue y doloroso, como arrancado por el dolor de un pecho infantil, y es preciso que varias veces se repita tan triste queja para que la jóven se levante y corra á calmar el llanto de aquel pedazo de sus entrañas.

Horrible es el abandono de los séres queridos y triste y larga la existencia de los que sólo viven con el recuerdo de más serenos dias; pero cuando á ese abandono va unida la miseria, cuando á la pena acompaña la traicion ó el crímen, es la existencia carga tan pesada, que no se concibe cómo pueda el alma soportarla un solo dia.

Luisa, huérfana de padres, pobre y desvalida, ganando miserablemente su sustento con el jornal mezquino que ofrece á la mujer la industria ó el trabajo, es madre hace tres meses, y tres meses hace que el hombre á quien dió su amor y en quien confió su ventura, no ha vuelto á pisar los umbrales de su desdichada morada.

Son las casas de vecindad conjunto extraño de alegrías y dolores, y abigarrado albergue de los distintos séres que, últimos peldaños de la escala social, forman la masa no siempre compacta y dócil del pueblo. Allí es todo extremo exagerado; allí la alegría tiene gritos discordantes y estridentes carcajadas, allí el dolor se expresa en alaridos por sollozos alborotados. Un pequeño cambio agradable de fortuna se celebra con profusas libaciones de mosto envenenado: la muerte de un sér querido, no parece bien sentida, si no obliga al huérfano á arrancarse los cabellos, ó á retorcerse en histéricas convulsiones. El calendario marca de antemano las expansiones colectivas, y en los estrechos corredores del patio, en las barandillas de los pisos, en las aberturas del tejado mismo, rostros humanos, almas y cuerpos, piés y bocas, celebran en unísono acorde las locuras del carnaval, el nacimiento del Dios-hombre, ó las verbenas de Vírgenes y apóstoles. Pero así como en la clase elevada de la sociedad los ruidos y la animacion parece que empiezan con la primera hora del nuevo dia, así todos los ruidos de las casas de vecindad quedan siempre apagados, como si estuvieran muertos todos sus habitantes, ántes de las doce de la noche.

Era, como hemos dicho, la del miércoles santo. Cerradas todas las puertas y ventanas, acostados todos los vecinos, apagadas todas las luces y envuelta en la más profunda oscuridad, aquella porcion del Madrid moderno que con el tiempo se verá trasplantada á las afueras, cuando un gobierno previsor ó una sociedad verdaderamente filantrópica construya viviendas sanas para los obreros, parecia una gran tumba ó un verdadero *hoyo grande* donde apiñados y en monton olvidaban en el descanso del sueño, dulce imágen de la muerte, sus miserias ó sus dolores.

Muchas veces habia vuelto á sonar el reloj de San Plácido: Luisa lloraba y helada é inmóvil como una estatua yacente, parecia no pertenecer al mundo de los vivos. ¡Qué noche tan larga! ¡Qué pena tan profunda! ¡Qué vida tan triste!...

II

—De modo que no traes en tu conciencia ninguno de esos pecadillos propios de la juventud, que suelen arrastrar consigo dias de remordimiento y arroyos de lágrimas?...—decía D. Andrés del Olmo, rico almacenista de maderas, á un jóven que sentado á su mesa parecia haber compartido con él una comida abundante.

—Absolutamente ninguno, — contestaba Cárlos de Monreal, apurando de un sorbo el contenido de una taza de china, llena un momento ántes de un moka delicioso. —Amorcillos sin consecuencia y relaciones pasajeras no tienen importancia ninguna en la vida del hombre, y al pedir á V. la mano de su hija, libre está mi pensamiento y tranquilo mi espíritu.

-Bien venido seas entónces á mi casa; mi hija te ama, nuestras fortunas son casi idénticas, vuestra edad y vuestros genios semejantes; será feliz vuestro matrimonio, pues con tales augurios se anuncia.

Media hora despues, y una luégo, y dos y tres mas tarde, continuó la conversacion de la que vino á participar la prometida del jóven, muchacha de veinte años, no mal parecida, y pizpireta, alegre y decidora; cuanto era la pobre Luisa, triste, melancólica y dolorida.

—No olviden Vds. que estamos en semana santa,—dijo á la una de la noche la hija de D. Andrés, abriendo maquinalmente una Semana Santa lujosamente encuadernada que habia sobre un velador del despacho de su padre. Vds. á recogerse, yo á leer, ántes de hacerlo, la pasion del Salvador. Y sin perder palabra del animado diálogo del jóven y del viejo comenzó á pasear sus ojos por aquellas santas páginas, murmurando inconscientemente las sublimes palabras del libro santo.

—Si he insistido tantas veces en pedirte cuenta de pasadas aventuras, -decia al jóven el anciano,—es porque ha llegado á mis oídos una escandalosa historia de tu vida de soltero.

—Ya he dicho que no tengo nada de qué acusarme.

—¿Qué: no conoces á una costurerilla llamada Luisa?... ¿No es cierto que hayas compartido con ella doce meses de tu vida, en su modesta casa, ocupando su memoria y su corazon constantemente?

—No sé qué mujer es esa, ni se refiere á mí la historia que le han contado.

Rara casualidad y extraño caso. Acabar el jóven de pronunciar estas palabras y oirse el estridente y prolongado canto de un gallo vecino, fué cosa de un instante. Al mismo tiempo leia la jóven:

«....y Pedro se acordó de la palabra que Jesus le habia dicho: ántes que el gallo cante, me negarás tres veces....»

III

Pero es el caso que rara es la casa de vecindad donde un zapatero de viejo, ó un carpintero con taller propio, no tenga cinco ó seis gallinas, sultanas adoradas de un gallo rijoso y de orgullosa catadura. En la casa del Molino de viento y en su patio lóbrego y oscuro no faltaba un hediondo cuartucho con honores de gallinero, ni faltaban en él los huéspedes consabidos. Luisa leia, ó más bien hacia resbalar sus miradas por una humilde Semana Santa, tan modesta y mal encuadernada como su desmantelada vivienda. Abierto estaba el libro por el evangelio de San Mateo, y el índice de su mano derecha flaco y descarnado apuntaba maquinalmente y como movido por interior resorte el mismo párrafo «...y Pedro se acordó de la palabra que Jesus le habia dicho: ántes que el gallo cante me negarás tres veces...»

Segunda coincidencia extraña: un canto chillon y agudo hizo retemblar las vidrieras de la ventana. El gallo del patio habia anunciado el comienzo del nuevo dia.

Apiñadas lágrimas rodaron de pronto por las pálidas mejillas de Luisa: levantóse sobresaltada, corrió á la alcoba, y como si una luz profética, como si el don de la segunda vista iluminara su inteligencia, arrodillóse junto á la cuna de pino de su hijo, murmurando: «Ha renegado de nosotros; ya no tienes padre.»

En aquel mismo momento pasaba por la calle del Pez el jóven de quien hemos hablado. El reloj de San Plácido dió la una con el doble mortuorio de sus tristes campanas. El canto del gallo se oyó por tercera vez en la calle del Molino de viento. A las últimas notas de su chillona garganta se unió un quejido sobrehumano y el ruido de un cuerpo cayendo sin vida sobre la acera turbó por un instante el profundo silencio de la noche.

IV

«Anoche falleció repentinamente en la calle del Pez, frente á las monjas de San Plácido, el jóven y distinguido abogado de esta corte D. Cárlos de Monreal. Enviamos á su afligida familia el pésame por tan sensible pérdida. *La Correspondencia de España.*»

LUIS MARIANO DE LARRA

Marzo de 1884

EL ULTIMO DRAMA

I

Nadie supo por qué Casimiro, el más grande de los actores de su tiempo, abandonó el teatro de una vez para siempre de la noche á la mañana.

Yo, que conozco la causa, voy á referírsela á mis lectores.

Es el último drama que representó en la vida y el cual, trasladado á la escena, le hubiera proporcionado el más legítimo de todos sus triunfos.

La primera escena de este drama se representó en las calles de Madrid entre Casimiro y una criada de servicio.

—¡Muchacha.... muchacha!...
—¿A quién llama V., caballero?
—¿A quién he de llamar? A tí.
—¿A mí?
—Sí por cierto.
—Yo no soy muchacha.
—¡Cómo!
—Soy doncella.... y viuda para lo que V. guste mandar.
—¡Cuánto me alegro!
—¿De la viudez?
—De lo que voy á decirte.
—Soy toda orejas.
—¡Qué doncella tan honesta!
—Es favor.
—¡Y tienes unos ojos!....
—¡Pues ya se ve que los tengo!
—¡Y una mano!
—¿Y qué más?
—Mira, niña; no quiero meterme en honduras. ¿Tú vives, es decir, doncelleas en el número 6 de esta calle?
—Precisamente.
—¿Principal?
—Izquierda.
—¿En casa de esa señora alta?
—Y gruesa.
—¿Graciosa?
—Y bonita.
—Que se llama.... se llama.... se llama... ¡Si tú me quisieras decir cómo se llama!
—Magdalena.
—¿Soltera?
—Viuda.
—Es lo mismo.
—¿Cómo lo mismo?
Quiero decir que... vamos...
¡Ya está V. buen peine!
¡Anda, anda! ¿Y por qué dices eso?
—¡Si no sabré yo del pié que V. cojea!
¿Que tú sabes?....
—¡Si pensará V. que soy boba!
—No, no; nada de eso.
—¿Cree V. que es la primera vez que le veo?
—¡Ah! ¿Me conoces?
—¡Pues ya lo creo!
—¿Desde cuándo?
—¡Pero, señor, si no hay cosa más de sobra en la calle que V.!
—¿Me has visto?
—Desde que el sol asoma, hasta las tantas de la noche, le estoy á V. viendo todos los dias hecho un poste frente al balcon de mi señorita, hace lo ménos tres meses.
—Es cierto, es cierto.
—¿Y no se cansa V. de hacer la centinela?
—Y dime, ¿tu señorita ha reparado en ello?
—Lo mismo que yo.
—¿Y qué dice? ¿Le gusta verme?
—Como si la sacasen las muelas.
—¡Eh! ¿Qué diablos estás diciendo?
—Lo que V. oye. Mi señorita no le puede á V. ver ni pintado.
—¡Es posible!
—Dice que le tiene á V. sentado en la boca del estómago; no la deja V. ni á sol ni á sombra; que en todas partes le encuentra; que la sigue á todos los sitios; que sueña con V., y que hasta en la sopa cree que le va á hallar un dia.
—¿Es decir?...
—Que le aborrece.
—Mira, mira; toma esos veinte durejos. Te agradezco la franqueza, pero....
—No se apure V. por tan poco. Es cierto y muy cierto que mi señorita dice de V. todo eso; pero.... por eso mismo.... ¿V. me comprende?... por eso mismo es más fácil que la caiga V. en gracia más pronto.
—¿Tú crees?...
—En cuanto las personas se tratan, ¡ya se sabe!.... Así principia la simpatía, y el cariño, y el *aquel* de las personas.
—¿Luego, si yo tratase á tu señorita?...
—¿Quién lo duda?
—¡Ay, doncella de mi alma! ¿Y cómo me presentaria yo á ella?
—Diciendo: «Aquí estoy yo.»
—¿Y me recibirá?
—¡Pues no faltaba otra cosa! Mi señorita tiene prontos, un poco malo el carácter, y el genio avinagrado; pero en el fondo, es excelente.
—Me lo habia figurado.
—Todo lo que se diga es poco.
—Tan buen fondo tiene, ¿eh?
—Rebuenísimo.
—¡Bendita sea tu boca! ¿Y á qué hora te parece que vaya?
—A la caida de la tarde.
—¿Entre dos luces?
—Sí; á esa hora está siempre muy melancólica, y dispuesta á partir un piñon con cualquiera.
—¡Y qué bonita estará!
—¿Que si está bonita? como un lucero.
—Toma, toma esa monedilla de cinco duros.
—Me parece que va V. á simpatizar con mi ama.
—¿De veras?
—¡Lo que es el trato! En cuanto conoce una de cerca á las personas, las toma querencia sin poderlo remediar. Eso me ha pasado á mí con V.; porque, la verdad, le tenia á V. prevencion, pero en estos cinco minutos que le he tratado, ya le tomé cariño, como si fuera cosa mia.
—¿Y tu ama?
—Le pasará lo mismo. ¿Acaso no es de carne y hueso como yo?
—Tienes razon, tienes razon. Hasta mañana.
—A eso del anochecer; no se olvide V. de la hora.
—Comprendido.
—Yo estaré ojo avizor.
—Gracias. ¡Qué amable es esta chica! Adios.
—Adios, señorito; y no se olvide V. de mí.
—Nunca, hija mia, nunca.

II

—¡Tilin, tilin!
—¿Quién?
—Abre; soy yo, doncella de mi alma.
—¿Por quién pregunta V.?
—Por la señorita Magdalena. ¿No lo sabes?
—Disimule V., que está cerca de aquí.
—Deseaba ver á la señora. ¿Está en casa?
—Sí señor.
—Pues pásele V. recado. Toma, esto para tí.
—Tenga V. la bondad de esperar un momento; en seguida salgo.

. . . .

—Señorita....
—¿Qué ocurre?
—Un caballero....
—A estas horas....
—Dice que desea ver á V.
—Dile que no estoy en casa.
—El caso es que me preguntó, y le he dicho lo contrario.
—¡Qué fastidio!
—Le diré que vuelva.
—No, no; si sabe que estoy en casa, que pase adelante. ¡Qué fastidio!
—¿Le paso á la sala?
—Aquí mismo.

. . . .

—A los piés de V., señora.

. . . .

—¿Quién podrá ser?
—Beso á V.... ¡Cómo! ¡Es V....! ¡V.!
—Sí, señora: yo mismo. Hace tres meses que...
—Sí, sí; es inútil que V. me lo repita; hace tres meses que le veo á V. clavado á todas las horas del dia y de la noche frente á mis balcones; tres meses que....
—Que la amo á V., señorita.
—¡Oh! caballero, V. me honra demasiado. Ciertamente no merezco el vivo interés que me manifiesta, ni creo haber cometido pecado alguno en mi vida, por el cual me haya hecho acreedora al castigo de verle á V. constantemente.
—Señorita....
—¡Ah! Perdóneme V.; soy muy franca, demasiado franca, es cierto; y, conociendo como conozco sus pretensiones, quiero decirle lo que al fin, más tarde ó más temprano, habia V. de oir de mis labios: es cuestion de tiempo; ya ve V., no puede ser mi falta más pequeña.
—Sepa V. que si pudiese dirigir mis sentimientos, me hubiera privado del placer de amarla por el gusto de complacerla; pero el cariño no obedece á reflexion alguna; nace espontáneamente y se dirige, á pesar nuestro, á donde ménos quisiera el mismo que lo siente.
—Efectivamente, la simpatía y la antipatía son caprichosas y ciegas; se estima á una persona sin razon ni causa aparente; quizás el que amamos es indigno de nuestro amor, no nos corresponde, y sin embargo, le seguimos queriendo sin poderlo evitar. Conozco mucho de esto, sí señor, conozco mucho de esto.
—¡Dígamelo V. á mí!
—Pues á V. voy á decírselo, y le suplico nuevamente que perdone mi franqueza; las cosas claras; ¿á qué andar con rodeos? ¿No es preferible la verdad á la mentira, sea esta cual fuere? ¡Antes desengañado que engañado! Yo soy así.
—Que me place.
—Pues como decia á V., tanto la simpatía como la antipatía son ciegas, y áun injustas, las más de las veces. Por ejemplo: V. me ha manifestado un afecto del que no soy digna. En cambio, V., y me complazco en decirlo, es un perfecto caballero, una persona amable, distinguida.. tengo la seguridad de que no es V. un tonto...
—Tanto honor....
—Pues bien, á pesar de todas esas cualidades que reconozco, vea V. qué cosa más extraña.... no me es V. simpático. V. perdone, pero no lo puedo remediar. La simpatía y la antipatía, son ciegas é injustas las más de las veces.
—Es decir, que mis pretensiones han fracasado.
—Completamente.
—Pues voy á dar á V. una prueba de mi amor.
—¿Retirándose?
—No, señora: anunciándole á V. mi próximo casamiento.
—¡Qué chistoso! ¿Con quién, con mi doncella?
—No señora, con V. misma.
—¡Conmigo!
—Con V.
—Usted se burla, caballero.
—Se lo aseguro á V. formalmente.
—¿Y cómo habrá de ser eso?
—En la iglesia como Dios manda.
—¿Me llevará V. entre civiles?
—No; irá V. por su propia voluntad.
—Entónces, puede V. esperar sentado.
—Tengo mucha paciencia.
—Pero no hay paciencia que cien años dure.
—No es menester tanto tiempo.
—Le aseguro á V. que preferiria la muerte á casarme con V.
—Pues se casará V. conmigo.
—Si me hiciera V. el favor....
—¿De qué?
—De retirarse.
—Con mucho gusto.
—Además....
—¿Qué?
—Me atreveria á rogarle...
—Que no vuelva á poner los piés en esta casa, ¿no es cierto?
—Usted lo ha dicho.
—Así lo haré.
—Tambien me atreveria á suplicarle que no se molestase en continuar mirando á mis balcones; la casa de enfrente es sólida, y no necesita puntales de ningun género.
—En eso ya no me es posible complacer á V.: continuaré persiguiéndola hasta que V. me llame.
—¡Hasta que yo!...
—Hasta que V. me llame.
¡Ah! Pues tiene V. para rato.
—No tanto como V. cree. A los piés de V., señora.
—Usted perdone mi franqueza.
—No hay de qué. Adios.
—Hasta el valle de Josafat.
—No; rectifique V.; hasta el dia de la boda... si no nos vemos ántes.
—¡Já... já... já!...

. . . .

—¿Qué tal, señorito?
—¿Quieres ser rica?
—¿Qué quiere V. decir?
—Que si quieres tener mucho dinero.
—¡No que no!



MANON LESCAUT, cuadro por Dagnan



LAS CARTAS, dibujo por J. R. Wehle

—Pues entrégate á mí en cuerpo y alma.

—¡Cómo!

—No, no voy á tentar tu doncellez; únicamente deseo que me sirvas ciega y fielmente en todo, sin que nadie, ¿lo entiendes? sin que nadie, ni tu ama, se entere de cosa alguna.

—Pierda V. cuidado.

—Mañana te espero en mi casa.

—No faltaré.

—Adios.

. . . .

—¡Teresa!

—¿Qué manda V., señorita?

—¿Cómo se llama ese caballero?

No ha dicho su nombre.

—No vuelvas á abrirle la puerta nunca, ¿has oido?

—Se hará como V. lo manda.

—Cuidado que es antipático.

III

El amante de Magdalena se llamaba Casimiro, el cual tenia la facha y el tipo de un seminarista.

Alto, delgado, escuálido, la tez amarilla, los pómulos salientes, todo él afeitado y pelado, desgarbado, maltrecho y por último, cubierto con un traje negro de levita en no muy buen uso.

Despues de la anterior entrevista cambió sus reales á la casa fronteriza á la de Magdalena, piso segundo, en el cual habia huéspedes.

Tomó un cuarto con balcon á la calle, pidió la llave de su habitacion, y su primer cuidado fué hacer notar á Magdalena que le tenia por vecino; cosa que ésta no tardó en averiguar.

Así trascurrieron los dias, hasta uno en que en el balcon de al lado del de Casimiro que correspondia á la misma casa de huéspedes, apareció un capitan de húsares, de largos bigotes rubios, buena presencia, y al parecer osado y atrevido.

A los dos ó tres dias de la aparicion del húsar, éste notó la vecindad de Magdalena, y ésta la de aquel.

El húsar empezó á hacer guiños y telégrafos. Magdalena reíase de los aspavientos del vecino, y sin haberse dicho una palabra parecieron entenderse.

Siempre que el húsar estaba al balcon, veíase á Casimiro en el fondo de su cuarto de espaldas á la calle, apoyado en una mesa y la cabeza reclinada sobre la mano.

¡Quizás su presencia contribuyó á estrechar las relaciones de Magdalena con el húsar!

—¡Que rabie!—se decia casi siempre para sus adentros.—¡Que rabie!

Por fin el capitan de húsares decidió pasar á la casa de Magdalena, y una tarde le vieron atravesar la calle de acera á acera y perderse en el portal de la vecina.

Casimiro, en el fondo de su cuarto, de espaldas á la calle, con el brazo sobre la mesa y la cabeza en la mano, no se movió en toda la tarde.

—¡Qué disgusto está pasando!—se dijo Magdalena, que le veia á través de los visillos.

. . . .

. . . .

—Señorita...

—¿Qué se ofrece?

El vecino...

—¿Qué vecino?

—El militar.

—¡Ah! ¿El húsar? Que pase, que pase al instante.

. . . .

—¡Olé! por los cuerpos *gonitos*, y las güenas mosas y el *aquel* de lo flamenco y de lo.., de las...

—No es V. poco redicho. Pase V., que mi ama está esperando.

—¡Viva el salero!

. . . .

—Señora, V. disimulará que me presente así; pero la ordenanza nos tiene siempre en pié de guerra.

—Es V. muy dueño.

—No; es que ya sé que esta casa no es un cuartel; pero la milicia no distingue de colores y el deber...

—Sí, sí; ya comprendo lo que V. quiere decirme.

—Eso mismo; porque lo militar no quita á lo cortés, y yo sé distinguir lo bueno de lo malo, y la ordenanza de lo que marca la etiqueta.

—Lo supongo. Tome V. asiento.

—Con su permiso. Yo soy muy franco, señora, pero muy franco. En el cuartel me llama todo el mundo el *capitan claridades*. Porque yo le digo la verdad al mismísimo lucero del alba.

—Eso le honra á V.

—Así es que al venir yo á esta casa vine con un propósito.

—¿Con uno?

—Con los qué vayan saliendo.

—¡Já... já... já!..

—Pues verá V., el propósito que me trae á esta casa es militar, sí señora, militar.

—¡Já... já... já! ¿Y cuál es? Sepamos.

—Como militar vengo de conquista.

—¿De conquista? Tiene V. el genio muy alegre. ¿Y qué conquista le trae aquí?

—El rendir una fortaleza con víveres y todo.

—¡Já... já... já...! ¿Dónde está esa fortaleza?

—Sentada en esa butaca que V. ocupa.

—¡No es mala ocurrencia! ¿Y qué enemigos ocupan la plaza?

—Su corazon de V.

—¿Nada más?

—¿Le parece á V. poco?

—¿Y quién le ha dicho que sea enemigo de V.?

—Un mozalbete que por lo visto ha sobornado al enemigo.

—¿Ese seminarista que vive en su misma casa?

—Efectivamente.

—¡Ah! no lo crea V.

—Ya me figuraba yo que tenia V. mejor gusto. Sin embargo, él me ha referido que V. no se casaria con nadie más que con él.... y... la verdad... esto me ha picado un poquillo, y me he dicho: «¡Pues veamos si se sale con la suya!»

—¿Eso dijo?

—Sí, señora: eso mismo. Yo no lo quise creer; pero el hombre insistió de tal manera, que... vamos... que me lo creí.

—¿Lo creyó V.?

—Sí, me dijo: «¡Aunque V. mismo la oiga que no me quiere, es mentira; y la prueba es que se casará muy pronto conmigo!»

—¿Con él?

—Yo me amosqué; y aunque soy muy poca cosa... la verdad... me propuse dar en la cabeza á ese espantajo.

—Hizo V. bien.

—¿De suerte que puedo esperar?...

—Caballero, la cosa no es pedrada de pícaro; es grave y merece pensarlo despacio. Por hoy sólo puedo decirle que ha tomado posesion de su casa, y que tendré un verdadero placer en que venga á visitarme con frecuencia.

—La sitiaré á V. en debida forma, segun manda el arte de la guerra.

—Soy plaza débil.

—Desde hoy comienza el bloqueo.

—Resistiré.

—¿Mucho?

—Lo bastante para que le sea á V. grata la victoria.

—A la órden, mi capitana.

—Hasta mañana.

—No faltaré.

FÉLIX REY

(Continuará)

EL CORAZON DE FORMOSEDA

(Conclusion)

Delante de los balcones habia mamparas de seda china iluminadas por cierto con muy mal gusto por un artista místico que representó en ellas vidas de santos, degollaciones de mártires, empalamiento de profetas y otros horrores piadosos tan dignos de la palma celestial como impropios de un salon donde la gente va á bailar y á divertirse.

IX

Se inicia el combate

La lucha entre aquellas dos naturalezas acrecentó de dia en dia. Resignada era fria, severa, cumplidora del deber y amante del sacrificio. Ricardo era ardiente, cuerpo voluptuoso y alma soñadora, enemigo de los lazos que atan, de las cadenas que sujetan, de todo lo que corta al espíritu sus alas y le convierte de sér volandero en cosa pegada á la tierra. Un momento de reflexion bastó á Resignada para comprender que era imposible toda reconciliacion. No hubo reyertas, no hubo disputas. Las dos inteligencias se miraron frente á frente, se reconocieron tales como eran y se resignaron á vivir sin fundirse en la suma divina del amor.

Aquella enorme caverna de la calle de D. Pedro el V volvió á tomar su antigua y característica fisonomía de panteon. Se acabaron las risas: se desvanecieron las sonrisas de luz que corrian por el mueblaje del gran salon de gusto Luis XIV cuando se reunian de noche en él los jóvenes esposos. Volvió á caer la sombra: volvió á reinar el silencio. Torva la mirada, el dios penate de los Formosedas guardó aquel recinto con las manos cruzadas y la frente hundida con tristeza en el infinito mar de las penas sin consuelo, de los desastres irremediables, de las resignaciones sin llanto, de los amores helados y de las lágrimas que se congelan ántes de salir á la luz!

X

Primavera

El dia de Corpus Christi fué fecundo en sucesos. Porque Ricardo se habia entregado por completo al dolor de no ser comprendido por su mujer y habia visto como aquel frio de su vida conyugal cauterizaba en su alma fibra á fibra todos los del amor: tambien cauteriza el hielo.

Aquel dia salió de paseo solo. Era el pleno dominio de la primavera.

¡Qué alegría en el ambiente! ¡Qué júbilo en el aire! ¡Qué palpitacion de alas entre los bosquecillos de la Casa de Campo! El rayo de sol: la rama del álamo: el pájaro. Estos eran los símbolos de aquella alegría infinita de cielo y tierra.

Como no hay cosa viva ó muerta que no se éntre en el vasto campo del alma cuando el alma sufre, Ricardo oyó que estas tres representaciones del amor primaveral le decian....

Pero esto merece cuartilla nueva.

XI

El pájaro, el rayo de sol y la rama del álamo

(Hay un momento de silencio. Ricardo se ha sentado á la sombra del álamo y ha descubierto su cabeza.)

EL PÁJARO.—¡Tonto! ¡Hombre de alma muerta!... ¿No sabes que hay quien te ama?.... ¿te has olvidado ya de aquella hechicerísima niña de los zapatos rotos?

RICARDO.—Es verdad. Aquella fué un trapicheo que no ha dejado raíz en el alma.

LA RAMA.—¿Que no ha dejado raíz? Cuando plantaron á mi padre...., este hermoso álamo que te da sombra.... la raíz no se sentia, no se veia.... pero luégo creció, se ensanchó, se agitó bajo tierra como una culebra y hoy está mojando sus puntas en el rio, á cien metros de aquí.

EL RAYO DE SOL.—Busca á esa mujer que te adora. Puede que se esté muriendo de hambre.

RICARDO.—Ella me amaba de verdad. ¡Pobre Genara!

EL PÁJARO *(viniendo á posarse delante de Ricardo)*.—Puedes consolarte con ella de tus infortunios domésticos.

RICARDO. ¿No me rechazará?

LA RAMA.—¡Rechazarte!... Está seguro de que no... Sueña contigo, llora por tí, besa sin cesar el retrato que le diste... y se muere de hambre.

RICARDO *(levantándose.)*—¡Ah! Entónces ¿qué espero? Es una obra de caridad socorrerla.

(Cubre su cabeza con el sombrero y se va.)

EL PÁJARO *(viniendo á posarse en la rama)*.—Se adoran... se adoran... ¡Pobre Resignada!

LA RAMA *(columpiándose bajo el peso del pájaro)*.—Resignada se llama así por algo... Es un sér frio: no morirá de pena.

EL RAYO DE SOL *(colándose por entre las sombras para buscar al pájaro y á la rama)*.—El amor tiene sus leyes invencibles. Nada puede impedir que se cumpla su lógica.

XII

En efecto: el amor tiene sus leyes invencibles. El señorito de Formoseda anduvo unos cuantos dias acometido de un delirio, de una ilusion, de un vértigo. Creia que el amor era una armonía del cuerpo y el alma, una sinfonía de sentimientos y sensaciones, un duo de dos séres, templados en el mismo tono como dos cuerdas iguales de una cítara doble. Y se le presentaba en forma bien distinta. Hondas diferencias de carácter le separaban de Resignada. Pero la seriedad de su alma se oponia, por otra parte, á devaneos ilegales, á un amor fuera del matrimonio. Adorar á Genara y ser adorado de ella le parecian cosas fáciles. Pero no encontraba gusto en ese amor á escondidas, en una pasion que era un crímen, en un deleite que tenia que gozar ocultándose del mundo.... ¡Qué bonita era Genara! Pero en cambio ¡qué majestad habia en la virtud adusta, severa de Resignada! El amor de aquella tenia para Ricardo el encanto de lo desconocido: el amor de ésta tenia para Ricardo el encanto de lo respetable.

XIII

Pero en aquellos dias de vacilacion y duda ocurrió una cosa importante. Resignada dió á luz. Aquel niño sonrosado, que agitaba sus piernecillas entre el raso de sus faldas, parecia bajo los encajes de sus bautismales adornos, una flor de salud y vida.

Formoseda sintió una oleada de sangre acudirle al cerebro y dentro de él inflamarse en una gran idea.

—¡Necio de mí!—exclamó.—Buscaba mi corazon y hete aquí que este niño, este angelito lo trae entre sus invisibles alas.

Miró á Resignada, y viéndola sonriente, por primera vez, entre los dolores del alumbramiento, la cogió una mano y se la besó; miéntras su alma pensaba:

—Es una santa, es aún más: es una madre

J. ORTEGA MUNILLA

LA EXPLORACION DEL PILCOMAYO

I

La América del Sur es el país de los grandes rios: allí desarrolla su curso majestuoso el inmenso Amazonas, ese rio que, seguido en casi toda su longitud por el osado Orellana, poco despues del descubrimiento del nuevo continente, no puede considerarse aún verdadera y totalmente explorado, á pesar de prestarse á la navegacion hasta 5,000 kilómetros de su desembocadura; el Paraná, cuyo nombre indió significa rio por excelencia, y tambien mar; el Orinoco, cuya enorme masa de agua hizo creer á Colon que costeaba las orillas de un gran continente; el Magdalena, de pintorescas riberas y accidentado curso; el Madeira, de numerosos tributarios; el Paraguay, el Tocantins, el Iza, el San Francisco, el Cassiquiare, y otros y otros, que tenidos allí por humildes afluentes, darian nombre en nuestra Europa á grandes cuencas fluviales. Muchos de ellos están ya reconocidos en toda su extension; mas, á pesar de hacer casi cuatrocientos años que se descubrió ese continente, que continuamos llamando nuevo; á pesar

de los muchos viajeros é ilustres sabios que, como los Azara, los Humboldt, los Schomburgk, los Bonpland, los Wied, los Marcoy y los Crevaux, han recorrido de un siglo á esta parte considerables extensiones del mismo, guiados los más por un objeto científico, algunos por un motivo comercial y los ménos por razones políticas; y no obstante el numeroso contingente de emigrantes que la vieja Europa envía de continuo á esa parte del país americano, aún continúan bastantes de aquellos rios total ó parcialmente ignorados, por más que el exacto conocimiento de su curso ofrezca inapreciables ventajas para las relaciones amistosas y comerciales de los diferentes Estados.

Apénas hace cuatro ó cinco años que el malogrado Crevaux trazó el plano de cinco importantes rios, cuya navegacion fué el primero en emprender en su totalidad; aún no ha trascurrido tanto tiempo desde que Wiener reconoció el curso del Napo, caudalosa corriente que pone en comunicacion la república del Ecuador con el bajo Amazonas: probable es que á estos recientes y arriesgados viajeros sigan otros que, como ellos, sepan arrostrar toda clase de peligros y privaciones hasta conseguir que la ciencia geográfica se enriquezca con los datos indispensables para llenar los vacíos que tienen todavía incompleta la inmensa red fluvial sud-americana; más aún, para conseguirlo en breve espacio, pues afortunadamente para nuestra época, los estudios geográficos cuentan con entusiastas partidarios, las exploraciones se multiplican y los gobiernos y corporaciones las prestan un auxilio valioso y eficaz, de que ántes no podian disponer los viajeros, reducidos á sus solas fuerzas.

Uno de los rios últimamente reconocidos en casi toda su longitud ha sido el Pilcomayo, caudalosa corriente que naciendo en los altos Andes de Bolivia, al pié del cerro de Potosí, desemboca en el rio Paraguay algo al Sur de Asuncion, capital de la república que lleva el nombre del segundo de dichos rios. En su curso, que se calcula de unos 2000 kilómetros, atraviesa los dos Estados referidos, y además la República Argentina, á la cual sirve hoy de límite con el Paraguay su orilla derecha. Por esta razon y por fertilizar con sus aguas gran parte de la dilatada cuanto ignota region conocida con el nombre de Gran Chaco, se comprenderá la importancia que para los tres Estados tiene la navegacion regular por dicho rio. Una sola consideracion basta para apreciar esta importancia en toda su extension: á causa de las insuperables dificultades que ofrece la comunicacion terrestre, los productos bolivianos remitidos á la República Argentina, tienen hoy que enviarse á un puerto del Pacífico, bajar por este mar, dar la vuelta por el estrecho de Magallanes y subir por el Atlántico hasta Buenos Aires para ser desde allí expedidos á su destino en el interior, enorme rodeo que se haria de todo punto innecesario si se regularizara la navegacion por el Pilcomayo, el Paraguay y el Paraná.

Há ya largo tiempo que se vienen haciendo tentativas para explorar el Pilcomayo, pero todas ellas han resultado infructuosas.—En 1721 el P. Patiño lo remontó hasta Teyo, de donde no pudo pasar por haberle obligado los Tobas á retirarse.—En 1741, el P. Castañares pereció víctima de los indios Mataguayos.—En 1844, Van Nivel, encargado por el gobierno boliviano de reconocer el rio, recorrió unas treinta leguas y regresó diciendo que este se extiende y se pierde en la llanura del Chaco: se habia extraviado en el Bañado.—En 1863, el P. Gianelli partió de Bolivia con sesenta y tres jinetes bolivianos, y reconoció unas sesenta leguas por la orilla izquierda del rio; mas al llegar al sitio llamado Piquirenda, su gente se negó á seguir adelante.

No creemos exagerar nada diciendo que el número de exploraciones intentadas, ya por parte de Bolivia, ya por la de la República Argentina y la del Paraguay, pasa de veinte. En setiembre de 1882 la primera de dichas Repúblicas ha organizado otra que regresó desbandada, privada de su caballería que le robaron los Tobas oregones. Estos mismos indios ahuyentaron otra enviada por el gobierno argentino, y una nueva expedicion organizada recientemente por el mismo gobierno, se perdió en uno de los falsos brazos del Pilcomayo. Las luchas que se traban continuamente en la frontera entre los blancos y los indios Carayas dan lugar por una y otra parte á terribles represalias, y hacen sumamente difícil el contacto con los indios, los cuales alegan en su defensa que si matan á los blancos, es porque estos no les dejan vivir en paz y exterminan á los suyos. ¿Cuándo llegará el dia en que el mundo civilizado sepa y comprenda que el indio es un hombre como los demás y que bajo su desnudo pecho late un corazon con frecuencia generoso y hospitalario?

Una de las últimas exploraciones del Pilcomayo, exploracion que, así como la de otras regiones, ha exigido la generosa sangre de una víctima, vertida en holocausto á la ciencia, ha sido la del doctor Crevaux, infatigable viajero que despues de reconocer con tanto valor y energía como feliz éxito varios rios de la América del Sur, pereció en su noble empresa, traidoramente asesinado el 27 de abril de 1882 por los indios Tobas, habitantes de las márgenes del Pilcomayo. La noticia de este asesinato causó en Europa una impresion penosísima; pero más aún en los países en cuyo principal obsequio trabajaba con animoso afan el audaz explorador; así fué que por parte de las repúblicas boliviana y argentina se organizaron al punto expediciones con objeto de rescatar del poder de los salvajes los inanimados restos del ilustre viajero así como los de sus compañeros, víctimas tambien del furor de los Tobas; mas por desgracia el resultado de todas ellas fué infructuoso, y sólo pudieron conseguir noticias contradictorias acerca del paradero de tan preciosos restos y del de las dos ó tres personas que de aquella matanza pudieron escapar con vida.

MONUMENTO Á GARIBALDI EN TURIN, por Eduardo Tabacchi
(Proyecto premiado)



CANDELABRO DE BRONCE DORADO

La expedicion últimamente organizada con el mismo fin por M. Thouar y el gobierno de Bolivia ha sido más afortunada, pues no sólo ha logrado adquirir informes fehacientes con respecto al trágico suceso á que nos referimos, sino reconocer en casi toda su extension el Pilcomayo, de suerte que merced á ella se ha rasgado el velo que encubria el misterioso curso de otro de los rios americanos y conocido una region jamás atravesada por ningun blanco. De regreso M. Thouar en Europa, se ha apresurado á dar pública cuenta del resultado de su mision, y en el mes de febrero último reunió en torno suyo en la Sorbona una numerosa concurrencia ávida de escuchar de sus labios las peripecias de su accidentado viaje. El relato hecho por este viajero se divide en dos partes; la primera concerniente al triste fin del doctor Crevaux, y la segunda á su exploracion del Pilcomayo. Nosotros seguiremos el mismo plan en el presente artículo, extractando de la notable conferencia de M. Thouar los párrafos que más puedan interesar á nuestros lectores.



JARRON DE ARCILLA DORADA CON ESMALTES AZULES

LA ABUNDANCIA, ESTATUA EN BRONCE PARA CENTRO DE MESA

II

Hace unos dos años que el doctor Crevaux partió de Burdeos para Buenos Aires, comisionado por el ministro de Instruccion pública para explorar el alto Paraguay, pasando desde este rio al de las Amazonas. A su llegada á Buenos Aires, el doctor Ceballos, presidente del Instituto geográfico argentino, y los doctores Omiste y Vaca de Guzman, representantes de Bolivia, le dieron á entender el interés que ofrecia la exploracion del rio Pilcomayo, el cual nadie habia podido recorrer hasta entónces en toda su extension.

Dotado el doctor Crevaux de un temperamento ardiente, enérgico y emprendedor, se entusiasmó á esta idea, y partióse al punto para Bolivia con objeto de reconocer el curso de aquel rio que, en concepto de ciertos exploradores, se perdia en la inmensidad de las llanuras del territorio del Gran Chaco, y cuyo trazado debia suministrar los datos necesarios para el establecimiento de una vía comercial entre Bolivia, el Paraguay y la República Argentina.

El gobierno de esta última, animado de un espíritu de progreso incontestable, puso á su disposicion dos marinos de su armada, y le concedió pasaje gratuito por todas las líneas argentinas. Por su parte, el gobierno de Bolivia, más directamente interesado que el argentino en la exploracion del Pilcomayo, ofreció á Crevaux cuanto necesitase y le pagó los gastos de trasporte en mula desde Tarija hasta la mision de San Francisco Solano, situada á orillas del rio en cuestion. Del 8 al 14 de marzo, organizó su expedicion eficazmente secundado por los Padres misioneros, hizo en Tarija grande acopio de objetos destinados á los indios, y partió para Santa Ana, donde le aguardaban ya sus compañeros.

Al llegar á Ivitivi, le dieron una noticia que le desanimó, haciéndole comprender la inoportunidad de la expedicion y las funestas consecuencias que su empresa podia tener. La guarnicion de Caiza habia salido dos dias ántes con objeto de castigar á los Tobas por haber robado estos los caballos del comandante militar Solano. En vano fué que tanto él como el P. Doroteo, superior de la mision, escribiesen al sub-gobernador, rogándole que diese órden de retroceder á la columna; esta continuó su marcha, y no regresó hasta el 30 de marzo, despues de haber muerto diez ó doce indios Noctenes, y trayendo siete niños prisioneros. La vista de estas criaturas y el relato de la bélica expedicion hicieron temer al P. Doroteo por el resultado de la mision Crevaux, á quien manifestó los funestos recelos que le inspiraba la recien trabada lucha, y la seguridad que tenia de que los padres de los niños prisioneros no dejarian de vengarse. El doctor comprendió el fundamento de estas indicaciones; quedóse un rato pensativo y maldiciendo aquella fatal expedicion militar, hasta que, tranquilizándose, pensó que no siendo él de Caiza, ni boliviano, los indios no le maltratarian; y en seguida se puso á acariciar á los niños y á regalarles algunas chucherías.

Es de advertir que el P. Doroteo, al acompañar al doctor hasta el Pilcomayo, habia llevado consigo una india Toba de Tarija, llamada Yalla, con objeto de que, enviándola Crevaux por delante, le facilitara tal vez el paso por el país de los indios. Esta india y los niños prisioneros eran la única esperanza que le quedaba al doctor. El 4 de abril partió aquella con el mayor de los prisioneros; Crevaux le entregó ántes de marchar algunos presentes para ella y para sus padres, prueba de su sincero deseo de verlos y hablarles, y le dirigió además estas palabras:

«Para que concluya de una vez la guerra entre los tuyos y nosotros los blancos, te ruego que les repitas mis palabras y que se persuadan de que no queremos engañarlos. Sí, ahora deseamos sinceramente la paz. Te despachamos á tí con el mayor de los prisioneros, y si no ponemos en libertad á los otros, es porque son muy pequeños y están muy cansados, pero los llevaré conmigo. Haz comprender sobre todo á tu padre Galigagae y á los demás jefes Tobas, Chorotis y Noctenes, que conviene que vengan á parlamentar conmigo y á ajustar la paz. Diles que no teman, que no recelen que se les tienda ningun lazo: respondo de ello con mi cabeza.»

La jóven comprendió perfectamente lo que de ella se esperaba, despidióse del doctor y partió contenta y conmovida, prometiendo regresar con la respuesta de allí á doce ó quince dias. Pero miéntras Crevaux encargaba de tan pacífico mensaje á la india, los Tobas y los Noctenes satisfacian su venganza acostumbrada, como se supo al dia siguiente por un indio de la mision de Machareti, el cual se presentó herido de tres lanzadas y cuatro flechazos, diciendo que los Tobas habian dado muerte á dos compañeros suyos así como á sus mujeres é hijos. Apénas supo



FUENTE DE ARCILLA DE DIBUJOS DORADOS SOBRE FONDO DE COLOR DE MARFIL

el doctor Crevaux tan desagradable noticia, quedó sumido en la más profunda afliccion. Largo tiempo permaneció pensativo y arrepintiéndose ya de una expedicion que iba á ser causa de su muerte; pero el recuerdo de sus últimas exploraciones, y especialmente la del Yapura, durante la cual atravesó ileso el país de los antropófagos uitotos, le infundió la esperanza de vencer en la demanda, y confiado en su mision pacífica y en los medios de que contaba valerse, exclamó: «Si muero, sea enhorabuena; pero si no arriesgo nada, ese rio y esa region seguirán envueltos en el misterio que los rodea.»

La única esperanza que le quedaba era el regreso de la india Yalla con sus padres y los jefes indios, pues así conoceria la disposicion de ánimo de los Tobas; pero esta esperanza quedó tambien frustrada, porque trascurrió el plazo prefijado y la india no volvió.

A pesar de tanto contratiempo, el tenaz explorador no desistió de su empeño, porque Crevaux pertenecia á la raza de los que sienten crecer su ánimo á medida que aumenta la perspectiva de los peligros, y siguió haciendo sus preparativos para la dudosa excursion, activando la construccion de las canoas y piraguas en que habia de navegar por el Pilcomayo, tomando notas acerca del idioma de los Chiriguanos y de los Tobas, y coleccionando documentos antropológicos.

Dos ideas le preocupaban principalmente: la reciente expedicion de los habitantes de Caiza, y los pantanos que, segun noticias, habia en la parte inferior del rio; ambas ideas le habrian hecho vacilar, si la costumbre de navegar por los rios y de vencer toda clase de obstáculos, su firmeza de carácter y su energía, no le indujeran á sondar á todo trance la misteriosa corriente y á aguardar la hora de la partida con vivísima impaciencia. Por fin recibió las armas y los fardos que esperaba de Tarija, dispuso que los indios de la mision de San Francisco los trasportaran, juntamente con las embarcaciones, al punto del rio escogido para dar principio á la navegacion, y á las ocho de la noche del 19 de abril salió de la mision acompañado de los PP. Franciscanos y de todos los indios de la misma que deseaban despedirse de él. Eran las nueve y media cuando el timonel Haurat anunció que todo estaba listo. Los indios que, más de una vez, habian advertido á los exploradores de los riesgos de su empresa, no pudieron contener las lágrimas, y los saludaron gritando: *Taupareño peguata chunureta.* «Id con Dios, amigos.» Misioneros, franceses, bolivianos, indios, todos estaban conmovidos y afectados como si presagiaran un resultado lúgubre y funesto, y entre gritos, consejos y despedidas, las cuatro embarcaciones desaparecieron tras de un recodo del rio.

La expedicion se componia del doctor Crevaux, Ringel, Billet, Dumigron, y Haurat, franceses; dos argentinos, doce bolivianos y dos indios chiriguanos. El mismo dia 19 escribió Crevaux dos líneas al P. Doroteo, prefecto de las Misiones, anunciándole que habia hecho la paz con los Tobas, y recorrido ocho leguas sin contratiempo. El 20 llegó la expedicion á Bella Esperanza, seguida de los Tobas por ambas orillas del rio. El 22 durmió el doctor en Teyo, solo en medio de los salvajes, cuyo número aumentaba por momentos. Del dia 23 al 26 no ocurrió incidente notable, sino que los Tobas se reunieron ya en número de 2000.

El 27 á las diez de la mañana, la mision llegó á un arenal, y allí los salvajes convidaron á almorzar á los expedicionarios, ofreciéndoles pescado y carne de carnero. Crevaux, Ringel y Billet saltaron en tierra los primeros; en la última embarcacion iban el jóven Ceballos, Haurat y Blanco. Apénas avanzaron los exploradores unos cuantos pasos, cuando los rodeó un grupo considerable de Tobas, que cayendo furiosos sobre ellos, los asesinaron á cuchilladas y golpes de *macana* (especie de maza). Entre tanto llegaron á la orilla Ceballos, Haurat y Blanco, y al ver el peligro que les amenazaba, se arrojaron al agua para pasar á la orilla opuesta; los dos últimos se libraron de caer en manos de los indios; no así el jóven Ceballos, el cual fué aprehendido por un Toba, que iba ya á matarlo cuando otro indio se interpuso y le defendió. El azorado muchacho vió caer muertos á Crevaux, Ringel y Billet, así como á su mismo padre. Haurat y Blanco emprendieron la fuga en direccion Noroeste; pero no tardaron en ser apresados por otros salvajes. Inmediatamente despues de la matanza, los indios se apoderaron de los fardos, armas y municiones de los exploradores, prendieron fuego á las embarcaciones y las dejaron ir á merced de la corriente. Volvieron luégo al sitio en que yacian sus víctimas, y las hicieron pedazos, llevándose cada jefe á su rancho un miembro como trofeo de su victoria. Su venganza quedaba satisfecha: habian exterminado á los blancos en el punto mismo en que algunos de los suyos cayeran pocos dias ántes heridos por las balas de la guarnicion de Caiza. Los funestos presentimientos del desgraciado doctor se realizaron: la ciencia contaba con una nueva víctima sacrificada en sus aras.

En otro artículo describiremos las peripecias de la expedicion de M. Thouar y su resultado.

M. ARANDA

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 19 DE MAYO DE 1884 — NÚM. 125

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Escudo que perteneció á Enrique II de Francia (El original se halla en poder de Mr G Pilon de París)

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Elecciones.—El senador y el diputado.—Vuelos concéntricos al rededor de la urna.—Novela electoral.—Mayo tirano sucede á Abril débil.—Telégrafo musical.—Armonía en el arroyo, en el árbol, en el aire. El 2 de Mayo.—Becquer.—Sus restos mórtales y sus imitadores.—Edicion monumental de las obras de Echegaray.—La cárcel modelo.—Digresion acerca del sistema celular.—¡Alto el juego!

Se han efectuado las elecciones para senadores y diputados. Resultado, el previsto. El gobierno se lleva siempre en esta lucha la parte del leon. España tiene una nueva representacion nacional. La agitacion que precede á las elecciones, el ir y venir de los muñidores electorales, y las promesas sin fin de los candidatos, la docilidad con que los electores obedecen, las ambiciones más ridículas que grandiosas que se ciernen sobre cada urna, los mil tipos curiosos é interesantes que en la batalla intervienen, merecen, no un libro, sino una copiosa biblioteca, y no un cuadro, sino un numeroso museo empleado en describirlos ó pintarlos. Lástima es que queden inéditas tales escenas donde cabe todo, desde la alta comedia hasta el popular sainete. Inglaterra tiene un género literario destinado á reproducir y conservar como el naturalista conserva en bocales de alcohol los séres que flotan en la atmósfera, nadan en los mares ó se arrastran por la tierra—estas fisonomías de la vida política. En España apénas se ha escrito cosa de fundamento aún sobre ello. Un solo libro de cuenta hay y su autor, el insigne Pereda, acaba de reimprimirlo en lujosa edicion. Se titula *Los hombres de pro*. Es la historia de un señor campesino que consigue ser diputado á córtes, sus correrías á lomo de un venerable cuartago por las aldehuelas inmediatas al pueblo en que mora, las infamias ó ridiculeces de la vida política en los pueblos de poco vecindario; todo sazonado con la sal que Pereda espolvorea sobre sus libros.

El diputado es el hijo mayor de la familia política; el senador el abuelo de ella, con el cual no se cuenta sino para que sancione con una senil sonrisa las locuras que ha hecho el nieto. El congreso es el gran escenario, el senado una especie de academia. En el primero se discute, se lucha, se caldean las pasiones; en el otro cuerpo se dormita.

Las escuelas distintas que disertan sobre si ambos cuerpos son ó no necesarios para la gobernacion de un Estado no se pondrán jamás de acuerdo. El congreso es la patria que grita, el senado la patria que bosteza.

***

Por fin hemos entrado de verdad en la primavera; se han desgarrado las nubes, ha lucido el sol, los campos han rielado fulgurando los surcos de los sembrados como si hubiesen puesto en ellos simiente de piedras preciosas. Desde los bosques de álamos de la Alhambra hasta los bosques de pinos del Norte, podria establecerse un telégrafo músico de ruiseñores, que de copa á copa trasmiten entre gorjeos la misma noticia, la de que el mes de Mayo ha recobrado sus derechos imponiendo su autoridad á los rebeldes. El mes de Abril fué débil y se dejó dominar por dos validos desleales: el frio y la lluvia. El primero le amenazó con un puñal de hielo, el segundo le obligó á ceñirse, en vez del regio manto de la primavera adornado de flores, la capa pluvial de los temporales. El reinado de Abril tuvo las turbulencias propias de una minoridad. Pero al niño sucedió el mancebo, al débil é irresoluto monarca el poderoso dominador, y esgrimiendo Mayo su espada de oro hecha de un rayo de sol, sojuzgó nubes y ventiscas, y su triunfo le celebró la naturaleza en ese gran templo que se llama el campo, con un *te-deum* magnífico en que cantaron las aves, los lirios y los jacintos sirvieron de incensarios y los insectos de alas brillantes chirriaron su música monótona acompañados de la rana, ese sochantre de la gran orquesta que se asoma á las superficies de los charcos para entonar su aleluya eternamente repetida.

***

La funcion religiosa y cívica del 2 de Mayo tiene una solemnidad ante la cual los mismos extranjeros se prosternan. En el seno de la primavera, cuando en las entrañas de la humanidad corren estremecimientos de alegría, cuando en los campos flotan olas de perfumes y de pájaros, esta elegía nacional, este *de profundis* heróico adquiere mayor vida por el contraste. El obelisco del 2 de Mayo se levanta en el Prado de Madrid como un enorme índice de piedra que señala allá arriba á través del luminoso cielo castellano el camino de los héroes y de los mártires.

La invasion francesa ha pasado, los hechos odiosos de que el año 1808 fué víctima España, no son más que un recuerdo, y la crítica de la historia y el buen sentido del pueblo español han sabido distinguir en aquella felonía al tirano que la cometió del noble pueblo francés que la vió con repugnancia.

Un insigne escritor italiano que hoy se encuentra en la República Argentina, Edmundo de Amicis, reconoce que España ha descargado toda la culpa de los estragos que sufrió contra Napoleon y Murat, y dice con notable rectitud que la ceremonia del 2 de Mayo es noble y grande, porque ante aquel sagrado monumento España no tiene sino palabras de paz y perdon.

***

Los restos del infortunado poeta Becquer van á ser trasladados á Sevilla. Justo homenaje y debido recuerdo al insigne cantor de las *rimas*. Becquer es un ejemplo de cómo se hacen las reputaciones. Murió casi desconocido y sin otra fama que la efímera del periodismo. Llevaba escritas muchas de sus hermosas leyendas y de sus primorosos cuentos, obra de un buril superior en el mármol de la lengua cervantina, y sin embargo no se le concedia otra importancia que la de uno de tantos principiantes. Muere, y apénas muere la fama se apodera de su nombre y de sus versos, se reimprimen sus artículos, y en España y América una ovacion de aplausos saluda al malogrado poeta.

Becquer hizo una sola cosa mala: crear un género en apariencia fácil, puesto que desdeña la forma, y tentador por lo mismo para los jóvenes que porque se entristecen á la caida del sol y sienten un dolor muy grande cuando sus novias les hacen traicion, se juzgan hijos legítimos de Apolo. Al mismo tiempo que crece la fama de Becquer, crece el número de sus imitadores. Estos son como la carcoma en la encina, como la hiedra en el álamo: algo que vive de ajenos jugos.

«Yo siento algo divino aquí dentro»

ha dicho Becquer y repiten con él estos poetas inéditos; cuando la frase de Becquer que debian repetir es esta, refiriéndose á su sentimiento artístico:

«*Lo llevaré* en la mano, en cualquier parte,
pero en el pecho, nó.»

***

Es propia manera de ser de los genios en las artes el ser muy discutidos, ensalzados sobre manera y deprimidos sin justicia. Se les colma de alabanzas y se les cubre de oprobio, y entre la agitacion de las muchedumbres que exaltan con el ardoroso verbo de su númen, hay manos que les traen apercibida corona de laurel ó corona de espinas.

Echegaray no podia eximirse de esta ley comun á todos los que como él han traido á las artes nuevas ideas y nuevas formas. Su fecundidad ha contribuido mucho á que se le haga justicia. Si en vez de producir con tan prolífica abundancia hubiese sido de otra condicion intelectual, de los que conciben despacio y despacio elaboran, muchos años habrian pasado y no hubieran conseguido ver esta unanimidad de pareceres que reconoce en él al insigne dramaturgo.

Pero como Echegaray tiene una fecundidad portentosa, hé aquí que miéntras los críticos están discutiendo una obra suya, él arroja sobre el público una avalancha nueva de flores y brillantes, una nueva tempestad de relámpagos celestiales. Un hombre así no puede ménos de triunfar. Una de las formas del triunfo ha sido para Echegaray la suscricion nacional iniciada por *La Epoca* en marzo del 81, á raíz del estreno aplaudidísimo de *El gran galeoto*, suscricion destinada á hacer una edicion monumental de las obras del insigne escritor.

Acaba de aparecer el primer tomo de esta edicion que contiene *La Esposa del vengador*, *En el puño de la espada* y *O locura ó santidad*, ilustradas con magníficas viñetas por Melida. Echegaray no necesita para que sus obras brillen por completo más que una buena compañía de actores. Calvo está en América, Vico emprenderá bien pronto el mismo viaje... ¿Tendrá que acabar Echegaray, que es gran mecánico, por inventarse una máquina de representar comedias?

***

Se habia efectuado la inauguracion de la Cárcel modelo erigida en la Moncloa, la inauguracion oficial, la de los bríndis y los discursos, pero aún era un edificio sin estrenar; aún no habia alentado ninguna esperanza de libertad tras sus rejas, ni ninguna negra desesperacion habia dormido los crueles ensueños del calabozo en aquellas celdas monásticas del crímen.

Hace pocas noches que se trasladó á ciento veintiun presos desde el antiguo Saladero á la nueva cárcel. Se les obligó al entrar en el edificio á tomar un baño. Uno y muy largo en las aguas de la cultura necesitan los desgraciados presos de la Moncloa, olas de educacion que fortifiquen su voluntad como las olas del mar fortifican á los temperamentos débiles.

La cárcel modelo de Madrid, como es sabido, está construida con arreglo al sistema celular. El preso queda incomunicado. La soledad es su compañera, cuatro paredes sus contertulias, un lecho vacío su esposa, y ver arder de noche un mechero de gas tras un cristal raspado su único espectáculo. Sistema de gran efecto para un espíritu educado. El hombre á solas, cuando tiene la inteligencia en condiciones idóneas, medita, pero cuando su inteligencia está muerta ó dormida, la soledad y el silencio convierten el sueño moral en muerte, la muerte en desorganizacion completa, el criminal en loco ó en idiota. Un astro que tiene en las entrañas inflamadas la irradiacion de la luz, puede en las inmensas soledades del espacio brillar y reflejar su propia luz; pero el oscuro pedrusco perdido en el cielo, sólo brilla cuando un rayo de luz ajena viene á herir su corteza.

No es esto atacar el nuevo sistema penitenciario, es afirmar una verdad: la de que no es posible obtener la correccion de todos los hombres por el mismo sistema.

***

El hipódromo de Madrid está lleno de gente. Las tribunas son un arco íris de hermosura y elegancia; el pueblo forma negros cordones alrededor de las maromas que rodean la pista. Delante de la tribuna que ocupan los jueces, los *jockeys* montados en soberbias bestias hacen lucir los vivos colores de sus blusas de raso... Las carreras de caballos de mayo son ya un vistoso espectáculo en la capital de España. Creo que las carreras no son más que un espectáculo y no un medio de fomentar y mejorar la raza caballar española, porque el caballo más útil á la agricultura no es el más veloz sino el más fuerte. He dicho que es un espectáculo y añadiré que es juego de azar en que se cruzan cantidades considerables. ¡Gran efecto dramático conseguiria un juez apareciendo en el hipódromo y echando en medio de la pista su baston con estas palabras:

—¡En nombre de la ley, alto el juego!

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

ESCUDO DE ENRIQUE II DE FRANCIA reproducido fotográficamente por el procedimiento instantáneo de Meissenbach

A la vista de este trabajo hemos de confesar que no cabe llevar á mayor perfeccion la copia de un objeto de arte. Tentados estamos á decir que el inteligente y áun el simple curioso se harán más cargo de esa complicada obra por su reproduccion que pudieran hacérselo por el mismo original. Ni el más pequeño detalle, ni la más insignificante línea, ni el ménos destacado relieve, han dejado de imprimirse en esa prueba sin rival, que constituye un nuevo progreso en la aplicacion de las ciencias físicas.

EL BARON DE MUNCHHAUSEN, cuadro por Vicente S. Lerche

El baron de este lienzo es, en la tradicion alemana, el tipo del cazador que se atribuye aventuras imposibles y que conocemos en España con el nombre de baron de la Bola. Uno mismo es su flaco, contar á sus huéspedes las más estupendas mentiras; pero como el maravilloso cazador habita un suntuoso palacio y trata á sus convidados á cuerpo de rey, nunca le faltan *admiradores* dispuestos á tragar sus bolas miéntras se las sirva trufadas y remojadas con *champagne*.

Nuestro héroe ha hecho pintar en las paredes de su rica mansion algunas de las hazañas que tiene obradas en el ramo cinegético. El autor del cuadro ha escogido el momento de sobremesa en que el baron explica uno de los argumentos de aquellas pinturas, que es como sigue:

En una partida de caza, agotados sus proyectiles, hubo de cargar la escopeta con huesos de cereza, cuando se le puso á tiro un magnífico ciervo. Hizo fuego nuestro Nemrod con su acostumbrada buena puntería; pero la insuficiencia del proyectil libró al ciervo de una muerte segura. A la primavera siguiente, el famoso cazador tuvo un encuentro con el ciervo de marras, al cual, entre asta y asta, habia nacido y prosperado el más frondoso cerezo de que hasta entónces se tuviera noticia.

Tal es el baron de la Bola ó de Munchhausen.

SALIDA DE UN BAILE, cuadro por Ribera
(Exposicion Parés)

Siempre hemos creido que el público, áun el ménos artísticamente educado, poseia el sentimiento del arte y áun cierta inteligencia intuitiva del mismo, que no sólo le permite distinguir lo bueno de lo malo, sino pronunciarse entre lo regular y lo superior. Penetremos en un Museo, en una exposicion, y á buen seguro que sin necesidad de catálogo nos enteraremos de cuáles son los mejores cuadros con sólo fijarnos en los que sean contemplados por mayor número de curiosos.

Esto podia comprobar cualquiera en la exposicion Parés, donde el cuadro de Ribera que hoy publicamos obtuvo el calificado de sobresaliente por unanimidad de votos. Concebido con singular acierto, dibujado con una correccion exquisita y pintado con una verdad y soltura propias de quien domina los efectos del color, es ciertamente una joya de tanto valor como buen gusto. El asunto está tratado de tal suerte que, sin carecer de animacion propia, no se ha producido confusion alguna entre los diversos grupos del cuadro, siendo de primer órden el compuesto por los dos pobres niños que empiezan su rudo trabajo á la hora en que ¡contraste amargo! los que gozan del mundo van

á buscar en blando lecho el descanso de unas fatigas que voluntariamente se han ocasionado.

La ILUSTRACION ARTÍSTICA une su aplauso al del público y felicita muy cordialmente al Sr. Ribera por su deliciosa obra.

UNA VISITA INOPORTUNA, cuadro por Gustavo Sus

La escena es terrorífica; el enemigo se ha hecho visible; los galos se hallan á las puertas de Roma.

Pero los romanos, uno de ellos, cuando ménos, no parece muy dispuesto á dejarse sacrificar impunemente, y miéntras la madre, justamente alarmada, recoge la menuda prole, el padre gallo levanta el idem y se prepara á defender hogar y familia.

El cuadro de Sus está lleno de verdad y prueba el detallado estudio que su autor ha hecho de los dramas del corral.

EL TOQUE DE AÑO NUEVO, dibujo por Otto Kopp

Desde lo alto del campanario, el toque de la corneta dice al pueblo que empieza un nuevo año. ¿Tiene que ver esta costumbre con algun hecho que explique la sustitucion de la campana, instrumento esencialmente religioso, por la corneta, instrumento típico del cuartel y del campamento? No lo creemos, á ménos que una especie de toque de diana no venga á recordar á los fieles el alba de ese instante en el tiempo que se llama año, en cuyo primer dia todos formulan votos de vida nueva, que raramente se cumplen.

RECOLECTORAS DE FUCOS Y ALGAS, cuadro por H. Rasch

Si una vez más tuviera que comprobarse que el mérito de una obra no debe medirse por el tamaño de esta, el cuadrito de Rasch, perfectamente entendido por su grabador, seria una demostracion que de fijo no pasará desapercibida de nuestros favorecedores.

RECUERDO DE ROMA, cuadro por Enrique Serra

Este sencillo lienzo se halla impregnado de dulce melancolía. Los últimos rayos del sol iluminan un paisaje triste, limitado por la vaga silueta de la Ciudad Eterna. La naturaleza ha sido despojada de sus galas: un austero religioso pisa, solitario, el campo inculto; algunos restos de la antigua Roma atestiguan la fragilidad de las obras humanas.

Hay en este cuadro una sobriedad recomendable: el autor debe haberlo concebido en una de esas horas en que se apodera del artista la nostalgia de la patria y de la familia; una de esas horas en que, sin explicarse la causa, las lágrimas caen silenciosas encima de la paleta; horas del ocaso en que no se vislumbra la posibilidad de la aurora y en que hasta la misma gloria parece una de esas mujeres condenadas á ahogar á sus amadores entre los brazos.

Es un cuadro *sentido* y que por lo mismo hace sentir.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EL CUERPO DEL DELITO, cuadro por T. Moragas

Se ha cometido un crímen, y la justicia africana tiene de bueno la rapidez del procedimiento. El autor de este cuadro ha resumido todo el código en el lienzo.

Allí está el pueblo, es decir, la sociedad que, en defensa propia, reclama el castigo del delincuente. Como seria muy fácil que el *cuerpo social* quisiera hacerse justicia por su propia mano, un jinete contiene á sablazos los expeditivos impulsos de la *turba multa*.

En primer término son de ver el tribunal, el reo, sus guardianes, el acusador privado y el cuerpo del delito, una camisola ensangrentada.

Si en último término, un término no muy lejano, apareciera la horca, el pensamiento seria completo.

—¿Y el defensor?...—preguntará cándidamente algun abogado de oficio, recien salido de la universidad. El defensor huelga, compañero; el defensor es un invento de cierta dama, que se llama *civilizacion*, y que hace maldita la falta entre ciertas gentes.

Este cuadro está lleno de vida en su conjunto y de verdad en sus detalles. Su autor ha demostrado en esta obra lo que vale y lo que puede.

EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS

POR DON RAMON FERNANDEZ DE MERA

I

En el año de 1842 no era Madrid la populosa villa que hoy conocemos. Algunos de sus barrios, que son en la actualidad hormigueros humanos entre cuyas bocanadas de fétido vaho se asfixia la vida demasiado concentrada, eran en aquella época sucias callejuelas de lugar formadas por media docena de viviendas malsanas y destartaladas y por otra media docena de solares donde crecia libremente la yerba y aleteaban á su sabor toda suerte de volátiles domésticos. El barrio de las Salesas y especialmente la plaza de este nombre eran casi un desierto en el que aparecian como oasis el convento, hoy trasformado en Palacio de Justicia, algunas casas bajas, dependencias del mismo, y otras dos ó tres particulares.

Una de estas, situada en el ángulo de la izquierda y separada del convento por un callejon sin salida, pertenecia y servia de habitacion á D. Juan Castro, protagonista de la extraña y verídica historia que voy á narrar á mis lectores.

La casa, exteriormente, era de mezquina apariencia y de estrecha fachada; pero tenia mucho fondo y un gran espacio que hubiera podido ser huerta ó jardin, pero que en realidad no era ninguna de las dos cosas, porque unos cuantos palmos de terreno sembrado de algunas legumbres y una higuera raquítica no constituyen una huerta, y quince ó veinte olmos medio secos y una fuente con pilon de mampostería no merecen el nombre de jardin.

Esta casa, casi aislada y cerrada siempre, estaba en armonía con el carácter y ocupaciones de su propietario.

Don Juan Castro habia nacido en La Porra, pueblecito situado en los Pirineos y colindante con el camino que unia á Gerona con Perpiñan, y tan rayano de la frontera francesa que no se sabe si pertenece á Francia ó España; bien es verdad que ninguna de las dos naciones tiene interés en su posesion; tan feo es, tan árido y salvaje.

Con decir que cuando se quiere mandar á álguien á un mal sitio se dice *que se vaya á la Porra*, está dicho todo.

Don Juan Castro era natural de La Porra, pero habia pasado su niñez al amparo de un tio suyo que tenia una fábrica de curtidos en Santiago de Galicia. Otro tio, propietario en Madrid, se le habia traido á la corte, y como era solteron y no tenia herederos, prohijó al jóven Juan y le dió una educacion esmerada para aquellos tiempos.

El tio, sin duda por no saber en qué ocuparse, se habia dedicado al estudio de la química y de las ciencias físicas, y al morir trasmitió á su sobrino, no sólo las tres buenas casas que en Madrid poseia, además de la en que habitaba, sino que tambien su aficion á los susodichos estudios.

En la época en que le presento al lector, D. Juan Castro tenia cincuenta y dos años, pero representaba sesenta.

Era sumamente feo y de una delgadez espectral, y se distinguia por el monte de cabellos grises y encrespados que se asemejaban sobre su cabeza á una montera de las vulgarmente llamadas *de pellejo*, y por el brillo siniestro de sus ojillos redondos y amarillentos como los de un ave de rapiña.

Su parte moral era detestable. Adusto, seco de corazon, egoista, vengativo y tenaz, no habia conocido ninguna afeccion humana, por decirlo así; y en su aridez de carácter sólo se destacaba una aficion que parecia un contrasentido; y era un amor grande por la escultura, si bien este amor podia considerarse sólo como una distraccion, ya que su única, exclusiva y absorbente pasion la constituian los trabajos y estudios de las ciencias experimentales.

Despues de algunos viajes que hizo al extranjero, no por placer ni curiosidad sino por aumentar el caudal de sus conocimientos científicos, se instaló ó mejor dicho se encerró en su casa de la plaza de las Salesas como un buho en su agujero solitario.

II

Allí vivia servido solamente por una criada de cuarenta y ocho años de edad llamada Micaela, y allí pasábase los dias y las noches solo, sin tratarse con nadie, entregado á sus experimentos químicos con una asiduidad que rayaba en encarnizamiento y suspendiéndolos únicamente de tarde en tarde para entregarse, á guisa de pasatiempo, á sus aficiones escultóricas.

Pretendia resucitar la Alquimia aplicándola á la Física y á la Química; y respecto á la bella arte trataba de hallar el secreto perdido de la pura y graciosa línea antigua.

Ni el orgullo de exhibirse ni el deseo de hacer bien á la humanidad le impulsaban en aquellas faenas en las que empleaba todo su tiempo, gastando además gran parte de su hacienda en la adquisicion de máquinas, instrumentos y modelos.

Quizá á Castro, hombre de organizacion enérgica, le pesaba el vacío de su existencia y trataba de llenarle, y tal vez esta causa explique las siguientes palabras cambiadas con su vieja sirvienta, una mañana, despues de recibir una carta bastante voluminosa:

—Micaela.

—Señor.

—Me he casado por poderes. Dentro de ocho dias estará aquí mi mujer y es preciso que halle la casa aseada y en buen órden.

Micaela se quedó estupefacta y consternada. Su amo se habia casado: en aquella casa iba á entrar otra mujer que seria la dueña: además ¡quién sabe! no obstante lo avanzado de su edad D. Juan podia tener hijos.

¡Qué golpe, qué contrariedad, qué desencanto!

Pero ¿qué habia de hacer? se resignó hasta ver venir, é inmediatamente se ocupó en obedecer las órdenes de su amo.

Con efecto, ocho dias despues, D. Juan Castro se vistió un poco más decentemente de lo que tenia por costumbre, salió de su casa á las diez de la mañana y volvió en un ómnibus, cuya imperial estaba llena de baules.

La señora de Castro tomó posesion de la casa de su marido.

No bien hubo entrado en ella hizo un gesto que indudablemente queria decir:

—¡Qué marido y qué casa!

Y eso que Nemesia Fernandez de Castro no estaba acostumbrada á gollerías. Era una jóven de veinticuatro años, rubia y bastante bonita, natural de Santiago y pobre como una rata. Cuando ella era casi niña y D. Juan Castro casi jóven habian tenido unos fugaces amoríos interrumpidos por la traslacion de éste á Madrid. El recuerdo de aquel devaneo hubo de influir seguramente en el viejo célibe cuando trató de alegrar su soledad con una compañera.

En cuanto á Nemesia, aunque supuso que su antiguo novio debia estar algo averiado, se resignó fácilmente á la boda por las razones siguientes:

No quedarse para vestir imágenes como ya recelaba.

Salir de la dependencia de un tio muy gruñon.

Disfrutar de la fortuna de su pretendiente exagerada por la distancia.

Y sobre todo, vivir en Madrid.

Porque Nemesia era una coqueta de provincia con todos sus perfiles. Leia con avidez novelas y periódicos madrileños y la idea de conocer la corte de España la estremecia de gozo.

Además, Nemesia creyó, no sin motivo, que siendo jóven y bonita dominaria á su marido y en esta idea basó mil castillos en el aire y dos mil proyectos de color de rosa.

Cuando se halló instalada en aquel caseron desmantelado, en aquella plaza donde crecia la yerba, al lado de aquel hombre apergaminado, de dedos amarillentos, negros ó rojos alternativamente y que olia á drogas, experimentó un movimiento de repugnancia que se convirtió despues en terrible decepcion al comprender que nunca llegaria á doblegar la voluntad de hierro de aquel débil viejecillo.

Porque sucedió que á los pocos dias de su matrimonio don Juan Castro, mirándola intensamente con sus penetrantes ojillos y en un tono que no admitia réplica, habíala dicho:

—Mira, querida; yo te he escogido por compañera, no precisamente por tu agraciado palmito ni por nuestros recuerdos de aquel devaneo amoroso, sino porque, pobre y habiendo vivido siempre en el poblachon de Santiago, siempre mejorarás por poco que mejores á mi lado. Por lo tanto, nada de tonterías ni de exigencias. Dentro de esta casa, que si no alegre es cómoda y espaciosa, puedes regalarte á tu gusto y hacer lo que te dé la gana. Fuera de esto nada de visitas ni de diversiones. Sobre todo te encargo mucho silencio y tranquilidad, pues el haberme casado no ha de ser motivo para que interrumpa mis estudios y ocupaciones. Debo hacerte además otra advertencia: sin ser precisamente como el celoso extremeño de la novela de Cervantes, exijo de tí una conducta decorosa é irreprochable, porque aunque viejo, en un caso de extravío, que no quiero suponer, seria inexorable para tí. ¿Comprendes?

Nemesia, que no era tonta, comprendió que bajo la apariencia raquítica de aquel hombrecillo se ocultaba una voluntad de gigante, una obstinacion soberbia y sobre todo un espíritu de venganza terrible.

Se resignó pues. ¿Qué habia de hacer la pobre?

III

Pero se resignó á medias, porque una mujer colocada en una situacion imprevista y antipática se siente capaz de luchar con el hombre más tenaz y más fuerte.

Así pues, en la casa de la plaza de las Salesas estalló una guerra doméstica, ó mejor dicho, no estalló sino que permaneció en un estado latente de ebullicion oculta.

Tal era la situacion conyugal al entrar la primavera del año de 1843, época en que comienza esta historia.

Nemesia era de carácter avieso y cavilosо y entendia la lógica á su manera. Segun ella, aquel viejo odioso y repugnante no tenia el derecho de imponerla sus deformidades físicas y morales, negándola todas las compensaciones, por lo que, á riesgo de su vida, determinó vengarse de él del mejor modo que puede vengarse una mujer. Y ya sabemos en qué suelen consistir esas venganzas.

Nadie entraba en aquella triste casa, si se exceptúa, y esto muy de tarde en tarde, alguno que otro viejo, generalmente calvo y con gafas, que se encerraba con D. Juan Castro en su laboratorio; y casi siempre precedian á estas visitas ruido de hornillos encendidos, chirridos de máquinas y detonaciones formidables; lo cual exaltaba hasta el paroxismo los nervios de Nemesia.

Pronto se dejó sentir la primera manifestacion de aquella guerra de zapa. Micaela, la antigua criada, se despidió de la casa; no podia resignarse á ser mandada por aquella jóven exigente y altanera, que habia venido á usurparle sus atribuciones.

Don Juan prestó poca atencion á este incidente; Micaela no suponia nada para él: era un instrumento reemplazable con otro, nada más.

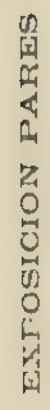
Una mañana se suscitó una cuestion algo más importante; Nemesia hizo venir á un carpintero para que aserrase uno de los olmos del jardin próximo á las ventanas de su cuarto, con el fin de ahuyentar á los pájaros que venian á posarse en el árbol y la despertaban muy temprano. D. Juan se opuso formalmente, y ella, despues de una escena conyugal, se fué desesperada á dar su acostumbrado paseo, al de Recoletos, única excursion que, por lo cercana, la toleraba su marido.

En aquella época el paseo de Recoletos era poco más que un callejon, con una cuesta en uno de sus costados, plantado de árboles torcidos, y en el que sólo habia algunos informes asientos de piedra.

Nemesia, sentada en uno de estos, golpeaba el suelo



EL BARON DE MUNCHHAUSEN, cuadro por Vicente S. Lerche



EXPOSICION PARES

SALIDA DE UN BAILE, cuadro por Ribera

con su sombrilla, persando más que nunca en la rebelion, cuando acertó á pasar por frente de ella un jóven oficial de caballería, guapo, de talle de avispa (como que usaba corsé) y arrastrando con aire marcial su corvo sable.

(Continuará)

EL ULTIMO DRAMA

(Conclusion)

IV

El húsar siguió visitando puntualmente todas las tardes á Magdalena; las relaciones de ambos se fueron estrechando poco á poco, y algun tiempo más tarde mediaron palabras que hicieron presumir un próximo enlace.

Magdalena veia todos los dias á Casimiro en la calle ó en el balcon de la casa de enfrente, triste y cabizbajo. La posicion de Casimiro era la del hombre amargado y rendido por las contrariedades y las pesadumbres.

Salia poco de su habitacion, en donde apoyado un brazo sobre la mesa, la cabeza reclinada en la mano y vuelto de espaldas á la calle, pasaba largas y eternas horas, principalmente cuando el húsar iba á casa de Magdalena.

Debian desesperarle mucho estas visitas.

Un dia á la salida de una iglesia, Casimiro se dió de manos á boca con Magdalena.

—Le he jurado á V. que no se casará con nadie más que conmigo.

—¡Qué risa!

—Por tanto, no se casará V. con el húsar.

—¿Por qué?

—Porque lo prohibo yo.

—¿Usted?

—Nos casaremos pronto, muy pronto.

—¿Usted y yo?

—En este mismo año.

—¿Lo cree V. así?

—Y así será.

—¡Qué miedo!

—Usted lo ha tomado á broma, y, estoy hablando sériamente. Adios Magdalena; hasta el dia de la boda.

Magdalena sintió frio y calor á un tiempo mismo. Aquella seguridad la trastornaba.

Volvió á su casa muy preocupada, y por la tarde, cuando llegó el húsar le dijo:

—Ya estoy decidida.

—¡Gracias á Dios!

—Me caso, pero con una condicion.

—Tú dirás.

—Que la boda ha de celebrarse mucho ántes de que termine el año, y sin que se entere nadie de ello. ¿Lo aceptas?

—Aceptado.

—Que no se entere nadie, nadie, nadie.

—Nadie se enterará. Se arreglarán los papeles con el mayor sigilo, se dispensarán amonestaciones, y una mañanita muy temprano, muy tempranito, nos vamos á la iglesia á que nos eche las bendiciones el cura.

—Así, así; pero pronto.

—Pronto será.

Despues de despedirse el húsar, Magdalena corrió al balcon; en el fondo del cuarto vió á Casimiro vuelto de espaldas á la calle, la cabeza descansando en la mano y el brazo sobre la mesa, como si estuviera pensando ó durmiendo.

—¡Ah! ¡Quizás medita la idea de realizar su proyecto! Piensa, piensa, que cuando ménos lo esperes vas á verte chasqueado y corrido. ¡Ah!—prosiguió cerrando las manos y frotándose un puño contra otro. —¡Rabia! ¡rabia! ¡rabia! ¡te odio! ¡te odio! ¡Antes muerta que tuya!

Y concluyó sonriéndose, viendo que el húsar salia al balcon miéntras que Casimiro seguia durmiendo ó pensando.

V

Todo llega en el mundo; por tanto, llegó tambien el codiciado dia de la boda.

Aún no habia amanecido, y ya el húsar esperaba impaciente á Magdalena en la sala inmediata al tocador. Por fin salió prendida de mil y un alfileres.

—Te he hecho esperar; perdona. ¿Está el coche abajo?

—Abajo espera.

—¿Nadie habrá sospechado que estás en Madrid?

—Nadie. Todos creyeron en mi licencia, y á estas fechas me juzgan al lado de mi familia en Valencia.

—Pues vamos ántes de que amanezca.

—Cuando tú quieras.

—Un momento.

Magdalena abrió uno de los balcones, y miró la casa de enfrente, que estaba muda y silenciosa como un sepulcro.

—Todo cerrado; todos duermen. Vayámonos sin hacer ruido. Temo, no sé por qué, que la boda no llegue á realizarse.

—¡Pues no faltaba más! Dentro de una hora estaremos casados y bien casados.

—No perdamos tiempo. Échame sobre los hombros este abrigo. Gracias. Dame el brazo. Sujeta ese sable. ¡Ea! En marcha, que pronto amanecerá ¿Falta algo?

—Nada.

La criada apareció.

—Alumbra, que no se sienta la llave en la cerradura. Oye: tú te vienes con nosotros; no quiero que te quedes en casa; puedes hacer ruido, levantarse alguno en la vecindad, trabar conversacion, y.... ¡Sois tan habladoras!... Lo dicho, te llevamos con nosotros.

—Como V. quiera, señorita.

—En marcha.

Tomando las más grandes precauciones, abandonaron la casa, subieron al coche y se dirigieron hácia la iglesia.

Allí esperaban los padrinos y los testigos.

Ya habia amanecido cuando se reunieron estos y aquellos.

Todo estaba preparado.

La boda se verificó en medio del mayor órden y con bien escasa concurrencia.

Al salir de la iglesia Magdalena, el húsar y la criada subieron á un mismo coche.

—Iremos á tomar chocolate á la montaña del Príncipe Pio. ¿Qué te parece?

—Una gran idea.

—Los tres juntitos.

—Los tres.

—Así como así, tengo apetito.

Despues del chocolate todavía dieron los tres un paseito volviendo por fin á casa contentos y dichosos.

El primer cuidado de Magdalena, así que se quitó el abrigo, fué correr á los balcones y mirar al cuarto de Casimiro.

¡Quedó petrificada y muda de espanto!

En medio de la habitacion, cara á la calle, habia un maniquí de palo, sentado en una silla, el brazo apoyado en la mesa, y la cabeza recostada en la mano.

Tenia el aspecto más fúnebre y estúpido que puede imaginarse.

—¿Qué significa esto? exclamó Magdalena.

Y volviéndose horrorizada, se encontró con su marido, que sonreia bondadosamente.

—¿Que sabes?...

—¿Qué?

—Lo que significa esto.

—¿Cuál?

—Mira.

Y lo llevó al balcon mostrándole lo que tanta sorpresa le causaba.

—¿Qué es esto?

—¡Un maniquí!

—Sí, ciertamente.

—¿Pues, y la persona que habitaba ese cuarto?

—Aquí está.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿En mi casa?

—En nuestra casa.

—¡Es posible!

—Y tan posible.

—Necesito verlo para creerlo.

—Pues aquí la tienes.

Y diciendo y haciendo, el húsar se arrancó bigote y peluca, apareciendo la cara de Casimiro monda como cabeza de seminarista.



UNA VISITA INOPORTUNA, cuadro por Gustavo Sus

Magdalena lanzó un grito.

—Te he cumplido mi palabra,—dijo Casimiro tranquilamente.—Te amaba, te amo, y tu vida me era necesaria. Desde mi infancia soy actor, profesion que bendigo más que nunca, pues gracias á ella he conseguido ser tu esposo. Ya me irás tratando, me conocerás y cuando llegues á conocerme, no podrás ménos de amarme. ¡Cómo no, queriéndote tanto!

Magdalena que hasta entónces ignoraba quién era su vecino, recordó al actor más querido y celebrado de España, sintió halagada su vanidad, satisfecho su amor propio y tendiendo una mano á Casimiro, le dijo con voz tierna:

—Te perdono, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que si algun dia dejas de quererme me engañes del mismo modo que ahora lo has hecho.

—No es necesario fingir lo que se siente.

—¿De veras me quieres?

—Mucho.

El matrimonio se consumó y vivieron felices y dichosos.

Vale.

FÉLIX REY

LA EXPLORACION

DEL PILCOMAYO

III

Describamos ahora lo más sucintamente que nos sea dable la reciente expedicion de M. Thouar y su resultado. Encargado este viajero de una mision en América por órden del gobierno francés, recibió, hallándose en Santiago de Chile, una comunicacion del ministro de Negocios extranjeros en la que se le prevenia que hiciera toda clase de pesquisas para averiguar el paradero y la suerte de los dos prisioneros de la mision Crevaux, á quienes algunos indios Chiriguanos habian visto atados á unos árboles en el país de los Tobas. En cumplimiento de esta órden, Thouar pasó á Bolivia, expuso al ministro del Exterior, Sr. Guijarro, la mision que llevaba y su proyecto de explorar el Chaco tan luégo como la hubiese desempeñado, y habiéndole entregado aquél eficaces cartas de recomendacion para que las autoridades de la frontera le auxiliaran en cuanto necesitase, partió á los cuatro dias para Tarija, atravesando la inmensa meseta boliviana desnuda de vegetacion, polvorienta, y circunscrita por una cordillera de volcanes apagados cuyas cimas reflejaban en el fondo azul del firmamento la blancura deslumbradora de sus nieves eternas. En Tarija encontróse con que el gobierno boliviano estaba organizando una columna de doscientos hombres que debian partir muy en breve para el Pilcomayo con órden de ocupar á Teyo, residencia principal de los indios Tobas; y defiriendo á las sugestiones del doctor Campos, delegado del gobierno y comisario de la expedicion, accedió á reunirse con ella y á aguardar á que la columna emprendiese la marcha. Efectuóse esta el 26 de agosto, yendo la expedicion acompañada por cien indios Chiriguanos de la mision de Aguairenda; á los tres dias llegaron unos y otros á la orilla derecha del Pilcomayo, á un lugar llamado Santa Bárbara, hoy «Colonia Crevaux» situado á los 21°34′ lat. Sur, en donde permanecieron ultimando los preparativos hasta el 10 de setiembre, fecha de la partida definitiva para Asuncion del Paraguay á través del Chaco boreal.

Pero ántes de exponer las peripecias de esta larga marcha, que duró sesenta y tres dias, convendrá que demos á conocer el resultado de las pesquisas hechas por Thouar para encontrar los restos de la mision Crevaux.

Al llegar dicho viajero á la frontera, encontró á Ceballos, el jóven boliviano de diez y seis años, superviviente de aquella mision, el cual le confirmó las circunstancias que mediaron en la perpetracion de la matanza, añadiéndole que habia pasado seis meses prisionero de los Tobas. Thouar mandó buscar en seguida al indio Yahuanahua, intérprete de la mision, que se habia escapado tambien de la matanza y el cual le hizo el mismo relato que Ceballos. Recorriendo la frontera de Norte á Sur, y tomando informes de los Chiriguanos y Chanupies, adquirió la certidumbre de que habian sobrevivido algunos prisioneros. Al punto envió á decir á los capitanes tobas de la frontera y en particular á Peloko, anciano de noventa y cinco años, que deseaba hablar con ellos. Convínose en tener una entrevista á orillas del Pilcomayo, y M. Thouar consiguió en ella que algunos indios le prometiesen recorrer las tribus circunvecinas, con notas escritas en francés, español y toba, haciendo saber que iba en busca de los prisioneros. A los pocos dias regresaron dichos indios asegurándole que no quedaba superviviente alguno; más adelante, hallándose ya en el Chaco, supo por los indios Guisnayas que Haurat y Blanco habian conservado su vida en el momento de la matanza, gracias á la intervencion de la india Yalla, pero que habian fallecido á los cinco meses de cautiverio, de padecimientos y privaciones. De los restos de la mision sólo pudo recoger un barómetro Fortin, una carta de Crevaux, un cróquis del Pilcomayo trazado por este y anotado por Billet, y la borda de una de las embarcaciones.

. . . .

Hemos dicho poco ántes que la expedicion de M. Thouar emprendió el 10 de setiembre de 1883 la marcha desde la «Colonia Crevaux» para la capital del Paraguay. Esta expedicion se componia de un coronel, dos tenientes coroneles, el doctor Campos, 80 soldados de línea, indios Quichúas de Potosí y 30 guardias nacionales de caballería; en total unos 140 hombres.

El rio Pilcomayo que, segun ya hemos indicado, nace en la Cordillera oriental de los Andes de Bolivia, recibe muchos afluentes: su curso es sinuoso y rápido hasta el salto de Pirapo, dos leguas más arriba de la mision de San Francisco de la cual habia partido el doctor Crevaux, á los 21°15′ lat. Sur. Desde este punto hasta el paralelo 22, el curso del rio es muy regular; su velocidad es de 1800 á 2000 metros por hora, y sus aguas corren por un lecho de arena aurífera de unos 200 metros de anchura, sin rocas ni troncos de árboles que lo intercepten. La altura de sus márgenes varía entre cinco y seis metros, estando orladas de bosquecillos siempre verdes de sauces, bobos y gayacos. El terreno es llano, arenoso; y en el límite á que llegan las grandes avenidas se extiende una línea de majestuosos algarrobos, y detrás de ellos inmensas llanuras con excelentes pastos.

A las diez de la mañana del 11 de setiembre llegó la expedicion enfrente del sitio en que fué asesinada la mision Crevaux. M. Thouar sacó una fotografía de aquel punto, y plantó en él dos palos cruzados, tributando así un piadoso homenaje á la memoria de tan nobles víctimas, cuyas huellas, frescas todavía, no se habian borrado enteramente de las arenas del misterioso Pilcomayo.

Los Tobas huian ante los expedicionarios incendiando sus ranchos. El 12 de setiembre tuvieron estos la suerte de acampar en frente de los del anciano Peloko, á quien visitó Thouar inmediatamente, asegurándole que la columna iba en són de paz y que respetaria las viviendas y los numerosos rebaños de caballos, mulas, carneros, bueyes, perros, etc., de los Tobas. Peloko le proporcionó dos de sus hijos en calidad de guías, los cuales desempeñaron este cometido con tanta inteligencia como solicitud, haciendo atravesar á la columna con sumo cuidado los bañados de Cavayu-Repoti, húmedos todavía; luégo la condujeron á la comarca de los indios Guisnayas del cacique Sirome, al través de todo el territorio de los indios Matacos, á donde llegó el 19 de setiembre sin el menor percance, aunque seguida á cierta distancia por un número respetable de indios, en actitud puramente pacífica. Aquel dia hizo un calor sofocante; el termómetro marcó 37° á la sombra á las tres de la tarde. Barruntábase una tormenta, la cual estalló á las seis, desencadenándose una hora despues con toda su fuerza: el viento barria con violencia inaudita cuanto encontraba á su paso, arrebatando las tiendas de campaña y desarraigando corpulentos árboles. Guarecidos los expedicionarios en un bosquecillo

EL TOQUE DE AÑO NUEVO, cuadro por Otto Kopp

de algarrobos, pasaron la noche llenos de mortal ansiedad: de vez en cuando caian anchas y tibias gotas de lluvia; los relámpagos fulgurantes, que se sucedian casi sin intermision, los envolvian por todas partes, y los estampidos del trueno resonaban en el espacio con ensordecedor estruendo. A media noche la tormenta se resolvió en una de esas lluvias torrenciales como sólo se ven entre los trópicos.

Las relaciones de los exploradores con el cacique Sirome fueron cordialísimas. Los indios Guisnayas de esta tribu están en comunicacion casi directa con Jacuiva, poblacion comercial de la frontera boliviana, por la vía de Tonono y de Ytyuru. M. Thouar renovó sus gestiones para obtener más datos acerca de los prisioneros que habian huido por este territorio, y quedó firmemente persuadido de que habian muerto hacia seis meses. Sirome autorizó á dos de sus hijos para que acompañaran á la expedicion hasta el rio Paraguay, y esta emprendió de nuevo la marcha el 21 de setiembre.



Recolectoras de fucos y algas, cuadro por H. Rasch

En la madrugada del 23 encontróse en presencia de un crecido número de Tobas y de Tapietis armados de piés á cabeza y en ademan francamente hostil. M. Thouar iba á la cabeza de la vanguardia, precedido por dos Guisnayas, cuando el cacique de esta tribu le interceptó el paso, le preguntó con rudeza y altanería á dónde iba aquella columna y qué se proponia hacer en un territorio que no era el suyo, y terminó exigiendo que los expedicionarios retrocedieran. M. Thouar mandó al punto que se desplegaran en guerrilla los veinte hombres de la vanguardia: entre tanto llegó el grueso de la fuerza, y á su vista los indios depusieron sin intenciones hostiles, dejando el paso libre. La columna vadeó el Pilcomayo, que en aquel sitio era poco profundo, y siguió su marcha por la orilla izquierda.

El aspecto del rio era allí diferente; las orillas son arcillosas, de 12 á 15 metros de altura, casi verticales; distan unas de otras más de 1800 metros, pero la corriente no excede de 60 de anchura. La vegetacion varía un tanto: los bobos y los sauces desaparecen con las arenas, sustituyéndolos el mistol, el tusca, el chañar, el algarrobillo, etc., árboles que tienen de 8 á 12 metros de altura; sus hojas, finas y delicadas, de la misma forma que las de la acacia y colocadas en las ramas del propio modo, ocultan numerosas espinas que dificultaron en gran manera la marcha de los exploradores.

Durante la noche de aquel mismo dia desaparecieron los guías. Hasta entónces los indios no habian molestado á la expedicion, la cual sólo habia tenido que ahuyentar los muchos jaguares que pululaban en torno del campamento, espantando y poniendo en fuga á los caballos. Como ningun indio queria servir de guía, M. Thouar tuvo que dirigir la marcha de la columna valiéndose de la brújula. El 2 de octubre acampó esta á los 23°34'50" de latitud Sur, sufriendo toda la noche los atrevidos ataques de los jaguares; hacia tres dias que no se habia visto ningun salvaje, por cuya razon era de temer una emboscada, y en efecto, el dia 3, al salir el sol, se presentaron aquellos en número de 800 á 1000. Ocultando el grueso de sus fuerzas entre los cañaverales que rodeaban el campamento, dieron principio al ataque al són de un instrumento llamado *pucuna*, haciendo sus jinetes una diversion hácia la retaguardia, miéntras trataban de romper las líneas de los expedicionarios disparándoles una granizada de flechas. Trabóse entónces un recio combate que duró tres horas: la columna tuvo seis heridos, al paso que esta puso fuera de combate más de treinta indios. A las ocho prosiguió la expedicion su marcha al través del territorio de los enemigos, los cuales huyeron quemando sus ranchos y abandonando numerosos rebaños de carneros, cabras y bueyes, que la columna respetó. Durante los siguientes dias, los salvajes se contentaron con provocar á los exploradores, pero léjos del alcance de sus fusiles, hasta que, asombrados sin duda de que se respetaran sus ganados y ranchos, cesaron en su persecucion.

Esta consideracion guardada por M. Thouar y los suyos redundaba, sin embargo, en su perjuicio, porque los víveres que llevaba la columna empezaban á agotarse; pero convenia dar á los enemigos una leccion de superioridad á la vez que confirmarles los anunciados propósitos de paz y buena amistad que en su dia podrian dar provechosos resultados.

La marcha continuó unas veces por la orilla derecha y otras por la izquierda, y sin más incidentes llegó la columna el 11 de octubre al sitio llamado Caballo muerto, situado á los 24°20' de latitud Sur y 61°31' de longitud Oeste de Paris. Allí empiezan las inmensas llanuras pantanosas del bajo Pilcomayo: á uno y otro lado se extienden hasta perderse de vista pantanos inmensos, profundos, sobre todo en la orilla derecha, los cuales son continuacion de una serie de grandes lagos que en la izquierda se ven hasta cuatro ó cinco kilómetros de distancia. Las márgenes son muy bajas, y apénas sobresalen del nivel del agua.

La caballería de la columna iba ya en un estado deplorable, extenuada, hambrienta, porque los indios, imitando la táctica de los rusos cuando la invasion francesa de principios del siglo, incendiaban todo cuanto habia en el territorio que debia atravesar la columna, así ranchos como pastos. Era ya imposible seguir por más tiempo la corriente del Pilcomayo; así fué que los expedicionarios se encaminaron al Este, no quedándoles otra alternativa sino meterse en los pantanos, de donde jamás habrian salido, ó exponerse á morir de sed. Los indios no dejaron de seguirles por las praderas. El Pilcomayo se perdió enteramente de vista, dirigiéndose al Sur.

A los pocos dias no quedaba ya un buey para el consumo, y hubo que matar las mulas. La marcha se iba haciendo cada vez más lenta y difícil; por todas partes se extendia un dilatado mar de altas yerbas que empujaba á los exploradores al Es-nordeste. Estos habian perdido ya las fuerzas y el ánimo; y todos los dias iban dejando atrás caballos que no podian seguirlos. Tan sólo tenian carne de mula para sustentarse; de noche los acosaban manadas de jaguares que, juntamente con las intolerables nubes de mosquitos, no les daban punto de reposo: por otra parte, los indios seguian rodeándolos con un círculo de fuego; de suerte que sufrian los inaguantables tormentos del sueño, del hambre y de la sed. Tuvieron que cruzar grandes bosques de palmeras; iban casi todos á pié, y se vieron además en la precision de dejar por el camino todos sus bagajes, porque se iban quedando sin acémilas. El cansancio, el desfallecimiento apénas les permitian dar un paso, y para colmo de penalidades y contratiempos hubieron de cruzar á pié grandes pantanos con agua hasta la cintura; siéndoles de todo punto imposible tenderse, algunos trataban de dormir de pié, pero todos tenian las piernas hinchadas y devoradas por las sanguijuelas.

Despues de treinta y dos dias de fatigas y privaciones, despues de pasar por todos los grados del sufrimiento y de la desesperacion, llegó por fin la columna, el 10 de noviembre por la mañana, á un punto que sólo distaba legua y media del rio Paraguay, del cual la separaba una inmensa llanura llamada de Naro, á unas seis leguas al Norte de la Colonia Villa Hayes y á doce de la Asuncion. Ya era tiempo.

Un cazador de jaguares acudió en su barca al encuentro de los expedicionarios. El júbilo de estos fué inmenso: pálidos, macilentos, muertos de hambre, rendidos de cansancio, con los trajes hechos jirones, presenciaron entónces un espectáculo conmovedor: M. Thouar sacó del pecho una bandera francesa, y todos tributaron los debidos honores á las dos banderas que por primera vez acababan de atravesar las misteriosas regiones del Chaco, en las que yacen los restos de tantas víctimas generosas.

El gobierno del Paraguay se apresuró á poner á disposicion de los exploradores un cañonero que los condujo á la Asuncion.

Su mision quedaba terminada: la Geografía acababa de enriquecerse con nuevos datos acerca del curso de un gran rio y de la situacion topográfica de una comarca misteriosa y desconocida; pero estas ventajas no se habian conseguido sin tener que lamentar otra víctima sacrificada en aras del progreso, sin tener que deplorar la muerte de un individuo de la expedicion que, postrado, y sin fuerzas, se quedó rezagado, siendo pasto de los voraces jaguares.

La ciencia, como la guerra, ha producido siempre héroes, como la religion, mártires, y como la Providencia, bienhechores.

MANUEL ARANDA



RECUERDO DE ROMA, cuadro de Enrique Serra, adquirido por el Sr. Buxareu

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 26 DE MAYO DE 1884 — NUM. 126

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

VIOLANTE, HIJA DE PALMA EL VIEJO, celebrado cuadro de P. Bordone

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

VIOLANTE, retrato por Bordone

En nuestro número 123, á propósito de un retrato por Chaplin, decíamos cuán infundada era la opinion de los que daban poca importancia á esa clase de obras. Como argumento en nuestro favor, véase el retrato, que hoy publicamos, de Violante, la hija del célebre pintor Palma el Viejo, maestro del no ménos célebre Bordone. En esta obra es de ver cuán bien combinados se hallan el vigor y la delicadeza, la seguridad de la ejecucion y la suavidad de las tintas, dando por resultado un conjunto lleno de gracia y que recuerda al Ticiano, en cuya escuela se formó Bordone.

Nació este insigne artista el año 1500 en Treviso y en 1538 fué llamado á Paris por Francisco I que era gran amador de las artes. Pero ni el clima de aquella capital ni las ceremonias de la corte de Francia eran muy á propósito para hacer olvidar á Bordone el cielo de Italia y su independencia de artista. Regresó, pues, á su patria, residió especialmente en Milan y falleció á los 70 años de edad, con fama de ser uno de los primeros pintores de su tiempo.

Comparando el retrato ejecutado por Chaplin con el ejecutado por Bordone, se echa de ver la diferente manera de hacer del arte antiguo y del arte moderno, que obra con mucha mayor libertad y convencionalismo. Pero en una y otra manera de hacer cabe el verdadero arte, sin que, por ejemplo, el acabado de Rafael valga ni más ni ménos que el desenfado de Velazquez.

TEATRO DE LA ÓPERA EN BUDA-PESTH

Los pueblos que tienen la conciencia de su valer procuran dotar á sus principales ciudades de monumentos que, además de dar impulso al arte, sean permanente testimonio de su cultura y poderío. Los edificios monumentales de los pueblos son la historia de su grandeza y de su decadencia, de los sentimientos que han dominado en distintas épocas y de los afectos experimentados por los soberanos ó las asambleas que han regido sus destinos. Basta contemplar las ruinas de que está sembrada Grecia para comprender que los griegos fueron artistas por excelencia; basta hacerse cargo de las catedrales góticas de Europa para echar de ver que el principio religioso fué el imperante de la Edad Media; basta visitar esos palacios de las Mil y una noches llamados *Exposiciones*, y esas fábricas, templo del trabajo en todas sus manifestaciones, para reconocer que el siglo XIX es un siglo esencialmente industrial y no poco materializado.

Place, sin embargo, en nuestros tiempos, ver que las ciudades más importantes construyen famosos teatros que son orgullo de la localidad que los posee, y que, como el de Buda-Pesth, permiten al extranjero formar una ventajosa idea de la capital de Hungría. A nuestra manera de ver, la Iglesia, el Cementerio y el Teatro son los tres objetos que deben visitarse con preferencia: ellos, más que nada, nos dirán hasta qué punto un pueblo ama á Dios, al prójimo y al arte.

UNA HISTORIETA DIVERTIDA, cuadro por O. Erdmann

Cuando un asunto pictórico, insignificante de suyo, está tratado con la maestría en el dibujo y la destreza en el claro-oscuro que revela el lienzo de Erdmann, y cuando su reproduccion en el boj está ejecutada con la perfeccion sobrado notoria que el grabador Brend'amour imprime en todos sus trabajos, no es de extrañar que una lámina como la que lleva el anterior epígrafe cautive agradablemente la atencion y que nos obligue á dedicar á su contemplacion tanto tiempo como si se tratase de una obra de mayor estudio ó trascendencia. Basta el título para penetrarse perfectamente del asunto y hacer las consideraciones que la vista del grabado naturalmente sugiere, y bastan tambien las firmas de ambos artistas para comprender la aventajada ejecucion de una obra, frívola si se quiere, pero bellísima.

TRICICLO ELÉCTRICO DE ACUMULADORES

Hace pocos meses que ha circulado por las calles de Lóndres un triciclo comun modificado por los Sres. Ayrton y Perry y en el que la fuerza eléctrica se empleaba como medio de traccion, pero este nuevo empleo de la electricidad ha sido más bien un ensayo que una aplicacion práctica.

Basta examinar el grabado para comprender cómo funciona este triciclo. Suministra la fuerza eléctrica una serie de acumuladores Faure-Sellon-Volckmar de un tipo especial que ponen en movimiento un motor eléctrico capaz de desarrollar una fuerza de hasta tres décimos de caballo (22 kilográmetros por segundo), y que sólo pesa 18 kilógramos. Pone directamente en accion una de las ruedas grandes del triciclo: el viajero tiene á mano un conmutador con el cual puede variar á su placer el número de acumuladores puestos en circuito en la máquina, segun la naturaleza del terreno y la velocidad que desea imprimir al aparato, el freno y la palanca de direccion. Un amperemetro y un voltámetro colocados á su lado marcan á cada instante la fuerza eléctrica consumida (y ya se sabe que esta fuerza es igual al producto de los volts en las bornas por los amperes en el circuito). Por último, dos lamparitas Swan sirven á la vez de faroles reglamentarios y de alumbrado para los aparatos.

Es más que probable que este primer modelo sufra algunas modificaciones en lo futuro y que pronto veamos circular por nuestras calles algunos vehículos eléctricos más apropiados á su objeto.

LOS DESOLLADORES DE TÍMPANOS, cuadro por L. Neustaller

Para tratar asuntos sencillos y producir efecto con ellos, se necesita una verdadera fuerza de ejecucion, aparte de un estudio concienzudo de los tipos intentados reproducir. Así, por ejemplo, el asunto trazado por Neustaller no puede estar más desprovisto de interés, y sin embargo, su manera de hacer ha sacado de él un partido evidente. Esos traviesos chiquillos soplan con tal naturalidad y su intencion de mortificar á su jóven compañera está revelada con tanto acierto, que la vista se fija agradada en esta composicion sin pretensiones y que, á pesar de todo, revela los envidiables conocimientos de su autor.

Cañon para disparar cartuchos de dinamita

Esta máquina bélica consiste en un cañon de 40 piés de longitud por 4 pulgadas de diámetro, que dispara cartuchos explosivos de dinamita. Como agente propulsor y á fin de que no estallen los cartuchos dentro del cañon, se emplea, en vez de pólvora, aire comprimido, encerrado en un pequeño depósito que se adapta al extremo del tubo. El cartucho ó bala explosiva es de forma oblonga, y en su base tiene un cono de madera para servir de guía y evitar que el roce caliente el proyectil y su contenido; en la punta lleva una cápsula con materia explosiva que al dar contra cualquier objeto, inflama la carga de dinamita.

La fuerza, relativamente poco expansiva del aire, requiere para sacar todo el efecto posible, que el cañon sea de la longitud indicada.

Las pruebas que se han hecho con esta arma en el fuerte Hamilton cerca de Nueva York, donde se ha inventado, han dado por resultado, con un cartucho de dinamita de 2 pulgadas de diámetro, una fuerza de impulso de 500 libras por pulgada cuadrada; por cuya razon se calcula que con un cartucho de 4 pulgadas de diámetro resultará la fuerza balística igual á 2000 libras por pulgada cuadrada, lo que equivale á decir que un cartucho cargado con 100 libras de dinamita puede ser disparado á la distancia de 1 hasta 1 $^{1}/_{2}$ kilómetros con suficiente probabilidad de dar en el blanco. El arma es tan ligera que una lancha de 50 á 60 piés de eslora puede llevar dos de estos cañones para disparar cartuchos de 100 libras de dinamita. Además de su poco peso tienen la ventaja de poderlos desmontar y montar con poco trabajo, lo que facilita extraordinariamente su trasporte y manejo en todas las operaciones militares terrestres y marítimas.

Aguárdanse nuevos ensayos, principalmente respecto del empleo de otras fuerzas motrices además del aire comprimido.

FERRO-CARRIL SUBTERRÁNEO en Nueva York

La densidad siempre creciente de la poblacion de Nueva York y la extension misma de la ciudad han hecho necesario arbitrar medios de comunicacion siempre nuevos. No hace aún mucho tiempo que se introdujeron los ferro-carriles aéreos, pero han resultado demasiado lentos por sus frecuentes paradas y están sobrado distantes de los cruces de los ferro-carriles principales. Por otro lado, la calle principal, llamada de Broadway, que tiene cerca de 5 kilómetros de largo y es la gran arteria del comercio, no tiene suficiente anchura ni para un ferro-carril comun ni para uno aéreo. En tales circunstancias se ha proyectado el ferro-carril subterráneo que representa nuestro grabado, que tendrá cuatro vías y anchas aceras laterales más elevadas. Dos vías están destinadas al movimiento local de poca velocidad y muchas paradas, así como para los trenes de mercancías, y las otras dos para trenes de gran velocidad. El piso superior, es decir, la calle verdadera queda así reservada para los transeuntes y carruajes. Para ejecutar los trabajos sin interrumpir el tráfico, puesto que ha de desaparecer el espacio transitable de la calle actual para hacerlo nuevo sobre arcos de hierro que á su vez descansan sobre columnas robustas del mismo metal, se establecerá un pavimento interino, un metro más elevado que el actual, y movible, para desmontarlo cuando el trecho debajo de los dos pisos esté concluido, y llevarlo siempre más adelante hasta que cada calle quede concluida en toda su longitud. Este pavimento interino tendrá de 150 á 300 metros de largo. Calcúlase que los cimientos de las casas de Nueva York son por regla general más profundos que el nivel de la vía subterránea, pero si alguna que otra casa no llenase esta condicion, se subsanará de un modo ú otro semejante inconveniente. Así opina la comision de ingenieros encargada del exámen del proyecto.

El obstáculo más formidable es el coste, pero se confia en que el genio americano logrará allanarlo.

DOS CIEGOS

I

En los buenos tiempos aquellos en que era rey de España, por la gracia de Napoleon, su hermano José, no constituia la caza ejercicio muy usado en la Península. Ocupacion más grave que la de dar muerte á conejos y perdices entretenia las escopetas, que andaban por esos montes de Dios cargadas con bala y convertidas en fusil belicoso y anti-humanitario. Los ciudadanos que por temor se sometian al rey intruso, hubieron de entregar sus armas de fuego en la Casa-Concejo de sus respectivos pueblos, y los no sometidos usábanlas en la noble empresa de arrojar de nuestra bendita tierra á los señores gabachos. Así es que las perdices se morian de aburrimiento dentro de sus jaulas, tomando el sol ó escarbando la tierra, sin que un cazador las sacase á ver el campo; los conejos y liebres se multiplicaban entre los piés de los combatientes, de modo que causó asombro á Lord Wellington el gran número de estos doctos animalillos que vió en el Arapil grande de Salamanca; los ciervos y venados paseaban sus gentiles personas por la pacífica extension de sus ántes conturbados dominios, y las codornices emigradoras tornaban á su Africa, llevando en el pico la verde rama de emblemático olivo que la patria ensangrentada y doliente buscaba sin éxito por el desolado territorio de Bailen.

No faltaba, sin embargo, algun aficionado al gran placer de la caza que dando de mano á graves ocupaciones políticas, y cual si en nada tuviese el desenlace de la gloriosa tragedia, fuese una mañana hermosa de primavera por el polvoriento camino del Pardo, como quien se dirige hácia el cuartel de San Roque, puesto sobre un vigoroso caballo de campo, y seguido de seis ú ocho oficiales franceses, todos ellos vestidos de paño azul, con botas de cuero adobado, y cascos de reluciente metal en las cabezas.

Salió del Pardo esta lucida cabalgata á tiempo que el sol asomaba su rodela llameante tras las oscuras lomas del Guadarrama, que á lo léjos descubria sus escalinatas gigantescas de granito, sus rampas grandiosas de pendiente inaccesible, sus cresterías y granulaciones verrugosas en que la vegetacion muere, tratando en vano de subir aquellas cuestas y despeñaderos, agarrándose con las uñas de las zarzas, y con el reptador pié del musgo. En las afueras del pueblo cruzóse la cabalgata con un peloton de soldados franceses que vivaqueaban allí. Todos ellos se cuadraron al descubrir al jinete del caballo negro, y gritaron con voz becerril y aguardentosa:

—¡Vive le roy!

—¡Vive!—respondieron los de la escolta.

El real jinete, pues real era toda vez que así le llamaba la *Gaceta*, no contestó á la entusiasta salutacion de otro modo que espoleando al caballo, el cual tomó á media rienda el camino que conducia al monte y serpeaba entre un espeso tomillar, y cuya atmósfera llena de los aromas saludables de la sierra, animaba el deseo de penetrar en la espesura del rebollar vecino, donde mil urracos murmuraban no sé que chismes patrióticos, y huian á la llegada de S. M. deteniéndose cerca de él, como si los muy pícaros osasen burlar su voluntad omnipotente.

Su Majestad el rey José iba de mal humor, segun refiere el puntual cronista. Su ancha frente estaba contraida por las arrugas del disgusto, y su labio inferior, descolorido y muy delgado, dejábase morder por los reales dientes que eran blanquísimos y pequeños como de dama. Llevaba al descuido las riendas de la noble bestia, que usando con prudencia de su libertad, no salia de una mediana carrera, con que bien pronto ganó la entrada del monte.

Entónces el Rey intruso llamó á los de la escolta, que adelantaron sus caballos hasta emparejar con el de José, y éste dijo en aquel insinuante tono que le caracterizaba:

—¿Dónde vamos á cazar, Augereau?

Augereau, que iba á la derecha del Rey, caballero en un potro de fiera é inquieta cabeza, patas finas y crines recortadas, contestó refrenando al hermoso bruto, que irreverente trataba de adelantar á la real cabalgadura:

Sire, en el llamado Cuartel de las Aguilas. V. M. verá cuán agradable cazadero. La abundancia de reses mayores es grande en él. No es extraño, porque hace meses que no suena un tiro en toda la extension de esta finca de V. M.

—Si se exceptúan las de esos malditos guerrilleros, que á modo de langosta, surgen en asoladora nube por todas partes y se multiplican como los gusanos.

—¡Guerra de bandidos es la que hacen!—exclamó con indignacion Augereau, miéntras su caballo cordobés de pura sangre piafaba furiosamente, como si quisiese protestar del aserto de su jinete.

—¿Y las escopetas? preguntó el Rey.

—Aquí las trae uno de los de la escolta, repuso Augereau.

—Dadme una y retiraos todos. La caza, como la oracion, sólo tiene mérito cuando es individual. No saco gusto á este ejercicio si una turba de ojeadores me trae las piezas poco ménos que del rabo, diciéndome: «¡Mátelas V. M.!»

—Vuestra Majestad piensa en esto de otro modo que su augusto hermano el Emperador.

—Mi hermano es ménos cazador que yo, afirmó José con entonacion orgullosa.

Augereau detuvo su caballo, llamó á uno de la escolta que traia sobre la perilla del marcial aparejo varias armas de fuego, encerradas en sus ricos estuches de piel, y to-

mando una de ellas, puso el gatillo en el seguro, y dijo al rey entregándosela;

—Como V. M. guste. El bosque ha sido explorado préviamente y una guardia numerosa le rodea; de suerte que puede V. M. gozar con tranquilidad de esta hermosa mañana. Las guerrillas de bribones serranos andan por toda la comarca, pero aquí no han de llegar seguramente.

—¿He preguntado yo eso?—exclamó con enojo el Rey intruso, dando indicios en su pálido semblante de lo poco que le agradaba verse tratado de cobarde.

—Sire,—contestó Augereau bajando su confuso rostro hasta el nivel del cuello del caballo como para hacer una reverencia,—perdone V. M. si oficiosamente....

—Está bien, replicó con sequedad el Monarca espoleando su corcel, que se encabritó ántes de partir á galope, y haciendo piernas gallardamente, se separó de la escolta.

Augereau se acercó á los otros oficiales que se habian detenido. Uno de ellos dijo:

—Mal humor tiene hoy S. M.

—Malo,—añadió Augereau.—Como que ha habido carta del Emperador.

—Y segun costumbre, le dará esos consejos que él suele y que suenan á censura.

—Hoy es más grave la cosa. Yo he leido un párrafo de la carta. Le llama inepto.

—¡Inepto!—dijo el oficial que ántes habia hablado.

—¡Inepto!—replicó otro de la escolta.

Y la palabra *inepto* corrió de boca en boca en aquel corrillo de Martes cortesanos.

II

Su Majestad corrió todo lo que le vino en voluntad.

Su mal humor necesitaba algun desahogo y hallólo espoleando al potro, por cuyos relucientes ijares se escurrian las plateadas estrellas del acicate, ya húmedas de sangre.

De trecho en trecho aparecia detrás de algun chaparro ó matorral espeso la vistosa figura de un soldado de la Guardia Real, que presentaba su arma al monarca, gritando:

—¡Viva el rey!

—Así no es posible cazar,—pensó José con ira.—Estos bárbaros por guardarme á mí, ahuyentan la caza. Más valia no haber salido del Pardo y permanecer encerrado en aquella parodia de Versalles, recibiendo á esos enfadosos Consejeros de Castilla, que no me hablan de otra cosa que de los tapices, de su Moratin, de su Romero y de los frailes. ¡Maldecida generacion de Quijotes! ¡Voto al diantre, que ya me va cargando tan monótona sociedad!

En esto llegaba el Rey á un paraje donde desapareciendo súbitamente la espesa vegetacion de pinos, tomillares y lentiscos, comenzaba una gran calva desnuda de hierbas altas y llanísima como la palma de la mano, que se perdia á lo léjos en varias ondulaciones y declives. Un soldado de la Guardia Real estaba allí tieso, derecho, erguido é inmoble cual muñeco de palo, con su mosquete entre las manos y el morrion peludo en la cabeza.

El Rey le llamó.

—Acércate,—dijo, toma el caballo de la rienda y condúcele á la escolta.

El muñeco de palo perdió la inmovilidad de su apostura, y dejando caer el arma sobre el suelo, sostuvo al caballo miéntras echaba pié á tierra el rey José. Este examinó el oido de su escopeta y descendió por la limpia ladera con paso firme y seguro. Su traje le componian sombrero de fieltro negro, sin plumas, cintillos ni adornos, casaca azul con botones de oro y calzon verde que venia á acabar en la campana de una bota de charol armada de espuela de paseo. Unos guantes de ámbar remataban el adorno de la Real persona, que con la escopeta apercibida para hacer fuego avanzaba despacio, explorando el terreno atentamente. Mucho anduvo así. La mañana estaba apacible, el cielo despejado de nubes, quieto el aire y llena de los aromas campesinos la atmósfera. José, sin ser muy poeta, era accesible á los gratos sentimientos de la naturaleza bella, y acaso entónces al escuchar el pitido de alguna alondra que alzaba su vuelo cantando,

> Símbolo del poeta
> que cuando canta se remonta al cielo;

al aspirar el balsámico ambiente que exhalaban los tomillos, cuyas débiles ramas se estremecian como tiritando al menor soplo de aire, viéndose solo en medio de la campiña, sin Consejeros de Castilla aduladores; sin aquella corte de relumbron que le ajustó su hermano como se ajusta una compañía de cómicos, para que representase el papel de monarca, envidió la paz, el sosiego de su edad infantil; aquella casa de Córcega que habitaron sus antecesores, humildes y pobres. ¿Quién es capaz de percatarse de los misterios que encerraba entónces su alma, supeditada á impuestas obligaciones, abandonada por un momento, al sentirse libre de su enojoso freno?

Sentóse en un enorme tronco de sabina que abatió el hacha ó el rayo, y dejó á un lado la escopeta, apoyando la frente en las enguantadas manos. Así estuvo algun tiempo. Cuando alzó la vista del suelo, contempló delante de sí á unos cincuenta pasos de distancia, el espectáculo que más puede impresionar á un cazador. Eran tres gamos, que sobre un montículo cubierto de maleza pastaban tranquilos. Sus airosas cabezas se destacaban con arrogante elegancia sobre el fondo azul purísimo del horizonte. Bajábanlas para comer la dorada gramínea que alfombraba con su menuda vegetacion la ladera, y atentos á todo rumor, con las movibles orejas en movimiento continuo, y la lánguida pupila mirando al mismo tiempo á todas partes, suspendian el ejercicio de las mandíbulas de rato en rato, quedando entónces con los belfos llenos de hierba, en actitud observadora y temerosa. La caida de una hoja, el volar de un insecto, el graznido de la urraca, los alarmaban interrumpiendo su comida, que proseguia poco despues.

El Rey, sin apartar sus ojos de los gamos, buscó á tientas la escopeta; montóla sin mirar el gatillo; apuntó hácia el grupo de sencillos animales é hizo fuego. La detonacion resonó en la llanura, sin que un eco la reprodujese, y los gamos huyeron ilesos con la cabeza echada sobre el lomo y en vigorosa tension los músculos de sus nerviosas patas. Levantóse precipitadamente el Rey para cerciorarse de su torpeza y falta de tino, cuando á la derecha de un pequeño matorral, inmediato al montecillo donde estaban los gamos, se oyó una recia voz que decia con mucho temor y azoramiento:

—¡Eh, cuidado, que hay aquí un cristiano y le vais á acribillar con vuestros perdigones!

Al mismo tiempo salió de detrás del matorral un hombre altísimo y desgarbado, cuyo rostro curtido por el aire del campo, surcado de profundas arrugas y erizado de barbas, parecia carecer de toda expresion, como en efecto carecia, porque el tal hombre era ciego. Gran sorpresa produjo á Bonaparte la aparicion súbita é inesperada de tan extraño personaje, y más aún le suspendió su vestido, que era pobre, astroso y roto hasta frisar casi casi en la desnudez. Traia un burdo chaqueton de paño pardo con las mangas deshilachadas y raidas, calzon de pana agujereado hácia el sitio que por su propio nombre llamamos posaderas, polainas remendadísimas y sucias de barro, borceguíes gruesos y torcidos, y en la cabeza el casquete de piel que suelen usar los patanes de tierra de Madrid. Pendiente del cuello y reposando sobre la espalda del desarrapado viajero, veíanse un morral de lienzo denegrido y una guitarra con tantos agujeros de más como clavijas de ménos; su mano derecha esgrimia un garrote de ferrada punta con que apaleaba cruelmente el suelo al andar, para orientarse. El ciego introdujo en su ancha y desdentada boca los dedos índice y anular de ambas manos, y dejó oir un silbido penetrante. El Rey le miraba con cierta sorpresa.

—Llamo á mi burro,—dijo el ciego acercándose hácia donde por el ruido del disparo supuso él que se hallaba el cazador.—Por lo visto hay aquí cazadores, y como soy ciego, y no los veo, hasta que me han descerrajado un tiro, no sé el peligro que corro. Me marcho á otra parte.

Entónces el Rey dijo en el más correcto castellano que supo, y pronunciando despacio las palabras á fin de despojarlas de todo acento galo:

—Me alegro de que mi escopeta no haya hecho el flaco servicio de regarte de plomo las espaldas... Pero ¿qué demonios hacias ahí? ¿Ignoras que este monte es del rey, y coto vedado para los demás?

—¡Vaya, señor! -repuso el ciego.—Esto es del rey, pero como ahora no hay rey, porque el rey está en Bayona...

—¿En Bayona? ¿Y el rey José?

—¡Bah! ¡Bah! *¿El tuerto Pepe Botella?* Ni ese es nuestro rey ni lo será en la vida ningun francés pícaro.

—¿Tú has visto al rey tuerto?—preguntó festivamente Bonaparte.

—¡Señor! Vuesa merced se burla. ¿No sabe que soy ciego? ¿Cómo he de verle?

—Entónces, ¿quién te ha dicho que es tuerto?

—¡Toma! Eso lo dice todo el mundo. Tan tuerto es como su madre.

—Verdad es que su madre tenia dos ojos como dos luceros. ¡Mal quereis á ese pobre rey tuerto!

—¡Pobre! ¡Valiente tuno está el rey de copas! ¿Vuesa merced quiere enterarse de la nueva relacion que le ha sacado un grande poeta de Madrid? Aquí la traigo,—dijo el ciego metiendo la mano en el zurron y sacando un buen legajo de papeles groseramente impresos. En esta relacion lo ponen como no digan dueñas. ¡Bien merecido le está al que nos llama á los españoles fripones, que es una cosa así como bribones; se le dicen aquí las verdades del barquero!

El Rey oia sonriendo las lindezas que el ciego le ensartaba.

—Vamos, caballero, -añadió éste,—ya que por un tris no me ha convertido su merced en criba, cómpreme unos romances. ¿Quiere V. el *Romance del buen Ruy Diaz de Vivar?* Tambien habla de cosas de guerra, y trae la carta de Jimena Gomez, que empieza así:

> A vos, mi señor, el Rey
> El bueno, el aventurado,
> El magno, el conqueridor,
> El agradecido, el sabio,
> La vuesa sierva Jimena
> Fija del Conde Lozano,
> A quien vos marido disteis
> Bien así como burlando,
> Desde Búrgos os saluda
> Donde vive lacerando.

El ciego recitaba el romance con quejumbroso tonillo de escuela, en tanto que buscaba entre el monton de papeles la relacion del rey Pepe Botella de que habia hablado.

—¿Qué te parece á tí ese Cid del romance?—preguntó José.

—Que era lo que se dice un guapo mozo,—respondió con viveza el ciego;—pero hay quien le gana en guapezas y en bizarrías. Ahí está si no mi señor Empecinado, que no me dejará mentir, ó si no, cójame á Francisquete y á Mir... ó á Chambergo, que ellos solitos han matado lo ménos 1,000 gabachos. ¡Vaya unas despachaderas que tienen los niños! ¡Eso es matar, y no Napoleon, que necesita millones de hombres para conquistarnos! Aquí está el romance. Cójale V. y léalo, que es cosa buena. Mire aquí, que hay una estampa. Pero no, me he equivocado. Este es el *Paso gracioso de D. Napoleon Malaparte y D. Pepe el tuerto*, que trae al fin las *seguidillas lacrimosas de Murat, por el bachiller Carrasco*.

Empezaba á amostazarse el rey intruso con los patrióticos desahogos del ciego, y así, ántes de que le viniesen ganas de endosarle cuatro culatazos, lo cual hubiera sido criminal y bárbaro en demasía, quiso poner fin á la charla del Homero guadarramesco y le dijo:

—No, yo no quiero romances ni quiero desatinos. Toma esta moneda por el susto que te he dado, y vete de aquí ántes de que te sorprendan los guardas y te rompan la guitarra en los cascos.

Alargó el ciego la áspera mano, y el Rey depositó en ella una moneda de oro.

—Gracias, señor, que Dios os dé tanta salud como mal deseo á Pepe Botella.

En esto dejóse oir en los silenciosos ámbitos del monte un rebuzno pausado, grave y estrepitoso, digno de los regidores del cuento cervantino, y el ciego exclamó volviendo la cabeza hácia el lugar donde sonaba:

—Ven acá, alma de mi alma, luz de mis ojos, guia de mis pasos, sosten de mi persona.

Asomáronse, en efecto, por la vecina loma dos orejas puntiagudas y largas, una cabeza de burro huesuda y triste, y todo el burro, en fin, que á paso tranquilo mordisqueando aquí y acullá la hierba, se acercó al ciego. Montóle este con presteza, saltando sobre él ligeramente y despidiéndose del rey, enderezó la desmedrada y flaca bestezuela hácia el camino, miéntras cantaba:

> Anoche Pepe Botella
> Anoche se emborrachó,
> Y le decia su hermano:
> —Borracho, tunante, perdido y lairon.

Escuchóle el rey José, echóse la escopeta al hombro y se dirigió hácia el lugar donde habia dejado el caballo, murmurando:

—¡Pues señor, buen dia se presenta! Mi hermano me llama *inepto;* he errado un tiro á cincuenta pasos, y me he dejado tratar de borracho y tuerto por un ciego maldito.... Pero ¿quién está más ciego?... ¿él.... ó yo?

J. ORTEGA MUNILLA

EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS

POR DON RAMON FERNANDEZ DE MERA

(Continuacion)

El uniforme ejerce gran influencia en casi todas las mujeres de provincia, y Nemesia, que además sufrió á quema ropa algunas expresivas miradas, se sintió fascinada y atraida hácia aquel brillante hijo de Marte.

Debo omitir detalles inútiles. Damian Hurtado, que así se llamaba el teniente, no tardó en rendir la plaza bloqueada, tan predispuesta á una capitulacion. Desde las primeras entrevistas comprendió aquel que Nemesia queria vengarse de su marido, y como estaba con licencia temporal en Madrid y debia incorporarse pronto en Gerona á su regimiento, determinó apurar hasta el cabo aquella aventura, por lo breve poco comprometida.

Pero Nemesia se rindió con condiciones; el teniente debia arrostrar el riesgo de presentarse en el domicilio conyugal, porque ella no queria aventuras de tapadillo como una modista.

Buscaron un medio, y la circunstancia de haber estado Damian de guarnicion en Santiago le facilitó una carta de un amigo, natural de esta ciudad y que además era primo segundo de Nemesia.

El oficial, pues, se presentó en casa de D. Juan á hacer una visita á la señora de Castro de parte de su primo y de su tia. El viejo se alarmó un tanto, pero seguro de su sagacidad, esperó á que pasara ó descargase aquella nube con uniforme, y se entregó de lleno á sus aficiones escultóricas.

IV

La eterna trilogía del marido, de la mujer y del amante, siguió su curso acostumbrado. La historia de los dos amantes fué igual á la de todos, en la misma situacion. Primeramente, precauciones admirablemente tomadas, algunas citas en sitios bien escogidos; despues, y á consecuencia de la impunidad, descuidos, encuentros más frecuentes, y ménos precaucion con respecto al marido.

Como casi todos los sabios, D. Juan Castro veia poco de cerca, pero en cambio de léjos tenia una vista de águila. Una tarde, al volver del Museo á su casa, por el Paseo de Recoletos, vió á una mujer que daba el brazo á un militar; pero mediaba tanta distancia que no pudo adquirir la certeza, aunque sí la sospecha, de quiénes eran el amartelado galan y la enamorada dama.

Iba á seguirlos, pero la jóven pareja subió á un coche que se alejó rápidamente.

Al dia siguiente el jóven oficial hizo una visita á Nemesia, y al despedirse, D. Juan Castro tomó el sombrero y salió al mismo tiempo que aquel.



TEATRO DE LA OPERA EN BUDA-PESTH



UNA HISTORIETA DIVERTIDA, cuadro por O. Erdmann

Apénas embocaron por la calle del Barquillo, le dijo:

—Amigo mio, he recibido á V. en mi casa; V. es jóven y militar; yo, viejo y feo. Es natural que V. haga la corte á mi mujer que es jóven y agraciada; pero tambien lo es que yo vigile y lo impida. Creo haber visto á Vds. paseando por Recoletos en actitud sospechosa; pero hago caso omiso de este incidente, limitándome á rogar á V. que deje de visitar mi casa y de ocuparse de mi mujer, advirtiéndole que de no, los dos tendrán Vds. que sentir.... y no sonria V.; yo no soy jóven y nunca he tenido un sable en la mano, pero me valdré de otros medios que V. ni siquiera sospecha. Con que lo dicho dicho, separémonos en paz, no vuelva V. á mi casa, y mucha salud y ascensos.

Trascurrieron algunos dias sin novedad; el oficial se habia eclipsado.

Una mañana, al ir á entrar D. Juan en su casa, le dió una carta un mozo de cuerda que le esperaba, y una vez en su cuarto, la leyó aunque con alguna dificultad, á causa de la mala letra y peor ortografía.

La carta decia así:

«Mi estimado y antiguo amo: ésta sólo sirve para decirle que se ha casado V. con una.... que le engaña con un oficial. No necesitaba V. haberse molestado en traer de Santiago un género tan averiado, pues en Madrid abunda.

»Me parece que me explico.

»Mañana me marcho á mi pueblo á reunirme con el que va á ser mi marido, porque, aunque no soy jóven, he encontrado, sin embargo, un hombre honrado que cargue conmigo; pero como me precio de honrada, no le haré los regalos que á V. la suya, ni recibiré de noche visitas de militares que entren por las puertas de los callejones, abiertas con llaves falsas.

»Saluda á V. su affma.—*Micaela Estébanez.*»

V

Don Juan Castro rompió la carta en pedazos, con pasmosa tranquilidad. Su fisonomía continuó impasible durante la lectura y despues de ella; únicamente sus ojillos brillaban más que de costumbre.

—Tengo tiempo,—dijo sacando y mirando su reloj, y dirigiéndose hácia su laboratorio.

A las cinco de la tarde se sentó á la mesa á comer con su mujer.

—¿Qué habrá sido del teniente Hurtado?—dijo ésta.—Hace tiempo que no parece por aquí.

—Habrá ido á Gerona á incorporarse á su regimiento,—contestó D. Juan con la mayor naturalidad.

—Eso supongo, pero no me parece muy político despedirse á la francesa.

Don Juan pensó en si su mujer era simplemente idiota ó únicamente descarada.

Comió de prisa y se retiró temprano á su cuarto.

Cuando supuso que Nemesia habia hecho lo mismo, tomó de un hornillo un cogedor y le llenó de ceniza.

Salió al jardin que estaba muy oscuro por hallarse la luna en su último menguante.

Se cercioró de que habia luz en el cuarto de su mujer, y andando casi de puntillas, esparció la ceniza sobre la arena de una senda que desde la casa conducia á la puerta exterior del jardin.

Esta puerta daba, como ya he dicho, á un callejon sin salida, formado por la fachada del convento de las Salesas, y por una de las dos que tenia la casa de D. Juan.

Hecho esto, volvió á su habitacion, á través de cuya ventana entreabierta brillaban *resplandores químicos* como prueba de que el sabio hallábase entregado á sus trabajos y experiencias.

Se ignora lo que hizo D. Juan durante esta noche, hasta que un poco despues de las dos salió al jardin, y por medio de una linterna sorda reconoció la arena de la senda que ántes he mencionado.

Despues de este minucioso exámen, esparció la ceniza por varios sitios del jardin, y se volvió tranquilamente á su habitacion.

Al dia siguiente se levantó á su hora habitual; y algo más tarde oyó á su mujer que reñia á la criada, por haber dejado sus zapatillas al lado de la chimenea de modo que los bordes se habian llenado de ceniza.

Esta escena doméstica hizo sonreir á D. Juan, pero ¡con qué sonrisa! ¡Si Nemesia y el teniente le hubiesen visto!

El viejo acariciaba en su imaginacion una venganza; un psicólogo de seguro hubiéralo adivinado á la simple vista.

Hay rayos de luz tan intensa que traspasan la nube que los engendra.

Indudablemente pensaba en alguna venganza, pero venganza sin exposicion ni responsabilidad.

Nada de duelo ni de asesinato.

Don Juan Castro tenia organizacion de sabio y de artista; buscaba para satisfacer su encono una cosa nueva é ingeniosa; y meditaba en ella con pasmosa sangre fria y crueldad refinada.

Excusaba á Damian hasta cierto punto; pero no transigia con la miserable que le habia engañado.

No obstante esta diferencia de apreciacion, estaba conforme en vengarse de los dos.

Queria encontrar un medio que no dejase huellas, que no se rozara en manera alguna con el Código, y debia encontrarle pronto, ántes que el teniente se ausentase de Madrid.

El sabio alquimista estuvo durante dos dias pensativo y silencioso, revolviendo su laboratorio, examinando sus aparatos de química, tapando y destapando frascos.

¿Destrozaria á Damian, en el momento en que éste abriera la puerta del jardin, por medio de la explosion de una pila de Volta colosal?

¿Le asfixiaria, valiéndose de un gas deletéreo?

¿Le aplastaria bajo el peso de una enorme masa metálica, suspendida por la imantacion?

¿Le inundaria súbitamente con una de esas sustancias corrosivas, á cuyo contacto todo se deshace?

Todo era posible, pero exigia una exhibicion y colocacion de aparatos, que podian ser comprometidas

Por fin, despues de dos dias de cavilaciones, D. Juan Castro se frotó las manos en señal de satisfaccion.

Habia encontrado lo que buscaba.

VI

El resultado de sus meditaciones prueba el endiablado talento de aquel oscuro sabio que se habia adelantado á su país y quizá á su época.

Queria vengarse como marido ultrajado y castigar como verdugo y juez á un mismo tiempo, y para llegar á este resultado hacia caso omiso de la muerte ó de los tormentos de dos séres humanos.

Durante una semana D. Juan recibió bastantes visitas, habló en voz alta de nuevas y decisivas experiencias científicas, é hizo venir trabajadores que colocasen nuevos aparatos.

Todo esto tranquilizaba grandemente á los amantes, absorbidos en su devaneo con tanto más ahinco por cuanto, por causa de la ausencia de Damian, debia sufrir pronto un eclipse más ó ménos prolongado.

A últimos de semana el teniente se presentó en casa de D. Juan, preguntando por este que le recibió con cierto sobresalto, pues supuso que era una visita de despedida.

Eralo en efecto. El jóven militar dijo que, no obstante la cortés aunque injustificada prohibicion de D. Juan, creia de su deber despedirse de él y de su señora, á la cual profesaba la más respetuosa afeccion.

(Continuará)

LA FLAUTA

Este instrumento músico es de tan remota antigüedad, que se pierde en la noche de los tiempos.

No se sabe ciertamente quién fué su inventor, ni es posible averiguarlo, porque más que invencion del hombre parece obra espontánea de la naturaleza.

Los sonidos que produce el viento al chocar en los bordes de las cañas, ó de otro objeto cóncavo cualquiera, sonidos que resultan más ó ménos graves ó agudos, segun la forma y extension de las concavidades y con arreglo á la velocidad del viento, son fenómenos naturales.

Estos no pudieron ménos de ser observados con deleite por las gentes del campo, moradoras en los diferentes ámbitos de la tierra, las cuales, deseosas de gozar de tan agradables sonidos, cuando el aire en calma no los producia, cortaron cañas, y soplando en ellas, dieron orígen al instrumento que nos ocupa y á otros muchos de análogo fundamento.

Esta teoría no es nueva: dos mil años hace que la expuso el gran filósofo y elegante poeta Lucrecio en su célebre poema *De rerum natura*, diciendo:

Et Zephyri cava per calamorum sibila primum
Agresteis docuere cavas inflare cicutas.

Lo razonable de tal teoría se comprende sólo con recordar que de todos los pueblos antiguos, tanto de los más civilizados como de los más salvajes, hay memoria de flautas ó instrumentos análogos; y hasta en algunas tumbas del antiguo Perú, anteriores al descubrimiento de las Américas, se han hallado otros, ya en la forma de la *Siringa* ó *Flauta de Pan*, ó ya como los antiguos *caramillos* hechos de cañas ó de canilla de grulla.

De todo lo cual puede sacarse la natural consecuencia de que la flauta es obra del Sér Supremo, observada por muchos y muy diferentes hombres, y aplicada y perfeccionada por éstos, segun las aspiraciones más ó ménos artísticas de cada uno.

Así hallamos que los egipcios atribuian la invencion de la flauta nada ménos que á su dios Osiris, y que usaban de ella para las solemnidades del culto á Serapis en sus templos; de lo cual dan testimonio los antiquísimos bajos relieves, en los cuales se ven dibujadas muchas figuras en actitud de tocar oblicuamente un instrumento muy semejante á nuestra moderna flauta, al cual daban el nombre de *Sebê* ó *Sebi*.

Los griegos, tan fecundos en poéticas invenciones, atribuian la de la flauta á diferentes personajes; siendo tantas y tan varias las opiniones de los historiadores y los poetas, que no es posible llegar á una conclusion precisa y determinada.

Desde luégo hallamos al dios Pan, quien enamorado de Siringa, fué persiguiéndola hasta las orillas del rio Laon, donde la ninfa se convirtió en cañaveral, y luégo el dios, para conservar la memoria de su amada, cortó siete cañas desiguales, y uniéndolas con cera inventó el instrumento músico pastoril, que ha llegado hasta nosotros con el nombre de *Siringa* ó *Flauta de Pan*.

Del sátiro Marsias tambien se dice que inventó la *flauta recta*, por el estilo de la que hoy tenemos, llamada *flauta dulce*. La misma invencion se atribuye á la diosa Minerva, quien, estando muy preciada de su hermosura, al mirarse en el cristal de una fuente y ver lo fea que se ponia miéntras tocaba, arrojó el instrumento.

Tambien del frigio rey Midas se dice que inventó la *flauta oblicua*, y lo mismo se cuenta de Mercurio y de otros que seria prolijo enumerar, siendo la opinion más generalmente admitida la que da la preferencia á Midas, respecto al instrumento griego semejante á nuestra moderna *flauta travesera*, que es al que más particularmente me refiero en los presentes apuntes.

Si del campo de la fábula pasamos al de la historia, hallamos que los griegos tenian multitud de instrumentos de viento de la familia de la flauta, á cada uno de los cuales daban un nombre adecuado á su orígen, forma y extension, ó al uso especial á que era destinado. Entre ellos se contaba el *calamaulos*, muy semejante á la moderna *flauta dulce* ó *flauta de pico*, y el *plagiaulos* ó flauta oblicua, que puede ser considerado como el generador de la *flauta travesera* que hoy usamos.

Estos instrumentos se construian principalmente de cañas de Orchomenos, pueblo situado á orillas del lago Kopais en Beocia, cuyas cañas, para ser consideradas como *auléticas* ó buenas para flautas, habian de tener por lo ménos nueve años de desarrollo. Tambien se construian de boj, de maderas de loto y de laurel, de asta de ciervo, de hueso, de marfil, de cobre y hasta de plata. En el Museo Británico de Lóndres se conserva un antiguo *plagiaulos* original griego, que es de caña forrado con hoja de cobre; y, segun dice Filostrato, tambien los hubo forrados de oro.

Entre los etruscos era tambien usado dicho instrumento, segun atestiguan las muchas representaciones plásticas que se conservan de aquella época, y más particularmente una pequeña flauta oblicua de bronce con cinco agujeros, encontrada en un antiguo sepulcro de Toscana. Esta flauta se halla hoy en el referido Museo Británico.

Los antiguos romanos en sus conquistas no sólo se hicieron dueños absolutos de los pueblos, sino que se apoderaron igualmente de su literatura, ciencias y artes, trasladándolas á Roma y convirtiéndolas en latinas. Grecia, en particular, prestó á Roma sus conocimientos musicales, y con estos sus flautas, las cuales cambiaron su nombre genérico griego de *aulos* por el latino de *tibia*, del cual provino llamar *tibicines* á todos los tocadores de diversas flautas, los cuales constituyeron en Roma una especie de conservatorio ó cuerpo colegiado, al cual se dió grande importancia.

No obstante, entre los muchos escritores griegos y latinos que se han ocupado en este asunto, no hay ninguno que nos suministre con claridad los datos indispensables para conocer bien los pormenores de construccion ni el alcance artístico de cada una de las diversas flautas; y entre los historiadores musicales modernos se discute todavía sobre el particular, sin que podamos ahora sacar una conclusion precisa que resuelva tan importante cuestion. Lo único que puede decirse con fundamento, es que nuestra moderna flauta desciende por línea recta del *Sebê* de los egipcios, el *plagiaulos* de los griegos y la *tibia obliqua* de los romanos.

De la Edad media, á causa de las convulsiones y catástrofes que se experimentaron, no quedan documentos suficientes para juzgar del estado en que se hallaba la flauta: sin embargo, ya á fines del siglo XI se hace mencion en Alemania de un instrumento llamado *dulcis fistula* ó flauta dulce, y más tarde en Francia se nombra el instrumento *fleuthe*, *fleute*, *flauste*, *fleuste* ó *flaute*, que era de ocho ó nueve agujeros.

Del siglo XIII tenemos un documento fehaciente, de gran importancia y desconocido hasta ahora, que prueba que en España se usaba entónces la *flauta travesera*. Es una miniatura de uno de los códices de las Cantigas del rey don Alfonso el Sabio, cuya miniatura representa un jóven tocando dicha flauta; la cual en forma y dimensiones es casi idéntica á las que hoy se usan, y sólo difiere de éstas en que el tocador la tiene colocada á la inversa, es decir, hácia el lado izquierdo.

Guillermo de Machau, poeta y músico del siglo XIV, en su poema intitulado *Le Temps pastour*, hace referencia á las *flaustes traversaines* ó flautas traveseras, instrumentos que tenian seis agujeros.

En el siglo XV los soldados suizos que entraron al servicio del rey Luis XI de Francia, marchaban al compás del tambor y de una pequeña flauta travesera de metal con seis agujeros para los dedos y otro para la embocadura, á cuyo instrumento daban los nombres alemanes de *schweizerpfeife*, *feldpfeife* ó simplemente *pfeife*, en francés *fifre*, en italiano *piffero* y en español *pífaro*, *pífano*, ó *pito*, el cual, como instrumento músico militar, se ha usado tambien en España desde el año 1505 hasta nuestros dias: no obstante, la flauta civil (digámosla así) siguió en uso, como lo demuestra el inventario de los efectos que dejó Isabel la Católica, en el que figuran, entre otros muchos instrumentos, tres flautas de boj con guarniciones de laton.

Por aquellos tiempos parece que los alemanes empezaron á dedicarse con mayor ahinco al estudio de la flauta travesera, haciéndose en ello tan notables, que consiguieron que los franceses la cambiaran el nombre antiguo de *flauste traversaine* por el de *flauta de Alemania*; así al ménos se desprende del dicho de Rabelais, quien, refiriéndose á su célebre *Gargantua*, dice que «aprendió á tocar el laud, la espineta, el arpa, la *flutte d'Alemant*, etc.»

Indudablemente durante el siglo XVI adquirió en Alemania un gran desarrollo artístico la flauta, pero sin embargo es muy extraño que la obra didáctica más antigua que se menciona sobre tal instrumento no es alemana sino italiana, compuesta por Silvestre Ganassi del Fontego, con el título de *Fontegara, la quale insegna di suonare il Flauto*, publicada en Venecia el año 1535.

No ha llegado á mis manos este rarísimo y precioso libro; por consiguiente, no puedo afirmar si trata de la antigua flauta dulce, ó de la travesera, ó de entrambas; pero es lo cierto que durante el siglo XVI los alemanes ejercian una especie de monopolio en la construccion y uso de las flautas, esparciéndolas por el resto de Europa con gran abundancia.

La prueba de esto se halla en el inventario que se hizo en la Casa Real de España despues de muerto Felipe II, en el año 1597. En dicho inventario se anotan los muchos y ricos instrumentos de música de todas clases que habia en palacio, entre los cuales se cuentan nada ménos que *sesenta y ocho flautas y pífaros*, y hasta una especie de bajon llamado *contrabajo de flauta*. Estos instrumentos se dicen construidos de marfil con brocales de plata dorada, de boj con abrazaderas de plata, de madera leonada de Alemania con junturas de cuerno ó de laton, de varias piezas y de diferentes tamaños; por donde se viene en conocimiento de que tales flautas y pífaros estaban afinados en diferentes tonos, para formar cuartetos de tiple, contralto, tenor y bajo, de los cuales se hace mencion en libros de época posterior.

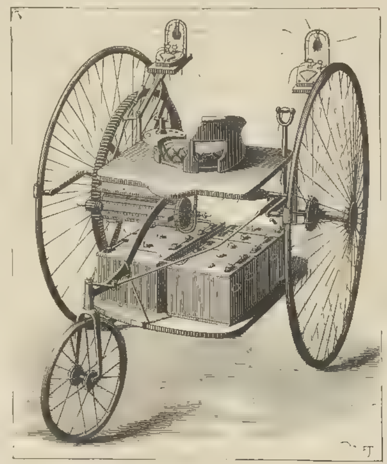
Con efecto, el célebre Pedro Cerone, en su voluminoso *Melopeo* dedicado al rey de España Felipe III, é impreso en Nápoles año 1613, trata largamente de los conciertos de flautas y de otros instrumentos, que eran frecuentes en diversas partes de Europa; y veintitres años despues el padre fray Marin Mersenne en su *Harmonie universelle*, libro famoso impreso en Paris, 1636, en folio, no sólo se ocupa en la misma materia, sino que hace una descripcion minuciosa de la *Fluste d' Allemand* ó flauta travesera, y del *Fifre* ó pito, diciendo que la flauta se construia de maderas de manzano, cerezo, boj ó ébano y tambien de vidrio y de cristal; da el dibujo de los instrumentos y las tablaturas y escalas correspondientes, en la extension de dos octavas y media para la flauta y sólo dos octavas para el pito, y añade por fin un *Air de Cour* en notacion musical, armonizado para cuatro flautas, escritas la primera ó tiple en llave de *sol*, la segunda en *do* en 2.ª, la tercera en *do* en 3.ª, y la cuarta en *fa* en 3.ª

Desde esta época en adelante empiezan los grandes y rápidos progresos de la flauta.

En la segunda mitad del siglo XVII aparece en Francia Luis Hotteterre, gran flautista, compositor de muchas obras, entre ellas un método intitulado *Principes de la flûte traversiere, ou flûte d'Allemagne*, publicado en Paris, sin fecha, en los primeros años del siglo XVIII.

La gloria que alcanzó este notable artista, fué bien pronto eclipsada por otro de la mayor importancia. El célebre aleman Juan Quantz no sólo fué un ejecutante de facultades extraordinarias, sino un compositor elegante y fecundísimo, y un artífice de gran inteligencia é inventiva. Cuando empezó á darse á conocer, como concertista, en diferentes pueblos de Europa, la flauta sólo contaba con una llave, y tenia tantos defectos, que impulsó á Quantz á fundar en Dresde, bajo su inmediata y exclusiva direccion, una fábrica de flautas, en las cuales introdujo grandes reformas, haciendo los agujeros en mejor lugar, con arreglo á las leyes de la acústica, añadiendo otra llave, inventando la bomba de la pieza superior, para regularizar la afinacion cuando el instrumento se calentaba, haciendo, en fin, lo que podríamos llamar una flauta nueva, y publicando además en Berlin el año 1752 un Método de su composicion para dicho instrumento, con arreglo á todas las innovaciones introducidas, cuyo método alcanzó la mayor popularidad en Alemania y en otras naciones. Quantz nació el año 1697, y fué maestro de flauta y favorito de Federico el Grande de Prusia, para quien compuso multitud de obras, que solian ejecutar juntos y que se han publicado en su mayor parte. Murió en 1773, dejando un recuerdo indeleble en la historia de la flauta moderna.

Hoy mismo, el viajero que visite el palacio de Potsdam, verá en el atril de música que usaba Federico II colocada una composicion de Quantz, que tal vez sea la última que tocó en la flauta el célebre monarca prusiano.



TRICICLO ELÉCTRICO DE ACUMULADORES

Sólo á título de curiosidad bibliográfica, pues no tiene importancia artística, citaré aquí un tratadito de flauta, que es, segun creo, el más antiguo en su clase que se ha publicado en España; su autor fué Pablo Minguet é Irol, y se intitula *Reglas y advertencias generales para tañer la flauta travesera, la flauta dulce y la flautilla*. Madrid, imprenta de Ibarra, 1754, pequeño en 4.° apaisado, con láminas de la tablatura de dichos instrumentos.

Lorenzoni publicó en Vicenza, 1779, en un tomo en cuarto su *Saggio per ben sonare il Flauto traverso*, que es obra importante para el arte y para conocer los progresos en la flauta que se hacian en Italia.

Otra obra de trascendencia, en la cual se trata del orígen de la flauta *con más llaves* y de la manera de remediar sus defectos, es la que compuso Tromlitz, con el título de *Kurze Abhandlung vom Flötenspielen* y que se publicó en Leipzig, 1786 y 1800, en 4.°

El escocés Gunn dió á luz su Arte de tocar la flauta alemana sobre nuevos principios (*Art of playing the german flute on new principles*), Lóndres, 1794.

El distinguido compositor francés Devienne, que al propio tiempo era un excelente tocador de flauta, dió mucha importancia á este instrumento, no sólo con el Método que publicó en Paris el año 1795, sino con el importante empleo que dió á la flauta en las orquestas. Del Método se hicieron traducciones á varios idiomas y fué muy estimado.

Otra obra excelente sobre la flauta travesera es la que Dauscher dió á la estampa en Ulm el año 1801.

Los profesores del mismo instrumento en el Conservatorio de Paris, Hugot y Wunderlich, publicaron su Método en 1804, y con él ejercieron grande influencia en los artistas de Francia y del extranjero.

Berbiguier fué un flautista y maestro muy popular, y su Método, publicado en Paris y en Leipzig el año 1819, así como otras muchas composiciones del mismo autor, han sido de gran utilidad para la enseñanza, no sólo en Francia y Alemania sino en España, donde muchos de nuestros mejores flautistas han seguido las huellas de aquel elegante maestro.

Llegamos por fin á la época de la gran trasformacion de la flauta. Sobre este asunto podria escribirse un libro, que no un artículo de periódico; pero como el presente va siendo ya demasiado difuso, procuraré concretarlo cuanto sea posible.

Por los años de 1826 al 27, el capitan suizo, llamado W. Gordon, que se hallaba de guarnicion en Paris y que era un gran aficionado y buen tocador de flauta, concibió el proyecto de hacer una reforma acústica y mecánica en el instrumento, dándole otras proporciones y facilitando la ejecucion de los pasos más difíciles por medio de unas medias lunas y varillas, unidas á las llaves, de manera que con un mismo dedo pudieran ejecutarse diferentes movimientos, áun los más impracticables en la flauta usada hasta entónces. Auxiliado por artífices de Paris hizo varios ensayos de su nuevo sistema, construyendo algunas flautas, que, sin embargo, no produjeron todo el resultado que apetecia.

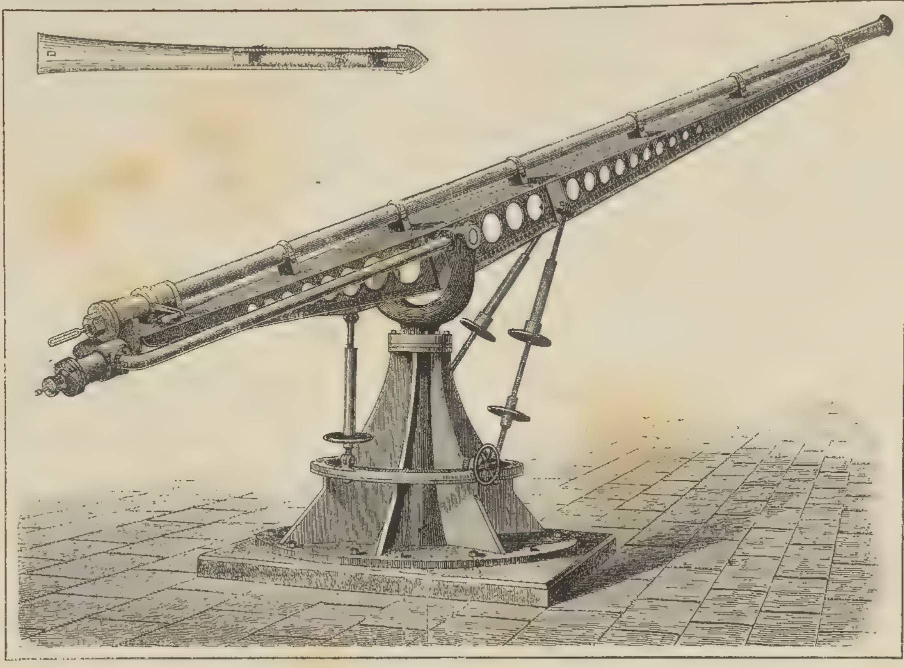
Al mismo tiempo, aunque á gran distancia de Gordon, se ocupaba en trabajos análogos un bávaro, el insigne concertista, compositor, fabricante y reformador de la flauta *Teobaldo Boehm*, cuyas innovaciones tenian muchos puntos de contacto con las del capitan suizo, si bien Boehm inventaba para la pulsacion el sistema de anillos que hoy se usa, y procuraba otras reformas más radicales en la parte fundamental ó acústica del instrumento.

Ambos inventores se encontraron casualmente en Paris, cuando cada uno trabajaba por su lado, y se comunicaron sus planes respectivos. Luégo Gordon fué á Munich en busca de Boehm, pero no pudieron ponerse de acuerdo para la amalgama de sus diferentes sistemas, y Gordon desesperado abandonó la empresa, dejando el campo libre á Boehm, quien empezó á propagar su nueva flauta por Alemania y Francia.

Llegada á conocimiento del célebre Tulou, éste la des-



LOS DESOLLADORES DE TÍMPANOS, cuadro por L. Neustaller



CAÑON PARA DISPARAR CARTUCHOS DE DINAMITA

triunfante Boehm, probando que no habia tal plagio y que él era el verdadero y único inventor de la flauta que lleva su nombre y del sistema de anillos de la misma, que luégo ha sido aplicado tambien á otros instrumentos.

El famoso fabricante belga Adolfo Sax tambien se ocupó en la mejora de la flauta, presentando en la Exposicion del año 1844 una con ciertas modificaciones que no alcanzaron gran éxito entre los artistas, los cuales prefieren más generalmente la flauta de Boehm. Este publicó en Maguncia el año 1847 un tomo en 8.° sobre la construccion de la flauta y sus nuevos perfeccionamientos, y el año 1849 aún seguia Boehm en Munich mejorando más y más su invento, el cual ya habia sido adoptado para la enseñanza en el Conservatorio de Paris y en otras muchas escuelas.

Desgraciadamente la flauta de Boehm es todavía de mucho coste, y por consecuencia, de difícil adquisicion para los artistas de escasa fortuna. Así es que no ha podido ser desechada por completo la flauta anterior, y generalmente se usa de las dos, segun las circunstancias. Para la de Boehm hay varios métodos de enseñanza, siendo los principales el de *Dorus*, el de *Camus* y el de *Krakamp*. Para la anterior, y áun para las dos, se emplean otros muchos, entre los cuales descuellan el de *Tulou*, el de *Devienne*, el de *Berbiguier* y el de *Walckiers*, sin contar la multitud de Estudios y de piezas excelentes que se han publicado y publican de continuo.

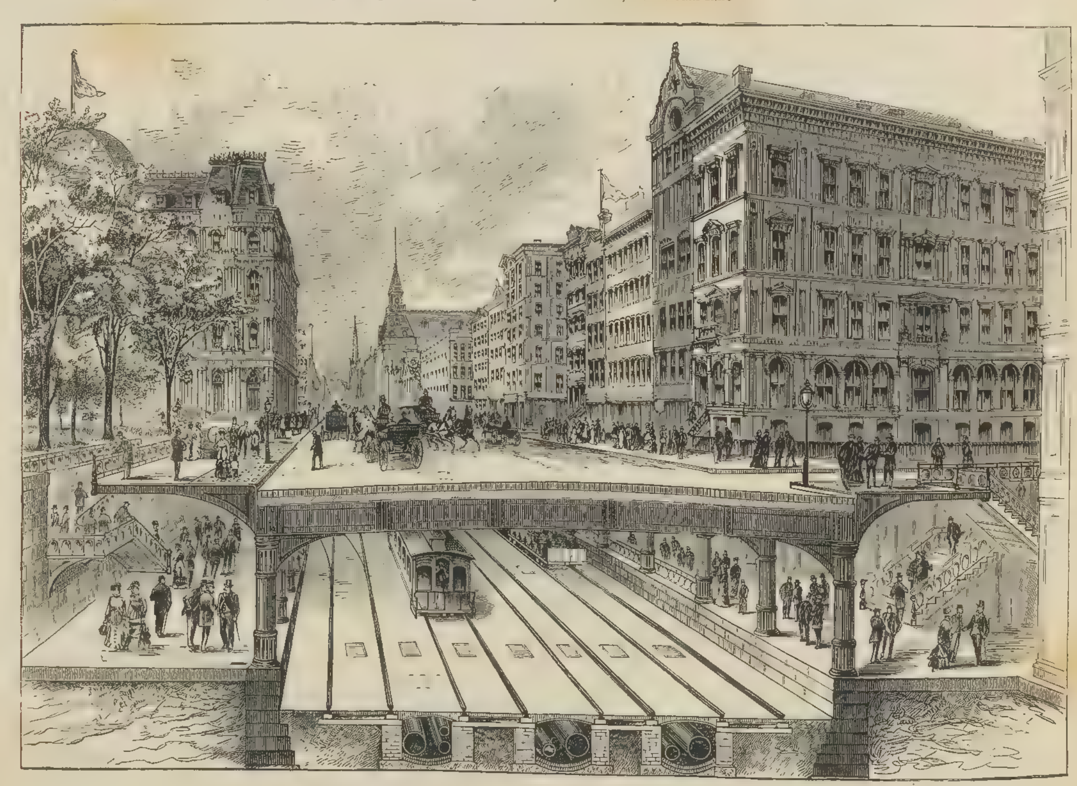
Hé aquí los datos más principales para la historia de la flauta, desde su orígen hasta la época presente. Me he decidido á recogerlos y publicarlos, en la persuasion de que los muchos aficionados al tal instrumento, y áun los artistas mismos que lo profesan, verán con gusto mi humilde trabajo.

FRANCISCO ASENJO BARBIERI

preció y nunca quiso adoptarla para la enseñanza de sus discípulos en el Conservatorio de Paris, si bien hizo por su parte algunas modificaciones en el instrumento anteriormente usado, modificaciones que hoy se conocen con el nombre de *Sistema de Tulou*.

Otro flautista ménos célebre, aunque muy distinguido, Víctor Coche, empezó á estudiar la nueva flauta, y no contento con esto, quiso mejorar la obra de Boehm, valiéndose de los auxilios del fabricante de instrumentos Buffet el jóven. El producto de estos trabajos fué la publicacion de un «Método para servir á la enseñanza de la nueva flauta inventada por Gordon, modificada por Boehm y perfeccionada por V. Coche y Buffet el jóven.—Paris, 1839.»

Traduzco del francés este título, para hacer notar más claramente el error ó la mala intencion en que incurrieron Coche y Buffet atribuyendo á Gordon el invento y poniendo en segundo lugar á Boehm, como si este hubiera sido un simple plagiario de las ideas del otro. De aquí nació una polémica muy animada, de la cual salió



PROYECTO DE FERRO-CARRIL SUBTERRÁNEO EN NUEVA YORK

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 2 DE JUNIO DE 1884 — NÚM. 127

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

JOSÉ DAVID, retrato por J. M. Marqués

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don V. Colorado.—NUESTROS GRABADOS.—EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS *(Continuacion)*, por don Ramon Fernandez de Mera.—EL 8.099, por don Adolfo Llanos.—LA MEJOR VICTORIA, por don U. Gonzalez Serrano.

GRABADOS: JOSÉ DAVID, retrato por J. M. Marqués.—LA CANTINERA, dibujo por J. R. Wehle.—MUERTE DE SÍSARA, cuadro por Ramon Tusquets *(Exposicion Parés)*.—EL MEMORIALISTA, cuadro por G. Wider.—UNA MEDIDA IMPORTANTE, cuadro por Guillermo Claudius.—ESTUDIO Á LA PLUMA, dibujo por B. Galofre.—LOS CACHORROS, cuadro por A. Eberle.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: EL AMOR EN LA ALDEA, cuadro por Bastien Lepage.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Introduccion.—Muerte del Sr. Gasset y Artime.—Exposicion de acuarelas del Sr Bosch -Inauguracion de la Exposicion de Bellas Artes.—Noticias teatrales.—Diálogos.

Existe una patología psíquica más grave y complicada que la fisiológica.

El dolor físico excita el organismo, altera sus funciones, las perturba y las destruye hasta ocasionar la muerte; el dolor moral produce dos efectos distintos; de un lado paraliza la actividad exterior, de otro acumula en el espíritu las ideas y los sentimientos que, faltos de movimiento y de forma, determinan el delirio, la desesperacion y la locura en las enfermedades crónicas.

El espíritu es entónces un sér enterrado en vida; la voluntad quiere y no puede; el sentimiento golpea nuestro pecho como el preso las paredes de su cárcel, y las ideas, impacientes por desbordarse, se olvidan de las palabras y estallan en lágrimas y en gemidos.

Mi buen amigo el Sr. Ortega y Munilla, en la imposibilidad de escribir con lágrimas y de expresar con ayes los sucesos faustos y alegres, solemnes ó triviales ocurridos en la quincena, me encomienda este trabajo que él habrá de proseguir tan luégo como el tiempo le dé fuerzas y resignacion suficiente para soportar el dolor que hoy le abate y domina.

***

La muerte del Sr. Gasset y Artime ha impresionado tristemente á todo el mundo.

La prensa de Madrid y de provincias ha consagrado á su memoria cariñosos recuerdos; á su entierro han acudido todos los literatos, políticos y periodistas más ilustres de la corte.

La muerte ha triunfado de las pasiones que separan y dividen á los hombres en la vida.

El Sr. Gasset, además de un talento práctico poco comun poseia una laboriosidad sin ejemplo y una incansable constancia, cualidades todas difíciles de hallar en un país tan soñador, indolente y tornadizo como el nuestro.

La obra del Sr. Gasset es *El Imparcial*, periódico que ha enseñado á leer á muchas gentes y que, en las grandes crísis políticas, ha influido poderosamente, en casi todos los ánimos, en nombre de la razon, de la justicia y de la patria.

Así lo reconocen hoy los mismos que eran ayer sus adversarios y enemigos.

Para vencer es preciso morir.

***

En los artísticos salones de D. Pedro Bosch se ha improvisado una Exposicion de trabajos artísticos destinados á formar parte de dos álbums que el Sr. Romero Robledo dedica á S. M. doña María Cristina y á S. A. I. Federico Cárlos.

Los pintores españoles han llevado á esta obra los ricos y preciados frutos de su peregrino ingenio.

Acuarelas, óleos, sepias, tintas chinas y dibujos á pluma y á lápiz figuran en esta coleccion que es un verdadero museo de glorias y celebridades artísticas contemporáneas.

¡Qué variedad de asuntos! ¡qué riqueza de dibujos y colores! ¡qué diversidad de estilos! ¡cuántas reputadas firmas!

Un diputado de la oposicion, al ver entre las acuarelas los nombres de algunos pintores que han pasado á mejor vida, exclamó haciéndose cruces:

—Ese hombre es el mismo diablo; ¡pues no ha hecho pintar á los muertos! ¡Mucho me temo que, en esta legislatura, le hayan de oir los sordos!

***

La apertura de la Exposicion de Bellas Artes se ha verificado con toda solemnidad; han asistido SS. MM. los reyes, SS. AA. las infantas, los ministros de la Corona, las altas dignidades de Palacio, el Cuerpo diplomático y muchas y hermosas damas de la nobleza.

El arte tiene el dichoso privilegio de atraer todas las majestades de la tierra y dominarlas con su inefable encanto.

El sentimiento y la belleza son los mayores tiranos del mundo; una mirada, una caricia, un beso rinden la más firme voluntad y la disponen á orillar las empresas más difíciles y á vencer los obstáculos más insuperables; por esto en la familia como en la sociedad, los hombres son siempre el poder ejecutivo y las mujeres el legislativo.

Ellas mandan y gobiernan así en la tierra como en el cielo; sin Margarita y doña Inés, Fausto y don Juan no hubieran franqueado las puertas del Paraíso.

El local de la Exposicion de Bellas Artes presenta un aspecto magnífico; se compone de catorce salas laterales y una central.

En sus muros hay más de ochocientas obras expuestas.

El amor, la guerra, el martirio, la leyenda, el drama, la religion y la patria sirven de asunto á todas ellas.

Los colores, como las notas del pentágrama, con ser tan reducidos no se agotan ni repiten jamás.

Para un hombre de ciencia la naturaleza se divide en tres reinos solamente: mineral, vegetal y animal; para el artista, estas tres unidades, se desenvuelven y multiplican en infinitas formas siempre grandes, siempre bellas y siempre nuevas.

Y es que la ciencia diseca y el arte vivifica; aquella analiza y este ama; la una enumera y el segundo crea; la ciencia dice: *es*, y el arte exclama: *sea*.

Entre los cuadros de la Exposicion pueden designarse como notables el *Expoliarium* de Luna, composicion de una realidad aterradora; monton de carne muerta, restos de gladiadores en cuyos rostros se ven las espantosas muecas de la agonía y largos regueros de sangre que manan de los desgarrados miembros.

Tiene este cuadro efectos de luz que aumentan la lobreguez del asunto infundiendo pavor y miedo al ánimo de quien lo mira.

La ejecucion es osada y valiente; el jóven artista filipino ha manejado el pincel como un puñal y hecho de su paleta una trágica carnicería.

Contrasta con este cuadro del género naturalista otro de Muñoz Degrain de asunto legendario y que representa la poética catástrofe de *Los amantes de Teruel*, cuyo título lleva.

La concepcion aunque basada en la relacion de un antiguo manuscrito (1600) que se conserva en el Archivo municipal de Teruel, es originalísima y está desempeñada con grande acierto y bizarría.

El fondo de este cuadro es una iglesia á través de cuyas ventanas penetra débilmente la luz del dia; Diego yace en el féretro sobre el cual acaba de espirar la desdichada Isabel; varios sacerdotes en el altar y en el coro y algunos fieles en el centro de la nave componen el resto de esta obra.

La actitud, el gesto y la expresion de las figuras, revelan y dicen, á la primera ojeada, las dramáticas pasiones que han producido tan tierna como dolorosa escena

Tiene tal atractivo, inspira tal simpatía y se adivinan tales cosas en el lienzo de Degrain que, tanto como en el de Luna atemoriza y aterra, se ama en este otro la muerte.

Mucho me temo que este cuadro, dado el espíritu romántico de nuestra raza, induzca al suicidio á los amantes como en otro tiempo Espronceda arrastró en su desesperacion á muchos poetas imberbes.

***

El Mercader de Venecia ha proporcionado un nuevo triunfo á Rossi.

La escena del Tribunal, en el quinto acto, la hace á maravilla; el público muy escaso; prefiere las corridas de toros.

Segun se dice, María Tubau no formará parte de la compañía de la Comedia en la temporada próxima.

Lo siento, porque, tan notable actriz, es una figura necesaria en aquel cuadro, como éste es imprescindible para ella.

Este rompimiento tiene todas las apariencias de un divorcio, en el que se consigue la separacion de los cónyuges, pero no la felicidad de ninguno de ellos.

Una sociedad de autores dramáticos ha intentado tomar en arriendo el teatro Español.

La idea en principio me parece excelente, tan excelente como deplorable en la práctica; afortunadamente ha fracasado apénas proyectada; es la primera vez que en España no se realiza un mal pensamiento á pesar de la tenacidad de sus promovedores.

¡Y luégo dirán que la naturaleza tiene horror al suicidio!

***

Los forasteros que vinieron á Madrid con motivo de las fiestas de San Isidro van regresando á sus provincias.

Me figuro las conversaciones que tendrán con sus amigos y parientes.

—¿Qué teatro ha visto V.?

La Alhambra.

—¿Es bonito?

—Muy bonito.

—¿Qué comedia pusieron?

Bocaza.

—¿Y qué es ello?

—Una música extranjera que no hay cristiano que la entienda.

—¿Asistió V. á la apertura de las Córtes?

—¡Pues ya lo creo!

—Y, ¿qué hubo?

—¡Qué quiere V. que hubiese! Lo que en todas las *apreturas*; empellones, codazos y patadas.

—¿Hay muchas Exposiciones en Madrid?

—A puñados.

—Y ¿cuáles son las principales?

—Pues, mire V.; en Madrid la principal exposicion para el forastero es... la del timo.

V. COLORADO

NUESTROS GRABADOS

José David, RETRATO POR J. M. MARQUÉS

Por quinta vez el público de nuestro *Liceo* aplaude en el escenario de tan reputado teatro al bajo profundo José David, cuyo retrato insertamos en el presente número de la ILUSTRACION ARTÍSTICA.

David es un cantante de reputacion universal, es el gran intérprete de las sublimes creaciones de Meyerbeer, es el artista consumado en cuya corona han depositado hojas inmarcesibles lo mismo París que San Petersburgo, lo mismo Nueva York que Madrid, lo mismo Roma que Barcelona, en donde ha llenado cumplidamente el vacío que dejara el inolvidable Vialetti.

A David aguardan aún muchos triunfos, pues cuenta apénas 48 años de edad (nació en Marsella en 1836); mas donde quiera que los aplausos de un público entusiasmado premien su talento de cantor dramático, estamos seguros de que su pensamiento ha de volverse con fruicion á ese escenario de nuestro Gran Teatro, en donde *Beltramo* y *Marcelo* han obtenido ovaciones de esas que nunca olvidan los hombres de corazon.

La cantinera, DIBUJO POR J. R. WEHLE

Hay en esta figura una ejecucion feliz. La expresion del semblante es de un candor dudoso, cual conviene al oficio de la niña; la actitud es natural y el todo está tratado con holgura.

La cantina no es precisamente la taberna española; y por lo mismo la cantinera no puede ser un adefecio arruinado por los años y las libaciones. La moza de Wehle, jóven y no mal parecida, es una flor que se agosta tempranamente por falta de ambiente sano, una inteligencia que empieza á atrofiarse por carecer de cultivo, un corazon que se seca porque no hay un alma piadosa que renueve el jugo de sus sentimientos.

Su presente es triste; su porvenir poco risueño...

Hay en su rostro cierta tristeza que parece un presentimiento.

La cantinera es un dibujo sencillo que se presta á un mundo de comentarios.

Muerte de Sísara, CUADRO POR RAMON TUSQUETS (Exposicion Parés)

El cuadro de nuestro paisano Tusquets que publicamos en este número, es sin disputa la obra de mayor aliento de las exhibidas en la última exposicion barcelonesa. Sin negar que en toda clase de composiciones pictóricas cabe llegar á la sublimidad del arte, ello es cierto que los cuadros de historia, cuyo asunto á puro levantado raya en lo épico, ofrecen dificultades de ejecucion complejas y para vencer las cuales se necesitan fuerzas y talento de primer órden. Siendo deber del pintor aproximarse todo lo posible á la verdad, la primera de esas dificultades es encontrar dónde estudiar esa verdad aplicada á unas pasiones y á unas escenas que salen del comun de las escenas y de las pasiones. Esa dificultad la suple el genio, no copiando aquello que no existe, sino concibiendo la verdad tal como debió ser en el asunto que se propone representar.

El Sr. Tusquets ha dado en la *Muerte de Sísara* una prueba más de que no se arredra ante esas dificultades; y por cierto que sus fuerzas no le hacen traicion y que si concibe con grandiosidad, ejecuta con singular energía Quizás la crítica pudiera hacerle presente que tratándose de la *Muerte de Sísara*, la figura del general cananeo tiene poca importancia en la composicion; quizás algo pudiera advertirse respecto á la actitud un poco forzada de Jahel; pero esas pequeñas observaciones, que no merecerian la pena de hacerse en un cuadro de menor importancia y á un artista que no estuviese á la altura del señor Tusquets, apénas influyen en el valor de una obra que bastaria para formarle una reputacion, áun entre el escaso número de pintores que, desdeñando, digámoslo así, el idilio y la comedia casera, buscan en la tragedia los asuntos adecuados á la potencia de su talento.

El memorialista, CUADRO POR G. WIDER

Hay en este cuadro intencion y verdad. El tipo del memorialista, confidente de un sin fin de dramas de cocina, y el de la niña que acude cándidamente á implorar los auxilios de la literatura callejera, están tratados con fidelidad y soltura, produciendo el conjunto una impresion agradable.

El memorialista, como le llamamos vulgarmente, por más que se le pasen los meses sin ensuciar un pliego de papel sellado, es propiamente el secretario de los amores de las niñas á quienes les estorba lo negro, y tambien es el encargado de una contabilidad misteriosa que no lleva *Diario* ni *Mayor*, pero merced á la cual las *fámulas despreocupadas* ajustan las cuentas con una exactitud digna del primer tenedor de libros.

El doble carácter de los trabajos del memorialista imprime á su continente ciertos rasgos de tornasol, gracias á los cuales unas veces toma su rostro el aspecto de un trovador trasnochado, otras veces el de un petardista en activo servicio. Es una figura difícil, pero que el autor de nuestro cuadro ha aproximado á la verdad con buen talento.

Una medida importante, CUADRO POR G. CLAUDIUS.

De cuantos despotismos se ocupa la historia, uno solo se ha perpetuado á través de los tiempos; el despotismo de la moda. Cayeron los Faraones de cuya fuerza dan testimonio las Pirámides; cayó Alejandro para quien las pa-

labras gran triunfo eran sinónimo de gran guerra; cayeron los romanos despues de haber sido los señores del mundo; y cayeron sucesivamente los bárbaros y los árabes y Gengis y Cárlos V y Napoleon y cuantos hicieron de los hombres el juguete de su ambicion... Unicamente la Moda, únicamente este déspota que tiene á sus órdenes ejércitos de sastres y de modistas, puede vanagloriarse de haber impuesto su ley á través de los tiempos y pasando por encima de las ruinas de todos los imperios.

Ante los ministros de ese autócrata doblegan su orgullo los varones más encopetados y las damas más exigentes, y el acto de tomar la medida de un fraque ó de probar un vestido de baile, reviste la mayor gravedad áun para las personas más entregadas á la ciencia ó más engolfadas en las trascendentales combinaciones de la diplomacia.

Así no es de extrañar que los personajes de nuestro cuadro desempeñen sus funciones con la importancia que el caso requiere, pues á despecho de esa ponderada seriedad de nuestros abuelos, quizás rendian á la moda un tributo más exagerado que los soporíferos *dandys* de nuestros dias.

Estudio á la pluma. POR B. GALOFRE

Siquiera la comparacion que vamos á hacer sea algo prosaica, diremos que á los buenos artistas les pasa otro tanto que á los buenos cocineros. No necesitan éstos precisamente faisanes y salmones para condimentar manjares apetitosos; ni el artista deja de revelarse en el trabajo más insignificante. Cualquiera que se fije en esas plumadas de Galofre, cualquiera que examine la facilidad, ó mejor, la seguridad con que han sido apuntados esos animales cubiertos de polvo, abatidos por la fatiga, y pensando, sí señores, pensando en lo distante que se halla aún el pesebre; dirá sin duda alguna: Aquí se ve la mano de un artista.

Los cachorros. CUADRO POR A. EBERLE

Hay obras de arte que, áun prescindiendo de su mayor ó menor mérito, son altamente simpáticas, bien por su asunto, bien por la manera de ser tratado, bien por ambas circunstancias á la vez. Esa impresion simpática que, aparte las condiciones artísticas de una obra, nos produce íntima satisfaccion al contemplarla, determina cierta comunidad de afectos entre los personajes de un cuadro y el curioso que lo contempla.

Así, verbigracia, la vista del cuadro de Eberle, de asunto hasta trivial si se quiere, nos hace participar de las inocentes delicias de esa madre, para cuyos hijos es un acontecimiento la cría de unos cachorros que casi casi forman parte de la familia. La perra conoce de ha mucho tiempo la buena amistad que la profesan sus jóvenes amos, á quienes sin reserva confía su prole; al paso que los tiernos pachones, ménos prácticos del mundo, parecen adivinar en el hombre á su futuro tirano y no se resuelven á abandonar la protectora sombra de su madre.

La escena está bien comprendida, el grupo bien formado y los personajes, incluyendo en ellos los perros (con perdon sea hecho), demuestran el estudio de un natural que, á puro serlo, no parece estudiado. Hé aquí la mejor condicion de esa obra, ser un modelo de verdad.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

El amor en la aldea. CUADRO POR BASTIEN LEPAGE

A la vista de esta composicion recordamos involuntariamente los cuadros del malogrado Courbet. Indudablemente es bien dibujada, indudablemente las figuras son expresivas, indudablemente el paisaje es natural; pero á todas estas condiciones indudables, nos parece que pudiera añadirse otra que es un realismo excesivo, una falta de poesía, algo, en fin, que nunca está de más, cuando del amor se trata, por más que ese amor sea el de unos rústicos campesinos.

Porque, una de dos; ó el asunto se ha de tratar realistamente y entónces ¡adios mision del arte! ó el autor ha creido que esa muchacha tosca, excesivamente tosca, cumplia á las ilusiones que cada enamorado se forma del objeto de su predileccion. En el primer caso, creemos que se ha padecido un error de concepto; en el segundo caso un error de forma.

Esto no impide que el cuadro de Lepage tenga circunstancias muy recomendables y que los partidarios de la verdad ante todo puedan calificarlo de obra notabilísima. La ILUSTRACION ARTÍSTICA podrá tener predilecciones de escuela, pero ha de admitir todos los géneros, ménos el género malo.

EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS

POR DON RAMON FERNANDEZ DE MERA

(Continuacion)

El sabio al oir hablar de despedida se estremeció, temiendo que podian ser inútiles todos sus preparativos de venganza; pero se tranquilizó un tanto, suponiendo que el galante conquistador no dejaria de venir á despedirse privadamente de Nemesia.

—Despídase V. de mi mujer, amigo mio,—le dijo;—una cosa es que yo prevea consecuencias probables y otra el ser ridículo como un marido de comedia. Buen viaje, y cuente conmigo para cuanto se le ofrezca.

No podia desechar del todo su inquietud, temiendo ver frustrados sus planes; pero por ciertas señales y miradas que mediaron entre los dos amantes en el momento de la despedida, el sabio adquirió la certeza de que no se separaban por última vez.

Cuando despues de despedir al teniente volvió á su cuarto, encontró sobre su mesa una carta que acababan de traer. Era de un primo de Nemesia, anunciándole que el tio de esta habia muerto repentinamente de una apoplejía fulminante, y suplicándole que se lo participase á su prima con las debidas precauciones.

Don Juan no pudo ménos de sonreirse; ¡precauciones para con Nemesia á quien lo mismo importaba su tio que la memoria del gran Tamorlan de Persia!

Despues de pensarlo, determinó no hablar á su mujer de la carta recibida, pues podia ser tan hipócrita consigo misma que desistiese de su cita de despedida con su amante.

Aquella tarde la comida fué más silenciosa que de costumbre; ambos cónyuges estaban preocupados.

Llegó la noche. D. Juan hallábase encerrado en su laboratorio prestando atencion á todo ruido que provenia de fuera.

A la una salió al jardin, provisto de una linterna sorda, como otra vez con idéntico motivo.

El tiempo le favorecia; grandes nubes otoñales encapotaban el cielo.

Examinó las huellas estampadas en la arena de la senda, y respiró con satisfaccion.

Entró en la casa, subió al piso principal, pasó por delante de la puerta del cuarto de su mujer, y penetró en una pieza deshabitada, sólo separada de aquel por un tabique medianero.

Este, en cierto sitio, estaba horadado hasta junto al papel que cubria las paredes de la habitacion inmediata.

Don Juan escuchó y luégo volvió silenciosamente á su laboratorio en donde tomó un globo de cristal, cuyo afilado cuello terminaba en un tubo de goma, y trasladóle con grandes precauciones á la habitacion ántes mencionada.

Sacó del bolsillo una lanceta muy larga que se doblaba y desdoblaba por la mitad, rompió el papel del cuarto contiguo, aplicó el tubo al agujero, y oprimió aquel con sus dedos como para vaciarle de alguna sustancia.

El pérfido gas se esparció lentamente por el cuarto de Nemesia, exhalando un olor tenue y enervante, pero agradable al mismo tiempo.

VII

Trascurrieron algunos instantes.

Don Juan retiró el tubo, bajó al piso bajo á cerciorarse de que la criada dormia, y volviendo á subir, alzó el picaporte de la puerta del cuarto de su mujer.

La puerta no tenia llave, y sí cerrojo, que estaba echado; pero como D. Juan habia tenido la prevision de falsearle, fué un obstáculo que cedió sin gran esfuerzo.

Entró, pues, en el cuarto de Nemesia, abrió la ventana, y se aplicó á la nariz un pañuelo impregnado en una sustancia que sin duda era antídoto contra la asfixia.

A la luz de un quinqué, próximo á apagarse, vió á los dos criminales tendidos en un sofá y enteramente privados de sentido.

Acercóse á ellos y les tomó el pulso.

Hecho esto, como todo lo tenia previsto de antemano, disimuló con un nuevo pedazo de papel del mismo dibujo el agujero que habia hecho en el que cubria las paredes; volvió á la pieza contigua, tomó uno de esos carros de mano que sirven para la locomocion de las personas impedidas, y cuyas ruedas estaban cubiertas de tela para evitar el ruido, y en él trasladó á su laboratorio primeramente al teniente y despues á Nemesia. Cerró el cuarto de esta, y se encerró con sus dos víctimas en su pieza de trabajo.

Las maderas de las ventanas del laboratorio estaban cuidadosamente cerradas.

Algunas lámparas en forma de globo aclaraban tenuemente la habitacion consumiendo un líquido claro y límpido.

Sobre un gran hornillo atestado de lumbre habia un recipiente en forma de baño en el cual cabia holgadamente una persona y que estaba lleno de otro líquido en ebullicion.

Veíanse por todas partes instrumentos raros, gruas de donde pendian cuerdas, pilas eléctricas de todas dimensiones, vasos de barro y de porcelana, hilos conductores cubiertos de gutta percha que se asemejaban á culebras erguidas, grifos gigantescos dispuestos á asir su presa; en una palabra, mil cosas y objetos sólo conocidos del sabio D. Juan Castro.

Tomó este un largo cordon hecho de seda y de un metal flexible que tenia la consistencia de una cadena de hierro, y ató al teniente por medio de numerosas y complicadas ligaduras, dejándole enteramente agarrotado; ni la fuerza de un elefante hubiera bastado para deshacerse de aquellas sólidas prisiones.

Tomó otro cordon é hizo otro tanto con Nemesia.

A no ser por su respiracion un tanto fatigosa, ambos parecian muertos.

Don Juan, no sin trabajo, tomó como un fardo el cuerpo de Damian y le dejó caer sobre una tarima próxima al recipiente.

Luégo aplicóle á la nariz un pomo.

El teniente abrió los ojos é intentó moverse.

Don Juan miró al reloj de pared que habia en el laboratorio, y despues de algunos minutos dijo:

—No tardará en pasar el síncope.

Y al pronunciar estas palabras tapó la boca á su víctima, por medio de una mordaza artísticamente confeccionada.

Despues de algunos minutos más, volvió á murmurar:

—Ya es tiempo: está despierto.

VIII

En efecto, Damian, parpadeando como quien no ve claro, miraba atónito hácia todas partes.

Hizo un movimiento como para desatarse.

—Si no se está V. quieto,—dijo D. Juan,—va á caerse al suelo, lo cual retardaria la operacion que vamos á practicar. Oiga V. tranquilo y entérese.

Hizo una pausa y prosiguió:

—De seguro V. no sabrá lo que es la galvanoplastia, porque casi nadie lo sabe en España. Pues es una ciencia de gran porvenir que consiste en adherir á un cuerpo cualquiera una corteza de toda clase de metales de modo que ésta se modele exactamente á las líneas y contornos del objeto cubierto. Esta ciencia estaba en la infancia; pero yo la he desarrollado, y aunque me esté mal el decirlo, la he superado, consiguiendo hacer con la escayola lo que ántes sólo se practicaba con el metal, como más fácil de liquidar.

La galvanoplastia, como todas las cosas grandes, ha tenido un orígen muy sencillo.

Un dia una señora, muy rica y muy caprichosa, residente en Paris, se presentó á un célebre químico muy avaricioso, y le dijo:

—Estoy cansada de tener los cabellos negros, trasfórmemelos V en rubios, pero de un rubio escandínavo; y le regalo cincuenta mil francos.

La empresa era difícil, pero la cantidad tentadora. Los cabellos se resistian á dejarse cubrir de películas de oro, sin romperse. El sabio hizo mil experiencias, por supuesto en cabelleras postizas, hasta que por fin pudo exclamar como Arquímedes: *¡Eureka!*

La señora fué rubia, y el sabio rico.

Usted dirá, ¿á qué conduce este discurso, qué me importa á mí todo eso?

Mucho, amigo mio, porque voy á hacer una experiencia en V., ó mejor dicho, sobre V., cubriéndole de una corteza, no de metal, porque eso es vulgar y costoso, y V. no vale la pena, sino de escayola, ¿comprende?

El desgraciado teniente de cazadores comprendia, á juzgar por la espantada expresion de sus ojos.

Entre tanto, Nemesia continuaba, al parecer, privada de sentido.

(Continuará)

EL 8,099

Juan Porfía, hijo del escribano de L rga, soñó tres veces que lograba la felicidad. El escribano, gran entendedor de sueños, tuvo por infalible el indicio, y exhortó á Juan para que por su parte coadyuvara á los propósitos de la suerte.

—No olvides,—le dijo,—que hay que rogar á Dios y trabajar al mismo tiempo: la Providencia te anuncia que quiere otorgarte sus favores, pero no aguardes indolente y tranquilo á que ella te busque: sal á su encuentro sin demora.

—¿Y qué he de hacer?—preguntó Juan lleno de entusiasmo.

—Tu apellido te lo está diciendo: porfía.

—Porfiaré, padre; mas quisiera saber, con el objeto de no errar el camino, en qué consiste la felicidad.

—Pues mira: la felicidad es cualquier cosa: para unos se encierra en lo imposible, y para otros en pequeñeces insignificantes. Yo creo, sin embargo, que la base de la felicidad es el dinero, porque con dinero se evitan muchos peligros, se abren casi todas las puertas y se vence la mayoría de los obstáculos. Juzga por mí: yo estoy en Lerga porque no tengo dinero para vivir en otra parte; trabajo continuamente y padezco angustias y privaciones, porque no soy rico; todos los deseos que me atormentan podrian satisfacerse con un poco de oro; si yo tuviera tres mil duros, seria feliz.

—¿Sólo con tres mil duros?

—Compraria el molino de Unda, cuya renta basta para mis necesidades, dejaria de trabajar y....

—Y lo que V. ha deseado siempre, que es hacer un viaje á Madrid, seria un hecho.

Exacto.

—Pues juro á V. que ha de salirse con la suya: me voy á América en busca de los tres mil duros.

—Pues anda con Dios.

—Si logro proporcionar á V. la felicidad, me consideraré dichoso.

Marchó Juan á la Isla de Cuba, porfió con todo su corazon y con todas sus fuerzas, y al cabo de un año recibió su padre esta carta:

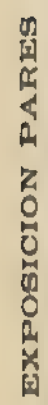
«Mi querido papá: le envio á V. los tres mil duros: sepa yo que ha conseguido V. la dicha, y seré feliz.»

La respuesta, que tardó tres meses cabales, decia así:

«Mi querido hijo: recibí tu anhelada carta, compré el molino de Unda y visité la opulenta y coronada villa: ¡cuántas emociones! Vivir en este delicioso Ma-



LA CANTINERA, dibujo por J. R. Wehle



EXPOSICION PARES

MUERTE DE SÍSARA, cuadro por Ramon Tusquets

drid, aunque sólo fuese la tercera parte de cada año, seria el complemento de mi felicidad.»

Hijo y padre continuaron su correspondencia en esta forma:

«Mi querido papá: reciba V. los cuatro mil duros que le mando y cumpla con ellos el deseo que le atormenta.»



EL MEMORIALISTA, cuadro por Guillermo Wider

«Mi querido hijo: he comprado en la villa y corte un pedazo de tierra para edificar en él una casa. Con otros cuatro mil duros habrá suficiente para todo; voy á vender el molino de Unda y á establecerme aquí de un modo definitivo.»

«Mi querido padre: me he propuesto que sea V. dichoso á toda costa, y la suerte me favorece. Cinco mil duros más recibirá V. con esta carta.»

«Ya verás, hijo mio, qué hermosísima habitacion estoy construyendo para refugio de nuestra vejez: sólo le falta un pedacito de jardin.»

«Ahí va, mi querido padre, lo que podrá usted necesitar para el jardin.»

«Tu última carta, idolatrado hijo, me ha hecho reformar mis planes. Sobrándome dinero para la conclusion del jardin y habiéndoseme presentado una verdadera ganga, lo he vendido todo, á fin de poder comprar un preciosísimo palacio que se ofrece por la mitad de su valor. Sólo tengo bastante para satisfacer el primer plazo, mas ¿quién dijo miedo? No ha de abandonarnos la suerte cuando ya voy á tocar la orilla.»

«Tiene V. razon, padre mio: la suerte no nos abandonará. ¿Cuánto se necesita para pagar el segundo plazo?»

«Tendré bastante con diez y seis mil duros; y te aviso, para tu satisfaccion, que los terrenos en que está situada nuestra finca, aumentan de valor y dentro de dos ó tres años valdrán el doble. Los dos plazos que faltan ascienden á treinta y siete mil duros.»

«Mi querido padre: para reunir el importe total del segundo plazo tuve que vender mi establecimiento: estoy sin un real, y no sé de qué recursos valerme en lo sucesivo. Por lo pronto, y gracias á mis relaciones, he logrado entrar de ayuda de cámara ¿en dónde dirá V.? Nada ménos que en la capitanía general, nada ménos que al inmediato servicio del jefe de la Isla. Tengamos esperanza.»

«Mi queridísimo, inolvidable hijo: tu carta es revelacion de la Providencia: he abusado de tu fortuna, miserablemente, poniéndote en el vergonzoso extremo de servir, cuando no tenias necesidad de llegar á tal punto. Si dejo de pagar uno de los dos plazos que faltan, perderé la finca, sin tener derecho á reintegro, pues esta es una de las condiciones del malhadado contrato que hice. ¿Cómo vas á poder reunir, en tu nuevo destino, la enorme cantidad de treinta y siete mil duros? Seria menester que robaras á tu señor, y esto no es posible. Vencerán los plazos.... y basta que no pueda pagar el primero para que lo perdamos todo. ¡Perderlo todo, despues de tus sacrificios! ¡Ay! ya veo que la riqueza no constituye la felicidad, porque con ella vienen los deseos insaciables, la codicia que nunca se harta y los terrores jamás conocidos en la medianía. Ahora echo de ménos mi humilde casa de Lerga, mi molino de Unda, mi tranquilidad y mis esperanzas. ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió venir á Madrid! ¡Malditas sean mis insensatas ambiciones!»

«Mi queridísimo padre: no se aflija V. ni se culpe por lo que ha pasado. ¿Qué cosa más natural que el deseo de mejorar y de aumentar las comodidades y la hacienda? De mí no se cuide V., porque salí de España con el firme propósito de que mis padres lograran ser completamente felices, y en ello estriba mi ventura. Jamás seré ladron ni deshonraré el nombre que llevo: por esto, quizá, no me ha abandonado la suerte. Y la suerte vuelve á anunciarme que acudirá en mi auxilio. Oiga V. de qué manera singular. Estaba yo reflexionando que no tenia forma de reunir los treinta y siete mil duros (puesto que no hago ninguna clase de negocios), sino sacándome un premio de la lotería. Llegó la noche, y soñé tres veces un número. Voy á jugarlo, y V. verá como nos favorece la suerte.»

«Mi querido hijo: ¡juégalo, juégalo! Es infalible la señal, y de nuevo alienta mi desfallecida esperanza. Dime qué número es, para que yo lo vea en la lista si ésta llega antes que tu correspondencia. Estoy tan seguro del éxito, que no he titubeado en hacer una operacion, hasta cierto punto vergonzosa, porque no tengo ningun derecho para hacerla. He conseguido, hipotecando nuestra finca a un comerciante que tiene en mí absoluta confianza, el dinero para pagar el tercer plazo. Dinero que tengo que devolver dentro de seis meses, precisamente cuando el cuarto y último plazo se cumple. Entónces, si no puedo pagar, perderé á un tiempo el caudal y la honra; pero es imposible que transcurran los seis meses sin que te hayas sacado el premio. Acaso te parecerá mal este recurso, mas considera que no tenia otro de que valerme para prolongar mi agonía. Jugamos ahora, porque la necesidad lo exige, el todo por el todo.»

«Mi querido padre: no mata la desesperacion, puesto que aún existo. El número que yo soñé es el 8.099, y no pude jugarlo en la extraccion que se acaba de sortear hoy, porque estaba vendido. ¡Y el 8.099 ha sacado el premio grande!»

«¡Hijo de mi alma! no debes desesperarte por ese azar de la fortuna: juega el mismo número, juégalo en todos los sorteos siguientes, porque tengo la conviccion de que volverá á salir premiado!»

«Mi querido padre: adiviné lo que iba V. á decirme: no se me escapará otra vez el 8.099: lo juego en todos los sorteos. He vuelto á soñarlo y participo de la confianza de V. Saldremos victoriosos.»

«Mi querido hijo: ¡yo tambien lo he soñado! Es de todo punto imposible que nos engañemos. Mas ¿llegará oportunamente? Hé aquí mi zozobra.»

«*Parte telegráfico.* ¡Padre de mi corazon! ¡El 8.099, premio grande!»

«*Parte telegráfico.* ¡Hijo de mi alma! Llega el triunfo con la mayor oportunidad. Se acabaron las penas. Vente sin pérdida de tiempo.»

***

Los periódicos de la Habana publicaron entónces lo que á continuacion copio:

«Vamos á referir un hecho verdaderamente singular. El ayuda de cámara de S. E. jugaba en todos los sorteos de la lotería el número 8.099. En el sorteo que acaba de verificarse, oyó el ayuda de cámara pregonar su número, y se lanzó inmediatamente á la calle persuadido de haber sacado el premio mayor. Mas cuando leyó los números de las primeras listas y los de la oficial, vió con extraordinaria sorpresa que no aparecia en ellas el 8.099. Creyéndose víctima de una alucinacion, guardó silencio, aunque le fué imposible disimular su profunda pena, hasta el punto de que llegó á ser notada por su respetable amo, cuya natural bondad se manifestó en esta ocasion cual en otras muchas. Llamado por S. E., el ayuda de cámara declaró el motivo de su preocupacion, haciéndolo en términos tan convincentes, que la primera autoridad de la Isla se decidió á emprender las oportunas averiguaciones para obtener la verdad del hecho, y, con general asombro, resultó completamente probado el error que aparecia en la lista oficial: habíase impreso otro número en lugar del 8.099. Demostróse tambien que la equivocacion no era producto de un fraude, y S. E. tuvo á bien disponer que se pagaran los dos premios (1).

»Y ahora llegamos á la parte dolorosa del caso. El ayuda de cámara habia destruido su billete. Y al recibir, por boca

(1) El hecho, en sí, es rigurosamente histórico.

de S. E., la feliz noticia, ha perdido la razon.»

* * *

Juan Porfía vive aún en el manicomio. Su locura es inofensiva y se reduce á escribir en las puertas, en las paredes, en el suelo y en sus vestidos el número 8.099.

A todos los que le hablan díceles con la mayor afabilidad:

—Este es el número que me ha dado la dicha: me propuse que mi padre consiguiera todos sus deseos, y lo he logrado: él vive en Madrid, en un palacio suntuoso; yo me embarco mañana para compartir con mis padres la ventura. Soñé tres veces que alcanzaba la felicidad: los sueños no han mentido.

ADOLFO LLANOS

UNA MEDIDA IMPORTANTE, cuadro por Guillermo Claudius

LA MEJOR VICTORIA

Sub specie æternitatis....

«Eres amo y señor del mundo y esclavo de tí mismo,» decia Diógenes con soberano desden á Alejandro Magno; y añadia «ni te envidio, ni temo; sólo deseo que no me quites el sol.»

Este peregrino menosprecio de la vida y de sus grandezas que revela la frase del filósofo griego, es uno de tantos gérmenes fecundos de las manifestaciones que toma el pensamiento humano para hacer surgir del fondo deleznable de lo temporal y perecedero *ideales eternos*, que enamoran, atraen y seducen á las almas bien sentidas y que caen, por paradoja inevitable, en el extremo opuesto.

De ese gérmen brotan la semilla del Estoicismo clásico, la robusta planta del Cristianismo, los deliquios del místico, las sublimes hiperemnesias del asceta, la nostalgia del tenido por dichoso, el hastío del satisfecho, el menosprecio y cansancio de la vida en el pesimista y la traduccion grosera de estas premisas en la consecuencia final de todo idealismo desenfrenado, y fuera de su asiento, en el *Wertherismo* ó enfermedad que consiste en la predisposicion al suicidio.

¡Qué cadena tan inflexible y cuán lúgubre hermosura irradia esta lógica inflexible del error! ¡Cuántas y cuán sustanciosas meditaciones surgen ante esta concatenacion, jamás interrumpida, del desenfreno de deseos nobilísimos y aspiraciones infinitas con los fracasos continuos y los desengaños sangrientos que ofrecen las impurezas de la realidad! Para que no nos sorprendan, para que el ideal no degenere en una desesperacion estéril ó en un grosero egoismo ante la radical impotencia de parte del individuo de alcanzar el éxito por sus esfuerzos aislados, interesa en primer lugar, sin caer en las exageraciones de Diógenes, hacerse cargo de que la mejor victoria que puede alcanzar el hombre, es la que logra, *venciéndose á sí mismo.*

El idealismo desenfrenado del estoico, que sonrie con Epicteto, cuando se le fractura una pierna, del asceta, que se arroja desnudo en un zarzal, del pesimista y del dominado por el *spleen*, que buscan postura artística para morir; este idealismo, en la diversidad de sus manifestaciones, implica una negacion absurda, una derrota confesada y una retirada de la lucha, que no es siempre honrosa, aunque en muchas ocasiones sea respetable. La exaltacion semi-mágica de la individualidad ante el menosprecio del mundo, del cual se huye y cuya comunicacion se evita, quizá por un orgullo exagerado, que dimana de la sobreestima de la personalidad propia, es un síntoma que acusa el vicio de orígen de estas manifestaciones patológicas de la energía espiritual. Con su habitual sagacidad se apercibia Voltaire á combatir uno y otro dia lo que él llamaba su gérmen de *huron*, tendencia que le hubiera obligado á anularse; con su característico poder de intuicion se preparaba Gœthe á luchar tambien contra este *huron* de Voltaire, reconociendo que el «fin del hombre es ser ó permanecer libre, combatiendo la necesidad, cuando es preciso, ó armonizando con ella la libertad, cuando es posible; ya que nuestra existencia, lo mismo que el todo dentro del cual se mueve, es una inefable composicion de libertad y necesidad.»

A esta necesidad, que es la ley encarnada en el tiempo para regir nuestra voluntad, se refiere la doctrina racional del *medio*, lo mismo natural que social y moral, considerado como elemento y factor de nuestra vida, medio que nos rodea y circunda, al cual hemos de adaptarnos, si no queremos que nos ahogue y asfixie y con cuyas exigencias ineludibles hemos de contar en la delicada combinacion que supone el arte de la vida. Con el medio la accion del individuo se agiganta, sin él se anula, contra él se destruye y desaparece. El antiguo aforismo lo declara: *Ducunt volentem fata, nolentem trahunt*. La ley de la tolerancia general, traducida ya habitualmente en regla de cortesía y en precepto de la más rudimentaria educacion, confirma este mismo aserto. La fortaleza del carácter, la energía de las convicciones, el culto á las ideas no se confunden con la flexibilidad, necesaria para el trato social, ni con la tolerancia, que se requiere para vivir entre las gentes.—Vivir en contradiccion constante de ideas y opiniones podrá ser ménos cómodo que moverse dentro de una uniformidad rítmica, pero será siempre más racional y conforme con la complejidad de la vida que el ideal soñado por todas las intransigencias y fanatismos, cuyo desideratum final consiste en obtener la respuesta que daba el cortesano á su amo y señor: «¿qué hora es?» «la que V. M. desee.»

Lo que llama el naturalismo científico *ley de la adaptacion* implica un principio de gran alcance para la vida moral y para la educacion. Esta adaptacion requiere que el individuo no se aisle, despreciando el medio que le rodea ó encastillándose en un endiosamiento pueril, sino que luche con el medio moral y en las condiciones que el medio moral ofrezca y acomodando su accion á aquellas condiciones, que no rebajan ni dañan gravemente la dignidad. Para vivir recta y honradamente es necesario ante todo procurar vencerse á sí mismo, sujetar y subordinar nuestros gustos é inclinaciones individuales al medio en que vivimos, avasallar, en una palabra, el *enemigo interior*, el orgullo.—Contra estas idiosincrasias fisiológicas y morales, tenidas por invencibles, y de que son manifestacion el uso y abuso en los séres débiles de los ataques de nervios y de los síncopes, reales ó fingidos, va el severo precepto de Espinosa, recomendando al hombre que viva cual si fuera eterno, *sub specie æternitatis*, con el fin de librarse de la gravísima falta de sacrificar á condiciones subjetivas y variables el fondo real y persistente de los buenos propósitos. Nadie ha excedido en estas silenciosas luchas contra sí mismo, al célebre poeta aleman Gœthe, que dominaba y sacrificaba, ¡lo mismo sus apetitos y concupiscencias fisiológicas, que sus más caros afectos é inclinaciones, al fin real, objetivo que perseguia, el de elevar, como él mismo dice, constantemente la pirámide de su existencia, pagando tributo al arte y á la belleza.—Bajo el aspecto impasible de un huésped del olimpo, existe en el fondo del carácter de Gœthe un alma, que se estudia á sí misma, que procura dominarse, que sufre interiormente los más acerbos tormentos y que, ya ignorando su propio carácter, ya contrariando sus instintos merced á esfuerzos gigantescos, huye siempre de la inaccion del asceta y se entrega al torrente del mundo y de la vida, pero evita su aturdimiento en el vértigo de los sucesos, para conseguir el *aurea mediocritas* de Aristóteles, que le permite soñar con la gloria y con el fin constante de su existencia, dar culto á lo bello.—Él combate su impresionabilidad, él cura su predisposicion á los vértigos, subiendo con frecuencia á grandes alturas, avasalla en su alma el terror imaginario que le infundia la vista de los muertos, asistiendo á los gabinetes de diseccion de cadáveres, y con el goce avaro del que posee la libertad más preciada del hombre, la libertad interior, asegura que le han producido muy intenso placer y proporcionado muy útiles servicios estas victorias alcanzadas contra sí mismo. De tal suerte este hombre singular que, segun declaracion propia, era *muy extremado en todo*, semejaba la impasible y correcta serenidad de una estatua. ¡Cuántas y cuántas pasiones dominaria Gœthe para llegar á esta situacion envidiable de ser dueño de sí mismo!



ESTUDIO Á LA PLUMA, por B. Galofre

Y el propósito persiste en él durante el largo trayecto de su vida, aplicando siempre su aforismo más preciado «que el talento se perfecciona con el estudio y en el silencio del gabinete, pero que el carácter se forma, se conserva y se mejora en medio del torrente del mundo, de la lucha y de la accion.» Así, de igual modo que allá en su juventud se curaba su propension á los vértigos, recorriendo las azoteas más elevadas de la catedral de Estrasburgo, que dominaba su excitabilidad nerviosa ante el más mínimo ruido, marchando al lado de los tambores del ejército, se decide Gœthe en la campaña de 1792, cuando acompañaba á las tropas aliadas contra la república francesa, se decide llevado, segun dice, por el deseo de la temeridad, á experimentar en sí mismo, aunque con grave peligro de su vida, lo llamado *la fiebre del cañon.* Colocado durante la batalla en sitios, donde llovian bombas, despedidas por las baterías enemigas, se complace despues en describir este estado, cuya horrible sensacion asegura que aumenta la temperatura del organismo, que produce silbidos y hasta excitaciones insufribles en el oído, y que pone ante la vista una especie de faja rojiza; observaciones todas, que justifican, segun su parecer, el nombre de fiebre que se da al fenómeno.

Existe en estos y otros actos semejantes un móvil más poderoso que el de un *spleen* visionario ó anheloso de lo voluble y raro; revela Gœthe en estos actos un alma superior, enamorada de un sublime estoicismo, educada en la Etica de Espinosa y fortificada con la creencia de que, en medio de los sufrimientos del cuerpo y rodeado de contrariedades exteriores y de circunstancias adversas, puede el espíritu concentrarse en su pensamiento y merced á la sustancialidad que le es inherente hacerse superior á cuantas vicisitudes dificultan su accion é influencia en el mundo.

Aplicando esta misma norma de conducta á la complejidad, dentro de la cual luchan y en la apariencia ó ante la abdicacion de la voluntad se anulan nuestras diversas tendencias morales, es lícito esperar que el hombre forme su carácter, dominándose á sí mismo y haciéndose superior á las contrariedades que le rodean. De tal modo, venciéndose el hombre á sí propio, pagando el justo tributo que debe al fin real que persigue, reconocerá (y en virtud de esta idea obrará) que el individuo es libre en medio del todo, pero que oponiéndose á él, se anula por completo y adaptando sus energías á las condiciones que el todo le ofrece (salvo su esfuerzo por mejorarlas), aumenta la virtualidad de estas mismas energías, con lo cual colabora, en una existencia temporal, á un fin eterno ó vive, segun dice Espinosa, *sub specie æternitatis.*

U. GONZALEZ SERRANO



LOS CACHORROS, cuadro por A. Eberle

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 9 DE JUNIO DE 1884 — NUM. 128

LA MUJER HACENDOSA, estatua por Vordermayer

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

La mujer hacendosa, ESTATUA POR M. VORDERMAYER

Hace mucho tiempo que el arte del tallista, la escultura en madera, estaba abandonado por los grandes maestros. Eran de admirar algunas obras de la Edad media en este género, no desprovistas de mérito; pero los artistas modernos, cual si temiesen que la madera no era materia bastante resistente para trasmitir durante siglos sus obras, parecian desdeñarla, ó cuando ménos relegarla á los místicos trabajos destinados al templo.

Mas hé aquí que, de pocos años á esta parte, varios escultores de Munich intentaron rehabilitar la escultura en talla, y como la capital de Baviera, por más que políticamente considerada no tenga grande importancia, es potencia de primer órden en cuestiones de arte, empieza ya la madera á recobrar algo de su antiguo favor y no será difícil que ántes de poco alardée en los museos y exposiciones junto al mármol y junto al bronce.

Así ha sucedido con la *Mujer hacendosa*, tallada en Munich y recibida con merecido aplauso en Berlin. La materia ó madera es de roble, y ciertamente por la correccion de su dibujo, por la pureza de sus líneas, por la sobriedad de su ejecucion, por la naturalidad de su actitud y hasta por el tipo del personaje, podria creerse feliz reproduccion de alguna estimable obra de la buena época griega.

El Circo por dentro, CUADRO POR OTTO FIKENTSCHER

No hay cosa que tal desencanto produzca como un espectáculo visto por dentro. Esos reyes que ostentan una corona de talco y que, terminada la representacion, cobran dos reales por el importe de su *lista civil* del dia; esos condes y barones que, depuesta la brillante armadura, se dirigen en mangas de camisa á la humilde morada del comparsa; esas poéticas ondinas que, apénas salidas de unas olas de percal, pisan, no muy bien calzadas, el prosaico barro de las calles; son otras tantas demostraciones de que en este pícaro mundo dista mucho de ser oro todo aquello que brilla.

Nuestro grabado no representa el interior de un escenario, pero representa la parte oculta de un Circo ecuestre, que para el caso importa lo mismo. Y aún quizá el contraste entre lo que se ve y lo que no se ve es más triste en estos lugares. Ahí están jinetes y amazonas, equilibristas y payasos, en pacífica sociedad con el caballo *Sultan* y la yegua *Lucero*, aguardando, aburridos, la hora en que exhibir sus formas ó sus bufonadas, ante un público cruel que, despues de presenciar impasible el peligro corrido por los artistas, premia sus ejercicios exigiendo que baile la débil niña rendida de fatiga, ó que continúen dándose de bofetadas los clowns cuyos hijos van á correr seguidamente riesgo de muerte.

¡Oh!... La existencia de esa clase de artistas es bien triste: de niños se les ha enseñado su profesion como se enseña á los perros sabios y á las cabras amaestradas, y más tarde se les alimenta frugalmente de dia para que se expongan á romperse la crisma durante la noche. Y el público no sabe ver en todo esto sino caballos enjaezados y cintas de mil colores y trajes recamados de lentejuelas y mujeres provocativas y payasos que deben estar muy alegres cuando tantas mamarrachadas hacen.... Decididamente las cosas de este mundo nos causarian honda pena si viésemos por dentro la mayor parte de ellas.

El rey llega, CUADRO POR J. F. HENNINGS

Preciosa composicion, que cautiva agradablemente la vista. Y la verdad es que ese melancólico efecto de crepúsculo, las pardas nubes que cubren el cielo en gran parte, dejando asomar á intervalos el semi-apagado disco de la luna, los árboles de desnudo ramaje, el camino surcado de carriles y baches llenos de agua, prueba evidente de la reciente lluvia, la humedad de que parece impregnada la atmósfera y la brumosa perspectiva, ofrecen un conjunto sembrado de preciosos detalles y de toques magistrales que revelan la pericia de la mano que los ha trazado. En este cuadro, el asunto principal puede decirse que es lo accesorio, ó cuando más, sirve para demostrar que el monarca de que se trata verifica sus excursiones con sobrada sencillez, fiado sin duda en el cariño y respeto de sus súbditos.

Rafael Sanzio, ESTATUA POR REDLER

El cielo fué bien generoso con el inmortal autor de *La Perla*. A un talento extraordinario unió una ejecucion magistral, á un tesoro de sentimiento otro tesoro de amor correspondido, á una fama justamente adquirida desde su juventud, una fisonomía de ángel, correcta, dulce, casi infantil, que revelaba la bondad propia y parecia hecha para captarse la simpatía ajena.

Así lo representa el autor de la estatua que hoy reproducimos y así nos complaceríamos en concebir al autor de esas *Madonas* que parecen copiadas del natural en un momento de rapto celeste.

Escena de amor, CUADRO POR F. OBERLAND

La verbosidad es condicion de los enamorados. No hay sino asistir á la representacion de una comedia y es de ver qué lujo de retórica emplean los amantes en sus diálogos para decirse una cosa tan sencilla como—Yo te amo.....

Segun los poetas bucólicos, *canta el pájaro amante en la enramada;* y este canto no es más que una declaracion trinada, pero tan declaracion como la del colegial que escribe la primera carta de amor á su primita, educanda de Loreto.

No afirman con menor seguridad los naturalistas que los rugidos del leon en el desierto son una verdadera tirada de requiebros dirigidos á la perezosa leona, que preferiria sin duda á tan conmovedora elocuencia un cabrito recien cazado en un aduar africano.

Establecidos estos antecedentes ¿cómo se las compondrán, para requebrarse de amores, esas dos ranas amantes, esos nuevos Hero y Leandro, que disponen de un idioma que contiene una sola palabra y ésta tan poco dulce, tan poco poética, tan rústica, como la palabra *cras?...*

Por fortuna, en lances tales la mirada suple frecuentemente á la palabra, y el Señor, que en todo atina, ha dotado á las ranas de unos ojazos capaces de reproducir todas las cartas de Abelardo y Eloisa.

Amaos, pues, felices animales; nosotros somos muy discretos y no turbaremos, crueles, vuestros coloquios; mucho más cuando nunca hemos comprendido las excelencias gastronómicas de un frito de ranas.

M. Wurtz, eminente químico

La ciencia acaba de experimentar una pérdida irreparaba en la persona de Cárlos Wurtz, aventajado químico, individuo del Instituto y de la Academia de Medicina de Paris, ex-decano de la misma facultad y senador inamovible. Nacido en Estrasburgo en 1817, pasó á Paris en 1843 y poco despues ocupó dos cátedras desempeñadas anteriormente por el famoso Orfila y por el recien fallecido J. B. Dumas. En 1865 obtuvo el premio bienal de 20,000 francos, instituido por Napoleon III, en 1878 la gran medalla «Faraday» de la Sociedad real de Lóndres, y en 1869 fué nombrado comendador de la Legion de honor. Deja un crecido número de obras de inmenso valor que han contribuido, juntamente con los trabajos de J. B. Dumas, á los progresos de la química, habiendo obtenido casi todas ellas elevadas recompensas nacionales. Este distinguido hombre de ciencia ha fallecido el 12 de mayo último de resultas de una larga enfermedad.

Actitud de un soldado á las veinticuatro horas de su muerte

Entre los fenómenos que se han observado á veces á la hora de la muerte, hay uno que ofrece un interés particular y que hasta ahora venia siendo un misterio. Este fenómeno aparece especial, si no exclusivamente, despues de una muerte repentina causada, ya por heridas recibidas en el campo de batalla, ó bien por otras causas, pero casi siempre cuando ha habido emocion intensa y á menudo cuando al último momento de la vida ha precedido una gran fatiga corporal. El carácter principal de este caso curioso es la persistencia, despues de la muerte, de la expresion facial ó de ciertas actitudes de los miembros del cuerpo, ó en fin, de todas estas partes. Esta persistencia se presenta claramente en ciertos casos, por ejemplo, cuando á pesar de la cesacion súbita de la vida, no se baja un miembro que se habia levantado, ó cuando no cae el cuerpo de un hombre que estaba de pié, ó sentado ó á caballo.

Entre los innumerables ejemplos que pudieran citarse de este fenómeno, no deja de ser interesante el que representa nuestro grabado y que fué observado por el Dr. Rossbach, de Wurtzburg, en el campo de batalla de Beaumont, cerca de Sedan, en 1870.

Encontró el cadáver de un soldado, sentado en el suelo, con una taza ó escudilla de estaño en la mano y dirigiéndola hácia una boca de que carecia. Estando el pobre militar en esta posicion, habia sido muerto por una bala de cañon que se le llevó la cabeza, excepto la mandíbula inferior. En el instante de la muerte habian sufrido el cuerpo y los brazos una rigidez que produjo la persistencia del estado en que se encontraban estas partes en el momento en que la bala arrebató la cabeza. Veinticuatro horas habian trascurrido desde la batalla, cuando el Dr. Rossbach halló el cuerpo en tal estado.

De los estudios practicados acerca de tal fenómeno parece ser que su causa no consiste en la aparicion súbita de la rigidez muscular, sino en una accion particular de los centros nerviosos que se presenta un poco ántes ó en el instante de la muerte.

EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS

POR DON RAMON FERNANDEZ DE MERA

(Continuacion)

—Voy á proceder á la inmersion de V.—continuó D. Juan.—Para esto, ordinariamente se hace uso del ácido esteárico; pero produce la muerte instantánea, y yo deseo que, por lo ménos, pueda V. sentir los preliminares de la operacion. A fuerza de investigaciones, he combinado la parafina con otras sustancias, en una fusion que varía entre los treinta y uno y sesenta y cinco grados, segun la vitalidad de la persona con quien se hace el experimento; y el éxito supongo que coronará mis esfuerzos.

¿Dirá V. que mi proceder es infame? No lo niego, tan infame como el de deshonrar á un hombre de bien. Sólo siento una cosa; y es, que la susceptibilidad de la justicia me vede hacer público el castigo que voy á darle; pues seria ejemplar para los pisaverdes, para los maridos, y para esas inocentes mujeres que, como la mia, se dejan engañar.... No se mueva V. tanto; es inútil, las ligaduras son sólidas y además el gas que ha respirado es enervante y quita la fuerza. He dicho.

IX

Don Juan se ocupó en los últimos preparativos.

Se cercioró de los grados á que estaba el líquido contenido en el baño recipiente, luégo se aproximó á Damian, le agujereó el uniforme por varias partes, arrancándole todos los objetos de metal y cortando los bordados.

Despues aplicó á la nariz del desgraciado oficial un pomo que le privó otra vez de los sentidos, y arrastrando le colocó sobre una especie de tarima de cobre que habia en el suelo, cerca del baño. Hecho esto, tiró de una cuerda, pendiente del techo por medio de una polea, y elevó la tarima poniéndola sobre el baño, y estirando los miembros de la víctima, de modo que quedasen en una postura natural, le sumergió en el recipiente.

Damian desapareció hundiéndose en el espeso líquido.

Entre tanto Nemesia continuaba inmóvil, con los ojos abiertos pero fijos. Su marido se aproximó á ella, volvió á colocarla en el carro de mano, tomó una linterna sorda y se trasladó con su carga á la habitacion de aquella.

Sentóla suavemente en el sofá en que la habia encontrado con su amante, la desató, y salió del cuarto llevándose el carrito y cerrando la puerta.

Vuelto á su laboratorio, elevó la tarima con la que habia sumergido el cuerpo de Damian, el cual, revestido de una materia blanca que marcaba todos los contornos, se asemejaba á una estatua de cera.

Dejó pasar un cuarto de hora para que se enfriase y arrastrándole desde la tarima á un gran armario, en donde habia algunas estatuas y obras de escultura, le encerró en él guardándose la llave.

Hecho esto, frotóse las manos, con la satisfaccion del hombre que ha cumplido todos sus deberes, apagó las luces del laboratorio, tomó su linterna y salió de él, dejando asegurada la puerta.

Algunos momentos despues se acostaba tranquilamente.

X

A la siguiente mañana, poco despues de levantarse, la criada vino á decirle que la señora estaba enferma.

Trasladóse al cuarto de su mujer y hallóla en la cama. La hizo algunas preguntas á las que ella no contestó.

Tenia fiebre y estaba como aletargada. Indudablemente D. Juan habia previsto este incidente.

Hizo llamar á un médico amigo suyo, el cual declaró que la enferma tenia un ataque al cerebro, pero afortunadamente poco intenso.

Don Juan respiró como si se aliviase de un gran peso, no por cariño hácia su mujer, sino porque queria que viviese para.... atormentarla.

Aquel hombrecillo era de la raza de los Calígulas y de los Tiberios.

Nemesia se restableció lentamente, pero quedóse como ensimismada y muy débil.

La noche que pudiera llamarse *de la venganza de D. Juan*, la pobre jóven volvió de su síncope, merced á la influencia de la mañana y del tiempo trascurrido, y se halló sentada en el sofá en que habia estado con su amante.

Sentíase muy débil, pero no obstante la incongruencia de sus ideas recordó su cita amorosa y supuso que Damian se habia marchado sin despedirse por no despertarla, y para evitarla las emociones del último adios.

Se acercó á su cama tambaleándose, se desnudó como pudo y se acostó.

Inmediatamente despues se declaró la enfermedad.

Pasada ésta, cuando en la tranquila debilidad de la convalecencia Nemesia pudo coordinar relativamente sus ideas y sus recuerdos, se pasaba horas enteras pensando en la noche en que vió por última vez á su amante, porque en este punto habia muchos puntos oscuros.

Aquella noche, en realidad ó en sueños, habian pasado cosas inauditas; ella y Damian habian estado agarrotados, tendidos en el suelo, en un antro lleno de reptiles, especie de *pandemonium*, en medio del cual se agitaba su marido. Porque D. Juan, valiéndose de los recursos de la ciencia, llevó á cabo su venganza con la más ingeniosa y refinada crueldad.

Narcotizó á su mujer de modo que no perdiera por completo sus facultades intelectuales á fin de que pudiera ser espectadora del suplicio de su amante y conservase de él una indeleble memoria; lo cual explica la traslacion de Nemesia al laboratorio.

El implacable viejecillo lo habia previsto todo, eludiendo toda responsabilidad; pues supuso con razon que su mujer no podria deslindar los límites de la realidad y de la pesadilla.

Así fué la verdad; despues de dos meses de una enfermedad en que los delirios eran frecuentes, Nemesia, en la convalecencia, no podia fijarse en nada exacto y concreto,

y naturalmente se inclinaba á suponer que aquellos horribles acontecimientos habian sido sueños de su imaginacion calenturienta.

Su marido seguia con ella el mismo proceder de siempre; es decir, el de la indiferencia y el aislamiento. El sabio estaba tranquilo; no era admisible que su mujer formulase queja alguna á la justicia ó á la policía, y en un caso estaba resuelto, valiéndose de sus recursos científicos, á hacer callar á Nemesia áun cuando para ello tuviera que arrostrar la responsabilidad de una investigacion judicial.

Para aquella, la ausencia de Damian estaba suficientemente justificada, puesto que deberia haberse incorporado á su regimiento, y respecto al Ministerio de la Guerra y Direccion de Caballería, la casualidad se hizo cómplice del vengativo marido para asegurarle la impunidad. El capitan cajero del regimiento de cazadores á caballo, de Galicia, y otros dos oficiales, huyeron llevándose los fondos de dicho cuerpo, y se supuso que el teniente Hurtado, cómplice, habia, como aquellos, traspuesto la frontera francesa.

XI

Apénas Nemesia se sintió con fuerzas para salir de su casa, pretextando un corto paseo al de Recoletos, fué á registrar las listas de cartas del correo, pues temiendo la suspicacia conyugal habia convenido con su amante en valerse de este medio, escribiéndose naturalmente con nombres supuestos.

Creo innecesario decir que fué inútil la minuciosa lectura que hizo de las listas referentes á los tres últimos meses.

Este resultado entristeció á la pobre jóven, pero no la sorprendió en gran manera. No era tan niña, ni tan falta de mundo, que se admirase de que un militar, jóven y galanteador de oficio y de aficion, la hubiera olvidado, sustituyéndola con otra; lo que sí no podia explicarse, y la afectaba sobre todo, era el que ni en los primeros tiempos de ausencia la escribiera ni una sola carta.

Como es natural en la organizacion femenina, este olvido avivó en el espíritu de Nemesia su amor hácia su ingrato amante.

Nunca se habló de él entre ambos cónyuges, lo cual no la extrañaba á ella, pues sabia que su marido habia estado receloso del oficial.

Así las cosas, un dia á principios de octubre, durante la comida, D. Juan Castro la dijo:

—La testamentaría de mi hermano ha terminado y he sido puesto en posesion de la herencia. Como nada nos retiene en Madrid, en donde además mi aficion á la ciencia me inclina á hacer gastos inútiles, he determinado que pasemos una temporada en La Porra, en la casa en que he nacido y que acabo de heredar.

Nemesia hizo un movimiento de disgusto.

—El cambio de aires y la distraccion prosiguió D. Juan —te serán provechosos para acabar de restablecerte; pasaremos por Barcelona, Gerona y otras poblaciones importantes. Conque así, vé haciendo tus preparativos.

Al oir nombrar á Gerona, Nemesia se conmovió; allí debia estar su inolvidable amante.

—La Porra—dijo, afectando un aire de indiferencia. —¿Hácia dónde está eso?

—Pues ya te lo he indicado contestó D. Juan cuyos ojillos amarillentos relucian—hácia Cataluña. La Porra es un pueblo del Pirineo, situado en la frontera de Francia, á algunas leguas de Gerona.

El sagaz y vengativo marido debia haber dicho: *á bastantes leguas;* pero Nemesia no podia apreciar esta exageracion geográfica.

Ella habia oido hablar á Damian de Gerona como plaza fronteriza; era, pues, evidente que aquel viaje la aproximaba al punto de residencia del oficial, y como D. Juan habia previsto, esta idea la satisfacia; tal vez podia ser vista por su antiguo amante, al pasar por Gerona, y de no, estando más cerca, la seria más fácil saber de él.

Don Juan hizo con apresuramiento los preparativos de traslacion, remitiendo anticipadamente cajones y bultos llenos de efectos y enseres. Durante estas ocupaciones estaba animado y casi alegre, porque repito que aquel viejo, tan débil y raquítico en apariencia, tenia un carácter poderoso, digno de otra posicion y de otros tiempos.

A su pasion por la ciencia y por la escultura, habia adunado una nueva pasion: la venganza.

Pero queria vengarse poco á poco, jugando como el gato con su presa.

Se congratulaba de la falta de su mujer; aquel *drama del adulterio* llenaba y distraia su existencia; experimentaba la satisfaccion de un gran dramaturgo, que teje los hilos del argumento, prepara las situaciones y concibe y crea la catástrofe.

XII

A últimos de noviembre, ambos cónyuges hallábanse instalados en La Porra.

Habian pasado, aunque rápidamente, por Gerona, pero no era fácil que Nemesia viera ni fuese vista por Damian.

Al aspecto de aquel poblachon, tan árido como el corazon de D. Juan, la pobre mujer quedóse consternada; no podia figurarse aquel territorio de roca y de pedernal, en que sólo habia algunos árboles diseminados y una sola huerta, perteneciente á su marido, malamente regada con el agua de un pozo.

La casa patronímica de D. Juan corria parejas con el pueblo; era un caseron situado en las afueras de este, colindante con un profundo barranco, al cual daba precisamente la habitacion destinada á Nemesia.

El edificio se componia de muchas piezas desmanteladas, de las que sólo cinco ó seis eran habitables. El cuarto de Nemesia se reducia á una alcoba pequeña y á una sala grande. Con gran sorpresa de la jóven, su marido hizo amueblarle con cierto *confort.* El suelo estaba cubierto de estera de Portvendres y las paredes de papel recien puesto.

Tenia chimenea francesa y una sillería regular. En los cuatro ángulos de la sala se elevaban otras tantas estatuas de tamaño natural (obras escultóricas de D. Juan) que representaban cuatro notabilidades de la guerra civil; á saber, Espartero, Leon, Oráa y Zurbano.

La habitacion recibia la luz por medio de dos ventanas; una en la alcoba, alta, de media vara en cuadro, y otra en la sala, baja, y defendida por una reja saliente.

Contigua al cuarto de Nemesia habia una pieza cerrada, oscura y deshabitada; más allá, otra en la que D. Juan estableció un laboratorio, aunque no tan completo como el de Madrid; y pegada á ésta estaba el dormitorio del dueño de la casa.

En el ala opuesta del edificio habia un comedor, la cocina y otras dependencias.

La criada que servia á los cónyuges fué despedida ántes de salir estos de Madrid, y en La Porra, D. Juan la sustituyó por otra, natural de Cervera, y que sólo comprendia malamente el patuá fronterizo.

Nemesia salia pocas veces de casa, y siempre acompañada de su marido que no queria dejarla sola por causa de su debilidad. Desde los primeros dias de su instalacion la pobre jóven habia pedido objetos de escritorio.

—¿Para qué? la preguntó D. Juan,—cuando quieras escribir á tu familia, en mi cuarto tienes cuanto necesites.

Nemesia comprendió y no insistió, esperando un descuido de su marido; pero éste nunca se descuidaba.

Don Juan la llevaba á su cuarto, alguna vez, libros y periódicos, que, con algunas labores de mano, constituian su única distraccion.

No podia comunicarse con nadie exteriormente, porque la casa estaba situada fuera del pueblo; y además la ventana de su habitacion daba, como ya se ha dicho, á un hondo y profundo barranco, en cuyo fondo habia casi siempre aguas pluviales.

No obstante la triste monotonía de su vida, Nemesia iba adquiriendo fuerzas físicas, y con éstas energía moral.

Su resignacion se iba rebelando contra aquel cautiverio y contra aquella soledad. Asomada á su ventana envidiaba á los campesinos que veia pasar á lo léjos; pues ellos, al ménos, tenian aire y libertad.

Don Juan la observaba de reojo.

XIII

Durante dos ó tres dias éste se levantó ántes de amanecer, cuando todos dormian en la casa y en el pueblo, y sin hacer ruido entró varias veces en la pieza contigua al cuarto de su mujer, instalando en aquella aparatos raros.

Indudablemente tenia algun proyecto, ingenioso como suyo.

Concluia sus trabajos, cerraba la puerta y se guardaba la llave.

Entre tanto Nemesia sentia cada vez más el peso de aquella abrumadora existencia, y pensaba con más ahinco en su ingrato amante.

Comenzó, pues, á acariciar la idea de la fuga, pero midiendo los obstáculos se resignó todavía á aplazarla, acechando una ocasion de poder escribir á aquel.

En este estado las cosas, una mañana Nemesia almorzó sola en el comedor, y como esto sucedia muy raras veces, aprovechó la ocasion de *tantear,* como vulgarmente se dice, á la criada, con objeto de ver si podia ponerla de su parte y valerse de ella; pero pronto se convenció de que trabajaba en terreno árido, y de que la fámula estaba completamente influida y dominada por D. Juan. Es más, comprendió que la inspiraba antipatía; y así era, porque, por regla general, toda criada de edad provecta que sirve á un matrimonio de un viejo y una jóven, se inclina infaliblemente al primero.

Además, D. Juan habia hecho cundir la voz de que su mujer, á consecuencia de la impresion de una noticia dolorosa, padecia ataques, á veces furiosos, de enajenacion mental, lo cual justificaba el retraimiento en que la hacia vivir.

Con motivo de explorar á la criada, Nemesia prolongó el almuerzo más de lo que tenia por costumbre, y al volver á su cuarto, hallóse con una novedad.

La estatua de Zurbano, que como ya se ha dicho adornaba uno de los ángulos de la habitacion, habia sido sustituida por otra, tambien de escayola, de cuerpo entero y de tamaño natural.

Esta obra de escultura presentaba notables particularidades.

En primer lugar no estaba tan bien hecha como las otras tres con las que formaba juego. Las estatuas de Espartero, Oráa y Leon estaban representadas con uniforme, al cual no faltaba ninguna prenda; y además tenian las líneas correctas y bien modeladas; miéntras que la recientemente colocada ofrecia un aspecto desigual en sus formas, con vacíos que parecian jirones y protuberancias que se asemejaban á tumores.

Era la estatua de un militar averiado é incompleto, ó por degradacion, ó por los desastres de un combate ó retirada.

La cabeza descubierta ofrecia un aspecto erguido, juvenil y de buenas facciones; y la cabeza era lo mejor hecho que tenia la obra; pues *las ropas,* como se dice en pintura y escultura, dejaban mucho que desear.

(Se continuará)

FUNCION DE MORONDANGA

La villa inmediata á Madrid, arde en proyectos y preparativos para celebrar la fiesta de la Vírgen de setiembre. Se anuncia quince dias ántes, con el revoque de casas y fachadas, señoras de edad y damas recompuestas cuya faz se unta de jalbegue hasta dejarlas, segun expresion de sus restauradores, hechas unas palomitas blancas. Tambien se rehabilitan y limpian de guijarros y pedruscos, los caminos tortuosos que conducen á la poblacion: el que va desde la ermita donde la Vírgen se venera, á la parroquia, y la plazoleta donde ha de verificarse el baile popular, dedicado á los palurdos que aún no se atreven á llamarse señoritos.

Aunque el Ayuntamiento no tiene un cuarto, ni entiende jota del nuevo sistema decimal, porque aborrece las cuentas, y el comun de vecinos se halla á la cuarta pregunta, no falta algun ricacho que eche un guante para el mejor lustre de la fiesta patronímica. Se ajusta una charanga compuesta de tambor, cornetin, bajo y requinto; tráese una carga de cohetes con bengala; se encarga, un predicador que tenga buena voz; las pocas flores que hay en los huertos, suben todas á la iglesia, con más un cesto de pámpanos y racimos de uvas moradas y gordas como nueces, que en la parra de su casa crió con este fin la alcaldesa, y todo hace esperar, segun pública fama, que el pueblo de Morondanga excederá en lujo y ostentacion á sus convecinos. Ya que la aldehuela que hay una legua más allá, se da importancia con su San Roque, no es cosa de que quede mal esta con Nuestra Señora. Las hijas del juez de paz son sus camareras y arreglan el manto de tisú, ofrenda que el siglo pasado hizo una marquesa, que casualmente pasó por allí; cuelgan á la imágen cuantos dijes y adornos hallan á mano; se renuevan cintas y ramos de artificio, y hay verdadera emulacion entre las señoras de la villa, que han celebrado varias juntas, para acordar lo que cada cual debe de hacer.

Sólo con tal motivo, podrian verse reunidas las capacidades femeninas del pueblo, cuyas divisiones y enemistades traen cola, por datar de larga fecha. Sólo á la mayor honra de Dios se las ve buscarse y dirigirse la palabra. Las camareras son objeto de envidia, porque si bien de antiguo fué costumbre que en este cargo turnen las damas, ellas no sueltan el monopolio, segun dicen sus antagonistas, para llevarse siempre la palma, á pesar de no ser naturales de la villa y de no merecer por tanto el título de morondangueñas. En la junta de señoras protectoras, como ellas se llaman, hay dos bandos capitaneados por la sacristana y la maestra, entre los que se suscitan de continuo, piques y dificultades. Cuando uno dice blanco, el otro dice negro; la intransigencia domina en sus deliberaciones y por cualquier quítame allá esas pajas, las susceptibilidades sacan la cabeza, y las lenguas se convierten en puntas de alfiler. Abrir la boca doña Sira, la sacristana, y echar la zarpa doña Dámasa, la maestra, es todo uno. Sus diálogos rebosan sal y pimienta:

—Hay que hacer los imposibles por que no nos echen la pata los de la aldehuela,—dice la sacristana.—Ellos bordarán una enagüilla á su Cristo, y nosotras debíamos haber bordado un manto nuevo á nuestra Patrona; pero como aquí no hay quien sepa bordar!—Doña Dámasa, la maestra, que se cree siempre aludida, contesta:

—Sí, hay quien sepa bordar, que para esto tengo yo mi colegio de señoritas, así como mi esposo tiene el de niños... lo que no hay es quien sepa gastarlo. Con barro á mano se pueden hacer primores, pero como aquí no hay más cera que la que arde...!

—Eso de la cera, no sé si viene á cuento,—replica escocida la sacristana.—Ya sabemos que somos pobres, pero el que más y el que ménos, sabe cantar la cartilla....

—Lo de la cartilla,—repone atufada la maestra,—irá con los que están siempre peristan, exponiéndose á que les digan que los dineros del sacristan, cantando se vienen y cantando se van.

—Mi marido no es sacristan, que es maestro de capilla, y para tratar de cosas formales no hay necesidad de ponerse como chupa de dómine...

—¿Lo dice V. eso por mi esposo? Pues ha de saber V. que no es dómine, sino profesor de educacion primaria, perito mercantil aprobado, y que ha regentado cátedra; precisamente ha hablado de él, con motivo de unas oposiciones, el Boletin de instruccion pública, porque él no tiene más órgano...

—Ni mi marido gasta disciplinas...

Y así continúa la sesion quedando el diablo tan contento y la Vírgen sin vestir.

Se anuncia que va á venir mucha gente forastera; casa hay en que esperan tres familias: los pobres convidan con su pobreza y buena voluntad y los ricos tendrán pocas visitas pero buenas. A casa de D. Zoilo, vendrá un canónigo de Toledo; en casa de las viudas madre é hija, esperan un primo del yerno de la condesa de Soflama; asistirá un diputado provincial con su señora y niñas, una de estas que canta y toca el piano con mucho primor; y se cuenta además con otros visitantes de sorpresa. Lo malo es que este año hay poca caza y que la fruta se la llevó un pedrisco sin que el pueblo haya logrado un céntimo del fondo de calamidades. Y luégo, segun dicen aquellos pacíficos vecinos, se gastan en Madrid millones en ferias y corridas de caballos.

Un repique de campanas de dos horas, en que bordan de lo fino los acólitos y sus ayudantes, tomando parte en el concierto todas las esquilas y esquilones del abrumado campanario, anuncia las vísperas; tras estas, salen párroco, ayuntamiento y feligreses, cofrades y devotas á traer



EL CIRCO POR DENTRO, cuadro por Otto Fikentscher



EL REY LLEGA, cuadro por J. F. Hennings

la Santa Imágen desde su ermita á la parroquia, y como esta procesion puede decirse que es preparatoria, no hay en ella música y salvas, oyéndose únicamente los salmos del oficio parvo que entonan sacristan, monacillos y aficionados, demostrando que sus voces no se hallan de acuerdo. Luégo, sigue la Letanía y Salve, cantadas á coro con verdadero fervor por el vecindario de ambos sexos, acompañado de la charanga; y colocada la efigie en su altar portátil, apáganse las luces y sale el pueblo en tropel, siguiendo á la música que ronda las calles y ensordece el aire con golpes de parche y agudos trompetazos.

Es de noche, y á poco que se descuide la gente en cenar ó comer confitura y *carambelos* en un puesto ambulante que hay en la plaza, llega el instante ansiado y feliz de uno de los mayores acontecimientos de estas fiestas. Empingorotado todo el mundo en las alturas de la aldea, óyese rumor de cencerros á lo léjos, y el jubiloso grito universal que dice y repite: ¡el encierro! ¡el encierro! movidos por el cual los záfios campeones juran, las mujeres chillan, los niños lloran, y los ancianos tiemblan.

—¡Ahí están! ¡Ahí están!

—¿Por dónde?

—Por Val de Umbrillo.

—No los veo.

—¡Pues mal ruido que traen los condenaos!

—¿No ves relucir la piel de los mansos con la luna?

—¿Qué son los mansos?—Y contesta la mujer del pregunton:

—Los cabestros.

—¡Cabestros! ¡Y son de libras!

—¡Y cada cuerno como una lanza!

—Anda, que buenas ganas de escabeche tendrá el que los meta mano!

—¡Cirilo, no seas lila, no te metas, mira que tienes hijos, y ya sabes lo que sucedió al *Colorin*, el año pasado!

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan!

Vamos á esperarles á la cerca, para pegarles un palo al pasar.—Y un mozo que viene pasadito de canguelo, dice:

—No vayas; que á Luquillas, de oir soplar á uno le ha dao un accidente.

El encierro avanza, cencerrea fuerte, llega, y la cerca queda más limpia que una bandeja de plata. Cirilo y otros tres ó cuatro matones que salian á encararse con las fieras, vuelven talones al saber que un toro tremendo se ha escapado y anda por los alrededores del pueblo, discurriendo á sus anchas si debe ó no debe entrar en el chiquero.

El vecindario está en vela hasta que se cunde que el cornúpeto optó por la reclusion, no sin haber revolcado para hacer boca al tio Chufas, ó sea al santon de la villa.

En honor á la Vírgen, la plaza de la Constitucion se ha arreglado este año, que da gozo verla convertida en redondel, para la lidia; cualquiera diria que estamos en la *Mezquita* de la Puerta de Alcalá. Hay quien murmura que las tablas que sirven de barrera son muy endebles, pero los mozos nada temen porque con sus cuerpos son capaces de hacer frente al toro más bravío.

Se subasta el derecho de abrir el toril, encargo á que no pueden aspirar más que los pudientes, y esta vez, han sido bárbaras las pujas: la mayor de diez y seis duros, y la menor, de tres. Mediante una buena cantidad, andan en lenguas los favorecidos con el dictado de valientes y pueden tener á gala recibir el primer *encontronazo*.

Amanece, al otro dia, el novillo *del aguardiente*, descerrajando fajas, chaquetas y camisas, quebrantando huesos y acostando en el empedrado á algunos valentones que no se saben levantar. La masa popular pide «¡otro toro!» y sigue la *aguardientada* hasta la hora de misa mayor en que el Alcalde invita á los lidiadores á que suspendan la heróica faena y vayan á cumplir como cristianos.

En la funcion religiosa hubo que admirar la compostura y piedad del pueblo: la misa *de tres*, que rara vez se celebra en esta localidad; las voces de los cantores, sobre todo del bajo, que atronó los oidos del concurso de señoras muy bien aderezadas, y de caballeros notables de la corte; la *Marcha Real* que al alzar tocó la charanga, y muy especialmente, el sermon del Padre D. Trinitario, describiendo la tradicion de la Vírgen aparecida y celebrando sus glorias, quien al resumir el discurso, dirigió una excitacion al pueblo, para que olvidara sus discordias en aras de la religion que perdona las injurias y del interés comun de aquellos feligreses, punto que no fué del agrado de los mandones de la villa, alguno de los cuales murmuraba por lo bajo, que bueno era pedir el amparo de la Madre de Dios, sin meterse en camisa de once varas.

Por la tarde sale la procesion con el aparato y solemnidad de costumbre, y las envidiosas de la habilidad de las camareras de la Vírgen decian que parecia que la habian vestido sus enemigos. El acto estaba imponente; la hermosa imágen andaba con majestad conducida en su carroza greco-romana; las campanas á vuelo alegraban los corazones; la profusion de cohetes lanzados al espacio convertia la carrera en campamento, y más de una vez pusieron espanto en los nutridos grupos de mujeres que cerraban la marcha, llevando candelas encendidas, porque á una de ellas se le incendió la basquiña de resultas de un disparo, que, segun se miente, le fué con intencion dirigido, por desavenencias entre su familia y la del cohetero. Presidiendo la procesion iba la corporacion municipal,—ya se sabe, de capa,—y entre ella resaltaba un uniforme que era objeto de la admiracion pública. Decian unos:

—Ese de los bigotazos es un general.

—Un extranjero.

—Todo de colorao y oro plata...

—Será un grande,—dijo un señorito.

—Pues bien grande es,—dijo un payo.

Y un Licurgo del lugar, añadia:

—¡Tontos! si ese es Raimundo, el hijo de la señora Gervasia, que es alabardero de palacio, y que ha venido á darse tono á su pueblo.

Al oscurecer alborotaba la funcion de pólvora, y seguian los zambombazos, las chispas y la lluvia que la multitud miraba con asombro, y que parecia el maná, al ver á los circunstantes esperándola con la boca abierta. No fué vista ni oida y la gente se replegó al baile dispuesto para el pueblo en las eras, y para los señores en casa de la médica, que se propuso obsequiar á los forasteros de nota, llevando al organista para que pulsara su piano de mesa; allí cantó la *Stela confidente* la señorita de Madrid, aunque estaba constipada, y al final de la reunion, los señoritos de buen humor bailaron *seguidillas*. En la soirée al aire libre, tocaba la murga polkitas, habaneras y valses, alternando, y un concurrente que pidió que se bailara la *jota* fué silbado.

Ya era el segundo dia, cuando *diversionistas* y *diversionados*, se retiraron rendidos á descansar. La gente hincaba el diente á la médica, porque en vez de refresco, habia dado á sus convidados racion de un par de rajas de rico melon de Añover, por barba, miéntras que la plebe habia tenido agua de limon para las señoras y limonada para los caballeros, al uso de Madrid. Y á las diez estaba ya la plaza que no cabia un alfiler, para la lidia oficial de dos *toros de muerte* trasteados por una cuadrilla de célebres toreros de invierno.

El fachenda Meliton que habia pagado una onza de oro por abrir la puerta al primer toro, salió tan amarillo como su onza, recibiendo el correspondiente aplauso de palmas y silbidos, que él recibia de espaldas al público, para no apartar la vista del chiquero, y al abrir tuvo el honor de quedar aplastado, entre la puerta y la barrera.

Capas y picas, bien: fueron echadas aquellas fuera, y estas puestas á distancia de tres varas del animalito, llamado *Merengue* que era el que se escapó y dicen que habia jurado vengarse de sus perseguidores. En las banderillas voló un diestro al tendido, ó sean los carros puestos detrás de la valla y atiborrados de humanidad doliente. La suerte de matar, tuvo tan mala suerte que el primer torero cayó de un puntazo en una ingle, y el sobresaliente quebró tres espadas, únicas que habia, de los cuarenta y dos pinchazos en hueso sufridos por el cuadrúpedo mártir, tinto en sangre y retirado al corral de órden de la autoridad. Los morondangos en mangas de camisa, impacientes por lucirse, llenaron el redondel, y salieron los novillos embolados, que aunque huidos y asustados de la ferocidad de los lidiadores, llevaban inutilizados trece, á las tres de la tarde. Las vallas se hicieron trizas; cayeron del susto y de las embestidas, mujeres y chiquillos, y un bravucon, por pura broma, abrió la puerta de la tienda del barbero, donde se hallaba apiñada la mejor sociedad, y el novillo á este quiero, y á este no quiero, dejó una parva de lesionados, heridos y contusos. Al finalizar en tinieblas la agradable fiesta tauromáca, resultó un muerto y varios tullidos, pero en cambio quedaron con vida toros y caballos.

En Morondanga no hay periódicos, pero sobran, en cambio, los comentarios hablados. Hubo pedrea de murmuraciones y críticas, entre vecinos y forasteros. La masa de los metesillas decia; que habia estado bien, pero que pudo estar mejor. El alcalde actual:

—¡Todo el mundo ha quedado *sastifecho!*

El anterior:

—¡Qué tiene que ver esto con lo del año pasado!

La médica:

—Los que murmuran que sólo dí melon son unos melones.

La maestra:

—Salió lo que yo dije: como dirigido por la *rapaberun* que en todo se mete, aunque no la den vela para este entierro.

La sacristana:

—¿Oyeron Vds. los versos que leyó el dómine? Pues no eran sacados de su cabeza, sino copiados de un librote antiguo. ¡Yo lo creo; por eso gustaron tanto! ¡Cada maestrillo, tiene su librillo! ¡Ja...! ¡Ja...!

La juventud labradora y torera:

—Los toros, *¡güenos! ¡güenos!*

—¡Mejores fueron otro año que murieron más caballos!

—¡Para eso ogaño han muerto más hombres!

Los naturales añadian:

—¿Han visto Vds. qué peste de forasteros?

Y los forasteros:

—¡Funcion de Morondanga!

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA

DOS ALMAS EN UN CUERPO

Con gran trabajo los humanos atraviesan el campo de la vida cargados con el alma. ¿Quién no recuerda y á cada paso no encuentra ocasion de aplicar la exclamacion del poeta:

Que siendo al alma la materia odiosa
Aquí para vivir en santa calma
O sobra la materia ó sobra el alma.

Pues si cada mortal tiene con un alma peso sobrado y lucha incesante, ¿qué no será del desgraciado que en vez de tener una, como á cada cual le ha correspondido en el general reparto, tenga dos, y acaso enemigas, acaso en continua y cruenta guerra?

Pues por muy fuerte que parezca esto de tener un viviente dos almas, hoy que sin gran dificultad se pone en duda la única, no deja de ser un hecho, y un hecho frecuente. Verdad es que, aunque así sea, no habrá quien no considere al infeliz tan bien dotado como un caso patológico ó como una monstruosidad, con más título aún que si tuviese dos cabezas.

Pero ante todo, deseando que se nos comprenda, hemos de fijar los términos con la posible precision.

Cada hombre despierto y en estado de salud se considera único é idéntico. La unidad y la identidad son dos atributos inseparables del *yo*, dicen los psicólogos. Es esto una verdad trivial para todo el mundo. Yo, Escalpel, soy uno solo; Escalpel, y no dos personas, Escalpel y otro. Además, yo soy, he sido y seré siempre Escalpel. Soy una sola personalidad y siempre la misma. A través de las edades, á través de las vicisitudes de la vida, á través de infinitos cambios de ideas, de inclinaciones, de carácter, me reconozco la misma personalidad, el mismo *yo*; y todos los varios sucesos de mi vida próximos ó lejanos los refiero á mi misma persona como agente, paciente ó testigo de ellos.

Lo mismo tengo entendido que les ocurrirá á mis lectores. Ninguno de ellos se considerará dos. Ninguno de ellos dejará de considerarse el mismo desde el más lejano límite donde alcancen sus recuerdos hasta el momento presente. Ninguno vacilará en afirmar que seguirá siendo el mismo hasta el momento de su muerte.

De esta suerte, tomando como expresion genuina del alma, como los psicólogos hacen, el yo único é idéntico, podemos decir que en cada cuerpo hay un alma y sólo una.

Pues bien; hay numerosos casos en que un sujeto no se siente uno sino dos. Se siente él y otro. Su personalidad se duplica. Tiene dos *yos* cada uno de los cuales considera extraño al otro. Fulano, que hasta el momento en que lo consideramos ha sido Juan Perez, se siente al desdoblarse su personalidad Juan Perez y otro, Pedro Sanchez, por ejemplo. Juan se considera diferente y extraño á Pedro, pero las dos personalidades existen en el mismo cuerpo, que en realidad, tomando cada *yo* como expresion de un alma, tiene dos almas.

Es esto tan extraño á lo que tenemos todos los dias á la vista y á las enseñanzas de la psicología corriente, que cuesta gran trabajo, no ya explicarlo, sino concebirlo. Estas repugnancias de la inteligencia se disipan en cuanto es dado observar un hecho. Entónces la evidencia se impone. En la imposibilidad de presentar personalmente á nuestros lectores algunos casos demostrativos que en este mismo momento tenemos á nuestro alcance, hemos de llenar en lo posible este vacío con descripciones tan gráficas como sea posible. Claro es que de ellas descartamos lo extraño al objeto y á la índole de este artículo.

Hé aquí un enfermo que aún vive.

Empezó por creerse víctima de las asechanzas y persecuciones de un extraño. Cuantos sucesos desgraciados le acaecian, achacábalos á gestiones de Lanero su enemigo. Perdia el apetito, gestion de Lanero. Perdia el sueño, la causa Lanero. Resbalaba y caia, Lanero habia dispuesto un patinador para que se rompiera la crisma.

En un grado mayor de obsesion por Lanero creia el enfermo que Lanero se habia llegado á hacer dueño de su actividad; que lo que él decia y hacia era obra de Lanero. Se veia convertido en un mecanismo sin espontaneidad, que sólo era animado por la voluntad de su enemigo. Así, tenia el enfermo una locuacidad mareante; no cesaba un solo momento; dia y noche era un caño inagotable de palabras; hasta hay dudas de si dormido hablaba; Lanero le hacia hablar. Pero hasta aquí, no obstante la absoluta condicion pasiva á que se creia reducido, se consideraba siempre como un yo único é idéntico. Aunque dominado por Lanero, él era siempre D. Serafin el veterinario y no otro y siempre el mismo.

Mas á fuerza de verse víctima de Lanero y creerse poseido de él y sentirle motor de su actividad, llegó á compartir con él su personalidad, llegó á ser al mismo tiempo Serafin y Lanero, víctima y verdugo. Así está hoy dia. Unas veces habla como Lanero, otras como Serafin. Sus actos los refiere alternativamente á una ó á otra de sus dos personalidades y estas coexisten en él propio hasta tal punto que sostiene conversacion rara vez interrumpida, siendo los interlocutores Lanero y Serafin.

Pero lo más grave para el enfermo es que la enemiga sigue. Lanero no deja de martirizar á Serafin un solo instante. Lanero injuria y Serafin se queja y sufre. Y bien si sólo fueran injurias, pero por desgracia Lanero pasa de las palabras á las obras y descarga sobre el pobre Serafin los más crudos puñetazos ó lo aporrea contra las paredes, siendo el mismo cuerpo, instrumento de almas tan contrarias, el que da y el que recibe; y seria posible que Lanero matase á Serafin cometiendo así nuestro enfermo un suicidio que psicológicamente no lo seria, pues el agente psicológico no seria el mismo Serafin, sino Lanero, el infame Lanero.

Notabilísima es esta perturbacion mental; pero aún más llama la atencion si se nota que el enfermo tiene notable lucidez, conoce las personas y las cosas y conserva una fidelísima memoria. Cuando se le interroga responde siempre como Serafin y se lamenta de la deplorable situacion en que Lanero le ha colocado.

En este caso las dos personalidades, los dos *yos*, las dos almas, coexisten en el mismo individuo y, como hemos visto, en lucha bien despiadada entre sí y contra el único cuerpo que sustenta á ambas; pero en otros casos, las dos almas no subsisten al mismo tiempo en el sujeto; por tem-

poradas el cuerpo es asiento de un alma ó de otra, pero sin que quede la menor duda de que son distintas. Ocurre entónces que el sujeto por cierto espacio de tiempo es uno y más adelante no es el mismo, sino otro sin relacion con el anterior y que no lo conoce.

Una de las observaciones más notables de esta clase es la del Dr. Azam, de Burdeos, bien conocido de todos los médicos mentalistas.

Félida es una histérica inteligente y bastante instruida para su condicion de obrera. A los catorce años, edad en que empezó á presentar los fenómenos que vamos á bosquejar, su carácter es marcadamente triste, concentrado, moroso. Trabaja con afan en labores de costura, pero habla poco, lo ménos posible. Siente dolores vivos en distintos puntos del cuerpo y está fuertemente preocupada con su salud. Sus afectos parecen poco desenvueltos, su voluntad tiene menguada energía. Sus ideas y sus actos son perfectamente razonables; y tal estado es habitual, constante.

Un dia, sentada Félida con la labor entre las manos, experimenta un violento dolor en las sienes, cae su cabeza sobre el pecho, sus brazos inertes se tienden á lo largo del cuerpo y un sueño, más bien un sopor súbito, la sobrecoge. Ninguna excitacion exterior, por violenta que sea, puede disipar su dormitar profundo; pero á los dos ó tres minutos Félida despierta. ¿Pero despierta la misma Félida? No. Despierta otra Félida radicalmente diferente.

Todo dolor, toda preocupacion sobre su estado ha desaparecido. Era taciturna y sombría, despierta alegre y resuelta; era reservada y contenida, despierta comunicativa y locuaz; era morosa, sus sentimientos afectivos estaban apagados, se despierta exaltada, con un exceso de imaginacion y un exceso de actividad. Entra y sale, habla con todo el mundo, hace visitas, se emociona con facilidad, siendo extremas, aunque fugaces, sus alegrías y tristezas. La jóven silenciosa, enfermiza y parada ántes de dormirse, se ha convertido en dos minutos en otra jóven alegre, sana y turbulenta.

Pero hasta este momento no aparece solucion de continuidad en su vida psíquica. La trasformacion es tan completa como súbita, pero Félida se reconoce á sí propia, se considera en su estado anterior y recuerda los incidentes de su vida tanto en el período de depresion como de excitacion. En verdad que no basta un cambio de ideas ni de carácter por profundo que sea para admitir en el sujeto una conciencia doble, una personalidad doble, dos almas.

Por fases de ideas y de carácter radicalmente contradictorias pasan muchos de nuestros políticos y á nadie se le ocurrió suponer que pudieran tener multitud de conciencias; ántes bien arguye tener muy poca.

Mas volvamos á nuestra Félida. Este período de excitacion que acabamos de describir dura tres ó cuatro horas. Repentinamente cae en el sopor y á los dos ó tres minutos trasfórmase en la Félida primera, concentrada y abatida. *La enferma no recuerda absolutamente nada de cuanto la ha acontecido en las tres ó cuatro horas de la fase de animacion.* No reconoce como suyas ninguna de las acciones que ha realizado. No ha vivido ese tiempo segun su conciencia. Durante aquel intervalo ha tenido una personalidad que no se enlaza con su personalidad presente, que es extraña á ella. Una alma distinta la animaba. Verdad es que al encargarse esta alma nueva, más vívida y enérgica, del dominio psíquico de Félida, recogia el conocimiento de la vida anterior, pero al abandonar su efímero dominio no comunicaba al alma que habia de reemplazarla la noticia de lo ocurrido durante su gestion.

El período de excitacion de Félida sólo duraba al principio tres ó cuatro horas como hemos dicho, pero sobrevenia casi diariamente. Sumando estos períodos de excitacion tenemos una vida distinta intercalada en la ordinaria de Félida, pues los distintos períodos de excitacion se continuaban en la conciencia de Félida, no eran episodios aislados y sin encadenamiento.

Andando el tiempo la duracion de los períodos de excitacion fué aumentando, llegando á durar meses enteros, quedando reducida la vida normal á intervalos de breve duracion; bien que Félida siempre creia encontrarse en su estado natural, y á la fase contraria, que si era la de depresion la recordaba, y si era la de excitacion la conocia en el período apático de oidas y por el tiempo trascurrido, la denominaba su *crísis.*

Medítese, ahora, un momento sobre tan singular situacion. Una persona que repentinamente deja de vivir segun sus ideas y carácter para despertar á una vida enteramente opuesta; que repentinamente se interrumpe esta nueva forma de su existencia para volver á la primera condicion, sin conciencia ni recuerdo de este interregno en que pudo desdecir toda su vida anterior. Son estas en verdad dos personas distintas viviendo dos vidas diferentes con el mismo cuerpo, trazando dos biografías contradictorias



RAFAEL SANZIO, estatua por Redler

del mismo sujeto real. Pudiera un sér en tan extrañas condiciones ser el curioso protagonista de una novela cómica si la pluma no se contuviera respetuosa ante el infortunio humano.

Así Félida concibió durante el período de excitacion experimentando la más terrible de las sorpresas cuando en el período de depresion se encontró con tan extraordinaria mudanza. Así pudo dar á luz durante la excitacion y encontrarse en la depresion madre de un hijo que no sabia haber parido.

No necesitamos llamar la atencion sobre los árduos problemas de medicina legal que pueden suscitarse en estas ocasiones.

Ahora bien; ¿cómo se explica esta personalidad doble? Hay que decirlo francamente: no se explica. Alguna hipótesis se ha formulado como la de la ruptura del sincronismo funcional de ambos hemisferios cerebrales ó su alternancia en la funcion, pero estas son interpretaciones á la ventura, sin prueba positiva.

ESCALPEL

LOS JARDINES SUBMARINOS

A propósito de un libro de Mr. Ernesto Hæckel (1)

Termina Darwin la relacion de su científico viaje al rededor del mundo recomendando á los naturalistas, sobre todo á los jóvenes, los viajes largos y la visita y estudio de lugares muy apartados y distintos de aquellos en donde se habita constantemente. «Me parece, dice el sabio naturalista, que nada es tan provechoso para los jóvenes como los viajes á países lejanos. En parte satisfacen y en parte avivan este deseo de saber, que, segun Herschel, tienen todos los hombres. La novedad de los objetos y la posibilidad del éxito, comunican al sabio jóven nueva actividad. Además, como los hechos aislados, áun cuando sean muchos, pierden pronto su valor y su interés, el naturalista se dedica á compararlos y llega hasta generalizar.»

Este precepto del gran maestro se cumplió en todas sus partes por el ilustre profesor Hæckel, bien conocido en el mundo por sus originalísimos trabajos y por ser, en Alemania, el discípulo más aventajado y el partidario más decidido de las teorías de Darwin.

En su juventud habia recorrido Hæckel diversos y variados lugares; estudió los corales del Mar Rojo y de la Arabia, y justificando las previsiones del maestro, publicó acerca de ellos dos interesantísimas Memorias. Viajó por Italia y las costas del Mediterráneo á fin de estudiar los animales inferiores y recoger datos para su *Sistema de las Medusas*, con cuyo trabajo estableció órden y clasificacion en los animales marinos inferiores. En otra ocasion permaneció algun tiempo en nuestras islas Canarias y quizá allí recogió materiales, que unidos á los encontrados en otros países, constituyen el gran contingente científico de dos celebérrimas monografías: una, de los *Radiolarios* —animales inferiores apénas estudiados hasta entónces y á los cuales sirve de tipo la bella *estrella de mar*,—y otra, de los *Espongiarios*, cuya vida y costumbres son altamente interesantes.

A pesar de tan largas y fructuosas excursiones, anhelaba Hæckel realizar otra de mayor duracion y estudiar en ella los animales marinos inferiores, en los cuales es riquísima la Fauna de la India. Desde su juventud ansiaba el profesor de Jena hacer un viaje y permanecer algunos meses explorando las costas de Ceylan, la bahía de Colombo, la rada de Punta de Gales y el puerto natural de Bellagemma; atraíanle las maravillas de aquella naturaleza tropical: la variada flora, sin semejante en el mundo; la extraña fauna de la tierra y de las aguas, y poseido de este deseo, durante muchos años, logró verlo realizado, si no por completo, en gran parte, gracias á su constancia, saber y voluntad. La relacion del viaje de Hæckel constituye un libro de gran interés y originalidad; es la descripcion, viva y animada, de una comarca que ofrece al naturalista ancho campo para nuevas investigaciones y al viajero, mil objetos dignos de particular estudio y atencion.

Dar cuenta de las exploraciones del eminente profesor, analizar uno por uno sus interesantes descubrimientos en la India y juzgar, en su vista, el valor y trascendencia de su último libro, ni es tarea fácil, ni cabe en los límites de un artículo. Así pues, habré de contentarme, bien á pesar mio, con indicar brevemente lo más notable y hermoso del por tantos títulos celebrado libro de Mr. Hæckel, fijándome únicamente en las maravillas descubiertas en el fondo del mar, y entre ellas en los corales, más bellos é interesantes en la India que en ninguna otra parte.

Casi no hay naturalista que á la condicion de sabio reuna la de poeta que Ernesto Hæckel posee. Apasionado amante de la Naturaleza, tanto como naturalista de profesion, escribe siempre el profesor de Jena con amor y entusiasmo, expresa su pensamiento con frase breve y gráfica, siempre con elegancia, presentando sus ideas y observaciones con arte exquisito, de modo que á la vez se demuestra que las cosas que dice y las opiniones que sustenta son, por una parte, fruto del estudio paciente, minucioso y detenido, y por otra, producto de verdadero sentimiento de la Naturaleza. Aun tratando de materias difíciles, de pormenores y observaciones detalladas, de experimentos prolijos y de doctrinas poco atractivas de suyo, los libros de Hæckel,—y especialmente el último, —se distinguen no sólo por el método admirable y el rigor de la exposicion científica, sino tambien por el maravilloso encanto del arte que el maestro sabe unir perfectamente con la ciencia pura. Por eso el lector del *Viaje á la India* sigue con grandísimo interés al sabio explorador; vive su vida, acompáñale á todas partes y lo mismo se deja guiar entre las maravillas botánicas del jardin de Paradenia, que entre los bosques de corales verdes de los jardines submarinos de Punta de Gales.

En el camino de Hæckel, al fijar y proponerse el plan de su viaje, mucho debieron influir las exploraciones anteriores; pues desde algun tiempo están muy en boga los viajes y observaciones submarinas y los naturalistas se preocupan como nunca con el estudio de las plantas y animales que habitan en el fondo del mar y á diversas profundidades. Recientes son las exploraciones de Agassiz en el Golfo de México y en el mar de las Antillas y sus magníficos estudios sobre las *Estrellas de Mar* de aquellas comarcas, y las anuales expediciones francesas que investigaron las costas del Mediterráneo, algunas del Atlántico y estudian ahora las de Marruecos bajo la direccion de Milne Edwards.

Conociendo los resultados obtenidos en todos estos trabajos, singularmente en las notabilísimas investigaciones de Agassiz, se propuso Hæckel explorar todo el mar de la India, registrar sus profundidades, visitar todas las costas, investigar, por primera vez, una region desconocida y dar con ello á la ciencia nuevo contingente de hechos, mostrando al mismo tiempo nuevos horizontes en que ejercitar los procedimientos de la ciencia de la Naturaleza. Su plan era vastísimo; abrazaba una comarca de

(1) Titúlase este libro, *Viaje de un naturalista á la India*, publicado recientemente.



ESCENA DE AMOR, cuadro por F. Oberland

gran extension y no se concretaba á la fauna y á la flora marinas; iba mucho más léjos: pretendia estudiar la configuracion de las costas, los animales y plantas terrestres y establecer todo género de relaciones entre ellos y los marinos, entre las formaciones geológicas del mar y de las costas y determinar por este medio un sistema de leyes, deducidas de la observacion directa de todos los séres, desde el más ínfimo al más superior, que viven en el mar de la India y en sus costas. Obstáculos que no son del caso impidieron la realizacion de tan gran proyecto. Hæckel hizo solo su viaje y se contentó con observar cuanto le permitieron sus propios medios, y á decir verdad, hizo muchísimo.

Figúrese el lector un maestro famoso, profesor en la sabia Alemania; un sajon acostumbrado al frio y á la niebla, naturalista insigne, hombre civilizado y culto, viviendo entre indios, en una poblacion donde apénas van europeos, rodeado de sacerdotes de Brahama, en aquel país donde el sol brilla con toda su magnificencia y el cielo, de purísimo azul, muy pocas veces se nubla, en la isla de eterno verdor donde el espectáculo de la vida de la Naturaleza se ofrece en vegetales y plantas con todo su esplendor y magnificencia: tal era la situacion de Hæckel en Welligama, poblacion enteramente india, donde instaló su laboratorio y vivió durante algunas semanas.

El contraste del gabinete de estudio del naturalista con cuanto le rodeaba, debió ser notable. En medio de una comarca apénas civilizada, toda esta riqueza de aparatos y medios de la ciencia moderna, microscopios, instrumentos de diseccion, útiles para estudiar los distintos animales, cámara fotográfica, utensilios de dibujante y pintor y un hombre sabio que los maneja todos con rara perfeccion, frente á un pueblo que se asombra de verle pescar medusas, actinias y corales, recoger plantas y raras mariposas y otros insectos, frente á la Naturaleza en la más hermosa manifestacion de su vida, ofreciéndose cariñosa y sin esfuerzo alguno á la observacion y desprendiéndose de sus hijos más bellos para que el sabio los estudie y por su conocimiento llegue hasta explorar las entrañas mismas de las madres, donde el hijo se nutrió durante su primer desarrollo embriogénico.

De toda la relacion del viaje de Hæckel, dos cosas, sobre todo, son dignas de la mayor atencion, á saber: la estacion botánica de Paradenia y los jardines submarinos que rodean el Fuerte de Punta de Gales.

A juzgar por el relato del profesor de Jena, nada hay tan maravilloso ni grande para el estudio de la botánica, como el Jardin establecido por los ingleses en Paradenia y confiado á la direccion del ilustre naturalista Doctor Trimen. Todas las bellezas y encantos de la magnífica flora de los trópicos se ostentan en este jardin, riquísimo en especies indígenas y exóticas y colocado en el lugar más á propósito de la isla de Ceylan. Allí pueden admirarse grupos de gigantescas palmeras, cuyas hojas están en la plenitud del desarrollo y parecen enormes penachos ó abanicos colosales desplegados al aire; árboles del *caoutchouc* y otras especies de *ficus*, que alcanzan algunos metros de altura, poblados de anchas hojas de color verde oscuro; *bambúes* admirables, cuyas raíces, saliendo de la tierra, forman una serie de graciosas arcadas y cuyas ramas, llegando hasta el suelo, forman los pilares de fantásticas bóvedas todas cubiertas de verdura; multitud de *helechos*, unos de grueso tronco desnudo, oscuro y alto como el de una palmera y coronado por un penacho de hojas abiertas como abanicos, y otros enanos, pequeños, interesantísimos por la belleza de las hojas y los tonos claros de color verde que ostentan; *lianas* diversas y otras plantas trepadoras en las cuales es riquísimo el jardin de Paradenia, y *bananeros* que, segun expresion del mismo Hæckel, parecen coronas de hojas descansando sobre innumerables pilares.

Pero si es grande y maravilloso cuanto en la India se refiere á los animales y plantas terrestres, las bellezas inefables de la Naturaleza y sus mayores encantos se encuentran en sus razas inferiores que viven en el fondo del mar, constituyendo deliciosos jardines, poblaciones inmensas, espesos bosques donde crecen los corales de todas especies, un mundo, en fin, casi desconocido, oculto y escondido entre las ondas del mar de la India.

Nadie desconoce, en el dia, la importancia del estudio de los organismos más simples y elementales y nadie ignora tampoco la necesidad de procurarse elementos de estudio en los mares, donde habitan y viven todos esos séres rudimentarios, límites del organismo animal y muy fáciles de confundir con las plantas. Como estos séres inferiores necesitan para existir determinadas condiciones en el medio ambiente y su número y especie se relaciona con la figura y formacion geológica de las costas y se enlaza con la fauna y flora terrestres, necesariamente en la India, en ese país donde se ostenta con grandísima fuerza y de mil y mil maneras distintas, la vida de la Naturaleza, deben aquellos animales presentarse con caractéres muy singulares, muchos en número y muy diversos á causa de la poca uniformidad de las condiciones del medio en que viven, perfectamente desarrollados y con todos los esplendores de la belleza tropical de las plantas y de los animales.

Con efecto, nada tan hermoso como los jardines submarinos de corales descritos por Hæckel en su último libro y explorados en Punta de Gales y Welligama. Ni los corales de la Arabia, ni todas las variedades descritas por Darwin igualan en belleza é interés á los del mar de la India; es cierto que son más variados los colores de aquellos y sus tonos de mayor pureza; pero si los corales de Punta de Gales no son anaranjados, rojos y amarillos, el color verde, constante para todos, ofrece magníficas gradaciones.

Para tener idea de lo que es uno de estos jardines submarinos, en donde no hay flores ni plantas de ninguna especie y sólo están formados por animales muy inferiores, cuyas formas semejan hermosas corolas, es necesario figurarse el fondo del mar con sus mil accidentes; con sus palacios de verdura donde habitan medusas y pólipos y sus rocas cubiertas de delicadas *actinias*; es preciso imaginarse los bosques de corales formados por verdaderos árboles cuyas hojas, en forma de estrellas, brillan como esmeraldas y mejor que de organismos parecen hechos de estas piedras preciosas. Si con la fantasía é inspirándonos en las descripciones de Hæckel,



M. Wurtz, eminente químico francés

queremos penetrar en uno de estos jardines submarinos, ocultos entre las olas y testimonio de la vida en el interior de los mares, hemos de figurarnos un mundo muy distinto del nuestro, poblado por otros seres más sencillos y elementales que nosotros.

Envueltos completamente por el agua vénse magníficos arbustos de corales verdes ostentando variados tonos de este color, desde el verde amarillento al verde oscuro de musgo pasando por el verde marino, el color de la esmeralda de ciertas madréporas, el verde oliva de las miléporas y el verde malaquita de otras especies; los troncos y las estrellas son del mismo tono y la variedad engendra un género de belleza incomparable en estos organismos tan sencillos que más que animales parecen plantas y no de las más complejas. En el suelo y en las rocas, como recibiendo sombra de los corales, crecen multitud de actinias, pólipos singularísimos llamados *anémonas de mar* por su semejanza con estas flores. Hay actinias que saliendo como de un muñon, se extienden en filamentos muy delgados y cruzados como las plumas agitadas por el viento; otras son pequeñas y presentan una especie de nudo blanquecino rodeado de festones verdes muy claros y brillantes; otras, en fin, ofrecen formas y colores más variados, predominando siempre los tonos verdes, cual si atestiguaran la eterna juventud de la encantadora isla de Ceylan; juventud y verdura de la Naturaleza que contrasta notablemente con la quietud de aquella civilizacion india, tan activa y fecunda en remotas edades como hoy seca y casi muerta.

Quien siga la interesante relacion de Hæckel podrá tener idea más clara de estas bellezas y de otras no menores maravillas descritas en lenguaje encantador, que les da nueva vida haciéndolas servir al mismo tiempo de placer para el mero aficionado y de útil y provechosa enseñanza para el naturalista de profesion interesado, en primer término, en el conocimiento de esta Naturaleza, madre fecunda de cuanto existe y que ostenta la espléndida belleza de una eterna juventud en la isla de Ceylan.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

Actitud de un soldado á las veinticuatro horas de su muerte

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 16 DE JUNIO DE 1884 — NÚM. 129

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA MUJER DEL BANDOLERO cuadro por G. Schauer

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL DIABLO EN SU VIDA PRIVADA, por don Antonio de Trueba.—EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS (*Conclusion*), por don Ramon Fernandez de Mera.—EL RAYO DE LUZ MÚSICO Y PINTOR, por el Doctor Hispanus.

GRABADOS: LA MUJER DEL BANDOLERO, cuadro por G. Schauer.—EL SILLON DESOCUPADO, cuadro por Percy Macquoid.—LOS NIÑOS DE LA ALDEA.—EL PIRÓFONO DE M. KASTNER.—EL APRENDIZ DE ZAPATERO, cuadro por A. Rotta.—PREPARATIVOS PARA FORMAR EN LA PARADA, cuadro por G. Green. LA COLECTA, cuadro por G. Knorr.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: EL CUMPLEAÑOS DEL ABUELO, cuadro por Gustavo Igler.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Junio.—Música del porvenir.—La noche de San Juan.—Desfile anacrónico.—La calle de Carretas el dia del *Corpus*. ·La verbena de San Antonio. La Florida. —Goya —Panorama manzanaresco.—Exposicion de Bellas Artes.—*Expoliarium.*

El mes de junio reina ya entre los hombres y los pájaros. Es el verdadero mes de las flores, el mes de los exámenes, el mes de entrada de las aves africanas.

El verano reina ya, y su cetro—un abanico—mariposea entre sus manos. Es preciso buscar las telas claras y los sombrerillos de paja. El quitasol se convierte en una institucion benéfica. Muchas frentes sudosas sueñan con el mar, y las pupilas dormidas creen ver olas azules fosfóricas moviéndose y lamiendo playas de arena dorada y fina. El Manzanares pide á toda prisa sus esteras para tapar las desnudeces de los bañistas pobres que no pueden viajar.

Es obra de una quincena. Luégo las golondrinas de buena casa se irán en tren expreso á mojar la punta de las alas en el mar.

***

¡San Juan! ¡San Juan! Ya llega el santo; ya empiezan á dibujarse en la azul esfera su banderola bordada de estrellas y su cordero, que está representado por una nube blanca; ya se disponen las muchachas á consultar su horóscopo. Aquel dia el sol viene con sus más dorados rayos á iluminar el seno de las aguas que centellean al moverse, diciendo en su ignoto lenguaje á los amantes mil cosas felices. Hay dos noches de San Juan célebres en la literatura: La del *sueño de una noche de verano* y la de *Pepita Jimenez.*

Ya sabeis lo que pasó aquella noche á *Pepita Jimenez:* robó un alma al paraíso.

Las fiestas religiosas de esta época tienen un carácter de júbilo extraordinario. El campo entra en el templo el dia del Corpus: las naves góticas huelen al perfume de los jardines. En la pila del agua bendita cae un rayo de sol y la ilumina, disolviendo su oro en las pequeñas ondas salutíferas.

***

La iglesia. Llena de mujeres prendidas con elegancia, con flores entre los cabellos; con el largo velo de Flandes recogido con la gracia española, sujeto á las sienes, al cuello, al pecho y al talle con esos alfileres que sabe colocar tan bien la mano de una madrileña. La sonrisa en los ojos, mezclando lo profano con lo divino, las alegrías de la tierra con las alegrías del cielo, el amor de Dios con el amor de los hombres, avanza la madrileña por las losas del templo y las severas oscuridades del ábside parecen iluminarse de reflejos meridianos.

La calle. El dia de Corpus el desfile de transeuntes aumenta en la calle de Carretas. Es una curiosa exposicion en que la antigua indumentaria española recobra sus derechos, el sombrero y los adornos parisienses retroceden y en su lugar campea con triunfo la gentil mantilla con sus calados dibujos que la hace parecer sombra tejida.

Desde remotos siglos el rey y la corte tomaban parte muy activa en estas manifestaciones de respeto religioso y asistian á la procesion, entregada hoy á los concejales. La visita de la Encarnacion que hacian los reyes, los infantes, los ministros, los nobles y todos los altos funcionarios y magnates reunidos procesionalmente, constituia un espectáculo pintoresco, y resucitaban con él las antiguas usanzas, los viejos uniformes de la grandeza, las chupas de raso bordadas de oro, las solemnes y ricas casacas con sus anchos faldones, por cuyo paño se extienden las grecas de primorosos bordados, los mantos de los maestrantes, blancos ó rojos, de finísimo paño, con sus rojas cruces y las pelucas empolvadas; todo lo que caracteriza la esplendorosa corte española pasaba por las calles de Madrid y se diria que por evocacion mágica ocho siglos de historia salian de entre las empolvadas hojas del viejo *in folio* de pergamino, y habiéndose roto las cadenas con que la muerte ata al sepulcro á las cosas, las ideas, los personajes y las instituciones que perecieron, estas y aquellos vuelven á la vida con existencia real y visible.

El rey iba de capitan general con el rico toison de oro y en la diestra el rubio baston de concha, los guantes de ámbar calados y el tricornio debajo del brazo. La reina lucia traje de brocado, y de sus hombros pendian y al rededor de su cuello se enroscaban esas sierpes de fuego que los joyeros de la real casa saben hacer engarzando en prisiones de oro las magníficas pedrerías del patrimonio régio: diademas y collares que han sido la vanagloria de cien reinas y la envidia de cien princesas. Era verdaderamente espléndido este cortejo que empieza con los reyes y acaba con los empleados de palacio, los pulidos caballerizos, los minúsculos *jokeys*, los rudos cocheros y en fin toda esa caterva de domésticos que entretiene el caudal régio. Y entre ellos los aristócratas, unos cubiertos, indicando esa preeminencia de poderse presentar ante Dios y el rey con el tricornio calado sobre las sienes, preeminencia que es, ó una falta de educacion, ó una impiedad: así al ménos el buen sentido de los modernos estima y juzga ciertos ridículos privilegios heredados de ayer.

Esa comitiva pasa pronto y cuando ese lujo de oropeles, de bandas, de cruces, de piochas, de brillantes sujetando raso y terciopelo, de olas de encaje y granizo de pedrería preciosa, cuando todo este conjunto coruscante se desvanecia y las calles recobraban su aspecto habitual, con los transeuntes vestidos del modesto oscuro pergeño de la época, se experimentaba la tristeza misma que produce la ausencia del sol cuando tras breve fulgor de sus rayos tornan las nubes á empañar el espacio.

Tantos privilegios nobiliarios conquistados á fuerza de mandobles y lanzadas, tanto lujo, ese boato oriental, esas vanidades exhibidas entre la relumbrante y aparatosa ostentacion de la más brillante de las cortes modernas.... sólo sirven para ser exhibidos una hora y escondidos despues en el fondo de un arca bajo la fisonomía monótona pero séria de la vida ordinaria.

Y esta ha recobrado sus derechos, y como el laminador reduce á delgadísimas hojillas la gruesa pieza de oro, ella nivela, iguala y reduce á polvo esos frívolos honores, esas aparatosas procesiones, ese lujo pagano. Hoy la procesion del Corpus es un desfile de fracs negros y de casullas blancas.

***

Las verbenas van á empezar. San Anton ha abierto la poterna de los nocturnos regocijos con llave de oro; camino de la Florida se han puesto los nombrajos del comercio menudo, las mesas portátiles, los rimeros de bollos pintados, cornetas de plomo y sables de hoja de lata.

La Florida es uno de los sitios más hermosos del paisaje cortesano. Alamos blancos y olmos copudos—cuyo centenario podria celebrarse—enlazan sus ramas allá arriba formando bóveda. Más acá se levanta la capilla donde Goya pintó aquellas deidades que recuerdan sus manolas; porque este genio, hasta cuando subia al cielo, iba en compañía de la graciosa gentecilla de Gilimon y el Rastro.

A la izquierda los tendederos del Manzanares enseñan su red de sogas y sus mástiles, por medio de cuyos bosques de ropa tendida vagan los tipos de una novela digna de Zola. Al frente, el ferro-carril cruza con frecuencia dejando estremecida la tierra y manchado el cielo. Es un paisaje bonito. Allí se reconstituye mentalmente y sin gran trabajo la época de los casacones, y se ven pasar carrozas de barnizado nogal, arrastradas por apopléticas mulas, jinetes vestidos de raso, mujeres envueltas en encajes y caireles de seda, estudiantes de astrosa túnica y grasiento chapeo. Para que nada falte á la ilusion, vese uno rodeado de pobres, de tullidos, de ciegos, en representacion de los antiguos pobres de la sopa. Los pobres no han desaparecido con el tiempo.

Lo que ha desaparecido es la sopa.

***

La Exposicion de Bellas Artes celebrada en el Retiro es una prueba de lo que sucede en España, de esa desorganizacion social que constituye la gran enfermedad de la nacion. España tiene pintores de mucho mérito, en los certámenes extranjeros ocupan el primer lugar, en el mercado de cuadros los suyos obtienen precios fabulosos: se celebra una Exposicion en Madrid y esos pintores no acuden á ella, por donde resulta que el arte nacional sólo se manifiesta tan grande como es fuera de casa. No es esta ocasion ni he recibido yo el encargo de analizar las obras que figuran en la Exposicion de Bellas Artes. Pero sí cae bajo el dominio de mi crónica, porque es un acontecimiento de actualidad y dentro de la Exposicion el acontecimiento principal es el cuadro de Luna, *Expoliarium.*

Cuadro de horrores vistos al través de la lente maravillosa del genio.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

La mujer del bandolero, CUADRO POR G. SCHAUER

Esta composicion, sobria y vigorosa, da una perfecta idea del personaje que representa y hasta del drama que tiene lugar á su vista, por más que no la tenga á la del espectador del cuadro. De pié sobre la pelada roca, midiendo horrorizada la profundidad del abismo, á la espalda el fusil de su marido y en brazos el hijo de sus entrañas, contempla con llorosos ojos cómo su esposo, prisionero de los dragones, es conducido á un encierro, de donde es posible salga únicamente para el cadalso.

La pobre mujer tuvo la desgracia de amar á un hombre reñido con la sociedad y con sus leyes. Primero fué su compañera, más tarde su esclava, últimamente su cómplice. Desde que se unió á ese hombre ha vivido la vida de las fieras; de todas partes arrojada, en todas partes perseguida, cuando Dios la hizo madre, hubo de pedir, como esas fieras, una cueva al monte, en cuya salvaje soledad se perdieran los gemidos de la parturienta y el llanto de su inocente hijo. Desde entónces teme muchísimo más el peligro, porque la bala de los dragones dirigida á su cabeza, puede herir, puede matar al fruto de su amor. Por esto el autor del cuadro, con sentimiento exquisito, ha pintado á esa mujer en actitud de proteger al pobre niño y como luchando entre los opuestos impulsos de compartir la suerte de su esposo ó de poner á su hijo á salvo del peligro que le amenaza.

Sin duda el amor maternal triunfará en la lucha; y algunos dias más tarde, una jóven demacrada, andrajosa, pero aún no rendida por la desgracia, recibirá, á través de las estrechas rejas de una cárcel, el beso de amor del bandolero, y en medio de su abyeccion, lo depositará castamente en las mejillas de su hijo.

Los niños de la aldea

Los niños de la aldea no tienen, para su regalo, parques alfombrados de fina arena y bordeados simétricamente de preciosas flores; no tienen estanques de aguas trasparentes en que naden graciosos cisnes de blanco plumaje y peces de escamas plateadas; no tienen juguetes que destrozar, pequeños y artísticos dijes que valen lo que el pan del pobre durante un año; no tienen nodrizas galoneadas de oro y plata, ni niñeras vestidas de encajes, ni siquiera una madre bastante desocupada para impedirles que cometan travesuras á veces mortales.... Pero tienen, en cambio, el prado y el bosque de cuyos aromas saturarse; un depósito de agua regalada, en el hueco de un árbol, en donde hundir sus rollizos brazos persiguiendo frágiles buques de papel; un horizonte inmenso para espaciar la vista, pájaros para recrear su oído, llanos y montes para desarrollar sus miembros con sano ejercicio; y tienen consigo á la Vírgen Madre de todos los niños que vela cuidadosa por aquellos cuyas madres no pueden hacerlo directamente.

Hé aquí, sin duda, explicada la grata impresion que causa este cuadro, en el cual se halla perfectamente representada la vida de los niños de la aldea. Su aspecto sano, sus rostros en que se refleja el contento, sus infantiles travesuras, compensan el abandono en que se hallan y harán suspirar á más de un padre cuyo hijo languidezca asfixiado por la atmósfera de la sociedad culta, que empieza por sacrificar á los niños como muestra de lo que piensa hacer con los hombres.

El sillon desocupado, CUADRO POR PERCY MACQUOID

Murió el honrado castellano, y se ha producido el vacío en las estancias del sombrío castillo. Todo en él recuerda al buen caballero, de costumbres quizás sobradamente rudas, pero de alma sin miedo y sin mancha. Allí su fusil de caza, allí el uniforme del último cuerpo en que sirvió á la patria, allí el sillon en que descansó de las fatigas de la caza y de la guerra y sentado en el cual profirió sentencias como amigo, ni más ni ménos que sus antepasados las dictaron como señores.

Cabe á este sillon llora en silencio una jóven huérfana: el vacío que la muerte de su padre ha dejado en el castillo, es más completo y ménos posible de llenarse en su corazon. Educada, á causa de añejas preocupaciones, léjos de un mundo que, dígase lo que se quiera, es el mundo propio de las mujeres bien nacidas, doquiera que vuelve los ojos encuentra quien la compadece, mas no quien la consuele. La soledad la espanta y la idea del bullicio del mundo la marea. Como el ciego que está á punto de cobrar la vista, se estremece á la idea del sol hiriendo sus débiles ojos.

Este cuadro está perfectamente sentido y su autor ha conseguido que ese sentimiento se comunique á cuantos contemplan su obra.

El aprendiz de zapatero, CUADRO POR A. ROTTA

Si hay quien dude de que, en este mundo, la felicidad individual es completamente ajena á la fortuna y jerarquía social del individuo, se convencerá de ello á la vista del cuadro de Rotta. Se trata de un humilde aprendiz de zapatero, con más buen apetito que buena mesa, con mejor estómago que cocinero. Su presente no puede ser ménos envidiable: el aprendiz es el vaso que ni siquiera tiene el derecho de desbordarse, por excesivamente que le colmen el maestro con su autocracia y los oficiales con sus exigencias de pequeños déspotas. El carga con el mal humor de los parroquianos á quienes lleva el calzado; él está sujeto á los caprichos de la *maestra* que le ha convertido en niñera de sus revoltosos vástagos; él tiene la culpa si el candil ahuma ó el engrudo ha salido claro ó espeso; y él, finalmente, es el centro de atraccion á donde convergen cuantas bofetadas ó puntapiés se perderian en el vacío, á no encontrarse por el camino con el rostro ó las posaderas del pobre meritorio.

Y á todo esto, él tan campante, tan alegre, tan listo.... Filósofo de pocos años, se hace cargo de la vida tal como el Señor se la ha deparado; acostumbrado á pisar espinas, se ha resignado con su suerte y si, por acaso, encuentra una flor en su camino, llámese propina, golosina, jira ó espectáculo, la aspira hasta saturarse con toda la fruicion de sus juveniles años. Un dia llegará á oficial zapatero, quizás á maestro.... Entónces tendrá aprendices á sus órdenes; será padre de familia, contribuyente, elector.... ¿quién sabe?.... ¡hasta alcalde de barrio!

Pues bien, áun en el pináculo de la dicha y de la autoridad, recordará los tiempos felices en que, léjos de darse brillo personal, se lo daba, frota que te frota sin reposo, al calzado ajeno.

Preparativos para formar en la parada,

CUADRO POR G. GREEN

Padece el hombre aberraciones muy singulares. Rechaza, por ejemplo, el servicio militar, y sin embargo, se

despepita por imitar siempre que puede á los militares. Ahí va una muestra en el cuadro de Green.

Ese pacífico ciudadano inglés, cuyo aspecto es todo lo ménos marcial posible, ese macizo hijo de aquel pueblo cuyos soldados se alistan voluntariamente en tiempo de paz ó son *cazados* en tiempo de guerra, embute su corpulencia dentro de un uniforme y se dispone á sudar la gota gorda, por darse aires de Marte á los ojos de sus convecinos. Es un capricho de bastante mal gusto que el artista inglés ha satirizado con habilidad.

La colecta, CUADRO POR G. KNORR

Si posible fuera que la fotografía, que tan exactamente reproduce las líneas, reprodujese el pensamiento, la vida, el movimiento, el alma, digámoslo así, de los personajes que tienen participacion en las escenas del mundo, diríamos que este cuadro es una fotografía magistral. A tanto raya la perfeccion del dibujo, la naturalidad sorprendente de las actitudes y la expresion nunca bastante ponderada de los semblantes. El rostro severo del colector, el ensimismamiento místico del personaje sentado en el extremo del banco, la distraccion voluntaria del que canta á su lado y la buena voluntad con que el devoto de primer término busca en el bolsillo del chaleco la moneda con que piensa contribuir á la colecta, son de un estudio tan minucioso y de una tan feliz ejecucion, que no nos cansaremos de recomendar á nuestros favorecedores den á este grabado toda la importancia que realmente tiene.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

El cumpleaños del abuelo, CUADRO POR GUSTAVO IGLER

El lujo, la moda, el arte, cuando disponen de un capital suficiente, pueden inventar espectáculos deslumbradores, que halaguen el gusto de los unos ó la vanidad de los otros. Lo que no inventará el arte ni se comprará con dinero es la fiesta de familia, la fiesta íntima, impregnada de gratos aromas, bien se exhalen estos de las aristocráticas magnolias, bien del humilde tomillo que se cria en el bosque.

A la vista del cuadro de Igler, en el cual no hay un solo semblante que deje de expresar inocencia y alegría, cree uno participar de esa felicidad apacible y cien veces más grata que la del mundo dorado y fastuoso. ¡Cuántos cambiarian de buena gana sus faisanes y sus salmones por un pedazo de ese modesto bizcocho, con tal de poder apetecerlo como esas inocentes criaturas convocadas para festejar el cumpleaños del abuelo!

EL DIABLO EN SU VIDA PRIVADA

Cuento popular de Vizcaya

POR DON ANTONIO DE TRUEBA

I

El pueblo que cuenta el siguiente cuento que recogí de su boca á la sombra occidental del excelso Ganecogorta, se calla el pensamiento filosófico que el cuento encierra, pero yo creo que el pensamiento es éste: la felicidad ó la infelicidad que el amor da, guarda proporcion con la pureza ó la impureza con que se profesa el amor. Por consecuencia de esto, como el amor del Diablo tiene que ser impuro, el amor tiene que hacer infeliz al Diablo.

El que lea ú oiga este cuento, convendrá, al recordar este introito, en que soy tan listo como aquel que decia: «Si aciertas que llevo aquí uvas, te doy un racimo.»

Por si hay quien tema que el Diablo me lleve, en venganza de haberme metido en su vida privada, debo tranquilizarle con una noticia: la de que el Diablo, cuando así lo quiere Dios, que manda más que él, es más impotente que un rey constitucional y más bestia que los que blasfeman de Dios.

II

Un dia estaba el Diablo dale que le das á las moscas con el rabo, y de repente interrumpió aquella operacion exclamando disgustado de sí mismo:

—¡Eh! es indigno de mí este entretenimiento que hasta en la tierra me pone en ridículo, pues allí no hay quien no sepa y diga, burlándose de mí, que cuando no tengo qué hacer, con el rabo mato moscas. *Tic* por aquí á esta mosca, *tic* por allá á la otra! Es verdaderamente grotesco que un personaje como yo se entretenga en estas niñerías. Entretenimientos más dignos de mí y de mi trascendental mision de propagar el mal son los que deben constituir mis solaces así en la vida pública como en la privada, y en busca de estos entretenimientos voy á dar una vuelta por la tierra.

Decidido el cornudo á hacer un viaje por acá, comenzó los preparativos de viaje y lo primero en que pensó fué la forma y traje que debia adoptar.

—Hoy,—dijo,—se reiria de mí la gente si me viese andar de Ceca en Meca en la forma tradicional, ó sea con el consabido rabo, los consabidos cuernos, las consabidas uñas y las consabidas llamas por la boca. Hoy el Diablo en la tierra necesita adoptar forma verosímil, ya la de comerciante, ya la de abogado, ya la de concejal, ya la de diputado á córtes, ya la de ministro, ya la de rey, ya la de presidente de república, ya la de escritor público, ya.... aunque sea la de eclesiástico, porque de viajar en la forma tradicional, me conocerian todos y no podria engañar á ninguno ni en la vida pública ni en la privada.

Pensando así, el Diablo tomó un serruchillo y... ras, ras, se aserró los cuernos á rape, enroscó bien la cola, sujetó la rosca donde es de suponer, se cortó las uñas por más que en esto tuvo sus dudas, pues sabia que no falta en la tierra quien conservándolas insulte á la estética, se vistió de pantalon, gaban y sombrero de copa alta, porque entónces aún no habian ascendido á *tipos* los que llevaban este adminículo cilíndrico, se dió una buena mano de gato y hecho todo un caballero particular, emprendió su viaje por el mundo.

Dicen que el Diablo tiene cara de conejo, pero nadie que entónces le hubiera visto, hubiera dicho tal cosa. De lo que entónces tenia cara era de uno de esos maricones que cifran su mayor gloria en dirigir bien un cotillon.

III

—¿Y á qué me voy á dedicar ahora?—se preguntó el Diablo al acercarse al mundo.—Tanto y tanto se habla del amor, tanto y tanto se apetecen sus goces, tantas barbaridades se hacen por ellos, tantos hombres y mujeres van por ellos al infierno gustosos, que estoy por creer que el amor es la cosa más rica del mundo. Yo no conozco el amor porque no conozco la vida privada, y voy á probar qué viene á ser cosa tan apetecida, y al mismo tiempo mataré dos pájaros de una pedrada corrompiendo y llevándome al infierno á una vírgen sin mancilla y gozando préviamente de su amor, que debe ser cosa regalada y apetitosa. Enhorabuena que personajes de mi importancia se consagren principalmente á la vida pública, pero caramba, tambien es justo que echen una cana al aire en la vida privada.

La primera diligencia del Diablo en la tierra fué averiguar dónde habia una doncella hermosa, buena y casta. Súpolo y se encaminó en su busca, pero experimentó tan profunda repugnancia en seguir aquel camino, que con dificultad pudo llegar á la doncella. Una vez llegado, fué tal la que le causó el enamorarla que no acertó á decirle esos ojos tienes buenos, y se alejó de ella sin poder explicarse aquella repugnancia que al fin, como era tan mal pensado, atribuyó á que la doncella no era tal doncella ni Cristo que lo fundó.

Sucesivamente fué encontrando otras, hermosas, buenas y castas á carta cabal, y le fué sucediendo lo que con la primera, por lo cual se daba á todos los demonios diciendo:

—Mire V. que es mucha gaita lo que á mí me pasa al querer probar un poco de la vida privada, que me encuentro con chicas que se pueden comer crudas, y en lugar de sentirme atraido á ellas por su castidad, su bondad y su sandunga, me siento irresistiblemente repelido y hasta con ganas de echar al mundo con doscientos mil de á caballo y volver á darme un baño en las calderas de Pero Botero.

Pero suponiendo que todas las doncellas con quienes hasta entónces habia dado eran doncellas de pega, determinó continuar á caza de una vírgen inmaculada y siguió preguntando por ella á cuantas gentes encontraba en su camino, diciéndoles que era muy rico y queria hacer feliz á una jóven pobre que tuviese aquella circunstancia, porque estaba ya cansado de la agitacion de la vida pública y ansiaba la quietud de la vida privada.

¡Ah, grandísimo trapalon!

Encontrando en las cercanías de un pueblo á una tal doña Celestina, más vieja que el préstame un cuarto y más fea que el voto va Dios, le hizo la misma pregunta y le respondió la vieja:

—Casualmente yo tengo una nietecilla que aunque me está mal el decirlo, á casta, buena y hermosa le echa la pata á la más pintada, como que hasta el nombre tiene simpático, pues se llama Sandunga. Venga V. conmigo, señor de...

—Pateta, para servir á V.

—Que sea por muchos años. Pues como iba á decir, véngase V. conmigo, señor de Pateta, si quiere ver á mi nietecilla, que cerca de aquí vivimos ella y yo solitas en una casita fuera del pueblo escondida entre ramas y flores como un nido hecho adrede para arrullarse en él tortolitos como V. y mi nietecilla.

El Diablo siguió á la vieja temeroso de que le sucediera lo de marras, pero creyó volverse loco de alegría al acercarse á la casita viendo que léjos de experimentar repulsion, experimentaba atraccion irresistible y sobre todo viendo á la doncella que saludaba su llegada desde la ventana y era capaz con su cara y su gracia de tentar al mismo demonio.

IV

El primer dia que pasó el Diablo en casa de doña Celestina, ó lo que es lo mismo, el primer dia que se entregó á los goces de la vida privada, fué el más feliz de su condenada vida, porque Sandunga y él le pasaron arrullándose como tortolitos.

Al siguiente se encontró algo indispuesto, por lo que doña Celestina le hizo una taza de zarzaparrilla, y tanto ella como su nieta le aconsejaron aquella tarde que fuese á dar un paseo por aquellas inmediaciones que eran deliciosas. No tenia gana de pasear, pero tanto insistieron abuela y nieta en que diera un paseo lo más largo posible, que al fin se decidió á darle.

Conforme paseaba volvia la vista hácia la casita donde quedaba su amada, con impulsos casi irresistibles de volverse atrás, porque estaba ferozmente enamorado de Sandunga y hasta la misma doña Celestina le atraia hácia sí con simpatía incomprensible dada la fealdad y vetustez de la vieja.

(Continuará)

EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS

(Conclusion)

Era un militar de caballería, á juzgar por el diseño de las medias botas, pero no tenia armas, ni charreteras ni galones.

Cuando Nemesia reparó en la sustitucion de la estatua, se sorprendió, y cuando se fijó en ella, sintió un escalofrío, porque creyó reconocer algunos rasgos de la fisonomía de su perdido amante.

XIV

Se sentó frente á la extraña imágen y la miró con una insistencia que parecia fascinacion.

Entre tanto su imaginacion trabajaba activamente.

¿Por qué su marido habia colocado allí aquella escultura?

¿A quién representaba, si representaba á alguno?

¿De qué provenian los vacíos que se notaban en ella?

¿Por qué se parecia á Damian?

Esta última hipótesis abismó á la jóven en un mar de suposiciones y recuerdos.

Recordó su última entrevista con su amante en aquella memorable noche, en que vió ó soñó tantas cosas extrañas y terribles; cosas que, con todos sus detalles, volvió á reconstruir en su memoria.

Se llevaba las manos á las sienes como para reconcentrar el pensamiento y buscar la solucion de los enigmas. Experimentaba un presentimiento doloroso y no formulado, y los primeros síntomas del desvarío, que son la vaguedad de la mirada, ruidos en el silencio y golpes que parece que se producen en el interior del cerebro.

Afortunadamente la voz de la criada que la avisaba para comer, la sacó de aquella ruda batalla intelectual, que habia durado siete horas, y digo afortunadamente porque á haberse prolongado algun tiempo, la locura era inevitable.

Fué al comedor casi tambaleándose y se sentó á comer en compañía de su marido.

Haciendo un esfuerzo por parecer serena, le preguntó:

—¿Por qué te has llevado de mi cuarto la estatua de Zurbano?

—Porque he incurrido en la falta que queria evitar. Sabes que no dejo á la criada que limpie las estatuas, por miedo de que las rompa, y hoy he roto yo la de ese valiente guerrillero. Afortunadamente tenia otra que hace juego.

—¿Y de quién es?—Al hacer esta pregunta la voz de Nemesia tenia una expresion que hizo brillar los ojillos de su marido.

—Pues no puedo decírtelo á ciencia cierta,—contestó éste.—Un amigo mio militar me dió un modelo pequeño de esa estatua rogándome que la ampliase. Segun parece, es de un oficial, sobrino suyo, que en la accion de Arlaban hizo prodigios de valor. Reproduje la estatua en tamaño natural, pero bien por descuido ó por ausencia de mi amigo, no me ha sido reclamada y ahora me alegro.

Nemesia no hizo más preguntas, abrevió la comida y se volvió á su cuarto.

Una vez allí, se reprodujeron en ella las dudas y las cavilaciones. A veces creia en un lazo ó pensamiento oculto por parte de su marido; otras, suponia que eran alucinaciones, hijas de la tristeza y de la soledad en que vivia; y que la estatua no ofrecia el parecido que ella habia creido encontrar.

En esta excitacion, que no la permitia sosegar ni de dia ni de noche, trascurrieron tres dias.

El cuarto, era domingo. La criada, despues de servir el almuerzo, salió de casa segun costumbre cada quince dias.

Nemesia estaba en su habitacion mirando con el éxtasis de la tristeza, á través de los cristales de su ventana, el árido y melancólico paisaje.

XV

Pero D. Juan no se hallaba tan inactivo; iba y venia desde su laboratorio á la pieza contigua al cuarto de Nemesia.

Con grandes precauciones para no hacer ruido, trasladó á aquella un recipiente de metal que contenia un líquido hirviendo; sumergió en él un tubo de metal tambien, cubierto de gutapercha, y como ya en otra ocasion habia hecho en Madrid, le aplicó á un imperceptible agujero, practicado en la pared medianera al cuarto de su mujer; precisamente en el ángulo donde estaba colocada la estatua desconocida.

El tubo tenia, casi en su remate, una bombita de cristal, hasta donde iba subiendo el líquido del recipiente, que se detenia allí, evaporándose en una especie de *humus* azulado.

Entre tanto D. Juan acechaba por otro pequeño agujero el cuarto contiguo.

Nemesia, que se aburria de todo, se retiró de la ventana y se sentó á leer frente á la misteriosa estatua, á la que de vez en cuando miraba impulsada por una atraccion inexplicable.

Una vez que suspendió su lectura y que fijó sus ojos en la imágen, quedóse inmóvil y como fascinada por una fuerza magnética ó por una pesadilla.

La escultura iba tomando diferentes aspectos por medio de lentas gradaciones.

La escayola de las piernas y luégo la del busto fué cayendo en pedazos, descubriendo jirones de paño á través



EL SILLON DESOCUPADO, cuadro por Percy Macquoid



LOS NIÑOS DE LA ALDEA

de los cuales se diseñaban las descarnadas formas de un esqueleto.

La desnudez del cuerpo fué más completa, dejando descubierto todo el *torax* y los hombros, de los que, sostenida por un cordon metálico, pendia una plancha de hierro en la que habia una inscripcion en letras blancas de relieve.

Nemesia, presa de un vértigo y de una inanicion que la impedia moverse y gritar, y á la que quizá contribuia el humo vaporoso que se esparcia por la habitacion, leyó con espantados ojos aquella inscripcion que decia:

Esqueleto de Damian Hurtado, teniente de caballería, que no ha ganado ningun combate, pero sí seducido á algunas mujeres adúlteras.

Y miéntras la infeliz leia loca de terror, sin poder apartar la mirada de aquella pavorosa plancha, la escayola de la cabeza de la estatua-esqueleto fué cayendo tambien, descubriendo las cuencas vacías y la descarnada osamenta de una calavera....

Oyóse un ruido como el que produce un cuerpo que cae á tierra desplomado.

Don Juan entró en el cuarto de su mujer, levantóla del suelo, y la tendió en la cama, vestida y privada de sentido.

Luégo se llevó la estatua-esqueleto, cuyos fragmentos recogió cuidadosamente; y trayendo con su pedestal la de Zurbano volvió á colocarla en su primitivo sitio.

Miéntras se entregaba á estos quehaceres, sus labios se contraian como en una sonrisa, y salia de ellos un ruido que parecia un silbido.

XVI

Contra lo que era de esperar como consecuencia de la terrible impresion que recibiera, Nemesia sólo sufrió un nuevo y leve ataque cerebral, y á los diez dias pudo dejar la cama. En su cuerpo debilitado por los padecimientos, más bien morales que físicos, no habia fibras bastante fuertes ni áun para producirse una enfermedad.

La primera vez que se halló á solas con su marido, le dijo:

—Tú has asesinado á un hombre.

Don Juan se encogió de hombros.

—Tú has cometido un delito—prosiguió Nemesia—del que daré parte á la justicia.

—Mira, querida—replicó D. Juan con reposado acento—tú no puedes comunicarte con nadie, porque desde ahora no saldrás de aquí. Además, fíjate bien en mis palabras; prescindiendo de que te creen loca y nadie haria caso de tí, á la menor tentativa de evasion, yo emplearia en tí los infalibles medios que poseo para hacerte callar.

—¿Me asesinarias tambien?

—¿Quién sabe?

—No te atreverás; este segundo crímen dejaria rastro.

—Ninguno, querida. Conoces por experiencia mis inagotables recursos; tu *defuncion* será la cosa más natural del mundo.

—Todo está previsto—prosiguió el implacable viejecillo.—Todo, hasta ese caso en que la justicia pudiera intervenir en mis asuntos domésticos; yo soy tan precavido como Galba. Si tú supieras tanto de historia romana como de milicia española, sabrias que el susodicho Galba, temeroso de Neron, á quien despues birló el imperio, dormia siempre con una espada desnuda al alcance de su mano y con un millon de sestercios en la cabecera de su cama. Yo no soy tan rico, pero estoy en una frontera y tengo tambien preparados algunos cuartejos, en caso de necesidad; pero la síntesis de todo esto, créeme, es que no podrias salir viva de aquí. Así pues, paciencia y barajar, es decir pensar en tu seductor esqueleto, hasta que yo tenga á bien perdonarte ó disponer de tí.

Dichas estas palabras, D. Juan volvió la espalda á su mujer, y se marchó frotándose las manos, como de costumbre, cuando estaba satisfecho.

Nemesia era tambien *un carácter* en pequeño. Aunque avalorando las dificultades, estaba resuelta á salir de aquella odiosa casa y vengarse, si podia, de su marido.

Decidida como estaba á morir, pensó en asesinarle; pero el astuto viejo parece como que leia en su pensamiento, guardando toda clase de precauciones.

Aquella lucha le entretenia.

El cuarto de Nemesia fué constituido en prision, en donde sólo entraba la criada para llevarla dos comidas cada veinticuatro horas, quedándose su amo en el umbral de la puerta.

Nemesia parecia resignarse: tenia un plan.

Como todos los presos, habia registrado minuciosamente su prision y notado en ella un detalle de falta de prevision.

Don Juan era un hombre extraordinario, pero al fin era hombre y falible como tal.

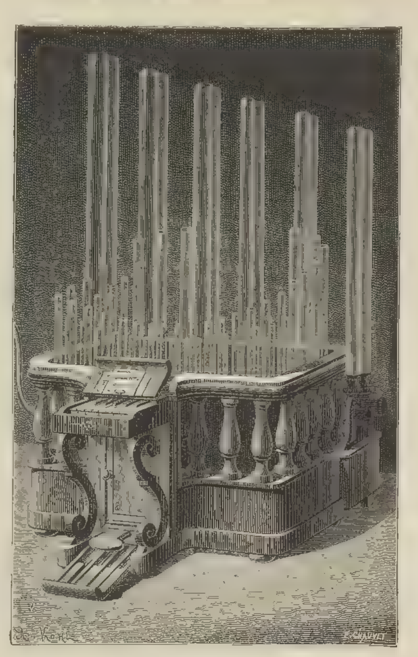
Aun en las cárceles y presidios mejor montados, hay siempre un agujero.

XVII

Nemesia concibió un proyecto de fuga. Su ventana daba sobre un barranco, pero entre éste y la pared de la casa mediaba un espacio de tierra como de media vara. Una tarde, ella habia visto pasar por allí unas cabras descarriadas, y lo que hace un animal bien puede hacerlo otro animal, racional por añadidura.

Esta estrecha senda fué la base de sus operaciones.

Maduró su plan, ató todos los cabos, hizo los preparativos impunemente, porque ni su marido ni la criada nunca entraban en su dormitorio.



Pirófono de M. Kastuer

Don Juan estaba perfectamente tranquilo; las puertas todas de la casa eran sólidas y los barrotes de la ventana de su mujer tan gruesos, que áun con una buena lima hubiera sido imposible destruirlos, sino despues de mucho tiempo.

Nemesia, que se habia hecho tan previsora como su marido, acechaba una ocasion; no queria aventurar el éxito de su fuga.

Una tarde de fines de marzo, no obstante ser primavera, hacia un frio pirenaico.

El cielo estaba entoldado de pardo, como para nevar.

A las seis, próximamente, entró la criada en el cuarto de Nemesia para traerla la comida. D. Juan se quedó á la puerta como de costumbre.

El viejo estaba muy constipado y tosia desaforadamente.

Ambos carceleros se retiraron, cerróse la puerta y se oyó el ruido de la llave y del cerrojo que la aseguraban por la parte exterior.

Nemesia, que siempre escuchaba con atencion lo que hablaban al marcharse (si hablaban algo), aquella tarde oyó decir á su marido:

—Voy á acostarme pronto, no te olvides de entrarme el sudorífico.

—Está resfriado, va á acostarse, esta noche descuidará la vigilancia,—pensó la Nemesia; pues esta noche es la ocasion.

A las nueve y minutos de la noche oyó resonar en el pasillo los zuecos de la criada y supuso que llevaba el cordial encargado por D. Juan.

Poco despues volvieron á oirse las pisadas, y luégo todo quedó en silencio.

Nemesia dejó pasar una hora más para dar tiempo á que se acostase la criada.

Luégo empezó sus preparativos de fuga.

Bajó la pantalla de su quinqué para que diese la ménos luz posible, trasladó con infinitas precauciones para no hacer ruido una mesa que habia en la sala á la alcoba, colocándola debajo de una ventana de que ya se ha hecho mencion; esta ventana constituia el único *descuido* de D. Juan; pues aunque era pequeña y estaba muy alta, no tenia reja y sí sólo cristal y madera que se abrian ó cerraban desde abajo por medio de una cuerda.

Nemesia que lo habia calculado todo de antemano, colocó una silla sobre la mesa, sujetándola con una cuerda; y con grandes precauciones se subió á ella.

En aquella altura alcanzaba de sobra á la ventana.

Abrió el cristal y la madera, y se cercioró de que la falleba era resistente y volvió á bajar.

Sacó de su baul dos sábanas y las cortó á lo largo, así como tambien las dos que habia en su cama, procurando no rasgar para no hacer ruido; anudó fuertemente los pedazos, formando dos largas tiras de lienzo, y liándoselas al cuerpo, volvió á subir á la ventana.

Atólas á la falleba, que era larga, asegurándola con muchos nudos; dejó caer una hácia la parte exterior de la casa, y la otra, pendiente por dentro.

Hecho esto abrió la ventana de la sala, que como ya sabemos tenia una reja saliente y merced á esta circunstancia y á la penumbra de la atmósfera ántes de una nevada, pudo ver Nemesia que la *cuerda* de lienzo llegaba á una vara del suelo.

Satisfecha de su inspeccion, volvió á cerrar la ventana y se ocupó de los últimos preparativos de evasion.

XVIII

Se vistió y calzó como para salir.

Se puso en el cuerpo un pañuelo de muleton atándosele á la cintura para que no la estorbara los movimientos; y otro en la cabeza á la usanza vizcaina.

Se guardó en el pecho un reloj de oro, y en el bolsillo del vestido un estuche que contenia una pulsera de algun valor; y despues de otros pequeños detalles que omito, se subió á la ventana.

Habia calculado que podia pasar por ella, y así era, en efecto, gracias á su extremada delgadez; lo difícil era llegar al marco.

La pobre tuvo que vencer grandes inconvenientes, pero lo consiguió protegida por el *genio de las evasiones*.

Se subió al extremo de la silla, y apoyándose en la tira de lienzo, pudo meter las dos piernas por la ventana.

Esto era lo más expuesto.

El resto fué relativamente fácil; agarrada fuertemente á la tira exterior, se dejó deslizar á tierra, á donde llegó felizmente.

No obstante el intenso frio que hacia, la desgraciada jóven sudaba copiosamente.

Al verse fuera de aquella odiosa morada, sintió un gran movimiento de alegría y respiró á amplio pulmon el helado aire de la noche.

Afortunadamente habia salido la luna, aunque velada en parte por los nublados; pero esta circunstancia favorable, aumentó el terror de Nemesia, que pudo examinar el sitio donde se hallaba.

La estrecha senda que corria al borde del barranco, era buena para cabras; pero casi imposible para personas.

Otra idea la preocupaba, además de los inconvenientes de aquel peligroso camino: ¿qué direccion tomaria?

No conocia la situacion del pueblo, ni lo que distaba de otras poblaciones.

Miró á izquierda y derecha, y se decidió por la primera, porque creyó ver dos ó tres lucecillas que quizá procedian de algunos caseríos.

Comenzó á andar casi incrustada á la pared, procurando separar sus miradas del barranco que la producia vértigos.

Despues de la casa de D. Juan, habia una larga tapia, y luégo un vallado de cambrones, que fué el verdaderamente paso peligroso, porque las zarzas salientes, que no podia evitar sin caer al precipicio, la herian las manos.

Al fin del vallado volvió á encontrar una tapia, y vió con satisfaccion que conforme la seguia, la senda iba ensanchando y separándose del barranco.

Llegó á un ángulo que formaba la pared, y se halló en un campo relativamente llano.

Anduvo como una media hora, y viendo un álamo solitario á cuyo pié habia dos ó tres grandes pedruscos, se sentó en uno de ellos.

Estaba rendida de cansancio, y tenia los piés hinchados como todo aquel que hace ejercicio despues de una vida sedentaria.

Tan luégo como el reposo del cuerpo se lo permitió, comenzó á pensar en su situacion.

Se habia trazado un plan de antemano.

Una vez libre, forzosamente habia de encontrar á álguien que la indicaria la poblacion cercana más importante, en donde se pondria bajo el amparo de la autoridad, denunciando el crímen de su marido.

No habia querido presentarse al Alcalde de La Porra, porque era de suponer que no la protegiera contra aquel.

Lo urgente era alejarse del pueblo, ántes que fuese de dia, y no tardaria en serlo, pues en marzo las noches ya son cortas, y era indudable que, no bien se descubriera su evasion, seria buscada.

Este temor la espoleaba. Intentó ponerse en pié y proseguir andando; pero su cansancio era más fuerte que su voluntad.

Parecia que estaba incrustada al peñasco que la servia de asiento.

Invadíala un invencible sopor; el sopor que producen el insomnio y el frio combinados.

Tenia las manos heladas, y empezó *á no sentir los piés*, como se dice vulgarmente.

Involuntariamente se la cerraban los ojos; al querer abrirlos la estremeció el contacto de una cosa fria que la golpeaba con suavidad.

Eran los primeros copos de nieve....

XIX

No mucho despues de amanecer cundió por La Porra la voz de que la loca de la casa de D. Juan Castro se habia escapado y que se la buscaba por todas partes.

Una hora más tarde se dijo que unos pastores la habian encontrado en las cercanías del pueblo, helada y medio comida de lobos; y en efecto, así la encontraron, tendida en el suelo y despedazadas la cara y manos.

Los voraces animales no habian tenido tiempo de consumar su desayuno, ahuyentados por los perros del ganado.

Don Juan Castro representó admirablemente su papel de viudo sensible, se vistió de luto, costeó un funeral á su mujer en la iglesia del pueblo, y á los dos meses se ausentó

de este, bajo el pretexto de huir de aquellos sitios que le recordaban tan dolorosa catástrofe...

Tres años despues se hallaba en Madrid y en su casa de la plaza de las Salesas. Se habia hecho devoto y caritativo; todas las mañanas oia dos misas en la iglesia del convento próximo á su casa.

Al ir y venir del templo daba una pieza de dos cuartos á todos los pobres que encontraba, que eran muchos; para lo cual llevaba una gran bolsa de badana llena de calderilla.

Entre sus socorridos, era designado con el nombre de *el señor de los dos cuartos.*

Una mañana, que como de costumbre le esperaban sus *parroquianos* á la puerta de su casa, se presentó en el umbral la criada de D. Juan, que era la misma que le servia en La Porra y que ya habia aprendido á chapurrar el español, y les dijo:

—El amo está muy malo, no sale; con que, largo de aquí.

Sin embargo, los pobres acudian todas las mañanas, por interés hácia.. los dos cuartos.

Quince dias despues D. Juan Castro estaba enterrado.

En el barrio de las Salesas, y particularmente en el patio y corredores de la célebre casa de Tócame-Roque, recientemente demolida por la piqueta de la civilizacion, se dijo que el señor de los dos cuartos habia muerto en olor de santidad.

RAMON F. DE MERA



EL APRENDIZ DE ZAPATERO, cuadro por A. Rotta

EL RAYO DE LUZ MÚSICO Y PINTOR

Que los rayos luminosos que del Sol provienen, al llegar á la superficie de la tierra y tocar y atravesar los diferentes cuerpos, se descomponen en haces parciales de variadísimos matices; que pintan con brillantes colores el espléndido plumaje de las aves y las corolas de las flores; que producen los mágicos tornasolados de las nubes en los ortos y ocasos del Sol y los efectos del iris en las gotitas de agua; que dan sus vivos destellos á las superficies metálicas y á las piedras preciosas que el lapidario talla; que comunican, en fin, sus armonías cromáticas á mil sustancias producto de la industria con las que el hombre imita y á veces supera las espontáneas orgías de colores de la naturaleza; cosa es bien manifiesta y aprendida desde remotos tiempos y que, con ser magnífica y hermosa en sus efectos, no sorprende ni maravilla ya al observarla.

Pero el rayo de luz no es tan sólo espléndido colorista, no es únicamente rica paleta que presta sus matices á cuantos objetos en el orbe existen, sino que es tambien perfecto dibujante y fidelísimo copista, y estas cualidades ya han tardado en reconocerse mucho más que la anterior. Los efectos obtenidos en la cámara oscura, y más especialmente los resultados que dan vida al arte fotográfico, son hechos de estos tiempos modernos, en los que se ha visto cómo el rayo luminoso reproduce con tan prodigiosa celeridad como escrupulosa exactitud, sobre las superficies sensibles preparadas al efecto, todos los detalles exteriores de los cuerpos de donde directamente ó por reflexion provienen. Y de ahora son las máquinas fotográficas que estereotipan la fugitiva expresion de un sentimiento en la fisonomía humana y las rápidas fases de un fenómeno astronómico; de ahora son los revolvers fotográficos, donde en placas de glicerina preparada con sales de plata de modo que sea sensible á la luz, esta deja instantánea copia de los diversos movimientos de la más rápida accion, como es el vuelo de un pájaro, el salto de un caballo, el voltear de un gimnasta en el trapecio.

Si, pues, los rayos de luz copian y dibujan con tan prodigiosa exactitud cuantos objetos alcancen á tocar ántes de entrar en la cámara oscura, y dan preciosos cróquis de los más fugitivos fenómenos que en la naturaleza se observan, y por otra parte, son los que suministran los colores que alegran y hermosean la naturaleza toda, dígase si no hay razon para no considerar á esos rayos luminosos como perfectos pintores de la escuela que más realismo sepa dar á sus creaciones y que mejor domina y avasalla los primores del colorido.

***

No ha sido tan fácil encontrar la accion de los rayos luminosos como productores de armonías, es decir que ha sido más difícil conocer que son músicos además de pintores. Pero el que haya costado al hombre más trabajo averiguar tal maravilla no supone que esta sea ménos cierta, pudiéndose presentar ejemplos muy curiosos y de órdenes muy diversos en que se obtienen sonidos producidos por la luz.

Ya de antiguo se conoce el fenómeno llamado la armónica química ó de las *llamas cantantes*. Si se coloca un mechero de gas, que dé poca luz y no en forma de abanico, dentro de un tubo largo de vidrio, de manera que la llama venga á estar en la tercera parte de la longitud del tubo, la dicha llama se alarga, vibra y produce un sonido armonioso en extremo y cuyo tono depende, lo mismo que el timbre, de las dimensiones del tubo y de la llama.

Pero este fenómeno, ya casi vulgar y que ahora se repite con frecuencia en las cátedras de física y de química, ha dado orígen hace poco tiempo á una idea verdaderamente luminosa de Mr. Kastner, y que consiste en introducir dentro del mismo tubo dos, tres ó más llamas, las cuales, cuando están á la misma altura, y separadas unas de otras, vibran al unísono; si se unen dejan de sonar, y si se colocan á diferentes alturas forman acordes muy agradables. Esto ha sido el fundamento de un aparato construido por el mismo Kastner, y al que ha dado el nombre de *pirófono*, porque, en efecto, las llamas son las que al vibrar producen los sonidos.

Poseen estos un timbre muy agradable, semejante á la voz humana y de una extension cromática que puede pasar de tres octavas. Por medio de un teclado análogo al de un piano y de un mecanismo tan ingenioso como sencillo, se obtienen todas las combinaciones de sonidos que con las tres octavas se pueden formar. Al tocar las teclas, las llamas suben, bajan, serpentean, se aproximan unas veces, se separan otras, y en todos estos movimientos extremadamente rápidos, ora silban, ora enmudecen, ya imitan los más dulces acordes de la flauta, ya semejan los sonidos articulados de la voz humana.

Este curioso instrumento ha tenido un éxito brillante en los conciertos en que ha sonado, ya sólo, ya acompañando coros ó unido á una orquesta.

Pero una modificacion reciente que este aparato ha recibido lo ha hecho aún más extraordinario. Los movimientos que por medio del teclado se comunican á las llamas pueden trasmitirse por medio de la electricidad, y como en este caso no importa la distancia á que puedan encontrarse los mecheros de las teclas, resulta que aquellos pueden instalarse en sitios diferentes, lejanos de donde esté el teclado. En éste, un músico puede llevar las manos sobre las teclas como en un piano mudo y las llamas producirán allá, donde se encuentren, y al parecer por arte mágica, los sonidos correspondientes.

La canalizacion de la electridad aún puede hacer más maravilloso el instrumento, pues comunicándose un mismo teclado con varios pirófonos ó sistemas de mecheros, sonarán todos á un tiempo en los diferentes sitios en que estuviesen colocados.

Y hé aquí que científicamente pueden realizarse cuentos y fantasías de *Las mil y una noches*. Un palacio en el que los grandes mecheros de las escalinatas, los juegos de las lámparas de los salones y hasta las luces de los apartados camarines tengan un mecanismo pirofónico especial y se comuniquen por hilos eléctricos con un teclado, podrá en momentos dados resonar por todas partes en acordes majestuosos ó en delicadas melodías, segun las dimensiones de las luces y de los tubos y las piezas musicales que se ejecuten. Verdadero palacio encantado, donde la luz será armoniosa.

Algo de esto ha hecho ya el mismo inventor, presentando sistemas de mecheros en los que cubiertas las luces con pantallas semejando flores y frutas trasparentes y diversamente coloreadas, aún se hace más extraño y vistoso el instrumento por la manera misteriosa de producirse los sonidos.

***

Pero aún pueden citarse hechos en los que la luz influye más directamente en la produccion de sonidos. Se puede, en efecto, tener series de globitos de cristal, de un modo especial construidos y formando caprichosos dibujos y que sumidos en la oscuridad ó en la luz difusa, rompan á sonar con prodigiosas y no esperadas armonías cuando á ellos lleguen rayos luminosos con estudiada intermitencia. Arpas mágicas se pueden construir que, á semejanza de las eólicas famosas, no necesitan de nadie que las toque, que ellas sonarán cuando un rayo de luz llegue á juguetear entre sus cuerdas.

La luz entónces puede arrancar tan tiernas melodías y producir efectos tan armónicos, que no parece sino que el mismo genio de la música con cuerpo invisible, pero con

sutiles y luminosos dedos es quien desciende á manejar los misteriosos instrumentos.

Resultado tan maravilloso tiene sin embargo explicacion sencilla. Es el caso que no hace mucho tiempo tuvo el físico Tyndall, la idea de hacer llegar un rayo de luz intermitente á pequeños matraces, ó sean globitos de cristal, llenos, ya de gases, ya de vapores diferentes. El rayo de luz de que se sirvió Tyndall era eléctrico y la intermitencia de su llegada á los matraces la obtuvo haciendo girar delante de estos un disco opaco, dentado en sus bordes, de modo que al dar vueltas, cuando uno de los dientes del disco interceptaba el rayo, quedaban privados de luz los matraces y cuando pasaba el diente y llegaba el hueco, el rayo atravesaba sin obstáculo alcanzando á los globitos de cristal.

En estas condiciones Tyndall observó un fenómeno curiosísimo. El rayo de luz, al llegar intermitente á los matraces que contenian vapores de eter sulfúrico, fórmico, acético, así como á los que tenian solamente aire cargado de vapor de agua, provocaba en ellos un sonido intenso, armonioso, cuyo tono y timbre variaban con la intermitencia é intensidad del rayo, con la magnitud de los globitos de cristal y con la naturaleza del vapor contenido en estos.

Repitiendo esta misma experiencia en matraces que contenian aire seco, el sonido no se produce, y al contrario el sonar del globo de vidrio, al recibir el beso del rayo luminoso, es tanto más intenso cuanto mayor sea la proporcion de vapor acuoso que el aire del interior del matraz contuviera.

En estos curiosísimos experimentos de Tyndall se comprende fácilmente que las radiaciones luminosas, y las caloríficas que las acompañan, al llegar intermitentes á los matraces donde los vapores están contenidos, provocan rapidísimos cambios de tension en estos vapores; cambios de tension que se traducen por vibraciones cuya rapidez y amplitud dependerán de todos los elementos que en el problema entran, á saber: intensidad de las radiaciones caloríficas y luminosas; rapidez en su intermitencia; tension, temperatura y naturaleza del vapor vibrante; y tamaño del matraz de vidrio cuyas delgadas paredes vibran. Y es claro que por lo mismo que son tantas las circunstancias que en las variaciones del sonido pueden influir, es fácil obtener una riqueza inmensa de combinaciones y los cambios de sonidos consiguientes.

Conocido el hecho fundamental, sin esfuerzo se comprende que pueden construirse y agruparse de mil diversos modos toda suerte de globitos de cristal ó cualquiera otra clase de capacidades de condiciones semejantes en donde se tengan confinadas atmósferas cargadas de vapores susceptibles de experimentar rápidas variaciones de tension por la accion de los rayos luminosos intermitentes, capacidades en fin que sean además cajas sonoras cuyas paredes vibren al par que las atmósferas en ellas contenidas, reforzando así los sonidos originados y áun dándoles timbres especiales, segun el número y naturaleza de las armónicas que al mismo tiempo resulten.

Y hé aquí cómo pueden construirse los mágicos instrumentos aptos para ser manejados por el músico más extraño que imaginarse puede, por un *rayo de luz*.

DOCTOR HISPANUS



Preparativos para formar en la parada, cuadro por G. Green

LA COLECTA, cuadro por G. Knorr

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 23 DE JUNIO DE 1884 — NUM. 130

LA ROMANZA [illegible]

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

La romanza, DIBUJO POR WEHLE

Si estuviésemos aún en aquel tiempo en que el arte desconocia ó despreciaba la historia del traje hasta el punto de que Vénus vistiera á la Pompadour y Marte á lo Luis XIV, diríamos que la dama de Wehle representaba genuinamente á la musa del canto. Tal es la expresion de su semblante, tal el sentimiento de que se halla poseida, que si de la estatua *El sueño* por Miguel Angel se dijo que si la despertaran hablaria, de nuestra cantante podríamos decir que si todos nos callásemos se oirian las notas que salen de sus labios.

Su vestido, su peinado, cierta severidad de su belleza que nos hace recordar á María Antonieta en su juventud, nos inducen á creer que el dibujante ha querido reproducir el tipo de una dama austriaca de últimos del pasado siglo. En este caso es posible que la *romanza* de su canto sea una de esas delicadas composiciones de Beethoven, tan sentidas, tan correctas, tan propias para dar una idea de la verdadera música, ese lenguaje universal que, aún mejor que el de la palabra, entienden todos los corazones no atrofiados por la maldad.

El efecto producido por este dibujo no puede ménos de ser simpático, porque además de sus buenas cualidades artísticas, reune la del acto á que se entrega la dama y que hace resaltar su gentileza. La mujer tiene dos maneras de ser pintada con seguro éxito: en el interior del hogar doméstico dominada por sus éxtasis de madre; en los salones de la buena sociedad poseida de los éxtasis de artista.

Los vándalos en Roma, CUADRO POR HIRSCHL

Era el año 410 de la Era cristiana. Roma estaba condenada á muerte por la ley de la historia: ántes que los vándalos la destruyesen de órden de Alarico I, la habian destruido las crueldades de Neron, el despotismo de Calígula, la imbecilidad de Heliogábalo, y los vicios de cuantos olvidaron la justicia implacable de Bruto y el atinado gobierno de Augusto.

Sonó la hora del exterminio, y los visigodos penetraron en la ciuda eterna: desde aquel dia puede decirse que terminó la Roma de los emperadores para dar lugar á la Roma de los Papas. Nada fué respetado, nada quedó sin profanar despues del terrible asalto.

El hierro y el fuego se pusieron de acuerdo: el primero inmolaba á los hombres; el segundo destruia los monumentos. Sobre este dia de horror han pasado cerca de quince siglos, y aún son de ver en la Roma de nuestros tiempos las huellas de los bárbaros, que debieron principalmente este nombre á las hecatombes de esta jornada.

El cuadro de Hirschl da una idea bastante aproximada de las escenas de ese dia de horror en la historia del mundo: nunca como en aquel momento pudo decirse á los romanos:—¡Ay de los vencidos!....

La salida del convento, CUADRO POR CORTAZZO

Reproduce este cuadro una antigua costumbre veneciana, no por antigua y veneciana tan perdida en nuestros tiempos y en todos los países, que no se pudiera reproducir bajo todos los cielos y con trajes á la última moda.

Las familias de la aristocracia tenian y tienen aún la costumbre de encerrar á sus hijas, de infantil edad, en conventos de su especial predileccion, donde permanecian hasta que los padres conceptuaban ser llegada para ellas la hora de su presentacion en el gran mundo. La suerte de los descendientes estaba de antemano fijada: el mayor á la corte, el primer segundon al ejército, el siguiente á la Iglesia, las niñas al convento, en donde permanecian más ó ménos tiempo, ó profesaban sin remision, segun que el estado de los bienes paternos permitia ó no permitia mantener una hija más en el palacio donde involuntariamente vió la luz primera.

La jóven de nuestro cuadro ha tenido la buena suerte de que, siquiera un poco tarde, su familia se haya encontrado en el caso de recobrarla. La blasonada góndola ha atracado en el andén del convento y la educanda, despues de haber trocado su modesto uniforme por un traje suntuoso, abandona á las monjas, abandona su celda, abandona el claustro cuyas sepulturas tanto miedo le causaron, abandona el jardin donde cultivó sencillas flores, abandona todo su pasado, no sin sentir oprimido el corazon y dirigir una triste mirada de despedida á las personas y las cosas que rodearon su infancia.

Al aparecer en el mundo, el mundo la daña, como daña el sol al que deja el oscuro calabozo que habitó durante largos años. Los trasportes de la familia demuestran el júbilo que la infunde esa especie de rescate, que pudo haberse verificado mucho ántes á comprender los padres que no hay colegio tan provechoso como el hogar doméstico, ni profesora tan entendida como una madre amante.

Vendedora de naranjas, CUADRO POR FABIO CIPOLLA

Este trabajo trasciende á modelo; pero el modelo es bueno y el pintor ha hecho más que copiar; ha puesto de su parte algo del genio del arte, que anima las piedras, algo que en esa humilde mujer sintetiza á toda una raza y dentro de esa raza á todo un sexo por ella vilipendiado. Lo de ménos es, quizás, en este cuadro que el tipo de la vendedora sea puro, que la actitud sea natural, que el dibujo sea correcto; todo esto, digámoslo así, son condiciones externas de la obra.

Lo que encontramos notable en ella es la expresion del semblante, es una especie de abatimiento del cuerpo, es la tristeza que se transparenta en todo su sér, hija indudablemente, aunque de inconsciente manera, de su abyeccion. Esos ojos grandes, pero sin fulgor, esos labios carnosos y materialistamente sensuales, esa misma falta de rubor con que ostenta partes de su cuerpo que toda jóven pudorosa oculta cuidadosamente, ese abandono de su persona que parece resignada á la ley fatal de su ignominia; dan una perfecta idea de la desdichada mujer árabe, simple instrumento del placer ó grosera materia de explotacion y trabajo.

A la vista de la pobre vendedora de naranjas se le ocurre á cualquiera que esa mujer no ha sido redimida aún.

La última adquisicion, CUADRO POR H. STETZNER

El aficionado á antigüedades es un tipo incomprensible para quien no haya coleccionado siquiera sellos de correo ó cajas de fósforos. Con efecto, ¿cómo se explica, sin la pasion del anticuario, que un hombre de razon serena haga un viaje en busca de un ochavo roñoso ó dé por un cachivache de grosera tierra mal pintada y peor cocida, lo que no cuesta una vajilla de delicada porcelana inglesa?

El personaje de nuestro cuadro es uno de esos tipos: en él son de ver la gravedad, la competencia, la fruicion con que examina su última compra, un *canet* de cristal en que quizás bebió cerveza de Munster el famoso rey profeta Juan de Leyda....

La composicion es sencilla, pero la avalora la expresiva naturalidad de la única figura que es de ver en ella.

La crítica que muerde, CUADRO POR G. KOCH

Si hay, por fortuna, críticos ilustrados que esclarecen, guían y aconsejan á los escritores, críticos que desempeñan su útil mision de una manera suave, siempre culta y, por lo tanto, siempre simpática; críticos que enseñan sin pedantería, censuran sin acritud y corrigen sin ofender; los hay, asimismo y por desgracia, que agrian, y áun mejor, envenenan las cuestiones en que intervienen.

Para ellos no hay respeto debido ni buena forma necesaria. Su misma doctrina es semilla que, en lugar de germinar, arrebata el huracan que ellos mismos suscitan; maestros partidarios del falso principio de que la letra con sangre entra, hacen aborrecible su propia ciencia; pedagogos de palmeta siempre levantada, esquivan á los discípulos de una escuela en donde el dolor y la vergüenza impiden aprovecharse de lo bueno que en ella se explique, analice ó demuestre.

El cuadro de Koch es la crítica de esos críticos que muerden; una verdadera fábula en accion que vale tanto como un apólogo en verso de Lafontaine ó de Iriarte.

EL DIABLO EN SU VIDA PRIVADA

(Conclusion)

Pensando y más pensando en Sandunga y su hermosura y su salero, se fué metiendo en cavilaciones sobre si el empeño que abuela y nieta habian mostrado en que fuese á dar un paseo y éste fuese lo más largo posible, habria sido inspirado por el deseo de su salud y su alegría ó por otra cosa.

El infierno de los celos empezó á arder en su corazon, porque con ser grande su amor á Sandunga, lo era infinitamente más su orgullo, que ya en otra ocasion le habia precipitado del cielo al abismo.

De cavilacion en cavilacion vino á parar al convencimiento de que miéntras él paseaba, abuela y nieta se la pegaban de puño, á cuyo efecto le habian hecho alejarse de ellas, y hecho un basilisco y llevándose á cada instante las manos á la cabeza, volvió atrás jurando y perjurando que si los toros eran ciertos, habia de haber la de Dios es Cristo en la casita de la enramada.

Al echar por un atajo para abreviar camino, llamó su atencion un mozo que cerca de una casería medio quemada trabajaba como un negro en una heredad lindante con el atajo, y trabó conversacion con él, deseoso de distraerse un poco de sus negras cavilaciones, y sobre todo, á ver si podia disuadirle de que regara la tierra con su sudor, porque semejante riego era una de las cosas que más ira daban al Diablo en el mundo.

—Pero, hombre,—preguntó al mozo,—¿por qué trabaja usted así?

—Porque no tengo otro remedio, y áun trabajando así no trabajo lo bastante para atender á mis obligaciones.

—Qué, ¿es V. casado?

—No, señor, y doy á Dios gracias por ello. Si fuera casado, mis penas serian aún mayores, porque mayores serian tambien mis obligaciones.

—Hombre, no comprendo qué penas ni qué obligaciones puede tener un mozo soltero como V.

—Pues ha de saber V. que las tengo, y muy grandes. Enfermaron á un mismo tiempo mi padre y mi madre, y despues de haber gastado cuanto teníamos y mucho más que pedimos prestado para que nada les faltase en su enfermedad, fallecieron al cabo de un año de padecerla y quedaron sin más amparo que el mio mi abuela anciana y enferma, una hermanita ciega y un hermanito tullido. A fuerza de trabajo pude pagar algo de lo que debíamos y comprar un rebañito de ovejas que hacian gran falta en casa para vestirnos con su lana, alimentarnos con su leche y abonar la tierra con su estiércol, pero entónces sucedió que se nos quemó la casa con todo lo que teníamos en ella inclusas las ovejas, y gracias que nosotros pudimos salvarnos con lo puesto.

—¿Y no se salvó tambien algun cordel para que V. pudiera echárselo al cuello y ahorcarse de un árbol?

—¡Ahorcarme! ¿Y por qué me habia de ahorcar?

—Porque motivos tenia V. para ello.

—Para quitarse la vida nunca hay motivos. Selgas ha dicho que vivir es quitarse la vida y este es el único remedio que aprueban Dios y el sentido comun. Dios es quien nos ha dado la vida y sólo Dios es dueño de disponer de ella.

—Dale con el de arriba,—exclamó el Diablo, á quien se le habian empezado á encender de ira los ojos desde que el mozo nombró á Sélgas. ¡Que siempre han de andar Vds. á vueltas con él!

—¿Pues no hemos de andar, si Dios es lo contrario del Diablo, es decir, el Bien que es lo contrario del Mal?

Oir esto el Diablo y continuar su camino como si le hubieran puesto un cohete en salva la parte, todo fué uno.

V

Al acercarse el Diablo á la casita dió un bramido de cólera porque habia visto á Sandunga hacer señas con la mano desde la ventana para que se acercara á un buen mozo que parecia esperar aquella seña entre los árboles.

En el momento en que el buen mozo iba á penetrar en la casita por la puerta que doña Celestina le abria, se plantó el Diablo allí hecho una furia infernal y emprendió á trompadas con el buen mozo miéntras abuela y nieta gritaban pidiendo socorro á los vecinos.

Gran número de éstos, acompañados del alcalde, llegaron y se apresuraron á separar á los contendientes.

Pugnando el Diablo por desasirse de los que le sujetaban, se le rasgó el pantalon por detrás y desarrollándosele la cola le salió la punta de ella por debajo del gaban.

Observar esto el pueblo soberano que se habia ido agolpando allí y empezar á silbidos y denuestos, todo fué una misma cosa.

—Es el Diablo ¡es el Diablo, que tiene cola!—gritó uno de los circunstantes.

Y asintiendo el pueblo soberano á esta opinion, se arrojó sobre el de la cola, y acaba con él sino porque el alcalde consiguió arrancárselo de las manos diciendo que era para llevarle á la cárcel y averiguar allí si era el Diablo y con qué objeto habia ido al pueblo, y despues de averiguarlo darle su merecido.

Al ser conducido á la cárcel, volvió el Diablo la vista y vió que á su rival le entraban en la casita para curarle allí una descalabradura que tenia en la frente; y acaso, pensó, para curársela por mano de Sandunga!

Lo que el Diablo padeció aquella noche en la cárcel no hay pincel que lo pinte, ni pluma, ni lengua que lo narre. Hubiérase dicho, al verle llevar á cada instante las manos á la cabeza, que en la cabeza era donde tenia todo el mal, pero no, el mal le tenia en todo el cuerpo y en toda el alma.

Queria maldecir á la chica y no lo podia conseguir, porque toda maldicion en su boca se tornaba, no diré en bendicion, porque esta era fruta vedada para él, pero sí en una cosa que no se sabia si era beso ó mordisco echado al aire.

Por la mañana fué interrogado por la autoridad, y negando que tuviera nada que ver con el Diablo, á no ser que fuera cierto que son el Diablo las mujeres, explicó la posesion del rabo diciendo que era de un pueblo cuyos naturales eran en aquella comarca tenidos por rabudos como en esta son tenidos los de Güeñes, con lo que se le puso en libertad.

Su intencion era huir más que á paso de la casita de la enramada de cuyas moradoras echaba pestes que se cambiaban en besos ó cosa así, pero por más esfuerzos que hizo, no lo pudo conseguir, porque una fuerza invisible, misteriosa é incontrastable le arrastraba hácia aquella casita.

¡Qué desgraciado era el pobre Diablo en su vida privada!

Volvió á la casita, y poco despues de volver, ya Sandunga y él estaban á partir un piñon, porque abuela y nieta habian logrado convencerle de que sus furiosos celos eran infundados, diciéndole que el buen mozo á quien Sandunga habia hecho señas para que se acercara, era el albéitar del pueblo á quien querian consultar sobre si habian hecho bien ó mal en darle zarzaparrilla y aconsejarle que diera un buen paseo.

Pero si al Diablo se le habia pasado el berrinche de los celos, aún le quedaba otro que era el que le causaba la resignacion con que el mozo de la casería medio quemada sobrellevaba sus desgracias.

Fuese por este berrinche ó fuese por el otro, es lo cierto que al Diablo se le agravó su indisposicion, y para librarse de ella tuvo que pasar meses enteros poniendo el grito en el cielo, digo en el infierno, y tomando zarzaparrilla y otros potingues que le dejaron como un fideo.

Digo y repito que el pobre Diablo era muy desgraciado en su vida privada!

Apénas se restableció un poco y como que ya iba teniendo ganas de andar en bromas con Sandunga, doña Celestina le salió con una embajada que le hizo pasar un rato de mil demontres.

Un dia que Sandunga no estaba en casa, le cogió por su cuenta doña Celestina y le dijo:

—Señor de Pateta, V. no debe extrañar que le diga en confianza y aquí para entre nosotros lo que le voy á decir. Como la gente es tan maliciosa y murmuradora y de una pulga levanta una mula, en el pueblo se empieza ya á decir de V. y de mi nieta que si fué, que si vino, y hay que convenir en que la gente tiene razon para ello, porque como mi nieta está tan ciega por V. y es tan inocentota y tan buena que lleva siempre el corazon en la mano, no sabe disimular que está perdida por V.

Al señor de Pateta se le caia la baba oyendo esto á doña Celestina.

—*Perdida* he dicho y he dicho dos veces la verdad, porque mi nieta está perdida dos veces.

—¿Cómo dos veces, abuela?

—Sí, dos veces: la primera, perdida de amor, porque V. como es el enemigo malo para enamorar á las chicas, le ha trastornado el juicio, y la segunda, perdida á los ojos de las gentes.

Tambien al oir esto último se le caia la baba al señor de Pateta que no acertaba á dónde iba á parar la vieja.

—¿Y qué quiere V. decir con eso, abuela?

—Quiero decir que mi pobre nieta está perdida sin remision si no se casa V. con ella inmediatamente.

Y al decir esto, la vieja se echó á llorar como una Magdalena.

—Pero, mujer, por los clavos de Cris... digo de especia, no llore V. así, que ya encontraremos medio de arreglarlo todo.

—No hay que descalabazarse mucho para encontrar ese medio.

—¿Y cuál es el que V. encuentra?

—¡Cuál ha de ser! Casarse Vds...

—¡Casarnos! ¿Y cómo?

—Como Dios manda.

El Diablo dió un bramido de cólera al oir esto.

—¡Ave-María purísima!—exclamó la vieja haciéndole dar otro bramido,—no parece sino que le he llamado á usted perro judío!

—Es que... para casarse como V. dice se necesita saber la doctrina cristiana, y yo la he olvidado con la enfermedad que he tenido, y no tengo ahora la cabeza para estudiar.

—Pues es necesario que Vds. se casen aunque sea por lo civil.

El Diablo al oir esto, sintió tal trasporte de alegría, que no pudo ménos de abrazar y besar á la vieja exclamando:

—Ah, sí, de ese modo se arregla todo perfectamente. ¡Por lo civil! ¡Qué invencion tan sublime la de poder unir dos almas en una sola sustituyendo la mano de Dios con la de un alcalde ó cosa así!

El Sr. de Pateta y Sandunga se unieron al dia siguiente ante Dios, digo ante el juez municipal.

VI

El Diablo era infelicísimo en su vida privada ó sea en su matrimonio ó cosa así con Sandunga: todas las desdichas, ménos la más gorda de todas las que puede experimentar un hombre casado, habia experimentado á los pocos meses de matrimonio. ¡Qué vida, señor, la suya, qué vida privada!

Su sálud cada vez estaba más quebrantada, porque no habia en su cuerpo hueso que no riñese con el compañero, y sobre todo con el amo. Cada dia y hasta cada noche era una continua pelotera entre él y su mujer que tenia por auxiliar á la vieja.

Sandunga recordaba aquella copla que dice:

Aseadita y casada
te quiero yo ver,
que aseadita y soltera
cualquiera lo es,

porque Sandunga desde que se casó se peinaba á dedo y no gastaba agua ni áun para beber, porque bebia vino cuando no bebia aguardiente.

Daba la pícara casualidad de que el albéitar pasaba y repasaba todos los dias y áun todas las noches por las cercanías del domicilio conyugal de Pateta y Sandunga. Y por último Pateta habia tenido que empeñar hasta el reloj y las sortijas, porque, sin saber cómo, ni por dónde, ni en qué, se habia quedado sin un céntimo del dineral con que habia llegado á aquella condenada casa.

Lo del dinero no es de extrañar, porque así se va siempre el dinero del Diablo.

La única desgracia que no habia experimentado, era, como he dicho, la más gorda que, dado su inmenso orgullo, podia experimentar, ó sea la de que su mujer le hubiese faltado á la fe jurada ante Dios, digo ante el juez municipal.

Esto le consolaba algun tanto de todas las demás desgracias de su vida privada.

Entre sus muchos disgustos se contaba uno casi casi tan gordo como el que le hubiera causado la infidelidad de su mujer, y era el que sentia al recordar al mozo que se resignaba con todas sus desgracias.

El recuerdo de esta resignacion le sacaba de sus casillas. Echándose un dia á pensar algun medio de convertir en desesperacion la resignacion de aquel mozo, le ocurrió uno que le pareció á pedir de boca: este medio consistia sencillamente en inducirle á que se casara.

—Voy,—dijo,—á ver si consigo que ese mozo se case. Si lo consigo, voto á brios Bacobalillo, que ese mozo no tarda en echarse un cordel al cuello; que segun me consta por propia experiencia en mi vida privada, casarse y ahorcarse, al ménos moralmente, viene á ser una misma cosa.

Al dia siguiente se encaminó á la casa medio quemada, que estaba como á una legua de la suya, y hala, hala, dió vista á ella y vió al mozo consabido trabajando en las heredades de sus inmediaciones.

Entónces, trasformándose de repente en doña Celestina, cuya maestría para inclinar voluntades á ciertas cosas le era conocida por propia experiencia, continuó su camino hasta llegar al mozo, á quien logró persuadir de que debia casarse inmediatamente, con lo cual la carga de la vida le pesaria la mitad compartiéndola con una compañera de alegrías y tristezas.

Y conseguido esto, que consideraba como un gran triunfo, pues ya estaba seguro de que no tardaria en enviar al infierno siquiera una muestrecilla de que no desperdiciaba el tiempo ni áun en su vida privada, dió la vuelta á su casa experimentando á su llegada un berrinche y una satisfaccion de órdago.

El berrinche fué por ver que el albéitar se aproximaba á la puerta de su casa sin duda con ánimo de llamar y entrar, sabedor de que él estaba ausente, y retrocedió y se alejó por la arboleda al verle asomar.

Y fué la satisfaccion por haber llegado á tiempo para impedir la desgracia más gorda de todas las que le pudieran suceder en su vida privada, que era la de que el albéitar entrara en su casa estando él ausente.

VII

Pasaron años enteros y las desgracias del Diablo en su vida privada se habian multiplicado hasta lo infinito. Digo mal al decir hasta lo infinito, porque aún no habia experimentado la más gorda de todas, la desgracia de las desgracias, la de que su mujer hubiese faltado á la fe jurada ante Dios, digo ante el juez municipal.

Consolábase un poco de estas desgracias suponiendo que el mozo de la resignacion, si á aquella fecha no se habia ahorcado, estaria á punto de hacerlo para poner término al insoportable cúmulo de tormentos que constituirian sus desventuras de soltero agravadas enormemente con las de casado, y determinó dar una vuelta por la casería medio quemada para adquirir completa certidumbre de que su suposicion era cierta.

Al dar vista á la casería se sorprendió mucho viendo que ésta, léjos de seguir medio quemada, habia sido reedificada y embellecida de modo que el más descontenta dizo podia envidiar á los que moraban en ella.

—Bah,—dijo para sí el Diablo,—eso es que aquel mozo y toda su familia se ahorcaron y el heredero de sus bienes ha reedificado la casa.

Conforme se iba acercando á la casería, notaba que las heredades contiguas á ella habian ganado un ciento por ciento en cultivo, y hasta habian sido roturados y quebrantados y ostentaban hermoso y abundante fruto terrenos que ántes habian baldíos y sólo producian zarzas y sabandijas.

Era la hora de la siesta y con este motivo no habia por allí un alma á quien preguntar la causa de aquella trasformacion, por lo que no le quedó más medio para saberlo que dirigirse á la casa, como así lo hizo.

Al llegar frente á ella, se encontró con una escena que si á cualquier otro hubiera enamorado y atraido, á él le causó tal repugnancia y disgusto que estuvo á punto de volver piés atrás.

Bajo un frondoso emparrado que entoldaba la puerta de la casa, se solazaba conversando amorosamente y riendo la familia que allí moraba, compuesta de una anciana que enseñaba á andar á un hermoso niño de poco más de un año, de un guapo chico que bajo un cerezo daba de comer y acariciaba á una pareja de bueyes diciendo que no habia pareja tan valiente y gallarda como ella, de una muchacha sonrosada y alegre que cosia y cantaba, de una mujer jóven, risueña, aseada y hermosota que daba de mamar á otro niño de algunos meses, y de un hombre, tambien jóven, aseado y con cara de pascua florida, que festejaba unas veces al niño que daba sus primeros pasos en la senda de la vida, y otras al que alternaba las chupadas al seno materno con dulces y amorosas sonrisas al que le festejaba.

El Diablo, en quien la curiosidad por lo visto pudo más que la repugnancia á lo bello de aquel cuadro, se acercó al emparrado y trabó conversacion con aquella dichosa familia sin sospechar siquiera que fuese la que ántes habitaba la casa.

Pero fijándose más en el que parecia ser cabeza de ella, reconoció en él, estremeciéndose de espanto y disgusto, al jóven con quien dos veces habia hablado en las heredades inmediatas.

—No es extraño, —le dijo el jóven,—que al pronto no me haya V. conocido, porque desde la única vez que V. me vió he variado tanto por dentro que no he podido ménos de variar tambien por fuera. ¡Bien haya la buena anciana á quien debo esta variacion!

—¿Y qué anciana es esa?—le preguntó el Diablo, que ya he dicho es muy bestia cuando Dios quiere que lo sea, como lo prueba el que en aquel instante no caia en la cuenta de quién era la anciana á que aludia su interlocutor.

—¡Quién ha de ser sino una tal doña Celestina que me aconsejó que me casara!

—¿Y se casó V.?

—Me casé con este ángel que amamanta á mi segundo cachorrito, y desde entónces no parece sino que todas las bendiciones de Dios cayeron sobre mi casa y familia, porque la abuelita que estaba enferma, se puso tan buena y tan tiesa como V. ve, la hermanita que estaba ciega recobró la vista como V. está viendo, el hermanito que estaba tullido, sanó, como V. ve tambien, y con la salud y la alegría y el amor en mi hogar vinieron la abundancia y la prosperidad y el acierto en cuanto ponemos mano. ¡Bendito, bendito mil veces sea Dios!...

Miéntras esto decia el jóven reventando de alegría y satisfaccion, todo el infierno con sus tenazas y sus garfios y sus calderas de plomo derretido andaba por el interior del Diablo que al oir aquella bendicion del jóven ya no pudo resistir más, y dando un bramido espantoso desapareció del emparrado tanto más veloz y desesperado cuanto toda aquella dichosa familia empezaba á hacerse cruces de lo que veia en él.

VIII

El Diablo volvió á casa, no diré que en el colmo de la desesperacion, pero sí que poco ménos, y esta desesperacion llegó casi á los bordes de la copa de la amargura cuando al ir á acostarse se asomó á la ventana, como hacia todas las noches en tal ocasion para ver si habia moros en la costa, y creyó ver la sombra de un hombre en un claro de la arboleda alumbrado por la luna.

Acostóse y permaneció largo rato desvelado, pensando en aquella sombra y en la interminable serie de desventuras que habian amargado su vida privada; pero al fin pensó tambien que todas estas desventuras eran grano de anís comparadas con la de que Sandunga hubiera faltado á la fe jurada ante Dios, digo ante el juez municipal.

Tranquilizado algun tanto con esta consideracion, se quedó al fin dormido, pero muy pronto se vió asaltado de una horrible pesadilla que en vano procuraba sacudir. Soñaba que aquella sombra que habia creido ver á la luz de la luna tomaba cuerpo de hombre muy parecido al albéitar, y este hombre trepaba á la ventana de Sandunga, y la ventana se abria, y el hombre saltaba dentro, y la ventana se volvia á cerrar, y quedaba todo en silencio exteriormente, y pasado largo rato la ventana se volvia á abrir, y el mismo hombre saltaba de ella y se alejaba por la arboleda echando hácia la ventana besos con la punta de los dedos como en respuesta de otros besos que desde la ventana le echaban unos dedos de mujer!

Al fin despertó quebrantado de alma y de cuerpo con esta pesadilla, y queriendo apartar de su cabeza un horrible peso que sentia en ella, echó á ella ambas manos y se encontró con que le habian retoñado, en toda su longitud y espesor, los cuernos que ras, ras se habia aserrado á rape con un serruchillo al hacer los preparativos de viaje para entregarse en el mundo por algun tiempo á las dulzuras de la vida privada!

Y entónces, saliendo de estampía por la ventana, tornó volando, volando, al infierno, y metiéndose al llegar en una de las calderas de Pero Botero henchida de plomo derretido, exclamó, estremeciéndose de delectacion y consuelo:

—¡Qué rrrico es *esto* comparado con *aquello!!*

ANTONIO DE TRUEBA

Bilbao 1884

ESMERALDA

POR DON FRANCISCO LOZCOITIA

I

El marqués de Valdecarrizo era un guapo jóven de 28 años de edad que se habia propuesto pasar una temporada en Córdoba, su ciudad natal, tanto por aburrimiento del mundo, como por reparar las brechas de su fortuna que ya eran muy considerables.

Tenia una casa solariega en la calle de San Pablo y otra de campo en las afueras de la puerta de Almodóvar, y habitaba esta última por ser más cómoda en la época del calor, que ya comenzaba. De dia cazaba por los alrededores y de noche, por no aburrirse tomando el fresco en el Gran Capitan, solia entrarse un rato en un circo ecuestre provisionalmente construido en una planicie al lado de dicho paseo.

Este espectáculo era el único que quedaba despues de pasada la feria de mayo, y se hallaba poco concurrido, en primer lugar porque Córdoba, hace 18 años, no estaba tan próspera y animada como en la actualidad, y ademas porque la compañía era muy floja en artistas y caballos.

Los espectadores, especialmente en los dias no festivos, estaban como en familia, de tal manera que nadie se daba cuenta de por qué aquella pobre gente continuaba en la poblacion.

El director del circo, M. Lambé, agradecia la asiduidad con que asistian el marqués y un primo suyo, coronel retirado, y las pocas amazonas y sílfides de aros de papel les dedicaban sus más expresivas sonrisas.

Una noche, á la hora que empezaba la funcion, sólo habia once espectadores, y M. Lambé, no pareciéndole bien trabajar sin público, determinó pretextar una repentina indisposicion de dos de los primeros artistas y devolver el precio de las pocas localidades vendidas.

Hízolo así y se suspendió la funcion. El marqués y su primo, que á la sazon entraban por la puerta de las cuadras, se enteraron del motivo y oyeron al director exclamar



LOS VÁNDALOS EN ROMA, cuadro por Hirschl



LA SALIDA DEL CONVENTO, cuadro por Cortazzo

dirigiéndose á algunos artistas que le rodeaban cariacontecidos:

—No hay remedio: sin Esmeralda estamos perdidos.

II

—M. Lambé,—dijo el marqués,—puesto que esta noche está V. de asueto, le invito á una botella de cerveza en el café de al lado. Voy á tomarme la libertad de hacerle dos preguntas.

—Señor marqués,—contestó el director,—acepto con mucho gusto. Dentro de tres cuartos de hora, en cuanto dé algunas disposiciones, estaré á las órdenes de V.

—Pues en el café esperamos.

—Iré en seguida, señor marqués.

Los dos primos, sentados á una mesa del café, hicieron un compás de espera hablando de la compañía ecuestre, y ambos, que eran á cual más inteligentes en materias hípicas, no acertaban á darse cuenta de las causas que habian reducido á M. Lambé á tan precaria situacion; pues si como director era notable, como caballista y picador rayaba donde muy pocos.

Tenia una gran escuela, poseia conocimientos ecuestres poco comunes y estaba dotado de una elegancia de método particular.

Llegó M. Lambé, chocaron las copas de cerveza alemana, segun costumbre francesa, y despues de lamentarse del fracaso de la entrada de aquella noche, el marqués de Valdecarrizo dijo al artista:

—Antes indiqué á V. que tenia que hacerle dos preguntas, si no son impertinentes.

—Tendré mucho gusto en contestarlas. Mis artistas y yo apreciamos en lo que vale la constante asistencia con que Vds. nos honran.

—Prescindiendo de las causas que pueden haber influido en que V. se halle *deplazado*, como dirian sus compatriotas, deseamos saber por qué se obstina V. en permanecer en Córdoba, que por el presente nada bueno puede dar de sí, y además quién es esa Esmeralda cuya falta lamentaba V. hace poco.

—Contestaré por partes, señor marqués, si Vds. no tienen prisa.

—Ninguna.

—Pues bien, oigan Vds. Hace años que me dedico á este negocio por la sencilla razon de que es el que más se adapta á mis conocimientos y aficiones. He explotado con varia fortuna desde el circo de verano de Paris hasta los de la mayor parte de las poblaciones de alguna importancia de Francia, Bélgica é Italia. Somos muchos y nos hacemos una competencia ruinosa: Inglaterra, Rusia y casi la mitad de América *acaparan* los artistas más notables, y además hay visible decadencia en este género de espectáculos. Quise viajar por España, púselo en práctica é instaléme en Madrid en un circo de la plaza de la Cebada; pero allí como aquí víme abandonado del público. Un maestro de obras de esta ciudad, rico y emprendedor, que se hallaba temporalmente en la capital, me propuso como buen negocio aprovechar la época de las ferias de Córdoba, y como yo no tenia fondos, nos asociamos comprometiéndose él á construir un local á propósito y yo á trabajar con mi compañía el tiempo necesario para resarcirle de su desembolso. Durante la feria la cosa no ha ido del todo mal; pero despues, ya han visto Vds. Yo me hallo entre la espada y la pared, mi socio no deja que levante los reales, mis mejores artistas me han abandonado y apénas me quedan caballos....

—¿Y todas estas calamidades estarán acaso relacionadas con Esmeralda?—interrumpió el marqués.

—A eso voy,—repuso M. Lambé.

—Es una antigua historia.... Hace veintiun años me hallaba con mi compañía en Narbona y hacíamos excursiones á las villas y lugares del departamento. Una mañana muy temprano, mi mujer y yo paseábamos á caballo por los alrededores de Castel-Noredis, en cuya villa actuábamos, cuando, al atravesar por la senda abierta en un campo de trigo, ví una niña dormida sobre las verdes y nacientes espigas. Si hubiese estado vestida de campesina, nada hubiera tenido de particular; mas no era así; la pobre criaturita llevaba un vestido blanco y un cinturon de seda azul, y sus cabellos castaños tirando á rubios caian en abundantes bucles sobre una carita blanca y delicada.

III

Desmonté y aproximéme á ella.

El angelito dormia con un sueño agitado.

Mi mujer, que la contemplaba tambien con sorpresa é interés, me dijo:

—Tráela.

Toméla en brazos despertándola poco á poco.

La niña abrió los ojos y me miró sin asustarse.

Mi mujer, que permanecia á caballo, la colocó en el arzon de la silla y acariciándola la preguntó:

¿Quién eres, hija mia, y por qué duermes en el campo?

La niña se echó á llorar exclamando:

—¡Tengo miedo! No me lleveis donde está Fanny.

—¿Y quién es Fanny?

Mi aya. Se ha muerto, y ¡si vierais, se ha quedado más fea! Lo mismo que mi mamá. Y yo no quiero morirme, ¿lo entendeis? no quiero... no quiero... y por eso me he salido de casa. No me lleveis con Fanny ¡no me lleveis!

—No te llevaremos. Pero ¿y tu papá?

—Papá Santiago se ha marchado muy léjos, muy léjos.

—¿Pero papá Santiago tendrá otro nombre?

—No lo sé.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Victoria, como la reina.

La niña hablaba en francés, mas con un ligero acento extranjero. Sus últimas palabras me hicieron sospechar que fuera inglesa.

—Pues bien, Victoria,—dijo mi mujer,—¿quieres venirte con nosotros?

—Ya lo creo, pero no donde está Fanny. ¡Si vierais qué fea se ha puesto!

Mi mujer se hallaba enternecida. No teníamos hijos y tácitamente convinimos en adoptar á aquella linda criatura abandonada. Sin embargo, para salvar toda responsabilidad, me presenté con ella al *Maire* de la poblacion y le referí lo sucedido.

—Seguramente—me dijo—esto se relaciona con un suceso incomprensible de que acabo de tener noticia. Hace algun tiempo se hospedó en el hotel de la Cruz una familia inglesa compuesta de un matrimonio, esta niña y una sirvienta. El marido se ausentó, la señora que estaba muy enferma murió el mes pasado, y segun parece la criada pasó tambien ayer á mejor vida

—Es extraño. Pero al ménos se habrán encontrado documentos.

—Ninguno. Los extranjeros estaban inscritos en el hotel con el nombre de familia Rull, y nada más.

—¿Podria adoptar á esta niña?

El *Maire* titubeó.

—No veo inconveniente,—contestó despues de haber meditado largo rato,—dejando siempre á salvo los derechos de familia.

—Y hé aquí, señores,—prosiguió el director,—la historia de mi encuentro con Victoria. Tanto por desorientar la familia en cuanto fuese posible, como por dar gusto á mi mujer que es entusiasta de Víctor Hugo, variamos su nombre por el de Esmeralda. Durante mucho tiempo temimos que la niña nos fuese reclamada, pues llegamos á quererla entrañablemente.

Desde muy pequeñita se desarrolló en ella una gran aficion por los caballos; pero yo no creí tener derecho á dedicarla á nuestra profesion. Desde el primer momento presentimos que pertenecia á una familia distinguida.

—¿Y han averiguado Vds. algo?

—A medias, señor marqués. Esmeralda estaba muy contrariada con mi decision de que no trabajase, pero yo la consolé prometiendo hacerla una gran amazona como Mme. Tampé á quien ella habia admirado en Paris. Cumplí mi palabra; empleé cinco años en enseñarle la equitacion. No solamente la demostré cómo se obtiene matemáticamente de un caballo, lo mismo que de un instrumento cuyo mecanismo se conoce, todos los pasos y movimientos, tocando tal ó cual músculo, sino que tambien hícela comprender que, prescindiendo de estos medios puramente físicos, se consiguen los resultados más maravillosos por medio de la persuasion. La alta escuela no debe ser una lucha entre el jinete y el animal, y sí una colaboracion.

Mis lecciones cayeron en buen terreno. Esmeralda hizo progresos que á mí mismo me sorprendian. Semejante á ciertos niños que tienen el don de atraerse á los pájaros, ella se hacia obedecer por los caballos más rebeldes que parecian estar orgullosos con tan ligera y hermosa carga. El resto de tiempo que le dejaba libre su aficion favorita lo empleaba en instruirse en literatura, historia y geografía. Aprendia con facilidad los idiomas de los países que recorríamos, y, en suma, se hizo una jóven verdaderamente notable.

Cuando cumplió quince años me rogó encarecidamente que la permitiera trabajar en público á la alta escuela. Yo titubeé, pero como este género de ejercicios tiene cierta distincion, no pude resistir á sus súplicas y accedí. Obtuvo éxitos sorprendentes á los que contribuia no poco su simpática figura. Su talle es esbelto y flexible; sus cabellos, antes castaños, se han trocado en intensamente negros haciendo resaltar la blancura de su rostro cuyas aristocráticas líneas son de una pureza irreprochable. Sus ojos tienen un brillo fascinador y su sonrisa una atractiva dulzura. Su valor de jinete raya en temeridad y más de una vez temí por ella al verla excitar á su caballo obligándole á saltar barreras de dos metros. No soy, en verdad, profundo observador filosófico y he estudiado más el instinto de los caballos que el corazon humano, pero al ver á Esmeralda tan amante del peligro no he dejado de preguntarme frecuentemente cuál puede ser el destino de esa jóven, de carácter tan apasionado é impetuoso, cuando se halle envuelta en las encontradas pasiones y afectos de la vida.

Preveo que no hará nada á medias. He dicho á Vds. que alcanzó éxitos, pero me he equivocado: esta palabra no expresa el entusiasmo que producia Esmeralda: la emocion de todos los públicos ante los que ha trabajado, comenzaba con un silencio de admiracion y terminaba con una salva de atronadores aplausos.

IV

Asediábanla los pretendientes, pero ella no hacia caso á ninguno. Además, yo la vigilaba con un celo verdaderamente paternal. En cuanto á los artistas sus compañeros, mirábanla como si fuese un sér superior, tanto por su nacimiento como por su educacion; parecian súbditos rindiendo pleito homenaje á su reina.

M. Lambé hizo una pausa. El marqués y su primo estaban pendientes de su relacion.

Pero ¡ah señores!—continuó aquel—lo bueno no suele durar mucho. Hace dos años viajábamos por Normandía y debíamos dar cierto número de funciones en Ivetot, mediante una contrata que yo hice á disgusto, preocupado por no sé qué presentimientos. Y no me equivoqué: á las dos ó tres noches fijéme en un caballero de edad avanzada, que desde su asiento en las primeras sillas observaba con marcado interés á Esmeralda durante sus ejercicios.

En un entreacto subió á mi cuarto y casi de repente me dijo:

—Ya debe V. saber que la señorita Esmeralda no es hija de V.

Quedéme petrificado: tuve intencion de mentir, pero mi rectitud no me lo permitió.

—Efectivamente,—tartamudeé,—no es hija mia.

—Usted la encontró niña en los alrededores de Castel-Noredis.

—Es verdad.

—Me consta que se ha conducido V. como hombre honrado y que no ha tenido la culpa de que su familia no haya encontrado á Esmeralda, ó más bien, Victoria, pues este es su verdadero nombre. Acabo de llegar de la India, me he informado del Maire de aquella poblacion, aunque con trabajo he inquirido dónde se hallaba V. y vengo á reclamar á mi hija.

—¿Con qué pruebas? me atreví á preguntarle.

—En primer lugar ahí tiene V. esos documentos que legalizan mi personalidad y justifican mi demanda. Además, vea el retrato de Victoria de la época en que V. la encontró.

Y me enseñó una miniatura. La niña llevaba en ella el vestido blanco y cinturon azul con que yo la habia visto por vez primera; tenia los mismos ojos negros, y los cabellos, entónces castaños, cayendo en rizos sobre la frente.

Devolvíle el retrato é incliné tristemente la cabeza.

—Si quiere V. más pruebas, continuó el anciano,—todavía puedo recordarle dos cicatrices que Victoria tiene cerca del codo del brazo izquierdo provenientes de una caida sobre un monton de guijarros.

—Basta, caballero, basta,—dije yo con acento resignado.—No puedo negarme á la evidencia.

(Continuará)

Metamorfósis de los fenómenos físicos

El futuro telégrafo interplanetario

Si la causa del calor fuera un agente sustancial, específico, los fenómenos de la luz, distintos como son de los del calor, serian forzosamente debidos á otro agente; los del magnetismo serian á su vez manifestaciones de otro; y los magníficos y sorprendentes efectos de la electricidad, especial producto de otra causa ó agente sustancial.

Tal creyeron hasta no hace mucho los físicos siguiendo la corriente de aquellas ideas primitivas, segun las que se imaginó un dios del fuego, vida y alma de los fenómenos caloríficos, retorciéndose entre las llamas de la hoguera; un Febo surcando en luminoso carro el vasto firmamento y enviando su luz á todos los ámbitos del mundo; un dios del trueno rugiendo entre las nubes tempestuosas; un Eolo aprisionando el viento ó dándole desatada libertad; un Neptuno domeñando los mares ó agitándolos, irritado, contra la tierra y contra el cielo; de aquellas ideas que extendiendo á todo el concepto antropomórfico, poblaron de genios las grutas, de ninfas los bosques, de nereidas y náyades las aguas; y no zumbaba el viento entre las ramas, ó se despeñaban las rocas desde el monte, ó salpicaba, retozando de peña en peña, el arroyuelo, sin que se viera en ello los servicios, los juegos, los amores ó los odios de los fantásticos invisibles pobladores de la naturaleza entera.

Resabios de estas creencias, natural producto de imaginaciones no sujetas por el peso del verdadero conocimiento de las cosas, eran las hipótesis aún no hace mucho tiempo dominantes, que suponian un agente especial, como causa de cada órden de fenómenos físicos. Estas hipótesis eran un progreso, respecto á las pintorescas concepciones de las imaginaciones primitivas, pero eran tan absurdas como ellas, puesto que en lo esencial se asemejaban; se habia desechado el concepto antropomórfico, pero aún se conservaba el de *sustancia* para las causas ó agentes generales de los hechos físicos.

Puestas las ciencias en el buen camino que ahora llevan, el absurdo no tardó en verse, encontrándose por todas partes señales comprobatorias de ello, siendo de las más evidentes y curiosas las trasformaciones de los efectos físicos de un órden en otros de un órden muy distinto. ¿Cómo explicar, en las antiguas ideas, el obtener luz con el calor y vice-versa; trasformar los efectos sonoros en eléctricos y luminosos ó por el contrario hacer brotar el sonido de un rayo de luz intermitente? ¿Cómo dar la razon de que el calor y el magnetismo y la accion química y el trabajo mecánico puedan convertirse en electricidad y que ésta pueda á su vez resolverse en trabajo mecánico, en accion química, en magnetismo y en calor? Pues si cada uno de los hechos de este órden tiene su causa específica y sustancial, ¿cómo se pueden trasformar unos en otros?

* * *

Y sin embargo, así sucede. Si por una abertura circular, practicada en las maderas de una ventana, se deja entrar en una habitacion un haz de rayos solares, y despues se encaja en dicha abertura, y por la parte de adentro, la redonda panza de una abultada redoma, llena de una disolucion de *yodo* en *sulfuro de carbono*, se habrán interceptado completamente los rayos luminosos y la habitacion quedará á oscuras, pues la disolucion men-

mencionada, casi negra como es, con un ligero viso rojizo-violáceo, es completamente opaca y no deja, por lo tanto, pasar la luz á su través.

Pero si esa masa líquida es opaca para la luz, no lo es para el calor, que puede atravesarla en gran cantidad, y como la forma redondeada de la redoma hace que la disolucion adopte igual figura, se origina una especie de lente convergente ó cristal de aumento, de esos que tienen la propiedad de reunir en un punto los rayos que los atraviesan. En el caso indicado se tendrá, pues, una lente convergente para el calor; los rayos caloríficos, que atraviesan la redoma y su contenido, se reunirán en un punto, en el foco de la lente formada; pero la habitacion seguirá á oscuras.

Ahora bien, si en este caso se coloca en dicho foco un alambre ó una lámina muy delgada de platino, los rayos de calor que allí se reunan elevarán considerablemente la temperatura del metal, que subirá en seguida á los 200,° á los 300,° á los 400 grados. Continuando el ascenso de la temperatura, empezará el metal á ponerse incandescente y ya se le podrá percibir en medio de la oscuridad, la incandescencia se hará cada vez más viva, á medida que los rayos de calor sigan llegando; los reflejos que la lámina de platino, calentada al rojo blanco, desprenda serán cada vez más brillantes y la oscuridad de la habitacion se irá disipando; se habrá originado una verdadera lámpara de incandescencia; el *calor* se ha convertido en *luz*.

Cuando se quema el carbon en el hogar de un motor de vapor y se aplica despues este motor á una máquina dinamo eléctrica, se trasforma el *calor* en *trabajo mecánico* y despues éste en *electricidad*.

Si á su vez en el circuito por donde pase una corriente eléctrica poderosa se interponen alambres delgados de hierro, de plata, de platino, etcétera, se verá que la corriente eléctrica los calienta de tal modo que puede enrojecerlos, fundirlos y aun volatilizarlos cual no lo haria el fuego más intenso de los hornos. La *electricidad* se ha convertido en *calor*.

Si la *electricidad* pasa por hilos delgados de platino ó de carbon, con la intensidad precisa para ponerlos incandescentes, se origina la *luz* suave y magnífica que con las lámparas de Edison, Swan y Máxim se obtiene; si, en fin, la corriente eléctrica afluye á los extremos de dos conos de carbon puestos á corta distancia uno de otro para que la chispa eléctrica salte entre ambos, se obtiene el brillante arco voltaico que en prodigiosa variedad de lámparas se utiliza. En ambos casos la *electricidad* se ha convertido en *luz*.

Como estos, otros muchos ejemplos podrian citarse; pero con los dichos bastan para ver cómo los llamados *agentes físicos*, los antiguamente considerados *flúidos*, en suma, el *calor*, la *luz*, la *electricidad* y el *magnetismo*, se trasforman unos en otros de un modo completamente incompatible con la especificidad ó sustancialidad de cada uno. Hecho notabilísimo que ha cambiado por completo las ideas que se tenian acerca de las fuerzas físicas y que ha abierto la puerta á la verdadera concepcion mecánica de todos los fenómenos naturales.

***

Pero de todos los casos de trasformacion, los más curiosos y los que sin disputa están llamados á tener más importancia teórica y práctica son los que se refieren á las trasformaciones de la luz.



VENDEDORA DE NARANJAS, cuadro por Fabio Cipolla

La luz, que tantos soles desprenden, se difunde por el espacio á distancias donde el calor no llega, y baña y colora todos los cuerpos que á su paso encuentra. Un solo foco luminoso puede llenar con sus resplandores vastísimo espacio en todas direcciones, y los focos luminosos, perennes ó efímeros, se cuentan en el universo por millones de millones; si pues la luz fuese susceptible tambien de cambiarse, en circunstancias propicias, en calor, en electricidad, en magnetismo, en accion química, en sonido, etcétera, ningun manantial tan fecundo para originar todas aquellas esplendentes manifestaciones de la vida del universo; que si la luz lo llena todo y por todas partes se extiende, fuente inagotable habrá de ser de donde se obtengan, no sólo colores y reflejos, sino extrañas y no esperadas armonías, orígen perenne de calor, riqueza eléctrica, agente químico y obrero baratísimo; que si al dominio del hombre se llega á sujetar por completo la luz en todos sus cambios, por conocerse las leyes y circunstancias de estos, habrá de causar la más portentosa revolucion en el empleo que de los agentes naturales hace el hombre en su propio provecho.

Es, pues, del caso ver si, en efecto, en la cuestion de las trasformaciones de la luz, se conocen algunos hechos prácticos.

Cambiarse el calor y la electricidad en luz cosa es de hace tiempo bien sabida y ejemplos de ello quedan atrás citados; pero, casos contrarios ó sea de trasformacion de luz en calor, electricidad, sonido, etcétera, no se encontraban por ninguna parte.

Por fin, en estos últimos tiempos se han empezado á conseguir estas maravillas y en verdad que los resultados exceden con mucho, en lo sorprendentes y portentosos, á todo lo que se ocurria esperar de estos fenómenos.

El primer efecto logrado ha sido utilizar la luz como vehículo trasmisor del sonido; enviar la palabra, no por un alambre, como en las líneas telefónicas, sino por un rayo de luz, que funcionando á la manera de hilo luminoso, conduce el sonido. A donde quiera, pues, que alcance el rayo luminoso que de la estacion trasmisora parta, se podrá enviar la palabra con la velocidad con que la luz camina (cincuenta y cuatro mil leguas españolas por segundo) y sin necesidad de hilos, ni de cables.

El americano Graham Bell es el inventor de tal maravilla. El mecanismo para realizarla no puede ser más sencillo.

Existe un cuerpo simple llamado *selenio*, descubierto por el químico Berzelius, hace poco más de medio siglo y al que

no se le habia dado aplicacion alguna hasta el presente. Este cuerpo, sin embargo, tiene una propiedad muy singular, cual es la de presentar menor resistencia al paso de una corriente eléctrica cuando está expuesto á la luz, que cuando está en la oscuridad; y menor tambien si llegan hasta él los rayos caloríficos que si permanece en un ambiente frio.

Sabido esto, supóngase una lámina de selenio atravesada por una corriente eléctrica y colocada en el circuito de un teléfono. Si á dicha lámina se hace llegar un rayo de luz no continuo, sino interrumpido, por ejemplo, 435 veces por segundo, se producirán en el mismo tiempo 435 variaciones en el estado molecular del selenio y por lo tanto en la intensidad y manera de trasmitirse la corriente eléctrica, de suerte que la placa del teléfono será atraida y repelida 435 veces en el mismo tiempo y producirá por lo tanto el *la* fundamental que es la nota que corresponde á dicho número de vibraciones por segundo.

La manera de provocar, con el sonido que se quiera trasmitir, las interrupciones necesarias en el rayo luminoso para que este reproduzca en la estacion receptora el sonido primitivo, es la siguiente: en medio de una caja de madera se colocan dos placas metálicas delgadas y paralelas, á poca distancia una de otra y con dos estrechas aberturas (una en cada lámina) que se corresponden perfectamente una enfrente de otra. Por una de las paredes entra un rayo de luz que atraviesa las dos ranuras, cuando las placas están en su posicion normal, y enseguida sale sin alteracion alguna, por la pared opuesta; pero una de las referidas láminas está fija al fondo de la caja, miéntras la otra (la posterior) se encuentra unida por la parte alta á una placa metálica muy delgada que se halla en el techo de la misma caja y rodeada de una embocadura como las de los teléfonos ordinarios. Si se produce un sonido delante de esta placa telefónica vibrará y el movimiento se trasmitirá á la lámina vertical que sostiene y donde se halla una de las ranuras. Esta lámina ejecutará movimientos de subida y bajada que impedirán que las dos ranuras estén una enfrente de otra, y de este modo el rayo luminoso que las atraviesa sin alteracion cuando la lámina movible está en reposo, experimentará durante los movimientos provocados por la produccion del sonido, variaciones de intensidad correspondientes á las diferentes amplitudes de las vibraciones de la placa telefónica. Este es el rayo luminoso, vehículo trasmisor del sonido y que Graham Bell llama *rayo ondulatorio.*



La última adquisicion, cuadro por H. Stetzner

La estacion receptora, donde este rayo ha de originar un sonido igual al que sobre él obró, se compone: de un espejo parabólico en cuyo foco se coloca la barra de selenio; de una pila eléctrica y un teléfono receptor. El circuito de la pila comprende el teléfono y la barra de selenio. De este modo al llegar el rayo ondulatorio al espejo parabólico se refleja hácia el foco donde está el selenio, le impresiona en cada instante en razon directa de su intensidad y produce variaciones en la resistencia del metaloide al paso de la corriente y las vibraciones consiguientes en la placa del teléfono; aplicando, pues, á este el oido, se percibirá un sonido de la misma especie que el producido ante el diafragma de la estacion trasmisora.

Puede darse otra disposicion al mecanismo para obtener el rayo ondulatorio; como por ejemplo, que este, ántes de tener tal propiedad, se refleje en un espejo al cual se le comunique el movimiento vibratorio de una placa telefónica receptora del sonido que se quiera trasmitir; de este modo el haz luminoso puede ser de mayores dimensiones y por tanto servir para efectuar la trasmision á mayores distancias. Y hé aquí cómo sin hilos ni tubos puede enviarse el sonido á través del espacio.

Las aplicaciones de tan maravilloso aparato son muy importantes. Para las operaciones geodésicas y en las maniobras militares ha de prestar utilísimos servicios; pues de monte á monte podrán comunicarse, *hablarse* y entenderse perfectamente las comisiones científicas, ó la gente guerrera, sin riesgo de que les corten las líneas y sin necesidad de emplear otros medios de comunicacion incómodos y deficientes.

Pero lo más curioso que se ve en el fotófono, que así se llama este aparato, es que se vislumbra en él cómo han de efectuarse, allá en lo porvenir, las comunicaciones entre astro y astro, si es que los habitantes de estos llegan á ponerse alguna vez en relacion entre sí. El *fotófono* da la idea de lo que ha de ser un *telégrafo interplanetario.* Poco es lo que se necesita; en cada planeta una estacion semejante á las que quedan descritas y un haz de rayos luminosos de intensidad sobrada para que sea visible del uno al otro astro. No hay cables que tender, ni postes que fijar en el espacio; el rayo luminoso ondulatorio llevará en su seno el gérmen del sonido que en el astro á donde se dirige haya de producirse, tal como hoy dia los mismos rayos luminosos traen hasta el habitante de la Tierra, las señales de la composicion química del astro de donde proceden.

DOCTOR HISPANUS



LA CRÍTICA QUE MUERDE, cuadro por G. Koch

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 30 DE JUNIO DE 1884 — NÚM. 131

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

DIEZ Y OCHO ABRILES, cuadro por J. de Beers

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Cómo sube el termómetro.—Trabajo en el campo.—Trabajo parlamentario.—Espigas que caen. El veraneo. Galicia. -Él poema de las montañas y las olas.—Un libro acerca de Shakespeare.—El genio burgués.—Marruecos y Egipto. La diplomacia, la guerra y las pirámides.—Cosas de caza.

El calor aprieta, al mismo tiempo que los debates políticos del Congreso dan comienzo. Los leones de bronce del palacio de la Representacion Nacional sienten fundirse sus entrañas y bostezan, dispuestos á renunciar su destino el de guardar aquellas dos almondiguillas de metal, que simbolizan dos mundos.

El diputado rural que tiene un millar de duros á la sombra y un millar de fanegas de tierra sembrada al sol, piensa con tristeza en que va á empezar la cosecha, y que sus jornaleros, huérfanos de la tutela señoril, arrancarán tristemente al surco su rubio penacho de tallos.

El segador, armado de la hoz, practica en los campos la nivelacion proclamada por los modernos filósofos. Por desgracia de la humanidad no es sólo cabezas de espigas, de esas en cuyas aristas se detiene el rocío, no es sólo cabezas de espigas lo que ha caido al suelo esta semana

* * *

Empieza el veraneo, siendo de advertir que ahora va siendo de moda hacer durante el estío una visita á Galicia. Dos nuevas líneas férreas se inaugurarán allí en el mes próximo.

¡Galicia! Este nombre hace revivir dentro de mi memoria la de un pueblo sufrido héroe del trabajo, experto cultivador de frondosos campos, hábil mareante de la más peligrosa costa del mundo, minero, pescador y que lleva en el fondo de su alma como raíz de su sér, un sentimiento de infinita poesía, algo indefinido ó indefinible que participa de la vibracion de los patrios bosques agitados por el Sudeste, del acre perfume de sus mares, del encanto de sus blancas casas, esparcidas entre castañares, del melódico timbre de su suave pronunciacion toda llena de vocales y monosílabos; país dotado de todos los prestigios de una naturaleza espléndida, aislado por sus mismos encantos, por aquellas montañas que suben desde las riberas de sus rias hasta la region de las nieves y de los pájaros; pueblo á quien no debe España un dia de luto ni una hora de sangre, desconocido y menospreciado y que obtiene fama, no ya injusta, sino infamante, de torpeza, cuando es una de las regiones de España más fecundas en poetas y artistas. Habia de sonar para él un dia de redencion, un dia de justicia, y ese dia no podia ser otro que aquel en que se abrieran las puertas de Galicia, el en que la ciencia franquease el paso de sus inaccesibles montañas.

Galicia estaba aislada, separada del resto de España. No tenia otra salida para ver el mundo sino la que le brindaban las alas de lino de sus barcos. Miéntras otras provincias, ingratas á España, obtenian favores, mercedes y riquezas y la locomotora surcaba sus campos y las carreteras dividian en anchas sendas sus terruños, Galicia era relegada al olvido. Años y más años costó que la línea férrea llegase á Brañuelas, pero allí la detuvieron la quiebra de la empresa concesionaria y los colosales montes que se elevaban como muralla imposible de franquear. Para seguir era preciso derrochar el oro. No bastaba tender los rails sobre los terraplenes: era preciso crear el camino, afirmar el piso, unir las orillas de un abismo, tender un puente sobre cien rios, un viaducto desde la cima de una montaña al picacho de una roca: faena de gigantes, muy superior á las fabulosas de Hércules y Teseo.

La ciencia lo puede todo hoy sobre la tierra y no reconoce imposibles.

Al ver estas dificultades tenidas ayer por insuperables ¡quién hubiese osado acometerlas á no contar con el vapor, con la electricidad, esos dos obreros impalpables que vibran en medio de los Océanos y palpitan en medio de los aires! Hoy están realizadas, concluidas, coronadas por el éxito más felice y cabe á Galicia el derecho de un dia de júbilo.

* * *

Entre los libros que últimamente he recibido figura uno que se titula: *Vuelos de gallina alrededor de un águila ó escarceos de un admirador alrededor de Shakespeare.* Su autor, el poeta sud americano J. H. Suarez, aunque ha tenido insigne mal gusto al escribir aquel título, revela algun ingenio. Pero no es esto lo que da importancia al libro; sino el contener muy curiosas noticias del genial dramaturgo, de su vida y familia. Los documentos que publica este volúmen presentan á Shakespeare como un hombre práctico, de espíritu comercial, muy apegado á su familia y al tibio ambiente de su casa.

Maravilla el saber que bajo aquel estilo tempestuoso dormia un buen sentido de burgués práctico, amante del bienestar material. Shakespeare crea una familia, la honra. Desde la edad de treinta años habia reunido bastantes economías para comprar en Stradford una casa con dos granjas y dos jardines. A sus profesiones de autor y actor une el lucro de empresario de teatros y director de escena. Sucesivamente, y al mismo tiempo en que crea las más hermosas páginas de su repertorio, se le ve adquirir una parte de propiedad en los teatros Blakfriars y del Globo, comprar grandes extensiones de terreno: casar su hija Susana y acabar por retirarse á su villa natal sin parecer cuidarse mucho de su gloria literaria; es más, desdeñándola, pues no se ocupó siquiera en dejar un libro que facilitase el exámen y la admiracion de las generaciones futuras. Una de sus hijas casó con un médico, la otra con un comerciante de vinos, la segunda ni sabia firmar, la primera lo hacia muy mal. Estos datos prueban un olvido del mundo espiritual tal vez poco simpático hoy, pero que revela una aquiescencia á la sociedad en que vivia, donde el bienestar mercantil y la *respectability* del dinero se sobreponian á todos los demás prestigios morales. O acaso consiste,—y esto lo dice uno de los mayores críticos del siglo,—en que por el cuerpo y por el espíritu, este gran poeta, era de su generacion y de su siglo; que en él, como en Rabelais, en Ticiano, en Miguel Angel y en Rubens, la solidez de los músculos, hace equilibrio á la sensibilidad de los músculos; que en aquellos dias, florecientes y poderosos para el linaje humano, el genio era una verdad del alma, no una enfermedad incurable como la perla lo es de la madreperla.

* * *

La cuestion preferente por lo que se refiere á política internacional es la complicacion diplomática á que puede dar motivo la actitud de Francia respecto á Marruecos. España tiene en aquella tierra abrasada por los rayos brillantes del sol meridional y por los rayos del sol negro de la barbarie, dos misiones, una, la salvaguardia de los intereses materiales, el cuidar para lo porvenir de que esa tierra sea el nuevo mundo del siglo XX; otra mision, la de conservar las hermosas tradiciones de la guerra de Africa.

Otra cuestion diplomática pendiente: la eterna cuestion de Egipto. Este desgraciado país, al cual le sucede lo que á la aristocracia y á la patata, que todo lo que tienen bueno está debajo de tierra, atraviesa una crísis vergonzosa.

Cuando el cólera devoraba carne humana en Egipto y parecia decidido á no dejar allí más que las pirámides y los huesos, un sabio doctor aleman, cuyo nombre no hace al caso, pues todos ellos, *á* más ó ménos, se llaman lo mismo, dijo que el cólera es el gran regenerador de la especie humana porque ataca á los séres débiles, enfermos y mal conformados y sólo deja vivos á los fuertes. Discutible es el aserto; pero claro está que toda dolencia epidémica empieza por llevarse los enfermos y despues se lleva los sanos.

Egipto parece indicado para ser el gran cebadero de esa fiera del Ganges Hay allí rebaños de fellahs, especie de hombres que sin pan, sin un guiñapo que los cubra, sin una choza que los albergue, arrastran una existencia miserable y desventurada.

En aquellas soledades abrasadas por el sol, contémplase frente á frente la momia del Faraon, envuelta en olorosas y ricas telas, circundada de alhájas, y el *fellah*, cubierto de lepra, sin cultura, sin religion. Yacen juntos y se diria que hay más vida espiritual en la momia, cuya perpetuacion consigue el arte conservándola para algun supremo dia de alborozo celestial con todos sus atractivos carnales, que en el *fellah* roido de gusanos que, acurrucado al sol, ni se mueve para buscar una sombra ni da un paso para ganar su sustento. Es el pueblo de lodo que desciende de Adan á través de una degeneracion purulenta en la que sus facultades morales se han desvanecido. ¡Corrientes de civilizacion y enseñanza! ¿bastarian á regenerar á esta triste nacion que tiene todos sus esplendores debajo de tierra, enterrados en las pirámides? Acaso no. ¿Y la guerra, —ese cólera diplomático,—podria con sus terribles efusiones de sangre vigorizar la anémica existencia de Egipto? ¿Quién sabe? El problema permanece insoluble para los hombres de Estado. Cuando la peste bubónica que hoy diezma aquella region de esclavos, se vaya, lo que quede allí, si queda algo, ¿será susceptible de mejora? ¡Quién lo sabe!

* * *

Anécdotas de caza.—Cierto propietario quiso ofrecer su casa de campo al rey Cárlos IV.

—Señor, encontrareis allí —le dijo —tanta caza como en vuestra mejor posesion.

El rey aceptó la invitacion.

Partió la régia comitiva y llegó al cazadero. Por todas partes se veian perdices que corrian sin volar: el labrador habia hecho coger muchas de estas aves y las habia soltado cortando las plumas de un ala. Hombres ocultos entre las ramas tenian liebres y conejos encerrados en sacos y los hacian escapar delante del rey.

Los placeres de los poderosos de la tierra, son muchas veces así, tan fáciles y ridículos.

Pero al ver á los ilustres cazadores en uno de esos descansos de la cacería, comiendo en improvisada y bien surtida mesa, no falta quien desee ocupar en ella un lugar, y acerca de la industria más eficaz para colarse como invitado en estas misas mayores del estómago nada hay tan chusco como el lance que el duque de Saint Simon refiere en sus memorias.

El duque de Crillon casaba á su hija y la daba *cien mil* escudos de dote. Alrededor del palacio habia la animacion consiguiente, y por las ventanas de la cocina salian olores estimulantes capaces de excitar el apetito de una estatua de piedra. Un abate se paseaba por la plaza de Avignon presenciando estos preparativos y pensando cómo á pesar de su condicion humilde seria de los invitados á la comida. Al fin se le ocurrió una idea, llamó á la puerta del palacio y dijo que queria ver al duque.

—Hoy no es posible.

—Se trata de hacerle ganar cincuenta mil escudos, y mañana seria demasiado tarde.

Esta razon fué convincente. Introdujeron al abate en el salon ducal en ocasion en que comenzaba la comida. El duque le dijo:

—¿Qué es ello?

—Necesito hablar con V. E. durante media hora

—Ya veis que no es posible, la comida está empezada... Sin embargo, puesto que se trata de asunto tan interesante, sentaos á mi lado, comed con nosotros y me hablais entre tanto.

El abate se sentó y comió como él sabia hacerlo. Cuando la comida terminó, el duque, cansado de aguardar una explicacion, llamó aparte al abate y le preguntó:

—Deciais que me podiais hacer ganar cincuenta mil escudos ... ¿Cómo es eso?

—Creo que dais al que se casa con vuestra hija *cien mil escudos* de dote..... pues bien, yo tengo un hermano que se casaria por la mitad.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

Diez y ocho abriles, CUADRO POR J. DE BEERS

La juventud y la belleza siempre tentarán el pincel del artista. Infinitos pintores han reproducido infinitas mujeres hermosas y continuarán reproduciéndolas por los siglos de los siglos. Las feas pueden estar tranquilas: la posteridad no se reirá de su desgracia. Esta predileccion se explica muy fácilmente.

La mision del arte es la manifestacion de la belleza física por medio de la forma, como la mision de la poesía es la manifestacion de la belleza del pensamiento por medio del estilo. La belleza física puede existir en todos los reinos de la naturaleza y, tratándose del sér racional, puede existir en uno y otro sexo. Pero, dígase lo que se quiera, la belleza de la mujer será siempre más simpática para el arte, que por cada Adonis ha producido cien Vénus y por cada Apolo una legion de ninfas y de musas.

El pintor Beers ha tenido la buena suerte de dar con el original de ese cuadro y el buen gusto de trasladarlo al lienzo. Nosotros lo reproducimos gustosos porque, francamente hablando, lo bello femenino nos encanta de tal suerte que sin titubear uniríamos nuestro voto al del Areópago: no sabemos figurarnos que un cuerpo hermoso pueda ser albergue de la perversidad. Respétese nuestra ilusion, si lo fuere, de que rindiendo homenaje á la hermosura, se lo rendimos simultáneamente á la virtud.

Los cómicos de la legua, CUADRO POR J. GRUTZNER

Los cómicos de la legua son, en la familia humana, una especie que tiende á desaparecer. El arte no perderá gran cosa con ello y la humanidad ganará no poco, algo así como sacando ánima del Purgatorio.

Purgatorio es con efecto, para esas almas encerradas dentro de un cuerpo que el hambre hace transparente, el destartalado cobertizo ó la rústica cuadra donde se instala el transitorio coliseo. Allí es de ver la metamorfósis que se opera en aquellos asendereados artistas, músicos y danzantes sucesivamente, que pasan por todas las formas, fases y condiciones de un programa que tumbaria de espaldas á Salvini. El director, gerente y *pater familiæ* de la compañía, comienza por ser arquitecto que preside la instalacion, expendedor que despacha las localidades, jefe de orquesta cuyo cornetin resuena hasta la última choza de la aldea, cónsul de la república del Latio, caballero, rey ó emperador de la Edad media, primer bailarin á solo, y en casos apurados oso de los Pirineos ó monstruo del Apocalipsis. A su tenor puede juzgarse de las transformaciones á que están sujetas las partes secundarias, que apénas son parte á una parte de la exigua pitanza comun.

¡Pobres gentes!.... Son bien dignas de compasion....

En la Roma antigua, y áun en muchas poblaciones que ni son antiguas ni tienen la importancia de Roma, existió la clase de las *lloronas*, que concurrian á los entierros y recibian salario para figurar un dolor que no sentian. Era un oficio bien poco digno de envidia, porque no ha de ser agradable poco ni mucho eso de afectar desesperacion cuando la alegría retoza por todo el cuerpo. Pues ¿cuánto no es más digno de compasion el cómico de la legua, que ha de provocar la risa de los záfios ó excitar el sentimiento de los imbéciles, para ganar el pan, nada más que el pan, de cada dia?

¡Y cuando uno piensa que á esa desdichada clase pertenecieron nuestro famoso Lope de Rueda, el fundador del teatro español, y Molière, el padre de la comedia francesa!...

Merienda campestre, CUADRO POR M. VOLKHART

Realmente el sitio está bien escogido: la sombra de esos árboles corpulentos, la verde alfombra del crecido césped, el rumor del manso arroyo, la vistosidad de las pintadas

flores, el aroma de los silvestres arbustos y el blando céfiro que lo mismo juguetea entre las flexibles cañas que entre los rizos de oro de esas damas elegantes; todo invita á saborear los delicados manjares que una mano inteligente ha dispuesto con exquisita prevision. Nuestro cuadro, pues, tiene un lugar de escena apropiado y el artista ha cumplido en este punto una de las más interesantes partes de su empeño.

Respecto de los personajes, están bien agrupados y expresan la animacion y placer que experimentan en ese acto, animacion que no degenera por cierto en licencia, como ocurre frecuentemente en los cuadros descriptivos de banquetes al aire libre. Desde el gloton del primer término que devora con la vista los manjares y á quien tarda la hora de emitir su clásica opinion acerca de la ciencia del cocinero, hasta los dos ancianos que forman la última pareja y que probablemente discurren acerca de si podia perderse ó no la batalla de Lérida, todas las figuras están bien trazadas, imprimiendo al cuadro la animacion que requiere el asunto.

En verdad que el buen humor de la comitiva causa envidia y que le dan á uno tentaciones de hacer presente á los comensales que siendo, como son, trece, el número fatal, podrian salir del paso invitándonos á desempeñar el papel de número catorce.

Apacentando un rebaño, DIBUJO POR B. GALOFRE

Galofre es no sólo un genio, sino una genialidad: sostiene dentro del arte teorías que la generalidad no profesa, y entre ellas la de que los lienzos muy acabados, los cuadros que pudiéramos llamar miniaturas grandes, dicen poco en alabanza de su autor. Para Galofre las simples indicaciones son bastante; lo que no está en la composicion, deben verlo, á pesar de todo, los espectadores; pero deben verlo á favor del dibujo correcto, aunque abrutado, y de un color aplicado magistralmente, siquiera no tenga la gradacion, la suavidad y el lamido que tanto preocupan á la mayoría de los pintores.

Ejemplo de esta teoría es el dibujo que publicamos, verdadero apunte de un artista; pero del cual puede decirse que, así como una anécdota puede contener un drama, un simple apunte puede contener un cuadro.

El charlatan, CUADRO POR B. FERRANDIZ

En el comedor de una alquería valenciana, ante una amigable tertulia de labradores presidida por el buen cura de la parroquia, el charlatan repite por milésima vez el discurso en que basa su reputacion, ó mejor dicho, la de su infalible cúralo todo. Con los textos de unos historiadores que él solo conoce y los hechos de unos Anales que á placer se inventa, os demostrará que si los cuerpos de los Faraones permanecen incorruptos, y si Sanson tenia la cabellera que todos sabemos, y si Cleopatra sedujo con su hermosura á Marco Antonio, y si Matusalen vivió novecientos años y si Julio César no pilló un reumatismo al pasar el Rubicon, se debe al imponderable específico que únicamente el charlatan expende, el cual, á mayor abundamiento, es infalible para matar ratones y quitar manchas.

El auditorio del cuadro de Ferrandiz no parece muy dispuesto á comulgar con semejantes ruedas de molino; pero no ha de faltar en la casa ó en el pueblo algun mortal bonachon para dejarse seducir por la fraseología del Dulcamara.

Este lienzo es recomendable por la naturalidad de los personajes, tipos todos ellos perfectamente relacionados con la figura principal.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

La víspera de la fiesta de la Asuncion en Roma,

CUADRO POR ENRIQUE SERRA

Predique cuanto quiera el ateismo, los pueblos sentirán siempre la necesidad de creer en la influencia decisiva de Dios en las cosas de la tierra. Se desterrarán unas prácticas, pero será para sustituirlas con otras prácticas; y en último resultado, se dejará de rendir culto á Dios, así llamado; pero se tributará al *Sér Supremo.*

El pueblo romano hace, en este punto, ni más ni ménos que los demás pueblos; y siendo pastor y agrícola por excelencia, implora á Dios para que bendiga sus cosechas, manifestacion religiosa verdaderamente laudable, pero no exenta de todo egoismo.

Enrique Serra ha presenciado esa especie de rogativas; y por ser ellas típicas, y por tener lugar en la típica campiña romana y bajo ese cielo típico, que parece hecho exprofeso para confundirse en el horizonte con la cruz de San Pedro y el ángel del panteon de Agrippa; ha dibujado un cuadro impregnado de poesía mística, la poesía que mejor sienta á los alrededores de Roma, donde las ruinas de las obras humanas parecen argumentar en pro de la única obra permanente, la obra de Dios.

ESMERALDA

POR DON FRANCISCO LEZCOITIA

(Continuacion)

—Quisiera ver á mi hija.

Mandé llamarla. Al verme tan preocupado se sorprendió. Aquí omito detalles dolorosos. Esmeralda ó Victoria, pues yo siempre la llamaré Esmeralda, á pesar del tiempo trascurrido, reconoció á su padre: ambos se parecian mucho en la expresion y nobleza de las facciones. En fin ¿qué me resta ya que decir á Vds.? nada más sino que Esmeralda se fué con el autor de sus dias y que nuestra despedida costó una enfermedad á mi pobre mujer.

Padre é hija me hicieron mil ofertas que rehusé. Dejáronme las señas de su banquero en Lóndres. Pero desde aquel funesto dia la fortuna me abandonó por completo: me he quedado sin artistas, sin caballos, sin utensilios, y lo que es peor, sin esperanza.

V

Al dia siguiente el marqués de Valdecarrizo y su primo fueron invitados á una cacería en la sierra de Córdoba, donde pasaron una semana.

De regreso á la ciudad, fué grande su asombro al leer en los carteles que anunciaban la funcion del circo ecuestre los siguientes párrafos escritos en descomunales caracteres: «La empresa agradecida á los favores del respetable é inteligente público cordobés, ha contratado á fuerza de sacrificios y por un corto número de funciones á la célebre amazona....

SEÑOR TA ESMERALDA

que comparte con Madme. Loyo y Madme. Tampé el cetro de la ciencia hípica y del arte ecuestre.»

No bien los dos primos sacudieron, digámoslo así, el polvo del camino, y media hora ántes de la funcion, acudieron á las cuadras y vestuarios del circo en donde reinaba extraordinaria animacion.

Apénas los vió M. Lambé, corrió á ellos y con inequívocos signos de extremada satisfaccion,

—Ya está aquí, ya está aquí,—les dijo:—esta noche hace su *debut.*

—Ya lo sabemos, querido M. Lambé. ¿Pero cómo ha sido eso?

—No acierto á explicármelo, señor marqués: el acontecimiento me tiene todavía aturdido. Uno de estos últimos dias, por la mañana, estaba yo ensayando: de repente se presenta una señora con el velo del sombrero echado sobre el rostro, me abraza, me da dos sonoros besos, se alza el velo y por poco caigo á la arena al reconocer á Esmeralda.

—¿Tú? exclamé ¿tú aquí?

—Ya lo veis.

—¿Y tu padre?

—Arruinado y caminando otra vez hácia la India.

—¿Dejándote sola?

—No, con una prima suya, vieja y que apénas tiene para vivir. No he querido serla gravosa y vengo á trabajar con V.

—¡Ay hija mia! ¡en qué mala ocasion! No sé si tendré caballo que destinarte ni si podré hacerte un traje. Estoy arruinado.

—No te inquietes por eso, papá Lambé, yo tengo trajes y dos caballos.

—Y en efecto, Esmeralda traia dos caballos—prosiguió el director:—vengan Vds. á verlos

El marqués y su primo fueron á la cuadra con M. Lambé y examinaron como inteligentes los dos hermosos animales que este les mostró. Uno de ellos era saltador de obstáculos, ruso, excesivamente largo de remos y de pelo encrespado. Se asemejaba á un ciervo en la altura de su cuarto trasero y tenia el cuello prolongado y flexible.

Con este caballo observó el director,—Esmeralda podrá saltar barreras de tres metros.

—¿Y resistirá al desarzonamiento?—preguntó el primo del marqués.

—Seguramente. No saben Vds. lo que es Esmeralda. Saltará con *Perseo* y saltaria con el corcel del diablo. Este otro caballo, segun parece, se llama *Orion*—prosiguió M. Lambé, señalando á uno inglés, admirable, lleno de armonía en sus remos, nervioso, y fino como el saten: tenia la cabeza árabe, y los jarretes normandos.

—Este animal es de gran valor dijo el marqués;—lo ménos ha costado ocho mil duros. ¿Cómo el padre de esa jóven no le ha vendido puesto que está arruinado?

—Eso mismo la he preguntado yo, y me ha contestado que á fuerza de ruegos habia conseguido del cariño paternal este valioso y último regalo.

VI

Fácil es comprender el interés con que el marqués y su primo asistieron aquella noche á la funcion del circo ecuestre.

En la primera parte, Esmeralda debia ejecutar ejercicios de saltos con *Perseo*, y en la segunda montar á *Orion* á la alta escuela.

El circo estaba casi lleno de espectadores. El pomposo anuncio de los carteles habia hecho efecto, y además por una feliz casualidad aquella noche lloviznaba, cosa rarísima en Córdoba durante el mes de junio, y los paseantes nocturnos se veian privados de la diversion de tomar el fresco en el Gran Capitan.

A las nueve, Esmeralda se presentó en la arena del circo.

Vestia un traje de capricho, estilo de Luis XV. Llevaba un sombrero tricornio galoneado de oro, peluca empolvada y algunos lunares en las mejillas; así es que no podia juzgarse completamente de la expresion de su fisonomía. Pero los ojos, como habia dicho M. Lambé, despedian fuego.

Al practicar un peligroso ejercicio dió muestras de un arrojo sorprendente; y era de admirar aquella frágil criatura dominando á su gigantesco caballo y haciéndole saltar barreras inverosímiles. Veíase al animal doblarse sobre sus jarretes é ir á caer al otro lado del obstáculo, y á la amazona, despues de resistir á aquella conmocion tremenda, casi clavada á los arzones, saludar graciosamente al público con su mano enguantada.

En Córdoba hay muchos inteligentes, pero pocos podian apreciar como el marqués y su primo la notable seguridad y limpieza del trabajo de Esmeralda. Aplaudian con entusiasmo. Efectivamente, la jóven amazona era un complemento de Madme. Loyo y de Madme. Tampé; tenia la temeridad flexible de esta y la elegante destreza de aquella.

Una hora más tarde, volvió á presentarse montando á *Orion.* Vestia el traje natural de *ecuyère;* sólo que en vez de sombrero alto, llevaba uno á lo mosquetero, con plumas. Sus cabellos partidos sobre la frente se unian por detrás en un conjunto opulento y sus negros y brillantes ojos iluminaban su rostro pálido, altivo y melancólico. Ejecutó los difíciles ejercicios con la misma científica habilidad que su maestro M. Lambé, pero con más facilidad y distincion; parecia que el caballo sentia la influencia encantadora de la mujer. Esmeralda no le obligaba, le guiaba con indicaciones de espolazos, con movimientos de fusta é inflexiones de cuerpo. Un ligero sudor salpicaba apénas la lustrosa piel de *Orion*, que sacudia de vez en cuando su ondulante crin lanzando relinchos comprimidos de alegría.

En esta ocasion el entusiasmo fué unánime; el público estaba electrizado.

Despues del ejercicio, y no bien pudieron ser presentados por M. Lambé á la intrépida amazona, el marqués y su primo la felicitaron con efusion.

Gracias á la presentacion de la nueva *ecuyère*, las entradas aumentaron algo, pero no tanto como esperaba el director. En provincias la curiosidad y la admiracion duran poco.

Nuestro protagonista y su pariente, sumamente aficionados é inteligentes, veian trabajar á la artista con mayor interés cada dia. Sucedia con frecuencia que Esmeralda, en mitad de su trabajo, paraba en seco á su caballo delante del marqués y de su primo. La segunda noche aquel habia llevado un ramo para arrojársele á la amazona, pero como esto es poco galante tratándose de una dama que está á caballo, se puso en pié y en una de las paradas se le dió saludándola.

Esta galantería se hizo costumbre, y la escena del ramillete formó, hasta cierto punto, parte del programa de la funcion.

VII

Aunque estas flores ofrecidas y aceptadas eran una especie de relacion tácita entre ambos jóvenes, nunca habian tenido ocasion de hablarse á solas. El director vigilaba á Esmeralda constantemente. Sólo una noche, pasado algun tiempo, al terminarse la funcion con una pantomima, Esmeralda estaba sentada como espectadora en las primeras sillas, y el marqués, creyendo ver que ella le invitaba con una mirada, fué á sentarse á su lado.

Hablaron hasta que terminó el espectáculo.

No es posible decir si Cárlos (este era el nombre del marqués) estaba enamorado de la mujer ó entusiasmado por la artista Cuando hablaba de Esmeralda con su primo, ponderando su destreza, elegancia y talento, éste se sonreia.

Verdaderamente, todo en la jóven amazona era distinguido y singular.

Hospedábase en la fonda de Susini, y se hacia acompañar siempre por un viejo criado á quien no se podia sacar nunca la palabra del cuerpo; tipo del servidor inglés que participa hasta cierto punto del orgullo y reserva de sus amos. El marqués tenia una imaginacion ardiente y novelesca y no se resignaba á admitir que *la novela de Esmeralda*, contada por M. Lambé, tuviera un desenlace tan sencillo y tan prosaico.

Sentia vivos deseos de visitarla, pero no se decidia, pues creia adivinar que á la intimidad que él solicitaba, ella oponia obstáculos y los dejaba entrever.

Una noche los dos primos supieron en el circo que Esmeralda se habia quedado en la fonda, algo indispuesta, y con este motivo ó pretexto se decidieron á ir á verla. Hicieron pasarla sus tarjetas y fueron recibidos.

Esmeralda no se mostró sorprendida ni disgustada, y les hizo los honores de la velada con la mayor naturalidad.

Abordaron bastantes temas de conversacion y en todos demostró aquella una elevacion en su sentido tan recto, que les dejó encantados.

Se habló de viajes y de países y el primo del marqués dijo:

—¡Cuánto envidio á Vds. por lo que han visto y observado! Yo que no he salido de España!

—No lo sienta V. demasiado observó Esmeralda.—Entre la vida sedentaria y la errante que yo llevo, prefiero la primera. Me voy convenciendo de que la verdadera felicidad, si existe en alguna parte, no es ciertamente en la continua exhibicion y movimiento.

Cárlos la escuchaba conmovido.

Ella se levantó, se aproximó al piano y comenzó á teclear distraidamente.

—¿Debe V. saber música, como lo sabe todo?—preguntó el primo del marqués.

—No todo, por desgracia; algo de varias cosas.

—¿Que va V. á tocar?

—Lo que Vds. quieran y yo sepa.



LOS CÓMICOS DE LA LEGUA, cuadro por J. Grutzner



MERIENDA CAMPESTRE, cuadro por M. Volkhart

—El último pensamiento de Weber.
—Bueno. Lo sé por casualidad.
Tocóle con una expresion de profunda tristeza. Al acabar dijo:
—Parece un adios á la vida y á la felicidad....
Cuando los dos primos salieron de la fonda, Cárlos estaba perdidamente enamorado.

VIII

Dos dias despues supieron que la compañía ecuestre se ausentaba de Córdoba, y que sólo daria tres funciones de despedida.
Aquella noche trabajó Esmeralda excediéndose á sí misma. Segun costumbre, se sentó en una silla á ver la pantomima final. El marqués se colocó á su lado: se hallaba muy preocupado.
En un momento en que la orquesta acompañaba á la representacion, Cárlos dijo á la jóven, que tambien estaba pensativa:
—Deseo hablar á V. y la suplico que me indique la hora.
Ella se estremeció, miróle con fijeza y contestó:
—Mañana, al medio dia, estaré en la fonda.
Cárlos pasó el resto de la noche y las primeras horas del siguiente dia en un estado de constante agitacion.
A las doce fué recibido por Esmeralda, en su cuarto de la fonda. La jóven se hallaba muy conmovida y sólo pudo indicarle con un ademan que se sentara.
—Señorita, -dijo el marqués con acento firme y tembloroso á la par,—vengo á dar cerca de V. un paso muy grave: mas espero que me comprenderá cuando me haya oido.
Esmeralda no contestó.
—M. Lambé me ha contado el modo que tuvo de encontrar á V. y la manera con que V. abandonó su compañía, reclamada por su padre. ¿Es exacto todo esto?
-Sí señor.
—¿Es igualmente verdad que estando su padre de V. arruinado y ausente, V. no ha querido ser gravosa á una parienta pobre, lo cual fué motivo para que volviera á seguir la profesion á que se ha dedicado desde la infancia?
Esmeralda titubeó; despues dijo:
—Es verdad
-Pues bien, señorita, yo no tengo familia allegada, mi fortuna es mediana. ¿Quiere V. ser mi esposa?
—¿Por qué me ha dicho V. que no tiene familia allegada?—preguntó Esmeralda mirándole frente á frente.
El marqués bajó los ojos.
—Voy á decírselo á V.,—repuso la jóven,—porque á tener familia allegada, V. no se casaria con una *ecuyère*.
—He querido decir, replicó Cárlos,—que mi familia no podrá, por causa de preocupaciones de que yo no participo, criticar un enlace que labrará mi dicha.
—Sin embargo, señor marqués de Valdecarrizo, si V. lo olvida, yo debo acordarme de que soy una volatinera.
—¿Pero bien?...
—Rehuso el honor que V. trataba de dispensarme.
—¿Rehusa V., me rechaza? ¡Oh! ¡V. debe tener otros motivos!
—Sí,—dijo Esmeralda haciendo un esfuerzo.—Tengo uno, y es que no quiero renunciar á mi oficio.
—Ayer mismo decia V. que ese... oficio la causaba muchos disgustos.
—Es cierto, pero tambien tiene sus compensaciones, como todas las cosas de la vida. ¿Cree V.—prosiguió con una exaltacion ficticia,—que no hay encanto y satisfaccion suprema en oir los aplausos de la multitud, gozando al mismo tiempo de las emociones del peligro arrostrado y vencido?
Cárlos se iba poniendo pálido.
Esmeralda se levantó bruscamente, tomó la mano del marqués, se la estrechó con suavidad y dijo:
—Separémonos como buenos amigos. Con el tiempo V. me olvidará.
—Yo no olvido nunca,—replicó él con acento indefinible.
Permanecieron silenciosos durante algunos instantes.
—Esmeralda,—repuso el marqués, poseido de vivísima emocion,—amo á V. hasta el punto de morir y he creido que V. me correspondia. Prométame pensarlo mejor, no me rehuse V. la felicidad, tal vez por orgullo. Esta noche al terminarse la funcion, ruego á V. que me haga saber su resolucion definitiva.
Dichas estas palabras, inclinó la cabeza sin acertar á decir nada, y tal vez por evitar una negativa por parte de la jóven, se alejó precipitadamente.

IX

Por la noche, cuando despues de la representacion salian del circo los artistas, el marqués dijo á Esmeralda:
—Me permitirá V. acompañarla; supongo que ya habrá reflexionado.
Ella tomó su brazo, y seguidos por el criado inglés comenzaron á andar lentamente por el paseo del Gran Capitan.
—He reflexionado, en efecto, señor marqués,—dijo Esmeralda con acento casi alegre,—y hé aquí el resultado de mis reflexiones. V. pertenece á una familia ilustre y caballeresca y debe saber que en los tiempos de la caballería las damas sometian á sus caballeros á pruebas de constancia y abnegacion. Unas veces les enviaban á pelear contra los sarracenos, otras á encadenar á algun gigante en una selva encantada y no pocas á hacer penitencia en el yermo, como Amadís de Gaula....
—Exíjame V. las pruebas que quiera, —interrumpió Cárlos con vehemencia.
—Las que son compatibles con esta época prosaica.
—Diga V.
—Si consiente V. en contratarse en la compañía de M. Lambé y si despues de haber compartido conmigo esta vida errante y azarosa, persiste V. en su resolucion respecto á mí, accederé á lo que me demanda.
—¿Y con qué título podré contratarme? preguntó el marqués, suponiendo que Esmeralda se chanceaba.
—El título no hace al caso. No se le exigirán á V. imposibles. V. es demasiado caballista para poder dar lecciones de equitacion en las poblaciones en donde nos detengamos, y en caso necesario, puede reemplazar al apoderado de la compañía, que no goza de buena salud.
—¿De modo, que seré yo el que salude tres veces al público y despues le anunciaré el espectáculo del dia siguiente?
—Precisamente, V. será el que diga «Señoras y caballeros: mañana grande y brillante representacion compuesta de ejercicios variados etc., etc.» Como V. comprende, esto no es muy difícil.
—¿Pero habla V. con formalidad?
—Con toda formalidad,—contestó Esmeralda con acento firme, pero volviendo la cabeza.
-Está bien: acepto el convenio. Mañana temprano hablaré con M. Lambé.
—No, temprano no. Preveo dificultades, tendríamos un disgusto y quiero trabajar por la noche con mis nervios tranquilos. Entiéndase V. con él despues de la funcion.
—Lo haré así.
Habian llegado á la puerta de la fonda.
—Adios, marqués, hasta la vista,—dijo la jóven estrechándole la mano.
—¡Hasta mañana!—y Cárlos besó respetuosa y tiernamente la mano que tenia entre las suyas.

X

Cárlos se explicaba la extraña exigencia de su amada.
—Siente,—se decia,—el orgullo de su inferioridad social respecto á mí. Teme que mi resolucion sea el arrebato de un momento, quiere poner á prueba mi cariño y darme tiempo para pensar friamente. Además, hay en ella un enigma que no acierto á explicarme.
Pasó el dia siguiente lleno de impaciencia y de zozobra La decision era terminante, amaba con verdadera pasion y se creia amado; tenia fe en la rectitud del carácter de Esmeralda; y sin embargo, experimentaba una inquietud vaga y dolorosa, un presentimiento de una desgracia próxima.
Despues de almorzar, por distraerse de su agitacion, montó á caballo y se fué á cazar, ó más bien á vagar por la falda de la sierra.
Volvió á su casa al anochecer, comió y se dirigió al circo ecuestre.
Entrando, segun costumbre, por la puerta de los vestuarios, vió al director dando disposiciones para la funcion, que aún no habia comenzado, y se dirigió á él.
M. Lambé hablaba con voz seca y estridente; en su aspecto habia algo extraordinario. Al ver al marqués, su semblante se contrajo. Este habia prometido á Esmeralda no decirle nada, hasta despues de la representacion, y se limitó á saludarle.
El director sin devolverle el saludo le dijo:
—No esperaba ver á V. esta noche, le suponia más dulcemente ocupado.
Estas palabras y la expresion de despecho é ironía con que fueron pronunciadas, sorprendieron á Cárlos.
—No comprendo lo que quiere V. decir, M. Lambé.
—Le suponia á V. al lado de su amada, que V. me ha escamoteado.
El marqués se estremeció.
—¿Qué significa esa palabra, M. Lambé? ¿A quién he escamoteado yo? Explíquese V.
—Caballero, tengo prisa, la funcion va á empezar, en el intermedio nos veremos.
El marqués quedó solo. Pensaba en las extrañas palabras del director, observaba cierto aire de desaliento en los artistas que entraban ó salian de sus cuartos. Presentia algo inusitado.
Deseaba preguntar por Esmeralda y no se atrevia.
Se acercó á los pesebres, en donde estaban los caballos de esta, y exhaló un suspiro de satisfaccion al ver á *Perseo* y *Orion*.
Salió al circo, que estaba casi desierto. Los artistas trabajaban como de mala gana. Entónces se le ocurrió una idea; fué á ver el cartel fijado en la parte exterior; en él no se anunciaba ningun trabajo de Esmeralda; en cambio en una larga nota el director y los artistas se despedian del público cordobés.
Esto no le sorprendió, pero sí lo primero. ¿Cómo no tomaba parte Esmeralda en la última funcion?
Se decidió á preguntar por ella al primero que encontrase perteneciente á la compañía; mas, como empezaba el intermedio, determinó ver á M. Lambé. Halló á este en la entrada de las cuadras dando órdenes á los mozos.
—Héme aquí, M. Lambé—dijo Cárlos aproximándose —espero que me explicará sus anteriores palabras.
—Usted es quien debe explicarme la extraña desaparicion de Esmeralda, pues no creo á V. ajeno á ella.
Al oir estas palabras el marqués sintió como un golpe en el corazon. Quiso hablar y no pudo; por fin se repuso y exclamó:
—¿La señorita Esmeralda ha desaparecido?....
—Caballero, no divaguemos. Yo no tengo derechos sobre ella, es cierto; pero no merecia este abandono. Ella ha obrado mal, pero V. peor; pues, á juzgar por su conducta, no procede V. con rectitud.
Mediaron explicaciones. El director se convenció de la buena fe del marqués, y le refirió cómo Esmeralda habia partido á las dos de la tarde en el tren-correo de Madrid, dejando escrita una carta cariñosa y lacónica en que se despedia de él *quizá para siempre*, y le regalaba los dos caballos *Orion* y *Perseo*.

XI

Durante mucho tiempo Cárlos permaneció en ese estado inconsciente en el que es difícil definir las sensaciones.
Cuando recobró la facultad de coordinar sus ideas, sondeó su corazon y le halló más lleno que nunca del amor y de la imágen de Esmeralda. Adivinó toda la extension del sacrificio que ésta se habia impuesto, amándole y huyendo de él. Esperaba un indicio, un rastro para encontrarla; y sentia una vaga esperanza de que si él no conseguia ir á ella, ella, más pronto ó más tarde, vendria á él.
Un dia, despues de cazar hasta por la noche, halló en su casa una carta que le sobresaltó, porque tenia el sello de Inglaterra; pero ántes de abrirla sonrió tristemente al notar que el sobre estaba sellado con un escudo de armas y escrito con letra que parecia de hombre.
La carta decia así:
«Señor marqués de Valdecarrizo: durante la invasion francesa en España, mi abuelo mandaba el tercer regimiento irlandés que formaba parte del ejército auxiliar de la Gran Bretaña. En el desembarco sobre San Sebastian, los ingleses y los patriotas españoles fueron rechazados por los franceses. Mi abuelo cayó herido cerca de la playa, y hubiera muerto ó por lo ménos hubiera sido hecho prisionero, sin la intervencion de uno de vuestros ascendientes (no puedo precisar cuál sea) que á riesgo de su vida le condujo en hombros hasta la ensenada en donde los botes ingleses esperaban el resultado del desembarco.
»Tales servicios, señor marqués, no se olvidan nunca y mi familia tiene la tradicion de la gratitud respecto á la vuestra. Mi padre escribió al vuestro como yo lo hago ahora, ofreciendo cuanto valemos y poseemos. Mi hermano primogénito tal vez no ha cumplido este sagrado deber respecto á vos por causa del corto tiempo que llevó el título de nuestra casa. Yo, desgraciadamente, le he heredado, y habiéndome informado de vuestra residencia, me dirijo á vos para expresaros mi agradecimiento de raza.
»Me permito, además, pediros un gran favor. Tengo entendido que sois jóven y aún no estais constituido en familia. ¿Quereis proporcionarme la inmensa satisfaccion de daros hospitalidad, durante una temporada, en mi castillo de Mac-Donall? Si mi avanzada edad y mis achaques no me lo impidieran, yo iria á esa noble tierra de España para estrechar la mano de un Valdecarrizo.
»Ruégoos que acepteis mi invitacion, teniendo presente que es, no sólo el deseo, sino que tambien la súplica de un anciano.
»Condado de Clarc—Castillo de Mac-Donall—*Lord Mac-Donall.*»
Despues de haber leido esta carta, el marqués recordó efectivamente haber oido hablar á su padre, con referencia á su abuelo, del desembarco de San Sebastian.
El calor era insoportable en Córdoba y nada le detenia en ella. Resolvió, pues, acudir á la invitacion que se le hacia. Además, experimentaba una secreta satisfaccion en ir á Inglaterra, donde tal vez podria saber algo respecto á Esmeralda.
Durante el viaje, pensó incesantemente en la excéntrica artista: con la contrariedad de la separacion su amor habia aumentado, si esto era posible. La imágen de la jóven amazona se le presentaba rodeada de todos los prestigios; ¡cuánto valia aquella niña abandonada y pobre que rehusaba un enlace para ella ventajosísimo, por motivos de la más refinada delicadeza! ¡Qué corazon de gran señora revelaba el regalo de los dos caballos hecho á M. Lambé, caballos magníficos que por sí solos constituian una pequeña fortuna!
El marqués, despues de detenerse algunos dias en Lóndres para admirar aquel planeta (que no ciudad), se trasladó al condado de Clarc en Irlanda, residencia de Lord Mac-Donall.

(Continuará)

LA BELLEZA

Cada uno tiene en el mundo su manera de ver las cosas, como cada uno tiene su manera de andar, de decir, su eco de voz, sus virtudes, sus debilidades y sus vicios; cada uno tiene sus simpatías y sus antipatías; en una palabra, sus gustos, y entre ellos, el refran lo asegura, los hay que merecen palos.
Esto no obsta para que ingenuamente confesemos que el tener buen gusto no es cualidad más apetecible para vivir con dicha, y para llegar á ser hombre de provecho, durante la peregrinacion que la criatura ha de hacer, bajo pena de muerte, por este valle de lágrimas.
Por más que sea cosa sabida que de gustos nada hay escrito, lo cierto es que yo estoy muy ufano del mio, como cada uno del suyo, y digo yo, y no nosotros, porque conozco cosas y personas que les caen en gracia á mis compañeros, por cuyo delito los condenaria de buen grado una y mil veces á lo que el refran consigna que son acreedores los que tienen mal gusto.
¡Cuántas veces he pensado en el inmenso caudal, en el gran tesoro que se le entra por las puertas al dichoso mortal que no tiene eso que ahora podríamos llamar *aspira-*



APACENTANDO UN REBAÑO, dibujo por B. Galofre

ciones estéticas en el espíritu. ¡Ahí es un grano de anís! ¡Cuántas veces hubiera yo hecho fortuna, si no tuviera esta profunda aversion á todo lo feo! y sin embargo, ¡cuántas cosas feas me han sucedido! ¡en cuántas ocasiones habré yo estado, si es que no lo estoy siempre, capaz de asustar á los niños, y en disposicion de que á mi lado pareciera hermoso el mismo Picio en cuerpo y alma!

Hé aquí el destino del mísero mortal que tiene en su organizacion ese pícaro vicio de amar la hermosura en todas sus manifestaciones y desenvolvimientos; estará siempre, ó casi siempre, en feo, por pasar la vida soñando y buscando todo género de bellezas.

Si yo no hubiera amado desde niño á las mujeres bellas, ¿quién sabe si todavía tendria aquellas angélicas ilusiones que saqué del colegio, y que constituyen la mayor belleza del alma! Hé aquí, pues, la primera belleza que he sacrificado en aras de la belleza misma. Si yo hubiera sido capaz de amar á una fea, estaria ahora, ¿quién sabe? hecho un palomito, casado, condecorado, y tendria coches, caballos y galas, y andaria por ahí hecho un duque, en vez de ganarme, ya viejo y feo, tristemente el sustento, escribiendo filosofías extravagantes. Si siquiera hubiese yo tenido disposicion natural para requebrar y adular á una suegra antidiluviana, gorda y rechoncha, con sus mofletes colorados, sus tirabuzones postizos y su *ambiente* de señora mayor, ¿quién sabe si hubiera llegado á ser el predilecto de una niña hermosa, pura, angelical y bella, como la finge el deseo?

Pero échese V. por esos mundos de Dios á buscar fortuna, sin más tesoro ni más armas que mi naturaleza antitética á toda fealdad, de todo género y clase.

Desde niño he tenido una gran envidia á los poetas, porque ellos cogen el papel y se despachan á su gusto. Allí depositan la belleza que su alma atesora, y á fuerza de gastarla, pueden quitarse tan incómodo estorbo; pero los desdichados que no saben ó no pueden hacer versos, y están picados de la víbora de la poesía, esos padecen una enfermedad verdaderamente incurable.

No encontrarán sastre que los vista, por no probarles y reprobarles veinte veces cada cosa; ni sombrerero que no los odie por no saber cómo atinar con la forma del sombrero; ni cocinero que les sirva, por no saber cómo presentarles el plato; ni camisero que pueda dar en el busilis del cuello; ni criado que acierte con la colocacion *estética* de los muebles del cuarto; ni lavandera tan primorosa que no aje el chaleco ó saque poco lustre y blancura á la camisa; ni ayuda de cámara, si su posicion social se lo concede, que convierta en nítido espejo sus charoladas botas. Y si el amante de la belleza pudiera ser rico, entónces, ¡cielos santos! ¿cuánto le durara su fortuna? Cuadros, caballos, libros, estatuas, carruajes, armas, perros de caza, la quinta, el estanque, y el soto, y los caballos de carrera, y el palacio, y socorrer á los amigos pobres, y la belleza de una obra de caridad.... ¿Y cómo no tener amores con una artista, con esas mujeres privilegiadas que centuplican su hermosura con su *inspiracion*, con su talento, con su gloria, con su fama, y..? ¡Oh alma bella! que te arrojen los tesoros de todos los Cresos de la tierra, que tú darás de ellos cumplida cuenta.

Pero todo en el mundo tiene justa compensacion: ahí quedan, sino, los placeres puros del amor; del amor delicado, sublime, que es y ha sido, y será siempre, la primera necesidad de toda alma bella.

Esta observacion es verdaderamente consoladora. ¡Ya se ve, si uno pudiera amar sin amar á nadie! ¡Si los tesoros de ternura de que el amor se alimenta se quedasen en uno mismo! ¡Si no fuera condicion precisa depositarlos en otro sér que correspondiese con la misma ternura... pero sin más tesoro que un alma delicada y un amor puro! Busca, busca amores.

¿Has visto esa criatura angelical, en cuyo rostro candoroso están retratadas todas las virtudes? Pues arrójate á sus piés, y sin más mérito que un alma bella, dile:—Yo te adoro.

¿Has visto esa mujer noble y elegante en cuyos ojos se retrata el vivo fuego de una pasion ardiente? Ella todo lo posee, aristocracia, riqueza, hermosura, talento, sólo le falta quien la ame como ella se merece. Pues arrójate á sus piés, sin más mérito que un alma bella, y dile:—Yo te adoro.

¿Has visto esa madre cariñosa cuyo único deseo es que su hija encuentre un compañero capaz de hacerla feliz, y á quien pueda dejarle encomendado aquel pedazo de sus entrañas el dia que cierre los ojos por última vez? Pues pídele la mano de su hija, diciéndole:—No tengo más mérito que mi alma bella que la adora.

En fin, ¿has amado alguna vez, has escuchado las frases ardientes del amor correspondido, has aspirado el aliento perfumado de la mujer que adorabas, has tenido en tus manos la cabeza hermosa del sér querido, has jugado con sus cabellos, has visto reflejarse la llama de tu amor en el espejo de sus ojos, y sobre todo, has creido que te amaban? Pues si algo de esto te ha pasado, piensa si el recuerdo que de tanto bien guardas es bello; recorre tu memoria, y dime si no te dijo nunca una frase que desgarrara tu corazon, si encontraste en ella siempre aquellas condiciones que tú soñabas, si no te mostró más de una vez el egoismo en toda su brutal fiereza, si no tuviste celos, si no lloraste desengaños. Y si no has pasado por tan triste trance, el cielo te guarde, porque tú podrás ser feliz, porque en tu alma no existe el grave inconveniente.

La aspiracion de lo bello, enfermedad estúpida, ridícula, condicion inseparable de los tontos, en el siglo en que vivimos, manía que puede llevarte á la casa de locos, pero que no te llevará nunca á las puertas de la fortuna; que tal vez ponga en tu mano la pluma de los genios, pero nunca la belleza que conoce y aplaude el mundo. Y cuando aprendas á conocer para lo que la belleza del alma sirve, pasarán á tu lado los que, sin alma bella, arrastran coches, y visten galas, y poseen riquezas, y todo el mundo encontrará en ellos la belleza que los tontos con alma bella andan buscando.

Si una voluntad omnipotente y divina me dijera que pidiese cuanto á la felicidad de la vida pudiera conducirme, le contestaria que en vez de darme algo, me arrebatase lo que en el alma me estorba, y entónces, seria completamente feliz.

E. DE LUSTONÓ

LA CIENCIA ANTIGUA

LOS VEINTE TRÍPODES DE VULCANO

Refiere Homero, en el libro XVIII de su *Iliada*, cómo despues de la muerte de Patroclo, y al ver que Aquiles estaba resuelto á vengar á su amigo, fué Tétis al palacio de Vulcano á suplicarle, que fabricase para su hijo un fuerte escudo, un morrion con su correspondiente penacho, una finísima cota y unas hermosas grebas de las que se abrochan en el tobillo á modo de guerreras polainas. Todo lo cual era preciso, porque Patroclo habíase llevado las armas del hijo de Peleo y al perder la vida habia perdido toda la armadura de Aquiles.

Llegó, sigue diciendo Homero, la diosa Tétis á la morada del ínclito Vulcano; maravilloso palacio de duracion eterna, hecho todo de bronce, brillante como si fuese un astro, superior por su hermosura á todos los palacios de los otros dioses, y que por la propia mano del divino herrero habia sido fabricado. Encontró la hermosa nereida al Númen de las fraguas, cubierto de sudor y muy afanado alrededor de los fuelles, *porque estaba fabricando á la vez veinte trípodes que, puestos contra la pared y abandonados á su propio impulso, pudiesen por sí mismos entrar en el salon de juntas de los inmortales, volviendo despues á donde estaban primero sin direccion ni esfuerzo ajenos.*

En esta forma traduce Hermosilla el pasaje que acabamos de citar.

Entrando en el palacio del ínclito Vulcano, dice el traductor,

...De sudor cubierto
hallóle Tétis, y agitado en torno
corriendo de los fuelles; porque entónces
trípodes veinte á un tiempo fabricaba
que á la pared á veces arrimados
del magnífico alcázar, por sí mismos
en el régio salon entrar pudiesen
en que se juntan los eternos dioses
y volver otra vez á donde estaban:
¡admirable prodigio! Les pusiera
con este fin debajo de su fondo
ruedas de oro macizo. Solamente
las asas no añadiera; pero entónces
las preparaba y en el duro yunque
machacaba los clavos que debian
afirmarlas. En tanto que afanoso
él trabajaba con destreza suma,
llegó Tétis, y vióla desde léjos
la hermosa Cáris, que las rubias trenzas
con la corona entónces sujetaba.

La creacion de los *veinte trípodes automotores* se ha considerado por mucho tiempo como una de tantas imaginaciones del poeta, pero M. Rochas, en la obra que ya en otro artículo hemos citado, da noticias interesantes y curiosas acerca de este ingenioso invento de la clásica antigüedad.

Segun parece, Apolonio vió dicha singularísima clase de vehículos en la India; Platon hace referencia á varios

mecanismos de este género construidos por Dédalo; Macrobio afirma que existian en Anzio (puerto del mar Tirreno) estatuas que se movian por sí mismas; Aristóteles habla de muchos autómatas que habia tenido ocasion de observar, y en uno de sus libros sobre Política, consigna esta profética reflexion: «Si cada instrumento pudiese por sí mismo, y en cumplimiento del mandato de su dueño, trabajar como las estatuas de Dédalo y los trípodes de Vulcano, es lo cierto que no habria necesidad de esclavos.»

Por último, Heron en su tratado sobre los *autómatas* (tratado que M. Pron ha traducido y publicado en parte en las Memorias de la Academia de inscripciones del año 1881), describe el mecanismo en cuestion que es en extremo ingenioso y sumamente sencillo.

Consiste en un cajon tan ligero como sea posible y montado sobre tres ruedas: dos de ellas, unidas sólidamente á un eje, son las ruedas motrices; la tercera, que es más pequeña y va delante, sirve únicamente para sostener el mecanismo y dirigir su movimiento. Por lo demás, claro es que el suelo ha de ser horizontal y plano y ha de estar desembarazado de todo obstáculo.

Veamos ahora cómo se comunica el preciso movimiento de rotacion á las ruedas, cómo se calcula el tiempo que ha de quedar inmóvil el trípode y de qué suerte se consigue un movimiento de retroceso de todo el aparato; porque tales eran las condiciones mecánicas de los veinte trípodes que la diosa Tétis encontró en las fraguas del inmortal Vulcano.

Allí, segun parece, subia sobre cada trípode un dios: entraban todos, como si dijéramos, en el salon de sesiones: deteníanse el tiempo de antemano calculado y dispuesto por Júpiter, y al concluir el plazo concedido á cada inmortal, que quisiera ó no quisiera, llevábaselo fuera el trípode móvil, dando fin á su intervencion en el olímpico debate.

El aparato motor, que, como hemos dicho, es en extremo sencillo, se compone de los siguientes elementos:

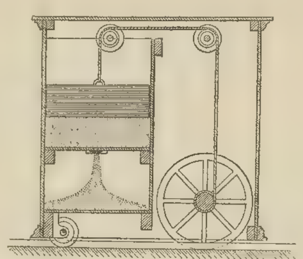
Un tubo vertical:

Un diafragma horizontal, que lo divide en dos partes ó capacidades, una superior, otra inferior y que lleva un agujero en el centro; y un contrapeso de plomo que entra en la capacidad de arriba.

Llenando gran parte de esta, entre el contrapeso y el diafragma, se echan granos de mijo ó de cualquier sustancia análoga, con tal que sean pequeños; lustrosos, para que no rocen y resbalen fácilmente unos contra otros; y de la necesaria resistencia para que no se aplasten.

Esta capa móvil de granillos oprimidos por la masa de plomo, sale por el orificio inferior del diafragma con bastante lentitud y regularidad, y cae en la parte inferior del tubo: es una cosa parecida á los relojes de arena.

Tenemos, por una parte, las ruedas motrices dispuestas á funcionar; tenemos, por otra, en el interior del tubo, el contrapeso de plomo que uniformemente desciende; y basta para trasformar este movimiento rectilíneo en otro de rotacion, hacer que parta de la masa motriz una cuerda, dirigirla por dos poleas, y rodearla en uno ú otro sentido muchas veces alrededor del eje de las ruedas motrices.



MECANISMO QUE PONIA EN MOVIMIENTO EL TRÍPODE DE VULCANO

El peso de plomo tirará de la cuerda; la cuerda hará girar al eje; con el eje girarán las ruedas motrices y engranando por el rozamiento con las asperezas del suelo, como las ruedas de una locomotora engranan con los carriles, harán avanzar al trípode como la locomotora avanza, en la direccion que la rueda de delante vaya marcando sobre el terreno.

Tenemos aplicado el movimiento de avance: los dioses han penetrado en el Olimpo cada uno en su carretoncillo ó trípode correspondiente.

Ahora es preciso que el aparato se detenga, y despues es indispensable, qûe trascurrido cierto tiempo retroceda y se marche por donde vino con su divina carga.

Ambos efectos se consiguen, segun explica Heron, de la siguiente manera:

Imaginemos que la cuerda de que ántes hablamos, se divide en cierto punto en dos ramales ó cuerdas de distintas longitudes; que una de ellas se arrolla, como hemos dicho, sobre el eje motor sujetándose al mismo su extremidad por un simple lazo enganchado en un clavo ó tope; y que el otro ramal, sujeto tambien al eje, queda flojo y colgante. Es claro que á medida que la primera cuerda se desarrolla, se arrollará la segunda en sentido contrario, quedando de este modo dispuesta para el movimiento de retroceso.

Ahora bien; cuando la primera cuerda se acaba, el lazo sale del tope; y su accion sobre las ruedas motrices cesa por completo; y el carro se detiene. Si las dos cuerdas fuesen iguales, en este mismo instante empezaria el movimiento de retirada y el dios trasportado no haria más que presentarse, saludar á la celeste asamblea y salir. Pero si las cuerdas tienen longitudes distintas; si al desprenderse la primera, no se ha arrollado por completo la segunda y una parte de ella no se halla en tension, el trípode se detendrá; y se detendrá tanto más tiempo cuanto más larga sea la longitud sobrante.

Júpiter podia calcular perfectamente el tiempo concedido á cada Dios para que esplayase su pensamiento. Los discursos celestiales podian medirse por piés, por estadios; y por kilómetros hubiera podido medirlos Homero si en su tiempo se hubiera conocido el metro.

Es más; si el ordenador del Olimpo calculaba que tal momento de la discusion era peligroso, podia de antemano disponer las ocultas cuerdas de los trípodes con tales longitudes que en un mismo punto y hora saliesen disparados los veinte carricoches por las veinte puertas del cielo llevándose á las veinte batalladoras deidades cuyos gritos se perderian á lo léjos ahogados por el rechinar de las ruedas y el traqueteo del vehículo.

Y en efecto, por último, cuando toda la longitud sobrante de la segunda cuerda estuviese arrollada al eje, si la accion del contrapeso continuaba, cambiaria el sentido de la rotacion y el movimiento de retroceso comenzaria al punto.

Tal es una de las disposiciones de los autómatas á que Homero se refiere sin duda alguna en el pasaje citado; porque es lo cierto que para ser invencion ó casualidad, son muchas las casualidades y las coincidencias.

JOSÉ ECHEGARAY

EL CHARLATAN, copia de un cuadro de B. Ferrandiz

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 7 DE JULIO DE 1884 — NUM. 132

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

VISTA EXTERIOR DEL TALLER DE LOS SRES. MASRIERA en el ensanche de Barcelona

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

Vista exterior del taller de los Sres. Masriera

EN EL ENSANCHE DE BARCELONA

Los Sres. Masriera no pertenecen al número de esos pintores que se limitan á pintar buenos cuadros y á invertir su producto en títulos del 4 por 100 ó en tierras de pan llevar, como pudiera un mercader gallego, sea dicho sin ofensa de los laboriosos y honrados hijos de Galicia. Nuestros paisanos Masriera rinden ferviente culto al arte que profesan; y como todo culto necesita un templo, han confiado al arquitecto Sr. Vilaseca la traza y direccion de ese templo, que honra no ménos á su autor que á sus propietarios.

A la simple vista de ese edificio, que imita las sencillas cuanto elegantes líneas de la más pura arquitectura griega, se adivina que únicamente puede haber sido construido para honrar al genio, con lo cual han estado más en lo cierto que los autores de la *Magdalena* y la Bolsa de Paris, de cuyos edificios nadie presumirá que el primero sea un templo católico y el segundo un lugar de contratacion.

La evocacion de Grecia ó no tiene razon de ser en nuestros dias, ó ha de ser correlativa de la idea de la ciencia y del arte, del arte sobre todo; porque si algo caracteriza el instinto del pueblo griego es su admiracion, su respeto, su entusiasmo por lo bello, que trasciende á su vida pública y privada, á su manera de ser, de obrar y hasta de legislar.

Y si alguna duda pudiera caber respecto del arte á que se rinde culto en el interior del taller de los Sres. Masriera, ahí están en su ancho vestíbulo, las estatuas de Fortuny y de Rosales, nuestros dos grandes pintores contemporáneos, de pié sobre el pedestal de su gloria y destellando rayos de ella en el interior de ese santuario del arte, donde se pintan lienzos como el de *María de Magdala*.

Felicitamos á los Sres. Masriera, no precisamente porque han tenido medios materiales para acreditar su buen gusto, sino porque á la vista de esa agradable construccion y conocido su objeto, hay que convenir que nuestra querida Barcelona produce indistintamente palacios de la industria que se llaman fábricas y palacios del arte que se llaman talleres.

Una hostería romana, CUADRO POR E. DE JANS

Roma no puede vanagloriarse gran cosa de lo que se llama su pueblo bajo. Hoy, como en tiempo de sus césares, la famosa ciudad del Tíber encierra una masa de haraganes haraposos, dispuestos á todo, incluso á morirse de hambre, con tal de no tener que renunciar al *dolce far niente*. Esas gentes de ínfima clase, á quienes confundiriais con los mendigos, si pudierais concebir un pueblo que todo él se entregara á la mendicidad; ó toman filosóficamente el sol en actitud perezosa, cuando carecen de un miserable *soldo*; ó pueblan los figones cuando algun forastero vanidoso ó compasivo les ha dado media lira en pago de un tratamiento de *excelencia* que el *cicerone* no se quita de los labios miéntras conserva la esperanza de recibir una propina. Al ver á esos hombres tan faltos de recursos como perezosos para adquirirlos, comprendeis lo que era esa plebe romana que victoreaba á Calígula y á Neron, con tal de que la arrojaran las sobras de los festines imperiales.

Examinad, sino, el cuadro de Jans y si despojais de sus trajes á esos huéspedes de la hostería, ¿qué diferencia hallareis entre los tipos de sus personajes y los tipos de esa turba acanallada que se enronquecia en los combates de los gladiadores y encontraba que se habia vertido poca sangre el dia en que apénas quedaban en la arena del Circo los cadáveres de una veintena de hombres y de doble ó triple número de bestias feroces?

Pues el mayor mérito de esta composicion consiste precisamente en esto. De ella podria decirse que es una fotografía hecha hace dos mil años y grabada hace apénas quince dias.

La venganza de las flores, CUADRO POR G. WERTHEIMER

El aroma de las flores la mató.

Así dice el último verso de una sentida balada alemana de Freiligrath, en que se ha inspirado el autor de ese bello cuadro. Ni la balada ni el cuadro resuelven la duda acerca de si las flores homicidas son realmente flores ó una alegoría de las lisonjas, de los halagos, de las hermosas promesas, en una palabra, de las flores que, con procaz intencion, se arrojan en el camino de las jóvenes enamoradas. Así, se explicaria la aparicion de ese áspid que se escapa del ramillete y que en el cuadro materializa á la muerte, de una manera que no cuadraria ciertamente á la significacion de simples aromas letales.

El autor de esta composicion es austriaco, pero reside habitualmente en Paris, de cuya circunstancia se resiente algo el cuadro, que mejor pertenece á la escuela francesa que á la alemana. Cuando los artistas alemanes idealizan, es indudable que idealizan más poéticamente, y tratándose de un asunto que sin duda se prestaba al ideal, la figura de la protagonista y su vestido, ó mejor dicho su desnudo, no están á la altura de una concepcion realmente poética.

De todas maneras, de esa mezcla de idealismo y materialismo ha resultado una composicion agradable y no desprovista de mérito. Quizás pueda objetarse que de la protagonista se ignora, por su actitud y expresion, si positivamente ha muerto ó se encuentra simplemente dormida. Esto, sin embargo, podria estar hecho á propósito, para significar que, en tales condiciones, viene la muerte *tan callando*, como dijo el poeta.

Llegó tropa, CUADRO POR TOMÁS VON KATER

Llegó tropa, y cayó que hacer, como se dice vulgarmente.

Los soldados son poco escrupulosos en su manera de obrar: la ley de la fuerza es un código que tiene muy pocos artículos. Verdad es que cuando la necesidad apremia y el *salus populi* gobierna, los golillas están poco más que de sobra.

Así nuestro cuadro, que es una verdadera miniatura grabada, representa una calle invadida por la soldadesca; sin que, empero, la cosa haya llegado á su período álgido. Sin duda el país es amigo y como tal se le trata. Empieza á circular el vino, pero aún no ha producido sus efectos Dios no permita que la cosa pase á mayores, porque en tal caso el dueño de la posada pudiera muy bien liquidar cuentas á mosquetazos.

A pesar de lo cual, el cuadro es animado y tiene cierto sabor simpático que deja presentir, por medio de un finísimo grabado, las buenas condiciones de su original.

La morena y la rubia, CUADRO POR H. BOURCE

A la vista de esas dos deliciosas pescadoras, tan bien concebidas como bien ejecutadas, no se nos ocurre otra cosa que la cancion de marras:

—Me gustan todas, me gustan todas,
Me gustan todas, en general....
Pero esa rubia, pero esa rubia,
Pero esa rubia.... me gusta más!

ROBANDO CORAZONES

Novela de costumbres

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

CAPÍTULO PRIMERO

¡Joaquinito se casa!...

Joaquinito Sarmiento era lo que en el lenguaje de las madres de familia se llama *un buen partido;* tenia veinte y cuatro años de edad, buena figura, rostro simpático, carácter alegre, salud inmejorable, ingenio natural, *don de gentes* y heredero de unos padres millonarios.

Además, era abogado con título legítimo para defender el *pro* y el *contra*, y como profesor en la ciencia del derecho, podia cuando se le antojara, probar que lo *blanco era negro* y lo *negro blanco*, privilegio exclusivo del talento que se rie muchas veces de la lógica, la justicia y la razon: de modo que, si alguna persona se consideraba feliz sobre el mísero polvo de la tierra, era indudablemente Joaquinito Sarmiento.

Con estas dotes morales y materiales, nadie extrañará que, en el pueblo donde tiene lugar la accion de esta verídica historia, se comentara en todos los tonos, la estupenda, la asombrosa noticia de que Joaquinito se casaba con una madrileña pobre; esto era un absurdo, una afrenta hecha al pueblo, que tenia la *buena costumbre* de odiar cordialmente á los forasteros; un bofeton moral impreso en el rostro de todas las muchachas casaderas, un insulto arrojado á la faz de las buenas y honradas madres de familia, que habian pensado más de una vez en llamarse mamás políticas de Joaquinito.

Defraudar las esperanzas es tener mal corazon, y con justicia *pusieron el grito en el cielo*, cuando un sábado del mes de mayo, corrió por el pueblo la noticia del próximo casamiento de Joaquinito.

Al dia siguiente, domingo, cuando la campana de la iglesia dió el primer toque de misa mayor, las señoras del pueblo se pusieron las mantillas, cogieron los rosarios y los libros devotos; y haciendo pasar á las hijas delante, se encaminaron á la casa de Dios, llenas de místico recogimiento.

Por el camino, doña Agueda tropezó con doña Soledad, y estas se encontraron con doña Angustias y doña Visitacion; despues de saludarse, como es propio entre gentes bien educadas, preguntar por los respectivos esposos, y gozarse en los inocentes besos que cambiaban sus angelicales hijas, se encaminaron todas hácia la iglesia, á cumplir con Dios.

Como era natural, las hijas en la cuadrilla de delante, y las madres en la cuadrilla de detrás, comenzaron á hablar de la cuestion latente, de la noticia de efecto, del casamiento de Joaquinito con la forastera.

Cada cuatro pasos se detenian, porque en los pueblos ha quedado la costumbre tradicional de los frailes, es decir, hablar parándose durante sus higiénicos paseos.

Comentaron en todos los tonos el insulto que se inferia al pueblo, casando un muchacho tan simpático como Joaquinito con una forastera, que Dios sabe quién seria.

Aquellas *buenas* y *piadosas* mamás soltaron por sus bocas *sapos* y *culebras* dulcificadas con estilo compasivo é intercaladas con palabras místicas.

—Créanme Vds., señoras; esta boda acabará mal,—dijo doña Angustias, exhalando un suspiro.

—¿Quién lo duda? Dios solo sabe de quién será hija esa muchacha,—añadió doña Visitacion, poniendo los ojos en blanco.

—Lo que á mí me extraña—repuso doña Soledad—es que don Joaquin y doña María le den el consentimiento á su hijo para hacer una boda tan disparatada; porque, creo que en el pueblo no le hubiera faltado á Joaquinito con quien casarse dignamente.

—Calle V. por Dios; ese casamiento es un disparate.

—Pues las barbaridades se pagan.

—Ya lo creo que se pagan, y muy caras.

—Bien pueden Vds. decirlo; pero en fin, allá veremos quién es esa muchachuela de Madrid.

—Alguna coqueta *engatusadora* de hombres: es género que abunda en la corte.

—Déjela V., que en el pecado lleva la penitencia, y yo confio que nos hemos de reir mucho andando el tiempo, porque esa boda no puede hacerla otro que el diablo.

—Así saldrá ella.

—¡Y qué callado lo llevaban!...

—Cuando se ocultan las cosas no es por nada bueno, porque yo sé.... pero cierro la boca, porque no me gusta murmurar de nadie; cada cual en su casa y Dios en la de todos.

—Pues hace V. mal en callar, doña Angustias; si sabe V. algo de esa muchacha, debe decirlo, porque en Madrid se da *gato por liebre;* y no es cosa que una con su buena fe y su inocencia abra de par en par las puertas de su casa á una desconocida, y en fin, cuando una tiene hijas mozas debe mirar mucho con quién se trata.

Las buenas señoras llegaron á la puerta de la iglesia, y se detuvieron formando un corro; las hijas entraron en el templo; la misa habia comenzado, pero las mamás estaban tan vivamente interesadas en comentar la ofendida dignidad del pueblo, que continuaron *despellejando* á la madrileña, á quien no conocian.

Ni siquiera se apercibieron de que se hallaban solas en la plaza de la iglesia.

Un señor, vestido de negro, apareció en la calle inmediata y se acercó á las murmuradoras, con una sonrisita burlona en los labios.

—Se quedan Vds. sin misa—les dijo saludándolas.

—¿Cómo puede ser eso si no hemos oido el segundo toque?—exclamó doña Angustias, que *llevaba la batuta* en aquella *sinfonía* de *desolladura*.

Bien es verdad que doña Angustias tenia cinco hijas en estado de merecer.

—Eso no me extraña,—contestó maliciosamente el caballero:—muchas veces está uno tan embebido en la conversacion, que no oye nada.

—Dice V. bien, señor don Serafin, - añadió doña Soledad:—estábamos hablando del acontecimiento del dia, de la próxima boda de Joaquinito y la madrileña.

—Lo supongo; la noticia ha caido en el pueblo como una bomba, repuso don Serafin.

—¡Qué boda, amigo mio, qué boda!...—repitió doña Angustias.

Don Serafin hizo un gesto que era susceptible á darle muchas interpretaciones.

Este gesto aumentó la curiosidad de aquellas honradas madres de familia.

—Usted sabe algo, don Serafin.... de seguro que sabe usted algo—repuso doña Angustias—porque lo que V. ignore....

Y terminó con una sonrisita de esas que llenan de satisfaccion al que se la dirigen.

—Psch—repuso don Serafin, inflando los carrillos.—Algo sé, porque además de ser gran amigo de los padres de Joaquinito, he estado en Madrid, y conozco á la novia personalmente.

—Cuando yo digo que es V. de la piel del diablo....

Todas las madres clavaron los ojos en don Serafin; el interés, la curiosidad brotaba á borbotones en aquellas miradas que le devoraban, é indudablemente se hubieran quedado sin misa, á no aparecer una jóven en el átrio de la iglesia, que dijo en voz alta:

—Mamá, por Dios, que ha comenzado la misa; ¿qué hacen Vds. que no entran?

—¡Jesus, Jesus! Este don Serafin es el mismo demonio,—exclamó doña Angustias, persignándose.

—Bah, eso todo se reduce á oir dos misas mañana y queda uno en paz con los preceptos de la Santa Madre Iglesia,—contestó riéndose don Serafin.

Miéntras tanto, aquellas buenas madres no avanzaban un paso para entrar en la casa de Dios.

—Propongo una cosa, señores,—dijo doña Angustias que despues de misa nos acompañe don Serafin á casa, y nos diga por el camino todo lo que sabe de la madrileñita.

—Aceptado, aceptado,—dijeron todas á coro.

—Poco es lo que yo puedo decir de Teresita Segura.

—¡Ah!... ¿Se llama Teresa? Que nombre tan prosaico.

—¿Es guapa?

—¿Es de buena familia?

—Teresita no tiene familia.

—¡Ah! ¿es inclusera?

—Señoras; yo no he dicho eso.

—Como no tiene familia...

—Toma; porque es huérfana.

—Vamos, será una cualquiera.

—Dios solo sabe los antecedentes de esa muchacha.

—Yo sólo puedo decir que Teresita Segura *tiene ángel*, y que la basta una sonrisa, una mirada, y cinco minutos

de conversacion, para robar los corazones de todos los que la escuchan, y estoy persuadido que, ántes de un año, Teresita será la reina absoluta del pueblo.

—Bah; es V. un exagerado.

—Al tiempo me remito,—repuso don Serafin.

—¿Pero no entran Vds.?—volvió á decir la jóven desde la puerta de la iglesia.

—¿Con que quedamos en lo dicho? – preguntó doña Angustias, sin hacer caso de su hija.

—¿Pero qué hemos dicho?—preguntó doña Soledad.

—Toma, que don Serafin nos acompañará despues de misa.

- Bien, bien; iré con Vds. – contestó don Serafin, dándose cierta importancia burlona.

—Vamos á dentro, vamos á dentro, señoras;—exclamó doña Visitacion—y cuidado con que no se aperciba de nuestra falta de exactitud el Padre Cerquillo; porque tendria sobrados motivos para reprendernos esta tarde, cuando vayamos á la sacristía á vestir á la Vírgen y á tomar chocolate.

— Pero mamá, por Dios, ¿entran Vds. ó no entran?

—¡Jesus!... ¡Jesus!... Este don Serafin, ya lo he dicho, es de la piel del demonio.

Todas entraron en la iglesia, y fueron á buscar con la cabeza baja, y persignándose, sus sillas colocadas en la primera fila, como devotas distinguidas.

El sacerdote alzaba en este momento la santa hostia, y no pudo ver el retraso de doña Angustias, doña Soledad, doña Agueda y doña Visitacion, lo cual fué una ventaja para las cuatro piadosas señoras, que habian olvidado el cielo, ocupadas en las miserias de la tierra.

CAPÍTULO SEGUNDO

Las bodas de Camacho

En todos los pueblos de corta vecindad, se encuentra un hombre activo, servicial y desocupado, especie de Providencia en forma humana, tan útil para un entierro como para una boda, materia dispuesta á todo y comodin de sus coetáneos.

Este hombre, en el pueblo que nos ocupa, se llamaba don Serafin, y nuestros lectores le han visto asomar en el capítulo anterior.

Don Serafin era viudo sin hijos, tenia una renta de ocho mil reales al año, con lo que le bastaba y sobraba para vivir modestamente sin experimentar alternativas financieras.

Poseia una casa solariega construida en tiempo de Cárlos III, con todas esas grietas, desperfectos y *verrugas* propias de la vejez.

Don Serafin tenia por ama de gobierno á una mujer de cincuenta y seis años, sumamente económica, que contaba los garbanzos ántes de echarlos en el puchero y que compraba las camisas de su amo del producto de los huevos que ponian las gallinas.

Pero volviendo á don Serafin, nadie en el pueblo amortajaba un cadáver con más soltura y limpieza que él, ni arreglaba con mejores condiciones una boda y un bautizo.

Como la costumbre llega á convertirse en una segunda naturaleza, no era posible nacer, casarse, ni morirse, sin que don Serafin tomara parte activa en estos actos graves de la vida.

Algunos decian: «¿Qué va á ser del pueblo cuando don Serafin se muera?»

Y en verdad, que no les faltaba razon para abrigar ciertos temores, porque don Serafin era un hombre utilísimo, dispuesto siempre á trabajar por cuenta ajena, sin duda porque nunca ha trabajado por cuenta propia.

Gracias á las comodidades que proporciona el ferro-carril, don Serafin iba á Madrid con bastante frecuencia, pero casi siempre comisionado por el pueblo, porque lo mismo le encargaban la compra de una escopeta que de un abanico, de un caballo que de una sombrilla.

Todos los encargos los desempeñaba admirablemente; las señoras del pueblo aseguraban que don Serafin no tenia *precio*, que era un *d je*, que con su buen gusto y su *palique* sabia comprar las cosas más baratas y mejor que ellas, etc., etc., etc.

El ayuntamiento y el clero se hubieran guardado muy bien de disponer fiesta religiosa ó profana, sin encargarle la direccion á don Serafin, porque nadie como él arreglaba el monumento de Semana Santa, ni las calles y plaza de la villa, en la festividad del patrono del pueblo.

Con estas prendas, podrá calcularse la influencia de don Serafin en el pueblo de su naturaleza: por eso sin duda, el padre del zarandeado Joaquinito le decia una mañana del mes de mayo:

—Mi querido don Serafin, quiero que las bodas de mi hijo superen, si es posible, á las bodas de Camacho, que nos describe el inmortal Cervantes en su *Don Quijote de la Mancha;* porque V. ya sabe, que en aquellas bodas se espumaban de los pucheros gallinas enteras.

Y don Joaquin soltó una carcajada con toda la estrepitosa entonacion de un hombre verdaderamente feliz.

—¡Qué exagerado eres!—añadió doña María, enjugándose dos lagrimitas que la felicidad de su corazon hacia asomar á sus ojos.

Ya saben nuestros lectores que doña María era esposa de don Joaquin, y madre de Joaquinito.

—Pierda V. cuidado, que *daremos golpe*, – dijo á su vez don Serafin, con esa firme gravedad del hombre que está seguro de lo que ofrece.

—Aquí tengo la lista de los convidados al banquete de boda y fiesta subsiguiente—añadió don Joaquin, cogiendo un papel de la mesa, que se puso á leer en voz alta.—«Ayuntamiento en masa y señoras: cura párroco; teniente-cura y sacristan; médico y señora; boticario y señora; maestro de escuela; maestra de niñas; los cinco militares retirados, con sus señoras; juez municipal; fiscal; suplente y señoras, etc., etc.»

—¡Jesus, Jesus!....—contestó, sonriéndose doña María. —Pero ¿adónde vamos á colocar toda esa gente?...

— Sin contarnos á nosotros, creo que vamos á reunirnos en derredor de la mesa unas sesenta personas – dijo don Joaquin - y todas ellas de *buen diente*.

—No hay que apurarse, señor don Joaquin,—añadió, con gravedad don Serafin; armaremos la mesa antigua, que es como una plaza de toros; eso corre de mi cuenta; se dispondrán cien cubiertos, porque en estos casos, la experiencia me ha demostrado que vale más que sobre que no que falte. Me encargo, asimismo, de buscar todas las mujeres que hagan falta para la cocina y el servicio de la mesa; viva V. tranquilo, que quedaremos con honra.

— Sólo en V. confio, mi querido don Serafin; y ahora pasemos á otra cosa: es preciso que se marche V. mañana sin falta á Madrid.

— Disponga V. de mi inútil persona – contestó don Serafin, poniéndose una mano en el pecho é inclinando ligeramente la cabeza.

—Quiero que encargue V. al pirotécnico más famoso de la corte, un castillo de fuegos artificiales con la correspondiente dotacion de cohetes *voladores;* que ajuste una banda musical de diez y seis profesores, con el compromiso de permanecer dos dias en el pueblo, dispuestos á tocar siempre que se les mande. Quiero que me compre V. una arroba de bizcochos para el chocolate; diez arrobas de dulces; trescientas cajetillas de *pitillos;* cien mazos de cigarros puros; café en abundancia; en fin, en esta lista va consignado todo.

Don Serafin iba aprobando los encargos de su amigo, con un movimiento acompasado de cabeza.

—Yo tengo una docena de cajas de tabacos habanos —añadió el padre del novio—y los repartiremos entre los convidados que tengan la garganta más delicada.... Ah, tráigase V. tambien un par de docenas de cajitas vistosas y *alegres* para regalar á las señoras.

Don Serafin apuntó este nuevo encargo en la lista, porque para él era una cuestion de honra no olvidarse nada.

Miéntras tanto, doña María aprobaba con una sonrisa bondadosa todas las exageraciones de su marido.

—Sólo tengo una duda, añadió don Serafin, levantando la cabeza ¿qué cantidad quiere V. dedicar para los fuegos artificiales?

—Hombre, esa pregunta me pone en grave aprieto, porque ese género no me ha ocurrido consumirlo nunca, pero yo creo que con tres ó cuatro mil reales de pólvora se puede hacer mucho fuego.

—Basta: no diga V. una palabra más,—contestó don Serafin, guardándose los papeles en el bolsillo.

—Usted va á ser en este caso, como en todos, nuestra Providencia—dijo doña María; —y por mi parte le encargo que le diga á Teresita, que se ha fijado para el dia 20 del corriente mes el casamiento, y que yo iré á buscarla á Madrid el 18; que la ceremonia religiosa se celebrará en nuestra capilla; y que aquí todos estamos impacientes por abrazarla y verla á nuestro lado.

Y doña María se enjugó otras dos lagrimitas, porque la verdad es, que la boda de Joaquinito y Teresita se iba á efectuar, no solamente á gusto de los novios, sino de los padres, como tendrá ocasion de ver por sus propios ojos el curioso lector.

Pero ¿á qué perder tiempo? Miéntras don Joaquin entrega algunos billetes del Banco de España á don Serafin para comprar los encargos, nosotros diremos que Teresita Segura era una muchacha de veinte abriles, con la cara risueña como una alborada de la primavera, el cabello rubio como el oro, los ojos azules como el cielo, y un cuerpo esbelto y elegante, lleno de atractivos y de gracias.

Tenia Teresita un hoyuelo en cada mejilla y otro en el centro de la barba, y la sonrisa de sus encarnados labios era la perpetua ampliacion de su fresca y hermosa boca.

Su voz era dulce, melodiosa, penetraba insensiblemente en el alma, apoderándose de ella; porque como Teresita tenia eso que en el lenguaje familiar se llama *ángel*, iba por el mundo *robando corazones*, recogiendo simpatías y cautivando voluntades.

Además de tener Teresita un corazon de oro, su padre la habia dado una educacion irreprochable.

Sabia, como ella misma aseguraba con su proverbial modestia, un poquito de todo.

Se quedó huérfana á los diez y ocho años, y bajo la tutela de una señora modelo de virtudes.

El padre de Joaquinito y el padre de Teresita eran amigos desde la infancia y muchas veces se habian jurado casar á sus hijos, como así iba á efectuarse.

El padre de Teresita, hombre de gran talento y gran ilustracion, habia llegado á ser nada ménos que ministro de Hacienda, y á pesar de esto murió pobre, tan pobre que no pudo dejar á su hija otro dote que la orfandad que la correspondia.

Ya saben Vds los antecedentes de Teresita Segura, la novia de Joaquinito, que amaba á su prometido esposo con toda su alma, bien es verdad que Joaquinito, por su parte, amaba á su prometida esposa con todo su corazon; y este amor, inspirado y sentido, se alimentaba de todos los perfumes, de toda la poesía, de todo el encanto, de todos los horizontes de color de rosa, con que se reviste ese *idilio* del alma, que se llama primer amor.

Nosotros sentimos mucho que no lean estas explicaciones las cuatro devotas, que llegaron tarde á la misa mayor, porque así quedaria satisfecha su curiosidad, y tal vez se persuadirian de que Teresita Segura era un angelillo de la tierra, que habia nacido para *robar los corazones.*

CAPÍTULO TERCERO

Llegada de la novia

Corrió la noticia por el pueblo de que Joaquinito se casaba el dia 20 de mayo, á las siete de la mañana, en la capilla de su casa, con autorizacion del Arzobispo de la diócesis.

Desde este momento no se habló de otra cosa, era la conversacion cuotidiana, *el pan nuestro de cada dia.*

Las señoras del pueblo rabiaban acosadas por la curiosidad de conocer á la novia, que sin duda seria una señorita madrileña encopetada y empalagosa que las humillaria con su lujo y las mortificaria con sus impertinencias.

Se hallaban tambien ocupadas en arreglar los trajes para *dar golpe* en el banquete y en el baile ofrecidos.

El ayuntamiento creyó muy del caso reunirse en sesion extraordinaria para convenir el discurso que el alcalde debia pronunciar en el banquete, á nombre de toda la corporacion.

El cura párroco y el teniente-cura, sabiendo que el dia 20 de mayo rezaba la Iglesia á San Bernardino de Sena, el astro más resplandeciente de la órden de San Francisco, creyó muy necesario repasar el *flos sanctorum*, para demostrar á sus católicos feligreses sus profundos conocimientos en el *Año Cristiano.*

En la reunion de la botica, donde acudian todos los desocupados del pueblo, se convino dar á los novios una serenata de bandurrias y guitarras, y colgar, segun costumbre del país, un ramo piramidal en la ventana del dormitorio de la novia.

Aprobó tambien el ayuntamiento que, al dia siguiente de la boda, se corriera un toro con cuerda, por las calles, y que luégo lo matara el carnicero con la *puntilla*, repartiendo la carne entre los pobres.

Por supuesto, que el toro lo pagaba don Joaquin.

Todo el mundo estaba alegre. Hasta el maestro de escuela pensó escribir unos versos acrósticos, para celebrar tan fausto acontecimiento.

El asunto de los versos debia ser *La antorcha de himeneo*, y pensaba leerlos á los postres.

El tema era delicado y resbaladizo, pero el maestro de escuela, en todos los actos de su vida, se ajustaba á los preceptos de la más sana moral, y tenia la seguridad de no *escurrirse;* así lo hubiera estado tanto de librar sus versos de ripios y *rellenos*, porque á la verdad, no confiaba mucho en su envejecida y desmedrada musa.

El dia 19 corrió por el pueblo la grata noticia que, de una á dos de la tarde, llegaba la novia acompañada del indispensable don Serafin, de la mamá de Joaquinito, y de la señora que habia servido de madre á Teresita durante su orfandad.

El sexo femenino del pueblo *afiló las uñas* y *los dientes* con el *piadoso* fin de *arañar* y *morder* á la forastera.

A las once de la mañana salieron del pueblo don Joaquin y Joaquinito á caballo, y detrás de ellos una carretela descubierta, del tiempo de Cárlos IV, tirada por dos mulas. En la carretela iban el alcalde y el cura párroco.

La estacion del ferro-carril se hallaba á media hora del pueblo.

La animacion era grande; la curiosidad de los vecinos indescriptible; las muchachas casaderas cuchicheaban en voz baja, embozando el despecho con las sonrisas; las madres se compadecian hipócritamente de Joaquinito.

El afan de conocer á la novia era tan superlativo, que más de trescientas personas de ambos sexos se reunieron junto á la Cruz de Piedra de la carretera, por donde debia entrar la madrileña.

Cuando divisaron á lo léjos el enorme carruaje envuelto en una nube de polvo, la gente del pueblo, los trabajadores, los corazones *sanos*, comenzaron á dar *vivas* de gozo, miéntras que las elegidas de la fortuna criticaban el entusiasmo de aquellos rústicos labriegos.

La gente que, formando grupo, se hallaba sobre el glácis del camino, se abrió en dos filas para dar paso al carruaje.

En la carretela iban: en el asiento de preferencia, Teresita y el cura párroco, y enfrente doña María y la señora madrileña. El alcalde se habia subido al pescante, junto al mayoral.

Don Joaquin, Joaquinito y D. Serafin trotaban junto á las portezuelas del carruaje, haciendo el oficio de caballerizos de la novia.

Teresita, al oir los gritos y la algazara de la multitud, preguntó, algo inquieta:

—¿Qué ocurre?

—Nada, hija mia,—le contestó riéndose D. Joaquin,—son los honrados vecinos de mi pueblo, que salen á recibirte y á vitorearte, como si fueras una reina. Si esto hacen hoy que no te conocen, ¿qué no harán mañana cuando te conozcan?

Teresita se ruborizó, y dos lágrimas de felicidad asomaron á sus ojos.

Cuando llegaron á la Cruz de Piedra, que se hallaba á la entrada del pueblo, los gritos y los *vivas* redoblaron, subiendo el diapason de aquellos robustos pulmones hasta lo infinito.

Por fin el carruaje, acompañado de la multitud, entró en el ancho portal de la casa solariega de don Joaquin, y se detuvo junto á la escalera donde esperaban gran número de señoras.

Teresita bajó con ligereza del carruaje, y estrechó las



UNA HOSTERÍA ROMANA, cuadro por E. de Jans



LA VENGANZA DE LAS FLORES, cuadro por G. Wertheimer

manos que se le presentaban, con el corazon lleno de felicidad. Sus hermosos ojos derramaban dulces lágrimas. Como la muchedumbre se agrupaba invadiéndolo todo, Teresita les dirigió una mirada de gratitud, diciendo:

—Ah, señores, yo quisiera demostrar á Vds. lo que siente mi alma en este instante; quisiera darles mi corazon en agradecimiento de tanto cariño.

Y volviéndose hácia la primera autoridad del pueblo, que se hallaba á su lado, añadió:

—Señor alcalde, permítame V. que le abrace y con este abrazo conste que abrazo á todo el pueblo.

Este arranque de sencillo candor produjo un verdadero entusiasmo.

El alcalde, hueco y satisfecho por la honra que acababa de concederle la novia, saludó repetidas veces con el sombrero á la muchedumbre.

Don Joaquin, temiendo que aquella escena se prolongara, dirigió la palabra al pueblo, suplicándoles que se retiraran, y recordándoles oportunamente la hora que debia celebrarse el casamiento de los prometidos esposos, á la mañana siguiente.

La ovacion habia sido completa, la muchedumbre se retiró dando *vivas* al novio, á la novia, á don Joaquin, á doña María, á la señora madrileña, al cura y al alcalde: hubo *vivas* para todos, ménos para las cuatro devotas murmuradoras que salieron de casa de don Joaquin, pronosticando que aquel matrimonio no podia concluir bien; porque nadie ignora que la envidia es perseverante en la culpa.

Teresita, muy conmovida, subió las escaleras, apoyada en el brazo de don Joaquin.

Cuando llegaron al comedor donde estaba el almuerzo servido, la novia se dejó caer fatigada por la emocion, en una butaca, y mirando á su prometido esposo, exclamó:

—Pero ¡qué he hecho yo para merecer tanta felicidad!...

—Ser un ángel de la tierra y proporcionarnos la inmensa fortuna de que mi hijo Joaquin y nosotros te encontráramos en nuestro camino, —contestó doña María, abrazando y besando á la que muy en breve iba á ser su hija.

Aquella tarde llegó un carro con varias cajas y el equipaje de la novia.

Teresita habia tenido la buena ocurrencia de comprar juguetes y cajas de dulces para hacer regalos á los niños del pueblo, porque no ignoraba que *por la peana se adora al santo.*

Despues de almorzar la enseñaron la casa.

Teresita todo lo encontraba bien, y de vez en cuando, exclamaba, batiendo las palmas:

—¡Ah, qué agradablemente se pasará aquí la vida!...

Los criados la escuchaban con la boca abierta, y se decian *para su capote* que aquella señorita debia ser muy buena.

Cuando Teresita vió los corrales llenos de gallinas, de pavos, de gansos, de saltadoras cabras, y sustanciosos cerdos; cuando sintió revolotear por encima de su cabeza las palomas que se paraban arrullando en los aleros de los tejados, comenzó á dar gritos de gozo, porque su alma virginal se dilataba á impulsos de la felicidad.

El jardin lleno de sombra, de árboles frutales, la pareció el más hermoso que habia visto en su vida.

Aquella tarde fueron á visitarla algunas señoras del pueblo, acompañadas de sus hijas.

Teresa las recibió con mucho cariño, y despues, como á cada una la daba una caja de dulces, preguntándola si tenian niños, añadiendo: «porque en ese caso reclamo que los niños vengan á elegir un juguete, para que se acuerden de mí y me quieran mucho,» las señoras comenzaron á persuadirse, bien á pesar suyo, de que don Serafin tenia razon al ponderar los modales, la bondad y la belleza de la novia.

Teresa se apoderó aquella tarde de una porcion de corazones y de voluntades, cosa fácil á la criatura cuando la naturaleza le concede ese don envidiable de las simpatías.

Don Joaquin y doña María estaban locos de contento; Teresa era un tesoro inagotable, el más rico, el más precioso para hacer la felicidad de Joaquinito.

Por la noche, los mozos del pueblo dieron una serenata á la novia, y fué preciso: primero, soportar los *pasos dobles*, las *polkas* y las *habaneras* de las bandurrias y las guitarras; y luégo, hacerles entrar en el comedor, para que bebieran un trago, comieran un dulce y se fumaran un cigarro.

Despues de esto, los músicos tuvieron por conveniente marcharse con la *música á otra parte*, y media hora despues todo el mundo dormia en casa del millonario don Joaquin, soñando tal vez en los acontecimientos del dia siguiente, que prometian ser muy ruidosos en los anales pacíficos y rutinarios del pueblo que nos ocupa.

CAPÍTULO CUARTO

El dia veinte de mayo

El cura habia dado órden para que á las siete ménos cuarto de la mañana se echaran las campanas á vuelo.



ESTATUA DEL PINTOR ROSALES, QUE ADORNA LA ENTRADA DEL TALLER DE PINTURA DE LOS SEÑORES MASRIERA, EJECUTADA POR EL SEÑOR REINÉS

Este volteo de campanas era la señal para que todos los convidados acudieran á casa de don Joaquin.

La capilla estaba situada en el piso bajo, al extremo de un corredor. Allí cabia mucha gente, con la ventaja de que abriendo de par en par las puertas de la capilla se veia desde el patio, oficiar la misa al sacerdote.

Se hallaban por lo tanto bien colocados todos los vecinos del pueblo, sólo que los convidados de *primera* clase entraban en la capilla, los de *segunda* se quedaban en el corredor, y los de *tercera* en el patio.

Esto era lo dispuesto y lo que se habia encargado á las dos parejas de la Guardia civil y á los agentes de la autoridad municipal, aunque ni remotamente se temia que se alterara el órden.

Las campanas, con su alegre voltear, pusieron en movimiento á todo el pueblo, que con el traje de los dias festivos, fué poco á poco reuniéndose en la casa de los novios.

A las siete en punto, Teresita y Joaquinito se hallaban dispuestos esperando á la comitiva de honor que debia acompañarles á la capilla.

Fueron llegando algunas señoras con lo mejorcito del *arca* y todas las alhajas de la familia encima; y bien á pesar suyo quedaron admiradas al ver á la novia hermosa como una vírgen del cielo, blanca como el ampo de la nieve y risueña como una alborada primaveral.

Teresita las recibió con tanta ternura, con tanto cariño, que aquellas buenas señoras no sabian qué hacerse temerosas de que se realizaran los pronósticos de don Serafin.

(Se continuará)

ESMERALDA

(Conclusion)

XII

Allí recibió una espléndida hospitalidad. El viejo Lord, que poseia una fortuna inmensa, esperaba á Cárlos y le acogió con cariñosa emocion. Los primeros dias se pasaron en grandes cacerías. Por la noche el Lord, que era aficionado á los placeres de la mesa, los prolongaba en compañía de su huésped, mostrándose á la par expansivo y curioso. Refirió al marqués las vicisitudes de su vida, que habia sido agitada. Segundon en su familia, se casó, derrochó un patrimonio, viéndose obligado á dejar á su mujer en Europa, miéntras él se trasladaba á la India con objeto de tomar posesion de la herencia de un tio suyo. Durante su ausencia, fué aquélla víctima de una desgracia ó de un crímen quizá, pues robada por un criado infiel, murió casi repentinamente tal vez envenenada. La noticia de esta catástrofe coincidió con la muerte del hermano mayor de Lord Mac-Donall, por lo cual el segundon entró en posesion del título y cuantiosos bienes de aquel, apresurando su regreso á Europa.

Además de estas confidencias que probaban el afecto que le habia cobrado el viejo Lord, este se informaba con amigable interés de los gustos, costumbres y esperanzas del marqués de Valdecarrizo, lo cual sorprendia algo á este; pero el anciano señor le demostraba tanta benevolencia que no habia medio de negarse á satisfacer su curiosidad.

Un dia Lord Mac-Donall parecia preocupado durante la comida. A los postres, despues que los criados trajeron el café y licores y cuando se quedó solo con su huésped, ofreció á este una copa de vino de Madera, y tomando otra, saludó al jóven con cierta solemnidad. Cárlos le imitó y ambos bebieron silenciosamente. El Lord dejó su vaso sobre la mesa, y estrechó entre las suyas la mano del jóven español, diciendo:

—Sé que no habia necesidad de este brindis tácito para ofrecer nuevamente mi persona y mis bienes; pero es antigua costumbre en mi familia. Ahora tengo una cosa que pedir á V.

—¿Cuál? preguntó el marqués.

—Voy á dejarle á V. solo. Durante mi ausencia, tenga la bondad de leer estas cartas por el órden con que están numeradas, y cuando vuelva, V. me dirá la impresion que le han producido.

Le dió tres cartas, y salió de la estancia. Cárlos, muy preocupado, miró los sobres que estaban escritos con una letra fina y elegante que parecia de mujer.

Abrió la primera, que decia así:

«Mi amado padre: ¡cuánto te agradezco el haber accedido á mis deseos! Ahora, ausente de tí, comprendo lo bueno é indulgente que has sido para conmigo, y cuánto ha debido costarte nuestra separacion; mas tal vez haya sido necesaria para restablecer mi espíritu enfermo. ¡Qué cosa tan singular es el corazon humano! Al presente, me explico la frase de Madame de Maintenon *¿donde está el tiempo dichoso en que yo era desgraciada?* He vivido dos años á tu lado, me has iniciado en todas las delicadezas del cariño, en todas las filigranas del lujo y de las artes, en todos los prestigios de la elegancia y de la fortuna, y sin embargo, impulsada por no sé qué fatalidad irresistible y extravagante, he rechazado la felicidad, he sido ingrata á tu ternura, echando de ménos mi vida errante y aventurera, los oropeles de mis trajes y los aplausos de la multitud.

»Esta nostalgia de la locura, de los azares y de los triunfos ficticios, me obligaron á rogarte que me permitieses volver á mi existencia entre saltimbanquis y gente humilde y mal educada; y tú, viéndome triste, temiendo por mi salud ya quebrantada por el deseo no satisfecho, sacrificaste tu orgullo y tus afecciones y accediste al más raro de los caprichos.

»¡Cuánto te quiero!

»¡Qué culpable soy y qué insensata! Ahora léjos de tí lo comprendo y me siento como atraida hácia un abismo.

»¡Perdon, padre mio! Sé que es inicuo entristecerte despues de haberte abandonado. Ignoro si me curaré de mi locura, pero de todos modos te prometo que mi estancia al lado de M. Lambé, será de corta duracion....»

XIII

Cárlos, admirado y conmovido, interrumpió su lectura. ¡Aquellas cartas eran de Esmeralda; no cabia duda, y él se hallaba en la morada del padre de la que amaba con tan inolvidable ternura!

Bebió un vaso de agua que habia sobre la mesa, se pasó la mano por los ojos, que estaban turbios, y continuó leyendo:

«Solo una circunstancia me compensa de mi demencia y de mi ingratitud y es la de haber aplazado la ruina de este pobre circo, que iba á hundirse. He sido bien acogida por el público, pero el entusiasmo no puede ser mucho cuando es poca la concurrencia. Mi éxito no me ha conmovido como ántes; los espectadores de verano en una ciudad española, no pueden ser muy distinguidos; sólo en dos he fijado mi atencion; dos jóvenes de buena clase que asisten todas las noches á nuestras funciones y á quienes por esta razon, M. Lambé llama los *abonados*.

»Uno de ellos me es especialmente simpático, porque habiendo sabido que es el marqués de Valdecarrizo, he creido recordar el título de un militar español, que, segun parece, salvó á tu abuelo la vida en el desembarco de San Sebastian.

»Dime si es así.

«¡Adios, padre mio! contesta á tu culpable Victoria, y ámame, pues yo te amo cada dia más, aunque casi no me atrevo á escribirte.

» *Victoria*»

El marqués abrió la segunda carta que estaba fechada algunos dias despues.

«Tengo la satisfaccion, querido padre, de haber enderezado algo á este pobre circo que se tambaleaba, facilitando á M. Lambé su salida de Córdoba, en donde está casi preso por deudas. He hecho mal y bien en venir; mal porque mis ilusiones juveniles y el ficticio prestigio de esta existencia singular, van desvaneciéndose; y bien, porque precisamente este es el mejor medio de curarme de mi devaneo y además de pagar mi deuda de gratitud al pobre M. Lambé, que me quiere entrañablemente.

»Estoy muy disgustada; estos artistas son algo groseros y por otra parte sus desgracias aumentan la rudeza de sus modales. Yo, excepto las horas de trabajo, apénas pongo los piés en el circo, que ántes me parecia un palacio encantado.

»No debo ocultarte nada, amado padre mio; existe otra causa en mi desilusion y disgusto; creo que el marqués de Valdecarrizo me ama y yo.... yo no sé lo que pasa por mí.»

Victoria, al llegar á este punto, contaba á su padre las fases de sus amores, más ó ménos demostradas, con el marqués. Este, al leer, comprendió los enérgicos esfuerzos de disimulo de la jóven amazona. Al fin de su carta, Esmeralda expresaba las comprimidas agitaciones de su corazon. «¡Ah! ¡padre mio!»—decia—«Estoy quebrantada de inquietud. ¿Podrá el marqués de Valdecarrizo amar á una *ecuyère*, áun cuando llegue á saber que es la hija de Lord Mac-Donall?»

Cárlos, que la amaba con todo su corazon, sonrió conmovido por los temores de Esmeralda.

XIV

Abrió la carta tercera en la que la preocupada jóven referia la demanda del marqués, la desesperacion de éste cuando ella rehusó ser su esposa, y la prueba á que habia sometido su amor imponiéndole la condicion de contratarse en la compañía ecuestre, condicion á la cual él se habia resignado.

Victoria terminaba así su carta:

«Cuando nos separamos, resuelto el marqués á darme la prueba de la verdad de su pasion por mí, comprendí que no debia volverme á ver, por lo ménos en el circo, y haciendo rápidamente mis preparativos de viaje, dejé á Córdoba dos horas despues, y quizá en ella mi felicidad. He querido que me preceda esta carta, padre mio, para que acojas á esta hija *pródiga de corazon*, no sólo con indulgencia sino con piedad.

»¡Padre amado! pongo mi espíritu en tus manos; solo tú puedes consolarme.

» *Victoria*»

—¡Amada mia! —exclamó Cárlos, al terminar su lectura, poniéndose en pié precipitadamente y mirando hácia todas partes como si esperase ver al objeto de su amor; mas en vez de Esmeralda ó Victoria, se presentó en la estancia Lord Mac-Donall, grave, conmovido y como indeciso.

El marqués le salió al encuentro diciendo:

—¡Ah! milord. ¿Por qué dudar de mí, por qué atormentarse á sí misma? Pues qué, ¿no presentia cuánto la amaba?

—Shakespeare—observó el Lord —ha dicho de la mujer: *mudable como el mar;* yo diria: loca como la brisa. Voy á llamarla.

Volvió á salir por la puerta por donde habia entrado y á los pocos momentos se presentó trayendo de la mano á Victoria, trémula de emocion.

Cárlos la contempló un instante en silencio, observando los rastros que el sufrimiento y las inquietudes habian dejado sobre aquel hermoso semblante.

—Y bien, hijos mios, dijo Lord Mac Donall, —¿es este el modo de volver á verse?

Ambos jóvenes, aproximándose simultáneamente y enlazando sus manos se miraron en silencio, con una expresion de dicha inefable.

—Vamos,—dijo maliciosamente Lord Mac Donall — hé aquí ese pobre circo Lambé un tanto olvidado.

—¡Padre mio!... —murmuró Victoria.

—¡Victoria de mi alma! -exclamó el marqués—¿cómo es posible olvidarse de lo que se ama?

—Sin embargo -replicó el Lord—me parece que mi hija preocupada por diferentes pensamientos ha descuidado un poco á sus co-artistas; ya ha tomado á su cargo el cumplir este deber de gratitud.



ESTATUA DEL PINTOR FORTUNY, QUE ADORNA LA ENTRADA DEL TALLER DE PINTURA DE LOS SEÑORES MASRIERA, EJECUTADA POR EL SEÑOR REINÉS

—Tú, ¿quién sino tú? - dijo Victoria echando á su padre los brazos al cuello.

—El Circo Lambé no existe ya. Su inteligente director vive de sus rentas en Tolosa, su patria, y por aficion se ocupa en domar y amaestrar caballos. Estoy seguro de que en las veladas del invierno, cuando el antiguo artista reuna algunos amigos en torno de la chimenea, les contará la historia de Esmeralda, la pobre niña abandonada á la que encontró dormida en un campo de trigo.

XV

Lord Mac-Donall y su hija, como buenos irlandeses, son católicos, apostólicos romanos; de suerte que en el enlace del marqués y de Victoria, las creencias y el amor pudieron vivir juntos y en santa paz. La opulenta fortuna de Lord Mac-Donall permitió á los felices esposos llevar una vida pomposa y elegante.

Tienen un hermoso niño que se llama Jacobo, como su abuelo, y piensan, cuando llegue á la edad competente, darle por maestro de equitacion á M. Lambé; pues solo éste, segun Cárlos, es digno de educar en la ciencia hípica al hijo de la amazona Esmeralda.

Medio año despues de su matrimonio, los marqueses de Valdecarrizo fueron á Córdoba y al pasar un dia por el sitio donde se habia levantado el Circo Lambé, que continúa siendo una planicie arenosa, Cárlos dijo á su mujer:

—¡Aquí fué el Circo! ¡parece imposible que en tan árido y pequeño espacio de terreno haya nacido un amor tan grande como el nuestro!

FRANCISCO LOZCOITIA

EL OPTIMISMO DE LA DISTANCIA

Cuando la sabiduría popular, con ciertos resabios escépticos y con no pocos ribetes de pesimismo, repite «que la hora de la muerte es el momento de las alabanzas, que sólo se ensalza á los muertos, que á ellos se les hace justicia, quizá porque ya no estorban, ni llenan hueco,» expresa verdades de hecho, cuya explicacion no es supérflua. Tal vez la malicia, inherente al razonar de bajo vuelo, encuentra justificacion en muchos casos, cuando, violando el sagrado de las intenciones, atribuye los móviles determinantes de los juicios favorables á los que fueron, á flaquezas y debilidades de los que son. Sin negar pues el fundamento, que tiene con frecuencia esta malicia recelosa del sentido comun, no nos resignamos á creer que el único móvil de la alabanza al que fué y del vituperio al que vive, consista en la horrible lucha por la existencia, donde riñen cruenta batalla las concupiscencias materiales y morales que anidan en esta quebradiza vasija del organismo humano ó sublime destello del ángel sin alas; que ambas facetas ofrecen, con intermitencias sucesivas, luces y sombras en el compendio del mundo, que Pascal define, diciendo que no es ángel ni bestia.

No se compadece con nuestro criterio aceptar como verdad incuestionable que, efecto del negro velo que la ruin envidia extiende por el cielo del pensamiento, sea la justicia un pagaré á larga fecha, cuya realizacion haya que esperar de la muerte. Sin caer en la necia candidez de un optimismo insustancial y exclusivamente teórico, contra el cual argumentan, con páginas sangrientas, los desengaños, recogidos en abundosa cosecha por todos en su experiencia propia, no se nos alcanza el motivo que asista para inclinarse y áun caer hácia el extremo contrario, en las insulsas jeremiadas de un pesimismo exotérico, contra el cual protesta siete veces al dia el acicate invencible de nuestro instinto de conservacion. Nos seduce más bien aquella afirmacion del gran poeta Milton, cuando dice que cada cual lleva dentro de sí su gloria y su infierno. En el mundo interior, en lo recóndito é íntimo de nuestra personalidad, allí donde las flaquezas y debilidades se ofrecen al desnudo, y donde los méritos propios, despojados del falso oropel de la vil adulacion, toman su relieve propio, puede y debe encontrar todo hombre que guste emplear sus fuerzas en cultivar el arte estimado acertadamente por Sócrates como el más difícil, el arte de conocerse á sí mismo, en él puede y debe encontrar todo hombre valladar insuperable contra el tedio, la nostalgia y misantropía, que surgen de las injusticias que los demás infieren á cuantos se creen genios ignorados ú olvidados, creencia que constituye quizá Iglesia más numerosa que la católica y la budhista.

En ese mundo interior se han de reconcentrar todos los que son juzgados desfavorable y áun impíamente por sus contemporáneos.

Pero ¿es verdad, como entiende la sabiduría popular, que sólo la falta de envidia respecto á los muertos es la que determina la exactitud de nuestros juicios? ¿es cierto, como ha dicho un escritor humorista, que lo bueno, lo noble, lo digno de encomio y elogio tiene, para ser reconocido, que sufrir la *ley del optimismo de la distancia?* ¿acaso, como dice V. Hugo, que los genios deben ser contemplados desde las cimas de las grandes alturas, lo bueno y lo justo no puede ser percibido, sino despues de pasado por el crisol del tiempo y examinado á inmensa distancia de la vida?

Aunque el hecho es general, declaremos, ante todo, que tiene sus excepciones honrosísimas; que no todos los genios han necesitado pasar por el Calvario del hambre, del olvido y del abandono para ser consagrados y reconocidos como tales. Contra el ejemplo de Cervantes y de otros muchos puede aducirse el de algunos, aunque pocos, que han gozado en vida y presenciado la apoteósis de su gloria. ¿De qué injusticias de sus contemporáneos pueden quejarse, salvo los dardos que les haya intentado clavar la impotencia de algun envidioso, genios como Víctor Hugo en Francia, Gœthe en Alemania y algun contemporáneo nuestro en España?

No es la especie humana tan perversa, como se esfuerzan en pintarla el negro humor del pesimista ó el aburrido de su insustancial felicidad, que cae por paradoja, inherente á nuestra flaca condicion, en la artificiosa nostalgia de la vida. No es tampoco el ruin sentimiento de la envidia la razon determinante del juicio desfavorable que se forman respecto á las gentes de valer sus contemporáneos. Proceden muchos de estos juicios apasionados del ardor de la lucha, de lo vidrioso de las relaciones personales y de las puntas del carácter, que jamás limamos por completo en el contacto y rozadura con las impurezas de la realidad. Dimanan estas falsas apreciaciones de la *miopía*, que da de sí el criterio con que juzgamos, aunque se nos resista que nos apliquen igual base de juicio.

Si es cierto, como asegura el escepticismo corriente, que no existe grande hombre para su ayuda de cámara, ¡cuánto no influye para ello la perspicacia de lo nimio y de lo pequeño, la falta de grandes perspectivas y el falso ideal que concebimos del carácter humano como obra hecha de una pieza, olvidando su complejidad y el alu-



LLEGÓ TROPA, cuadro por Tomás von Kater

silencio que sucede al término de la lucha, á formular sus juicios sin la miopía anterior.—Hé ahí la complejidad de circunstancias, que explican la ley del optimismo de la distancia, sin necesidad de echar mano del impío recurso de la roedora envidia.

¿Quién juzgará hoy por ejemplo á los románticos con la saña, con que los criticaban el año 30 los clásicos? ¿Quién será capaz de creer que blancos y negros eran respectivamente concupiscentes y bandidos como se estimaban con bien ponderada reciprocidad nuestros antepasados en la primera época constitucional?

Ya lo ha dicho Bossert: «para juzgar una revolucion se necesita considerarla á cierta distancia, cuando ya ha producido sus frutos.» Todo grande hombre personifica, en el círculo en que se mueve, algo nuevo, que con él viene á la vida; dejemos que á la vida se incorpore su obra y fiemos á la accion del tiempo la estima definitiva de su mision y sin precipitar el juicio ó perturbarlo por la ceguedad, que infunde la pasion ó por la estrechez de miras que es el sedimento necesario de todo interés contrariado.

En el ínterin, y cómo regla práctica, que cercena la envidia, que nos eleva por cima de los bajos fondos, en que anidan nuestras concupiscencias, evitemos en lo posible *vivir al dia*, confundiendo la apariencia con la realidad, huyamos los fanatismos en todos sentidos, que sobreponen lo subjetivo á lo impersonal, procuremos vivir, como dice Espinosa, *sub specie æternitatis*, cumplamos, cada cual en su esfera y dentro de su círculo de accion, la empresa grande ó pequeña que hayamos acometido, fiando, sin temores pueriles ni desconfianzas débiles, ni desalientos injustificados, en que podrá faltar á veces la accion individual, pero que si ésta trabaja hondo y recio, nunca se moverá en el vacío, siempre encontrará el auxilio y cooperacion del todo social, cuyo ritmo no altera ninguna impaciencia, y cuya virtualidad fecundiza cuanto es y existe con la semilla siempre fértil de lo que será: fe racional, sin fanatismos, es la que mueve las montañas, la del sectario es la que engendra la supersticion y el error.

vion de condiciones y circunstancias, que constituyen los factores que se equilibran y chocan entre sí para producir la síntesis de la originalidad humana!

Comentando la observacion positiva y de gran alcance práctico del Evangelio, cuando afirma «que el más justo peca siete veces al dia,» decia Gœthe que los caractéres perfectos, los que se dice que se rompen y no se doblan y que conservan una majestad aparatosa son los héroes de novela y melodrama; pero que en la realidad los hombres son un conjunto sucesivo de sublime grandeza y de pueriles debilidades.

Además, no conviene olvidar (y en esta consideracion se revela ya cómo y por qué la distancia, el decurso del tiempo es base necesaria de todo juicio exacto respecto á cosas y personas) que todo hombre de alguna representacion funda sus valiosas condiciones en el relieve innovador que da á la empresa que acomete, con lo cual hiere necesariamente lo estatuido y tomado por definitivo y bueno en la rutina uniforme, á que conduce la fuerza del hábito.

Lo mismo en la vida individual que en la social es preciso detener la crítica histórica, cuando se llega á lo contemporáneo, á lo que existe y se agita á nuestro alrededor. El hervor de la vida social, que nos circunda y dentro de lo cual nos movemos, agita las pasiones, suscita intereses contrapuestos, liga, mezcla y confunde con el subjetivismo endiosado del orgullo el amor propio ofendido ó contrariado. En medio de condiciones tan desfavorables se perturba la serenidad del ánimo, se ofusca la discrecion reflexiva y se ausenta por completo de la inteligencia la imparcialidad. Se sobrepone á todo el interés propio, la tendencia de escuela ó el fin exclusivo de partido.

Por otra parte, los anhelos innovadores contradicen lo que existe. El *beati qui possident* se revuelve airado contra el que desea y resulta, comentando el proverbio árabe, que el que está bien colocado, descansando en la cómoda posicion horizontal, se siente molestado por el que pretende desalojarle del lugar que ocupa, sin ver más que el deseo de sustituirle y éste á su vez protesta contra el que viene detrás, con mayores impulsos y con idénticas aspiraciones. Y en esta incesante contienda, cada cual percibe y juzga desde su punto de vista y quizá la razon del primero consiste en la sinrazon del segundo é inversamente.

Dentro de esta movilidad continua de la lucha diaria, la contingencia, que envuelve el secreto de lo porvenir, condiciona favorablemente para un cálculo de probabilidades, pero no ayuda para formular juicios definitivos, ni exactos.—Hay que aplazar estos para la resultante final de la lucha, es preciso esperar á que se restañen las heridas, á que las represalias no se sucedan como las oscilaciones de los platillos de una balanza, que no está en el fiel.—Así se dice justificadamente que «el tiempo es el juez definitivo de toda verdad,» que «la distancia da colorido optimista á las negras tintas, con que hemos recargado nuestros juicios» y finalmente que con la muerte, con el no-ser comienza para lo que ha desaparecido una nueva vida, la consagracion por el espíritu colectivo de todos aquellos nobilísimos empeños que han intentado y perseguido todos los mineros de lo ideal.

Miéntras el ideal lucha por tomar carta de naturaleza en la vida, adquiriendo el relieve escultural, que presta la concrecion de lo real y positivo; miéntras el ardor de la contienda persigue destruir lo que estorba para sustituirlo con lo más fecundo, la flor de las fuerzas del espíritu se consagra por entero á ensayar y esbozar, aquí y allá, á toda hora y en todo momento y ante las exigencias vertiginosas de la lucha medios que le conduzcan á su fin y de esta suerte la energía individual ó social semeja Proteo, revistiendo multiplicidad de formas y el impulso innovador que era ayer canto de sirena, sueño de profeta, utopia de reformador, son hoy energía viva, tension práctica y fecundacion gradual de semillas esparcidas para ser mañana grito de guerra ó desesperacion, ante el pensamiento de su posible muerte.—Durante todo este período y la diversidad de sus fases los gérmenes, que vienen á la vida, siguen, segun dice Spencer, la ley de la diferenciacion, sin que sus múltiples fases y aspectos ofrezcan base segura de juicio, hasta que obedezcan á la ley de la integracion. *Et verbum caro factum est.* Cuando han dejado su estela luminosa en la complejidad de la existencia humana personas y acontecimientos, viene la crítica histórica, libre de la herrumbre de pasiones é intereses, con la imparcialidad á que convidan el lapso de tiempo trascurrido y el

U. GONZALEZ SERRANO

Madrid, marzo 1884



LA MORENA Y LA RUBIA, cuadro por H. Bource

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III ↔ BARCELONA 14 DE JULIO DE 1884 ↔ NÚM. 133

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Emma Nevada

Mlle. NEVADA, distinguida cantante norte-americana

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El cólera.—Sus colaboradores.—El cólera en la literatura.—*O terror dos mares*.—Los apóstoles de Lavapiés. ·Dramas de la miseria.—Una pension al genio.

La aparicion del cólera ha sido y es el asunto de todas las conversaciones y de todos los temores. El gobierno ha aislado á España por medio de cordones sanitarios; medidas higiénicas han intentado corregir las malas condiciones de salubridad de la villa y corte; los negocios se paralizan; el temor de la muerte hace desatender las exigencias de la vida; la bolsa baja, y por la tierra corren estremecimientos de pavor. El huésped del Ganges asoma su pálida cara y esgrime su cetro que es una descarnada tibia.

No hay en realidad motivo que dé al cólera derecho al miedo de la humanidad sin compartir igualmente este triste homenaje con la fiebre amarilla de las costas ecuatoriales y mediterráneas, con la peste bubónica de Oriente, el tifus europeo, la negra viruela, el *crup*, que es el fantasma de Herodes recorriendo sin cesar la tierra, la tísis que se hereda á través de las generaciones y diezma á la juventud de las grandes capitales... Todas estas enfermedades, todos estos nombres del morir, todas estas demostraciones prácticas de la miseria y ruindad de la vida son igualmente terribles, y si el cólera lleva la feroz reputacion de proveedor de las tumbas, es sin duda alguna porque trabaja poco, de tarde en tarde, dos ó tres veces cada siglo, y le sucede lo que á los grandes holgazanes, que con sólo interrumpir su pereza un dia, se acreditan de laboriosos. La estadística enseña que todas aquellas enfermedades han hecho un número de víctimas infinitamente mayor que el cólera.

Lo que hay es que el cólera mata con más rapidez. Una tertulia de buenos amigos que se reunen esta noche van á continuar mañana su conversacion al cementerio. El cólera les ha dado cita en la fosa comun y ninguno ha faltado á ella. Además el miedo al contagio hace que el enfermo colérico se vea abandonado hasta de su propia familia. Es morir dos veces, es ir advirtiendo cómo pulso á pulso se va la vida.

Hé aquí porqué el cólera aterra y de aquí su nombre *cólera de Dios*.

* * *

En la literatura hay tres cóleras memorables: el que Manzoni describe en *I promesi sposi* y el que Eugenio Sue narra en el *Judío errante*. El tercer cólera á que aludo es el que dió orígen al *Decameron* de Bocaccio. Varios caballeros florentinos deseosos de desimpresionarse del horrendo cuadro que ofrecia la ciudad inmortal de las artes atacada por el cólera, se van á una suntuosa quinta donde llevan hermosas mujeres, los espumosos vinos de la Sicilia encerrados en ánforas de plata y el deleitable perfume de la juventud en sus corazones. Cierran las puertas de la quinta y sobre ellas escriben estas palabras: *Aquí yacen unos cuantos séres felices*. Miéntras el cólera diezma á Florencia ellos viven en una orgía no interrumpida. Al lejano són de las campanas funerales ellos contestan con el acorde de sus carcajadas alegres. Es el triunfo del amor sobre la muerte. Sobre Atenas asolada por la epidemia, los Dioses celebran sus fiestas en el Olimpo. Cerca de Florencia enlutada celebran la fiesta de su amor los jóvenes orgiastas. Estas carcajadas, estas fiestas, este amor, este vino que se desborda, esta juventud que triunfa del sepulcro, es el aliento que corre por entre las líneas del *Decameron*, el perfume sensual del amor á la desesperada.

* * *

Los debates de ambas Cámaras continuan. Una de las cosas que allí se han discutido últimamente es la adquisicion de un acorazado de colosales proporciones, un gigante de hierro que lleve el nombre de España á través de los mares con el prestigio del terror. Discuten los entendidos en arquitectura naval sobre si será mejor comprar varios buques pequeños que un buque grande, es decir, en términos vulgares aunque clásicos, si habrá más provecho para España en comprar las cinco caperucitas del sastre baratario, ó un sólo capuchon demasiado grande para nuestra cabeza.

En realidad habrá notable desproporcion entre este barco y los demás de la armada española. Lo indudable es que España necesita marina, que esta necesidad es la más urgente para nuestro país porque la posicion que tenemos en el mundo nos obliga á poseer un verdadero ejército flotante.

Miéntras no tengamos barcos seremos un halcon sin alas

* * *

Los barrios bajos de Madrid han tenido una gran emocion últimamente. Habian aparecido tres curanderos que se suponian investidos por Dios de la mision altísima de sanar á la humanidad doliente. Dábanse á sí mismos el modesto nombre de *apóstoles* y el procedimiento que empleaban para curar á un enfermo era sencillamente bendecirle, mojar en agua las puntas de los dedos y hacerle decir oraciones. El dia en que la autoridad intervino, se promovió un motin; las turbas destrozaron el coche del Gobernador, desgarraron la levita al jefe de policía y entre gritos y aclamaciones y llantos los acompañaron hasta la cárcel modelo.

Lo triste del caso es que un pueblo donde aún tienen fuerza tales supersticiones, donde tres embaucadores de tan burda estofa medran y adquieren celebridad, deja bastante que desear en punto á civilizacion. La situacion del pueblo bajo de Madrid exige reformas importantes así en lo moral como en lo material. Hacen falta muchas escuelas que difundan la luz en el alma, una piqueta que abra anchas vías á la salud y al aire en aquel apelmazamiento de viejos caserones. Cultura y salud, civilizacion é higiene: hé aquí el gran programa del porvenir para los que quieran que los horizontes de España sean risueños y tranquilos.

La mayor parte de las desgracias del pueblo de Madrid son debidas á ese afan de lo maravilloso y á esa necesidad de emociones fuertes que constituye el pan espiritual de su alimento.

Sólo concibe el ahorro como ese milagro del Dios del azar que se llama lotería: depositar en la hucha una á una las pobres monedas que representan la privacion de lo supérfluo y la merma de lo necesario no satisface á las imaginaciones meridionales. Quieren dar un dia un golpe á esa hucha y que de entre los rotos cascos salga un torrente de luminosas y relucientísimas monedas de oro. Así es que el pueblo bajo de Madrid no ahorra, no sólo porque no puede sino porque no quiere. El supremo esfuerzo que en las durísimas condiciones actuales de la vida para el pobre representa el privarse de algo preciso, de un pedazo de pan en cada comida ó de un vaso de Valdepeñas, sólo le comprende si tiene por objeto la adquisicion de un billete de la lotería.

En cuanto á diversiones públicas, las que necesita han de ser vivas, enérgicas, feroces, las corridas de toros.

Víctima de sus propias condiciones morales, pasará á la historia con el dictado de heróico é inculto.

Pero los que tan duramente juzguen necesitarán no haber nacido en esta tierra y no tener la gran parte de responsabilidad que á todos nos incumbe con haber abandonado la educacion de los pobres.

* * *

Un drama horrible ha ocurrido en la calle del Lobo. Un abogado viudo, padre de una niña de siete años, careciendo de lo más indispensable para la existencia, harto de luchar contra la corriente, de buscar destinos y ocupaciones sin resultado, cercado por el hambre y la miseria, ha matado á su hija y se ha suicidado de un pistoletazo. Nada habia que decir de la conducta de este desgraciado. Honrado, bueno, pundonoroso, el mundo le ha negado todos los medios de vida. Miéntras puedan suceder estos tristes casos, tendrán razon los que piensan que la sociedad está mal organizada y los que hoy en el proceso que se haga sobre la muerte del parricida y suicida escriban esta severa línea:

Procesado,—el género humano.

* * *

Imposible parece que haya quien discuta la conveniencia ó justicia de dar al inmortal poeta Zorrilla una pension. Las Córtes tratan de concedérsela no muy abundante por cierto, y pocas veces se ha llevado á cabo por el cuerpo colegislador un acto de reparacion más equitativo.

El grandioso cantor de Granada vive casi en la miseria. Durante más de dos años su único modo de ganar el pan de cada dia ha sido los honorarios que le pagaba *El Imparcial* por sus interesantes artículos *Recuerdos del tiempo viejo*, en cuya coleccion ha pintado su vida y su época. Enfermo, achacoso, lleno de desengaños, carece hoy de todo y se ve obligado á ir por los teatros de provincias dando lectura á sus poesías.

¡No es triste ver á tan grande gloria viviendo tan miserablemente!

Francia ha enriquecido por dos veces a Lamartine, una comprándole sus tomos de poesía y prosa, otra otorgándole una pension de 10,000 duros anuales. Inglaterra ha regalado á su poeta Tennyson un palacio magnífico enclavado en bello parque. Alemania tuvo siempre por Göthe la admiracion y el religioso respeto que merecia.

Al mismo tiempo se trata de obtener una pension para Fernandez y Gonzalez, el Dumas español, el escritor más fecundo de cuantos ha habido, pues sus novelas ascienden al número de trescientas setenta.

Tan pobre como Zorrilla, no tenía otra renta que un sueldo de 20,000 reales que le daba el Ministerio de Fomento. Al cabo de cuarenta años de vida literaria, al cabo de cuarenta años de trabajo inverosímil, pues en todos ellos no ha dejado de escribir ni un solo dia, el pobre novelista se encuentra en la miseria. Su genio colosal no cabe en sus libros, y á esto sin duda y más aún á la celeridad con que ha elaborado sus centenares de tomos dictando al mismo tiempo á tres taquígrafos tres novelas distintas, se debe que muchas de ellas sean indignas del mérito de quien las ha hecho; pero aún haciendo un severo escrutinio de entre ellas, siempre quedarán en pié desafiando con gloria la crítica *Men Rodriguez de Sanabria*, *El Cocinero de Su Majestad*, *Martin Gil* y *El pastelero de Madrigal*... Aún mejores son sus dramas. *El Cid*, y *el Cardenal Cisneros* son dos soberbias creaciones en que chispea un ingenio varonil, fuerte y poderoso, amamantado á los pechos de nuestras musas épicas y dramáticas.

No es pedir mucho el pedir para estos dos pobres poetas un puñado de oro.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

Mlle. Nevada, distinguida cantatriz

Durante la temporada teatral anterior, ha llamado la atencion en Paris, primero en la Opera Cómica y luégo en el Teatro de los Italianos, una jóven cantatriz llamada Emma Nevada, que, astro naciente hoy en el terreno del arte musical, promete ser digna émula de las Patti, Nilson y otras brillantes estrellas de la escena lírica. Esta jóven artista ha nacido en América, en el Estado cuyo nombre ha adoptado por apellido, pues el suyo verdadero es el de Wixon: hija de padres protestantes, abrazó la religion católica en marzo último, y apadrinada por la opulenta norte-americana Mad. Mackay y por el eminente Gounod, recibió el agua del bautismo en la capilla de los Padres Pasionistas de Paris. Entregada desde su edad juvenil á los únicos recursos de su arte en Viena, halló en Mad. Marchesi una eminente profesora y una segunda madre; es el único sosten de su numerosa familia, y aún no hace muchos meses obtuvo grandes ovaciones cantando la protagonista de la ópera *Lucía* en compañía de nuestro inimitable Gayarre, en el mencionado Teatro de los Italianos, cuyo escogido público no es por cierto de los ménos exigentes en punto al arte que allí se cultiva.

El matrimonio de Romeo y Julieta,

CUADRO POR C. BECKER

Romeo y Julieta serian probablemente dos mortales como hay muchos millones parecidos, y Fray Lorenzo seria á buen seguro un ermitaño parecido á la generalidad de los ermitaños. Casi puede asegurarse que Julieta fué una hermosa jóven, que Romeo fué un apuesto mancebo y que Fray Lorenzo fué un venerable anciano; pero á buen seguro que ni Julieta fué la más hermosa de las muchachas de Verona, ni Romeo el más apuesto de sus mancebos, ni Fray Lorenzo el más venerable de sus sacerdotes.

Cuando héte aquí que un potente dramaturgo inglés se apodera de la popular leyenda, la trasporta á la escena, y gracias al maravilloso poder del genio, Julieta, Romeo y Fray Lorenzo dejan de pertenecer al vulgo de la mísera humanidad y toman forma poética, ideal, sobrehumana.

En semejante estado de apoteósis, se apodera de ellos el artista; y aquí entran naturalmente las dificultades. Se han dibujado y pintado centenares de Julietas y Romeos y de Frailes Lorenzos, segun que cada artista los ha ideado; y ninguno, empero, ha conseguido que la voz unánime del público exclamase: *¡Eureka!*—es decir: ¡te encontré!

¿Quién hace tangibles, visibles, reales y á gusto de todos, personajes que precisamente hemos idealizado, cada uno segun su manera de comprender y de sentir? ¿Quién pinta, segun la idea que cada uno tiene de la estética y del efecto de las pasiones, á Ofelia y á Margarita, á Hamlet y á D. Quijote?

Por esto, sin negar que el cuadro de Becker que hoy publicamos tenga indudable mérito artístico, sin negar que el agrupamiento y actitud de los personajes sean recomendables, sin negar que Julieta sea hermosa, Romeo apuesto y Fray Lorenzo venerable, lo confesamos ingénuamente, sus tipos no son los tipos que hemos soñado á nuestra manera; los encontramos demasiado sanos, demasiado gordinflones, en una palabra, demasiado prosaicos.

Sin duda que esto va en gustos: nosotros apuntamos simplemente el nuestro, con la pretension algo orgullosa de que si Shakespeare pudiera emitir su voto, habia de concordar con nuestra humilde opinion.

Al pié de la escalera de los Gigantes en Venecia,

CUADRO POR H. WOODS

La escena pasa en Venecia y en el famoso palacio de los antiguos dux. En un banco adyacente á las primeras gradas de la artística escalera de los Gigantes está sentada una jóven, de tipo verdaderamente veneciano, con la atencion fija en un grupo compuesto de una familia de *contadini*, que á su vez contempla con la ingenua admiracion propia del labriego aquellas maravillas del arte, no soñadas siquiera en su humilde aldea. Un sacerdote acompaña á dicha familia, refiriéndole tal vez en sencillo y compendioso lenguaje alguno de los episodios históricos unidos al monumental edificio, que tantos recuerdos encierra de la época en que Venecia era la reina del Adriático y del Mediterráneo oriental.

El pintor Woods es uno de los muchos artistas ingleses que se apasionan por la escuela y tipos italianos, y que habiendo residido bastante tiempo en la ciudad de

las cien islas, ha consagrado su estudio y su pincel á reproducir en el lienzo con la soltura y buen colorido que le distinguen, escenas análogas á la que forma el sencillo pero bonito asunto de este cuadro.

José y la mujer de Putifar,

GRUPO EN MÁRMOL POR ADAM TODOLINI

Pocas palabras debemos consagrar á este grabado. Como representacion histórica, nadie habrá que ignore el episodio bíblico en que se ha inspirado el artista; como obra de arte se distingue notablemente por la expresion de las fisonomías de entrambas figuras, por el discreto modelado de las carnes y por la bien entendida ejecucion de los paños, cualidades todas que revelan en el escultor Tadolini no vulgar conocimiento del difícil arte que cultiva.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

Fantasía japonesa, CUADRO POR GUSTAVO COURTOIS

Si tuviéramos á mano al autor de ese bellísimo dibujo, le diríamos:

—Caballero; lo que V. ha dibujado ¿es una fantasía ó es una japonesa?

Porque, francamente hablando, si como sér fantástico (léase caprichoso) tiene algo de japonesa; como japonesa se nos ocurre algo fantástico.

Hasta aquí nuestros conocimientos tocante á ese imperio, nos habian dado á conocer á los japoneses y á las japonesas tales como resultaban de los veladores maqueados ó de los estuches para contener barajas ó piezas de ajedrez.

Comparando esos tipos con el tipo de Courtois, se ve que la raza debe haber mejorado bastante, dado el concepto estético que en Europa se tiene formado de la belleza.

Resulta del cuadro que hoy publicamos que las damas del Japon no son ya aquellas mujeres de nariz imperceptible, de ojos parecidos á una breve línea trazada con tinta sobre un pergamino amarillento, de frente estrecha, dentadura ennegrecida por el betel y tocado tan estrafalario que de él no se aprovechó moda alguna, á pesar de haber habido modas muy estrafalarias.

Si la verdad está en el cuadro de Courtois, esa verdad acusa un progreso por el cual felicitamos á las japonesas, y más áun á los japoneses.

Nos acordamos, empero, del dicho: A luengas tierras, luengas mentiras. ¿Dónde estará la verdad, en nuestro cuadro ó en los paquetes que contienen media libra de té? No es fácil dar con la solucion, y en este conflicto, fantasía por fantasía, nos quedamos con la de Courtois, que es la más bella.

ROBANDO CORAZONES

Novela de costumbres

(Conclusion)

Contemplaban á la novia con éxtasis, la besaban con ciertos deseos de morderla; pero aquella jóven era un ángel que habia bajado del cielo para hacer la felicidad del pueblo, y no faltaba entre los concurrentes quien aseguraba que se veia un resplandor de luz celeste en torno de la cabeza de la novia, como el que tienen las Vírgenes en los altares de las iglesias.

En una palabra: la madrileñita iba poco á poco conquistando todas las voluntades, haciéndose dueña de todas las simpatías, y *robando los corazones*, como habia dicho don Serafin.

A las siete y cuarto, un monaguillo, colorado como un pimiento de la Rioja, comenzó á repiquetear la campanilla llamando á los fieles; y poco despues, los novios, los padrinos, los testigos, y los convidados de *escalera arriba* se hallaban al pié del altar, miéntras que los convidados de *escalera abajo* se iban colocando á donde Dios y su buena suerte les permitia.

Comenzó la sagrada ceremonia en el más profundo silencio. Todos los ojos estaban fijos en los novios, que formaban la pareja más encantadora de la tierra; porque si Teresita era una muchacha sin *pero*, Joaquinito era un muchacho perfecto.

Nadie dudaba, al verlos, que habian nacido el uno para el otro; y exceptuando algunos corazones envidiosos, que nunca faltan, los demás, todos les bendecian desde el fondo de su alma.

Algunas mujeres del pueblo tenian los ojos llenos de lágrimas, porque sabido es que los pechos generosos se conmueven lo mismo ante la felicidad que ante la desgracia de su prójimo, sólo que estas emociones les proporcionan distintos efectos.

Terminada la ceremonia religiosa, Joaquinito, radiante de felicidad, dió el brazo á la novia, abriendo la marcha. Todos le siguieron.

Don Joaquin daba el brazo á la señora del alcalde, y el alcalde á la señora madrileña; así por parejas y en correcta formacion, cruzaron el largo corredor, y subieron por la escalera principal, al salon donde les esperaba el chocolate.

Durante el tránsito, todo el pueblo formando dos apretadas líneas, se replegaba contra las paredes, para dejar paso franco á los señores.

Aquello no se habia visto nunca; iba á dejar memoria en los gloriosos anales del pueblo.

Miéntras tanto, la banda musical, para amenizar la fiesta, seguia tocando una pieza detrás de otra, con gran contento de los sencillos aldeanos.

Las mujeres y los niños del pueblo tocaban respetuosamente con la punta de los dedos el velo de la desposada y el vestido de raso blanco, y luégo besaban los mismos dedos que habian tenido la incomparable dicha de rozarse con la ropa de la novia.

Teresita, encendidas las mejillas y con los ojos húmedos por las lágrimas, enviaba sus más cariñosas sonrisas al pueblo, acariciando al mismo tiempo las cabezas de los niños que se la acercaban.

En el comedor esperaban en torno de la mesa seis muchachas vestidas con el traje del país, dispuestas á servir á los señores, y como todas ellas eran agraciadas y bien parecidas, se despertó el apetito de los convidados, porque sabido es que nada abre tanto las ganas de comer como una muchacha bonita.

Aquel chocolate tenia algo de esos almuerzos modernos, que nuestros coetáneos, con la mala costumbre de olvidarse de la hermosa lengua de Cervantes, han dado en llamar *lunch*, puesto que la mesa, perfectamente dispuesta, se veia llena de apetitosos fiambres, que nada tenian que ver con el chocolate.

Don Serafin, maestro de ceremonias, director absoluto de la fiesta, fué colocando á los convidados, y debemos decir en honor de la verdad, que aquel hombre Providencia desempeñó sus difíciles cargos con aprobacion general.

Comenzó el desayuno en el mayor silencio; nadie se atrevia á perder su gravedad; don Serafin animaba á todo el mundo y en particular á los arrendatarios de su amigo, gente rústica y poco acostumbrada á banquetes de aquella naturaleza, que se encontraban como gallinas en corral ajeno.

Miéntras tanto, la banda musical, junto á la puerta del comedor, apénas habia concluido de *soplar* una polka, *bufaba* una *habanera*.

Poco á poco se fué extendiendo el buen humor junto á la mesa, desapareció la tirantez propia de los pueblos, y se restablecieron conversaciones parciales de vecino á vecino, aconsejándose los unos á los otros que probaran de este ó del otro plato.

El pavo trufado, el jamon en dulce con huevos hilados, la lengua á la escarlata y el salchichon de Vich, fueron los manjares que más honrados se vieron.

Terminado el desayuno, desde el comedor pasaron á ver las habitaciones de los novios.

La casa fué invadida, la curiosidad estaba hambrienta por saber todo lo que la novia habia traido de Madrid.

Teresa tocó un rato el piano, y comprendiendo que á sus oyentes les gustaria más la música ligera, cantó con mucha gracia dos ó tres piezas de zarzuela.

Todo era alegría, regocijo, entusiasmo; sólo permanecian graves, mudos y taciturnos los cuatro severos rostros de doña Angustias, doña Soledad, doña Visitacion y doña Agueda, que protestaban, desde el fondo de sus conturbadas almas, de aquella forastera, que segun don Serafin, iba por el mundo *robando corazones*.

Cuando á las diez de la mañana, los convidados se resolvieron á regresar á sus casas, ofreciendo volver á las tres de la tarde, hora en que debia celebrarse el banquete, Teresita se quitó la corona nupcial, y repartió una rosa blanca á cada una de las señoras que la rodeaban, diciendo:

—Ruego á Vds. que guarden esta rosa como un recuerdo de la inmensa felicidad que siente mi alma por haberlas conocido.

Este delicado obsequio acabó de entusiasmar á la mayoría de los convidados.

A las once, los novios se quedaron solos en familia.

—Mal dia, hijos mios,—les dijo don Joaquin, riéndose *con toda la boca*,—pero en fin, dichosos vosotros para quienes empieza ahora la primavera de la vida y la poética luna de miel.

Doña María se contentó con derramar dos lagrimitas y decir, abrazando á la novia:

—Yo creo que soy tan feliz como vosotros.

En cuanto á don Joaquin, como sus ocupaciones aquel dia eran múltiples, desapareció de la sala, sin decir nada.

A las tres en punto comenzó el banquete con acompañamiento de música.

Eran ochenta y cuatro convidados en la mesa de los señores; en la cocina y los patios comió todo el pueblo. Aquello era efectivamente las segundas Bodas de Camacho; don Serafin se cubria de gloria, estaba radiante de felicidad.

Desde su asiento, como un verdadero director de orquesta, dirigia frecuentes miradas á las seis mozas que servian á la mesa.

De vez en cuando se levantaba, salia del comedor, y volvia á entrar.

Jamás hombre alguno desempeñó con tanto celo las comisiones de su cargo.

En la mesa se habian colocado en fruteros, bandejas y canastillos, diez y siete postres, y dos enormes ramos.

Todo aquel artístico aparato, todo aquel golpe de vista sorprendente, que causó el asombro de los convidados, era obra del ingenioso, del incomparable don Serafin.

Si aquel hombre hubiera nacido en la ceremoniosa época de Luis XIV, indudablemente la historia le hubiera dedicado una página gloriosa, pero desgraciadamente habia nacido en un modesto pueblo de Castilla la Nueva y bodas como la de Joaquinito y Teresita, *entraban pocas en libra*.

Sobre el mármol del aparador habia colocado don Serafin, de un modo caprichoso, cincuenta botellas de Champagne, que *esperaban ansiosas* el momento de echar los tapones por el aire.

La comida fué abundante y suculenta; tal vez carecia de ciertos perfiles y primores propios del refinamiento de la cocina francesa, pero aquella buena gente jamás habia visto cosa igual, y para ellos era una comida digna de un rey.

Los vinos del Priorato, Valdepeñas, Fondillon, Benicarló y Jerez, campeaban en la mesa, dando *vivas* á España, y para los postres, esperaban su turno en el aparador, el Champagne, el Curaçao blanco, el Benedictino, la Aniseta de Burdeos y el Cognac.

Con los vinos y los licores indicados, servidos con abundancia, bastaba y sobraba para que *la tomaran* muy de veras los convidados de don Joaquin, pero afortunadamente nadie cometió la grosería de emborracharse, si bien á los postres, todos estaban alegres y con grandes deseos de brindar.

Don Joaquin, adivinando estos deseos, dió la órden para que se sirviera el Champagne, y comenzó á oirse el alegre estruendo de los taponazos de ese vino de la alegría, que es la última palabra para reasumir el buen humor de un banquete.

Todo el mundo creyó llegado el momento de probar su ingenio, y los convidados, alargando sus copas, reconcentraron sus pensamientos y aguzaron sus oidos.

CAPITULO QUINTO

La casa por la ventana

Don Joaquin, de pié, con la copa en la mano, el brazo extendido, rebosando alegría, comenzó los brindis de esta manera.

—Señores: como la felicidad de los novios refleja en mi corazon, brindo por la luna de miel de los recien casados y por la prosperidad de los presentes, y suplico á todos Vds., pidan á Dios que de hoy en un año nos vuelva á reunir en este mismo sitio, para celebrar el nacimiento del primer hijo de Joaquinito y Teresita.

Chocaron las copas y volvieron á llenarse entre gritos y aplausos.

El alcalde, que como primera autoridad del pueblo, creyó que habia llegado el instante de *echar su cuarto á espadas*, tomó una actitud grave, respetuosa y propia de su *jerarquía*, escombró estentóreamente, levantó á la altura de su cabeza la copa del espumoso vino, dirigió en derredor suyo una mirada de superioridad, y dijo:

—Señores: haciéndome eco de los deseos del municipio que tengo la honra de presidir, dejándome llevar por los impulsos de mi generoso corazon, admirando las virtudes de la novia y los dones con que la naturaleza dotó al novio, brindo por su felicidad, y le suplico en nombre de todo el pueblo, que permanezcan entre nosotros el mayor tiempo que les sea posible, para alegría de todos y provecho de los pobres necesitados. Yo por mi parte ofrezco que, para conmemorar este dia, para que quede de él un recuerdo imperecedero en los archivos del Ayuntamiento, dispondré que mi digno secretario en union del ilustrado maestro de escuela escriban una Memoria histórica relatando los faustos acontecimientos de este dia. Cuando este trabajo literario quede terminado, se citará á los presentes en el salon de la Casa Consistorial, para que oigan su lectura, y pongan al pié su firma. Así cree este municipio cumplir con el cariño y la gratitud que siente hácia los nobles dueños de esta casa. He dicho. ¡Vivan los novios!

El brindis del alcalde alcanzó un verdadero éxito: todo el mundo le felicitaba estrechándole la mano; algunos le abrazaban.

La alcaldesa se sintió orgullosa de tener por marido un hombre semejante, y al alcalde, bastaba verle la fisonomía para adivinar que estaba satisfecho de sí mismo.

Los brindis continuaron, los hubo de todas dimensiones y para todos los gustos: y algunos convidados, faltándoles el valor para pronunciarlos en voz alta, los formularon mentalmente.

El último que se levantó á brindar fué el maestro de escuela, pobre y bondadoso anciano á quien el municipio con sus atrasos hacia pasar largas cuaresmas de ayuno, pero que soportaba su mala suerte con la sonrisa de los mártires en los labios.

Don Prudencio Panyagua (éste era el nombre del dómine) llegó al pueblo á los veinticinco años de edad, y contaba en la época que nos ocupa sesenta y cinco; habia por consiguiente enseñado á leer, escribir, las cuatro reglas y algunas nociones de historia y geografía á todos los vecinos del pueblo que no pasaban de cincuenta años.

El pobre dómine era uno de esos sabios de aldea, que vivia muriendo, envuelto en su vieja capa, y era más conocedor de los poetas latinos que de los modernos.

Amante *impenitente* de la poesía, en los ratos de ocio se dedicaba á escribir cartas en verso para los enamorados, gozos y coplas para las festividades religiosas, y otros trabajos poéticos por el estilo.

Cómo su musa, á pesar de la vejez y la larga vida, no habia conseguido adquirir una fisonomía propia, se amoldaba á todos los géneros.

Pero desgraciadamente, en el pueblo la literatura pro-



EL MATRIMONIO DE ROMEO Y



JULIETA, cuadro por C. Becker

ducia poco, y por eso sin duda, á pesar de tener tanto talento, el pobre dómine se moria de hambre.

El maestro Panyagua se levantó, sacó un papel del bolsillo, se puso sobre la aguileña nariz unos *quevedos* grandes como dos huevos fritos, y saludando tres veces con la cabeza á la concurrencia, dijo:

—Señores: no voy á pronunciar un discurso panegírico, porque otros lo han hecho con gran ilustracion; voy solamente á leer á la novia una décima modesta, que la dedica mi pobre y envejecida musa. Ruego á doña Teresita que perdone mi atrevimiento y acepte lo único que puede ofrecerla como regalo de boda un pobre maestro de escuela.

—¡Que lea, que lea!...—gritaron algunos.

El maestro se sonrió, volvió á saludar poniendo de manifiesto su calvicie de zapatero, y repuso:

—Mis versos valen poco, aunque confieso que me han costado de escribir como si fueran buenos; pero en fin, allá van, con perdon de las musas y de la concurrencia.

Y el dómine desdoblando el papel, se puso á leer en voz alta la siguiente décima:

Á TERESITA

Pródiga naturaleza
quiso en tu misma persona
ceñir la triple corona
de amor, virtud y pureza:
tu incomparable belleza
atesora tantos dones,
son tantas las perfecciones
que tu corazon encierra,
que eres ángel de la tierra,
que *roba los corazones*.

Un aplauso cerrado resonó en el comedor. El pobre viejecillo se sonrió con la timidez de la modestia; y despues de inclinar la cabeza saludando al público, se dirigió hácia el sitio donde se hallaba Teresita, y doblando una rodilla en tierra, dijo:

—Señora: los versos que tengo el atrevimiento de dedicar á V., son muy malos, pero juro con la mano puesta sobre el corazon, que me han costado tanto como si fueran buenos.

Teresita, conmovida, levantó al pobre viejo y le dió un beso en la frente.

El maestro de escuela dejó asomar dos lágrimas á sus ojos.

Todos aplaudieron á Teresita.

—Gracias, amigo mio, gracias de todo corazon por su delicado obsequio,—dijo la novia.

El dómine quiso hablar pero no pudo, porque el pobre se hallaba verdaderamente conmovido.

Teresita se quitó un ramito de violetas, que llevaba al pecho, y lo puso en la solapa de la raida levita del maestro, diciéndole:

—Yo recompenso, con el alma agradecida, las flores del poeta, con estas otras flores que la naturaleza ha creado para perfumar el ambiente.

Este rasgo delicado de la novia produjo un verdadero vértigo en derredor suyo.

Don Joaquin, loco de alegría, abrazó al maestro de escuela, y quitándose el reloj y la cadena de oro que llevaba, le dijo:

—Amigo don Prudencio; le ruego que acepte en nombre de mi hija, esto, como un recuerdo del dia de su boda.

Don Prudencio abrió inmensamente los ojos, movió la lengua como si deseara humedecer el paladar, y dijo, no con pocas fatigas:

—Pero señor don Joaquin de mi alma: yo no tengo ropa para llevar este reloj.

Este arranque de excesiva modestia produjo la hilaridad en derredor del dómine.

Teresita colocó su blanca y pequeña mano sobre el hombro del maestro, y le dijo, riéndose:

—Puede V. aceptar el reloj, sin el menor escrúpulo, porque yo tengo grandes proyectos, por consiguiente corre de mi cuenta el que no le falte á V. la ropa que echa de ménos ese reloj.

El dómine se dejó caer en una silla; aquella joya, que valia lo ménos tres mil reales, le aplanaba, pues sabido es que, á los ojos que están acostumbrados á las tinieblas, la hermosa luz del sol les hiere hasta el punto de hacerles daño.

Todo el mundo rodeaba á don Prudencio dándole la enhorabuena por sus versos y sobre todo por el reloj y la cadena de oro.

El dómine, con los ojos humedecidos por las lágrimas y la sonrisa en los labios, repartia gracias á derecha é izquierda.

Se tomó el café, y un cuarto de hora despues, todos los convidados se hallaban en la galería del jardin, esperando impacientes la señal para que comenzara el castillo de pólvora.

Hay dos diversiones que electrizan, que entusiasman al pueblo español, lo mismo en las grandes ciudades que en las pequeñas aldeas: los toros y los fuegos artificiales.

Comenzaron los cohetes *voladores*, los unos con sus penachos de chispas, los otros con sus bombas de colores, que caian sobre los alegres aldeanos, como una lluvia de oro.

Despues de un centenar de cohetes, se pegó fuego al primer cuerpo del castillo, cuyas estrellas giratorias y numerosas campanillas despedian de vez en cuando una corona de fuego, que elevándose á gran altura, iluminaba la oscuridad del espacio.

El público aplaudia frenéticamente al autor de todos aquellos efectos de luz, que brillaban sobre sus cabezas. La última parte del castillo se reducia á un templo formado por luces de colores, en cuyo centro se leian los nombres de los novios.

Esta apoteósis, esta *gloria* final produjo un verdadero frenesí entre los espectadores.

Terminados los fuegos, comenzó el baile; pero ¿á qué continuar refiriendo lo que sucedió aquella noche en casa del millonario don Joaquin? Basta decir que todo el mundo bailó mucho, que todo el mundo comió mucho, y que á la una de la madrugada se despidieron los convidados deseándoles muchas felicidades á los novios, que los músicos dejaron de *soplar*, y se apagaron las luces, y en la alcoba nupcial se encendió la *antorcha de himeneo*.

CAPITULO SEXTO

Consumatum est

Trascurrió un mes: Teresita iba ganando voluntades en el florido campo de las simpatías.

Una mañana, paseándose por el jardin, apoyada en el brazo de su papá suegro, le dijo, inclinando la cabecita sobre el hombro, y sonriéndose como un querubin:

—¿No cree V., querido papá, que en este mundo, toda criatura debe ser útil á sus semejantes y mucho más los que gozamos del privilegio de ser ricos?...

—¿Quién lo duda, hija mia? los ricos no deben olvidarse nunca de los pobres. Pero ¿por qué me diriges esa pregunta?...

—Toma, porque tengo un pensamiento que no puedo realizar sin la vénia de V.

—Pues ya la tienes; porque á mí me parece tan imposible negarte lo que me pidas, como hacer de la noche dia y del dia noche.

—Le cojo á V. la palabra, y puesto que tengo la autorizacion, ya me las compondré yo con don Serafin para realizar mi pensamiento lo más pronto posible.

—Pero ¿qué es ello?...

—Un poco de paciencia, querido papá, pues no ha llegado todavía la hora de que V. lo sepa.

—¡Hola!... ¿Y va á saberlo ántes que yo don Serafin?...

—Pues es claro, porque él es mi cómplice.

—¿Y lo sabe Joaquinito?...

—Toma, ese lo sabe todo; porque yo le permito que se asome á una ventanita que tengo en el corazon, desde donde se ve mi alma.

—Vamos, ya veo que te has propuesto matarme de curiosidad.

—Pues para que esa curiosidad no sea tan mortificadora, voy á decirle á V. una parte de mi secreto: necesito para realizar mi pensamiento, ocho ó diez mil reales.

—¡Zambomba!... ¿Y qué más?...

—Ya no puedo decir una palabra, porque si vamos continuando las preguntas, va V. á acabar por saberlo todo, y eso no es lo convenido.

Don Joaquin concedió á Teresita *letra abierta* en su caja, porque no podia negarle nada á aquel angelillo de la tierra, que era la alegría de la familia.

Al dia siguiente, don Serafin se presentó con una cuadrilla de albañiles, en casa de don Joaquin; se instalaron en una sala baja, que tomaba las luces del jardin, y comenzaron á derribar tabiques.

Aquella habitacion, como otras varias del edificio, no servia para maldita la cosa; porque el inmenso caseron de don Joaquin tenia tres cuartas partes más de habitaciones de las que necesitaba la familia para vivir desahogadamente, abundancia de local que sólo se disfruta en los pueblos.

El trabajo de los albañiles duró una semana. Luégo don Serafin hizo un viaje á Madrid, comisionado por Teresita, y al regresar al pueblo, trajo multitud de objetos que entraron, unos en cajones, otros envueltos en telas impermeables, en el *salon de los misterios*, segun lo denominaba don Joaquin.

Pero como no hay plazo que no se cumpla, una mañana Teresita cogió del brazo á su papá suegro, hizo una seña con la cabeza á su madre política, guiñó el ojo á Joaquinito, y todos juntos y en familia, entraron en el *salon misterioso*, que Teresita y don Serafin, auxiliados de los albañiles, habian convertido nada ménos que en una escuela de música y dibujo.

Además, unas mesitas colocadas junto á las ventanas del jardin se hallaban llenas de herramientas; y en unos canastillos de paja se veian pétalos de flores, tallos de alambre pintado de verde, y todo lo necesario para construir ramos y flores artificiales.

Como Teresita leyó el asombro en los semblantes de sus padres políticos, y este asombro reclamaba una explicacion, tomó la palabra, y habló de esta manera:

—Como me aburre la ociosidad, porque no estoy acostumbrada á ella, como aquí me sobran seis horas de las veinticuatro que tiene el dia, voy á emplearlas, con permiso de mi querido esposo, y de mis padres, en enseñar un poco de música, otro poco de dibujo, y otro poco en la construccion de flores artificiales, á todas las niñas del pueblo, que quieran honrarme siendo mis discípulas. La música, el dibujo y la construccion de flores, son muy bonitos adornos para la educacion de la mujer, y muchas veces suelen serles útiles para ganarse honradamente la vida.

Doña María lloró, porque aquella buena madre no sabia hacer otra cosa que llorar; don Joaquin abrazó á su hija política; Joaquinito se sonrió con la satisfaccion del que posee un tesoro; y don Serafin presenció la escena grave y satisfecho de sí mismo, por la parte que habia tomado en la creacion de aquella escuela, que iba á dar dias de gloria al pueblo.

La noticia corrió con la rapidez del rayo; el ayuntamiento en masa fué á darla las gracias á Teresita; el cura párroco, desde el púlpito, aconsejó á sus feligreses que imitaran la noble y honrada conducta de doña Teresita, y no se echaron las campanas al vuelo porque lo impidió don Serafin en tiempo oportuno.

Quince dias despues, Teresita contaba con veinte discípulas que pertenecian á todas las clases de la sociedad.

La escuela de Teresita estaba abierta para las ricas y para las pobres, y todas eran tratadas con igual cariño, con las mismas consideraciones.

Doña Agueda, doña Visitacion, doña Soledad y doña Angustias empezaron á convencerse, bien á pesar suyo, de que Teresita tenia *ángel*, y que siguiendo por el camino que habia emprendido, no tendria nada de extraño que las profecías de don Serafin se cumplieran y que la madrileñita *robara todos los corazones*.

Al hacer esta manifestacion aquellas cuatro *piadosas* señoras, ponian siempre un *pero* y tres puntos suspensivos y esta conjuncion adversativa destruia en parte las concesiones que *á regaña dientes* hacian en favor de Teresita.

Pero sabido es que no se desarraiga con facilidad el odio que se infiltra en el corazon de cuatro beatas murmuradoras y envidiosas.

Mas, ¿qué le importaba esto á Teresita?... En el pueblo, exceptuando las cuatro mamás que habian soñado llamarse suegras de Joaquinito, todo el mundo adoraba á la madrileña y hubieran besado con respetuoso cariño las huellas de sus piés, si se lo hubiera permitido.

Teresa era un ángel de la tierra; las bendiciones la salian al paso por todas partes, porque el que siembra favores, tiene siempre buena cosecha de agradecimientos, por más que las malas lenguas vayan pregonando que el mundo está lleno de ingratos.

A pesar de esto, las almas nobles y generosas miran con indiferencia la ingratitud, y siguen prodigando el bien por la tierra, sin cobrar otro *tanto por ciento* que la satisfacion que les proporciona el hacerlo.

Teresita, con el auxilio de don Serafin, del cura párroco, del alcalde y del médico, estaba al corriente de todas las necesidades del pueblo y procuraba remediar no sólo las del cuerpo, sino las del espíritu, visitando á los enfermos y á los necesitados.

El médico del pueblo solia decir:

—Yo tengo en doña Teresita un auxiliar poderoso para combatir las enfermedades de los pobres, y muchas veces entre ella y yo derrotamos á la muerte.

Insensiblemente, Teresita, aparentando ser una esclava de la familia, no tener voluntad propia, se fué haciendo la señora, el ama, la reina absoluta de la casa; pero su imperio era tan dulce, tan noble, que todos acabaron por poner su corazon y su voluntad ante los piés de aquel serafin que les aprisionaba con una cadena de perfumadas rosas.

Cuando al año de establecerse la academia de música, dibujo y construccion de flores artificiales, se celebró el certámen público en el salon del Ayuntamiento; cuando las buenas madres del pueblo oyeron tocar á sus hijas algunas piececitas al piano; cuando vieron los dibujos y las flores de las discípulas de doña Teresita, faltó poco para que se la comieran á caricias.

Teresita habia establecido premios para las discípulas aventajadas, procurando por este medio estimularlas, pero separándose de la rutina; en vez de coronas, bandas y medallas, si la discípula era pobre la regalaba dinero ó ropa, y si era rica, libros útiles bonitamente encuadernados, con el nombre de la agraciada, en letras de oro, en la cubierta.

El primer certámen fué célebre en los anales del pueblo. Al salir Teresita del Ayuntamiento, cogida del brazo de su papá político, la vitorearon con frenesí.

Algunas mujeres, impulsadas por el entusiasmo de la gratitud, la besaban las manos y la falda del vestido, con el respeto y la veneracion que pudieran hacerlo con una santa.

Este triunfo, esta explosion de cariño, estas expansiones hijas de la gratitud, fueron otras tantas espinas que penetraron en los corazones de doña Soledad, doña Angustias, doña Visitacion y doña Agueda.

Estas *buenas* señoras no podian soportar con indiferencia que la forastera continuara *robando corazones*, y sus hijas se quedaran para vestir imágenes en la sacristía de la iglesia.

Al separarse de sus amigas doña Angustias las dijo, poniendo los ojos en blanco:

—Desengáñense Vds., á pesar de los aplausos y los vítores, yo sigo en mis trece; esta boda acabará mal, porque estoy viendo que los despilfarros de la madrileña, al fin y al postre, serán causa de la ruina del imbécil de don Joaquin, del bobo de Joaquinito, y la *mema* de su madre, que no tienen voluntad propia para oponerse á las extravagancias de Teresita.

No hay nada tan incorregible como una alma envidiosa, y aquellas *buenas* señoras eran perseverantes en la culpa, porque indudablemente ignoraban que con quinientos reales bien gastados se puede socorrer en un pueblo de corto vecindario, á muchos menesterosos.

Pero ¡oh fragilidad humana! aquellas cuatro mamás hipócritas y mojigatas y sus empalagosas y ridículas hijas, formaban siempre en primera fila en los banquetes, fiestas

y bailes que daba Teresita en su casa; y parece increible, comian con buen apetito, y recibian con manifestaciones de cariño y gratitud las finezas y regalos de la madrileña; pero en cambio cuando se hallaban solas, cuando se arrodillaban dándose golpes de pecho, ante la imágen del santo de su devocion, indudablemente le pedian, como favor especial, que se cumplieran sus pronósticos.

Un dia, don Serafin le dijo á Teresita:

—¿Sabe V. lo que ocurre?

—No, — contestó Teresita,— pero supongo que V. me lo dirá.

—Pues las *hermanas* de la cofradía de la Vírgen de las Angustias han andado poco ménos que *á sarpa la greña* por no sé qué privilegios que las unas dicen tener sobre las otras; pero yo sospecho que no es esa la *madre del cordero*, sino que, como se han recaudado pocos fondos para hacer la fiesta y el mes de agosto se echa encima, andan las buenas *hermanas* desazonadas é inquietas.

—Pues eso es muy fácil de remediar, — contestó sonriéndose Teresita:—que se fundan en una las dos hermandades, pues ya sabe V. que dicen los sabios, que la union constituye la fuerza. Además, en Nazareth sólo hubo una María, en Belen sólo parió una Vírgen, y Dios sólo tuvo una Madre.

—Sí, sí, todo eso es verdad,— añadió don Serafin, rascándose el cogote;—pero esas buenas señoras están muy enguerradas y cada cofradía defiende á su Vírgen.

—Pues la Vírgen no es más que una, amigo mio, y yo he de intentar que se unan las dos hermandades.

—Le aconsejo á V. que no se mezcle en ese asunto.

—¿Por qué?...

—Porque ya tiene V. algunas enemigas entre las *hermanas* y podria aumentar el número.

—Bah; ya sé yo que no me quieren bien algunas señoras del pueblo; son muy pocas, pero ellas se desengañarán y acabarán por amarme como todos; porque yo, amigo mio, he nacido para no tener enemigos.



AL PIÉ DE LA ESCALERA DE LOS GIGANTES EN VENECIA, cuadro por H. Woods

Teresita se dió tan buena maña, que á fuerza de halagos, perseverancia y regalos, logró realizar sus deseos.

Las dos hermandades se refundieron en una; redactó un reglamento, en colaboracion con el cura, el maestro de escuela y don Serafin; se nombraron cuatro presidentas, á turnar una cada año; influyó con su suegro para que se le regalara un vestido nuevo á la Vírgen, y convidó á comer á doña Angustias, doña Soledad, doña Visitacion y doña Agueda, presidentas vitalicias de la cofradía de la Vírgen del Socorro.

Estaba escrito: era imposible no adorar á aquel ángel de la tierra, á aquella alma hermosa, que infiltraba las simpatías en todos los corazones; y hasta la misma doña Angustias, la más recalcitrante y tenaz enemiga de Teresita, al meterse en cama, aquella noche, no pudo ménos de decir, exhalando un suspiro:

—Don Serafin tiene razon: la madrileña es un ángel del cielo, que ha bajado á la tierra, en forma de mujer, sin otra mision que la de *robar corazones*.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

TODO EL MUNDO

Suma y compendio de todas las cosas creadas es para la Academia de la lengua este mundo que denominan, unos, *mundo pícaro*, y otros, *valle de lágrimas*. No voy á discutir con la docta y autorizadísima corporacion; paso por que todas las cosas creadas se hallen en el mundo (que es bastante pasar) y paso por que existan cosas que aún están sin crear (y es pasar más todavía) y voy derecho al grano, ó á la cuestion: la cual cuestion es una pregunta que se me ha ocurrido muchas veces y á la cual aún no he logrado hallar respuesta: *¿quién es todo el mundo?*

Ya sé yo que el *mundo* es uno de los enemigos del alma; pero *todo el mundo* debe de ser cosa distinta.

En muchas ocasiones he oido hablar de las *cosas del mundo*, que, despues de todo, son las únicas cosas que nosotros conocemos; del *mundo al revés* que se diferencia muy poco del *mundo al derecho*, acaso porque ya ha sido vuelto más veces que abrigo de cesante; de echarse *al mundo* y de *darse al mundo*, como pudiera uno darse al demonio; del *mundo nuevo* y del *nuevo mundo*, que áun cuando parezcan una misma cosa, son dos cosas muy diferentes; de cosas que no son del otro *mundo*, como si dijésemos, que no son del otro *juéves*, en que parece que juéves y mundo son sinónimos; y hasta de dar el *mundo un estallido*, amenaza que tienen constantemente en los labios los que andan descontentos con lo que ocurre, que son casi todos los hombres y la mayor parte de las mujeres; pero nunca supe, á ciencia cierta, lo que quiere decir el que dice: *todo el mundo*.

Esto sucede desde que el *mundo es mundo*, y paréceme que seria conveniente desterrar del *mundo* tan perniciosa costumbre; pero cuando de mejorar las costumbres se trata, aunque el reformador posea *este mundo* y *el otro*, suele fracasar en la empresa. Los que han rodado el *mundo* y tienen por consiguiente bastante *mundo* para no irse por ahí, por esos *mundos*, sin saber á dónde van y lo que se proponen, confiesan que todo el *mundo* es país, y dejan en paz al *mundo* como lo encontraron cuando á él vinieron y como habrán de dejarle cuando salgan de él: eso haré yo, que ni tengo vocacion de mártir, ni aspiro á la honra de ser crucificado como redentor; pero, así y todo, no resisto á la tentacion de averiguar quién es todo el mundo.

Todo el mundo.... todo el mundo... deje V., que vamos á salir de dudas; me ha ocurrido un gran pensamiento: allí discuten dos amigos mios, no sé sobre qué, ni sé cómo piensan; pero estoy seguro de que el uno ó el otro, quizás los dos, apelarán en defensa de su opinion á la de todo el mundo: ellos podrán explicarme, por consiguiente, lo que la frase significa. Oigamos.

—Incurre V. en error grosero, amigo mio.

—Está V. equivocado; lo que yo sostengo es la verdad.

—Eso creerá V.; pero *todo el mundo* sabe lo contrario.

—¡Eh! Ya pareció aquello; ¿no se lo decia yo á Vds.?

—Me acerco y digo:

—Caballero, perdone V. una pregunta: ¿ha dicho V. que todo el mundo cree lo contrario?

—Sí, señor: eso he dicho.

—Y ¿seria V.—perdon otra vez—seria V. suficientemente amable para decirme quién es todo el mundo?

—¿Cómo que quién es todo el mundo?

—Pues eso.

—Pues todo el mundo son todas las personas que discurren; todos los autores que han escrito sobre este asunto, que el señor y yo discutimos; todos los tratadistas antiguos y modernos; los profesores de la universidad; los oradores de las sociedades científicas; los publicistas más distinguidos; en una palabra, todo el mundo: ¿cómo se dice todo el mundo?

—Así justamente; decirlo es la cosa más fácil del mundo; pero, vamos, ¿está V. seguro de que ningun tratadista, ningun orador, ningun sabio ha sustentado distintas opiniones? La misma persona que con V. discutia ¿no pertenece al mundo?

—Claro que sí; ni quiero yo suponer que en esto haya completa y absoluta unanimidad. ¿La hay en algo por ventura?

—Ya me hago cargo; pero vaya, como V. decia: *todo el mundo...*

—Bien, es una manera de decir; eso significa la mayoría....

—¿La mayoría? ¿Y puede saberse de qué medios se ha valido V. para adquirir el convencimiento de que la mayoría piensa como V.? ¿Cuándo se ha verificado la votacion? ¿Dónde se contaron los votos? ¿Quién llevó á cabo el escrutinio?

—Eso, permita V. que se lo diga, es una verdadera niñería, no es preciso materializar hasta ese punto. Nada seria más fácil que probar á V. con textos que *todo el mundo....*

—Bien, no insisto: sé cuanto necesitaba saber: *todo el mundo* significa, para cada uno, los que piensan lo mismo que piensa él.

De forma que para éste, hay un *todo el mundo;* y para aquél, otro *todo el mundo* distinto. ¿Eres ministro?—Bien pudieras serlo; creerás que desempeñas el oficio como ninguno; los que te rodean, amigos, parientes, deudos, allegados, personas que esperan de tí favores ó solicitan mercedes, opinarán lo mismo que tú; á lo ménos dirán que opinan que eres mejor ministro que cuantos hubo en los pasados y ha de haber en los futuros tiempos. Esa será, para tí, la opinion de *todo el mundo*.

Tu émulo, el que desea sustituirte y acaso con probabilidades de conseguirlo, pensará de tí que eres un cernícalo y lo mismo pensarán los amigos, parientes, deudos y testamentarios que rodean al ministro futuro: esta será para ellos y para él la opinion de *todo el mundo*.

Publicas un libro, escribes una comedia, pintas un cuadro, haces una ópera, labras un monumento, ó te casas, ó te quitas la barba, ó te compras un sombrero; en cualquiera de esos casos los amigos íntimos se burlarán de tí, encontrarán el sombrero ridículo, y la tonsura cursi, y la mujer coqueta (lo ménos), y el monumento digno de Churriguera (lo más), y la ópera inaguantable, y el cuadro espantoso, y la comedia insulsa y pesado el libro; pero, como fácilmente se comprende, á tí te dirán todo lo contrario: celebrarán tu acierto, aplaudirán tu ingenio, ensalzarán tu buen gusto y te dirán cuanto pueda lisonjearte, exagerándolo cuanto sea posible para burlarse mejor de tí; porque, al cabo, si uno no se burlase de los amigos, ¿en qué habia de pasar los ratos de ocio? Para tí, *todo el mundo* son esos que te adulan; para los demás, *todo el mundo* son esos mismos que se burlan de tí: en este caso ese *todo el mundo* es el mismo para unos y para otros; sólo que cada cual lo mira á su modo.

Para el artista es *todo el mundo* los que le aplauden; para el sabio, es *todo el mundo* los que le admiran; para la mujer hermosa *todo el mundo* son sus amantes; para el deudor, *todo el mundo* son sus acreedores; para el general no hay más *todo el mundo* que los soldados, y para el abogado, *todo el mundo* son pleitos.

Hay en el fondo de estas deducciones algo que demuestra cuán cierto es que el hombre más experimentado y más corrido solo *ha visto el mundo por un agujero:* el agujero de su propia opinion y de sus personales conveniencias.

Todo el mundo es una frase muy usual y que refleja perfectamente nuestra soberbia y nuestra debilidad al mismo tiempo. Lo que nosotros pensamos, lo que nosotros creemos, eso presumimos que piensan y creen todos los demás; nuestras aspiraciones, nuestra opinion, nuestros principios, creemos asimismo que son los principios, la opinion y las aspiraciones de todos. Y sucede de ordinario, que los que nos rodean, ya por lisonjear nuestro amor propio con pobres adulaciones; ya por evitar polémicas desagradables; ora por apoderarse, con halagos, de nuestro espíritu; ora para burlarse de nosotros haciéndose dueños de nuestra voluntad, fingen pensar, opinar y creer como nosotros mismos pensamos, opinamos y creemos.

Y es tan grato, para la vanidad humana, advertir, no

que nosotros estamos conformes con *todo el mundo*, sino que todo el mundo está conforme con nosotros, que no vacilamos en llamar *todo el mundo* al reducido círculo de los lagoteros que nos rodean, nos halagan y nos adulan.

Bien consideradas unas cosas y otras, viene á resultar que si hubo un rey soberbio y arrogante que se atrevió á decir aquello de *L'etat c'est moi;* hay muchos millones de ciudadanos vanidosos que, aunque no lo digan en alta voz, repiten constantemente para su capote: *Todo el mundo*, soy yo.

A. SANCHEZ PEREZ

EL CÁRMEN
DEL RUISEÑOR
Tradicion granadina

En la márgen derecha del Dauro y no léjos del sitio llamado las *Angosturas*, existe, rodeado de otros varios, uno de esos deliciosos huertos que, únicamente en Granada y por privilegio especial, reciben el nombre de *cármenes*, conocido con el poético de *Cármen del Ruiseñor*.

El *cármen* de Granada es una cosa *sui generis*. No se asemeja en nada al *cigarral* de Toledo, ni al *miramar* de Valencia, ni á la *torre* de Barcelona, ni, saliendo de los límites de nuestra Península, á la risueña y elegante *villa* de Italia, el pintoresco *chalet* de Suiza ó el suntuoso y aristocrático *château* de Francia y Alemania. Es un pedazo de terreno de más ó ménos extension, por lo regular bastante accidentado, y en el que se encuentran mejor ó peor distribuidos, segun el capricho y la fortuna del propietario, espacios convertidos en lindísimos jardines, con fuentes, estatuas, estanques y paseos; bosquecillos de laureles ó frescos avellanos, con arroyos, grutas y bancos rústicos; cuadros destinados para hortalizas y árboles frutales, y sobre todo, miradores para contemplar los bellísimos panoramas que la Damasco de Occidente ofrece por donde quiera que se detenga la vista.

En cuanto al orígen de la palabra *cármen*, es la opinion más general que viene de una voz árabe que significa *casa de placer ó mansion de recreo;* si bien algunos han querido darle otra procedencia haciéndola derivar del latino *carmen* (verso, poesía).

Hé aquí ahora el sencillo pero poético asunto á que debe su nombre el *Cármen del Ruiseñor*.

***

En el año 843 de la Hegira, vivia en Tánger un noble y venerable anciano sobre cuya frente habia derramado el Altísimo ampliamente sus dones.

Llamábase Juzef-ben-Zahir, y sus largos dias eran de gloria y de salud. Las buenas hadas habian asistido sin duda á su nacimiento; su fortuna era inmensa, sus honores sin cuento, y su único hijo, jóven virtuoso y valiente, honraba las canas de su padre con las glorias adquiridas en los combates. Así es que la frente de Juzef estaba límpida y tersa sin que la surcase una sola arruga, y su luenga barba plateada causaba la envidia de todos los buenos musulmanes.

Sin embargo, estaba escrito en el libro eterno de Alah que no habia de pasar Juzef el estrecho puente que describe el Profeta, ántes de sentir clavada en su corazon la aguda espina del dolor. Llegó un dia en que el ángel Azrael cernió sobre la cabeza del anciano sus alas negras y azuladas como las del cuervo del desierto; y Juzef, para quien hasta entónces habia sido la vida un reflejo del jardin de Hiram, se doblegó como una débil caña bajo el peso del infortunio.

El gentil mancebo que hacia sus delicias, el hijo querido que estaba llamado á perpetuar su noble descendencia y á heredar su nombre sin tacha, cayó en un combate atravesado por una gumia.

Desde aquel momento terminó para Juzef la existencia; sus mejillas se demacraron y palidecieron, y su frente, antes serena, se surcó de profundas é indelebles arrugas.

Pasaba sus dias en el mirador de su palacio sin proferir una palabra, contemplando con arrasados ojos las azuladas ondas del Estrecho y las brumosas montañas andaluzas. En vano Fátima, su esclava favorita, le mostraba sonriendo las perlas de su boca, y pulsaba, sentada á sus piés, las melodiosas cuerdas de su guzla de marfil; Juzef que la amaba con el cariño de un padre, acariciaba con su mano trémula las negras crenchas de la jóven, y pagaba con una sonrisa dulce y melancólica sus esfuerzos por consolarle.

—Dicen, murmuraba una tarde Fátima con una voz tan suave y armoniosa como la de las hadas de Osian; dicen que más allá de ese mar que quiebra en sus ondas los postreros rayos del sol, más allá de aquellas montañas que tocan al cielo con su cumbre, hay una tierra hermosa y privilegiada, toda esmaltada de flores, y cuyos rios arrastran arenas de oro; dicen que sobre una colina roja como la escarlata que ciñe tu cabeza, hay un delicioso alcázar construido por las huríes en una noche de amor; dicen tambien que sobre el claro y refulgente cielo que cubre ese paraíso, está asentado el Eden que ofrece el Profeta á los buenos creyentes; tal vez allí hallarás el consuelo que te niegan las costas africanas.

Juzef miró tiernamente á su esclava, que esperaba anhelante su respuesta, y sonrió tristemente.

—Alah es grande! —dijo por fin.—El solo puede volverme la felicidad que he perdido!

Pero la imágen de aquella mansion de delicias, de aquel paraíso que Fátima le habia descrito, quedó desde entónces impresa en su mente, y llegó un dia en que dijo á su esclava:

—Quiero ir á Granada, á esa tierra feliz cubierta de fragantes flores y cuyos rios arrastran arenas de oro; quiero ver esa roja colina circundada de mágicos verjeles; quiero contemplar ese alcázar de rubíes que construyeron las hadas. Allí, no podré jamás olvidar á mi hijo; pero esperaré tranquilo á que se cuenten mis horas.

Y dos lunas despues, admiraban sus ojos el purísimo cielo de Granada y pisaban sus piés las perfumadas violetas que ostenta la Alhambra en la primavera.

En la ribera del Dauro, ese rio que se desliza suave sobre doradas arenas, compró por quinientos zequíes un cármen delicioso, desde donde contemplaba extasiado el alcázar de los Alhamares suspendido en un extremo de la Colina Roja.

Al pié de un fresco y sombrío avellano colocaba Fátima una alfombra de Persia, y recostado en ella el anciano dejaba vagar su imaginacion en melancólicos y dulces pensamientos.

Una tarde de junio se posó un ruiseñor sobre las ramas del avellano y entonó su triste cántiga.

Juzef quedó embelesado escuchando aquella dulce armonía. Parecióle que era el espíritu de su hijo bien amado, que le saludaba de nuevo deseándole prosperidad.

Todas las tardes acudia Juzef ansioso al pié del avellano, y siempre los ecos del avecilla canora deleitaban sus oidos y sumergian su alma en un mar de suaves y deliciosas meditaciones.

Fátima, viendo contento á su señor, se retiraba en silencio, y sólo volvia para acompañarle á su cámara cuando el sol se ocultaba tras Sierra Elvira.

Una tarde en que, como de costumbre, escuchaba Juzef al ruiseñor posado en una rama sobre su cabeza, le pareció que los trinos de éste, más cadenciosos y sentidos que los dias anteriores, se debilitaban por momentos. Azorado el anciano, levantó su cabeza y vió á la pobre avecilla que, cesando en su canto, escondia el pico entre las alas.

Fátima llegaba en aquel instante. Juzef apénas tuvo tiempo de mostrarle el ave; las alas de esta se agitaron con un movimiento de agonía, y cayó exánime junto al anciano, por cuyas mejillas rodaron dos lágrimas.

En vano intentó la esclava hacerle incorporarse para trasladarle de aquel sitio. Juzef dobló su abatida frente y quedó muerto sobre la alfombra al lado del ruiseñor.

SALVADOR PEREZ MONTOTO


JOSE Y LA MUJER DE PUTIFAR grupo en marmol por Adam Tadolini

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 21 DE JULIO DE 1884 — NUM. 134

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA SALIDA DE LA ALDEA, cuadro por H. Konig

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

La salida de la aldea, CUADRO POR H. KONIG

La tropa, alojada en las casas de la aldea, ha recibido órden de emprender la marcha, y el corneta de caballería recorre las avenidas de aquella tocando llamada. Los ecos del clarin no sólo atraen á los soldados, sino tambien á las muchachas y entre ellas á la sensible jóven en cuyo corazon han dejado profunda huella las galanterías del apuesto corneta. Dolorosa es la despedida, pero el soldado ve en perspectiva otras aldeas y otras muchachas, y aunque jura á la doncella constancia eterna, sus juramentos se disipan con los últimos ecos del marcial instrumento.

El autor de este cuadro, discípulo de la escuela de Munich, se ha conquistado un nombre apreciable en su patria por sus obras de este género.

Museo nacional de pinturas en Berlin

Miéntras los cañones alemanes en Sedan proclamaban la caida de un imperio y en Versalles proclamaban el nacimiento de otro imperio, en Berlin, la capital de la nueva confederacion, en Berlin, cerebro y brazo de esa guerra que ha trastornado la vieja manera de ser de Europa, se estaba construyendo un grandioso y elegante monumento, dedicado, segun se lee en su frontispicio, *á las artes alemanas*. Este monumento, reproducido en el presente número de la *Ilustracion*, es el Museo nacional de pinturas, imponente edificio de estilo griego, porque. dígase lo que se quiera, siempre que del arte se trate, el buen sentido pagará tributo á la patria de Apeles y de Fidias.

El aspecto de ese Museo nos recuerda involuntariamente la Magdalena y la Bolsa de Paris, en donde el estilo griego está mucho ménos bien aplicado, pues jamás Grecia nos inspirará ideas mercantiles, ni la arquitectura de sus templos, construidos para adorar en ellos á divinidades paganas, levantará nuestro pensamiento á las alturas donde reside el Dios de los cristianos. Por el contrario, al subir la doble escalinata que conduce á las puertas del Museo berlinés, al detenerse en su ancho vestíbulo, al contemplar esa construccion de que puede envanecerse la capital prusiana, se respira ambiente de arte, y el *touriste*, impresionado, aguarda la aparicion de Demóstenes y de sus discípulos.

Los berlineses deben estar satisfechos de su obra: miéntras exclamaban *¡Vœ victis!* en tierra conquistada, entonaban el ¡gloria al arte! en la capital conquistadora.

La Primavera, CUADRO POR PABLO THUMANN

El autor de esta deliciosa composicion pinta con maestría mujeres agraciadas, y por inclinacion y estudio propende á los tipos de la antigüedad y áun al género que hizo inmortal el genio de Apeles. Véase, si no, la bellísima criatura con que ha simbolizado la primavera y que seria tal sin necesidad de esas flores hermosas, muy hermosas, pero no tanto como la jóven que las coge. En esta reside la verdadera primavera de la vida y de la belleza, primavera sin tormentas; belleza ingenua, simpática, admirable para cuantos conciban estéticamente á una mujer ántes de cumplir veinte años.

Representa, además, la Primavera de Thumann la hermosura superior, que es la del alma: esas formas correctas, esos ojos de cielo, esa boca sin tacha, ese conjunto armónico que parece entrevisto en un momento de éxtasis artístico, nada dice á los sentidos, nada á la brutal carne, nada á los que buscan la perfeccion de la materia por el miserable placer de envilecerla... El pintor ha querido, á nuestro modo de ver, reproducir á la vírgen cristiana que pisa la tierra como la pisaron los ángeles de la Biblia, ¡y en cuya tersa frente y dulce mirada hay como cierta predestinacion á una vida que no es nuestra vida, á un amor que no es el amor de la tierra.

En ese cuadro todo está en primavera, las flores, la mujer y las pasiones.

En la ciudad y en el campo

Las mujeres son bonitas en primer lugar.... cuando lo son, y en segundo lugar cuando saben sacar partido de sus naturales atractivos, ataviándose segun las circunstancias de ocasion, lugar y tiempo. Tal dama, realmente hermosa, se hace ridícula por su atavío, y tal otra, que le debe bien poco á la naturaleza, se hace simpática y sobresale por el buen gusto de su tocado.

El autor de esos bonitos dibujos ha querido demostrar, sin duda, que era inteligente en el ramo, y del parangon entre aquellos resulta que una mujer puede ser tan simpática envuelta entre encajes como envuelta entre pieles, á la luz de bujías como á la luz del sol, bajo la atmósfera pesada de los salones y bajo la atmósfera límpida del campo.

La artillería un dia de combate
CUADRO POR RICARDO BALACA

Reproduccion fotográfica por el procedimiento de Meisenbach

El malogrado autor de ese cuadro tenia, como muy pocos, el don de *sentir* los tipos que reproducia. Cuando esos tipos eran soldados del ejército español, sus pinturas olian propiamente á cuartel ó á campamento. Sus escenas de batallas no tenian, ciertamente, la grandiosidad de las de Le Brun, ni siquiera de las de Vernet; pero sí tenian un sabor de la tierra que las aquilataba á los ojos de los inteligentes y aun de los meros aficionados.

Véase, sino, la escena que reproducimos y diga cualquiera que conozca nuestra artillería rodada, si cabe pintar con mayor conocimiento de causa y con pincel más expresivo. Esos soldados son nuestros artilleros, bravos, fuertes, resistentes en los dias de mayor fatiga; ese tren de batalla es nuestro tren cubierto de gloria en los africanos campos... Movimiento sin confusion, actitudes tan naturales que parecen tomadas del natural por la fotografía instantánea, correctísimo dibujo y sobresaliente verdad, son las condiciones que avaloran ese bello cuadro del que fué nuestro distinguido colaborador y al par nuestro simpático amigo.

El tirolés Hofer
RECIBIENDO UNA CARTA DEL EMPERADOR DE AUSTRIA EN LA QUE LE OFRECE AUXILIO, cuadro por F. Defreyger

Conocida ha sido de todo tiempo la adhesion del montañoso Tirol á la casa de Austria. Esta adhesion hizo que, tan luégo como el victorioso Napoleon I desposeyó de aquella provincia al emperador Francisco para entregársela al rey de Baviera, aliado de los franceses, se pusieran en comunicacion los guerrilleros del país con la corte de Viena, y que pasara la frontera el general austriaco Chasteler con una division, siendo esto la señal de un alzamiento general. Andrés Hofer, que con Speckbacher y el capuchino Haspinguer, se puso á la cabeza de aquellos montañeses, recibió una carta de puño y letra del emperador austriaco, en la que les prometia más auxilios y les daba su palabra de que jamás haria la paz con Francia sino á condicion de que el Tirol continuara unido á la corona austriaca. Con tales promesas aquellos caudillos emprendieron una activa campaña, derrotando á las aguerridas tropas francesas en varios reencuentros, mas al fin hubieron de ceder ante el creciente número de sus contrarios, la retirada del general Chasteler, y el abandono del Tirol por el emperador Francisco, quien consintió que se dividiera este fidelísimo país entre Baviera é Italia. Hofer fué capturado por los franceses y pasado por las armas en Mantua.

El cuadro del pintor Defreyger, perfectamente dibujado y de vigorosa entonacion y colorido, nos da una exacta idea del aspecto de aquellos bravos y enérgicos montañeses, en cuyos rostros se ve retratado su varonil caracter y la conviccion con que ponian sus vidas y haciendas á disposicion de la causa por ellos defendida.

LOS POMPEYANOS EN CÁPARRA

Episodio histórico

POR DON PUBLIO HURTADO

I

La ciudad de Cáparra, fundada por los vettones lusitanos, en las inmediaciones de la actual villa de Oliva de Plasencia, sobre 700 años ántes de la venida de Jesucristo al mundo, y de la cual apénas quedan hoy más que diseminados cimientos, columnas mutiladas y pórticos desmoronados, con alguna que otra inscripcion, que la piqueta destructora del tiempo se ha encargado de hacer ilegible, era por el año 44 ántes de la era cristiana, una de las poblaciones más importantes de la Lusitania, por más que las fatales consecuencias de las guerras sostenidas sin tregua por sus hijos con los romanos, atrayendo sobre ella las iras de estos, hubiesen sido causa de su incipiente decadencia.

No hacia muchos lustros que las legiones del Lacio, sometiéndola al señorío de la reina del Tíber, le habian impuesto su organizacion municipal, su régimen administrativo y sus leyes tribunicias y consulares; aunque, á decir verdad, todo esto estaba en desuso, entre gentes que, mirando con prevencion cuanto á romano trascendia, conservaban un apego inquebrantable y un culto idólatra al modo de ser social y á las costumbres peculiares de sus mayores.

Era el caer de una tarde de los primeros dias de noviembre del año referido: el sol acababa de hundir su ígnea cabellera en los mares de occidente, y en el espacio ondulaban los arreboles crepusculares, confundidos con los argentados rayos de la luna, que ya habia aparecido en las alturas celestes, en toda su majestad y plenitud.

Por el camino, ó mejor dicho, por la senda escabrosa que desde *Cauria* (Coria) conducia á Cáparra, avanzaba hácia esta un grupo de tres personas.

Una de ellas marchaba á pié: las otras á caballo.

El peon, que iba delante, como sirviendo de guía á sus compañeros por aquellos argomales, vestia el traje del país. Tosco sayo de lana oscura, con capucha en su parte superior; cinturon de tiras de piel trenzadas, llamado *balteo;* calzon corto y ajustado, denominado *bracca* (de donde se derivó despues la palabra *bragas); ocreas* ó botines tejidos de crines de caballo; y calzando los piés rústicas esparteñas. De su cinturon pendia el indispensable *framba*, puñal de unos veinte centímetros de largo, que usaban las gentes del país; á la espalda llevaba su *cetra*, escudo de cuero endurecido á fuego, y se apoyaba en una lanza de poco más de un metro de longitud.

Los jinetes se envolvian, preservándose del viento norte que soplaba, en amplias y oscuras *lacernas*.

El primero ostentaba sobre su cabeza refulgente casco de bruñido acero, cuya cresta era una loba, sujeto á la barba por cinceladas carrilleras; y los tibiales que asomaban por bajo de la lacerna eran de escamas aceradas.

El que cerraba la marcha, llevaba la cabeza sepultada en el profundo capuchon de su abrigo; y á sus piernas se amoldaban vistosas calzas purpúreas, ajustadas por delgadas correas que arrancaban de los *crépidas*, zapatos fuertes, de orígen griego, que calzaba.

II

—¡Infernal camino!—exclamó el primero de los jinetes, tirando con fuerza de las bridas á su cuatralbo, que habia dado un tropezon mayúsculo.—¿Nos resta aún mucho que andar, Antonio Lucio?..

—Señor,—contestó el peon de vanguardia,—al cabo de una milla, habremos salido á campo despejado.

—¡Por Fano!—repuso con marcadas muestras de cansancio el postrer jinete.—¡Una milla todavía!—No sé si podré llegar con *ánima* á ese término. Pero lo que más siento es el lastimoso estado en que deben ir mis truchas!

—No te preocupes de ellas, caro Servilio. Con tal que nosotros llegásemos ilesos, bien podríamos consentir en la pérdida de tu adquisicion.

—¿A un bocado tan delicado en estas longitudes?

—Tan delicado y todo. ¿Es la cosa para ménos?.. A fe que si la noche nos sorprende por estos vericuetos, y la luna no nos ayuda con su claridad, excusados tiene César otros auxiliares para desembarazarse de nosotros.

—¡Los rayos de Júpiter lo confundan!

Anduvieron algun trecho.

El postrer jinete (que de todo tenia ménos de tal) no hacia más que buscar una postura cómoda á su adiposa humanidad sobre su caballería, lo que á pesar de sus ensayos no lograba.

Su compañero, que lo advirtió, hubo de decirle:

—Comprendo, mi buen amigo, las incomodidades que esta caminata te proporciona. No es lo mismo acudir en perfumada litera á los olímpicos banquetes de Lúculo ú Hortensio, que andar rodando por estas fragosidades, como satélite de un infortunado aventurero.

Servilio suspiró.

—¡Cuántas veces te habrás arrepentido de no haber seguido el partido triunfante del pretendido descendiente de Vénus y Anco Marcio!...

¡Gneo!... mi firmísima adhesion...

—No te ofendas, porque no ha sido mi ánimo lastimarte. Pero, confiésalo: aunque tu voluntad sea de sacrificarte en mi pro, tu modo de ser se rebela á cada instante contra esta vida de privaciones, de agitacion y sobresaltos.

—¡Oh, sí!... Sólo por tí...

—Aprecio en lo que vale la violencia que te haces, y te recompensaré con creces, si la victoria corona nuestros esfuerzos. Yo te conferiré un cargo, que rehaciendo tu perdido patrimonio, pueda satisfacer tu glotonería. Te daré el gobierno de la Cilicia.

—El país de la miel perfumada y de los quesos. ¡No me seduce! Sus costumbres tienen mucho de salvajes, y está expuesta á las invasiones de los mosinecos del Ponto.

—Irás á la Cirenaica.

—El granero de Roma. Tampoco me gusta. La endémica melancolía que en aquel aire se respira, me haria morir de nostalgia.

—Entónces te quedarás en España. Aquí, con más sosiego del que hoy disfrutas, podrás apreciar la bondad de sus productos, y habitar ciudades como Córdoba ó Hispalis, ó puertos como Gades, Cartago-Nova ó Ampurias.

—La encuentro harto lejana de la ciudad del Capitolio.

—¿Y la pretura de Sicilia?

—No, no, querido Gneo: un gobierno de provincia seria para mí un cargo insoportable. Adjudícame la prefectura del Erario, y...

—Y escribe en el Díptico mi nombre ¿no es así?

—No, no aspiro á tanto. Baje conmigo á la tumba hasta el recuerdo de que existí en el mundo. No trato de ser bienhechor más que de mí mismo. Guárdese ese honor extraordinario para tí, y para los que, como tú, se empeñan en hacer la felicidad del Universo. Yo no quiero más que á Roma, á mi adorada Roma, cuya vida es la vida de la voluptuosidad y la molicie, y á donde afluye todo, desde los escaros de la Troade, hasta los *cuniculus* lusitanos, desde los faisanes de la Cólquida, hasta los lechoncillos de la Provenza.

III

En este coloquio llegaron al descampado anunciado por el pedestre guía.

Apénas salvaron los últimos chaparros del monte, una escena tan nueva como inesperada surgió ante sus ojos.

En la márgen izquierda del rio Ambroz, que corria á poca distancia de ellos, se hallaban apostadas hasta una veintena de personas de distintos sexos y edades, y por su traje hasta de diversas condiciones sociales.

Tan atentas estaban á la operacion á que asistian, que no hicieron alto en los aparecidos.

Estos observaron que uno de los circunstantes, tomando de manos de otro, al parecer criado, una tabla cóncava, sobre la que descansaba un niño recien nacido y en completo estado de desnudez, se inclinaba hácia la corriente, á la que abandonaba el improvisado esquife con su inocente carga.

La infeliz criatura, aterida de frio, lloraba con toda la fuerza de sus tiernos pulmones.

Los testigos de tan cruel accion, con los semblantes tristes, y miradas de indescriptible ansiedad, clavaban sus ojos en el infortunado navegante.

Las ondas empujaron la aventurera embarcacion, que en breve fué arrebatada por la corriente.

Nadie respiraba.

Los espectadores, alargando el cuello y con las bocas entreabiertas, no perdian el más ligero vaiven de la diminuta lancha.

A unos cincuenta metros más abajo del punto en que se habian estacionado los tres caminantes, otro hombre, con una larga percha y desnudo de muslos abajo, parecia aguardar al inconsciente argonauta.

Mas al confrontar con nuestros conocidos el receptáculo que lo conducia, chocó con una piedra, el niño vaciló, efecto de lo brusco del choque, y cayó al rio.

Un grito unánime y dilacerante se escapó de las bocas de cuantos tal escena presenciaban.

El caballero Gneo, movido á compasion, ordenó á su acompañante:

—¡Sálvalo, Antonio Lucio!

—Señor, es imposible, -contestóle éste encogiéndose de hombros.

En tanto se levantaba en el vecino concurso plañidero vocerío.

Dominándolo y con voz de trueno, dijo el que habia lanzado el niño á la corriente, y que parecia por su vestimenta y arrogancia la persona de más elevada posicion de las allí reunidas:

—Ya lo ves, Atrebato. Las olas han revelado su punible veleidad. ¡Naza debe morir!

El venerable anciano á quien se habia dirigido, contestó:

—A no haber mediado tan infalible prueba, no la hubiese tenido por culpada. Ahora... tú lo has dicho, Filon: debe morir. ¡Pobre hija mia!

Y una lágrima de dolor, rebosando en sus párpados, descendió por sus mejillas, hasta ocultarse avergonzada bajo las nevadas hebras de su luenga barba.

—Hemos, pues, concluido,—añadió Filon, dando media vuelta, con excitacion marcada.— Tornemos á la ciudad.

El cortejo se puso en marcha, los hombres taciturnos, llorosas las mujeres, y más que todas una niña de diez años de edad próximamente, á quien Filon tomó de la mano, cuyo dolor, más agudo que el de los demás, ó ménos comprimido, la hacia prorumpir en lastimeros ayes.

El de la pértiga abandonó tambien la orilla del rio, y con aquella al hombro se incorporó á sus convecinos, sin curarse de la criatura sepulta bajo las ondas.

—¡Pero esto es atroz, inhumano! ..—exclamó Gneo.— ¿Qué significa tan bárbara ceremonia?

—Significa, señor, que hay una mujer recien parida; que su marido, que es el que ha arrojado el niño al agua, duda de su paternidad; y que el rio sumergiendo en su seno á la criatura, ha probado cuán fundadas eran las sospechas del padre acerca de la fidelidad de su esposa.

—¡Extraño procedimiento!—observó el asendereado Servilio.

—¿Y qué era preciso para que el rio hubiese demostrado lo contrario?

—Que el niño hubiese llegado flotando hasta donde lo aguardaba el ganapan de la percha.

—¡Oh, Filon, Filon! —exclamó Gneo.—¡En crítico momento vengo á implorar tu apoyo!

—Qué, ¿le conoces? —interrogó el ilustre epulon.

—Estuve hospedado en su casa algunos dias, en compañía de mi padre.

Y miéntras cambiaban estas palabras, se volvieron á poner en marcha, siguiendo la ruta emprendida por los caparrenses.

IV

Antes de trascurrir media hora, penetraban en la ciudad, en la que les esperaba otro espectáculo no ménos extraordinario.

En el centro de ella, es decir, en lo que pudiéramos llamar la plaza pública, dada su situacion y amplio perímetro, sorprendieron á más de mil personas, las que, unas cogidas de las manos y formando círculos, y otras sueltas, pero todas luciendo sus mejores galas, bailaban y triscaban á porfía, con la faz levantada hácia la luna, y entonando á coro, en lengua celtibérica, una plegaria, cuya música era tan original como la ceremonia.

Aquello, más que una ciudad, parecia un manicomio al aire libre.

—¡Magnífico ejercicio para hacer la digestion!—se le ocurrió al futuro Prefecto del Erario, al hacerse cargo de tan desusadas piruetas y ridículas jerigonzas.

Esta es la fiesta del *igoandia*,—observó Gneo.

—¿Luego tú ya la conocias?

—En la ocasion que te he referido la presencié por vez primera. Se la tributan á la luna, que ellos llaman Astartea, una de sus principales divinidades.

—¡Astartea... Astartea!... Me parece haber oido en alguna otra ocasion ese nombre.

—No es difícil.

—¡Justo!... A un esclavo de Gabinio, el gobernador de la Siria: ¡un cocinero excelente! No habia otro que le igualase para aderezar un plato de esturiones.

Por fin, atravesando aquella alegre multitud, que no se ocupó, ó no aparentó al ménos ocuparse gran cosa de ellos, arribaron al domicilio de Antonio Lucio.

La madre de éste, romana y nodriza que habia sido del caballero Gneo, los esperaba en la puerta con marcadas señales de contento.

Al llegar á ella los viajeros, la buena mujer se arrojó á los piés de su lactado, y tomándole las manos se las besó con júbilo inusitado.

—¡Salve, querida Vocusia!—exclamó al verla el caballero.—No dirás que tu hijo ha pasado el recuerdo de su cara nutrix por las aguas del Leteo.

—¡Ah, señor! ¡que no quepo en mí de gozo!—contestó la romana.

—Tú esperarias un huésped, y son dos los que acuden...

—Mi pobre choza es tuya,—interrumpió la gozosa matrona. —¿Cuándo se ha visto tan honrada?

En tanto, Servilio alargaba á Antonio Lucio una bursaca de mimbre en donde sin duda conducia su adquisicion: ayudado del mismo desmontaba con la pesada agilidad que le permitia su ventruda mole, y columpiándose sobre sus piernas, penetró en casa de Vocusia, con la cestita que por breves momentos habia encomendado á Antonio Lucio abrazada hasta con cariño.

V

—Y dime, Vocusia, ¿podré ver y hablar en seguida con Filon? ..

—¡Con Filon!... Hoy es dia nefasto para entenderse con él.

—Lo sé; pero yo preciso verle.

—Pues no sé, porque salió de su casa á una prueba....

—De que ya ha vuelto.

—¿Cierto?... ¿y querrias decirme el resultado?... —interrogó con cierta ansiedad la matrona.

—Ha sido fatal.

—¡Pobre Naza!... y yo podria jurar que no es culpable.

—Adios, voy en su busca.

—Seré tu guía.

—No: aún recuerdo donde mora. Quédate con mi amigo, que ha de necesitar más que yo de tus cuidados.

Y salió.

—Dispon, señor,—dijo Vocusia dirigiéndose á Servilio.

Este habia tomado posesion de un escaño, sin curarse de ceremonias.

—¡Ah! si tú no me socorres...

—Aguardo tus órdenes.

—Por el pronto inspeccionemos el estado en que vienen estos pececillos.

Y destapaba la cesta.

—¿Truchas?—preguntó Vocusia aproximándose para examinarlas.

—*Salmo trutta*. A falta de otros, no es mal bocado. Y ¡vaya! no han sufrido mucho con el traqueteo del camino, del que traigo molidos los huesos. Vas á prepararlas como yo te diga. ¡Pero truchas sólo! ¿No tienes alguna otra cosa con que obsequiarnos?...

—Un lomo de jabalí...

—¡Magnífico! El último lo comí en un banquete del mímico Laberio.

—Dos docenas de tordos...

—¿Tordos tambien? ¡Ah! Me recuerdas los vivares de los contornos de Roma. ¿Sabes que estoy á punto de reconciliarme con este inculto país?

—Todo es hasta hacerse...

—Pues manos á la obra y no perdamos instante, que mi estómago se rebela contra el olvido en que le tengo.

Y empezó á dar sus culinarias instrucciones á la servicial madre de Lucio.

VI

A pesar de hallarse el pueblo en general entregado á los trasportes místico-gimnásticos de la fiesta de Astartea, el circular vestíbulo de la casa de Filon se hallaba invadido de gente.

El triste resultado de la *prueba del agua* habia volado de boca en boca, y muchos amigos, interesados en su desgracia, habian acudido á demostrarle su adhesion y sentimiento.

Mas Filon no estaba en ella.

Dada cuenta á su postrada cónyuge del naufragio de su hijo y del destino que la aguardaba, habia salido á casa de Atrebato, á reintegrarse del dote, que á cambio de la posesion de su hija, le habia entregado el dia de su consorcio.

La prueba de su adulterio le daba derecho á reclamarlo.

Desde el instante en que una reo de este delito era condenada á la última pena, la entrada en su estancia quedaba expedita á cuantas personas querian despedirse de ella.

El caballero ante aquel duelo anticipado, quedó indeciso bajo el pórtico de entrada.

La jovencita que tornó á Cáparra de la mano de Filon, lloraba sentada en el umbral de otra puerta, de las varias que se veian en torno del vestíbulo.

Al ver al forastero, se levantó, y yendo á su encuentro lo tomó de una mano y lo introdujo en la estancia de que parecia guardiana.

Sin duda creyó que el romano acudia tambien á despedirse de su madre la recien parida.

Esta, sobre un lecho que sólo se elevaba medio metro del suelo, sollozaba silenciosamente.

Al sentir cerca de sí ruido de pasos, abrió los hermosos ojos, arrasados en lágrimas, y los fijó en el advenedizo.

Su palidez era tan extremada como su hermosura.

Su edad próximamente siete lustros.

—¡Naza!—dijo al verla el caballero.

—¡Ah, señor! ¿tú aquí?... Sin duda llegas á hacerme algun encargo para el otro mundo.

—Acabo de saber que las seculares costumbres de tu pueblo te han condenado á morir.

—Sí: voy á morir, ¡pero inocente! repuso Naza rompiendo en llanto nuevamente.

—¿Por qué ha dudado entónces Filon de tu pureza?

—Lo sabrás. Un dia fué á Ebura; y, aunque sin causa, su celosa condicion le hizo consultar á la profetisa Olba. Esta le predijo que un romano le habia de hacer sufrir la mayor de las ignominias. ¡Malhadada prediccion! Desde aquel dia, él, que no concebia más baldones que los que pudieran hacerse á su honor en mi persona, se hizo más receloso y taciturno: el aire que oreaba mis cabellos le ofendia, y me vigiló como un Cerbero dia y noche. Quiso el Hado implacable que acertase á hacer alto en Cáparra, en una de sus expediciones por el país, el legado Aulo Trebonio, que procaz y disoluto puso sitio al tesoro de mi honra. ¿A qué he de referirte los sinsabores que sufrí? Ni mi esquivez, ni mi prudencia, ni mi aislamiento, me libraron de tan odiosa pesadilla. Trebonio me acosaba hasta en mi propio hogar, valido de su autoridad y de las relaciones que por virtud del cargo oficial que ejerce mi marido, mediaban entre ambos... Hasta que un dia... hallándome en casa de Vocusia, apareció en ella el protervo legado. Tal vez mi aversion hácia aquel hombre y el disgusto que me proporcionó su presencia, quizás alguna novedad en mi naturaleza, me hicieron perder el sentido y caí exánime al suelo. Cuando torné de aquel malhadado deliquio, me hallé en brazos de mi esposo que rugia sordamente y á presencia de Vocusia y del sicario de César que me devoraba con su mirada libidinosa. Filon desde aquel dia, se tornó conmigo, no ya esquivo sino cruel: sus desprecios, sus modales, las cortas frases que cruzaba conmigo, me transian el alma; y cuando, el dia mismo en que se cumplian las nueve lunas á contar desde la ocasion referida, le dí el hijo que tanto deseaba, sin compasion de mi estado, sin leer en mis ojos velados por lágrimas de acíbar el testimonio de mi honradez, sin escuchar en mis sollozos el eco de la inocencia, calificó de espúreo el fruto de mis entrañas.

—¡Pobre Naza!

Esta desahogó un poco su afligido pecho y prosiguió:

—Yo invoqué la veracidad de Vocusia, que por todos los dioses del Olimpo me juraba no haber sido tocada por Trebonio, al perder el conocimiento en su morada. ¡No bastó razon alguna! El niño fué arrebatado de mi regazo, y sacrificado á la condicion celosa de su padre, que ante la incompleta prueba practicada, bien podia haber abierto los ojos á la luz de la realidad.

—¿Incompleta dices?

—Sí; mi hijo no se sumergió por sí solo en la corriente. Dijéronme que el chocar con una piedra...

—Ciertamente, fué la que lo hizo caer al agua y perecer.

—¡Ya lo ves! La prueba de mi culpa es imaginaria; ¡y sin embargo tengo que morir, y mi recuerdo será maldito entre los mios!

—No, pobre madre: bastante has sufrido, áun cuando hubieses sido delincuente, con la pérdida de tu hijo. Tú no morirás.

—¡Ah, señor! gracias mil, no por las seguridades que me das de la existencia, sino por esa voz conmiseradora y de justicia que alzas en mi obsequio, en medio del completo abandono en que todos me han dejado.

—¡Tú, Naza, debes vivir!

—Sí; y deseo vivir, más que por las dulzuras que la existencia puede prometerme, á merced de esa pasion sombría llamada celos, por vengar el ultraje que Trebonio trató de hacer á mi marido, y demostrar á este que soy digna de compartir su tálamo con él.

Y la niña de que ya hemos hecho mencion, comprendiendo más por intuicion que por el alcance de las palabras que oia, que Gneo era un bienhechor de su afligida madre, se abrazó á sus rodillas, trasportada de infantil reconocimiento.

VII

En el zaguan resonó de pronto lastimero coro.

Los circunstantes lo elevaron á la aparicion de Filon.

Gneo le salió al encuentro, con la sonrisa de la amistad en los labios, aunque en tan críticas circunstancias pareciese un anacronismo.

—Noble duunviro,—(le dijo el romano, saludando á Filon, que ejercia tal cargo en el municipio caparrense)— un instante solamente.

El aparecido lo abarcó de arriba abajo, con mirada fosca y recelosa.

—¿Quién eres?...—le interrogó.

—Lo sabrás, si accedes á que hablemos un momento á solas.

—Pasa.

Y le indicó con la mano otra de las puertas que se veian en torno del pentagonal vestíbulo.

Una vez en la estancia á que daba paso, el duunviro la cerró cuidadosamente.



MUSEO NACIONAL DE PINTURAS EN BERLIN



LA PRIMAVERA, cuadro por Pablo Thusmann

—¿No me conoces?—le preguntó Gneo.

—No recuerdo. Lo que veo en tí es un romano, á todos los que detesto.

—A todos no, seguramente. Pero fíjate en mí: ¿tú no me has visto alguna otra vez?

—No estoy para recordar, y ménos para perder el tiempo. Abrevia: díme tu nombre y el fin con que me buscas.

—Soy Gneo, el hijo mayor de Pompeyo *el Grande*.

—¡Ah! sí. Perdona. Tú asististe á mis nupcias, con tu padre. ¡Cuánto cambio desde entónces, justo Teutes!. . ¿Y vienes solo?

—No.

—¿Con tu padre?

—No lo ha permitido el Hado. El vencedor de *los piratas* murió asesinado, de órden del rey de Egipto, su pupilo.

—¡Maldades, traiciones, iniquidades por doquiera!—dedujo Filon de tal noticia.

Y rechinaba los dientes y apretaba los puños hasta hacer crujir los huesos.

—César, codicioso del poder supremo, lo persiguió hasta hacerlo morir, para ser solo en el mundo.

—¿Y tú?

—Yo heredero de su nombre y sus derechos, trato de reivindicarlos con las armas.

—Sois, pues, enemigos.

—¡A muerte! El mundo está dividido en dos bandos contrarios: él capitanea uno, yo el otro. Los dos no cabemos en su ámbito... ¿A cuál piensas tú favorecer?

Filon al pronto, no contestó.

El problema planteado no era de aquellos que pueden resolverse en el acto, sin exponerse á graves compromisos y magnas responsabilidades.

En el silencio del vetton, en su mirada escrutadora, en la actitud que tomó, cruzándose de brazos y apoyándose con cierta sorna sobre el saliente esquinazo que determinaba en la pared el hueco del pórtico, comprendió el hijo del conquistador del Asia, que se las habia con un hombre de Estado, acostumbrado á madurar sus resoluciones.

—La mayor parte de España sigue mi causa,—añadió el jóven patricio, para alentar su resolucion é infundirle confianza.

Filon nada objetó.

Su silencio iba ya alarmando á Gneo, á cuya imaginacion acudió de súbito una idea salvadora, que al punto tradujo en palabras.

—En tu patria,— prorumpió,— sólo me queda un enemigo que batir: Aulo Trebonio.

—¡Oh!—exclamó el duunviro, experimentando una sacudida brusca en todo su sér, como si una saeta le hubiese traspasado el corazon.

El romano, que al vuelo comprendió que habia dado en el blanco, se apresuró á aprovechar la inquinia de su interlocutor.

—Sentiria haberte juzgado devoto mio, y encontrarme con que lo eras en cuerpo y alma del Legado....

—¡Jamás! ¡jamás! Por mucho que le odies, que le abomines, que le detestes, nunca será tanto como yo.

—¿Contribuirias de buen grado á su ruina?

—Su vida, su sangre no bastarian á apagar mi sed de venganza.

—Nos anima entónces el mismo deseo, y... por lo tanto cuento contigo.

—Sí,—respondió resueltamente el enojado hispano: —te ayudaré á vencer, ó moriremos juntos.

Y se estrecharon las manos en señal de alianza.

—¿Sabes en dónde se encuentra ahora?—interrogó Pompeyo.

—Partió hace un mes al país de los cántabros.

—¿Con mucha gente?

—Dos legiones.

—¿Y tú qué fuerzas?...

—Cáparra te dará media legion próximamente, para lo cual mañana convocaré á sus hijos á *consejo armado*.

—¡Ah! voy á serte deudor de la victoria.

—¿Nada más se te ofrecia?

—Sí. He visto á Naza.

El entrecejo del duunviro, que la halagüeña idea de la venganza habia desenfoscado, tornó nuevamente á plegarse, y sus pupilas fosforescieron de cólera, al escuchar el nombre de su hermosa compañera.

—¿Y bien?...—preguntó con sequedad y acrimonia.

—Sé que la has condenado á morir.

—No, yo no: las sábias leyes de nuestros mayores. ¡Tampoco! Su delito, sólo su delito.

—No te obceques, Filon: tu mujer no ha delinquido.

En el pecho del vetton hirvió la ira, y en la ofuscacion que le causó, dió un paso audaz hácia Pompeyo. Mas comprendiendo al punto su demostracion y conteniendo los impulsos de su indignacion, repuso con sarcástica tranquilidad:

—¡Vamos! No hablemos de eso.

—Pues precisamente de eso hemos de hablar,—dijo el romano que por su serenidad, á pesar del imprudente ademan de su atlético auxiliar, formaba con éste completo contraste.—¿Tu hijo se sumergió por su propio peso en la corriente (en cuyo caso la prueba era cumplida, segun vuestras leyes) ó fué efecto de aquel tropiezo malhadado?



EN EL CAMPO

—Te he advertido que me dejes en paz, si quieres ser amigo mio.

—Porque lo soy entro contigo en estas disquisiciones. Tú has perdido la tranquilidad de tu espíritu, juzgando á Naza indigna de tu consideracion; y yo quiero probarte que esa mujer aviltada, envilecida y despreciada por tí, es inocente; que una suspicacia de tu condicion celosa, ha creado en tu alma la tempestad que á cada instante engendra esos rayos que fulminas...

—¿Quién te ha dicho que yo padezco celos? ¿ella quizás?...

—No: tú mismo me lo estás demostrando en este instante. Si no hubiera sido por ellos, si no hubiesen vendado los ojos de tu razon, ¿qué felicidad hubiese igualado á la tuya sobre la tierra? Además. .

—¡Oh! acorta.

—Yo necesito, ó mejor dicho, ambos necesitamos de su cooperacion, para lograr nuestros comunes fines.

—¿De su cooperacion?

—Justamente. Tu desagravio, como mi triunfo, dependen de ella.

—No entiendo.

—Ya lo entenderás. Pero es preciso, para ello, que esa sentencia de muerte se revoque.

—¡No lo permita el justiciero Thobel! Ni ella, ni toda nuestra raza han de valer más que las inmutables y sagradas leyes de nuestros abuelos.

—Entónces, yo, Gneo Pompeyo, generalísimo de los ejércitos romanos, usando del derecho que como á tal me conceden las leyes de mi patria, impuestas á los países sometidos á su dominio, opongo mi *veto* á esa sentencia de muerte, é impido su ejecucion.

—¡Aaaarrrr! -rugió Filon, ante la salida legal de Pompeyo.—¡Y vienes á pedirme socorros para tu empresa!

—Que no me negarás seguramente, á no ser que contribuyas de ese modo al engrandecimiento de nuestros adversarios

Filon, delirante, fuera de sí, daba vueltas por la habitacion, mesándose las barbas y golpeándose el pecho.

—Espero tu decision,—le advirtió el rival de César.

El hercúleo caparrense, haciendo alto en su desatentado ejercicio, le dijo, con acento que revelaba el acomodamiento heróico de quien se presta á un costoso sacrificio:

—Transijamos.

—¿En qué términos?

—Naza está condenada á morir y morirá. Lo que en tu obsequio puedo hacer, es aplazar la vindicta por los dias que tú señales.

Pompeyo no quiso apretar demasiado los tornillos, no fuese á saltar la cuerda.

—Acepto,—dijo;—pero la tregua ha de ser de un año.

—¡Un año!... Eso es una eternidad!

—Por lo ménos la otorgarás de siete meses.

—¡No es posible! Siete dias.

—¿Y me das tú seguridades de encontrar á Trebonio en tan corto tiempo?

—Sea una luna. ¡No concedo más!

—Convenidos. (Ganemos este tiempo.) Fio en tu palabra.

—Jamás faltó Filon á ella.

—Los lares te sean propicios.

—Hasta mañana.

. . . .

A los pocos instantes, Naza y su hija lloraban de alegría.

Y el anciano Atrebato besaba los piés del apuesto hijo del vencido de Farsália.

VIII

¿Lo oís?...

Ese seco martilleo, que se repite por intervalos, denuncia la reunion de los intrépidos vettones, en consejo armado, en la vecina selva.

Internémonos en ella.

Lo primero que aparece á nuestros ojos es un espacio extensísimo y circular, en medio del cual se eleva, tan sencilla como majestuosa, desafiando por su solidez y ciclópeas proporciones el poder de los siglos, el anta céltica, altar religioso y á la par tribuna pública de nuestros remotos antecesores.

Sobre ella se destacan las acrólitas figuras de Filon y su aliado.

—Ya lo visteis, hijos de la Vettonia,—les dice aquel:—César durante su pretura en nuestra provincia, no nos administró más que sangre y fuego: nuestros tesoros fueron insuficientes para pagar sus deudas; y arrancó de los hogares lusitanos la flor de sus doncellas, para hacerlas sus concubinas y de sus secuaces. Contrastó su conducta con la observada con nosotros por el gran Pompeyo, que fué un verdadero padre para todos los hispanos. Mas éste ha fallecido, víctima de la ambicion y asechanzas de aquel, y hoy sus hijos tratan de volver por los fueros de su padre y de tener á raya las demasías de Julio César y sus sicarios... ¿Optais por el partido de los hijos de Pompeyo contra el protervo destructor de nuestros hermanos de las Galias?...

Los circunstantes todos, en número de dos mil próximamente, golpearon con sus cortas espadas los éneos escudos, en señal de asentimiento.

(Continuará)

MÚSICA DEL PORVENIR

(FANTASÍA ROMÁNTICA)

Gallardía y Cristóforo se habian vuelto á encontrar en el mundo al cabo de veinte años de separacion. Ella habia sabido conservar en el fondo de su alma un amor encendido cuando las primeras ilusiones de la pubertad rozaban con sus alas azules sus rizosos bucles rubios. Parecia una viñeta de una novela romántica de aquellas que la musa del Sena engendró sobre la tumba de Chateaubriand. Su perfil agudo del fondo, sus ojos del color del cielo, su peinado al desgaire y con afectacion desdeñosa, formaban el marco de un espíritu propendiente á lo maravilloso. No comprendia Gallardía la vida como una funcion fisiológica: lo que hay en ella de puramente material la entristecia y disgustaba. ¡El comer! ¡Qué horror! ¡El ponerse encarnada! ¡Qué feo! Se alimentaba de cosas casi inmateriales, de dulces, de agua, de frutas. Habia hecho huir de sus mejillas el carmin de la salud por mil medios artificiales. Trasnochaba y madrugaba. Dormia poco, y eso en ensueños.

¿Dónde conoció á Cristóforo? En un concierto. Cristóforo era un violinista de mérito; feo, horrible, con ojos de globo de botica, que le salian del cráneo como salen los de la langosta de su rugoso caparazon. En estos ojos la córnea era amarilla y surcada de racimillos de venas muy visibles: la pupila chiquita pero muy viva. Una melena larga le colgaba sobre los hombros. Cuando tañia el violin, con aquella monumental cabeza caida encima de la caja sonora del Stradivarius, los cabellos pendientes hácia adelante y mezclándose con los tirantes cuerdas, el brazo izquierdo encorvado para sostener el mástil, y el derecho alargándose ó encogiéndose para guiar el arco de cuerdas... ¡oh, entónces!... así le vió Gallardía y quedó prendada. Ella habia soñado con un hombre que no fuese hombre, sino un conjunto de nervios al servicio del arte. Le dirigió una mirada de las que dirigian las heroínas de las novelas románticas. El sintió el efecto de aquella descarga eléctrica amatoria y levantó el arco, miró á Gallardía, suspiró, alzó la cabeza, haciendo agitarse la cabellera, volvió á tañer y arrancó de la prima una nota perlada, que flotó en los aires como un beso, como una caricia.

* * *

Cuando se hablaron por vez primera fué de noche, en un jardin, sentados en una grada de marmórea escalera,

La luna se calaba por entre la hojarasca de la arboleda, vestia de plata las estatuitas de diosecillos mitológicos que adornaban los paseos.

—Sí, yo he comprendido que tú me adorabas. ¿No hubo en aquella mirada que me dirigiste un himno de amor que acompañaba las modulaciones de mi arco?... Sí, tú me dijiste en aquella mirada: «¡Soy tuya!...» He venido no á preguntarte si me amas: he venido á saber cuándo nos casamos.

Dió un grito Gallardía.

—¡Casarnos!... ¿Quieres romper ese himno de amor que nuestros corazones aspiraban como un perfume?... No, amémonos castamente, no pasemos del sueño á la realidad. Tú eres mi esposo. Nos ha casado en vez de la bendicion de un cura la bendicion del Dios del arte... Yo al mirarte te dije mi secreto que se me escapó del alma, como se escapa por las ventanas del edificio incendiado el fuego con sus llamas crepitantes y multicolores... Tú al suspender tus arpegios... al prorumpir en aquella nota aguda, penetrante, llevaste á mi alma la tuya... ¡Oh Cristóforo adorado!... No quieras expresar con símbolos, con palabras dichas en mal latin por un cura soñoliento lo que ha sido dicho, cantado, consagrado, por una mirada y una nota.

***

Se separaron dándose un beso.

Sus relaciones de amor fueron ridículamente puras. Tras sus retóricas frases no ardia nunca la llama de la pasion humana. El absurdo de sus depravadas fantasías les apartaba de la realidad, les alejaba del mundo. Los apretones de manos con que los amantes vulgares, segun ellos, se trasmitian á través de los nervios del tacto sensaciones deliciosas, estaban allí sustituidos por un centelleante cambio de miradas. Cristóforo tocaba el violin y Gallardía escuchaba atenta, embebecida. Seguia las ondulaciones del ritmo como el fumador de opio sigue las ondulaciones del humo azul.

Entre el mamotreto de sus papeles de música halló Cristóforo un viejísimo trozo de cartulina en que una mano nerviosa habia derramado una procesion de notas. Ya enroscaban estas sus rabos juntándose un arpegio de velocísimas semifusas; ya se detenian y ensanchaban sus negras cabezas parándose á cantar grave sonido en la tranquilidad de un compás entero. Encima de estas notas habia dos palabras de letras casi ilegibles «Ayer.»—«Hoy...»



EN LA CIUDAD

Puesto el papel en la falda de Gallardía, Cristóforo ejecutó en su violin aquella música. Era un walz, un walz misterioso y extraño, lleno de originalidad y tristeza. A veces sus melodías se dilataban ampliamente como el rio cuando llega á la llanura. A veces se encogian, se encabritaban, se retorcian, luchaban consigo mismas.

—¡Oh Dios mio! —exclamó Gallardía cogiendo con sus manos el mástil del violin para apagar sus sonidos.—¿Qué música es esta? ¿Quién la ha compuesto?

—Lo ignoro,—repuso Cristóforo de cuyas pupilas caia una lágrima.

—¡Sigue, sigue!

Gallardía soltó el violin y flotó en la atmósfera de nuevo aquella música divina.

Cuando hubo acabado el violinista de ejecutar en el Stradivarius los notas estampadas en el pentágrama exclamó:

—Esto es una obra maestra interrumpida, quién sabe si por el desaliento ó por la muerte. El papel que tienes en tu falda ha venido á mi poder entre un monton de ellos. El azar le ha puesto en mis manos... ¿Has oido?.... *¡Ayer!*... esto lo expresa en los primeros compases... es la esperanza, es la ilusion, es el alma jóven que despierta, es el amor que nace... *¡Hoy!*... es la dicha poseida, es el encanto gozado, es la felicidad del espíritu conseguida.

—¿Y no continúa?

—No... el autor quiso escribir la música del *Mañana*... lo intentó sin duda, pero no lo ha hecho.

***

El azar, el hambre, separaron los dos amantes. El fué á América en busca de una fortuna y ella le esperó confiada en que volveria, cargado de oro y laureles que depositar á sus piés.... Su dicha, interrumpida un momento, continuaria despues.

Pasaron veinte años: Gallardía con su espíritu incólume, con su cuerpo virginal, esperando al violinista; y el violinista haciendo arpegios en Boston y Massachussets, en cualquier aldea de la campiña napolitana ó en las plazas públicas de los Estados Unidos.

Volvió, sí, á los veinte años, pobre, sin más plata que la que tenia entre sus cabellos. Las arrugas habian arañado su rostro, y las cuerdas del violin usadas, rozadas, filamentosas, vibraban sordamente con sarcástico acento.

—¡Oh amado!—dijo ella—quiero que esta noche recordemos en el jardin aquella otra noche en que nos juramos amor eterno.

—No puedo—gimió él—tengo reuma... la humedad me mataria... vengo enfermo... ¡traigo el cuerpo tan usado como el violin!....

—Toca el walz aquel de memoria amorosa para los dos...

No pudo negarse el violinista. Tañó.

Ya no sonaba lo mismo el walz descriptivo de *Ayer* y *Hoy*... Escucharon los dos amantes con profunda sorpresa. Cristóforo ejecutaba las mismas notas que estaban escritas en el papel; pero ¡de qué distinta manera sonaban! El y ella escuchaban las notas del *Ayer* como un eco de tristeza, de necias quimeras alimentadas con la sangre de la dicha, y las notas del *Hoy* como una fúnebre salmodia que parecia decirles: «Pudisteis ser felices y sois desdichados. Pudisteis crear una familia y estais solos. Aspirasteis á la ventura y vivís en la desesperacion... habeis perdido el camino de la felicidad porque habeis desdeñado el camino de la naturaleza.»

Tiró léjos de sí Cristóforo el violin.

—Hé aquí—dijo—por qué no se ha escrito la música del mañana.... ¿Sabes, Gallardía, cuál será esa música?... La oracion que digan sobre nuestras tumbas..... el zumbar de las campanas que anuncien nuestra muerte.

J. ORTEGA MUNILLA

UN TERRITORIO NEUTRO

Este territorio, de tan ignorada existencia que no ejerce influencia alguna en los destinos ni en la política de Europa á pesar de hallarse situado en ella, no es el Valle de Andorra, tan agitado aún no hace muchos meses por sus cuestiones políticas, ni el Principado de Mónaco, célebre por tener en él erigido su trono la ruleta, ni la República de San Marino, respetada por el gran capitan del siglo y por los príncipes y monarcas italianos modernos; tampoco es un distrito enclavado en los riscos de los Alpes ó de los Cárpatos, que por sus condiciones topográficas ó climatológicas, sea de peligroso ó difícil acceso, y por lo mismo poco conocido.

El rincon de tierra olvidado que sirve de asunto á este artículo está situado, por el contrario, en el centro de uno de los distritos mineros más ricos y más importantes de Europa, á unas treinta leguas de Bruselas, en la frontera de Bélgica entre Vervins y Aquisgran (ó Aix la-Chapelle, como ahora han dado los revisteros modernos en llamar á esta ciudad, olvidando la antigua apelacion española), y se titula

TERRITORIO NEUTRO DE MORESNET

¿Cómo es, preguntará el lector, que en semejante situacion, teniendo á un lado la pequeña, pero importante monarquía belga, y á otro el absorbente imperio aleman, pueda existir un país que no pertenezca á ninguna de ambas potencias y goce de relativa autonomía?

Vamos á decírselo, valiéndonos al efecto de los datos que nos suministra el *Boletin de la Sociedad geográfica de Berna*.

El diminuto territorio en cuestion no pertenece á nadie, por lo mismo que se disputan aquellos dos Estados su posesion. Verdad es que no ha tenido siempre esta semi-independencia, toda vez que sólo data de 1814. En tiempo del primer imperio francés, el territorio de Moresnet formaba parte del departamento del Ourthe (canton de Aubel, comuna de Moresnet, belgas en la actualidad), y hallábase situado en el límite de este departamento con el del Roer.

Cuando, á consecuencia de la disgregacion del imperio de Napoleon I, se quiso trazar al través de dichos departamentos la línea fronteriza entre Prusia por una parte y los Países Bajos por otra, los plenipotenciarios del Congreso de Viena, que sin duda carecian de buenos mapas del país, al rehacer de nuevo la geografía política de Europa redactaron dos artículos que embrollaron la cuestion, y una parte del término municipal de Moresnet quedó sin comprender, ni en la enumeracion de las comarcas anexionadas á la Prusia, ni en la de las asignadas á los Países Bajos, y por consiguiente, á Bélgica. Unicamente se echó de ver la oscuridad del trazado de límites en el terreno mismo, cuando los comisionados holandeses y prusianos se trasladaron á él para fijar con toda exactitud las fronteras de sus respectivos países, resultando de aquí una viva discusion en la que aquellos alegaban en su favor el artículo 66 y estos el 25 del tratado de Viena.

No habiendo llegado á un acuerdo unos y otros comisionados, y ménos aún los dos gobiernos á los cuales dejaron la decision del asunto, firmóse un convenio provisional el 25 de junio de 1815 en virtud del cual se estatuia que, ínterin los dos gobiernos interesados no se pusieran de acuerdo, el territorio, objeto de la controversia, estaria regido por una administracion comun y que ninguna de entrambas potencias podria ocuparlo militarmente.

Cosa sabida es que todo lo provisional dura mucho, y en el territorio neutralizado de Moresnet sigue subsistiendo. Setenta años hace que aguarda su solucion la cuestion en litigio.

Conocido ya el orígen de la autonomía de esta pequeña region, digamos ahora algo acerca de sus condiciones geográficas y administrativas.

La forma del territorio neutro de Moresnet es la de un triángulo casi equilátero, un tanto prolongado, teniendo el lado occidental 5 $^1/_2$ kilómetros y el oriental 4 kilómetros de longitud: su superficie abarca unas 550 hectáreas. Su poblacion, diseminada en muchas aldeas, era de 200 á 250 habitantes en 1816, pero hoy asciende á 3,000.

El poder ejecutivo estuvo confiado hasta 1841 á dos comisarios, el uno belga y el otro prusiano; pero desde dicho año, y con el objeto de evitar toda dilacion en el despacho de los negocios, se dejó á cargo de las autoridades locales, y hoy está al frente de la administracion un burgomaestre, auxiliado por un consejo municipal de diez individuos, rigiéndose el país por el Código Napoleon, tal como existia en 1814.

Como este territorio es demasiado pequeño para tener tribunales y empleados ministeriales particulares, todos los asuntos civiles ó criminales se pueden dirimir indiferentemente en los tribunales belgas ó prusianos, á beneplácito del demandante ó del demandado, y los notarios de ambos países pueden dar fe en ellos por igual. Los registros del estado civil, extendidos en aleman, se custodian en el tribunal de primera instancia de Aquisgran. En asuntos religiosos, el territorio pertenece á la jurisdiccion del obispo de Lieja. Las hipotecas pueden inscribirse en el registro de Montjoie (Prusia) lo mismo que en el de Vervins (Bélgica). Por último, esta reducida comarca cuenta con dos escuelas y una casa de beneficencia.

La situacion excepcional creada por el convenio de 25 de junio de 1815 ha sido causa de que los habitantes se eximieran del servicio militar por espacio de mucho tiempo; pero en 1854, el gobierno belga resolvió no reconocer este privilegio sino á los 400 ó 500 descendientes de los antiguos habitantes y llamó á los restantes á las filas de su ejército. Prusia siguió en 1874 el ejemplo de Bélgica, de suerte que las más preciadas inmunidades del territorio neutro están á punto de desaparecer.

Con todo, aún le quedan otras muchas, que no son por cierto de despreciar. Desde luégo disfruta de la envidiable ventaja de que los impuestos son sumamente módicos. Los afortunados habitantes de Moresnet apénas pagan un franco de contribucion por cabeza, cosa increible en Europa. En 1814, el territorio pagaba al Estado 2,735 francos anuales en concepto de contribucion territorial, patente y capitacion reunidas. Desde entónces no ha tenido aumento esta reducida suma, que Bélgica y Prusia perciben por mitad.

Las mercancías belgas y prusianas no pagan derecho alguno de entrada en el territorio neutro; por consiguien-



La artillería un dia de combate, CUADRO POR RICARDO BALACA **reproduccion fotográfica por el procedimiento de Meisenbach**

te este hace las veces de puerto franco, y como se ve tiene todas las ventajas que da de sí la independencia sin casi ninguno de sus inconvenientes.

¿Y en qué consiste que este rinconcito de tierra conserve su situacion privilegiada, ese estado provisional particularmente favorable? ¿Cómo es que en setenta años de tiempo no han podido ponerse de acuerdo Prusia y Bélgica para que cese esa situacion tan sumamente anómala? La explicacion es muy sencilla: en el territorio neutro están las ricas minas de zinc que han dado su nombre á la célebre Sociedad franco-belga de la Vieja Montaña.

Há ya largo tiempo que dichas minas están en explotacion. En 1421 pertenecian á Aquisgran, de cuya posesion pasaron á la de los duques de Limburgo, los cuales las arrendaron á Felipe el Bueno de Francia. Por aquella época conocíase el territorio con el nombre de *Kelmis* ó de *Galmei-Berg*, que se le habia dado á causa del mineral de calamina que se explotaba en él. Habiéndose descubierto en la comarca un nuevo filon de este mineral, designóse al antiguo Galmei-Berg con el nombre de *Alten Galmei-Berg*, y por abreviacion con el de Alten-Berg ó antigua montaña, que se le dió en tiempo de la dominacion francesa cuando se declaró á las minas propiedad nacional, y se arrendaron en 1805 por 40,500 francos.

Vese pues que la existencia misma de las minas es lo que ha dado orígen á la situacion actual del territorio neutro. Y en efecto, era imposible dividir su explotacion y ninguno de los dos co-partícipes queria ceder su propiedad al otro. Así pues, es probable que la neutralidad del territorio no termine hasta que las minas cesen de dar productos, cosa que por ahora no parece próxima

Y aquí tienen los tratadistas de Geografía un cuarto. Estado semi-independiente que agregar á los tres mencionados al principio de este artículo.

M. ARANDA



El tirolés Andrés Hofer recibiendo una carta del emperador de Austria en la que le ofrece auxilio, cuadro por F. Defregger

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 28 DE JULIO DE 1884 — NÚM. 135

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

MENDIGO GRANADINO, dibujo del natural por J. M. Marqués

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El cólera. —Sus ministros.—El veraneo y las Cámaras.—El incendio de la Real Armería.—El suicidio y la locura.—Un baile en el Congo.—Las aceras en Madrid de noche.

—¿Cree V. que avanzará el cólera?

—Es dudoso. Pero es temible.

—Sin embargo, esos doctores aseguran que no hay peligro miéntras las cuarentenas se conserven y las medidas sanitarias sean objeto de vigilancia y cumplimiento.

—El cólera es un bichito. S. M. del Ganges tiene una corte microscópica. Sus ministros son el hambre y la miseria. Para destronarle no hay más que dos agentes revolucionarios: el ron y el ácido fénico.

—Tiene V. razon. Yo he nombrado al ácido fénico Ministro de Relaciones exteriores y al ron Ministro del Interior.

***

Dos cosas constituyen el tema de las conversaciones: el veraneo, impedido por las noticias de la epidemia, y la suspension de sesiones de las Cámaras.

Las Cámaras españolas han terminado hoy su legislatura. Recobra el edificio del Congreso, gallarda inspiracion de las artes helénicas, el silencio, y el edificio del Senado, remozado con las artes del siglo de las vejeces del antiguo caseron que le constituye, cierra sus puertas y corre sus cortinas. Todos los años estos dos acontecimientos eran la señal de la desbandada para la buena sociedad madrileña que se apresuraba á salir de este horno coronado en busca de las brisas marítimas; pero ahora el miedo á la epidemia, y no el afan natural y patriótico de fomentar los intereses nacionales, detiene en Madrid á los madrileños.

Biarritz era el centro elegido todos los años por los veraneantes españoles, la concha en que navegaban las Vénus de la aristocracia. Este año se verá desierto aquel emporio del lujo y la vanidad.

Es indudable que esta vez el cólera ha sido proteccionista.

***

El incendio de la Armería Real constituye uno de esos sucesos tristes en que aparece interesada toda la nacion. Un viento fuerte y huracanado ayudó al fuego en la obra. El viento le decia: «quema;» y el incendio decia á su cómplice: «empújame.»

Era aquello un colosal brasero. Las llamas lamian el cielo é iluminaban de lívidos reflejos el horizonte.

Las armaduras de los gloriosos héroes de la reconquista caian al suelo pesadamente por haberse incendiado los maniquís que las sustentaban, imágen de la generacion presente que no puede ya con el peso de las pasadas glorias.

***

Nueve suicidios han ocurrido en Madrid en sólo una semana.

Esto hace pensar con pavor en si habrá un microbio del suicidio como le hay del cólera y del tifus.

Una vez admitida esta suposicion, seria preciso convenir en que ese microbio se desarrolla prodigiosamente con el calor.

Los que creen que el suicidio es la consecuencia de un estado de locura, pueden ver en estos datos una confirmacion de sus teorías. Es cosa sabida que el calor contribuye al desarrollo de la enajenacion mental. En verano se volvió loco D. Quijote; en verano se volvió loco Hamlet.

***

Hace pocas noches asistimos á la reunion de la sociedad de Geografía. Un viajero narró con pintoresco estilo un baile dado en el Congo en honor del investigador Brazza. Escuchémosle, que su relato es curioso.

Estamos entre las Bateques del Alima. El país es arenoso, carece de bosques vírgenes y se parece no poco á las grandes mesetas de Argelia. Hay aquí y acullá algunos grupos de árboles de campeche ó ébano, entre los cuales serpentean riachuelos, cuyas verdes riberas producen abundantes y variadas esencias, y la liana de cautchuc.

Las aldeas, pequeños grupos diseminados de cuatro ó cinco chozas, están rodeadas de palmeras cuyas cortezas y palmas han arrancado los indígenas para construir sus habitaciones y objetos diversos de industria, como paguas, canastos, cuévanos, etc.

La aldea tiene hoy su tranquilo aspecto ordinario.

Los hombres duermen, ó fuman á la sombra, observando los trabajos de las mujeres y los esclavos, que consisten en tejer, en preparar la tapioca ó el aceite, ó la cerveza de palma. Los chicos se ejercitan en lanzar la azagaya.

Con la rapidez del rayo pasa de boca en boca una noticia.

Un correo que llega jadeante la ha traido. «Rocamambo (nombre que los indígenas han dado á M. de Brazza, y que significa buen comandante), el gran jefe blanco, está á tres dias de camino.»

Estas palabras corren como el fuego en una línea de pólvora.

Todos se precipitan hácia el fatigado mensajero y se apiñan en torno suyo. Le dirigen mil preguntas; es un runrun en que los chicuelos tambien toman parte.

En cuanto ha pasado el primer momento de emocion, la noticia circula por las aldeas comarcanas. En todas partes hay las mismas demostraciones de sorpresa y alegría. Habrá un gran tam tam; es cosa convenida.

Empiezan los preparativos de la fiesta. El bello sexo, sobre todo, sale de sus casillas; necesita tiempo para operar las obras maestras de sus tocados, para bruñir sus pendientes, y las pulseras de cobre con que las damas principales del país adornan brazos y piernas.

A pesar de su soberano desprecio por los diamantes y los objetos de oro y plata, las conguesas no dejan de ser coquetas en alto grado.

En cuanto á las piedras preciosas, no usan otras que perlas de porcelana y collares de Paris, con los cuales se adornan la garganta y los cabellos propios y postizos.

Nuestros lectores no sabrán quizás que en el país se hace un comercio considerable de rodetes; pues sí, y no nos equivocamos al afirmar que en esto las negras no se han quedado atrás. Hay que preparar tambien la toba que servirá para trazar al rededor de los ojos un círculo blanco con el fin de agrandar sus órbitas y darles más expresion... ¿no usan negro nuestras blancas?... Habrá que limar los dientes, pues no están bastante puntiagudos; gustan en aquel país las sonrisas incisivas.

Como el traje consiste en una pagua nada más (pedazo cuadrado de tejido, que hace veces de... hoja de parra), se trazarán en diversas partes del cuerpo líneas dispuestas artísticamente, pero procurando siempre dar relieve á las bellezas personales.

Como fondo de color de todos estos adornos se cubren el cuerpo con una espesa capa de aceite de palmera.

Pero el objeto principal será siempre el peinado. En este punto la moda impone sus leyes inexorables.

Una mujer no podrá faltar á las reglas formalmente establecidas sin exponerse á la burla de sus compañeras. Es preciso que su tocado produzca en los hombres distinguidos efectos irresistibles.

Una de las condiciones indispensables es que el peinado sea muy voluminoso.

El sol tropical enviaba aquel dia sus rayos más templados. Llegan los invitados al lugar de la fiesta; los de las aldeas vecinas están agrupados con sus amigos del lugar á la sombra de las altas palmeras.

Los hombres se han puesto sus adornos más lindos; pulseras de cobre y marfil en los brazos y las piernas, collares de dientes de cocodrilo ó de leon.

Ya llegan las bailarinas con sus enormes tocados: una tiene los cabellos levantados en uno y otro lado de la cabeza á manera de alas abiertas: otra se ha hecho un sin número de trenzas que ha entrelazado con hileras de cuentas.

Todas procuran parecer graciosas y coquetas. Con júbilo febril, mal disimulado, esperan el momento anhelado de empezar el baile.

A la edad de 9 años, las muchachas, núbiles ya, tienen derecho para tomar parte en el tam-tam. El más impaciente de la aldea ha subido á lo alto de una colina; á lo léjos divisa el gran jefe blanco acompañado de unos cuantos de sus «hijos blancos.» Una numerosa escolta de negros le acompaña tambien, con fardos de mercaderías.

—¡Rocamambo! ¡Rocamambo!—exclaman todos. —La muchedumbre se agita; los jefes se adelantan para estrechar la mano al que les trae la paz y la amistad. Las mujeres quedan apartadas ó detrás de los grupos, pero todas se impacientan por ver á los blancos. Los chicuelos se meten por entre las piernas de los asistentes ó se suben á las palmeras como monos.

Al fin ya llegaron...

El jefe blanco, vestido con un jaique nada más, descalzo, con un casco en la cabeza, se adelanta para ir al encuentro de los jefes negros, que á su vez se precipitan sobre aquel para abrazarle, exclamando:

—¡Chamba, Chamba!

Rocamambo se sonrie con dulzura. Le conmueve tal acogida en esa tierra africana en que tanto ha luchado, sufrido; mejor comprendido aquí que en su patria adoptiva, donde muchas veces la envidia y el odio han querido arrebatarle ó disminuir la obra que él consideró, y con razon, como suya, y á la que ha consagrado toda su vida.

Todo el mundo está pronto. Los músicos, cuyo número asciende á unos treinta y cinco ó cuarenta, están formados al rededor de su jefe, el tocador de tam-tam. Su instrumento se compone de un tronco hueco de árbol, de un metro y medio de alto, con un cuero de carnero muy estirado en la parte superior. El tocador de tam-tam está de pié y golpea el tambor con la palma de la mano y con los dedos. Los músicos que le rodean tienen calabazas de tamaño y formas diferentes, con uno, dos y hasta tres agujeros.

Entre los instrumentos de cuerda hay uno notabilísimo; es una especie de arpa cuya forma es la de un arco de madera hueca; tiene cuatro cuerdas y produce ocho sonidos diferentes. Para aumentar la caja armónica hay un agujero en la parte convexa del arco que comunica directamente con el agujero de una calabaza hemisférica. En los dos extremos del arco hay una porcion de anillos de metal que chocan entre sí á cada vibracion de las cuerdas del instrumento.

Los bailarines de ambos sexos se forman en dos filas circulares. Cada uno tiene una calabaza llena de piedras ó semillas duras que agitan en cadencia como castañuelas.

Empieza la funcion. El baile, siguiendo el ritmo de la música, es primeramente un mero balanceo muy lento hácia adelante, hácia atrás, á derecha y á izquierda; luégo es cada vez más acelerado, hasta hacerse vertiginoso. Entónces, gritos que ensordecen y notas discordantes llenan los aires, y en medio de una nube de polvo, cargada de olores acres, se distingue un torbellino de cuerpos de mil matices, que se agitan, se caen, se levantan y producen un efecto originalísimo y fantástico, que podria muy bien figurar en una obra maestra como el *Excelsior*.

En los intervalos, un bailarin hace una señal al tocador de tam-tam; cesa la música: improvisa el canto siguiente:

SOLO	Rocamambo entre nosotros.
	Negros amigos de los blancos;
	Blancos amigos de los negros.
CORO	¡Grandes blancos! ¡Grandes blancos!
SOLO	Dar buena mercancía,
	Por tapioca, bananas,
	Conduce colmillos de elefantes.
CORO	¡Grandes blancos! ¡Grandes blancos!
SOLO	Dar buen aguardiente,
	Para tocar bien el tam tam,
	Dar sal y tabaco.
CORO	¡Grandes blancos! ¡Grandes blancos!
SOLO	Blancos, muy salvajes;
	No comer cigarras, ni sapos;
	No conocer fetiches.
CORO	¡Pobres blancos! ¡Pobres blancos!
SOLO	Bulamentari léjos de nosotros;
	El, blanco mucho malo,
	Negros no querer á él.
CORO	¡Blanco malo! ¡Blanco malo!
SOLO	Mujer negra amar hombre blanco,
	A veces hombre blanco amar mujer negra,
	Mujer negra querer hijo blanco
CORO	¡Lindos blancos! ¡Lindos blancos!
CORO FINAL	Rocamambo entre nosotros.
	Negros amigos de los blancos,
	Blancos amigos de los negros.
	¡Lindos blancos! ¡Lindos blancos!...

La figura más linda del baile es aquella en que el bailarin procura arrebatar la pluma de gallo de la cabellera de una doncella del lugar.

Ahora bien, no siendo la bailarina ménos ágil que el bailarin, se le escapa, lo cual hace que el hombre multiplique sus esfuerzos. Su buen éxito es aplaudido unánimemente con fuertes carcajadas y gritos frenéticos. Tambien el fiasco excita la hilaridad.

Pero lo que ha producido sensacion fué que una jóven bailarina sumamente ágil, despues de haberse escabullido cuatro veces de su perseguidor, se acercó á Rocamambo, temblando de emocion, con la mirada fija en la tierra, y depositó á sus piés la pluma de gallo.

Sorpresa general. Jamás se habia visto semejante cosa.

***

Un periódico pide anoche que se prohiban esas tertulias al aire libre que se congregan en las aceras de las calles.

En realidad estorban el tránsito; pero no es justo obligar á esa pobre gente á encerrarse en sus cuchitriles, jaulas de grillos en que se abrasan durante el dia, esperando que con la noche llegue á sus pulmones un soplo de aire respirable.

Como aquí lo supérfluo es lo necesario, y viceversa, se piensa en reglamentar la poblacion canina de Madrid, y no en construir barrios de obreros, espaciosos y sanos. El jornalero que vive durante el dia derritiéndose al sol en un andamio, así que llega el crepúsculo tiene por descanso un mechinal insano y fétido, cuya única respiracion es un ventanuco como una caja de jalea, abierto en el techo.

Para ver horizonte, para respirar aire libre, el jornalero tiene que salir á la calle, la casa de los que no la tienen. Cansado de trabajar, el paseo, léjos de serle placentero, le es enojoso. Desciende desde su buhardilla al arroyo. Se forman esos grupos yacentes que ocupan la acera. Queda interrumpido el tránsito de órden del pueblo-rey. Pasa por allí un filántropo y se escandaliza, en vez de pensar que Madrid tiene necesidad de construir barriadas para obreros, donde haya mucho aire sano, mucha agua y muchos árboles. El antiguo Madrid se conserva aún con todas las condiciones malas de su sistema de construir apelmazamientos de casas, sin dejar plazas que han de ser como los pulmones de las grandes ciudades. Al rededor de ese antiguo Madrid ha seguido edificando la nueva ciudad sus hoteles, sus barrios de Pozas, Argüelles, Salamanca, Chamberí, se ha extendido como gota de aceite en el papel. El antiguo Madrid ha quedado prisionero, despojado de horizontes por sus hijos. En una fuente de vecindad hubo ayer una colision entre varias mujeres. Los cántaros se convirtieron en armas arrojadizas y volaron por el aire como rojas granadas de barro. La fuente de vecindad conserva aún el carácter de los héroes del gran Cruz. La larga fila de botijos ventrudos y de obesos cántaros se prolonga muchas varas más allá del caño. Forma como larga serpiente cuyos anillos se suceden sin cesar, prosaica imágen de la sed eterna de la ciencia. El amor anda allí con sus encantos, alterando el buen órden de los cacharros.—¿Quién da vez?—pregunta una moza que llega á última hora.

Se sigue un turno pacífico de botijos. Al aguador le está vedada la fuente del bien y del mal; esto es, para el caso, la fuente de vecindad.

A veces el «traidor del agua,» se deja arrebatar de la

seduccion que inspira todo lo prohibido... Acude á la fuente de vecindad, mirando á todas partes con desconfianza, liba en el fresco chorro, harta de pura linfa las entrañas de su cuba... y se aleja agitando lentamente aquel redondo retazo de cuero que sobre su espalda tiene algo de ala

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

Mendigo granadino,

DIBUJO DEL NATURAL POR J. M. MARQUÉS

Los apuntes del *Album* de un artista son como las memorias íntimas de una personalidad que necesita consignar, de una manera ú otra, sus impresiones. O no hay artistas y escritores verídicos en el mundo, ó esa verdad ha de encontrarse precisamente en esos apuntes, en esas memorias, que parecen unos soliloquios del autor á propósito de un objeto determinado.

En prueba de ello, ahí está el *mendigo granadino* de Marqués. Nuestro paisano ha visto á ese personaje, le ha visto y le ha tocado, como suele decirse, y le ha dibujado sobre el terreno. No es, por consiguiente, de extrañar la impresion de verdad que nos causa. Es un verdadero tipo (lo que no constituye tipo no interesa al artista), tipo africano puro, por más que haya nacido cabe el Genil.... Si pudiéramos explorar su abolengo, de fijo resultaria proceder en línea recta de alguno de aquellos cortesanos de Boabdil, cuyas disensiones costaron al *rey chico* la pérdida de su Granada.

Cierto que el descendiente de Zegríes ó Abencerrajes, que no tenemos empeño en lo uno ni en lo otro, ha perdido algo, y áun mucho, de la gallardía con que sus mayores rompieron lanzas en Viva Rambla; pero áun á través de la degeneracion, el africano subiste, con su tez pálida y huesosa, sus labios sensuales, su mirada lánguida y esa pereza tan propia de los pueblos á los cuales la naturaleza favorece en demasía y que tanto contribuyó á la ruina de los hijos del Profeta.

Cogidas infraganti, CUADRO POR J. WEISER

Bien dice el refran: lo vedado es deseado, y por lo que respecta á la mujer, harto sabemos que fué la primera en dar ejemplo.

Refiérese este cuadro sin duda á la época en que, no conocido aún bastantemente el pro y el contra del tabaco, su uso fué prohibido bajo severas penas, y áun la Iglesia creyó del caso fulminar sus censuras contra el conculcador del precepto. Por aquel entónces, fumar era una bellaquería en el sexo fuerte; con que figúrense Vds. lo que ocurriria tratándose del sexo débil. Pero mis señoras las mujeres, sobre todo cuando se llaman Julia Mancini, sobrina del cardenal Mazarino, que es la heroína de este cuadro, no se dan á partido tan fácilmente como los hombres, y el tabaco debió saberlas á gloria, por más que, con perdon sea dicho de algunas americanas y andaluzas, no es el hálito producido por una tagarnina el que puede haber hecho calificar de celestial el aliento de las damas. Bien procuran las de nuestro cuadro disimular su reprensible conducta; mas las faltas dejan rastro comunmente, y por lo mismo que no hay humo sin fuego, tampoco hay humo de tabaco sin tabaco en combustion. Las fumadoras de tapadillo han sido sorprendidas, á un tiempo, por el brazo civil y el eclesiástico; por el dudamos se las aplique el edicto del rey, ni la excomunion pontificia. El absurdo en la pena la convierte en imposible.

El cuadro, considerado artísticamente, es bellísimo; sus grupos están bien entendidos, las actitudes son naturales, las fisonomías, en particular las de las mujeres, expresivas, y la impresion que causa es verdaderamente grata.

¡Por una nimiedad!. CUADRO POR E. DE PEERDT

En distintas ocasiones lo hemos dicho: hay cuadros que son todo un tratado de moral, y uno de ellos es el cuadro que nos ocupa. Verdad es que para conseguir este objeto, se necesita que á la profundidad del asunto se agregue una ejecucion perfecta y conducente como la empleada en esa obra, tan bien sentida como bien realizada.

Por una nimiedad, como dice el autor, por una flor que quizás pasó del seno de una mujer al ojal del uniforme de un mancebo; por una palabra ligeramente pronunciada, por una accion torcidamente comprendida, el mal llamado honor de dos hombres ha producido una catástrofe. El hecho ha tenido probablemente lugar en un baile, á donde uno y otro combatiente acudieron soñando toda suerte de felicidades; tal vez, al dirigirse á la suspirada fiesta, uno ú otro besaron con amor la mejilla de su esposa ó con respeto la mano de su madre....

Han trascurrido unas pocas horas, ha tenido lugar un incidente sin importancia real, y el vencido yace bañado en sangre, y el vencedor.... El vencedor quizás sea más desgraciado: su conciencia se encargará de amargarle una vida que se le hará sobrado larga.

La composicion de este cuadro es realmente notable: todo en él contribuye á infundir tristeza; el lugar de la escena concuerda con la escena misma: uno y otra causan frio, frio en el cuerpo y frio en el alma.

Jóven alsaciana

No todas las alsacianas son como esa muestra, que si lo fueran se comprenderia el empeño que tuvieron los prusianos por quedarse con esa provincia y el que tienen los franceses por recobrarla.

Sin embargo, ello es cierto que las hijas de Alsacia son generalmente agraciadas y realza su belleza un tocado bastante original en que sobresale un enorme lazo negro, que las da cierto aspecto melancólico.

Desde que Alsacia ha dejado de pertenecer á Francia, ese tocado parece ser el luto que las mujeres llevan por la perdida patria.

Durmiéndose, dormida y dormitando,

DIBUJO DEL NATURAL

Los tres grados del sueño, podria titularse ese cuadro. Su autor ha vencido en él la dificultad consiguiente á la gradacion de una misma cuerda dominante, y lo ha conseguido de una manera agradable y produciendo un grupo encantador.

Así se duerme cuando se tienen pocos años.

Y así se pinta cuando se estudia el natural con ojos de profesor.

Un descuido aprovechado, CUADRO POR J. SONDERLAND

No se dirá que la niña de ese cuadro sea egoista. Dió con el cucurucho de las arvejas y dijo para sí:

—¿A quién pueden hacerle más falta que á las palomas?

Y con la presteza del que practica una buena accion, se planta en el corral y practica la obra misericordiosa de dar de comer al hambriento.

Mas el resultado excede á sus deseos: el cucurucho se vierte casi por completo, y como las palomas no están llamadas á interpretar la intencion de su generosa proveedora, acuden al monton inesperado y se regalan opíparamente, sin hacer el menor caso del asombro de la muchacha, que no la permite ni siquiera esquivar á las aves inocentes.

Es un cuadrito simpático, recomendable por su naturalidad.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

Cripta en la Catedral de Granada,

DIBUJO DE PRADILLA

Fundaban en 1504 los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel la llamada Capilla Real, anexa á la Basílica granadina, y debajo de ella construíase una pequeña y oscura cripta que más tiene de mazmorra que de lugar sagrado.

El forastero que visita esta maravilla del arte gótica, puede ver en la capilla los suntuosos sepulcros de los fundadores y de sus sucesores doña Juana y D. Felipe, prodigios de escultura que recuerdan á la posteridad un drama histórico y una tragedia íntima, Isabel y Fernando en la plenitud de su gloria, Juana y Felipe, unidos únicamente por la muerte en un mismo lecho de piedra.

Esos sepulcros, sin embargo, son una simple y lujosa exterioridad.

Tras esos mármoles afiligranados, en el hueco de esas tumbas que son desesperacion de los artistas modernos, nada existe de aquellos reyes, nada, ni la ceniza de sus cuerpos, ni el polvo de las reales vestiduras. Las cajas de plomo barreadas de hierro que contienen los despojos de las dos régias parejas, se hallan en la lúgubre cripta de que ántes hemos hablado y que el eminente Pradilla ha copiado del natural con particular acierto.

El autor de la *Rendicion de Granada* debe haber penetrado con singular emocion en ese recinto subterráneo que guarda la *nada* de esa reina que ha pintado tan bella y tan feliz, de ese soberano que ha trazado tan lleno de benevolencia y de majestad. Y como Pradilla es todo un artista, su dibujo ha resultado un cuadro impregnado de poesía, una poesía extraña, que huele á muerto.

¡Qué contraste, el cuadro de la *Rendicion de Granada* y el dibujo de los sepulcros ciertos de sus invictos conquistadores!...

CROMOS DE VIAJE

(D'après nature)

I

¡Viajeros... al tren!

—*¡P'aquí, p'aquí, Reimunda!*... Este sí que está *desocupao*...

—Toma!... Pues dí que sí, no es mala fortuna... ¡Antonia, Rita, Micaela... *venisos paquí!*...

—Anda, anda, no perder tiempo; *veime* dando esos *achiperres*.

—Ahí va la cesta; ten *cuidao*, que están ahí los ocho huevos que me dió la Pascuala.

—¡Vaya un disparate!... Buena tortilla se van á hacer. *¿Paqué* traes eso?

—¿Y qué querias que hiciera? Pues ya verás como te gustan. Toma las alforjas; no las pongas de ese *lao*, hombre. ¿No ves que va ahí la *cociniya* y se nos va á *aboyar*?

—No tengas miedo; es fuerte.

—Ahí van las correas con los abrigos.

—Bueno, mujer, échalos *p'acá*, aunque me se ha puesto en la cabeza que *tó* esto está de sobra.

—¿Sobras?... ¡No están malas sobras!... Ya verás si *pa* San Sebastian te chupas *entavía* los *deos* de frio... y sino... aquí está doña Rita, que no me dejará mentir. ¿No es cierto, doña Rita?

—*¿Cuála?*

—Lo del frio *pa* San Sebastian.

—Ya lo creo que hay rio... un rio que va á dar á la mar, y que tiene un puente...

—Pero ¡qué rio ni qué ocho cuartos, señora!... Si hablamos del frio...

—¿Frio dice V.? ¿Que tiene V. frio?... Pues, hija, lo que es yo... estoy abrasadita... ¡Uf!...

—¡Demonio de sorda!... La digo que si hace frio *pa* San Sebastian.

—Pero, señora, *pa* preguntar eso no hace falta pegar esas voces; soy algo *tinienta*, pero no es *pa* tanto ¡caramba!... Y luego... ¡me gusta la embajada! ¿Qué sé yo si hace ó no frio? ¿Lo he visto yo?... ¡*Asin* haga más frio que en Madrid por enero!

—Vaya, dejemos esta conversacion. ¿Estamos ya todos, Reimunda?... *Mirai* á ver si falta algo; aquí está la maleta, ahí los abrigos, allí la cesta chica, ahí la grande... pero ¡calla!... *¿Qu'es* eso que pinga?... ¡Bueno te estás poniendo el vestido!... ¡Vaya una estrena!

—¡Jesus, María y José!... Si son los huevos...

—¿No te lo decia yo?...

—Pero *recondenao: ¿paqué* me has puesto encima de la cesta ese saco? ¿No ves que se aplastaban los huevos?

—*Pos* hija, tamboril por gaita; ya la cosa no tiene remedio.

—Pero ¿y mi vestidito, Vírgen de la Paloma?... ¿Qué hago yo con mi vestidito?...

—*Pos* hija... *ná*... chuparlo si te parece.

—Anda y chúpalo tú, calzonazos... que no sirves *pa* maldita de Dios la cosa como no sea *p'hacer estrupicios*.

—Mira, Reimunda, tengamos la fiesta en paz.

—Tiene razon la Reimunda...

—Cuidadito con alzar el gallo, doña Rita, ó doña Tinienta ó doña Demonios... que ya me voy yo atufando... Pues no parece sino que se ha hundido el globo... cuando sólo se trata de que se han *escarchao* dos huevos... Si se escarcharon por hache ó por erre, *escarchaos* están y *san se acabó*.

—Pií... pií... pií... ff... ff... ff... trácala... trácala... trácala... ff... ff... ff... pií... pií...

—¡Gracias á Dios que hemos *arrancao!*... ¡Adios Madrid, que te quedas sin gente!

II

Parada y fonda

—¿Qué estacion es esta?

—Medina del Campo.

—¿Pára mucho aquí el tren?

—Más de media hora.

—¿Oyes, Luisa? Si quieres, aquí podemos bajar; tenemos más de media hora.

—Sí, eso dicen. Pero ¿y si se nos marcha?

—¡Qué se ha de marchar, mujer!... ¿Tanto se tarda en beber un vaso de agua?

—Pues mira, baja tú si quieres, yo no me atrevo. Tengo mucha sed, pero lo que es yo... la verdad, no sirvo para esas prisas.

—Pero no seas tonta, querida; si no hay prisa ninguna; si tenemos tiempo para comernos un pavo relleno y remojarlo con un par de botellas con toda tranquilidad; cuanto más para beber un vaso de agua...

—¡Vaya, no te empeñes, te digo que no! Yo me atraganto toda si ando con prisas; era capaz de ponerme mala.

—¡Qué apocada y qué niña eres!... Vaya, pues ahí te quedas, mientras yo voy á la fonda á refrescar el gaznate con una botella de gaseosa.

—¿Y te atreves á dejarme sola?... ¿Y si se va el tren? Por Dios, Alfredo, no te vayas; eres tan distraido que te vas á quedar en la estacion... ¡Jesus! no quiero pensarlo... ¿Qué seria de mí? Era capaz de tirarme por una ventanilla.

—Pero hija del alma, no seas tan aprensiva; hazte el cargo, mujer... si tú no quieres bajar, déjame bajar á mí; yo te aseguro que no hay temor ninguno.

—No me lo digas, Alfredo, no me lo digas,... miéntras vas á la fonda...

—Si está á un paso... mírala, ahí enfrente...

—¡Bueno!... Pero miéntras vas, y pides la botella, y te la sirven, y la bebes, y pagas, y esto y lo otro, y por aquí y por allá, y qué sé yo... ¡por Dios, Alfredo!...

—Pero si tengo media hora...

—¡Sí, sí!... ¿Dónde estará ya la media hora! Desde que nos lo dijeron...

—Sólo se han pasado tres minutos...

—¡Jesus, qué disparate!... ¡Tres minutos!.. Pero, hombre, ¿estás en tu juicio?

—No tienes más que ver el reloj.

—Andará mal tu reloj; yo creo que no le has dado cuerda...

—Si no es mi reloj, sino el reloj de la estacion el que lo dice...

—¡Se habrá parado acaso!... ¡Quién sabe, Alfredo!... Ya ves tú que eso no puede ser...

—No seas loca; mujer... vaya, vuelvo en seguida.

—Alfredo, Alfredo, por Dios, no me abandones, no



COGIDAS INFRAGANTI, cuadro por J. Weiser



¡POR UNA NIMIEDAD!... cuadro por E. de Peerdt

me dés ese disgusto, haz más caso de tu mujercita..... ¡Dios mio!... Y que tenga una que rogar... ¿Quién me lo habia de decir hace quince dias?... Todos, todos son lo mismo...

—Pero, hija, si tengo seca la garganta...

—Tambien yo la tengo, Alfredo, y me aguanto. No seas malo, por Dios, no seas ingrato, no te vayas; si me quedara sola y el tren se fuese...

—Pero ¡qué se ha de ir! ¡qué se ha de ir!

—Sí, sí, Alfredo, puede irse, no digas que no... Mira, yo te quiero mucho; siéntate aquí, á mi lado, estate quietecito... ¿Oyes? Ya silba la máquina.

—Andará de maniobras.

—No me dejes, por Dios.

—Esto es sacrificarme, Luisa, sacrificarme por un capricho tonto y sin fundamento.

—Todo lo que quieras; ríñeme, pégame, llámame tonta, boba y cuanto se te antoje; pero no te vayas ahora, dame ese gusto; yo te prometo que en la primera estacion en que pare el tren otra media hora siquiera, me bajo contigo á beber un vaso de agua.

—Pues aviados estamos; lo mismo me vienes diciendo desde que salimos de Toledo, y todavía...

—¿Pero tú no ves que es por lo mucho que te quiero?

—Sí, sí, ya sé; de puro lo que te quiero te muerdo.

III

Críticas

—Oye, chica, *miá* qué cara tiene aquella *endividua* de los *antiojos;* con el sudor que *l'ha corrío* de la frente *p'abajo* le ha *quedao* la *fesonomía* como *jaspeá*.

—¡Sí, buen jaspe te dé Dios!... A lo que se parece esa cara es á una pared *blanqueá* llena de corriduras de goteras... Pero *arrepara*, mujer, *arrepara* en aquel esperpento del sombrero... ¿De dónde habrá *sacao* semejante birria? Como si lo viera *qu'es* un sombrero de hombre *recortao* por la copa...

—¿El hombre?

—No, boba, el sombrero.

—Y *qu'es verdá: recortao* por la copa, *retorcío* por el ala, y *disfrazao* de *estranjis* con ese pegote de cintajos; debe ser un sombrero viejo de su marido...

—¡Cállate, mujer! ¿Cómo *quiés* qu'ese *menumento* tenga marido? ¿Quién *l'habia* de querer?...

—Tienes razon, mujer; no me habia *fijao* bien *entadía;* parece una basílica...

—Mira, mira esa; esa sí que tiene que ver. ¿Has visto en la vida facha semejante?

—Cállate, mujer... Si *paece qu'estamos* en Carnaval... ¡Vaya un traje de capricho!

—Lleva el manto *colgao* del pescuezo con unos tirantes...

—¡Qué gracioso!... ¿Será francesa?

—¡Qué ha de ser! Debe ser portuguesa ó italiana; ó *pué* que sea una mora.

—Vamos á preguntárselo por gusto... ¿nos entenderá? *Oigasté*... la del manto verde... ¡eh! madama, V. dispense. Diga V. por una porfía, ¿de dónde es V.?

—Del valle de Ansó.

—¿Y *pa* dónde está eso, señora? V. dispense la curiosidá; es por una porfía.

—En Aragon.

—Pero entónces, ¿V. es española?

—¡Ya lo creo!

—Usted dispense.

—No hay de qué.

—*Pos* hija... ¡quién lo habia de decir!

—¡Cállate, mujer, si yo me hago cruces!... Pensar que esa percha es española... ¡vamos! Si yo fuera *menistro* lo prohibia; suponte tú, es una figuracion, que esa facha va á Francia; ¿qué pensarán de nosotras los extranjeros? Eso no se debia consentir, no señor.

—Oye, oye; *miá* tú si sale cierto lo que nos dijeron.

—¿Conoces aquel que va *pa* la fonda?

—¡Toma! *¡Pos* no *l'he* de conocer!... ¡Jesus *devino!* Si es D. Prudencio... ¡no está él mal Prudencio! D. Imprudencio sí que se debia llamar. *Miá* tú, *miá* tú cómo lleva del *bracilete* á la ribeteadora del quinto... Pero ¡qué cosas se ven por el mundo, mujer! Y luégo se extrañarán de que doña Susanita ande *enriedada* con el *tiniente* de caballería. ¡Qué ha de hacer la *probe* señora si su marido l'anda corriendo por esos mundos de Dios!... ¡Anda, anda! Y que no va poco tieso el tal D. Prudencio con su conquista... De seguro que se le figura que la tal niñita se peina *pa* él solo... ¡buen chasco se lleva! lo ménos que la he conocido yo á la Dolorcitas desde que vive en nuestra calle son cinco cortejos; y ya ves tú... no hace *entadía* un año... ¿Qué merecian esos hombres tan bobos? Una paliza buena es lo que merecian... *Miá* tú, doña Susanita, tan guapa, tan frescachona, tan *distruida*... irla á dejar por ese pingajo, desperdicio de la tropa... Te digo... ya ves tú á mí qué me va ni me viene... pero le arrancaba los ojos á ese Judas de mejor gana que lo digo.

IV

La política en el tren

—¡Adios, D. Teodoro!

—¡Felices, D. Nicomedes!

—¿Viene V. de Pamplona?

—No; vengo de Castejon, donde he tenido que ventilar cierto asuntillo. ¿V. vendrá de Madrid?

—De Madrid, sí señor. ¡Tenia una gana de perderle de vista! Pero, ya se ve... de un dia á otro podia presentarse alguna complicacion, y no convenia abandonar al Gobierno.

—Pues yo ya estoy cansado de servir sin que me sirvan. Cuando se anunció el debate político, yo le dije redondamente á Sagasta: «D. Práxedes, yo no pido subsecretarías ni direcciones; se me ha ofrecido una senaduría vitalicia, y el tal ofrecimiento no se cumple; estoy harto de votar que sí, que no, y que qué sé yo, sin sacar nada en limpio; las palabras son siempre palabras; todos mis amigos y parientes saben lo de la senaduría y al ver que nunca llega, me persiguen con cuchufletas y bromitas que no tengo necesidad de aguantar; ó somos ó no somos; ha llegado la ocasion de herrar ó quitar el banco.» Sagasta me habló de sus compromisos, de la dificultad de la combinacion, de las altas influencias que se interponian, en fin, la cancion de siempre; salimos medio riñendo y yo me fuí para mi casa sin aguardar el resultado del debate.

—Pues ha perdido V. cosa buena.

—Sí, ya sé, ya sé. Con que, en suma ¿la boda fracasó?

—Ruptura completa, amigo mio.

—Es una lástima, lo digo con sinceridad.

—Pues yo, si he de ser franco, le confieso á V. que me alegro; porque, no nos hagamos ilusiones, ¿qué porvenir era el nuestro si se embarcaban con nosotros Martos, el Duque, Montero Rios, Moret, Lopez Dominguez, Balaguer, Becerra, Linares Rivas, etc., etc.? Le digo á usted que cuanto más lo pienso, más me regocijo del desenlace que esto ha tenido.

—Es V. muy dueño de pensarlo así; pero el tiempo le probará que se equivoca.

—Allá veremos; por de pronto á mí me ha ofrecido Sagasta solemnemente una embajada.

—¿Ofrecido?... Ríase V. de ofrecimientos.

—Allá veremos, vuelvo á decir; yo no puedo creer.....

—Ya lo creerá V., yo se lo garantizo. Y hablando de otra cosa, ¿hácia dónde se dirige V.?

—Si he de ser franco no lo sé á punto fijo.

—Pues, amigo mio, lo mismo exactamente me sucede á mí.

—Por de pronto me voy á Aguas-Buenas; allí irá Sagasta, y siempre es una ocasion de estrechar relaciones; en las estaciones balnearias se intima con facilidad, y ¡quién sabe! Allí se fraguan combinaciones, se estudian planes...

—¡Ya lo creo!... Me parece muy bien pensado. Un primo mio estuvo una vez á punto de alcanzar una cartera porque, á más de haberle caido en gracia á Cánovas, le salvó de rodar las escaleras de un hotel agarrándole de los faldones de la levita.

—¿No digo yo?

Yo llevo el mismo objeto que V.; sólo que V. se encamina hácia Aguas-Buenas, es decir hácia el sol que se pone, y yo hácia Biarritz, es decir, hácia el sol que nace.

—¿Se ha ladeado V. hácia la izquierda? Le compadezco.

—Pues no hay de qué, amigo mio; al freir será el reir: yo tengo más experiencia que V., el porvenir es nuestro; indefectiblemente nuestro; eso es elemental; basta abrir los ojos para conocerlo.

—No me desilusione V.

—Al tiempo me remito.

—Es que hace V. casi, casi, vacilar mis convicciones... si no fuera por la embajada...

—Ríase V. de embajadas.

—Le digo á V. que fué un ofrecimiento formal, y ante varios compañeros; por eso no he tenido inconveniente en manifestarlo; es público... hasta la prensa se ha hecho eco de ello...

—Ríase V., le digo.

—Despues de todo, lo cierto es que, ya que voy á Aguas-Buenas... nada me cuesta detenerme en Biarritz.

—Vengan esos cinco...

—Hombre, no, no tanto. En Biarritz veremos qué tal anda la cosa; V. me presentará al Duque.

—Tendré mucho gusto en ello; pero con una condicion...

—Diga V.

—La de que si, no obstante mis pronósticos, viéramos el pleito mal parado...

—Acabe V.

—¡Nada!... Que me permitiria V. acompañarle á Aguas-Buenas.

—Ahora sí que digo yo: ¡Vengan esos cinco!

—Es la influencia del exprés... El tren... acorta las distancias.

V

En la estacion

—Mucho *pesquis*, señores, que en esta estacion hay mucha gente; ponerse *tó* el mundo á las ventanas *pa* que crean que va lleno el coche. ¡Eso es! ¡Así me gusta! *Sacai toas* los abanicos y *resoplai* fuerte como si fuéramos *sofocaos*... ¡Esa es la cosa!

—¡Jesus!... ¡Cuánta gente!... Si nos dejaran en paz... tan á gusto como hemos venido hasta ahora... pero ¡cá!

—Mira, *Pepiya*, quítate de la *ventaniya*.

—¿En verso y *tó* me lo dices?

—En verso y en prosa; métete *pa drento*, porque con esa cara tan remonona que Dios te ha *dao* vas á atraer á la gente. Sólo las feas deben ponerse á las ventaniyas, pa espantar... ¿No lo dije? Aquel levita te ha *echao* el ojo, y se viene *p'aquí* derecho... *¡Abanicaisos toas!...* ¡Uf!... qué calor! ¡Va uno aquí como sardina en banasta! *¿Paqué* no pondrán más coches?... ¡Ole! ¡le espanté!

—De buena hemos *librao; toa* esa caterva se nos iba á colar *p'aquí drento*.

—Vaya, parece que de esta no salimos mal; nadie se atreve con este coche; ya no se ve un alma en el anden.

—No hay que cantar victoria tan pronto. Mirar... mirar lo que sale por aquella puerta.

—¡Jesus! Un regimiento entero y verdadero; ahora sí que no nos vale ni la bula de Meco. ¡Ay Dios mio! En ningun coche encuentran sitio... ¡uff! ¡qué calor!

—¡Eh! Chicos, *p'aquí, p'aquí*, que aquí hay sitio.

—¡Jesus, lo que se nos viene encima!... No *quiés* caldo, toma tres tazas.

—Es la invasion de los bárbaros.

—¿Qué dice V. de bárbaro, *so mocoso?* El bárbaro será V.; tan mio es este coche como de V.; si V. lo paga yo lo pago ¿entiende V.? Y yo me meto aquí porque me acomoda; y ¿está V.? más que hubiera otro sin un alma de aquí no me moveria, ¿entiende V.? Si *quié* V. espárragos los siembra V., ¿está V.? No ha nacido *entadía* quien se me haya subido á las barbas, ¿entiende V.? Y *san se acabó* y punto en boca. Echa *p'acá* esos cestos, Teresa, y *veisos* acomodando como podais, que aquí hay sitio *pa tós;* nosotros no *semos* más que cinco, y aquí caben *entadía* seis.

—Ustedes serán cinco; pero... ¿y esos cestos?

—Esos cestos son mios, ¿está V.? y no le deben nada á *naide*, ¿entiende V.?

—Si yo no digo que no sean suyos...

—Pues eso faltaba, mil demonios, que fuera V. á *icir* que no eran mios. Pues qué, ¿piensa V. que porque tenga ese *sombreriyo* de jipijapa, y esas *patiyas* rubias y esa *caena*, y esos *antiojos* se va á *cayar* el hijo de mi madre? Pues se equivoca V. ¿está V.? Y sepa V. que *pa* lo que yo gasto los *arfeñiques* como V. es *pa* escarbarme la *dentaura;* ¿se entera V.? Y si yo no traigo maletas ni *malitos* es porque no me da la *rial* gana, ¿lo entiende V.? No porque V. me vea de estas trazas se vaya V. á figurar que soy un cualquiera; que tengo aquí en el *bosiyo* pa *yenar* á V. y á *toa* su parentela la boca con *moneas* de cinco duros, *ligítimas*, ¿está V.? Que aquí no hay *fachendas* ni *sorpecherías*, ¿está V.? Mete ahí esos cestos, Juaniya, y ten cuidao con no tocar á ese cabayero, no sea que se evapore...

—¿Sabe V. que está insultador por demás? Tenga usted más consideracion, que aquí nadie se mete con V.; no provoque V. á nadie.

—Yo no provoco á *naide*, señora, ¿está V.? Este mocito me ha *yamao* bárbaro y es lo que no consiento, ¿entiende V.? ¡Vaya con las *comenencias!* Saca, saca la bota, *Loliya*, que echaremos un trago *pa* pasar estas *peniyas*... Beba V., *cabayero*, que no quita lo uno á lo otro; V. me insultó, yo le insulté y ¡al avío! estamos en paz; pruebe usted ese *viniyo* y quedamos tan amigos; me lo *trajon* ayer del mismo Cariñena unos compadres de *toa* confianza.

—¡Muchas gracias! No acostumbro...

—¿Remilgos tenemos? Vamos, no se haga V. de rogar; cátelo tan sólo, que *d'eso* hay poco en el mundo... Así me gusta... ¡Viva la Pepa y *ajüera* el mal humor!

(Se continuará.)

FERNANDO ARAUJO

Salamanca 1883

LOS POMPEYANOS EN CÁPARRA

POR DON PUBLIO HURTADO

(Continuacion)

—No es la guerra que os espera una guerra infructuosa, —continuó el tribuno.—Un espíritu elevado de justicia la preside, y la victoria ha de mejorar grandemente vuestra condicion. Este jóven, que os presento, es el heredero de Pompeyo nuestro bienhechor, y me ha jurado hacernos libres, sin otra condicion que la de ayudarle á aniquilar al Dictador. Podremos volver á constituirnos en pueblo independiente, como lo fueron nuestros abuelos; y el romano nos considerará como un igual ó un aliado. ¿No es esta nuestra comun aspiracion? ¿Necesitais que ante vosotros ratifique tan solemne promesa?

Un nuevo redoble de las espadas sobre las peltas, contestó á la pregunta del orador.

Este se volvió á su amigo y le presentó la empuñadura de la espada.

Pompeyo extendió sobre ella la diestra mano, y dijo con voz estentórea:

—Juro por el excelso Júpiter Tonante, por el invicto Marte y la memoria veneranda de mi ilustre progenitor, que una vez vencedor de mi enemigo con la ayuda de los bravos lusitanos, les relevaré de las cargas que les impuso la dura ley de la guerra; que sus municipios podrán constituirse en la forma que juzguen oportuna; y que en particular el de Cáparra, obtendrá de mi agradecimiento la consideracion de confederado y sus hijos gozarán el *jus itálico*, si les conviniere.

Un tercero y más prolongado choque de armas, acogió esta solemne protesta de adhesion y reconocimiento, despues de lo cual, y á una señal del duunviro, aquel hormiguero humano se fué filtrando, digámoslo así, á través de la maleza que lo rodeaba, hasta quedar solos sobre el titánico pedestal los dos capitanes.

—Filon, si la buena suerte me conduce triunfante al Capitolio, yo te ensalzaré al patriciado.



JÓVEN ALSACIANA

—Gneo, arranca de mi alma la espina que la punza noche y dia, si á ello alcanza tu poder, y guarda la purpúrea toga para quien ambicione algo más que la paz de su hogar.

IX

Durante ocho dias consecutivos no hicieron más que afluir á Cáparra las tropas que los municipios de la baja Vettonia, y algunos otros lusitanos, sus convecinos, ponian á disposicion del huésped de Vocusia.

Sus armas y sus trajes no podian ser más heterogéneos.

Las aldeas enclavadas en los montes Herminios (hoy sierra de la Estrella) le enviaban dos cohortes de fundibularios, que por única vestimenta traian colgadas de los hombros oscuras *sisyrnas* ó zaleas de carnero, ajustadas á la cintura por una tosca correa.

Turobriga (junto á Alcántara) le remitia otra de astarios, armados de agudas *falaricas*, lanzas de tres piés de longitud, cuyas cabezas cubrian sombreros de palma, burdamente confeccionados.

Laconimurgo, en el camino de Cauria á Cáparra, le prestaba una centuria de auxiliares.

De Ebura le llegó media legion, usando sus soldados espadas de cobre de medio metro de longitud y aguzada punta.

De las tropas indígenas, eran las mejor regimentadas y uniformadas.

Cáparra le ofrecia dos mil combatientes.

Y además ya se alojaba en las casas de la ciudad una legion romana, que comandaba el valiente y veterano Tito Labieno.

Pasada revista, como hoy se diria, al total de tropas allegadas, sumaron 9,000 peones y 700 caballos, con los cuales Gneo se decidió á partir en busca de Aulo Trebonio.

—¿Otra vez en marcha?....—preguntó Servilio, que no daba paz á sus mandíbulas, con marcadas señales de pesadumbre.

—Es preciso. La prontitud en los movimientos, da andada la mitad del camino para alcanzar la victoria.

—¡Y yo que me iba ya medio acomodando á este género de vida! ¡Vaya todo en gracia de la Prefectura!

En esto apareció Labieno.

—Pompeyo,—dijo al jóven:—Trebonio nos ahorra las incomodidades de la marcha.

—¿Qué dices?—interrogóle con sobresalto el gastrónomo, que presintiendo la proximidad del peligro, perdió el color.

—Que sabedor de que nos hallamos aquí, viene á buscarnos.

—¡Que me place! —exclamó Gneo.—¿Cuántas tropas se le calculan?

—Dos legiones.

—¡Más que las nuestras! —advirtió con pavor el gloton, acariciándose con ambas manos, como para cerciorarse de que aún lo conservaba ileso, el abdómen.

—Miéntras mayores son las dificultades que hay que vencer, más glorioso es el triunfo,—objetóle Pompeyo.

—¡Ay!... son intentonas demasiado aventuradas. Por mi voto....

—¿Has tomado las oportunas medidas de precaucion?—preguntó el patricio á su lugarteniente.

—Sí. Los cerros vecinos están coronados de espías, hijos del país. No hay que temer una sorpresa.

—¡Mucho cuidado con ella! (¿Qué seria de mí, que estoy recien comido?)

—Vamos á reanimar el espíritu de los soldados,—dijo Gneo.

Y salió con su renombrado capitan.

Servilio que temblaba como un azogado, desde que supo que el enemigo se acercaba, se dejó caer sobre un escaño de corcho, sudando al goteron.

X

La proximidad de Aulo Trebonio era un hecho.

Noticioso de que Pompeyo andaba ganando adeptos en la Lusitania, voló en su busca para batirlo.

Los centinelas indígenas, escalonados en un radio bastante extenso, en torno de Cáparra, encendiendo fogatas en la cúspide de los cerros, anunciaron la llegada del Legado.

Este, á la mañana siguiente, sentó sus reales á vista de Cáparra, sobre un pequeño altozano.

Pompeyo, para prevenir cualquiera intentona, acampó tambien fuera de la ciudad, sobre otra loma.

Ninguno de los ejércitos rompió las hostilidades durante el dia, y la noche los sorprendió arma al brazo.

Pensativo se hallaba Gneo en su tienda, cuando inesperadamente apareció en ella una blanca figura.

Era Naza, cuya escultural presencia hubiera convertido al ágamo más recalcitrante.

—Naza, ¿tú por aquí?

—Sí, Pompeyo.

—¿Buscas á tu esposo?

—No: te busco á tí.

—¿Qué me quieres? ¡Ah! tu presencia me anuncia alguna buena nueva; ó viene á preservarme de un peligro.

—Ambas cosas á la vez.

—Habla.

—Estás preocupado desde esta mañana. La superioridad del enemigo te hace dudar del éxito de la jornada, ¿es cierto?

—Nunca debe un general confiar demasiado en el triunfo. A muchos ha perdido su excesiva confianza.

—Una cosa es que se confie, y otra el que se tema un descalabro; porque tú lo temes.

—Si eso sucediese, yo moriria peleando.

—No es eso. Esquivas contestarme categóricamente, y en mí no debes recelar una inadvertencia. Escucha. Aunque mujer, y como tal no muy perita en el arte de la guerra, vengo á trazarte una regla de conducta, si quieres vencer.

Pompeyo la contempló con extrañeza.

—¿Desconfias?... Pues es lo peor que pudieras hacer. Tú me has salvado la vida, por el pronto; y siéndote deudora de ella ¿cómo dudas de que mis intenciones sean el facilitarte la victoria sobre nuestros enemigos?

—¡Oh! de tus intenciones no dudo ni he dudado nunca; mas aunque ellas sean excelentes, el resultado de tu plan puede ser deplorable.

—Te respondo del éxito.

—Exponlo, pues.

—Es brevísimo. Mañana será probablemente el choque. Pues bien: no trates de batir las legiones de Trebonio, aunque este á ello te provocase. Recomienda á tus capitanes que estén á la defensiva. El éxito de la jornada estriba en que la noche sorprenda á los dos ejércitos en



DURMIÉNDOSE, DORMIDA Y DORMITANDO, dibujo del natural

las mismas posiciones que hoy ocupan, ó al ménos en que la Victoria no haya inclinado su balanza en pro de ninguno de ellos.

Gneo miraba de hito en hito á la vettona. En los ojos de esta se traslucia algo de sobrenatural.

Viendo que el caballero vacilaba, añadió con acento acucioso, deprecatorio, suplicante, cruzando ambas manos para dar á sus palabras mayor fuerza:

—¡Por Taranu, noble Pompeyo! Depon tu incredulidad. Mira que van en ello, tal vez, tu destino y mi vida.

—Pero... ¿y si no venciéremos?

Naza sonrió tristemente.

—Sí,—contestó.—¡Venceremos! Tú sigue mis consejos. y tal vez cuando te creas más comprometido, te encuentres á las puertas del templo de la Victoria.

XI

Clareó el dia, y el sol no tardó en elevarse á los etéreos espacios, prestando al mundo calor y movimiento.

Sólo los ejércitos beligerantes permanecieron inactivos.

Cada uno esperaba que el contrario rompiese las hostilidades.

Al fin Aulo Trebonio, viendo que Pompeyo no daba señales de vida, dió sus órdenes para que algunas centurias se moviesen contra el enemigo.

Destacáronse algunos pelotones de guerreros, del grueso del ejército, y andando, andando, fueron acortando la distancia que de los pompeyanos los separaba.

Estos á pié firme aguardaron á los agresores.

En presencia de su inmovilidad, el cesariano sospechó alguna estratagema, y toda su prevision y actividad se consagraron á tomar precauciones para no ser sorprendido.

Gneo habia dividido su ejército en tres porciones. En la de la derecha, que se extendia por el valle, mandada por Tito Labieno, se contaban los honderos herminianos, cuatro cohortes romanas y cuatrocientos jinetes. En la de la izquierda, que regia Filon, se hallaban los hijos de Cáparra y Ebura, y otras tres cohortes latinas. Y el centro, que el mismo Pompeyo comandaba, se componia de los soldados de Turobriga, Laconimurgo, y otros pueblos lusitanos, trescientos caballos y las dos cohortes de triarios, ó soldados veteranos de la legion.

Las fuerzas destacadas por Trebonio acometieron el ala derecha de su competidor, siendo recibidas por los honderos montañeses con un nublado de sendas y certeras peladillas.

Contra Filon avanzaron dos cohortes cesarianas, sobre las que desde luégo se precipitaron los fogosos caparrenses, con su jefe á la cabeza.

Los centros de ambas líneas se contemplaban inmóviles.

A las primeras de cambio los soldados de Filon hicieron sentir á las falanges trebonianas los efectos de su empuje, y llevados de su ardor bélico, se internaron más de lo que la prudencia aconsejaba, en el campo enemigo.

Reforzados los romanos con otras dos cohortes de refresco, la lucha se equilibró, y acercándose los combatientes unos á otros, la lid se hizo individual, y empezó á lucharse cuerpo á cuerpo.

Pompeyo, atento al consejo de Naza, mandó á decir al duunviro que se replegase sobre sus anteriores posiciones.

Pero Filon, empeñado ya en sangrienta lucha, le contestó, que un español no retrocedia jamás ante el peligro.

Esta respuesta contrarió á Pompeyo, no sólo porque se iba á ver obligado á faltar á las prescripciones de la bella vettona, sino porque preveia que el foco de la accion iba á localizarse en la falda de la montaña, cuya superficie escabrosa imposibilitaria el concurso de la caballería, en la que él cifraba sus esperanzas.

En vista de esto, y para que el grueso de las tropas adversas no cayese sobre Filon, mandó avanzar á los honderos de Labieno y á los turobrigenses, lancienses, pesures, igeditanos y otros auxiliares.

Con el movimiento acentuado, Trebonio no se atrevió á desamparar los restantes puestos de su línea, y fué más parco en aglomerar fuerzas contra los de Ebura y Cáparra, que hacian prodigios de valor.

Hasta el medio dia, puede decirse, los romanos que militaban en el campo de Pompeyo no habian sido más que meros espectadores de la refriega.

Los españoles habian sido los paganos.

Viendo Trebonio que su ala derecha era la más reciamente atacada recabó una cohorte, y dándole ejemplo, cerró con los contrarios.

Filon lo conoció, y olvidado de sí mismo, se fué hácia él como un perro rabioso.

—¡Infame!—le gritó.—Toma el pago de tu deslealtad.

Y le tiró tal tajo, que la espada al hendir el viento, zumbó como el huracan.

Aulo dió un salto atrás, burlando el golpe; mas la punta del arma le alcanzó en la pierna izquierda, en la que le produjo una larga herida de arriba abajo, si bien no interesó más que la piel.

Una docena de legionarios cercó en un instante al osado lusitano, con la sana intencion de hacerle expiar con la vida tanta audacia.

El vetton, con los ojos centellantes y con la agilidad del tigre, se defendia teniendo á raya á sus enemigos.

El legado gritó á estos:

—No matarle: cogédmelo prisionero.

—Mientras viva, será inútil,—advirtió el aliado de Pompeyo.

Mas no habia aún espirado en sus labios la última sílaba, cuando resbaló y cayó al suelo, viéndose sujeto por veinte manos de hierro en un instante, ántes de que él pudiese incorporarse.

—¿Con que solamente muerto, eh?—le preguntó con sarcástica ironía Trebonio.

—¡Maldicion!—articuló el prisionero con voz ronca como la bocina de la desesperacion.

—Ponédmelo á buen recaudo. Quiero reservarme á este bravo para que adorne el triunfo que me espera en Roma.

La noticia de la prision del duunviro se propagó inmediatamente por los dos campos.

Los españoles que capitaneaba se desanimaron con tan sensible pérdida, la que envalentonando á los reforzados enemigos, dió lugar á que estos hicieran en aquellos horrorosa carnicería.

Apercibido Pompeyo de tan funesto accidente, ordenó al tribuno de la legion que regia las tres cohortes romanas de la division del prisionero, que avanzase á hacer frente á los animosos enemigos, y á contener la desbandada en que caparrenses y eburenses se habian empezado á pronunciar.

Las cohortes se movieron, y el equilibrio se restableció.

En el centro y ala derecha de la línea pompeyana, cada cual seguia ocupando su puesto, sin ventaja conocida para ninguna de las huestes.

Sólo los honderos y unos doscientos caballos, guiados por el mismo Tito Labieno, habian logrado una pequeña ventaja sobre sus fronteros adversarios, pero ventaja que nada ponia ni quitaba en la balanza de la victoria.

Y en esta disposicion cayó la tarde y las sombras nocturnas fueron desplegándose sobre el campo de batalla.

Los contendientes, sumidos en la oscuridad, se vieron precisados á diferir sus sangrientas rencillas para la próxima alborada.

XII

Hacia tres horas próximamente que la Noche habia empuñado el cetro de nuestro hemisferio cuando una sombra movible y cautelosa, burlando la vigilancia de los centinelas de Trebonio, se deslizó á través de su campo, en direccion á la tienda del Legado, sin producir el más tenue ruido.

Al llegar cerca de ésta, un centinela le cortó el paso.

—¡Alto! ¿quién eres?

—Ya lo ves: una mujer.

—¿A quién buscas?

—A tu general.

—¿Qué le quieres?

—Eso queda para él y para mí.

—Entónces...

—Anúnciame.

(Se continuará)



UN DESCUIDO APROVECHADO, cuadro por J. Sonderland

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 4 DE AGOSTO DE 1884 — NÚM. 136

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

PAISAJE, por H. Boulenger

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

PAISAJE, por H. Boulenger

Si la naturaleza es incansable para producir, el artista es infatigable para copiarla. Difícil es en nuestros tiempos trasladarse al campo y escalar los pelados riscos ó pisar la verde alfombra de los prados, sin tropezar con un entusiasta por la belleza rústica, que traslada á su *album* la apuntacion de lo que ha de ser un valioso cuadro. La pintura de paisaje abunda, los paisajistas inundan el mercado y á este paso la competencia se entablará entre telas campestres á tanto el metro superficial.

Y sin embargo, ¡cuántas dificultades hay que vencerántes de producir algo notable en este género!... Preguntádselo á nuestro eminente Haes y os dirá á qué precio de estudio, de observacion, hasta de salud, se sorprende á la naturaleza en sus bellas manifestaciones. Esos innumerables verdes, que con ser verdes todos, no existe uno igual á otro; esos colores del cielo que de tan diversas maneras entonan una composicion, desde la riente aurora hasta el melancólico ocaso; esa bruma, á veces ténue y espesa á veces, que flota sobre las corrientes; esa atmósfera, ya límpida, ya oscura cual si la empañara el hálito de cuanto respira debajo de ella; esas casas, nuevas ó ruinosas, elegantes *chalets* ó desnudas cabañas, que lo mismo pueden completar que destruir el efecto de un lienzo elaborado con verdadero talento; cuántas, cuántas dificultades, repetimos, ántes de que el paisajista de mérito lance el suspiro de satisfaccion que corona el vencimiento de los obstáculos!...

El paisaje que hoy publicamos no puede ser más sencillo en la apariencia, y sin embargo, su autor ha dado pruebas en él de que ha estudiado la naturaleza de una manera bastante séria para reproducirla con éxito.

¿DOBLARÁ EL CABO? cuadro por M. Ancher

La tarde es borrascosa; la atmósfera pesada; la tempestad agita las aguas y el peligro del navegante es inminente. A la vista de un grupo de marinos, recomendable por la verdad de sus distintos tipos y la naturalidad de sus actitudes, cruza un buque, empeñado en doblar el cabo, á pesar de la ruda oposicion de los elementos. ¿Triunfará la pericia del hombre? ¿Doblará el cabo nuestro buque?...

Hé aquí la solucion que esperan nuestros marinos, quienes á fuer de peritos en la materia, siguen con verdadero interés los azares del arriesgado empeño. No hay quien deje de interesarse por el pobre navegante que corre un deshecho temporal; pero ninguno con la vehemencia del marino, para quien el mar es la patria comun de cuantos confian su existencia á una embarcacion; patria bien cruel algunas veces, pues como el horrible Saturno, devora á sus generosos hijos. El marino, que muchas veces ha corrido un peligro idéntico, sigue á fuer de inteligente, y casi á fuer de interesado, los azares de la lucha y con sólo fijarse en el semblante de los de nuestro cuadro, se comprenderá el concepto que cada uno tiene formado acerca del final de la tragedia que se representa ante sus ojos. Sucede con este cuadro lo que con el de la *Diva de la temporada*, que hemos publicado ántes de ahora: el interés mayor, la figura principal, el verdadero asunto, no aparecen en el lienzo; y sin embargo, casi podríamos decir que los vemos. Nosotros, cual los marineros de Ancher, presenciamos la escena del buque en peligro; como ellos le vemos elevarse hasta las nubes y descender hasta el abismo; como ellos percibimos el rumor de la tempestad y se nos figura que azotan nuestro rostro las gotas de la lluvia y la espuma de las olas.

Este es el verdadero mérito del cuadro; esto es lo que revela el talento de su autor.

MEDEA, cuadro por N. Sichel

El tipo de la infortunada amante de Jason ha tentado á no pocos artistas, y es que difícilmente la pasion excitada producirá un engendro tan completo de los desórdenes ocasionados por el amor y por los celos. Medea lo sacrifica todo á un hombre, primero su honra, más tarde á su hermano, finalmente á sus propios hijos.

Se trata, pues, de una figura colosal, épica, trasmitida por la poesía de todos los tiempos é idealizada á su manera por cuantos de ella se han ocupado.

En el cuadro que hoy reproducimos, la hija del rey de Cólquida es indudablemente bella, con la belleza varonil que nos place atribuir á la maga cuyos sortilegios alejaron de Jason los peligros de la conquista del vellocino de oro; su actitud es realmente arrogante, tal como concebimos á esa creacion de la mitología griega... Pero, áun así, hemos de confesarlo, tiene esa figura una frialdad que desencanta á poco que nos fijemos en la situacion del personaje. Por de pronto el autor no la ha pintado en el momento en que se disponia á sacrificar á sus hijos, que es el momento álgido de esa existencia tan rudamente puesta á prueba. Tampoco el acero que empuña amenaza ciertamente á su hermano, lanzado en su persecucion. Luego Medea aguarda, para herir, bien á su perjuro amante, bien á su odiada rival. En uno y otro caso falta á esa figura expresion de odio, fuego de venganza, en una palabra, no es el prototipo de la mujer celosa, tres veces parricida en el paroxismo de su pasion.

PESCADORES ITALIANOS, dibujo á la pluma por Galofre

Si no fuera porque Italia es la patria del arte universal, deberíamos quejarnos de ella, que casi monopoliza el talento de todos nuestros más insignes artistas. Galofre no paga menor tributo á la seduccion, y si con brillantes colores nos pinta las animadas escenas de unas regatas, da la preferencia á las aguas y al cielo de Italia; al paso que si con pulso seguro de maestro del dibujo copia del natural tipos con que tropieza en sus excursiones artísticas, esos tipos nos revelan que sus excursiones tienen lugar por las orillas de los mares y las veredas de los campos italianos.

No importa, ni debe extrañarnos: el artista es aquel peregrino que se dirige al templo de la inspiracion y que, una vez en su recinto, no puede separarse sin adorar á sus ídolos. Lo que conviene es que el genio no permanezca estático; que la admiracion no le descorazone; que, como tierra abonada, produzca frutos opimos.... Y en este punto, Galofre, siempre valiente, libre siempre, seguro de conseguir su objeto sin sujecion á trabas impuestas friamente al artista, demuestra cada dia, lo mismo en sus cuadros que en sus simples apuntes, que España tiene en Italia un pintor más que la consuele de la pérdida del autor de *la Vicaría*.

CROMOS DE VIAJE

(D'après nature)

(Continuacion)

VI

En la fonda

—¡Mozo!... ¡Mozo!... ¡Café con leche!

—Allá va, señorito.

—¡Mozo!... ¡Mozo!... ¡Un chocolate!

—¡Allá va!

—¡Mozo!... ¡Un *bistek*!

—¡En seguida! ¡En seguida!

—¡Mozo!... ¡Unas chuletas!... ¡Mozo! ¡Un medio de limon!... ¡Mozo! ¡Una chica de gaseosa!... ¡Mozo!... ¡Un vaso de agua con azucarillo!...

—¡Allá va! ¡allá va!

—Pero ¿qué es esto, hombre de Dios? Le pido á V. unas chuletas y me trae una botella de limonada. Pero ¡hombre!... ¡Y se ha marchado!... Pues estoy divertido... ¡Mozo, mozo! Llévese V. esta botella y tráigame unas chuletas, con mil demonios.

—¡V. dispense, señorito! Con tanta gente... fué una equivocacion. Ahí tiene V. las chuletas, sin los demonios.

—¿Cuchufletas gastamos?... ¡Bien por el buen humor!

—¡Eh, mozo! ¿V. cree que este pollo se puede comer? ¿Me ha tomado V. por algun ave de rapiña?... Si está crudo, hombre, si está crudo, que no hay quien le hinque el diente, crudo y frio...

—Ya ve V... no hay tiempo para calentarlo más.

—¡Eh mozo... mozo! ¿Qué salsa es esta? Por mi tierra no se conoce. ¿Es acaso la *sauce aux mouches*?

—No entiendo francés, caballero.

—Pero tendrá V. ojos para ver que estos tomates están nadando en moscas.

—Ya ve V... el calor... Eso no se puede impedir.

—¡Mozo, mozo!.. ¿Qué demonios de leche me ha traido V. aquí?

—Pues ¿qué tiene esa leche, señorito?

—¿Que qué tiene? Más sal que las salinas de Torrevieja; pruébela V.

—Pues está buena, señor; aquí es la costumbre; siempre echamos en la leche unos granitos de sal.

—Sí ¿eh? Pues es una costumbre detestable; eso no se puede tomar. Llévese esa taza y tráigame otra sin sal.

—Aquí toda la leche es como esa, caballero.

—¡Tilin, tilin, tilin!... ¡Viajeros... al tren!

—¡Ay, Dios mio!... Y yo que no he podido todavía partir la pechuga de este pollo...

—Llévatela para el coche, mujer, coge tambien el pan, porque si no, nos quedamos sin probar bocado; el vino apénas lo hemos podido probar. ¿Cuánto es todo, mozo?

—Diez y ocho reales.

—¡Qué barbaridad!

—Cóbrese V. mi café.

—¿Cuánto es el chocolate?

—¡Eh, caballero! V. dispense; me debe V. la taza de leche.

—Pero, hombre de Dios, si no la he podido tocar...

—Eso no es cuenta mia; yo la he pagado al amo, y no la he de perder.

—Pero si la tiene allí entera.

—Perdone V., caballero; págueme V. los tres reales de la leche.

—¡Qué escándalo!.. Tres reales por una taza de leche que no se puede beber... Tenga V., hombre, tenga V. Ya me libraré yo muy bien de volver á pedir nada en esta fonda.

—V. hará lo que guste.

—¡Viajeros... al tren!

—¿Qué se lleva V. ahí, caballero?

—Lo que es mio; el almuerzo que no he podido casi probar. ¡Pues no faltaba más!

—¿Cuánto son las chuletas?

—Doce reales.

—No es caro, sobre todo teniendo en cuenta la salsa de moscas en que estaban; eso no es para todos los dias.

—¡Viajeros... al tren!

—¡Qué bien decia D.ª Sinforosa!... No se puede tomar nada en las fondas. ¡Quita, quita! No volveré yo á salir de mi casa sin buenas provisiones de salchichon y jamon.

VII

En los túneles

—¡Jesus, María y José! Pero esto será lo que dicen que se llama un *tonél*; nos hemos *quedao* á oscuras enteramente... ¡Ay! Ya se ve la luz... ¿No es *verdá* que esto impone, *señá Sabastiana*?

—Ya se lo decia yo á V., *señá* Tomasa; la primera vez que vine yo con mi difunto que esté en gloria, le digo á V. que medio me desmayé. Gracias á mi difunto que me sosegó con aquella *labia* que Dios le habia *dao*, no pasó la cosa á mayores; mire V., mire V., ahí viene otro; asómese V. á la ventanilla: ¿ve V. esa boca negra? Pues ese es el túnel; santígüese V., que ya entramos en él.

—¡Y qué ruido hace el tren aquí dentro!... Da un miedo... ¿Por qué no encenderán luces?

—Pues y *qu' es* verdá; en tiempo de mi difunto no pasaba esto; es una barbaridad; mi difunto no lo hubiera consentido.

—¡Gracias á Dios! Parece que se respira cuando se ve la luz del dia; mire V., *señá* Sabastiana, mire V. lo pálido que se ha puesto aquel caballero. ¿Qué le habrá pasado?

—Se habrá asustado cuando ménos; no se parece á mi difunto; ya podian echarle túneles. Pero ¿y aquella madamita? Fíjese V. en lo sonrosado que tiene el carrillo derecho, y repare V. en las miraditas que la echa aquel individuo, y saque V. la consecuencia... ¡Jesús qué cosas! No, lo *qu'es* mi difunto... no lo consentia... Ya se ve... con la oscuridad.

—¡Otro túnel! ¡Otro túnel!

—¿Sabe V. que me voy poniendo mala? Yo creí que ya se habian acabado... ¿Faltan muchos todavía?

—¡Ya lo creo! Y mucho más largos que estos... Ya verá V., ya verá V.: mi difunto se reia mucho en los túneles al ver la cara que yo ponia; ahora ya me he acostumbrado.

—Ya se acabó. Pero ¿por qué será el haber tanto túnel?

—¡Toma! Porque como hay tantas montañas, y tan altas, para pasarlas hacen un agujero que entra por un *lao* y sale por otro. Si mi difunto no se hubiera muerto, veria usted cómo le explicaba todo esto; daba gloria de oirle.

—Pero, diga V., *señá* Sabastiana: entónces... pasarán las montañas por cima del tren.

—Pues ya lo creo que pasan; y rios, y pueblos, y todo.

—¡Ave María Purísima! ¿Y si se nos caen encima?

—No hay *cuidao*; mi difunto aseguraba que no habia peligro. Pero ¡calle! El caballero que se pone pálido no hace más que mirarme... Como lo viera mi difunto... Parece todo un señor... ¿por qué se habrá puesto tan pálido? ¡Toma! Y se nos viene *p'aquí*. ¿Si me querrá decir algo?

—Con permiso de V., señora.

—Usted le tiene... ¿No lo dije, *señá* Tomasa? Parece, caballero, que le impresionan á V. mucho los túneles.

—¡Ca! No, señora; estoy acostumbrado á ellos.

—Lo mismo que mi difunto. Como se ha puesto V. así... tan pálido... ¡Vamos! Será que se mareará V.

—¡Ca! No, señora; no conozco el mareo, ni en la tierra, ni en el mar.

—¡Igualito que mi difunto, que esté en gloria! Pues yo... como le ví á V. así...

—¡No, señora, no! Son efectos de la imaginacion.

—¿De la imaginacion? ¡Hombre! Pues es chocante; mi difunto...

—Sí, señora, de la imaginacion; cuando entramos en el primer túnel me pareció escuchar una voz á mi oido que me decia: «Caballero, al llegar al cuarto túnel tenga usted preparada la bolsa para entregármela, porque de lo contrario le atravieso el corazon.»

—¡Jesus, María y José!... ¿Y V. oyó eso?

—Lo mismo que si lo hubiera oido; al salir á la claridad, miré hácia todos lados, y como no ví á nadie de quien poder sospechar, lo atribuí á mi imaginacion y me tranquilicé; viene el segundo túnel, y volví á oir la misma voz: «Caballero, al tercer túnel la bolsa ó la vida.»

—¡Vírgen del Cármen! Pero ¿quién podrá ser?

—Nadie, señora; mi imaginacion y nada más; no puede ser otra cosa, porque aquí no se ve persona alguna de quien poder sospechar.

—¡Qué cosa tan rara! á mi difunto no le sucedia eso. ¿Y no ha vuelto V. á oir nada?

—Sí, señora; en el último túnel he vuelto á oir: «Prepare V. la bolsa para el primer túnel ó dispóngase á morir.»

—¡Vírgen Santísima!

—Por eso me he venido para aquí, al lado de Vds. que me merecen confianza; porque, aunque yo creo que es la imaginacion... tambien pudiera ser...

—¡Jesus! ¡Jesus! Pero V. nos va á comprometer, caballero; grite V., llame V.... ¡Ah! ¡Qué idea! Verá V. que pronto queda arreglado; bien decia mi difunto que hombre, ó mujer, prevenido vale por dos. ¿Ve V.? Yo siempre que voy de viaje llevo un paquete de velas, porque

luégo sucede que se va á una fonda y se encuentra una, como me sucedió en Bayona, con que cobran la vela por parte, y ponen seis reales por cada una, cuando no cuestan más que una peseta la media docena. Pues bien; cuando vaya á venir el túnel encendemos una vela ó aunque sean dos, y nadie se atreverá con V.

—¡Y á mí que no se me habia ocurrido! Cuánto tengo que agradecerla... Pero encienda V., encienda V. que viene el túnel.

—¡Ajajá! Mire V. qué ojos nos echa aquella parejita... Amiguitos ¡paciencia! se acabó la oscuridad...

(Se continuará)

FERNANDO ARAUJO

LOS TRES ÚLTIMOS DIAS

DEL MARQUÉS DE AYAMONTE

Leyenda histórica del siglo XVII

I

Habia amanecido lluvioso, triste y frio el dia 10 de diciembre de 1648, y así continuaba muy entrada la tarde. Contemplaba maquinalmente los hilos de agua quebrados en los vidrios poligonales y verdosos de las dos ventanas de su prision, el desgraciado marqués de Ayamonte, que terminaba su frugal comida, encerrado en el Alcázar de Segovia hacia ya cerca de cuatro años. El cielo plomizo pesaba sobre su desolado espíritu como una inmensurable losa. La alta torre que le servia de cárcel, fuertemente batida por el viento, lanzaba de las abiertas claraboyas de su chapitel lúgubres y continuados gemidos, que, debilitados por la distancia y por el espesor del muro en que estaban afianzadas las rejas del cuarto del marqués, resonaban en este como lejanos pero tristísimos lamentos de una alma en pena. La prision, cuya puerta, chapada de hierro, no abandonaba nunca un mal encarado carcelero, se componia de dos piezas, una iluminada por las dos referidas ventanas, y otra, inmediata, sin luz alguna. Ocupaba la primera el marqués, D. Francisco Manuel Silvestre de Guzman, y en ella habia hecho colocar su cama y un armario liso de nogal donde guardaba su escasa ropa de paño: el complemento de su ajuar eran un baul de la misma madera y de tosca talla, donde habia alguna ropa blanca, un viejo bufetillo cubierto de piel, donde ponia sus papeles, y una banqueta forrada de velludo carmesí, descolorido y roto. Sobre la cama habia hecho colgar una Nuestra Señora de las Angustias, de pincel adocenado, imágen á que tenia particular devocion.—El cuarto oscuro inmediato era el dormitorio de su fiel criado, Santiago Ramirez Gamarra, el cual, sometiéndose gustoso á todos los rigores de su prision, nunca se separó de su lado desde que en 1641, hallándose el de Ayamonte de gobernador en la frontera de Portugal, le prendieron en Córdoba como principal motor del crímen de lesa majestad imputado al duque de Medinasidonia, que quiso hacerse aclamar rey de Andalucía. Del alimento de ambos á horas determinadas, y de todos los demás menesteres, cuidaba el mencionado cancerbero.

Era el marqués hombre de hermosa presencia y aventajada estatura, grave, más que por sus años, por efecto de su prolongado cautiverio, que le habia matizado la guedeja y la barba de prematuras canas: y contribuia á darle aspecto severo la demacracion de su cuerpo, consecuencia forzosa de sus largos padecimientos. Tenia puesta una ancha loba de paño negro burdo, sobre un jubon de gamuza doble profusamente recamado, resto de una antigua opulencia más tradicional que positiva á pesar de su preclara alcurnia: botas de campaña, que se habia calzado aquel dia sobre unas medias de paño verde, por el gran frio que sentia en las piernas; las manos abrigadas con fuertes guantes de ante nogueradо, y un sombrero de castor de ala grande calado hasta las cejas. Despues de comer, se habia sentado en su cama con un papel entre las manos, en el cual alguna vez fijaba los ojos como distraido, pues los tenia con preferencia melancólicamente clavados en la turbia vidriera de una de sus ventanas. Su criado Gamarra, que para defenderse de la inclemencia de aquel feo diciembre, más desapacible en Segovia que en ninguna otra tierra de Castilla, se habia echado encima de su ropilla y de su ungarina un bohemio apolillado y aforrado en pieles de muchas calvas, regalo de su señor, arreglaba los papeles del bufetillo, y observando la tristeza del marqués, procuraba distraerle tomando pié de las mismas quejas que exhalaba el noble preso.

II

—Caduco y sin fuerzas me veo, exclamó este: triste y destemplado invierno tenemos; pero con la sangre de mis venas firmaria yo el pasar toda mi vida los dias y las noches recibiendo sobre mis ateridas espaldas la lluvia de agua helada que ahora golpea estas vidrieras, si se me restituyera en cambio, para ir voluntariamente á terminar mi existencia en un yermo, la libertad que desde el aciago mes de marzo de 41 lloro perdida.

—¡Animo, señor! tras los nublados viene el sol, y pasarán los dias de dolor y de amargura, para que goce vuesa merced otra vez los halagos de la fortuna: que esa noble persona no nació para ermitaño.

—Cesará el nublado, y volverá á brillar el sol: en esto bien dijiste; pero que por la mera inconstancia de las cosas humanas mude de semblante mi destino, eso no lo esperes.... ni áun lo desees: que ni cederia en honor de la divina Providencia que rige el mundo, el que yo, culpado, saliera de mi prision absuelto, cuando otros, por delito semejante al mio, acaban de entregar la vida al verdugo.

—¡Desgraciados en verdad, así el noble duque de Híjar, el cual, con las vueltas que ha resistido en el tormento, debe hallarse más muerto que vivo, como D. Cárlos de Padilla y D. Pedro de Silva, que el sábado pasado dieron el adios á este miserable mundo de oropel y bambolla en el cadalso de la plaza Mayor de Madrid! Pero paréceme, señor, que aunque reos de un delito mismo, ellos de quererle arrebatar al rey la corona de Aragon, y vuesa merced y el duque de Medinasidonia de querer... *mejorar* contra su voluntad—¿está bien dicho así? la suerte de la Andalucía, erigiéndola en reino independiente; si al privado se le antoja, ellos aparecerán justamente castigados, y vuesamerced justamente absuelto. Y si el señor Conde-Duque, que hace cinco años mandaba en España, libró al duque de Medinasidonia por ser pariente suyo, el señor duque de Olivares, que hoy impera tan en absoluto como imperó ayer su tio, el señor D. Luis de Haro, á cuyas venas trasmitió su piadosa y santa madre la generosa sangre de los Guzmanes, no consentirá que la de vuesa merced, Guzman tan legítimo, corra por las negras bayetas de un cadalso. Con que no hay razon para que, salvo, aunque preso, el duque, vuesa merced sucumba; y fuerza es suponer que si la divina Providencia no padece desdoro porque él escape con vida habiendo entregado su cuello al cuchillo de la ley un Silva y un Padilla, tampoco lo padecerá porque se salve vuesa merced, Guzman y Zúñiga, con iguales condiciones.

—Mucho sutilizas para darme consuelos, amado Gamarra, y bien cuadra tu apellido al piadoso oficio que conmigo ejerces, porque refrenas mi ánimo cuando se exalta y parece como que picotea. Pero hoy un aviso secreto del corazon me hace oir su acento pavoroso y me veda entregarme á locas esperanzas. Toma, léeme este papel.

Entregó el marqués á su criado el papel que en las manos tenia, y comenzando por su encabezamiento, iba en él Ramirez Gamarra leyendo así:

—«*Pax Christi*, etc. Como V. Rev. ha estado ausente....

—Deja eso, y lee donde hay una señal.

Suprimió el criado la lectura de una hoja entera, y empezó de nuevo donde habia una cruz de lápiz rojo:

—»Al marqués de Ayamonte condenaron á degollar...

Gamarra, reprimiendo un grito de horror y pálido como un difunto, dejó caer el papel.

—Serénate,—le dijo el marqués con triste sonrisa:—mira la fecha de eso que lees.

—»Madrid y febrero 5 de 1647, —prosiguió el criado recogiendo el escrito.

—¿Y quién firma?

—El P. Sebastian Gonzalez.

—Y ¿no recuerdas?...

—Sí; ahora recuerdo que esta carta es copia de una que escribió un buen P. de la Compañía, prepósito de la casa profesa de Madrid, y que le fué misteriosamente entregada á vuesa merced por encargo de aquel religioso franciscano, Fr. Nicolás de Velasco, que reside en Lisboa y que cometió la gran torpeza de dejarse engañar por el infame Sancho, el delator de la conspiracion que favorecia el rey D. Juan IV de Portugal, ántes duque de Braganza.

—Ese pobre Fr. Nicolás, arrepentido de aquella imprudencia que tan cara me ha costado, y no sabiendo cómo reparar el daño, vigila siempre solícito por procurarme lenitivos en mi situacion angustiosa. Esta es la hora en que todavía ignoro cómo pudo hacerse con tan precioso documento, que es auténtico sin duda alguna. Este papel es el que mantiene en pié mis escasas esperanzas hasta hoy. Sigue leyendo.

—»Al marqués de Ayamonte condenaron....

—¿A qué repites lo que ya has leido?—interrumpió D. Francisco Manuel con viveza.

—»Y á confiscacion de bienes, sin lugar á súplica. Despues ha tenido valedores y le han admitido la súplica. Dicen lo pidió el Sr. D. Luis de Haro á S. M., con que se tiene por cierto no será la pena capital, si bien le dejarán preso largo tiempo, ó siempre.

—Largo tiempo ó siempre,—repitió el marqués inclinando la frente con profunda amargura. Y prosiguió el criado:

—En lo de los bienes se ejecutará lo sentenciado, si es que hay sobre qué caiga, que entiendo está muy pobre.

—¡Y tan pobre!

—¡Animo, ánimo, señor! Pues vuesa merced tiene tan segura prenda, porque de los buenos informes de los PP de la Compañía no cabe dudar, dadas las amistosas relaciones que el poderoso duque de Olivares, D. Luis de Haro, mantiene con ellos, no vuelva vuesa merced á contristarse, que á fe que ese mismo valimiento que le obtuvo el derecho de suplicar, que el Consejo le habia negado, le ha de sacar á puerto de salvacion, á despecho de todos los malos presagios de su ánimo, hoy tan abatido.

—Te digo que en efecto esa es mi única esperanza. Muerto el Conde-Duque, que visiblemente quiso vengarse del golpe que yo le asesté cuando descubrí al rey de Portugal la trama, si no urdida por él, por él favorecida contra su trono, acaso el de Haro, su sobrino, no ha heredado con su privanza sus rencores. Si contra mí claman venganza los castigados por aquella abortada conspiracion, la sangre de Villareal y de Caminha degollados en deshonroso patíbulo, el recuerdo del arzobispo de Braga envenenado en su prision, los despedazados miembros del judío Baeza y de los que con él fueron descuartizados en cumplimiento de la terrible y ejemplar sentencia, y los lamentos de los prelados que aún gimen en las cárceles del vecino reino; no es D. Luis de Haro el interesado en aplacar esos indignados manes, porque no fué á él á quien yo ofendí frustrando el plan satánico que habia de poner en conflagracion toda la Lusitania. Tal es mi conviccion; y sin embargo.. mi corazon leal hoy me da voces de alarma dentro del pecho, y me hace temer que el pacto con que el de Olivares me brindaba ofreciéndome la vida en cambio de la confesion de mi delito, acabará en sangrienta felonía, perpetrada no por el que la concibió, sino por la indiferencia, el abandono, el desprecio quizá de su sobrino y sucesor.

—Pues aquietad esa falsa alarma de vuestro corazon pensando que si la causa del duque de Híjar y de D. Cárlos de Padilla, comenzada mucho despues de la vuestra, quedó ya fenecida y ejecutariada con sangre seis dias há, no habria motivo para que la del duque de Medinasidonia y su cómplice, en que los reos están desde hace años confesos y convictos, no hubiese concluido ántes con vuestras vidas, á no mediar el poderoso brazo que os sostiene para sacar ileso el limpio escudo de los Guzmanes de la ruina que á ellos y á sus familias amenaza. Guzman era el Conde-Duque, Guzman es el duque de Olivares, Guzman vuesa merced, Guzman el duque de Medinasidonia y su hermana la reina de Portugal.... Pues digo, que á no ser por la inquina del difunto privado cuyos planes desconcertásteis, y por su ansia de haceros sufrir la pena del talion cuando él tuvo la fortuna de desbaratar los vuestros, ya toda la ropa sucia se habria lavado en casa, y á vuestro delito se habria dado algun sesgo semejante al del famoso cartel de desafío merced al cual estuvo el de Medinasidonia manteniendo ochenta dias el campo en Valencia de Alcántara contra el rey de Portugal, que sabia no habia de irle á buscar.

—Gracias por tu celo, buen Gamarra: quiero, para no ser ingrato contigo, entregarme á esas ilusiones que la nobleza de tu alma sabe presentarme con el vestido de una elocuencia que no habias nunca poseido. Quiero creer que mi agorero corazon me engaña. Sí, mi cabeza necesita descanso: voy á conciliar el sueño que huyó de mí ántes de amanecer este triste dia tan anegado en lluvia, como si dijéramos tan lloron, meciéndome en los cendales de azul y rosa que casi siento rozar mi frente al evocar las dulces memorias de la juventud.

Esto diciendo, recostóse en el lecho subiendo sobre él los piés. Quitóse el sombrero, y ya reclinada la cabeza en las blandas almohadas, se pasó por la frente y por el cabello la mano derecha, desnuda de guante, blanca y aristocrática aunque descarnada, en cuyo dedo anular brillaba un hermoso zafiro. De allí á poco se durmió.

III

Descansó muy breve rato, y viéndole Gamarra abrir los ojos, temeroso de que sus pensamientos volvieran á tomar el sesgo de la melancolía, y como si no hubiera habido interrupcion en el buen propósito de distraer el ánimo con imágenes placenteras,

—Yo recordaré á vuesa merced, le dijo, lo que desde hace muchos años no ha vuelto á sonar en el mentidero de la corte. Contábase que un galan y apuesto marqués tenia proyectado su casamiento con la rica marquesa de Villanueva del Fresno, y que este enlace quedó sin efecto por hechizos de la hermosa viuda del conde de Sástago, de aquel buen capitan de la Guardia tudesca....

—No adules mi castigada vanidad con recuerdos de pasadas profanidades,—interrumpió como arrepentido, el de Ayamonte.

—Pues no repugnará vuesa merced este otro recuerdo, —repuso Gamarra tomando de encima del bufete un papel....—Esta es la entretenida relacion de las fiestas de toros y cañas con que se estrenó la gran plaza del Buen Retiro en 1634....

—¡Catorce años há! Recuerdos añejos.—Y un largo bostezo sirvió de punto á la observacion de D. Francisco Manuel.

—Cuando tan gallardamente lucieron su destreza las cuatro cuadrillas capitaneadas por S. M. como general, y las otras cuatro contrarias que guiaba el duque de Medina de las Torres. No es inoportuno recordarlo por si se repite el espectáculo cuando entre en Madrid la nueva reina doña Mariana, la linda rosa del Danubio á quien Dios dé larga vida, pues pudiera suceder que así como vuesa merced figuró en una de aquellas cuadrillas ...

—¡Calla!—le interrumpió el marqués, como sacudiendo el sueño que empezaba á entornar de nuevo sus párpados, é incorporándose en el lecho,—calla, que yo me figuro que aquel dia nacieron en mi pecho los gérmenes de los ciegos impulsos que por fin me llevaron desatentado á conspirar contra la corona de mi rey. Sí, yo formaba en una de las cuadrillas del bando enemigo, en la que regia el conde de Niebla, y en medio de las escaramuzas que tuvimos con las cuadrillas reales, no sé qué gesto ó qué palabra de desden recogí de los labios del monarca, ó qué mirada observé en él partiendo al sesgo de aquel párpado caido, que me inspiró el necio propósito de llevar con la punta de mi bohordo hasta los piés de la dama de mis pensamientos, como elocuente trofeo de mi venganza, la adarga arrancada al brazo real. Ceñí mi caballo al suyo más de lo que consiente el respeto del vasallo; esgrimí el bohordo como lanza; conoció el rey mi intencion, y como hábil justador supo hurtar el cuerpo; pero aquel descomedimiento no me fué jamás perdonado; al cabo de años se me destinó á un gobierno de frontera, y en mi larga



¿DOBLARÁ EL CABO? cuadro por M. Ancher



MEDEA, cuadro por N. Sichel

estancia fuera de la corte fué tomando cada dia tinte más odioso aquel ingrato recuerdo. ¡Necio de mí!... No creas que duran ya en mi pecho esos rencores: las adversidades y los años, los años, sobre todo, me han hecho cuerdo... Mira, amigo mio desde la primera noche en que al acostarte sientas que el codo que sustenta el peso de tu cuerpo se te queda como pegado al colchon, date por notificado de viejo decrépito y metido en capilla. Desde ese momento, que para mí llegó en la dura prision de Santorcáz, no debe ya el hombre ocuparse en vanidades y mundanos desvaneos, sino sólo en merecer la clemencia del Juez divino, cuyo tribunal se le anuncia cercano....

PEDRO DE MADRAZO

(Se continuará)

LOS POMPEYANOS EN CÁPARRA

POR DON PUBLIO HURTADO

(Conclusion)

—No puede ser: está dormido.

—Faltas á la verdad. Un militar no duerme nunca en noches en que ha quedado indecisa la batalla, y se espera un momento oportuno para decidirla.

—Duerma ó no, tengo órden de no dejar pasar á nadie.

—Si te obstinas en cerrarme el paso, mañana lo sabrá, y los sarmientos de los lictores imprimirán en tu cuerpo cárdenas señales.

Esta amenaza desconcertó al centinela.

—¿Cómo te llamas?

—Naza.

Espera aquí.

Y el guardia desapareció.

Tornando á poco, dijo á la vettona:

—Sígueme.

Y Naza lo siguió.

A los veinte pasos era introducida en la tienda del general cesariano, quien, vendada la pierna herida, yacia tendido en una especie de canapé que á la vez servia de cama.

Ante él habia un pequeño cartíbulo ovalado, con manjares fiambre y un ánfora de vino; todo alumbrado por una lamparita de bronce, en figura de esfinge, á cuyo resplandor pudo apreciarse en detalle el traje y apostura de la hermosa lusitana.

Vestia una túnica de lana, color carmin, con flores blancas estampadas en su fondo, ajustada al talle por un cinturon recamado de oro. El cabello, trenzado y arrollado sobre el coronal, estaba sujeto por la parte anterior de la cabeza, con una media diadema que se ajustaba á la frente y las sienes, más alta en su parte media que en los extremos, cuya parte elevada se encorvaba hácia atrás, y de la cual pendia un velo blanco, que flotaba al aire y le llegaba hasta media pierna.

Vistosos dijes, relumbrantes arrequives, y supersticiosos amuletos, completaban su atavío.

No hablemos de sus hermosos ojos elioides, espejos de un alma ardiente y soñadora: sus facciones todas eran acabadas. Baste saber, para comprender que no era una belleza vulgar, que habia sido en los primeros años de su edad núbil, y elegida por un jurado al efecto, sacerdotisa de Salambona, la diosa de la hermosura y el amor del pueblo ibero, á cuyo culto se dedicaba siempre la jóven más bella del país.

Tal eleccion aseguraba á las elegidas el porvenir marital, pues siempre casaban con los principales mancebos de la comarca.

Ella dejó de ser sacerdotisa, para ser esposa de Filon.

El dia que Trebonio la vió por vez primera, escribió á sus libertinos camaradas de la ciudad del Capitolio: «Hasta que he admirado á la esposa de uno de los hombres más importantes de este territorio, hubiese apostado á que no habia en el Universo mujer que compitiese en hermosura con la reina Cleopatra, á quien ví en Alejandría, á raíz de la batalla de Farsalia. Despues de haber visto á la esposa de Filon el caparrense, juro que ha perdido para mí la primacía la hermana, y á la par mujer, de Tolomeo.»

No es extraño, pues, que el hombre que así se producia, dispusiese en el acto la introduccion en su tienda de la belleza que tanto habia proclamado.

Al verla, se incorporó en su sitial, hasta quedar en él sentado.

—¡Naza!... ¡Tú buscándome!

—La necesidad, señor, á ello me obliga.

—¡Ah! hé aquí otra de las ventajas que me proporciona el cautiverio de tu marido. A no ser por él, mis ojos no hubiesen alcanzado la dicha de verte.

—¿De mi marido?...—repitió ella fingiendo extrañeza.

—¿Pues lo has hecho prisionero?

—¡Oh! sí. ¿Lo ignorabas?

—Por completo. No he vuelto á saber de él desde que apuntó la aurora.

—Entónces.... ¿qué quieres de mí?

—Quiero....

Y no se atrevió á proseguir.

¡Era tan grande el sacrificio que consumaba!

—Depon todo temor: nadie nos oye,—le dijo animándola el patricio, miéntras sus pupilas se engolfaban torpemente en las incitantes formas de su agraciada interlocutora.

—Pues quisiera.... que escuchases mis cuitas; que como caballero contestases á una pregunta que voy á hacerte; y como supremo magistrado en esta provincia, me dispensases la proteccion que la ley otorga á los desvalidos.

—¿Tú desvalida?

—¡Te extraña!

—Mucho. Pero siéntate, Naza, y honra mi mesa. Nunca me fué dado esperar una ventura como la que en este momento me deparas.

Y le hizo lugar en el escaño en que él yacia.

Su interesante huésped lo rehusó, prefiriendo una banqueta de madera en forma de trípode, que colocó en frente de Aulo, y al otro lado de la mesa.

—¿Tan léjos de mí?—le interrogó este en són de cariñosa reconvencion.

—Sí. ¿Qué merecimientos has contraido aún para conmigo, que te den derecho á tenerme al lado tuyo?

—Cierto, mi hermosa comensal; mas esperánzame de que no siempre te mantendrás á tan esquiva distancia.

Y al hacer este intencionado ruego, el genio de la liviandad culebreaba en sus pupilas.

—De tí depende,—contestóle Naza ruborosa, sin atreverse á alzar los ojos temiendo encontrar los de Trebonio, avergonzada de la esperanza que le habia concedido.

Aulo, escanciando el vino del ánfora en una copa de ónice contorneada de oro, repuso:

—Pues si en mí consiste, bebamos y celebremos nuestra futura é íntima inteligencia; y para que este néctar sea mas dulce á mis labios, apuren los tuyos, hermosa hispana, la mitad de esta copa, perteneciente un dia á los tesoros de Mitrídates.

Naza, más encendida que el licor que su compañero le presentaba, humedeció sus frescos labios en el confortable líquido, que con erótico entusiasmo trasegó al punto á su estómago Trebonio.

—Cuéntame ahora esas penas que te abruman.

La esposa de Filon le recordó su tenaz persecucion; los celos que habia hecho nacer en el pecho de su marido, al apercibirse de ella; las privaciones que habia sufrido con tal motivo; la muerte á que, juzgándola adúltera, habia sido condenada; y de tal modo exageró su situacion, y era tan persuasivo su acento, que el romano, que no perdia sílaba de cuantas aquellos labios, trémulos y provocativos, pronunciaban, dando un puñetazo sobre el cartíbulo, concluyó:

—Yo castigaré, como merece, tan injusta opresion. Tu marido no volverá á ser libre en toda su vida. En cambio tú vendrás conmigo á Roma, repudiaré á mi esposa Léntula, y ascenderás á mi tálamo en su puesto.

Naza sentia hervir en su casto seno un afecto de repulsion invencible hácia el hombre que tan cínicamente se producia; mas con un dominio grande sobre sí misma, ocultó aquellas rebeliones de su espíritu, y acogió sonriente los proyectos de Trebonio, á quien no cesaba de incitar á la bebida.

Hasta seis ánforas de Falerno habia hecho apurar al romano, que iba sintiendo ya sus enibrantes resultados.

Efecto de ellos, su mano audaz se habia alargado más de una vez para alcanzar aquel sér privilegiado, que tanto habia encendido sus apetitos carnales.

Aún es pronto,—le advertia Naza, apartándolo de sí.

—Tienes que conquistarte mi cariño.

Eran las doce de la noche y Trebonio no podia ya con la cabeza.

Sus palabras eran cortadas y balbucientes.

Al contemplarlo en tal estado, la vettona cesó en su conversacion, sostenida á fuerza de invenciones suyas, más ó ménos interesantes, las que por el solo hecho de ser por ella referidas, rebosaban poesía y magnético aliciente.

Luégo cruzó las manos sobre la falda y observó de hito en hito al general, hasta convencerse de que Baco con sus caricias, lo habia reducido al estado más completo de inconsciencia é inaccion.

. . . .

XIII

A la media hora, el plegado lienzo de la tienda se entreabria para dar paso á la interesante hija de Atrebato.

Acercándose al guardia, que era el mismo que la habia guiado á ella, le dijo:

—¿Puedes conducirme á la prision del jefe de los enemigos, cautivado esta tarde en la refriega?

El soldado, que habia adivinado *íntima* inteligencia entre la aparecida y su general, respondió respetuosamente:

—Puedo, sí; pero si en tanto llamase...

—No llamará... y aunque eso sucediese, sabiendo que era yo quien te ocupaba, hasta te premiaria.

—Siendo así, ven.

Y el vigía delante y Naza detrás se pusieron en marcha.

Esta, en una punta del velo, conducia envuelto cuidadosamente un objeto de no mucha magnitud.

Miéntras el custodio iba pensando pidadosamente:

—Esta será alguna de las muchas *amigas* que por doquiera encuentra mi general. ¡Es un amante aprovechado!

Cuatro números cuidaban de la tienda en que yacia maniatado Filon, sita á unos treinta pasos de la de Trebonio.

—Deteneos,—dijo uno á los recien llegados.

—Despues que hayamos conversado con el cautivo,—advirtió Naza.

—¡Qué locura! Está incomunicado, y no puede hablársele.

—Pero podrá ponérsele en libertad.

—Tú deliras, buena moza,—le respondió el militar con tono zumbon.—¿Quién pudo imaginar tal desatino?

—El Legado

—¡Imposible!

—En prueba de ello, aquí tienes su anillo.

El centinela lo examinó á la luz de una tea que mandó aproximar.

—Es el suyo... pero...

—¿Qué?... ¿No es bastante garantía de mi palabra la posesion de esta joya?

—Pudiera habérsele perdido, y tú ú otro cualquiera, interesado en su libertad, habéroslo encontrado.

—Acabo de separarme de él en este instante.

—¿Y quién me asegura que eso mismo es verdad?

—Yo,—repuso entónces el guardia que la acompañaba.—Yo que de órden del general la he introducido en su tienda y les he servido la cena.

—De ese modo, cúmplase su mandato; pero por lo que pueda ocurrir...

—¿Qué quieres que ocurra?—interrogó con impaciencia Naza.

—Me quedo con esta prenda.

—Sea; mas abrevia.

Entró en la tienda el soldado, y á poco salió acompañado de Filon.

—Ahora tú, acompáñanos hasta rebasar las posiciones de vanguardia,—dijo á su acompañante.

Y el romano los condujo obediente hasta que estuvieron al abrigo de los suyos.

—Pero, Naza, ¿qué significa?...—preguntó Filon que resoplaba como un toro, extrañando su imprevista libertad.

—Chist, calla y no malogres mi empresa. En breve lo sabrás.

XIV

Muy luégo dieron en la estancia campal de Pompeyo que con oido exquisito prestaba atencion al rumor más insignificante que hasta él llegaba, como el más acucioso vigía.

Al ver á los dos cónyuges, no pudo ménos de exclamar, satisfactoriamente sorprendido:

—¡Filon! ¿tú libre?

—Libre,—se apresuró á contestar Naza.—Libre él, tú vencedor, y yo... yo inocente, si mi inocencia puede estar ya fuera del alcance de la duda.

Y las lágrimas afluyeron á sus ojos.

—¡Qué dices, Naza! —le preguntó su marido.

—Sí, sí; ¿qué significan tus palabras?—repitió Pompeyo.

—Mirad,—contestó la honrada matrona con un acento que revelaba al par que fruicion, altivez y fiereza.

Y presurosa desenvolvió la extremidad del velo que cuidadosamente llevaba liado en la izquierda mano, y mostró su contenido á sus interlocutores.

—¡Un corazon humano!—exclamaron ambos sorprendidos.

—El de Aulo Trebonio,—advirtió Naza, presa de cierta excitacion nerviosa.—El corazon cuyos impuros deseos, al despertar en tu alma el genio de los celos—(y se dirigia á su esposo)—labraron mi desventura. Sospechoso de mi fidelidad, me juzgaste cómplice de sus flaquezas, y atormentaste mis dias con desprecios afrentosos y glacial indiferencia; hasta hacerme comprender, en mi mortal pesadumbre, que únicamente de este modo podia demostrarte, que el hombre de quien me reputabas amante, no me ha inspirado nunca más que odio.... ¡odio que he saciado de esta suerte!

—¡Perdona, Naza mia!—repuso el hispano ante aquella prueba de fidelidad.

Y ebrio de contento hizo ademan de estrecharla entre sus brazos.

Más cuando ya tocaban el objeto de su constante adoracion; cuando flexibles como juncias se doblaban en torno del ebúrneo cuello de su compañera, un resto de duda, torcedora de su alegría, levantándose en su imaginacion exaltada, sombría y punzadora, originó una sacudida en todo su sér, y lo hizo retroceder dos pasos.

Tanto la jóven como el romano extrañaron tan brusca mudanza.

Ella, comprendiendo con dolor el móvil de la repulsa, le dijo, en tono de cariñosa reconvencion:

—¡Ingrato! ¿dudas aún?

—Dudo,—contestó Filon con sequedad.

—¡Ah!—observó Pompeyo:—eres injusto con la mujer que te deparó la Providencia.

—¡Desgraciada!—lloró Naza.—¿Qué podré yo hacer sobre la tierra que baste á despejar su espíritu poblado de fantasmas?

—Naza: yo aprecio en lo que vale tu sacrificio. La patria te quedará agradecida á perpetuidad. Mas yo deseo saber si la muerte de Trebonio es una satisfaccion sincera dada al ofendido esposo, ó si implica en tí otro sacrificio mayor, inmolando al amante en aras de la paz de tu casa.

Esta suspicacia, no imaginada por la inocente esposa, llevó á su alma un desconsuelo extremo.

—Pues bien, —dijo ella en el colmo de la desesperacion.

—Si estas pruebas humanas no te convencen; si mis protestas, mis lágrimas, mis sufrimientos nada significan para tí.... ¡Filon! yo te emplazo para ante la autoridad divina. Mañana, obtenido el triunfo sobre el enemigo, partiremos en peregrinacion á Ebura, y allí, ofreciendo este corazon en el altar de Salambona, que el augur lea el pasado en esta entraña aborrecida.



PESCADORES ITALIANOS, dibujo á la pluma por B. Galofre

XV

Bien de mañana Pompeyo mandó atacar el ala izquierda del enemigo á todo el grueso de su ejército.

Los contrarios sostuvieron el primer choque con decision; mas pronto hubieron de empezar á ceder á la superioridad numérica.

Gneo, impaciente por dar felice fin á la jornada, envió allá á los triarios, que no tardaron en acentuar en pro del hijo del vencedor del Asia, los preludios de la victoria.

Los tribunos, los prefectos de las cohortes, los centuriones, todos los jefes contrarios se preguntaban el por qué de no acudir el Legado á reforzar aquella parte de la línea y á infundir aliento á los soldados; tanto más, cuanto que el centro y ala derecha apénas eran molestados, y tenian fuerzas más que suficientes para rechazar cualquier ataque de las tropas que enfrente tenian.

Uno de los oficiales se decidió á penetrar en la tienda de aquel á noticiarle el estado de la accion; mas cuando salió y dió la triste nueva del asesinato del general, la más completa desorganizacion y el pánico más horrible cundieron por las filas cesarianas.

En vano el tribuno más antiguo de las dos legiones militantes, tomó el mando del ejército; en vano, dando ejemplo á sus sobordinados, trató de infundirles valor y confianza. Esa voz pavorosa, que aunque no pronunciada, resuena siempre en los oidos del vencido, de *sálvese el que pueda*, hizo volver á los legionarios de Trebonio las espaldas á sus adversarios, contribuyendo á dar mayores proporciones al desastre iniciado.

Destrozadas de este modo las haces de el enemigo, Pompeyo, á quien sus tropas habian aclamado *imperator*, entró en són de triunfo en la ciudad de Cáparra, compartiendo las populares aclamaciones con Naza, cuya heroicidad habia ya trascendido á la muchedumbre.

Filon, aunque receloso aún de la fe conyugal de su esposa, no dejó de congratularse del triunfo alcanzado.

¿Y Servilio?...

Servilio así que supo que el enemigo iba de capa caida, salió de casa de Vocusia, y tomando lenguas de los soldados, dió un pequeño rodeo y con toda la presteza que su oronda individualidad le permitia, fué á dar en lo que hoy llamaríamos depósito de provisiones, en donde, revolviendo fardos y cajas, lanzó un grito de alegría indescriptible.

En un rincon de la tienda almacen, habia encontrado una barrica de ostras del lago Lucrino y una pequeña botarga de Falerno.

XVI

Aquella misma tarde Filon y Naza partieron en peregrinacion hácia Ebura, en donde el augur, despues de la solemne conspicion del corazon de Trebonio, disipó la duda que flotaba en el espíritu del duumviro.

Naza delirante de alegría cubrió de besos la fimbria de su sayo talar, y cercenando de raíz, con unas tijeras, sus brillante y abundosa cabellera, la colgó reconocida en el altar de la diosa del amor.

Los dos esposos volvieron á disfrutar la felicidad á que eran acreedores.

En cuanto á Pompeyo.... el triunfo de Cáparra aceleró el desenlace de la cruenta enemiga que tenia con Julio César.

Este, viendo el incremento que la guerra civil iba tomando en la península, volvió á ésta, y dió fin del partido de los hijos de su colega de triumvirato.

La batalla de Munda fué el golpe de gracia dado á la causa de los pompeyanos.

En ella perdió Servilio la Prefectura del Erario. Pero ¡vamos! no murió de pesadumbre, toda vez que, á los pocos meses, su nombre figuraba en la lista de convidados al banquete con que el disoluto Marco Antonio celebró su torpe triunfo en los juegos Lupercales.

Más consecuente Filon, formó un pequeño ejército y levantó bandera en España, á los tres meses, por los hijos de Pompeyo, llegando á apoderarse de la ciudad de Sevilla; pero sorprendido por César, fué derrotado y pagó con la vida, en una cruz, su temeraria fidelidad.

Así se cumplió la prediccion de Olba. Un romano le hizo sufrir la mayor de las ignominias.

PUBLIO HURTADO

Cáceres

EL FERROCARRIL ELÉCTRICO DE FRANCFORT Á OFFENBACH

Entre los innumerables progresos y aplicaciones de la electricidad descuellan dos muy trascendentales para la vida moderna, el alumbrado y la trasmision á distancia de una fuerza motriz, cualquiera que sea su orígen, el agua, el viento, el vapor, el gas ó la accion química. Esta última fuerza es la más moderna que el hombre ha utilizado, por cuanto no ha empezado á conocerla sino de medio siglo á esta parte, fuerza que estudia hace treinta años y de la que vá enseñoreándose y aprovechándose en nuestros dias. La fuerza en cuestion es la accion química que se desarrolla en una batería galvánica, formando una corriente eléctrica que por la atraccion y repulsion alternativa que suscita en un iman artificial, imprime á un mecanismo un movimiento giratorio. Muchos aparatos motores, basados en estos principios, se discurrieron; pero ninguno verdaderamente práctico y por consiguiente tampoco de aplicacion inmediata y provechosa, ya por su excesivo coste, ya por lo difícil de su manejo y falta de regularidad.

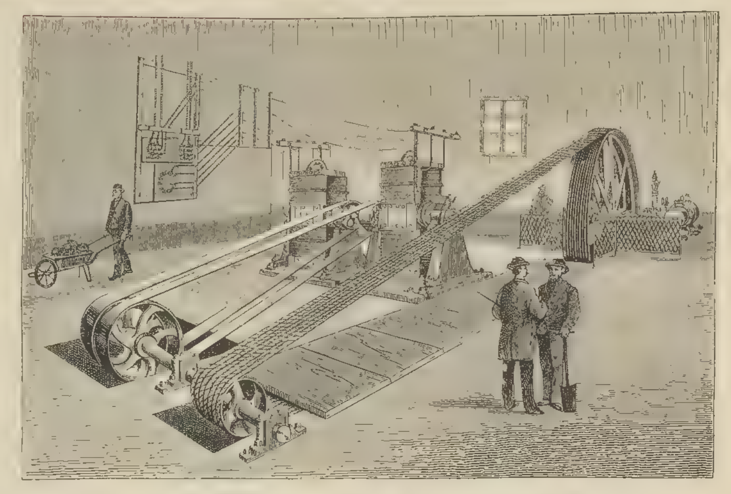
Tres fueron los grandes genios que casi simultáneamente han dado á esta cuestion un aspecto nuevo con la invencion y rápido perfeccionamiento de la máquina electro-dinámica; Paccinotti en Italia, Gramme en Francia y Siemens en Alemania. Las máquinas de estos inventores producen fuerza motriz, no ya por accion química, sino por movimiento, y esta fuerza se trasmite á beneplácito á largas distancias merced á la corriente eléctrica, por medio de alambres sencillos ó de cables de alambre segun el caso.

Era muy natural que desde luégo se pensara en aplicar á la locomocion la fuerza eléctrica producida por el movimiento de cualquiera otra fuerza motriz, y esto ha motivado en la actualidad la invencion de los ferro-carriles eléctricos.

Un motor, que por lo general es una máquina de vapor, pone en rotacion otra dinamo-eléctrica fija, desde la cual pasa la corriente engendrada á otra máquina de esta misma clase colocada debajo del vagon ó coche que se quiere mover y cuya distancia á la máquina fija es por lo mismo variable. Tres modos hay de trasmitir la corriente eléctrica desde la máquina fija á la adaptada al coche cuyas ruedas ha de poner en movimiento. El primero consiste en hacer servir los mismos carriles de conductores, pasando la corriente desde ellos á las ruedas del coche y de estas á la máquina dinámica del mismo, la cual hace en seguida girar las ruedas. En este caso no ha de haber solucion de continuidad en la vía férrea, ni sus barras, por lo tanto, han de tener la pequeña separacion entre sí que la previcion aconseja para dejar espacio á la dilatacion del metal producida en verano por la elevacion de la temperatura, dilatacion que, si se tocaran las barras, podria levantarlas por sus respectivos extremos ó desviarlas lateralmente, ocasionando siniestros de los que ha habido más de un ejemplo.

Se concilian ambos extremos, esto es, la necesidad de dejar espacio á la dilatacion, y la continuidad de la línea, uniendo las puntas de cada dos barras contiguas con placas de cobre sólidamente remachadas á los dos extremos que han de unir.

El segundo modo de dar paso á la corriente eléctrica desde la estacion donde está la máquina fija, al coche movible, consiste en colgar un cable de alambre en postes plantados á lo largo de la vía, y que comunica con el coche por medio de una polea que recorre dicho cable y va unida al vehículo y á su máquina dinámica por medio de una barra que la sostiene.



EL GENERADOR ELÉCTRICO DEL FERRO-CARRIL DE FRANCFORT Á OFFENBACH

El tercer modo de comunicacion consiste en un tubo suspendido tambien á cierta altura, y que en su parte inferior tiene una ranura en toda su longitud. En el interior de este tubo continuo se mueve un pequeño émbolo unido al coche y á su máquina dinámica por medio de una barra de hierro, sirviendo para este fin la ranura del tubo; de modo que en este tercer sistema el émbolo y el tubo vienen á reemplazar al cable y la polea del segundo.

La primera manera de dar paso á la corriente por las barras de la vía tiene el grave inconveniente de trasmitir la fuerza eléctrica á las personas y animales que toquen la vía conductora, contacto que causaría desgracias sin cuento, sobre todo en el interior de las poblaciones, de suerte que en ellas habria que trasmitir la corriente de las barras á un cable ó á una tubería colocados fuera del alcance de personas y animales.

La segunda manera háse abandonado tambien porque ya por la lluvia, ya por el rocío, ya finalmente por la nieve y la escarcha en invierno, se intercepta ó dificulta el contacto entre el cable y la polea; de modo que hoy se prefiere la conduccion por el tubo y el émbolo, y es el método empleado en el ferro-carril eléctrico que motiva estas líneas ilustradas con los interesantes grabados, copias de las fotografías sacadas directamente del natural.

El ferro carril eléctrico de Francfort á Offenbach tiene 6,655 metros de desarrollo longitudinal y un metro de anchura entre las dos vías. Arranca junto al antiguo puente romano de Francfort, pasa por el arrabal Sachsenhausen, la prolongadísima aldea de Oberrad y toda la ciudad de Offenbach. De cuarto en cuarto de hora sale de cada extremo de la línea un vagon provisto de su máquina dinamo eléctrica con un coche de tranvía para los pasajeros, y recorre toda la línea en 25 minutos poco más ó ménos. Una máquina de vapor fija gemela, de 300 caballos de fuerza total, hace funcionar dos máquinas electro dinámicas fijas, habiendo otras cuatro de estas de repuesto para cuando lo exija el aumento de tráfico; la corriente pasa desde ellas por medio de fuertes alambres á los alambres secundarios necesarios para trasmitirla á las máquinas electro-dinámicas de los vagones locomotores.

La idea, proyecto y ejecucion de las obras se deben á Alejandro Weimann de Offenbach, que arbitró tambien el capital por acciones para llevar á cabo la empresa y se cuidó de obtener para la misma la concesion oficial. El material, las máquinas y aparatos son de la casa Siemens y Halske de Berlin que tambien se cuidó del montaje.

Durante la primera semana de explotacion hubo muchas interrupciones en el servicio, porque era menester instruir el personal hasta lograr que este adquiriera la práctica indispensable; pero despues, gracias á la direccion inteligente del ingeniero Philippsborn, marcha la línea con regularidad perfecta y á satisfaccion completa del público y de la compañía concesionaria.

M. A.



El ferro-carril eléctrico de Francfort á Offenbach

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 11 DE AGOSTO DE 1884 — NUM. 137

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ESTUDIO DE TIPOS, coleccion de cuadros por Gustavo Richter

SUMARIO

—

LA VUELTA AL AÑO, por J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LOS TRES ÚLTIMOS DIAS DEL MARQUÉS DE AYAMONTE *(continuacion)*, por Pedro de Madrazo.—CROMOS DE VIAJE *(continuacion)*, por Fernando Araujo.—SANTIAGO DE PEÑALVA, por Francisco Giner de los Rios.

GRABADOS: ESTUDIO DE TIPOS, por Gustavo Richter.—LA EXPULSION DE LOS CUÁQUEROS DE MASSACHUSSETS.—GUARDIANES DE GANADO, dibujo á la pluma por Galofre.—BACO Y ARIADNA, grupo por Juan Schilling.—LA MÚSICA EN EL CONVENTO, cuadro por E. Grutzner.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO.—PENA AL LADRON, acuarela por A. Fabrés.—REGRESO DE FLANDES, acuarela por F. Pradilla.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Las catástrofes se reunen.—Naufragio, incendio, cólera.—Las córtes de España. — Idilio..... al Champagne.

Las grandes catástrofes parecen reunirse y se juntan y agrupan de tal suerte, que cuando una acontece puede afirmarse que están cercanas las otras. Lo mismo sucede con el crímen: cuando se comete un suicidio, en los dias subsiguientes hay suicidios por docenas; cuando es un asesinato el hecho que ha aterrado á la humanidad, nuevos asesinatos le acompañan y sirven de cortejo. Diríase que el demonio encargado de perpetrar la clase aquella de delito hace sus rondas de cuando en cuando por cada país y para que se le repute de trabajador hace abundante faena que asombre á todos.

Al incendio de la Armería que convirtió en escombros aquel admirable museo histórico, sucedió el del inmenso depósito de maderas que tenian los señores Castro en el barrio del Pacífico, suburbio de Madrid. Coincidió con este siniestro el naufragio del vapor inglés *Lexham* y el del magnífico alcázar flotante de la compañía trasatlántica titulado *Gijon*.

A esta inmensa desgracia acompaña otra que pone el pavor en el ánimo de los hombres: la diseminacion del cólera por más de 70 pueblos y aldeas inmediatos á Tolon y Marsella, su aparicion en Liorna, dentro ya de Italia, en la frontera alemana y en otros parajes.

De todos estos hechos terribles y espantosos quisiera hacer caso omiso en mi crónica para que, dejando yo de narrarlos y dando por borradas las negras páginas que han escrito en el libro de la vida, no hubieran sucedido nunca ni sucedieran en lo porvenir; y que me fuera permitido el presentar á mis lectores entre los caractéres de esta columna tipográfica al barco inglés entrando en el puerto de su destino con felicidad, al barco español conduciendo gallardamente á la Habana ese pedazo de patria que va en el entrepuente de toda nave cuando la vemos alejarse; y si á esta dichosa vision acompañara la del importante establecimiento industrial del señor Castro funcionando prósperamente y la de los pueblos todos de Europa entregados á sus cosechas sin temor á la epidemia..... ¡oh! entónces..... podria dar por terminada aquí mi mision con esta frase: la felicidad completa, como todos los sentimientos absolutos, no puede describirse.

***

Por desgracia unos son mis deseos y otra la realidad. Negra, espantosa, asoladora se representa.

Hé ahí que arranca del puerto de la Coruña una hermosa nave. En su altivo mástil flota la bandera española, en el bauprés el lema de la casa armadora, en los costados letras colosales muestran á las olas el nombre de *Gijon*. Imposible parece que con los poderosos medios de la arquitectura naval, en mar tranquila y deleitosa el *Gijon* naufrague. Pero cuando Dios quiere perder á un hombre envuelve ántes en nubes su entendimiento. *Quos Deus vult perdere prius dementat.* Y cuando quiere perder á un barco le rodea ántes de espesísimas é impenetrables nieblas. Dice el más grande poeta del siglo que el marino tiene una hermana, la noche, y una esposa, la luna. Hay que añadir á esta familia otro miembro importante: tiene un amigo indiscreto, el vendaval, que so pretexto de empujarle le destroza, y queriendo ayudarle en su viaje le asesina; y una madrastra cruel, la niebla, hija del sol y de la noche, nacida de los amores del astro diurno y de los efluvios de la oscuridad La niebla sale del seno mismo del mar, flota sobre las olas, es primero un encanto de los ojos y un deleite de la mirada; luégo crece, envuelve los objetos y parece como que los disuelve. Así como la muerte borra el cuerpo, así la niebla es una especie de muerte de los objetos, porque los envuelve y los anula.

Los poderosos reflectores del *Gijon* intentan en vano romper la niebla, el barco está sin guía como un hombre ciego. Ahora bien; ¿es verosímil, ó es probable que las trayectorias imaginarias de dos barcos que navegan en la inmensidad del mar coincidan en un punto? Y sin embargo, así ha sucedido.

El hundimiento del *Gijon* fué rápido, casi instantáneo. ¡Ay de los que sin darse cuenta de ello pasaron en un segundo de la vida á la muerte! Entre las víctimas del naufragio habia setenta niños cuyos inocentes espíritus habrán formado entre las rocas de coral del abismo un paraíso tan deleitable y puro como el que Dios puso allá arriba por encima de las nieblas, las tormentas y las estrellas.

***

El cólera es una enfermedad que ataca á todo el mundo. Lo más terrible de ella son sus síntomas morales en virtud de los que ni áun las personas que se preservan del microbio y permanecen físicamente sanas dejan de sentir el efecto más terrible de la epidemia: el miedo.

Cae uno enfermo atacado del cólera y huyen cien vecinos de la aldea: muere un colérico y la aldea se despuebla totalmente y sólo quedan en ella el cadáver con sus manos crispadas y el viajero del Ganges que descansa junto á su víctima ántes de reanudar su eterna caminata.

El miedo es un cristal de aumento á través del cual las cañas parecen espadas y las cuadrillas de segadores tremebundos ejércitos. Por eso el cólera no es sólo una enfermedad: es además una pasion de ánimo que hace contar por miles las unidades. En vano la estadística ha dicho una vez y repite constantemente que hay otras enfermedades más funestas para la humanidad. A pesar de ello Marsella y Tolon se quedan sin gente, Avignon y Arlés ven reducido su vecindario á la mitad de su cifra ordinaria. El comercio todo de Europa se paraliza, los viajes se suspenden, los trenes salen de las estaciones sin viajeros ni mercancías, las naves permanecen amarradas á los calabrotes sin flete ni carga. Así como cuando se recibe una fuerte contusion las ramificaciones dolorosas llegan á todas las partes del cuerpo, de igual modo el cólera de Marsella es un grito de dolor en Barcelona, un estremecimiento pavoroso en Valencia y una agitacion no bien definida en toda Europa.

La vanidad científica es superior á todas las vanidades de la tierra. Los doctores franceses y alemanes discuten el cólera, no como se discuten los problemas de la ciencia, sino con el apasionamiento y el calor con que se discuten los intereses materiales. Tantas teorías han expuesto que el que las ha leido todas ellas se halla en peligro de entrar en el manicomio. Unos dicen que el microbio es un animal, otros que es un vegetal, estos que se desarrolla con la humedad, los otros que con el calor crece; hay quien opina que se cura con el láudano, hay quien sostiene que con la estrignina, tal doctor recomienda los baños de ron caliente, tal otro las inyecciones de sustancias mercuriales. Miéntras en Berlin se atribuye toda la responsabilidad de la invasion colérica á la imprevision sanitaria de los franceses, en Paris se canta la marsellesa del microbio que empieza con esta estrofa:

«Allons enfants de la patrie,
le petit microbe est arrivé.»

España é Italia hacen cumplir sus cuarentenas con rigor, á despecho de las burlas de los franceses, que parece imposible que tengan ante el microbio más heroismo que ante el prusiano.

***

Un incendio es y será siempre para los hombres el más terrible de los espectáculos. Muchos sentimientos humanos han cambiado á través de los siglos, y dulcificado en algunas cosas el espíritu y robustecido en otras, ha venido á ser agradable lo que en otro tiempo fué monótono, y odioso lo que á los ojos de la humanidad recien nacida era lícito y natural. Pero creo que la misma sensacion de espanto y la misma atraccion mágica que en los primeros pobladores de la tierra produjo el incendio de los bosques vírgenes el dia en que un rayo hirió la médula seca de una encina, experimentan los hombres del siglo diez y nueve ante un edificio que arde dejando salir de sus ventanas decrepitantes y locas llamaradas. Cuatro millones de reales en tablas que se quemaron en el depósito del Pacífico forman un regular brasero.

Repartid esa leña entre los pobres de Madrid, y vereis como en el invierno próximo no se muere ninguno de frio.

***

Decia hace pocos dias un periódico, que ahora tiene España cuatro cortes; la corte grande que es Madrid, la corte oficial que está en Betelú, residencia accidental del rey, la corte de las damas que está en la Granja, donde se encuentran la reina y las infantas, y la corte de los pretendientes que está en Mondariz, estacion balnearia cuyas salutíferas aguas utiliza el señor Cánovas del Castillo.

El que quiera gozar de un verano tórrido, de una temperatura de cuarenta grados á la sombra, que se venga á Madrid. En cambio, la Granja brinda al veraneante con sus jardines seculares, con sus fuentes de mármol, alarde maravilloso del arte irrigatorio y con el espectáculo de las mujeres de la aristocracia española, hermosas sobre toda ponderacion y luciendo sus castizas bellezas con el pergenio británico pastoril de las claras telas de sus vestidos y con el desgaire seductor de la vida bajo los árboles.

Todo haria creer, contemplando aquellas fiestas campestres, aquellos improvisados banquetes á la sombra de los pinares, que habian vuelto los buenos tiempos de la Arcadia, si no fuese que de cuando en cuando suena el taponazo de una botella de Champagne. Pero estas detonaciones no nos dejan lugar á duda; los pastores del idilio sólo bebian agua fresca.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

ESTUDIO DE TIPOS
Coleccion de cuadros por Gustavo Richter

Ocurrencia feliz ha sido la de reunir en un solo grabado distintos originales del ilustre pintor aleman, cuyo retrato y el de su hijo campean en el centro de esa especie de mesa revuelta. Richter estudia concienzudamente sus modelos y ejecuta con una delicadeza y al mismo tiempo con un vigor que han popularizado rápidamente sus obras. Todas ellas tienen un carácter de verdad poco comun, como puede comprobarse por los ejemplares que contiene nuestro grabado. La primera tarjeta representa á un jóven napolitano, la segunda á una egipcia, una odalisca la cuarta (la tercera la titula su autor *amor de padre* y contiene, hemos dicho, los retratos del artista y de su hijo), la quinta figura á dos hermanitos acariciándose, la sexta á un niño jinete sobre un leon, y la última á una gitanilla mendiga.

Nuestros lectores recordarán sin duda algunos de esos tipos, porque la especulacion los ha generalizado, particularmente por medio de cromos, que difícilmente permiten apreciar el mérito de las obras de arte que no están hechas expresamente para reproducirlas por tan mecánico sistema. A pesar de ello, el mero hecho de su reproduccion prueba la importancia que se les da en Alemania, importancia justamente merecida y en el extranjero confirmada.

EXPULSION DE LOS CUÁQUEROS
de Massachussets (1660)

Eran los cuáqueros una secta que surgió en Inglaterra hácia el año 1644, á impulsos de las predicaciones de Jorge Fox. El principio fundamental de su dogma consistia en que el hombre lleva en sí mismo una revelacion interna que Dios le proporciona, morando el espíritu divino en el alma humana, y por su inequívoca voz, y no por los credos y formularios de los hombres, han de interpretarse por los creyentes las Sagradas Escrituras. Con este dogma y cierta austeridad de costumbres, que más que de austeras tenian de extravagantes, pretendian los cuáqueros ganar prosélitos en los nacientes Estados Unidos, ó mejor dicho en la América del Norte, pero sus esperanzas salieron fallidas por de pronto. A pesar de que la legislacion del país toleraba toda suerte de cultos, no tardaron en producirse conflictos religiosos y hubo persecuciones en este sentido, y hasta jueces bastante ignorantes para quemar brujas y bastante fanáticos para ahorcar herejes.

El distrito de Massachussets se distinguió durante algun tiempo por su intolerancia y uno de sus actos más notables en este sentido fué el destierro de los cuáqueros, pobres visionarios que querian hacer un mundo especial para su uso privado. Nuestro cuadro representa algunas de las tristes escenas á que da lugar la proscripcion, castigo de todos generalmente muy superior al delito de algunos.

GUARDIANES DE GANADO, dibujo á la pluma por Galofre

En el número anterior de la ILUSTRACION ARTÍSTICA insertamos otro trabajo análogo del mismo artista, exponiendo las consideraciones que su exámen nos sugeria. Haciendo extensivas á este dibujo las mismas consideraciones, nos limitamos á llamar sobre él la atencion del lector, seguros de que verá una vez más confirmada la justicia de los elogios que del Sr. Galofre hemos hecho.

BACO Y ARIADNA, grupo por Juan Schilling

Baco es uno de los personajes más controvertidos de la mitología. Miéntras unos hacen de él un simple borrachin cuya mision *divina* es presidir los más desenfrenados banquetes é inspirar las más descocadas danzas, otros le conceptuan síntesis de la tierra generadora é instrumento causante de sus más valiosos productos. El autor del grupo que nos ocupa, debe participar de esta última opinion, pues representa al alumno de Sileno bajo la forma de un gallardo, vigoroso é inteligente mancebo, cuya fuerza dominadora simbolizan los cuatro temibles felinos uncidos á su carro.

Conduce este vehículo al expresado dios del vino en compañía de la bella Ariadna, jóven princesa algo movediza, que abandonó los patrios lares á instancias de Teseo, otro enamoradizo de mala ley que dió esquinazo á su querida tan pronto como halló manera de sustituirla con ventaja. En situacion de reemplazo encontró Baco á Ariadna, cuando la honró con sus galanteos, y la niña, que probablemente no deseaba otra cosa, se dejó querer, olvidando las sábias lecciones de la experiencia.

Su felicidad, empero, habia de durar poco tiempo. El señor Baco, no ménos ligero de cascos que el señor Teseo, se permitió otros devaneos, y Ariadna hubiera estado predestinada, por lo visto, á sucesivos abandonos, si un pariente del ingrato, compadecido de tanto amor y tanto chasco, no la hubiese convertido en estrella, sin duda para que no acabara de estrellarse.

LA MUSICA EN EL CONVENTO, cuadro por E. Grutzner

De la música pudiera decirse que es el idioma de los sentimientos que no tienen forma de expresion por medio de los labios. Nada, en efecto, como la música dispone el ánimo, ya á los más seráficos éxtasis, ya á las más terroríficas visiones. Se explica, por lo tanto, la importancia que á la música concede la religion y el cariño con que la ejecutan aquellos austeros religiosos, que encuentran en ella un medio de comunicarse con la divinidad en la forma con que nos cuadra concebir que los ángeles alaban al Altísimo.

El cuadro que publicamos, cuyo asunto ha sido reproducido por diversos autores, representa una escena de música en el interior de un convento. Los ejecutantes ponen sus cinco sentidos, como se dice vulgarmente, en la buena interpretacion de la *partitura*, y como induda-

blemente sienten lo que desean hacer sentir, es seguro el efecto artístico y hasta el efecto religioso que producirán.

Avalora esta composicion su distribucion bien entendida y el dibujo correcto de las figuras, siendo estimable el tinte apacible que domina en toda ella, que si debilita algo la impresion de momento, en cambio demuestra la confianza que tiene el autor en sus recursos de buena ley.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

PENA AL LADRON, acuarela por A. Fabrés
REGRESO DE FLANDES, acuarela por Pradilla

Raras veces la ILUSTRACION ARTÍSTICA ha publicado un *suplemento* tan á su gusto como el que acompañamos con el presente número. Y es que raras veces, igualmente, áun con la mejor voluntad y sin escasear gastos, se pueden obtener dos obras de arte tan estimables como las producidas por Fabrés y Pradilla, grabadas por Weber, ya no como graban los maestros, sino como graban únicamente los genios.

Todo el mundo está de acuerdo en reconocer las grandes dificultades vencederas para conseguir una acuarela de primer órden, y muchos de nuestros lectores recordarán la impresion entusiasta que causó la *Pena al ladron*, de Fabrés, cuando en la galería Parés fué expuesta. Con dificultad suma hubiéramos podido emparejar esa obra con otra análoga, si la buena amistad que merecemos á Pradilla, gloria de la pintura española contemporánea, no nos hubiera proporcionado el *Regreso de Flandes*, que no titubeamos en calificar de joya, y áun de joya valiosa, en la cual campean cuantas condiciones califican un trabajo insuperable en su género.

De una y otra composicion, siquiera difieran esencialmente en su manera de ser ejecutadas, no hay que ponderar las excelencias. Harto saltan á la vista: el moro de Fabrés, por la expresion de su rostro, por su actitud, por su conjunto y por sus detalles, parece copiado directa y magistralmente en tierra africana; el soldado de Pradilla tiene una marcialidad, una verdad, un concurso de circunstancias tales, que bastarian para formar una reputacion, si esas maravillas no fueran comunes en el del ilustre autor de *Juana la Loca*.

LOS TRES ÚLTIMOS DIAS
DEL MARQUÉS DE AYAMONTE

Leyenda histórica del siglo XVII

(Continuacion)

Aquí hizo D. Francisco Manuel de Guzman una breve pausa, y prosiguió luégo con tono más solemne: ¡Necio es el hombre que presume mejorar la suerte de su país tramando conspiraciones: inútil porfía la del que pretende torcer violentamente el curso de las opiniones de los más, y los inquieta con peligrosas convulsiones, so pretexto de bien público! Y ¡qué horrendo delito el del conspirador! El bandido que roba en los caminos y despoblados, el asesino que esgrime contra el pecho de la víctima inocente el agudo puñal en las sombras de la noche, son sin duda criminales odiosos, porque arrebatan la hacienda y la vida ajena y perturban además el pacífico sosiego con la alarma que el delito consumado produce; pero al fin y á la postre el daño que ellos ocasionan tiene límite conocido. No así el crímen del conspirador contra su patria ó su rey: fraguado en el secreto y en el misterio, con más cobardía que la emboscada del bandolero, y con tanta al ménos como la asechanza del asesino, estalla con la espantosa violencia de la mina prendida á deshora por oculta mano. Una vez hecha pedazos la fortaleza de la lealtad, Dios sabe el vuelo que toma la desencadenada furia que en ella estaba comprimida!—¿Sabes tú lo que es el corazon del hombre ambicioso ó vengativo?—continuó D. Francisco Manuel con gran calor y como poseido por completo del asunto que habia tocado.—Figúrate un diabólico zurron donde se van depositando las larvas de todos los séres más dañinos de la creacion, el alacran, el escorpion, la araña-diadema, la víbora, el áspid, el cocodrilo, el caiman. Esas larvas se desarrollan juntas y cada uno de los fieros engendros revueltos en ese zurron saca una malignidad aumentada con el ponzoñoso humor de todos los otros. Pues bien, el corazon del hombre de dañado intento es cien veces más mortífero y abominable que ese inmundo saco: no hay plaga conocida, no hay epidemia, no hay pedrisco, no hay incendio, no hay inundacion que pueda comparársele en malignidad. Lo que el hombre atesora en su diabólica mente cuando al espíritu del mal se entrega, ni siquiera se concibe.—Ahora bien, cuando esa mina estalla esparciendo al viento todos los gérmenes del averno, el Estado tiene que defenderse, y se arma en guerra. La sedicion se lanza á las calles, conmuévense las poblaciones y los burgos, cesan en los campos las útiles faenas y en las ciudades se cierran los talleres; la miseria y el hambre asoman su faz lívida, la desesperacion arma los brazos: trábanse doquiera mortales conflictos: corre á torrentes la sangre; al amparo de sus encontradas enseñas, entrégase la soldadesca al pillaje y á la venganza: aquí se mata, acá se viola, allá se instalan entre cadáveres la orgía y la blasfemia... Y el conspirador que entregó su patria á tales horrores, si es vencedor, seguro en el asiento á que le encumbró su ambicion, se dispone á no respetar en su país leyes, ni constituciones, ni costumbres; y si vencido, siempre cuenta con que no le faltarán poderosos valedores cerca del trono, que le salven, cuando ménos, de la ignominia del cadalso. A veces este cálculo sale fallido, pero para diez castigados como el duque de Caminha, D. Pedro de Silva y otros, pueden contarse ciento que quedan impunes. ¡Y qué presas desperdicia el cadalso! Parvas incendiadas, escombros humeantes, poblaciones enteras emigrando: la flor de la juventud perdiéndose en campamentos; los ancianos, las mujeres y los niños mendigando por las encrucijadas; ¿son quizá méritos escasos para lucirse en él? ¡Ah! con cien vidas no redimiria el que conspira las espantosas consecuencias de su delito. Mas no perdamos las esperanzas nosotros los conspiradores,—añadió el marqués con gesto y acento de amarga ironía:—tiempo vendrá, de feliz progreso filosófico, en que toda una escuela de jurisconsultos criminalistas sostendrá con aplauso á la faz de la religion vilipendiada, de la razon de Estado conculcada y del comun seso escarnecido, que el delito político no debe ser nunca, aunque subvierta el órden social por completo, castigado con la pena capital.

—Y quisiera Dios que esa escuela, extraviada y todo como vuesa merced la anuncia, estuviese ya hoy imperando de lleno en los Consejos y tribunales de España, para que ella sirviese de escudo á la preciosa vida de vuesa merced.

—Eso suena á dislate, hijo mio, y es muy formal lo que te digo para que, llevado sólo de ciega aficion á mi persona, lo contradigas. El que como yo se encuentra ya en la alta cumbre de esta penosa montaña que llamamos la vida, y próximo á tomar desde ella el vuelo á la eternidad, ve las cosas como son en sí y sin las mentidas apariencias de la distancia. Tú contemplas desde léjos la sierra, que no es en realidad sino un gigantesco y pavoroso monton de peñascos y precipicios, y te parece un espléndido cortinaje de azul y oro y lama de plata, y de manera análoga se te representa la escabrosa y empinada senda de la vida. Oyeme, pues, con reflexion y docilidad, que aunque veas que contra mí hablo, es la razon imparcial y serena en los momentos supremos en que acaba todo engaño y comienza la verdad, la que por mi labio te instruye.

Despues de un momento de silencio, durante el cual dejó caer la frente sobre la palma de la mano izquierda poniendo bajo el codo la otra mano, prosiguió el marqués:

—El mundo acabará por volverse loco. La conciencia popular condena hoy al conspirador, y con razon, por el inmenso daño que ocasiona, que, áun abortando, no dejó de ser consentido por la intencion, seno en que se fragua el pecado; pero llegará el dia en que le absuelva. Hoy esa misma conciencia popular acaso absuelve al delator porque libra al Estado de un cúmulo de males; pero vendrá dia en que se le escarnezca. Pues yo, juez imparcial de mi propia causa, fallando en conciencia ante esta sagrada imágen de la más pura de las vírgenes, angustiada por el más acerbo de los dolores, que nunca se separa de mí para confortarme en mis desfallecimientos, solemnemente declaro que, como conjurado en la satánica empresa de arrebatar á mi rey Felipe IV la Andalucía para erigirla en reino independiente, merezco cien veces la muerte; y que como delator de la horrible trama urdida contra el nuevo rey de Portugal para asesinar á este, incendiar su palacio y entregar la hermosa corona lusitana á los furores de la guerra civil, no sólo no fuí mal español, sino que era digno del aplauso de todos los hombres sensatos y rectos.

Siguió otra breve pausa, luégo un profundo suspiro, y continuó diciendo:

—Pero aquí entra el elemento humano, la flaca y miserable carne; porque reconozco que pequé y que soy digno del castigo, y sin embargo... el castigo que espero me hiela de espanto: ¡tan lleno de contradicciones vive el hombre! Mira, Gamarra, si el rey me perdonase...

Y la entonacion enérgica, la fuerza nerviosa, la mirada abstraida con que habia pronunciado su profesion de fe moral y política respecto de las conjuraciones y delitos de lesa majestad y subversion del Estado, cedieron el campo á una expresion de sentimientos puramente cortesana y vulgar. Verdaderamente es el hombre un saco de contradicciones: él mismo acababa de observarlo.

—Yo, realmente,—dijo, tomando una postura de abandono muy en consonancia con sus palabras,—en los siete años de prision que llevo cumplidos, he sufrido con exceso la pena de mi delito, y bien podria prometerme un generoso indulto con ocasion del fausto acontecimiento que se prepara á celebrar la corte. ¿Seré yo el único título de Castilla, que, miéntras derrama el pueblo lágrimas de júbilo con la esperanza de ver asegurada en la jóven princesa austriaca la sucesion de su rey, hoy interrumpida, esté condenado á derramarlas de desesperacion y dolor? No: puesto que el arrepentimiento y la correccion me han regenerado y soy otro hombre del que fuí, puesto que los proyectos de los perturbadores del público sosiego hoy me aterran, y leo con íntimo contentamiento las noticias de todos los sucesos que pueden contribuir á afianzar los tronos y á darles esplendor, y gozo con las satisfacciones personales que mitigan los graves disgustos que tantas rebeliones, la de Cataluña, la de Portugal, la de Nápoles, han podido causar á mi legítimo soberano; ya que celebro la paz de Munster que concluye las funestas guerras comenzadas por Felipe II, ya que aplaudo la alianza que hoy nace entre Francia y el Imperio, ya que tan de corazon me asocio á la felicidad de mi rey en sus segundas nupcias, ¿serán todas estas circunstancias, que con ingenuidad y verdad alego, títulos insuficientes para devolverme la gracia perdida? .. La obtendré, la obtendré. . ¡Pobre cerebro mio, cuánto te agitas!... Ya vendrá el descanso!... Se me abrirán estas puertas de hierro, no volverán á correrse para mí estos cerrojos... Volveré á pisar aquellos pavimentos marmóreos... Gamarra, aparta, aparta: ponme donde vea bien el recibimiento suntuoso del embajador de Alemania.

Cerró los ojos el marqués. Experimentaba el colapso consiguiente á la momentánea exaltacion pasada. Su cuerpo, inerte, cubierto de un sudor frio, daba apénas señales de vida: ni se percibia su resuello ni latian sus pulsos. El buen criado, lleno de confusion y perplejidad, no supo hacer más que tenderle del todo en la cama, con gran trabajo por su peso y su lasitud, y echarle encima su bohemio apolillado, esperando el momento de que recobrase el cabal uso de sus sentidos.

IV

Aquel desfallecimiento duró algunos minutos; por fin abrió los ojos el marqués, paseando una incierta y vaga mirada por la estancia: usando de sus propias fuerzas, acomodóse mejor en su cama, ciñó más á su cuello las almohadas; entornó otra vez los párpados gradualmente, como cediendo ahora á un sueño bienhechor, y por último una sonrisa de placidez y un ligero movimiento de sus labios, anunciaron el feliz tránsito de su mente del mundo de la vida real á la fantástica region de los ensueños. Entónces se verificó en él un extraño fenómeno de somnambulismo, pues miéntras su criado, prevenido por la indicacion que le habia hecho, iba recorriendo en silencio la narracion del recibimiento del legado tudesco, que se habia preparado á leerle en voz alta, por la imaginacion de D. Francisco Manuel iban deslizándose, como sombras vagarosas, todos los personajes que habian intervenido en la solemne ceremonia. Veia sus caras, sus trajes, sus gestos, oia sus diálogos y sus dichos más fugaces, y hasta se figuraba hallarse entre ellos en las suntuosas estancias del renovado Alcázar-Palacio de Madrid, donde pasaba la escena. Era su cerebro una perfecta cámara oscura, pero donde se pintaba lo pasado con ausencia absoluta de lo presente.

PEDRO DE MADRAZO

(Se continuará)

CROMOS DE VIAJE

(D'après nature)

(Continuacion)

VIII

Cambio de impresiones

—Pues, como le iba á V. diciendo, la primera detencion la hice en Valladolid.

—Buena poblacion, segun dicen.

—¡Psch! No es mala, pero no es de mi gusto. Como monumentos tiene á San Pablo, bastante recargado de labores; San Gregorio, con un patio precioso y una buena escalera, que no acaba de agradar como el artesonado que la cubre; la Antigua, que vale la pena de verse, aunque más por fuera que por dentro; y San Benito, con un pórtico, que parece el ingreso de una ciudad fortificada; de la Catedral no hablo, porque es un armatoste pesadísimo; el Museo encierra cosas notables, especialmente la famosa sillería de Berruguete...

—¿Y qué me dice V. del Campo Grande?

—Soberbio, amigo mio: los vallisoletanos pueden estar orgullosos con su Campo, y sobre todo con la cascada que constituye su principal adorno; bien hacen en citar con respeto el nombre de Iscar, á quien deben las principales reformas de que tanto alardean con razon...

—¿Y Burgos, qué tal le pareció á V.?

—Con decirle á V. que soy apasionado del arte, no necesito más. Aquella Catedral es una joya inapreciable. ¡Qué agujas! ¡Qué cúpula! ¡Qué triforios! ¡Qué sillería de coro! ¡Qué retablos! ¡Qué sepulcros! ¡Qué escalera! ¡Qué fachadas!... Vamos, hay que agotar todo el vocabulario de las alabanzas, y no hay para empezar. ¿Y la Capilla del Condestable? Es una maravilla dentro de otra. Por cierto que el *cicerone* guardian de esa Capilla me hizo gracia cuando, al explicar los blasones del fundador que campean allí por todas partes, se empeñaba en asegurar que la *cruz* que en ellos figura hacia alusion á la peregrinacion del Condestable á Jerusalem, y el *sol* á que en aquellos tiempos no se ponia el sol en los dominios españoles; y no vale reirse, porque el *cicerone* se enfada.

—¿Y fué V. tambien á la Cartuja de Miraflores?

—¿Cómo no? Aquello solo vale la pena de hacer un viaje. ¡Qué efecto tan agradable producen los nervios de la bóveda del presbiterio con sus elegantes colgadizos! ¡Qué impresion de asombro el delicadísimo trabajo de Siloe y Cruz en el mausoleo de D. Juan II y Doña Isabel de Portugal, y en el sepulcro del infante D. Alfonso! ¡Cuán bellas, cada cual en su género, las dos sillerías, y qué notabilísima la estatua de San Bruno de Pereira! Le digo á V. que salí encantado de la Cartuja. En cambio en las Huelgas, como no pude ver los famosos claustrillos porque para ello se necesitan ciertas recomendaciones que no tuve tiempo ni gana de pedir, no encontré ca-



EXPULSION DE LOS CUÁQUE



S DE MASSACHUSSETS (1660



GUARDIANES DE GANADO, dibujo á la pluma por Galofre

si nada de particular, fuera del pórtico, de sabor románico bizantino. Pero en Burgos tuve todavía ocasion de admirar el suntuosísimo retablo de San Nicolás y de echar un vistazo á la parroquial de San Gil y otras fundaciones y al Arco de Santa María. El Espolon me pareció un paseo muy regular, y tampoco me desagradaron los de la Isla, Vadillo, la Quinta, Pisones y Pastizas.

—¡Vaya! Veo que no ha desaprovechado V. el tiempo. Y yo que habia pasado tantas veces por Burgos sin dignarme hacerle una visita... le prometo una solemne reparacion. Donde no se detendria V. nada seria en Vitoria.

—Sí, señor; tambien me detuve algunas horas, lo bastante para recorrer la Florida, que es un paseo lindísimo; para visitar la Catedral, que tiene un espacioso vestíbulo con tres arcos góticos en el fondo, y para echar un vistazo, de vuelta, á la calle de la Estacion, que es una hermosa calle con muy buenos comercios. Más me gustó Vitoria que Pamplona; en Pamplona pensaba haberme detenido un dia, y á las tres horas estaba aburridísimo; nada he encontrado en Pamplona que me llame la atencion como no sea la ciudadela, aunque no entiendo de fortificaciones, y el paseo de la Taconera, que es regular. En cambio el camino desde Alsásua es precioso.

—Para camino precioso el de Miranda á Bilbao; allí va uno como encantado; la vía marcha casi siempre bordeando las montañas, subiendo y bajando por ellas, pero sin internarse casi nada: de suerte que ningun paisaje pasa desapercibido; hay sitios en que se ven las poblaciones á vista de pájaro, y hay otros en que se describe materialmente un círculo al rededor de una poblacion, como sucede en el valle de Orduña que se le presenta á V. sucesivamente por sus cuatro costados. El trayecto de Vitoria á San Sebastian es precioso, pero no tiene comparacion con el de Miranda á Bilbao.

—¿Usted ha estado en Bilbao?

—Sí, señor; vengo de allí ahora. Miéntras mi familia quedaba en Biarritz, yo he tenido la humorada de embarcarme en Bayona para Bilbao, viaje que no aconsejo á nadie por lo molesto, caro y peligroso que es, y despues he estado allí unos dias recorriendo los pueblecillos de la ria.

—¿Y qué? ¿Vale la pena de verse todo eso? Porque yo tengo el proyecto de visitarlo.

—Le diré á V. Bilbao es, como Bayona, una ciudad puramente comercial; allí no busque V. monumentos, ni calles, ni nada notable, hoy por hoy, como no sea el movimiento del puerto que es extraordinario; cuando la zona del ensanche, ó Albia, esté terminada, ya será otra cosa. Hoy, quitando la iglesia de Santiago, bastante regular y de gusto gótico, y el Campo del Volantin, que es el mejor paseo de Bilbao, se acabó todo lo que hay que ver. Pero en cambio puede V. tomar los tranvías de Algorta y Santurce y recorrer en ellos ambas orillas de la ria, y aquello es deliciosísimo; un café tomado en la terraza del *Gran café* de Portugalete, al extremo de un *quai* incomparable, bordado de palacios, con las Arenas, cuajadas de *chalets*, *villas* y *hoteles* en frente, y la ria en medio, surcada por multitud de vapores que entran ó salen, no es pagado con dinero. Luégo tiene V. las minas, que por sí solas valen la pena de hacer un viaje; nunca olvidaré yo la visita que hice á las de Ortuella ni el reconocimiento que debo á D. Juan Villar por haberme facilitado su inspeccion.

—¡Vaya! Creo que decididamente me animaré á hacer esa excursion á mi vuelta de San Sebastian y de Francia.

—¿Ha estado V. más veces en San Sebastian?

—No, señor; es la primera vez que voy allí.

—¡Ah! Aquello sí que le gustará á V. ¡Es divino! Es un trocito de Paris, de los mejores, trasportado á orillas del Cantábrico y recostado en la falda del monte Urgull; allí se respira, allí se vive. No hay iglesias monumentales, ni edificios artísticos, pero no se echan de ménos. ¿Qué Catedral va á competir en majestad con el Océano? ¿Qué monumento más primoroso que la incomparable Concha ó el empinado Urgull? ¡Hurra por San Sebastian! Pensando en él salgo de mis casillas. Allí está todo maravillosamente estudiado, y combinado con las seducciones de la naturaleza, para atraer al viajero. No se cansa uno de estar en la calle. ¡Qué limpieza por todas partes! San Sebastian es una taza de plata. Y luégo... ¡qué animacion, qué vida en esta temporada! En la Concha hay dias de bañarse cinco mil personas; y en la Zurriola, y en el Boulevard, principalmente por la noche, se pasan ratos deliciosos, disfrutando de una temperatura de primavera á los acordes de una música militar, y entre las oleadas de un mar de hermosuras iluminadas por la luz eléctrica. ¡Oh! Cuando el Casino, que ahora se alza de cimientos y que ha de ser una maravilla, se halle terminado; cuando las obras de la Zurriola se concluyan, ¿qué ciudad podrá disputar á San Sebastian el arrogante, pero merecido título que ya hoy ostenta con justicia, de perla del Océano? Lo que le aconsejo tambien á V. de todas veras es que procure asistir á la puesta del sol en el precioso islote de Santa Clara; es un espectáculo magnífico, del que no siempre puede disfrutarse desgraciadamente por las nubes y las brumas del crepúsculo.

—¡Qué ganas tengo ya de verme en San Sebastian! Me lo han ponderado todos tanto, que se me representa en la imaginacion como una ciudad de las Mil y una noches. ¡San Sebastian y Biarritz! Son los dos puntos que voy á visitar con más ilusion.

—No junte V., por Dios, á San Sebastian con Biarritz; no hay comparacion posible, bajo ningun punto de vista. Yo no sé porqué Biarritz tiene tanta fama, no sé porqué ha de ser el punto de cita, el *rendez-vous* obligado de la *high-life* y de la gente *comm'il faut*. Hay que acudir á los misterios del *baccarrá* y á los caprichos de la moda para explicarlo. ¿Qué hay en Biarritz?

—¿Y la *villa* Eugenia? ¿y el Casino?

—¡Ah, sí! La *villa* Eugenia y el Casino... hé ahí dos nombres que parecen capaces de tapar la boca al más descontentadizo. Pues bien, amigo mio, yo no lo soy.. y sin embargo, ¡qué diablo! sin negarle su mérito, entiendo que, como se dice vulgarmente, Biarritz no sirve ni para descalzar á San Sebastian; esta opinion he tenido el gusto de verla aceptada por dos bordeleses francos y despreocupados. Lo del juego se comprende desde luégo; pero ese atractivo lo mismo que lo tiene Biarritz, lo puede tener Matapozuelos. Yo le hablo á V. con franqueza; si no estuviera allí mi familia, ¿sabe V. lo que hacia yo en Biarritz? Pues irme al promontorio de la gruta de la Vírgen, estarme allí dos horas contemplando el espléndido panorama de la costa, desde la desembocadura del Adour hasta España, y despues... echar un vistazo en otras tres ó cuatro horas al resto de la poblacion, inclusos los cacareados Casino y Palais-Biarritz, y largarme con la música á otra parte. ¿No piensa V. visitar alguna otra poblacion francesa?

—Sí señor, quisiera detenerme en San Juan de Luz, Bayona, Pau y Lourdes.

—Me parece muy bien; todo eso lo conozco perfectamente. De San Juan de Luz puedo decirle que para que su recuerdo fuese más grato, no deberia uno detenerse nada en él, sino contemplarle sólo al paso del tren; y no es porque luégo desagrade, pues no deja de tener sus atractivos, sino porque al divisarle desde el tren como surgiendo de las olas, la imaginacion le presta mil encantos, complaciéndose en juzgarle como una Venecia del Cantábrico, y luégo tropieza en una realidad muy distante de lo que soñó, perdiendo todas las ilusiones.

—Vamos: es como la aparicion fugaz de una mujer hermosa envuelta en una gasa trasparente; su recuerdo vive en el alma rodeado de encantos y deseos, miéntras que acaso se desvaneciera con la posesion.

—Exactamente. Por lo que toca á Bayona, con decir que es una ciudad comercial está dicho todo: allí verá V. mucha tienda, mucho gancho y mucha zalamería; la Catedral, sin embargo, merece una visita detenida, y desde la Ciudadela se descubren hermosas vistas. El sitio más pintoresco de Bayona es, no obstante, el puente Mayou: el puerto cuajado de velas y vapores, la confluencia del Nive y del Adour con el reducto que la defiende, la calle del Pont-Mayou con el *carrefour* de los Cinco Cantones, la *Petite-Bayonne*, la plaza Grammont con el edificio de la sub-prefectura y el teatro, las *allées marines* perdiéndose en el horizonte al otro lado de la plaza de Armas y de la puerta marina; todo esto, formando un magnífico conjunto, se divisa panorámicamente desde el puente Mayou; es lo mejor, y estoy por decir, hablando *en touriste*, que es lo único bueno de Bayona.

—Severo me parece V. en sus juicios.

—¡Oh, no! Justo, y nada más; y hasta un poco indulgente. *Suum cuique* es mi divisa.



BACO Y ARIADNA, grupo por Juan Schilling

—¿Y de Pau, qué me cuenta V.?

—¡Oh! Aquello es otra cosa. La vista que de la cordillera pirenáica se disfruta desde la Plaza Real, los hoteles de Francia y Gassion, ó el *château* de Enrique IV es de lo más bello que puede imaginarse. El *château* merece una visita; como arquitectura, en el estilo del Renacimiento, no vale gran cosa, pero encierra excelentes tapices de los Gobelinos y flamencos, buenos artesonados, ricas sillerías, una escalera magnífica con bóvedas artesonadas cuya decoracion varía á cada tramo, y varias curiosidades entre las que merecen especial mencion la famosa coraza de tortuga que sirvió de cuna al Bearnés y varios lechos ricamente esculpidos. Las iglesias valen poco. La *Basse-plante* es un paseo delicioso. Pero lo mejor de Pau es indudablemente la terraza de la Plaza Real, enlazada por un puente con la Basse-plante, por la situacion admirable que ocupa; siguiendo esta terraza del uno al otro extremo tiene V. los dos grandes hoteles de Francia y Gassion, este último verdaderamente monumental; la Plaza Real, cerrada por hermosas construcciones á uno y otro lado, con el teatro, de mármol blanco, en el fondo, y la estatua de Enrique IV en el centro; y en fin, tocando con el hotel Gassion, el histórico *château* del popular monarca, dominado por su característico torreon cuadrangular; enfrente, hácia el horizonte, desarrollan los Pirineos sus imponentes masas empequeñecidas por la distancia, y entre ellos y la terraza, se descubren primorosos paisajes, el rio con sus puentes, las *villas* y los *chalets* con sus parques y arbolados, la vía con sus trenes, los pueblecitos del contorno con sus casas agrupadas, todo destacándose sobre un fondo verde de variados matices. Le digo á V. que aquello es precioso.

—Pues me alegro de todas veras de contar á Pau en mi itinerario. ¿Y Lourdes? ¿Qué le parece á V.?

—¡Oh! Prescindiendo de su mérito bajo el punto de vista religioso, le diré que la vista general de la poblacion y su campiña es admirable. La basílica, de gusto pseudo-gótico, está literalmente cuajada de estandartes y ex-votos, y posee una capilla subterránea de estilo románico de muy buen efecto. La gruta no ofrece gran cosa de particular; pero lo que le gustará á V. es el agua que de ella brota, clara, fresca y riquísima, la mejor que en mi vida he bebido; y lo que le asombrará verdaderamente es el número prodigioso de tiendas que hallará V. por todas partes consagradas exclusivamente á la venta de rosarios, estampas, medallas y otros objetos piadosos; puede decirse que Lourdes no vive de otra cosa; calles enteras se dedican á ese comercio.

—Parece mentira.

—Pues nada hay más exacto. Pero creo que entramos en la estacion de Tolosa; con permiso de V. voy á saludar á un amigo que me estará esperando.

—Es V. muy dueño.

—¡Adios, pues, y buen viaje!

—¡Adios, y servidor de V.!

FERNANDO ARAUJO

Salamanca

(Concluirá)

SANTIAGO DE PEÑALVA

El Vierzo ó Bierzo—como por razon de su etimología debiera más bien escribirse—es la pequeña comarca, de unas cien leguas cuadradas, que forma el primero de los valles del Sil y circuyen las sierras de Ancares, Omaña y Cebrero, tramos de la Cordillera Cantábrica, al N. y al O.; las montañas de Leon, con la sierra de Jistredo, al E.; y la Cabrera y los montes de Aguiar, al S. Húmeda, fresca, pero sin descender por lo comun bajo cero; perpetuamente verde, ni por su situacion, ni por su clima, ni por la raza, ni por las costumbres, ni por ninguna condicion real, en suma, pertenece á la seca tierra castellana, de la cual se halla mejor defendida que de Galicia. Por esto, si no conviene volver á la organizacion que por breve tiempo tuvo esta bella comarca hácia el primer tercio del siglo, en que constituyó una provincia aparte (uniéndole sin razon suficiente otros territorios limítrofes); y si en el carácter y usos de los bercianos se halla todavía cierto dejo leonés, parece indiscutible que en ellos, y más todavía en la topografía de la region, predomina de tal suerte la afinidad con Galicia, que debe conceptuarse error el decreto administrativo, por cuya virtud se halla incorporada á la provincia de Leon, constituyendo extraño maridaje con el grave, seco, y un tanto bravío habitante de la no ménos grave, seca y bravía tierra de Campos.

Dejando á un lado los mil atractivos que esta encantadora region ofrece al viajero, por sus admirables paisajes, las comodidades de su clima y relativa suavidad de sus moradores, así como las muchas cosas de interés que brinda á los curiosos, me limitaré aquí á describir sucintamente uno de los más importantes monumentos arqueológicos que encierra.

En este respecto, es verdad que la provincia de Leon tiene un valor extremado. El influjo arábigo-cordobés sobre elementos latinos y bizantinos tiene aquí ejemplares tales como San Miguel de Escalada y Peñalva; el románico, ora en sus albores, ora en su gradual evolucion hácia

el arte ojival, en San Isidoro, Carracedo, Sahagun, San Pedro de las Dueñas, Sandoval, Gradefes; el esplendor del gótico francés en la maravillosa Catedral leonesa y en Villafranca, San Márcos, Astorga y otros centros, notables ejemplares del gótico florido, del Renacimiento y del plateresco.

En el primer grupo, he nombrado á la abadía de Peñalva, interesantísimo monumento del Vierzo, como que corresponde á un arte cuyos vestigios apénas comienzan hoy á estudiarse, siendo todavía desconocidos muchos de ellos: testigo, la iglesia de Lebeña, una de nuestras más grandes joyas arqueológicas, bien puede llamarse verdadera revelacion de estos últimos años (1).

Santiago de Peñalva fué edificado por el obispo Salomon hácia la mitad del siglo x y con el piadoso intento de conservar allí los restos de San Genadio y San Urbano, que una centuria ántes habian hecho vida penitente no léjos de aquel sitio en la cueva llamada del Silencio. — Ante todo la situacion del templo es admirable. Bien se llegue á el desde Bouzas, bien desde San Cristóbal, bien desde San Estéban, el paisaje es de primer órden, dentro del género propio de la region berciana: valles risueños y estrechísimos, montañas de rápida pendiente, copioso arbolado, y una abundancia de cascadas y arroyos sin igual en otras comarcas semejantes de Asturias, Santander y Galicia y que mantiene en la vegetacion indescriptible frescura.



LA MÚSICA EN EL CONVENTO, cuadro por E. Grutzner

En cuanto al templo, constituye con los ya citados de Lebeña, San Miguel de Escalada y quizá (2) San Juan de Baños, una de esas importantísimas construcciones en que los recuerdos clásicos se combinan con el influjo de la arquitectura árabe del califato, llevado por los monjes de Córdoba. En el siglo XII, sin embargo, ha sido objeto de una restauracion; pero la obra románica no parece haber alterado la estructura fundamental del edificio, ni los principales elementos que le dan su característica fisonomía. Otras construcciones posteriores y sin importancia adosadas á sus muros, incluyendo en ellas la torre, desfiguran su exterior, en cambio; mas por su propia insignificancia tampoco han podido causarle gran daño.

En el exterior, llaman desde luego la atencion la combinacion de sus cuatro cuerpos de diversa altura, semejantes á las demás iglesias de este tiempo; los espléndidos canes, casi idénticos á algunos de San Miguel de Escalada y más todavía á los de Lebeña; y unas pequeñas gárgolas, que, á ser, como parecen, del siglo x, presentarian un interés difícil de desconocer, pues no suelen encontrarse en este tiempo. La distinta altura de los dos cuerpos que terminan el templo y envuelven los dos ábsides del E. y el O., depende de la reforma que este último ha sufrido, al levantar su cubierta sobre una carpintería, miéntras que el lado oriental conserva el simple trasdós de la bóveda.

La planta (3) es sumamente importante. La constituyen un rectángulo, orientado en la direccion E.-O. y cada uno de cuyos lados menores tiene inscrito un ábside, que no se acusa por tanto al exterior, y un crucero hácia el extremo E., como de costumbre, cuyos brazos son algo mayores que el espacio que entre aquellos ábsides queda libre. Los cobertizos modernos que rodean el edificio por sus lados mayores ocultan dichos brazos, por tener casi el mismo vuelo que ellos.

La planta de los dos ábsides es de herradura; su situacion, uno al E. y otro al O. como ya se ha dicho, muy extraña; sus dimensiones, idénticas; y están cubiertos por bóvedas agallonadas con aristas, en lo cual, como en la forma de la planta, recuerdan los ábsides de San Miguel de Escalada. El del E. es sin duda el principal, por más que hoy en ambos haya altares. Lo muestran así, no sólo su orientacion, sino la circunstancia de tener delante y en el crucero la especie de cúpula de que hablaré más tarde. El ábside de Poniente contiene los sencillos sepulcros de San Genadio y San Urbano, el primero de los cuales está cubierto con una losa longitudinalmente dividida en dos vertientes por una arista poco pronunciada.

Por último, los arcos de triunfo ó de ingreso á los ábsides son tambien de herradura y se apoyan sobre dos columnas exentas, coronadas por capiteles latinos con abacos dobles ó áun triples, que recuerdan los bizantinos, v. g. de Ravena. Igual forma y soportes tienen los arcos todos de este templo, variando sus dimensiones tan sólo.

Los brazos del crucero, como en Santa Cristina de Lena (aunque esta es de planta de cruz griega), en Valdedios, en Priesca, en Santullano, etc., están formados por dos cámaras (convertidas hoy en sacristías), cubiertas por bóvedas de cañon recto, cuyos ejes son normales al de la nave, á fin de contrarestar sus empujes; cada una de ellas comunica con esta sólo por una pequeña puerta adintelada con su correspondiente arco de descarga, estructura tambien usual en los templos asturianos citados.

La nave tiene, próximamente 11^{m} por 5; y se halla dividida en dos tramos por dos pilares (correlativos á otros tantos contrafuertes en el exterior), con dos columnas exentas adosadas, sobre las cuales se alza un arco de herradura, que soporta á su vez un muro, corrido hasta la bóveda y perforado á su vez, como es frecuente en estos casos, por otro arquillo de herradura tambien.

De los dos tramos de la nave, el occidental está cubierto por una bóveda de cañon recto, contrarestada por dos contrafuertes en el muro de cada lado. En el lienzo del S. se abre la puerta principal, formada por una doble arcada de herradura, cobijada dentro de otro arco de igual forma inscrito en un arrabá (como lo está tambien el del ábside del E.). En el exterior, se halla la pila que parece de una especie de cemento; y por dentro en este mismo muro, una inscripcion de la segunda consagracion de la iglesia en 1105; recientemente se ha destrozado esta entrada para colgar sobre ella una tribuna. Verdad es que cuando se considera en qué manos suelen hallarse estos monumentos, admira que quede algo de ellos en pié todavía.

En el muro del N., hubo una puerta, hoy tapiada, rectangular, con su arco de descarga y una inscripcion de 1132, relativa al abad Estéban. Por fuera, hay adosado á este mismo muro un sepulcro, que podria ser del XI.

El segundo tramo de la nave es cuadrado é importantísimo. Sube á gran altura y forma una especie de cúpula, cuya bóveda, agallonada como la de los ábsides, pasa de su planta á la cuadrada de la parte inferior, en que descansa, no por medio de pechinas, sino de ángulos, disimulando luégo la arista cóncava que resulta, con una suave transicion de sentimiento y una especie de archivolta. Sólo esta cúpula bastaria á dar á Peñalva uno de los primeros lugares en la historia de nuestra arquitectura, para la cual constituye un dato precioso.

Por último, las ventanas son pequeñas y rectangulares; sin embargo, en el dintel superior de alguna se advierte la forma de herradura; tambien debe citarse la losa perforada, hoy ciega, que se ve en el muro exterior del ábside de Poniente.

No concluiré, sin indicar que en esta iglesia quedaban todavía en el último verano una preciosa é intacta cruz procesional de plata grabada, del XV y estilo flamenco, de las más hermosas que he visto (á cuyo varal por cierto, sirve de peana—como es muy frecuente—un capitel latino) y una naveta de cobre esmaltado, tal vez de principios del XIII, ya maltratada. ¿Estarán allí todavía? La comision provincial de monumentos ya está advertida.

Como puede colegirse de estos ligerísimos apuntes, la abadía de Peñalva interesa de un modo fundamental para la historia de nuestra arquitectura, tan desconocida en realidad á pesar de la maravillosa constancia con que á propósito de ella se vienen repitiendo vulgaridades y lugares comunes que excusan de más severos estudios. Especialmente, para la trasformacion de la arquitectura clásica en la románica, Peñalva constituye un dato tan importante, cuanto que en ella elementos latinos (v. g. los capiteles), bizantinos, como el crucero y la cúpula, árabes, como las herraduras y las bóvedas agallonadas, se enlazan y dan lugar á un conjunto, que cada dia adquiere más valor. Los canes y las gárgolas son tambien interesantísimos.

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

(1) Situada á la orilla del Deva y casi en el magnífico camino de Unquera á Potes (Santander), la importancia de este templo ha pasado inadvertida mucho tiempo á nuestros arqueólogos; en el verano de 1880, el profesor de la *Institucion libre de Enseñanza*, que pasó por este sitio, dirigiendo una excursion de alumnos de este centro, visitó el templo y quedó sorprendido de su importancia, llamando sobre ella la atencion de sus compañeros, uno de los cuales, el Sr. Torres Campos, ha ido expresamente este verano á estudiarlo y se prepara á dar á conocer el resultado de sus investigaciones.

(2) En el caso de que—segun opinan algunos—la actual iglesia no sea la de Recesvinto, sino en gran parte una reedificacion del x.

(3) Publicada con suma inexactitud por el P. Flores en la *España Sagrada*.

IMP. DE MONTANER Y SIMON.



AÑO III — BARCELONA 18 DE AGOSTO DE 1884 — NÚM. 138

DESDE EL PALCO, dibujo por Llovera

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS. — CROMOS DE VIAJE *(Conclusion)*, por don Fernando Araujo. — LOS TRES ÚLTIMOS DIAS DEL MARQUÉS DE AYAMONTE *(Conclusion)*, por don Pedro de Madrazo. — RÁPSODAS Ó ARTISTAS, por don U. Gonzalez Serrano.

GRABADOS: DESDE EL PALCO, dibujo por Llovera. — EL MATRIMONIO CIVIL, cuadro por Benjamin Vautier. — COSTUMBRES ROMANAS, cuadro por G. Scinti. — MARCO ANTONIO CONTEMPLANDO EL CADÁVER DE CÉSAR. — LA TABERNA, cuadro por J. Ostade.

NUESTROS GRABADOS

DESDE EL PALCO, dibujo por Llovera

El teatro es el campo de batalla donde esgrimen sus mejores armas las mujeres de buen tono Decia Camprodon, con una falta de galantería indisculpable en un autor de tan buena sociedad, que la mujer es *animal nocturno*, y aunque esto escribió á propósito de un baile, nosotros creemos que el teatro es aún mucho más favorable para la dama ávida de conquistas. En el baile concurren muchas circunstancias que pueden determinar un Waterlóo; en el teatro todo contribuye á un Arcola ó á un Austerlitz. En el baile es visible y hasta tangible el afeite y el postizo; al paso que en el teatro todo contribuye á la buena perspectiva, la distancia, la luz, las pinturas, hasta las mismas mujeres que consideradas colectivamente contribuyen al buen efecto individual, como en un jardin aún las flores más vulgares contribuyen al distinguido aspecto de la pálida rosa té y de la encendida camelia.

Mi amigo Llovera entiende de achaques femeninos: su constante preocupacion es presentar á la mujer en las mejores condiciones presentables (gusto que alabo) y dentro de este sistema ha producido á la dama de nuestro grabado, que es bella, sí señores, muy bella, y está en actitud de lanzar una flecha. (Los gemelos, en el teatro, son un carcaj que el niño Cupido se encarga de proveer y que casi siempre dan en el tendon de Aquiles.) Llovera lo entiende... ¡Y tanto como lo entiende!...

EL MATRIMONIO CIVIL, cuadro por Benjamin Vautier

Es un gran dia el dia de la boda. Un escritor ha dicho que en él *se sacaba ánima*.

No es extraño, por consiguiente, que cuando tanto ha suspirado el alma por el entrevisto paraíso, acuda gozosa á la antesala de esa oficina en donde se expiden pasaportes para el cielo.

Esa oficina es la del Juzgado municipal. Allí acuden los novios, nada difíciles de reconocer. La novia es la más apuesta y hermosa de las mujeres del cuadro: una pequeña nube oscurece su semblante. A punto de emprender un viaje largo, muy largo generalmente, y accidentado, es natural que el corazon lata con alguna violencia. El novio se muestra más confiado: al fin y al cabo es hombre, y los hombres estan más acostumbrados á desafiar los peligros.

¿Y porqué no han de hallar esos jóvenes prometidos la suspirada felicidad en el matrimonio que estan á punto de contraer? ¿Porque son pobres acaso?.. ¡Cuántas y cuántas cabañas cobijan mayor suma de dichas que los artesonados techos de los palacios señoriales?.. Donde hay juventud, cariño mutuo y amor al trabajo, existen cuantos elementos pueden engendrar la felicidad verdadera.

Nuestros novios, despues que hayan cumplido con la ley en el juzgado y con el ritual en la iglesia, partirán para su hogar, una casita muy limpia, situada en uno de esos hermosos prados alsacianos, en los cuales Dios se complace en bendecir el trabajo del labrador. Allí vivirán la vida tranquila del campo, y cuando el cielo les depare un hijo y este llegue á la edad de comprender á sus padres, le enseñarán á dirigir la mirada del lado de Francia y á pronunciar estas sencillas palabras:

—¡Patria mia!.. ¿Cuándo rescatarás á tus hijos?..

COSTUMBRES ROMANAS, cuadro por G. Scinti

Las escenas de costumbres de la antigüedad romana se prestan notablemente para reproducirlas por artistas de talento. La arquitectura suntuosa y típica de los edificios, la ornamentacion y sobre todo los trajes en los cuales aparece el desnudo á voluntad del pintor ó se oculta tras los majestuosos pliegues de la toga, del manto ó del velo, son elementos que se utilizan felizmente por cuantos se sienten con alientos para acometer obras de empeño.

El cuadro que publicamos en este número da idea de una de esas escenas, de simple recreacion de los sentidos, á que tan propensos fueron aquellos hombres, cuyos antepasados habian dado altos ejemplos de civismo y amor á la honestidad del hogar. El dueño de la casa y sus huéspedes, sin duda despues de haberse entregado á los placeres de la mesa, contemplan la no muy inocente danza de una esclava y escuchan la extraña música de algunos raros y no muy dulces instrumentos. En estos y otros análogos pasatiempos transcurrian las horas para los patricios de la decadente Roma; y miéntras tanto se aproximaban á sus puertas aquellos terribles hunos, aquellos sanguinarios vándalos, aquellos incontrastables visigodos, que bajo los cascos de sus caballos trituraron las imágenes de los dioses y las estatuas de los emperadores.

Marco Antonio contemplando el cadáver de César

Este cuadro recuerda involuntariamente aquel admirable lienzo de Delaroche, joya del museo de Nimes, *Cromwell contemplando el cadáver de Cárlos Estuardo*. Unicamente varia la expresion que anima al vivo en presencia del muerto. En el asunto inglés, Oliverio Cromwell es el tipo del enemigo fanático que contempla á su abatido contrario, miéntras que en el asunto romano es el amigo que se dispone á pronunciar la oracion fúnebre de la ilustre víctima.

Con efecto, Marco Antonio, admirador y decidido partidario de la política del gran Julio, no sólo fué el encargado de ensalzar sus glorias con ocasion de los funerales que se celebraron suntuosamente en honor del augusto asesinado, sino que empleó todo su prestigio y el poder que le conferia su grado superior en el ejército, para perseguir miéntras pudo á los asesinos de aquél.

Más tarde y de acuerdo con Octavio y Lépido impusieron al mundo romano el yugo de aquel célebre triunvirato, que habia de traer forzosamente el imperio de Augusto, bien así como diez y ocho siglos más tarde el Directorio francés, especie de triunvirato, habia de traer y trajo precisamente el imperio de Napoleon.

LA TABERNA, cuadro por J. Ostade

En materia de bebedores, y aparte el cuadro de *los borrachos*, de nuestro inmortal Velazquez, hay que reconocer la primacía de los pintores holandeses del siglo XVII Sin duda la taberna debió ser establecimiento muy frecuentado por aquellos tiempos, pues ello es que existen infinitos cuadros de la época describiéndonos escenas típicas de semejantes establecimientos.

Renombrado autor en este género es Ostade, á quien se debe el cuadro que en este número reproducimos, valioso discípulo de Hals y cuya escuela, asuntos y manera de ejecutarlos, recuerdan al célebre Teniers, áun cuando quizás no alcance á este, sobre todo en la intencion picaresca de sus obras.

La que hoy publicamos es notable por el buen dibujo y feliz expresion de sus personajes, exclusivamente preocupados de su tarea de beber y fumar, en lo cual parecen ser aguerridos veteranos.

Este ramo de la escuela holandesa ha tenido pocos imitadores, en lo cual nada, ó muy poco, ha perdido el arte, por más que sus asuntos nos hayan dejado apreciabilísimos cuadros. Pero la mision de la pintura es algo más elevada; el genio necesita más extensas y más puras atmósferas á que tender el vuelo. Velazquez demostró que sabia pintar borrachos mejor que nadie; pero á su poderoso talento no se ocultó que esas cosas basta probarlas una vez sola.

CROMOS DE VIAJE

(D'après nature)

(Conclusion)

IX

El amor en gran velocidad

—¡Qué diferencia de estos campos, siempre verdes, de este terreno tan pintoresco y accidentado á las inmensas llanuras secas, amarillentas y requemadas de Castilla! ¡Qué precioso es todo esto! No se cansan los ojos de admirarlo.

—Tienes razon; todo esto es preciosísimo; pero mira esta niña que acaba de subir. ¿No es más preciosa que todo eso? ¡Qué ojos más charlatanes! ¡Qué boca más seductora! Y sobre todo... ¡qué garganta más divina!.. ¿De dónde es V., hermosa, aunque sea mal preguntado?

—De Burgos, *pa* servir á V.

—¡Ay! Algo bueno daria yo por servirla aunque sólo fuera de corbata. Yo creia que en Burgos no habia más cosa buena que la Catedral; pero veo que se crian diosas...

—¡Ja! ¡ja! No suba V. tanto, hombre, que se va usté á caer.

—¡Con tal de que cayera en sus brazos, por bien empleada diera la caida, aunque fuera de las nubes... Pero ¿cómo es su gracia, reina?

—Dolores, *pa* servir á V.

—¡Dolores!.. ¡Ay! Y que no son chicos los que yo estoy pasando.

—¡Qué exageraciones! Todos Vds. son iguales.

—¡Exageraciones!.. Pero, hija, si se me va haciendo la boca agua, y siento unos retortijones y me pega unos saltos el corazon..

—¡Ja! ja! ja!.

—¿Se rie V.?

—¡Pues no me he de reir?

—Pues hace V. mal, muy mal, porque reirse del prójimo no es lo que Dios manda. Estoy pasando la pena negra desde que V. ha subido; deme V. esa mano, Dolores... démela V... ¡qué mano más bonita!.. Póngala V. aquí, en mi corazon... ¿no siente V.?

—No, señor, no siento nada.

—¿Que no? .. Pero si parece que tengo ahí dentro una corrida de toros...

—Pero suélteme V. la mano.

—Déjemela V., Dolores; es el único consuelo que me queda... ¡Parece de manteca y rosas! .. Si V. me quisiera un poquito... nada más que un poquito, Dolores...

—Pues no le ha entrado á V. poco fuerte... ¡Ja! ja! ja!

—Pero ¡qué rebonita está V. cuando se rie! Se le hacen á V. unos hoyitos... ¡Ay! Estar acurrucadito en uno de ellos debe ser como estar en la gloria... Pero ¿y la garganta? La garganta sobre todo... tengo envidia de ese collar.

—¡Estése V. quieto!

—Pero si es imposible, hija; V. no sabe lo que por mí pasa. Es una cosa .. Mire V., quisiera evaporarme y deseo parecer por detrás de esa corbata tan bien puesta.

—¡Jesus, qué ocurrencia! Ja! ja! ja!

—Pero quiérame V. un poco, Dolorcitas, nada más que un poquitin... no sea V. tan esquiva. .

—¡Pues qué! ¿Todavía no está V. contento?

—¡Contento yo!.. Pero hija, si todavía no ha salido de esos labios de rosa ni una palabra de consuelo. Dígame usted que me quiere... nada más que tanto así... y soy el más feliz de los hombres.

—Si en tan poco consiste... le daré á V. gusto.

—¡La comia á V. á besos!.. Me vuelvo loco de placer. ¿Con que es verdad? ¿Con que V. me quiere?

—Ya lo oye V. Pero poquito á poco; las manos quedas...

—Pero si no puedo, no puedo... Estallo de contento. ¡Oh! En el primer túnel que venga hemos de sellar nuestro pacto de amor con un beso. ¿No es verdad, Dolores? ¡Oh! no me niegues esa gracia ..

—Es mucho correr.

—¿No ves que el amor tiene alas? ¡Oh, sí, sí! No me negarás ese consuelo supremo. Lo leo en tus ojos, Dolores... lo que es ahora no me cambiaba por un rey. ¡Cuánto tarda el túnel! El alma entera te voy á entregar, vida mia. Pero ¿qué es esto? ¡Una estacion! ¿Para qué habrá estaciones ahora? Como paremos mucho me consumo.

—No pára más que dos minutos.

—Pero ¿dónde vas, Dolores?

—¡Ja! ja! ja! Adios y buen viaje; este es el pueblo á donde voy.

—¡Cómo! ¿Me dejas?.. ¡Imposible!

—¡Ja! ja! ja! ja!.. Vaya, divertirse mucho, y que no le den á V. tan fuertes.

X

En la Concha de San Sebastian

—Mira, mira las de Cifuentes. ¡Qué lujo, hija! Yo no sé cómo se las arreglan ciertas personas; ya ves que su padre no tiene más que ocho mil reales... y que es el único que lo gana en la casa... y sin embargo, ahí tienes á las dos hijas de sombrero, y tan empaquetadas como si fueran unas marquesas... A mí no me digan... ¡aquí hay gato encerrado!.. Y mira las orgullosotas... nos ven y ni siquiera nos saludan.

—¡Ni falta que hace! Vayan benditas de Dios! Estoy segura de que todo lo que llevan encima lo están debiendo. No quiero trato con tramposos.

***

—¡Adios, D. Gorgonio! ¿Qué está V. mirando con tanta atencion?

—Pues, hombre, ¡nada! un capricho. ¿Se acuerda V. de Merceditas, la de Rodriguez?

—¡Ya lo creo!

—¿Se ha fijado V. en que de un año á esta parte se le ha ido desarrollando el *corsaje* hasta el punto de llamar la atencion por lo opulento?

—¡Hombre, sí! Es verdad. Ahora recuerdo que, en efecto, hace un año parecia poco desarrollada y ahora...

—Pues bien; Merceditas ha entrado en esa caseta de enfrente, la señalada con el número 37, y va á salir de un momento á otro.

—¡Ah, vamos! Ya comprendo á V...

—¡Es claro, hombre! Quiero ver si ese desarrollo es natural ó si es debido á los postizos... Nada me importa; pero ¡psch! algo se ha de hacer para matar el tiempo.

—¡Ja! ja! ja! El bueno de D. Gorgonio... Vaya, pues allí la tiene V.

—¿No lo decia yo?.. Si no podia ser ménos... Eso no era natural.

***

—Diga V. bañera, ¿estará ahí muy hondo?

—¡Cá, no señora! No tenga V. cuidado.

—Pues he oido decir que todos los años hay ahogadas.

—Ser mentira, señora; entrando con bañeras buenos no ahogarse nadie.

—¿Y estará fria el agua?

—El agua del mar no estar frio, señora; ser agua templado.

—Vaya, pues vamos allá; pero tengo un miedo... no me soltará V. ¿eh?

—¿Yo soltar á la señora? Pierda cuidado.

—¡Qué fuerza traen las olas! Parece que está hoy alborotado el mar, ¿verdad?

—¡Cá, no señora! La mar estar sereno; muy bueno el agua.

—Pues si hacen una espuma. . ¡Ay que me mojo! Cómo corre la ola .. Parece mentira... ¡ay, ay, ay!

—Salte V., señora; cuando venir olas altas, dar un brinco buena.

—Ya, ya voy aprendiendo. Al principio se siente frio, pero luégo da gusto. ¡Cómo chillan esos chiquillos! ¡Qué gritos dan aquellas mujeres!

—¡Una ola bueno! ¡Salte V., señora! Estar una mañana hermoso.

***

—¿Y perdió mucho?

—¡Psch! Unos treinta mil duros, segun dicen.

—Pues á pocos golpes como ese....

—¡Figúrate! Creo que nada puede salvarle de la ruina como no sea un golpe de fortuna ...

—¿Y la boda?

—Pues ahí está el busilis .. Lo uno sin lo otro es imposible.

—¡Pobre Pepe!

***

—Que está aquí, Fernando, no te quepa duda.

—Pero si es imposible, querida.

—Te digo que la he visto yo misma, no hace media hora.

—¿Y qué hacemos?

—Eclipsarnos; á ella la deben haber dicho algo y viene en tu busca.

—Pero si ella no sabe que yo estoy aquí; me cree en Baden ó en Spa... ¿Qué tal cara tenia?

—Iba al parecer muy contenta, riendo como una loca.

—¿Y con quién iba?

—Con Paco Rosales, si no me equivoco.

—¡Maldicion!

—Pero ¿qué tienes, Fernando?

—¡Vamos! Vámonos de aquí inmediatamente!.. ¡Castigo de Dios! ¡Castigo de Dios!

***

—Calle V., señora, si cada vez que me acuerdo... Yo, claro, me agarré á la cuerda y me estuve muy quietecita .. es mejor ir á la cuerda que entrar con bañera, porque se da una el baño más á gusto, y está como quiere y donde quiere.... Pues bien, como le digo á V., estaba yo tan quietecita, cuando voy ¿y qué se me ocurre?. . ¡Cá! si cada vez que me acuerdo. . Pues, hija, se me ocurrió alzar los piés y recolgarme de la cuerda .. ¡Nunca lo hubiera hecho! Más pronto fué el alzar los piés que irme para arriba como una exhalacion. ¡Vaya un susto que me llevé! Pero ¿y luégo, señora?... ¡Nada! Por más fuerzas que hacia no era para bajarlos; gracias á que habia cerca otra señora, y la dije que hiciera el favor de bajarme los piés, que si no... allí me quedo haciendo gimnasia hasta Dios sabe cuándo. Le digo á V. que cada vez que me acuerdo....

XI

Los billetes de recreo

—¡Los billetes, señores!

—Tenga V.

—Tenga V.

—¡Eh! ¡Pascuala!... Despierta, mujer, que está aquí el de los billetes. ¡Cá! Si cuando lo coge... tiene un sueño ... ¿No oyes, Pascuala? Vamos, saca los billetes, que está esperando este señor.

—¡Vamos! ¡vivo, vivo! que tengo prisa.

—Tenga V. el mio y el de esta. ¡Ay, hija! Siempre le ha de suceder á una esto; cuando está una en lo mejor del sueño le han de venir á fastidiar con estas pamplinas.

—Estos billetes son nulos, señora.

—¿Cómo?

—Que son nulos, que no sirven para nada.

—¿Cómo que?

—Lo que V. oye; lo mismo es esto que ese pedazo de papel que está tirado ahí en el suelo.

—Pero, señor, si me los han *dao* ahí en Vitoria, en la estacion.

—Sí, señora, sí; pero no sirven para nada. Tiene V. que pagar un suplemento.

—¿Yo pagar? Pero ¿á qué santo, señor? Si los he *pagao* ya, yo misma; sí señor, que ahí estará mi firma y la de esta, que aunque mala letra, todavía se *pué* leer.

—Pues no hay más remedio.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué ha de ser eso, señor? ¿Es esto ley de Dios?

—Lea V. ahí, señora. ¿Qué dice?

—Espere V. que saque los anteojos .. A ver, estoy sofocada... «No será válido este billete si no está sellado por la estacion de salida, siendo obligacion de su portador presentarlo al despacho de billetes para llenar este requisito.»

—¿Comprende V. ahora? Como V. no ha presentado estos billetes al sello no son válidos y por consiguiente tiene V. que pagar...

—Pero, señor ¿y yo qué culpa tengo? Si yo no lo sabia...

—Lo siento mucho; pero no puedo ménos de obrar así; tienen Vds. que pagar un suplemento de billetes sencillos de San Sebastian á Vitoria que les cuesta 58 reales y medio.

—¡Cincuenta y ocho reales y medio!... ¡Esto es una engañifa. ¿*Pa* qué dicen luégo que son billetes de recreo? Si los he *pagao* ya; si yo no sabia...

—¡Engañifa y bien engañifa!

—No se sofoquen Vds., señoras, porque nada adelantan con eso. Yo lo siento mucho, pero no puedo ménos de cumplir con mi deber.

—Pero ¿y no ha de haber algun remedio? ¿No se podian mandar los billetes á San Sebastian *pa* que les pusieran el sello?

—Ya no hay remedio ninguno, señora; no hay más camino que pagar los 58 reales y medio. Ténganlos Vds. preparados, que luégo volveré con el suplemento..... ¡Eh! ¡Buen hombre!.... ¡Arriba! Haga V. el favor de darme el billete. ¿Cómo se llama V.

—Bonifacio Sanchez, *pa* servir á V.?

—¡Muchas gracias! Vamos, deme V. el billete.

—¡Tenga V.! .. ¡Qué bruto! Y yo que no me acordaba...

—¿Qué dice V.?

—¡Nada! nada!... Que estaba medio soñando, y le he dicho á V. una barbaridad, porque yo no me llamo Bonifacio Sanchez, sino Ramon Rodriguez. Ahí está puesto en el billete.

—¿Sí, eh? En efecto, aquí esta puesto el nombre de Ramon Rodriguez; pero como no es V. Ramon Rodriguez....

—Sí, señor. Yo soy yo. ¡Pues no faltaba más!

—Bueno, ya veremos si V. es V. ¿Tiene V. la cédula personal?

—No señor; es decir, sí, señor; no la tengo aquí, pero la tengo en casa.

—Allí se puede estar. ¿Sabe V. escribir?

—Pues así, así, un *poquiyo*. Pero ¿á qué viene tanta pregunta?

—Ahora mismo lo sabrá V, porque entramos en una estacion; venga V. conmigo.

—Pero ¿á dónde me lleva V.?

—Ahora se lo diré. Vamos, aprisa que tenemos poco tiempo. Siéntese V. ahí y escriba en ese papel su nombre. Cuidado con el pulso que parece que le tiembla á V. ¿Es usted de la provincia de Avila?

—¡Cá, no señor, soy de la de Madrid.

Veamos la firma. ¡Hola, hola! ¿En qué quedamos? ¿Con que al fin confiesa V. que se llama Bonifacio Sanchez?

—¿Pero he puesto eso? Si le digo á V. que estoy aturdido... ¡Vamos! Estaba de Dios, no *pué* ser ménos. ¿*Pa* qué me fiaria yo de mi primo?

—¿Primito tenemos? V. sí que lo va á ser.

—Mire V., señor, le voy á *dicir* á V. la *verdá*: ¿*pá* qué andar con *lilailas*? Pues sabrá V.. .

—No necesito saber nada. V. me paga ahora 276 reales y medio, que es el duplo del billete sencillo.

—¿Cómo? ¿cómo? Pero V. me *quié* dejar sin camisa; ¡276 riales! .. ¡Qué barbaridá! ¿Y dónde tengo yo tanto dinero? Pero oiga V., señor, mire V... si yo no tengo la culpa... si fué mi primo.... Yo le diré á V....

—No necesito saber nada.... Ese billete no es de V....

—No, no señor, es de mi primo Ramon; verá V., señor; él y yo estábamos sirviendo en Madrid....

—Si no me importa nada de eso....

—Pero, señor, si soy un pobre... no sea V. malo *pa* conmigo. ¿Qué daño le he hecho yo á V.? Verá V. como ha sido esto, señor; mi amo salió *pa* San Sebastian á últimos de junio y me llevó con él; y mi primo llegó quince dias despues con la señora.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo eso?

—Escuche V., señor, yo le diré á V. Mi amo se quiso marchar muy léjos, *pa* Suiza ó no sé dónde y me dió *pa* que me volviese á Madrid, porque decia que no le hacia falta; y mi primo que tenia ese billete me empezó á enzarzar con que se lo comprase, que él se iba á servir *pa* Francia y que qué sé yo; en fin que yo me dejé embobar y se lo compré por dos duros. Y ¡*velay* V.!

—Sí, sí; ya veo que Vds. se propusieron pegársela á la Compañía... pero les ha salido mal la cuenta... Vaya V. aflojando la bolsa, y apronte V. los 276 reales y medio.

—Pero esto es *pa* tirarse de los pelos.

—Tírese V. si gusta. Por mí... aunque V. se quede calvo.

FERNANDO ARAUJO

Salamanca

LOS TRES ÚLTIMOS DIAS

DEL MARQUÉS DE AYAMONTE

(Conclusion)

La boda de Felipe IV con Doña Mariana de Austria, concertada desde la primavera del año 47, acaba de publicarse en la corte: el embajador de Alemania ha recibido órden del emperador Fernando III de hacer pública y solemne manifestacion de lo grato que le es este nuevo vínculo con la corona de España. Con este motivo habrá en Palacio magnífica recepcion, y luégo ostentoso banquete.—La nueva reina de España, niña de 14 abriles, aún no ha venido de su tierra: trae en dote á Felipe IV cien mil escudos de oro, y recibe de él en arras otros cien mil, y cincuenta mil en joyas. Ya partió de Madrid para Viena el primogénito de Castel-Rodrigo conduciendo la joya tradicional, que vale ochenta mil ducados.—El rey se ha vestido de gala, de tafetan negro acuchillado y aforrado de tafetan cabellado oscuro; el Palacio está preparado tambien como de gala, dispuestos los doseles y las camas; éstas de lo más rico que se vió jamás. La cama de respeto del rey, en la pieza donde da audiencia, está cubierta de lama de plata, y la colgadura es de tela de nácar. A las seis de la mañana estaba ya el monarca vestido, y por el Buen Retiro pasó á orar á Atocha: volvió á las siete, y asistió en la Real Capilla hasta las doce al jubileo de las Cuarenta horas.—Ya entra en su cuarto D. Luis de Haro con el marqués del Carpio, acompañando al embajador.—Lucidísimo viene el tudesco, vestido á la española, cuajado de diamantes y con el toison al cuello. —Acaba de besar la mano al rey, y otro tanto hacen treinta grandes que se presentan despues, los cuales están convidados para asistir á la comida. Grandes unos, pequeños otros, éstos gordos, flacos aquellos, pero todos de calidad, deslumbran con los diamantes y las cadenas, y los acuchillados y forros, ya blancos, ya encarnados, ya verdes, ya azules y de otros colores.—Hé ahí al duque de Fernandina, con dos cuellos en la ropilla y dos en el ferreruelo; más allá el Almirante y el de Lumiares, y el marqués de Liche, luciendo entre los tres más de diez mil diamantes El conde de Medellin, el de Luna y el de Béjar y sus tres hijos, traen sobre sí más de dos mil cadenas y otras joyas. El marqués de Leganés luce, por ser pobre, unas dos mil flores de blanco y pardo, y botones y cadenas de plata; el de Aguilar trae un vestido á la antigua, tan cuajado de oro, que no pueden dos hombres levantarlo del suelo. El duque de Osuna, con ser tan poderoso, vestido todo de negro, solo se ha puesto un cintillo de diamantes; pero ¡qué cintillo! Es como un cacho de luna que oscurece todas las estrellas. —Todos pasan rápidos; pero otro peloton viene detrás: el de Veraguas, vestido de telilla plateada y parda que le trajeron de sus estados; el de Alburquerque, de azul con mucha plata; el de Gandía, de pardo; el de Villahermosa, de negro con alamares bordados de acero, prueba notoria del buen gusto y de la distincion de este gran señor: el de Pastrana, de negro con botones de oro; el de Infantado... Este es el único en quien no se discierne gala ninguna, sin duda porque le basta la de su linaje.—¡Qué alegre y confuso rumor! ¡qué oleaje de plumas! ¡qué reverberacion de diamantes! ¡qué íris en los cintillos! ¡qué raudales de luz amarilla y blanca brotan de esa infinidad de cadenas de oro y de plata al moverse los eslabones de esas articuladas culebrillas de bruñido metal!—La bulliciosa comitiva va deslizándose de unas en otras régias estancias: ya dejaron atrás el magnífico *Salon de los Espejos*, y los personajes, ora bíblicos, ora mitológicos, de los soberbios cuadros de Rubens, Velazquez, Ticiano y Ribera que decoran sus paredes, se miran unos á otros en silencio despues de desfilar ante ellos la deslumbradora cohorte. Ya desocupan el gran *Salon dorado*, y no parece sino que los retratos de reyes que animan y hacen viviente su friso, como admirados de tanta gala y riqueza, quedan con los ojos más abiertos y espantados. Ya invaden el vasto comedor del cuarto de verano del rey, donde la luz deslumbradora del *jardin de los Emperadores*, quebrada primero en el verde cortinaje que tejen las copas de los plátanos y acacias, y en la fantástica arquitectura vegetal de un improvisado alcázar de Flora, salpicado desde el zócalo al friso con la diamantina escarcha de cien surtidores, y sólo habitado por marmóreas estatuas y aves canoras; y tamizada despues en las enredaderas de las celosías, regala la vista seducida y encantada con tibios reflejos que despiertan en los demás sentidos toda la voluptuosidad de los oasis africanos.....

Aquí llegaba en su sueño de consentida delectacion palaciega el infeliz marqués de Ayamonte, á quien el fiel Gamarra habia dejado solo, yendo con gran precaucion, y de puntillas para no hacer ruido, á echarse tambien en su cama. De repente se dejó oir ruido de pasos en la plaza del Alcázar, y el corazon présago de ambos, sin más causa, conmovido á un tiempo mismo, sacudió bruscamente el letargo de su sueño, y llevando al criado como una exhalacion junto al lecho del amo, hizo que con expresion de terror se mirasen de hito en hito.

—¿Qué hay, mi buen amigo?

—¿Qué ocurre, señor?

Ambos por un impulso instintivo clavaron sus miradas en las ventanas. Abrió Gamarra una de ellas, se asomó á la reja, y dijo al marqués, temblando como un azogado:

—Señor, á la puerta del palacio del Obispo hay alguaciles.

Asomóse el marqués, los vió, y añadió:

—Alguaciles de corte: los conozco, son pájaros de mal agüero.

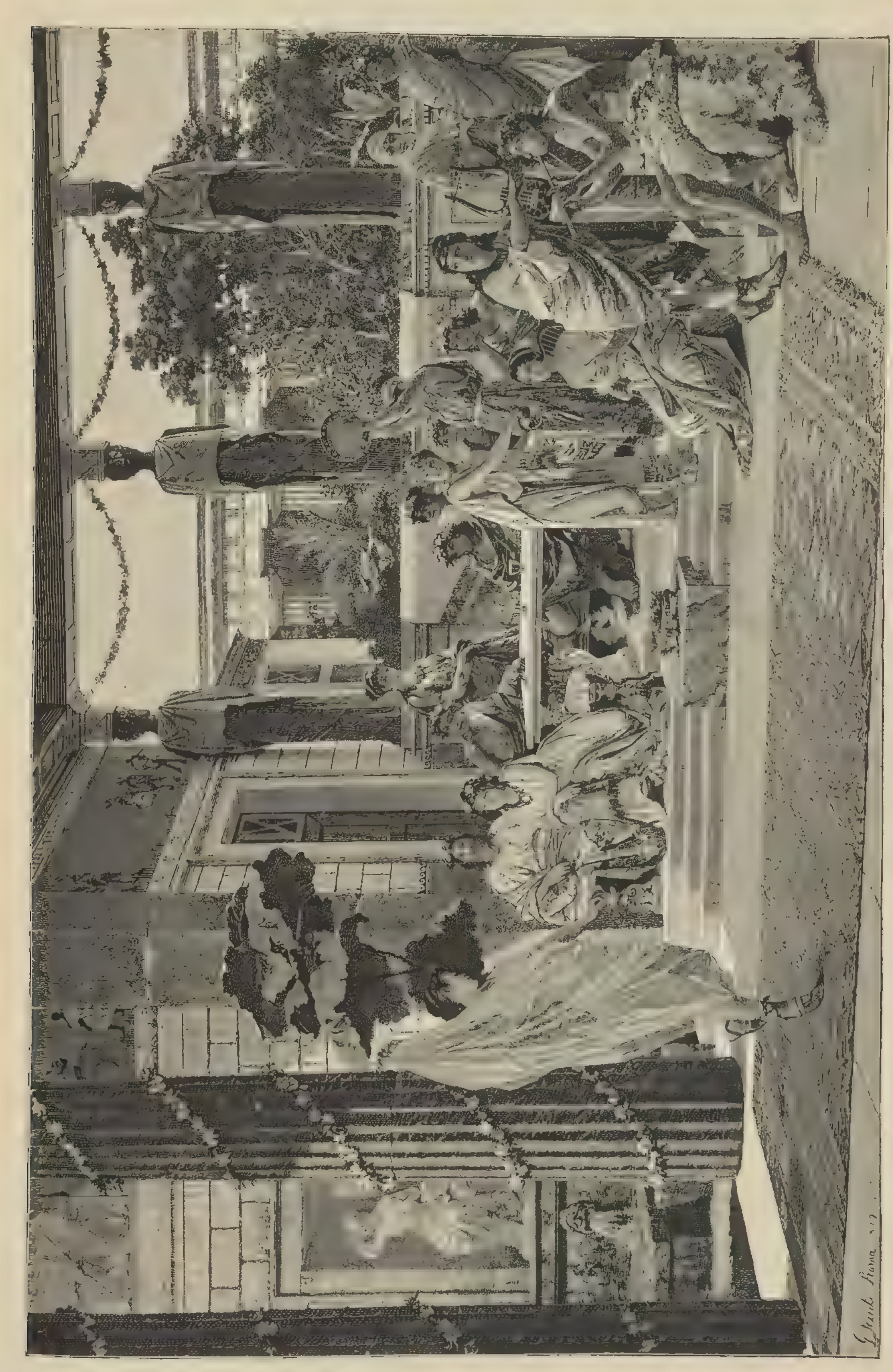
Esto es hecho.

V

Durante el diálogo de D. Francisco de Guzman con su criado, habia llegado á Segovia el licenciado D. Diego de Villaverde, Alcalde de corte, con Juan de Pinilla, Secretario del crímen, y seis Alguaciles, y apeándose en el meson grande de la ciudad, sin quitarse botas ni espuelas los partió con cuantos con él iban á la casa del Corregidor. Avisado este, se presentó en el portal con toda diligencia y en cuerpo, y sin darle tiempo el Alcalde á que subiese por un ferreruelo, porque hizo que se lo bajasen, ya que lo reclamaban de consuno el frio y la cortesía, se lo llevó al Alcázar, deteniéndose todos algunos instantes en las casas del Obispo, de donde á poco rato salió una vetusta silla de manos servida por dos robustos ganapanes.



EL MATRIMONIO CIVIL, cuadro por Benjamin Vautier



COSTUMBRES ROMANAS, cuadro por G. Sciuti

Llegan al Alcázar. El alcaide D. Juan Navacerrada les espera á la puerta, y el Alcalde le dice:

—Vuesa merced me entregue á D. Francisco Manuel Silvestre de Guzman, marqués de Ayamonte, que está preso en estos alcázares, en virtud de esta cédula de Su Majestad.

Preséntale la real cédula, y el alcaide la besa respetuosamente.

—La obedezco, dice.

Y suben todos á la torre. Cuando el carcelero, por intimacion del alcaide, abrió el aposento del marqués, este se hallaba en pié, con el sombrero y los guantes puestos, en actitud digna y demostrando en su semblante la mayor entereza. Su criado estaba atolondrado, anonadado, gesticulando á la puerta de su alcoba como un niño que quiere llorar y no se atreve.—Iba á hacer el alcaide su intimacion en forma al reo; pero este la hizo inútil.

—Estoy enterado,—le dijo.—Vamos.

Y emprendiendo la marcha con paso firme y resuelto, le atajó todo discurso.

Gamarra, como un perro leal en quien el cariño vence á la timidez, sin curarse de recoger su sombrero, siguió los pasos de su señor. Al llegar á la puerta de la calle, dijo el Alcalde al marqués:

—Vuecencia entre en esta silla.

Entró, y poniéndose tres alguaciles á cada lado, y el Alcalde, el Corregidor y Gamarra detrás, por la calleja del pasadizo del Obispo y por la ronda, salieron á la puerta de San Andrés, y arrimados al muro, subieron á la solana del Rastro.—Entrando luego por la puerta fronteriza á San Martin, subieron á la cárcel donde esperaba D. Pedro de Valencia, su alcaide propietario, al cual el Alcalde Villaverde entregó al marqués.—Subieron, y Gamarra detrás de ellos, á un aposento que hacia esquina á la puerta: clavaron las ventanas, y entraron luces.

No pudo D. Francisco Manuel ocultar su sentimiento de verse en la cárcel pública.

—¡Y habia que traerme aquí!—dijo, lanzando un hondo suspiro.

De allí á poco entraron á verle su confesor, el sabio franciscano, lector de teología, Fr. Diego de Miranda, y un virtuoso jesuita llamado el P. Pedralves: los cuales le acompañaron hasta el fin. Miéntras con ellos conversaba el marqués, el Alcalde Villaverde salió afuera disimuladamente, y en voz baja, pero no con tanta precaucion que no le oyese Gamara, mandó á un criado de la cárcel que hiciese venir alarifes y un cuchillero.

Entró en esto el sota-alcaide, y sin empacho ni ceremonia, quitando las botas al marqués, le echó dos pares de grillos: el cual, mostrando nuevo sentimiento y fijos los ojos en su criado que amargamente sollozaba en un rincon del calabozo, dijo:

—Esto era bien escusado; pero dadme una cuerda con que sostenerlos.—Quitóse el alcaide Valencia una de sus ligas, y se la dió, y con ella Gamarra le alivió el peso de aquellos hierros.

Entró en esto el secretario Pinilla á intimarle la sentencia, la cual decia así: «En el pleito criminal que ante nos pende, entre el Fiscal de S. M. de la una parte, y D. Francisco Manuel Silvestre de Guzman, marqués de Ayamonte, y su procurador, de la otra; sobre el delito *læsæ majestatis* de que por el dicho fiscal es acusado; fallamos, atento los autos y méritos de este pleito, que le debemos condenar y condenamos á pena de muerte de cuchillo, y que le sea cortada la cabeza, y á confiscacion de todos sus bienes, aplicados á la Cámara de S. M., y á que sean sus casas derribadas por el suelo. Y mandamos que esta sentencia se ejecute sin embargo de cualquiera suplicacion que de ella se interponga. Y por esta nuestra sentencia definitiva, así lo pronunciamos y mandamos, etc.»

D. Francisco Manuel oyó su lectura con gran valor, y con voz entera dijo:

—La consiento, y olvido que en nombre de mi rey me fué prometida la vida. Esto ofrezco á mi Dios y Criador.

Retiróse el Secretario: retiráronse los demás, y quedaron solos en la cárcel el marqués de Ayamonte, los dos religiosos, y Gamarra.

En la pieza inmediata al calabozo del marqués se percibió gran ruido de gente que entraba y salia, movimiento de tablones, golpes y martillazos, y era que se estaban ejecutando las órdenes del Alcalde D. Diego de Villaverde. Habia este mandado á los alarifes á quienes hizo llamar, que levantasen en aquella pieza un cadalso de una vara de alto, y que dispusiesen un ataud cubierto de bayeta muy basta; y al cuchillero ordenó que hiciese dos cuchillos de muy agudo corte. El marqués oia los golpes y martillazos, mas no se daba razon de lo que aquello significaba, y embebido en el triste pensamiento de la muerte ignominiosa que iba á recibir, se dirigió á su confesor con estas palabras:

—Padre, con gran confusion quedo acerca de la forma de mi suplicio: ¿me cortarán la cabeza por detrás, como á los delincuentes más infames? ¿Será mi muerte en público cadalso?

—Deseche V. E. esos pensamientos,—le replicó el buen sacerdote:—son sugestiones del espíritu mundano. Piense V. E. tan sólo en la salvacion de su alma, único bien positivo que le espera.

Y como advirtiese el P. Pedralves que el buen criado, anegado en lágrimas y sin poder reprimir sus singultos y sollozos, ponia en peligro la entereza del reo y su presencia de ánimo, tan necesaria en aquellos momentos supremos,

—¡Ea! buen Gamarra,—le dijo:—ya vos habeis cumplido como leal servidor, y ahora vuestra presencia más daña que aprovecha al señor á quien tanto habeis amado. Nosotros os sustituimos en todos vuestros cuidados, y áun extendemos nuestro servicio á más alto ministerio, á donde, á pesar del más generoso deseo, no alcanza el vuestro. Retiraos, hijo, que vuestro propio señor será gustoso de despediros para entregarse de lleno á las santas meditaciones que deben ya ocupar su espíritu, como buen cristiano.

Arrojóse entónces Gamarra en los brazos del marqués, el cual los abrió muy de grado para estrecharle contra su pecho. Ambos tiernamente sollozaron; pero repuesto en breve el de Ayamonte, y quitándose la sortija de zafiro que tenia en la mano derecha, —Toma, hijo mio,—le dijo: —no tengo otra cosa con que pagarte la buena compañía que en tan larga prision me has hecho y los consuelos que me has dado.

Él mismo la puso en el dedo de su criado, y éste, hecho un mar de lágrimas, salió precipitadamente de la estancia, como cediendo á una inspiracion suprema, y lanzando conmovedores gemidos.

El marqués, recobrada su serenidad, permaneció hasta las once de la noche en compañía de sus dos piadosos asistentes. Recogióse entónces al lecho, y á eso de la media noche, advirtiendo el alcaide Valencia desde fuera que no sosegaba, entró á preguntarle si algo se le ofrecia.

—El estorbo y frialdad de estos grillos,—le contestó el marqués,—me quitan el descanso.

Dió órden el alcaide á su teniente de que se los quitase, y mostró el marqués mucho agradecimiento á aquel rasgo de humanidad, tan raro en los hombres de semejante condicion como una fragante violeta en medio de un arenal.

—Tomad, le dijo con amistoso acento, este sombrero mio de buen castor, y dadme el vuestro.

Dió las gracias y rehusó el cambio el alcaide, y salien do del aposento, dejó al reo en reposo.—Durmió este hasta las dos: y entrando entónces los dos religiosos, le dijo el confesor:

—Dos cosas traigo para V. E que espero en Dios le serán de mucho alivio: la primera es que el corte ha de ser por delante; la segunda, que no será en público, sino en esta pieza de afuera, donde los golpes que V. E. ha oido no eran otra cosa que construir su cadalso.

Mostró consuelo el marqués y exclamó:

—¡Bendito y loado sea mi Dios y Criador, que tantas misericordias usa con quien ha merecido tantos castigos!

Levantóse muy temprano: era viérnes 11 de diciembre: aquel dia comulgó y oyó tres misas en la capilla de la cárcel, y volviendo luégo á su aposento ó calabozo, desayunó. De allí á poco se dejaron oir de nuevo los martillazos de la funesta tarea que proseguian en la pieza inmediata.

—Padre mio,—dijo á su confesor,—ó no tengo corazon, ó le tengo muy duro, pues no me asombra oir los golpes del cadalso en que mañana he de morir.

—Señor,—le respondió Fr. Miranda,—pues V. E. ha sido siempre tan devoto de la Vírgen Ntra. Sra., válgase ahora de su intercesion y favor para que le alcance y le sugiera consideraciones profundas de los dolores y agonías que padeció aquella soberana Reina de cielos y tierra oyendo y viendo clavar en la cruz á su hijo, Dios Redentor nuestro, á la hora en que temblando la tierra, turbándose los demás elementos y oscureciéndose los cielos, solos los hombres pagaban en injurias su redencion.

Suspendióse el marqués oyendo tan oportuna excitacion, y desde aquel punto fué tal su conformidad, tantas sus lágrimas, tan tiernas y devotas sus razones, que todos los que de ello fueron testigos lo juzgaron singular favor del cielo.—Pasó lo restante del dia en coloquios edificantes, confesiones y actos de contricion, y con admirable sosiego de cuerpo y espíritu, durmió aquella noche dos horas.

VI

Amaneció el sabado 12: oyó en la capilla cuatro misas y se recogió con los dos religiosos á su aposento. A las nueve abrieron su puerta: traian un triste presente: el capuz de los ajusticiados. Besó el siniestro saco el marqués: quiso su confesor vestírsele, pero figurándose que tendria aberturas para los brazos, le arrebujó de modo, que en vez de colocárselo bien, lo estorbaba.

—Dadme acá, yo le vestiré, dijo D. Francisco Manuel; y diciendo y haciendo, se lo endosó y terció sobre ambos hombros, con tanto sosiego como si estuviera vistiéndose en su palacio. Tomó luego el crucifijo que con el capuz le trajeron, y diciendo:—Ya es hora, vamos,—salió á la sala contigua, donde, al ver el cadalso sin bayetas,

—¿Cómo está esto así? preguntó con alguna viveza.

Se reprimió en seguida, se reconcilió, y subiendo con paso firme al tablado que rodeaban los alguaciles de corte, con el Secretario Pinillos y muy pocas personas más, pronunció estas palabras:

—Vuesas merdeces me sean testigos de que en viéndome en la presencia de Dios, que espero en la divina misericordia será muy presto, prometo rogar á su piedad inmensa por los aumentos de esta Corona y por la salud y vida del rey mi Señor.

El confesor Fr. Diego de Miranda, juzgando que no todos le habian oido, repitió su generosa declaracion.

Sentóse en seguida el marqués en la silla del patíbulo: tenia en las manos la imágen del Crucificado, y en ella clavados los ojos con tanto fervor, y fueron tantos los actos de fe, esperanza y caridad que hizo, tan devotos los afectos que expresó, tan esforzadas y ansiosas las ternezas que se le ocurrieron, que suspensos y atónitos los circunstantes, parecian ellos los sentenciados á muerte, y sólo él en el pavoroso trance se mostraba animoso.

Llegó á él como abochornado el verdugo, hincó la rodilla y le pidió perdon: le ató luégo piernas, brazos y cuerpo, y al vendarle los ojos, enredándose el tafetan en la guedeja, se turbó. Viéndole el marqués titubear,

—No te turbes, amigo,—le dijo.

Animado entónces el ejecutor, le vendó bien, y le pasó el cuchillo por la garganta con más presteza y mejor suceso del que prometia aquel vil y torpe esclavo. Luégo le cortó la cabeza por detrás y se la puso á los piés, más para escarmiento de desleales que para castigo del que ya estaba libre de toda pena.

Dos horas despues le amortajaron, y al anochecer salió de la cárcel el funeral. Iban en él niños de la doctrina, doce religiosos franciscanos, otros doce de la Victoria, y la parroquia con preste y diáconos. Seguia el cuerpo, llevado en hombros de cuatro hermanos de S. Juan de Dios: el ataud cubierto de bayeta muy basta, clavada y ajustada á la madera, sin pendiente ni otra cubierta. El cielo estaba muy nublado: cerraba la noche y hacia el espectáculo más funesto y pavoroso al concurso, que era muy grande.—Llegaron á San Francisco, y allí, con un solo responso, le enterraron en sepultura comun.

En esa misma iglesia de S. Francisco estaba á aquella hora dirigiendo al Señor fervorosas preces por el descanso eterno del infortunado marqués de Ayamonte, un humilde lego que habia tomado el santo hábito hacia solo dos dias. Con dar su nombre, no oscuro por cierto, y ofrecer como dádiva para la devota imágen de Ntra. Sra. que se veneraba en aquel templo, una hermosa sortija de zafiro que llevaba en el dedo, su entrada en el convento habia sido cosa expedita.

PEDRO DE MADRAZO

———

¿RÁPSODAS Ó ARTISTAS?

Como cuestion concreta, pero que reviste suma importancia, pues toca á las entrañas mismas de la vida y de la belleza, se trata hoy con calor y apasionamiento superiores á los que movian las luchas entre clásicos y románticos, acerca del alcance y trascendencia del arte.

Estas terribles enemigas, que entre sí mantienen los hijos de Apolo, tienen mucho de locales, bastante que es hijo de las circunstancias y no poco de las contingencias temporales, dentro de las cuales vive el arte y sigue la vida entera su ley progresiva. Pasa el fragor de la batalla; se inicia, á través del decurso del tiempo, lo que algun crítico ha llamado ley del optimismo de la distancia; se apagan los fuegos, cesan las hostilidades y tirios y troyanos dejan en el campo de batalla algun que otro arañazo, en forma de apreciacion injusta respecto á su adversario, pero á la vez se *rectifica* y *amplía* el criterio artístico y todos, que son á la vez vencedores y vencidos, cooperan á la victoria y triunfo positivos de los intereses permanentes de la belleza y del arte.

Todos los artistas de todos los bandos, los blancos como los azules, lucharon con ardor por su causa, fueron portaestandarte de sus principios innovadores y llegaron por la lógica inflexible del error, los que se ponian del lado de la innovacion revolucionaria al absurdo de la reaccion, los que defendian las trincheras de lo tradicional al delirio de lo anárquico y de lo revolucionario, revelando de esta manera «que toda protesta innovadora implica una fuerte reaccion» y á la vez «que toda estática inalterable degenera en un impulso innovador.»

El *aurea mediocritas* de Aristóteles es la ley implícita en los progresos del arte y la piedra de toque, segun la cual se formula el juicio definitivo respecto al valer y representacion de las más opuestas escuelas literarias y de sus más esclarecidos adalides. Aunque hoy exista algun empedernido romántico, aunque se guie por el *parti pris* de su criterio exclusivo, ¿estimará, por ejemplo, que nuestro Moratin debe ser juzgado por sus pedestres comentarios al *Hamlet* de Shakespeare? Si algun clásico atildado examina la representacion genial de Víctor Hugo, ¿dudará de sus envidables aptitudes, porque haya tenido el mal gusto de hacer la apología del pulpo?

El progreso lento de los tiempos ha declarado extemporánea la lucha entre clásicos y románticos. Continuarla hoy seria estéril, pues ella ha dado de sí cuanto podia dar: concepto más ámplio y extenso de materia y forma artísticas.

Quizá no está lejano el dia, en el cual cese tambien la manoseada contradiccion que hoy se establece entre las escuelas literarias, *naturalista* é *idealista*. A un error idéntico llegaron ambas, aunque por distinto camino, y á una rectificacion fecunda de este mismo error convergen ambas escuelas, siquiera sea por procedimientos opuestos, que de esta suerte se elabora el progreso de las teorías estéticas como de todo en el mundo, parcialmente y por grados, no á modo de cuadrícula fija ó de revelacion genesiaca. Si la realidad es prisma de infinitas caras, que la percepcion científica se asimila por partes y la emocion estética esculpe y expresa por aspectos parciales, ciencia y arte, lo mismo que todas las grandes energías del espíritu colectivo, que tejen esta delicada urdimbre de la cultura humana, son *dinámicas* y no estáticas, progresan y adelantan por grados, á medida que crecen y se agigantan sus perspectivas. De igual modo que el hombre que asciende por una montaña, va descubriendo á cada paso que sube más ámplio el horizonte, sobre todo comparado con el limitado que percibia en el fondo del valle, el espíritu

colectivo, que asciende por esta escala de Jacob que se llama el progreso humano, vá descubriendo, desde cada peldaño que gana, más ámplio y extenso horizonte, que le ofrece condicion favorable para rectificar las *miopías* de que ántes fuera víctima. Pudiera, en este sentido, afirmarse contra todo resabio paradójico, que en el órden ideal cómo en la realidad, «la historia del error es á la vez la del progreso de la verdad» Así, en la Iglesia, por ejemplo, la época de las herejías fué la de la informacion y depuracion del dogma, pues enseña el aforismo lógico que sólo errando y errando se llega á corregir y rectificar el error.

Desde sus puntos de vista exclusivos el idealismo, con sus exageraciones clásicas, y el naturalismo, con sus virulencias innovadoras, el primero, ateniéndose á lo tradicional y consagrado cual arca santa en las reglas del buen gusto, *Noli me tangere* de los infolios de retóricos y preceptistas, y el segundo, enamorado hasta el fanatismo, sobre todo en Zola, de una obsesion empírica y simplemente observadora y expectante, concluian, probando que los extremos se tocan, para negar, aunque con tendencia y alcance bien distintos, que fuese la personalidad del artista factor esencialísimo en la produccion de la obra bella. Los esfuerzos de unos y de otros convergen al mismo fin. Aun lo más personal y de más relieve, el estilo, queda anulado por la pauta ó patron hecho de la escuela literaria, en que cada poeta se alista. ¿Quién no recuerda como una excepcion los contados académicos que siguen escribiendo con la naturalidad que lo hacian ántes de llegar á ser inmortales? ¿Quién no ha leido las reticencias con que Zola por ejemplo admite en la escuela naturalista á Daudet, cuya delicada percepcion artística y cuyos rasgos personales igualan, cuando no superan, á la observancia del dogma fundamental del Naturalismo?



Marco Antonio contemplando el cadáver de César

El idealismo, con sus soñados tipos de belleza absoluta, supremas é inmóviles entidades de la mente divina, y el naturalismo, con la plancha fotográfica á que reduce la inspiracion del artista, cual simple colector de lo que recoge en la observacion exterior; ambos á la vez anulan, en sus extremas deducciones, el factor personal, reduciendo al artista á ser un simple rápsoda y cercenando su inspiracion para que se circunscriba á ser espejo reflector ó de aquellos tipos absolutos que soñara la imaginacion calenturienta de los idealistas desenfrenados, ó de aquella complejidad de hechos, que el observador naturalista percibe en el espectáculo del mundo.

Olvidan los primeros que el tipo de la belleza, aunque se le considere como absoluto, en cuanto se realiza y determina, tiene que ser dinámico y manifestar su vida, su evolucion y su desarrollo, principalmente en la emocion estética que despierta en el artista y que este hace despues surgir, mediante su inspiracion, en el público. De otro lado, pasa inadvertido para el naturalista *enragé* que el genio no es plancha de blanda cera, en la cual mecánicamente se graba el espectáculo que contempla, sino que el genio, impresionado por la belleza real, queda modificado por ella y segun esta modificacion produce su obra, en la cual, como dice Gœthe, va dejando algunas veces hasta pedazos de sus entrañas, hondamente conmovidas por este intenso saber *mirar y ver*, á que se refiere en primer término la inspiracion artística. Aunque se pretenda, como algunas veces lo intenta Zola, identificar el arte con la ciencia experimental, ¿cómo ha de ser posible que pase para nadie inadvertido que la experiencia vale por su *interpretacion*, hija de aquel saber mirar y ver, propio del genio y negado á las medianías? ¿Cómo se ha de olvidar que esta interpretacion revela la intervencion del factor personal, si el experimentalismo consiste en descomponer la experiencia presente para componer la experiencia futura, de cuya composicion surge despues la síntesis, que engendra la obra de artes, y la prevision, que es producto de la ciencia y á que debe ésta el nobilísimo oficio de conquistadora, segun la denomina Lauge?

Más impersonal aún la obra de la ciencia que la empresa llevada á cabo por el arte, no se puede, sin embargo, prescindir en la primera del elemento personal, que imprime sello y carácter á todas sus construcciones. Tomando, por ejemplo, las Matemáticas, ciencias tenidas generalmente por exactas, y prescindiendo de si las nociones matemáticas son, como quieren unos, tipos creados de una vez por la idealidad genesíaca del espíritu y que se imponen á la experiencia por virtud de un misterioso acuerdo entre el pensamiento y la realidad exterior, ó son derivadas, como afirman otros, ya directa, ya indirectamente, de la experiencia sensible cual modelos ó copias de los objetos exteriores; es lo cierto que las mencionadas nociones matemáticas no son representaciones enteramente exactas de la realidad exterior, como lo prueban los ejemplos del círculo de los geómetras de radios exactamente iguales, que no corresponde con ningun círculo real, y los puntos de una superficie esférica, equidistantes de los centros, condicion que no se cumple en la esfera material. Contra esta simplicidad inflexible del razonamiento lógico y abstracto, se rebela siempre la complejidad sintética de los objetos reales y concretos. Es tambien evidente que el matemático concibe, guiado por los moldes en que recluye su pensamiento la fuerza de la abstraccion, ideas, cuyos modelos exactos no se encuentran en la realidad. De ello es una prueba el concepto de lo infinitamente pequeño, al cual no llegan jamás nuestros sentidos, ni nuestros instrumentos de division, áun aquellos más precisos. ¿Quién ha visto, en la realidad, por ejemplo, tal como lo contempla, en las abstracciones de su fantasía, el geómetra, el polígono regular de mil lados?

Aun en el caso en que el espíritu, como pretende el experimentalismo moderno, edujera de la experiencia los elementos primeros de las ideas matemáticas, siempre resultaria que las *elabora y trasforma* y procede como si las hallara en sí mismo, dando de esta suerte intervencion y relieve al factor personal, que concibe dichas ideas como *construcciones* del espíritu, segun leyes del pensamiento. Merced á esta generacion, que hallará si se quiere su causa ocasional en la experiencia, las ideas matemáticas son, como dice Kant, un *esquema* ó representacion individual de un sistema de relaciones individuales, esquema ó representacion, cuya síntesis es debida por lo ménos á la condicion personal del que las percibe y forma.

Algo semejante, aunque con mayor plasticidad, porque se mueven dentro del mundo de la fantasía, acontece con las concepciones artísticas, cuya síntesis se refleja, no en la luna insensible de un espejo, ni en el cliché, de asimilacion mecánica, de la plancha fotográfica, sino en el alma del artista que siente, obra y vive y se emociona ante la impresion, porque, como dice St. Mill, podrá ser todo lo material que se quiera la vibracion que nos impresiona, pero la sensacion por dicha impresion causada, es toda ella espiritual é interna y al estado específico de nuestro interior obedece por lo ménos en igual grado que á las leyes físicas, segun las cuales la excitacion se ha producido. No tendria de otro modo explicacion posible la sencillísima advertencia consignada ya por Platon, de que el vino sabe bien al que está sano y mal al enfermo.

Esta idiosincrasia moral del artista, es el sello de su personalidad, que elevó á Gœthe, el poeta más personal



LA TABERNA, cuadro por J. Ostade

de los tiempos modernos, á la region de los iguales, como llama V. Hugo á los genios. Este sello personal, que el Naturalismo, corrigiéndose, quiere reconocer en las obras de inspiracion, es la distincion característica que puede y debe establecerse entre el arte, bello, y el mecánico de la copia fotográfica. Este sello personal, que el Idealismo, rectificándose, aspira á consagrar en los productos de la imaginacion artística, representa la línea divisoria entre el rápsoda, que copia, y el artista, que crea. El Naturalismo profesa, como principio incontrovertible, que es colaborador á la obra artística el *medio ambiente*, idea racional en el fondo, aunque vestida de ropaje empírico, cuya eficacia no anula la intervencion personal del artista, pues ya declara Zola que toda intervencion artística es un *documento humano*, un pedazo de la realidad, vista *á través de un temperamento.* El Idealismo reconoce tambien que las reglas de buen gusto, consagradas por el juicio unánime de los siglos, no pueden convertir en artista al que no lo sea, que el poeta nace y hay algo en él ingénito, que es su sello personal. Si no fuera suficiente prueba la concordia de estas opiniones extremas, en que se divide hoy el criterio artístico, hablaria en pró de nuestra tésis, con más elocuencia que todo razonamiento, el hermoso y nunca bien ensalzado desarrollo del *humorismo* en el arte moderno.

Coincidiendo en esta afirmacion, que es por demás fecunda en consecuencias, naturalistas é idealistas, obra será encomendada al lento progreso del tiempo y á la ruda labor de la historia el anhelado concierto entre estas escuelas en puntos todavía más concretos y de más virtualidad para el arte productor y para el arte crítico. En ambas se anuncia ya tambien la sincera conviccion de que el material artístico se toma, ante y sobre todo, del arsenal de la vida real y de la naturaleza. De dicha conviccion se deducirá despues conformidad más estrecha, consorcio más íntimo entre los criterios opuestos, cuya disidencia parece reducida al presente á una cuestion de procedimientos, ya que en las teorías estéticas del Idealismo y del Naturalismo queda implícita la idea enteramente exacta de que toda obra de arte es á la vez real é ideal y ya que en los frutos inspirados en dichas teorías se revela y se hace práctica esta misma idea. En medio de estos puntos de conexion sólo persiste la disidencia en lo que toca al procedimiento, siquiera por fortuna no alcance la disparidad de criterio al fin primordial del arte; que unos y otros partan de aquellos puntos, que les son comunes, y al reñir sus batallas en lo que les divide, que todos recuerden el aforismo de Bacon: «*natura parendo vincitur.*» Con esta condicion perderá algo el amor propio exaltado en la lucha diaria por pontífices y apóstoles de la antigua y nueva doctrina, pero ganarán mucho los altísimos intereses del arte y de la belleza.

U. GONZALEZ SERRANO

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 25 DE AGOSTO DE 1884 — NUM. 139

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL CANDOR, cuadro por J. Zenisek

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Veraneo. -Los paseos de Madrid.—Los furores del estío.—Tormentas y cosechas. Noticias literarias.—La línea férrea de Asturias. —Volemos.

Las pasajeras pero terribles tempestades de la canícula estremecen el cielo de España con sus truenos y le surcan con sus relámpagos. En muchas poblaciones de la Península hay que contar esa historia triste de lágrimas y miseria que consiste en la pérdida total de los bienes del labrador, confiados á los azares barométricos.

Más de noventa pueblos de las Castillas y Aragon han sido víctimas de los caprichos de la atmósfera. Una granizada que dura una hora, deja asolada la comarca, y el tesoro de las eras convertido en negros montones de cereales putrefactos.

El labrador, cuando siembra en el surco y esparce á voleo los granos de trigo, ignora si está labrando para la prosperidad de su casa ó para la ruina de todos los suyos.

* * *

Hace pocas noches, paseando por las calles de la corte, me detuvo la armonía de un violin que ejecutaba las fúnebres notas de la *Danza Macabra* acompañada de un piano. Así como los invisibles hilos de una araña tendidos en el campo, entre dos árboles, al encontrarse con vuestro rostro, os producen la impresion de una red tendida entre vuestros pasos para deteneros, aquella red de notas me detuvo á mí.

Cerradas las puertas de las casas, sólo permanecian abiertas las de los cafés y de las tabernas; á través de éstas se veia algun grupo de bebedores contumaces en pié delante del mostrador con la última copa en la mano; á través de las de los otros veíanse los veladores de mármol vacíos, los mozos con la servilleta al hombro dormitando en algun rincon y tal cual pareja de esas que los amores fáciles atan con la cadena de una noche y luégo al alba se separan sin recuerdos ni sentimientos Oí algun reloj que daba la una, y el timbre metálico fué repitiendo esta hora muchas veces hasta que me detuve delante del café del Siglo. El violin ejecutante de la *Danza Macabra* se perdia en una serie de arpegios roncos, y el piano con graves acordes le seguia ayudándole en su faena músico descriptiva. Soy yo hombre á quien estas impresiones callejeras cautivan con indominable hechizo. Allí estuve delante de la puerta del café cerca del vendedor de periódicos que se habia dormido sobre un manojo de *Correspondencias* escuchando la *Danza Macabra* que es el poema de la muerte, escrito por un francés para que el oyente no se conmueva demasiado con el funeral argumento. Cuando acabó la música y el café se quedó silencioso, se destacó en el silencio una voz chillona que prosiguiendo á lo que parecia una discusion acalorada, dijo:

—No hay nadie como Zola.

Hallábame en un círculo literario y me propuse aprovecharme de la circunstancia para recoger algunas noticias que apuntar en mi crónica.

Allí supe que este año el Teatro Español tendrá dos compañías, una de drama y otra de comedia.

Esto es lo mismo que decir: ya que no puedes, llévame á cuestas. No hay actores para hacer una buena compañía, pues hagamos dos.

Ceferino Palencia escribe una comedia para el Teatro Español; Sellés, que pasa el verano en su casa de campo de Oporto, planea un drama que se propone tener terminado para octubre.

Anúnciase la publicacion de una revista quincenal en la que algunos jóvenes escritores harán dura campaña en favor del naturalismo.

* * *

Como este año ha salido poca gente de Madrid á veranear, los paseos, á la hora en que el sol se va y el fresco viene, se hallan concurridísimos y animados.

Hay quien prefiere el Retiro, parque familiar de Madrid, donde por las mañanas se ven millares de niños haciendo resonar bajo los túneles de follaje sus inocentes carcajadas.

Hay tambien quien busca lo solitario, lo triste, lo funeral, avenidas cuyo suelo cubre sombra perpetua y entre cuyas prolongadas filas de álamos no se descubre grupo alguno de los que forman la alegría y el amor.

Paseo de melancólicos parece visto desde fuera á través de las verjas y entre las filas de troncos de árboles que se congregan y alinean para formar alamedas y plazoletas. Pero si entramos dentro y os digo que donde nos encontramos es en el Jardin Botánico y avanzais entre aquella atmósfera húmeda, creereis conmigo que más bien que museo donde la ciencia impera y bajo sus rayos protectores la naturaleza se desarrolla, parece un pudridrero de plantas, y los cartelones que las adornan epitafios bajo cuyo peso ellas se van muriendo. Los bancos de piedra están verdi negros y mohosos y las estatuas de Carrara que tratan de eternizar la gloria de media docena de sabios herboristas y químicos, se sienten vencidas por el reuma que trepa, sube, tapiza, mancha y colorea de sangrientos festones la carne blanca de las estatuas. Lástima da y frio ver al buen Cavanillas, cuya venerable fisonomía tirita helándose sin que la capa de piedra que le cubre sirva á preservarle del invierno perpetuo. Frio da el mirar las verjas que se descomponen lamidas del agua y del tiempo que con invisibles labios desgastan lentamente sus esquinas. Las fuentecillas con el agua estancada en sus pilones enseñan allá abajo, tras el turbio cristal, una rojiza masa algodonosa de yerbajos lustrosos y mal olientes, que se diria terciopelo podrido. En medio de los grandes arriates circulares hay alguna ninfa de piedra, con una mano de ménos, la nariz carcomida, ó un grupo de faunos que mojan sus piés en un charco y se descomponen lentamente. Allí reinan el reuma y una muerte que no sólo acaba con la vida de la carne sino con la ménos perecedera de los mármoles. No avancemos, no avancemos más hasta encontrarnos con la larga galería donde una mano enemiga de la curiosidad ha enturbiado adrede las trasparentes láminas de cristal. Por los intersticios y rendijas se ven pájaros muertos depositados en ataudes de vidrio, peces y conchas flotantes en bocales de alcohol, y lo que es más horrible, una familia de momias, los pelos erizados y los miembros contraidos que con un vocabulario sin sonidos y en un idioma sin palabras se cuentan algo cruel y medroso. Todo es allí muerte, helazon, el triunfo de la humedad, el frio. Nada ha podido resistir la invasion de estos agentes de la tumba. Hasta un hombre vivo, el único que se aventura en aquellos parques mojados, trae en el semblante la caducidad y el sello del sepulcro, y cuando con una regadera mecánica reparte el agua en los hoyos de las plantas, no parece echarles la salud y la vida en los trasparentes chorros, sino un responso de olvido y muerte, salpicado de agua bendita. La salud, la vida, la prosperidad parece estar reasumidas y gozadas exclusivamente por algunos monstruosos árboles de obeso tronco y nudosas ramas. Ellos florecen, se desarrollan, acaparan el aire respirable y se apoderan con sus altas copas del sol que llega, pero no dejan pasar ni un rayo al suelo, ennegrecido de tanta humedad, que guarde memoria de toda pisada. Si el amor va allí, imaginando que tanta soledad y tanta sombra son para sus goces el deseado palacio, tiene bien de qué arrepentirse, y, entristecido, huye presto: tal soledad es la de la tumba, tanta sombra es la de la tristeza. El amor necesita ampararse con la capa de la noche, que es negra pero estrellada, discreta y alegre.

* * *

La corte está en Asturias donde ha ido á inaugurar la vía férrea del puerto de Pajares.

Esta obra de la audacia y de la ciencia asombra al viajero. Parece haber borrado del idioma la palabra precipicio, porque pone el camino sobre lo inaccesible. El túnel de la Perruca es un cuento de hadas. La piqueta del ingeniero ha perforado toda una cordillera y el Pajares, monstruo de risco y nieve, terror del viandante, que levantaba entre las nubes su cabeza erizada de témpanos, ha tenido que rendirse y entregar al hombre la llave de sus caminos.

* * *

Otra conquista de la ciencia ha anunciado el telégrafo y confirmado la prensa de Paris. A ser verdad estas noticias, la direccion de los globos está resuelta.

Al hombre le han nacido alas.

Al mismo tiempo que se verificaba en Paris la prueba del nuevo aparato de la navegacion aérea, en el jardin del Buen Retiro un huracan violentísimo desgarraba la seda del globo en que tres funámbulos iban á subir á los cielos en cuerpo y alma.

Si el problema está resuelto, no hay que dudar que el globo habrá dejado de ser el torniquete del acróbata para convertirse en el vehículo de la humanidad.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL CANDOR, cuadro por J. Zenisek

Hay muchas maneras de bellezas por lo mismo que cada uno se figura la belleza á su manera. A pesar de lo cual tenemos la conviccion de que el tipo de belleza que hoy publicamos no ha de ser controvertido por estético alguno.

Y es que, admitiendo, como generalmente se admite, que el semblante es el espejo del alma, aquel semblante será más bello para la generalidad que exprese una virtud, sentimiento más generalmente simpático. Así, por ejemplo, un busto de Mesalina podrá ser, y debe ser, un tipo de hermosura, pero si el autor está en lo cierto, esa hermosura ha de ser la hermosura repulsiva de la lascivia que contribuye á arrastrar por el lodo la púrpura cesárea.

Todo lo contrario sucede al contemplar á la jóven de nuestro grabado. Su beldad es ingenua, su mirada respira dulzura, sus labios no pueden haber besado sino á su madre; es el verdadero tipo del candor, esa virtud que tan bien sienta á las jóvenes en general y á las jóvenes agraciadas en particular.

LA ELECTRICIDAD, cuadro por Kandler

En todos tiempos el arte pictórico ha empleado la alegoría para representar las ideas y áun los hechos ciertos y ocurridos. Los dioses del paganismo no son otra cosa que alegorías de ciertas ideas y hasta de las pasiones que afectan á la humanidad. Vénus es la personificacion del amor y como el amor es hermosa; Minerva es la encarnacion de la ciencia y como la ciencia es severa; Saturno es la imágen del tiempo y como el tiempo es viejo y se le representa armado de la guadaña con que sacrifica á sus propios hijos. Y es de observar que, por regla general, cuanto significa belleza, produccion, virtud ó progreso, se halla simbolizado por una mujer; lo cual prueba que, á despecho de las declamaciones de los impertinentes y de los libertinos, siempre se ha creido que las mujeres valian bastante más que los hombres.

Hoy ya no se inventan dioses; pero no por ello se apela ménos á la alegoría, y la de nuestro grabado, que representa la electricidad, está tan bien concebida como elegantemente ejecutada. Ese foco esplendente que disipa las tinieblas de la noche lo produce la chispa, lo produce el rayo fabricado por el hombre, atraido á un punto dado por la fuerza de la ciencia y allí encadenado y puesto al servicio de sus antiguos siervos Ese hilo insignificante, que guarda otro hilo más insignificante aún al parecer, es el conductor de una fuerza misteriosa que hoy ha hecho desaparecer las distancias y mañana hará inútiles todas las demás fuerzas impulsivas; esa ténue plancha que parece un fragmento de papel de estaño sacado del cuello de una botella, aprisiona instantáneamente la voz humana, guarda lo impalpable, reproduce lo invisible y demuestra que la frase *no puede ser* ha sido completamente suprimida por el hombre.

La alegoría, pues, cumple del todo su objeto y su autor ha demostrado que aquello que se dió en llamar *árida ciencia*, puede convertirse en fuente de inspiracion para el poeta y para el artista. Díganlo, sino, nuestro Melchor Palau y el pintor de la alegoría de la electricidad.

PAISAJE, por Marqués

ADQUIRIDO POR EL TENOR ANGELO MASINI

(Exposicion Parés)

Marqués pertenece al número de los paisajistas para quienes la naturaleza tiene una poesía susceptible de ser reflejada por el lienzo. Cuando un pintor posee del arte cuantos medios reglamentarios, mecánicos digámoslo así, enseña el maestro á sus discípulos, dista aún mucho de ser un artista; como el alumno que tiene al dedillo la retórica y poética que cursó en las aulas, puede muy bien no ser, ni con mucho, un gran orador ó un gran poeta. Para blasonar de la posesion del *algo divino* que caracteriza al genio, es indispensable una inspiracion, un impulso involuntario que, á la vista de ciertos espectáculos ó bajo la influencia de ciertos argumentos, diga al pintor: —¡Detente!... ¡Hay aquí de qué producir lo bello, lo grande, lo sublime!...—Sentir y hacer sentir: hé aquí el arte.

Ese sentimiento, Marqués lo posee y lo trasmite. Véase, sino, el paisaje que hoy publicamos: la composicion no puede ser más sencilla; sin embargo, tiene luz, tiene aire, tiene frescura, y estamos por decir que tiene armonías, las armonías de las aves que pasan desde esos árboles en que trinan á las pedregosas orillas de ese riachuelo, manso como un lago, trasparente como un espejo.

El célebre Masini compró este cuadro apénas expuesto. ¡Dichoso él que cuantas noches canta puede comprar, si se le antoja, una obra de arte!...

ANDRÓMEDA, estatua por Bonamore

En el número 69 de la ILUSTRACION ARTÍSTICA publicamos una reproduccion del grandioso grupo de Pfahl, representando á Andrómeda en el momento de ser libertada por Perseo. En la pág. 131 de nuestro tomo segundo se encuentra la explicacion del hecho y á ella nos remitimos.

La estatua de Andrómeda que hoy publicamos no forma parte de una composicion de tan grande aliento como aquella, pero reune verdaderas condiciones artísticas así en lo expresivo del semblante como en lo natural de la actitud y la bella modelacion del cuerpo. La hermosa hija de Cefeo se encuentra sujeta á la roca que bañan las olas, y entre estas aparece la horrible cabeza del monstruo, dispuesto á devorar á la inocente víctima.

Aunque el asunto ha sido tratado por diversos artistas, por lo mismo que se presta grandemente á ello, la estatua de Bonamore demuestra que su autor posee en alto grado el don precioso de animar á las piedras.

ENTRE SCILA Y CARIBDIS
Cuadro por L. Hoffmann.

Si donde hay un hueso que roer aparecen tres perros, nada tiene de particular que donde haya un bizcocho que zamparse acudan dos gallos.

Despues de todo, la situacion comprometida resulta para el propietario legítimo del bizcocho; lo cual nada tiene de particular; la doctrina de Proudhon ha tenido

siempre partidarios entre los gallos perezosos y valentones.

El lindo cuadro que publicamos es simpático y su ejecucion todo lo embellecida que cabe dentro de un asunto que no permite tender muy alto el vuelo del genio. El lugar de la escena parece un pedazo de paraíso, y la figura dominante, el niño asaltado por los gallos, es de una expresion y efecto completos.

Sin que la obra revele grandes pretensiones, su autor ha demostrado que cabe hacer algo interesante con elementos los más humildes dentro del arte.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA PAGA DE LOS SEGADORES
Cuadro por L'hermitte.

Honradamente ganaron su salario: con el sudor de su rostro compraron el pan para sus hijos. Son los héroes del trabajo, héroes para quienes la fama no tiene trompetas, ni la historia páginas.

A buen seguro que muy pocos, ninguno probablemente, de nuestros lectores, cambiaria su suerte por la suerte de esos segadores humildes, que inconscientemente nos prestan uno de los beneficios más generales para la humanidad. Sin ellos las espigas se podririan en sus tallos; sin ellos, sin su ruda faena, la planta no seria trigo, el trigo no seria harina, la harina no seria pan.

Pan comen, á su vez, los segadores; pero ningun pan como el de ellos es regado con el sudor del trabajo. Si entre las maneras de ganarse la vida honradamente hay alguna que pudiéramos llamar más noble, el segador deberia reclamar para sí esa ejecutoria verdaderamente secular.

Sin duda por esto el autor de nuestro cuadro, sin dejar de ser realista, ha idealizado á su manera al segador, presentando de él diversos tipos, todos expresivos y simpáticos; el anciano aun vigoroso gracias á las virtudes que imprime la laboriosidad; el esposo que se apresura á dar cuenta de su salario á la madre de su hermoso hijo; el mancebo que parte, con la guadaña al hombro, en busca del salario de mañana; y el jóven que descansa apoyado en su instrumento de labor y para cuya familia la siega es el capital con que el verano próvido precave los rigores del invierno adusto.

El cuadro de L'hermite es una égloga de asunto virgiliano á que ha dado forma pictórica un artista de corazon.

CLAVELES Y ZARZAS

Haz cuenta, lector, de que estamos en el pintoresco valle de Loyola, que es uno de los sitios más deliciosos de las inmediaciones de la capital de Guipúzcoa.

Haz cuenta de que en una de esas blancas caserías que medio se esconden entre los árboles, tanto en la llanura como en las ondulaciones y declives de las montañas que limitan el valle, vive Margarita, hermosa muchacha que cumplió en mayo sus diez y siete años, acompañada de su abuela, anciana conocida con el mote de la Lirona, porque á pesar de sus propósitos de hacer lo contrario, se pasa la vida durmiendo.

Haz cuenta de que la hiedra que cubre toda una pared de la casería y ha conseguido introducir algunos de sus largos tallos por la ventana de la alcoba de Margarita, y la hermosa maceta de claveles que hay en la ventana, y los manzanos de la heredad, y el maíz que verdeguea en un buen pedazo de la misma, y la vaca lustrosa que saca la tripa de mal año en el campillo que se extiende delante de la puerta de tan alegre vivienda, están á cargo del dueño de aquella otra que se ve en la orilla del Urumea, laborioso y honrado moceton á quien llaman Gil Larraza, que ha dado en la manía de que la vaca, y el maíz, y los manzanos, y la hiedra, y los claveles de Margarita han de ser lo mejor que haya diez leguas á la redonda.

Haz cuenta, por último, de que Gil anda que bebe los vientos por su vecina, y que su vecina maldito el caso que le hace, por cuya razon siempre que él se propasa á hablar de la necesidad de que los hombres quieran á las mujeres y las mujeres á los hombres, ella le asegura que le basta con querer su maceta de claveles como á las niñas de sus ojos.

***

Un domingo por la tarde llegó á la casería un jóven de semblante agradable y gallarda presencia, pidiendo un vaso de leche que le sirvió de pretexto para pasar más de dos horas sentado á la sombra de un manzano, viendo dar cabezadas á la abuela y hablando con la nieta, y para demostrar que pagaba generosamente lo que tomaba en cualquier parte. Entre sueño y sueño, notó la anciana que la muchacha habia estado muy habladora y que aquel jóven la miraba con un ahinco que no parecia sino que hubiera deseado poder volverse todo ojos para contemplarla mejor.

Cuando quedaron solas, la Lirona pensó preguntar á su nieta si conocia al forastero; pero en aquel momento se quedó dormida, y como es consiguiente, la pregunta se quedó tambien para mejor ocasion. En esto acertó á pasar por una senda cercana, arreando á un borriquillo, un pobre viejo que todos los dias bajaba á San Sebastian desde unas huertas de la parte de Ametzagaña, con una carga de hortalizas y frutas. Iba cantando la siguiente copla:

Niña, guarda la llave
de la inocencia,
que si una vez se pierde
ya no se encuentra.

Margarita se quedó pensativa un momento y entróse en la casería, miéntras su abuela, mitad dormida y mitad despierta, refunfuñó estas palabras:—Por ahí va Anton Indirectas.

(El autor al lector.) Como yo deseo que seamos buenos amigos; como lo soy tuyo; y como entre amigos no debe haber secretos, aprovecho este momento para decirte que Anton, el que arreaba al borriquillo, no era conocido más que por el apodo de Indirectas, en atencion á que todos sus convecinos le atribuian la cualidad de no pronunciar palabra que no tuviera segunda intencion y que no fuera dirigida á alguna persona que pudiera escucharla.

***

El domingo siguiente volvió el jóven de semblante agraciado al valle y volvió á tomar leche y volvió á sentarse á la sombra del manzano, y cuando al cabo de dos horas echó á andar para ir á Hernani, donde vivia segun dijo, Gil Larraza que casualmente habia pasado la tarde con sus vecinas y el forastero, á pesar de ser en él añeja costumbre celebrar las fiestas jugando en San Sebastian á los bolos ó á la pelota, y bebiendo cerveza con varios amigos, estaba de un humor de todos los demonios.

El viejo del borriquillo pasó, como de costumbre, y al emparejar con la casería de la Lirona, entonó esta copla, que le supo á Gil á cuerno quemado:

Son los celos un guiso
que comen muchos,
y que al sabio más sabio
cambian en burro.

La Lirona, curiosa como mujer, y maliciosa como vieja, se propuso averiguar diplomáticamente lo que Gil tenia; pero su voluntad, como siempre, resultó estéril, porque se durmió ántes de poner su plan por obra. Si no se hubiera dormido, siete dias más tarde, ó sea al anochecer del domingo siguiente, que por cierto no fué á beber leche el forastero, hubiera podido decir para sus adentros, sin faltar punto ni coma á la verdad:—El lúnes estuvo Gil muy taciturno. Y el mártes más que el lúnes. Y el miércoles más que el mártes. Y el juéves más que el miércoles. Y el viérnes más que el juéves. Y el sábado más que el viérnes. Y hoy hasta media tarde era cosa de no poderse ya sufrir su mal humor, y desde media tarde me he visto negra para poder sufrir su alegría. Todo esto, y la circunstancia de no haber venido á beber leche ese jóven que paga con tanto desprendimiento, están diciendo á gritos que Gil Larraza anda enamorado de Margarita y que tiene unos celos morrocotudos.

(El autor al lector.) En confianza debo decirte que si el forastero no fué á tomar el consabido vaso de leche, no debemos echarle á él toda la culpa, porque Margarita, á la que veia todos los dias no feriados en San Sebastian, le habia suplicado que suprimiera la visita de los domingos por la tarde. Dicho que se veian todos los dias en San Sebastian, está dicho que cuando el forastero habia indicado que vivia en Hernani, habia cometido el feo pecado de no decir la verdad; pero tampoco esto era culpa suya, porque tambien lo dijo por consejo de Margarita. Y de esto que te cuento en confianza, puedes tú deducir que, á pesar de ser una mosquita muerta, muy honesta y muy ruborosita, Margarita decia otra mentira de tomo y lomo cada vez que aseguraba á Gil Larraza que á ella le bastaba con querer su maceta de claveles.

***

El amor del guipuzcoano á su vecina era vehemente, como todos los que germinan en un corazon vírgen y generoso. La influencia que Margarita ejercia en el espíritu del mancebo llegaba á tal punto, que bastaba un gesto ó una palabra de la muchacha para que las tempestades del pensamiento huyesen de la frente de Gil, como huyen las sombras de la noche á la llegada de la aurora. Declinaba la tarde del domingo en que faltó el forastero de la casería, y Gil se despidió de la abuela y la nieta, internándose entre árboles por una sendita que ponia en comunicacion la vivienda de aquellas con la de éste. Llegó á su casa: cenó con gran apetito *borona*, sardinas y manzanas: trago va, trago viene, se bebió una botella de *sagardúa;* y encendió su pipa, acostándose muy satisfecho al poco rato, con la idea de dejar la cama apénas despuntase el alba, para ir á trabajar en los terrenos de sus vecinas y sacar la vaca á un prado que estaba diciendo «comedme.»

Y así sucedió. A la indecisa claridad que precede al crepúsculo matutino, Gil echó á andar senda arriba, con la azada al hombro, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró detrás de la casería de Margarita, donde se detuvo bastante tiempo arrancando algunas hierbezuelas y campánulas que habian tenido la mala ocurrencia de brotar casi escondidas entre unas matas de judías y tomates. Engolfado se hallaba en esta faena cuando oyó un ruido muy semejante al que produce una ventana que se cierra: dió vuelta á la casería y no vió á nadie. Sacó la vaca, la llevó al prado, y volvió al campillo que hacia veces de plazoleta.

Entónces creyó escuchar el trote de un caballo que se alejaba y, sin darse cuenta de ello, corrió á todo correr por entre los manzanos que limitaban á un reducido espacio el alcance de su vista y en breve ganó la altura de una colina, desde la cual dominaba por un lado el camino y por el otro las dos orillas del Urumea. Léjos, muy léjos, en direccion á Astigarraga, divisó á un jinete que no pudo conocer. Y cerca, muy cerca, el viejo del borriquillo, con su carga de fruta y hortalizas entonó, como quien no dice nada, la siguiente copla:

Vigila bien la viña
que tú cultives,
no sea que un goloso
te la vendimie.

¡Bueno estaba Gil para reparar en coplas! Volvió al campillo con el pecho oprimido, se sentó junto á un árbol, y escondiendo su cara entre las manos, comenzó á sollozar. Mil dolorosas sospechas golpeaban su frente con la violencia que cae el martillo sobre el yunque, impulsado por el vigoroso brazo del herrero: mil ideas absurdas nacian y tomaban forma en su cerebro con la rapidez del relámpago, desvaneciéndose empujadas por otras ideas que nacian y se desvanecian del mismo modo que las anteriores. Dios sabe lo que hubiera durado el conflicto moral del mancebo, á no conjurarle la dulce voz de Margarita, que dijo desde la ventana:

—Buenos dias, Gil.

—Buenos dias.

—Sube un momento á ver mi mata de claveles.

No hubo necesidad de repetir la invitacion. Rebosando júbilo entró el jóven en el dormitorio de su amada, y se acercó á la ventana, donde le esperaba Margarita.

—Mira que capullos tiene.

—Muchos; pero ¿quién ha andado en esta maceta?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no está como yo la dejé la última vez que la ví. Esta tierra es más negra que la que tenia.

—¡Ya lo creo! y mucho mejor. Es una capa de mantillo que le he puesto para que medre más la planta.

—¿Y quién te mete á tí en lo que no entiendes? Has traido tierra recogida al pié de un zarzal que en ella habia dejado caer sus semillas y mira cuántos brotes de zarza van saliendo.

—¡Ay, qué gracia!... ¿No ves que son rosalitos?

—No estás tú mal rosal. Déjame que arranque toda esta broza.

—No le toques, Gil.—Repito que son rosales. El que me lo ha dicho lo sabe bien.

—¿Y quién te lo ha dicho?

Margarita se puso encendida como una cereza y contestó: ¡Nadie! á tí ¿qué te importa?

—Pronto te quedas sin claveles,—repuso Gil, echando á andar con el mismísimo humor de todos los demonios que la tarde en que dejó de jugar á la pelota y de beber cerveza por ver al forastero que iba á la casería á beber leche.

La Lirona habia oido el altercado, y con toda la sabiduría del que sabe dónde le aprieta el zapato, pensó acercarse á su nieta y endilgarle este discursito:—El que no está fuerte en materia de plantas confunde fácilmente los tallos de las zarzas con los de los rosales. Sucede con esto lo que con el amor: las muchachas no distinguen el fingido del que es emanacion del alma. Arranca ó deja de arrancar esos brotes que llenan la maceta; pero ten por cierto que así como yo sin equivocarme podria decirte, si llegase el caso, «ese hombre te quiere» ó «ese hombre te engaña,» Gil tiene motivos para saber que lo que tú llamas rosales no es otra cosa que un semillero de abrojos.

Desgraciadamente, sucedió lo que siempre sucedia: la Lirona se durmió y el discursito se le quedó dentro del cuerpo.

(El autor al lector.) El ruido que oyó Gil, muy semejante al de una ventana que se cierra, y el jinete que léjos, muy léjos, vió en direccion á Astigarraga, prueban que Margarita y el forastero habian pasado la noche en plática amorosa, ó diciéndolo en andaluz, para mayor claridad, *pelando la pava.* La razon de negarse Margarita á que se tocase á su maceta, era que el forastero le habia llevado la tierra negra, asegurándole que le llevaba mantillo comprado á un jardinero. Despues le aseguró que lo que brotaba era producto de semilla de rosales. El forastero mentia como un chino al asegurar lo uno y lo otro.

Gil habia dicho la verdad: el amante incógnito de su amada, habia tomado el llamado mantillo al pié de unos zarzales y la maceta se iba llenando de zarzas. Por último, Margarita sabia que Gil no la habia engañado nunca, y sabia tambien algo de zarzas, mantillos y rosales: pero la pobre chica estaba enamorada hasta los tuétanos del jóven de gallarda presencia y semblante agraciado, y ya se sabe que la mujer enamorada no sabe, ni oye, ni entiende, ni cree más que lo que tiene por conveniente que crea, entienda, oiga y sepa el que ha logrado cautivar su albedrío.

***

Durante algunos dias no ocurrió nada de particular. La Lirona continuaba viviendo para dormir: Gil llegó á convencerse de que nadie habia aconsejado á Margarita que no tocase á la maceta, y de que el jinete de marras no tenia más conexion con la jóven que la imaginaria que él, con sus celosas sospechas, le habia dado. Seguia el buen Larraza trabajando con el incansable teson de vascongado. Margarita continuó yendo sola á todas partes con la libertad que se acostumbra en el país. Hacia tiempo que Gil tenia pensado bajar á Loyola á comprarse unas abarcas



LA ELECTRICIDAD, cuadro por Kandler

EXPOSICION PARES



PAISAJE, por Marqués ([illegible])

para reemplazar las que llevaba puestas, que estaban cayéndosele á pedazos, y aprovechando un dia las horas de la siesta, quiso quitarse este cuidado de encima. A campo atraviesa, para economizar tiempo y pasos, emprendió la marcha pensando en que á la caida de la tarde iria á enseñar su compra á Margarita, de la que cada vez se sentia más enamorado. Al saltar un seto que dividia dos heredades, llegó á su oido el eco de una alegre carcajada: se detuvo un momento; giró alrededor una mirada investigadora y ¡cuál seria su asombro al ver á Margarita y al consabido forastero sentados bajo unos álamos, no léjos del mismo seto! Gil sintió que se le iba el alma: tenia fuego en las venas, fuego en el corazon, fuego en el cerebro. El demonio de los celos le empujaba con incontrastable ímpetu hácia la venganza, inspirándole los más criminales pensamientos: su amor infinito á Margarita iba borrándolos uno á uno, como una ola borraria en la playa lo que se escribiese sobre la húmeda arena al retirarse otra ola. Era aquello el horrible duelo á muerte de dos titanes enardecidos por un odio inmortal. De pronto asomó una lágrima á los ojos del desventurado Gil: la lucha habia cesado: la luz habia vencido á la sombra: el dolor habia amordazado á la venganza. Saltó cautelosamente el seto, y arrastrándose como una culebra avanzó hasta ponerse á muy corta distancia de la enamorada pareja. Cada sílaba que desde allí oia era un puñal que se le clavaba en el corazon.

Decia el forastero:—¿Ni una palabra me dices? ¿Ni siquiera vuelves hácia mí los ojos? Mírame, aunque sea enojada. Habla, aunque sea para maldecirme.... *etcétera.*

—No se abrió mi corazon al amor hasta que le hirió el rayo de tu mirada, y nunca desde entónces ha codiciado otro bien que el de servirte como esclavo.... *etcétera.*

—Lleno el pecho de ansiedad y zozobra, ardiendo en llama de amor que irritó la ausencia, sin voz, sin aliento, ciego, turbado, loco, llego al fin á tu lado.... *etcétera.*

Despues de esta última *etcétera* fué cuando verdaderamente oyó Larraza cosas importantes. El jóven, á quien Margarita llamaba Federico, habló de las grandes riquezas que poseia en Madrid; dijo que á los dos dias tendria precision de volver á su casa, por exigirlo así la marquesa, su madre, que deseaba casarlo con la hija única de un banquero; añadió que él no podia querer más que á *su* Margarita, ni vivir más que para *su* Margarita, por *su* Margarita y con *su* Margarita; suplicó á la sencilla aldeana, con frases apasionadas y vehementes, que huyese con él para presentarse á la marquesa, afirmando que ésta, á pesar de sus nobilísimos timbres, al verlos juntos exigiria que sin demora un sacerdote les echase las bendiciones; y concluyó describiendo con deslumbradora palabrería las delicias que para una mujer jóven, hermosa y rica encierra la corte, donde á un placer sucede otro placer, á un triunfo otro triunfo y á una alegría otra alegría. Turbada, vacilante, confusa, Margarita pidió veinticuatro horas para decidirse; despues ofreció contestar á la mañana siguiente; despues prometió que si á las dos de la madrugada se asomaba á su ventana, seria señal de que estaba resuelta á huir.

Cuando Gil pudo darse cuenta de lo que acababa de escuchar, Margarita habia desaparecido. El forastero, atravesando maizales, se dirigió al camino de San Sebastian. Gil le seguia de cerca. ¿Para qué? ni él mismo lo sabia.

Casi á la salida del valle encontraron á Anton Indirectas que volvia de la ciudad, arreando á su borriquillo. Anton saludó al paso al forastero, diciéndole:

—Dios guarde á don Pepito.

—Buenas tardes, Anton.

—¡No se llama Federico! pensó Gil, haciendo un gesto indefinible: y como su amor no era de esas pasiones tumultuosas, en cuyo fondo late siempre el egoismo, en vez de alegrarse del descubrimiento, que para él pudiera ser una esperanza, sintió un nuevo dolor más amargo que todos los que hasta entónces habia sentido. Comprendió que aquel hombre engañaba á Margarita, por quien él se atreveria á todo, ménos á ofender á Dios. Se acercó al viejo Indirectas, y con voz ahogada le preguntó en vascuence:

—¿Sabe V. cómo se llama ese caballero?

—Don Pepito de Tal.

—¿Vive en Hernani?

—Vive en la capital, en el barrio de San Martin.

—¿Es soltero?

—Casado. Pero ¿á dónde vas á parar con tanta pregunta, muchacho?

Gil contó sus cuitas al anciano, sin ocultarle que ántes de que aquel hombre se llevase á Margarita, estaba decidido á asesinarlo.

—Tomas el rábano por las hojas,—contestó Indirectas.—Con que seas capaz de gastar algun dinero, esa moza será tu mujer por encima del lucero del alba.

—Todo lo que yo tengo es de V. si Margarita es mia.

—¡Todo! No, hombre, no. Yo me contentaré con lo que sea razonable. Por ahora, quedaré satisfecho con que me dés un real por una copla en que advertí á esa chica que huyera de malas tentaciones; otro real por otra copla en que te dije que los celos son comida indigesta y otro real por otra copla en que te aconsejé que guardaras tu viña; y otro real por no haber caido hasta hoy en la cuenta de que indirectamente hace ya dias que vengo ocupándome de tu asunto, y de que debias haber acudido ántes á mi experiencia para sacudirte las moscas.

—Allá va una peseta y siga V. hablando. Pero ¿de veras me casaré con Margarita?

—Ya llegaremos á eso: es decir, ya llegarás. Por lo pronto, te vuelves conmigo, y cuando pasemos por la casería de la Lirona, te quedas allí, y convidas á ella y á su nieta á ver esta noche una funcion de comedias en la ciudad.

—¿Pero se olvida V. de la cita de la madrugada?

—Tú eres el que parece que olvida que Anton Indirectas siente crecer la hierba, aunque me esté mal el decirlo. No me interrumpas. Harás entender á la Lirona, sin que se entere la muchacha, que el convite es de parte mia, y que si no quiere en adelante pasar llorando el tiempo que no pase durmiendo, es necesario que ni ellas ni nosotros faltemos á esa funcion de comedias.

—Todo eso diré.

—En seguida vas á Astigarraga, y, tambien de parte mia, le pides al alguacil el perro de presa que le regalé el invierno pasado: díle que mañana temprano se lo devolveré contigo.

—¿Y á dónde llevo el perro?

—Lo llevas á tu casa y me esperas: de lo demás hablaremos miéntras tomamos un bocado y un trago, que tú me ofrecerás y que yo aceptaré.

—Sí, señor: comeremos, beberemos y fumaremos.

Cuando llegaron á la casería de Margarita, el viejo siguió arreando á su borriquillo y lanzó al viento esta nueva copla:

No temas, aunque cruces
mares revueltos;
nunca falta una tabla
que lleve al puerto

La nieta de la Lirona regaba á la sazon la maceta de su ventana, y Gil, que ya se daba por casado, exclamó en tono chancero, encarándose con su amada:

—¿Cómo no se han abierto todavía todos aquellos capullos?

—¡Ay, Gil! están muy marchitos, no sé de qué. Sube.

Larraza examinó la maceta: las zarzas formaban ya espeso bosque al rededor de la mata de claveles; y ésta, mustia y medio seca, tenia color amarillento, síntoma de la próxima muerte de la planta.

—¿Ves lo que han hecho tus rosalitos? Con su gran fuerza de absorcion se asimilan todas las partes nutritivas de la tierra, dejándola sin jugos para otras raíces, y con sus tallos y hojas ahogan al pobre clavel, quitándole la luz y la atmósfera libre que para vivir le son tan necesarias como la buena tierra. Pero acaso podremos salvar al enfermo: deja que arranque....

—¡No, no! Tengo empeño en que no se toque á la maceta, aunque perezca la mata de claveles. Ya veremos lo que dices cuando todas estas ramas se cubran de rosas.

La abuela desde el campillo quiso terciar en la conversacion, diciendo á su nieta:—«Mucho peligro deben correr esas flores cuando Gil insiste en contrariarte, y mucho temo, al ver tu tenacidad, que si ¡Dios no lo quiera! llega el caso de que te enamores de algun mal hombre que trate de engañarte, desoigas del mismo modo los consejos de mi experiencia y de mi cariño.» Hay que convenir en que esto hubiera venido muy á pelo; pero es preciso convenir tambien en que sucedió lo de siempre: esto es; en que la vieja se durmió y no dijo esta boca es mia. Gil la despaviló sin perder tiempo; despachó su comision y en seguida echó á andar hácia Astigarraga á recoger el perro del alguacil.

(Se continuará)

EL PILLUELO DE MADRID

RETRATO Á LA PLUMA

¡Miradle!... Es el pilluelo de Marcial... Uno de los primeros granujas de la Península... Miradle, en fin.

Alguno creerá que pertenece al ejército, juzgando por la marcialidad con que lleva la gorra militar picarescamente inclinada sobre la sien izquierda.

Cierto que su aire guerrero induce á pensar si será un quinto, ó un licenciado, pero sus años, que, estirándolos mucho, apénas llegarán á trece, manifiestan que si está en camino de ser quinto y de alcanzar el ascenso inmediato, vulgo el canuto de licenciado, todavía la patria no ha juzgado oportuno utilizar su valor.

Y sin embargo, la gorra de cuartel que Marcial lleva, adornada con el número 6, le denuncia como individuo del batallon Cazadores de Figueras.

Digamos, con todo, para no faltar á la verdad, que si Marcial envidia á los pequeños cornetas de la tropa, que admira todos los dias en la parada, la gloria militar no ha logrado seducirle todavía.

Le gusta el ejército, pero aborrece la ordenanza, porque él es un pájaro, un tunantuelo, libre, pendenciero, descreido, granujilla, un verdadero gorrion, en fin.

Cierto que el soldado tiene asegurado el alimento y el vestido, es decir, la materia: pero en cambio carece de libertad y de independencia, esdecir, de espíritu.

Filósofo, á la manera de Diógenes, enamorado de la libertad y del sol, tan sólo pide al policía que trata de echarle mano para encerrarle en el Pardo, aire y sol, lo mismo que el filósofo griego pedia á Alejandro.

Pero volvamos á su traje.

La gorra de cuartel de que Marcial se mostraba tan orgulloso era un regalo de un su amigo cabo del regimiento de caballería de Santiago, que á las veces solia obsequiarle con una prenda de desecho, con una cacerola de rancho sobrante, con alguna colilla infumable, ó algun puntapié mayúsculo.

Demás de esto, la blusa azul desgarrada por los codos y sin botones en las mangas, que hacia las veces de camisa, chaqueta y capa, tres prendas distintas y un solo abrigo verdadero, no es prenda de la milicia, aunque sí la única que Marcial poseia.

Los botitos rotos que cubrian á trozos, los piés de nuestro héroe, tenian ¡aún! algunos pedazos de gomas, y sabido es que al soldado no se le consiente calzado semejante, y que unas botinas con gomas costaron la vida al pobre cabo Collado.

Y sin embargo, el pantalon de pana, con algunos hilachos rojos á manera de franja, parecia un pantalon de la tropa...

¡Ilusiones!... El pantalon era propiedad de Marcial, á quien le habia costado setenta y cinco céntimos (tres reales) en las *Américas,* no en las descubiertas por el gran Colon, sino en las descritas por el insigne D. Ramon de la Cruz.

***

Cuando le hallamos, Marcial se ocupa con gran empeño en elevar un globo construido con un pedazo de cartel de teatro y sujeto por cuatro hebras de hilo y un tapon de corcho, recogido en el Café de Levante á cambio de un soberano *lapo* que le arrimó uno de los mozos, y que le obligó á exclamar saliendo al escape:

—¡Camarero!... Todo se ha perdido, ménos el tapon.

Marcial posee, y de ello se muestra orgulloso, una caja de fósforos que representa el globo y la caida del infortunado capitan Mayet, y dentro de esta caja un medio puro que chupa con imponderable voluptuosidad despues de cada comida.

***

Cuando las colillas recogidas en las calles y los cafés llenan su bote de hoja de lata, y merced á su industria y á algunas fundas *oficiales,* las convierte en *cajetillas nacionales,* tan temibles para el desdichado consumidor, Marcial es feliz, y con sus ganancias hace una vida de príncipe durante algunos dias.

Cuando, merced á la cuerda de esparto rodeada al pecho, logra subir de las estaciones algun pequeño bulto, emplea su capital en un 25 de *Correspondencias* ó *Liberales,* y con el dinero de la venta reposa tranquilo y entregado á ese dulce *far-niente* tan querido de los italianos.

Si la policía le sorprende en un café pidiendo limosna, Marcial sostiene imperturbable que es un *recadista* portugués y que los señores le han hecho el honor de llamarle.

Si por desgracia hurta un pañuelo (que á tanto suele obligar la necesidad), afirma que él es un *rapaz* desgraciado y que *rapaz* viene de *rapiña.*

***

Marcial ha sido barquillero, limpia-botas, comerciante, mozo de cuerda, arenero, revendedor, todo, en una palabra, que la ignorancia y la miseria son malas consejeras y peores amigas.

Sabe jugar á las chapas, y lo que es más, sabe la manera de que siempre salgan cruces ó vice-versa.

Conoce todos los nombres dados á la justicia, y los repite ante sus amigos que le escuchan con asombro:

—En tiempos de Quevedo se llamaban alguaciles, luégo golillas, despues ministriles, más tarde corchetes, á mediados de este siglo guindillas, seguidamente amarillos, y hoy guardias.

Dos cuartos de camarones duran á Marcial todo un dia, y los saborea despacio y con delicia.

Es aficionado á las artes y á los toros.

No es realmente *gourmand,* pero le gusta comer bien, y cuando la ocasion llega, nadie como Marcial sabe que los mejores callos y caracoles son los que se comen en el rio, las chuletas más ricas las del Puente de Vallecas, el más sabroso lomo el de las Ventas, y el vino más puro el de Tetuan, país de las monas lo mismo en Marruecos que en España.

Marcial se jacta de escribir algo, de leer de corrido lo impreso y despacio lo manuscrito.

¿Tiene familia? Lo ignora.

Él siempre ha vivido así, es decir, algo en el Pardo, algo en la prevencion y mucho en la calle.

Nadie como él para hacer perder la pista á un sereno y dormir en el banco de una plaza en verano, ó en el hueco de un portal en invierno.

***

Marcial es universalmente conocido y estimado. Él avisa á los de los puestos ambulantes la llegada del alguacil, aviso que suele valerle un perro chico. Él imita el canto del gallo para indicar á las vendedoras de las plazuelas que huyan del guardia que llega, atencion que ellas pagan regalándole una naranja, un pimiento ó un tomate, segun las estaciones, con algun trozo de pan, todo lo cual acepta por no parecer desagradecido, y porque con ello la vida grosera y material queda asegurada.

No es raro, ántes ocurre muchas veces, el ver á Marcial compartir su frugal comida con otro infeliz más desgraciado que él.

***

Marcial asiste á la puerta de la Opera, y cuando por casualidad recibe la contraseña de algun espectador aburrido y penetra en el teatro y asciende hasta el Paraíso, sus pulmones se ensanchan, se abren desmesuradamente sus ojos, se hincha su nariz, se colorean sus mejillas, y escucha con religiosa atencion el trozo de ópera que le ha tocado en suerte, y silba furioso si la tiple da un *gallo* ó al cornetin se le escapa un *moro.*

***

Pero la mayor delicia de Marcial es pregonar el periódico con el gran discurso de Castelar, burlando á la policía que le persigue y corriendo calles y plazas, apareciendo y desapareciendo como un fuego fátuo, orgulloso por creer que su débil voz es la campana revolucionaria que llama al pueblo á las armas.

Los dias en que los papeles no traen cosas gordas que *vocear* y en que no hay peligro que correr, Marcial apénas se ocupa de ellos.

¿Qué hace entónces?

Vender las famosas cajetillas, ó cromos á cinco céntimos la docena, ó la cuestion de los quince, ó las *Memorias de Frascuelo*, ó relojes «que en la tienda están marcados en cuatro mil reales!!!» y que él ofrece á perro chico.

***

Marcial se alaba de haber servido de modelo á Plasencia para uno de sus cuadros, y refiere que las botas que el gran pintor le regaló al mirarle con los piés desnudos, le fueron robadas una noche teniéndolas puestas.

—¿Y tú qué hiciste?—le preguntó un discípulo de Plasencia.

—Perdonarle. De seguro le hacian más falta que á mí... Y además, me estaban un poco estrechas y lo primero es la comodidad.

***

Marcial es revolucionario sin saberlo, por instinto. Se entusiasma con los *nihilistas* rusos, con los *socialistas* alemanes y con los *rojos* franceses. Odia á la *burguesía* y detesta á la nobleza, y sin embargo... ¡quién sabe si á un burgués y á una aristócrata deberá la vida!

Nuestro pilluelo conoce á todos los ganchos, timadores, espadistas, mañeras, matuteros y chamiceras de Madrid y áun de España. Comprende algo de la jerga de los presidios, distingue el canto flamenco, sabe requebrar á una barbiana, y baila, si llega la ocasion, arrojando al aire la caña de Manzanilla!

¡La Manzanilla!... ¡El Jerez!... Para Marcial estos dos líquidos son la Eva y el Adan del género humano. Sin ellos ni la mujer ni el hombre existirian.

***

Marcial no falta nunca á la primera corrida de novillos, sin que nadie pueda explicarse el cómo: ni á la romería de San Isidro, á comprar el indispensable pito de cristal con grandes flores de trapo y las sabrosas rosquillas de la *verdadera* Tia Javiera; ni á las verbenas, á comer *churros* y tomar media copa de Chinchon; ni á las ferias, á obsequiarse con una gran tajada de dorado melon ó roja sandía; y en ocasiones hasta va al Escorial en los trenes de recreo de los domingos!.. ¡milagro sólo comparable al sublime de pan y peces!

Para terminar, Marcial es guerrero, artista, mendigo, filósofo, comerciante, pródigo, soñador, obrero, sibarita, revolucionario, noble, mísero, rico y pobre, todo en una pieza, una enciclopedia social.

Tal es á grandes rasgos, la verdadera efigie del pilluelo de Madrid, de esta celebérrima y nunca bien ponderada *corte* de los milagros, como la apellidó el poeta, sima profunda, pozo sin fondo, nuevo y grandioso tonel de las Danaidas, siempre lleno y siempre vacío al igual del famoso de la mitología.

E. RODRIGUEZ SOLIS.



ANDRÓMEDA, estatua por Bonamore

EN LA PLAYA

Parece este el título de una poesía, pero no lo es, sino el de unas playeras en familia; apuntes de bañistas, tomados del natural, próximamente, segun calificacion que de un boceto hace su autor, que es un artista muy consecuente.

¡Cuánta poesía encuentra el sentido viajero y fiel observador en la orilla del mar, durante la temporada de baños!

En las playas del Océano ó del Mediterráneo nos reunimos todas las personas más escogidas de Madrid.

Las de N., las de P., las de X.; los conocidos (por su desgracia) señores Tal y Cual, representantes de la tribuna, del arte, de la literatura, de la política; los niños hijos de las de N. y los hijos de las de P. y de la banca, de la milicia y demás; todos están en la playa.

Allí se juega moralmente, se fraterniza, se baila; *echan* comedias (á perder), disponen jiras los más alegres entre los concurrentes al indicado sitio durante los meses de verano.

Resultas de aquellos baños son varios maridos, algunos futuros banqueros, magistrados y generales del porvenir.

Porque durante los dias en que se reunen y alternan ó toman la alternativa ciertas familias, adquieren relaciones provechosas para unos y desgraciadas y perjudiciales para otros individuos.

Amores que nacen y se amamantan al dulce arrullo de las aguas del mar, son los más románticos ó los más naturalistas, segun la clase de las parejas enamoradas.

Ya habrán leido Vds. en novelas escritas al alcance de todas las fortunas, y en coplas sentidas, que las brisas del mar cuando soplan, acarician.

Que la luna riela así como los poetas de nacimiento ó poetas por algun accidente desgraciado como golpe ó susto escriben, y así como las yuntas aran y viceversa.

Tambien saben cuantas personas han leido algo, aunque sea poco, en libros de cualquiera de los géneros literarios mencionados, que el mar usa ondas de plata, como nuestras chulas de Madrid las usan formadas con sus propios cabellos.

En la playa prescinden los bañistas, generalmente hablando, de las exigencias y prácticas tiránicas de la sociedad en las grandes poblaciones.

—¿Usted ha estado en Buitrago de asiento?—preguntaba una señorita del ramo de cursis á un caballero que la miraba con buenos ojos.

—De asiento no, estuve de *tourista*.

—¿Y qué empleo es ese, aun cuando esté mal preguntado?

—Lo ha preguntado V. muy bien, señorita.

—Gracias, favor que V. me dispensa.

—Tourista, en lengua casi francesa, es como viajero.

—¿Viajante?

—No, viajero, lo cual varía.

—Pues en Buitrago, si V. ha estado allí, habrá visto que no hay esto.

—Mar? todavía no.

—Quiero decir, esta franqueza, este trato: allí hay más exigencias... No puede V. salir á la calle con una falda de percal...

—¿Yo? Tampoco podria salir aquí en ese traje.

—Es un suponer: todos y todas le critican

—Es un martirio como el de San Anton.

—Que la sale á *una* un novio: pues ya hay tela cortada para la murmuracion: ya V. ve; ¿qué tiene de particular, y no hablo por mí, que á una muchacha le salga un novio?

—Nada; lo extraño es como no les sale á algunas la guardia civil y las prende.

Esta galantería de playa penetra, explicada y sentida, más que un dardo en el corazon de la jóven.

¡Pobres chicos!

En principios de este año los he visto ya casados.

«¡Si habrán salido á veranear!» he pensado varias veces.

Y luégo dejándome llevar de la duda respecto á los ejercicios espirituales del matrimonio, he añadido:

«¡Les parecerán ahora la luna de plata y las brisas del mar caricias, ó el astro nocturno una torta con chicharrones y las brisas navajas de afeitar!»

De las playas han salido directores de diversos ramos, subsecretarios y hasta ministros.

Allí no se puede hacer más para distraerse, que jugar al monte, á la ruleta ó á la política ó á los novios.

He visto en una ocasion á dos personajes importantísimos sumergidos en aguas del Océano, con el agua al cuello, conspirando.

Una conspiracion naval, entre un general y un paisano.

—Seamos cautos—decia uno—que pueden oirnos.

El otro miró en derredor y no vió más que á un besugo que jugueteaba allí próximo.

—¿Quién será ese?—preguntó el más prudente, no de los besugos, de los dos conspiradores.

—Por si acaso suspendamos la conversacion, que las paredes oyen.

—Aquí no hay paredes, pero...

—Es igual: que los besugos oyen.

En otra ocasion he sorprendido á un caballero que nadaba persiguiendo á otro.

El que marchaba delante era un ministro: el otro un pretendiente que le escoltaba para captarse las simpatías de su excelencia.

—Al que le toque al pelo de la ropa, le parto,—me dijo el pretendiente.

—En este momento seria muy difícil.

Y luégo, cuando conseguia alcanzar al ministro, le interrogaba con sumo cariño:

—¿Quiere S. E. alguna cosa?

—No, muchas gracias: es V. un tiburon—replicaba el Excmo. señor.

—Nado regularmente.

—No lo digo por eso, sino por lo feroz de sus persecuciones.

—Señor, soy padre de familia cesante.

—¿De familia cesante?

—No, señor: padre de familia y cesante, cargos verdaderamente incompatibles.

—Bien, hombre, bien.

—¡Ah! si V. los viera! todos en cueros vivos.

—¡Vaya un cuadro repugnante!

—Hablo en sentido metafórico.

Por fin, el ministro por divertirse con el pretendiente le entregó una credencial en el agua.

Su excelencia la llevaba cuidadosamente dentro del sombrero de paja y anchas alas con que se defendia contra el sol.

El pretendiente se abalanzó sobre el pliego, le colocó por una punta entre los dientes y emprendió á *toda vela* el viaje de regreso á la orilla.

Parecia un perro ó un cesante de Terranova.

En la playa de un pueblecillo del Cantábrico he presenciado un duelo.

Entre los dos contendientes se cruzaron hasta veinte balas.

Hay sucesos providenciales.

Ambos señores salieron ilesos del tiroteo.

Los que resultaron heridos fueron: los testigos, el patron de un bote y seis pescadores más.

Es verdad que tiraban bien los dos combatientes.

En la playa se renueva la sangre, se respira.

Un caballero que vive constantemente en ella, me recomendaba hace pocos dias:

—Creáme V.: la primera condicion para vivir es esa; *mucha playa, mucha playa*.

EDUARDO DE PALACIO

LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA

I

LA TELEGRAFIA ELÉCTRICA EN LAS OPERACIONES MILITARES

Es tan natural que se haya tratado de utilizar las líneas telegráficas existentes para la trasmision de órdenes y la comunicacion rápida entre varios cuerpos de ejército, que casi todas las naciones europeas han creado un servicio especial de telegrafía militar.

Hácese datar del año 1857, época de la conquista de la Gran Kábila por el mariscal Randon, la primera aplicacion que han hecho los franceses de la telegrafía ambulante. Durante la guerra separatista, los americanos hicieron constante uso de este sistema de cor-



ENTRE SCILA Y CARIBDIS, cuadro por L. Hoffmann

respondencia para el servicio de los ejércitos en campaña. En 1870 y 1871, las tropas alemanas fueron acompañadas, desde el principio de la guerra, de brigadas de telegrafistas perfectamente ejercitadas en la instalacion de líneas y en su funcionamiento, que no tenia solamente por objeto las operaciones puramente militares, sino el suministro de material. Véanse algunos detalles interesantes que el ingeniero aleman von Chauvin dió acerca de los resultados de la telegrafía militar prusiana durante la guerra de 1870.

En Prusia se habia instruido en el servicio de la guerra, durante la paz, á numerosos empleados sacados de las oficinas de la administracion civil. Poco despues de romperse las hostilidades, trescientos telegrafistas estaban dispuestos á partir con la vanguardia del ejército, y en breve quedó establecida una comunicacion con la retaguardia. El cuerpo telegráfico estaba provisto de aparatos del sistema Morse, y nunca hizo uso del *parleur*. La brigada que iba con la vanguardia llevaba postes ligeros y alambre de cobre, utilizando tambien alambres aislados ó cables tendidos en el suelo, ó bien colgados segun lo exigia el trayecto. Los aparatos Morse pesaban casi lo mismo que los del servicio civil.

Otra brigada colgaba de postes de pequeña dimension una línea ménos ligera, por la cual se trasmitian los telegramas pidiendo á Prusia víveres y municiones de guerra. Una tercera brigada de telegrafistas, que seguia á la retaguardia en su avance por el territorio francés, cambiaba las líneas provisionales de la segunda brigada en líneas definitivas de la misma fuerza y dimensiones que las empleadas por el gobierno. La utilidad del telégrafo quedó sobre todo manifiesta en los asedios de ciudades y fortalezas. Un perímetro de unos 150 kilómetros de líneas telegráficas rodeaba á Paris, comprendiéndose fácilmente que tan considerable espacio no habria podido estar acordonado por soldados. De este modo se establecieron dos líneas de hilos aéreos léjos del alcance de los proyectiles franceses: cáda una de ellas tenia cuatro hilos que ponian en comunicacion á veinticuatro estaciones, y por los cuales se cursaban diariamente millares de despachos al rededor de Paris. El emperador de Alemania confesó á Moltke que *á no ser por el telégrafo no hubiera sido posible poner sitio á Paris ó mantener el de Metz por tanto tiempo.* Otra de las ventajas del telégrafo fué la que tenia relacion con el suministro de víveres y el empleo del material. Todas las subsistencias de aquel inmenso ejército se sacaban de Alemania, porque en los países invadidos no se podia encontrar el número suficiente de raciones.

Casi todos los ejércitos europeos tienen organizado hoy, como hemos dicho, su servicio telegráfico, y en la Exposicion de Electricidad han figurado modelos de los aparatos, carruajes, y demás objetos de material adoptados al efecto. La instalacion de una línea telegráfica militar comprende un corto número de operaciones, como trasporte y tendido de hilos, colocacion de postes si la línea es aérea é instalacion de estaciones. América y Suecia emplean tres carruajes para estos objetos, uno para llevar el alambre ó los cables, otro para los postes con sus aisladores, y otro para los aparatos de estacion. Bélgica sólo usa uno, pero únicamente para el caso de establecer una línea directamente en el suelo, sin postes; y está dividido en tres compartimientos, ó sea un cupé descubierto, la estacion y el punto en que van colocados los cables.

La operacion de desenrollar y tender los hilos se suele hacer automáticamente. Un torno puesto en movimiento por las ruedas va soltando el hilo á medida que el carro avanza. Los carruajes ingleses destinados á los telégrafos de campaña tienen dos hileras de tres carretes de hilo que giran por medio de poleas cuyo eje está en comunicacion con uno de los del vehículo. Estos carretes están colocados á la zaga; en la parte anterior del carro hay unas cajas que contienen la pila, el *parleur* y el galvanómetro; por último, en el espacio longitudinal comprendido entre la dos filas de carretes se acondicionan 20 postes ligeros de hierro formados de partes que encajan unas en otras, y que se sacan como los tubos de un anteojo de larga vista, cuando hay que plantarlos en el terreno.

Hé aquí cómo se instala en Francia una línea telegráfica militar. El material se compone de *carros-estaciones* divididos en dos compartimientos, uno de los cuales sirve de estacion y el otro contiene ocho carretes cuyos hilos tienen 16 kilómetros de longitud, de manera que cuando hay que montar una línea mas larga, acompañan á dichos carros unos carretones porta-carretes en los que se pone, además de los hilos, las lanzas y las herramientas necesarias para instalar la línea. Cuando esta se ha de establecer en país montañoso, inaccesible á los carruajes, se lleva el material en mulas, y para desenrollar los hilos se hace uso de carretoncillos de una sola rueda en los cuales se colocan las bobinas.

A cada brigada de construccion están adscritos un sargento, dos cabos y doce individuos. El sargento traza la línea, y los soldados se dividen en tres grupos, uno de los cuales abre los hoyos para las lanzas cuando la línea es aérea; el segundo desenrolla los hilos y hace los empalmes, y el tercero sujeta el hilo á las lanzas y las hinca en tierra.

Nada hemos dicho de los aparatos usados para la trasmision de los despachos. Por lo comun son del sistema Morse; sin embargo, en los Estados Unidos se recibe *al oido*, es decir, se usa como receptor el aparato acústico llamado *parleur*, empleado por lo general en todas las estaciones americanas. Sin ser mucho más sencillo ni ménos voluminoso que el Morse impresor, el *parleur* adolece de un grave inconveniente en campaña, cual es el de no dejar rastro escrito de los despachos, condicion indispensable para la seguridad de las comunicaciones. En Francia sólo se usa el *parleur* para los reconocimientos, para las operaciones que tienen por objeto la instalacion de líneas ó en las estaciones puramente provisionales. Es inútil decir que los despachos siempre son cifrados. Para los avisos que podrian ser verbales, el teléfono prestaria sin duda grandes servicios. Así es que hoy se agregan generalmente teléfonos magnéticos á todas las estaciones telegráficas militares. M. Trouvé ha combinado para comunicar á corta distancia, lo que podria llamarse telegrafía volante, un sistema ingenioso de aparatos sumamente sencillos y que puede prestar en campaña importantes servicios junto á la telegrafía militar que acabamos de describir.

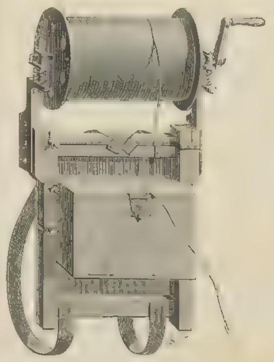
Dos colaterales, un oficial ó sargento y un soldado, constituyen las dos estaciones. Cada uno de ellos está provisto de una pila y de un aparato manipulador y receptor. La línea está constituida por un cable de dos hilos, enrollado en un grueso carrete fijo en la parte superior de una especie de aparato que el soldado lleva á cuestas como el morral reglamentario. Debajo del carrete, cuyo hilo se vá desenrollando á medida que el soldado avanza, hay una caja que contiene la pila (pila húmeda del sistema Daniell) El oficial lleva otra semejante á modo de cartuchera.

Para ponerse en comunicacion, cada colateral coge su aparato del que parten tres hilos conductores, uno que lo enlaza con la pila, y los otros dos empalmados á los dos conductores de la línea. El grabado que insertamos representa el *parleur*, que comprende un manipulador Morse, fijo al exterior de una caja en forma de reloj, y dentro un electro-iman con su armadura. El manipulador se maneja fácilmente con la punta del dedo índice de la mano derecha, miéntras que con la izquierda se sostiene la caja. Los signos Morse trasmitidos así por la línea producen movimientos análogos en la armadura que, dando contra un boton puesto en el fondo de la caja, produce una série de golpecitos secos, cortos ó largos. Escuchando estos ruidos se puede recibir el despacho al oido.

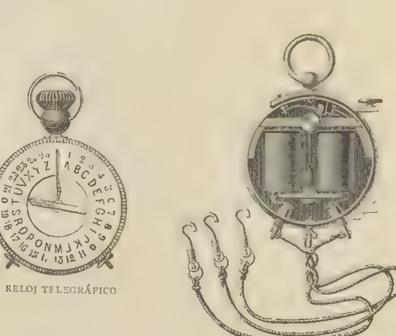
M. Trouvé ha construido otro aparato, al que dá el nombre de *reloj telegráfico*, especie de manipulador-receptor de cuadrante, que se maneja dando vuelta á un boton barnizado, lo mismo que se hace para poner en hora las agujas de los relojes de *remontoir*.

A. G.

SISTEMA DE TELEGRAFÍA MILITAR TROUVÉ



BOBINA Y PILA PORTÁTILES



RELOJ TELEGRÁFICO

APARATO ACÚSTICO (*parleur*)

IMP. DE MONTANER Y SIMON.



AÑO III — BARCELONA 1 DE SETIEMBRE DE 1884 — NÚM. 140

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UNA ESTRELLA, estudio por H. Schmiechen

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UNA ESTRELLA, estudio por H. Schmiechen

La publicacion en nuestras páginas de varios retratos de mujeres consideradas hermosas por los artistas que las han dado cierta celebridad, no sólo tiene por objeto familiarizar á nuestros favorecedores con la idea de la belleza, sino demostrar de cuán diversa manera esa belleza es concebida por los encargados de darla forma. Sin negar que haya condiciones generales, comunes á todas las mujeres hermosas, es indudable que nuestra *estrella* de hoy brilla más en el cielo de Alemania que en el de Inglaterra, por ejemplo.

Rubens y Rafael concibieron bien diferentemente á la mujer hermosa, y sin embargo, ambos crearon tipos de belleza indisputables.

HORAS PLÁCIDAS, cuadro por J. R. Wehle

Este cuadro adolece de cierta frialdad; diríase que sus personajes carecen de calor, de vida, de sentimiento. Suponiendo que sea así, ¿puede creerse que esa calma general de la composicion pictórica, obedece intencionadamente al criterio del autor?

Nuestra opinion es afirmativa.

Horas plácidas titúlase el cuadro, es decir, horas de felicidad tranquila, íntima, léjos del mundo y de las pasiones que lo agitan; léjos del vértigo; léjos de esas situaciones violentas, borrascosas, temibles siempre, áun cuando en un momento dado parezcan secundar nuestras más ardientes ambiciones. Las horas que trascurren en esa felicidad ficticia, podrán colmar nuestro deseo, como las alucinaciones del opio ó del hatchis colman el de los infelices que con semejantes drogas se envenenan; pero esas horas no serán plácidas, sino turbulentas; podrán satisfacer á lo sumo la vehemencia de una pasion, cual el espectáculo de la tempestad satisface al navegante ávido de emociones fuertes.

En nuestro cuadro, por el contrario, todo respira goce reposado: en el cielo que se descubre desde la abierta ventana, todo es limpidez; ni una sola nube empaña el azul claro, trasparente, de esa atmósfera, no agitada siquiera por el vuelo de un pájaro. Tampoco hay nube alguna en el cielo de amor en que vive la pareja que anima la escena: hé aquí porqué resulta el cuadro algo frio, algo monótono, algo pálido...

Es que el hombre se apasiona del contraste y estimaria en ménos los esplendores del sol, si no pudiera compararlos con las sombras de la noche.

UNA ESCENA DE LOS NIBELUNGOS, cuadro por T. Pixis

Las tradiciones alemanas, caballerescas y fantásticas á un tiempo, las leyendas trasmitidas de padres á hijos orillas del Rhin, tienen un carácter especial sumamente á propósito para inspirar á los poetas y á los artistas. Lo que en España es el *Romancero del Cid*, es en Alemania el poema de los *Nibelungos;* una y otra composicion han dado lugar á las mismas discusiones entre los críticos; uno y otro monumento literario encarnan el carácter de cada uno de los pueblos en cuyo idioma se hallan escritos.

Las mismas influencias que determinan la forma literaria popular de las naciones, traspiran en su música, y no es de extrañar, por lo tanto, que cuando nace un verdadero genio indígena, como lo fué sin duda Wagner, se inspire en asuntos no ménos indígenas. Wagner no podia componer sobre el libro del *Barbero de Sevilla*, como Rossini no hubiera podido dar forma musical á los *Nibelungos*. De aquí la ópera, una de cuyas escenas ha reproducido Pixis, escena que, despues de todo, no figura en el poema de que está tomada la obra de Wagner.

En el cuadro, Sigfrido, ántes de partir á los estados de Brunequilda (no puede ser otro el momento escogido por el autor), recibe el cuerno que contiene la mágica bebida que le preservará de recordar á las mujeres cuya belleza le seduzca. El asunto es simpático y está tratado con acierto; pero, lo repetimos, en el poema no hay tal escena, ni tal bebida, ni tal cuerno: hay una mujer enamorada de su esposo (Sigfrido), que más tarde, herida en lo más íntimo del corazon por el asesinato de su amado, se convierte en genio de la más tremenda venganza. En esto consiste el argumento principal de los *Nibelungos*.

LA CURIOSIDAD

Si la curiosidad fuera pecado mortal, estamos por decir que poquísimas mujeres vivirian en gracia de Dios. Y no será porque así los libros divinos como los profanos no estén contestes en echarla en cara esa falta.

Por curiosidad perdió Eva el paraíso y se convirtió en estatua de sal la mujer de Lot.

Pues ahí es nada el susto que pasó la esposa del señor de Barba Azul por el mismo defectillo.

Pero la mujer es incorregible, é imitando al gran poeta inglés, bien pudiéramos decir:

—*¡Curiosidad!... Tu nombre es mujer.*

O: tienes nombre de mujer...

O: tu nombre es de mujer...

O: eres mujer...

Que de todas estas y otras maneras traducen cierta frase de Shakespeare los que escriben tomos acerca de lo que dijo, y áun de lo que no dijo, el autor de *Hamlet*.

La mujer de nuestro cuadro, casi una niña, rinde tributo á la debilidad general de su sexo, y empleando en juntar pedazos de papel una paciencia que no tendria por cierto, tratándose de cosas útiles, pugna por enterarse de lo que no debe y comete una verdadera imprudencia; más que esto, un verdadero abuso de confianza.

La accion es mala; pero esto no impide que el dibujo sea bueno. La curiosidad de esa mujer no tiene malicia, es verdaderamente infantil, y por esto sin duda no es repulsiva. La fisonomía candorosa de la muchacha nos permite creer que en su mala accion entra por más el impulso de la niña que el cálculo de la mujer.

Carlomagno destruyendo el ídolo de Irminsul

Carlomagno es una de las figuras más grandes de la historia. No tan sólo puede considerársele el fundador de la moderna monarquía, no tan sólo es el guerrero fuerte que crea un colosal imperio sobre las ruinas de otro imperio, no tan sólo es el legislador que deja á la posteridad un código con que suplir las odiadas leyes romanas, no tan sólo es el poeta que da forma á deliciosos pensamientos en el dulce idioma de Horacio y de Virgilio; sino que se destaca en el fondo oscuro de su tiempo como encarnacion de la civilizacion cristiana, como paladin de la causa del Evangelio, como el soldado victorioso que tremola el lábaro de Cristo y lo clava, con robusta mano, en el pedestal que hasta entónces sostuvo á los falsos dioses; mereciendo por sus virtudes que la Iglesia le canonice su memoria.

El cuadro que reproducimos representa á Carlomagno en el acto de derribar á Irminsul de sus altares; á Irminsul, la horrible deidad en cuyas aras se sacrifican víctimas humanas y en cuyos misteriosos bosques se practica un culto digno de pueblos salvajes, desconocedores de la ley del amor universal, que constituye la esencia del cristianismo.

El famoso emperador está representado en el acto de poner la planta encima de los trozos de la ridícula divinidad. Los druidas, escandalizados, lanzan contra Cárlos sus anatemas; pero el gran conquistador les hace comprender que Irminsul no tiene rayos cuando no los ha fulminado contra él, que ha destruido su culto.

La actitud del emperador es imponente, y el conjunto del cuadro da una idea bastante exacta de los tipos y trajes de la época.

CLAVELES Y ZARZAS

(Conclusion)

(El autor al lector.) Para que no formes juicios temerarios con detrimento de la buena fama de Anton Indirectas, que nunca fué charlatan ni pecó de arrimado á la cola, debo advertirte que habiendo entrado un dia en un café de San Sebastian á tomar un tente en pié, se sentó cerca de una mesa ocupada por varios caballeros, uno de los cuales era el consabido don Pepito de Tal, de quien, sin querer, oyó toda la vida y milagros. A mayor abundamiento, la mujer de don Pepito solia comprar á Anton mucha fruta, cuando éste iba por el barrio de San Martin y el viejo conocia á don Pepito de verlo en su casa. Esta última circunstancia explica por qué se saludaron al cruzarse casi á la salida del valle de Loyola.

***

Contra lo que Gil esperaba, Margarita se mostró muy satisfecha del convite.—¡Ya lo creo! decia Indirectas: áun suponiendo que cuando pedia plazo para contestar, no tuviera ya resuelto lo que piense hacer, á las mujeres les bastan cinco minutos para tomar la determinacion más grave, y ninguna ignora que cuando se da una cita á la madrugada, la mejor manera de esperar la hora es divertirse.

Fueron, pues, al teatro, donde el cartel les enteró de que verian un melodrama titulado *El sueño del malvado*. Lo que no les advirtió el cartel es que la obra dice en su primera página que ha sido escrita por un señor García, y que la gente se empeña en creer que el autor es conocido con el nombre famosísimo de don Manuel Tamayo y Baus.

Comenzó la funcion, y la Lirona, dicho sea en su alabanza, hasta se pellizcó para lograr una vez siquiera en su vida hacerse superior al sueño. Margarita aparentaba una serenidad que no tenia. Gil no quitaba los ojos de Anton, y Anton no apartaba los suyos de un acomodador que estaba á su lado.

Al salir á la escena el personaje que se llama Alberto, Margarita exclamó:—¡Esa cara!... Al oirle hablar, dijo: —¡Esa voz!... Al escuchar estas frases:

«¿Ni una palabra me dices? ¿Ni siquiera vuelves hácia mí los ojos? Mírame, aunque sea enojada. Habla, aunque sea para maldecirme....» etcétera.

—«No se abrió mi corazon al amor hasta que le hirió el rayo de tu mirada, y nunca desde entónces ha codiciado otro bien que el de servirte como esclavo....» etcétera.

—«Lleno el pecho de ansiedad y zozobra, ardiendo en llama de amor que irritó la ausencia, sin voz, sin aliento, ciego, turbado, loco, llego al fin á tu lado....» etcétera, la pobre aldeana se puso pálida como una muerta, y murmuró:—Es Federico: ¡infame!

Anton, como el que habla de lo que no le importa y pregunta lo que no sabe, entabló este diálogo con el acomodador.

—¿Cómo se llama ese comediante?

—Don Pepito de Tal.

—¿Es soltero?

—¡Qué ha de ser soltero! Marido de la actriz que está con él en la escena.

—¿Es rico?

—¡Qué ha de ser rico! Trampas y no pocas, será lo que él tenga.

—¿Va á seguir aquí mucho esa gente?

—Con esta funcion se despiden. Segun tengo entendido, toda la compañía se va mañana, excepto don Pepito, que retrasa un dia su salida por no sé qué cosa que tiene que hacer.

Margarita no habia perdido una palabra. Cada vez más pálida, le dijo á su abuela:

—Vámonos; que estoy muriendo.

Sin acabar de ver el primer acto, salieron del teatro los dos hombres y las dos mujeres, y emprendieron el regreso al valle.

—¿Y para esto he gastado yo el dinero en los billetes? preguntaba Gil á Anton.

—No; te lo has gastado para lo otro. ¡Buena chica te vas á llevar!

—¿Qué le habrá dado? Parece una desenterrada.

—Esa palidez revela tu buena suerte. Es que ya sabe que don Pepito es un tunante, digno de una cadena.

—¿No observa V. que parece que siente mucho haberlo sabido?

—Lo que observo es que debes ir pensando en tu boda, porque Margarita no tardará en ir pensando en tí.

(El autor al lector.) Aquí seria oportuno pintar á grandes rasgos la situacion moral de Margarita, ahogándose de ira y de dolor; la de Gil, que oyendo á Anton hablarle de boda, era capaz de olvidarse hasta del grandísimo placer que tendria en romperle á don Pepito un par de costillas ú otra cosa cualquiera; la de la Lirona, que pasada la primera impresion del susto, y viendo que su nieta no daba señales de morirse ni mucho ménos, iba andando más dormida que despierta, ni en pena ni en gloria, como los niños del limbo; y la de Indirectas, que en lo más recóndito de su pensamiento tenia ya madurada la decision de cobrarle á Gil un real por el diálogo con el acomodador y otro real por la palidez de Margarita. Tambien vendrian aquí de molde unas cuantas máximas morales para abrir los ojos á las doncellas inocentes que entregan su corazon sin tomarse el trabajo de averiguar ántes si es pez ó es rana el individuo á quien se lo entregan; pero tú estarás ya cansado de leer; yo lo estoy de escribir, y renuncio á meterme en dibujos que, despues de todo, podrian resultar garrapatos.

***

Al llegar á su vivienda, Margarita, que no habia hablado durante el camino, dijo dirigiéndose á Gil:

—No te olvides de venir mañana temprano á ver la maceta de claveles.

La noche estaba oscura; pero todo el sol del medio dia iluminó el alma del aldeano. Apénas entraron nieta y abuela en la casería, Anton dió en voz baja algunas instrucciones á Gil, y cada uno echó por un lado.

Cerca de la hora en que el forastero debia acudir á saber si Margarita habia decidido seguirle, la luna apareció en el horizonte, bañando en su luz melancólica aquellos pintorescos sitios. Reinaba tal silencio que se oia el casi imperceptible ruido de las hojas que la brisa agitaba en los árboles.

A las dos de la madrugada, el forastero, ó sea Federico, ó sea don Pepito de Tal, estaba en el campillo, delante de la casería. Pasó un buen rato, y la ventana de Margarita continuaba cerrada. Don Pepito tosió una, dos, varias veces.. ¡nada! Tiró una, dos, varias piedrecillas á la ventana.... ¡nada! Decidido al fin á jugar el todo por el todo, trató de escalar la pared, agarrándose á las junturas de las piedras. Apénas habia comenzado su maniobra cuando un enorme perro se abalanzó á él, echándole á rodar y quedándose con un jiron de los pantalones entre los dientes. Se oyó un silbido y el perro desapareció. Despues se oyó una voz varonil que decia:—Comiquillo de tres al cuarto: que lleve V. buen viaje y que no deje de dar memorias á su mamá la marquesa y á su futura la hija del banquero.

La ventana continuaba cerrada. Don Pepito se levantó, y sin tomarse la molestia de averiguar de quién era aquella voz ni por dónde se habia escapado el perro, huyó del campillo, poco satisfecho sin duda de haber representado el protagonista de un ridículo sainete cuando esperaba serlo de una apasionada escena del más subido romanticismo.

—¡La del humo!... exclamó Gil, saliendo de entre los manzanos, seguido del perro del alguacil de Astigarraga.

***

A la mañana siguiente el mancebo arrancó, sin resistencia de Margarita, todas las zarzas de la maceta: era tarde. La mata de claveles habia muerto.—Tú me traerás otra, dijo la muchacha.—Yo te traeré todas las que tú quieras, se apresuró á contestar Gil.

Poco despues pasaba el viejo Anton arreando á su borriquillo, con la carga de fruta y hortaliza que diariamente vendia en San Sebastian. Se detuvo á ver cómo seguia la nieta de la Lirona, y notando el triste fin de la mata de claveles, prorumpió en estas palabras:

—Estoy pensando que así como las zarzas del campo han dado muerte á las flores de tu maceta, el vicio y la hipocresía, que son zarzas de los hombres, pueden dar muerte á la virtud y á la inocencia, que son las flores más hermosas del alma de las mujeres.

—¿Por qué dice V. eso? preguntó con timidez y recelo Margarita recordando que, segun la fama, el viejo Indirectas no hablaba nunca sin retintin.

—Pues lo digo, contestó Anton, porque el comediante que vimos anoche en el teatro haciendo el amor, y que debe ser un tuno como una loma, apostaba en el café hace algunas semanas á otros de su ralea, que engañaria á una mozuela de este valle, y que se la llevaria á Madrid para divertirse hasta que se cansara de ella. ¿Sabes tú quién podrá ser esa pobre chica?

—Yo.... no, señor.... no sé.... balbuceó Margarita, cuya cara se tiñó del color de la amapola.

Indirectas continuó:—Dices bien; ¿por dónde habias tú de saberlo? Le preguntaré á Gil, que como anda siempre arriba y abajo, es posible....

—¡No, no!... No le diga V. nada. ¿Qué le importa á él eso?

—Tambien ahora tienes razon. Gil no piensa en nada más que en ser muy honrado, y muy trabajador y en quererte á tí casi tanto como á la que está en los altares. ¡Qué buena parejita hariais!

—Pues mire V., si está de Dios, la haremos.

Siguió Anton su camino, apretando el paso para alcanzar al borriquillo, y al cabo de un rato encontró á Gil que volvia muy contento de llevar el perro á Astigarraga.

Fueron juntos hasta Loyola, donde se quedó Gil á comprar las abarcas que necesitaba, y hablaron largamente de lo pasado, de lo presente y de lo porvenir. Al separarse, Gil, llenando de tabaco la pipa de Anton, exclamó:—¿Cuándo podré pagar á V. lo que le debo?

Torciendo el sentido de la pregunta, Indirectas respondió:

—Ahora mismo. Despues de hacerte varias rebajas, porque sospecho que pronto tendrás que gastar en la boda, me debes: primero: un real por haber evitado que á Margarita se le fueran los piés. Segundo: otro real, por el perro. Tercero: otro real por una copla que tengo ya preparada para cuando haga falta. Y cuarto: otro real por guardar el secreto de todo lo que ha ocurrido, á fin de que malas lenguas no puedan contar lo que no ha ocurrido. Total: una peseta.

—Tómela V., y quiérame V. como si fuera mi padre, porque yo le quiero á V. como si fuera su hijo.

No tardó en susurrarse por el valle que Margarita y Gil estaban hechos un terron de azúcar. Debia ser verdad, porque tampoco tardó Anton Indirectas en cantar cuando pasaba cerca de la casa de Margarita:

«¡Esto es el purgatorio!»
Dicen las novias;
Y dicen las casadas:
«¡Esto es la gloria!»

(El autor al lector.) Y yo digo que esto se ha acabado. Gil y Margarita son ya marido y mujer. Son además completamente felices. La gente del valle los mira con envidia, y Anton suele consolar á los envidiosos con las siguientes frases:—¡La felicidad!... ¡la felicidad!... ¿Qué apostais á que si preguntamos á Gil vamos á sacar en limpio que la mayor felicidad de la tierra puede pagarse con dos pesetas?

PEDRO MARIA BARRERA

NOTAS DE VERANO

EN LAS ERAS ANDALUZAS

La civilizacion no tiene entrañas. Llevando sus avasalladores estandartes de uno á otro extremo del mundo conocido; derribando ó perforando las cordilleras que halla á su paso, y tendiendo sobre los abismos fantásticos encajes de acero, corre, y corre sin descanso; sin que le importen un ardite los gemidos del Titan, que siente el barreno en sus cavidades, las plañideras voces de los faunos y hamadrías que ven invadidos sus dominios á todas horas, ni las imprecaciones de los monstruos de la oscuridad, cuyas retinas, cegadas por los rayos que despertó la pila voltáica, no han de poder contemplar, una vez más, los aquelarres ni las danzas macabras.

Las ciudades se trasforman, los paisajes cambian de aspecto, los antiguos usos se pierden y se van aproximando las naciones. En lo grande y en lo pequeño la síntesis se impone lentamente.

El reinado de la máquina agrícola se señala en los campos por una de esas ineludibles transformaciones. Las locomóviles, con su poderoso resuello; las ruedas dentadas, con el rum-rum de sus engranajes; las trilladoras y segadoras mecánicas, en fin, con su trabajar áspero y fatigoso, ahuyentan la bucólica virgiliana de nuestras campiñas y manchan, con la negra humareda del vapor, cuadros cargados ántes con todo un prisma de colores.

Hace algunos años, las máquinas, inmóviles, ociosas, preparadas para entrar en el concierto económico y lucir en las Exposiciones, no habian desfilado ante el bracero andaluz ni abierto las enormes bocas de sus válvulas para disputarle el salario. Como se presienten vagamente las invasiones, los braceros las presentian y las declaraban la guerra; los misteriosos geniecillos de la civilizacion que parecen trabajar en su seno, les causaban invencible terror, y al verlas entrar por los campos á saco, como un ejército de engendros informes, mirábanlas espantados y les hacian plaza gritando:—¡Es la bestia del Apocalipsis que llega!...

Hoy, el bracero y el monstruo mecánico han hecho las amistades y se aproximan sin recelo el uno al otro. ¿Se ha resuelto al cabo la antinomia, señalada por Proudhon en sus *Contradicciones Económicas?* ¡Quién lo sabe! Ello es que las máquinas reinan en nuestras campiñas y que los pintores de paisajes se duelen de no hallar, como ántes, el celaje siempre azul y las sencillas agrupaciones del antiguo género clásico.

Yo he recorrido más de una vez las eras andaluzas ántes de que reinaran despóticamente en ellas las segadoras Hornsby y las trilladoras Osborne.

Al caer el sol, dejaba el emparrado de la heredad cercana, bajo cuyos ásperos palitroques se balanceaban las relucientes tallas de la Rambla, llenas de agua limpia y fresca, y tomando la vereda orlada, en su comienzo, de maizales, y atravesando largo espacio de rastrojo, sobre el cual habia esparcido un tesoro de gavillas doradas, llegaba á la choza en torno de la cual dejan la miés los barcinadores y se amontona el rubio grano despues de aventado.

Si no habeis visto nunca una era, es inútil que os la describa, porque hay en ellas tanta luz que ni la paleta puede copiarlas. Las degradaciones del amarillo cadmio se hallan todas allí y dan un tono general al cuadro que hace daño á la retina: si en los segundos términos no asomaran los toques blancos de los álamos que sombrean el rio, los verdes oscuros de los granados y las manchas más ó ménos vivas de los lejanos melonares, seguramente que nos pareceria la llanura la espalda sinuosa de un gigante sobre cuyo torso se ha tendido un manto de tisú de oro.

Al llegar á la era, lo primero que solicita nuestra atencion es el gran círculo trazado en la parte más limpia y llana, y cubierta de menudas piedrecitas que suelen asomar entre las pajas. Allí se esparcen las destrozadas haces sobre las que ha de trotar la cuadriga y rodar el cilindro dentado del trillo.

Nada más mitológico que esta sencilla operacion, que acaso pronto quedará relegada al olvido, con el uso de las máquinas actuales. El trillo es como el esqueleto del carro primitivo que suele verse en los jeroglíficos egipcios y en los vasos griegos: una ligera armazon de tablas sobre la cual va el trillador que fustiga á las yeguas con su larga *tralla.*

Este carro y el que le guia describen elipses y círculos concéntricos en torno de un punto dado, sin romper el radio en que se hallan esparcidas las mieses, y cuando las espigas destrozadas por el cilindro del trillo y por los cascos de la cuadriga han dejado escapar todo el grano y cubierto la era de una alfombra de aristas relucientes, las cribas y los bieldos de los aventadores separan el trigo de la paja y forman del uno y de la otra caprichosos montones.

Cuando en las horas calurosas del medio dia, contemplamos al labriego, que guia su trillo soportando los rayos perpendiculares del sol y dejando rodar el cilindro dentado sobre las mieses que parecen un mar de oro fundido, viene involuntariamente á nuestra memoria la fábula de Faetonte y creemos ver en el moreno y sudoroso trillador al travieso muchacho hijo de Apolo y de la ninfa Climene que dió mil vueltas al cielo sin poder barajar los caballos del carro de su padre, yendo, al cabo, á despeñarse, como suele acontecer á los necios y á los ambiciosos, en las luminosas aguas del Eridano.

Cuenta el mito referido, que, ántes de dar Faetonte en el Pó con sus rebeldes corceles, abrasó toda la tierra: lo propio acontece cuando el labriego deja el trillo y las gavillas desaparecen de los rastrojos; comienzan las quemas, y las campiñas son presa de esos incendios provocados, cuyas llamaradas divisamos al caer la tarde formando *pendant* con los arreboles crepusculares. Entónces lloran las hermanas de Faetonte el terrible siniestro; es decir, los campos agostados parecen presentir las tristezas del invierno y los árboles dejan caer poco á poco lágrimas de hojas, que arrebata el viento húmedo del otoño.

Estudiaba yo historia cuando hallé estas analogías entre el carro del sol y el carro de los trilladores, y pensé, con razon, que así como hay multitud de mitos índicos y egipciacos que sólo son símbolos más ó ménos velados de las transformaciones naturales, este de Faetonte que quema los rastrojos, podria encerrar, sin esfuerzo, la imágen de las últimas faenas de la recoleccion en las márgenes del Betis, del Eridano ó del Iliso.

Aunque así no fuera, hay suficiente miga poética en las eras para que no necesitemos recurrir á las extravagancias de los tiempos mitológicos.

Bajo el toldo de nubes rojo y gualda de las tardes caniculares, el aspecto que presentan las eras es de lo más virgiliano y delicioso. Las carretas, con sus pesadas ruedas que rechinan á pesar del sebo que se derrite en sus ejes, se adelantan en larga fila y verifican la última operacion de la barcina dejando en tierra un dique de haces. Admira la manera de cargar estas carretas; las gavillas colocadas unas sobre otras tocan al cielo, y cuando los barcinadores se encaraman por los varales hasta lo más alto, parecen guerreros de Africa que tratan de derribar piedra á piedra una fantástica albarrana de metal dorado.

Los grupos de braceros que se forman acá y acullá, ora aventando, ora apilando, ora llenando las trojes, son en verdad dignos de estudio. Unos, se recatan del sol sirviéndose de un gran sombrero que parece poseer la extraordinaria virtud de la Tarnkappa de Sigfrido el de los Nibelungos; otros muestran su velludo pecho, por cuyas sinuosidades cae el sudor formando silenciosa cascada; estos fuman buscando la sombra que proyecta algun chopo solitario; aquellos agitan sus bieldos que recuerdan el histórico tridente, soportando la lluvia de rayos solares que cae sobre el apero, sobre el trillo y sobre los bueyes, y los de más allá, en fin, hacen que corra el cántaro, puesto al abrigo del sombrajo, para empezar de nuevo la faena.

Cuando el rojo disco se ensancha y toca al ocaso, asemejándose á un gran espejo redondo cubierto de gasas de escarlata, cuando el viento de la tarde seca el sudor sobre la frente de los trabajadores y se lleva las aristas menudas, la era adquiere más delicado color. El oro amarillea, vense los tonos oscuros de las raspas en los montones de gavillas y la sombra de los almiares se aguza y alarga sobre los rastrojos. La luna, que asoma por el lado opuesto su cara de monja, se dispone á dar un baño de plata á todo aquel conjunto dorado á fuego, y en la choza de esteras, donde se custodian las alcuzas y los dornajos, se arrebujan las tinieblas brindando al trillador el beso de la esposa diligente que acudió á preparar el clásico y saludable ajo. Es la hora en que los pequeñuelos juegan sobre la revuelta parva, en que las gallinas se preparan á dejar en paz á los cigarrones y á las hormigas, y en que las yeguas, que se amarraron al trillo, pacen sueltas las espigas destrozadas; la hora de los cuentos y de las murmuraciones; la hora de rezar la oracion que evoca el volteo de la esquililla lejana.

¿Conoceis la leyenda de Ruth? Es el idilio de las eras. Ruth, la hermosa nuera de Noemi, la jóven viuda moabita, llega, con la madre de su muerto Mahalon, á Bethlehem, cuando comienzan á segarse las cebadas.

Para atender á la subsistencia de aquella Noemi, cuyas desgracias la habian infundido el deseo de cambiar su gracioso nombre por el de Mara—*amargura*,—se atreve á espigar en los campos del rico Booz, y va humildemente recogiendo las espigas que dejan entre los rastrojos los segadores.

La ley previsora de los hebreos autoriza á las viudas, á los pobres y á los extranjeros á que se aprovechen de estos despojos de la campiña, y Ruth es acogida con agasajo por el rico cosechero, que, al verla afanosa y bañada de copioso sudor tras sus braceros, le dice:—*Oye, hija mia, no vayas á otra heredad á espigar, ni te apartes de este sitio; sino júntate con mis muchachas y síguelas donde estuviese la siega, y si tuvieses sed, vete al hato y bebe agua de la misma que ellas hayan bebido.*

Tan grata acogida hace profunda impresion en el ánimo de la tierna moabita que inclina su hermoso rostro hácia la tierra y exclama:—*¡De dónde á mí tanta dicha que hallé tu gracia siendo una pobre extranjera!..*

A lo que le responde Booz:—*Me han contado tus virtudes y tus sacrificios y quiero premiarlos largamente.*

La jóven espigadora moabita oye estas cariñosas palabras con regocijo y marcha al lugar donde la espera su suegra llevando en su manto los modios de cebada que ha espigado, y al saber Noemi las solicitudes de Booz, dice á la que quiere como á hija:

—Oye, Ruth, voy á darte un consejo que podrá labrar la felicidad de tu vida. Ese Booz en cuyos campos espigas es nuestro pariente cercano y si te tomara por mujer se perpetuaria nuestro linaje. Esta noche avienta la cebada en su era. Lávate, úngete con perfumes, ponte tus mejores galas y ve allá recatadamente de modo que no te vea hasta que haya comido y bebido. Despues acecharás el sitio en que duerma y levantando la capa por la parte con que se cubre los piés te echarás allí: *Él mismo, como pariente más cercano, te dirá lo que has de hacer.*

Ruth, se muestra pronta á complacer á Noemi, que anhela que no se extinga su linaje. Cuando el sol cae y comienzan á tenderse las sombras por los llanos dorados de Bethlehem, ungida, lavada, envuelta en perfumadas vestiduras, semejante á una escultura de sándalo color de carne, se encamina á la era de Booz, en la que pronto reinará la paz y el silencio.

Concluyen de cenar los aventadores, los camelleros se alejan lentamente entonando sus cantos orientales y el señor apura el último vaso de vino ántes de entregarse en brazos del sueño.

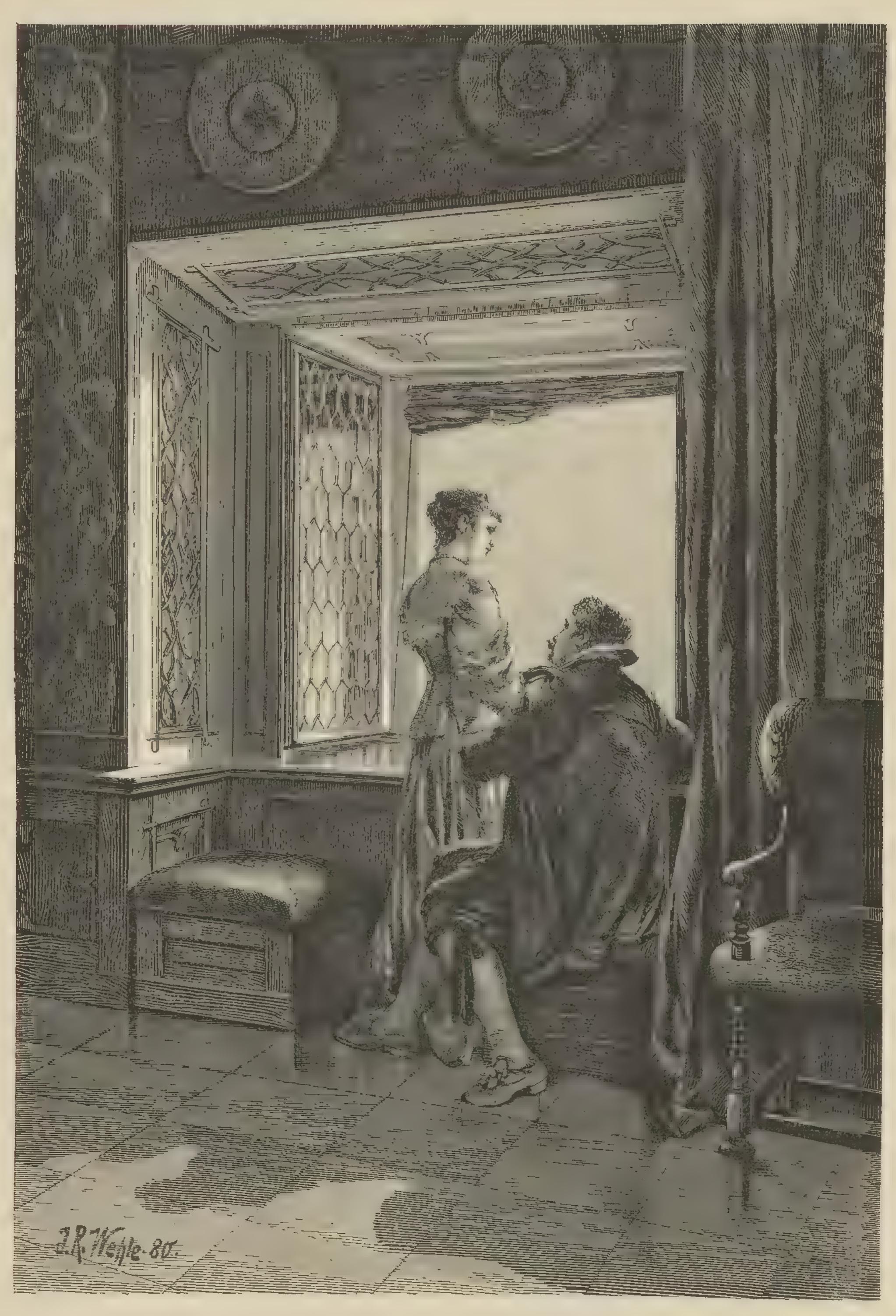
Ruth, que le acecha para cumplir el mandato de Noemi, le ve acostarse junto á un monton de gavillas, y llegándose á él calladamente y alzando la pesada capa por la parte que le cubre los piés, échase allí y permanece inmóvil y recogida en sí misma.

Al mediar la noche despierta Booz y ve, acaso á la luz de la luna, aquella hermosa mujer cuyo seno descansa sobre sus piés prestándoles calor desusado.—¿Quién eres? dice, creyéndose presa de un dulce ensueño.

—Soy Ruth, esclava tuya, responde la jóven con la timidez del cervatillo;—extiende tu manto sobre tu sierva porque eres el pariente más cercano de mi marido.

Booz bendijo á Ruth y durmieron hasta el fin de la noche, levantándose *ántes de que los hombres se pudieran conocer unos á otros.* Cuenta además la Biblia, que las bodas de Ruth y de Booz se hicieron muy luégo y que el Señor concedió al anciano esposo un hijo para regocijo de Noemi y de su linaje.

Este fué Obed, padre de Isai, padre de David. Dejando aparte el vivo realismo de que está saturado este pa-



HORAS PLÁCIDAS, cuadro por J. R. Wehle



UNA ESCENA DE LOS NIBELUNGOS, cuadro por T. Pixis

saje bíblico, ya notado por los Santos Padres, decimos que en él resaltan de graciosa manera las costumbres campestres que no han desaparecido todavía.

Los braceros andaluces mojan aún la sopa en el vinagre de los compañeros de Ruth y duermen como Booz entre las gavillas: acaso hallan tambien, de vez en cuando, alguna morena espigadora que al mediar la noche levanta la punta de su manta, para echarse allí calladamente; pero no con tan santos propósitos como la mujer del Antiguo Testamento.

La persistencia de estas costumbres se nota en los menores detalles, y aquí viene como de molde recordar que el néctar de los trabajadores, el ajo blanco, que se vierte en los grandes dornajos de aliso y se come con cucharas de asta y de madera de avellano, es tambien tradicional é histórico en alto grado.

En el sombrajo donde se resguardan del sol las aceiteras, se labra esta exquisita mezcla blanca como la leche, que cruje en el mortero bajo la muñeca del campesino y que *se corta* á aquellas que no tienen la suficiente habilidad para batirlo hácia un solo lado. Cuando está en punto, se esponjan en él una ó más *fochas* y se coloca sobre la mesa rústica, en torno á la cual se agrupan los trabajadores, como si asistieran á uno de aquellos banquetes públicos de los ciudadanos atenienses ó de los primitivos cristianos.

Todo el que pasa por la vereda próxima, es invitado á participar del refrigerio, con las sacramentales frases de *siéntesusté á la mesa*, y cada cual mete en el líquido su cuchara por riguroso turno, cuidando de llevar en ella sopa y caldo proporcionado.

Entre cucharada y cucharada se habla poco y se guarda gran compostura: es la reminiscencia de la cena patriarcal en la cual sólo tenia voz y voto el cabecera de mesa y de familia.

Mucho se ha hablado del ajo, pero en realidad los que le deprimen no saben lo que es un dornajo de ese néctar blanco, labrado á la manera andaluza y comido en la era; el olernos mal despues de comido es una aberracion de la pituitaria.

«No comas ajos ni cebollas, no saquen por el olor tu bellaquería», decia Don Quijote á Sancho, con sus eternos pujos caballerescos; sin embargo, Cervantes olvidaba que los antecesores de aquellos Arthus, Oliveros y Roldanes, que llegaron á ser luz y espejo de la caballería andante, se hartaron de ajo, de lo lindo, si no mintieron las crónicas. La aversion al ajo y á la cebolla es simplemente un refinamiento romano, como puede colegirse por las siguientes palabras de Sidonio aplicadas á los bárbaros: «Felices vuestros ojos, felices vuestros oidos, que no los ven ni los oyen; dichosa vuestra nariz que no aspira diez veces por mañana y tarde el olor pestífero del ajo y de la cebolla.»

En efecto, galos, godos y germanos se deleitaban con el ajo frio ó caliente, y tenian por muy suculentos los manjares condimentados con este picante aliño. Acaso debemos á ellos la vulgarizacion del llamado blanco que sólo se sirve en porcelana en algunas mesas de Andalucía, no invadidas por los caprichos de las cocinas gabachas é inglesas.

Despues de consumir el ajo ó el gazpacho, Booz duerme, ó lo que es lo mismo: luégo que termina la cena la paz reina en la era y sólo turba el silencio nocturno el canto del grillo ó de la cigarra.

Alguna que otra vez se prolonga la reunion de sobremesa, porque alguno de los trabajadores ha osado descolgar del sombrajo la parlera guitarra. El corro se organiza y las muchachas de la huerta ó de la heredad cercana copian las antiguas fiestas griegas bailando, coronadas de espigas, á la luz de la luna. Los ecos de las *soledes* y del fandango se pierden en la llanura solitaria, y el són de las castañuelas y el estrepitoso chocar de las palmas apagan el monótomo cri-cri y el interminable chirriar de los músicos de los rastrojos.

La Ruth andaluza canta lo siguiente:

Vente conmigo y haremos
una chocita en el campo
y en ella nos meteremos.

¡Anda! y no presumas más
que tiene tu cuerpo raspas
como el trigo y la cebá.

Se dirige á Booz, que pronto se acostará solo cerca de las gavillas, para entregarse de nuevo á la cuotidiana faena, *ántes de que los hombres se conozcan unos á otros.*

BENITO MAS Y PRAT.

Julio de 1884.

ROSA DE AMOR

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

Era por los tiempos en que florecia en el famoso Corral de la Pacheca, situado en la calle del Príncipe, siendo el encanto de los buenos vecinos de la imperial y coronada villa, María Calderon, la reina de las comediantas, la amiga, segun cuenta la historia, del rey poeta y protector de las letras y de las artes, Felipe IV, á quien sus cortesanos dieron el título de Grande que la posteridad no le ha reconocido; la madre del segundo don Juan de Austria, remedio insuficiente de aquel otro don Juan hijo de Cárlos V y hermano de Felipe II.

Pasaba, en fin, lo que vamos á relatar á nuestros lectores en aquella época en que los enredos galantes, las aventuras bizarras, y las cuestiones resueltas á punta y filo de espada eran fases determinantes del carácter de nuestros antepasados, segun se ve por las comedias de don Pedro Calderon de la Barca y las de otros no ménos aventajados ingenios.

II

Era al caer de una nublada y fria tarde de noviembre.

En el atrio del convento de agustinos calzados llamado de San Felipe el Real, habia, á pesar de lo desapacible de la temperatura, algunos grupos de ociosos á quienes habia llevado allí y retenido la fuerza de la costumbre, porque aquel atrio realzado sobre la calle Mayor con sus covachuelas al pié, donde se anidaban algunas escribanías, como si dijéramos bandadas de cuervos, y al que se subia por dos graderías enverjadas, era el famoso Mentidero de que tanto se ocupan las historias de aquellos tiempos; pero como sobreviniese el crepúsculo nebuloso y frio y empezase á caer una llovizna de esas á las que el ser menudas no impide ser caladeras, los grupos se fueron aclarando y desapareciendo y sólo quedó un embozado, cubierto hasta las narices por la vuelta de su pesada capa de ronda, y echado sobre los ojos un sombrerote de anchas alas que por sus dimensiones le servia cumplidamente de paraguas: una espada rabitiesa le levantaba por detras la halda de la capa; las piernas robustas, y no muy derechas y sus piés deformes, sostenian un paso lento pero vigoroso y de un movimiento desigual que hubiera podido hacer dudar si era cojo ó no era cojo: esto no obstante, habia algo de fiereza y de gallarda apostura en el continente de aquel hombre, que á pesar de la lluvia que iba arreciando, se paseaba de largo en largo por delante del vestíbulo de la iglesia.

III

Sonaron al fin las Ave-Marías, á la vibracion de cuya primer campanada el paseante se paró, se quitó el sombrero á pesar de la lluvia, dejando ver á la luz del crepúsculo una espesa y rizada cabellera negra, se volvió é indudablemente rezó, pero tan rápidamente que, quitarse el sombrero y volvérselo á poner, detenerse y volver á su paseo, fué todo obra de un segundo: verdad era que la lluvia que arreciaba de momento en momento no permitia detenerse mucho en las *Ave-Marías* y en los *Gloria Patri.*

Un lego salió por la puerta de la iglesia, y dirigiéndose á la gradería que estaba mas hácia la parte de la calle Mayor, cerró su verja y se volvió á la iglesia dejando abierta la verja de la gradería mas avanzada á la puerta del Sol: asimismo cerró uno de los postigos de la puerta de la iglesia y dejó abierto el otro: esto significaba que en la cueva de la iglesia habria rosario y disciplinas.

Nuestros abuelos de aquellos tiempos no podian vivir sin estas cosas y sin otras muchas que hoy no se estilan.

IV

La lluvia arreció hasta tal punto que nuestro embozado hubo de ampararse del arco de la puerta de la iglesia.

Estaba allí solo.

El desierto Mentidero dejaba caer el agua de la lluvia por sus vertederos sobre la calle Mayor por la cual no pasaba un alma.

Todas las puertas de las tiendas y de las casas se habian cerrado, y como no habia alumbrado público, la noche se habia hecho de todo punto tenebrosa.

Sólo reflejaba turbiamente su luz y la reproducia de una manera caprichosa en el agua que corria sobre las losas del Mentidero el farol que, balanceándose al soplo demasiado vivo y helado del viento, iluminaba el santo titular encaramado allí sobre el arco en una hornacina.

V

Sonaron uno tras otro los tres toques que llamaban al rosario y á los ejercicios á los devotos, y sólo algunos de los mas vecinos del convento y que debian tener gran interés en lavarse de sus culpas con los saludables raudales de la penitencia acudieron y pasaron rebujados á la carrera, desapareciendo en el interior de la iglesia como quien se ampara de un peligro.

Si el embozado se habia quedado allí para asistir á los ejercicios, no le corria prisa porque permaneció inmóvil en el hueco del pórtico donde se habia amparado, y tal vez cometia una irreverencia, esperando á alguna dama á las puertas de un lugar sagrado y tal vez con el pensamiento lleno de cosas no muy en armonía con lo que preceptúa la Santa Madre Iglesia: y así era sin duda, porque cuando al terminar el tercer toque, dos mujeres, que habian salido de una silla de manos, que habian subido y atravesado rápidamente la gradería y el Mentidero, que parecian ama y criada, se sumergieron por el negro postigo del templo el embozado se sumergió tambien siguiéndolas y murmurando:

—Ella debe ser sin duda, que como ella ninguna huele tan á rosa fresca y por nadie aspirada y prosigamos la aventura y Dios dirá, que si no es ella, semejante á ella es por lo ménos en la estatura y en la calidad y acaso se gane en el trueque.

VI

La dama y su doncella habian adelantado hácia el presbiterio, se habian arrodillado, habian rezado un momento y levantándose luégo, se fueron á una puerta por donde por una rampa se bajaba á la cueva donde tenian lugar los ejercicios.

VII

Era aquella que se llamaba cueva una capilla subterránea de grande extension, deprimida de bóveda, húmeda y sombría.

Por algun vidrio roto de los tragaluces entraba un aire helado que cortaba el aliento, y todo aquel espacio lóbrego, siniestro, fantástico, no tenia más luz que la de dos velas de cera que ardian al fondo delante de un retablo denegrido, en el cual, bajo un dosel negro franjeado de plata, se confundia un gran Cristo crucificado que completaba, que consumaba lo tétrico y áun pudiera decirse, lo pavoroso de aquel lugar que habria podido llamarse antecámara de la muerte.

Las seis ú ocho mujeres que allí habia, estaban separadas de otros ocho ó diez devotos que habian acudido, por una verja de madera portátil que debia cerrarse como un aprisco, para evitar posibles irreverencias, en el momento en que, terminado el rosario, se apagasen las dos velas del altar para dar principio á la disciplina, acompañada por los salmos penitenciales.

Nuestro embozado se quedó cerca del apartado de las mujeres, aguzando los ojos para distinguir entre aquella fantástica penumbra la dama que habia esperado y seguido.

Estaba allá junto al altar, de rodillas, esbelta áun en aquella posicion, con la cabeza graciosamente inclinada sobre el pecho y exhalando una piedad poética que la hacia infinitamente más bella, con una belleza de todo punto ideal, que era como el perfume de su belleza, que no se veia pero que debia suponerse.

Tampoco se podia detallar mucho el semblante del aún para nosotros desconocido galan.

La luz del altar llegaba á él cansada y vaga.

Pero se percibia que su cabellera era soberbia, como la crencha de un leon negro, su frente alta y ancha tras la que parecia bullir algo fatal, su nariz desarrollada y aguileña, en que estaban montadas unas antiparras armadas en cuerno negro y en las que destellaban las luces reflejos siniestros, haciendo que no pudieran verse distintamente sus ojos.

Unos bigotes poblados y retorcidos y una barbilla ó perilla igualmente poblada, venian á ser la base de su semblante oval y de pómulos salientes.

Llevaba golilla blanca en forma de bacía de barbero, á la moda del tiempo, y sobre la ropilla sencilla de paño negro se percibia sin mucha dificultad una roja cruz de Santiago.

Con lo que hemos dicho, los que conozcan la historia de aquellos tiempos que nos lean, han conocido ya á uno de los más grandes ingenios de nuestra patria, al escritor más profundo y docto y al satírico más cruento de aquella época: esto es, don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad.

Se hallaba en sus treinta y cinco.

Esto es, en la fuerza de su vida.

VIII

A la voz estentóreamente sacerdotal del religioso que llevaba el rosario, seguia alternativamente el murmullo del rezo de los devotos, al cual no daba su contingente Quevedo, cuya voz permanecia muda y cuyo pensamiento estaba entónces á cien leguas de toda idea religiosa.

Quevedo, cristiano por temperamento y por educacion y áun por conviccion, era sin embargo un tanto librepensador, puesto que en una de sus sátiras, y basta con este ejemplo, dice que no cree en los diablos, y en otros muchos lugares de sus obras enseña la oreja de tal manera que no sabemos cómo no le cogió por ella el Santo Tribunal de la Inquisicion contra la herética pravedad; y era que la Inquisicion sabia lo que se hacia y no se metia con quien no se metia con ella.

Quevedo cometia asistiendo aquella noche á aquel lugar una pecaminosa é indisculpable irreverencia.

Se trataba de una apuesta.

Aquel dia habia sido de misa, y la de doce de San Felipe el Real era de gran moda para las damas, porque en el Mentidero las esperaban para requebrarlas y ponderarlas los hombres de más ingenio y los galanes de más valía de la corte.

En corro de gente *non sancta* estaba Quevedo á las doce de aquel dia, tomando parte en una discusion acerca de las damas que á la misa de moda acudian, todas pomposas y relucientes de engalanadas, cuando acertó á pasar cerca de él una divinidad acompañada de una doncella, autorizada por dueña y rodrigon, y resguardada al parecer por un jayan resollando á matasiete, que fijó una mirada de amenaza en Quevedo, que no la vió, que si la viera, la hubiera contestado, porque se habia quedado extático por la hermosura de la dama, que no parecia pasar de los veinte.

—¡Vive Dios,—exclamó Quevedo cuando hubo pasado,—que yo, que no me acuerdo de cosa que sea ensimplecerme por una mujer, me siento como cogido por los cabezones y con unas punzadas del diablo en la cabeza, que capaz me creo por esa maravilla de lo hermoso de perder los piés y de dar en la necedad de hacerme marido, lo que es lo mismo que decir bestia de carga y yugo!

—No os asusteis tanto por el peligro en que os creeis metido, don Francisco,—díjole uno de sus amigos,—que aunque fuerais el gran emperador de la India, no lograriais ni áun el que ella os mirase.

Picóse Quevedo, que era muy soberbio y cuando de mujeres se trataba vanidoso sobre toda ponderacion, y díjole:

—No parece sino que vuestra mala fortuna haya de ser la mala fortuna de todos los demás.

—No tengo yo que quejarme de esa dama,—dijo el otro,—que yo no la he seguido, que satisfecho estoy de la dama á quien sirvo y cuya hermosura es tan de sobra mayor que la de esa doncella, que prestara parte sin perder nada para que ella gane mucho.

—Pues ¡vive Dios!—exclamó Quevedo ya picado,—que tomo ese arcángel para mí y vuestra dama para las sobras.

—No quiero ofenderme,—replicó el otro,—pero os hago la apuesta de que tal ha de dejaros de desengañado la que os enamora, que no os queden ni alientos para mirar á la que yo con toda mi alma quiero.

—Lo de la apuesta sea,—dijo Quevedo;—cien escudos van á que esta misma noche habeisme de ver hablando con ella á su reja.

—Los cien escudos vayan.

—Decidme dónde vive.

—Nadie lo sabe: el escudero que la guarda es un tal hombre y un tal esgrimidor, que ninguno de sus enamorados ha podido seguirla.

—No me ha ganado á mí nadie con el as de espadas,—contestó Quevedo, que era muy maton.

—Voy á ser muy leal con vos, don Francisco,—repuso el conde de la Almazara que era el que con él hablaba:—no sigais cuando salga á esa señora, que se os atravesará el escudero y por ser de dia acudirán gentes á impedir la riña: esperad á esta noche que hay ejercicios en San Felipe y ella nunca falta, y se acaban tarde y las calles estarán desiertas.

—Obligado os quedo por vuestro consejo,—dijo Quevedo:—y ¿cómo sabreis que yo he ganado?

—Nosotros estaremos ahí en frente, casa de Oñate, y cuando veamos que la seguís, nosotros os seguiremos.

—Pues hasta la noche, amigos, en que sereis testigos de mi buena ventura, y me voy porque si al salir la veo la sigo; y decís bien que estos no son negocios de dia sino de noche.

Y Quevedo se fué.

Ya sabemos porqué habia esperado á pesar de lo perverso del tiempo en el Mentidero y en la puerta de la iglesia de San Felipe el Real.

IX

En estas cosas de tal manera censurables estaba pensando sacrílegamente nuestro buen ingenio en aquel lugar de penitencia, y se daba á los diablos por lo que tenia que esperar hasta que se acabasen los ejercicios, cuando sonó reventando con gran estruendo un petardo (que ya por aquellos tiempos y para malos fines los petardos se usaban).

Pararon el rezo, se levantaron de sobre sus rodillas despavoridos los devotos; otro petardo reventó en seguida, y, sálvese quien pueda, todos tomaron á quien más corra la salida, y cuando Quevedo decia para sí:

—Pardiez, que no parece sino que yo he pagado á ese para que esto más pronto se acabe,—se encontró con que se le venia encima y tenia que sostenerla en sus brazos una mujer que del susto se habia desmayado.

Sintióla Quevedo, que ella era, y en vez de procurar tomar con ella la salida, pasó más adentro en medio de la capilla que en un dos por tres se quedó desierta que aún hasta el clérigo y su ayudante habian huido espantados por otra puerta.

X

La dama seguia desmayada, y Quevedo pretendia desajustarla de miedo de que su congoja la matase, y desajustándola más y más se enamoraba, y en medio de su sobresalto amoroso, pensaba en lo que habia de decir á los frailes que de seguro volverian en monton.

Y así fué, que vinieron precedidos de algunos legos armados de garrotes, no faltando entre ellos alguno que blandia una vieja espada, y cuando Quevedo vió que se acercaban, les dijo:

—Bien venidos seais, padres mios, que con este sacrílego y criminal suceso, esta dama que veis desmayada y que es mi esposa, como mortalmente herida ha caido, y yo os ruego la socorrais, ó me presteis una de vuestras sillas de manos para que yo pueda trasladarla.

—Eso mejor y cuanto ántes,—contestó uno de los padres,—avisad en el momento á los mozos que vengan con una silla de manos al atrio, á donde sacarán á esta señora que no puede permanecer en el convento.

Un lego partió con el recado.

—Judíos ó herejes deben de haber hecho esto,—dijo el mismo religioso,—para escarnecer nuestra santa religion, ó ladrones poseidos del demonio para robar en la confusion las alhajas de las mujeres, que si no trajesen tanto boato á la casa del Señor excusarian el escándalo que dan las codicias que excitan.

—Pero mi esposa desfallece, padre, y yo necesito llevármela cuanto ántes para socorrerla,—exclamó fingiéndose lo más angustiosamente dolorido Quevedo.

X

A las luces que algunos de los legos traian apareció de lleno la hermosura de la dama, que era soberana; y como Quevedo la habia desajustado, se le veia descubierta su hermosísima garganta, lo cual para los buenos religiosos era escandaloso, por cuya razon mandaron á otro lego fuese á avisar á los mozos que debian traer la silla de manos.

Llegó al fin esta, metieron en ella los mozos á la dama que continuaba desmayada, y luégo la sacaron, atravesaron el Mentidero y siguiéndoles Quevedo que les dió las señas de su casa, tomaron por la calle Mayor hácia la de los Coloreros donde en una pequeña casa desvencijada pegada al arco del pasadizo de San Ginés vivia entónces nuestro poeta.

Al bajar por la gradería Quevedo vió que habia allí puesta una silla de manos y que una mujer, un jayan y dos lacayos andaban buscando de acá para allá desatentados.

Aquellos eran sin duda los criados de la dama que él se llevaba desmayada en la silla de manos de los frailes.

—Andad, andad cuanto más podais,—dijo en voz baja Quevedo acercándose á los mozos,—que ya tendreis buen alboroque y mi esposa necesita ser socorrida.

La noche oscura, la lluvia espesa, hicieron que muy pronto los criados que buscaban á su perdida señora perdieran de vista la silla de manos que á su ama conducia y que habia pasado junto á ellos como una sombra.

Llegaron al fin á la calle de Coloreros.

Quevedo se quitó de la pretina la llave y abrió la puerta.

Sacaron los mozos de la silla de manos á la dama que empezaba á volver de su desmayo, y Quevedo se apresuró á dar á los mozos un real de á ocho y á despedirlos metiendo para adentro á la dama.

A seguida cerró la puerta.



La curiosidad

XI

El conde de la Almazara y sus amigos, esperaban en vano puestos en una reja de la casa del conde de Oñate; habian llegado tarde, suponiendo que llegarian con mucho tiempo: ya habia sucedido el caso sacrílego, ya habian escapado los devotos y ya Quevedo como una hambrienta ave de rapiña se habia llevado su presa.

Pero quedaban en la calle dando vueltas de acá para allá y buscando á su señora, el escudero, la criada y los lacayos.

El rodrigon y la dueña no habian ido porque á él con la humedad del dia se le habia recrudecido el reuma, y á ella se le habia exacerbado una tos perruna que padecia y que la ponia á morir.

XII

Acertó á pasar un alcalde con su ronda.

Al ver al escudero y á la doncella y á los mozos que continuaban yendo de acá por allá sin salir de un círculo vicioso como estorninos aturdidos, les preguntó qué era lo que hacian allí, y qué era lo que buscaban.

El escudero respondió:

—Con nuestra señora vinimos á los ejercicios de San Felipe, y su merced se metió en la iglesia con esta que es su doncella, y segun ella dice, en la cueva soltaron petardos y los devotos huyeron espantados y por esta trabacuenta nuestra señora se ha perdido y aún no hemos podido dar con ella.

(Se continuará)

LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA

II

La luz eléctrica en campaña.—Sitios.—Reconocimientos terrestres ó marítimos.

En el artículo anterior nos hemos ocupado de los elementos proporcionados por la electricidad, y que pueden emplearse en la guerra para trasmitir órdenes por medio de la escritura ó del sonido. Veamos ahora los que el mismo flúido nos depara para hacer señales convenidas de antemano, ó para facilitar los reconocimientos y operaciones nocturnas, medios basados principalmente en el uso de la luz eléctrica.

En 1868 se iniciaron ensayos á bordo de los buques de guerra á fin de utilizar dicha luz para evitar los choques tan frecuentes en el mar, ensayos cuyo buen resultado indujo á la mayor parte de las naciones marítimas á instalar dicha luz á bordo de los mejores barcos de sus escuadras. Los generadores eléctricos empleados con tal objeto son por lo comun máquinas Gramme, movidas por motores Brotherhood, y los proyectores de luz los de los sistemas Sautter y Lemonnier, Mangin ó Siemens. Compréndese que en tiempo de guerra puedan utilizarse estos aparatos con los objetos ántes indicados.

Durante el asedio de Paris por los prusianos, se organizó en la ciudad sitiada un servicio especial de trasmision de señales por la luz eléctrica. Adoptáronse al efecto los reguladores Foucault, pero en aquella época habia aún muy pocas máquinas magneto-eléctricas, y exceptuando un caso del que nos ocuparemos ligeramente, se recurria á la pila.

«La lámpara, dice M. Saint-Edme, estaba colocada en una caja especial, de tapa movible, de modo que se producian á beneplácito rápidos destellos luminosos; el haz lo reflejaba un poderoso espejo dispuesto de modo que se le podia hacer convergente, paralelo ó divergente. Por último, con unas pantallas de color se formaban las ha-

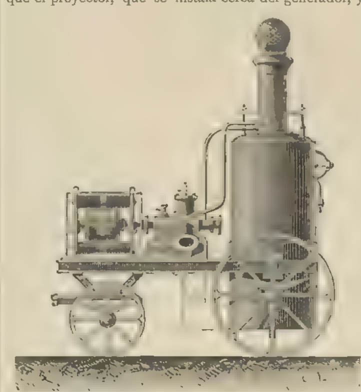
ces rojos, verdes ó azules, necesarios para la telegrafía óptica. Hubo que apelar forzosamente á la pila como generador eléctrico; carecíase de máquinas magneto-eléctricas, y por otra parte, ántes de terminar el sitio habria faltado el carbon necesario para alimentar las máquinas de vapor. Tan sólo se alumbró el fanal de Montmartre con la corriente de una máquina magneto-eléctrica: el arco suministrado por ésta era necesariamente más intenso que el producido por pilas de ácido nítrico, compuestas de 50 pares, por cuanto dicha máquina equivale, en potencia efectiva, á 100 de estos. Aquel fanal, hábilmente cuidado, inundaba con sus rayos toda la meseta de Argenteuil, y su resplandor penetraba en el mismo reducto de Orgemont, situado á más de 10 kilómetros, á vista de pájaro. En vano intentaron los alemanes varias veces sorprender de noche nuestros fuertes: la luz eléctrica era una excelente centinela.

«Los sitiadores hacian tambien uso del arco voltaico, ya para examinar nuestras obras nocturnas, ó ya para alumbrar el tiro de sus baterías; el alcance de sus haces luminosos demostraba suficientemente que su generador de electricidad era tambien magneto-eléctrico, así como la destreza con que estaban instalados los aparatos y la habilidad de su manejo demostraba que los estados mayores contaban con hábiles electricistas.»

M. Martin de Brettes resume del modo siguiente las principales circunstancias en que la luz eléctrica puede prestar útiles servicios en casos de guerra: «Para reconocer una fortificacion, el sitiador necesita producir una luz transitoria, suficiente para sus proyectos y no tan duradera que llame la atencion del sitiado. Para apuntar una batería á un objeto determinado, es preciso que este objeto esté alumbrado el tiempo necesario para hacer buena puntería. Para no dejarse sorprender el sitiado cuando se abre una trinchera, debe iluminar contínuamente el terreno en que más probable es que se efectúe esta operacion. Un combate nocturno, el asalto de una brecha, requieren tambien un alumbrado de duracion indefinida.»

Esta enumeracion se refiere principalmente á los trabajos de sitio, para el ataque ó la defensa, y en este caso se pueden establecer los aparatos en un punto fijo.

Mas para los reconocimientos en campaña es menester un sistema móvil. Con tal objeto se instala en una locomóvil la máquina generadora, pudiéndosela trasportar de este modo á donde las necesidades lo exijan, lo propio que el proyector, que se instala cerca del generador, ya



MÁQUINA DE LUZ ELÉCTRICA PARA RECONOCIMIENTOS EN CAMPAÑA

en un soporte de cuatro ruedas ó bien en un tablado giratorio. El grabado adjunto representa el sistema adoptado en Francia para este servicio. Es una máquina magneto-eléctrica del tipo Gramme, puesta en accion por un motor de vapor de tres cilindros, sistema Brotherhood, habiendo dado muy buenos resultados las pruebas hechas con estas máquinas. «Empleando, dice M. Fontaine, la máquina Gramme de cuatro columnas que, acoplada en tension, da 1500 mecheros Carcel, y en cantidad 2500, los observadores situados junto al aparato de proyeccion de luz, divisaron movimientos de tropas, casas, y carros á 5000 metros de distancia, y á 2700 metros pudieron ver soldados y reconocer que hacian el ejercicio de bayoneta.» En Tolon y Cherburgo se han hecho otros experimentos no ménos favorables. Los aparatos foto-eléctricos eran de los construidos por los Sres. Sautter y Lemonnier, agregados al proyector Mangin, habiéndose reconocido unánimemente que el conjunto de estos aparatos constituia una proteccion eficaz contra los barcos-torpedos que intentaran cruzar el canal de la Caragué á Tolon. «Descubriríanse estos barcos á tiempo para dirigir sobre ellos los fuegos del fuerte, y situándose algunos oficiales en puntos á propósito, podrian ocasionar la explosion de los torpedos sumergidos en el momento preciso en que estos barcos contrarios llegasen á su radio de accion.»

La luz eléctrica, instalada en los buques, segun hemos dicho, para producir señales, puede prestar importantes servicios en las operaciones de la marina de guerra. La mayor parte de los buques franceses que figuraron en la última expedicion de Túnez iban provistos de máquinas magneto-eléctricas y de los aparatos de proyeccion ya indicados anteriormente. La fragata *Vigilante* utilizó desde el principio su luz iluminando los puertos sospechosos de la isla de Tabarka. Posteriormente, otros buques la usaron tambien para el alumbrado nocturno de Sfax, Gabes y Susa. Reciente está tambien el reconocimiento de la rada de Alejandría hecho por medio de la luz eléctrica por la escuadra británica, momentos ántes del bombardeo de dicha ciudad.

Dejamos dicho que dirigiendo un haz eléctrico á un punto de la costa ó del puerto amenazado por un barco-torpedo se podia descubrir la presencia de éste. Fácilmente se comprenderá que los buques de guerra dotados de los aparatos convenientes disponen del mismo medio de proteccion. No pensamos insistir acerca de este punto. Por lo que hace á la inflamacion de los torpedos, veremos en el artículo siguiente que tambien la produce la electricidad.

A. G.

Carlomagno destruyendo el ídolo de Irminsul

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 8 DE SETIEMBRE DE 1884 — NÚM. 141

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

¿SERÁ ALMIRANTE? acuarela por H. Valtenburg

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

García Gutierrez.—Los poetas románticos.—Programa de una vida ilustre. Fallecimiento de un príncipe de la Iglesia.—Toledo visto á través de una tumba. China segun la poesía.—China segun la realidad.—Los Reyes en Galicia.—Odio y amor de lo infinitamente pequeño.

García Gutierrez ha dejado en la escena un lugar que no se llenará nunca. De aquella generacion de poetas románticos que nacieron al amor de las leyendas de la Edad media, y que se inspiraban en la contemplacion de los edificios góticos y de las bellezas de la historia, sólo queda uno en pié, el más alto de todos: Zorrilla. García Gutierrez tenia de comun con todos estos poetas románticos, no sólo la inspiracion y el carácter de sus personajes, la forma brillantísima de su estilo desbordante de metáforas y flores, sino además la vida social suya, accidentada y angulosa. Así como los poetas del siglo de oro fueron militares ó frailes, sacerdotes ó aventureros, cuando no fueron ambas cosas juntas, como si la audacia de su fantasía los llevase á buscar lo desconocido, á intentar lo difícil y á emprender lo que les presentaba obstáculos, de igual manera los poetas románticos de nuestra era han sido personajes de una epopeya, héroes de un drama, protagonistas de una accion interesante y enrevesada que descritas por ellos mismos revestirian la condicion de una obra de imaginacion. García Gutierrez fué pobre, fué soldado y escribió *El Trovador* al toque de las cornetas, en inmunda cuadra de uno de los peores cuarteles de Madrid, apoyando los pliegos de papel sobre el banquillo de una tarima, teniendo por tintero una jícara rota, y por pluma una malísima de ave que le prestaba un cabo furriel. En estas condiciones, rodeado del tumulto y la agitacion de los cuarteles, entre el ir y venir de los soldados, escuchando aquí la cancion de unos y poco más allá la disputa que otros tramaban sobre si les faltaban ó no cartuchos en la canana, es como escribió *El Trovador* García Gutierrez. Los que imaginan que las comodidades y el regalo, el suntuoso despacho tendido de tapices de Gobelinos, la mesa de ministro, las estanterías llenas de bien encuadernados libros, el confort y la felicidad son otras tantas musas que contribuyen á que los partos de la fantasía sean felices, tienen en esto una respuesta que es imposible negar. Las musas se enamoran más bien del pobre que del rico, y tal sucede que un escritor ha escrito en la miseria sus mejores obras y el dia en que la felicidad le sonrie dejan de serle fieles aquellas hermosas y tornadizas doncellas.

García Gutierrez ha cumplido los 71 años. Nació en Chiclana. Sus padres eran honrados y humildes menestrales. La proteccion de Ventura de la Vega y más aún la de Antonio Guzman, el inolvidable actor, le sacó de la oscuridad. Por primera vez en la representacion y estreno del *Trovador* se dió el caso de que el autor de la obra saliese á escena llamado por el auditorio; desde entónces esa costumbre se ha conservado cuidadosamente, porque las exhibiciones de la vanidad tienen sacerdotes que velan por la conservacion de sus ritos. Y es lo cierto que se ha abusado de estas exhibiciones que parecian reservadas al genio para que se las tributase un público electrizado por las grandezas y maravillas de una situacion extraordinaria y magnífica. Así, pues, cuando en un teatro, á la primera representacion de un drama absurdo ó de una comedia ridícula, vemos como la *claque* saca al proscenio al autor de aquel engendro, nos acordamos de García Gutierrez y nos parece ver en esta exhibicion cómica de la vanidad y de la medianía un insulto á la memoria de aquel gran poeta. Fué el primero en recibir en teatros españoles las ovaciones del pueblo.

No tengo necesidad de hacer la lista de las obras de García Gutierrez, porque la ilustracion del lector sabe de sobra que el autor de *Venganza catalana* y de *La Criolla*, de *Juan Lorenzo* y de *El Grano de arena*, de *Margarita de Borgoña* y *El Paje*, de *El Encubierto de Valencia* y *El Rey Monje*, de *Don Juan de Marana* y de *Calígula*, recorria todos los tonos de la lira dramática, ya arrancándole las dolorosas vibraciones de la tragedia, ya las alegres carcajadas de lo cómico. Van desapareciendo estos insignes varones que fueron la gloria de la generacion á que nuestros padres pertenecen. No hay en realidad quien los sustituya, porque á esa ilustre y numerosa pléyade sólo podemos oponer unos cuantos nombres no sancionados todavía con un aplauso definitivo é irrefutable. Tienen para nosotros estos autores insignes en que hemos aprendido el castellano, que nos han enseñado á gustar las emociones dulces de las bellas letras, la poesía majestuosa y serena de la ancianidad y el dulcísimo perfume de los recuerdos de amor. El crecimiento de su gloria va unido á nuestro propio crecimiento, el desarrollo de su celebridad va unido á nuestras propias impresiones, y forman con gusto un todo como el de la hiedra que se enrosca y trepa por el árbol. En la mansion donde para siempre residen estos ilustres hombres, será posible que recuerden el triste olvido en que trascurrieron sus últimos años. El público es entusiasta, pero tornadizo; fácil en sus entusiasmos, pero poco duradero en ellos. Y así acontece que es la historia eterna del genio, que nace en la pobreza y entre las privaciones: triunfa un dia y el aplauso le corona y le halaga, sigue engrandeciéndose y la envidia le muerde, y acaba glorioso, pero olvidado en el rincon de la modestia.

***

El cardenal Moreno ha fallecido.

El dia 27 se retiró por la noche á sus habitaciones, despues de corregir las pruebas de una pastoral que dirigia á los párrocos de la archidiócesis, y cuando por la mañana los familiares fueron á despertarle, se le hallaron muerto á consecuencia de una apoplejía fulminante. Nació el año 1817 en Guatemala, y cuando aquella república se separó de España vino muy niño aún con sus padres á la Península. El colegio de jesuitas de Madrid completó una educacion que habia recibido en los Escolapios de Valencia. Siguió la carrera de leyes, ejerció la abogacía, escribió un libro de hermenéutica legal. Cantó misa y rápidamente, merced á la proteccion decidida y constante del P. Cirilo de la Alameda, entónces arzobispo de Burgos, ocupó importantes posiciones de la jerarquía eclesiástica. Canónigo primero, provisor más tarde, vicario capitular poco despues, obispo y arzobispo en un espacio de 26 meses, estaba destinado por tan rápido encumbramiento á llegar en edad viril á vestir la púrpura cardenalicia. Así fué en efecto. No era un innovador ni un teólogo, aunque sus conocimientos de la historia de la Iglesia le daban autoridad en las discusiones sobre disciplina. Poseia un carácter entero y una tenacidad poco comun, merced á la cual en el arzobispado de Toledo y Primado de las Españas, consiguió inaugurar el culto en muchas pequeñas aldehitas cuyas iglesias habian sido derruidas hace años por los azares de la guerra, por las tormentas, ó por la incuria y el abandono. El admirable templo de San Juan de los Reyes, con sus muros calados como encajes, maravilla de las artes de Toledo, obra maestra de la poesía realizada en piedra con un cincel, floresta de granito entre cuyas arcadas los monjes pasaban con el libro abierto, recitando los salmos de David no tan bellos, con serlo tanto, como el recinto donde resonaban; y la iglesia de San Jerónimo el Real, sita en el Prado de San Fermin, fundada por un rey ciego, en honor de aquel que le deshonraba, lindo alarde del arte gótico flamígero, deben su restauracion á la munificencia del cardenal Moreno. Habia hecho administrar las iglesias de Madrid, cuyos curatos sabia que estaban vacantes, por curas ecónomos á sueldo; y los ingresos de pié de altar iban íntegros á las arcas del arzobispado, no ciertamente para enriquecerse quien tal disposicion habia adoptado, sino para invertir aquellos fondos en las necesidades generales de la Iglesia, en opulentísimas limosnas que enviaba á Roma para el dinero de San Pedro, en la construccion de nuevos templos y en la reparacion de aquellos que necesitaban mejoras. Ha muerto dejando una escasa fortuna, escasa si se la compara con las cantidades fabulosas que entraban en las arcas de aquel arzobispado y de las que no tenia que dar cuenta sino á Dios. La virtud le acompañaba en una vida de austeridad y modestia.

Cuando estas líneas se impriman su cadáver reposará en la Catedral de Toledo: le habrán salido á recibir bajo los pórticos de aquel maravilloso templo las sombras del cardenal Tavera y del cardenal de Borbon, los dos grandes príncipes de la iglesia toledana. Habrá resucitado la corte de los legionarios y habrán salido de los rincones de sombra en que se ocultan aquel enjambre de santos de piedra para formar procesion vistosa y multiforme en honra del que durante algunos años rigió la iglesia y la archidiócesis de Toledo. Descanse en paz el espíritu de este varon insigne.

***

La guerra de Francia y China es hoy por hoy el motivo principal de las conversaciones entre las gentes aficionadas á las cuestiones diplomáticas. Nos interesa poco lo que tan léjos sucede.

Sin embargo, el misterioso encanto que rodea á la China con sus murallas que la aislan del resto del mundo, con su habilidad en las artes mecánicas, con la posesion de inventos como el del papel, la pólvora y la brújula que parece poseian ántes que nosotros, dan algun interés á las noticias que se reciben de aquel país. En esto como en otras muchas cosas la fantasía y la realidad andan disgregadas; y en España la fantasía nos presenta á la China como un país famoso. Hay en él pájaros con alas de plata y sus colas de copioso plumaje caen al suelo desde el árbol en que están ellos posados como la cola del traje de baile de una dama de Luis XV. Hay arbustos que por el color de sus ramas y por las líneas curiosas que describen en un cielo siempre azul y centelleante de luz meridiana recuerdan al coral. Las mujeres y los hombres se visten lo mismo y apénas si se diferencian unos de otros por un lacio y minúsculo bigote y por el tamaño de los piés que el sexo débil oprime y martiriza en coturnos de hierro. Hay casitas pequeñas que parecen construidas con arreglo al patron de las cajas de cerillas italianas; hay puentecitos minúsculos sobre riachuelos que se brincan de un salto; hay mares de agua dorada en que flotan gruesos pescados de cuyos labios penden unas barbas angulosas y cuyas aletas tienen los reflejos de los metales preciosos; hay familias congregadas delante de pequeñísimos kioskos ocupadas en delicadísimas faenas. Y en todas estas representaciones del pueblo chino no se adivina una existencia laboriosa llena de fatigas, sino más bien el intento de hacer productos que se hacen ménos pesados y enojosos ejercitándose en las construcciones de jaulas para pájaros, de objetos de marfil y en el moldeo de delicadas porcelanas.

La realidad nos presenta al pueblo chino bajo muy distinto aspecto. Hay en él comarcas donde el hambre reina como una peste negra que va llamando hoy á una puerta, mañana á otra y cria á las generaciones cada vez más débiles hasta el extremo de que los jóvenes de veinte años apénas pueden ya andar por su propio pié. La vejez se anticipa, porque el hambre anticipa las enfermedades. Hay otras regiones donde la peste bubónica diezma al vecindario. No son amigos de la guerra y su ejército está indisciplinado. El sonido de un tiro le dispersa, porque aquella raza de enanos de ojos oblicuos y larguísimas trenzas no ha sido creada para conquistar el mundo, sino para conservar el pedazo de tierra enorme que Dios le distribuyó en la reparticion de las naciones. Francia necesita reverdecer los laureles de Magenta y de las Pirámides y ya que no puede habérselas con Prusia, lo cual constituye el principal atractivo del porvenir para ella, ensaya sus cañones Armstrong y la nueva organizacion de su infantería, luchando con esta mesnada de cobardes chinos, y echando á pique con el orgulloso tronar de los cañones de sus acorazados las débiles embarcaciones que como un ejército de cárabos navega en las aguas dulces de aquellos sonrientes rios. ¡Pobre China y desventurada Francia! Aquella perecerá ó sufrirá las condiciones que Francia le imponga, como Francia tuvo que sufrir las condiciones que Alemania le impuso. Esta es la vida y esta es la historia triste y desesperante. ¡Cómo ha de ser!

***

Continúa el viaje de SS. MM. por la costa de Galicia, y es una serie no interrumpida de sorpresas, no sólo de los reyes sino de los altos dignatarios que los rodean, el espectáculo obligado de aquellas perspectivas no soñadas, de aquellas rias deliciosas sombreadas por árboles de verdor eterno, de aquella accidentada cresteria de las rocas que limitan el término del mar. Galicia tiene muchas condiciones para que España la dedique dos meses del año; es decir, para convertirse en el jardin de los madrileños que necesitan desde julio á setiembre irse á una parte fuera de Madrid. La frescura del ambiente, la hermosura del paraje, el encanto de la vida de sus ciudadanos que aún conservan un resto de la sencillez primitiva cantada por los poetas bucólicos, son los atractivos principales que harán á los madrileños preferir á otra cualquiera las playas de Galicia. La política en tanto está dormida, porque no es compatible con los placeres idílicos que hoy gozan los encargados de regirla. Más vale así: otras veces ha sido la política el drama, hoy es el idilio; y lo más, lo más, se aventuran á emitir opiniones sobre el porvenir entre una partida de caza y una expedicion en lancha por una ria de la provincia de Pontevedra.

***

El microscopio del doctor Llopps continúa atrayendo un público numeroso á los jardines del Buen Retiro. Gran sorpresa han producido las revelaciones de lo infinitamente pequeño. El hombre habia creido poseer la ciencia absoluta de la tierra cuando supo que habia en ella elefantes y ballenas, tigres y panteras; lo monstruoso y lo feroz le sedujeron en un principio, pero luégo ha resultado que hay algo más temible que estos habitadores de las selvas no pobladas, y que en una gota de agua, en una gota de sangre, en la epidermis de nuestras manos y en el pétalo de una rosa hay naciones, y naciones de pueblecitos infinitamente pequeños que se reproducen con una facilidad portentosa, que viven un segundo, y que apénas mueren, de su propio cadáver nacen cien generaciones que se reparten en lucha civil incesante, el dominio de un átomo microscópico de planeta. Este hervir de la vida de lo infinitamente pequeño nos aterra cuando el microscopio nos lo muestra en toda su verdad. ¡Qué ir y venir tan activo y agitado; qué luchas tan crueles y tan imprevistas! Aquellos animalitos que nos tragamos en un vaso de agua y cuya inmensidad de número no basta á empañar el cristalino líquido, tienen armas poderosas; luchan y se arremeten con garfios y con uñas; se devoran unos á otros, y convierten cada partícula de materia en el campo de batalla. Si algo fuera necesario para convencerse de que la vida es una lucha, no tenemos más que acudir al microscopio y él nos lo demostrará. Tambien tienen su amor, segun parece, estos animalitos menudos, y en la batalla de su vida que dura un segundo, hay una millonésima parte de este pequeño espacio que dedican á darse unos á otros un beso.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

¿SERÁ ALMIRANTE? acuarela por H. Valtenburg

¿Por qué no ha de serlo?... De ménos hizo Dios á Juan Barth, y no por esto dejó de ser el terror de los argelinos y de los ingleses.

Las cosas requieren vocacion, disposicion y aplicacion. En cuanto á vocacion, la de nuestro rapaz es hereditaria: marino fué su padre, marino fué su abuelo; el mar es sepultura de uno y otro, y sin embargo, el niño persiste en el empeño de la familia: el mar es su elemento, el mar es su esperanza... ¿Tendrá vocacion el chico?...

Con un pedazo de corcho, un guiñapo, un bramante y un mal cuchillo ha construido un barquichuelo que pondria en movimiento el aire producido por el aleteo de un pájaro... ¡Para que luégo vengan ingenieros á enseñarle cómo se construyen los acorazados de primera clase!... ¡Qué Comerma ni qué niño muerto!... La vocacion hace á los héroes... Ese muchacho está en camino de almirante...

¿Se aplicará?... Hé aquí el problema. Un secreto impulso nos dice que sí; no hay sino fijarse en las líneas de ese rostro infantil ya acentuadas, en la atencion con que ejecuta su trabajo, en algo que revela una fuerza de voluntad superior á sus años, esa fuerza de voluntad que ha dado lugar á una frase consoladora para los desheredados: querer es poder.

La acuarela de Valtenburg está hecha de mano maestra, con una firmeza, con una seguridad que demuestran la que su autor tiene en el dominio del arte.

UNA PARTIDA DE BOLOS, cuadro por A. Viendt

La vida en el interior de los castillos señoriales era, si mucho se apura, regalona y ostentosa, pero adolecia de monótona. Unicamente así se explica la presencia en tales sitios de los *locos* ó bufones y las familiaridades á que les tenian acostumbrados aquellos orgullosos barones y aquellas tan recatadas castellanas. El *loco*, unas veces con sus agudezas, otras veces con sus narraciones, á menudo con sus groseras chocarrerías, interrumpia el silencio de aquellos inmensos salones, apénas turbado una vez al año por la presencia de algunos caballeros vecinos, á quienes todo se les iba contando sus brutales hechos de guerra.

No es de extrañar, por lo tanto, que las damas de nuestro cuadro, á falta de mejor y más propia distraccion, jueguen á los bolos con el *loco* del castillo. En algo se ha de pasar el tiempo cuando no existe sociedad y la biblioteca contiene apénas unas cuantas vidas de santos, que las niñas se saben de memoria, y algunos tratados venatorios, de una falta de interés indiscutible.

El asunto está bien tratado en el cuadro que publicamos, de composicion agradable y dibujado correctamente Los accesorios están oportunamente escogidos, de suerte que el conjunto, á pesar de ser fastuoso, tiene un cierto tinte melancólico que sienta perfectamente á la escena. Indudablemente en el interior de ese rico salon se respira ambiente de soberano fastidio.

EL D. JUAN DE LOS MÉGANOS, cuadro por Cárlos Mucke

Tomó tierra el jóven marinero tras un largo viaje, y como la nave no desplegará de nuevo sus velas hasta pasados unos dias, el ocioso tripulante emplea el tiempo cortejando á las muchachas que se prestan á darle oidos. El marino necesita dejar un recuerdo en tierra; necesita, durante las eternas horas de calma, lanzar un suspiro que tenga la seguridad de encontrar en el espacio otro suspiro; necesita, cuando la tempestad azota el buque, tener la certeza de que hay un alma enamorada que ruega á la Vírgen por la salvacion del náufrago.

Quizás algun marino no muy escrupuloso exagera esta necesidad hasta dejar una novia en cada puerto donde toca; y á esa excepcion pertenece probablemente el *Don Juan* de nuestro cuadro, que galantea á esa pobre niña, no sin que de ello se resienta el maldito amor propio de sus compañeras.

Una de las buenas condiciones de ese lienzo es la apacibilidad que todo él respira. Bajo ese cielo sin nubes, cabe ese mar sin olas, parece que pueda vivirse en permanente éxtasis amoroso Las obras de ese autor son muy apreciadas por su entonacion y figuran como modelos de lo que pudiéramos llamar color verdad.

El gran Iguanodon del Museo de Bruselas

El animal, cuyo esqueleto representa nuestro grabado, llama la atencion, no sólo por su tamaño colosal, sino por su semejanza con el Kanguro gigante. Como él tiene una cola enorme, los miembros inferiores muy largos y los superiores muy cortos. Los paleontólogos clasifican á este animal entre los reptiles, lo cual parece un contrasentido, toda vez que el Iguanodon podia erguirse como el hombre y coger á su agresor entre sus brazos.

En el Museo de Historia natural de Bruselas hay bastantes iguanodones, entre ellos, dos que miden, el uno 10 metros y el otro 14 de longitud, y que fueron extraidos en 1878 de un depósito carbonífero, situado en la localidad de Bernissart, entre Mons y Tournai. La mayor parte de ellos lo han sido de una profundidad que variaba entre 330 y 360 metros.

Segun M. Dollo, naturalista de dicho Museo, el *Iguanodon Bernissartensis* pertenece á la clase de los Dinosaurios y al órden de los *Ornithopeda*. El individuo representado en nuestro dibujo mide 9^m,50 desde la punta del hocico hasta la de la cola, y erguido sobre sus miembros posteriores tiene 4^m,36 de altura sobre el nivel del suelo. Su cabeza es relativamente pequeña y muy comprimida: sus dientes, en número de 92, renacian indefinidamente, es decir, que tan luégo como uno de ellos se gastaba, le sustituia al punto otro. Segun hemos dicho, sus extremidades posteriores eran más grandes y robustas que las anteriores, y por su estructura se parecen á las de las aves, terminando en cuatro dedos.

El insigne naturalista Cuvier fué quien clasificó en 1822 los primeros huesos de este sér antidiluviano, á la sazon recien descubiertos. Gedeon Mantell, que efectuó este descubrimiento, presentó los dientes del Iguanodon al exámen de dicho naturalista, y Cuvier los atribuyó sin vacilar á un gran reptil herbívoro, en lo cual no se equivocó, pues el régimen de los Iguanodones era exclusivamente vegetal.

Todo induce á creer que estos dinosaurios tenian costumbres acuáticas, y que debian vivir en los pantanos y á orillas de los rios cuyas aguas podian servirles de refugio. Estos animales de los tiempos geológicos cortaban las plantas de que se alimentaban con el pico córneo en que remataban sus mandíbulas, y las trituraban con los numerosos dientes que guarnecian la parte posterior de su boca. Así engordaban, á pesar de su tamaño, para servir probablemente de presa á los grandes carniceros, por ejemplo, á otros dinosaurios (*Megalosauros*), armados de dientes cortantes y de garras aceradas.

SOLDADOS ÁRABES EN EL DESIERTO,

Cualquiera compadece á nuestras bravas tropas cuando las necesidades de la guerra las impone una vida llena de fatigas y de privaciones. ¿Qué significan, empero, las privaciones y fatigas que experimentan nuestros soldados, comparadas con las de los soldados del cuadro que reproducimos?

Mal alimentados, mal equipados, montados en incómodos animales cuyo paso, si rápido quebranta, si lento marea, atraviesan las llanuras de la Arabia, esos desiertos en los cuales los horizontes parecen sucederse unos á otros con una tenacidad aterradora. Encima de la cabeza un cielo de fuego, bajo las plantas del dromedario piedras que parecen de candente lava y arenas en que se hunden las pezuñas como en un brasero encendido. De los cuatro elementos de la naturaleza, únicamente parece subsistir el fuego...

El cuadro que publicamos da una idea de esas comarcas inhospitalarias, de esos soldados, dignos hijos de ellas, y de los rigores de la guerra en un país que parece destinado á fijar los límites de la civilizacion.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

ESCENAS PARISIENSES.—¿Qué ha sucedido?

CUADRO POR J. L. PELLICER

No es necesario conocer á Paris para estimar este cuadro en lo mucho que vale. Cualquiera comprenderá que en una poblacion de dos millones de habitantes se han de producir continuadamente escenas como las que representa; pero se necesita ser un observador muy fiel y un maestro en el difícil arte de agrupar á un gran número de personajes, para que haya en un cuadro animacion sin confusion, es decir, para que el asunto no se imponga al autor, sino que éste domine el asunto.

Hay, además, en el cuadro de Pellicer un estudio de tipos variados y todos ellos copiados fielmente. Todos esos tipos, todas esas figuras, se hallan dominadas por una misma idea, y aunque constituyendo personalidades ó grupos independientes, todos convergen á un mismo punto, todos se preocupan de lo que ha sucedido. Las figuras del cuadro son en gran número; y sin embargo ni una sola desentona el pensamiento, ni una sola deja de estar en situacion. A pesar de lo cual no hay una sola actitud violenta, no hay un personaje metido por fuerza, no hay un semblante, un detalle solo, que distraiga al espectador y le lleve á otros ideales que no sean el propósito del artista.

Nuestro parabien á Pellicer. La ILUSTRACION ARTÍSTICA se honra con su colaboracion y se promete que su ilustre paisano la proporcionará frecuentes ocasiones en que dar á conocer su privilegiado talento.

LA BATALLA DE LOS ÁRBOLES

Varios hombres decidieron un dia constituir una nueva sociedad, una sociedad ejemplar donde la vida corriera entre flores como libre arroyuelo. Era una secta de reformistas, de esos que la filosofía ha forjado en el hornillo calenturiento de sus sabios disparates.

—El océano,—se dijeron aquellos apóstoles de la felicidad terrenal;—es grande y desconocido. Lancémonos á él en busca de una roca solitaria donde estableceremos nuestras casas, nuestras escuelas, nuestros gimnasios, nuestros talleres y nuestros templos.

Y en efecto, á poco, vieron los buques que cruzaban el dilatado mar, un vapor enorme, todo blanco, cuyo color mostrándose á distancia, decia que allí viajaba sobre las revueltas olas la paz más paradisiaca.

Pronto el vapor de los reformistas perdióse entre las sábanas de ebulliciente agua de los trópicos, y trascurridos algunos meses despues de su partida, nadie supo de él. Entre tanto el intrépido vapor caminaba de region en region, de costa en costa, de isla en isla, de peñasco en peñasco. Pero á todas partes á donde llegaba, ya el suelo tenia las huellas del paso destructor del hombre. Los reformadores necesitaban un terreno vírgen donde implantar sus doctrinas, virginales tambien.

Por fin, un país inhabitado se manifestó á sus ojos atónitos. Era una prolongada lengua de tierra, aislada en medio de las olas. Despoblada de todo animado sér, no habia en ella rastro alguno de vida, fuera de la vegetal. En efecto, los árboles cubrian completamente aquella extension de tierra, en términos de que muchos de ellos se adelantaban hasta dentro del mar. Su apiñamiento era extraordinario, y bien pudiera comparárselos á un ejército, con su centro, sus alas de ataque y sus puestos avanzados.

Echaron anclas allí los tripulantes, y abandonando la aguja náutica, pusieron en sus manos el arma del leñador. Las hachas brillaron mordiendo los árboles, como serpientes; las ramas y los troncos empezaron á caer con lastimeros gemidos al suelo. El terreno se aclaraba; el bosque aparecia calvo aquí y allá; el reformador levantaba su reino sobre el aniquilamiento de la naturaleza.

¡Ah! el bosque no pudo resistir. Era la estacion del invierno, y los tallos desgajados se secaban entre el polvo, sin poder arraigar de nuevo. Los árboles indefensos dejáronse, pues, descuartizar, quemar ó torturar por la saña civilizadora del hombre triunfante.

Los troncos más robustos fueron destinados á la construccion de las viviendas; los más delicados y bonitos sirvieron para aderezar los muebles; los más deformes y nudosos, aquellos que mellaban el diente de acero que queria herirlos, fueron condenados al fuego. La selva quedó al cabo arrasada.

Los innovadores, estacionados allí de este modo, gozaron en paz de su victoria. Fuera de algunas contiendas, levísimas es cierto, reñidas á media voz, en el momento de elegir jefe, aquella tribu de anacoretas sociales, vivió desde luégo en medio de la más deliciosa armonía. Acariciados durante el dia por los rayos de un sol purísimo; calentados por la noche con la llama rabiosa de la leña cortada al bosque; arrullados siempre por la brisa del mar, que era allí blanda, risueña y juguetona como un niño, no pudieron ménos de creer realizados sus sueños los reformistas.

Sin embargo, ciertas dificultades comenzaban á surgir á medida que trascurria el tiempo Las aves, que no veian en la nueva colonia rama alguna donde posarse, pasaban de léjos, privando de este modo á aquellos hombres del alimento de sus carnes. La pesca retirábase tambien de aquella costa, en que las plantas no podian ofrecerle ya el sabroso cebo de sus semillas. Además el invierno era pasado, los efluvios de la primavera dejábanse sentir por todas partes.

Obsérvóse que á la aproximacion de la nueva estacion, todos los muebles empezaban á crujir. Por las noches, el rumor que levantaban los estallidos de las maderas, impedia á los habitantes conciliar el sueño. Algunos dias despues, el espectáculo que presentaba la poblacion, y todas las cosas, era sorprendente. Encorváronse las tablas de las mesas, las hojas de las puertas se plegaron, las vigas se retorcieron, los lechos tomaron posturas de doloridos, las sillas encabritaron sus piés, los armarios hincháronse pareciendo á hidrópicos. Nadie podia dormir, ni comer, ni sentarse. Todos los semblantes estaban aterrados, como á presencia de una catástrofe que nos hace sufrir, pero que no sabemos explicar.

Pero no fué esto todo. En los nudos de las maderas brotaron yemas, de las yemas salieron tallos, y de los tallos ramas cuajadas de hojas. Inútilmente el hacha hacia su oficio: los retoños volvian á aparecer al dia siguiente, más lozanos y más pujantes que nunca. La poblacion, encarnizada en su lucha contra aquella invasion de las hojas, cortaba y cortaba todo el tiempo que tenia fuerzas; pero cuando, agotado su vigor, se entregaba al reposo, el bosque redoblaba su ardor de germinacion, y toda la obra del hombre quedaba anonadada por la savia de la naturaleza.

Ya la primavera estaba en su apogeo. No por dias, sino por instantes se reproducian aquellos troncos, nacidos á la vida. Cada astilla rota echaba raíces, botones y flores. Las casas se convirtieron en una masa compacta é impenetrable de verdura. Los hombres eran visiblemente expulsados al mar. Así lo comprendieron al fin, so pena de ser ahogados bajo un océano de follaje.

Embarcáronse en el vapor que les habia traido; y ya bogaban en alta mar felicitándose de haberse librado de aquella como venganza de los árboles, cuando, alzando los ojos, vieron que el palo mayor, recientemente puesto, tambien echaba ramas.

Sin embargo, eran tristes y sombrías como es todo lo que va prisionero.

JOSÉ DE SILES.

ROSA DE AMOR

(Conclusion)

Todo esto estaban oyendo el conde de la Almazara, el de la apuesta con Quevedo y sus amigos, desde la reja de la casa del conde de Oñate, y se les ocurrió que tal vez don Francisco se habia valido del ardid de los petardos para apoderarse de la hermosa doncella, lo cual celebraban entre sí en voz baja, por no ser reparados, como un ingenioso modo de salir adelante con su empeño; cuando hé aquí



UNA PARTIDA DE BOLOS, cuadro por A. Viendt



EL D. JUAN DE LOS MÉGANOS, cuadro por Cárlos Mucke

que volvian los mozos que habian conducido en la silla de manos del convento á la dama y deteniéndoles el alcalde les preguntó á dónde iban y de dónde venian, á lo que le contestaron que habian ido á llevar á su casa, con su marido, á una señora que en los ejercicios se habia desmayado á causa de los petardos.

—¿Y habeis vosotros visto á esa señora?—les preguntó el escudero.

—Sí que la hemos visto,—respondieron,—y era muy hermosa y estaba muy ricamente prendida.

—¿Y era blanca y rubia?

—Sí.

—¿Y llevaba un collar de perlas gruesas como garbanzos y con una cruz de oro y rubíes?

—Cabal que sí.

—Pues esa señora,—dijo el escudero dirigiéndose al alcalde,—no es casada ni por señas, sino doncella y muy doncella y nuestra ama que se nos ha perdido y la estamos buscando.

Oido lo cual, el alcalde preguntó á los mozos:

¿Y á dónde á esa señora habeis llevado?

Dijéronlo los mozos y el alcalde repuso:

—Venid con nosotros y guiad; y vos, escudero, estaos quedo, que vos aquí ya no tocais pito; rapto hubo de doncella y asunto es este de justicia.

—Y del que daré yo cuenta al que puede más que vuestra señoría, cuando sepa esta desventura,—añadió el escudero acercándose al alcalde y en voz baja.

—¿Y quién es ese que puede más que yo?—vociferó escandalizado el alcalde.

—El que va con vuestra señoría en esa vara,—dijo en voz más baja el escudero.

—¡El rey!—exclamó estupefacto el alcalde.

—Y no diré más á vuestra señoría aunque me hagan tajadas,—concluyó el escudero:—pero que con lo que he dicho basta para que se haga lo que se debe.

—Guiadnos,—dijo el alcalde á los mozos;—y vos,—añadió volviéndose al escudero,—haced como si nada me hubieseis dicho y seguidme tambien. Quédense aquí un mozo con las dos sillas de mano y la criada, y adelante.

Y todos echaron á andar.

La criada para no mojarse más se metió en la silla de manos de su señora.

—¿Qué os parece si nos apoderásemos de esa doncella?—dijo el conde de Almazara á sus amigos:—ella nos diria más de lo que quisiéramos saber.

Pues sea,—contestaron los otros.

Y saliendo en número de seis á la calle, acometieron á cintarazos al mozo del convento que con las dos sillas de mano se habia quedado, le pusieron en fuga, quedóse la calle desierta y cargando entre todos con la silla de manos en que la doncella se habia refugiado se metieron en casa del conde de Oñate en que vivia uno de los de la partida.

XIII

Entre tanto Quevedo habia ayudado á la dama, aturdida aún, á subir á su aposento.

A pesar de su audacia, don Francisco se sentia como sujeto por el hechizo de la maravillosa hermosura en que sus ojos se cebaban á la fin; ella, mal vuelta en sí de sus desmayos, miraba con asombrados ojos á Quevedo y luégo revolvia su mirada atónita por el mezquino aposento en que se encontraba, porque don Francisco, aunque era noble y señor de la Torre de Juan Abad, estaba tan pobre como si sólo fuese hijo de las musas.

Al fin se le fué esclareciendo más la mirada y volviéndosele los colores al hermoso rostro, dijo sonriendo:

-Yo os conozco.

—¿Y dónde me habeis visto, señora?—preguntó todo turbado Quevedo y con el corazon abierto.

—¡Aquí!—dijo ella poniéndose un dedo en la frente.

—¿En el pensamiento?

—Sí, porque vos sois como yo quisiera al hombre que habria de ser dueño de mi voluntad. Yo no tengo miedo junto á vos. Me parece que sois mi hermano. Pero ¿por qué estoy yo aquí?

Quevedo le refirió lo que habia sucedido despues de haber reventado los petardos en los ejercicios: que habia caido desmayada en sus brazos y todo lo demás que nuestros lectores saben, y ella le dijo:

—Pues si quereis que yo os estime, porque veo que sois bueno y no quereis que mi honra padezca, llevadme á mi casa que es aquí cerca de la parroquia de San Nicolás y en la calle del nombre que me han dado.

—¿Y qué nombre es ese?—repuso Quevedo.

Salgamos,—dijo ella,—que puede descubrirse por los mozos si alguno les preguntase á dónde me han traido, y á vos os castigarian por raptor y se perderia mi honra.

—Discreta sois,—observó Quevedo:—yo aturdido con las ansias de vuestra hermosura, no habia pensado en lo que sábiamente habeis dicho. Vamos pues, pero habeis de prometerme hablar conmigo por la reja.

Por eso no quede; y vámonos en este mismo punto; no sea que sobrevengan y no tenga remedio mi desdicha.

Ella entre tanto se habia arreglado lo descompuesto de su traje.

Quevedo le dió el brazo para bajar las escaleras, y salieron á la calle.

Dejó entornada la puerta Quevedo por no entretenerse, que tenia miedo de que volviesen, no por él, sino por la honra de ella, que ya la queria como cosa propia por el encanto de su hermosura, y porque tenia la seguridad de que aunque entraran ladrones no podrian robarla, y andando deprisa y callando con la señora de sus sentidos y casi corriendo porque no los cogiesen y porque la lluvia era á cada momento más recia, llegaron á la calle de la Rosa de amor, inmediata á la plazuela de San Nicolás: llamando á grandes aldabadas, se dió ella á conocer al criado que acudió á la puerta, entróse y poco despues hablaba con don Francisco por una reja:

—Me dijisteis,—dijo Quevedo,—que la calle en que viviais se llamaba como vos os llamais: yo no conozco esta calle: he estado mucho tiempo en Nápoles con el duque de Osuna y la han abierto durante mi ausencia.

—Verdad es que es calle nueva, y los vecinos por vivir yo en ella, y por un respeto como ellos dicen á lo que llaman mi hermosura, me han puesto un nombre que es Rosa de amor, y este mismo nombre en sesion del concejo de la villa se lo han puesto á la calle.

—Pues no han podido poner un nombre más verdadero ni más justo ni más hermoso para la calle. ¿Y cómo os llamais vos de vuestro nombre verdadero?

—Yo no tengo nombre.

¿Qué no teneis nombre?

—Yo no conozco padres.

—¡Ah!—exclamó Quevedo no sabiendo qué decir.

—Yo no tengo más que mi nombre de pila,—dijo ella:—me llamo María.

—¿Y quién mantiene vuestro boato?—preguntó Quevedo con la voz casi ininteligible de celoso.

—Yo no lo sé.

—¿Que no lo sabeis?

—No: he preguntado á mi dueña que debe saberlo y me ha respondido que todavía no es hora.

XIV

A Quevedo se le habia puesto amarga la boca como las tueras.

De tal manera le habia sobrecogido la hermosa doncella con sus encantos que no habia sabido ni podido amarla más que con el alma: y como tenia la seguridad de que siempre la respetaria, miéntras su mujer no fuese, por lo que de una parte le parecia peligroso el matrimonio é imposible para todo hombre discreto, y por otra era muy ciego por la nobleza que no le hubiera consentido se casara con una mujer sin nombre, se sentia amargado é infeliz y maldecia la apuesta que sin saber lo que hacia habia empeñado con el conde de la Almazara.

—El hombre propone y Dios dispone,—exclamó Quevedo.

—¿Por qué decís eso?—le preguntó ella.

—Porque yo, que me habia propuesto no ser del martirologio, aunque llegara á ser santo, me encuentro sin ser santo en el mayor martirio que puede sufrirse agonizando en vida y viviendo en muerte.

—¿Y qué martirio es ese?

—El del amor.

—No le conozco y no sé lo que es, pero si lo que por vos siento es amor, á mí no me martiriza.

—¡Cuán bien se conoce,—respondió suspirando Quevedo,—que sois inocente y cuánto esto aumenta mi martirio!

—Pues confiad en mí, como yo confio en vos y creereis que se puede amar sin ser desventurado. Pero ¿cómo os llamais? Decídmelo.

—Vuestro esclavo se llama don Francisco de Quevedo y Villegas.

—¡Ah, el de las jácaras!

—¡El de las maldiciones! ¡nunca yo os viera!

—¡Ay de mí desdichada!—exclamó con una vehemencia infinita doña María.

—¿Os espantais de que yo sea desventurado?

—¡Ah! no es por eso, no, sino que he perdido un retrato que en un medallon tenia en el joyero del pecho.

—¿Un retrato de quién?—exclamó Quevedo cuyas palabras sonaron como un rugido.

—El retrato de una señora que yo creo que era mi madre y que he encontrado entre otras joyas en un cofrecillo. Y he perdido ese retrato en vuestra casa miéntras componia el traje: id, id y ved si recobrais ese retrato, si está allí; no reposaré hasta que lo tenga.

Quevedo se acordó de que habia dejado la puerta abierta, que era muy fácil fueran á su casa en busca de doña María, que entrasen, que encontrasen el retrato si allí se habia quedado.

—Pues esperad á que yo vuelva y os haga una seña que serán tres palmadas y bajad otra vez á la reja,—dijo Quevedo.

Y escapó.

XV

Cuando llegó á su casa vió que habia bultos á la puerta en los que acercándose reconoció alguaciles.

Allí pues estaba la justicia.

Se lanzó á la puerta.

—¿A dónde vais?—preguntó un alguacil.

—¿Qué, yo no puedo entrar en mi casa?—preguntó á su vez Quevedo.

—Pues si sois el dueño de esta casa, daos á prision al Rey nuestro señor.

Parecióle harto serio aquello á Quevedo que saltó atrás.

Pero sin tiempo.

Los tres alguaciles que estaban á la puerta se lanzaron sobre él y le desarmaron.

Luégo, y en peso, porque él no se entregaba, le subieron á la sala, donde estaba el escudero ó guardia de doña María, uno de los mozos del convento y algunos alguaciles.

Cuando entraron los que conducian á Quevedo, este vió que el alcalde examinaba á la luz de una linterna una joya que lanzaba de sí destellos como de diamantes.

Era sin duda el medallon que habia perdido doña María.

XVI

—¿Porqué estais en mi casa? ¿qué haceis aquí? ¿qué joya es esa que teneis en las manos?—dijo Quevedo, á quien los alguaciles habian soltado.

—¡Vos sois quien teneis que decirme quién sois!—exclamó con retumbante autoridad el alcalde.

—Yo soy,—contestó con una altiva expresion Quevedo,—don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad, del hábito de Santiago, y vos no teneis jurisdiccion sobre mí.

—¡Yo tengo en las manos el cuerpo de vuestro delito!—repuso con acento concentrado y tremebundo el alcalde.

—¿De qué delito, si os parece?

—Del de rapto de doncella y sacrilegio,—exclamó el alcalde.

—¡Vos mentís!

—¡Yo os meteré en la cárcel!

—¡Por desoir vuestra voz!

—Mandaré que os pongan una mordaza si seguís en vuestros desvergonzados desacatos.

—Yo protesto.

—En buen hora.

Y luégo volviéndose el alcalde al escudero le dijo:

—¿Reconoceis este retrato?

—Sí señor,—respondió el escudero:—este medallon lo llevaba esta noche mi señora sobre el pecho.

—Convencido estais, dijo á Quevedo el alcalde:—esta alhaja se ha encontrado en vuestra casa; ó sois un ladron ó le ha dejado aquí la señora cuyo rapto habeis cometido.

—¿Me dejais ver ese medallon?

—Sí, para convenceros.

Y el alcalde se lo mostró.

Quevedo ahogó un grito apénas vió el retrato, que era una bellísima miniatura en esmalte de una mujer hermosísima.

—¡El conde de la Almazara!—exclamó.

—¡Vos estais loco! pues ¿no veis que este es el retrato de una dama?

—Sí; pero de una dama que se parece como una gota de agua á otra gota á mi amigo el señor conde de la Almazara.

—¿Quién me nombra?—preguntó el mismo conde entrando acompañado del de Oñate y de los otros amigos que debian haber sido los testigos de la apuesta que se habia empeñado entre el conde de la Almazara y Quevedo, y con la doncella de doña María.

¿Por qué estaban allí?

XVII

Cuando la doncella de doña María, á quien aquellos jóvenes nobles habian arrebatado, se vió en un salon del piso bajo de la casa de Oñate fuertemente iluminado por la gran llama de una chimenea y por una araña cargada de velas, lanzó un grito de sorpresa y se quedó mirando espantada al conde de la Almazara.

—Pero ¿qué os pasa, moza?—dijo este:—¿creeis que aquí se os va á hacer algun mal? Sólo queremos que nos deis noticias de vuestra señora.

—Pero mi señora debe ser vuestra hermana, caballero,—dijo la doncella

El conde se puso mortalmente pálido.

—¿Qué estás diciendo?—exclamó:—yo no tengo hermana alguna.

—Os pareceis todo, todo, todo,—murmuró la doncella, cuyo asombro crecia,—á una señora retratada en un medallon que mi ama usa mucho, y que dice que es el retrato de su madre.

—¿Eso decís vos?

—Eso juro y digo la verdad.

—Venid todos conmigo,—exclamó el conde:—venid tambien vos, moza: la que llamais vuestra señora ha sido robada por uno de nuestros amigos. Vamos á su casa.

Todos, inclusa la doncella, siguieron al conde.

Llegaron muy pronto á la casa de Quevedo.

Subieron.

Llegaron en el momento en que nuestro poeta nombró al conde.

Al decir este:—¿Quién me nombra?—Quevedo se encaró á él y le dijo con acento triunfante:

—He ganado mi apuesta.

Pero el conde no lo oyó.

Habia visto en las manos del alcalde el medallon.

—Señor alcalde,—le dijo,—¿es ese el retrato de una dama?

—Sí, y un retrato que se os parece como si fueseis vos mismo.

—¡Mostrádmelo, pues!

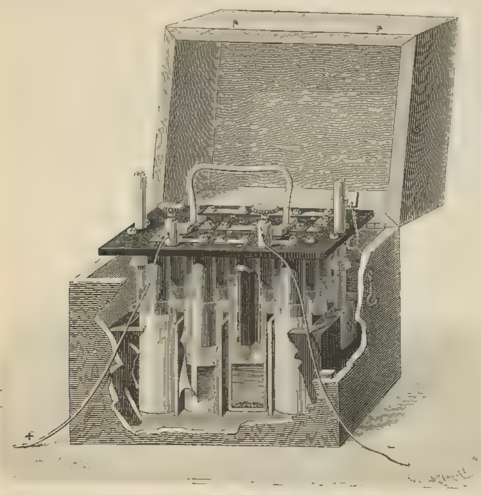
El alcalde se lo entregó.

—¡Mi madre!—exclamó con un acento indescribible.

Y se contuvo.

—Mi madre murió hace veinte años,—murmuró el conde:—yo no la conocí: pero ese retrato se parece á los que de mi madre están en mi casa.

A Quevedo se le puso de nuevo la boca amarga.


PILA DE BICROMATO DE POTASA PARA INFLAMAR LOS BARRENOS

La broma se hacia séria.

Lúgubre, trágica, formidable.

En la imaginacion de Quevedo, viendo y oyendo aquello, se revolvia el embrion de una tragedia espantosa.

El escudero mostraba su semblante feroz y su mirada se concentraba ya en Quevedo, ya en el conde de la Almazara.

—Declarad vos,—dijo el alcalde al escudero:—vos que sois criado de la señora robada por don Francisco de Quevedo, decid al señor conde de la Almazara si sabeis que esta joya pertenece á vuestra señora.

—Yo no tengo nada que decir,—contestó con acento feroz el escudero.

—Yo afirmo que esa joya es de mi señora,—dijo la criada,—y que mi señor me ha dicho mil veces que ese retrato es el de su madre.

—A mi cuenta y riesgo,—dijo el conde de la Almazara señalando al escudero,—ese hombre á la cárcel: hay que interrogarle acerca de una historia en que puede haber, en que hay de seguro un gran crímen. En cuanto á don Francisco de Quevedo,—añadió con acento sombrío,—ya nos entenderemos despues.

—Cuando salga de la cárcel á donde le llevo por sus delitos de desafuero: por rapto de doncella probado y por sacrilegio sospechado.

No hubo medio.

Los fueros de la justicia no podian atropellarse.

Quevedo y el escudero, que se llamaba Anton Repulga, fueron llevados á la cárcel.

XVIII

En ella y puesto en el tormento Repulga, medio despedazado, no pudiendo resistir más el dolor, confesó lo siguiente:

El conde-duque, cuyo poder no tenia límites, se enamoró de la condesa de la Almazara.

Durante una ausencia del conde en las tierras de Flandes, el conde-duque solicitó á la condesa, que excitada al fin por la grandeza del poder del conde-duque, sucumbió á su empeño.

De estos amores resultó un desdichado fruto.

Este fruto vino al mundo en secreto.

La condesa murió al dar á luz á su hija doña María.

Su padre el conde-duque la recogió y la puso en poder del que declaraba que la guardaba.

Doña María no conocia el nombre de sus padres, ni de la persona que la protegia.

Sólo conocia el retrato de su madre.

El alcalde se rascaba frecuentemente la oreja, cuando escuchaba esta declaracion, y se arrepentia de su debilidad por haber permitido que asistiera á ella el conde de la Almazara, cuyo semblante tenia una expresion de muerte.

Pero el proceso no tuvo por el momento consecuencias.

El conde-duque, á quien servilmente avisó el alcalde, mandó quemarlo.

Pero para Repulga las consecuencias fueron terribles.

Murió á consecuencia del tormento.

A Quevedo se le mantuvo en prision.

En cuanto al conde de la Almazara, se le prendió algun tiempo despues.

Se le complicó en un proceso de alta traicion y lesa majestad en que se habian empeñado algunos nobles amigos suyos.

El conde era inocente.

Pero ¿qué importaba su inocencia?

Sujeto una vez y otra vez á la cuestion del tormento, pereció en él.

De esta suerte el conde-duque se libró de un enemigo á muerte.

En cuanto á doña María, fué encerrada secretamente en el convento de Trinitarias.

Sólo entónces se soltó á Quevedo.

Este no volvió á ver á doña María ni supo lo que habia sido de ella.

La desdichada habia profesado.

No sabemos si por el amor de Jesucristo olvidó el que la habia inspirado Quevedo.

Estas fueron las consecuencias de una apuesta de libertinos.

Y esta es tambien la tradicion de la casa inmediata á la iglesia de San Nicolás, á la que por haber vivido en ella doña María se la llamó de la *Rosa del amor:* con el tiempo se olvidó el amor, y quedó á la casa el solo nombre de la Rosa que aún hoy lleva.

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA

III Y ÚLTIMO

Explosion de barrenos, minas y torpedos

La explosion de los barrenos y minas hecha por el sistema antiguo es una operacion con frecuencia peligrosa, y las desgracias que de vez en cuando causa son demasiado graves para que se haya tratado de evitarlas. Hé aquí cómo se procedia para inflamar la pólvora introducida en las minas. Hacíase comunicar el barreno con regueros de pólvora más ó ménos largos puestos en la superficie del suelo, por medio de tubos de hierro llenos de pólvora que en el lenguaje técnico llevaban el nombre de *salchichones.* Poníase luégo en el extremo del barreno un largo pedazo de yesca y se le encendia por la punta opuesta, calculando sus dimensiones de modo que el encargado de la operacion tuviese tiempo de alejarse. No hay para qué detenernos á demostrar el peligro que resultaba de una inflamacion demasiado pronta; á menudo tambien el retraso en la inflamacion era causa de desgracias, sobre todo si se prendia fuego á la vez á muchos barrenos; si se ignoraba cuáles eran los que habian estallado, y por último si se creian apagadas las mechas que en realidad no lo estaban.


EXPLOSION DE TORPEDOS POR LA ELECTRICIDAD: SISTEMA DE DEFENSA DE PUERTOS Y COSTAS, DEL GENERAL CHAZAL

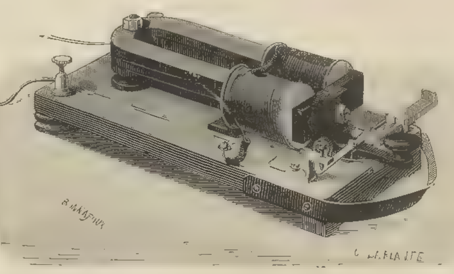
Valiéndose de las corrientes eléctricas, de la chispa que brota en el momento en que se cierra el circuito á mayor ó menor distancia, debia desaparecer, como en efecto ha desaparecido, todo peligro. Con este objeto se hace uso de la pila unas veces, y otras del carrete de induccion de Ruhmkorff ó de las corrientes inducidas de las máquinas magneto-eléctricas.

Desde el principio de esta nueva aplicacion de la electricidad, se ha empleado la pila; pero se necesita una de mucha fuerza y conductores metálicos de gran diámetro. Apénas se cierra el circuito se pone incandescente una espiral de platino metida en la pólvora, y sobreviene la explosion. Ahora se emplea una batería compuesta de elementos de bicromato de potasa, metidos en una caja y colocados de manera que, mediante un mecanismo muy sencillo, todos los cilindros de zinc se introducen á la vez en el líquido. Este sistema, que se habia abandonado por adoptar los que vamos á describir, ha sido perfeccionado y vuelve á estar en boga de algunos años á esta parte.

El método de volar los barrenos por medio de la chispa de induccion del carrete de Ruhmkorff se inauguró en las grandes obras del puerto de Cherburgo. Propuesto por Du Moncel, no dió al pronto buen resultado, por cuanto el poder calorífico de la chispa no era suficiente para inflamar la pólvora á la distancia á que estaba el barreno. Por fortuna, el ingeniero inglés Stateham acababa de inventar un cohete mucho más inflamable que los ordinarios; Ruhmkorff adoptó este nuevo artificio, y el éxito correspondió á sus esperanzas.

Este nuevo cohete consiste en dos hilos de alambre de cobre rojo, cubiertos de guttapercha, cuyas puntas libres, despues de encorvadas, se introducen en una cápsula de guttapercha vulcanizada.

Los dos hilos van á parar á uno ó dos milímetros de distancia, á una especie de caja que se llena de pólvora despues de haber impregnado las puntas del alambre de fulminato de mercurio. «Los primeros ensayos hechos en grande escala, dice Du Moncel, de la aplicacion del aparato de induccion de Ruhmkorff á los barrenos, los efectuó en 1853 el coronel español Verdú en los talleres de M. Herckmann, fabricante de alambre cubierto de guttapercha en la Villette. Se hicieron pruebas sucesivamente en alambres de 400, 600, 1000, 4800, 5000, 6400, 2600, 25000 y 26000 metros de longitud, y el resultado fué siempre satisfactorio, ya con un circuito compuesto de dos hilos, ó ya haciendo entrar la tierra en el circuito.


EXPLOSOR MAGNÉTICO, SISTEMA BREGUET

Para esto sólo se habian empleado dos elementos Bunsen.»

Para volar minas ó barrenos monstruosos, es decir, cargados de centenares ó millares de kilógramos de pólvora, metidos en muchas cavidades puestas en comunicacion entre sí, y obtener su explosion casi simultánea, se hace uso de un conmutador cuyo brazo se pone sucesivamente en contacto con placas de cobre unidas á cada barreno. De este modo se efectúan las explosiones unas tras otras, pero á intervalos tan inmediatos que se las podria creer simultáneas.

El uso de la electricidad para la voladura de barrenos ó minas no tan sólo es ventajoso por lo que respecta á la seguridad, sino que por su facilidad en producir efectos mecánicos gigantescos debidos á la simultaneidad de las explosiones, ofrece tambien una economía considerable (hasta 60 por 100) sobre el antiguo sistema de los regueros. En los trabajos efectuados en 1854 para hacer una dársena en el puerto de Cherburgo, bastó la explosion de seis barrenos para desprender de un golpe un bloque de 30,000 metros cúbicos de roca.

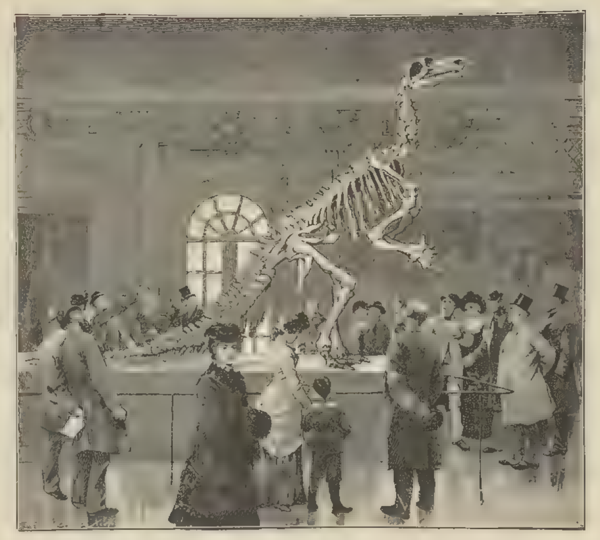
Hé aquí ahora un aparato explosor cuya potencia calorífica se debe al desarrollo de las corrientes inducidas y de la extra-corriente magneto-eléctrica, y cuyo inventor es M. Bréguet.

Consiste en un electro iman con sus polos enfrente de dos haces en forma de herradura fuertemente imantados y puestos de modo que tienen sus polos vueltos en sentido contrario, de lo cual resulta en la herradura del electro-iman una imantacion que se hace más enérgica con una armadura fija. Delante de ésta hay una pieza de hierro dulce mantenida en contacto con la armadura por medio de un resorte antagonista, y de la cual se le puede separar bruscamente imprimiendo un rápido movimiento al boton de un mango. La disminucion de fuerza que de esta separacion resulta en la armadura del electro iman, engendra una corriente inducida en los hilos de las bobinas, y además una extra corriente, cuya intensidad se agrega á la de la inducida. La fuerza de la extra corriente es la que principalmente se utiliza para producir la chispa,

y M. Bréguet ha discurrido una combinacion que permite valerse de dicha fuerza en el momento en que llega á su máximum. Con tal objeto hay una placa de muelle en contacto con un tornillo, la cual no se separa de él sino cuando la pieza de hierro dulce ha terminado su movimiento. Ahora bien; uno de los hilos de la bobina va á parar al tornillo y el otro al muelle, de suerte que miéntras dura el contacto el circuito se cierra por sí mismo, la extracorriente llega á su máximum cuando aquel cesa, y entónces sobreviene la descarga al través del circuito que va á parar á la mina.

Para evitar cualquier percance, un pasador impide que el mango se baje cuando el aparato está en comunicacion con muchas minas, no pudiendo este funcionar sino cuando, estando todo preparado, se quita el pasador. Entónces se puede dar la señal sin recelo alguno.

Se pueden usar, como en efecto se usan, los aparatos que acabamos de describir, no tan sólo para pegar fuego á los barrenos, sino para producir á larga distancia la inflamacion de toda clase de artificios peligrosos, ó de materias gaseosas tales como el *grisú*, ó simplemente para encender luces de gas que deban servir de señales. M. Trève, oficial de marina, ha propuesto que se adopte en la armada un telégrafo náutico destinado á reemplazar las señales nocturnas que, como es sabido, se hacen con fanales de combate. Estos fanales consisten en linternas provistas de lentes de escalones semejantes á las de los faros, y que se izan con una ó dos drizas al punto más alto del buque. Pero como en las operaciones necesarias para manejar, colocar en su sitio y encender estos fanales se invierte mucho tiempo, M. Trève ha propuesto hacer más rápido este modo de comunicacion, reemplazando las bujías de las linternas con el gas del alumbrado, y poniendo fijos los fanales en el sitio que deben ocupar. Unos tubos de plomo ó de cautchuc, que parten de un depósito de gas situado en la toldilla, van á parar á los fanales; abriendo ó cerrando una llave, se puede dar á uno ó á otro el gas necesario. Si en este momento funciona un aparato de induccion, por ejemplo un carrete de Ruhmkorff, distribúyese la luz á los fanales que tienen las llaves abiertas, y el comandante puede mandar hacer desde su camarote todas las señales compatibles con este sistema de telegrafía nocturna.



EL GRAN IGUANODON DEL MUSEO DE BRUSELAS

La inflamacion á larga distancia de las materias explosivas por la electricidad sirve para proteger los puertos y las inmediaciones de las plazas fuertes, segun dejamos dicho. Todo el mundo ha oido hablar de esos ingenios formidables llamados *torpedos*, cuya explosion es tan terrible, que si llega á estallar á tiempo, uno solo puede echar á pique el mayor buque de guerra. Los torpedos han desempeñado un papel importante en la guerra de secesion en los Estados Unidos, habiendo causado la pérdida de un crecido número de buques. Hé aquí en qué consistia el torpedo americano.

Era una caja de estaño de 45 ó 50 litros de capacidad, dividida en dos partes por un tabique trasversal: una de ellas contenia la carga de pólvora y la otra servia de cámara de aire. Una varilla de hierro metida en la pólvora y con una cápsula en su extremo, recibia el golpe de un martillo cuando al pasar un buque sobre el punto en que estaba sumergido el torpedo, tropezaba con un flotador provisto de una cuerda puesta en comunicacion con el engranaje del martillo.

En un principio no producia la electricidad la explosion; pero muy en breve se tuvieron en cuenta las ventajas que podia resultar de una inflamacion instantánea, y que quedaba al arbitrio de las autoridades encargadas de la defensa. El general Chazal, ex-ministro de la Guerra en Bélgica, ha combinado el uso de la electricidad con el de la cámara oscura, de un modo muy ingenioso para defender el Escalda con torpedos.

Bajo una tienda protegida por un terraplen, se coloca la pila ó el aparato de induccion que engendra la chispa. En dicha tienda se reunen todos los hilos que enlazan eléctricamente las líneas de torpedos con el aparato, estando numerado cada uno de ellos para evitar cualquier equivocacion.

Sobre una mesa se extiende un plano del Escalda en el que están indicadas las posiciones de los torpedos, y que no es otra cosa sino la reproduccion óptica del rio por el aparato de la cámara oscura colocado en el vértice de la tienda. Supongamos pues que se divisa un barco enemigo remontando el rio: el oficial encargado de la vigilancia y del mando podrá observar de minuto en minuto la posicion que ocupa relativamente á la línea de inmersion de los torpedos. En el momento oportuno, dará la órden conveniente al marino encargado del aparato eléctrico, é indicará el número del hilo cuyo circuito debe cerrar, y al punto ocurrirá la explosion. Segun parece, las pruebas hechas algunos años atrás han tenido el mejor éxito.

Durante el sitio de Paris, se puso en los alrededores de sus baluartes y fuertes una red de torpedos; mas como el ejército sitiador no dió ninguna embestida de cerca á la gran ciudad, este sistema de defensa, perfectamente organizado, no pasó de desempeñar un papel preventivo.

A. G.



SOLDADOS ÁRABES EN EL DESIERTO

IMP DE MONTANER Y SIMON.



AÑO III — BARCELONA 15 DE SETIEMBRE DE 1884 — NÚM. 142

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—MANDOLINATA, por don Benito Más y Prat.—EL ABRAZO DE LA AGONÍA, por don Enrique Valdivieso. AMOR Á PRUEBA, por don Cárlos Coello.—FUEGO DEL CIELO, por don M. A

GRABADOS: JÓVEN DE CAPRI, estudio por Sargent.—EDIPO Y ANTÍGONA, cuadro por J. Stallaert.—NOCHE TOLEDANA, dibujo por Ricardo Balaca.—SALVAMENTO DE UN HOMBRE CAIDO EN LA FOSA DE LOS OSOS DEL JARDIN DE PLANTAS DE PARIS.—¿NO VES QUE TE QUEMAS?—SEGADORES MUERTOS INSTANTÁNEAMENTE POR UN RAYO.

JÓVEN DE CAPRI, estudio por Sargent

NUESTROS GRABADOS

JOVEN DE CAPRI, estudio por Sargent

Un año ha trascurrido desde que Capri (Ischia) sufrió aquella gran catástrofe que recuerda el último dia de Pompeya. Si esta quedó sepultada bajo las cenizas del Vesubio, Ischia se desplomó instantáneamente sacudida por uno de los más horrorosos terremotos que consigna la historia.

Desde entónces, la pobre hija de Capri, tipo candoroso, que ántes de la gran desgracia, sonreia al sol y al mar y al extranjero, vaga llorosa por la playa de Nápoles, sin hogar, sin familia, estatua viviente, en cuya memoria solamente existe el hecho de su desdicha, recordado vagamente, como se recuerdan las pesadillas. No la pidais detalles de su vida: sabe únicamente que era feliz como la tierna avecilla que pasa el dia cantando y á cuyo frugal alimento proveen los cariñosos padres.... De repente... un rumor sordo, creciente, horrible; la tierra temblando y abriéndose como el dia en que murió el Señor; el mar encrespado y rugiendo cual en el instante de destruir al ejército de Faraon; muchos gritos de agonía, y momentos despues un silencio fúnebre, el silencio de los cementerios, más triste, si cabe, que el anterior estruendo.

La hija de Capri aún no ha vuelto de su asombro y de su espanto: tal aparece del estudio de M. Sargent, verificado á raíz de la famosa catástrofe de Ischia.

EDIPO Y ANTÍGONA, cuadro por J. Stallaert

La teoría del fatalismo, que en la mitología tiene por nombre el *Destino*, privó grandemente en la antigüedad. Su víctima más saliente es Edipo, que vivió y reinó en el siglo XIV ántes de J. C. Edipo era hijo de Layo y Yocasta: el oráculo habia pronosticado que el hijo de aquellos reyes de Tebas seria matador de su padre y marido incestuoso de su madre; por lo cual, apénas vino al mundo, fué abandonado á las fieras en un monte. Recogiéronle unos pastores, y cuando llegó á mozo, de ánimo esforzado y claro ingenio, dió realmente muerte á su padre, sin sospechar que tal era, á consecuencia de una disputa que con él tuvo en un camino público. Más tarde apareció un monstruo que asolaba á Tebas y devoraba á cuantos no acertaban á descifrar un complicado enigma. La mano de la reina viuda habia de ser premio de quien venciera al monstruo, fortuna ó desgracia que le cupo á Edipo. Unido fatalmente á su madre, tuvo de ella cuatro hijos, y los esposos y el reino eran muy felices, cuando se descubrió la terrible verdad, demostrando que el destino profetizado se habia cumplido en todas sus partes.

Edipo, parricida y marido incestuoso de su madre, volviendo su ira contra sí propio, se arrancó los ojos y se desterró de Tebas, maldito del pueblo y acompañado de su hija Antígona, modelo de amor filial.

El cuadro que publicamos y que da una perfecta idea de la desgracia de Edipo, representa á éste en su ancianidad, ciego, mendigando su pan de cada dia, objeto de la reprobacion general, y amado solamente de su fiel Antígona, que comparte con su padre el ostracismo, la miseria y el horror universal que aquel infunde.

En la desventurada historia del rey de Tebas se han inspirado poetas varios, entre ellos Sófocles, Voltaire y nuestro Martinez de la Rosa. ¿No seria posible, tambien, que el inmortal Calderon, poeta eminentemente cristiano, hubiera escrito su famosa *La vida es sueño*, para oponer al fatalismo del poeta griego la consoladora doctrina del libre albedrío, tan magistralmente desarrollada por el gran dramaturgo español?

NOCHE TOLEDANA, dibujo por Ricardo Balaca

La poblacion más legendaria de España, la que conserva aún el sello típico de ciudad esencialmente española la antigua, la que permite con mayor facilidad reconstituir el pasado y localizar con absoluta precision las tradiciones y consejos de sus tiempos de esplendor, es sin duda la que muy merecidamente se engalanó con el título de *Imperial Toledo*. Al atravesar sus monumentales entradas, al cruzar sus estrechas calles, generalmente terminadas en ángulo recto, al visitar sus vetustos palacios que, como ciertas beldades privilegiadas, conservan restos de sus antiguos atractivos; al arrodillarse en sus templos, que lo mismo lo han sido en lo antiguo de Jesucristo que de Mahoma y de Jehová; la imaginacion se traslada á otros tiempos, evoca las venerandas sombras de sus monarcas, de sus prelados y de sus grandes capitanes, y lo único que desentona en este cuadro de otra edad, son los prosaicos vecinos que la habitan y que el *touriste* quisiera vestir con sobrevesta y capacete ó con el blanco alquicel de los sectarios del Profeta.

El malogrado Balaca, que era un artista español por sus cuatro costados, inspirándose seguramente en las magníficas leyendas de Zorrilla que, dígase lo que se quiera, ha sido, es y será el poeta más gráficamente nacional de los tiempos modernos; dibujó con su habitual acierto una escena nocturna en Toledo, titulándola *noche toledana*, con lo cual daba tangiblemente una idea ó explicacion de esa frase popular. Tan comunes eran en la antigua corte de España las sangrientas aventuras y los lances callejeros, en que no siempre la justicia, representada por rondas y alguaciles, llevaba la mejor parte.

Salvamento de un hombre caido en la fosa de los osos del Jardin de Plantas de Paris.

El Jardin de Plantas de Paris, tan pacífico por lo comun, fué testigo hace algunas semanas de un suceso que pudo degenerar en trágico. Un albañil cayó en la fosa de los osos por encima de la barandilla de hierro á consecuencia de una imprudencia que pudo costarle muy cara.

Los dos osos de Siria que viven en la fosa son un macho de pelaje amarillento oscuro, y una hembra casi negra. El hombre tuvo la suerte de caer sobre esta, con lo cual se amortiguó la fuerza del golpe, y la osa, asustada, huyó al extremo opuesto de la zanja, y se puso á correr de una parte á otra, buscando por dónde escapar. Pero el macho se habia acercado al albañil y le olfateaba; al pronto se puso á lamerle suavemente y como jugando; el caido abrió los ojos, y al ver al oso junto á sí, quiso cerrarle la boca con la mano. Afortunadamente para él, tuvo la suficiente presencia de ánimo para no moverse ni intentar una lucha inútil.

Entre tanto acudieron en su auxilio. Uno de los guardas de la Rotonda y un carpintero corrieron á la barandilla, y desde allí rechazaron al oso con unas picas: al mismo tiempo llegó otro empleado con una recia cuerda cuya punta arrojó al albañil, el cual se agarró á ella, y apoyando los piés en la pared, fué izado y salvado de las garras del oso, muy á tiempo por cierto, pues enfurecido el animal por los gritos del público, por los golpes de las picas y al ver que se le escapaba su presa, hubiera dado seguramente cuenta del albañil.

El individuo que, segun toda probabilidad, habria tenido una muerte trágica, salió de trance tan crítico con una desolladura en la frente, algunas contusiones en la espalda y varias lesiones en el costado causadas por un mordisco del oso que con las patas y los dientes queria atraerlo á sí cuando le sacaban de la fosa. El susto recibido y los cuatro dias que guardó cama en el hospital le harán conservar memoria perdurable de la fosa de los osos.

MANDOLINATA

Á MI BUEN AMIGO EL INSIGNE TENOR ROBERTO STAGNO

Sù, andiam! la notte è bella,
la luna va spuntar,
di quà, di là
per la città
andiamci à trasturlar.

PALADILHE

I

¡Qué hermosa era Lauretta, y qué bien tocaba el violin su esposo Pietro!

Teníase á la una por la más gentil costurera de los talleres de Miss Gordón, y al otro por el músico más garrido de *La Stella de Niza*, grupo de profesores bohemios, que sólo daba serenatas á domicilio, cuando se trataba de ricos banquéros ó de príncipes de la sangre.

Pietro vió por primera vez á Lauretta una noche de luna en que recorria con sus compañeros de murga las calles de Niza, dispuestos á cumplir, punto por punto, lo preceptuado por las conocidas estrofas de Paladilhe:

Sù, andiam! la notte è bella, etc.

Vióla en un balcon bajo, envuelta en una bata ménos blanca que su cuello y mostrando al desnudo las líneas voluptuosas de sus hombros. Creyó que se le aparecia la Julieta de Shakespeare ó la Margarita de Goethe.

Habiéndose quedado absorto ante el balcon, con el violin en facha, el arco levantado y el *capello* en la coronilla, sintió un suave cogotazo en la nuca y oyó distintamente estas palabras dichas en tono un si es no es agrio y afectuoso:

—¡Hombre, buena es esa, te pones á hacer cocos á mi hija y dejas sin concertino á nuestros camaradas!... Era el padre de Lauretta, compañero de Pietro, que salia de su casa con el trombon debajo del brazo, para unirse á los individuos de *La Stella* que templaban sus instrumentos en la acera de enfrente.

Pietro, loco de alegría al saber que aquella divinidad le era asequible, saludó á la jóven con exquisita cortesía, cogió el brazo del viejo y se propuso asediar la plaza con toda formalidad al dia siguiente. Pocos meses despues, el concertino de *La Stella* verificaba sus esponsales con la oficiala más bella de Miss Gordón, yendo á la parroquia á los alegres sones de la *Mandolinata*, que tocaban todos los instrumentos de la Sociedad excepto su violin y el trombon de su suegro.

No hay que decir que, aquella noche, hubo música gratis para todo el barrio.

Pietro y Lauretta vivian felices. Eran dos palomitos enamorados que de dia volaban acá y allá, para buscar el cuotidiano sustento, y de noche se dormian en un mismo nido despues de cambiar píos, arrullos y aleteos.

Cuando Miss Gordón velaba y necesitaba de Lauretta para terminar algun traje de baile, Pietro, en vez de deshacer la cama matrimonial, que aunque humilde era primorosa y blanda, se entretenia en rondar el taller con el violin debajo del brazo, no siendo extraño que le hiciese conocer con un grito de sus cuerdas que le devoraba la impaciencia; por el contrario, si Pietro tenia que pasar la noche fuera de casa, Lauretta le templaba el lecho con su mórbido torso, pues tenia la seguridad de despertar tan pronto como sonase bajo su balcon un solo acorde de la *Mandolinata*.

Acaso extrañará á algunos que se hubiese establecido entre los cónyuges esta caprichosa correspondencia musical, pero es el caso que así acontecia, y no hemos de preguntar nosotros por qué va el cántaro á la fuente hasta que se quiebra. La *Mandolinata*, habia llegado á ser como el reclamo de aquellas aves enamoradas.

Que Lauretta y Pietro eran felices, saltaba á la vista con sólo penetrar en su humilde vivienda. La labor de la una se hallaba junto al atril y los papeles de música del otro; la funda del violin de Pietro cerca del corsé de Lauretta, como dos cajas que guardaban á veces tesoros de armonías y de latidos que se correspondian y se completaban; dos retratos hechos en cristal por Daguerre, estaban como refugiados bajo el camisolin de tul, de ella, y la corbata de espuma de seda que, él, usaba en las grandes solemnidades.

Tres años despues del matrimonio, Pietro, cada vez más enamorado de su esposa, se permitia verdaderos derroches. Complacíase en ver aquellos hombros helénicos cubiertos de seda, aquellas orejas menudas adornadas de zarcillos de oro, aquel cuello encantador aprisionado con sartas de perlas.

Para esto habia vendido hasta su magnífico *stradivarius, que tocaba solo*, segun la gráfica expresion de sus amigos. Lauretta, por su parte, premiaba con un beso cada obsequio de su marido, y parecia irse acostumbrando á soportar las caricias, sólo cuando las precedian ruinosas prodigalidades.

Llegó, sin embargo, un dia en que las deudas agobiaron al pobre concertino de *La Stella* y en que los caprichos de Lauretta no pudieron ser satisfechos. Poco á poco, de esa manera suave con que se oculta el más brillante sol y se secan las hojas de la más frondosa alameda, fué enfriándose el amor de Lauretta; los cuidados de Pietro pareciéronle ridículos é insoportables y las privaciones que por él sufria, un tormento inútil y doloroso. Hasta llegó á molestarle que improvisara en su único violin sus antiguos caprichos sobre motivos de la *Mandolinata*.

Por esta época fué á establecerse á Niza un jóven marino, segun el vulgo, capitan negrero, y segun sus parásitos, oficial de marina que habia tenido que emigrar de su país por causas semejantes á las que produjeron el ostracismo de Byron. Era el tal marino, hombre de facciones duras pero agradables, vestia con desusada elegancia, y vivia en un bonito piso frente á los talleres de Miss Gordón.

Una serie de peripecias vulgares que no merecen ser referidas hicieron que Lauretta conociera la predileccion que por ella tenia el caballero Morland, que así se llamaba el vecino: fumando su pipa y balanceándose en una mecedora, pasaba las horas muertas, mirándola de hito en hito, desde el balcon de su dormitorio.

Una tarde, Lauretta leyó, á pesar suyo, el tercer billete que aquel pirata tenaz habia hecho llegar á sus manos. Lucha sorda y terrible se entabló dentro de ella; inclinó la cabeza y guardó el papel en sitio seguro. Desde aquel punto, tocaron á muerto por la honra del pobre Pietro: Lauretta estaba perdida para siempre.

Pietro conoció que pasaba algo extraño en el alma de su esposa y redobló sus caricias y sus cuidados. Todo en vano, la suerte estaba echada: César se decidia á pasar el Rubicon.

Pocas noches despues Pietro esperó á Lauretta, como de costumbre, á la puerta de los talleres de la célebre Miss, y la esperó inútilmente. Volvió á su casa, creyendo que la jóven habria podido apresurar su vuelta por alguna causa desconocida y se encontró sorprendido por el desórden que reinaba en aquel cuartito, ántes tan limpio y acomodado. Los cofres vacíos y los armarios revueltos, decian bien á las claras que el ave habia huido de la jaula, que Lauretta pagaba con la más negra de las ingratitudes el inmenso cariño del pobre Pietro.

El músico sintió miedo y frio en aquel lugar desierto y desmantelado, y despues de regar con lágrimas las almohadas del lecho, salió para no volver más, tomando únicamente su violin y su saco de noche.

El resto lo abandonó á la saña de sus acreedores.

II

Lauretta llegó á alcanzar mucho más de lo que ambicionaba. Un precioso hotel, palco en la Opera, trenes para deslumbrar á las parisienses en el Bosque de Bolonia, trajes de terciopelo y raso y montones de alhajas.

La querida del negrero Morland era en Paris la mujer á la moda, la envidia de las más celebradas demi-mondaines, la última palabra en riqueza y elegancia. Morland amaba acaso por primera vez y estaba orgulloso de su presa; Lauretta tenia su amor propio satisfecho y podia mirar á sus iguales por encima del hombro.

Si Pietro hubiera visto aquel seno desbordándose en un escote de ricos encajes de Bruselas; si hubiera podido contemplar el arranque de aquel cuello, que él habia enlazado tantas veces, soportando toda una miriada de brillantes; si hubiera logrado, en fin, ver deslizarse sobre las alfombras del fastuoso hotel aquella figura vaporosa y lasciva como la tentacion, que sólo se parecia á su Lauretta en la morbidez de las carnes, sin duda que hubiera muerto de envidia y de vergüenza.

La vida de Lauretta y Morland era mucho más íntima de lo que prescriben las costumbres francesas; ni una sola madrugada dejaban de reposar el uno en brazos del otro; un solo lecho, como el de Antonio y Cleopatra, ocupaba la alcoba más lujosa y *confortable* del hotel.

Una noche en que el sueño no llamó, como solia, á las puertas de aquel áureo dormitorio, sin duda porque el ala de algun espíritu jugueton le ahuyentara con su contacto de hielo, Lauretta se incorporó sobresaltada y es-

trechó la mano de Morland que se reclinaba á su lado.

—¿Oyes?—le dijo alzando su índice de nácar, cuya sombra se alargó sobre el raso del cortinaje, herido por el rayo de luz de la elegante lamparilla, que aún ardia sobre la mesa de noche.

—¡Sí! la *Mandolinata* que destroza algun músico callejero empotrado en la acera!—repuso Morland, que no podia comprender el efecto que en Lauretta habia de causar tan sencilla ocurrencia.

—¡Ese que toca es mi marido!—añadió Lauretta, subiéndose, por impulso instintivo y extraño, la camisola de fino tul que cubria á medias su torneado pecho.

—¡Bah! ¿aún te acuerdas de aquel pobre diablo?—contestó Morland contrariado un tanto por aquellas notas pertinaces.—Vamos, reposa y déjate de trasnochados é ingratos recuerdos...

Lauretta calló, pero la *Mandolinata* siguió zumbando en su oído y en vano procuró conciliar el sueño; sacudiendo de nuevo el brazo de su amante le suplicó que llamase á su ayuda de cámara y diera algunas monedas á aquel impertinente que no la dejaba dormir. Morland accedió á su súplica: el criado salió y el silencio se restableció al cabo. El sueño de Lauretta fué, sin embargo, fatigoso é intranquilo.

A la madrugada del dia siguiente repitióse la misma escena; Lauretta y Morland oyeron de nuevo la *Mandolinata* bajo las ventanas del hotel; el frio horrible de enero, y la nieve que caia en abundancia, como podia verse á través de los vidrios del dormitorio, no fueron obstáculo para que el músico continuase su alegre tocata; el criado del negrero suplicó y amenazó en vano. El mendigo, si lo era, sólo se ausentó ya entrado el dia, cuando la cabeza fatigada de Lauretta se doblaba al fin, cansada de lidiar con el insomnio.

Morland tampoco durmió aquella noche, sin explicarse la causa. Para librarse del fastidio sin dar á conocer á Lauretta que podian preocuparle lo más mínimo aquellos pertinaces acordes, propuso á su querida una cena íntima que se prolongó hasta la salida del sol, por gusto de ambos. Cuando volvieron al hotel, el músico, envuelto en su capa parda, acurrucado en un portal y cubierto el rostro con el ala de su sombrero de fieltro, tocaba desaforadamente la *Mandolinata*.

Esto comenzó á preocupar á los amantes sériamente. Para ella no admitia duda que Pietro la perseguia con aquel *ritornello* de tiempos pasados; para él, era una particularidad incomprensible aquella persecucion cándida, aunque pertinaz é impertinente, en un marido burlado.

Tambien á la noche siguiente y á la hora de costumbre volvió á sonar la *Mandolinata*. Morland rugió como leon al que se acosa á alfilerazos y Lauretta procuró, en vano, disimular su intranquilidad y su agonía.

—¡Es necesario, que ese insolente músico no turbe más nuestro sueño!—dijo el raptor de la esposa de Pietro, arrojándose del lecho, ceñudo y sombrío, y rechazando á Lauretta que pugnaba por detenerle abrazándose á sus rodillas.

La lucha, entre ambos, salpicada de sollozos, besos, lágrimas é imprecaciones se prolongó hasta que el alba comenzó á penetrar por los cristales del aposento. Cuando Morland se disponia á ponerse su abrigo y tomaba con mano nerviosa una caja de pistolas, la música cesó como por encanto y un ruido ronco y desusado se mezcló á los primeros rumores de la mañana.

Lauretta entreabrió las maderas del balcon y lanzó un grito de espanto. En medio de un círculo de curiosos y tendido sobre la nieve, veíase el cuerpo rígido del músico callejero, que oprimia aún el violin entre sus crispadas manos.—*¡Es un pobre hombre que ha muerto de frio!*—decian los del corro á las curiosas comadres que se atropellaban por verle.—¡En la Morgue lo vereis mejor...!

Morland, que asomaba su erizada cabeza por detrás del hombro de Lauretta, exclamó, como si se sintiera aliviado del peso de una montaña:

—¡Ya lo ves, Lauretta, mañana no nos despertarán las vulgares notas de Paladilhe!...

La noche que siguió á este dia Lauretta y Morland apuraron todos esos placeres que embotan y aturden, que fatigan el espíritu y el cuerpo; volvian del cenáculo de la *Maison Dorée* ansiosos de gustar el grato silencio de su gabinete.

Ni uno ni otro pronunciaban una palabra que pudiera recordar las torturas de la noche anterior, ni el inesperado desenlace del episodio del violinista; mas ¡oh fatalidad! sí, hubieron de estremecerse de nuevo de espanto y de horror apénas dejaron caer la cabeza en la almohada Lauretta fué la primera que se irguió de nuevo, preguntando á Morland con angustioso acento:

—¿Oyes tú la *Mandolinata*?

—¡Sí!—rugió el negrero palideciendo profundamente y sintiendo erizársele el cabello sobre las sienes,—¡todavía Lauretta, todavía...! y cerca, muy cerca de nosotros!...

El sueño volvió á huir de aquellos párpados ardientes y ambos fueron presa instantánea de un terror supersticioso. Asidos de las manos, como Paolo y Francesca en el infierno, dejaron el lecho y se deslizaron como espectros sobre la alfombra, guiados por los ecos de aquella música fantástica y extrahumana.

Al cabo, Lauretta se detuvo en un ángulo del gabinete ante un velador de palo santo con tapa de mármol y mostró á Morland una cajita de alerce labrada primorosamente:

—¡Sí, en efecto! aquí, aquí suena la maldita *Mandolinata*,—dijo el amante de Lauretta, rompiendo el precioso mueble de un puñetazo.

—¡Pérfida, aquí guardabas aún el corazon de tu esposo...!

La caja gimió como un laud que se aplasta y saltó en astillas extinguiéndose las notas que de ella escapaban; la luz de un bujía aplicada por Lauretta á varios papeles que quedaron al descubierto terminó la obra de destruccion bajo tales auspicios comenzada.

Vueltos á la alcoba Lauretta se durmió profundamente, pero Morland, que no podia cerrar los ojos, sintió de nuevo la música infernal, de un modo blando, suave, misterioso, como el tic tac de un reloj ó el palpitar del corazon en el pecho. Agobiado por aquel nuevo martirio y sintiendo miedo por la primera vez de su vida, se acercó á Lauretta y reclinó la cabeza en su seno.

¡Nunca hubiera osado tal cosa! Bajo aquella piel blanca y caldeada, dentro de aquel corazon cuyos latidos él habia contado tantas veces; en el pecho de Lauretta en fin, sonaba la odiosa, la tenaz, la horrenda *Mandolinata*. Víctima de una de esas alucinaciones que no se explicarán jamás, desenlazóse de los brazos de su querida con la suavidad de la culebra y dejando el lujoso tálamo, buscó casi á tientas su cuchillo de caza.

Despues sonó un grito, el único que pudo lanzar Lauretta: el hierro de Morland le habia partido el corazon.

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla, agosto de 1884

EL ABRAZO DE LA AGONIA

I

Vicenta y Enrique se sentaron frente á frente en el banco corrido que habia á babor y á estribor; D. Julian desató la amarra, cargó el velacho barloventeando, y se colocó cerca de los dos jóvenes, al lado de la caña del timon.

La balandra fué tomando aire poco á poco, y se separó lentamente del muelle.

—¿Por qué no has traido á Pedro?—dijo Vicenta, dirigiéndose á D. Julian.—Temo que no puedas hacer tú solo la maniobra.

—Pedro,—contestó D Julian,—está aún convaleciente de las tercianas. Fuera de esto, ¿sabes, querida, que esa duda respecto á mi habilidad me humilla, sobre todo delante de Enrique? Yo, casi nacido en el mar, yo, antiguo capitan de fragata, que he navegado en toda clase de buques, que he sorteado los escollos acantilados del Ogorray y las sirtes del Callao, ¿no he de saber dirigir una miserable balandra?

—Temo que te canses.

—Yo no me canso nunca ni de amarte ni en el mar.

Y D. Julian miró tiernamente á su jóven esposa.

Luégo dirigiéndose á Enrique, dijo:

—Supongo, amigo mio, que este paseo marítimo le será agradable.

—Muy agradable, en tierra hace un calor terrible; aquí ya se siente otra temperatura.

—Estamos en junio, mes temible en Valencia, porque ni aun la brisa del mar es fresca. Además hemos comido fuerte y yo he bebido más que de costumbre. A propósito, amigo mio, ¿ha quedado V. satisfecho de mi *menú*, como ahora dicen que se dice?

—Ha sido V. un anfitrion maravilloso; he comido en el Grao como hubiera podido hacerlo en el Café Inglés de Paris.

—Me alegro mucho por V.; yo no soy gastrónomo: no tengo más que dos pasiones, mi mujer y el mar; y la segunda casi la he olvidado por la primera, pues, como usted comprenderá, este pobre Mediterráneo no me llena por completo. Además, lo primero es lo primero, y esta mujercita mia me ha hecho dejar mis antiguas costumbres y aficiones. Hace tres años que vivo en mi casita del Grao, tan feliz como un esquino en el agua, y por lo ménos hasta el otoño no quiero volver á la vida civilizada.

—¿Piensa V. trasladarse á Valencia?

—Quizá sí, cuando pase el calor.

—¿Y tal vez por esta causa he tenido el gusto de conocer á V. en el Casino?

—No precisamente por esto. Un deber de cariño y de parentesco me ha obligado á ir á Valencia algunos dias. Tengo un primo á quien ha sucedido una terrible desgracia.

—¿Una desgracia?—preguntaron á duo Vicenta y Enrique.

—Sí, una catástrofe de corazon, la mayor acaso para un hombre tierno, recto y honrado, y en verdad que este recuerdo viene á menguar mi satisfaccion presente.

Don Julian se puso en pié, sujetó el velacho, que braceaba, y volvió á sentarse.

Ninguno de los dos jóvenes se atrevió á hacerle pregunta alguna; á pesar de que á Vicenta, como hija de Eva, la preocupaba aquella *catástrofe de corazon*, que su marido habia indicado.

II

Don Julian inclinó la cabeza en actitud meditabunda, y despues de un momento de silencio, dijo:

—Las mujeres, amigo mio, cuando no son ángeles como la mia, son demonios como la de mi primo; en ellas no hay términos medios.

—¿Tu primo es casado?—preguntó Vicenta.

—Sí, desgraciadamente. Y, sin embargo, hasta hace unos dias se creia el hombre más dichoso de la tierra: ¡qué abismos pueden abrirse en algunos dias! Mi primo adoraba á su mujer, no vivia sino por ella y para ella, y yo le he oido decir: «Me alegro de no tener hijos, porque estos me robarian una parte del cariño de mi Enriqueta» La mujer de mi primo se llama como V., amigo mio.

—Pero, bien,—dijo Vicenta viendo que su marido guardaba silencio.—¿Qué ha sucedido á tu primo? ¿qué le ha pasado con su mujer? ¿Ha muerto?

—Peor que eso.

—¡Peor!

—Denme ustedes palabra de ser discretos; sobre todo usted, Enrique, que frecuenta el mundo; sólo hay una cosa superior á la desgracia de mi primo: que se trasluzca siquiera.

—Por mi parte, —dijo el jóven,—pierda V. cuidado: no suelo ocuparme de los demás.

—Mi primo,—repuso D. Julian,—ha estado ausente durante unos dias, poco más ó ménos el tiempo en que yo pasé mi calenturilla tifoidea; volvió á su casa deseando resarcirse al lado de su mujer de aquella enojosa ausencia; halló á Enriqueta tan bella y cariñosa como siempre; era muy dichoso, como ya he dicho á ustedes: pero... un dia... por causa de esa maldita combinacion de un espejo frente á otro, ó yo no sé por qué otra casualidad, sorprendió á su mujer besando una carta y despues guardándosela en el pecho.

—¡Ah!—exclamó Vicenta.

D. Julian sin fijarse en esta exclamacion, prosiguió.

—Mi primo, aunque muy bueno, es de carácter un tanto violento y muy celoso; sin embargo, no dijo nada á su mujer, pero desde aquel instante la carta besada fué su pesadilla. Entónces recordó que dos ó tres veces habia visto á un jóven pasar por frente á su casa; en fin, comenzó á experimentar esa inquietud y cavilosidad peculiares á todo celoso. No estoy en detalles, pero lo supongo: mi primo espió á su mujer, desprevenida contra el peligro; registró muebles, abrió cajones; ¡qué sé yo! lo cierto es que al poco tiempo, por la lectura de algunas cartas, se cercioró de que Enriqueta amaba apasionadamente á otro, al cual habia introducido en su casa durante la ausencia de mi primo...

—¡Qué es esto!—interrumpió Vicenta;—el barco está mojado, siento humedad en los piés.

Don Julian y Enrique miraron al suelo de la balandra.

—¡Calle! ¡pues es verdad!—dijo aquel.—¡Ah! ya sé; deberia haberlo previsto: es el rocío que precede á la noche en el mar, en el último mes de la primavera.

Y quitándose la americana que llevaba puesta, la dobló por la mitad, añadiendo:

—Alza los piés, Vicenta: esto te servirá de tapiz.

—Debíamos volver ya,—observó la jóven;—la noche va cayendo.

—Como tú quieras; pero todavía hay media hora larga ántes del crepúsculo. Me he alejado algo á propósito, para que Enrique admire ese panorama encantador.

III

—Enrique,—continuó D. Julian, —V. es andaluz y debe tener algo de poeta; Cádiz, vista desde el mar, es más bella, pero no tan pintoresca como el Grao contemplado desde aquí y á esta hora. En la lejanía se pierden los groseros detalles y sólo quedan los graciosos contornos de ese pueblo que se parece á Beyruth en sus terrados y azoteas sobrecargados de flores Esta hermosa tarde, ese cielo purísimo, los húmedos efluvios que aspiramos, me recuerdan otra tarde, nunca por mí olvidada, en que conocí á Vicenta.

Esta miró á su marido con alguna inquietud; quizá no le agradaba recordar el pasado.

—Siento tal desbordamiento de alegría, que me hace hablador,—repuso D. Julian.—Además quiero olvidarme de esa triste historia de mi primo... Despues de todo él tiene la culpa; no ha sabido elegir la compañera de su vida; no ha acertado á *crearla*, digámoslo así; ha encontrado una mujer cualquiera, ha improvisado un matrimonio y... así ha salido este... Enrique, V. es inteligente y despreocupado; por algo he simpatizado con V. desde la primera vez que le ví en el Casino; V. es nuestro amigo, y mi mujer que es discreta me permitirá que explaye mi corazon recordando un pasado que nos honra á ella y á mí.

—¿Cuándo volvemos? preguntó Vicenta.—Nos alejamos mucho y voy teniendo frio.

Don Julian no oyó ó no quiso oir esta pregunta. El viento habia cambiado: la vela de la balandra le recibia de lleno y estaba tan hinchada que parecia que iba á romperse.

—Yo no entiendo de náutica, Sr. D. Julian,—dijo Enrique,—pero no obstante, me parece extraño que con tan buen viento boguemos tan lentamente.

—Es cierto, amigo mio, tambien á mí me sorprende: ¿á que venimos á parar en que Vicenta tiene razon y en que yo, despues de cuarenta años de marino, he perdido los memoriales?

Y al decir estas palabras miraba con inquietud á todos lados.

Era el último momento del crepúsculo; la tierra estaba léjos; las luces del Grao se veian como puntos dorados; en el mar habia ya sombra, y el agua presentaba esas ráfagas luminosas y errantes, que en el Océano se asemejan al brillo metálico de los colibrís marinos y en el Mediterráneo á la fugaz estela que dejan los peces-lunas.

El silencio era completo, el mar parecia estar dormido, y en cuanto abarcaba la vista no se distinguia ni una sola embarcacion.



EDIPO Y ANTIGONA, cuadro por J. Stallaert



NOCHE TOLEDANA, dibujo por Ricardo Balaca

IV

Vicenta tenia miedo, no sólo á la noche y á la soledad, sino que tambien á una cosa desconocida é inexplicable, que salia del agua, que flotaba en el ambiente, que penetraba en su corazon.

La mujer tiene revelaciones del espíritu ajenas al hombre; los augures y los magos pueden ser unos impostores; pero por algo San Pablo ha colocado á las Sibilas en la Ciudad de Dios.

—Julian,—dijo la jóven poniéndose en pié,—volvámonos á casa, yo te lo ruego. La humedad es cada vez mayor.

El antiguo marino miró á su mujer con una expresion extraña é hizo virar en redondo á la balandra. Luégo volvió á ocupar su sitio junto al timon, encorvóse llevando la mano á uno de los costados del barco como si buscara alguna cosa, y recobrando su primitiva postura, inclinó la cabeza en actitud meditabunda.

La balandra bogaba de minuto en minuto con más lentitud.

V

Durante algun tiempo reinó en el barco un silencio profundo.

Vicenta, envuelta en un pañuelo de crespon, lanzaba inquietas miradas á su marido y á Enrrique.

Este hallábase tambien preocupado; aquel paseo marítimo tenia para él algo de extraño é inexplicable.

De pronto D. Julian alzó la cabeza y despues de mirar hácia todas partes como si quisiera sondear la sombra que ya habia caido por completo sobre el mar, dijo:

—Perdone V., amigo mio, la tarde tan alegremente comenzada termina mal.. Por más que lo procuro no puedo olvidar la desgracia de mi primo ¡Pobre Manuel! Si le hubiera V. visto como yo llorar, blasfemar y desesperarse... Mi primo tiene un carácter reconcentrado, de esos que se socavan por no poder dilatarse, una energía superior, y un orgullo quizá excesivo; y como disimula delante de su mujer, á solas sufre unas crísis tremendas. Cuando me contaba su desgracia se hallaba por casualidad frente á un espejo y él mismo se asustó de sí propio. Sus ojos estaban velados por un reflejo vítreo, su cara tenia un color terroso, sus dedos se crispaban, en fin, aquello era espantoso. V., Enrique, jóven y quizás infiltrado en las ideas actuales, no comprenderá estos extremos: un marido engañado no es cosa rara, pero en esta historia vulgar del matrimonio puede haber circunstancias agravantes.

Don Julian calló por un instante: los dos jóvenes se miraron como impulsados por el mismo pensamiento.

—Mi primo,—prosiguió el antiguo marino,—conoció á la que hoy es su mujer en la Glorieta de Valencia poco ménos que pidiendo limosna. Era hija de una cigarrera. Se compadeció de la madre y se enamoró de la hija; recogiólas en su casa, hizo educar á la niña y cuando esta fué jóven se casó con ella. Así pues, su cariño participaba del de padre y del de amante; no era cariño, sino idolatría. Él, que casi ha vivido sin familia, reconcentró en aquella criatura adorada todos los sentimientos del corazon... pero ella es una hiena y...

Un grito ahogado interrumpió á D. Julian. Vicenta habia caido desplomada al suelo de la embarcacion.

VI

Enrique se apresuró á levantarla Aquel permaneció en su sitio y volvió á llevar su mano al costado de la balandra.

—Señor mio, —dijo el jóven mirando con fijeza á don Julian,—¿qué significa todo esto? Están sucediendo cosas inexplicables.

Y lo peor es,—prosiguió el antiguo marino como hablando consigo mismo,—que yo conozco á Manuel. Es vengativo como buen valenciano; y viejo ya, rotos los lazos que le unian á la vida, herido en las más hondas fibras del corazon, será capaz de cualquier cosa. Por de pronto se ha hecho amigo del amante de su mujer y recelo que tome una venganza terrible...

-¡D. Julian!...—exclamó el jóven poniéndose en pié.

Pero un nuevo incidente interrumpió la frase que iba á salir de sus labios. La balandra estaba llena de agua y se sumergia rápidamente en el mar.

VII

Oscuridad completa.

Espesos nubarrones velaron la luz de las estrellas. Entre los dos abismos de la noche y del agua se oyeron gritos, carcajadas estridentes, sollozos. Si hubiera acertado á pasar en su barca algun pescador rezagado, difícilmente se hubiera dado cuenta de aquel fantástico espectáculo. Dos bultos que se movian con rapidez se agarraban á un mastelero en el que flotaba una lona hecha jirones; parecian dos espectros disputándose un sudario; un tercer bulto, de pié en la popa de la balandra, que se hundia en el agua, exclamaba:

—¡Oh! sí, sí, asíos bien; no hay abrazo más estrecho ni más indisoluble que el de la muerte con la agonía!

ENRIQUE VALDIVIESO

AMOR Á PRUEBA

Cuento en accion

INTERLOCUTORES

Dorotea, viuda que confiesa espontáneamente 28 años y cuya fe de bautismo le lleva diez lo ménos; á pesar de lo cual está todavía guapa y fresca, si bien en esto de la frescura hay que considerar la de Dorotea para tocarse y retocarse; no faltando amigas íntimas suyas que den por hecho que se pinta y hasta que se esmalta el rostro. Sea de ello lo que quiera, el caso es que Dorotea no representa más edad de la que ella declara: su cuerpo es esbelto, su talle encantador, sus manos y sus piés una preciosidad, ó por mejor decir, cuatro preciosidades, y su cabeza que, como lo mejor, hemos dejado de intento para lo último, es capaz de hacérsela perder á cualquiera. Dorotea es una morena *hasta allí:* los ojos hablan solos y son tan grandes que parece que se van á comer á la gente; la nariz, aguileña y aristocrática; el labio superior dulcemente sombreado por un remedio de bigote que sólo parece servir para que cuando Dorotea se rie (y esto sucede muy á menudo) brillen y luzcan más y más los dientes blancos é iguales de la buena moza.—Confesamos que un observador perspicaz y minucioso podrá descubrir mano de gato en esta hermosura; pero la mano de ese gato es delicadísima, no de gato vulgar y ramplon de los de carbonera y tejado, sino de gato de Angora, digno de subirse en el mejor divan del estrado y de sentarse con su ama á la mesa. Dorotea en fin es una obra de arte y la pintura en ella vale tanto ó más que la que Velazquez, Rembrandt ó Van-Dik pusieran en su lienzo más famoso.

Jacinta, doncella al servicio de Dorotea. Muchacha de 24 ó 25 años, con el pelo rojo y la cara pecaminosa, ó llena de pecas para decir las cosas como Dios manda. Jacinta es fea y hasta los ojos verdosillos y ruines valen en ella poco, pero es lista y graciosa, tiene arte para mirar y para andar y hay en Madrid una porcion de ayudas de cámara, cocheros y áun empleados de seis y ocho mil reales que suspiran por ella con más ó ménos éxito.

Don Crescencio Medinilla, hombre de cincuenta años muy cumplidos, pero sano como una manzana y fuerte como un toro,—aunque sea mala comparacion. D. Crescencio es comerciante retirado, tiene la figura vulgarísima y, á pesar de que se viste con buenos sastres, resulta un *cursi* de primera magnitud. No contribuyen poco á este resultado fatal los diamantes de la pechera que parecen haber nacido allí y ser inamovibles, la cadena y los dijes del reloj y la respetable cantidad de sortijas que hay siempre en sus manos gordas, bastas y peludas.

La accion del suceso que daremos á conocer á nuestros lectores, dejando á los citados personajes moverse y hablar por sí mismos, pasó en Madrid no ha muchos dias en casa de Dorotea y en un gabinete modesta y limpiamente amueblado. Dorotea no tiene otras rentas que la viudedad que le dejó el difunto brigadier Martinez y, dada la vida que ella cree deber hacer, con aquello no hay ni para empezar.

ESCENA I

DOROTEA, quitándose con un cepillito algo que le blanquea en el pelo junto á las sienes, (unas lectoras creerán que la viudita acaba de darse polvos de arroz y procura quitarse los adheridos al cabello; otras maliciarán acaso que el cepillo no está limpio, sin estar sucio, y que Dorotea no se quita sino se da). Y dice Dorotea:

No hay que darle vueltas ni obstinarse en buscar otra solucion al asunto. Dejémonos de romanticismos tontos y que no me permiten ni mi posicion ni mi edad. Ya no soy una niña y no debo hacer niñadas. D. Crescencio es un ente ridículo y no le encuentro otra ventaja, por más que se la busco, que la de ser limpio y aseado; pero está perdidamente enamorado de mí..... en cuanto se puede enamorar y perder un hombre de su estofa, criado detrás de un mostrador y que durante mucho tiempo no supo ni quiso saber otra cosa sino que dos y dos son cuatro.—Lo cual es una verdad de á folio: dos mil reales que debo al casero y dos mil que no he pagado todavía en la tienda de al lado, son cuatro mil reales que no sé de dónde sacar.—¡Es tan feo y tan raro ese dichoso señor Medinilla!... Pero las cosas no pueden seguir así; yo no me explico ni cómo se sostienen así todavía. Mi pobre Manolo me acostumbró muy mal, pero muy mal, y eso de pasar una mujer de tener carruaje y abono en el teatro y dos mil reales al mes para alfileres y una casa capaz para dar comidas y hasta bailes, á un cuartito de quince duros del cual sólo puedo salir en simon para ir al teatro *de gorra* y donde gracias que pueda dar comidas á mi doncella....: el contraste es terrible. Yo debí aprovecharme del año de luto para variar radicalmente de vida, ya que mi marido (que en paz descanse) no me dejó el secreto de convertir los duros en onzas de oro. Ya se ve, el ejemplo me fué fatal: Manolo, sin otra cosa que el sueldo de brigadier, gastaba y triunfaba como un capitan general. Yo creo que jugaba, y que ganaba, por supuesto.—La pícara vanidad me cegó. Creia yo que honraba poco la memoria de mi pobre esposo descendiendo de la posicion en que él me habia colocado... Despues, y por lo mismo que me encontraba tan mal sin él, pensé en que podria volver á casarme y hasta en que deberia hacerlo para no dar lugar á hablillas. Yo, tonta de mí, juzgué que viviendo bien convidaria mejor á vivir conmigo, y no pensé que los amantes de estos tiempos tienen la aritmética en las uñas y lo calculan todo. Viéndola á una vivir con cierto desahogo, los pobres se asustan; los interesados se escaman é investigan, y los ricos no se ponen en condiciones de que una les haga pagar sus malos propósitos con una vida santa y ajustada á lo que manda nuestra Santa Madre la Iglesia. ¡Cuánto tiempo he perdido y qué terrible bajon he dado! ¡Cuánta desilusion! Eduardito, el ayudante de campo de mi esposo, su mejor amigo (porque la verdad es que los tenia malísimos) y una de las personas en quien yo he confiado más, pareció al pronto hallarse dispuesto á cumplir como persona formal y agradecida.... Pero me lo ascendieron, me lo destinaron á Cuba y su amor ardiente, volcánico, fué apagándose poco á poco como esas ruedas de los fuegos de artificio cuyo movimiento y cuya lumbre se convierten tan pronto en quietud y en humo.—Eduardito me gustaba de véras; pero, por lo visto, de véras sólo le gusto yo á D. Crescencio. Y á este no hay que hacerle ascos: este es un tio marrajo y marrullero á quien no conviene poner otras dificultades que las precisas para que no abandone por fácil la empresa ó para que no vaya á tomar el rábano por las hojas. Es tan triste mi vida que, mentira parece, pero aguardo con impaciencia la solemne visita que me ofreció anoche en casa de Concha sin duda para hacerme su declaracion oficial, el antiguo propietario de *El delfin de oro.*

ESCENA II

DOROTEA y JACINTA, que viene de la calle y quitándose la mantilla.

JACINTA

Señorita, si me descuido un momento llega ántes que yo.

DOROTEA

¿D. Crescencio?

JACINTA

Pues ¿quién ha de ser? ¿Hay en el mundo otro hombre para nosotras que el señor Medinilla?

DOROTEA

Ese «para nosotras,» me hace gracia.

JACINTA

¿Pues qué? ¿digo mal? ¿No sabe la señorita que todas sus cosas las considero yo como mias hace mucho tiempo?

DOROTEA

¿Todas?

JACINTA

Todas las que puedo y debo considerar así. Tome V. la llave de la puerta. *(Dando á su señora una llave que ella guarda en un armario.)*

DOROTEA

¿Y dices que ya llega D. Crescencio?

JACINTA

Sí; pero aún tenemos lugar para charlar un poco. Como hoy hace frio y podria resfriársele el caballo, viene á pié, y primero que él se eche al cuerpo estos ochenta y ocho escalones siempre pasa un rato.

DOROTEA

¿Hablaste con la doncella de Concha?

JACINTA

Largo y tendido.

DOROTEA

Pues despacha, mujer.

JACINTA

El señor D. Crescencio Medinilla viene hoy, como nosotras sospechábamos, á declarar á V. en toda regla su atrevido pensamiento. V. (y todo esto lo oyó Rafaela de boca del interesado cumpliendo mi encargo de escuchar las conversaciones entre D. Crescencio y su ama...) V., iba á decir, tiene mareado á ese pobre hombre con tanto dinero. Su intencion es casarse para setiembre ú octubre si V. no lo desaira y admite ciertas condiciones que no quiso decir á doña Concha despues de hablarle de ellas. Lo que sí le confesó la renta que posee actualmente. En acciones del Banco, unos seis mil duros; en renta del 3 por 100 consolidado cuatro mil.

DOROTEA

Diez mil: no está mal.

JACINTA

Una casa en Madrid, calle de la Montera, que da todos los años setenta mil reales; otras dos casas en las calles de la Ballesta y de Jesus del Valle que rentan diez mil la primera y trece mil la segunda.

DOROTEA

Subiendo un poco los alquileres de esas casas tenemos quince mil duros de renta.

JACINTA

Don Crescencio tiene además una magnífica posesion en Asturias que vale veinte mil duros como cuatro cuartos.

DOROTEA

No añadas una palabra más, porque si seguimos ha-

blando y si luégo se me declara en efecto y me dejo ablandar, yo misma tendré el recelo de que le acepto por su posicion y no por sus prendas personales.

JACINTA

Señorita, y ¿qué prendas más personales que el dinero? ¿Hay alguna que sea más propia de la persona que lo tiene?

DOROTEA

Puede que tengas razon, mujer.

JACINTA

¡Si tengo razon!—Mire V., señorita, las viruelas se pegan: las monedas de cinco duros, no. *(Suena dentro la campanilla.)*

DOROTEA

Vé á abrir: debe ser D. Crescencio.

JACINTA

¡Lo que habrá sudado el pobre señor!

ESCENA III

DOROTEA sola un momento y en seguida D. CRESCENCIO que acompañado por JACINTA penetra majestuosamente en la habitacion, vestido de gala... sin uniforme, porque no le tiene, pero con la más larga de sus levitas, con el más claro de sus *pardesues* y con una cinta amarilla y blanca en uno de los ojales que acredita al señor de Medinilla como comendador ordinario de Isabel la Católica. JACINTA se retira prudentemente, áun cuando es de presumir que escuche sin ser vista la siguiente conversacion.

DOROTEA (que se ha sentado en un divan; alargando afectuosamente la mano á *D. Crescencio*, que avanza hácia ella un si es no es cortado y confuso)

Señor de Medinilla.

D. CRESCENCIO

Señora... Estoy á los piés de V. y beso á V. la mano.

DOROTEA

Usted tan fino y tan cortés como siempre.—Pero, por Dios, siéntese V. *(Don Crescencio va á buscar una silla y no se decide por ninguna.)*—Aquí, aquí, á mi lado; este asiento estaba reservado para V.

D. CRESCENCIO

Señora...

DOROTEA

Pero deje V. ese sombrero, que estará V. molesto con él. Deme V. *(tomándolo con la idea de ponerlo sobre un velador)*.

D CRESCENCIO

Deje V., señora... aquí está bien *(poniéndolo en el suelo)*.

DOROTEA

¿En el suelo lo deja V.?

D. CRESCENCIO

Es el nuevo, pero no importa.

DOROTEA tirando de la campanilla; á *Jacinta* que aparece en el acto.

Jacinta, recoge el sombrero del señor, pásale un cepillo y cuídalo como si fuera mi propia persona.

D. CRESCENCIO (picado)

(¿Habrá querido darme una leccion?)

DOROTEA (con mucha amabilidad)

Con que, dígame el señor D. Crescencio á qué debo la fortuna de esta esperada pero no por eso ménos agradable visita.

D. CRESCENCIO

Señora, yo soy un hombre sumamente raro.

DOROTEA

¿Usted?

D. CRESCENCIO

Casi estoy por decir que soy un hombre que no se parece á nadie.

DOROTEA (conteniendo con dificultad la risa)

Creo que exagera V. un poco.

D. CRESCENCIO

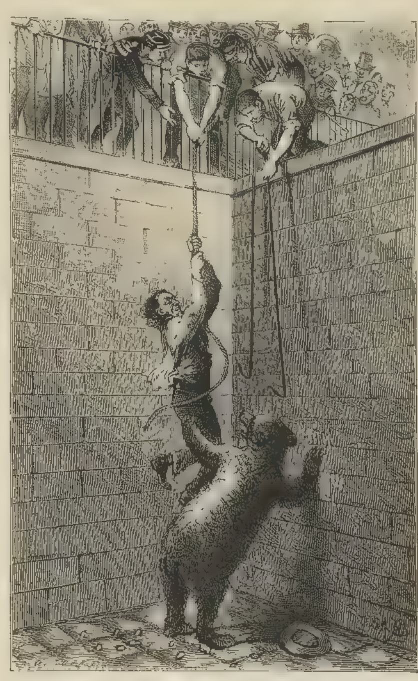
No señora; no exagero nada y V. lo sabe y hace muy mal en burlarse de quien hasta ahora no ha cometido otro delito que el de estar enamorado de V.

DOROTEA

Señor de Medinilla...

D. CRESCENCIO (con mucho aplomo y ya del todo dueño de sí)

¿Querrá V. hacerme creer que tampoco sabia esto? Pues haria V. muy mal, porque seria inútil.



SALVAMENTO DE UN HOMBRE CAIDO EN LA FOSA DE LOS OSOS DEL JARDIN DE PLANTAS DE PARIS

DOROTEA

Voy creyendo, en efecto, que es V. un hombre que no se parece á nadie.

D. CRESCENCIO

Señora, yo soy un hombre que no puedo ni debo creerme completamente estúpido. Hijo de padres pobrísimos, he llegado con mi trabajo y con mi industria á reunir una fortuna considerable; y esto solo ya basta y sobra para que el hombre más modesto se estime en algo, aunque sea en poco. Bien sé que mi falta de educacion no me permite decir bien las cosas, y que al querer explicar lo que siento, diré mil disparates á cada paso...

DOROTEA

Hasta ahora, señor de Medinilla, habla V. como un libro.

D. CRESCENCIO

Aunque soy muy ignorante, sé tambien que hay libros rematadamente malos y que la mayoría de las necedades que se han dicho en el mundo corren por él en letras de molde.

DOROTEA

Eso no tiene vuelta de hoja; (tiene más ingenio este hombre del que yo creia).

D. CRESCENCIO

Tambien comprendo que mi situacion al lado de V. en este instante no puede ser más difícil y desairada. Usted es una mujer acostumbrada á tratar con lo mejor de Madrid y superior á este pobre diablo, bajo todos conceptos: la única ventaja que yo le llevo á V. es casi, y sin casi, una nueva desventaja para mí en este momento. Permítame V. que ántes de llegar al fin de este discurso, el más largo que he pronunciado y pienso pronunciar en toda mi vida, hable un poco de cómo he llegado á ser lo que soy. Para mí es un verdadero negocio el casarme con V. (porque no hay para qué decir que yo no puedo hacer á V. el amor con otro propósito): la buena fe ha sido la base de todos mis negocios en el comercio y no he de abandonar, ahora que emprendo el más importante, lo que me ha servido de escudo al emprender todos los demás.

DOROTEA

Diga V. todo lo que quiera, que yo le oigo con mucho gusto.

D. CRESCENCIO

Dorotea....—Déjeme V. que la llame así y que vaya tomando un poco de confianza.—Yo vine á Madrid cuando tenia once años á vender sedas y á plagarme de sabañones en un comercio de la calle de Postas, propiedad de unos parientes lejanos de mi madre. Allí permanecí colocado hasta muy cumplidos los quince, edad en que ya empezó á hacérseme insoportable mi ocupacion. Cada hombre tiene en el mundo sus instintos y sus aficiones, y salvo algunos que no sirven absolutamente para nada, todos servimos para una cosa. El *quid* está en averiguar á tiempo para qué cosa sirve cada uno. Mis amos solian mandarme llevar algun encargo que otro á casa de los parroquianos de la tienda; y yo, cuando despues de anochecido iba con mis paquetes debajo del brazo á tal ó á cual parte, solia quedarme absorto y como embobado delante de los escaparates de las tiendas de lujo que ya habia por aquel entónces en la Puerta del Sol y en la calle de la Montera. Viendo á través de los cristales las lámparas de reluciente cristal y de metal dorado, los relojes de bronce y los espejos que aumentaban la claridad y alegraban los ojos, sentia yo en mi corazon una voz poderosa y que aún no ha acabado de resonar allí y que me decia una y mil veces: «Crescencio, tú has nacido para la quincalla!»—¿Se rie V.?

DOROTEA

¡Dios me libre! Esa misma voz es la que escuchaba Macbeth cuando las brujas le decian: «¡Tú serás rey!»

D. CRESCENCIO

Búrlese V. todo lo que quiera; pero yo, si V. se casara conmigo, no me cambiaria por todos los reyes del mundo.

DOROTEA (algo conmovida á su pesar y apretando la mano á *D. Crescencio*)

Es V. un hombre de corazon.

D. CRESCENCIO

No le doy á V. las gracias, porque es la pura verdad. Con mis ahorros, con la noble proteccion de mi principal que llegó á interesarme en los negocios de su casa, conseguí un dia empezar á realizar mi sueño y al fin lo miré cumplido de todo en todo. *El delfin de oro*, tiendecita inaugurada pobremente, llegó á ser uno de los establecimientos más importantes de la corte y despues de más de treinta años de trabajo continuo me retiré del comercio tranquilo ya sobre la comodidad de mis últimos años.

DOROTEA

¿Y cómo no ha pensado V. en casarse hasta ahora?

D. CRESCENCIO

Me ha faltado tiempo para hacer el amor.... Y hoy que lo tengo... me parece que ha llegado á sobrarme.

(Continuará)

CÁRLOS COELLO

FUEGO DEL CIELO

Muchos y muy distinguidos fisiólogos extranjeros se vienen dedicando de algun tiempo á esta parte al estudio de las causas de que dimana la conservacion, despues de la muerte, de la actitud ó postura que guardaba el individuo muerto, en el momento de extinguirse en él la vida. Las causas á que se atribuye este fenómeno son varias, mas en el estado actual de la ciencia todavía no han pasado de hipótesis, sin que hasta el presente se haya dado con ninguna explicacion precisa, concluyente y que responda victoriosamente á toda objecion.

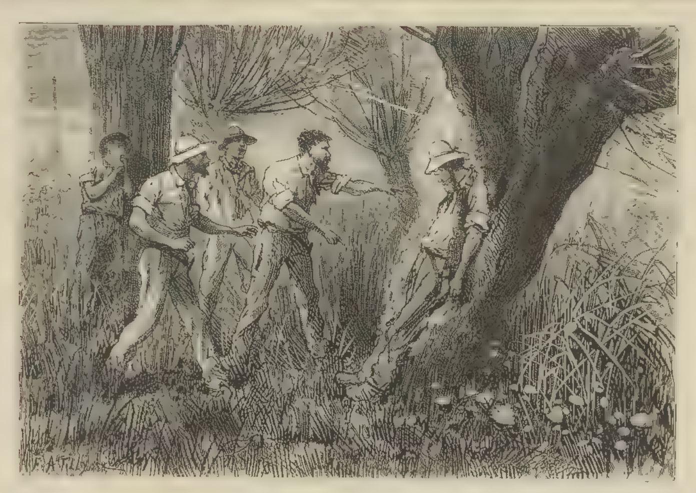
Para que dicho fenómeno se presente, se requiere que medien ciertas circunstancias particulares, la principal de las cuales parece ser una muerte violenta, instantánea ó por lo ménos muy rápida, áun cuando suele acontecer que no falte esta condicion y que, sin embargo, no se observe dicha conservacion de la actitud.

Háse hecho intervenir tambien como causa activa la influencia moral ejercida en el individuo en ciertos casos en que la muerte no hubiera sido instantánea ó por lo ménos en que el paciente hubiera podido tener la conciencia, la percepcion rápida del peligro que le amenazaba. Y sin explicar la causa inmediata, el punto de partida de esta accion instantánea del sistema nervioso, se la designaba con el nombre de *sideracion*, es decir, *fulminacion, fulguracion*.

Los casos en que se puede aplicar esta expresion de sideracion, no ya en sentido figurado, sino en el propio, son aquellos en que la muerte ha sido producida por el rayo, y de ellos vamos á ocuparnos especialmente en este artículo. Como dichos casos son numerosos y pueden contribuir á ilustrar el asunto, así como servir de enseñanza para que no se desdeñen las precauciones que deben tomarse á fin de esquivar en lo posible la rapidísima arremetida de ese formidable enemigo, citaremos algunos de los más notables.

1.° Uno de los más antiguos es el relatado por J. B. Cardan en una obra publicada acerca del asunto. Miéntras ocho segadores estaban almorzando al pié de una encina, cayó sobre ellos un rayo cuyo estallido resonó á larga distancia y que los dejó á todos instantáneamente muertos. Cuando se acercaron algunos transeuntes para ver lo que habia ocurrido, los infelices parecian continuar su almuerzo con toda tranquilidad, como si la muerte no los hubiera sorprendido á los postres.

Uno tenia todavía una escudilla en la mano, otro se llevaba el pan á la boca y un tercero metia la mano en el



¿NO VES QUE TE QUEMAS?

plato. La muerte los habia dejado á todos en la misma postura que tenian cuando estalló el rayo. Parecian estatuas esculpidas en mármol negro. La vida huyó de ellos tan rápidamente que sus rostros no tuvieron tiempo de contraerse adquiriendo una expresion dolorosa; sus músculos se quedaron en la misma actitud que tenian en el momento de la descarga eléctrica: sus ojos y bocas continuaban abiertos, y si el color de la piel no hubiese variado, la ilusion habria sido completa: hubiérase creido que en aquellos cadáveres palpitaba aún la vida, causando sorpresa su incomprensible inmovilidad. Los más de aquellos segadores tenian la piel ennegrecida, como si los hubiera ahumado la accion de la electricidad.

2. Muchas personas han puesto en duda el caso anterior, pero desde entónces han ocurrido otros análogos en idénticas condiciones.

Diez segadores, refugiados junto á un vallado, perecieron al poco tiempo de igual modo. Estos desgraciados aprovechaban un instante de reposo y tomaban pacíficamente un refrigerio ántes de continuar su ruda tarea. Cítase un detalle que demuestra la espantosa rapidez con que cuatro de ellos pasaron de la vida á la muerte. Uno tenia un perrillo en las rodillas en el momento de caer la exhalacion: el infeliz acariciaba con una mano al animal y con la otra le daba un pedazo de pan. El amo y el perro no eran ya más que inertes masas de músculos rígidos, y sin embargo, el pan continuaba todavía en una mano definitivamente paralizada. Otro conservaba entre los dedos un poco de rapé que iba á tomar, y otro estaba sentado, con los ojos abiertos y la cabeza vuelta hácia el lado de la tempestad.

3. El abate Richard cuenta que el demandadero del seminario de Troyes regresaba á caballo á su domicilio, cuando le alcanzó un rayo. Seguíale un fraile, el cual vió que se tambaleaba sobre su cabalgadura, pero creyéndole dormido, como de costumbre, le sacudió para despertarle segun tenian que hacer con él casi siempre El demandadero habia sido muerto por la chispa eléctrica, siendo lo más particular que su acompañante no vió pasar el flúido y que el caballo no recibiera daño alguno.

4. En los anales fúnebres del rayo se cita otro caso análogo. Un sacerdote que iba á caballo murió del mismo modo sin caer á tierra. El animal continuó impasible su marcha entre relámpagos y truenos, llevando á su amo difunto con su docilidad acostumbrada. El desgraciado cura solia cabalgar por el mismo camino con bastante frecuencia; su caballo conocia perfectamente todas las vueltas y revueltas, por lo cual no era menester guiarle; así fué que se vió llegar á la casa al noble animal llevando á su amo sobre su lomo, como si no hubiera ocurrido nada de particular durante aquel viaje fantástico. Pero el viajero no debia apearse vivo de la silla donde el rayo lo habia clavado dando á sus miembros una rigidez espantosa.

5. Un hombre, sorprendido por una tormenta en las cercanías de Dover, se refugió con cuatro caballos al pié de un matorral. Habiendo caido un rayo, mató al hombre y á los caballos, con la particularidad de que el primero se quedó sentado.

6. En julio de 1819 cayó una chispa eléctrica en la iglesia de Chateauneuf, resultando nueve personas muertas y ochenta y dos heridas. Lo más singular del caso fué que á todos los perros que estaban en la iglesia se les encontró muertos en la misma actitud que tenian.

7. Tres soldados, ignorantes como un gran número de personas del gravísimo riesgo á que se exponian guareciéndose debajo de los árboles cuando estalla una tormenta, se habian refugiado bajo un tilo. Cayó una exhalacion y los dejó instantáneamente muertos, pero quedando los tres de pié en su posicion primitiva, como si no los hubiera tocado el flúido eléctrico, y con las ropas intactas. Cuando cesó la tormenta, algunos transeuntes se acercaron á ellos, y como les hablaran sin obtener respuesta, se llegaron á tocarlos, y entónces cayeron reducidos á negruzco polvo.

8. En 1845, cinco habitantes de Heiltz le-Maurupt, cerca de Vitry-le-François se refugiaron, cuatro de ellos, al pié de un álamo y el quinto tuvo la malhadada ocurrencia de apoyarse contra un sauce, árbol que parece tener una afinidad particular para con la materia fulgurante; al poco rato, cayó sobre él un rayo. Sus compañeros notaron que brotaba una llama brillante de su ropa. «¡Que te quemas! ¡que te quemas! le dijeron; ¿no ves que estás ardiendo?» mas como no se moviese, se acercaron á él, quedándose mudos de estupor al ver que su compañero era cadáver, aunque continuaba de pié (véase el grabado)

9. Esta observacion se refiere á un animal. El 22 de enero de 1849 una cabra fué alcanzada por un rayo y muerta en el acto. Se la encontró de pié sobre sus patas traseras y teniendo todavía en la boca una ramita.

10. La mujer de un viticultor de las cercanías de Nancy estaba cogiendo flores para hacer un ramillete, cuando estalló una tormenta. Aquella infeliz fué herida por un espantoso rayo, y se la encontró de pié, teniendo aún en la mano una margarita que acababa de arrancar de su tallo.

11. Una mujer casada con un minero de la Ricamarie, habia ido á ver á su familia á SaintRomain-les-Atheux, llevando consigo un hijo suyo de cuatro meses. Era el 16 de julio de 1866 y estaba sola en la casa durante una tormenta. Cuando sus parientes regresaron del campo, la encontraron muerta por un rayo. La pobre mujer estaba de rodillas en un rincon del cuarto, con la cabeza escondida entre las manos y sin señal de lesion alguna. La criaturita que estaba acostada en la misma habitacion, salió ilesa.

Un caso análogo al anterior ha ocurrido hace pocas semanas en un pueblo español cuyo nombre no recordamos. Habiendo estallado una tormenta, una pobre mujer se sintió poseida de tal terror que se postró de hinojos ante una imágen, rodeada de sus hijos, y se puso á recitar las oraciones propias de estos casos. Estas no debieron ser acogidas, por cuanto un rayo la dejó muerta, encontrándola los vecinos en la misma actitud suplicante que guardaba, sin que los hijos hubieran sufrido daño.



SEGADORES MUERTOS INSTANTÁNEAMENTE POR UN RAYO

No seguiremos adelante en la enumeracion de casos de esta naturaleza, por más que pudiéramos multiplicarlos con sólo consultar las muchas obras que se han escrito acerca de los fenómenos eléctricos.

De los mencionados, así como de un gran número de observaciones, resulta probado que la persona herida por el flúido eléctrico de modo que pierda en el acto el conocimiento, cae ó muere *sin haber visto, oido ni sentido nada*, de suerte, que los que tienen la fortuna de volver en sí, ignoran completamente lo que les ha sucedido y no comprenden por qué se encuentran tendidos en el suelo ó en un lecho: la electricidad es más veloz que la luz y muchísimo más que el sonido; la vista y el oido se paralizan ántes que la luz ó el sonido hayan podido producir alguna impresion en ellos.

Resulta tambien de estos ejemplos que no es necesaria la percepcion del peligro para explicar la influencia ejercida en el individuo. El caso del soldado muerto en Beaumont, cerca de Sedan, mencionado ya en otro número de la ILUSTRACION ARTÍSTICA, parece tambien probado así; aquel soldado no tuvo conciencia del peligro á causa de la accion rápida é imprevista de la bala. En apoyo de este aserto están los casos en que se hallan comprendidos los animales (observaciones 5, 6 y 9), los cuales no pueden tener tal aprension, siendo notable ver que *todos* los perros hubieran muerto conservando *todos* la misma actitud cuando cayó el rayo en la iglesia de Chateauneuf, habiendo sido proporcionalmente menor el número de víctimas humanas.

Observemos tambien que en algunos casos de muerte con conservacion de la actitud, se ha visto que no existia ninguna lesion exterior en el cuerpo de la víctima, y aunque hubiera sido conveniente, no se ha hecho ninguna autopsia para conocer qué punto habia recibido con preferencia la accion eléctrica sin contacto aparente; quizás no se hubiera podido descubrir ninguna alteracion particular en los órganos esenciales de la vida, y en estos casos es cuando se puede emplear en todas sus acepciones la palabra *sideracion*.

Las circunstancias particulares que concurren en la muerte causada por el rayo pueden tener cierta importancia bajo el punto de vista médico-legal; mas no entraremos en este terreno, tanto por nuestra incompetencia, cuanto porque nuestro objeto al trazar estos renglones se reducia á indicar algunos casos en que la muerte producida por la electricidad tiene conexion con el problema cuya solucion buscan hoy los fisiólogos.

M. A.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 22 DE SETIEMBRE DE 1884 — NÚM. 143

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL ÚLTIMO SORBO, cuadro por Julio Theuer

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La temporada de invierno se avecina.—*La vengadora* y el caballero de industria.—El *cante* y el baile flamenco.—Lo que se oye y lo que se ve entre los bordones de una guitarra.—El Retiro en setiembre.—Un drama de la reina de Rumanía.—Silueta literaria.—El nuevo cementerio.—Pensamientos.

Los teatros se disponen á abrir sus puertas. La temporada de invierno se avecina. Las esquinas y los aparatos anunciadores desaparecen bajo chillones carteles donde letras colosales convocan al público. La ópera ensaya el *Barbero de Sevilla*. La compañía francesa que dirige la Judic empezará en breve sus tareas.

El teatro no es, como cándidamente creyeron nuestros padres, una escuela de costumbres ni un templo del arte. Es un escaparate de exhibiciones, un centro de reunion donde no es oro todo lo que reluce.

Vedlos. Son adorno indispensable de todo teatro: *la vengadora* y el caballero de industria.

El lado más repugnante y triste de la miseria de Madrid es este que en las poblaciones pequeñas se desconoce: una camisa planchada, un par de guantes, un sombrero nuevo, un detalle cualquiera del traje, hace sufrir al que no le tiene humillaciones lastimosas, y puede decirse que la dignidad de muchos hombres tarda aquí en caer lo que tardan en agujereársele las botas.

Ese caballerete fué transigiendo con estas vergüenzas de la vida. Adquirió el aplomo de la costumbre, y bajo la ceceosa habla y los modales correctos del señorito andaluz, despuntó algo de la naturaleza de Gil Blas ó de D. Pablos. Hubo, con todo, un momento en que la catástrofe sobrevino. Los pequeños acreedores le cercaron. Cayatte, el zapatero francés, O'Donne el sombrerero, el sastre Caracuel, se reunieron una mañana á la puerta de la casa de su deudor y allí le esperaron. Cuando salió el héroe vestido tan elegante como solia, ocurrió una de esas escenas que no pueden recordarse sin vergüenza y sonrojo. Toda la vecindad se enteró de que allí vivia un caballero de industria, y los porteros de las cercanías pudieron hacer comentarios sobre esos señoritos hambrientos y desvergonzados que, bajo una apariencia de duques, llevan el estómago vacío y el corazon podrido.

Aquí se desvanece la figura de Leandro, de Narciso.... del irresistible seductor, llámese como quiera, y durante mucho tiempo nada de él nos dicen nuestros apuntes. Una vez se le vió á la puerta del Suizo, y otra tomando café en la Iberia; luégo se hicieron más frecuentes sus apariciones y vino á ser, por fin, uno de tantos en ese ejército de la holganza viciosa, alimento y sosten de los cafés y restaurants á la moda Así como en la generacion degradada y pobre de Felipe IV eran las gradas de San Felipe escaparate y muestrario de todas las variedades de la miseria innoble, han venido á ser estos sitios del Madrid moderno especie de hervideros de esa gentecilla engendrada por la vanidad hijo-dalga y perezosa de nuestros abuelos y el escepticismo brutal y frio de nuestra época. En San Felipe habia las golillas almidonadas en falso, los espadines sin hoja, las chupas sin forro, las medias con puntos remediados con tinta y todas las tragi-cómicas engañifas de una podredumbre adecentada: de igual manera estos lugares de Madrid son hoy una exposicion curiosa y un barómetro del país. ¿Qué hace allí aquella juventud dorada? ¿En qué se emplea? No es ya la juventud que iba al café Lorencini á soñar con la libertad, ni la que en La Fontana de Oro plagiaba á los convencionales. La de ahora no tiene ya fe alguna y su conversacion es la del que ya no cree ni en sí mismo.

***

El otro adorno principal de los espectáculos madrileños es la *vengadora*.

Se os presenta con el encanto de la hermosura y acaso con el de la inocencia.

En ocasiones la belleza es disfraz del vicio y tal vez finge brillante superficie lo que en el fondo es cieno sobredorado.

Luégo sabeis que aquella inocente criatura se habia pasado la vida ¡oh candor! devorando caudales ajenos. Juzgad de su apetito: se habia comido la fortuna de un lord y los sueños de un poeta andaluz, viandas de que ella decia en un cínico alarde de erudicion culinaria:

—El alimento de los primeros años de mi vida ha sido: en un principio el jamon de York: luégo el vino de Málaga...

—¿Y ahora?

—Ahora mezclo ambas cosas.

—¡Pobre lord!

—¡Pobre poeta! Oiga V. una máxima: Bienaventurado el rico, porque nosotras no le haremos traicion miéntras tenga dinero.

—¿Y si se le acaba?

—Se le olvida.

—¿Será V. capaz de esa accion?

—Yo soy capaz de todas las *acciones* desde que un opulento me regaló las que tenia en el Banco de Inglaterra.

***

Una disposicion gubernativa ha cerrado los cafés donde se rendia culto al *cante* andaluz.

Realmente era motivo de escándalo, pero los aficionados á lo castizo tendrán que deplorar esta medida. Oyendo los arpegios de una de aquellas apasionadas canciones se siente uno trasportado á Andalucía.

—¿Dónde?

—En Málaga ó en Granada; no lo sabremos á punto fijo; sólo que en una noche tibia y perfumada, bajo los naranjos, alumbrada por millones de estrellas brillantes; á la claridad de un farol colgado en la rama de un árbol; un cantaor, sentado en una banqueta morisca, arrullaba una malagueña, con acompañamiento de guitarra, miéntras que en torno suyo, mujeres vestidas con corpiños rojos de pana, palmeaban cadenciosamente.

En aquella ilusion entrevemos una Andalucía de novelas y aventuras, cálida y voluptuosa, donde los brazos blancos se abrian y tendian ávidos de amor; donde los caballeros, envueltos en románticas capas de largos pliegues, rozaban los muros de sombrías callejuelas, alumbradas por la temblorosa luz que brillaba en el nicho de algun santo; serenos invocando, al cantar las horas, el nombre de la Vírgen Santa...

El arte se va.

***

Empiezan los dias hermosos de paseo. El Retiro cuenta ahora más paseantes que en ninguna otra época del año.

La otra tarde me permití mi vueltecita bajo la sombra del paseo de los Reyes.

Habia en los árboles cabeceo dulce de ramas agitadas por el viento, murmullo de aguas despeñadas por los estrechos cauces,—flautas de cristal que cantan eternamente.—El gorrion es un pájaro esencialmente madrileño. Vive medio año en un tejado, y medio año en el Retiro. ¡Sensual cortesanillo que tiene posesiones de verano! Miles de ellos piaban en aquel cedro de aérea copa, alta y gallardísima. Frente habia una plazuela sobre cuya arena menuda advertíanse las huellas que habian dejado los juegos de los niños. Más allá, mostrábase entre árboles un pedazo de estanque, y por este pedazo de agua tersa y azulada, solia pasar una pareja de cisnes haciendo eses con el largo cuello, de plumon blando cubierto. El cisne es un pájaro ingerto en serpiente. Arriates de flores llenas de luz, perfume y dicha; manojos de pensamientos multicolores, dominando—¡como en el mundo!—los negros; en el aire un hilo de araña flotando, como el cabello de una ninfa ó como un rayo de sol que se ha caido á la atmósfera terrestre. Y sobre todo esto, combinándolo en angélica armonía, una idea de plenitud, de abundancia exuberante, de desbordamiento de los ocultos raudales prolíficos que ha dejado el estío.

***

Anúnciase la representacion, en uno de los teatros de Madrid, de un drama escrito por la reina de Rumanía, que escribe bajo el seudónimo de Cármen Silva.

Uno de sus biógrafos nos da curiosas noticias acerca de esta egregia escritora.

Hé aquí su silueta literaria.

El arte fué su refugio, cuando la muerte le arrebató á su hermoso hijo. Entónces comenzó á escribir, sin apercibirse de que cultivaba un arte, y el cuento rumano vestido con traje oriental, fué su amigo íntimo. Su actividad es maravillosa; la aurora la sorprende trabajando, en comercio íntimo con las musas. Durante el invierno se levanta silenciosamente para no turbar el sueño de su esposo, enciende su pequeña lámpara de aceite, se sienta delante de su mesa esculpida y escribe hasta que llega el dia; pues con el dia comienzan sus deberes de reina.

En 1881 publicó bajo el título de *Sturme* (Tempestades) cuatro poemas, de los cuales el primero, *Sappho*, escrito en exámetros que carecen de un pié, tiene un movimiento rítmico de los más felices. En este poema nos pinta sus propias damas de honor presentándolas bajo el interesante aspecto de los jóvenes compañeros del poeta de Lesbia. Ella ha trasformado la fábula, como es natural, y nos muestra á la mujer poetisa, amada de su ídolo, Memnon, arrojándose al mar porque la sombra de su hija muerta de amor por Memnon la separa eternamente de su amante. En 1882 apareció el grandioso poema *Jehová*, conteniendo la historia de Ahasvero y compuesto alternativamente de versículos bíblicos y de yambos de cinco piés. Pero la crítica ha reprochado al autor con razon, el no haber desarrollado bastante el fin de su poema filosófico, en el que deberia reconocerse á Dios como causa y fin eterno de todas las cosas.

Otro poema muy gracioso y muy romántico de la reina, le ha sido inspirado por una estatua de Caner y lleva el título *Eine Hexe* (Una encantadora). Ha publicado además *Eine Gebet* (Una oracion), y unas novelas tituladas: *Handzeichnungen* (Dibujos hechos á la mano), donde se encuentran rasgos satíricos, cortas y terribles historias y narraciones encantadoras. Pero sus creaciones más originales son sus poesías tituladas *Mi reposo*, que contienen una composicion por cada dia del año.

Hay un pensamiento muy fantástico y al mismo tiempo muy profundo en la poesía titulada *Estrella errante*. Se trata de un astro que habiendo sido primeramente en los cielos una pura gota de rocío, ha dudado del poder del Eterno por haber visto desaparecer un astro brillante y que desde entónces el fuego lo consume y cae diseminado en los espacios infinitos. Parece que esta contemplacion entusiasta de la naturaleza que notamos en la reina es una herencia que ha recibido de su tio abuelo el naturalista y viajero Maximiliano de Wied.

La poesía debia serle familiar por su bisabuela, la princesa Luisa Wied, que fué una poetisa distinguida. Su padre el príncipe Hermann, escribe libros de filosofía.

La reina conoce las lenguas antiguas y modernas y ha escrito para la sociedad de Buckarest una comedia en francés titulada *Revenants y Revenus*. Tambien hace versos en inglés, como Félix Dahn.

Genio, hermosura, juventud, poderío y popularidad.

¿Es posible, Señor, que hayas puesto tantos dones en poder de una sola persona?

***

El cementerio del Este ha quedado hoy abierto.

¿Quién será el primero que reciba allí tierra cristiana?

¿Qué desdichas deja aquí abajo? ¿Qué glorias le esperan más allá?... Un cementerio... nuevo ó viejo es, y no más, una antesala de lo eterno y una estacion de descanso de lo finito.

***

Acerca de la aguja y una hebra de seda.

—«¡Aquella hebra de seda con que cosiste el boton del cuello de mi camisa, me atravesó el alma!..... ¡Y te casaste con Pedro! ¡Y me olvidaste...! No digas que no: para ahogar á un hombre.... puede bastar una hebra de seda.»

—«Te he visto remendar la levita de tu padre, hermosa Eladia. He visto tu dedo índice, marcado con la huella de la aguja, y hubiese querido beber con un beso aquella gota de sangre que brotó de tu piel sonrosada al pincharte. Contesta á mi amor. ¿No tienes tinta? Borda tu sí en un papel con una hebra de seda.»

—«Ibas tú delante volando con unas maravillosas alas de arcángel. De tu mano pendia un hilo de seda y á él iba presa una mariposa que era mi alma....

Fué un sueño, pero es una realidad. La hebra de seda con que me encadenas es aquella con que atas mis cartas.»

—«Tu chaqueta es muy recia, Juan. No se puede coser con seda,—dice una muchacha del pueblo, con cara de princesa, á su tosco marido.

Lo mismo le sucede al alma del hombre brutal con el alma de la mujer delicada. Ella es la seda, él es el paño recio. Dios y la ley les mandan hacer ese dobladillo del matrimonio... La hebra no puede más... ¡y se rompe!

—«He visto el cadáver de mis sueños.... ahorcado en un hilo de seda.»

—«¡Cosias con seda azul!... Hubiera jurado que cosias con hilos arrancados del tapiz celeste.»

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL ÚLTIMO SORBO, cuadro por Julio Theuer

Genio y figura hasta la sepultura... Así dice un refran español y probablemente dirán otros refranes en extranjeros idiomas.

Y esta verdad comun está perfectamente sintetizada en el cuadro de Theuer. Los años no han pasado impunemente por ese personaje; pero su continente es siempre marcial, su apostura gallarda, su mirada de perdona-vidas, su bigote de valenton, su ánimo tan bien templado como su tizona.

Es el veterano que cuenta los lances por semanas y los amores por dias, crónica ambulante de la guerra de los cien años, apasionado del buen vino, y áun del malo, cuando no hay otro, fumador sempiterno, socarron con los hombres y escéptico con las mujeres, áun cuando apénas conoce de ellas la parte averiada.

Dados estos apuntes ó antecedentes, hemos de confesar que el pintor ha hecho de nuestro viejo capitan un tipo bien sentido y magistralmente ejecutado. En esa cabeza, minuciosamente estudiada, hay huellas de todas las virtudes y de todos los vicios del soldado; el vinillo, sobre todo, ha impreso en ese semblante cierta expresion satiriaca, expresada con una sobriedad del todo habilidosa.

Aun cuando este cuadro ha sido pintado hace sólo un año, cualquiera pudiera confundirlo con un buen lienzo de la antigua escuela holandesa, de que el autor se conoce haber hecho un profundo estudio.

EL TAÑEDOR DE LAUD, cuadro por C. Probft

El laud era instrumento de música favorito de las damas y galanes de la Edad media. Sus cuerdas que producen sonidos que pudieran calificarse de dulces lamentos, acompañaron los cantos del trovador y las estrofas amatorias de las jóvenes castellanas, que decian al viento lo què no podrian confiar al ausente dueño de su corazon mal guardado.

El personaje de nuestro cuadro es un apuesto mancebo, que distrae sus ocios obligados dedicándose á la música, ocupacion no la más comun de un hombre de armas, como lo eran todos los nobles de la época, pero la más á propósito para suavizar las rudas costumbres de la vida de los castillos.

Despues de todo, ¿quién sabe si la música que ensaya ha de aprovecharle para algo más de lo que aparenta? Frecuentemente al pié de los torreones habitados por bellas reclusas, allá cuando las sombras de la noche no permiten distinguir la silueta de un amante de la silueta de un árbol, se dejaba oir una voz tierna que, acompañándose de un sonoro laud, lamentábase de mal de ausencia ó de pasion mal correspondida. El cantor nocturno no era otro que el personaje de nuestro cuadro, y si al perderse en el espacio la última nota de la estrofa, respondia, como un eco, una voz argentina, que más que cantar lloraba iguales penas, el enamorado galan, ebrio de gozo, besaba aquel laud, conductor misterioso de los sentimientos de dos almas apasionadas.

Estas consideraciones nos sugiere el cuadro que publicamos, verdaderamente simpático y bien sentido.

EL PEOR DE LOS PEORES, dibujo por A. Fabrés

Si el distinguido autor de este dibujo se ha propuesto hacer aborrecible al delincuente, que áun en la sociedad de los pervertidos es merecedor de duro castigo por su mal comportamiento, hay que confesar que ha conseguido por completo su intento. Nuestro preso tiene todas las condiciones necesarias para ser repulsivo y hacer repulsivo, asimismo, el lugar á que le han conducido sus vicios. Su aspecto es el de uno de esos criminales, tan comunes en las grandes poblaciones, que lo mismo practican á la perfeccion el timo de las supuestas joyas, como fuerzan el naipe en el garito ó le cruzan la cara á un prójimo tras la esquina de una calle *non sancta*. En la cara llevan escrita su biografía, cuyo último capítulo no es raro que se publique en mal llamado romance el dia en que dan garrote á un miserable.

El dibujo de Fabrés demuestra el estudio concienzudo de un tipo: el artista tiene singulares condiciones de observacion y, al darlas forma, lo hace con singular valentía y firme pulso de maestro. A pesar de lo cual, una vez más lo diremos y otras ciento si es menester: el objetivo del artista no se encuentra seguramente entre rejas de un establecimiento penal.

TIPOS CATALANES,
esculturas por Rosendo Novas

El distinguido artista ha tratado como buen hijo á la madre patria: en las estatuas que hoy publicamos no tan sólo ha encarnado el tipo físico de los naturales de Cataluña, sino que ha impreso el sello de la laboriosidad en la mujer, el del amor al trabajo, por rudo que sea, en el varon. Es aquella hermoso ejemplar de nuestras paisanas de la costa de levante, medio jardinera medio encajera, de esbelto talle, de acentuada belleza, de casto traje y de ademan resuelto. Es el tipo del varon un ejemplar clásico del jefe de segadores, de esas cuadrillas de trabajadores del campo que, bajo el ardiente sol de julio, empuñan la hoz afilada y cosechan en un dia el pan del año; duros obreros del campo, que sudan cuanto beben y beben sin aguardar á sudarlo; tipo de aquellos hombres del monte, curtidos por el sol y por la escarcha, Antinoos rústicos que, á conciencia ó sin conciencia, produjeron en 1640 la más sangrienta y trascendental de las revoluciones que registran los anales de Barcelona.

¡Buena estampa tienen una y otra estatua!.... Bien revelan ambas la existencia de un pueblo viril, de una raza fuerte, susceptible de producir aún no pocos almogavares.... Por fortuna ó por desgracia, ya no hay Paleólogos que nos llamen en su auxilio; pero á la vista de los hermosos ejemplares de Novas, estamos tentados á creer que no se ha perdido del todo la raza de los dominadores de Grecia.

CONCIERTO CASERO

Es recomendable este cuadro por la buena distribucion de las figuras y por la naturalidad de todas ellas. El asunto no está tratado en él por primera vez, ántes bien por lo mismo que la escena representada es muy comun en Alemania, se comprende que sean varios los artistas que le han escogido como tema.

Y sin embargo, siempre se ven con gusto estas escenas cuando se trasladan al lienzo con propiedad y soltura: un cuadro que represente la música casera nunca estará de más, por ejemplo, en la estancia donde esa música se ejecute.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA VISION DE SAN FRANCISCO DE ASIS,
cuadro por T. Chartram

No se ha extinguido la escuela de la pintura mística; ántes bien tiene artistas de valía, dotados de singular aliento, que, como Chartram, acometen las mayores dificultades y las vencen con singular maestría. *La vision de San Francisco* bastaria para formar una reputacion á su autor, por la elevacion con que está concebida, la naturalidad con que ha sido ejecutada, la acertada combinacion de lo divino y lo humano, y el sentimiento místico de que está impregnada la composicion toda, sin que degenere en cuadro de efecto puramente ascético. La figura del *Buen Pastor*, rodeada de misteriosa luz, tiene en el original, segun un distinguido crítico, toda la transparencia de un sér perteneciente á un mundo superior. La del santo es verdaderamente sublime de expresion: la pupila dilatada, la vista fija, como inconscientemente, en la aparicion celeste, una ligera tension del enflaquecido cuerpo, todas y cada una de las partes del personaje, revelan un estado de éxtasis, que tan sólo un maestro del arte puede reproducir tan felizmente.

Contrasta con esta figura la del compañero del santo, dormido vulgarmente, de una manera apacible, tranquila, como duermen los mortales que carecen de necesidades y no tienen visiones de lo alto ni de lo bajo. Este personaje complementa la composicion y hace resaltar, sin sentirlo, al personaje principal.

El cuadro, en general, tiene cierto sabor á Murillo, el mayor genio de la pintura mística.

VÍRGEN Y MÁRTIR

I

En el casino

—¿De dónde venís?

—Del Real.

—¿Han cantado?...

—Lucrecia.

—¡Lucrecia!... ¡Ah, cómo degeneran las costumbres, las pasiones, las razas!... Mozo, mozo, otra copa de coñac;—déjame aquí la botella.—¡Cleopatra!... ¡Mesalina!... ¡Lucrecia!... ¡qué mujeres!... El siglo XIX sólo tiene á Corina... el amor platónico... una heroína de novela; todo esto es ridículo; estoy por las pasiones de carne y hueso.

—Aquí viene Felipe.

—¡Hurra!

—Buenas noches.

—Llegas á tiempo.

—¿Qué ocurre?

—Se habla de amor y de mujeres.

—En materia de amor y de mujeres, los hechos valen más que las palabras; en fin, si no hay otra cosa abriremos el apetito, es decir, hablemos; la imaginacion es la mostaza de los sentidos.

Haremos exámen de conciencia.

—¿Eh?...

—¿Te has asustado?

—¿Qué tienes?

—¡Se ha puesto de mil colores!

—Señores, no me gustan ciertas alusiones y mucho ménos en este instante que salgo de casa, donde he pasado cinco horas eternas discutiendo de conciencia, moral y religion.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Eres de los arrepentidos?

—Bien dicen, que el diablo harto de carne...

—Algo hay de eso.

—¿Te retiras á la Trapa?

—Yo, no; pero mi hermano Luis...

—¿Pretende convertirte?

—No; soy impenitente; la vida por el amor, pero por el amor ligero, fácil y tornadizo, tal es mi lema.

—Entónces...

—Mi hermano piensa de otro modo, y esta misma noche nos ha manifestado, en familia, su firme resolucion de tomar las sagradas órdenes.

—¿Hacerse cura?

—Sí.

—¡Ja, ja, ja!..

—Señores, no hay que burlarse de ciertas cosas.

—No; si no nos burlamos, nos reimos.

—¡Vaya un chistoso contraste que va á ofrecernos la familia de la ilustre casa de los Velascos!... ¡un santo y un libertino!... ¡Ja, ja, ja!...

—¡Felipe de Velasco y Luis de Gonzaga!

—El cielo y la tierra.

—La carne y el espíritu.

—El ángel y el demonio.

¡Ja, ja, ja!...

—¡Y será capaz tu hermano de repartir su fortuna entre los pobres, como manda el Evangelio!

—Efectivamente, les dedica gran parte de sus bienes y el resto...

—¡Para redimir cautivos!

—Me lo lega á mí.

—¿A tí?

—A mí.

—Es decir, al diablo.

—Pero, con una condicion.

—¿Cuál?

—Sepamos.

—¡Será chistosa!

—Con la condicion de que he de casarme en el término de dos años.

—¡Ja, ja, ja!

—Tu hermano comienza á ejercer su ministerio y te impone la penitencia que tus muchos pecados merecen.

—Acaso; pero sus intenciones son otras.

—¿Las de que escarmientes en cabeza propia?

—Como él y yo somos los dos últimos varones de la casa de Velasco y Luis hace voto de castidad....

—¡Ja, ja, ja!... ¡quiere que tú perpetúes la raza!

—Tal es su deseo.

—Y, ¿piensas casarte?

—¿Por quién me habeis tomado? Estimo en más mi libertad y mis vicios que el árbol genealógico de mi familia.

—¿Se lo has dicho así á tu hermano?

—Así mismo.

—¿Se habrá ruborizado como una doncella?

—Y poniéndote la cruz...

—Nada de eso; volvió á la carga; procuró convencerme, hasta que al fin con oratoria sagrada sentimental le dije... Me rio al recordar el gesto que puso!... Le dije.....

—¿Qué le dijiste?

—Que si tenia tanto interés en perpetuar la sangre de los Velascos que se casara él por mí.

—¡Le habrás escandalizado!

—Dió un bote como si le hubieran clavado una aguja. Tiene gracia ese pobre muchacho; en oyendo hablar de mujeres se le traba la lengua.

—¡Le olerán á azufre!

—En fin, ¡cómo ha de ser! Dejemos á cada cual seguir su camino y bebamos.

—A la salud del catecúmeno.

—No, á la salud de Felipe.

—Y de su mujer futura.

—Nada de equívocos, señores; bebamos por el amor y las mujeres; ó todas ó ninguna, este es mi lema.

—¡Hurra!...

II

Los dos hermanos

Felipe y Luis pertenecian á una de las más nobles familias de la corte; eran hermanos por la naturaleza, mas no por la inclinacion ni las costumbres.

El primero, jóven de buen humor, de vida alegre, pendenciero, camorrista y calavera afortunado, contaba, nuevo D. Juan Tenorio, las aventuras amorosas por semanas, los duelos por docenas y los escándalos de todo género por millares.

Desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca

su amor habia recorrido toda la escala social; su bolsillo habíase tambien vaciado en todos los garitos y su excentricidad se paseó por todos los lupanares.

—Mi vida (como él mismo decia) tiene cuatro puntos cardinales; al Norte el amor, al Sur el juego, la embriaguez al Este, el duelo al Oeste y la alegría en todas partes.

Su hermano Luis de Velasco era el reverso de la medalla; rubio como el oro, pálido como la cera y delgado como el junco, distinguióse desde muy niño por su carácter serio y reflexivo y la aficion á las prácticas religiosas, lo que le valió en el colegio el sobrenombre de San Luis Gonzaga.

Tímido y retraido en el trato social, y prudente en el íntimo, era de sobrias costumbres, amante del silencio y enemigo de todo lo superficial y frívolo.

Incansable en el estudio, de irreprochable conducta y dado á la meditacion, movíase su alma en una atmósfera tranquila y libre de las tempestades que la imaginacion suele agitar en los cerebros juveniles.

Es verdad que tal vez su cuerpo no hubiera podido resistirlas tampoco.

Deleitábase con la lectura de los clásicos griegos y latinos en cuya ocupacion invertia los más de sus ocios, sin olvidar por esto á nuestro divino Fray Luis de Leon á quien admiraba y queria sobre todo encarecimiento.

Amante de la severa forma helénica y enamorado del espíritu cristiano, cuyas dos cualidades constituyen la manera de ser de los escritores místicos españoles, dicho se está que nunca arraigó en su corazon la novela y literatura contemporáneas, las cuales han inoculado en la juventud actual ese virus de vejez prematura que aflige á las sociedades modernas.

La severidad con que se juzgaba á sí mismo no la hacia extensiva á los actos de los demás, con cuyas debilidades se mostraba siempre tolerante y compasivo.

Sólo en una cosa no transigia: en la cuestion religiosa; tenia el fanatismo que dan la conviccion y la fe verdadera.

Para Luis el Evangelio era el dogma, y el dogma era la palabra de Dios revelada á los hombres y no admitia que este pudiera ser patrimonio exclusivo de una raza, de una clase social y, mucho ménos, de un partido político en provecho propio y con exclusion y perjuicio de todos los demás.

Este egoismo era demasiado humano para anidar en su alma poseida de todo lo eterno, inmortal é infinito.

—Debajo de la Cruz caben todos los hombres (solia decir); sus brazos se abren para estrechar á toda la humanidad y redimirla igualmente del pecado. Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Estos afectos divinos no excluian sus sentimientos humanos, delicados y tiernos como pocos.

Para Luis la tierra era un punto de partida, el cielo el término de su destino; el cuerpo envuelve al alma como la crisálida á la oruga, siendo precisa la muerte para transformarla en mariposa, es decir, en ángel, y volar, volar á través de los espacios hasta llegar á las puertas del Empíreo.

Los niños y los pobres, los desvalidos y los ancianos tenian en Luis su providencia; unos y otros, como sus antiguos camaradas de colegio aunque por distintos sentimientos, le daban el sobrenombre de San Luis Gonzaga.

Pero nada hay perfecto en el mundo; Jesus dice que el hombre más justo peca por lo ménos siete veces al dia:



EL TAÑEDOR DE LAUD, cuadro por C. Probft



EL PEOR DE LOS PEORES, dibujo por A. Fabrés

no es de extrañar pues que Luis, dotado de tantas virtudes, tuviese un defecto: el pájaro, el sér que más se remonta al cielo, vuelve siempre á la tierra.

El defecto de Luis era el orgullo de raza, el apego á su abolengo, la admiracion y el respeto hácia el ilustre apellido que llevaba, considerado por él como el símbolo de las antiguas tradicionales glorias de su familia.

Esta levadura de orgullo que el ángel caido parece haber inoculado en los más grandes caracteres, estaba empero en Luis tan oculta que sus manifestaciones apénas si pudiera advertirlas el más sagaz psicólogo ó conocedor del corazon humano.

Tal vez en Luis este defecto era nobilísimo orígen de sus muchas virtudes.

Tal vez la caridad que dispensaba á los desvalidos nacia de la satisfaccion que sienten los grandes en proteger á los pequeños. Acaso su constancia en el estudio era hija á su vez de un instinto de superioridad por el cual los ricos y poderosos se creen obligados á saber más que los pobres y los desgraciados.

III

¡Hasta la vista!

—Felipe, Felipe.
—¿Quién anda ahí?
—Soy yo, tu hermano Luis: ¿duermes?
—¡Cómo diablos he de dormir si me has despertado! ¿Qué hora es?
—Las cinco.
—¿De la mañana?
—No; de la tarde.
—Es verdad; me acosté á las nueve. ¿Llueve?
—No; pero lloverá.
—Y, ¿á qué debo tu visita?
—Me han dicho que te marchas.
—Pues no te han engañado.
—¿Al ejército del Norte?
—Sí; á incorporarme á mi regimiento.
—Parece que te deleitas en contrariarme en todo.
—Lo siento mucho.
—¿Por qué te vas? ¿No estabas destinado al ministerio de la Guerra?
—Sí; pero esta vida me aburre, me desespera; siempre igual, siempre lo mismo. Necesito impresiones fuertes y las busco.
—¿En el campo de batalla?
—¿Hay nada más hermoso que las guerras?
—¿Civiles?
—¡Sean como quieran! La cuestion es batirse con el enemigo. Las balas hablan un solo idioma y hieren sin distinguir de nacionalidades.
—Felipe, es inútil que trates de engañarme.... de engañarte á tí mismo. Prescinde un instante de esas palabras crueles con que encubres tus sentimientos, penetra en tu corazon, deja hablar á tu conciencia y sé franco y sincero de una vez para siempre.
—¡Ta, ta, ta!... ¿Ahora te vienes con esas?
—Dentro de pocas horas saldré de Madrid, y dentro de algunos dias pronunciaré mis votos al pié del ara. Hablemos sériamente ántes de separarnos; te lo suplico por la memoria de nuestra madre.
—Amén. ¿Qué tienes que decirme?
—Deseo que cambies de vida.
—De eso trato.
—No; tú no tratas de cambiar de vida; lo que intentas es exponerla neciamente con nuevas y más funestas locuras.
—¿Quieres que cante misa?
—No es mi propósito violentar tu vocacion.... ¡Dios me libre de ello!
—Entónces....
—Ya te lo he dicho; pretendo que seas un hombre formal, sensato y juicioso; que dés al olvido tus calaveradas y tus escándalos y pienses en lo que te obliga el nombre que llevas.
—¿Me has despertado para darme una pesadilla?
—¿No has vuelto á reflexionar sobre lo que te dije dias pasados?
—¿Qué me dijiste?
—¿No recuerdas?
—No recuerdo.
—Como hay deberes que cumplir con Dios, con la sociedad y con la patria, hay tambien deberes con la familia, y el tuyo....
—Sí, sí; ya me lo has dicho; tengo el deber como primogénito de casarme y tener hijos.... no para el cielo sino para la ilustre casa de los Velascos. ¡Vanidad de cosas vanas! Pues bien, te molestas inútilmente porque no lograrás persuadirme; no me caso. ¿Tienes algo más que decirme?
—¡Felipe!
—Te lo tolero todo ménos que insistas en ese punto; ¡eres un casamentero insoportable!
—¿Es decir que?...
—Que haré, como tú, mi santa voluntad. Despues de todo tan Velasco eres tú como yo; y hombre por hombre, para el caso es lo mismo.... con que cásate tú si quieres y buen provecho te haga.
—Dios me destina para su Iglesia.
—Pues á mí no me destina para el matrimonio.
—¿No hay razon que te convenza?
—¿Acaso es razonable lo que me propones?



TIPO CATALAN, escultura por don Rosendo Novas

—¿Es decir, que no te casarás?
—Nunca.
—¿Que persistes en tus costumbres disipadas?
—Siempre.
—¿Que estás decidido á partir al Norte?
—Mañana mismo.
—Lo siento mucho; pero en fin, si así lo tiene Dios dispuesto, cúmplase su santa voluntad.
—Amén.
—Adios; tengo que arreglar todavía algunas cosas ántes de emprender mi marcha.
—¡Buen viaje!
—¿No tienes más que decirme? ¿No me das siquiera un abrazo de despedida?
—Toma y déjame en paz. ¡Ah! dí á Agustin que hoy no como en casa; que me deje dormir hasta las ocho.
—Adios, Felipe.
—¡Hasta la vista!

IV

Nuestras vidas son los rios....

Luis por la estacion del Mediodía y Felipe por la del Norte abandonaron la coronada villa en el espacio de veinticuatro horas.

Sus destinos, como los trenes que los conducian, dábanse las espaldas el uno al otro, separándolos á toda velocidad.

Ambos hermanos ántes de abandonar el suelo natal arreglaron sus asuntos particulares: Luis destinó algunas cantidades de importancia á los pobres; Felipe escribió y selló dos cartas que entregó á su administrador acompañándolas de algunas órdenes reservadas.

El tiempo, indiferente á todo, siguió corriendo como si tal cosa: pasaron dias y dias.

Despues de la batalla de Somorrostro, los periódicos publicaron la lista de los heridos y muertos en tan sangrienta accion.

Entre los últimos se hallaba el nombre de Felipe Velasco; el calavera empedernido y sin conciencia, habia muerto sobre el campo de batalla luchando y combatiendo como un héroe de las antiguas leyendas.

La noticia causó profunda emocion en la alta sociedad de la corte.

Fué necesario confirmarla para creerla; en mucho tiempo no se habló de otra cosa.

Así que se hubo confirmado oficialmente, el administrador de la ilustre casa de los Velascos dirigió á su destino las dos cartas que recibiera de su señor y dueño; la una era para su hermano Luis, la otra para un amigo llamado Mariano, compañero de armas y de vicios.

El administrador se personó en la casa de este último personaje que tendria próximamente la edad de Felipe.

—¿El señorito Mariano?
—Está ocupado.
—Necesito verle.

(Se continuará)

FELIX REY

AMOR Á PRUEBA

(Conclusion)

DOROTEA

No le comprendo á V.

D. CRESCENCIO

He cumplido ya cincuenta y dos años, y hé aquí mi desgracia. Oígame V., que concluyo en seguida. A mí me hace falta casarme, constituir una familia, tener á mi lado una mujer que me quiera y que me dé un hijo por lo ménos.

DOROTEA

¿Y eso le ha sido á V. imposible?

D. CRESCENCIO

Imposible no, pero muy difícil en las únicas condiciones en que yo lo deseo y lo admito. A mí me han gustado por completo poquísimas mujeres, y como V. ninguna.

DOROTEA

Me confunde V.

D. CRESCENCIO

Ninguna, absolutamente ninguna.—Pero con V. me pasa lo que con todas las demás que, más ó ménos, me han ido gustando. Ellas pudieron, y V. misma podrá llegar á casarse conmigo; y esto que parece todo no lo es para mí. Yo necesito que la mujer á quien ofrezca mi corazon, me dé tambien el suyo.

DOROTEA

¿Y V. cree que yo podria casarme con V. ni con nadie sin tenerle cariño?

D. CRESCENCIO

Hablemos con entera claridad. Esas cosas se dicen y se oyen y se creen todos los dias; pero yo soy suma mente desconfiado.—Mire V.: yo tengo metida entre ceja y ceja la idea de que soy feo y viejo y vulgar, y el solo recelo de que una mujer se case conmigo enamorada exclusivamente de mis talegas me pone frenético y fuera de mí. Hasta ahora sólo he hecho el amor en serio á dos mujeres: V. es la tercera, y como á las tres va la vencida, si de la tercera prueba salgo tan mal como de la primera y segunda, me quedo solterón.

DOROTEA

Todo lo que V. me dice es tan extraño...

D. CRESCENCIO

Pues falta lo mejor todavía, y vamos á concluir pronto para que ninguno de los dos nos cansemos más. Ya he dicho á V. que la quiero con toda mi alma y que deseo hacerla mi esposa. ¿Acepta V. el trato? ¿Sí ó nó?

DOROTEA

Usted me pone entre la espada y la pared.

D. CRESCENCIO

Hágame V. el favor de contestarme francamente.

DOROTEA

Y ¿de qué serviria que yo le dijera á V. que sí, si V. no me habia de creer?

D. CRESCENCIO

Aquí entra la necesidad de la demostracion.

DOROTEA

Bueno; pues supongamos que yo le quiero á V.: ¿cómo se lo demuestro?

D. CRESCENCIO

De una manera muy sencilla.

DOROTEA

Veamos la manera.

D. CRESCENCIO

Usted la rechazará, como la rechazaron mis dos novias anteriores y la rechazarian todas y cada una de las mujeres del mundo.

DOROTEA

¡Hombre, si pide V. un imposible!

D. CRESCENCIO

Un imposible pido: esa es la verdad. Yo pido para convencerme de la sinceridad del cariño de una mujer que me haga el sacrificio mas costoso para ella: el de su vanidad.

DOROTEA

Yo no soy vanidosa.

D. CRESCENCIO

Veremos.—El sacrificio que yo exigí á las dos predecesoras de V., y que hoy voy á exigirle, era tan grande para mí como para ellas, y si así no fuese, no seria yo capaz de exigirlo.

DOROTEA

Me tiene V. ardiendo de curiosidad.

D. CRESCENCIO

Mi primera novia tenia el cabello rubio más bonito de Madrid y en él se quedó prendido mi corazon como la mosca en los hilos que teje la araña.
Aquella mujer juraba y perjuraba (¡ya lo creo que perjuraba!) estar perdidamente enamorada de mí: le puse como condicion para casarme con ella que se afeitara la cabeza á navaja... y no volvió á saludarme en su vida.

DOROTEA

Lo creo. Y ¿me quiere V. decir qué le propuso á la segunda?

D. CRESCENCIO

A la segunda le propuse más. La segunda tenia unos ojos hermosísimos: el hombre que llegaba á mirarlos, no podia apartar su mirada de ellos...! Figúrese V. con qué estómago me dispondria yo á casarme con una mujer que iba á tener á todo Madrid colgado de sus ojos... y que en mi concepto sólo me queria por mis ochavos!

DOROTEA

¿Y qué le propuso V., hombre de Dios?

D. CRESCENCIO

Le dije estas palabras: «Juanita, el amor es ciego: sea V. tuerta y me caso con V.»

DOROTEA

¡Ja, ja, ja!—V. está empecatado. (Este hombre es un loco.)

D. CRESCENCIO

Ya comprenderá V. que yo no la hubiera dejado consumar el sacrificio: estaba dispuesto á satisfacerme con que se quedara bizca.

DOROTEA

Y ¿se puede saber cuál es la parte de mi cuerpo destinada á perecer, ó, por mejor decir, la que á V. le ha parecido mejor?

D. CRESCENCIO (con mucha calma)

La dentadura.

DOROTEA

¡Vamos! Ménos mal: esto al fin es cosa que puede sustituirse. ¿Y V. necesita que me la arranque entera hueso por hueso?

D. CRESCENCIO

No: me daria por satisfecho con que se extrajese V. ese dientecito pequeño y con la puntita rota que enseña usted con tanta monería cuando se rie.

DOROTEA

Y si yo me arrancara este diente ¿se casaria V. conmigo?

D. CRESCENCIO

En el acto; pero V. no será capaz de semejante cosa.

DOROTEA

Me ha herido V. en mi amor propio y voy á demostrarle que si V. es un hombre extraordinario, yo soy una mujer que no le va en zaga.

D. CRESCENCIO (muy alborotado)

¿De manera que... V. me quiere? ¿V. está enamorada de mí?

DOROTEA

No diré tanto; pero sí demostraré que soy una mujer libre de vanidad. *(Tomando de un tocador unas pinzas, cogiéndose con ellas el diente señalado por D. Crescencio y arrancándoselo)* ¡Ay! *(dando un grito, cayendo en un sillon y arrojando léjos de sí el improvisado gatillo.)*



TIPO CATALAN, escultura por Rosendo Novas.

D. CRESCENCIO (viendo manchado de sangre el pañuelo con que *Dorotea* se oprime la boca)

¡Dios mio! ¡Dorotea, soy un salvaje!

DOROTEA (sollozando)

Retírese V... En este momento no puedo verle... Llegaria á aborrecerle á V....

D. CRESCENCIO

¡Dorotea!...

DOROTEA

Y deseo poder amarle. *(Tira de la campanilla y se presenta Jacinta en la puerta.)* Vuelva V. á la noche. *(D. Crescencio sale dando tropezones.)*

ESCENA ULTIMA

DOROTEA y JACINTA

JACINTA

Pero, señorita, ¿qué ha hecho V.?

DOROTEA

Mira dónde pisas, no vayas á romperme un diente que me costó veinte duros.

JACINTA

Luego.... ¿era postizo? ¿El único que no tenia V. perfecto en su boca...?

DOROTEA

Esa fué la habilidad y el talento del doctor Warren.—Tráeme un poco de agua que me he destrozado un labio al morderme para hacer salir la sangre.

JACINTA

¿Es posible que haya en el mundo algo peor que una mujer? ¡Como no sea otra!...

CÁRLOS COELLO

EL GLOBO DIRIGIBLE ELECTRICO de los Sres. Renard y Krebs

El eco que en toda Europa ha tenido el resultado de la prueba efectuada en Meudon, el 9 de agosto anterior, por los Sres. C. Renard, capitan de ingenieros, y A. Krebs, capitan de infantería del ejército francés con un globo aerostático de su invencion, nos ha inducido á publicar el adjunto grabado que representa dicho globo en el momento de salir de los talleres de Chalais, así como á insertar la siguiente nota presentada por los mismos inventores á la Academia de Ciencias de Paris:

«En los talleres militares de Chalais acaba de efectuarse un ensayo de navegacion aérea, coronado del más feliz éxito; la presente nota tiene por objeto anunciar á la Academia los resultados obtenidos.

A las cuatro de la tarde se remontó libremente un globo aerostático de forma prolongada, provisto de una hélice y de un timon, y tripulado por el capitan de ingenieros Renard y por el de infantería Krebs, su colaborador de seis años á esta parte. Despues de recorrer en veintitres minutos un trayecto de 7,6 kilómetros, el globo ha bajado á tierra en su punto de partida, habiendo ejecutado una serie de maniobras con una precision comparable á la de un buque de hélice que maniobrara en el agua.

Hasta hoy la solucion de este problema, buscada ya en 1855 por M. Giffard valiéndose del vapor, y en 1872 por M. Dupuy de Lôme, que apeló á la fuerza muscular de los hombres, y finalmente, el año pasado por M. Tissandier, que fué el primero en aplicar la electricidad á la propulsion de los globos, habia sido muy imperfecta, por cuanto en ninguno de dichos casos volvió el globo á su punto de partida.

Nos hemos guiado en nuestros trabajos por los estudios de M. Dupuy de Lôme relativos á la construccion de su globo de 1870-72, y procurado además que el nuestro reuniera las condiciones siguientes:

Estabilidad de marcha conseguida por la forma del globo y por la disposicion del timon: disminucion de las resistencias que pudieran oponerse al avance por medio de sus dimensiones calculadas al efecto: conexion entre los centros de traccion y de resistencia para disminuir el movimiento perturbador de estabilidad vertical, y por último, obtencion de una velocidad capaz de resistir los vientos reinantes las tres cuartas partes del año en nuestro país.

Hemos llevado á cabo de consuno la ejecucion de este programa y los estudios á él inherentes; sin embargo, conviene exponer la parte que cada uno de nosotros ha tomado más especialmente en ciertos detalles.

El estudio de la disposicion particular de la camisa de suspension, la determinacion del volúmen del globo pequeño, las disposiciones conducentes á asegurar la estabilidad longitudinal del grande, el cálculo de las dimensiones que convendria dar á las piezas de la barquilla, y finalmente la invencion y construccion de una nueva pila, de potencia y ligereza excepcionales, lo cual constituye una de las partes esenciales del sistema, todo esto es obra personal del capitan Renard.

Los diferentes detalles de construccion del globo, el modo de unirlo con la camisa, el sistema de construccion de la hélice y del timon, el estudio del motor eléctrico calculado en vista de un método nuevo basado en experimentos preliminares, que permitiera determinar todos sus elementos para una fuerza dada, son obra del capitan Krebs, quien, merced á disposiciones especiales, ha conseguido establecer este aparato en condiciones de ligereza inusitadas.

Las dimensiones principales del globo son las siguientes: longitud, 50^{m},42; diámetro, 8^{m},40: volúmen 1,864 metros.

La evaluacion del trabajo necesario para imprimir al aparato aerostático una velocidad dada, se ha hecho de dos modos:

1.° Partiendo de los datos planteados por M. Dupuy de Lôme y comprobados en su experimento de febrero de 1872. 2.° Aplicando la fórmula adoptada en la marina para pasar de un barco conocido á otro de formas poco diferentes y admitiendo que, en el caso del globo, los trabajos están en relacion de las densidades de los dos flúidos.

Las cantidades indicadas siguiendo estos dos métodos concuerdan casi, y nos han conducido á admitir, para obtener una velocidad de 8 á 9 metros por segundo, un trabajo de traccion útil de 5 caballos de 75 kilográmetros, ó, teniendo en cuenta los rendimientos de la hélice y de la máquina, un trabajo eléctrico sensiblemente doble.

Hase construido la máquina motora de modo que pudiese desarrollar en el árbol 85 caballos, que representan 12 para la corriente en las bornas de entrada. Trasmite su movimiento al árbol de la hélice por medio de un piñon que engrana con una gran rueda.

La pila está dividida en cuatro secciones que se pueden montar en superficie ó en tension de tres modos distintos. Su peso, por caballo hora, medido en las bornas, es de 19 k. 350.

Se han hecho algunos experimentos para medir la traccion en el punto fijo, la cual ha llegado á la cifra de 60 kilógramos para un trabajo eléctrico desarrollado de 840 kilógramos y de 16 vueltas de hélice por minuto.

Efectuáronse tambien dos ascensiones preliminares, en las cuales el globo estaba equilibrado y mantenido á unos cincuenta metros de altura, para conocer la potencia de

rotacion del aparato. Por último, los pesos remontados el 9 de agosto fueron los siguientes (total de la fuerza ascensional 2000 kilógramos):

Globo mayor y globo menor	369 kil.
Camisa y red.	127 »
Barquilla completa. . . .	452 »
Timon.	46 »
Hélice.	41 »
Máquina.	98 »
Bastidores y engranaje. . .	47 »
Arbol motor.	30'500
Pila y otros aparatos. . .	435'500
Aeronautas.	140
Lastre.	214
Total. . .	2000 kil.

A las cuatro de la tarde, estando el tiempo casi sereno, se soltó el globo, que teniendo en un principio escasa fuerza ascensional, se elevaba poco á poco hasta la altura de los cerros circunvecinos. Se puso en movimiento la máquina, y á su impulso el globo aceleró en breve su marcha, obedeciendo fielmente á la menor indicacion del timon.

Su marcha fué primero de Norte á Sur, encaminándose al cerro de Chatillon y de Verrières; al llegar sobre el camino de Choisy á Versailles, y para no meterlo sobre los árboles, se varió la direccion y se dirigió la proa del globo hácia Versailles.

Hallándonos sobre Villacoublay, á unos cuatro kilómetros de Chalais y sumamente satisfechos del modo como funcionaba el globo, decidimos volver por el camino traido y procurar el descenso en el mismo Chalais, á pesar del poco espacio descubierto que quedaba entre los árboles. El globo dió su media vuelta por la derecha, mediante un ángulo muy reducido (unos 11°) que se dió al timon. El diámetro del círculo descrito fué de 300 metros próximamente. La cúpula de los Inválidos, tomada como punto de direccion, dejaba entónces á Chalais algo á la izquierda del camino.

Llegado el globo á la altura de este punto, ejecutó con tanta facilidad como ántes un cambio de direccion sobre su izquierda, y muy en breve se cernió á 300 metros sobre su punto de partida. Una maniobra efectuada en la válvula marcó aún más en aquel momento la tendencia del globo á descender. Durante este tiempo, fué preciso ciar y avanzar muchas veces, para poner el aparato sobre el punto escogido para tomar tierra. A 80 metros de altura, varios hombres asieron una cuerda largada desde el globo, y éste se posó en la misma pradera de donde habia partido.

Trayecto recorrido con la máquina, medido en el suelo.	7'600 km.
Duracion de este período.	53 m.
Velocidad media por segundo.	5 m. 50
Número de elementos empleados. . . .	32



GLOBO DIRIGIBLE ELÉCTRICO DE LOS SEÑORES RENARD Y KREBS

Fuerza eléctrica invertida en las bornas de la máquina. . .	252 kgm.
Rendimiento probable de la máquina. . .	0,70
Rendimiento probable de la hélice. . . .	0,70
— total próximamente.	½
Trabajo de traccion. .	123 kgm.
Resistencia aproximada del globo.	22 kil. 800

Durante la marcha, el globo experimentó muchas veces oscilaciones de 2° á 3° de amplitud, análogas al balanceo de un buque; oscilaciones que pueden atribuirse á irregularidades de forma, ó bien á corrientes de aire locales en sentido vertical.

En breve seguirán á este primer ensayo otros experimentos hechos con la máquina completa, habiendo motivo para esperar que los resultados serán más concluyentes »

Añadamos por nuestra parte que la hélice de propulsion, que tiene siete metros de diámetro, está en la parte anterior del aparato, enlazada por un árbol de trasmision con la máquina dinamo eléctrica. El timon va en la parte posterior. Sus dos caras son ligeramente combadas.

Los aeronautas se colocan en medio de la barquilla, formada de largos bambúes, forrados de hule.

El tubo que se ve en el grabado en medio del globo, parece destinado á introducir aire en el globito compensador por medio de un ventilador.

Cuando el globo de Chalais-Meudon está en tierra, se halla debajo de un gran cobertizo que le resguarda de la intemperie y en el cual puede aguardar el momento favorable para remontarse. Este abrigo, há largo tiempo considerado como el complemento indispensable de los globos dirigibles, es una de las condiciones más seguras de éxito; pero su construccion exige cuantiosos gastos.

M. A.

CONCIERTO CASERO

IMP DE MONTANER Y SIMON.



AÑO III —BARCELONA 29 DE SETIEMBRE DE 1884— NÚM. 144

DAMA DEL SIGLO XVII, cuadro por M Gronvold

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

DAMA DEL SIGLO XVII

Tiene este cuadro un sabor clásico que recuerda las grandes épocas del arte. Es uno de esos lienzos que, sin necesidad de llamar la atencion hácia ellos, se hacen notables áun en las pobladas paredes de los museos. Y es que, sin negar que en nuestros dias se cultive la pintura por sobresalientes artistas, no es la energía de Ribera, no es la valentía de Velazquez, no es la firmeza del Ticiano, lo que más caracteriza los lienzos modernos.

El que hoy reproducimos es el retrato de una dama principal segun lo demuestra el collar que cuelga sobre su pecho, viuda como revela su negro traje y de singular inteligencia á juzgar por su expresiva mirada. Desde luégo se comprende que entre el original y el retrato ha de existir notable parecido: sin que se pueda alegar las pruebas, ello es que á la vista de un retrato, el público, el vulgo mismo, adivina si tiene ó no condiciones de parecido, áun sin conocer á la persona que representa. Y esto se explica por la menor ó mayor seguridad que demuestra el artista en la factura de su obra. Si durante su ejecucion ha dudado, ha vacilado, estas malas condiciones han de trasparentarse en el retrato y saltar á la vista de los aficionados. Por el contrario, cuando el lienzo acusa una ejecucion franca, una igualdad de trabajo que no parece sino que todo él ha sido hecho en una sola sesion, entónces comprendemos que el retrato es de exacto parecido al original. Esta es la impresion que causa la obra que publicamos al frente del presente número.

EL EXÁMEN DE CATECISMO, cuadro por Baumgartner

La escena que representa este cuadro está palpitando vida, así en su conjunto, como en cada uno de los personajes que la componen. En víspera de contraer matrimonio, los jóvenes prometidos, acompañados de sus respectivos padres, acuden á la presencia del cura del pueblo para sufrir el oportuno exámen de catecismo. Bien se preparó la niña para salir airosa de este paso, y áun podemos asegurar que se sabia de memoria así los Mandamientos de la ley de Dios, como las Obras de Misericordia; pero la falta de costumbre, la emocion consiguiente á una casi niña que se ocupa de cosas tan sérias como los preparativos para su cambio de estado, el apocamiento que se apodera comunmente de todo examinando por mucho que domine la materia, todo contribuye á que la novia se quede sin decir palabra, en la actitud del que hace que piensa sin pensar, magistralmente ejecutada por el autor del lienzo. No están ménos bien trazadas las figuras del novio, sorprendido del mutismo de su prometida, del padre de ésta que apunta discretamente la respuesta al oido de su hija; del futuro suegro que contempla con ojos compasivos á su turbada nuera, y del buen cura, que harto conocedor del corazon humano, preside la escena con cierto aire de severidad, muy ajena de sus bondadosos sentimientos.

La situacion de cada uno de esos personajes, el pensamiento que domina á cada uno de ellos, están reflejados con una verdad, trasparentados con tal maestría, que esta condicion, unida á la bondad del dibujo y á la bien entendida combinacion de las figuras, hacen de ese cuadro una muy estimable y simpática obra de arte.

EL OTOÑO, grabado por Froment

La naturaleza otoñal es más triste que la naturaleza durante el invierno. Y la razon es bien sencilla: la vista de un moribundo causa una impresion más profunda que la vista de un cadáver; y en otoño el reino vegetal es aquel moribundo.

Las antiguas pompas, las lujuriantes galas, los verdes ramajes, van desapareciendo, como desaparecen las carnes, como desaparecen los colores del semblante del tísico: diríase que la vegetacion se siente morir y que arroja sus oropeles para no estar fuera de situacion. Así es de ver en el paisaje que publicamos, saturado de melancolía, pero no exento de poesía y de belleza. La naturaleza tiene estaciones, como el hombre tiene edades; mas, obra de Dios al fin y al cabo, lo que pierde en lozanía lo gana en severidad, y para el artista, para el sér privilegiado que posee el secreto de la luz y del color, el otoño como el verano, la juventud como la decadencia, encontrarán siempre forma simpática y manera de ser tratadas artísticamente por quien de artista se precie y como tal artista valga.

ANTE EL ESPEJO, cuadro por G. Induno

El espejo debe ser tan antiguo como la mujer, porque la mujer y la coquetería vinieron sin duda al mundo en una misma hora. Lo primero que debió hacer Eva fué sin duda sentirse hermosa, y acto continuo contemplar su hermosura en el primer arroyuelo que halló al paso, de los muchos que serpenteaban en el Paraíso. Desde entónces ha cambiado, sin duda alguna, el lugar de la escena, pero los interesados en ella continúan siendo los mismos, trilogia misteriosa, compuesta de la mujer, el espejo y la coquetería, ó sea la serpiente del hogar. Algunos dan en decir que la serpiente es la mujer: indudablemente los que tal afirman no merecen haber tenido madre.

El cuadro de Induno representa á una mujer, hermosa sin duda, coqueta tambien sin duda, que se contempla en el espejo como Narciso en la fuente...

Y bien; si los antiguos mitólogos concibieron y dieron forma al varon enamorado de sí mismo, ¿tiene algo de particular ó de condenable que la mujer padezca de parecida debilidad? Dejadla que realce sus prendas personales: despues de todo es la única superioridad que no la disputamos. La coquetería es como el vino, sano ó malsano segun que de él se use ó se abuse.

La dama de nuestro cuadro tiene apariencia de inocentona; su coquetismo no trae gran malicia: es una figura mejor estudiada que sentida.

LA VUELTA AL HOGAR, cuadro por Hans Dahl

Este asunto ha sido tratado, con ligeras variantes, por lo mismo que es simpático. La vuelta de la familia honrada y laboriosa que se dirige apaciblemente al punto de partida despues de un dia consagrado al trabajo, producirá buen efecto, siempre que esté tratada con esmero y sobre todo con sentimiento.

Dahl es un pintor noruego que ha dado pruebas de poseer esta cualidad, y la impresion que causa su cuadro es agradable, precisamente por la armonía que reina entre el asunto y la manera de ejecutarlo: ese cielo en calma, esa agua en calma tambien, esa naturaleza igualmente en calma, concuerdan con la calma, con la tranquilidad, con la conciencia satisfecha de esa familia que viene de cumplir un precepto divino, de esa madre que sale al encuentro de los suyos con el pequeñuelo en brazos, de ese grupo de personas cuyo campo ha fructificado porque ha caido sobre la semilla el sudor de una frente ennoblecida por el trabajo.

LERMONTOFF Y UNO DE SUS POEMAS

Traducido directamente del original ruso

POR A. FERNANDEZ MERINO

La autoridad despótica del Tzar, las tenebrosidades del nihilismo y los grandes frios de Siberia; las esplendentes bellezas del Cáucaso, la vida guerrera y libre de las estepas y el fastuoso, casi oriental, lujo de la capital del imperio moscovita, son cosas de las que se ha hablado mucho, de las que pocos serán los que no tengan conocimiento. Pero si, refiriéndonos á Rusia, mencionamos las *bandurzas* ó las *bylinas*, serán pocos los que se den por enterados: estos, como muchos otros, son términos propios de aquella literatura tan rica como desconocida; las *bandurzas* son á los rusos lo que fueron los cantos de los rápsodas á los griegos; y *bylinas* son esos poemas primitivos que se hallan en los comienzos de todas las literaturas y cuyo carácter es eminentemente místico, participando allí de los brillantes colores con que los orientales han matizado sus obras literarias. Ni de las unas ni de las otras se ha dicho nada en nuestro país y bien merecen un serio estudio por parte de los amantes de las literaturas extranjeras.

No nos vamos á referir ahora á tan remotos monumentos; nuestro deseo es dar á conocer un poeta, presentando de sus obras la que nos parece más notable. ¡Ojalá pudiéramos hacer perfectamente lo primero en breve espacio y lo segundo con tanta fortuna como merece *el Demonio!* Ni se asusten ni piensen mal los que tiemblan al escuchar tan aborrecido nombre; no nos referimos á la más genuina representacion del mal, sino al poema de Lermontoff que presentamos á nuestros lectores, obra notable, verdadera joya de la literatura rusa contemporánea.

Lermontoff y Suchkin son los dos poetas de más grande inspiracion que ha tenido Rusia, en todos los períodos de su historia literaria. Esta confesion nos lleva á contrariar las aseveraciones de no pocos: olvidando que el espíritu humano sigue en todas partes igual desenvolvimiento y que en sus manifestaciones atraviesa por los mismos períodos, hay quien no cree que á la literatura, lo mismo que á las demás bellas artes, cabe aplicar la ley que Winkelman dió para la escultura. Sin que Grecia hubiera producido la incomparable Vénus que atrae las miradas en la tribuna de la galería Pitti y sin el Apolo que ha hecho célebre al Belvedere, Miguel Angel hubiera sacado del informe mármol las magistrales figuras que decoran las tumbas de los Médicis. Del mismo modo, Shakespeare se hubiera inmortalizado sin haber tenido á Esquilo ni á Sófocles por predecesores; sin que Byron, prototipo del escepticismo, se hubiera retratado en sus obras, hubieran escrito Musset, Espronceda, Lermontoff y tantos otros como por el carácter de sus obras son llamados injustamente el Byron francés, ó el español, ó el ruso. El modelo se copia cuando hay aptitud para ello, y si existia la facultad, la obra se hubiera producido sin el modelo.

A la determinacion de esta teoría nos ha llevado la frecuencia con que los historiadores de la literatura eslava llaman á Lermontoff el Byron ruso. Cierto es que el poeta de quien hablamos ha revelado en sus composiciones gran independencia y no poco escepticismo; mucha brillantez en su estilo y gran atrevimiento en las imágenes; pero estos elementos, dispuestos de una manera, fueron causa de las manifestaciones que distinguen tanto al que murió por la independencia de Grecia; dispuestos de otro modo, dieron carácter al aventurero de genio indomable, que tuvo con verdadero placer la vida libre en medio de las extraordinarias bellezas del Cáucaso y que murió en el duelo á que lo llevaron sus violentas pasiones.

Estos tres términos que apuntamos, ó sean un carácter arrebatado, predispuesto siempre á las aventuras por peligrosas que fueran, una vida libre en medio de aquellas montañas que se han supuesto cuna de la raza que ha realizado más grandeza, y el duelo en que tuvo fin una vida de gloria, son los elementos con que se puede redactar la biografía de Miguel Jurjevitch Lermontoff. Nació en Moscou en 1814; en 1837 fué desterrado al Cáucaso por la libertad con que en una poesía pidió al emperador Alejandro la muerte para el matador de Puchkin, y en 1841 murió en un desafío con el que se creyó ofendido con sus versos. En la ocasion presente, no es el hombre lo que nos preocupa, sino el poeta, y desde este punto de vista no creemos que en los asuntos que ha tratado le aventaje nadie. ¡Extraña suerte! al aparecer Puchkin en la historia literaria, el *avaro* habia sido representado de mil maneras desde la antigüedad clásica: quererlo presentar de nuevo era exponerse á que resultara un plagio inferior á cualquiera de los modelos; era querer luchar con Molière. Puchkin, sin embargo, lo hizo, saliendo tan airoso, que si Harpagon se ha hecho eterno, *el Baron avaro* del poeta ruso no perecerá jamás.

El espíritu del mal habia sido presentado en las obras de genios eminentes; Jooste van den Voude, Milton, Goethe y Byron, habian hecho de él, si no el protagonista, al ménos un personaje importante de sus más notables obras. El que inspirado por uno de aquellos triviales misterios de la Edad media, creó una de las más grandes obras que el genio humano ha producido, presentó á Satán soberbio hasta la exaltacion, nunca arrepentido y hasta temeroso de arrepentirse, pues confiesa claramente que de nuevo cometeria la falta por que fué arrojado del cielo: Goethe trazó en Mefistófeles la más acabada representacion de la frivolidad, la más perfecta imágen del desprecio hácia todo, que hace mal por hacerlo y se da por satisfecho con ello. Byron se refleja en su Lucifer, dudando hasta de sí mismo y dudando siempre. Lermontoff, alejándose de todo esto, presentó al Demonio de una manera nueva y magistral; tan nueva, que sólo hallamos un concepto parecido en la ilustre escritora de Avila; tan magistral, que ninguno le iguala. El infierno es la negacion del amor, dijo Santa Teresa, y esto es lo que Lermontoff tuvo presente. Lucifer, en el poeta holandés, es el ángel caido de la Biblia; Satán, en Milton, se lamenta de su carácter que lo ha perdido; Mefistófeles, se manifiesta resignado y sigue haciendo el mal por costumbre; en Byron es el ángel de la eterna duda; en el poeta ruso, el demonio, es más que todo eso; es el sér cansado de una vida que no puede sacudir, es el espíritu del mal hastiado ya hasta del mal mismo, que quiere ser bueno y se enamora y ama, que sin amor no hay dicha, sin amor no hay gloria; pero la maldicion que sobre él pesa es terrible y nada ni nadie la podría levantar: el demonio será siempre el demonio, condenado á sufrir eternamente; pero embellecido esta vez por el amor que sintió hácia la bellísima Tamara y que hermosamente describe el poeta, como nuestros lectores van á ver.

EL DEMONIO (1)

PRIMERA PARTE

I

Un ángel caido, un demonio agobiado por el pesar, volaba sobre la superficie de esta tierra pecadora; á su mente se agolpaban recuerdos de mejores dias, de aquellos en que, puro querubin, brillaba en las regiones luminosas, donde los cometas errantes correspondian gustosos á sus dulces sonrisas, donde en medio de las tinieblas eternas, ávido de saber, seguia á través de los espacios las caravanas nómadas de los astros abandonados; en fin, donde feliz mayorazgo de la creacion, creia y amaba; entónces no conocia el mal ni la duda, y la monótona y larga serie de siglos infecundos no habia turbado aún su razon. ¡Todavía lo recordaba!... Pero no era lo bastante poderoso para acordarse de todo.

II

Condenado desde hacia mucho tiempo, vagaba por las soledades del mundo, sin encontrar un asilo; sin embargo, los siglos sucedian á los siglos, los instantes á los instantes. Él dominando al miserable género humano, sembraba el mal sin hallar placer y en ninguna parte encontraba resistencia á sus hábiles seducciones .. Por esto el mal le hastiaba ya.

III

El celeste desterrado lanzó su vuelo por encima del Cáucaso. Las nieves eternas del Kazbek (2) lanzaban sobre él brillantes fulgores, como si fueran las facetas de un diamante; á sus piés ondulaba el sinuoso Darial (3), en una oscuridad profunda, asemejándose á los tortuosos repliegues de un reptil. Más allá el Terek (4) saltaba como un leon de espesa y enmarañada melena, haciendo

(1) Este poema así como tambien las más importantes obras de Lermontoff, han sido traducidas al aleman por el profesor Boltz en 1851.

(2) Kazbek, uno de los picos más altos del Cáucaso entre la Circasia y la Georgia.

(3) Darial, profunda cañada que se encuentra en el camino de Europa á Tiflis.

(4) Terek, rio de la region caucásica que nace en el monte Kazbek y desagua en el mar Caspio cerca de Kizliar.

resonar el aire con sus rugidos; las fieras de las montañas y las aves, describiendo círculos en las cerúleas alturas, escuchaban el rumor de las aguas. Doradas nubes, llegadas de las lejanas regiones meridionales, acompañaban su curso hácia el Norte y las masas de rocas sumidas en misterioso sueño, inclinaban su cabeza sobre él, coronando los numerosos remolinos de sus ondas. Afianzadas en las rocas las torres de los castillos, parecian mirar á través de los vapores y vigilar las puertas del Cáucaso, como gigantescos centinelas puestos sobre las armas. Alrededor se sentia toda la creacion divina, salvaje é imponente; pero el orgulloso ángel abrazó con una mirada la obra de su Dios y ninguna de aquellas bellezas se reflejó en su rostro indiferente.

IV

De repente cambió el bello cuadro; una naturaleza llena de vida se extendió ante sus miradas. Los lujuriosos bosques de la Georgia aparecieron á lo léjos como un mágico tapiz. ¡Tierra fértil y dichosa!... Las siluetas de las ruinas, los arroyos de agua rápida y murmurante, tachonados en el fondo por guijarros de mil colores, las almácigas de rosas, donde los ruiseñores de suave voz cantan la dulce belleza en que su amor le hizo soñar; las sombras de los copudos olmos abrazados por abundante hiedra, las grutas donde en los dias abrasadores se refugian las tímidas gacelas; el brillo, el movimiento, el murmurio de las hojas; el sonoro ruido de mil voces; el perfumado aliento de mil plantas; el calor voluptuoso del medio dia; las noches húmedas siempre por un oloroso rocío; las estrellas del cielo, brillantes como la mirada y los ojos de las jóvenes georgianas: pero exceptuando frios celos, aquella espléndida naturaleza no despertó en el alma insensible del proscrito ni nuevo sentimiento, ni nueva aspiracion, y todo cuanto veia ante sí, lo despreciaba y lo detestaba.

V

Aquella gran morada, aquel suntuoso palacio, lo ha construido para sí Gudal, el viejo de blancos cabellos. Muchas lágrimas y fatigas ha costado á los esclavos que, desde hacia tiempo, estaban sometidos á sus órdenes. Al despuntar el dia, la sombra de sus murallas se proyectaba en las vertientes de las montañas vecinas. Escalones abiertos en la roca conducian á la torre construida en uno de los ángulos á orillas del arroyo. Siguiendo aquella rampa, Tamara, la jóven princesa, baja al Aragva (1) por agua.

VI

Silenciosa siempre, aquella sombría morada parece contemplar los valles desde lo alto de las escarpadas rocas. En aquellos dias se ha celebrado allí un gran festin: la zurna (2) suena y el vino corre á torrentes. Gudal casa á su hija; toda la familia está convidada al banquete. En la terraza, cubierta con tapices, se halla sentada la novia entre sus compañeras; para ella pasan las horas dulcemente entre juegos y cantos El disco del sol se ha ocultado ya tras las montañas lejanas; las jóvenes llevan el compás con las manos y la novia toma su buben (3). De repente, agitándolo con una mano por encima de su cabeza y rápida como un pájaro, se lanza; unas veces se detiene, mira á su alrededor, y sus ojos, húmedos, brillan á través de la celosía de sus pestañas; otras los entorna graciosamente; despues, ligera, se inclina con viveza, y en tanto que su adorable y diminuto pié parece nadar en el aire, sonríe con infantil alegría. Los indecisos rayos de la luna, filtrando á través de una atmósfera húmeda, apénas pueden compararse con aquella sonrisa animada como la vida, como la juventud.

VII

Juro por los astros de la noche, por los rayos del sol naciente ó en el ocaso, que jamás monarca de la Persia dorada, que jamás rey de la tierra posó sus labios sobre ojos parecidos. Jamás la murmuradora fuente del harem lavó con las perlas de sus surtidores un talle semejante. Jamás la mano de un mortal, acariciando un cuerpo que fascina, destrenzó una cabellera parecida. Desde el dia en que el hombre perdió el paraíso, lo juro, nunca bajo el sol del medio dia lució una belleza semejante.

VIII

Bailó por última vez. ¡Oh! mañana, ella, la heredera de Gudal, la hija mimada de la libertad, espera la triste suerte de la esclava; una familia extraña, una patria desconocida. Ya nublan la serenidad de su semblante misteriosas dudas, pero habia tan armoniosa gracia en su andar, tanta expresion de sencillez é inocencia en todos sus movimientos, que si el demonio, volando por allí, la hubiera visto, en aquel momento hubiera recordado á sus antiguos hermanos celestiales; se habria vuelto dulcemente y hubiera suspirado.

IX

¡El demonio la vió!... En el instante mismo experimentó una agitacion extraña en todo su sér. Una bienhechora armonía vibró en la soledad de su alma muda y de nuevo pudo comprender esa divina maravilla de amor, de dulzura y de incomparable belleza. Admiró durante mucho tiempo aquella tierna imágen y los sueños de una felicidad desvanecida se le presentaron de nuevo, como una larga cadena ó como los grupos de estrellas en el firmamento. Clavado por una fuerza invencible, experimentó nueva tristeza y repentinamente el sentimiento hizo resonar en él su poderosa voz de otros tiempos. ¿Seria aquello un síntoma de regeneracion? En el fondo de su alma no hallaba palabras con que seducir pérfidamente. ¿Debia olvidar? Dios le negó el poderlo hacer y, además, entónces no lo hubiera aceptado.

X

El dia toca á su fin: sobre un soberbio corcel, rendido por la fatiga, se apresura el novio con impaciencia por llegar al festin nupcial. Llega ya á las verdes orillas del Arachva y trabajosamente, paso á paso, doblegado bajo la pesada carga de presentes, se adelanta, y cubre hasta bien léjos los numerosos rodeos del camino una larga reata de camellos. Desde léjos se escucha el sonido de sus campanillas!... El rey de Cinodal en persona conduce la rica caravana. Un cinturon ajusta su esbelto talle; las empuñaduras de su sable y de su puñal brillan con los rayos del sol; á la espalda lleva una escopeta de relucientes llaves y el viento agita las mangas de su capote, cuyas orillas adornan brillantes galones. De la silla y de las bridas penden borlas de seda formadas de mil colores; bajo él piafa un elegante caballo cubierto ya de blanca espuma; procedente de Karabak (4), empina las orejas, y dominado por el espanto relincha fuertemente; luégo desde lo alto de las rocas mira con recelo las espumosas ondas que forma el rio. El camino que hay que seguir por la orilla es peligroso y estrecho; á la izquierda el precipicio; á la derecha el profundo cauce del furioso torrente. Es ya muy tarde. El dia se extingue en las cimas cubiertas de nieve y comienza á imperar la oscuridad!... La caravana apresuró el paso.

XI

En aquel punto del camino se eleva una capilla. Allí, desde hace muchos años, reposa en Dios un príncipe desconocido, á quien inmoló vengativa mano, y aquel lugar, desde entónces, es objeto de un culto. El que corre al combate, lo mismo que el que va á las fiestas, se encamina en todo tiempo á la capilla para elevar una ferviente plegaria y esta plegaria le protege contra el puñal musulman. El novio desprecia las tradiciones de sus abuelos y un mal espíritu lo agita con pérfidas visiones. En medio de las sombras de la noche le parece que cubre de ardientes besos á su jóven prometida. De repente, en la oscuridad, delante de él, aparecen dos hombres, despues otros dos: suena un disparo; ¿qué sucede? El príncipe intrépidamente se afianza en los estribos, se asegura la gorra y empuñando con una mano su escopeta turca, castiga al caballo y se lanza adelante. Se oye un segundo disparo, despues un grito salvaje y en las profundidades del valle resuena un ahogado gemido. El combate no ha durado mucho tiempo; los tímidos georgianos han huido por todas partes.

XII

Todo se ha calmado. Amontonados los camellos, miran con espanto los cadáveres de los caballeros y de vez en cuando se oyen resonar las campanillas. La rica caravana ha sido despojada y ya las aves nocturnas vuelan alrededor de aquellos cuerpos cristianos. ¡Oh! no llegarán á tener lo posible sepultura que les aguardaba bajo las losas del monasterio, en que fueron enterrados los despojos de sus padres. Sus madres y hermanos no vendrán, desde lejanos países, cubiertas de largos velos, á rezar y sollozar tristemente sobre sus tumbas: sólo bajo las rocas que limitan el camino, una mano piadosa clavará una cruz en su memoria: la hiedra temprana la rodeará al crecer, con su red de esmeraldas, como haciéndole dulces caricias, y el peregrino, fatigado por larga y penosa marcha, no dejará jamás de apartarse de su camino para venir á reposar á la sombra del símbolo divino!...

XIII

Un caballo más rápido que un gamo acelera su marcha, resuella con fuerza y parece volar al combate. Unas veces retrocede repentinamente despues de un salto y presta la oreja al más ligero ruido, dilatando sus anchas narices; otras hiere el suelo con los clavos de sus sonantes hierros, sacude la espesa crin y parte velozmente hácia adelante. Su jinete, silencioso, mal seguro en la montura, se cae contra los arzones y su cabeza se inclina sobre la gorguera. Lleva las riendas abandonadas, sus piés se han engargantado en los estribos y la gualdrapa va manchada con grandes gotas de sangre. ¡Oh, bravo corcel! Veloz como una flecha has sacado á tu dueño del combate, pero la bala enemiga de un circasiano le ha herido en la sombra.

XIV

La familia entera de Gudal llora y se lamenta; una multitud de personas se agolpan en el patio. ¿Qué caballo desbocado es ese que ha caido en tierra? ¿De quién es el cadáver que está tendido junto al quicio de la puerta? ¿Quién es el exánime caballero? Las arrugas de su atezada frente han conservado las huellas de una alarma guerrera; sus armas y su traje están manchados de sangre; en la última convulsion su mano se agarró fuertemente á las crines. ¡Oh, desposada! ¡no has esperado mucho tiempo á tu jóven prometido! ¡Cumplió su palabra de príncipe y ha volado al festin nupcial! Pero ¡ah! jamás en adelante volverá á cabalgar sobre su rápido corcel!...

XV

La cólera divina ha caido como un rayo sobre aquella familia que aún no conocia la desgracia. La infeliz Tamara se arrojó en el lecho sollozando; sus lágrimas corrieron abundantemente y su pecho oprimido respiraba con pena!... De repente escuchó á su oido una voz sobrenatural, que le decia: «No llores, hermosa, no llores en vano; tus lágrimas no pueden ser para ese mudo cadáver un rocío bienhechor; las lágrimas no pueden hacer más que empañar la límpida mirada de las jóvenes, y macerar sus mejillas. El está ya muy léjos; no podrá ni conocer, ni apreciar tu dolor; la luz celestial alegra ahora sus ojos que no tienen nada de este mundo y ya no escucha más que los conciertos del paraíso. ¿Qué son los sueños insignificantes de la vida, los gemidos y lágrimas de una pobre jóven, para un huésped de los cielos? Nada. ¡No! la suerte de una criatura mortal, créeme, ángel mio, en la tierra, no vale un solo momento de tu interesante tristeza. A través de los océanos etéreos, sin timon y sin velas, los coros de los astros brillantes vagan dulcemente en medio de los vapores: en el espacio infinito de los cielos los nevados grupos de las impalpables nubes, pasan sin dejar huella; la hora de la separacion, lo mismo que la del regreso, no tienen para ellos ni alegría ni tristeza; ellos no experimentan deseos para el porvenir y miran sin pena el pasado. En este dia de negras tristezas, acuérdate de ellos, aleja de tí todo pensamiento terrenal, é imitándolos, desecha todo cuidado; cuando la noche envuelva con sus sombras las cimas del Cáucaso y por el mágico poder de una voz el mundo encantado guarde silencio; cuando las brisas de la noche agiten en las rocas la marchita yerba y los pajarillos ocultos entre ella salten más alegremente en la oscuridad; cuando bajo los sarmientos de la viña se abra la flor de la noche para beber ávidamente el celestial rocío y la plateada luna aparezca lentamente detrás de la montaña, esparciendo sobre tí sus indiscretas miradas; inmediatamente volaré hasta aquí, seré tu huésped en tanto llega el dia y sobre tus párpados de sedosas pestañas haré que crucen dorados sueños.

XVI

Calló la voz y á lo léjos se fueron extinguiendo los sonidos, unos despues de otros. Tamara se levantó sobresaltada y miró á su alrededor. Una agitacion indecible apresuraba los latidos de su corazon.—Era dolor, espanto, entusiasmo; nada puede ser comparado con aquello.—Todos los sentimientos hervian en ella, el alma ha roto sus lazos, el fuego circula por sus venas. Aquella voz, nueva y admirable, parecia aún resonar cerca de ella. Sólo cuando apuntaba el dia, vino á cerrar sus ojos el tan apetecido sueño.

Entónces sintió agitado su espíritu por un sueño extraño y profético: un recien llegado, sombrío y silencioso, resplandeciente con una belleza inmortal, se inclinaba sobre su almohada, fijando en ella su mirada, con tal amor, con una tristeza tan grande, que parecia tenerle piedad. Aquél no era un ángel de los cielos, ni su divino guardian; la aureola de brillantes rayos no iluminaba los bucles de su cabellera; no era ni el espíritu del mal del infierno, ni un mártir del vicio. ¡Oh! no. Tenia la dulce claridad de una hermosa tarde, que no es ni noche ni dia, ni tinieblas ni luz.

(Se continuará)

EN RETIRADA

(Episodio de la vida militar)

I

Era la noche ántes de la accion. En medio de la negrura del espacio llameaban las fogatas del campamento haciendo vacilar sobre el suelo las sombras de hombres y reductos, tiendas y convoyes militares. Ordenados en simétricas filas se levantaban los anchos conos de tela blanca de los hogares bélicos, semejando montoncitos de nieve. Grupos de soldados entregados al sueño, sin otro lecho que sus mantas grises, aparecian aquí y allá. Las centinelas, de pié sobre las armas, con el ros caido á las cejas, ocupaban su puesto. Reinaba en todo el ejército un silencio general, imponente, algo parecido al de un cielo poblado de nubes que amenazan tormenta.

Sólo en una tienda se velaba. Una hoguerilla formada de palos y rastrojos arrancados de raíz por la tarde, chisporroteaba con llamaradas crepitantes en la puerta. Ligero vientecillo empujaba á ratos bajo los lienzos tirantes por cordeles los retorcidos penachos de blanquizca humareda con que se coronaba la leña húmeda y verde. En uno de estos momentos de explosiva claridad, ante la cual se iluminaba el interior de la movible casa castrense, veíanse las personas que la habitaban. Sentados en círculo, con las piernas cruzadas y las rodillas en alto á modo turquesco, estaban varios soldados que por su calzon rojo, oscuras polainas, cinturon de charol y alza-cuello verdoso, indicaban pertenecer á un batallon de infantería. No tenian cintas ni estrellas sus mangas, pero sí el de en medio que en sus brazos ostentaba los amarillos galones de sargento.

Era el sargento Pelaez. ¿Quién no le conoció? Su nom-

(1) Aragva, rio de la Transcaucasia; nace en la llanura de Kel, y se hace tributario del Kur en Altskhétha, cerca de Tiflis.

(2) Zurna, especie de tamboril usado en algunos pueblos de Oriente.

(3) Buben, pandero pequeño.

(4) Karabak (Jardin negro) comarca de la Rusia asiática en el gobierno de Chemoki: es muy célebre entre otras cosas por los caballos que allí se crian.



EL EXÁMEN DE CATECISMO, cuadro por Baumgartner



EL OTOÑO, grabado por Froment

bre vino estampado muchas veces en los partes de la Gaceta durante las últimas guerras. Allí estaba en medio de sus compañeros, fumando y charlando, la noche que precedió á la famosa y reñida accion de las *Jaras*. Por si le habeis olvidado ya, (¡qué no puede la ingratitud de los hombres para con sus héroes!) voy á describíroslo. Imaginaos un rostro cuadrado, cetrino, nervioso, en cuya parte superior campea una frente chata, limitada por cerdas enmarañadas. Ojos casi redondos y tamaños como huevos, de fulgor fuerte y de un matiz de aceituna brillante. Una cascada de barbas negras cayendo y doblándose sobre el pecho. Férreos músculos, angulosos brazos, espalda de gigante, voz de trueno... Hé aquí los componentes físicos de aquel haz de fuerzas que se llamaba el sargento Pelaez.

Oid ahora lo que decia á sus compañeros de armas miéntras chupaba un endiablado cigarro puro:

—¡Muchachos! mañana, á más tardar, entramos en accion... venceremos. El enemigo es cobarde, pero es rico. Nosotros, en cambio, somos unos leones, aunque más pobres que frailes. Veinte años llevo el fusil al hombro. Tengo mujer y chiquillos... Con que si cae en nuestras manos la caja de un regimiento, nos dejamos de penas. Nuestro general es rumboso, lo cual quiere decir que el botin nos pertenece... Así, cuento con vosotros, muchachos: y ahora vamos á cerrar un poquito los ojos, hasta que nos despierte la corneta.

En efecto, á poco y cuando ya empezaba á blanquear la línea lejana en que la tierra corta el cielo, oyóse resonar de eco en eco por el campo la tocata temblorosa y penetrante del clarin. Mil cuerpos soñolientos se pusieron de pié sobresaltados. Zumbaron los tambores, brillaron los aceros, crujieron las ruedas de la artillería; y voces, gritos, relinchos y pisadas llenaron de estruendo el campamento.

Eran las tropas que se disponian en órden de batalla.

II

¿Qué hay detrás de aquella nube espesa de polvo y humo que corre en remolino, se dilata, se dispersa, desaparece, vuelve á perfilarse en lo oscuro, avanza, se reconcentra, se encoge, serpea como gigante reptil, y se precipita hácia acá con el ímpetu del alud?

Es el ejército enemigo. Aunque aguerrido y brioso, no pudo resistir el primer rudísimo ataque de los soldados de Pelaez. Con la punta acerada de su bayoneta siempre de frente, acometió el sargento la vanguardia contraria, sembrando en ella la confusion y la muerte. Seguido de sus soldados, como el cazador de sus perros, penetró entre las filas de un batallon que sorprendido ante tanta audacia buscó salvacion en la huida. Dejábanse atrás los fugitivos todo el bagaje. Pelaez y los suyos corrian incansables en pos de su presa. De pronto el sargento se echó á tierra, y abrazándose á un objeto pesado y oscuro gritó con todas sus fuerzas:

—¡Aquí está lo que buscábamos!

Pelaez estrechaba convulsivamente contra su pecho la caja del batallon. ¡Debia contener un tesoro! A pesar de los hercúleos esfuerzos del sargento el arca permanecia inmóvil como si de improviso se hubiera clavado en el suelo. Pero tal contrariedad era más para tentar la codicia que para aconsejar el abandono. ¡Fuera estorbos! la culata de diez fusiles abrió pronto brecha en las chapas de la caja y chorros de oro y plata reventaron por los boquetes.

—¡Quietos todos!—exclamó el sargento.—Yo soy el dueño de todo esto. Vosotros, tomad...

Y arrojó puñados de monedas á los deslumbrados bisoños.

Entreteníanse estos recogiendo de entre las matas aquel riego de riquezas, miéntras que el voraz sargento, tirados los chismes de su maleta, encerraba y amasaba en ella las sumas arrebatadas al arca. Con poco se contentaron los soldados. Cuando vieron hinchados medianamente sus bolsillos de punto de algodon con anillas de metal, enroscáronselos al talle y regresaron á su campo.

No quiso seguirlos el sargento. Su operacion de avaro habíale como entontecido. No se saciaba de echar en la maleta puñados de duros. Cuando la tuvo repleta, hizo de su capote un saco, rompiéndole los forros por arriba.

Súbitamente sintió á sus espaldas el resoplido de un caballo. Trató de erguirse, de correr hácia su ejército, pero no pudo. El peso del tesoro le aplastaba, le trababa los piés, le sujetaba los brazos, inutilizándole para toda defensa.

—¡Ríndete!—le dijo el jinete.

Pero el sargento sin contestar nada, arrastrándose penosamente por el suelo, pugnaba por huir en retirada. De pronto percibió en torno de su cabeza el huracan que el sable del jinete produjo en el aire al ser esgrimido en falso.

—¡Ríndete!—le dijo de nuevo su enemigo ya encima.

El sargento se escurrió otra vez por el suelo. Entónces otro huracan asordó sus oídos y... ¡chás!... un mandoble resonó en su cráneo.

Partida la frente en dos, fué llevado el sargento Pelaez al hospital de sangre enemigo. Allí estuvo largo tiempo curándose; por fin salió á la calle. Por uno de esos azares de la guerra, olvidáronle sus contrarios, y pudo andar á sus anchas sin las cadenas del prisionero, hasta incorporarse á su compañía.

El sargento Pelaez vive hoy retirado en la oscuridad y sosiego de un lugarejo. Con su trabajo gana casi tanto oro como metió en su maleta, allá en el botin que le costó tan caro. Al frente de una gran fábrica de harinas lo teneis hecho ahora un señoron. No sueña en la gloria ni piensa en fortunas adquiridas de repente. Y cuando encuentra á álguien que se afana por lograr ambiciones desmedidas, señalándole intencionadamente la cicatriz que en su cabeza marcó el chafarote enemigo, suele prorumpir en esta sola y profunda frase:

—¡En retirada!

CÁRLOS M. DE SOTOMAYOR

LOS MICROBIOS

Muchas veces he oido hablar de estos séres y algunas otras me los enseñaron por un microscopio; más de una vez el deseo de saber algo acerca de ellos, sugirióme la idea de buscarlos y estudiarlos, y no sin trabajo llegué al logro de esta legítima curiosidad de naturalista aficionado. A fuer de tal, declaro ingenuamente que todo acontecia con gentes del oficio, entre quienes la palabreja *microbio*, como otras muchas, que denuncian á la legua su orígen griego ó latino, era la cosa más corriente y natural del mundo. En los momentos presentes ya es otra cosa. El *microbio* anda en boca de todos; los experimentos, ya clásicos, del eminente Pasteur y los trabajos de Cohn y Koch,—los de este último sin exageraciones ni fantasías,—hiciéronle popular; de él ha tomado orígen una curiosa teoría de las enfermedades, y tan diminuta y elemental manifestacion de la vida adquiere importancia capitalísima, y es más temida que la guerra, la inundacion y el fuego.

No he de tratar de los *microbios* de modo científico y técnico; tampoco voy á clasificarlos, ni á cansar al lector con pesadas y minuciosas relaciones de experimentos; es mi objeto mucho más humilde y vulgar. Trato únicamente de dar á conocer, de la manera lisa y llana, qué cosa es este sér que pone tanto espanto, y del cual con justicia se teme, si, como parece cierto, á él débese la terrible epidemia del cólera, y aspiro, al propio tiempo, á desvanecer ciertos errores, relativos á propiedades y caractéres que la imaginacion popular atribuye á los *microbios*.

Hay en esta cuestion del estudio de los organismos microscópicos dos cuestiones prévias, las cuales forman, por decirlo así, la primera trinchera de los incrédulos en materia de *microbios*, á saber: su número prodigioso y su pequeñez infinita.

Muchas veces se ha comparado la atmósfera con el mar, desde el punto de vista de sus movimientos respectivos. Háblase de mareas atmosféricas relacionadas con el flujo y reflujo de los mares y las grandes masas de aire que se trasladan de un punto á otro, semejan las olas del mar con toda su imponente belleza. Son todavía más semejantes la atmósfera y el Océano considerando los séres que pueblan uno y otro; así un mundo infinito é invisible se agita y vive en este aire que respiramos y constituye la vida, y otro mundo lleno de vida habita los senos de los mares. Como el foraminífero trabaja afanoso dentro de su pequeñez y al cabo de una labor de millares de millones de generaciones llega á formar rocas calizas que alteran, en poco ó en mucho, el relieve de la corteza terrestre, así estos séres que pululan á nuestro alrededor en número tan considerable, pueden, por su trabajo y por necesitarlo las funciones de su propia y efímera vida, alterar nuestro organismo, crear nuevos estados, vivir á nuestra costa y acabar por matarnos. ¡Triste condicion la de este sér, tipo de toda perfeccion orgánica, último y sublime término de la escala zoológica y coronamiento y remate de la creacion! Ser víctima de un *microbio*, sucumbir por influencia de un organismo tan insignificante y elemental que apurados nos habíamos de ver para decidir si es vegetal ó animal.

No puede negarse, con fundamento serio, la existencia de esta multitud de séres que viven en el aire. Para afirmarla bastan dos pruebas: una racional y otra experimental. Admite la ciencia en la actualidad que todas las manifestaciones de la naturaleza son movimiento, el cual engendra todas las formas y todas las organizaciones; como el todo al moverse lo hace siempre relacionándose entre sí los elementos diversos, componentes del movimiento total, resulta una serie infinita de relaciones entre cuanto existe. Además, como la vida y la actividad se determinan por ello, ó á nuestro alrededor hay la quietud y el reposo absoluto, y este es imposible, ó reina la actividad bajo mil y mil formas. Poco importa que á esta actividad se le llame movimiento en los astros, por ejemplo, y vida en los organismos; siempre ha de ser condicion esencial para la existencia de este admirable equilibrio del mundo en medio del contínuo variar de las cosas.

Con tal idea, ya tenemos el fundamento de una teoría respecto del modo de accion del *microbio*, teoría que no he de analizar en sus detalles y pormenores; mas cuyas líneas generales son las siguientes: si por accion de cualquiera causa alteramos el equilibrio de un sér, éste experimenta variaciones sensibles y en este respecto nadie ignora que las carnes, los pescados, las plantas, y en general todo organismo, altérase notablemente y se descompone despues de la muerte: de igual manera las malas condiciones de vida, la alteracion de los alimentos y el cultivo poco apropiado, tratándose de plantas, ocasionan enfermedades y variantes de la existencia, muy favorables para el desarrollo del *microbio*, segun se demuestra en el conocidísimo fenómeno de la fermentacion.

En cuanto á la prueba experimental y más convincente de la existencia de estos séres en la atmósfera, la da la luz admirable y magnífica. ¿Quién no ha visto dibujarse en el aire la direccion de un rayo solar por la infinidad de corpúsculos incesantemente movibles que pueblan la atmósfera? Es más, este polvillo tan ténue que flota en el aire, este mundo de sustancias opacas sirve precisamente para darnos idea de la trasmision de la luz; lo cual se demuestra haciendo atravesar un rayo de sol por un tubo cerrado con dos discos de vidrio y lleno de aire filtrado por algodon, ó que haya atravesado un tubo de porcelana calentado al rojo. Dibújase por los corpúsculos atmosféricos la direccion del rayo de sol hasta llegar al tubo; allí parece romperse, para reaparecer en el otro extremo, sin que en el interior se note la menor traza de la luz. Gracias á esta notabilísima propiedad de ella pudo el profesor inglés Tyndall realizar la hermosa serie de experimentos de que da cuenta en su excelente obra acerca de los *microbios*.

De la pequeñez de estos organismos podemos tambien juzgar sin hacer grandes esfuerzos de imaginacion. Todos los microscopios poseen una medida singularísima; es un milímetro dividido en dos mil partes, segun el procedimiento del célebre constructor Froment; en el campo del aparato y vistas las divisiones con gran aumento caben unos veinte; pues bien, ¿cuál será la pequeñez de los organismos elementales, cuando en una de estas divisiones que valen $\frac{1}{2,000}$ de milímetro caben varios? Suponiendo, y no es mucho, que en cada division del micrómetro de Froment cupieran tan sólo tres de los séres de que trato, en un milímetro cabrian seis mil de ellos. Júzguese, pues, cuántos podrán existir en la atmósfera, y en qué número podrán atacarnos cuando les parezca.

Dase el nombre genérico de *microbio* á todo organismo de extremada pequeñez, sólo perceptible con el microscopio, muy sencillo en su organizacion, casi siempre monocelular y de cuyo desarrollo ulterior depende clasificarle entre los animales inferiores ó entre las plantas criptógamas. Muchas veces, por la forma especial, dícese que son vegetales celulares y así se caracterizan en determinados casos, y otras determínanse en ellos los caracteres de la animalidad con tanta precision como en los *microdermos* de la fermentacion acética.

Principalmente de dos maneras puede hacerse el estudio de los *microbios*, y en general de cuantos gérmenes existen en el aire y á cuyo desarrollo débense multitud de acciones, enfermedades infecciosas y acaso la mayor parte si no todas, las grandes epidemias. Son estos, el procedimiento óptico, de fecundos resultados en manos tan hábiles como las del eminente Tyndall, y el método adoptado por el insigne Pasteur, el sabio más popular de Francia, á quien la humanidad entera debe ya no pocos y nada pequeños servicios. Fúndase Tyndall en la propiedad que tienen los corpúsculos atmosféricos de señalar la traza ó el camino de un rayo de luz, segun ántes he indicado, y su sistema de experimentar consiste en hacer llegar aire ordinario á una sustancia fermentescible, la cual á poco se descompone. En este caso el aire considerado ópticamente resulta muy poblado de gérmenes, los cuales por su desarrollo producen esos séres tubulares ó redondeados, todos ellos estómago, donde no se diferencian órganos, que se reproducen por segmentacion y con ellos sucede lo que la fábula refiere de las hidras. Aquí pues la luz es medio admirable para reconocer el aire cargado de gérmenes y de microscópicos organismos. Si este aire se purifica haciéndolo atravesar por algodon en rama, disoluciones de cloruro mercúrico ó tubos de porcelana enrojecidos al calor y va luégo á cualquiera infusion capaz de descomponerse, ésta permanece inalterable, y el análisis óptico del aire no acusa la presencia de corpúsculos organizados. Ahora bien, estudiando con gran atencion y detenimiento las formas de ellos, pueden determinarse las que predominan en ciertas descomposiciones ó en infecciones diversas, y de aquí viene el asignar á cada suerte de acciones un *microbio* característico ó varios que de igual suerte y por idénticos procedimientos se desarrollan.

Pasteur, desde sus clásicos estudios acerca de las fermentaciones, sigue otro camino que conduce á los mismos resultados; su trabajo consiste especialmente en especificar los *microbios* y estudiar su modo de accion que parece ser distinto en cada caso. Por punto general, logra aislar, valiéndose de filtraciones especiales, ciertos gérmenes y estudia su desenvolvimiento en aquellas condiciones que les son más favorables: en una palabra; los cultiva para conocerlos perfectamente y atenuar sus funestos efectos en organismos superiores. Siguiendo este camino, ha descubierto cómo el oxígeno y el calor acaban con todo género de *microbios*, cuyo desarrollo se favorece por la humedad y el adecuado cultivo. En este punto surge su famosa teoría de la enfermedad, confirmada en muchas ocasiones de una manera concluyente y fundada en estos hechos. Si suponemos un líquido fermentescible y á él se hace llegar aire cargado de gérmenes, los que pueden desarrollarse en aquel líquido lo hacen perfectamente; pero si el aire es puro y sin gérmenes, por haberlos dejado en algodon en rama que atravesó ántes de llegar al líquido ó si este no se halla en condiciones de fermentar por haberle añadido cualquiera sustancia antipútrida, los gérmenes no se desarrollan y la fermentacion no se verifica. En cuanto á que el *microbio* provoca las acciones descomponentes, no hay duda alguna; puesto que si en un líquido que no ha fermentado se arroja el algodon que sirvió de filtro al aire y donde éste ha dejado los gérmenes, la fermentacion comienza al instante. Admitiendo esto, venimos á la teoría de las enfermedades, las cuales prodúcense por el desarrollo de gérmenes especiales de cada una, gérmenes que luégo se hallan en la sangre ó

en las deyecciones segun acontece en el cólera. Por manera que no basta la existencia del *microbio* para que la enfermedad se produzca, se necesita además un cúmulo de circunstancias, de las cuales depende su desenvolvimiento. Una semilla, por sí sola, no germina, necesita terreno adecuado y cierto grado de humedad y ausencia de luz, condiciones sin las cuales es imposible su desarrollo. De igual manera el *microbio* es inactivo y no produce accion alguna si no se fija en organismos preparados para recibirle; pues sólo así es posible cultivarlo. En esta teoría quedan dos cuestiones un poco oscuras y sin respuesta satisfactoria: ¿es el *microbio* causa ó efecto de la enfermedad infecciosa? ¿cuál es su accion sobre el organismo?

Respecto del primer punto, tanta razon tiene Pasteur para afirmar que los *microbios* son causa del mal infeccioso como los que piensan que son un efecto, y por eso la duda subsiste todavía. En cuanto al segundo punto, creo no desprovista de fundamento una teoría novísima segun la cual los *microbios* obran por accion puramente química. Para afirmarlo hay este fundamento: el fenómeno más general debido al desarrollo de gérmenes es la putrefaccion, conjunto de complicadas acciones químicas, de las cuales resultan siempre y en todos los casos, ciertos compuestos que se determinan por los caractéres de los alcaloides orgánicos, unos cuerpos análogos en composicion y reacciones á la morfina, la estrignina, la quinina y demás sustancias semejantes: estos cuerpos se llaman *ptomainas* ó alcaloides cadavéricos. Ahora bien; el *microbio* fijándose sobre cualquiera parte del organismo del hombre, causa cierta putrefaccion, prodúcense alcaloides venenosos, y por envenenamiento viene la muerte. Segun esta conjetura, nada descabellada, estos séres infinitamente pequeños son envenenadores de oficio, y á él dedican su vida y sus trabajos; cuando encuentran medio de ejercerlo y condiciones de realizar sus fines, los realizan al punto y sin consideracion alguna. ¡Ojalá pronto se descubra el medio de prevenir sus influencias para que no queden impunes sus delitos! ¡Que los trabajos emprendidos den el resultado apetecido y poseamos el contraveneno que mitigue y haga ineficaz la accion de los *microbios*!

JOSÉ R. MOURELO

ANTE EL ESPEJO, cuadro por G. Induno

LOS RELOJES HIDRAULICOS

EN LA ANTIGUEDAD

Con motivo de haberse instalado en el Jardin de las Tullerías de Paris un reloj hidráulico fundado en la uniformidad de la rapidez de salida, por un orificio, de un líquido de nivel constante, ha publicado M. de Rochas, cuyo nombre conocen ya nuestros lectores por haberlo citado en uno de sus artículos el distinguido escritor que nos favorece con su colaboracion científica, un ligero estudio acerca de los relojes hidráulicos de la antigüedad, que hemos juzgado á propósito reproducir en nuestras columnas por los curiosos datos que contiene y que indudablemente se leerán con gusto.

Dice el expresado autor que los relojes de los antiguos estaban basados en el mismo principio que el del Jardin de las Tullerías. Heron de Alejandría habia escrito un tratado, perdido hoy, sobre los relojes hidráulicos, y Filon de Bizancio hace mencion en un fragmento de sus *Neumáticas*, poco há encontrado, de muchos de los aparatos que estaban en uso para conseguir la constancia de nivel del líquido motor siempre que no se podia alimentar continuamente de agua el aparato.

Uno de los aparatos descrito y trazado en dicho manuscrito es el que representa nuestro grabado (figura 1.)

H T es una redoma en la cual se ha de obtener un nivel constante á la altura de Z á pesar de salir el líquido contínuamente por T. Sobre ella se pone un depósito A B C con tres agujeros: uno en C para introducir el líquido otro en R para dar paso á un tubo R P que sirve para alimentar la redoma H T, y otro en B para dárselo al tubo Q Z que pone en comunicacion la parte superior del depósito con la inferior de la redoma al nivel Z.

Se llena de agua el depósito por el agujero C tapando el orificio P, y luégo se tapa el primero y se destapa el segundo. Penetrando entónces el aire por Z Q, hace que pase el líquido á la redoma H T: si la salida por R P es mayor que por el orificio T, el líquido subirá poco á poco en H T hasta llegar al nivel Z; y el aparato estará entónces *montado;* porque tan luégo como el nivel del agua haya subido de Z, el aire no podrá penetrar ya por R Q y cesará la salida del agua del depósito superior, salida que no volverá á empezar hasta que, bajando el nivel, deje destapado el orificio Z. Este nivel oscilará pues entre dos límites muy próximos hasta que el depósito superior quede vacío.

Hemos escogido el aparato anterior entre los cuatro que el autor griego designa porque se presta á hacer uno de esos prodigios á que tan aficionados eran los antiguos; y en efecto, se comprende que si se reemplaza la redoma con una urna de anchurosa boca y el fondo A B con una criba, se podrá tener una explicacion más ó ménos fantástica de esas lluvias que la Providencia envia á intervalos periódicos para alimentar las fuentes de los rios.

Antes que á los griegos se les hubiese ocurrido establecer niveles constantes, los egipcios habian inventado ya clepsidras basadas en las propiedades del sifon.

El cinocéfalo M contiene una vasija de bronce que sirve de depósito al agua cuya salida debe ir marcando las horas; C D es un cilindro de vidrio con su fondo abierto de modo que dé paso á un tubo K que forma sifon con la campana E F. Compréndese por esto que el agua que caiga del cuerpo del cinocéfalo en el cilindro C D subirá por este cilindro hasta que su nivel llegue al orificio superior del tubo L K; en este momento el agua penetrará en el sifon y caerá en la vasija G H; si la salida por K es bastante considerable con relacion á la del cinocéfalo, el cilindro C D vaciará completamente el agua de éste al cabo de cierto tiempo. Entre el contenido y el caudal de salida del cinocéfalo M y los del cilindro C D se pueden establecer tales proporciones, que conteniendo el animal agua



REGRESO AL HOGAR, cuadro por Hans Dahl

para alimentar el reloj durante 24 horas, C D se llene en 12 y se vacíe en otras tantas, bastando entónces marcar en los cilindros C D y E F divisiones que correspondan á dichas horas: las divisiones ascendentes marcadas en el cilindro C D representarán por ejemplo las 12 horas del dia, y las descendentes señaladas en la campana E F las 12 correspondientes á la noche; pero como la velocidad de la salida del agua variará con la altura del líquido sobre el orificio por el cual sale, resultará que no todas las horas estarán á la misma distancia.

Modificando diariamente, por medio de llaves ó espitas á propósito, el caudal de salida del cinocéfalo y el del tubo K, se podria conseguir llenar el cilindro C D durante el tiempo que trascurre entre la salida y la puesta del sol y vaciarlo durante el que media entre el ocaso y el orto siguiente; pero esta operacion sería muy delicada y los antiguos resolvieron de otro modo el problema, ó sea valiéndose de curvas análogas á las que sirven para la Ecuacion del Tiempo en los cuadrantes solares.

En el reloj que acabamos de describir, se supone que cada 24 horas se llena de agua el cinocéfalo; para evitar esta operacion diaria, basta hacer que pase el agua de una fuente A (fig. 3) á un recipiente provisto en su parte superior, á fin de dar salida al excedente de agua, de una espita que mantenga el nivel constante, y en la inferior de un sifon curvo que envie el agua á la gran vasija cilíndrica.

Kircher supone haber leido en el Tratado de Heron sobre los relojes hidráulicos, que los egipcios tenian relojes de esta clase, que se ponian á funcionar por sí mismos en cuanto salia el sol. A este fin usaban como depósito superior una esfera de vidrio ó de metal muy delgado provisto en su interior de un sifon curvo D E que llegaba un poco más arriba del centro. Por una abertura A se echaba agua en la esfera hasta llegar á la curvatura del sifon y luégo se tapaba herméticamente dicha abertura. Al dar en la esfera los primeros rayos del sol dilataban el aire, y haciendo subir el agua hasta el sifon, la introducian en él, continuando con regularidad la salida del líquido hasta que se vaciaba la esfera.

Con dos relojes de esta clase que funcionaran alternativamente, no habia precision de ver la salida de la aurora, á no ser que el cielo estuviese nublado, cosa que, segun parece, sucede muy pocas veces en Egipto.

En el aparato representado en la fig. 2 lo propio que en el de la número 1, el caudal de la vasija superior va disminuyendo á medida que baja el nivel del líquido contenido en él. Heron de Alejandría describe en sus *Neumáticas* un sistema merced al cual se puede hacer constante el caudal de un sifon y áun variar á beneplácito la velocidad de salida de este caudal constante.

LOS RELOJES HIDRÁULICOS EN LA ANTIGUEDAD

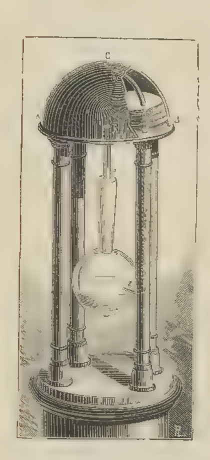


FIG. 1.—APARATO DE NIVEL CONSTANTE DE FILON DE BIZANCIO

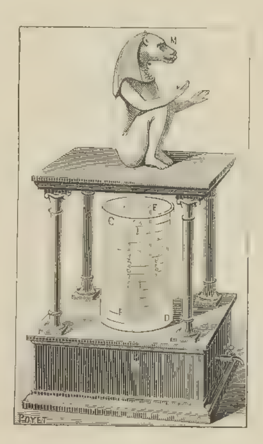


FIG. 2. —RELOJ HIDRÁULICO DE LOS EGIPCIOS

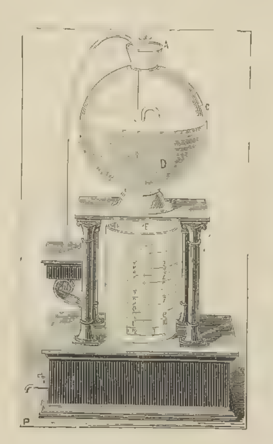


FIG. 3.—RELOJ EGIPCIO PUESTO EN ACCION POR EL SOL

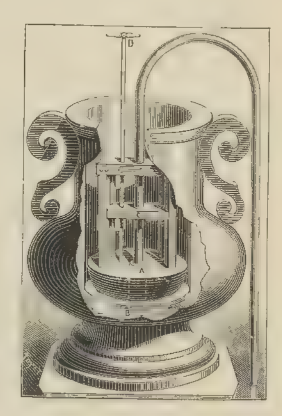


FIG. 4.—SIFON DE SALIDA CONSTANTE, DE HERON DE ALEJANDRÍA

Para hacer el caudal constante, basta meter el brazo menor del sifon en un flotador (fig. 4) merced al cual dicho brazo conserva siempre la misma longitud sobre la superficie del agua.

Se hace variar la velocidad de salida aumentando ó disminuyendo dicha longitud por medio del tornillo D que hace funcionar un travesaño *c* movible entre los dos montantes de un bastidor sustentado por el flotador; el brazo menor del sifon va unido á dicho travesaño, y su extremo resbala á frotamiento suave por un tubo A B adherido al flotador.

Vése por esto que, 200 años ántes de Jesucristo, se utilizaba ya el tornillo en la práctica, pero aún no se sabia fabricar tuercas, resultando de la descripcion del ingeniero alejandrino que la tuerca estaba sustituida por una simple clavija fija en el travesaño y que penetraba en la ranura del tornillo.

M. A.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El Español y el Real.—El arte lírico y el arte dramático.—Los dos espectáculos de la Opera.—El teatro más brillante del mundo.—El Teatro Español.—La cuestion del dia.—Gastos de representacion.—La guerra de los microbios.—Apostolado terapéutico.

Dentro de pocos dias se verificará la inauguracion de la Opera. El Teatro Real de Madrid, y al decirlo no nos ciega un *madrileñismo* de que no somos víctimas, porque en las ilustradas columnas de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA en ocasiones muy distintas hemos dado pruebas de independencia de criterio juzgando á propios y extraños con severa imparcialidad, el Teatro Real, digo, presenta un aspecto en las noches de gala, que son las más del año para este favorecido coliseo, tan brillante y magnífico que ningun otro teatro de Europa puede compararsele. Así, por ejemplo, la Gran Opera de Paris, con aquella inmensa confusion de extranjeros que vienen con los trajes aún llenos de polvo y sin ningun género de galas ni atractivos indumentarios, como curiosos que tratan de satisfacer la pasion de ver aquello que no han visto, es una magnífica sala esplendorosamente decorada, llena de luz y armonías, pero la representacion social que la anima tiene muy poco



UNA PREDICCION TRISTE, cuadro por V. Palmaroli

de brillante. En cambio, el Teatro Real de Madrid tiene dos espectáculos; el espectáculo que se desarrolla sobre el escenario, el desfile de guerreros y bailarinas, el cortejo vistosísimo de las figurantas, el adorno esplendente de la *misse en scène* de las óperas modernas, y además el espectáculo que ofrece el público. Las cuatro filas de palcos son cuatro guirnaldas de flores y de luces, donde se destacan y brillan con singular centelleo las bellezas más célebres de España; esas mujeres que aún conservan los ojos de las mahometanas y las líneas curvas y graciosas de las godas. ¡Qué magníficos descotes! ¡Qué sábias combinaciones de líneas esculturales en brazos y gargantas! Y ¡qué despilfarro de lujo! ¡Cuánta piedra preciosa! ¡Qué telas tan delicadas y tan raras! ¡Y todo este conjunto de riquezas combinado con cuánta habilidad y con cuánto talento! Yo aseguro, sin que me desmienta ningun viajero y ateniéndome á las impresiones de todos ellos, que cuando llega de una nacion extraña, tal vez de la hermosa Inglaterra, el tourista ansioso de goces nuevos, deseoso de ver cosas desconocidas y embutido en el frac reglamentario, sin el cual no se puede entrar en la platea del Teatro Real, aparece en el pasillo de las butacas y el ujier levanta el pesado cortinon de rojo terciopelo mostrándole el interior vívido, luminoso, elegante, movible de aquella sala, llena de mujeres hermosas y hombres bien vestidos, con su decoracion de hierro trabajada por Eibar, con su altísimo *plafond*, donde vuelan colosales ángeles entre nubes rosadas, estoy seguro de que ha de experimentar una extraordinaria sorpresa. No espera el viajero encontrar en esta patria de las guerras civiles, en esta patria de los déficits imposibles de enjugar, de los políticos aventureros, de la pobreza y la miseria, no espera encontrar, digo, esta sociedad tan brillante, en cuya abundancia y en cuyo gusto artístico se demuestran extraordinarias condiciones morales que otros pueblos, de más valor acaso que el nuestro, no tienen.

***

La ópera es el lujo de Madrid. Así como Paris funda todo su orgullo en la viveza y esplendor del boulevard, aquella larga calle que se prolonga indefinidamente, entre altísimas murallas de casas, llenas de anuncios, y así como Lóndres funda su júbilo en que el desfile de una carrera de caballos, en Epsom sea un babilónico cortejo en que figuren toda suerte de carrozas y carruajes, de igual modo Madrid cuida su Teatro Real, se esmera en que sea una piedra preciosa tallada en mil facetas y trae á su escenario á los artistas más notables de Europa, y los colma de honores y riquezas, pero les exige que su voz sea perfecta y su arte inimitable. El Teatro Real de Madrid es la piedra de toque de todas las reputaciones artísticas del canto. ¡Cuántos tenores en Paris arrebatan y en Madrid son silbados; cuántas primas donnas vienen de New-York ó de Lóndres cargadas de coronas y al llegar á Madrid tienen que tirarlas porque de nada les sirven!

***

El público madrileño tiene una virtud que acaso constituye un defecto: es esencialmente independiente; le molesta la imposicion; no sufre el que otro público haya sancionado una gloria ántes de que él la sancione, y si se la dan ya con esta sancion la rechaza y la examina más cuidadosamente con el propósito decidido de encontrarle un defecto, y si se le encuentra la destruye. Esto es en sí bueno, porque acredita condiciones singulares de ingenio y de competencia para juzgar las materias artísticas todas, pero es malo porque degenera en severidad injusta, en cruel crítica cuando se trata de reputaciones sancionadas por todos y dignas de todo aplauso. A estas exigencias feroces del público madrileño responden los artistas pidiendo sueldos tambien extraordinarios. Y así sucede, que á pesar de que toda la aristocracia española, toda la alta banca, todos los personajes de la política y muchos aficionados de clases sociales más modestas se abonan al Real, pagan á precio de oro las localidades y no hay noches que no esté el teatro lleno desde las elegantes butacas hasta el modesto *Paraíso*, á pesar de esto, la empresa de la ópera es un negocio ruinoso. Aquellos miles de duros que entran todas las noches por la ventanilla de la Contaduría se los distribuyen los artistas franceses é italianos y alguno que otro español que tambien canta en aquella jaula de pájaros. El empresario ha visto con júbilo entrar en la caja aquellos rollos de onzas y ya los reputa como suyos, pero cuando entra el Contador con una lista en la mano á pedir los sueldos de la compañía: al tenor 30,000 duros, á la tiple 25,000, al barítono 15; 18 ó 20 á la contralto, y por este órden los demás, la caja queda temblando, y el empresario se arranca los cabellos con desesperacion. Tantos malos ratos, tanta intranquilidad, la exposicion de su capital, ser una persona pública cuyos actos se discuten, cuyas amistades se desmenuzan, cuya vida no puede tener un secreto, casi, casi un rey constitucional del arte lírico, ¡ah! verdaderamente todo esto merece una ganancia digna de un nabab y la que obtiene es digna de un mendigo.

***

El Teatro Real es un monstruo que devora los caudales de Madrid; vive á costa de los demás teatros porque miéntras él triunfa y distribuye espléndidos dones, el Teatro Español perece falto de actores y de público. Yo creo que los actores aparecerian si el público viniera, pero como el negocio del Teatro Español es un verdadero sacrificio, y el que se le impone sabe desde luégo que va á dejar entre las zarzas del arte la lana que trae sobre la espalda, de ahí el que sólo se dediquen á emprender este negocio, empresarios poco animosos, de que en la patria de Lope y Tirso de Molina no haya un templo para las musas castellanas. Al esplendor del Teatro de la Opera corresponde la decadencia del Teatro Español; á los triunfos de los tenores, los desmayos de los galanes; porque miéntras *Fausto* arrebata á 3,000 personas que palmotean con furor, *Segismundo*, el de «La vida es sueño» declama sus admirables tiradas de versos en medio de la soledad de una sala vacía.

***

Un grave disentimiento ha ocurrido entre la Empresa del Teatro Real y los abonados. La Empresa dice que las exigencias de los artistas son tales, que para atender á ellas dignamente y poder traer á Madrid una compañía de primera fuerza, es necesario que los abonados paguen más. La subida impuesta á todas las localidades desde las más baratas á las más caras, ha sido realmente grande. Los abonados se niegan á aceptar esta subida; han celebrado tres reuniones, han pronunciado discursos como sucede siempre que se reunen cuatro españoles; han acordado resistirse al abono. Estas cosas, que despues de todo tienen un interés muy secundario, han preocupado durante esta semana á Madrid, y se ha discutido con apasionamiento si el empresario tenia ó no derecho para subir los precios de las localidades, y si es ó no regular que la primera aristocracia de la nacion, personas respetables y distinguidas por mil conceptos traten en serio una cosa tan insignificante y le dediquen la atencion que merecen otras cuestiones de verdadera importancia nacional. Realmente, segun nuestro humilde juicio, no tienen razon ni el empresario del Real, ni los abonados. La subida impuesta en los precios del abono es excesiva é injustificada; y al mismo tiempo la actitud de los abonados es ridícula y pueril. Un abono del Teatro de la Opera tiene más importancia de lo que parece.

***

Los que viven léjos de Madrid y sólo han pasado aquí cortas temporadas, no habiendo podido descubrir acaso la secreta contextura de nuestra sociedad cortesana, ignoran que los gastos de representacion son los que tienen arruinados á las familias pudientes. Caras están las primeras materias de consumos desde el pan, el vino y la carne hasta la vivienda; pero ninguno de estos gastos consume la hacienda de las personas medianamente acomodadas. Lo que la remata y pone fin y entrega las mejores fortunas al brazo secular de los usureros, son esos gastos de representacion; el landó de 8 muelles, la cuenta del sastre y la modista, el abono del Real. Es preciso para una persona que se estime en algo tener derecho á ese escaparate movible que se llama coche, y en el cual todas las tardes se recorre durante dos horas el paseo del Retiro; es preciso otro escaparate con cortinas de terciopelo donde por la noche pueda uno exhibirse al respetable público que ocupa el patio del Teatro de la Opera. La verdad es que la mayor parte de la aristocracia española no es rica ni mucho ménos; los gastos de representacion la aniquilan. Las carreras de caballos, los trenes y la ópera, los obligados viajes al extranjero, el veraneo, las partidas venatorias y sus aficiones al cuerpo coreográfico la traen á mal traer. Imaginad lo que sucederia si á estas atenciones, ya de suyo insostenibles, se añadiera un encarecimiento de cada uno de los capítulos que las constituyen. Tal y como hoy se encuentra la aristocracia en punto á fondos, si los caballos dan en encarecer, si la ópera cuesta más cara y si el cuerpo coreográfico acuerda subir el precio de sus favores, hé aquí que lo más linajudo de nuestra sociedad pasará extraordinarios y tristes conflictos.

***

Una carta publicada por el doctor Letamendi en *El Imparcial* ha sido motivo de una discusion muy apasionada y muy viva entre los hombres de ciencia. Los términos de este debate eran los siguientes: ¿El microbio es inmortal? Hasta ahora se venia discutiendo en los círculos metafísicos acerca de la inmortalidad del cangrejo, pero ahora empieza á discutirse la inmortalidad del microbio. Segun Letamendi, ni el agua régia, ni el ácido fénico, ni el tymol, ni el ácido sulfuroso son capaces de aniquilar al *vibrion* y á la bacteria. Los desinfectantes, si esto fuese exacto, serian agua de cerrajas; las precauciones sanitarias inútiles; las fumigaciones y los lazaretos completamente perjudiciales, porque produciendo trastornos y daños al comercio no evitaban los peligros que las circunstancias han aglomerado contra la salud pública. Hasta ahora, la materia está dudosa. Nuestros médicos más distinguidos realizan en estos momentos experimentos curiosísimos de que podemos esperar algun resultado; entre tanto sólo sabemos que no sabemos nada. El medio de todas estas observaciones es el microscopio, y un escritor muy distinguido entre los que de ciencia se ocupan ha hecho observar que el microscopio engaña, que entre la combinacion de luces y reflejos de sus cristales se oculta un sér fantástico que hace ver muchas veces al experimentador cosas que no son en realidad.

El problema de lo pequeño es realmente tentador y terrible, nos asedia y nos envuelve, nos rodea y nos estrecha; se apodera del aire que respiramos, del pan que comemos, de la carne que nos nutre, del vino con que nos fortalecemos; palpita en el flúido y se aglomera en lo consistente; vuela en lo etéreo y se condensa en lo tangible; es el perfume que acaricia nuestro olfato, es el brillo que reluce sobre el metal, es la podredumbre que hierve en la carnaza; y no sabemos qué pensar de las generaciones anteriores á la nuestra que quedándose pasmadas ante las Pirámides de Egipto, no han tenido un minuto de atencion para las miriadas de naciones de infusorios que palpitando entre el légamo del Nilo mataban por millones al pueblo de los Faraones y los coptos.

***

Ya recordarán nuestros lectores que hace algunas semanas la aparicion de tres apóstoles curanderos que mediante ciertas oraciones y prácticas piadosas ponian sanos á los enfermos, produjo un amago de motin en los barrios bajos de la corte, la autoridad intervino y aquellos tres apóstoles fueron conducidos á sus pueblos por tránsitos de la guardia civil. Hoy han aparecido otros tres apóstoles en las Peñuelas. Se conoce que el apostolado es lucrativo. Estos ya tienen mejor estudiada su teoría; publican un periódico semanal donde aparecen los retratos, las biografías y los hechos todos de estos insignes varones. Ellos curan toda suerte de dolencias. Con un ingenio extraordinario y verdaderamente curioso han inventado una teoría semi-espiritista que explica hasta cierto punto sus maravillosas curas. Suponen los nuevos Cagliostros que á los pulpejos de sus dedos acuden virtudes medicinales y sanificadoras que andan esparcidas en los espacios y que por un esfuerzo penoso hacen converger y concentrarse todos estos elementos en el sitio enfermo, de donde viene á resultar la curacion. Me parece demasiada ciencia para tanto charlatanismo. Lo que hay de más deplorable en todo esto es que la plebe indocta é ignorante, en vez de despreciar estas farsas, se deja siempre alucinar por ellas, y miéntras murmura de los médicos y se burla con ironía terrible de lo que hay más santo y venerable en la ciencia, aplaude, defiende y se dejaria arrancar la piel por estos curanderos. No es nuevo el achaque, que miéntras los grandes innovadores de la ciencia han perecido en el hambre y en la desgracia, los grandes charlatanes han prosperado en la abundancia y en la gloria.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

UNA PREDICCION TRISTE, cuadro por V. Palmaroli

En todos tiempos ha habido mujeres crédulas y embaucadores de profesion. Sin embargo, la forma ha cambiado con el tiempo, y la variante acusa el mayor ó menor adelanto de la humanidad. Grecia y Roma hacian de los augurios punto de religion y revestian del sagrado carácter sacerdotal á los traficantes en pronósticos. Los dioses inspiran al augur; así se lo dan á creer al pueblo; pero los iniciados en la trampa, como César, pasan el Rubicon á despecho de los presagios.

En la Edad media los astrólogos sustituyen á los augures: el pueblo, que ya sabe que Dios no se mete en la ciencia humana del porvenir, se resigna á creer en el pacto con el diablo, y relega á los profetas de buena ó mala suerte, ya á lo más alto de las torres de los castillos, ya á lo más profundo de las cuevas de los montes. El astrólogo y la bruja son unos augures y unas pitonisas en estado de decadencia.

Surgen luégo los bohemios ó gitanos, y por lo mismo que se les supone oriundos de Egipto, que es la tierra de lo ininteligible, se les hace merced de leer en donde nadie lee y de ver allí donde todos andan entre tinieblas. Y empieza la *buenaventura*, el secreto de la palma de la mano y el evangelio de la cartomancia.

Ultimamente, la ciencia profética se ejerce callejeramente, á diez céntimos por sesion y á cargo de alguna gitana tan repugnante de cuerpo como de alma; ó bien por alguna embaucadora que no consentirian recibir en su casa la encopetada dama ó la honrada obrera que, á pesar de todo, toman turno en la antecámara sucia de la aún más sucia profetisa. No así ocurria á principios del presente siglo, en que las mujeres más aristocráticas recibian íntimamente á las *decidoras de buenaventura*. Una escena de esta naturaleza ha pintado Palmaroli con el talento que ha hecho célebre en España y fuera de ella al ilustre director de nuestra Academia de Roma.

UN VIAJE DE RECREO, cuadro por C. Raupp

Una caterva de rapazuelos se ha apoderado de la lancha de la hacienda y hételos bogando por el canal y ejercitándose vigorosamente en las maniobras marineras. Grave es la travesura y caro podria costar á los pilotos en embrion; mas por fortuna el agua del canal es de sobra mansa y tan suavemente arrastra la humilde embarcacion, que sin duda llegará á puerto sana y salva de avería.

No importa: siempre esos tripulantes han cometido una imprudencia; para algo dice el refran que Dios nos libre del agua mansa, aunque probablemente el refran no aludió á esa clase de agua. Los niños no deben confiar sobradamente en sus fuerzas, que son muy escasas, y ménos aún en sus conocimientos, más débiles que sus mismas fuerzas. Ninguna madre contemplaria impasible

el curso de esa lancha si su amado hijito se encontrara á bordo de ella.

La composicion de este cuadro es acertada: hay en esos niños alegría y movimiento: están bien agrupados y sus actitudes son naturales. Es uno de esos lienzos que, sin llamar poderosamente la atencion, se contemplan siempre con agrado.

ARMAS Y LETRAS, cuadro por E. Serra

Nuestro compatriota autor de este cuadro es un pintor que no se duerme en las pajas, ó más delicadamente dicho, que no se duerme sobre sus laureles.

El lienzo que hoy reproducimos, tan apreciable como todos los de su autor, demuestra que si á éste le son familiares las escenas orientales, los tipos del africano y el cielo que cobija al desierto inmenso, no le es refractaria la lujuriosa vegetacion de los jardines italianos, ni le son difíciles de reproducir los tipos de aquellos *condotieros* de que andan llenas historias y consejas del país latino.

El título del cuadro revela, empero, un pensamiento no bastante explicado en la composicion. Algunos pocos hombres de armas, cuya aficion al vino de Falerno demuestran sobradamente los accesorios del asunto, oyen con interés escaso, ó quizás produciéndoles contrario efecto del que se propuso el poeta, la lectura de unos versos que sin duda no se han escrito para semejante auditorio. Hay en la risa de los personajes algo de la hilaridad que causa el QUIJOTE al vulgo que no profundiza más adentro de la epidermis del honrado y más que buen hidalgo.

Existe, con efecto, alguna disparidad entre el temperamento del soldado y el temperamento del poeta, disparidad que Serra ha hecho resaltar con buen talento, pero esta disparidad no puede erigirse en principio, porque, al fin y al cabo, soldado fué Ercilla y Camoens fué soldado, y en humilde rango combatió en Lepanto quien fuera del ejército debia ser proclamado príncipe de las letras patrias.

SOBRE LA PISTA, dibujo por G. Koch

En más de una ocasion hemos manifestado en las columnas de este periódico nuestra opinion acerca del ejercicio de la caza y de las peripecias á que da lugar. Juzgamos por tanto ocioso repetir lo ya expuesto, limitándonos, al ocuparnos de este grabado, á llamar la atencion del lector sobre la escena de animacion y movimiento que representa, muy á propósito para despertar el entusiasmo cinegético de los cazadores tibios y aumentar el ardor de los émulos de San Huberto; así como y más especialmente, sobre la destreza é inteligencia con que el hábil lápiz del artista lo ha tratado, cualidades realzadas si cabe por el no ménos diestro buril del grabador.

Los candidatos del partido democrático para la presidencia y vicepresidencia de los Estados Unidos norteamericanos

El 4 de noviembre próximo es el dia fijado para las elecciones de presidente y vicepresidente de la gran república norteamericana, siendo cuatro los candidatos principales que solicitan al efecto, los sufragios del pueblo americano para la presidencia. Llámanse Grover Cleveland, Blaine, Sain John y Ben Butler.

Los que más probabilidad tienen de ser elegidos son los dos primeros, pues representan los dos grandes partidos políticos que en aquel país se disputan la direccion de los negocios, el republicano y el democrático; el primero gobierna desde hace 24 años, pero parece llegada la hora en que será sustituido por el otro á consecuencia de la corrupcion escandalosa, parcialidad y exclusivismo que ha demostrado aquel en la administracion.

Hoy presentamos á nuestros lectores los retratos de los candidatos de los demócratas para la presidencia y vicepresidencia de la república, Cleveland y Hendricks. El primero no cuenta actualmente más de 47 años habiendo nacido el 18 marzo de 1837 en Caldwell, Estado de Nueva York, siendo descendiente de una familia protestante cuyos miembros eran pastores, como lo fué su padre Ricardo. Grover asistió á las escuelas de diferentes aldeas en Nueva Jersey donde su padre era cura; luégo estudió en una llamada academia en Clinton, tambien en el Estado de Nueva York. Procurando crearse una posicion independiente, entró en el comercio que un tio suyo tenia establecido en Buffalo; de paso estudió privadamente jurisprudencia y acabó por asociarse con el abogado en cuyo despacho habia comenzado á trabajar con el carácter humilde de amanuense y copista. En 1870 fué elegido juez del condado de Eric, en 1881 alcalde de la capital Buffalo, y el 22 de setiembre de 1882 gobernador del Estado de Nueva York.

Sobre el candidato democrático á la vicepresidencia, Hendricks, nada han publicado todavía los periódicos americanos ni europeos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

SAN PABLO DE LONDRES

Es la iglesia de mayor capacidad y altura de Inglaterra: tiene 180 metros de largo y 90 de ancho. Construyóla Cristóbal Wren sobre el modelo de San Pedro de Roma, si bien introduciendo importantes modificaciones. El pórtico es magnífico y el fronton presenta un aspecto grandioso. Su elegante fachada, las soberbias torres que se levantan en cada ángulo y la gran cúpula de 112 metros de elevacion, son dignas de admirarse. Terminóse la obra en 1710.

En su interior se conservan los restos de varios grandes hombres ingleses, entre ellos los del célebre almirante Nelson. En el coro existen los del artista que dirigió la construccion; si bien los inteligentes opinan que hubiera sido más oportuno enterrar á Cristóbal Wren en la iglesia de San Estéban, del mismo Lóndres, que parece ser la obra maestra de aquel arquitecto.

EL DEMONIO

Poema traducido directamente del original ruso

SEGUNDA PARTE

I

¡Padre! ¡padre! cesen tus reproches; deja de reprender á tu Tamara. ¿Ves sus lágrimas? ¡Oh! ¡no son las primeras! ¡No seré esposa de nadie! A los que pidan mi mano, diles que mi esposo yace en la húmeda tierra; que no puedo dar mi corazon. Desde el dia en que sepultamos en la montaña su ensangrentado cadáver, me persigue un pérfido espíritu con una vision que no puedo desechar: en el silencio de la noche me acongojan extraños y tristes sueños. Mis pensamientos, mis palabras, se extravian: un fuego extraño circula por mis venas y de dia en dia languidezco y me siento morir. ¡Oh, padre! ¡mi alma sufre! ¡ten piedad de mí! Lleva á lugar santo tu hija caprichosa: allí estaré bajo la proteccion del Salvador y á sus piés se mitigará el dolor que siento. Aquí en la tierra no hay ya alegría para mí... Que muy pronto, al apacible amparo de los altares, una sombría celda se cierre tras mí, como una tumba.

II

Su familia la llevó á un convento solitario, donde un humilde sayo cubrió sus mórbidas espaldas. Pero bajo el hábito monástico, lo mismo que bajo los brillantes trajes de costosas sedas, su corazon luchaba con la vision impía. Al pié de los altares, al reflejo de las luces, en las horas del solemne canto, en medio del rezo, una voz conocida iba frecuentemente á resonar en su oido. Por la oscura bóveda del templo se deslizaba de tiempo en tiempo una imágen que ella conocia, sin hacer ruido, sin dejar huella. Brillaba dulcemente como estrella á través de trasparente nube de incienso, la hacia señas con la mano y la llamaba, pero ¿dónde?

III

Aquel piadoso convento se halla resguardado por dos colinas en lugar fresco: plátanos de Oriente y copudos álamos lo rodean por todas partes y algunas veces cuando la noche comienza á descender en las vertientes de las montañas, la luz de la lámpara de la jóven religiosa se filtra jugando por entre el ramaje. Alrededor, á la sombra de los almendros, cerca de la triste fila de cruces que protegen á las tumbas silenciosas, los coros de pajarillos entonan dulces conciertos. Arroyos de frescas ondas caen murmurando entre las peñas y reuniéndose despues en la cañada, ruedan más y más por dos zarzales cubiertos de rojas flores.

IV

Hácia el norte se alzan las montañas. Cuando á los reflejos de la matinal aurora, se eleva un azulado vapor de las profundidades del valle, cuando el muezin vuelto hácia Oriente llama á la oracion y la sonora voz de la campana despierta al pueblo; en aquella hora de calma y recogimiento en que las jóvenes georgianas bajan la escarpada montaña y van por agua con sus anchas cubas, las cúspides de la nevada cadena se dibujan en el purísimo cielo como un muro ligeramente violado y al ponerse el sol parece que se cubren con un ropaje de púrpura. Entre ellos el Kazbek, atravesando las nubes, los aventaja á todos, sacando la cabeza como poderoso rey del Cáucaso con blanco turbante y largo manto de seda.

V

El corazon de Tamara, dominado por un pensamiento profano, permanece insensible á los purísimos éxtasis. Para ella el Universo parecia cubierto de una sombría nube y para su alma todo era causa de sufrimiento; lo mismo la luz del dia, que las tinieblas de la noche. Por esto, cuando con la fresca brisa de la noche se adormecia la tierra, ella postrábase ante Dios vertiendo ardientes lágrimas. Sus desgarradores sollozos, en medio del silencio de la noche, turbaban la imaginacion del viajero, que creyendo oir los gemidos de algun espíritu de la montaña, encadenado en lóbrega caverna, apénas presta oido y pica su cansada cabalgadura.

VI

Tamara, triste y agitada por la fiebre, va á sentarse frecuentemente junto á la ventana. Allí sola, indecisa, mira en lontananza con ojo atento, suspira y aguarda!... Una voz murmura á su oido: «vendrá.» No en vano se le apareció con ojos en que se reflejaba dulce tristeza y empleando palabras de sublime ternura: desde hacia mucho tiempo, ella languidecia sin saber por qué. Si queria rezar á los santos, era á él á quien se dirigia; rendida por aquella lucha incesante, se reclinaba en su lecho, pero la almohada ardia, y sofocada horriblemente, despertaba sobresaltada y temblorosa: inflamada su garganta y sus espaldas, apénas podia respirar, su vista se nublaba, sus brazos extendidos buscaban con pasion un sér imaginario y entre tanto espiraban en sus labios ardorosos besos.

VII

La bruma de la noche ha cubierto ya con sus ligeros vapores las colinas de la Georgia y, fiel á su dulce costumbre, el demonio ha tendido su vuelo hácia el convento. Durante mucho tiempo no se atrevió á violar aquel apacible asilo de virtud, y hasta hubo un momento en que pareció dispuesto á desechar sus horribles proyectos. Vagaba melancólicamente alrededor de los altos muros y sus pasos, más ligeros que el viento, hacian temblar dulcemente las hojas en la sombra. Despues levantaba la vista hasta la ventana, iluminada por el resplandor de la lámpara: desde hacia mucho tiempo, era allí donde ella esperaba. Con frecuencia, en medio del silencio universal, vibraba un arpa armoniosa y resonaban sonoros cantos; aquellos sones parecian lanzados al compás que corren las lágrimas. Era una melodía tan tierna que parecia haber sido compuesta en el cielo para la tierra: hubiera podido decirse que era el lenguaje de un ángel que descendia para visitar á un hermano olvidado aquí en la tierra, al que hablaba del pasado para endulzar sus sufrimientos! El demonio comprendió entónces por primera vez los dolores y las agitaciones del amor. Espantado, quiso huir; pero sus alas permanecieron inmóviles; y. ¡oh prodigio! una lágrima se desprendió lentamente de sus sombríos ojos.

. . . .

Cerca de aquella celda, se ve todavía una piedra que la ardiente lágrima atravesó como una llama; aquella no era una lágrima humana!

VIII

El demonio entra; se halla dispuesto á amar y su alma está completamente abierta al bien; cree que ha llegado el deseado momento de ensayar una nueva vida. Las palpitaciones de la espera, los temores de la incertidumbre, permanecen para él sin voz y sin poder: han reconocido desde luégo un alma fiera. Entra, mira; ante él se alza el enviado del cielo; el querubin que vela por la hermosa pecadora. Su faz resplandece animada por serena sonrisa y sus alas la protegen contra el enemigo. Por un instante su mirada impía quedó deslumbrada por el brillo de la luz divina y en lugar de la dulce acogida que esperaba, escuchó que estallaban duros reproches.

IX

Espíritu turbulento, demonio del vicio, ¿quién te ha llamado en medio de las tinieblas de la noche? Tus adoradores no habitan estos sitios y hasta ahora el hálito del mal no ha penetrado en ellos. No vengas á manchar con tu huella impía este asilo del amor mio y de mi santidad. ¿Quién te ha llamado?...

El espíritu del mal le contestó con pérfida sonrisa: su mirada se inflamó de celos y nuevamente el veneno del antiguo odio abrasó su alma. «Es mia,» dijo con voz dura; «¡déjala, es mia! has llegado demasiado tarde para defenderla; no eres ni su juez ni el mio y sobre ese corazon tan elevado, grabé mi huella: aquí no queda ya nada de tu santidad; aquí yo reino y amo.» El ángel entónces fijó en la pobre víctima una mirada llena de dolor y desplegando lentamente sus alas, desapareció en las celestes esferas.

X

TAMARA

¿Quién eres? ¡Tus palabras son peligrosas! Quién te envia, ¿el cielo ó el infierno? ¿Qué quieres?

EL DEMONIO

¡Qué hermosa eres!

TAMARA

Pero habla; ¿quién eres? responde.

EL DEMONIO

Soy aquél á quien escuchabas en el silencio de las noches; aquel cuyo pensamiento hablaba dulcemente á tu alma; de quien en sueños veias la imágen y de quien con dolor adivinabas las penas. Soy quien mata la esperanza tan pronto como nace en un corazon; aquél á quien nadie ama y á quien todo sér maldice. El espacio y los años no son nada para mí; soy el azote de mis esclavos de la tierra, el rey de la ciencia y de la libertad, el enemigo de los cielos, el mal de la naturaleza y, ya lo ves, estoy á tus piés! Te traigo una humilde y dulce súplica, mi primer sufrimiento aquí abajo y mis primeras lágrimas. ¡Oh! pero por piedad, escucha, con una palabra tuya podrias volverme al bien, abrirme de nuevo los cielos: resplandeciente con tu casto amor, reapareceria en ellos como un nuevo ángel, con nuevo resplandor: pero escucha, yo te lo suplico, soy tu esclavo y te amo. Repentinamente, desde que te ví, detesté con toda mi alma la inmortalidad y mi poder; á mi pesar he envidiado las incompletas alegrías de la tierra. No vivir como tú, seria un sufrimiento para mí y me seria horrible vivir léjos de tí: una llama inesperada se ha encendido de nuevo en mi corazon insensible; he sentido el aguijon de mis antiguas heridas agitarse en lo íntimo de mi sér como una serpien-



UN VIAJE DE RECREO, cuadro por C. Raupp



ARMAS Y LETRAS, cuadro por E. Serra

te. Sin tí, ¿qué es para mí la eternidad? ¿qué son mis dominios infinitos? Palabras retumbantes en el vacío: un templo inmenso sin divinidad.

TAMARA

¡Déjame espíritu pérfido! cállate, jamás creo en palabras del enemigo. ¡Dios mio, no puedo rezaros! un veneno funesto se apodera de mi debilitado espíritu. Escucha; me perderás, tus palabras son fuego, son un filtro envenenado..... Dí, ¿por qué me amas?

EL DEMONIO

¿Por qué, hermosa mia? ¡oh! yo no lo sé: animado por una nueva vida, he arrancado de mi criminal cabeza la corona de infamia y arrojé al polvo todo mi pasado. Mi paraíso y mi infierno están en tus ojos! Te amo con un amor que no tiene nada de terrestre y como tú misma no podrias amar. Te amo con toda la embriaguez y el poder del pensamiento y de los sueños inmortales. Desde el comienzo del mundo, tu imágen estuvo grabada en mi alma; se me aparecia en las desiertas inmensidades del espacio; desde hace mucho tiempo tu nombre agitaba mi espíritu y resonaba en mí dulcemente. En los felices dias del paraíso, lo único que me faltaba eras tú. ¡Oh! si pudieras comprender lo que hay de amargo dolor en una vida sin objeto y sin compañía. Gozar, sufrir, pero no esperar nunca elogios por el mal, ni recompensas por el bien. Vivir para sí solo; ser objeto de hastío para sí mismo y atravesar esta eterna lucha sin nobleza y sin esperanza de reconciliacion; saberlo todo, experimentarlo todo, detestar cuanto es contrario á mis deseos y despreciar todo lo del mundo! Desde aquel dia en que me hirió la maldicion divina, se enfriaron eternamente para mí los apasionados abrazos de la naturaleza. Ante mis ojos se extendian los espacios hasta el infinito: veia cómo se deslizaban dulcemente ante mí, cubiertos con sus ropajes nupciales y coronados de oro, los astros que desde hacia mucho tiempo me eran conocidos; pero; ¡ah! ninguno reconocia á su antiguo hermano! En mi desesperacion comencé á llamar proscritos semejantes á mí, pero ni yo mismo, con mi perversa mirada, podia reconocer ni sus rostros, ni sus voces. Espantado, agité mis alas y comencé á correr rápidamente, mas ¿hácia dónde? ¿por qué?... no lo sé. Mis antiguos hermanos me habian rechazado y lo mismo que el Eden, el mundo entero se tornó para mí mudo y sombrío; me asemejaba á una barca rota, sin timon y sin velas, que flota locamente al capricho de las corrientes y de las olas y no sabe dónde va; ó á un copo de nube de tormenta, que al amanecer aparece en el horizonte azulado como un punto negro y no atreviéndose á permanecer en ninguna parte, vaga solo sin objeto y sin dejar huella. Dios solo sabe de dónde viene y á dónde va. No pude gobernar largo tiempo á los hombres, sin enseñarles el pecado por largo plazo: me fué imposible difamar siempre todo lo que era noble y blasfemar de cuanto era hermoso: fácilmente volvian á encenderse en ellos los ardores de la pura fe. ¿Eran dignos de mis esfuerzos esos tontos, esos hipócritas? Entónces me oculté en los desfiladeros de las montañas, comenzando á errar como un meteoro en medio de las tinieblas de profunda noche. El viajero solo, extraviado por aquel fuego fátuo, que revoloteaba delante de él, rodaba con su cabalgadura hasta el fondo de los precipicios y en vano imploraba socorro!... la huella sangrienta trazada en su caida, serpenteaba sobre las rocas. Apesar de todo, los placeres del mal no me agradaron mucho tiempo. No pocas veces, en mi lucha contra el huracan potente, en medio de los torbellinos de polvo, rodeado de relámpagos y vapores, me lancé estrepitosamente contra las nubes, queriendo ahogar el murmurio de mi corazon en la revuelta de los confusos elementos: escapar del pensamiento inevitable y olvidar lo que no podia ser olvidado. ¿Qué pueden significar las pérdidas dolorosas, las fatigas y los males de las generaciones pasadas y futuras, en presencia de un solo instante de mis ignorados sufrimientos? ¿qué son los hombres? ¿qué sus vidas y sus penas? Han pasado y pasarán: les queda la esperanza; les aguarda un equitativo juicio y despues de este, queda aún el perdon. Mi dolor es constante; lo mismo que yo, será eterno y jamás encontrará el sueño de la tumba! Unas veces lo siento deslizarse en mí como una serpiente; otras me abrasa y consume como una llama; otras pesa sobre el pensamiento mio como la pesada roca de las pasiones y de las esperanzas perdidas. Mausoleo indestructible!

TAMARA

¿Por qué darme á conocer tus sufrimientos? ¿para qué te quejas á mí? ¡tú has pecado!...

EL DEMONIO

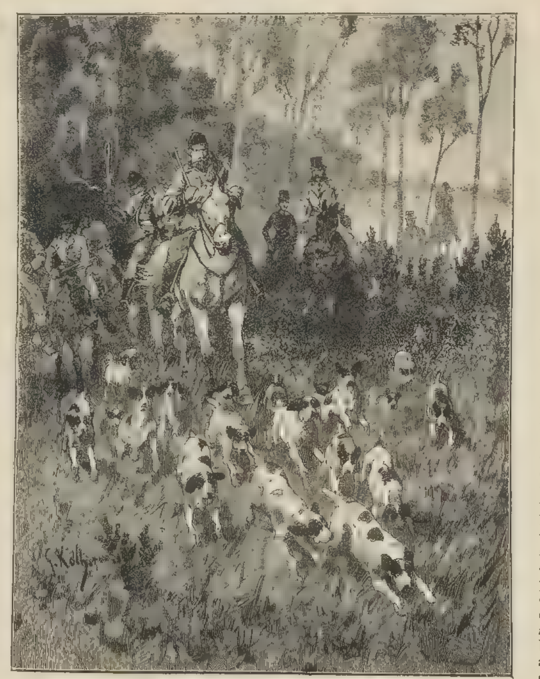
¿Ha sido contra tí?...

TAMARA

¡Pueden escucharnos!

EL DEM

Estamos solos...



SOBRE LA PISTA, dibujo de G. Koch

TAMARA

¿Y Dios?

EL DEMONIO

No se dignará echar una mirada sobre nosotros; se ocupa de los cielos más que de la tierra.

TAMARA

¿Y los castigos y torturas del infierno?

EL DEMONIO

¿Qué te importa esto? ¡allí estarás conmigo!

TAMARA

Quien quiera que seas, tú, al que la casualidad ha hecho mi amigo, has perdido mi reposo para siempre y yo víctima tuya, te escucho á mi pesar con secreto placer. Pero si tus palabras son engañosas, si te propones engañarme, ¡ah! ¡ten piedad de mí! ¿Qué gloria encontrarás en ello? ¿para qué quieres poseer mi alma? ¿soy preferible á todas las que no han sido notadas por tí en los cielos? No obstante son bien hermosas tambien y en aquel lugar ninguna mano mortal ha profanado todavía sus virginales senos. ¡No! hazme un juramento irrevocable.—Mira, ya ves como sufro. ¡Ves lo que sueña una pobre mujer! Sin querer, mantienes el miedo en mí, pero tú lo has comprendido todo, lo sabes todo y ciertamente tendrás piedad de mí! Júrame, hazme juramento de renunciar desde ahora á tus malos designios. ¿Es que no hay ya juramentos inviolables?

EL DEMONIO

Juro por el primer dia de la creacion y por el último; juro por el oprobio del crímen y por el triunfo de la verdad eterna; por el horrible sufrimiento de la caida y por la breve alegría de la victoria. Juro por nuestro encuentro y por la separacion que nos amenaza de nuevo. Juro por la multitud de los espíritus, por la suerte de mis hermanos que me están sometidos, por las lanzas sin mancha de los ángeles mis enemigos vigilantes; por el cielo y por el infierno, por lo que hay de más sagrado en la tierra, y por tí, por tu última mirada y por tu primera lágrima, por el aliento de tu boca tan pura, y por los bucles de tu sedosa cabellera; juro por la felicidad y por el dolor, juro por mi amor; que renuncio á mis antiguos odios, á mis pensamientos de orgullo: en adelante el veneno de la lisonja engañadora no agitará mi espíritu. Quiero amar, quiero creer en el bien: con las lágrimas del arrepentimiento borraré de mi rostro digno de tí, las huellas del fuego celeste, y que en adelante el universo tranquilo crezca en la ignorancia sin mí. ¡Oh, créeme! yo solo te he comprendido y apreciado. Al escogerte para santuario mio, he depositado á tus piés todo mi poder; espero tu amor como un dón y daria la eternidad por una mirada tuya: en el amor como en la aversion, créeme Tamara, soy inmutable y grande. Yo, hijo libre del espacio, te llevaré á las regiones que están por encima de las estrellas y tú, mi primera compañera, serás reina del mundo. Sin pesares, sin deseos, tus ojos mirarán esta tierra donde no hay ni verdadera dicha, ni belleza durable, donde sólo se ven crímenes y castigos, donde sólo puede vivir la pasion mezquina y donde no se sabe odiar ó amar sin miedo. ¿Ignoras tú lo que es el amor pasajero de los hombres? ¡una sangre jóven que fermenta!.. pero los dias pasan y la sangre se enfria. ¿Quién es el que puede permanecer fiel durante la separacion y no ceder á los atractivos de la nueva belleza? ¿Quién, el que puede resistir á la fatiga, al aburrimiento, á los caprichos de la imaginacion? No, amiga mia, sábelo bien, tu destino no es marchitarte en silencio, en un círculo tan estrecho, esclava de groseros celos, entre hombres frios y pusilánimes, entre falsos amigos y enemigos, en medio de temores y esperanzas sin fin y de penas sordas sin objeto. Tú no debes extinguirte tristemente tras estos elevados muros, sin haber conocido el amor, rezando siempre é igualmente léjos de Dios y de los hombres. ¡Oh! no, criatura admirable, tu destino es otro; tú estás reservada para otros sufrimientos y para éxtasis mucho más sublimes. Abandona pues tus primeros deseos y deja que corra su suerte esta tierra despreciable: en cambio te abriré los abismos de las ciencias más profundas; arrastraré á tus piés los numerosos espíritus que me sirven, y te daré, hermosa mia, sirvientas más ligeras que las hadas. Para tí quitaré á la estrella de Oriente su corona de oro; cogeré sobre las flores el rocío de la noche y lo esparciré sobre tí. Con un purpúreo rayo del sol poniente rodearé tu talle como con una banda; con el olor de los perfumes más puros, embalsamaré el aire que te rodee; sin cesar acariciaré tu oido con una melodía admirable; te construiré palacios suntuosos con ambar y turquesas; por tí descenderé hasta el fondo de los mares, volaré por encima de las nubes, te daré todo, todo lo que hay sobre la tierra: ¡Amame!...

XI

Y dulcemente apoyó su adorada boca sobre los temblorosos labios de la jóven. A los ruegos de ella, respondió con palabras llenas de seduccion y su mirada, penetrando hasta el fondo de sus ojos, la inflamaba. En la oscuridad de la noche brillaba ante ella como la inevitable hoja de un puñal!... ¡Oh! triunfó el espíritu del mal. El veneno mortal de sus besos penetró en un instante en su seno y un grito terrible de sufrimiento turbó el reposo de la noche!...

En aquel grito habia de todo, amor, dolor, un reproche con una súplica, un adios sin esperanzas, un adios en plena juventud.

XII

Entre tanto el vigilante nocturno verificaba su ronda ordinaria alrededor de los altos muros. Iba por todos lados agitando su campana de hierro; mas al llegar bajo la celda ocupada por la jóven novicia, amortiguó el ruido de sus pasos y se detuvo con el alma turbada, apretando el sonoro instrumento. En medio del silencio que le rodeaba, le pareció oir que dos bocas cambiaban besos y despues un grito ahogado seguido de un débil gemido. En el corazon del viejo surgió una duda impía, pero pasado un momento todo volvió á calmarse. No se escuchó mas que el aliento de la brisa trayendo desde léjos el murmullo de las hojas y el del arroyo de la montaña que saltaba chocando entre sus sombrías orillas. El viejo amedrentado se apresuró á leer sus oraciones para alejar de su mente pecadora las tentaciones del espíritu del mal: santiguóse rápidamente con sus temblorosos dedos y silencioso, agitado por una vision, aceleró el paso y continuó su ronda.

XIII

Tendida en el ataud se asemejaba á una graciosa peri recien dormida: su rostro pálido y sombrío, era más puro que el sudario que la envolvia. Sus párpados se habian cerrado para siempre. ¡Pero cielos! hubiera podido decirse que bajo ellos, aquella maravillosa mirada estaba sólo adormecida y que parecia esperar el dia. ¡No! inútilmente los rayos del sol se filtraban á través de ellos como hilos de oro; en vano su familia agobiada por mudo dolor va á cubrir su boca de besos; ¡no! la muerte ha puesto sobre ella su huella eterna y nada hay con poder bastante para arrancarla de sus brazos. Aquella naturaleza en que la vida, ardiente y llena de energía, hablaba tan elocuentemente á los sentidos, no es más que podredumbre. Una extraña sonrisa apénas dibujada en sus labios, se habia detenido: la expresion dolorosa de aque la sonrisa era sombría como la tumba misma. ¿Qué significaba pues? ¿se mofaba del destino ó acusaba una duda imperecedera? ¿Expresaba un frio desprecio de la vida ó una cólera audaz contra el cielo? ¡Cómo saberlo! La significacion de ella se ha perdido por completo para el mundo, pero in-

voluntariamente atrae las miradas, como los rasgos de una antigua inscripcion en que tal vez, bajo raros caracteres, se oculta la historia de tiempos pasados. Máxima de gran sabiduría indescifrable! ¡Rasgo olvidado de profundos pensamientos!

Por mucho tiempo el ángel de la destruccion respetó los despojos de la pobre víctima y sus facciones conservaron la belleza que tiene un mármol sin expresion, falto de vida y de sentimiento, misterioso como la tumba. Nunca en los dias más alegres, el traje de fiesta de Tamara fué de tan bellos colores, ni tan rico. Segun antigua costumbre, las flores de la campiña querida que la vió nacer, exhalaban sobre ella sus perfumes y, apretadas en sus frias manos, parecian decir adios á este mundo.

XIV

Sus padres, los vecinos, se han reunido ya para el triste viaje; el viejo Gudal arranca sus cabellos grises, golpea su pecho en silencio: por última vez monta su corcel de blanca crin y el cortejo se pone en movimiento... El viaje debe durar tres dias y tres noches; junto á los huesos de sus abuelos, han abierto para ella un lugar de reposo...

Uno de los antepasados de Gudal, que pasó la vida robando viajeros y asaltando aldeas, hallándose postrado por la enfermedad, en un momento de arrepentimiento, hizo voto, en expiacion de sus pecados, de edificar una iglesia en lo alto de las graníticas rocas donde sólo se escucha el silbido del cruza-nieve y donde no se ven volar más que los buitres. En poco tiempo se elevó un templo solitario en medio de las nieves del Kazbek y los huesos de aquel malvado hallaron allí un asilo en que reposar. Trasformó en cementerio la roca amiga de las nubes, como si más próxima de los cielos su tumba debiera ser ménos fria, ó como si más léjos de los hombres, su último sueño tuviera que ser ménos turbado..... ¡Medida inútil! los muertos no deben sentir ni la tristeza, ni la alegría de los dias pasados.

XV

En el azulado espacio, uno de los ángeles de Dios, volaba agitando sus alas de oro y en sus brazos llevaba de la tierra un alma pecadora. Con dulces palabras de esperanza disipaba sus dudas y con lágrimas le borraba las huellas del oprobio y del dolor; las armonías celestes, aunque léjos, llegaban ya hasta ellos. De repente, en medio del espacio, el espíritu de los infiernos surgió del fondo del abismo; se agitaba con estrépito y brillaba como el fulgor de un relámpago: despues, con una impudencia fiera, repetia: «es mia.» La pobre alma de Tamara se apretó contra el pecho de su guardian y comenzó á rezar para calmar su espanto. En aquel momento iba á decidirse su porvenir. Reaparecia ante ella, pero ¡gran Dios! ¿quién hubiera podido conocerlo? ¡Qué miradas fijaba en ella! Se advertia que estaba lleno del veneno mortal de una cólera inextinguible. Su rostro inmóvil revelaba un frio sepulcral.

«Aléjate, espíritu de dudas y tinieblas, le respondió el mensajero de los cielos: bastante tiempo has triunfado ya: la hora del juicio ha sonado y bendecida sea la sentencia divina! Los dias de tentacion han pasado; al dejar su envoltura terrenal y destructible, ha sacudido para siempre la cadena del mal. ¡Sábelo bien! desde hace mucho tiempo la esperábamos. Su alma es de aquellas cuya vida se compone de un corto instante de sufrimientos intolerables y de delicias que no pueden comprenderse. El Criador las ha tejido con las cuerdas vivientes de un mundo mejor: no han sido creadas para la tierra, y la tierra no se hizo para ellas: ha expiado sus dudas con atroces dolores, ha sufrido y amado, y por este amor el paraíso está abierto para ella.»

El ángel, arrojando sobre el seductor una mirada severa, agitó sus alas alegremente y desapareció en medio de los purísimos cielos. El demonio vencido, maldiciendo sus sueños de locura, permaneció en el universo como ántes, solo, sin esperanza y sin amor!

En la vertiente de la montaña, por debajo del valle de Koichaursko, se ven aún antiguas ruinas almenadas. Las tradiciones acerca de ellas son numerosas y sirven para asustar niños. El mudo monumento que fué testigo de estos sucesos sobrenaturales, se deja ver aún entre los árboles, como una vision sombría. Abajo se ven esparcidas las casas de una aldea tártara; la tierra, fértil allí, se ve cubierta de flores y el ruido discordante de mil voces se pierde en medio del de las caravanas de que se escuchan las campanillas. El rio se precipita á través de los vapores, brillante y espumoso, en tanto que la naturaleza, semejante á un niño caprichoso, juega con la vida eternamente jóven, la frescura, el sol y la primavera.

El castillo triste cesó de servir, como pobre viejo que sobrevive á sus amigos y á su familia querida. Sus invisibles habitantes esperan que la luna se levante; entónces, libres y contentos, zumban y corren por todos lados. La parda araña, nuevo ermitaño, hila la trama de su tela en los rincones y una familia de verdes lagartos corre alegremente por los tejados: la cautelosa serpiente sale de oscura grieta y se arrastra por las losas del derruido patio; unas veces se enrosca como triple anillo, otras se extiende como larga raya, brillando como espada de acero olvidada desde hace mucho tiempo en el campo de batalla, por un héroe moribundo á quien ya no debia servir. Todo es allí salvaje y en ninguna parte se encuentran huellas de los pasados años. La mano de los siglos se ha aplicado durante mucho tiempo para borrarlas y nada recuerda allí el nombre de Gudal ni el de su hija querida. La iglesia en que están sepultados sus huesos protegidos por un poder sagrado, se alza todavía sobre las escarpadas rocas á través de las nubes: cerca de la puerta se ven como guardianes rocas de granito negro cubiertas de nieve. Sobre sus pechos, en vez de corazas, relucen hielos que jamás se funden. Masas caidas duermen sobre los salientes de las rocas y penden alrededor amenazadoras como chorros de agua sorprendidos súbitamente por el frio. Allí el cruza nieves hace su ronda y barre el polvo de las grises murallas; despues, lanzando agudos silbidos, parece llamar á los centinelas. Las nubes solas, sabiendo que un templo magnífico ha sido construido en aquella region del Oriente, se trasladan en gran número para la adoracion, y sobre las losas de la tumba de familia hace ya mucho tiempo que nadie llora. La sombría roca del Kazbek guarda ávidamente su presa y el murmullo del hombre no turba jamás su eterno reposo.

A. FERNANDEZ MERINO

Las posesiones del imperio aleman en Africa

Habiendo adquirido un comerciante de Bremen, llamado Lüderitz, de los caciques indígenas el territorio que forma la ensenada de Angra Pequeña en la costa occidental del Africa meridional, no muy distante de la colonia del Cabo, en el país habitado por los namácuas, y establecido allí una factoría, solicitó la proteccion del gobierno aleman, que envió allí en enero de este año el cañonero *Nautilius*, cuyo comandante el capitan de corbeta Aschenborn izó la bandera de su nacion y efectuó los trabajos hidrográficos necesarios. Era ni más ni ménos que una toma de posesion que alarmó al gobierno colonial del Cabo y al de Londres; llamó la atencion de todas las potencias marítimas, suscitó muchas discusiones y alguna correspondencia oficial, pero el asunto no pasó de aquí.

Ahora se ha repetido el mismo caso en otro punto de la costa africana. Entre el límite oriental de la Costa de Oro y Whydah existen hace unos veinte años, entre muchas factorías inglesas protegidas por los buques de su nacion estacionados en Whydah, Lagos y Acra, otras factorías alemanas, que se han ido extendiendo por las Bocas del Niger y recientemente tambien por la desembocadura del rio Camerun en frente de Fernando Poo. Los dueños de todas estas factorías solicitaron, á imitacion de Lüderitz el de Angra Pequeña, la proteccion del gobierno imperial, que no se hizo de rogar y envió á aquellas costas el cañonero *Move* (Gaviota) á bordo del cual iba el cónsul general aleman Nachtigal que en todas partes izó la bandera alemana con las demás ceremonias acostumbradas. El 12 de julio entró en el rio y el 14 tomó el citado cónsul solemnemente posesion, en nombre del emperador Guillermo, de aquel territorio con cuyos caciques indígenas habia preparado ya la cesion el comerciante Woermann, establecido allí. Esta ceremonia que fué repetida en diferentes puntos muy poblados de la orilla meridional del rio, como King-Bells-Town y otros, es la que representa nuestro grabado.



TOMA DE POSESION POR LA MARINA ALEMANA, DEL TERRITORIO DEL RIO CAMERUN, SITUADO EN LA COSTA DE ÁFRICA EN FRENTE DE NUESTRA ISLA DE FERNANDO POO

Vese por esto que el gobierno aleman sigue adelante, con su persistencia germánica, en el propósito de adquirir colonias en diferentes regiones del mundo. La falta de marina y la reducida extension de sus antiguas costas habian hecho que hasta el presente quedara á la zaga de las demás naciones con respecto á este punto; mas hoy que con las recientes conquistas y con el desarrollo de su escuadra se ha elevado á la categoría de nacion marítima, se esfuerza por adquirir posesiones que le sirvan de base para ulteriores empresas.

No seremos nosotros los que censuremos á Alemania por sus esfuerzos, que si pueden parecer ambiciosos, en nuestro concepto tienen mucho de previsores; pero sí lamentamos que España, la nacion colonizadora por excelencia, deje que otra se establezca en un punto tan contiguo á sus posesiones del golfo de Guinea, sin protesta, sin hacer observacion alguna y sin tener en cuenta que el Africa está llamada á ser en lo futuro lo que Europa para las razas asiáticas en la antigüedad, lo que América para las europeas en la edad moderna, y que el territorio de Camerun y la costa adyacente es el sitio más indicado para izar el pabellon español en el Occidente del continente africano, contando como cuenta con la excelente base de Fernando Poo, Annobon y Corisco.

EL CANAL MARÍTIMO DE PANAMÁ

A medida que progresan los trabajos de esta obra maravillosa, aumenta el interés que excita; los artículos que acerca de ella publica la prensa periodística son más frecuentes, y las controversias sobre su utilidad, coste y rendimientos más apasionadas.

Desde luégo parece que el capital de 843 millones de francos, presupuestado en un principio, llegará á 1,000 millones, y eso que para sacar el interés del primer capital tendria que pagar cada vapor de 3,000 toneladas por derecho de pasaje, 50,000 pesetas; suma enorme calculada sobre el comercio marítimo actual, cuyo desarrollo nadie puede prever, no faltando quien abrigue la persuasion de que en un porvenir no muy lejano ya no bastará este canal ni el ferro-carril que se ha proyectado para trasportar por tierra al través del istmo los buques que han de pasar del Atlántico al Pacífico ó vice-versa, y de que se llevará á ejecucion acaso uno y hasta algunos de los otros proyectos de canal por el mismo istmo.

La idea de abrir un paso marítimo por aquella parte del continente americano es muy antigua, puesto que data desde la marcha que hizo Balboa con su expedicion en el año 1513 al través de Darien, mas no bien se hubo propalado la noticia de la posibilidad de construir un canal marítimo, cuando ya se formaron proyectos al propio tiempo que los combatian voces poderosas inspiradas por intereses mezquinos, ó por la ignorancia; siendo tal la polvareda que se levantó, que Felipe II creyó conveniente amenazar con la pena de muerte á toda persona que se atreviera á volver á presentar semejante proyecto.

Hace como 140 años que se puso de nuevo la cuestion sobre el tapete, se discutieron varios proyectos, pero el gobierno español no se halló entónces en estado de emprender tan gigantesca obra, y el asunto volvió á caer en el olvido, á pesar de un sin número de proyectos ideados por particulares.

Todo cambió súbitamente de aspecto cuando el capitan Selfridge recibió del gobierno de los Estados-Unidos de la América del Norte el encargo de estudiar los diferentes proyectos de la union de los dos Océanos entre el golfo de San Blas, en la costa oriental del istmo, y el rio Atrato que desemboca en el Pacífico, y de dictaminar sobre los mismos. Poco despues formóse la *Sociedad internacional del canal interoceánico* que envió dos expediciones, de las cuales la mandada por el teniente de navío R. Reclus hizo tanta luz sobre la cuestion, que el proyecto del canal de Panamá mereció la aprobacion casi unánime del Congreso internacional convocado en Paris en 1879 por la Sociedad geográfica establecida en la capital de Francia; y el 1.° de enero de 1880 pudo inaugurar los trabajos del canal la hija del célebre conde Fernando de Lesseps.

LOS CANDIDATOS DEL PARTIDO DEMOCRÁTICO Á LA PRESIDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS




CROVER CLEVELAND, candidato presidencial


THOMAS A. HENDRIKS, candidato vicepresidencial

La profundidad del canal será de 9 metros en toda su longitud, pero el ancho variará, debiendo ser en la parte más llana del istmo de 22 metros y en la superficie del agua de 50 metros, y 24 y 28 metros respectivamente en la parte montuosa. Hay que remover 110 millones de metros cúbicos de tierra y roca, cuyo arranque cuesta por término medio, segun contratas hechas, 1'50 pesetas el metro cúbico; otros 10 millones de metros cúbicos han de extraerse y trasportarse para el desvío y encauzamiento del rio Chagres. A estos trabajos principales se agrega la construccion de un muelle de 850 metros de largo para el puerto de Colon, cuyo coste se ha presupuestado en 12 millones de pesetas; y por último, la construccion de la gigantesca esclusa contra las mareas del Pacífico en la desembocadura del canal por aquel lado, costará mucho más de 12 millones de pesetas.

El gobierno de los Estados Unidos de Colombia ha concedido á la Sociedad constructora del canal por vía de estímulo, medio millon de hectáreas de terreno limítrofe al canal á eleccion de la misma Sociedad y á plazos, habiendo ya tomado posesion del primer plazo de 150,000 hectáreas por haber hecho una tercera parte del canal.

Ocioso es decir que todos los terrenos ribereños se poblarán rápidamente y los de la Compañía especialmente, adquiriendo por lo tanto un valor considerable. La afluencia de emigrantes es ya numerosa y no faltan tampoco aventureros que se anuncian como propietarios particulares y venden terrenos *imaginarios* á los emigrantes europeos hasta al precio de diez pesetas la hectárea.

Para no alargar demasiado esta reseña, diremos que la longitud de este canal será de 73 kilómetros y la travesía exigirá dia y medio.

Hé aquí, para concluir, las condiciones principales de los otros proyectos más notables:

1 *Canal de Tehuantepec.*—Longitud 240 kilómetros, de los cuales coinciden 40 con el rio Goatzacoalco. Mayor elevacion del terreno que ha de atravesar, 237 metros. Costo 840 millones de pesetas. Duracion de la travesía, 12 dias.

2 *Canal por el lago de Nicaragua.*—Longitud 292 kilómetros, de los cuales tocan 88 al citado lago. Altura máxima del terreno, 33 metros. Costo 770 millones de pesetas. Duracion de la travesía 4 dias y medio.

3 *Canal de San Blas.* —Longitud 53 kilómetros, de los cuales coinciden 13 con el rio Bayano. Este canal exige la perforacion de un túnel de 14 kilómetros presupuestado en 1,300 millones de pesetas sin las demás obras. Duracion de la travesía, un dia.

4 *Canal Atrato-Napipi.*—Longitud total 290 kilómetros, de los cuales tocan 240 al rio Atrato. Este canal, que atraviesa un terreno despoblado é inhospitalario, exige tantas esclusas y túneles, que no se ha podido calcular todavía su costo, que se supone excederia de 1,000 millones de pesetas. En la travesía se invertirian 3 dias.



TRAZADO DEL CANAL DE PANAMÁ

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 13 DE OCTUBRE DE 1884 — NÚM. 146

EL MAS FELIZ DE LOS TRES, cuadro por L. Deschamps

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL MAS FELIZ DE LOS TRES, cuadro por L. Deschamps

Este cuadro, obra maestra de naturalidad, es un verdadero apólogo. Dados los elementos de un muchacho nacido y educado rústicamente, un perro de caza y un gato doméstico, puesto el primero en posesion de un plato de gazofia, que á los pretendientes huele á gloria, ¿cuál de los tres comensales es realmente más feliz?

En nuestra opinion, con perdon sea dicho del prójimo, el pachon lleva una ventaja positiva á sus rivales. Esta sentencia no está desprovista de *considerandos*.

El muchacho es rey segun su especie; su fisonomía no carece de inteligencia; pero el hombre sin el aditamento de la instruccion, es un diamante que no ha pasado por el lapidario, piedra ruin y fea que no puede sostener la competencia con un pedazo de vidrio procedente de un vaso roto.

El gato no pasa de ser un golosillo, un chicuelo mal criado, que no ve sino la hora de echarse de hocicos en el plato y cebarse á expensas de sus compañeros.

Unicamente el perro conserva su serenidad; y áun cuando es indudable que hasta sus narices ha llegado cierto olor aperitivo que le anuncia las delicias del próximo festin, no se desconcierta en lo más mínimo, ni se deja llevar del ímpetu de las pasiones materiales. El perro, es por lo tanto, el más feliz de los tres comensales, pues subordina sus impulsos al buen parecer y á la dignidad de su raza.

La obra de Deschamps no tiene pretensiones y sin embargo da á conocer el talento observador del artista y cierta manera especial de dar color, peculiar de los maestros que están seguros del efecto

PIERROT, cuadro por L. Comere

La figura de Pierrot es una de las más reproducidas, sobre todo por dibujantes y pintores franceses, como que es su paisano. A pesar de lo gastado del asunto, el Pierrot que hoy reproducimos ha tenido el privilegio de llamar la atencion pública en la última exposicion de París. Y, á la verdad, no sin motivo.

La casi totalidad de los artistas que han dado forma á ese tipo popular, lo han hecho de un Pierrot ajado, un jóven en la decadencia de la juventud, desaliñado, pobreton y llevando impresas en sus facciones las huellas de sus inveterados vicios.

Nuestro Pierrot, por el contrario, es un adolescente cándido, delicado, fino, simpático; su rico traje parece confeccionado por las manos de la más famosa modista; su ademan es como tímido, la expresion de su rostro es hasta afeminada.

Indudablemente no es este el Pierrot de la tradicion; mas nadie puede negar á su autor el buen deseo de ennoblecer á un personaje decaido. Y como en bellas artes, por regla general, todo lo que tiende á *embellecer* es tomado á buena cuenta al artista, la rehabilitacion de Pierrot, en este cuadro, explica satisfactoriamente la buena acogida que ha merecido en la exposicion.

EL CHALAN, dibujo por Ricardo Balaca

El chalan, ó sea el tratante en ganado caballar, mular y asnal, es un tipo en todos los países del mundo; pero indudablemente la perfeccion de este tipo se encuentra en España. El chalan español habla del caballo que pretende vender con el cariño con que habla una madre de una hija que se propone casar. Al oir cómo el chalan hace la biografía del noble bruto y de sus progenitores, cualquiera diria que se ocupa de un individuo de su familia y que su vanidad está empeñada en exhibir los rancios pergaminos de su ascendencia. Si hubiéramos de dar crédito al chalan andaluz, todos los rocines históricos quedarian muy por atrás del suyo, sin exceptuar al Babieca del Cid y al mismísimo caballo Pegaso.

El malogrado Balaca, que conocia perfectamente ese tipo y que *sentia* cuanto expresaba de costumbres españolas, reasumió en pocos personajes la escena de la venta del caballo, y lo hizo con el éxito que acompañaba todos sus intentos, sobre todo cuando se referian á costumbres patrias. En la venta de un caballo, lo de ménos es el caballo y hasta el comprador, y lo de más es el propietario de la bestia. Pues bien, en el dibujo que hoy publicamos de nuestro malogrado colaborador, véase cuán sin esfuerzo, cuán insensiblemente, se destaca la figura del chalan, hasta el punto de hacer accesorias las restantes de la composicion. Hé aquí lo recomendable de esta, aparte la sobriedad y la verdad, características en Ricardo Balaca.

QUEDE V. CON DIOS.... cuadro por G. Costa

Hay tomos de filosofía que pueden condensarse en un pensamiento que no ocupe una línea, y hay líneas que pueden dar lugar á tomos de filosofía.

Lo mismo ocurre en bellas artes: hay figuras, cabezas de estudio simplemente que constituyen por sí solas un poema de intencion y áun de sentimiento. Las cabezas de la *Cena* de Leonardo de Vinci y de los *Borrachos* de Velazquez, son ejemplos populares de lo que venimos diciendo.

Respetamos debidamente á los grandes maestros para no querer establecer comparacion alguna entre los apóstoles ó los bebedores de aquellos colosales artistas, y la figura que nos ocupa.

Pero es indudable que la dama de nuestro cuadro tiene impreso en su picaresco semblante un volúmen de intencion y que en su mirada, en su ademan, en su porte todo, hay el argumento completo para una lindísima comedia en un acto.

EL AMOR, LA MÚSICA Y EL VINO, cuadro por Schneider

El autor de este cuadro ha simbolizado en una figura tres afectos ó pasiones distintas, y áun cuando esa figura resulta bella y natural en su actitud, la idea aparece confusa, ó mejor dicho, el pensamiento fundamental no existe. Del hecho de que una mujer jóven y hermosa traiga colgada una cítara y se encuentre en actitud de brindar, no se deducirá que esa mujer simbolice el amor, la música y el vino.

La alegoría, otras veces lo hemos dicho, ofrece dificultades sumas: es un enigma que no se descifra si no está muy bien representado y no expresa de una manera gráfica la idea concreta del autor. Por esto no abundan los cuadros de este género que, por otra parte, aprisiona al arte dentro de un círculo en que no cabe el verdadero genio. Emplear un artista su talento en pintar alegorías, equivale á que un gran poeta se dedique á confeccionar charadas. Y al hablar de alegorías no queremos comprender en esta denominacion las grandes pinturas, especialmente murales, con que insignes maestros del arte, Rubens entre ellos, utilizaron la mitología, combinándola con personajes reales y efectivos, para consignar un hecho glorioso ó adular á algun príncipe, cortesano ó gran capitan. En estos casos, el arte ha producido obras admirables de ejecucion; pero, seamos francos, el enigma se ha quedado enigma.

Otro tanto podemos decir de nuestro cuadro: bonita figura; pero el amor, el vino y la música, no parecen.

LA MANO DE DIOS

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

Ahí teneis el IMPARCIAL, el café Imparcial, el magnífico café Imparcial, de la plazuela de Matute, café que tomó su nombre de EL IMPARCIAL, el popular periódico de que tenemos la honra de ser colaboradores y que es tambien vecino de la plazuela de Matute.

El periódico sigue y seguirá, Dios mediante.

Pero el café ha muerto.

Continúa su muestra, pero con la palidez miserable y espantosa de los cadáveres.

En los tableros de su puerta cerrada hay quebraduras y agujeros.

Bajo aquellos signos de ruina debia escribirse: —Aquí yacen el zapateado y el canto flamenco, la alegría del mundo, en una palabra.

En los tiempos de su esplendor, esto es, hace tres meses, porque el fallecimiento es reciente, alborotaba la vecindad desde las ocho de la noche hasta las dos de la mañana.

Aquello era un hervidero y además de esto un bazar.

Pero no un bazar de diamantes americanos y una multitud de efectos de industria, sino un bazar de diamantes vivientes, de pañuelo en la cabeza, de ojos chispeantes y de bocas procaces, dispuestas tanto para las candentes caricias del amor como para la palabra cáustica, mordiente y lanzada á todas las magnitudes y áun á todas las monstruosidades de la idea libre.

Bazar semejante á los de esclavos en tierras de musulmanes, con la diferencia de que allí las mujeres se venden en plena propiedad y dominio y en el Imparcial la esclavitud se convertia en alquiler, semejante al de los coches simones.

Allí no iba más que la gente del bronce ó aficionados del género: los de la misma especie que no tenian dinero para un café ó para la media copa de ron y marrasquino, ó de bala rasa, ó de peña, como mejor queramos, se estacionaban en un enorme grupo á la puerta, cortando el paso á los *transeuntes*. La Fulanita (que se nos permita callar su nombre), preciosa mujer del barrio de la *Triniá* de Málaga, zapateando de firme sobre el tablado con sus pequeños piés de hada al compás de la música, balanceando las provocadoras caderas y abrazando al público con el ademan de sus deliciosos brazos, recargados con relucientes pulseras, terciado el manton de Manila, coronando su graciosa cabeza el peinado á lo chulo, y con su característica peineta, haciendo ondular su traje de lanilla con faralares, era la sultana de aquel harem flamenco.

¡Qué lástima de niña morena y barbiana, quiero decir, qué lástima que haya desaparecido de aquel eden de la gente de gusto!

¡Qué dolor de café!

¡Así pasa la gloria del mundo!

Y sobre todo, ¡qué lástima de industrial que allí tenia un filon de plata pura y se lo han cortado por una cuestion de órden público!

Desdichas.

II

Era una noche del invierno pasado.

En uno de los más recónditos rincones del café, porque el establecimiento estaba lleno de ellos, á una media luz misteriosa habia sola, en un solo cabo, sentada á un pequeño velador redondo ocupado por un servicio de té, una mujer, ¡pero qué mujer! mejor dicho, una dama, que esta no podia ménos de revelarse, á pesar de su disfraz de chula.

Tenia abandonado, con un elegantísimo desaliño, sobre la cabeza cargada con un tesoro de cabellos rubios, un rico pañuelo de la India: bajo el flequillo de sus cabellos dorados, desordenados sobre la frente de nácar, se veia su semblante que á primera vista suspendia, subyugaba, paraba la sangre: los ojos, no muy grandes, pero bellísimos, negros, brillantes como carbunclos, de los que fluia una vida poderosa, un alma impresionable, propensa á todas las impresiones candentes, sobrepuesta á todo respeto, á todo temor, á toda conveniencia social, á todo miramiento, y al mismo tiempo altiva, avasalladora, llena de la conciencia de su poder, ya por la influencia de su hermosura, ya por lo negro de la sangre que hervia en su corazon: y á todo esto, gracia, buen trapío, seduccion, encanto, promesas de delicias inauditas, gloria viviente, martirio de todo el mundo y contento de uno solo.

Era una mujer hecha y derecha.

Cuarenta años por lo ménos.

Pero cuarenta años frescos, fragantes, con todos los incentivos de la voluptuosidad, con una juventud de que rebosaba una vida poderosa, con una gracia de formas, una morbidez y una finura, una dureza que se tocaba con la vista.

Garganta sensual, carnal, estatuaria, robusta, mórbida, que abrasaba la sangre.

En ella un hilo de gruesas perlas, del cual pendia una cruz de brillantes que venia á caer entre la saliente superior de los dos altos globos del seno, velado á medias entre una nube de riquísimos encajes.

En las orejas dos gruesos solitarios.

En los brazos pulseras macizas y otro solitario en cada una de ellas.

En las manos sortijas de gran precio.

Un riquísimo manton japonés y un amplio y magnífico traje de faya.

Y no era una de las reinas del pueblo.

No era una manola.

El título aristocrático se le salia por todos los poros del semblante, en todos los relámpagos de sus ojos negros

A la vuelta de la plazuela, en la calle de las Huertas, la esperaba un landó cerrado, al que estaba enganchado un tronco de magníficos caballos y cuyos criados llevaban libreas con pieles, y sombreros con anchos galones de oro.

El lacayo estaba á las puertas del café.

La hermosísima, la enloquecedora, parecia que aguardaba con impaciencia.

Los concurrentes asiduos del café habian reparado, como no podia ménos de ser, en ella.

—¿Quién es esa señorona?—decian.—¿A qué viene aquí?

Era un pedazo de un mundo brillante, y en aquel otro mundo flamenco no la conocia nadie.

En ninguna parte podia haber estado más oculta.

Para aquella aventura no habia necesitado más confidentes que sus criados.

Ya sabemos lo que son los cocheros y los lacayos.

Ellos conocen todas las historias secretas de sus señoras, y con mucha frecuencia ellos son personajes importantes de las tales historias y á veces la historia entera.

III

La buena moza estaba inquieta.

A pesar de lo llamativa que era por *realísima hembra* y por rica, en la que se podia encontrar *querer mareante* y *guita* larga, ninguno de los caballeros del café se habia atrevido á abordarla.

Y habia muchos de ellos que se atrevian á todo y que tenian la sangre frita por aquella señora que se habia caido como de una nube en el café.

Pero miraba y resollaba con un tal poder la individua que se hacia respetar.

Consultó ella su reloj.

Un precioso reloj.

Eran más de las doce y media.

Se marcó más la cólera comprimida que aquella espera causaba en la dama.

Al fin su semblante dulcificó la rigidez de su voluntariosa impaciencia, y un relámpago de pasion, un relámpago divino inflamó sus ojos.

Un hombre ya de edad, pero fuerte y robusto, vestido sencillamente, pero con una gran distincion, adelantaba con trabajo entre las apretadas mesas del café, en torno de cada una de las cuales habia un anillo humano, en que descollaban las graciosas y audaces cabezas de las chulas, y las gorrillas y los hongos de sus compañeros naturales.

Aquel señor era viejo, pero se notaba en él la expresion vigorosa de la juventud del alma, de esa juventud que no se marchita jamás ni deja nunca de ser vigorosa, y en la que á pesar de los deterioros de la piel, y de las arrugas y de las bolsas, encuentran muchas mujeres algo que las fascina y que las apasiona.

Cuando este señor estuvo á cierta distancia y hubiera podido juzgar del movimiento del semblante de la hermosa, la mirada de ésta, ántes candente, se apagó, y su expresion se hizo reservada.

Llegó, la saludó con una gran facilidad, como á una persona si no íntima, poco ménos; se sentó á su lado, y la miró con toda el alma en los ojos.

Un alma poderosa y firme.

Pero adoradora y sometida á la mujer que la conmovia.

Le asió una de las hermosas manos que ella tenia abandonada y que la mesa ocultaba.

Ella la retiró vivamente.

—No, nunca, jamás,—dijo.

—Yo agonizo, yo muero,— exclamó él;—tus ojos me enloquecen, tu garganta me incita, tu alma de demonio...

—¡Al pelo!—interrumpió ella:—la galantería no puede ser más escogida.

—Sólo un demonio puede causar tormentos insoportables y eternos.

—¡Cuando digo yo que eres la crema de la galantería! ¡Oh! ¡qué amor!

—Horrible, desesperado, capaz de todo.

—¿Y quién te dice que no te amo yo hasta el exterminio, viejo del diablo?

Y sonrió de una manera celestial, iluminando con su mirada en que ardia un volcan su magnífica hermosura.

Era en aquellos momentos un arcángel de fuego.

—Sí,—añadió ella:—te amo con frenesí, con locura: por lo mismo no quiero que tú ames nunca: tú no has amado jamás: yo veo tu amor por mí; pero tengo miedo que si satisfaces tu amor me abandones á una desesperacion horrible, á una humillacion que no podria soportar.

—Tú me haces pagar todas mis iniquidades pasadas con las mujeres.

—Cuando yo me persuada de que te ha llegado tu hora, de que has caido, caeré yo tambien, y entónces ¡qué gloria, hijo! ¡qué cuadro divino! pero dime: ¿me amarias tú si yo fuera tan vieja y tan fea y tan egoista como tú?

—¿Y por qué me amas tú á mí?

—No lo sé: yo estoy escandalizada de mí misma: no me gustas, si he de ser franca contigo, me repugnas, y sin embargo, estoy *chiflada* por tí, me pareces un Dios, y cuando te miro con los ojos del amor divino ¿no lo ves? se me agita el seno como si tuviera dentro un toro embistiendo: se me encandilan los ojos: digo, me parece á mí que los tengo encandilados, y me mareo. ¿Quién diablos ha echado junto á mí á este hombre?

Y le dió levemente con el abanico y como por casualidad en la cara.

Él se estremeció con la fuerza de uno de esos terremotos que preceden á la erupcion de un volcan.

—¡Oh, si eso que te sucede ahora fuera para siempre, ¡qué felicidad! pero tú no eres más que un lobo carnívoro, Andrés, y yo no quiero ser una víctima más añadida á tus iniquidades.

—¡Eres formidable! tú quieres que yo te mire y me enloqueces.

—Vivir es ser, y ser es serlo todo: comprendo que vivimos para nosotros mismos y que debemos destruir todos los obstáculos que encontremos á nuestro paso.

—Dime haz, y hago,—exclamó en un arranque de pasion terrible Andrés.

—No te entusiasmes, estamos llamando la atencion: pide algo; y sobre todo serénate: tenemos que hablar á sangre fria, como se tratan los negocios serios.

IV

Andrés pidió una botella de cerveza.

Llamaban en efecto la atencion de los que estaban en las mesas inmediatas, que alargaban el oido.

Aquellas dos personas en el café Imparcial eran una excentricidad enorme, á pesar de que ella se habia vestido á lo chulo y de que habia allí más de un señor del mismo empaque que Andrés.

Misterios de Madrid.

—Me has prometido,—dijo Margarita, que así se llamaba la diosa,—que me harias conocer aquí á la niña.

—Y lo cumplo en el momento: la niña es aquella morenita que está junto al tablado y que mira embobada á la chula que zapatea.

—¡Ah!—exclamó Margarita poniéndose pálida:—un amor, una vírgen.

—¡Y qué! ¿no eres otra vírgen tú?—dijo con acento opaco y apasionado Andrés.

—Yo he visto siempre el amor desde su verdadero punto de vista: un sueño que cuesta muy caro, del que se despierta mortalmente heridos del corazon.

Andrés se puso pálido y una expresion de celos crueles pasó por sus ojos que se revolvieron como los de un moribundo en una agonía dolorosa.

—Y ¿cómo sabes tú que el amor hiere?

—Lo he estudiado,—dijo ella con altivez.

—¿En qué libros?

—En el gran libro del mundo, de la naturaleza, de la vida, y por eso no he amado, por eso he desesperado á los que me han pedido amor y á los que no he podido amar porque eran pedazos del vulgo, séres asquerosos.

—¿Y á mí me amas?

—Cabalmente porque no eres vulgo y porque hay en tí un misterio que yo siento no poder desvanecerlo, que obliga al amor y al amor del alma.

—La fuerza de voluntad, que triunfa de todo.

Puede ser; pero la fuerza de voluntad no es comun: esa cualidad se encuentra raramente en todo su esplendor: por eso te amo yo, porque eres una cosa rara: ¿qué importan tus años, ni que ellos hayan quemado y arrugado tu piel? tú eres la vida y una vida de fuego: la vida que yo amo.

—Si tú eres tambien un prodigio de fuerza de voluntad y otro prodigio de hermosura.

—¡Y ardo, me devoro, te quiero, y te quiero con delirio, con trasporte! me languidezco por tí, y tú me has hecho con tu amor más jóven y más poderosa: no puedo sufrir la vida; es demasiada vida la mia para una mujer, seria necesario ser una diosa.

—¿Y no lo eres tú?

—Me embriago cuando te oigo y agonizo cuando te recuerdo; yo creo que somos un alma en dos cuerpos.

—¿Y has podido dudarlo?

—Necesito una prueba: quiero que hagas lo que yo quiero.

—Y ¿qué quieres?

—Que destruyas lo que nos estorba.

—No hay obstáculo que yo no atropelle por tenerte.

—¡Silencio! dime quién es aquella vieja que acompaña á la niña.

—Una antigua querida de tu tio.

—¿Y á esa bruja infame ha entregado mi tio su hija?

Esa bruja ha sido una de las mujeres más hermosas de Madrid; pero tú la conoces; ¿no has visto tú, no has admirado tú aquel retrato esmaltado en miniatura que tiene la petaca que usa continuamente el señor duque?

—¡Ella! ¡Imposible!

Ella es, Angelita; pregunta á los calaveras viejos de Madrid quién era la Angelita hace treinta años, cuando ella tenia ya cuarenta. Pero estas grandes hermosuras, que son tan elegantes y tan distinguidas y tan atractivas en la juventud, cuando decaen, cuando envejecen, se convierten en brujas horribles.

—Me espantas: yo no quisiera ser nunca como aquella.

—Tú no lo serás: tu hermosura es de otra índole, es el resultado de una admirable, de una portentosa armonía de la forma, enriquecida con todos los lujos vírgenes y poderosos de la naturaleza, animada con un espíritu de arcángel, aunque este arcángel sea de tinieblas y viva entre un fuego horrible que arde sin herir.

—Siempre tu incomprensible galantería.

—Siempre mi ruda franqueza.

—Nos distraemos, se pasa el tiempo, ya he visto á mi prima, y te aseguro que me he enamorado de ella; pero vámonos, estoy incómoda; esta gente que nos rodea no me es simpática.

—La falta de costumbre.

—Puede ser.

—Aquí no hay hipocresía ni remordimientos; esta es la sola diferencia que existe entre este mundo y el mundo en que tú vives.

—Puede ser. Pero llama y paga.

Llamó él y pagó.

Los dos se levantaron y salieron por entre las apiñadas mesas causando murmullos no muy discretos, y palabras y modismos que ningun diccionario contiene á pesar de que están en las costumbres y que por consecuencia hacen ley.

Ella se agarró á él.

—Me siento morir cuando te ases á mi brazo,—dijo Andrés:—yo no he sentido nunca una tal morbidez ni una tal frescura.

—Pues á ganarlo.

—Lo ganaré.

Se acercaban al landó que esperaba.

—Véte,—le dijo;—cuando llegue á casa bajaré al postigo.

—Hasta luégo, Margarita de mi alma.

—Hasta luégo, señor don Andrés.

(Continuará)

EL DIPUTADO DEL GANGES

(FANTASIA ELECTORAL)

Despues de haber discutido Dioscoro largamente sobre si los diputados representan al país entero ó sólo al distrito que los ha elegido, se le ocurrió esta pregunta: «¿por qué no ha de haber un diputado por cada clase, por cada pasion, por cada monomanía y por cada dolencia nacional?» Como estaba ya acostado no es extraño que Dioscoro se quedase dormido, y en sus sueños alborotados y calenturientos vió pasar un diputado que representaba á los músicos y otro que.... Pero describamos lo que vió Dioscoro desde su lecho.

Poco despues de que el sol saliera, las necesidades del trabajo habian ido despertando á cuantos arrieros, mozos de mulas, mayorales y trajinantes tienen sus temporales hogares bajo las acampanadas cocinas de los mesones de una ilustre via madrileña. En las esquinas se establecian los habituales puestos de leche y buñuelos, y sobre las tablas de aquellos las semiadormecidas manos de un químico de majada preparaba el bebedizo con que alimenta la primer hambre del dia el heróico vecindario; mientras en los untuosos mostradores de zinc el buñolero apilaba la crujiente, rubia y oleosa fritanea. En las tiendas de comestibles los mancebos barrian, colgaban de la muestra paquetes de velas de sebo, pescadillas asoleadas y mojadas de cien lluvias. En las tabernas empezaban á moverse aquellos vasos de tallado vidrio en que toma el aguardiente la gente jornalera. Algun balcon se abria y á su hueco se asomaba un madrugador que acababa de abandonar las muelles plumas, ó un trasnochador que entonces iba á buscarlas. Volvia á sus sotabancos tal cual cajista de matutino periódico con la retina llena de letras de imprenta y los dedos tiznados. Tornaba á su casa algun trasnochador, afanado aún con las ansiedades del juego en que habia consumido la noche y en los párpados barnizados de cierto brillo aceitoso se adivinaba la torpe vigilia llena de emociones. Unos á descansar, otros á trabajar, unos á padecer, á gozar otros, el movimiento humano empezaba, el mundo cambiaba de postura.

Cheminique, el obeso astorgueño, salió á la puerta de su acreditado establecimiento. Dió unos cuantos pasos por la acera, y bostezó, se puso la mano izquierda sobre la boca en desmañada accion y su mano derecha, siguiendo la oscilacion general del cuerpo, hizo subir y bajar dos veces una tabla pintada de azul y blanco que despues colgó de un clavo.

Aquella tabla tenia cierta interesante inscripcion, que decia de esta manera: «Coche diario á San Martin de Valdeiglesias.» Despues Cheminique se fué al trono de su mostrador, donde dirigia con sabedores artes las tres distintas series en que se dividia su comercio, el de carnes, el de pescados y el llamado por antonomasia de ultramarinos. Cheminique era el rey de la merluza, el príncipe de la ternera, el gran duque de los fideos: obedecian sus órdenes cuatro dependientes y los estómagos de la Cava baja le prestaban sumision y vasallaje. Una seccion del establecimiento de ultramarinos era la taberna que iniciada en mezquino lebrillo adornado de copas en una esquina del mostrador, habia ido apoderándose del local, y subiéndose á la cabeza de la tienda como por virtud de la fuerza distensiva de los alcohólicos La pescadería habia retrocedido, perdiendo terreno, y las merluzas miraban con sus ojos cuajados que parecian perlas de cera, aquella invasion, tristes y resignadas. El maragato que guiaba aquella flotilla de cubetes de escabeche, habia resignado su cetro en el tabernero. Mesas redondas, pintadas de encarnado, llenaban la sala, y sobre sus tablas andaban aún los fragmentos de vidrio de la embriaguez y los naipes aovados y grasientos del mus y el tute. Cheminique pasó de la condicion humana á la divina el dia que apareció á los ojos del mundo hecho un empresario de coches-correo. El fué el próvido patricio que dotó de diario carruaje á la pintoresca pero oscura ciudad de San Martin de Valdeiglesias. En el estrecho cerebro del maragato se barajaban ideas de lucro y de grandeza, los escabeches y los asientos de la berlina, el pienso de sus famélicas y quintañonas bestias con la última adulteracion sugerida por su instinto de químico para llenar sus bodegas de buen vino, haciendo emparentar al pozo con la cepa. Aunque es grande y por grande proverbial el amor que el maragato tiene á su traje orientalesco, Cheminique le abandonó para adoptar un pergenio entre el de majo rico y de burgués modesto. Llevaba zamarra de astracan, con un floron de paño azul en la espalda, que recordaba los sobrepuestos heráldicos de un escudo. Las mangas defendidas por fundas de tartan á rayas, y de sus ajustados puños salian las dos manos más gruesas, amorcilladas y fornidas que pudo dar de sí la ciudad del Papa-moscas. El cuello era corto, y la cabeza chata, sin espacio bastante para alojar cómodamente las nobles facultades; por lo que sin duda, la inteligencia se estaba en una pieza abuhardillada, y la sensibilidad tenia su oficina central en la trastienda de un cerebelo prominente con una escalera de mano para bajar al corazon en ocasiones apuradas en que habia mucho despacho de fuertes emociones.

El primer rayo de sol doró el cimborrio de San Andrés y por la puerta cerrada se vió avanzar la diligencia de Cheminique, que era mejor un ómnibus viejo y desnivelado. De los dos jacos de lanza, el uno era cojo, el otro tuerto: llevaban calado el freno, apoyándose en él como el cojo en su muleta: bien es verdad que la debilidad del tronco la remediaba el juego delantero, que lo componian dos caballos de alta talla y desmedradas ancas, tan grandes, tan flacas y tan sin belleza como exentas de vigor. Preciso era la voz del Manchao, su látigo que llegaba á todas las mataduras de la recua en inagotable dicterio de vocablos picantes, punzantes y contundentes, para que los cuatro jamelgos llevasen á cabo la accion heróica de tirar del movible armatoste, y entónces las ballestas crujian, los cristales de las ventanillas vibraban y la enorme máquina partia botando sobre el empedrado. Por aquellos dias (esto ocurrió en setiembre del año 67 en que yo estudiaba latin) habia cola á la puerta de casa de Cheminique para tomar asientos en el coche de San Martin de Valdeiglesias. ¿Qué suceso iba á realizarse en la villa? ¿Coronacion de emperador, eleccion de rey ó corrida de toros? Nuestros informes nos permiten asegurar que esto último. Sí, amigos mios, sí: San Martin en vez de partir su capa con el pobre, se la daba íntegra á un torero, y con motivo de ser el aniversario de un pasmoso alumbramiento místico recibió en sus malísimas posadas, caterva ilustre en babilónica cifra.

—No hay ninguno; tengo el coche ocupado.

Así dijo Cheminique á un caballerete que delante del mostrador mascullaba un cigarro en cuyo promedio lucia corbata de papel.—No es posible: yo tengo que salir hoy



PIERROT, cuadro por L. Comere. Salon de Paris de 1884



EL CHALAN, dibujo por Ricardo Balaca

mismo para San Martin, añadió el caballerete, atusándose unos cuantos filachos de bigote, y acariciándose la punta de la corva nariz, parecida á la de Guignol.—¿Qué quiere V. que yo le haga...? exclamó Cheminique tomando un polvo (era su único vicio). El Ayuntamiento tiene tomado el coche por tres dias: ayer para llevar á los toreros, hoy para llevar á los músicos, mañana para llevar á los cantores de la iglesia.

El caballero de la nariz guignolesca hizo un gesto de profundo desconsuelo. Era este señor de alta estatura, tan flaco y sarmentoso que todo él era una pura silueta, es decir, perfiles, líneas que no encerraban ó no parecian encerrar cosa alguna de sustancia y peso. Iba vestido con gran desden de los usos corrientes y con bastante olvido de la limpieza. Cuando le dijeron que no habia billete en el coche, miró cara á cara á Cheminique y le soltó estas palabras:

—¿No sabe V. que mañana son las elecciones en San Martin? Pues sí señor, son las elecciones y yo me presento candidato... tengo la eleccion asegurada... yo soy médico, pero no asisto á enfermos, no despedazo mi ciencia en pequeñas parcelas para dar la comunion diaria á los que lo necesitan, sino que la entrego á la humanidad en grandes bloques, en enormes pedazos, lo cual traducido al lenguaje ordinario significa que soy inventor, descubridor de grandes verdades por las cuales muchas dolencias tenidas por incurables han encontrado alivio y salud los que las padecian... Pues bien, sepa V. que mi último descubrimiento ha sido el más importante de todos. Ya no habrá cólera. Quiero decir que el cólera será una enfermedad insignificante. Los que niegan lo maravilloso porque les molesta comulgar con ruedas de molino, no podrán negar cuando yo se lo explique, que en el estudio constante de las leyes de la naturaleza puede hallarse como yo he hallado algo que detenga esas mismas leyes, así como rompiendo el piñon de un engranaje se detiene la marcha de las ruedas que le obedece. Sí señor, déjeme V. ocupar un asiento de ese coche, que yo pueda llegar mañana al pueblo donde la eleccion va á efectuarse y mi triunfo es seguro... ¿Sabe V. quiénes van á votarme?.. pues los muertos. No dirigiré mi manifiesto á los vivos, sino que me iré al cementerio, y á los miles de ciudadanos que en ocasiones distintas han fallecido allí por la ignorancia de los hombres les diré: «Salid de vuestras tumbas.. os ha dejado morir la falsa ciencia; la ciencia verdadera os dará la vida. Yo necesito una tribuna desde la cual pueda exponer mis teorías: esa tribuna me la facilita el acta de diputado...

El maragato no entendió la mitad del absurdo razonamiento de aquel hombre, pero sí el mudo lenguaje de tres relucientes duros que desde los flacos dedos del doctor orate pasaron á su gruesa mano y en virtud de ello permitió á este subir al coche que poco despues se puso en movimiento.

. . . .

Estos puntos indican una serie de ideas incoherentes, vagas, inexplicables que pasaron por el cerebro de Dioscoro.

Seguia este dormido y entre los últimos resplandores de aquel ensueño vió al doctor de San Martin entrar en el Congreso llevando un acta en la mano donde decia: «Vengo en representacion del cólera.»

J. ORTEGA MUNILLA



QUEDE V. CON DIOS.... cuadro por G. Costa

VÍRGEN Y MÁRTIR

(Conclusion)

—No es posible; se halla ultimando los preparativos de marcha; dentro de una hora sale con el regimiento con direccion á Bilbao.

—Tanto más para que yo le vea; es muy urgente lo que tengo que decirle.

—Pero...

—No hay pero que valga. Anuncie V. al señorito D. Felipe de Velasco.

—¿Ha vuelto del otro mundo?

—Acaso.

—Espere V. un instante.

—No tarde.

. . . .

—Pase V. por aquí; tenga cuidado con estos escalones, hay tres... ¿Señorito?

—Adelante.

—Buenos dias.

—¡Hola, Ruperto! ¿Qué hay de nuevo? ¿Es verdad que ha resucitado tu amo?

—¡Ay, ojalá que así fuese!

—Dichoso el que descansa; no tardaré en acompañarle. Esta guerra civil va á concluir con todos; no van á quedar ni los rabos; las mujeres habrán de formar gobierno; ¡será una nueva isla de San Balandran! Pero ¿qué haces de pié? Siéntate donde quieras, ó donde puedas; como ves todo anda revuelto en España... ¡Hasta mi vestuario!

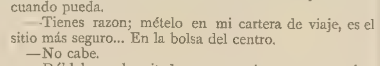
—¡Qué tiempos, Dios mio, qué tiempos! ¡Bien hace el señorito Luis en tomar los hábitos!...

—¡Calla y no digas tonterías! ¿Qué diablos traes en la mano?

—Un pliego que me dejó el señorito Felipe con encargo de entregárselo á V. en caso de que él falleciera.

—¡A buena hora te descuelgas con papeles! No tengo tiempo de leer.

—Con tal de que no se le extravie á V. ya lo leerá cuando pueda.



—Tienes razon; mételo en mi cartera de viaje, es el sitio más seguro... En la bolsa del centro.

—No cabe.

—Dóblalo por la mitad... eso es... cierra, pero no eches la llave.

—¿Qué más se te ocurre?

—Que lleve V. buen viaje.

—Gracias.

—Y que sea más afortunado que mi pobre señorito.

—Mil gracias, Ruperto, mil gracias.

—¡Diablo! En el instante mismo en que me dispongo á partir para la guerra viene esta carta... ¿será un aviso? No soy supersticioso, pero hay casualidades bien extrañas... No, yo no salgo de aquí sin leerla. ¿Qué tendrá que decirme Felipe despues de muerto? ¿Querrá darme alguna broma pesada! ¡Será tal vez una calaverada póstuma! ¡una locura de ultratumba!... Veamos.

Mariano rompió el sobre y entre algunos papeles de oficio halló una carta.

«Mi querido Mariano:

—¡Pues esta no viene en verso como la carta de don Juan!

»Mi querido Mariano; tú y yo somos dos grandes bribones.

—¡Buen principio!

»Dos locos, dos ciegos adoradores de las sotas de la baraja y de los gabinetes perfumados.

»Hemos querido con demasía á las mujeres del prójimo y aborrecido á la mujer propia que nunca tuvimos y, ¡ay! que no tendremos jamás (perdóname esta primera debilidad que á manera de introduccion apunto).

»Nuestras deudas increibles nos han hecho acreedores á todo lo malo, porque nuestros acreedores nada bueno nos deben; nuestro debe y haber están llenos de trampas y de promesas solamente.

»¿Y los duelos estúpidos de que fuímos protagonistas?

»Los maridos engañados y los usureros pródigos (valga la paradoja) han perdido sus mujeres y su dinero, y, despues de robarles, les hemos agujereado la piel.

»Y, sin embargo de todo esto, tú y yo tenemos buen corazon y sentimientos generosos.

»No se lo digas á nadie porque se reirian de nosotros; los hombres honrados no hacen fortuna.

»Tal ha sido nuestra vida; el escándalo, la desvergüenza y la corrupcion por fuera; por dentro.... ¡ah! por dentro.... (creo que soy algo poeta) por dentro la caballerosidad, el honor, lo sublime, lo divino.... ¡qué lástima que no nos hayan vuelto, como á un guante, lo de dentro á fuera!

»Lo cierto es que yo no estoy satisfecho de mí mismo.... ni tú tampoco.

»Me voy á la guerra por romanticismo; los españoles somos gente aventurera; no obstante, si fuera egoista me hubiera quedado en Madrid.

»Sólo unos perdidos como nosotros dos son capaces de jugarse la vida por una idea y por unos hombres que ni á tí ni á mí nos importan un comino.

»Como en la guerra, por soñador que uno sea, la muerte es un acontecimiento muy natural y frecuente, te declaro que al emprender la campaña siento la conciencia intranquila; sí, tengo remordimientos.

»Me sucede en la presente ocasion lo que al honrado y pundonoroso comerciante que, al terminar el año y hacer el balance general ó arqueo (que en tales cosas no estoy muy fuerte), ve que debe más de lo que posee y que ha gastado el triple de los ingresos.

»Detrás de mí dejo una mujer engañada, una jóven seducida que se halla en meses mayores.

»Me dirás que no es la primera ni tampoco la vigésima.... ¡valiente noticia!... *pero* esta es una mujer honrada, una muchacha sencilla, una niña inocente y buena; estoy convencido, firmemente convencido de ello.

»Me creyó, me amó y yo la recompensé como un canalla.

»Es inútil describirte esta historia que en un principio fué idilio, luégo égloga, hoy drama y que quizás dentro de poco venga á parar en tragedia.

»Se trata de una jóven humilde, hija de artesanos; el hecho es bastante ridículo, ¿no es cierto? ¡Si lo supieran en el casino!

»No, no te rias de mí, calavera empedernido; todos llevamos nuestra máscara sobre las narices, lo mismo los buenos que los malos; máscara que conservamos hasta las puertas de la muerte, ante las cuales la arrojamos con horror léjos de nosotros como inútil y enojoso artefacto, porque en la muerte todos nos sumergimos desnudos... lo mismo que nacemos.

»¿Es el presentimiento de una muerte próxima lo que me vuelve filósofo? Creo que sí y me enorgullezco de sentimientos que por vez primera se despiertan y salen libremente de mi alma.

»Me preocupan esa muchacha y ese niño cuya entrada en el mundo me temo que va á coincidir con mi salida.

»Por si esto sucediera dejo una carta para mi hermano suplicándole que se encargue de la madre y del chico; pero no sé por qué no me inspira Luis gran confianza.

»El cura es egoista; en fuerza de considerar á todos sus fieles como hijos concluye por no amar á ninguno.

»Además, mi vida le tiene escandalizado y me temo que mi última voluntad vaya á tomar la como un excéntrico capricho de un libertino *in extremis*, es decir, á beneficio de inventario.

»Tampoco le juzgo capaz de comprender este impulso extraordinario que siento despues de tantas iniquidades é infamias cometidas á sangre fria, y por si sucediera lo que sospecho, quiero que estés tú á la mira, que peses en el ánimo de Luis si vacila en complacerme y le reemplaces en caso de que se niegue.

»Deseo que esos dos séres sean felices y dichosos; ¿no me deben una desgracia? pues que me deban tambien su fortuna; Mariano, ¿me comprendes?

»Porque me comprendes, porque harás cuanto deseo áun cuando todo fuese una humorada mia, te escribo estas líneas y te confio mis esperanzas.

»Cuento contigo; ¿cómo no, si somos uno y otro igualmente desalmados, igualmente locos y astillas de un mismo palo?

»¡Ah! me he quitado un gran peso de encima.

»Ya estoy contento.

»¡Venga un abrazo y despidámonos para siempre, porque, si esta carta llega á tus manos, mis huesos se hallarán refinando azúcar ó en camino de una fábrica de botones.

»Adios y buena suerte, zorro mio; no te apresures en contestarme.

»Tuyo despues de muerto

Felipe de Velasco»

V

San Luis Gonzaga

Pasaron algunos meses.

El gobierno se disponia á dar el golpe decisivo á los carlistas y terminar en una sola batalla la guerra civil que durante cuatro mortales años venia aniquilando en el país la juventud, la industria, y toda clase de prosperidades.

El ejército del Norte se reforzó con nuevos regimientos y pertrechos de guerra.

La gente estaba animada y resuelta á todo.

¡Ah! ¡cómo halaga á la fantasía tantos peligros que arrostrar, tantos obstáculos que vencer!

Los bisoños se pavoneaban dentro de sus chaquetillas azules creyéndose un Cid el que ménos, en tanto que los veteranos paseaban con orgullo sus viejos uniformes hechos harapos y con cierto tufillo á pólvora que trascendia.

Se hablaba con entusiasmo; se bebia sin tasa y hasta se amaba la muerte.

Los hombres son así; ¿respiran sangre? son tigres; ¿huelen el incienso? son santos.

Por fin llegó la hora.

Seis divisiones, al mando de seis aguerridos generales, se abrieron en ala frente al enemigo.

El dia era hermoso; la naturaleza se reia filosóficamente de estos horrores humanos.

En la columna del centro y entre el Estado mayor general se encontraba Mariano, el amigo de Felipe.

No le habia sido posible ver á Luis, ni tampoco sabia cosa alguna de la madre y el hijo que le fueron encomendados.

El deber, y el contacto con la muerte acostumbran al ánimo á mirar con desprecio las cosas de aquí abajo.

Los primeros toques de corneta resonaron con marcial coquetería, cruzando los aires á la manera de amistosos saludos y despedidas y, á veces, semejando quejas y ayes de heridos y moribundos.

De pronto, del extremo del ala derecha avanzó un jinete á rienda suelta hácia el Estado mayor general que ocupaba el centro de operaciones.

Unióse al grupo y conversó largo rato con el jefe, quien le dijo al recien llegado ayudante:

—¿Piensa V. avanzar con nosotros?

—Me es lo mismo, dijo el interpelado tímidamente.

Mariano, que estaba de espaldas á él, volvió la cabeza vivamente afectado.

—¡Por Cristo que yo conozco esa voz!

—¡Mariano!

—¡Luis! ¿qué es esto? ¿tú entre nosotros y en ese traje?... ¿qué significa?

—Ven á este lado y hablaremos.

Ambos volvieron sus caballos y se separaron del grupo.

—¡No vuelvo de mi asombro! ¿Tú con tricornio y espada al cinto, cuando te hacia con casulla y un cirio pascual en cada mano?

—¡Dios lo tenia dispuesto de otro modo!

—¡Cuerpo de Dios, que todavía hay milagros en el mundo!



EL ARCO IRIS DE ULLOA

—¿Recibiste una carta de Felipe?—dijo Luis con voz entrecortada.

—Sí, ¿y tú?

—Tambien.

—Y ¿qué has hecho?

—Mi deber,—exclamó Luis sencillamente, al par que en su rostro imberbe se dibujó una sonrisa tan amarga como dolorosa.

—¿Tu deber? ¿no comprendo?...

Las cornetas comenzaron á tocar la órden de avance.

—Es verdad; no sabes nada; no hay instante que perder, te lo diré en dos palabras... Recibí la carta de Felipe la víspera de tomar las sagradas órdenes... ; por fortuna llegó á tiempo! Me puse en camino inmediatamente; ví á la madre y al niño. Mi hermano se habia portado muy mal con ella, porque si bien la muchacha es de clase humilde, es honrada y buena; el niño es hermosísimo.... ¡cómo se parece á Felipe! No cabe duda que es hijo suyo; tiene la fisonomía y la expresion de los Velascos. Convencido de todas estas cosas é informado por un sacerdote...

Las lágrimas caian silenciosas de los ojos de Luis; Mariano estaba tambien conmovido. Miéntras tanto las columnas del ejército avanzaban lentamente hácia las trincheras enemigas.

—Acaba, dijo Mariano.

—Sí, escucha, escucha.

Las primeras descargas de fusilería les obligaron á hacer una pausa.

—Despues de una cruel y horrorosa lucha sostenida conmigo mismo; no queriendo faltar á mis votos, que si no habian sido pronunciados no por eso pesaban ménos en mi conciencia, deseando cumplir con creces la última voluntad de Felipe, devolver la honra á esa pobre muchacha, dar un nombre al niño y perpetuar en él nuestro ilustre apellido de familia....

Los primeros muertos embarazaban el camino; por todas partes se oia la voz de avance; un coronel se llegó á los dos ayudantes y les gritó con voz de trueno:

—Caballeros oficiales, adelante, es preciso dar buen ejemplo al soldado.

Luis miró á su alrededor y poniendo su caballo al trote dijo á Mariano:

—Entónces me casé con la mujer abandonada por mi hermano y reconocí al niño. Aquel mismo dia los abandoné y vine ayer á las órdenes del general X. como voluntario, decidido á morir sin faltar á mis juramentos ni á mis sagrados votos.

Dicho esto con voz clara y firme, Luis picó espuelas á su caballo y partió al galope, perdiéndose entre el humo de las descargas que se cruzaban de una y otra parte.

. . . .

Aquella misma noche, auxiliado por la luz de la luna, Mariano recorrió el campo de batalla, principalmente el lugar donde se separó de Luis.

Siguiendo la direccion que este último habia tomado, caminó largo tiempo reconociendo todos los cadáveres que hallaba á su paso.

Ya mediada la noche encontró el cuerpo del jóven militar acribillado á balazos.

El rostro de Luis parecia sonreir bondadosamente; tenia los ojos abiertos, la espada envainada en el cinto y los brazos en cruz.

Mariano se arrodilló, besó su frente, le cerró los ojos y, llorando como un niño, prorumpió por vez primera desde su infancia:

—*Padre nuestro que estás en los cielos....*

Félix Rey

EL ARCO IRIS BLANCO

Bien quisiera hallar palabra propia para designar el fenómeno meteorológico de que voy á tratar en este artículo; pero á falta de término de mayor expresion y que con más claridad dé idea del hecho, me permito llamarle *arco iris blanco*, áun cuando no parezca muy bien tal nombre.

Trátase al cabo de un efecto de luz, semejante á esa hermosa faja colorada que en la atmósfera producen los rayos solares despues de haber atravesado levísimos corpúsculos de vapor de agua; efecto resultante de la misma descomposicion de la luz, cuyos colores creyéranse superpuestos y coincidiendo, de suerte que originasen el color blanco de aquellas famosas aureolas descritas por nuestro insigne compatriota D. Antonio de Ulloa.

De cuantos fenómenos meteorológicos y atmosféricos conocemos, ninguno es tan interesante y hermoso como el causado por la dispersion luminosa. Más grandiosas y terribles son las manifestaciones eléctricas; los meteoros caloríficos de los vientos y las nubes, perfectamente estudiados al presente, ofrecen mayor variedad; pero nada tan misterioso y sutil como los meteoros luminosos, reducidos en último análisis á coloraciones por todo extremo admirables, brillantes aureolas y halos que se desvanecen en la atmósfera sin que puedan señalarse sus límites.

A la categoría de estos últimos pertenece el que va á ser objeto del presente trabajo, resúmen y compendio de muchas observaciones y larga serie de experimentos.

Permítaseme, ántes de entrar en materia, brevísima digresion acerca de la índole del trabajo de que voy á dar cuenta. Dos partes igualmente importantes y esenciales tiene el estudio de los meteoros luminosos y estas dos partes no son sino el principio y el término del método de las ciencias naturales, las dos caras de todo trabajo físico: una constituida por la sola observacion de sus hechos y de sus condiciones, y la otra puramente experimental y comprobatoria, consistente en la reproduccion del fenómeno, para mejor determinar sus condiciones y llegar más tarde á establecer su ley general. A este propósito, dice con grandísimo acierto el eminente profesor Tyndall: «El físico investigador no solamente aspira á observar los fenómenos naturales sino que desea además reproducirlos, haciéndolos entrar, por decirlo así, bajo el dominio de la experimentacion. Con observar aprendemos lo que la Naturaleza tiene á bien revelarnos; experimentando la colocamos en el banco de los testigos, la examinamos y sacamos de ella muchas más enseñanzas que las que habria querido ó podido darnos oportunamente.»

Este raro criterio, esta acertadísima doctrina, profesada por uno de los más hábiles é ingeniosos experimentadores de la época actual, va á servirme en la exposicion de los hechos referentes al *arco iris blanco*. ¿Qué es, y en qué consiste tal fenómeno? ¿Cómo se reproduce en los laboratorios? ¿Cuál es su causa? Tales son las cuestiones que voy á tratar.

Ni es nuevo el fenómeno del *arco iris blanco*, ni muy reciente su estudio; es, sí, novísima su produccion artificial, así como una serie de curiosas observaciones debidas al profesor Tyndall, que sirven de comprobante á las teorías de Young. Desde la cúspide del monte Pambamarco, en el Perú, vió, por primera vez, D. Antonio de Ulloa el *arco iris blanco*. Todos los libros de meteorología reproducen el curioso fenómeno. Entre la espesa niebla dibujase la imágen del observador rodeado de una suerte de aureola blanca, perfectamente circular, con zonas coloreadas por débiles tintas irisadas.

Poco despues de esta primera observacion y comisionados por el rey de España, emprendieron un viaje á la América del Sur, el mismo Ulloa y D. Jorge Juan y pudieron ver repetidas veces el mismo fenómeno, perfectamente descrito en la obra en que relataron su notable viaje. Unas veces aparecia aquel, como la primera vez, y cual si de la imágen de los observadores, pintada en la niebla, se proyectasen rayos de luz, que el vapor acuoso descomponia al punto, y otras el arco era de una blancura perfecta y de extraordinaria brillantez. Siempre aparecia el fenómeno semejante á una de esas figuras vaporosas, resplandecientes de luz y blancura ó como espléndida y magnífica manifestacion luminosa, que algunos creyeron de orígen sobrenatural y divino.

Si notable y magnífico es el meteoro descrito por Ulloa y Jorge Juan, no lo es ménos la serie de observaciones hechas por Tyndall durante el pasado invierno, que voy á referir sucintamente. Dos *arco iris blancos* hace notar, sobre todo, el eminente físico; el primero en la noche del 22 de setiembre y en la noche de Navidad el segundo. Para que el fenómeno tenga lugar se precisa cierto estado atmosférico, es necesario que haya mucha niebla y áun escarcha; en estas condiciones basta abrir una ventana, en medio de la noche, colocar detrás del individuo una luz cualquiera y mirar á la oscuridad exterior. Al punto vése un círculo luminoso blanco y desvanecido, dibujándose en la oscuridad, mucho más allá de los límites de la sombra. Tal sucedió á Tyndall el primero de los dias referidos, y cuenta el sabio que si adelantaba la cabeza en la sombra, caminaba delante la aureola, la cual produciase por la débil luz de una bujía ordinaria.

Tiene el *arco iris* ordinario, ó de colores, un carácter constante, que sirve para determinarlo; tal es el valor del ángulo que comprende el radio del círculo, al cual asignó Descartes, despues de muchas medidas, 41°. Tyndall, habiendo medido el correspondiente al fenómeno que observaba, halló que era su valor sensiblemente el mismo, de lo cual dedujo que era verdadero *arco iris blanco*.

Los fenómenos observados la noche y el dia de Navi-



EL AMOR, LA MÚSICA Y EL VINO, cuadro por Schneider

dad son todavía más notables y dignos de mencion. Por la noche la atmósfera estaba muy cargada de espesa niebla y caia finísima lluvia; en estas condiciones los círculos ó aureolas eran muy brillantes. La luz que los producia hallábase colocada entre dos puertas, y proyectándose en las sombras mucho más allá del espacio iluminado, parecia que su brillo procedia de la oscuridad y á ella lo debian aparentemente. Si el foco luminoso se colocaba en la niebla, desaparecia la aureola casi por completo; pues se la veia muy desvanecida confundirse con los vapores acuosos. Lo más admirable de tan hermoso espectáculo, los efectos de mayor belleza, debidos á los vapores atmosféricos, estaban reservados para la mañana siguiente. Amaneció un dia de niebla espesa que condensándose sobre los vestidos les daba el mismo aspecto que si estuvieran cubiertos de rocío: mucho tiempo hubo de luchar el sol para disipar tantas brumas, que no lo hicieron sin dejar su huella en globulillos procedentes de la union de pequeñísimos corpúsculos, cuyos globulillos veíanse tan sólo cuando la luz les heria bajo determinado ángulo. Movíanse extraordinariamente y parecian mejor que diminutas gotas de agua, vesículas semejantes á las que forman las nubes.

En seguida de esta observacion hace notar Tyndall que, volviendo la espalda al sol y bajándose lo bastante para colocarse en la zona de los globulillos, vió un *arco iris blanco* mate; pero suficientemente claro y muy notable, presentando algunas veces tintas rojizas en sus límites.

Sucedia esto en el camino nuevo de Hind Head á Portsmouth: andando el *arco iris blanco* seguia á Tyndall y llegó un momento verdaderamente sublime para el gran experimentador. Brillaba el sol en todo su esplendor, no empañaba la claridad del cielo la más ligera nube; desde una colina vióse completo y como nunca brillante el *arco iris blanco*, colocado delante de unos brezos. Esta vez, como las anteriores, tambien marchaba delante de los viajeros y si por acaso llegaba á tocar en puntos de los valles donde era mayor la cantidad de vesículas, los extremos del arco emitian luz mucho más viva que el resto. Muchas veces quebróse el arco; pero se unió al punto y su belleza, si no superó, igualaba siempre á la del arco iris ordinario, áun cuando el blanco cause cierta sorpresa por no ser tan frecuente ni comun.

Con estos datos se comprende al momento cuáles son el orígen y la causa del *arco iris blanco* y cuáles han de ser, en principio, los medios de reproducirlo en los laboratorios. En punto á esto último, nada dejan que desear los trabajos del mismo Tyndall. Conocidos son en todas partes sus clásicos experimentos acerca del calor radiante y del color del cielo; nadie como él ha manejado la luz para observar sus efectos sobre vapores de diversas sustancias mezcladas con el aire, ni nadie tampoco ha dado á sus investigaciones aquel vigor científico y aquel carácter tan singular, que denotan al verdadero sabio. El procedimiento para reproducir el *arco iris blanco* no es sino una nueva variante de sus métodos para determinar los efectos de precipitacion debidos á la luz. En los primeros ensayos empleó Tyndall vapor de agua á la presion de veinte libras; la caldera donde se producia, tenia una válvula en la parte alta por la cual salia el vapor arrastrando consigo algunas gotas de agua; condensábase en parte al mezclarse con el aire y ya tenemos producida la atmósfera adecuada á la produccion del fenómeno. Con efecto, colocando una luz con las condiciones anteriormente dichas, producíase el *arco iris blanco* brillante y hermoso como en la noche de Navidad que Tyndall lo observara.

Despues del experimento inicial se multiplicaron los medios de obtener el efecto deseado, siempre con nuevos y más interesantes caracteres, teniendo siempre presente que su fundamento estriba en mezclar con el aire atmosférico un líquido cualquiera reducido á ese estado particular que el caso requiere. Citaré una sola de estas variantes. Colocó Tyndall sobre el tejado de la Sociedad Real de Lóndres un depósito de agua filtrada, desde cuyo fondo bajaba un tubo terminado por una reja de regadera cuyos agujeros eran extremadamente pequeños. Salia el agua como fina lluvia, que á poca distancia de la salida, formaba á modo de nubes constituidas por gotas pequeñísimas: en este caso, los círculos coloreados eran brillantes sobre toda ponderacion y de pureza sin igual. No hay para qué hablar de otros procedimientos ni de los pulverizadores para dividir un delgado filete de agua que choca á gran presion con un disco metálico, ni de los efectos obtenidos con varios y diversos líquidos; pues sabido es que habiendo dado en manos de tan hábil profesor no quedó detalle sin estudiar. Para el objeto de este artículo creo suficiente haber indicado los fundamentos del método experimental.

Respecto del último punto ó sea de las causas del *arco iris blanco*, poco hay que decir; pues Young ha dejado la cuestion perfectamente esclarecida. Sábese cómo la luz blanca se descompone con sus colores elementales, los cuales á su vez superpuestos producen luz blanca; nadie ignora que el arco iris procede de la descomposicion de la luz al atravesar, en condiciones determinadas, las gotas de agua que se forman en la atmósfera cuando amenaza lluvia y es tambien fenómeno muy frecuente ver dos ó más arco-iris, unos debajo de otros. Pues bien, en estos hechos, que son ya del dominio vulgar, se apoya la explicacion de Young, segun el cual el *arco iris blanco* es consecuencia de la excesiva pequeñez de las gotas de agua que lo producen. Cuando observamos dos ó tres arco-iris hay uno *principal* más claro y con colores más puros y definidos y otros ménos brillantes nombrados *supernumerarios;* pues bien, en el caso especial del fenómeno de Ulloa, formado precisamente en la zona del arco principal, los supernumerarios se aciman unos sobre otros y mezclándose producen el blanco.

Esta opinion se apoya con el hecho de que cuanto más pequeñas son las gotas de agua, tanto mayor es la zona de los arcos supernumerarios y el mismo Young ha demostrado por cálculos admirables que si las gotas tienen un diámetro de $\frac{1}{3,000}$ ó $\frac{1}{4,000}$ de pulgada, los arcos se superponen produciéndose la mezcla de color blanco. Si hubiera un solo *arco iris blanco*, la pequeñez de las gotas explica su formacion.

Tal es, en breve resúmen, el estado actual del conocimiento de uno de los fenómenos atmosféricos más notables, resultado al cabo, como todos los demás, de esta energía única, que aparece bajo mil formas revistiendo caracteres variadísimos, siempre armónicos, ya que todos se enlazan tan estrechamente que no puede decirse ni cuál es el primero ni cuál ha de ser el último.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO

IMP. DE MONTANER Y SIMON.



AÑO III — BARCELONA 20 DE OCTUBRE DE 1884 — NÚM. 147

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS PINTORES

DON JUAN LUNA Y NOVICIO, AUTOR DEL SPOLIARIUM

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Paseemos.—El Retiro y la Casa de Campo.—Reyes cazadores.—Lo que se ve entre los chaparros —El derecho divino y los *blancos de España*. —Silueta de un cazador ilustre —Acontecimientos teatrales.—*Lo positivo* y Tamayo. —Ana Judic.—La *blague* parisien.

En estos dias hermosos del otoño, es cuando resulta más agradable el paseo. Lástima que Madrid no tenga más que dos sitios por que pasear: el Retiro y la Casa de Campo. El primero es un jardin á la francesa; la segunda es un monte de caza. Los dos han nacido de la munificencia real, y en el Retiro se observa la influencia de la dinastía borbónica que trajo de Versalles el gusto por los grandes jardines, por los pequeños palacios de mármol rosa perdidos entre la sombra de los árboles, por las cascaditas y los lagos minúsculos donde juegan rebaños de patos y se balancea un ligero y blanquísimo esquife. La Casa de Campo, por el contrario, representa el carácter castizo de las fincas campestres en que nuestros antepasados se regocijaban; grandes alamedas y olmedas sombrosas por donde pasear y perderse con un libro en la mano ó gentilmente acompañado por una dama; enormes fuentes de piedra que echan el sonoroso caudal del agua por once caños de bronce, y el campo abandonado á sí mismo con la agreste vegetacion de la chaparra y la aliaga, lleno de los perfumes incomparables del tomillo y el romero; aquí, un grupo de conejos que departen amistosamente en la puerta de sus casas subterráneas; más allá un bando de perdices que os salen á tiro de escopeta, describiendo un triángulo de plumas en el horizonte.

* * *

No hay que considerar con desprecio esta apariencia de las cosas materiales, ni creo yo que están en lo cierto aquellos que atentos únicamente á analizar la entraña, la injundia y la materia interna, prescinden de las apariencias, de la superficie y de la frivolidad. No hay nada más erróneo que este injusto desden que significa el olvido de las formas y de las exterioridades. Para el historiador hay en el Retiro y en la Casa de Campo motivos de observacion cuidadosa y atenta, porque ambas fincas representan cada una, una época. La primera era el paseo de nuestros Reyes. Así como el gran arquitecto de jardines Le Notre hizo de Versalles y Maintenon obras maestras de arboricultura y floricultura, aquí se quiso hacer en Aranjuez y en la misma corte, algo que pudiese competir con aquellos nidos que se habian construido los Reyes de Francia en las márgenes del Sena. La naturaleza era aquí ménos pródiga porque el agua faltaba, pero se apeló á ingeniosas combinaciones de tubería, á un sistema de irrigacion árabe, y de las entrañas de la seca tierra surgió abundante caño que nutrió las secas venas de los árboles y las acenizadas raíces de las plantas. El árbol prosperó, la savia trepó por todo su organismo, verdegueó en las hojas que se agitaban á impulsos del viento y sirvió de lugar de reposo y de placer á los pájaros y de sombra y seguro dichoso á los amantes. Un rey hizo una calle, otro otra, y de aquí vino á parar lo que empezó por ser jardin en convertirse en un bosque civilizado. Los bosques sometidos á las tijeras de los jardineros que los pulian y los recortaban haciendo dibujar al vegetal formas caprichosas, trazando con bojes y cipreses toda suerte de escudos y cifras alusivas á los emblemas de la Casa reinante, caprichosas combinaciones de animales heráldicos. El jardin estudiado de esta manera, vino á ser una ampliacion del salon, del salon sin techo, pero en que todo lo demás estaba estudiado para que no hubiese ni una arista de yerba que se separase de la línea recta trazada por el arquitecto, ni un pedrusco que entorpeciese la marcha. Fina y rubia arena cubria el piso; blancos asientos de mármol del Guadarrama, estaban convenientemente distribuidos aquí y allá, de trecho en trecho, convidando reposo al paseante; en todas las esquinas una estatua, alguna deidad mitológica, ya Diana cazadora, ya Mercurio el de los piés alados; y en las plazoletas fuentes en que Tritones y Nereidas arrojaban al cielo chorros de perlas que caian ruidosamente en la taza de bien labrada piedra. El jardin francés es una adulacion de los sentidos, propio sólo para producir ilusion y encanto en espíritus vulgares que no saben separarse de la realidad y que no tienen el amor de la poesía.

* * *

La Casa de Campo, por el contrario, habla de aquella buena edad de los reyes cazadores que invertian el tiempo que les dejaba libre la caza, en discutir alguna vez los negocios de Estado, á la sombra de sus álamos, entre los troncos de sus encinas negras y de sus parduscas chaparras. Allí donde los conejos roen las yerbas y las perdices picotean los granos de algarroba, allí se cree ver la silueta obesa y reposada del buen rey Cárlos IV, aquel modelo de pacíficos soberanos que jamás se metia en cosa alguna y que tenia entregada la gobernacion de los reinos á Godoy; hombre bondadosísimo, de ningun carácter; débil para contener las demasías de la nacion y hasta las demasías conyugales; inútil para gobernar no un pueblo, pero ni siquiera su propia casa, y para juzgar al cual el pueblo español tenia una frase concluyente y pintoresca: *era un rey calzonazos*.

* * *

Cuando los tratadistas que se ocupan de la autoridad monárquica discuten minuciosamente y pelo por pelo todos los detalles de la teoría de los modernos poderes y regatean al pueblo el derecho á intervenir en los actos de los monarcas y conceden á estos una autoridad absoluta sobre sus súbditos, negando, por lo tanto, el principio representativo y constitucional; cuando estos doctos señores agotan el caudal de sus conocimientos históricos, el de su lógica y el de su elocuencia, y cuando ya han dejado convencida á la humanidad de que para la felicidad de las naciones no hay más remedio que volver á los añejos tiempos en que la voluntad de un hombre era indiscutible y se imponia á todos, altos y bajos, ilustres y vulgares, honrados y ladrones, entónces aparécesenos esa misma silueta obesa del rey Cárlos IV. ¡Cómo! decimos; hé aquí un hombre que tenia en sus manos toda la autoridad y que no la ejercia. Si el derecho divino establece que uno solo de los hijos de la madre tierra ha de tener en sus manos el dominio de todos los demás, ¿por qué no hace que realmente ejerza la autoridad con que se le ha investido, y cómo es que de cada diez monarcas absolutos nueve han entregado ese poder á un valido, á un hijo de la fortuna ó del acaso, de más ó ménos talento y de más ó ménos moralidad, pero que por ningun concepto legal dentro del sistema del derecho divino puede creerse autorizado para mandar en sus conciudadanos? La escopeta en una mano, seguido de una buena jauría de perros, el buen rey Cárlos IV avanza por la Casa de Campo. Los más ilustres magnates le sirven de ojeadores; príncipes y duques se disputan la honra de llevar la naveta de la pólvora y las cajas de los pistones. Una hermosa escopeta labrada por los herreros de Bilbao con toda suerte de incrustaciones de oro en los remates, guardagatillos y oído es el cetro que mejor manejaba el rey Cárlos IV. Más pronto se hacia dueño de la res que en velocísima carrera pasaba delante de su puntería que de un grave negocio nacional, cuyo protocolo escrito en limpia y redonda letra castellana tuviese sobre la mesa del real despacho. Sobrellevar las fatigas de la marcha á pié, tener la paciencia del cazador que emboscado detrás de la enramada espera no una hora sino muchas á que la caza acuda, de esto sí que se sentia capaz el buen rey Cárlos IV; pero de todas aquellas condiciones que Tácito ya reclamaba á los Césares diciendo que habian de tener valor contra el miedo y el cansancio, contra la inmoralidad y el temor y contra las propias pasiones, de eso, nada le habia tocado en suerte, cuando Dios repartió sus dones, al buen rey D. Cárlos IV de célebre memoria. Pero nosotros no nos proponemos hacer un trabajo histórico, sino sencillamente contar impresiones de paseante que aprovechando una de estas hermosas tardes otoñales sale de su casa con un libro en el bolsillo para leerlo allá donde el reposo y la soledad lo permitan y que despues de haber dirigido sus pasos una vez hácia el Retiro los dirige otra vez á la Casa de Campo.

* * *

Mas sin saber cómo, al llegar á ese banco deseado y tomar posesion de su cómodo reposo, abriendo el libro advertimos que por error, en vez de tomar de nuestra biblioteca una novela profunda como las de Perez Galdós ó amena como las de Julio Verne, advertimos que lo que nos hemos echado en el bolsillo es un tratado que se titula del derecho divino, y en cuyas páginas podrán encerrarse todos los problemas que han traido turbados á los pueblos, pero de ninguna manera un motivo de honesto recreo. Bien es verdad que lo que perdemos en diversion lo ganamos con la oportunidad de que la lectura de este libro sirva de motivo á que demos cuenta á nuestros lectores de las noticias que la prensa francesa nos trasmite respecto á los proyectos que abrigan en Francia los llamados blancos de España, que se suponen poseedores del mejor derecho á la corona de Luis XVI. La Condesa de Chambord no ha recibido de buena gana la cesion que de sus derechos reales hizo el difunto Conde en la persona del Conde de Paris, porque esto de que el derecho divino pase de la rama borbónica á la rama orleanista, y que ésta sin comerlo ni beberlo se halle dueña y señora de derechos eventuales y fantásticos, pero derechos al fin, al cetro glorioso de los Luises, esto no puede llevarlo con paciencia la buena señora. Ha fundado cuatro periódicos para combatir la candidatura del Conde de Paris; ha buscado por todas partes un príncipe de la familia de los Borbones austriacos en quien depositar ese caudal de esperanzas y aspiraciones eternas nunca satisfechas de los legitimistas. Pero la verdad es que lo que la Condesa de Chambord haga por variar el curso de los fallos divinos, y lo que el Conde de Paris intente para hacer efectiva la cesion de los derechos que le trasmitió el Conde de Chambord en su lecho de muerte, tendrán un mismo resultado; porque miéntras tanto se agitan los legitimistas de Francia, la república francesa continúa sin novedad en su importante salud.

* * *

En esta semana puede decirse que ha empezado verdaderamente la temporada teatral. Se ha inaugurado el Teatro de la Comedia; se ha inaugurado el Teatro Español; se han inaugurado en la Alhambra las funciones de la ópera italiana y en la Zarzuela las representaciones de la compañía francesa que dirige Ana Judic. El aficionado á saborear las novedades teatrales no tiene tiempo que perder. Cuando llegan las ocho de la noche, empiezan para él esos momentos de indecision y de duda. ¿Qué teatro preferirá? ¿Cuál le ofrecerá un programa de sensaciones más agradables y más nuevas? Y decidiendo este punto y dilucidando este problema permanece largo rato ante los aparatos anunciadores de la Puerta del Sol, donde los brillantes colorines de los carteles y las letras de gas que luchan en brillantez unas con otras, solicitan su atencion y parecen querer convencerle. Esta es la hora en que Madrid está más esplendente, más animado, y en que presenta un aspecto más jovial de pueblo feliz, de pueblo dichoso que ha conseguido todas sus aspiraciones, que ha clavado la rueda de la fortuna y contra el que no pueden nada las desventuras y las desdichas. ¡Qué inmenso hormiguero el de la Puerta del Sol! ¡Qué ir y venir de carruajes, tranvías, Ripperts y todo género de vehículos! Por las ocho grandes arterias que coinciden en esto, que pudiéramos llamar el corazon de Madrid, fluyen constantemente rios de gente, oleadas de ruido y una vibracion en la atmósfera producida por el polvo que flota en ella. Centenares de miles de luces, largas filas de faroles, el movimiento de las linternillas de los carruajes, los transeuntes que se agolpan en los puntos centrales de la Puerta del Sol, ya para esperar las tranvías en que han de subir, ya para guarecerse de aquel torrente de coches que por todas partes les rodean, todos estos detalles impresionan vivamente al que no ha presenciado aún el espectáculo. Supongamos que se encuentra en este caso ese aficionado á los teatros que, dudoso en elegir aquel en que ha de pasar la noche, hemos dejado delante de los carteles que anuncian el programa festivo de una noche de Madrid. Por fin se decide: va á la Comedia. Es el teatro favorecido de la fortuna; pequeño, elegante, refulgente, su patio parece trabajado por Eibar. De infinita delicadeza es la filigrana de sus palcos que dejan ver todo el tocado de las damas, desde la punta del pié hasta el último rizo de los cabellos. Ha sido buena idea la que ha dado este carácter de trasparencia á los palcos, porque con el antiguo sistema sólo se veia de las damas que ocupaban una de estas localidades, del pecho á la cabeza, con lo cual dejaban de apreciarse muchas bellezas de contorno y muchos detalles de indumentaria. En la Comedia se pone en escena una obra de Tamayo y Baus. Se titula *Lo positivo;* no es original, sino imitada de la comedia de Leon Laya, *El duque Job*. *Lo positivo* resumiendo el contenido ideológico de su admirable serie de escenas, es el contraste entre un carácter apasionado de lo puramente práctico, del oro, de las utilidades que se tocan inmediatamente, y otro carácter apasionado de la virtud, de lo teórico, de lo abstracto y de lo inmaterial; y la conclusion y remate de la lucha y contraste de estos caracteres es que lo positivo, lo verdaderamente positivo, no es el dinero, no es el lujo, no son las comodidades, no es el bienestar material, sino los sacrificios, la abnegacion, el amor puro, el hallarse dispuesto á favorecer al desgraciado. De la primera manifestacion del espíritu humano llueven disgustos sin cuento; de la otra manan, como de fuente cristalina y reposada, raudales inagotables de bienandanza. Tal es el pensamiento de *Lo positivo*. Pero no es la primera vez que al intentar referir en qué consiste el cañamazo de una obra, hemos observado que se trataba de una idea vulgar, de una cosa dicha por los moralistas, cantada por los poetas, satirizada por los escritores burlescos, convertida en axioma por la musa de los adagios, y en que el genio sólo habia tenido que tomarse el trabajo de elegirla entre el tesoro de las ideas de todo el mundo. Y es que en el arte el fondo, la trascendencia, el alcance supino y profundo no depende de encontrar ideas nunca dichas y pensamientos nunca expresados, sino de expresarlos de manera que parezcan nuevos siendo viejos y que sorprendan por originales cuando estamos hartos de saberlos y convencidos de su necesidad. *Lo positivo* es un ejemplo de esto. Con una idea tan vulgar como la que queda expuesta, con una tésis de moralista de aldea, tan rastrera y ñoña, ha hecho Tamayo una obra magistral. Los caracteres trazados con mano firme acreditan ese pulso supremo que da á Fidias la certeza de encontrar entre las informes moléculas de una pieza de mármol la silueta conmovedora y hechicera de Vénus. El hábil manejo del idioma castellano no es cosa nueva tratándose de Tamayo y Baus, porque de cuantos han cultivado el Teatro Español, ninguno ha poseido de la manera que el autor del *Drama nuevo*, el habla en que escribe. Sensible es que Tamayo no cultive aún el teatro. Su edad no es muy avanzada, conserva todo el vigor del cuerpo y el del alma; costumbres laboriosas y hábitos de estudio y de observacion. ¿Cómo se explica dentro de estas condiciones el definitivo alejamiento de la escena y de la literatura militante en que vive el Sr. Tamayo? Porque la atraccion irresistible de las musas, el afan indominable de tratarlas una y otra vez y obtener sus favores cuando una vez se han saboreado, constituyen una segunda naturaleza del poeta. Por eso dice Víctor Hugo que el que ha sido poeta lo es, el que ha escrito un verso reincide. Hay en esto una fascinacion irresistible, algo así como el vértigo, iman poderoso de la altura. Tamayo vive en la Academia de la lengua que en concepto de secretario perpetuo le concede hospedaje. Tranquilo y reposado, libre de ambiciones y de envidias, no echa de ménos los nuevos aplausos,

contentándose con los que ántes ha alcanzado. Esto necesita una explicacion, porque el espíritu humano cuando una vez ha saboreado manjar tan dulce y deleitoso como lo es el del aplauso, no se conforma en lo sucesivo á prescindir de él. El motivo de este estoicismo con que Tamayo se resigna á ser un muerto vivo para el teatro, consiste en la falta de actores, y él mismo lo decia hace poco cuando un crítico le preguntaba el motivo de su alejamiento de la escena.

* * *

La distinguida actriz francesa Ana Judic lleva dadas cinco representaciones en el Teatro de la Zarzuela, y puede decirse que ha salido á triunfo por representacion La Judic además de ser una mujer muy hermosa, tiene la gracia parisien, el chiste que se traduce no solamente en las palabras sino en los gestos y en las actitudes, en la manera de mirar y hablar, en el tono oscuro que sabe dar á la frase más inocente. Haria encender una guerra en el limbo con las palabras de una oracion dicha por los labios de un niño. Todo en ella es intencion. El arte no aprendido é inexplicable de dar á las palabras dos sentidos, de matizarlas con distintos colores y arrancarles vibraciones desconocidas, esto es privativo de los grandes actores. La Judic es, sin duda, una eminente intérprete de las inspiraciones literarias. Su voz es escasa, de escala corta, pero las siete ú ocho entonaciones que posee su garganta las maneja con infinita habilidad. No tiene ese torrente de armonías que salen por entre los labios bermejos de las tiples alemanas, y que hacen de ellas el instrumento más sonoro de la orquesta, pero en cambio con aquel hilillo de perlas que van sus dientes cortando para que caigan las notas una á una sobre el tímpano del oyente, produce un efecto extraordinario. Las obras que ha puesto en escena son: *Lili*, *Niniche*, *La femme à papa*, y *Mam'zelle Nitouche* escritas por Alberto Millaud que la acompaña en este viaje; no tienen más objeto que servir á la Judic de pretexto para hacer gala de estas condiciones. En todas ellas hay un tipo de mujer picaresco y maligno, osado é ingenioso, con momentos de candor y momentos de diabólica audacia, en cuyo espíritu se mezclan las virtudes y los pecados en una salsa infernal tan agradable para el sabor del público, como eficaz para acabar con la moralidad del oyente. Insensiblemente, entre burlas y veras, entre chistes y lágrimas, entre cosas que hacen reir y cosas que conmueven váse entrando en el ánimo la *blague* parisiense, un conjunto de cosas de burla, de sátira fina é intencionada que encienden en el oyente el ansia de los placeres múltiples y babilónicos del boulevard.

* * *

El acontecimiento del dia es una carta publicada en *El Fígaro* de Paris, por el redactor de aquel periódico y autor dramático Alberto Millaud, que, como ya he dicho, acompaña á la Judic en su viaje artístico por España. Parece ser que en el lazareto de Irun establecido por el Gobierno para que sufran cuarentena de siete dias los viajeros procedentes de Francia, tanto Alberto Millaud como la Judic y toda la compañía que esta dirige han sido objeto de todo género de atenciones. El Gobernador enviaba diariamente á la Judic hermosos ramos de flores; la autoridad encargada de administrar y vigilar el lazareto, atendia cuidadosamente por que no faltase nada á los artistas y al escritor parisien. Pues bien, apénas ha llegado Alberto Millaud á Madrid ha escrito una carta llena de sarcasmo é ironía en que burlándose de las cosas que ha visto en el lazareto, dice que el Gobernador de Guipúzcoa toma cinco duros por dejar pasar á los viajeros sin que purguen la cuarentena. Ciertamente que en la organizacion de los lazaretos hay mucho que corregir, y si se hubiera limitado á esto Alberto Millaud, nadie le hubiera ido á la mano, estaba en su perfecto derecho de viajero y de periodista, y nadie le coartaria en sus juicios: con tal que estuvieran dictados por un sentimiento de justicia, bastaba y sobraba para que fuesen respetables y dignos de consideracion. Pero el hecho calumnioso que cita, suponiendo que la autoridad gubernativa cohecha la salud pública de tan indigna y baja manera, es completamente falso. Mal está la moralidad administrativa en España, pero, sin embargo, no habrá persona conocedora de nuestras costumbres capaz de creer que un Gobernador se entrega á tan repugnante agio. Únase al carácter calumnioso de la especie el que se trata de una persona que ha dispensado á Millaud y á Ana Judic todo género de atenciones y se verá en qué situacion tan poco airosa ha quedado el ingenioso escritor. En Madrid se ha sentido verdadera indignacion, y ha sido precisa toda la cortesía de este público, que en realidad la tiene muy grande, para que no se hiciera pagar á la Judic en las representaciones del Teatro de la Zarzuela el mal hecho por su protector y amigo M. Millaud. Este, á consecuencia de un telégrama dirigido por el Gobernador injuriado á los periódicos, ha desafiado á aquella autoridad, pero la intervencion de amigables componedores lo ha arreglado todo.

La frivolidad parisiense tiene muchos méritos; es alegre, es bulliciosa, es retozona, es el principal encanto de los espíritus aficionados á pasar alegremente por este valle de lágrimas; pero ofrece, en cambio, inconvenientes y achaques como éste de Millaud. La falta de sentimientos verdaderos, la ausencia de toda idea moral hace de estos hijos de la *blague* parisien, verdaderos esclavos de la risa que sacrifican una amistad á un chiste, y son capaces de llorar toda la vida, por haber hecho reir un minuto.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

VISTA DE POLA

Junto al cabo Promontore, en la comarca de Istria, hoy austriaca, que fué de Francia ántes de ser de Austria, y fué de Austria ántes de ser de Francia, existe una poblacion llamada Pola, verdadero museo de antigüedades romanas, y ejemplo, áun hoy apreciable, de las venganzas con que César castigó á los pueblos que defendieron la causa de Pompeyo. Reedificóla Augusto á ruegos de su hija Julia, y áun cuando no consiguió que desaparecieran del todo las huellas de la ira cesárea, la embelleció de tal suerte que sus mismos restos merecen ser visitados por arqueólogos y artistas. Al recorrer las calles y cercanías de Pola, el viajero no acierta á explicarse si se halla en una poblacion moderna construida con despojos romanos ó en una poblacion romana mal remendada con materiales modernos.

El suntuoso edificio que aparece en el primer término de nuestro grabado es el anfiteatro de Augusto, que podia contener más de quince mil espectadores.

Pola, suntuosa ciudad en la época de los césares, es ahora una poblacion casi olvidada, cuyo puerto no tiene más animacion que la de la pesca de los atunes y cuya única exportacion es la arena que emplea la industria veneciana para fabricar sus celebrados espejos. El tiempo ha destruido la obra de Augusto; el tiempo ha rivalizado en Pola con Julio César.

JUNTO AL POZO, dibujo por J. Llimona

La estructura de este dibujo demuestra ser una impresion del natural, apuntada con seguridad por un artista digno de este nombre. Inútil es buscar en él un artificio que el autor no ha empleado: simple apunte del *álbum* de un pintor, es, á pesar de todo, una prueba más de que Llimona no necesita del daguerreotipo para apoderarse de la verdad, cuando se propone conservar la verdad en cartera.

Ese apunte, tal vez será mañana un cuadro de género, como la crisálida se convierte en mariposa. Pero cuando realmente se verifican estas metamorfósis, el hombre inteligente, si se complace en la mariposa, jamás pierde de vista á la crisálida.

BARRIOS ALTOS DE GRANADA, UNA CALLE DE CÓRDOBA, dibujos por J. M. Marqués

Córdoba y Granada son las dos sultanas de nuestro Oriente, dos joyas preciosas de la corona africana, cuando Africa tenia corona y por cierto muy bella.

Cortes ambas de poderosos califas, si la una se enorgullece de la soberbia mezquita de Abderraman, la otra muestra al atónito extranjero su incomparable Alhambra: la mezquita parece la obra de un rey; el palacio parece la obra de una hada. Ninguno de estos dos monumentos tendria rival, si no existiera el otro de ellos.

No es, pues, de extrañar que Córdoba y Granada atraigan á tantos artistas, ni que estos, trasportados como por encanto á ciudades que no se parecen á otras algunas ciudades, recojan cuidadosamente sus impresiones y ensayen repetidamente la manera de trasmitirlas por medio de aquel arte que mejor puede darlas á conocer.

Marqués, entusiasta de Andalucía, es uno de los pintores que más discretamente la copian, poseyendo, además del talento de la perspectiva, el secreto de la luz privilegiada, exclusiva, que no se encuentra sino en esa region de España y que no parece sino que los árabes la hubiesen traido consigo, sin más objeto que dar á sus construcciones la única luz que las convenia.

Nuestros lectores participarán de esta opinion á la vista de los dos dibujos que en este número publicamos.

LAS TRAÍLLAS

Échase de ver en este dibujo una mano experta y una comprension realmente notable. Esos perros, por sus actitudes, por su expresion, por sus líneas todas, se ve que han sido fruto de una observacion inteligente, secundada por una habilidad no comun.

MARINA, por H. Mesdag

El mar es inmenso como el genio: los límites de uno y otro tocan en el cielo. No es de extrañar, por lo tanto, que á menudo el genio busque en el mar el tema de su inspiracion.

La tempestad y la calma, el soberbio Océano y el humilde Mediterráneo, las costas, erizadas de rocas, y el mar libre, sin más término aparente que el espacio, los hielos del Báltico y el calor del Rojo, todo ha sido estudiado por los artistas que han consagrado su talento al estudio de la naturaleza y á su reproduccion bajo una de sus manifestaciones más grandiosas ó más bellas.

Mesdag, en el cuadro que reproducimos, ha pintado una de las variantes de ese mar, inagotable como asunto, uno de esos caprichos de la naturaleza, estrecha lengua que pone en comunicacion dos elementos tan poderosos como el agua y la tierra, y en la cual Neptuno y Eolo serian impotentes, bajo el punto de vista utilitario, sin el auxilio de unas cuantas parejas de caballos, que completan la agencia del velámen, muy poderosa en su elemento, pero ineficaz al recobrar su dominio el continente.

El cuadro es agradable; abajo y arriba tiene horizonte, y esta es la primera condicion cuando se trata principalmente de mar y cielo.

EL SPOLIARIUM, por D. Juan Luna

PRIMER PREMIO DE LA ÚLTIMA EXPOSICION MADRILEÑA

Siempre que se visita un Museo de pinturas ó se recorren los salones de una Exposicion de Bellas Artes, es de observar un hecho que ya en otras ocasiones hemos indicado: el público, sin preparacion alguna, sin darse explicacion de sus impresiones, sin preocupaciones de escuela y hasta ignorando, si á mal no viene, que existe una cosa que se llama estética; se detiene espontáneamente ante un cuadro ó ante una estatua, forma un grupo que renueva incesantemente su personal sin disminuir de volúmen, abre tamaño ojo como un puño, contempla en silencio durante un buen rato la obra de arte, y termina por un ¡ah! que sintetiza toda la admiracion que le es dable producir al genio entre sus verdaderos favoritos, es decir, entre los que poseen el dón de ver sin prevenciones y sentir sin necesidad de excitacion ajena.

Desde aquel punto, la exposicion queda juzgada. El tribunal adjudicará, ó no, el primer premio á la obra que de tal suerte ha llamado la atencion del público, porque el jurado tiene leyes artísticas á que atenerse y, como el crítico de obras literarias, no puede dejarse llevar por impresiones personales; pero la verdadera corona, la verdadera recompensa de honor, está adjudicada. Si el jurado confirma el fallo del público, tanto mejor para el inspirado artista; si el jurado no confirma aquel fallo, tanto peor para el jurado.

Afortunadamente, esta vez, como acontece casi siempre, jurado y público han coincidido en apreciar la obra más saliente de la última Exposicion de Bellas Artes celebrada en Madrid, y la medalla oficial votada por los maestros ha emparejado con la corona acordada por el público al autor del SPOLIARIUM.

¿Quién es el afortunado pintor de tan sorprendente lienzo?

* * *

En la Escuela de Náutica de Manila, allá en 1874, recibia el título de Piloto de Altos Mares un jóven de 17 años que á poco tiempo de embarcado, era conocido entre sus compañeros por *el marino atrevido*. Bien empezaba la carrera el imberbe mozo; pero ese mar que surcó durante treinta meses y ese cielo que estudió otro tanto tiempo, despertaron en el piloto nuevo órden de ideas, con tanta fe acogidas, que á ellas sacrificó desde luégo lo que todos calificaban de brillante porvenir.

¡Quién sabe!... Quizás en la imponente soledad de los mares, en alguna de esas horas en que no existe manera de evitar la nostalgia, en que se suspira por algo ignoto y el corazon pugna por salirse del pecho, como pugna el preso por salir de la cárcel, como pugna el pájaro por salir de la jaula, nuestro jóven se fijó con cierta insistencia en una estrella; y el viento que rizaba la superficie de las aguas, murmuró á su oido revelaciones inesperadas, palabras misteriosas, que nadie pronuncia y que, sin embargo, resuenan distintamente en el alma del predestinado. Esas palabras son como aquellas que tambien oyeron Saulo camino de Damasco y Agustin en africana tierra; inspiracion de lo Alto que pone al genio poderoso en la necesidad de recorrer en sentido inverso el empezado camino de la vida.

El marino atrevido tomó tierra y tenia cerca de veinte años cuando ingresó, con ánimo de estudiar el dibujo, en la Academia de Bellas Artes de Manila. Su nueva vocacion habia de sufrir bien pronto una ruda prueba. De la Academia fué despedido: el director le consideró demasiado inepto ó demasiado apto, calificaciones ambas que pueden perjudicar, por lo visto, á un alumno de la escuela de Manila y de todas aquellas escuelas donde reina un criterio tan mezquino como las miras de sus directores.

Quien fué *atrevido* en el mar, no debia, en tierra, desistir fácilmente de un empeño: D. Lorenzo Guerrero, profesor tan modesto como inteligente, admitió á Luna en su Academia India, y descubriendo en su ya grandullon alumno condiciones verdaderamente excepcionales, recabó de sus padres que le enviasen á Madrid, donde encontró en el reputado pintor D. Alejo Vera un maestro hábil y un amigo, más que un amigo, casi un padre. No es, pues, de extrañar que cuando Vera fué trasladado á una plaza de mérito en Roma, á Roma fuése con él su encariñado discípulo. Ocurria esto en 1878: un año ántes se habia iniciado en los primeros rudimentos del dibujo; tres años despues ganaba la segunda medalla en la Exposicion madrileña de 1881, con su cuadro *la muerte de Cleopatra*. Tarde habia empezado su carrera el nuevo artista, pero, cual si quisiera indemnizarse del tiempo perdido, la seguia á paso de carga. En tres años se habia nivelado con los buenos pintores; en otros tres (1884) ha tomado sitio entre los grandes maestros.

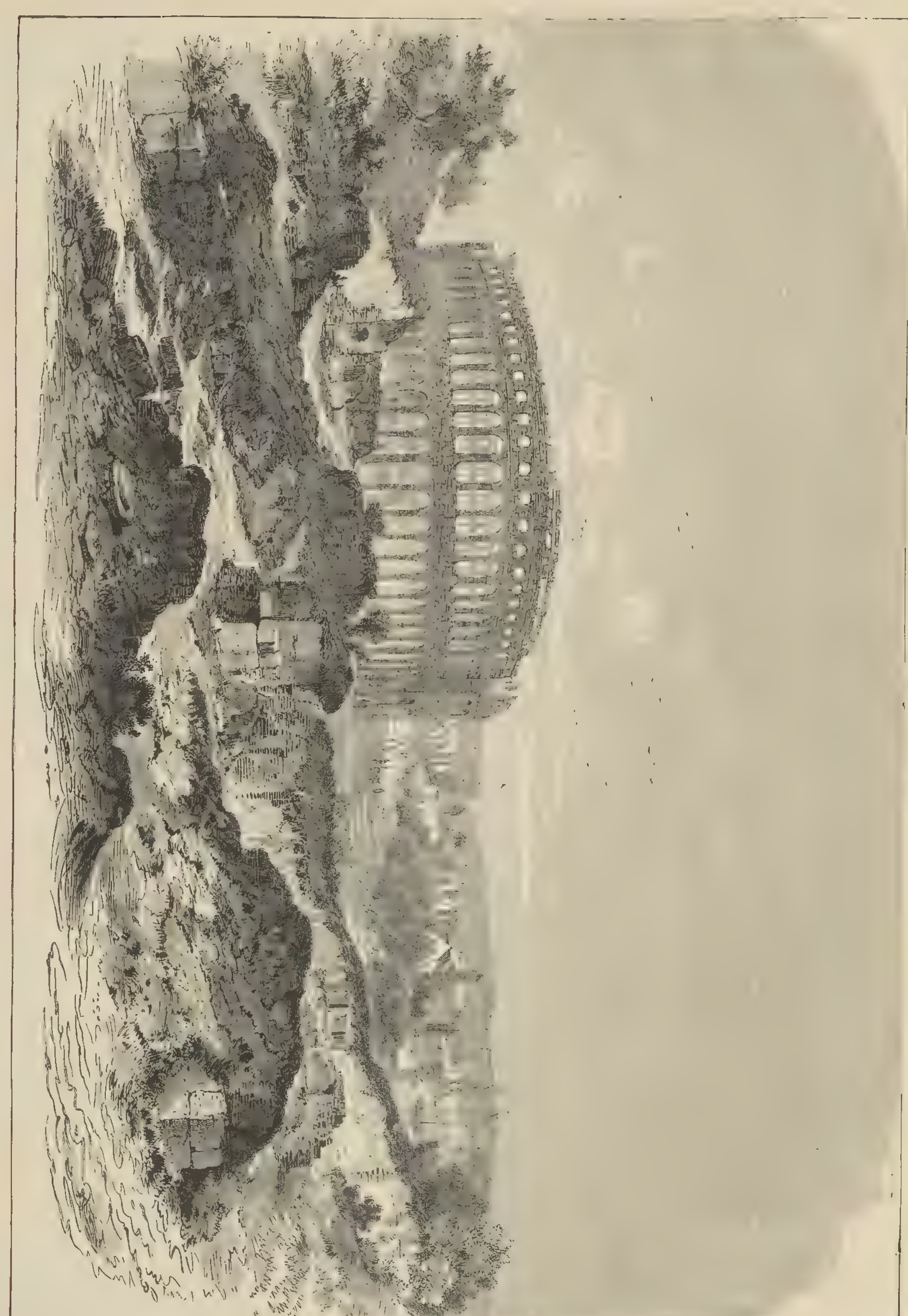
El marino atrevido es el admirado autor del SPOLIARIUM, D. Juan Luna y Novicio, nacido en Badoc (Ilocos Norte, Filipinas) el 23 de octubre de 1857.

* * *

¿Qué representa el SPOLIARIUM?

El SPOLIARIUM es el epílogo de esas horribles fiestas de gladiadores á que tan aficionado era el pueblo romano; la sustitucion de las luchas de fieras por luchas de hombres; sustitucion criminal y asquerosa, pero muy fácil de aplicar desde el momento en que las verdaderas fieras no eran los animales encerrados en los subterráneos del circo, sino los romanos apiñados en los tendidos.

Durante su permanencia en Roma, el señor Luna ha



VISTA DE POLA



JUNTO AL POZO, dibujo de J. Llimona

podido visitar á su gusto las arenas del gran Circo, empapadas en la sangre corrompida de los gladiadores y en la sangre purísima de los cristianos; ha podido figurarse tangiblemente aquellas terribles escenas en que los hombres daban y recibian la muerte para distraer á un pueblo hastiado de espectáculos; ha podido poblar las galerías y tendidos del Anfiteatro con millares de ciudadanos de ambos sexos que, insensibles en presencia de cuatrocientos elefantes y ochocientos tigres y panteras, saboreaban con fruicion la fiesta de unos hombres degollados por otros hombres que, al caer para no levantarse, adoptaban la académica postura que de antemano tenian ensayada, para oir un aplauso en su agonía; ha podido figurarse que presenciaba el desfile de aquellos combatientes vendidos en cuerpo y alma á un empresario, que los *criaba* para el caso, como se crian gallos para una riña ó caballos para una carrera; ha podido oir aquel cobarde saludo de los combatientes: —*Ave, Cæsar; morituri te salutant,*— abyeccion sin igual en la historia de los esclavos; ha podido hacerse la ilusion de que en sus oidos zumbaban, con la blasfemia del vencido, los rugidos del espectador, denostando al que se dolia de su ignominiosa muerte; ha podido respirar el ambiente mefítico de las leoneras, y descender, por fin, al *Spoliarium*, á donde eran arrastrados, por la *puerta de la muerte*, los cadáveres de los gladiadores, amarrados por un gancho de hierro, ni más ni ménos que las tres mulas de rúbrica arrastran fuera de la plaza á las reses taurinas que despacha Lagartijo de *una buena recibiendo*.

Ese espectáculo infame, esas costumbres infames, ese Circo infame aún, si en él no se hubiera vertido la sangre de las víctimas de Diocleciano, los ha reconstruido, los ha *visto* la privilegiada imaginacion del artista, y han debido sublevar los nobles sentimientos del jóven cuanto entusiasta Luna. Y del mismo modo que Novas, nuestro distinguido escultor, hizo el proceso de España en el siglo XIX con su *torero herido*, Luna ha hecho el proceso de la Roma imperial con su SPOLIARIUM. El ilustre pintor ha condensado en un lienzo cuanto arroja ese proceso; ha puesto al desnudo el delito y ha dejado que el buen sentido del público dictase la sentencia. No puede sentarse á un pueblo en el banquillo de los reos de una manera más gráfica; jamás un fiscal ha hablado con mayor elocuencia; jamás el público que asiste á la vista de las causas célebres, se ha sentido más arrastrado por el titánico esfuerzo de un acusador.

De esto resulta que la primera condicion del cuadro de Luna es su fondo; no es un lienzo pintado para simple recreo de los sentidos; es una obra de filosofía de la historia que dice y prueba tanto como un tomo escrito por el más erudito académico.

***

Conocida la idea fundamental del cuadro, idea que avalora al señor Luna como artista que pudiéramos llamar *pensador*, veamos si en la ejecucion del asunto ha estado á la altura de su levantado pensamiento.

Las luchas de gladiadores han sido tratadas en lo antiguo y en lo moderno por diversos pintores y escultores, bien en el acto del combate, bien posteriormente á él, ó sea el gladiador herido, de que se conserva algun ejemplar de primera fuerza. Mas tratándose de condenar una costumbre vergonzosa, era natural presentarla bajo su faz más triste, siquiera fuese su faz más repugnante. No de otra manera los pintores místicos, para hacer aborrecible al diablo, han coincidido en el pensamiento de darle la figura de un monstruo espantoso. El artista que en las luchas de gladiadores ha querido ver y hacer verse simplemente su parte estética, ha tomado el asunto en la arena del Circo; Luna, que ha tirado á fondo en lo malo de la cosa, ha debido tomar el asunto desde el SPOLIARIUM, es decir, desde el lugar sombrío á donde eran conducidos los cadáveres de los luchadores, para ser despojados de sus armas, como se despoja al sentenciado de la hopa que ha vestido en el cadalso.

Se concibe desde luégo que á ese lugar tenebroso no podian acudir sino los parientes de las víctimas para llorar y maldecir sobre sus despojos, ó la turba de los entusiastas más asíduos y favoritos que, en la embriaguez de la sangre, mil veces más asquerosa que la del vino, iban á saturarse de horrores, como los abonados de cierta clase son recibidos en las intimidades de bastidores y se saturan de lujuria en el *foyer* de las bailarinas.

A este criterio lógico, racional, se ha atemperado el señor Luna: lo que de aquí ha resultado es consecuencia de aquella lógica O no se debió tratar el asunto, ó no se pudo tratar de otra manera. ¿Cómo se ha tratado en el SPOLIARIUM?

***

Considerada la composicion en general es de grandioso efecto y todo en ella contribuye al fin del autor, lo mefítico de la atmósfera, lo sombrío del sitio, el desórden que en él reina, los personajes, los accesorios; de suerte que sin tener propiamente asunto principal, no hay grupo, no hay figura, no hay detalle, en término alguno, que no concurra á dicho fin con maravilloso arte. Así este cuadro debe juzgarse principalmente por la impresion que causa su todo; hay que comprenderlo instantáneamente, y si, apénas visto, la impresion del espectador es volver el rostro con cierta repugnancia, ese movimiento es el primer triunfo que obtiene Luna. ¿Perjudica este efecto, que generalmente produce, al mérito del cuadro? Hé aquí una pregunta que de fijo no se hizo Ribera cuando con mano firme y voluntad implacable pintaba el desollamiento de San Bartolomé; ni tampoco se ha preocupado gran cosa de ello, hace bien poco tiempo, el ilustre autor de *la Leyenda del rey monje*.

Si de la composicion general pasamos al exámen de los grupos que la constituyen, es de ver en todos ellos, aparte su inmejorable dibujo, tal verdad, tal fuerza de expresion, tal energía en los movimientos, que sorprenden y fascinan. Véanse los personajes que arrastran á los combatientes y no cabe representar mejor la fuerza bruta; véanse los cadáveres de los gladiadores y, aparte su perfecto estudio anatómico, no cabe expresar mejor la inercia de la muerte; véase, entre el grupo de los romanos, al anciano que reconoce el ensangrentado cuerpo de su hijo, y no es posible expresar mejor, por medio de una contraccion muscular, el dolor y el terror á un tiempo mismo; véase á la desdichada mujer que llora, de rodillas, junto á los mutilados despojos de su esposo ó de su amante, y hay en esa figura todo el abatimiento, toda la postracion que el caso requiere; véanse esos aficionados que acuden en tropel á ese recinto nauseabundo, y todos ellos revelan la innoble pasion que les lleva á tan terribles sitios, pasion, mezcla de vértigo, mezcla de estupidez, que reune á las turbas insensibles junto al cadáver del infeliz que ha perecido de muerte violenta. En una palabra, el SPOLIARIUM es una composicion en la cual nada sobra y nada falta, concebida en un momento de inspiracion y ejecutada en una hora de vértigo; única manera con que, á despecho de todas las ciencias y de todas las filosofías, se explica la potencia creadora.



BARRIOS ALTOS DE GRANADA, dibujo por J. M. Marqués

***

De esta impresion que innegablemente produce la obra del señor Luna, ha sacado partido una parte de la crítica, la ménos numerosa felizmente, para indicar que el SPOLIARIUM no es un cuadro, sino el boceto de un cuadro. Este argumento tendria algun valor si aquellos que lo emplean convencieran anticipadamente al público de que los mejores pintores de grandes lienzos son aquellos que en su manera de ejecutar más se aproximan á la miniatura. Por nuestra parte, admiramos debidamente la acabada factura de Rafael, pero la manera valiente de dar color es una de las más eminentes cualidades de Velazquez. Además, hay composiciones que necesitan de ese mismo abocetado para causar todo su efecto; lienzos ejecutados para ser vistos á cierta altura ó á cierta distancia; asuntos que no pueden tratarse como trataba el pintor de Urbino sus místicas Sacras Familias; composiciones en que lo que pudiéramos llamar rudeza de ejecucion es consecuencia de la rudeza del argumento; y en prueba de ello ahí están los más celebrados lienzos de Goya para sancionar nuestro juicio. Luna no podia pintar el SPOLIARIUM sino como lo pintó; exigirle que, durante su rapto, se hubiera entretenido en miniar su cuadro, equivaldria á hacer un cargo á un verdadero poeta porque, al tiempo de dar forma á su inspiracion, no hubiese escrito con mejor carácter de letra. La mayor paciencia, que algunas veces es un estorbo, no prueba mayor arte; la subordinacion á una escuela no prueba mayor genio. ¿A qué escuela pertenecen los colosales dramas de Shakespeare?

***

La ILUSTRACION ARTÍSTICA ha merecido del señor Luna la honra de publicar la primera el grabado del SPO-

LIARIUM. Creemos que nuestros favorecedores unirán su aplauso á la humilde, pero muy sincera felicitacion, que enviamos á esa nueva gloria de las artes patrias.

MANUEL ANGELON

EL ACEITE Y LAS OLAS

I

¿En qué consiste que fenómenos conocidos desde muy antiguo no logren llamar la atencion general de los sabios ni impresionar al público durante largos períodos? ¿Qué hay de más particular al fin en un suceso, para poner á la órden del dia cuestiones palpitantes, á las que otros hechos, sin duda más notables, no tuvieron nunca poder bastante para infundir popularidad?

Hé aquí cuestiones que no tienen fácil contestacion, y á las que presta gran interés de actualidad la pregunta hoy oida á cada paso: «¿Posee efectivamente el aceite virtud para calmar las olas? ¿No hay que tener ya miedo á las tempestades de alta mar?»

II

En calma perfecta, la superficie del agua de un lago refleja invertidos los objetos de la orilla, como lo haria un espejo horizontal. Si un perezoso soplo de viento se mueve con la velocidad de sólo $^1/_2$ kilómetro por hora, no se perturba la perfeccion de las imágenes. Un soplo de alguna mayor celeridad desordena ya la copia; pero, no bien cesa la ráfaga, reaparece la perfeccion de los perfiles. Cuando el viento camina con la velocidad de 1 kilómetro por hora, las arrugas de la superficie líquida estorban ya la definida produccion de las imágenes; pero las agitaciones del agua no tienen aún fuerza para propagarse; puesto que, si hay en el lago un espacio guarecido de la accion del viento, allí, con seguridad, es perfecto el espejo de las aguas. Este ligerísimo tremor de los líquidos, incapaz de propagacion, es lo que se conoce en la ciencia con el nombre de *ondas de capilaridad.*



UNA CALLE DE CÓRDOBA, dibujo por J. M. Marqués

Solamente cuando la velocidad del viento resulta de algo más que de 3 kilómetros por hora, es cuando las olas empiezan á producirse con regularidad notable: poco perceptibles al principio, su amplitud se va ensanchando á medida que crece el viento ó se prolonga su duracion.

III

No es fácil comprender cómo pueden producirse olas de magnitud diferente cuando toda la extension de una superficie está por igual expuesta á la misma intensidad del viento. Sólo cabe encontrar explicacion negando el supuesto, y no concediendo que las desigualdades del terreno y de los árboles ó arbustos de la orilla permitan en caso alguno igualdad de exposicion á las ráfagas del aire, ni tampoco que este sople siempre con idénticas velocidad y direccion.

Parece que el viento causa las olas, porque el aire se adhiere á las moléculas del agua; adherencia que aumenta considerablemente por la circunstancia de incidir sobre la superficie líquida con una notable inclinacion: regularmente de 18°.

Si, por causas cualesquiera, pues, se hace disminuir ó cesar esta adherencia, el resultado es sorprendente hasta lo increíble, por más que sea muy conocido desde remotísimos tiempos; por lo cual se ha asegurado siempre que el aceite tenia virtud para calmar las tempestades.

IV

El poder de las olas es inmenso. Mueven bancos de guijarros de 70 metros de largo por 4 de alto, como en Hurtcastle en 1842; levantan anclas de más de una tonelada de peso á lo alto de un escollo, como en Bell Rock; desmontan los cañones de las baterías de mar, como en Cádiz en 1840; pueden arrastrar hasta 8000 toneladas de escollera con bloques de 10 á 16 toneladas, como en Plymouth en 1852; arrancan de cuajo las torres de los faros, como la del Estrecho de Bonifacio en 1875, y la del Krishna en 1877; y sin embargo, ¡esta fuerza colosal queda vencida arrojando al mar insignificantes cantidades de aceite!

V

M. Shields, recientemente, tendió en el fondo del mar á la entrada de North Harbour (Escocia) cañerías de plomo por donde, desde tierra, con adecuadas bombas, se podia inyectar petróleo. Como el peso específico del aceite es menor que el del agua, subia el petróleo inmediatamente á la superficie extendiéndose por ella en delgadísima capa untuosa, que deshacia la rompiente de las olas y hacia accesible el puerto con mar de tempestad.

Este experimento de M. Shields ha tenido eficacia para llamar poderosísimamente la atencion pública; y las mil lenguas del periodismo lo han esparcido á los vientos de la celebridad; en muchos casos como si fuera portento enteramente nuevo y sin precedentes en el mundo.

Pero ¿era así en realidad?

VI

No. El mismo M. Shields intentó el experimento que tanta fama le ha dado, por constarle que, en aquellas mismas costas, buques casi perdidos y destrozados por los fuertes golpes de mar en los temporales, habian debido su salvacion al uso del aceite; ya arrojado al agua para calmarla y hacer reparaciones en sus cascos; ya para tranquilizarlas y poder botar al mar alguna embarcacion; faena peligrosísima en los casos frecuentes de arriar los botes con mares muy gruesas.

VII

Esta propiedad de los cuerpos grasos era ya muy conocida de los antiguos. El autor de estas líneas recuerda haber leido hace muchos años algo relativo al particular en un viejo librote de mitología, cuyo título ha olvidado, aunque no el hecho referido.

La virtud que el aceite tiene de calmar las olas, es constantemente utilizada por cuantos buques de cabotaje entran con temporal desde el Atlántico al brazo de mar llamado Sancti-Petri, que desemboca en la bahía de Cádiz. Al hacer los faluchos por la boca del canal con mar gruesa del Sudoeste llevan ésta por la popa; y, una vez en la boca, les es forzoso atravesarse para gobernar al Nordeste, teniendo por tanto, que recibir la mar sobre el costado. Y, para evitar los daños que el romper de la mar pudiera ocasionarles, arrojan al agua, poco ántes de orzar, algunos litros de aceite.

El eminente ingeniero Sr. D. Pedro Perez de la Sala, recuerda en su obra «Construcciones en el mar» muchos casos decisivos.

El Dr. Franklin aconsejaba el empleo del aceite como medio de aplacar la mar en un temporal; y, ántes que él, un guarda almacen de Kilda, acostumbraba, en tiempo de tempestad, á dejar flotando á la popa de su bote por medio de una cuerda, un paquete de tortas de hígado de aves marinas; cuya grasa impedia el romper de las olas y calmaba la mar.

Cuando el vapor de hélice de Goole llamado «William-Becker,» se fué á pique el 12 de noviembre de 1856, su tripulacion se salvó en los botes, á pesar de una gruesa mar, empleando el aceite.

Tambien hacen uso de él los pescadores holandeses; y un testigo ocular que presenció sus efectos en el puerto de Scarborough, asegura que pueden calificarse de mágicos, por establecerse al rededor del buque un extenso espacio de agua tranquila. Vancouver observó cerca de la Punta de la Concepcion, en la Nueva Inglaterra, que el mar aparecia cubierto, en cuanto alcanzaba la vista, de una sustancia untuosa semejante á la brea; sobre la que navegaba el buque como por una mar tranquila de grandísima extension.

VIII

Es muy notable el siguiente hecho inserto en un periódico de Bombay.

El «King Cenric,» buque de 140 toneladas, salió de Liverpool para Bombay; y, despues de haber doblado el Cabo de Buena Esperanza, experimentó un fuerte viento de Noroeste, que duró bastante tiempo. Olas inmensas, precipitándose sobre el buque, invadieron las escotillas, arrastraron cuanto encontraron sobre el puente, y destrozaron las cámaras del capitan y de los oficiales. La tempestad duró cerca de cinco dias, y las olas no dejaban un solo instante de barrer el puente. Uno de los oficiales, M. Borower, tuvo entónces la feliz inspiracion de hacer la prueba del aceite, y, al efecto se tomaron dos sacos de lona, y se llenaron con nueve litros de aceite cada uno. A cada saco se le hicieron algunos agujeros pequeños, y se amarraron á ambos costados del buque. El resultado fué mágico: las olas dejaron de precipitarse contra la popa y los costados y, á algunos metros de distancia, en aquellos sitios á que habia llegado el aceite, tanto por la proa como en la estela, se encontraba un vasto círculo

de mar tranquila. La tripulacion pudo hacer cómodamente entónces las reparaciones necesarias. Los dos sacos de aceite duraron dos dias; y, habiéndose calmado enteramente el mar, ya no fué necesario gastar más cantidad del líquido salvador.

Otro hecho muy notable. Virlet de Aoust, queriendo desembarcar en la isla de Samotracia (Mar Egeo) é impidiéndoselo las rompientes, al estar á una milla de la isla,—dice,—empezó á arrojar aceite desde la proa del barco; y con gran sorpresa, mejor dicho, con gran asombro, lo veia extenderse y formar lo que en lenguaje vulgar se llama una *balsa de aceite;* con lo que pudo abordar fácilmente y sin peligro.

IX

Pero ¿á qué más citas? El hecho era conocido y utilizado desde muy antiguo en varias localidades; y, sin embargo, ¡no habia llegado aún al conocimiento público!

Mas no debe pasarse en silencio que la calma permanente del Mar de Sargazo se explica ahora por hallarse la superficie del agua cubierta constantemente de vegetales flotantes, por lo que no hay adherencias del viento con el líquido; que en el Istmo de Tehuantepec existen criaderos de petróleo, cuyo aceite, arrastrado al Atlántico por el rio Coatzacoalco, hace que en la desembocadura haya una calma perpetua, áun con los más recios temporales; que la tranquilidad relativa del mar en algunos parajes del Banco de Terranova se debe á las grasas que los pescadores echan al agua despues de aprovechar el bacalao; y que la tranquilidad del Mar Muerto proviene del *betun de Judea* que en él hay.



Las traíllas

X

Pero, conocido y comprobado el hecho, ¿en qué consiste el maravilloso efecto del aceite, y por qué calma las olas embravecidas?

Todo lo más que habian anticipado los sabios, por vía de explicacion, era que el viento no se adheria á las aguas cubiertas de materias untuosas; pero verdaderamente no ha existido explicacion aceptable hasta que Mensbrugge, de la Academia de Bélgica, ha sometido al cálculo las *potenciales* del agua y del aceite.

Sin entrar en desarrollos matemáticos, no es posible explicar la nueva teoría; pero, aunque de un modo imperfecto, puede darse alguna idea sobre el particular.

Si una delgadísima capa superficial de agua se encarama, por la accion del viento, sobre otra capa contigua, esta segunda capa, al ser cubierta por la primera, adquiere una cierta cantidad de *energía de movimiento;* y, si la accion del aire hace subir una nueva capa de agua sobre la suma de las dos primeras, se desarrollará de nuevo fuerza viva..., y así sucesivamente, á medida que nuevas capas de agua se amontonen unas sobre otras. Los cálculos de Mensbrugge y de Quincke dan por resultado que cuando una capa de agua del espesor de $\frac{1}{20000}$ de milímetro (!) monta sobre otra capa de agua contigua, el desarrollo de fuerza viva es de 0 kilógrámetros 0075; miéntras que, si monta sobre una capa de aceite, es sólo de 0 kilográmetros 002; por manera que, reducidos (desde su orígen y en sus movimientos casi infinitesimales) los efectos á ménos de la tercera parte, se concibe fácilmente que las olas pierdan rapidísimamente su fuerza, no bien tengan las capas de agua en movimiento que resbalar sobre tenuísimas superficies de aceite, ó bien, de cualquiera otra materia oleaginosa ó untuosa, *plus minusve.*

XI

Pero esta explicacion no es suficiente aún, sino desde el punto de vista teórico.

En las olas de tempestad hay siempre un movimiento de *undulacion* y otro de *rompiente.* El de rompiente está causado por la TRASLACION del agua que forma las crestas de las olas, arrebatada á grandísimas distancias y en masas enormes, por la violencia del viento, que, por su mezcla con el agua, da á las espumas su color blanquizco. ¿Qué es, pues, lo que el aceite calma, la *undulacion* ó la *rompiente,* que constituye los golpes de mar?

Por fortuna esta interesante cuestion, que se ha agitado recientemente en el seno de la Academia francesa, parece resuelta por las interesantes observaciónes del Sr. D. José Lopez y Cruz, testigo de mayor excepcion, por haber utilizado el aceite en diversas ocasiones durante sus viajes por el Mediterráneo, y que á él atribuye su salvacion en un espantoso temporal.

Segun el Sr. Cruz, lo que el aceite destruye es la *rompiente* de las olas, pero no la undulacion; resultado que hasta cierto punto podia haberse previsto, puesto que la undulacion es un fenómeno que conmueve las aguas hasta considerable profundidad; miéntras que la disgregacion del agua de las crestas y su trasporte por el viento es única y simplemente el fenómeno superficial.

La oleificacion, pues, de las olas es un medio comprobado y seguro de inutilizar la rompiente de los golpes de mar.

E. BENOT

MARINA, por H. Mesdag

IMP DE MONTANER Y SIMON.



AÑO III — BARCELONA 27 DE OCTUBRE DE 1884 — NÚM. 148

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL ÁNGEL DE LA PAZ DE LOS SEPULCROS, por P. Muller

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL ÁNGEL DE LOS SEPULCROS
escultura por Muller

Con poética expresion, no desprovista de consoladora verdad, llaman en Suabia al cementerio el Palacio de la Paz. Los genios, pues, que son de ver en su recinto, los ángeles que decoran sus tumbas, son genios y ángeles de la paz, pues en su seno la encuentran muchos que han debido trabar rudos combates durante su existencia.

El bellísimo grupo que publicamos ha sido ejecutado para decorar el sepulcro de dos tiernos niños arrebatados á un mismo tiempo al amor de sus padres. Si la idea está bien concebida, la factura no puede ser más sobresaliente. El hermoso semblante del ángel revela, digámoslo así, un corazon igualmente angelical; su actitud es naturalísima; es un genio que convida realmente con la paz, la tranquilidad, el dulce reposo. Los niños que en su seno cobija, se albergan en él como pudieran en el seno de su madre; los ropajes están tratados con holgura y hay en ellos, además de la honestidad propia del destino de la escultura, una trasparencia que ha permitido al autor dibujar las formas corpóreas con un vigor que revela sus estudios de Miguel Angel. Del todo pudiéramos decir que es una poesía mística escrita, con ayuda del cincel, por un artista cristiano.



HANS MAKART

NACIÓ EN SALZBURGO EN 1840. † EN VIENA EL 3 DE OCTUBRE DE 1884

HANS MAKART

En la tarde del dia 3 de octubre del corriente año, fallecia en Viena, á los cuarenta y cuatro años de edad, el ilustre pintor Makart, honroso ejemplo de que no es la desgracia compañera inseparable del verdadero genio. Murió cuando todo le sonreia en la vida, el amor de su esposa, el aplauso de sus contemporáneos, la fortuna, la gloria, cuanto embellece y hace grata la existencia.

Hizo los primeros estudios de su difícil arte en la Academia de Viena, de la cual fué despedido *por falta de talento.* Nuestros lectores recordarán que otro tanto ocurrió al autor del *Spoliarium* en la Academia de Manila, lo cual, en buen castellano, viene á probar que en todas partes cuecen habas. Desesperado, regresó el mancebo á Salzburgo, su patria, donde recibió lecciones de Schiffmann, y más tarde Piloty, de Munich, le recibió como alumno en su taller.

Su aparicion en el mundo artístico la hizo con el cuadro *Lavoisier en la cárcel*, en el cual reveló sus dotes para el género serio, al que sucedió su otro lienzo *Conversacion de patricios venecianos durante la tarde*, notable por su exuberante colorido. La venta de estas dos obras le proporcionó recursos con que estudiar en Inglaterra, Francia y Alemania, hasta que, despues de algunos ensayos ménos importantes, expuso su *Peste de Florencia*, que por su valentía de dibujo y color dió lugar á grandes polémicas artísticas, que popularizaron su nombre y crearon su fama. Llegó ésta á oidos del emperador de Austria, quien llamó á su corte al ya insigne Makart, estableciéndole en un edificio del Estado (1869), del cual se trasladó á su actual taller, célebre en el mundo del buen gusto por los tesoros artísticos que á fuerza de talento, de paciencia y de dinero acumuló en él y cuya última tasacion se ha elevado á más de quinientos mil francos. En la página 40 de nuestro tomo de 1883 publicamos una vista del interior de ese taller, que nuestros lectores pueden examinar de nuevo para formarse idea de que ciertamente nò debe ser exagerada dicha valoracion.

El amor á la gloria y la legítima cuanto espléndida recompensa de sus afanes encariñaron á nuestro pintor con su trabajo hasta tal punto, que se resintió de ello su salud y por consejo de los médicos realizó un viaje á Egipto. La tierra de los Faraones debia ejercer no poca influencia en la inspiracion de Makart y hasta en su manera de hacer. Ejemplo es de ello su famoso cuadro *Una cacería en el Nilo*, que hoy tenemos la buena suerte de poder reproducir en nuestro periódico, como tambien reproducimos su hermosa *Germania.* Nuestros favorecedores no habrán echado en olvido que en la página 392 del tomo 1.° hemos publicado *La mañana*, preciosa alegoría, en la página 134 del tomo 2.° *El nido*, de un género delicadísimo, y en uno de los Suplementos Artísticos, tambien de 1883, *Diana cazadora*, obras todas de Makart, que prueban realmente la variedad de su genio.

Una de las circunstancias más salientes de Makart es su independencia artística: ninguna escuela le mereció absoluta preferencia; sin embargo, es innegable que en algunos de sus cuadros de mayor importancia se nota cierta tendencia á Rubens, que no por esto perjudica á su originalidad.

Hans Makart ha sido una estrella del arte moderno; su muerte ha causado vivo dolor y profunda impresion á cuantos se interesan por el genio verdaderamente grande, cuya patria es el mundo, cuyos triunfos interesan á la humanidad entera, cuya inmortalidad es la grande esperanza de sus émulos.

UNA CACERÍA EN EL NILO, cuadro por Makart

Uno de los lienzos más notables del ilustre artista que acaba de fallecer en Viena, es aquel cuya copia reproducimos en este número y que representa á la hija de un Faraon entregándose al placer de cazar, ó de pescar, en el más caudaloso de los rios egipcios. El Nilo fué el Rhin ó el Támesis de la civilizacion antigua: por sus tranquilas aguas surcaban aquellas suntuosas naves en que los magnates mecian su pereza, rodeados de hermosas mujeres compradas ó avasalladas en todos los mercados, y conducidos por esclavos vencidos en todos los países conocidos. Makart tuvo ocasion de ver por sí mismo las ruinas de esa decadencia, los despojos de ese imperio, cuya fuerza y cuyo orgullo están perfectamente representados por las famosas pirámides.

La potente imaginacion del ilustre Hans se sintió excitada por lo que veia y por lo que se imaginaba, por lo que queda y por lo que reconstruyó con su privilegiada inteligencia. Y en un momento de inspiracion, sin diseño, sin boceto, ejecutó esa inmensa tela: bajo su pincel brotaron las aguas, se poblaron de torcaces cisnes y de temibles cocodrilos, aparecieron esas embarcaciones cuyos dibujos hay que copiar en los medio enterrados monolitos y surgió la ostentosa corte de una princesa, con todo el sabor, con toda la apariencia de una verdad que únicamente se revela al paciente erudito ó adivina el artista privilegiado.

El asunto está tratado con grandiosidad y de manera magistral: Makart lo pintó en catorce dias; un pintor no comun necesitaria catorce veces más tiempo para copiarlo.

ANA JUDIC,
distinguida actriz francesa

Dentro de pocos dias tendremos ocasion de admirar en nuestro Teatro Principal á la popular artista que si hasta hoy ha sido la niña mimada (permítasenos la expresion) del público parisiense, de hoy más lo será de la mayor parte de los públicos europeos, á juzgar por el frenético entusiasmo con que se la ha acogido recientemente en la capital de Dinamarca y de la afectuosa acogida que acaba de dispensársela en Madrid. Miéntras llega el momento en que podamos unir nuestros aplausos á los de tan diferentes públicos, hemos creido oportuno ofrecer á nuestros suscritores el retrato de la popular cuanto distinguida actriz, de esa «estrella de primera magnitud de la escena,» como la llaman los parisienses.

Su gallarda presencia, su voz, sino voluminosa, de timbre por demás dulce y agradable, su expresiva mímica, su modo magistral de decir, y sus conocimientos escénicos, unidos al portentoso arte que posee para apoderarse del auditorio desde los primeros momentos, la hacen acreedora á tan hiperbólico calificativo, por más que deba especialmente su reputacion al género ligero, como el vaudeville y la opereta, y que en el dramático no haya podido rivalizar con otras artistas de renombre, para el cual no se prestan á la verdad sus facultades ni sus inclinaciones.

EL CORONEL DE CORACEROS
estudio por Meissonier

Francia es el país de los mejores pintores de escenas militares.

A Lebrun hace la competencia Vernet, á Vernet el autor de nuestro dibujo. Examínese éste, y no cabe una actitud más perfecta, una tension más natural, un vigor mejor expresado, un ardor bélico más comunicativo.

Ese coronel vuela, manda, acuchilla, entusiasma, vence!..

Si hubiéramos de representar un Marte del siglo XIX, no acertaríamos á encontrar una forma más apropiada.

GERMANIA, cuadro por Makart.

Aunque haya sido muy comun representar á las naciones por medio de matronas, en las cuales los artistas han encarnado, ó han pretendido encarnar, los rasgos más salientes de la fisonomía de cada pueblo, es indudable que Makart, simbolizando á su patria, dió otra prueba de la independencia artística y de lo poco en que tenia las tradiciones, cuando estas no tenian motivo histórico ni estético de ser. Así nuestro malogrado artista personificó en esa figura, llena de vida y de fuerza, la fuerza y la vida de la Alemania moderna, sin recurrir á la sempiterna matrona, vestida y armada á lo Minerva, copiada de un patron hecho para todos los casos de esta naturaleza, sin distincion de tipos ni de nacionalidades.

La Germania de Makart es la encarnacion de una raza; no puede confundirse con la alegoría ó símbolo de ningun otro pueblo; su belleza es germana pura, germanos son su tocado y sus armas, germano el aire de superioridad que respira, templado, empero, por esa mirada dulce, propia de las bellezas del norte.

El pincel de Makart no podia producir sino obras de primera fuerza.



HANS MAKART EN SU LECHO DE MUERTE

LA MANO DE DIOS

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuacion)

Ella se metió en el landó que partió inmediatamente, y en él se fué á la calle del Príncipe, en cuyo comienzo por aquella parte la esperaba una preciosa berlina.

—A donde siempre,—dijo al lacayo.

Entró, y la berlina arrancó.

Daba en aquel momento la una el reloj de la Trinidad, ó si mejor queremos, del Ministerio de Fomento.

V

Volvamos al café.

¿Quién era el amor, la vírgen que habia adivinado Margarita?

Eso nos lo dirá despues Andrés.

Pero vamos á describírosla.

Una niña de diez y seis años, despierta, viva, marcada con el sello de la chulería, pero rebosando un hechicero candor y una pureza inmaculada.

Una de esas criaturas abortadas por nuestro amor descreido y cínico, que conocen todas las pequeñas picardías, que ostentan los pequeños descaros, que parecen impudentes, y que son, sin embargo, arcángeles.

Los fueros de la naturaleza y del corazon que nada destruye, ni ha destruido nunca, ni destruirá jamás.

Cuestion de formas.

¡Y qué difíciles son de presentar estas criaturas anómalas, fruto híbrido de una civilizacion decrépita y podrida!

Ellas lo saben todo sin haber pasado por nada.

Ellas son como una corriente perdida, que se desliza bajo una cubierta de lodo florida y bulbosa.

Ellas son un fenómeno que se siente y no se explica.

Una fuerza incomprensible que se defiende inconscientemente guardando con una fiereza brava la independencia del corazon y de la voluntad.

El amor rudo, impetuoso, dominador de todo, de estas que pudieran llamarse las hermosas salvajes de la civilizacion, tiene todas las fragancias, todas las embriagueces de la naturaleza vírgen.

Un idilio épico.

Una cosa sacra.

Todas las cosas son, no lo que parecen, sino lo que en su fondo vive.

Hemos conocido á muchas de estas pobres criaturas á quienes no defendia ni la educacion ni la creencia; las hemos visto pasar inviolables por en medio de todas las corrupciones, de todas las monstruosidades, de todas las miserias, con la frente alta y desdeñosa, sometidas á un trabajo rudo, ansiándolo todo, sufriéndolo todo ménos las humillaciones del corazon, y esto por instinto, por naturaleza; las hemos visto rechazar todas las tentaciones, todos los atrevimientos, hacer despertar y caer en fin sin discurrir con la conviccion ni con la conciencia, por un ímpetu del corazon, en un amor que al desengañarlas las ha llevado, sin creencias que les dieran la resignacion para el martirio, al suicidio.

Si hay algo que arroje constantemente un horrible chorro de sangre y podre sobre la cabeza de nuestra civilizacion horrible, es el abandono en que deja la educacion y la garantía y la dignidad del trabajo, y el mejoramiento de la condicion del pobre.

Esto pertenece puramente á la filosofía social que verdaderamente no se conoce, y que por lo tanto no puede practicarse.

VI

Adela era una de estas criaturas incomprensibles, que fatigan á los pensadores que las estudian, y que son el resultado de nuestra mistificacion social.

Adela tenia asegurada su subsistencia.

Pero de una manera escasa.

Su madre, que habia sido una loba hermosísima, una india brava de primer órden, una de las más famosas maestras de la *Fábrica*, habia empapillotado durante algunos años, y cuando estaba ya cansada de rodar, al señor duque de la Fabilla, le habia comido un lado, le habia dado aquella niña suya ó ajena (esto no importaba, puesto que el duque la tenia por suya), se habia gastado alegremente en juergas y curiosidades lo que habia chupado al *señor*, se habia acabado de destruir en los desórdenes, habia enflaquecido y envejecido, habia echado una horrenda facha de bruja asquerosa, y se habia visto abandonada por el duque sin más auxilio que una pension de diez reales diarios señalada vitaliciamente á la niña.

La Lola habia intentado, para sacar más, el sistema del espanto por el escándalo, pero el duque la habia hecho encerrar en el *Modelo* y la habia reducido al silencio.

Añádanse á los diez reales de la pension, una peseta que como aprendiza ganaba la Adelita en el despacillado de la *Fábrica*.

A la Lola, por un escándalo la habian echado algunos años ántes del establecimiento.

Los catorce reales de la pension y del trabajo de la chica, de que ella se apoderaba, se partian entre un pillete, un chulapon de ínfima clase á quien la Lola mantenia, y una enorme cantidad de aguardiente sin el cual no podia pasar aquella señora, y con el resto se atendia á una alimentacion miserable.

No podia darse á la Adela ni peor ejemplo ni peor trato.

Para estas desdichadas criaturas hay innumerables golosos.

La Lola, que habia vivido todos sus dias de una manera tormentosa, érase una de estas madres infames, uno de estos monstruos del sentimiento, una de estas corrupciones sórdidas que arrojan de una manera tranquila y como si fuera la cosa más natural del mundo en la perdicion del cuerpo y del alma, de la conciencia y de todo cuanto puede perderse, á sus hijas.

Adela, sin embargo, y por las razones que ya hemos expuesto, por un sentimiento de dignidad, de independencia y de horror al sacrificio de su voluntad y de sus propensiones, sostuvo una larga y dolorosa batalla desde que cumplió sus catorce años, mal tratada, golpeada, afligida por todos los medios posibles teniendo en su madre un verdugo, peor aún, un demonio.

—Esta maldita,—decia la Lola rechinando los dientes que le quedaban,—se ha empeñado en ser una santa: pues que reviente de hambre.

Adela era una mártir heróica de su dignidad ingénita.

VII

Sabia la niña que era hija natural, aunque no reconocida, del señor duque de la Fabilla.

Lo sabian los conocimientos de la bruja.

Lo sabian las cinco mil de la *Fábrica*.

Lo sabia todo el mundo.

Pero la Lola no tenia pruebas materiales para hacer que el duque, que era solteron, la reconociese.

Un dia, medio reventada de una brutal paliza materna, la Adelilla se escapó, y se fué rápida y airada como una tormenta á la casa de su padre, que aunque viejo ya y casi destruido, continuaba siendo un libertino furioso.

Cuando los criados vieron que una chica tan hermosa, tan desarrollada y que tanto olia á cosa decente, buscaba á su señor, lo tuvieron por cosa convenida, y la introdujeron.

El duque no la conocia.

Al verla se le alegraron los ojos.

La mandó acercarse.

Pero la Adelilla mantuvo una distancia respetable entre ella y el duque, y le dijo:

—Si V. tuviera vergüenza, no permitiria que su hija se viese como se ve.

Y esto lo dijo con desprecio, torciendo la preciosa boca, y relampagueando los ojos de una manera bravía.

—¡Mi hija!—exclamó sobresaltado el duque.—¿Y quién es mi hija?

—Yo, la hija de Lola la cigarrera,—dijo con un desgajamiento de chulería pura la Adela:—todo el mundo sabe que el señor duque de la *Fabilla* es mi padre, y algunas veces tengo que andar de morro con las compañeras porque me llaman chungueándose, la señora duquesa; y porque lo soy, sí señor, porque lo soy, y si no lo he dicho nunca ahora lo digo y en mi casa me quedo porque sí.

El duque estaba entre tísico y asmático.

Se sobrecogió y se accidentó.

Echaron poco ménos que á empellones á la Adelilla, que produjo un escándalo de obra prima.

El duque, cuando se repuso, mandó que no la volvieran á recibir.

Pero el exabrupto habia producido efecto.

Adelilla se habia metido en el alma de su padre.

La conciencia habia gritado, habia realizado una sublevacion en su sentimiento, y esta sublevacion le habia dado el consuelo de una ternura infinita.

Sintió en su sangre á su hija.

Pero ¿cómo reconocerla?



UNA CACERIA EN EL N



…cuadro de Hans Makart

El, á causa de la brusca y formidable manera de Adela, la habia creido una muchacha pervertida.

Empezó en él una lucha interna, espantosa.

Su conciencia le dijo que fuese lo que fuese su hija, él por haberla abandonado era el responsable ante Dios de la situacion de aquella desgraciada; entónces tembló por su salvacion, porque el duque, no embargante lo libertino, era creyente, fanático, y devoto hasta con las peanas.

La sofocacion del escándalo que ella le habia dado, y la lucha con su conciencia, le empeoraron y le pusieron tan al cabo, que los médicos creyeron de su deber manifestarle que debia arreglar sus negocios.

Se aterró él duque y llamó á su notario, con el que se encerró.

El resultado fué el reconocimiento de Adelilla, á la que instituyó su heredera universal no sólo respecto á sus bienes, sino á sus títulos, y dejando sólo á su sobrina Margarita, hija de su hermano difunto, un legado considerable.

Pero no se atrevió á llamar á su hija.

Despues de otorgado el testamento, le administraron.

Pero como si el descargar su conciencia con el cumplimiento de su deber, hubiera sido para él una medicina milagrosa, se rehizo y escapó.

El testamento estaba bien seguro de una invalidacion, porque el duque atribuia, y no sin razon, á su acto testamentario el haber escapado de las garras de la muerte, cuyo aliento helado, fétido, habia sentido en las narices.



ANA JUDIC, distinguida actriz francesa

VIII

Los notarios deben guardar sigilo como los confesores.

Pero una cosa es el deber y otra cosa el hecho.

Buscó á Margarita, y con grandes preámbulos y exigiéndola grandes seguridades la reveló, para su gobierno, lo que el duque le habia prevenido quedara en secreto.

Margarita estaba acostumbrada al materialismo, al positivismo, al individualismo de nuestros dias.

Ella no tenia ni pensamiento, ni sentimiento mas que para sí misma.

No salia para nadie ni por nada de la esfera constitutiva de su sér.

Para ella el fin justificaba los medios.

Era un egoismo formidable, capaz de todo por sí mismo

Sabia además encubrirse bajo una reserva fria y calculada.

Oyó impasible al notario, y cuando concluyó le dijo:

—Doy á V. las gracias por su intencion: pero mi tio ha cumplido estrictamente con su deber y nada tengo que pensar ni que hacer contra su voluntad. Yo soy de su misma opinion.

El notario salió contrariado.

Le habian puesto la ceniza en la frente.

Sobre todo, le habia hecho fiasco un gran negocio.

IX

Andaba entónces detrás de Margarita Andrés Diaz del Pardo, célibe recalcitrante que se habia consagrado toda su vida á los amores de ocasion.

Era un alto funcionario jubilado sobre las cajas de Ultramar, en donde habia vivido muchos años, y que habia llegado á los altos empleos por el camino de la política.

Al jubilarse se retiró de las candentes luchas de partido.

Pero no renunció al amor.

El se sentia jóven á pesar de sus años.

El tenia una inconcebible fuerza de voluntad y una especie de facultad extraña para engañar á las mujeres.

El insistia en los empeños más difíciles, seguro de ser amado.

Sabia esperar.

Tenia la mirada poderosa y la palabra ardiente, bella, conmovedora, apasionada.

Pero Margarita le traia á mal traer.

Sin faltar en nada á las formas, le hacia sentir una indiferencia despreciativa.

Margarita cambió de improviso cuando necesitó un instrumento.

Sabia que Andrés era por ella capaz de todo.

Empezó pues á trastearlo.

A meterlo en jurisdiccion.

Le autorizó, en fin, á que le presentaran en casa de su tio.

En la primera ocasion en que Andrés pudo hablarla á solas, Margarita se sobrecogió.

La pasion que ella habia ansiado en el hombre de su amor, que no habia encontrado en nadie y á lo que se debia el que se hubiese mantenido soltera, la encontró en Andrés.

Aquello era la exacerbacion de cuantos amores soñados por el deseo puede sentir un hombre por una mujer.

Aquello era el paroxismo manifestado en la mirada, en el semblante, en las declaraciones, en el acento, en la perturbacion terrible y formidable de todo su sér.

Aquello era una adoracion contagiosa que luchaba naturalmente con los desperfectos que habian causado los años en el enamorado.

Pero habia en Andrés algo virtual, algo mentorio, algo prodigioso que se sobreponia á todo.

Una magia que no se explicaba.

Margarita gozó al fin la inefable ventura del sentimiento del amor, y por contagio se hizo tan tentadora, tan avasalladora, tan infinita para Andrés, como Andrés lo era para ella.

Sin la circunstancia del testamento del duque la cuestion se hubiera terminado pacíficamente de una manera vulgar.

Un casamiento hubiera sido una solucion fácil.

Pero el amor no mataba en Margarita el cálculo, el egoismo, la avaricia.

Seca de corazon para lo que no le halagaba, habia concebido como solucion de su cuestion de intereses el crímen.

No habia retrocedido ni durante un solo momento en su proyecto.

El amor no habia modificado ni su vanidad ni su avaricia.

Tenia al fin un instrumento ciegamente sumiso á su voluntad y tenia la seguridad del triunfo.

Pero era necesario no perder el tiempo.

El duque se extinguia rápidamente.

Era necesario que su hija, secretamente reconocida por él, no le heredase.

Habia querido conocerla ántes de herirla, y Andrés, como hemos visto, se la habia mostrado en el café Imparcial.

X

El cochero de Andrés lo llevó á la espalda de uno de los más bellos hoteles de los situados entre el barrio de Salamanca y Chamberí.

El carruaje se quedó entre los árboles.

Andrés dió la vuelta, se acercó al postigo y llamó á él levemente.

El postigo se abrió.

Pasó Andrés.

La oscuridad era densa.

Una mano deliciosa asió otra mano de Andrés que la atrajo á su boca y la besó hambriento.

Ella dió un grito.

Habia sufrido una sensacion semejante á la de una quemadura.

Aquella quemadura se habia extendido por todo su sér y habia llegado hasta su corazon haciéndole sentir un deliquio.

Pero se rehizo inmediatamente con su incalculable fuerza de voluntad y rechazó de sí á Andrés que habia rodeado el talle con un brazo tembloroso.

El se sintió dominado.

Margarita tenia en él un esclavo.

XI

Pasaron por el vestíbulo, que estaba desierto.

Atravesaron un salon.

Entraron en un gabinete ornamentado con un gusto admirable y de todo punto artístico.

Margarita se sentó en uno de los sillones de la chimenea, y señaló el otro á Andrés que parecia perplejo.

Su mirada atónita devoraba á Margarita.

Se sentó al fin maquinalmente.

El espíritu de la tentacion con todas sus terribles potencias le envolvia.

Y Margarita aparecia tan impresionada como él.

—Tuya mi vida y mi alma,—dijo ella con acento opaco, ardiente, fascinador.

Y extendió los brazos como para rechazar á Andrés que habia hecho un movimiento y que se dejó caer otra vez desalentado, desesperado y como herido, sobre el ancho sillon.

—Es necesario que cuanto ántes salgas,—repuso ella;—tengo miedo: una palabra no más: si quieres que nuestros amores acaben su tormento, mátala.

No se podia ser más explícita.

—¡Que la mate!

—Sí; es necesario que no se desvanezcan las esperanzas que legítimamente he acariciado tantos años de heredar á mi tio: si no me das esa prueba de amor no soy tuya, aunque para no ser tuya muera desesperada: ya lo sabes; vete.

—¡Un momento!...

—¡Vete!

Dijo Margarita de tal manera estas palabras, que Andrés se levantó.

—¿Y si muere?—dijo.

—El casamiento inmediato,—respondió Margarita levantándose.

(Continuará)

TIPOS QUE SE VAN

EL VENDEDOR DE FIGURAS

«Todo el mundo es patria.»

Este principio cosmopolita ó anti-patriótico saca de sus casillas á un sinnúmero de individuos, y hace un aventurero del hombre pacífico.

¡Qué idea tan lisonjera y tan avanzada y tan propia del siglo XIX!

Eso de vincular el cariño en una sola nacion es un egoismo insoportable.

Cuando aparece y fructifica y se extiende por el mundo la bienhechora y grandiosa idea de la abolicion de la familia particular en pro de la familia humana, el amor á la patria, que decian los antiguos arrastrados por su ignorancia, representa un sentimiento raquítico y miserable.

Cuando todo el mundo es familia (¡y qué familia!) ¿por qué no ha de ser todo el universo una sola patria comun?

Por otra parte, nadie es profeta en lo que llama su patria. Es preciso que el hombre vague, pase una existencia errante, como *El Judío*. Andar y andar...

Y no se crea que esto es una disculpa muy ingeniosa del que al marchar deja en su patria algunos ingleses y varias víctimas de sus necesidades y sus holguras. No es por aquello de *quien te entienda te compre*, porque no todos los hombres ó las mujeres se venden, ni todos encuentran quien les ponga precio.

El hombre que emigra lleva siempre áun á falta de maleta, mucha esperanza y mucha fe en la caridad del prójimo.



ESTUDIO, por Meissonier

Hay excepciones, pero no tienen nada que ver con mi asunto.

Yo me refiero á esos séres que viajan en tercera en el ferro-carril, en mulo de cuando en cuando, y á pié algunas veces para mayor economía.

En su afan de mezclarse y confundirse los españoles se van á Francia ó á Inglaterra, ó á Ultramar. Los franceses, los ingleses y los ultramarinos vienen á España. Todos buscan léjos de la patria lo que no encuentran en ella; algunos encuentran lo que buscan; otros se mueren buscando; la mayor parte vuelven al punto de partida con algunos años de más y algunas ilusiones de ménos.

Generalmente los emigrados ó los prófugos españoles no van á trabajar á ninguna parte, salvo algunos casos. Los extranjeros que vienen á España siempre intentan hacer algo; por lo ménos hacer dinero.

Y muchos lo consiguen, porque la verdad es que España, que pasa por ser un país inhospitalario, es el refugio de todas las nulidades y de todos los perdidos del mundo é islas adyacentes.

Aquí un francés, ó un inglés ó un chino, aparece como llovido del cielo, y á los cuatro dias ya tiene ocupacion y dinero. Se llama médico ó ingeniero, ó lo que le da la gana, ó establece un *restaurant* ó enseña la lengua.

En España, es aprendido como en ninguna parte el principio cosmopolita «todo el mundo es patria;» pero con una ligera correccion para terminar propiamente la frase: para esa clase de españoles «todo el mundo es patria ménos España.»

Edificante prueba de fraternidad universal.

El artista extranjero cae siempre en España, repito, como llovido del cielo. ¿Quién ignora que los artistas extranjeros tienen muy buenas manos, Dios se las conserve?

¿Cuándo habia de llegar un español, por muy artista que fuese, á modelar, por ejemplo, esas figuritas de yeso que venden los italianos por calles y cafés?

Aquí podrán hacerse figurones de barro, que suelen salir perfectamente acabados, como los hacen en Málaga y Granada; pero por regla general pocos españoles saben hacer los monos como los italianos ó los franceses, *verbi gracia*. Y eso que ahora vamos adelantando mucho en esa parte plástica.

Un vendedor de figuras de yeso, es á un tiempo un artista y un comerciante, un filósofo y un industrial.

Generalmente el constructor de monigotes de escayola es un veterano del ejército de Napoleon III ó I, segun la edad, ó un *bersaglieri* de Garibaldi, que despues de *unificar* á Italia se ve deportado por el gobierno de su país.

¡Qué tipo tan marcial el del *figurero!* ¡qué aspecto tan artístico! bien se le conoce su orígen y aficiones particulares, especialmente cuando consigue colocar un puñado de modelos, y puede dedicar algunos fondos á la compra de las primeras materias, es decir, del vino.

¡Qué campechanos son los extranjeros, cuando consiguen hacer algun negocio en España, siquiera sea mezquino, y más sobre todo cuando están borrachos!

A cualquiera le cuentan su historia, ilustrada con caricaturas.

Hablo de los italianos, de los franceses ó de los portugueses; los alemanes y los hijos de la Gran Bretaña ni son tan comunicativos ni hacen monigotes de yeso para adornar las mesas ó los estantes.

Los pueblos de la raza latina se distinguen por sus aficiones y por su carácter.

El constructor de los muñecos de yeso es casi siempre italiano, de Roma ó de Toscana, y de cuando en cuando florentino.

Su padre, segun él, fué tambien artista: es una herencia la del arte, que léjos de enriquecer abruma. Por eso no tiene nada de particular que el constructor de objetos artísticos no viva con holgura á pesar de la herencia y de su mérito indisputable.

El padre del constructor de figuras, ha muerto, segun dice el hijo, peleando por la patria (¡caso raro!) En cambio él no tiene patria ni familia.

Ha pasado los primeros años de su vida estudiando el arte... de no hacer nada, y se encuentra al poco tiempo con que han acabado su carrera el padre y él. El uno la carrera de la vida, el otro la del arte.

Una vez en España, adquiere las primeras materias para la fabricacion, y se establece sin que nadie *le dé la mano, ni haga nada por él el gobierno constituido*, como dicen los nuestros; quiero decir, nuestros *artistas*.

La existencia del *figurero* es un misterio para quien no conoce los secretos del arte.

¡El arte! palabra vaga ó vagamunda que indica un martirologio completo, pero sin esperanza de remuneracion en otra vida, ni en esta.

Y si no que lo diga el *figurero*. Se levanta al amanecer y saca de la nada ó de la escayola ángeles y caballos, y guerreros y ninfas en traje de baño ó de catre. Al soplo divino de aquella boca, al contacto de aquel hálito embalsamado por la divina esencia del aguardiente con que el artista se desayuna, brotan, como evocados por la divinidad: Dante, en traje de gala y con su *Divina Comedia* en la mano; la cabeza de Séneca de tamaño irregular ó la de Napoleon I; Vénus Citerea ó Cupido con avíos de cazar corazones, etc., etc.

Algunos quedan en incubacion hasta el dia siguiente; otros aguardan resignados hasta que les llegue el turno de salir á la venta.

¡Qué ignominiosa civilizacion la de nuestros tiempos! ¡Todavía se venden las obras de arte! Las obras de arte, que solamente deberian cambiarse, pero nunca venderse. Es verdad que ya se venden hasta los artistas.

Dígalo el *figurero*, que cargando con algunos modelos cuidadosamente colocados en una tabla, se lanza á la calle, y establece su despacho en el antepecho de una de las ventanas del Teatro Principal durante el dia, ó recorre algunos cafés durante la noche ofreciendo sus modelos.

Cuando el negocio marcha, esto es, cuando ha conseguido el artista desprenderse de un par de cabezas de hombres célebres, de una ninfa en cueros ó de un grupo de infantes y caballos, el precio, que varía siempre de veinticinco duros á dos reales segun la inteligencia y voluntad del comprador ó aficionado, lo invierte el artista en satisfacer sus primeras necesidades.

El constructor de figuras tiene tambien sus parroquianos, cuyas casas recorre siempre que recibe algun nuevo modelo, ó por lo ménos bastante antiguo para que todo el mundo le tenga ya olvidado.

El hacedor de los muñecos es un tipo principal. ¿Quién no le conoce? Todo su vestuario está reducido á un pantalon de hilo de Bayona, muy semejante al algodon catalan, una blusa de la misma tela, un hongo, que fué, ó una gorra infantil, unos borceguíes gallegos, que no moriscos, y una pipa marsellesa; esta sobre todo.

El *figurero*, como todos los tipos populares, ha perdido mucho de su antigua popularidad: ya no es ni sombra de lo que fué. ¿Cómo era posible que atravesase las calles cargado con sus muñecos sin que por lo ménos le rompiesen la crisma de una pedrada, ó le destruyesen por el mismo procedimiento cuatro ó seis pedazos de sus entrañas (vulgo hijos), cuatro ó seis modelos, que dejaban de serlo en un instante?

Hoy el *figurero* es un ciudadano con su anatomía ó autonomía como otro cualquiera, que va por donde le acomoda, sin que nadie se meta con él, y que hasta pudiera aspirar á ser presidente de alguna asociacion ó concejal de cualquier pueblo.

A todo, ménos á formar un capital: el arte no recompensa á sus devotos más que con ingratitudes.

El *figurero* desaparece de una ciudad de la noche á la mañana, lo mismo que llegó á ella: recorre algunos pueblos vendiendo santos y crucifijos de la misma materia que la cabeza de Séneca ó la de Napoleon I, y por último, un dia anochece y no amanece para él en España.

Cuando recorre muchos pueblos orgulloso y pregonando su mercancía, todas las muchachas le detienen para enterarse del surtido, todas las viejas para ver los santos y decir que parece que van vivos, y todos los chiquillos y desocupados para divertirse á costa del italiano ó del *franchute;* porque para cierta gente no existen en el mundo más que *franchutes* y españoles, pero más de los primeros.

En fin, el *figurero* se vuelve á su país para adquirir nuevos modelos, ó adquirido ya el convencimiento de que el *arte* dará honor, pero no renta.

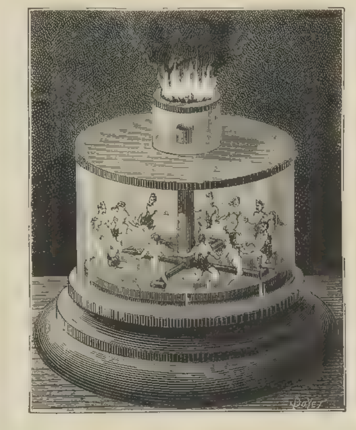
Mas la familia de las golondrinas es interminable: unas van y otras vienen, y nunca faltan vagando por el mundo centenares de figuras y de *figureros*.

E. DE LUSTONÓ

LA CIENCIA ANTIGUA

La ciencia en la antigüedad, ni más ni ménos, bajo cierto aspecto, que la ciencia moderna, manifestábase bajo dos formas distintas. La ciencia *por sí:* la ciencia *por sus aplicaciones*.

Bajo una forma, era eminentemente práctica, de todo punto empírica, y se aplicaba á los usos y necesidades de la vida como receta ó procedimiento, que la casualidad, la experiencia, ó quizá algun Dios benigno en ratos de buen humor concedió á los mortales para su satisfaccion ó ayuda.



ALTAR MARAVILLOSO DESCRITO POR HERON

Bajo otra forma la ciencia se escondia cuidadosamente en el templo, era monopolio exclusivo de la casta sacerdotal, se cultivaba por sí misma y por sus relaciones con la Teología, y si alguna aplicacion práctica tenia, era la de fascinar á la masa ignorante de los creyentes con maravillas y prodigios, verdaderos milagros del valle del Nilo ó del suelo helénico.

La ciencia práctica enseñaba á los hombres á triturar el grano, á amasar la harina y á cocer el pan; á exprimir el jugo de la uva y á fabricar el vino; todo ello acompañado con la admirable invencion de los fermentos, química incipiente de aquellas remotas edades.

La ciencia práctica les enseñaba la extraccion y preparacion de los metales; y el oro, la plata, el plomo, el estaño, el bronce y el hierro, acudian como pesada turba de vigorosos esclavos al templo, al lujo, á la circulacion monetaria, á la industria y al campo de batalla, ayudando al hombre en sus creencias, en sus pasiones, en sus trabajos y en sus luchas.

La ciencia práctica arrancaba al Vesubio y al Etna su azufre; á las cavernas del Asia sus nitratos; al amargo piélago su sal marina; á la Cirenaica su *ammos* ó sal de amoniaco; á Chipre su alumbre; sus calizas, arcillas y sílices á toda la rugosa piel de la madre tierra; á los álcalis su accion vitrificante; y de esta suerte atendia á nuevas y nuevas necesidades, dulcificando las penosas sendas que habian de conducir á más altas civilizaciones. Y el azufre con el *borith* y el *neter* de los hebreos purificaba el alma en las ceremonias religiosas y blanqueaba las telas para la vida civil; y la sal marina conservaba carnes y pescados y condimentaba los alimentos, destruyendo lo *insípido*, sabor negativo de la nada, que aún traia el hombre primitivo sobre sus labios, con estimulantes apetitos de existencia; y el nitrato de potasa era medicamento preciado de los doctores de Roma, y mansamente se desleia en un vaso miéntras le llegaba la hora de tronar en la férrea boca de los cañones, ó de estallar en minas y canteras; y el alumbre y las sales de hierro y todas aquellas sustancias que griegos y romanos llamaban *alumen* y *stypteria* se empleaban en la preparacion de lanas y cueros, y en medicina, con su poder astringente, contenian hemorragias, limpiaban llagas pútridas, y puede decirse que con dolorosos besos de implacable amor despertaban al sér á la vida, cuando en el mortal cóncavo de la úlcera maligna comenzaba á dormirse; y la piedra y el mortero creaban las maravillas de Thebas, Babilonia y Atenas; y la sílice y las materias alcalinas sucias y opacas, unidas por el amor y purificadas por el fuego, se fundian en masa cristalina por cuyo seno pasaba limpio el rayo de luz refractado, como si hiciese respetuosa genuflexion ante el maravilloso sér, no de otra suerte que el devoto al cruzar por el templo ante los ídolos de su creencia; y el lino de Egipto, y el algodon de la India, y el cáñamo de las Galias y multitud de materias textiles cubrian el desnudo del sér humano arrancándolo á la barbarie, recogian el soplo del viento en lo alto de los mástiles, entoldaban públicas diversiones ó carreras triunfales y formaban flexible cadena de invisibles eslabones desde el manto del emperador al sudario ó á las mágicas y pintarrajeadas vendas del embalsamado cadáver.

La ciencia práctica bajo forma de industria lo abarcaba todo y á donde una necesidad despertaba acudia diligente. Alimentos, bebidas, metales, piedras, tejidos, sustancias químicas, la materia con todas sus formas y todos sus colores, desde la púrpura de los moluscos recogidos en las pesquerías de las costas de Narbona, ó del Atlántico europeo y africano, hasta el bello color del geranio, y hasta el azul vegetal del *hysginum* de que hablan Vitruvio y Plinio; hasta las materias colorantes minerales con sus ocres, sus óxidos y sus sales de cobre, plomo y mercurio; todo, materia, fuerzas físicas, fuerzas químicas, formas, matices, opacidades ó transparencias, rigideces ó flexibilidades, medicinas y venenos, cuanto pudo tener una propiedad que satisficiese un apetito, un deseo, una necesidad ó una pasion, fué utilizado por procedimientos industriales, que brotaban espontáneamente de la observacion y de la experiencia, método hoy tan en boga y empleado ya desde el primer dia por el primer hombre aunque no fuese más que para arrancar una fibra vegetal ó sacar punta á un guijarro.

Esta era la ciencia práctica, repetimos una vez más; pero no era la ciencia reflexiva, metódica, ordenada, con sus leyes y sus síntesis, más ó ménos exactas, verdaderas ó falsas, poco importa: esfuerzo de organizacion, en todo caso.

La verdadera ciencia, allá revuelta con la metafísica y con la teología, pero pugnando desde el principio con ambas, estaba aprisionada en el interior de los templos y servia para meditacion y goce espiritual de los iniciados, para esplendor en las ceremonias del culto y para asombro de los ignorantes que imaginaban prodigios lo que era aplicacion de leyes físicas y químicas.

Mr. Albert de Rochas en su interesante obra sobre la ciencia en la antigüedad cita multitud de ejemplos, de los cuales ya en otros artículos nos hemos ocupado, y á los cuales en el presente artículo hemos de agregar un ejemplo más.

Está tomado de las *Pneumáticas* de Heron y parece reproducir un pasaje del canto XVIII de la *Iliada*.

GERMANIA, por H. Makart

Imaginemos el altar maravilloso formando como una columna truncada en el centro del templo.

En su superficie superior ha de encenderse el fuego sagrado, y bajo ella hay una cámara ó espacio lleno de aire.

El cuerpo cilíndrico de la columna es trasparente, formado tal vez de vidrio ó cristal (dejando la distincion á salvo); que ya los egipcios, mucho ántes que los fenicios estableciesen sus cristalerías, fabricaban en Tebas y en Menfis cristales de color, y blancos cristales, y en sus tumbas se encuentran pedazos de esta sustancia, incoloros ó teñidos de esmeralda, de zafir ó de amatista.

Desde la cámara de aire baja un tubo que sirve de eje á multitud de pequeñas figuras, las cuales á su alrededor forman alegre círculo como el que Dédalo formó para Ariana la de la hermosa cabellera. Son estas figuras, ó encantadoras vírgenes cogidas de la mano y golpeando el suelo con el ligero pié, mientras sus túnicas de blanquísimo lino flotan en el aire siguiendo la rápida ronda, ó sátiros barbudos de bestial rostro.

Por último, de la parte inferior del tubo, ó eje central, parten horizontalmente brazos diversos que son tambien otros tantos tubos, los cuales sirven de sosten á las figurillas, y que en *su extremo se retuercen de modo que su última* porcion siga la direccion del círculo móvil.

Hé aquí todo el mecanismo. Veamos ahora sus efectos.

¿No arde el ara? pues todo está inmóvil: eje, brazos ó tubos inferiores, ninfas y sátiros.

¿Pero el sacerdote enciende el fuego sagrado? pues la fantástica ronda comienza al punto.

La explicacion, prescindiendo de algunas dificultades que ocurren y sobre las que no es oportuno insistir, es en extremo sencilla.

El fuego del ara calienta el aire de la cámara superior: éste dilatándose no encuentra otro camino que el tubo vertical; por él baja, siguiendo despues, para buscar salida, los tubos inferiores, y por la boca de ellos sale determinando, por aquel principio conocido de física que se llama *de la reaccion*, el movimiento circular de todas las figurillas.

El mecanismo no es en rigor otra cosa que una *turbina de reaccion;* turbina de aire en vez de ser de agua.

Los sacerdotes griegos y quizá tambien sus predecesores los egipcios conocian pues el principio físico en que estriban estos mecanismos.

La turbina existia, pero como insignificante juguete ó como cómplice de una superchería sacerdotal en el seno del templo pagano.

Hoy la turbina es un honrado trabajador, que recoge la caida de agua y la convierte en utilísimo trabajo; ya muele trigo para el necesario pan de cada dia, ya mueve en el taller poderosas máquinas, ya engendra la luz eléctrica que ha de sustituir al sol en las sombrías horas de la noche.

Tal es la diferencia de los tiempos y de las civilizaciones.

JOSÉ ECHEGARAY

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 3 DE NOVIEMBRE DE 1884 — NÚM. 149

¡MUERTA!

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Carreras de caballos.—El culto de la materia.—El jockey.—El poema del hierro.—Tamayo en la Biblioteca Nacional.—¿Por qué no escribe Tamayo? Digámoslo.—Un libro prohibido.—La cuestion del Real.—Ultima version.

Han empezado las lluvias de otoño, pero han tenido la consideracion de suspender un dia sus hilos de agua en la atmósfera para que la buena sociedad madrileña celebre la primera carrera de caballos en el Hipódromo de la Castellana. Los cronistas de la *alta vida* (traduciremos esta vez al castellano la frase inglesa que tanto se usa sin saber lo que significa) dicen que esta vez no se ha podido dar á la fiesta del Hipódromo la brillantez que suele.

El Rey no asistió á ella; muchas personas de la aristocracia faltaron; en cambio hubo gran número de apostadores que fueron allí á perder ó á ganar su dinero en las mismas condiciones en que irian á una ruleta. El *Sport* hípico no está en España tan desarrollado como es preciso para que esta fiesta interese á un número considerable de personas; queda reducido, pues, á un espectáculo no del todo comprendido por el público, y como tal, es indudable que ofrece atractivos. El caballo, cuidado como el Gran Turco cuida á sus odaliscas, enfundado con mantas inglesas todo el año, de tal manera que no le da el sol ni el polvo á uno solo de sus pelos, conducido á mano por el *groom* y mordisqueando las correas del bridaje, es el principal motivo del espectáculo; luégo despues aparece el *jockey*, enano, robusto, de nervios de acero, con su casaca de raso flotante y multicolor, con su casquete calado hasta las orejas, bajo cuya visera se ve un rostro que no se puede decidir si es de viejo amojamado ó de niño revejuelo, con unos pelos amarillos que podrian tomarse por una sembradura rala de azafran, encima del labio y á lo largo de las mejillas; con sus pupilas verdosas y pálidas; triste, desgarbado, incompleto, porque ha nacido y se ha educado para que la multitud le contemple á caballo, y cuando se le arranca de la silla y se le pone sobre el suelo, parece una figura á la cual falta su *pendant*. La educacion del *jockey* y la del caballo corren parejas y son igualmente antinaturales. En vez de luchar los caballos tal y como la naturaleza los produce ó tal como el arte de la procreacion pecuaria los da de sí, se añaden á estas condiciones de la lucha entre las distintas ganaderías una serie de prohibiciones, de compensaciones y garantías que sólo pueden explicar los que sean doctores en Hipódromos y licenciados en cuadra. Para igualar á dos caballos que tienen igual estatura, igual edad, igual procedencia, igual linaje, pero uno de los cuales les ha ganado en otra carrera un premio, á este gananancioso se le echa encima un peso superior al que tiene el otro. ¿Por qué? ¿Qué razon hay que justifique este absurdo? Se trata de dos fuerzas iguales; en el momento en que se las desequilibra la lucha es desigual. Permítaseme á mí, profano completamente en estas profundidades del *turf*, echar mi cuarto á espadas sobre materia de que tan poco entiendo.

En cuanto á la educacion del jockey, más que educacion es formacion. No se le deja crecer, se le pesa todos los dias, se vigila el desarrollo de su vientre, se le obliga á andar leguas y leguas á pié calzado de pesados borceguíes para que sude y enflaquezca; quiere el hombre beber vino ó agua, nada de eso: ron, ron á todo pasto y comer poco y eso carne medio cruda rociada con té. De esta esclavitud en que vive el jockey, nace sin duda la tristeza de esos rostros que vemos pasar sobre la cruz del caballo, veloces, rapidísimos, ante nuestra vista por la arena del Hipódromo. Esclavos son ni más ni ménos que los antiguos que acudian á las luchas de carros y á la carrera á pié de los circos romanos; y así como aquellos, llevan en los colores de sus blusas, no el prestigio de la ganadería nacional, sino el orgullo de una familia aristocrática ó de un prócer de la Bolsa, bastante rico para pagarse el lujo de tener cuadra, *horizontal* y jockey.

Triste es reconocerlo, pero ¿qué razon hay que nos lo impida? ¿Por ventura hemos hecho nosotros profesion de fe de Tartufos? Y aunque la sociedad con el dedo puesto sobre los labios nos imponga silencio, hemos de decirlo. Las carreras de caballos del Hipódromo, las corridas de toros de todas partes, los aplausos con que el público aristócrata de la Castellana acoge á *Rat-Penat*, caballo del Duque de Fernan Nuñez cuando aparece cabrioleando en la pista; el entusiasmo de los taurófilos que desenganchan en Málaga el tiro de mulas del coche donde va el espada Mazzantini y conducen al torero en triunfo hasta la fonda donde se hospeda; la cola de 500 aficionados que van detrás de la carretela de *Lagartijo* en Córdoba palmoteando y vitoreándole... todos estos grupos nacionales, todos estos detalles de la vida pública en España ¿no es verdad que corresponden á siglos más atrasados, á épocas que parecian mandadas recoger y que se pudrian cubiertas de polvo en un rincon del Museo Arqueológico?

***

No hay que extrañarse, pues, de que á este culto de la materia, que á esta adoracion de lo externo, á esta postracion de las multitudes (de todas las multitudes, así de las que se visten de raso y lucen los brillantes de Golconda, como las que visten blusas y se desayunan con una sardina y medio panecillo duro), ante el ideal de la carne, ante el hombre hecho, ante el triunfo, venga de donde viniese y proceda de donde procediese, corresponda esa larga crónica de crímenes que diariamente traen las columnas de los periódicos. Tres han ocurrido en la última semana, tres proezas de navaja, de esas en que cuando pasan los años y el curioso va á revolver en los amarillentos legajos de las causas criminales, ve aún entre las relaciones de las indagatorias y los considerandos de las sentencias el hierro agudo y goteando sangre que brilla siniestramente en el cielo de España.

***

Mucho se ha elogiado estos dias el acto en virtud del cual el Sr. Ministro de Fomento D. Alejandro Pidal ha destinado á ocupar el cargo de Director general de la Biblioteca y del Cuerpo de archiveros y bibliotecarios al eminente dramaturgo D. Manuel Tamayo y Baus, autor del *Drama nuevo*, de *Locura de amor*, de *Virginia* y de otras producciones dramáticas dignas del más excelso talento. Ha merecido tales simpatías este nombramiento, porque el Sr. Tamayo y Baus es el primer autor dramático de España, uno de los pocos literatos cuyas obras resultan indiscutibles hasta para sus enemigos, un prodigioso constructor de frases y un maravilloso creador de caracteres; y además, porque el Sr. Tamayo y Baus vive en la modestia más absoluta, en un retiro monacal, en el piso principal de la Academia Española que por antigua tradicion concede á sus secretarios perpetuos, cargo que ejerce este insigne hombre, el hospedaje. El Sr. Tamayo se obstina en vivir separado de los aplausos y de las multitudes, se niega á escribir ninguna otra nueva produccion; y aunque no este año ni el pasado, sino todos, las empresas teatrales solicitan de él una obra, nunca la consiguen. El Sr. Tamayo se contenta, ya lo hemos dicho ántes de ahora, con vivir de la sombra de su gloria y del recuerdo de sus triunfos.

Hace pocas noches un amigo mio se encontraba con el Sr. Tamayo en el *foyer* de un teatro y despues de darle la enhorabuena por el nombramiento de que ha sido objeto le decia:

—Vamos á ver, D. Manuel, confiéseme V. con franqueza qué motivo es el que le aleja de la escena. ¿Por qué no escribe V. nada nuevo? ¿No sabe V. que el público lo espera con ansia? ¿Ignora V. acaso que literatos, críticos, poetas, novelistas, periodistas tendrian por gloria el elogiar lo que V. escribiese y ponerlo por encima de los cuernos de la luna, tributándole uno de esos homenajes públicos que honran á las naciones porque acreditan el culto hácia sus hombres eminentes y el amor hácia las glorias vivas? Pues si esto es así, y V. no podrá negar que es cierto cuanto digo, ¿á qué viene ese empeño, á qué esa tenacidad pesada, por qué privarnos del placer de que escuchemos y aplaudamos una nueva creacion del autor del *Drama nuevo*?

A lo que el Sr. Tamayo y Baus contestó con una sonrisa entre benévola y mefistofélica que le caracteriza, que seria imposible de pintar y que resulta aún más imposible de describir:

—Vea V., dijo el insigne dramaturgo, todo eso que usted ha dicho es verdad; sé que aunque inmerecidas tengo muchas simpatías y que sin que yo haya hecho nada para obtenerlo, el aplauso público está unido á mis obras. Pero esto consiste en una cosa muy sencilla. Todos me tratan como á un muerto. ¿Ha visto usted que cuando se pone en escena una obra de Lope de Vega, se le ocurra á ningun Zoilo ni á ningun criticastro poner defectos á aquello que se está representando? Sin duda alguna que no. Pues lo mismo sucede con mis dramas. Todo el mundo está convencido de que yo no he de escribir nada para el teatro, y me tratan con esa benévola condescendencia que inspiran los difuntos. Es más, llega mi optimismo á creer que si hiciese una obra nueva seria muy aplaudida; pero ¡ay de mí, si hacia otra despues! es decir, si insistia en la faena, porque como todos se convencieran de que aquel á quien ellos habian cantado los responsos de gloria se obstinaba en volver al mundo y participar del banquete de pan y celebridad de sus contemporáneos, entónces vendrian sobre mí flechas envenenadas y me reducirian á polvo. Nada, nada, créame V. que hago bien en lo que hago: silencio, oscuridad, calma, no aspiro á otra cosa y eso lo tengo ya.

No nos convence el Sr. Tamayo con este razonamiento. Algun motivo hay más poderoso que obra constantemente en su espíritu, que atenacea y ata sus facultades creadoras. ¿Qué puede ser ello? Pues no es para nosotros difícil la solucion de este enigma. Los académicos cuando abandonan el mundo de los mortales y entran en aquella casa de los inmortales, parecen contraer un compromiso tácito con sus nuevos compañeros: el de escribir poco ó nada, porque si escriben mucho serán muy discutidos y á aquella santa casa donde se conserva el idioma entre algodones no le conviene la discusion pública, porque de ella siempre sale mal librada. Hay excepciones en esta regla general; así, por ejemplo, el ambiente académico contrario á la actividad y al trabajo no ha podido agotar la facultad creadora inmensa de Castelar ni la concepcion de Campoamor; pero la mayor parte de los hombres eminentes que ocupan sillones académicos escogen para brillar entre sus contemporáneos la elocuencia del silencio.

Otro fenómeno curioso de la Academia Española, y no es de aquellos que deban perderse de vista para examinar esta materia, es con qué facilidad han entrado en su seno literatos de mérito nulo, hombres que no han escrito nada que el público aplauda. Pues bien, estos tales son los que llevan la batuta en la Academia. Cañete, Catalina, Leopoldo Augusto de Cueto, el Conde de Cheste, puede decirse que estos señores son los amos de la Academia Española. Quien éntre allí, es preciso que se haya puesto bien con ellos; y cuando los escritores liberales de mérito, que han ingresado en la Academia porque la fuerza de la opinion pública los ha impulsado, y ha conseguido vencer las barreras, llegan á la puerta de la eleccion, ántes tienen que ir á celebrar una misa en el altar donde se adora á Cañete.

***

Mucho ruido ha producido esta semana la publicacion de una novela del Sr. Lopez Bago, titulada *La Prostituta*. Del contenido de ella baste decir que la autoridad gubernativa ha prohibido su circulacion conminando con 2,000 reales de multa al librero contraventor de la medida prohibitiva.

Aunque el autor presenta este libro con el carácter de ensayo naturalista, no lo es en verdad, y si fuera lícito discutir sobre cosas prohibidas se lo probaríamos al señor Lopez Bago. Hay un error notable en lo que atañe al naturalismo, que consiste en considerar tanto más naturalista una obra cuanto más obscena y la verdad es que naturalismo sólo quiere decir «verdad.» Por el camino emprendido se llegaria á pintar una humanidad encenagada en vicios y rodeada de lupanares, hospitales y lonjas de amor, como si los hombres además de tener este vicio no tuvieran otros, y como si contra esta cuenta de maldades no pudiesen oponer una considerable data de virtudes.

***

Continúa sin resolverse la cuestion del Teatro Real. ¿Se abrirá? ¿No se abrirá? Los abonados confabulados contra el empresario se disponen á dar una batalla cada noche. El empresario se defiende procurando contratas con los mejores cantantes, pero los cantantes se niegan á presentarse ante un público á quien temen de antemano. En esta disposicion de espíritu el público será capaz de silbar á un coro de serafines en que cantara un solo el arcángel San Gabriel. Hoy por hoy es la gran preocupacion y el único motivo de conversacion en los círculos distinguidos de la corte. Las opiniones están divididas. Unos dicen que el empresario ha provocado al público á una lucha en que saldrá derrotado por su empeño injusto de aumentar los precios de las localidades; otros sostienen que el empresario está dentro de sus atribuciones poniendo precio á aquello que vende, y que ni los abonados ni nadie tienen sobre él otro derecho que el de tomar ó dejar de tomar los abonos y el de comprar ó dejar de comprar las localidades.

El tenor y la prima donna son dos productos raros de la produccion humana: como el diamante y el oro, su mérito consiste en su rareza. Seguro estoy de que si la voz bronca se pusiera de moda, deberia encontrarse extraordinario mérito en el timbre antimelodioso de un sereno que canta las horas en las frias noches de diciembre. El empresario se considera despojado de su legítima ganancia por la avidez de los artistas que quieren que se cambie cada nota que sale de su garganta por un billete de Banco; y como justa compensacion de los peligros, eventualidades y molestias que lleva consigo el oficio de empresario, reclama el de la Opera el aumento en los precios de las localidades. Para tres noches sucesivas ha estado ya fijada la inauguracion, pero siempre ha ocurrido á última hora alguna cosa que la ha retrasado. Esta cosa podrá haberse llamado en los carteles indisposicion de un tenor, retraso en el viaje de la tiple ó falta de ensayo en los coros de *La Africana*, obra que se pondrá en escena la primera noche; pero en realidad lo que hay es el miedo de los artistas á resistir el exámen y la crítica de un público que está dispuesto á encontrar malo todo lo que se le presente.

Ultima hora.—Anoche tuvo lugar la apertura, tantas veces anunciada, del Teatro Real, poniéndose en escena la ópera *Mefistófele*, cantada por la simpática Theodorini, la Mariani, el tenor Puerari y el bajo Silvestre.

En esta funcion hubo de todo: gritos, aplausos, protestas y hasta silbatos de la tranvía puestos en accion por aristocráticos labios; esfuerzos de la *claque*, secundados por los rorivistas, para sobreponerse á las ruidosas demostraciones de los *protestantes*; derrota completa del tenor y del bajo, y por último intervencion de la autoridad. En resúmen, ha habido para todos los gustos. Veremos en qué vendrá á parar este controvertido asunto, que tiene consternada á toda Europa.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

¡MUERTA!

Una jóven escritora ha titulado cierto drama, escrito con el corazon, *Las mujeres que matan y las mujeres que mueren.* En este título están realmente incluidas una mujer, todas las mujeres, toda la mujer, como dijo Víctor Hugo.

La bella mitad del género humano ó lleva el egoismo hasta la más refinada crueldad, ó lleva la abnegacion hasta el más sublime heroísmo. La que permanece en un incoloro medio es una vulgaridad que de mujer tiene simplemente la forma, pero en manera alguna las pasiones.

La heroína de nuestro cuadro pertenece al grupo escogido, al grupo de los mártires. Guiada por el amor, que es un guía vendado, acudió á un lugar solitario para oir las dulces palabras de un hombre. ¿Cómo fué que halló la muerte allí donde esperó encontrar la dicha? El autor del cuadro no lo dice: para tales casos existe una palabra impía ¡la fatalidad!

Ello es que el enamorado doncel estrecha contra su seno la marmórea cabeza de un cadáver y que, abismado, abatido por un dolor, tanto más intenso cuanto era ménos previsto, semeja á otro Romeo junto al helado cuerpo de la nueva Julieta.

El cuerpo de la jóven no está mal dibujado, pero le supera el del mancebo, cuya actitud es perfectamente natural en medio de su violencia. El conjunto del cuadro tiene un sabor de poética tristeza, sumamente adecuado á su romántico asunto.

EL PRIMER PASO, cuadro por Kaulbach

Este precioso cuadro está tan poéticamente concebido, como elegantemente ejecutado. Un hermoso niño da el primer paso, como si dijéramos entra en la vida, y cabe á él se encuentra el ángel del Señor que le ofrece su apoyo con la solicitud de un amigo, con el interés de un buen hermano. El niño al parecer vacila; su semblante expresa cierto temor, cierta intranquilidad, cual si ante su penetrante mirada apareciese un abismo á corta distancia. Ese abismo puede ser el mundo, lo seria indefectiblemente, si el ángel no guiara los pasos de la tierna criatura, esos primeros pasos que á menudo deciden del porvenir de un hombre.

El ángel de Kaulbach es tipo de la belleza mística, de la belleza inmaculada, que nos complacemos en atribuir á los emisarios de la Vírgen María, que son los genios tutelares de los niños. Cuanto más se contempla su rostro, más hemos de reconocer la inspiracion del artista, esa inspiracion que únicamente se encuentra elevando el pensamiento á regiones superiores, á espacios sembrados de estrellas apacibles, á ese más allá en que el sentimiento cristiano coloca el orígen y el término de la vida, el primer paso del niño y la última caida del anciano, la primera ilusion y la aspiracion postrera.

LA RAMBLA DE LAS FLORES (BARCELONA), dibujo por Pellicer

Aquellos que sólo conocen á Barcelona de oidas, ó sea por su fama industrial, figúranse que nos asfixiamos dentro de una atmósfera de carbon de piedra, ó bien que somos refractarios á todo lo bello que no es susceptible de inmediata aplicacion fabril ó mercantil.

Para desvanecer ese error, nada tan fácil y seguro como visitar nuestro Parque y aún mejor nuestra Rambla de las Flores, en la cual, á juzgar por la abundancia de ellas, reina la primavera desde el 1.° de enero al 31 de diciembre.

Pellicer, que ama á su patria, y que, como artista preclaro, puede hacer resaltar sus bellezas, ha tenido la feliz idea de dibujar una escena de la Rambla de las Flores, escena en la cual si ha trazado con experto lápiz los personajes, ha procurado dar una idea de la abundancia y variedad de artículos expuestos en un mercado, que tiene cierto aspecto de paraíso. El autor no ha adulado el asunto; ántes, por el contrario, su realismo le ha inducido á retratar á los interlocutores de la escena reproducida. Muchos de nuestros lectores echarán de ver entre aquellos á algun amigo, colaborador asiduo de nuestra *Biblioteca Universal.*

Quizás ese realismo perjudique á la parte poética de la composicion; pero nuestro distinguido paisano ha izado la bandera de la verdad en el arte, y no es presumible que la arrie fácilmente. Nosotros distamos mucho de ser exclusivistas de escuela y respetamos, como es debido, la opinion de todos los artistas de talento.

COSTUMBRES ANNAMITAS Y CHINAS, dibujos por Meaulle

El autor de estos apuntes ha copiado del natural. Cuando tanto se ha mentido tocante á los hijos del Celeste Imperio y sus vecinos, bien merece la pena de que se les conozca un poco de verdad.

Cuando el annamita navega y ni el más ligero soplo de brisa viene á hinchar sus velas, que se abren ó cierran como un abanico, acude á un recurso tan infantil que, á puro serlo, demuestra su inconcebible atraso: se pone á silbar, muy creido de que al silbido del hombre corresponderá el del viento, como á la voz de un amigo responde la de otro amigo. Mas no todo consiste en silbar, sino en hacerlo ni muy fuerte ni muy débilmente; es un ejercicio que exige su práctica y su experiencia; lo cual prueba que hasta puede haber doctores en necedades.

El chino es ménos cándido, ménos inocenton que el annamita; pero no es más ilustrado ciertamente. Desconfiado hasta lo sumo, humilde hasta el servilismo cuando se propone explotar su bajeza, confundiendo el amor á la patria con el odio al extranjero, se encarama á lo alto de su junco, se arma de un paraguas ó quitasol que, por lo arruinado, ni priva del sol ni priva del agua, y desde su atalaya, una hora tras otra hora, contempla el espacio con cierto desden, porque al otro lado de ese espacio se encuentran los *bárbaros,* es decir, los pueblos de Europa, á los cuales detesta cordialmente, incluso al inglés que le proporciona éxtasis mortales.

Nuestros dibujos reproducen al annamita y al chino en su junco; entrambos á muchos siglos de distancia de la verdadera civilizacion.

BEBÉ, dibujo por Stuckelberg

De ese niño solamente cabe decir que nos le comeríamos á besos.

Poco amorosamente deben contemplarle sus padres....

Tentaciones le dan á cualquiera de casarse, nada más que por la esperanza de tener un vástago parecido.

LLEGADA DEL JEFE

Esta escena de costumbres militares del ejército austro-húngaro, está apuntada de mano de maestro. Jinetes y caballos, militares y paisanos, están correctamente dibujados, demostrando su autor que ha estudiado á conciencia las costumbres de la milicia, reflejadas en el menor de los hombres de armas en los ejércitos disciplinados.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

RETRATO DE UN ALMIRANTE, por Troitz Hals

El autor de este precioso retrato es uno de los más ilustres pintores alemanes del siglo XVII. Contemporáneo de Rembrandt, se echa de ver que uno y otro pertenecen á una misma escuela, hasta el punto de que, á no ser conocido el retratista de nuestro almirante, pudiera atribuir se su obra al famoso artista de Leyda.

Con verdadera satisfaccion publicamos el *Suplemento artístico* de este número, que indudablemente merece los honores del marco.

PENSAMIENTOS

Todo hombre en el mero hecho de serlo, tiene derecho á la justicia, á la simpatía y á la libertad. Este principio tiene su orígen en el Evangelio: Jesucristo lo infiltra en el corazon humano para que de él se trasmita al cuerpo social.—*Guizot.*

La bondad es una belleza tan especial que se echa de ver hasta en los feos.

Aquello que aparentais ser, aquello es lo que debierais ser.—*Alfredo Bougeart.*

El honor y la debilidad son dos cosas que se cansan pronto de estar juntas.—*A. C.*

El exceso de modestia puede llegar á ser un exceso de orgullo.—*Chevier.*

El hombre debe proponerse siempre algo grande, algo que parezca superior á sus fuerzas; sin lo cual estas se amortiguan, como se amortiguan las del iman cuando durante mucho tiempo ha dejado de estar expuesto al norte.—*Juan Paul.*

LA MANO DE DIOS

(Conclusion)

Margarita le guió.

Salió por el postigo.

Entró en su carruaje.

Se arrojó en un ángulo de él y exclamó:

—¡Que la mate! ¡este es un amor del infierno!

Andrés veia claro que Margarita queria verse libre de Adela sin contraer responsabilidad de ninguna especie.

Nunca el amor habia puesto condiciones más irritantes y más terribles.

El crímen premeditado y frio contra una pobre criatura.

El delirio habia invadido á Andrés.

Era esclavo de Margarita.

XII

Pero lo que Margarita le pedia era terrible. Andrés enloquecido por el amor, en un momento de delirio que hubiera podido llamarse álgido, le habia prometido la comision de un crímen.

Pero si Andrés podia sucumbir al amor incitado por cuantas sensaciones el amor tiene, y en un momento de arrebato, la reflexion y el imperio de su conciencia debian hacerle horrorizarse de su debilidad infame.

XIII

Permaneció algun tiempo doblegado.

Su cabeza ardia.

La sangre golpeaba en su corazon y en sus sienes con una fuerza aterradora.

Si aquello no era aún la congestion, estaba próximo á serlo.

Y para Andrés se iba convirtiendo Margarita en un sér monstruoso.

Era un sér infame, horrible por su infamia, y hermoso, hermosísimo por su forma, y tentador por intensidad de un amor sensual, ardiente, arrebatador.

La fealdad del alma mata y hace desaparecer la hermosura del cuerpo, como generalmente la fealdad del cuerpo perjudica á la belleza del alma.

Lentamente el horror de sí mismo por el crímen que ciego y loco no se habia atrevido á rechazar indignado, fué trasformando para él á Margarita en un verdadero demonio.

Su hermosura se hizo para él espantosa; una verdadera hermosura de Satanás, pero por lo mismo incontrastable.

Era cuanta desgracia podia sobrevenirle.

La posesion de Margarita era para él una necesidad vital.

Y para satisfacer aquella necesidad, para no morir desesperado, Margarita le pedia que matase.

¿Le amaba Margarita?

Sí, y con frenesí, con delirio; habia visto en sus ojos, en la conmocion de todo su sér, un amor tan frenético como el que él sentia.

Por lo mismo no era bastante que él se librase de aquel crímen de la vanidad y de la codicia de Margarita.

Era necesario que la salvase tambien á ella.

¿Qué hacer?

XIV

Andrés pasó la noche en vela, paseándose agitado por su cuarto, volviendo á sentarse, dominado por una inquietud mortal, por un padecimiento sin nombre.

Llegó al fin la mañana.

Una mañana en que la lluvia lenta y monótona caia envuelta en la niebla.

Parecia que la naturaleza estaba de duelo.

Los árboles del jardin con las formas caprichosas de sus troncos musgosos tenian para él una apariencia fantástica de espectros amenazadores que tendian sus rugosos brazos, que los agitaban amenazadores.

Los zumbidos del viento que se rompia en ellos, le parecian gemidos de muertos terribles que le amenazaban.

Continuaba el delirio haciéndole ver lo que no existia, volviendo contra él la naturaleza entera como debió volverse contra Caín.

XV

Andrés no pudo más.

Necesitó alejar de sí el horror del crímen, y conquistar la posesion de Margarita.

¿Y cómo?

De improviso lanzó un grito de alegría; su semblante perdió su tension siniestra.

La inefable dulzura de la esperanza apareció en sus ojos.

Sacó de un cajon de su mesa de despacho algunos billetes de banco y los guardó en su cartera; tomó su abrigo, su sombrero y su baston.

Cinco minutos despues, decia, entrando en su carruaje, al lacayo:

—Calle del Tribulete, 5.

XVI

Un cuarto de hora despues, el carruaje paraba á la puerta de una vieja casa de vecindad, poniendo en conmocion á los vecinos.

¿A quién podia buscar allí el *señoron* que bajaba del carruaje?

Lo supieron muy pronto.

Andrés preguntó por la Lola.

—¡Ah, ya! dijeron para sí los que lo oyeron, con la alegría del que encuentra materia para murmurar, hincando el diente en el prójimo:

—Este viejo viene por la Adelilla.

A algunas muchachas se les pusieron los dientes largos de envidia.

¡Ah! ¡es nada!

Un señor rico á quien comerle un lado, partiendo los despojos con el novio paciente que soterra á sangre fria un negocio que le aprovecha.

Le señalaron una negra puerta al fondo del patio.

Estaba abierta.

Andrés entró.

La Lola, con toda su fealdad y todo su cinismo, le salió al encuentro.

Le revolvió su mirada malévola y desvergonzada y le preguntó:

—¿Qué se le ofrece á V., caballero?

—¿Podemos hablar donde nadie nos oiga?

—Pase V.,—dijo la bruja.

Y cerró la puerta, y le llevó á un cuartucho húmedo, de paredes renegridas, en que habia un pobre lecho y una silla.

Algunas pobres ropas de mujer pendian de su pared.

Aquel era sin duda el dormitorio de Adela.

Andrés se sentó en la silla y la vieja en la cama.

Continuaba mirando con una inspeccion grosera á Andrés.

Este empezó por ponerle en las manos un billete de banco de mil pesetas.

—¿Y esto, por qué?—observó la Lola.

—Porque V. me ayude.

—¿A qué?

—A que todo el mundo crea que su hija de V. ha sido asesinada.



EL PRIMER PASO, cuadro por Kaulbach



LA RAMBLA DE LAS FLORES EN BARCELONA, dibujo por Pellicer

La vieja dió un salto.

Andrés para no perder tiempo, se habia ido derecho al negocio.

—No entiendo eso bien,—observó la Lola.

—Una farsa.

—Pero, ¿y por qué?

—Todo se reduce á que Adela desaparezca durante un mes y todo el mundo crea que ha muerto.

La Lola miraba de una manera extraña á Andrés.

Parecia leer en su pensamiento.

—Cuanto V. quiera,—le dijo,—porque la justicia tenga por muerta á la niña,—añadió Andrés, mostrando á la bruja algunos otros billetes de Banco.

La Lola tendió hácia ellos una mano arrugada.

En sus pequeños ojos grises y repugnantes ardia la avaricia.

—Esto no es más que una pequeña muestra de mi agradecimiento; dentro de un mes puede aparecer de nuevo Adela: yo me comprometo á hacer su fortuna, yo se lo aseguro: yo haré que la reconozca su padre.

—Su padre es un canalla.

—La reconocerá.

—Pero ¿cómo hago yo que parezca muerta sin morir?

—Eso es cuenta de V.: si convenimos, no tenemos que volver á vernos más.

—Si la reconoce su padre, la heredera será duquesa.

—Eso quiero yo: pero para eso es necesario que la crea su padre muerta, que sienta el remordimiento, y entónces aparecerá.

Como se ve, Andrés mentia.

Imitaba á la Lola.

—¡Ah! ¡V. sabe su historia!—dijo ella:—V. la quiere, ó quiere V. hacer un buen negocio casándose con ella, cuando herede: dicen que ese infame se está muriendo.

—Por lo mismo es necesario no perder tiempo.

—Es lástima que ella no esté aquí: ella es muy lista y ella encontraria una manera: pero está en la Fábrica; ¿quiere V. que yo vaya á buscarla?

—No; yo no volveré á ver á V. hasta que el negocio esté terminado.

—Bien,—dijo la Lola;—he encontrado medio para cosas más difíciles.

—Pues, adios.

—Vaya V. con Dios.



ANNAMITAS SILBANDO PARA ATRAER AL VIENTO

XVII

Andrés salió aquel mismo dia de Madrid para el Escorial, sin avisar á Margarita.

No queria verla hasta que pudiese decirla:

—Adela ha muerto.

Tres dias despues, los periódicos noticieros traian el suelto siguiente:

«SUICIDIO EXTRAÑO.—En la dehesa de la Macision los guardas encontraron ayer las cenizas de una grande hoguera: cerca habia ropas exteriores de mujer y sobre ellas y sujeta por una piedra una carta que contenia lo siguiente: «Aborrezco la vida, y si no me la he quitado ántes, es porque sé que los que se matan les hacen la *natomia*, y yo no quiero que ya que nadie ha visto mi cuerpo me lo vean los médicos del *espital*; yo haré un monton de leña, le pegaré fuego, y luégo me echaré en él y me daré, para no morir quemada viva, una puñalada en el corazon: dejo mi vestido y esta carta para que no se culpe á nadie de mi muerte: que avisen á mi madre la Lola Gomez, que vive en la calle del Tribulete, núm. 5.—*Adela Gomez.*»

Acudió el juzgado de guardia.

Se revolvieron las cenizas, se encontró entre ellas una navaja grifer abierta, con las cachas quemadas y una pequeña cruz y dos aretes de oro renegridos.

Se avisó á la Lola Gomez.

Ella reconoció estas prendas que quedaban de su desdichada hija.

Los peritos han declarado que la carta es auténtica.

Consta, pues, este horrible suicidio que se atribuye á unos amores contrariados.»

XVIII

Esta noticia causó por algunas horas una sensacion profundísima.

Pero el indiferentismo es un rasgo distintivo de nuestro tiempo.

Al dia siguiente nadie hablaba de ella.

Margarita leyó la noticia con una avidez sombría.

—Esto es terrible,—dijo:—la casualidad se ha anticipado á mis proyectos; no tengo este crímen sobre mi conciencia: ¡ah! ¡la conciencia! yo no creia en la conciencia y sin embargo, vive, vive, se revela terrible cuando la evoca el crímen: pero yo no he cometido un crímen; ha sido ella, ella.. pero ¿por qué ha desaparecido Andrés? Este es un misterio y es necesario que yo lo aclare.

XIX

Margarita escribió y envió á casa de Andrés el billete siguiente:

«¿Qué es de tí? has desaparecido y estoy inquieta: no sabia yo cuánto te amaba; ven.—*Margarita.*»

Pero Andrés no estaba en su casa, ni nadie en ella sabia su paradero.

Al dia siguiente volvió y encontró el billete de Margarita.

Corrió á verla.

Margarita se arrojó llorando en sus brazos.

—Creia que no iba á volver á verte,—exclamó,—y te he esperado agonizando.

—Yo tenia miedo,—dijo Andrés.

—Miedo, ¿y de qué?

—De un proceso.

—Pero ella se ha suicidado.

—No,—dijo Andrés:—se la ha matado, se la ha quemado: se ha falsificado la carta que ha encontrado el juzgado, una falsificacion admirable; el juzgado ha sido engañado; ha sobreseido ya este timo; ya eres la heredera necesaria de tu tio; yo lo he arrostrado por tí todo: sé mia.

Margarita se habia vuelto mortalmente pálida; en su mirada extraviada habia algo de insensatez.

—¡Tengo sangre sobre el alma!—gritó con extravío;—yo no sabia lo que era esto: ¡el crímen! ¡oh! ¡el alma! ¡Dios!

Y sus ojos se extraviaron más y más.

—¡Ah! ¡estas manos que me ahogan!—exclamó Margarita.

Andrés se espantó.

La locura se marcaba más y más en el desencajado semblante de Margarita.

—¡Ah, adorada mia!—exclamó Andrés;—recóbrate; vuelve en tí.

—¡Oh, sangre! ¡sangre! ¡y no saber lo que era la sangre sobre la conciencia! ¡esto me matará!

—¡Ah, no! escúchame,—dijo Andrés viendo que la reaccion ya se habia hecho en el alma de Margarita.—Adela vive: todo esto ha sido una farsa.

—¡Que Adela vive! ¡que se ha hecho una farsa!—exclamó con una horrible ansiedad Margarita;—no, tú me engañas: si vive ¿dónde está?

—Tranquilízate, adorada mia, yo te la traeré: yo he querido engañarte para que fueras mia: tu amor era mi bien; y ahora te amo más, porque el remordimiento y el arrepentimiento te han purificado.

—¿Dices que no ha muerto?

—No.

—¿Me lo juras por tu amor?

—Sí.

—¿La traerás? ¿la veré yo?

—Sí: cuanto ántes, si la traen del lugar en que debia estar escondida hasta que se celebrase nuestro casamiento.

—¡Ah! ¡tú me has salvado! ¡cuánto te amo! ¡qué feliz soy!

XX

Aquella noche Andrés llevó á Adela á casa de Margarita.

Esta la cogió en sus brazos y la besó frenética.

Al verla se le habia quitado el peso horrible que la sofocaba el corazon.

Habia calculado audazmente el crímen y al creerlo consumado se habia espantado de sí misma.

Coincidió con la venida de Adela la exacerbacion del asma del duque de la Fabilla.

Habia sabido la noticia del suicidio y su conciencia se habia sublevado en él implacable.

Se habia exacerbado su enfermedad.

Los médicos habian predicho su fin próximo.

XXI

Cuando le previnieron, cuando le presentaron á Adela, le acometió una convulsion como si en vez de su hija viva hubiera visto su espectro.

—Ya te he reconocido,—dijo,—ya te he dejado mis bienes y mi título.

XXII

Todo estaba terminado.

Adela fué reconocida.

A aquella farsa que ante la justicia era un delito, se le echó tierra.

Andrés y Margarita se apresuraron á casarse ántes que se lo impidiese un luto.

Algunos dias despues de las bodas, el duque murió.

Adelilla quedó bajo la tutela de Margarita que la llevó á un colegio de Lóndres para que la educasen.

Con el legado que su tio le habia dejado, tenia Margarita cinco mil duros de renta, que unidos á la de Andrés hacian diez mil.

Se podia vivir decentemente.

Margarita decia con frecuencia á Andrés:

—No éramos malos; era que estábamos viciados; ya soy feliz: esto ha sido *La mano de Dios.*

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

LA CAJILLA DE FÓSFOROS

—Vales ménos que un fósforo, so *Chute.*

—Y tú ménos que una cajilla vacía, tia *Escobar.*

Así se dijeron ayer una manola y su majo, al pasar yo delante de la desavenida pareja junto á un puesto del Rastro.

***

Recapacitemos, me dije, siguiendo mi camino, y pensando en ese incansable allanador de dificultades que se llama *Progreso.*

Y de no sé cuál rincon de mi memoria se levantaron vivos los recuerdos de aquellas mañanas de invierno muy frias en que yo, niño, muy niño aún, escuchaba acurrucadito en mi cama los *¡Válgame Dios!* y los *sapos* y *cu-*

lebras y hasta *ternos muy redondos* que Rosario (el ama que me crió) echaba por aquella boca, cuando, habiéndose apagado la *mariposa maldita*, tenia á tientas que echar lumbres con el eslabon y el pedernal, para encender la yesca.—Nadie en la casa, más que ella—¡ella solamente!—habia de cuidar la antiquísima *caja* de las *pajuelas*, veneranda y venerada herencia de familia, y más estimada por eso que si fuera de oro puro, aunque sólo era de plebeyo hierro vizcaino con intrincadísimas curvas cinceladas. Un cuadrúpedo, que decian ser un lobo, servia para abrir la tapa. Dentro habia compartimientos para las pajuelas, para la yesca, para las piedras de chispa (entre las que habia dos de ágata) y para el eslabon, que figuraba un mastin,—al cual entónces, en mi infantil estética, calificaba yo de muy superior á la octava maravilla.

Rosario se consideraba como la única en el mundo para eso de *echar yesca* y *aviar una mariposa*....; pero, á decir verdad, la mariposa se apagaba todas las noches *precisamente* al *amanecer*; y Rosario tenia siempre negra la uña del dedo pulgar de la mano izquierda, porque en ella solia darse con el eslabon, en vez de dar en el pedernal; y ese tino especialísimo para pegarse en la uña zurda, ó tal vez en los nudillos, era la causa de sus devotas imprecaciones á la *Santísima Trinidad*, y *sea todo por Dios*, entreveradas con enérgicas interjecciones y corajudas patadas en el suelo. Un olor infernal del azufre de las pajuelas, seguido de un mohino *Gracias á Dios*, ponia término á la contienda entre el eslabon, los dedos, y el pedernal; y, á poco, habia irregulares alternaciones de mortecina claridad y de oscuridad profunda en el corredor, á que daba la puerta de mi cuarto, segun que Rosario iba de acá para allá con la lamparilla, encendida al fin á costa de tanto *chis chás*, plegaria y maldicion.

Y ¿quién describe la tormenta de rayos y centellas que se desencadenaba cuando, al abrir la ventana en la cocina, el viento apagaba la luz?

* * *

—¡Vales ménos que un fósforo!

....¡Cómo se conoce que la chula no alcanzó la edad de la yesca y la pajuela en que yo tuve la..... la honra de nacer!

¡Qué de industrias entónces florecientes! Segun noticias, la manufactura de las cajas de pajuelas constituia un negocio de los más lucrativos en Birmingham; y la de tallar las piedras de chispa daba ocupacion á millares de personas en los distritos abundantes en pedernal. Pues ¿y la yesca? La habia de dos clases; la de trapos carbonizados, sucia y asquerosa, muy usada en Francia é Inglaterra; y la de hongos y cardos preparados en fuertes soluciones de nitro,—usada casi exclusivamente en España y Alemania.

* * *

Los recuerdos del tiempo antiguo (que yo creia muertos para siempre) se están levantando ahora, como si pertenecieran á la semana anterior. ¡Pues no me decia el ayo de mi escuela cuando empezaron á usarse los *lucíferos* (fósforos de madera):—¡Dios mio! ¿qué seria de los pobrecitos que viven de hacer yesca y pajuelas, si esta nueva invencion del *Lucifer* se llegara á generalizar?—En el pobre cacúmen de aquel buen hombre no cabia el concebir que se centuplicase con la flamante industria de *hacer luz* el número de manos ántes empleadas en forjar eslabones y tallar pedernales. No comprendia que el consumo de los lucíferos vendria á ser tal que habian de necesitarse potentes máquinas para cortar los palillos de madera (que eran y son generalmente de pino americano), donde habian de colocarse las cabecillas de los fósforos. Sierras rotatorias de movimiento rapidísimo cortan primeramente el pino en delgadísimas chapas; y despues las chapas en listoncillos cuadrangulares, que luego se subdividen en los conocidos prismitas cuadrados que, al cabo, constituyen los palillos de los fósforos.

¡Cuán léjos estaba el pasante de imaginar que solamente el cortado del pino habia de constituir una industria muy activa! Los que se dedican á fragmentar la tea no se ocupan en colocarles las cabecillas de los fósforos: esto queda para otros industriales. Cada máquina corta *dos millones* de prismitas diariamente. Los palitos, al salir de la sala de las máquinas, se deslizan por su gravedad á un departamento inferior, donde mujeres y niñas los coleccionan por gruesas, las gruesas por paquetes y los paquetes por cajas. Las cajas se reunen, por fin, hasta formar un bocoy que contiene unos dos millones de astillas. En muchos molinos de Inglaterra se cortan cinco y seis millones de palillos cada dia. Si los palillos han de resultar cilíndricos en lugar de cuadrados, la segunda forma se les da, introduciéndolos por agujeros circulares hechos en planchas de acero muy templado, para lo cual es necesario afilar exactamente los bordes de los agujeros, y forzar por ellos los prismillas por medio de una gran presion.

En Sajonia no llega á 15 pesetas el valor de un millon de estas astillas. En Bohemia resultan la mitad más baratas; y en Schüttenhofen doce cajas con cien palillos cada una y sus fósforos ya puestos, cuestan unos cincuenta céntimos lo más.

* * *

¡Vales ménos que un fósforo!!....

¡Cuánto adelanto no supone, cuán enorme serie de procesos evolutivos no patentiza el innegable hecho de ser hoy una cosa despreciable, Á FUERZA DE ABUNDANTE, el objeto vulgarísimo con que se obtiene instantáneamente la luz!

Y, sin embargo, ¡qué no darian por un fósforo los salvajes de las islas del mar del Sur, que, para obtener luz, necesitan frotar enérgicamente dos pedazos de madera seca, hasta que les prende fuego el calor producido por el frotamiento! ¡Cuántas fatigas no requiere la adquisicion de la destreza necesaria al efecto; pues pocas veces lo consiguen, por falta de habilidad, los europeos, de fuerza muy superior á la de los salvajes!

* * *

¡Qué seria del hombre sin el fuego!...

Así se concibe que los Egipcios hiciesen de él una divinidad, Phtha, la segunda de las tres Kamesis (Knef, Phtha y Fré) potencia de creacion, de produccion y de vida, representada en forma de gavilan dentro de un nicho oval, símbolo del huevo del mundo.—Así se comprende que el mayor de los crímenes en la mitología helénica fuese el robo del fuego. Prometeo quitó al Sol una parte del suyo, y, por eso, Júpiter lo encadenó en el Cáucaso, donde un buitre le roia eternamente las entrañas, que eternamente le renacian para que nunca tuviera término el dolor.—Una divinidad, Vesta, presidia al hogar doméstico y al fuego interno de la tierra. Los pelasgos, los habitantes de Troya y los romanos, que pretendian descender de los troyanos, tributaban culto á esta diosa, que, con Minerva, era la primera de las divinidades llamadas Penates; y, en su obsequio y honor, cada casa mantenia un fuego perpetuo. ¡La necesidad llegó á hacer asunto religioso el mantenimiento de lumbre en cada hogar!!

La conservacion del fuego llegó á tanto, que en Roma exigió nada ménos que una institucion.—Sacerdotisas especiales fueron encargadas de mantener el fuego sacro en el altar de Vesta, y de ejecutar, en honor de tan indispensable divinidad, ritos misteriosos. Las vestales estaban obligadas á guardar castidad todo el tiempo de su ministerio, que duraba 30 años, y era enterrada viva la que violaba su voto; ¡que la asidua conservacion del fuego se llegó á considerar como incompatible con la creacion de una familia! Pena igual sufria la vestal que dejaba apagar el fuego sacro. En cambio, ¡cuánto privilegio disfrutaban! Su solo dicho hacia fe en juicio, sin necesidad de juramento: salvo era el criminal á quien ellas encontraban á su paso.

* * *

Otro recuerdo.

Mi médico (que tuvo la feliz ocurrencia de morirse ántes de que acabara de dejarme enteramente ciego *secundum artem*) me cogió un dia leyendo.

—¿Lo ves? Ahora no me lo negarás. ¿Cómo he de ponerte bueno de esos ojos que vas á perder sin remision? ¿No te he dicho que te abstengas religiosamente de leer? ¡Ni un sobrescrito! ¡Cargarse la cabeza!! Y ¿qué estudiabas?

—Nada. Leia solamente el cómo los salvajes se procuran fuego restregando dos maderos....

—¡Qué bárbaros!

—¿Bárbaros? Pues mire V., querido doctor, esos salvajes, muy señores mios, han estado haciendo desde muy antiguo, ciencia enteramente á la moderna.

—Infundios! ¿Cómo?

—Pues claro: convirtiendo el movimiento en calor. ¿Ve usted? Lo mismo que está V. ahora haciendo sin pensarlo.

En efecto, mi hombre habia sacado su caja de cerillas y habia restregado en ella la cabecilla de un fósforo, procurándose así luz para encender su cigarro.

—Hombre, gracias. ¡Con que yo soy un salvaje!

—No, doctor. Aristóteles no enseña ese silogismo. De que V. respire, como los caníbales, no se desprende que sea V. un antropófago.

* * *

Y, en verdad, que el procedimiento del salvaje era el mismo que el del sabio doctor: trasformar el movimiento en calor, y el calor en luz.... Todo igual, ménos la fatiga;... gracias á la codicia de un alquimista estrafalario.

* * *

Porque es de saber que habia en Hamburgo, ya muy mediado el siglo XVII, un buen *adepto*, Brandt, quien, como todos ellos, sólo soñaba con trasmutar en oro las materias viles.

Todos habian pensado ántes que él en la trasmutacion de los metales; pero Brandt hubo de decirse un dia: «¿Porqué no ha de provenir del oro el amarillo de la orina? Y, dicho y hecho: dióse á buscar en ella el metal codiciado; y, ¡oh portento! no dió con el oro ni con la piedra filosofal; pero sí con cosa muchísimo mejor; pues encontró el FÓSFORO en 1669. Dicen que comunicó el secreto á Kunckell, químico sueco, que, diez años más tarde, se atribuyó el mérito de la invencion. Otros, sin embargo, cuentan que—independientemente de Brandt—halló Kunckell el FÓSFORO; y que, más generoso que el alquimista hamburgués, no quiso conservar oculto su descubrimiento.

* * *

Hoy el fósforo no se extrae de donde lo sacaron Brandt y Kunckell: se saca de los huesos, constituidos de *fosfato* y de carbonato de cal y de un 33 por 100 de materia animal.



CHINO SOBRE SU JUNCO

¡Los huesos de los muertos nos proveen de luz! Tal vez el autor del libro que iluminó nuestra inteligencia, dejó en sus huesos, profanados por mano sacrílega, la materia que disipa las tinieblas de nuestra noche.

* * *

La química de los palillos de tea americana y de las cerillas con *cabeza de fósforo* ha sufrido muchos cambios en este siglo, desde el momento en que, extraido de los huesos, se abarató el precioso metaloide, que al principio se vendia por su peso en oro.

Todos los medios, pues, de proporcionarse luz, inventados en este siglo para prescindir de la casi inevitable desventura de la yesca y la pajuela.... (el eslabon pneumático, el eslabon eléctrico de Volta, el piróforo, las mechas de clorato de potasa puestas oportunamente en contacto con trenzas de amianto impregnadas en ácido sulfúrico....) todos han desaparecido casi por completo ante los lucíferos y las cajas de cerillas fosfóricas.

Las pastas que sirven para las cabecillas de los fósforos son, con pocas variaciones, como sigue:

fósforo.	25—25
cola.	20
goma.	0—25
agua.	45—30
arena muy fina. . .	20—20
ocre rojo.	5— 5
bermellon.	1— 1

El manejo del fósforo produce quemaduras muy graves, porque el agente corrosivo se acidifica y penetra más y más. Una solucion de hipoclorito de potasa con magnesia en suspension, aplicada en los primeros momentos, hace desaparecer en cinco minutos los dolores.

El fósforo comun es sumamente venenoso.—El mejor remedio es el hipoclorito de magnesia.



BEBÉ, dibujo por Stuckelberg

Y aquí se levantan en la memoria los mil dramas de amor, ó de incuria, ó de venganzas.... á que ha puesto tremendo fin el fósforo; pero... ¿no vale más no hacerles caso? ¿Qué queda para las gacetillas de las publicaciones horripilantes?

* * *

Y, sin embargo, todos esos dramas se habrian evitado no empleando en las cerillas el fósforo comun.

Expuesta esta sustancia á la luz ó á cierto grado de calor en aparatos *ad hoc*, entra en un *estado* especial, que determina en ella propiedades enteramente distintas de las que normalmente tiene. El siguiente cuadro, que puede verse con más amplitud en cualquier obra de química, da idea de la trasformacion.

FÓSFORO COMUN

Incoloro.
Dodecaedro romboidal.
Densidad=1.82.
Calor específico=0,1887.
Soluble en sulfuro de carbono.
Alterable inmediatamente al aire.
Fosforescente.
Inflamable á los 60°.
Hierve á los 290°.
Se combina con el azufre á los 120°.
Es atacado violentamente por el ácido nítrico caliente.
Venenoso.

FÓSFORO MODIFICADO

Rojo escarlata.
Amorfo.
Densidad=1,96.
Calor específico 0, 1698.
Insoluble.
Lentamente alterable.
No fosforescente.
Inflamable á los 260°.
A los 260° y en una atmósfera que no contenga oxígeno, vuelve á ser fósforo comun.
Se combina con el azufre á los 230°.
Atacado lentamente por el ácido nítrico.
No venenoso.

* * *

Pero, habiendo una forma de fósforo no venenoso ni fácilmente inflamable, ¿cómo es que no se extiende el uso del *amorfo* hasta hacerse enteramente exclusivo?

Pues... ahí verán Vds., como dijo quien yo me sé.

Primeramente porque el fósforo rojo cuesta doble que el fósforo comun.

Y, en segundo lugar, porque el hombre no pertenece á una raza de cobardes.

Verdad es que quien ama el peligro en él perece.

* * *

¡Vales ménos que un fósforo, so Chute!...

¡Ah! chula, chula de mis pecados; ¿sabes tú todo lo que significa de CIVILIZACION y de PROGRESO el hacer la obtencion de la luz casi despreciable; el poder prescindir de Júpiter y de Vesta, y el llevar en el bolsillo nada ménos que la institucion de las Vestales en una bonita caja de fósforos adornada de fotografías picarescas?

E. BENOT



LLEGADA DEL JEFE, apunte del natural por E. Mahover

IMP. DE MONTANER Y SIMON.



AÑO III — BARCELONA 10 DE NOVIEMBRE DE 1884 — NÚM. 150

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ESCULTURA EN UN PANTEON DEL CAMPO SANTO DE GÉNOVA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ESCULTURA
en un panteon del Campo Santo de Génova

Los artistas italianos, los escultores particularmente, vienen trabajando de bastante tiempo á esta parte en la empresa de poetizar la muerte, es decir, de despojar al sepulcro de su parte terrorífica y hasta repugnante. Aquel lujo de calaveras sarcásticas, aquella exhibicion de cadáveres medio corrompidos que, áun de mármol, parecia como que oliesen mal, aquella idea del más allá de la vida inspirada en las visiones fantásticas de la Danza Macabre, ya no privan en los cementerios de Italia, en los cuales se ha conciliado con buen talento lo místico del asunto y lo bello esencial en el arte. Cualquier Campo Santo que allí se visite, pero muy especialmente el *Monumental* de Milan y el de Génova, corroboran esa trasformacion en la manera de *hacer* á la muerte.

Así, por ejemplo, véase nuestro grabado, reproductor de una bella escultura decorativa del sepulcro que contiene los restos de una niña de cinco años. La hermosa criatura no se eleva al cielo desde un valle de lágrimas, porque el mundo de los niños no es el mundo de las pasiones y de los desengaños; sino que se desprende de un elegante pedestal de flores, imágen de la tierra que brevemente ha pisado. Al abandonar esta tierra llévase una flor como recuerdo de ella y saluda cariñosamente á unos séres invisibles, á sus padres sin duda, no con la desesperacion del adios eterno, sino con la gracia de un *hasta luégo* expresado con un candor verdaderamente infantil.

Á nuestro modo de ver y sin rechazar en absoluto las composiciones sepulcrales que representan á la muerte como se la comprendia en la Edad media, opinamos que cabe, en especial cuando se trata de decorar panteones de niños, embellecer la idea del más allá del mundo, siquiera para que la imágen de los séres que nos han sido muy queridos, se ofrezca siempre á nuestra vista de una manera tan grata como su recuerdo.

EL NIETO LLORON,
cuadro por G. Jakobides

Hé aquí un verdadero estudio, una de esas obras que acreditan á un autor, si no precisamente de ser un genio, al ménos de poseer como muy pocos el talento de la observacion y la habilidad de un dibujante consumado. Escena casera y verdaderamente realista, en cuanto el realismo no quiera significar otra cosa que la fiel reproduccion de la naturaleza *presentable*, admira por sus condiciones de naturalidad, y cualquiera diria que este grupo ha sido producto de la fotografía, si este procedimiento simplemente mecánico, no diera, por esto mismo, un resultado frio, incompleto, falto de vida, algo como la copia de un sér petrificado; precisamente todo lo contrario de lo que se observa en el dibujo que publicamos.

Todo en éste vive y funciona en plena actividad; se oyen, digámoslo así, los alaridos de ese niño confiado á un guardian cariñoso, pero inútil para el caso; el contraste de la niñez y de la ancianidad resalta sin violencia, naturalmente, cual si el autor no se hubiera apercibido de ello; al paso que con un arte del todo habilidoso nos demuestra que el mamon llora sin que nada le duela y que la impaciencia del abuelo, quizás únicamente apreciable en la contraccion de su mano derecha, no altera en lo más mínimo su natural bondad ni el cariño casi infantil de los ancianos para con los hijos de sus hijos.

Jakobides ha hecho una obra maestra de verdad que verá con gusto y áun estudiará con provecho todo aficionado á dibujos correctos.

VENDEDOR DE REFRESCOS EN EL CAIRO,
cuadro por J. Seymour

No diremos que nuestros horchateros ambulantes, personalmente ó por su menaje, sean grande estímulo para consumidores á quienes la sed no abrase; pero ello es que raro seria el granuja, el aprendiz, ó la muchacha recien venida del pueblo, que se resolviesen á gustar los refrescos de ese morazo, si estableciese su mercancía en cualquiera de nuestras plazas, calles ó paseos. Ese cántaro que parece tinaja de aceite, esa taza con todos los honores de una escudilla de hospital, ese frasco ó botella que bien pudiera ser alcuza de petróleo, y sobre todo ese vendedor y ese traje, cuya limpieza no soportaria grandes discusiones, apénas si pueden ser pasables para el hijo de un país clásico por su suciedad, ó para el extranjero de baja estofa que apaga su sed incondicionalmente donde encuentra con qué. Esto por lo que toca al asunto.

Aparte de ello, el cuadro de Seymour está ejecutado con seguridad y se echa de ver en él que su autor no pinta *de oído;* ántes bien que se ha inspirado en el natural, allí donde este natural no se obtiene por el sistema de un modelo acomodaticio á peseta y media por hora.

LA QUE TIRA.... Y LA QUE RECOGE

Entrambas tienen una misma edad, entrambas son hijas de un mismo Dios....

Y sin embargo, ¡cuán distintas son sus condiciones!.....

La una vive la existencia del gran mundo; la otra apénas concibe la existencia sino en torno de su mísera cabaña; la una recorre el campo lujosamente ataviada y la otra se resguarda apénas del frio con un traje tan grosero como mal pergeñado; la una arroja migajas de bizcocho á los patos silvestres y la otra lleva á su hogar algunas pocas espigas con que se fabricará el pan negro de su familia; en una palabra, la una tira y la otra recoge; el sempiterno apólogo de la cigarra y de la hormiga.

Y bien, Dios que es el padre de entrambas, á una y otra tiene reservadas sus alegrías y sus penas; y quizás, cuando al cruzarse en una estrecha senda, la seda de aquella se roce con la estameña de esta, al mismo tiempo se crucen sus pensamientos en esta forma:

La que recoge:—¡Quién pudiera ser como la que tira!

La que tira:—¡Quién pudiera morir como la que recoge!..

Vendedor de perros, ESTUDIO DEL NATURAL POR LLOVERA

Estudio del natural... ¡Y tan del natural!

Cien veces le he visto; á las nueve de la mañana, en la Rambla del Centro....

Allí expone su mercancía, mercancía perruna, de todos tamaños, pelos y castas.

Es un tipo, un verdadero tipo de esa raza que tiene ejemplares en todos los países del mundo y que, en Cataluña, segun afirma el vulgo, se dedica á la multiplicacion de los perros y á la extincion de los gatos. ¿En qué consistirá esa distinta manera de apreciar á los individuos de un mismo órden?... ¡Misterios del corazon!...

No tenemos para qué decir que nuestro hombre es un chalan de perros. Como tal, tiene sumo ingenio para exhibir su género; los perros de aguas apénas destetados, los perdigueros en juvenil edad, los podencos de caza estudiadamente flacos, los bulldogs más feos de lo que habitualmente son (por más que habitualmente son muy feos), hambrientos los de presa para que gruñan y parezcan más bravos, lustrosos los galguitos áun cuando haya que dárseles una mano de barniz, y todos tan apetecibles para el aficionado, tan diestros en su oficio y tan bien educados, que ni en el monte han de dejar perdiz con vida, ni en el salon de su dueña han de permitirse la indiscrecion más ligera.

Con que, ya lo saben Vds.; en la Rambla del Centro; á la hora del fresco.... Allí lo vió Llovera y exclamó:—¡Hé aquí un tipo!

Siempre que un artista da con un tipo, el tipo tiene asegurada su popularidad.

Popularidad á lo *Feo Malagueño*....

Y aquí terminamos. No vayan Vds. á creer que esto es un anuncio.

PENSAMIENTOS

De la misma manera que el hombre únicamente puede hallar en sí mismo la felicidad verdadera y durable, únicamente en sí mismo encuentra consuelo eficaz y positivo en la desgracia.—*Balbo.*

La indulgencia con el vicio es una conspiracion permanente contra la virtud.—*Maleire.*

Si de algo habeis de pecar, pecad de afables. A nadie reprimais sino con dulzura. La verdad que no es caritativa procede de una caridad que no es verdadera. Un prudente silencio es preferible á la virtud sobrado ruda.—*San Francisco de Sales.*

Tened presente que no hay cosa más injusta ni más ridícula que incomodarse con aquel que no participa de vuestra opinion. Los estudios, los intereses, la educacion de los hombres varian hasta tal punto, que es imposible fundir á todos en un mismo criterio. Ahora bien, vuestro contradictor tiene el mismo derecho para sostener las suyas que teneis vos para sostener las vuestras.—*El espectador.*

La respuesta invariable de aquellos á quienes se acusa de mal obrar, consiste en decir que no son ellos los únicos en obrar mal.—*A. C.*

La vida no nos ha sido dada para nuestro recreo; no debe considerársela ni como una diversion ni como una desgracia; sino como un negocio de importancia que nos interesa muy de cerca y del cual hemos de salir honrosamente.—*Alejo de Tocqueville.*

NOTAS DE NOVIEMBRE

El pueblo en el Campo Santo

La musa popular canta cuando rie y cuando llora, pero se inspira de mejor y más intensa manera con las lágrimas que con las carcajadas. El *sentir* de los cantos flamencos es generalmente triste, y si los celos y la desesperacion han informado los más fogosos, los más melancólicos y bellos los ha inspirado la muerte.

Hay seguramente en las circunstancias que acompañan á la enfermedad mortal y á los últimos instantes de la vida, cierto género de sublime que está al alcance de la inteligencia más ruda, y que salta á la vista, como la amargura del líquido contenido en un lacrimatorio.

El pueblo, todo fantasía, se estremece y se exalta con el triste espectáculo que le ofrece la vista del cadáver de la madre, de la esposa, ó del hermano, siente que se hincha su corazon y tiene que desahogarse cantando. Y esto, que parece una anomalía, es, sin embargo, el resultado de su particular idiosincrasia, y suele hacerlo con facilidad suma: seria curiosa, en esto y en otros órdenes de ideas, la explicacion del refran castellano que dice: *Cuando el español canta, ó rabia, ó no tiene blanca.*

Rabia el hijo del pueblo, al propio tiempo que canta, porque llega á conocer la impotencia del hombre ante la ley de la naturaleza. La imprecacion del Satanás de Milton tiene mucho de humana, porque es la protesta de la voluntad ante el hecho inflexible y sin entrañas. Tras la imprecacion viene la queja, tras el reproche la lágrima: aquella es el nubarron oscuro y apretado, que como el escudo colosal del ángel rebelde, tapa el disco del sol, esto es, la fecundante lluvia que reciben las flores alborozadas.

Las quejas del pueblo, á la puerta del hospital donde se extingue la existencia de un sér querido; en el sendero costeado de cipreses que guia al cementerio; cerca de la capilla donde resuena el espeluznante choque del grillete del *que van á ajusticiar*, revisten un carácter particularísimo, tienen un sello de terrible realismo que eriza el cabello; coplas he oido á las puertas de la cárcel que no olvidaré nunca:

A la reja de la cárcel
no me vengas á llorar, etc.

Cómo quedan vivos en estos cantares hasta los más nimios detalles de esos acontecimientos que para el hijo del pueblo tienen más trascendencia que para los elegidos del gran mundo los que le son similares, se ve palpablemente recorriendo las colecciones de cantares recogidos por los folk-loristas.

El hospital es como la primera instancia de la fosa comun; el pueblo lo sabe y canta:

Al hospital me voy,
por Dios compañera
que no te separes de la vera mia
hasta que me muera.
Y cuando me muera,
mira que te encargo
que con la cinta de tu enagua blanca
me ates las manos.

—

N'el l'hospitalito,
á la mano erecha,
allí tiene la mare é mi alma
la camita jecha.

A estas primeras impresiones siguen otras más intensas y dolorosas:

Jincarse é roillas,
que ya viene Dios,
que va á recibirlo la mare é mi alma,
de mi corazon.

Ya vienen los frailes,
ya vienen los curas,
pa llevarse á la mi compañera
á la sepultura.

Yo ya me voy á morí,
gitanillos é la Cava,
vení y llorá por mí.

La impresion causada por estos lúgubres preliminares, encarna de tal modo en la musa popular, que se manifiesta á través de otros sentimientos, sirviéndoles de envoltura y trasformándose á veces en ingeniosas metáforas:

El corazon de mi amante
lo van á sacramentar,
y el mio se está muriendo
de la propia enfermedad.

—

Cuando pases por la Iglesia,
dile al sacristan que doble
y ponga cortinas negras,
porque ya murió aquel hombre.

—

Hay una luz que agoniza
en el templo del Olvio
donde están los restos, madre,
del flamenco que he querío.

—

Si oyes doblar las campanas
no preguntes quién ha muerto,
que te lo habrá de decir
tu mismo remordimiento.

El cementerio de aldea con sus cruces de madera y sus planteles de rosas del tiempo; el de la ciudad de segundo órden con sus nichos en fila y sus cuadros de adelfas y de romero; el de la capital de provincia, con sus calles de cipreses, sus mausoleos de mármol de Carrara y sus sepulturas de ladrillo cortado, causan en el pueblo impresiones distintas y levantan esas brumas de melancolías que flotan en sus cantares.

¡Mira cuánta cruz é pino!
¡mira cuánta piedra blanca!
¡mira cuánta florecita!
¡mira cuánta luminaria!

Yo no sé qué tienen, madre,
las flores del campo santo,
que cuando las mueve el viento
parece que están llorando.

—

Las lucecitas, que brillan
de noche en el cementerio,
están diciendo á los vivos
que se acuerden de los muertos.

Y, en efecto, el pueblo se acuerda de ellos. Acaso la costumbre de pasar en los cementerios las tardes y las noches de noviembre tienen por orígen un exagerado culto tributado á los sepulcros. Las veladas fúnebres animadas casi siempre por el vino y los manjares, trajeron esas extrañas orgías que recuerdan las danzas de la muerte y que acabaron por llevar el escándalo á la mansion de la paz y el reposo. ¡Horrible contraste! ¡cerca de la tumba, en la que las larvas de la tierra roian la carne putrefacta de un sér querido, el corro impenitente apuraba el vino generoso y masticaba con inconsideradas gulas el magro tasajo; las carcajadas, y alguna vez los cantares, se unian á esos extraños ruidos de las tumbas, y los fuegos fatuos, volando acá y allá como mariposas fosfóricas, hacian cerrar los ojos de vez en cuando al supersticioso beodo, que los atisbaba desde el círculo y que empuñaba la antorchá, haciéndola girar rápidamente sobre su cabeza, para no distinguir su imperceptible llama voladora.

Hoy, afortunadamente, cesaron las veladas de Baco en el cementerio; los bandos de buen gobierno han impedido en muchas partes que el pueblo de D. Juan Tenorio vaya á danzar y á emborracharse ante la estatua del Comendador y no se permite que se convide á cenar á los muertos. Las veladas fúnebres se reducen en las aldeas al grupo de mujeres piadosas que depositan su ofrenda de flores en el hueco del nicho y rezan piadosamente el rosario á la luz de la luna; y en las grandes capitales á los mayordomos con librea que decoran, inmóviles como las plañideras de piedra de los mausoleos, las grandes explanadas cubiertas de flores de trapo y de colosales blandones.

La multitud se complace recorriendo la ciudad de los muertos, suspirando tristemente cuando ve á una madre arrodillarse ante la tumba de su hijo y riéndose con toda la boca de los lloriqueos de los viudos recientes: al oscurecer desfila silenciosa por el camino poco trillado y se cura de espanto en los ventorrillos.

El recuerdo del cementerio persiste, sin embargo, como se ve en estos cantares:

En el cementerio entré,
le dije al sepulturero
si hay un sitio señalao
para el que muere queriendo.

—

Cada vez que paso y miro
la puerta del Campo Santo,
le digo á mi cuerpecito:
aquí tendrás tu descanso.

—

Toito el cementerio,
lo tengo yo andao;
la sepultura de mi compañera
yo no la he encontrao.

—

Sepulturerito,
te lo pío llorando,
que me enseñes la sepulturita
donde está mi hermano.

—

Si supiera er sitio
á onde la enterraron,
yo sacaria tós sus huesecitos
para embarsamarlos.

—

Sin queré pisé una fló
que en tu sepultura estaba;
de tu cuerpo salió un ¡ay!
que se me clavó en el alma.

—

Echaba la tierra
er sepulturero,
y las lagrimitas que yo derramaba
se quedaban dentro.

En los anteriores cantares, el pueblo canta lo que ve y expresa los sentimientos sin velos retóricos; en los siguientes entra la metáfora y la hipérbole con esa manera graciosa é intencionada que es la cualidad principal del canto andaluz, sin que el asunto pierda nada de su terrible realismo:

Una nochecita é luna
he visto al sepulturero
cavando mi sepultura.

—

Diez años despues de muerto
y de gusanos roío,
letreros tendrán mis huesos
diciendo que te he querío.

—

En el cementerio entré,
levanté una losa fria,
me encontré con tu queré.

—

De los huesos de mi cuerpo
tengo de hacer una cruz,
y me he de enclavar en ella
pá que Dios te dé salú.

—

El que se tenga por grande
que se vaya al cementerio,
verá que tóo el mundo cabe
en un palmo de terreno.

—

Mi cuerpo es un cementerio
que no tiene más que un nicho,
el dia en que tú te mueras
ya sabes cuál es tu sitio.

Hay entre la innumerable serie de coplas que á la muerte y sus preliminares se refieren, algunas que espeluznan por su fiereza; muchas que conmueven por la amargura en que aparecen bañadas; y varias que tienen la propiedad de conservar la imágen como un objetivo fotográfico.

Los celos llevados al mayor extremo concebible, se expresan en esta copla con la voz exterminadora de la venganza:

He de vengarme
en vida ó en muerte;
¡cómo andaré toas las sepulturitas
hasta que te encuentre!

La soledad, el vacío hecho en torno del enfermo grave por la proximidad de la muerte, esa emocion producida por el abandono de los vivos, que expresó Becquer con su inimitable frase *¡Dios mio, qué solos se quedan los muertos!* palpita en este cantar:

Llenita de penas muero
vueltecita á la pared;
las *duquitas* que yo paso,
¿á quién se las contaré?

La frase *vueltecita á la pared* es todo un poema.

Quien haya pasado en el lecho esas terribles horas de angustia en que la fiebre sube de punto y la vista recorre inquieta todos los ángulos del dormitorio; quien haya contado una y otra vez las flores de la colgadura, seguido el dibujo del papel que decora los muros, y detenido los ojos sin objeto, en los desniveles de la mampostería; quien haya en fin realizado esos actos inconscientes que la enfermedad provoca, comprenderá todo el valor de esa frase, cuya trascendencia apunta el irónico Espronceda cuando dice:

Que habla con su mujer el que se casa,
y yo, con las paredes de mi casa.

No ménos elocuente es la siguiente queja de la esposa que ha visto morir al hombre que adoraba y que recuerda los dulces coloquios de tiempos ya pasados para siempre:

Ya se murió mi marío,
ya se acabó mi consuelo;
ya no tengo quien me iga
ojitos de terciopelo.

Tambien encierra amarga melancolía el siguiente mandato póstumo:

Toitica mi ropa
llévala á la tienda,
pero la chaquetita de los alamares negros,
¡por Dios no la vendas!

Esa chaquetita de los alamares negros sirvió acaso en la primera entrevista; se lució en las romerías al lado del pañolon de Manila bordado de vivas flores, sintió el dulce calor de un torneado brazo y fué el único muro insensible que separó dos corazones; por eso *la flamenca* no la venderá ni la empeñará hasta que el alcanfor sea insuficiente para preservarla de la polilla y los alamares se le caigan á pedazos; es la única prenda que quedará en el arca en las épocas del hambre y del frio.

Decia que alguno de estos originalísimos cantares queda estereotipado de un modo que hiere la imaginacion como una punta de acero y voy á dar una muestra:

Allá, en Puerta é Tierra,
en aquer rincon,
están los huesos de la maresita
que á mí me parió.

—

A las dos é la noche
pasaban los carros,
como llevaba la manita fuera
yo la he *pincharao.*

—

Muertecita la encontré,
con un pañolito blanco
la carita le tapé.

Interminables serian la citas que pudiera hacer de estos distintos sentidos: la musa popular derrocha la inspiracion y el sentimiento. Cuando las brisas de octubre comienzan á pelar las ramas de los árboles, saltan las castañas asadas en los anafes, y se envuelve el andaluz en la airosa capa para *pelar la pava* cabe la reja, estos tristes cantares aparecen rodeados de su verdadera aureola.

En primavera y en estío se empapan en luz y en colores y no entristecen; es un fenómeno extraño, pero no por eso ménos cierto. Ocurre con esto, lo que con los pasos y saetas de la Pasion: conmueven más profundamente en Semana Santa.

Yo he cruzado por el sendero que conduce al cementerio de San Fernando en los risueños dias del mes de abril, cuando los árboles estaban cargados de frutos, el viento henchido de aromas y los campos cubiertos de espigas; la aparicion de uno de esos cortejos fúnebres, que con tanta frecuencia huellan aquellos lugares, me ha parecido una nota desafinada en el concierto de la naturaleza y he estado á punto de creerme víctima de un importuno ensueño.

Y es que cuando se desborda el vaso de la vida, se halla el ánimo dispuesto á negar la muerte.

BENITO MAS Y PRAT

EL DESIERTO

En la parte de la Arabia que hoy ocupa el desierto, existian, siglos hace, dilatados bosques, caudalosos rios y multitud de séres de distintas especies.

Créese que tan hermosos y pintorescos sitios sirvieron de modelo á los poetas de Oriente al describir el Paraíso terrenal.

Una cinta de arena lo cruzaba en todas direcciones; su polvo era amarillo como la envidia, inquieto como la cólera y, como el odio, incapaz de estrecharse y fundirse uno con otro; todos ellos eran libres é independientes; su lema era, igualdad é individualismo; únicamente fraternizaban en las malas pasiones.

Cuando el sol asomaba en el horizonte el polvo amarilleaba como un ictérico oyendo cantar las aves, correr los rios y sonreir las plantas.

Al llegar la noche, los negros pensamientos que lo animaban se reflejaban en toda la extension de su árida superficie.

Un dia los granos de arena hablaron de esta suerte:

—Es preciso nivelarlo todo; que todo en el mundo sea igual y lo mismo.

—Sí, sí; que todos seamos rios.

—O árboles.

—O pájaros.

—Y, si no podemos ser aves y surcar como ellas el espacio, que las aves sean tierra como nosotros.

—Si no podemos ser rios cegaremos las fuentes.

—Y si no podemos ser plantas convertiremos las plantas en polvo.

—Sí, sí; es preciso nivelarlo todo.

—Que todo en el mundo sea igual y lo mismo.

—¿No somos nosotros tierra?

—¡Tierra, nada más que tierra!

—Pues, cuanto es, cuanto alienta y cuanto existe, ha de convertirse en polvo.

—Nuestro principio es la igualdad.

—Y libertad para realizarla.

—Y fraternidad entre los granos de arena.

—¡Guerra al privilegio!

—¡Abajo las clases!

—¡Mueran los rios!

—¡Exterminemos los árboles!

—Acabemos con los pájaros.

—¡Viva la arena!

—¡Vivaaa!...

Lo pequeño se unió y se hizo innumerable; los odios se fundieron y surgió el huracan; los granos de arena se hacinaron en grandes moles animadas por infinitas y pequeñas miserias y, con horrible crueldad, corrieron de Norte á Sur, de Este á Oeste, devastando y aniquilándolo todo.

Las plantas fueron desgajadas; cegáronse las fuentes de los rios y las parleras aves no teniendo donde fabricar sus nidos ni donde refrescar sus pechos, unas huyeron á lejanas tierras y las más sucumbieron en la universal catástrofe.

Tiempos despues, la arena, mezclada con los despojos de tantas víctimas, tornóse de color pardo y aspecto sombrío como si el rencor aún no saciado la acompañase en sus triunfos.

Entónces el polvo se volvió contra el polvo, y, como un grito de la conciencia, el simoun se agitó en sus entrañas sin darle momento de paz ni de reposo.

Al Norte y al Sur limitaban el desierto dos largas cordilleras de montañas; al Este y al Oeste cerrábanle el paso las movibles olas de dos mares; sobre su frente se extendia el cielo.

—Nuestra obra no está aún terminada;—gritó la arena del desierto.

—Escalemos las montañas.

—Extingamos el mar.

—Convirtamos en tierra el sol, las estrellas y el firmamento mismo.

—Que todo cuanto es, cuanto alienta y cuanto existe, sea polvo como nosotros.

Esto ocurrió siglos hace y todavía la arena del desierto en sus horas de desesperacion trata de allanar los montes, de nublar el cielo y de agotar los mares, como desarraigó las plantas, cegó los rios y extinguió las aves.

Cuando el huracan de arena se estrella contra las rocas de las cordilleras, éstas, sonriendo, la devuelven al desierto en nubes de menudo polvo; cuando impulsada por el simoun la arena pretende escalar el cielo, el sol, la luna y las estrellas, resplandecen más vivos sobre su cólera; y cuando la arena lucha contra los mares, las incesantes olas la arrojan á la playa con blandos movimientos convertida en lodo y en fango.

Esta lucha se renueva incesantemente á través de los siglos.

En los largos meses del estío, cuando el sol caldea el espacio y el aire parece una ascua de fuego, la arena del desierto, en medio de una calma no interrumpida por el menor soplo de aire, abrasada, incandescente, asfixiada, recuerda la sombra que en otros tiempos la prestaban los árboles, la frescura de los rios y la alegre algazara de los pájaros.

Que en la vida el bien por que batallamos truécase en dolor una vez conseguido, y el dolor que dejamos la distancia nos lo muestra como un placer no comprendido.

V. COLORADO



EL NIETO LLORON, cuadro por G. Jakobides



VENDEDOR DE REFRESCOS EN EL CAIRO, cuadro por J. Seymour



LA QUE TIRA

LA HOZ

(Leyenda montañesa)

No creais, benévolos lectores, que voy á conduciros á los lejanos tiempos en que los hombres andaban vestidos de hierro, en que la barbarie y la fuerza imperaban sobre el sentimiento y la razon. No: este drama que hoy voy á contaros ocurrió en la edad moderna, despues de la derrota de Napoleon, despues del advenimiento del novísimo régimen gubernamental, cuando empezaba á considerarse viejo á Voltaire, cuando Fernando VII ahorcaba liberales, haciendo un telégrafo óptico de horcas desde el peñon de Gibraltar hasta el cabo Mouro... Entónces, entónces fué cuando ocurrió lo que voy á referiros.

¿Quereis saber el lugar de la escena?... Pues fué en un repliegue de la montaña céltica, donde crece la salvia, donde el gamo ramonea entre la hojarasca de los castaños, donde el oso reina en trono de nieves y témpanos. En aquellas soledades, cerca de la cueva de Pelayo, ó no léjos del árbol de Guernica, acaso donde las amargas aguas cantábricas riñen con las rocas santanderinas... ¡quién sabe?.. el punto no ha sido fijado por historiadores y geógrafos. Pero fué á ciencia cierta en la montaña, donde una noche tormentosa bajó el diablo, no entre relámpagos y resplandores, sino entre los copos blancos de una nevada, y con su índice marcó con sangrienta cifra la puerta de una cabaña. Despues la vision diabólica se desvaneció en los aires, desgarráronse y huyeron las algodonosas nubes, amaneció el dia, salió el sol y su cegadora claridad refulgió y reverberó sobre el blanco panorama, destacándose enérgicamente en la alta y ondulante sábana la silueta negra de la cabaña en cuya puerta habia quedado trazada por el dedo del diablo una rúbrica sangrienta.

* * *

Volvia de segar la yerba que en los fecundos prados se oculta bajo la nieve, como el ascua bajo la ceniza, el fornido Gaspar, la hoz al hombro, el cantar en los labios, contento de antemano y placentero anticipadamente del beso que iba á darle su mujer, la rubia Luisa, una *Gretchen* hispana, una hermosura en cuya pasta habian echado los ángeles el perfume de los nardos, y que parecia hecha de nieve y oro. Pocos dias llevaban de casados Gaspar y Luisa. Sólo habia en su dicha un punto negro: el padre de Gaspar, Melchor de nombre, tenia un humor iracundo y salvaje, habia cobrado odio á Luisa, tenia celos de que le robaba el amor de su hijo y á regañadientes, con despego, por la superior fuerza de las cosas, habia admitido la compañía de la nuera. En aquella ocasion reñian el viejo y Luisa: sus palabras iracundas no cesaron por la presencia de Gaspar y este escuchó la reyerta con pena.

—¡Buena manera de recibirme!—dijo Gaspar...—vengo cansado del trabajo y quereis cansarme más aún con vuestra riña.

Luisa sollozaba y el viejo, mirándola con desprecio y con ira, gritó:

—No, no quiero que duerma más en mi casa esta...

Y lanzó á Luisa uno de esos insultos que hacen sangre como el arañazo de la zorra, que queman como el ácido nítrico. Gaspar vió flotar ante sus pupilas una nube sangrienta, vió diabólica procesion desfilar ante sus ojos... No, no fué él: fué sugestion diabólica... un nervioso impulso puso en sus manos la hoz, y describiendo con ella un arco en el aire abatió á su padre... La hoz cayó al suelo goteando sangre de sus menudos dientes, y el viejo Melchor rodó sobre la nieve, espirante, con una feroz, ancha herida en el cuello... Sus últimas palabras fueron una maldicion tremenda y vengativa.

* * *

Pesó para siempre una nube de tristeza sobre aquella casa. El crímen quedó oculto: la nieve y la maleza, y tal vez las alimañas del bosque, fueron cómplices del parricida. Ni la justicia intervino en la desaparicion del viejo, ni se volvió á hablar de él en la comarca.

Concibió Luisa un hijo, y cuando en las manos de rústica curandera vino este al mundo, la parturienta y Gaspar lanzaron un grito horrible, de esos en los que el corazon humano expresa todos los dolores y todas las agonías... ¡El recien nacido tenia en el brazo derecho dibujada una hoz sangrienta!

Pasaron años, y como el olvido y el tiempo son dos sepultureros que labran sin cesar, bajo las ocupaciones metódicas de los dos montañeses, y entre sus alegrías de amor quedó escondido el remordimiento como habia quedado el cadáver escondido entre la nieve y la yerba.

Dos años despues de haber nacido Gabriel, que así se llamaba el hijo de Gaspar y Luisa, dió esta á luz una niña. Contempláronla con regocijo infinito y creyeron desarmada la cólera divina, porque en el cuerpo sonrosado y gordezuelo de la recien nacida Andrea, no habia aquella señal sangrienta, aquella hoz de fuego que en el moreno brazo de Gabriel...

Aumentaron las cosechas, dieron los robledales copiosas ramas para la lumbre y los corros de pinos lágrimas de resina y montículos de piñones; el sol y la alegría rielaron en la nieve que se derretia gota á gota y en la abundancia que invadia el arca y el granero. Y con la abundancia y á par de ella crecieron Gabriel y Andrea. Cumplió el primero 16 años y la segunda 14.

Una noche jugaban los dos hermanos cerca de la casa. ¿Disputaban? ¿Reñian?.. Ni Gaspar ni Luisa pudieron expresar bien lo que era... De pronto oyeron un grito... corrieron allá... ¡Horrendo espectáculo! La niña yacia en el suelo nadando en sangre y Gabriel, pintándose en su rostro la locura y en sus ojos la fiebre, tenia aún asida en su mano la hoz, sí, la hoz aquella que habia herido al viejo y cuyos menudos dientecitos goteaban la sangre de la niña.

Aterrados ante la catástrofe, sin saber qué hacer, si socorrer á Andrea ó aplastar al malvado, permanecieron un instante, en el cual recobró la serenidad Gabriel, quien, arrojando la hoz, escapó por la montaña saltando de risco en risco como un gamo, flotando en el viento su cabellera, presa del demonio del vértigo.

* * *

No interrumpió su marcha el tiempo; siguió andando por el camino de las horas, sin pararse jamás, y toda aquella prosperidad que rodeaba á Gaspar y Luisa quedó destruida en pocos meses. No se derritió la nieve del último invierno, ni creció la yerba, y el viento desarraigó los robles y descuajó los castaños. De hambre y de epidemias murieron los ganados; y Gaspar se encontró pobre, pasó hambre, y por no tener que mendigar una limosna, apeló al recurso de convertir su cabaña en posada. Pocos eran los transeuntes que iban allí á albergarse, y sólo en la época en que bajaban los pastores al llano habia huéspedes y ardia la lumbre bajo la campana de la chimenea. ¡Qué horrenda destruccion la del edificio! La techumbre amenazaba desplomarse, las puertas desvencijadas gemian en sus goznes cuando soplaba el viento, cuarteábanse los tabiques y la ruina amagaba de continuo.

Puesto en la última extremidad Gaspar vendió su casa y la tomó en alquiler al nuevo dueño. Aquel año fué peor que los anteriores; y cuando llegó el vencimiento del contrato no pudo Gaspar satisfacer el arrendamiento. Diez duros importaba, nadie queria prestárselos, y en su desesperacion acudió al propietario que le recibió duramente diciéndole que si á las veinticuatro horas no pagaba los diez duros iria el Juez municipal á embargarle los míseros trebejos y á ponerle en el campo.

Volvió á su casa: ya era de noche. Arrojó un mendrugo de pan á Luisa para que lo royera.

—¿Tú no comes?—dijo ella.

—No,—repuso Gaspar con rostro tenebroso y terrible.

Desencadenáronse los huracanes aquella noche: el relámpago surcó los cielos negros... Alguien llamó á la puerta.

Abrió Gaspar y entró en la estancia un hombre como de 30 años, de hermoso rostro, vestido con riqueza de lujoso traje de camino.

—¿Me deja V. un rincon donde dormir? —preguntó.

Gaspar y Luisa llevaron al huésped al dormitorio, estrecha pieza que ocupaba casi por completo una fementida cama. Sacó el huésped del morral fiambres y un frasco de vino, brindó á Luisa y á Gaspar que no aceptaron: despues se dispuso á acostarse.

A través del tabique que separaba á Gaspar del huésped le oyó desnudarse, sintió cómo se despojaba de un cinturon de cuero colgándole de un clavo que habia en la pared; pero el clavo mal sujeto cayó y con él el cinturon en cuyo choque sonó bajo la badana la vibracion del oro. Este ruido metálico se repercutió en el alma de Gaspar: negras visiones le conturbaron. ¡Sí! en aquel cinturon habia dinero de sobra para que él pagara su deuda, para evitar que el desastre de su ruina se verificase por completo..... Avanzaba la noche, el huésped dormia, Luisa y Gaspar velaban, aterrados de sí mismos, sin osar ni mirarse por miedo de adivinar sus mismos pensamientos... Cuando cantó el gallo Gaspar se incorporó, fué á una arca donde tenia aperos de labranza y buscó algo... Sus dedos tropezaron con una cosa fria... asiéronla... Era la hoz, la hoz fatídica y terrible en cuyos menudos dientecillos de acero aún habia manchas de sangre. Gaspar armado de la hoz entró en la alcoba... Buscó á tientas el cinto lleno de oro palpando en el suelo, y como el huésped se despertase al ruido, Gaspar arrojándose sobre él clavó el pico de la hoz en el pecho del viajero... Sangre caliente le saltó al rostro... Entónces el huésped entre las convulsiones de la agonía gritó:

—Soy tu hijo Gabriel... y venia lleno de riquezas á pedirte perdon y hacerte dichoso.

J. ORTEGA MUNILLA

DOS HERMANOS.

Cuando España entera hablaba por los codos del programa de Manzanares y del jaleo de Vicálvaro, gritando libertad y canturreando el himno de Riego los que con más ó ménos fundamento esperaban sacar astilla del nuevo órden de cosas, y poniendo como chupa de dómine á todos los que anduvieron en el fregado los que sólo podian prometerse pérdidas en sus medros y disgustos en sus personas, uno de nuestros primeros liberales sin oficio ni beneficio que nunca habia pasado de la categoría de simple mortal y que entónces resultó de golpe y porrazo convertido en jefe superior de administracion, se creyó obligado á demostrar su gratitud á un zapatero que habia tenido la santa paciencia de calzarle sin cobrar un solo ochavo durante unos cuantos años. No ignoraba el flamante funcionario público que por su empingorotada jerarquía administrativa tenia en la oficina para sus asuntos particulares y, si quedaba tiempo, para el servicio oficial, una cáfila de porteros y ordenanzas retribuidos por el país. Como es consiguiente, echó mano de uno de aquellos servidores para llamar al zapatero: y el zapatero, que cuando recibió el recado convenia con varios parroquianos suyos en que, si el mundo se rigiera por la justicia, todos los jefes y auxiliares de la zaragata vicalvaresca serian fusilados, se apresuró á presentarse en el despacho del que le llamaba, donde entró asegurando que los españoles mereceríamos albarda y ronzal si á cada auxiliar y jefe del glorioso movimiento nacional no le levantábamos una estatua.

—He llamado á usted, dijo el presupuestívoro, para que me pida lo que quiera, con tal de que no sea lo que le debo, que eso se queda para más adelante. ¿Puedo yo hacer algo por usted?

No se le volvieron agua los dientes al cofrade de San Crispin porque hacia muchos años que los habia perdido; pero sonrió como un bienaventurado y se apresuró á contestar·

—Ya sabe usted que yo soy un artista que le ha servido siempre sin sofocarle nunca para que pagase los piquillos que han ido cayendo. Tengo dos hijos, y haga usted cuenta de que uno es un borricote que sólo sirve para batir suela y para meter y sacar la lezna; pero el otro es más fino que el coral, y clama á Dios que un chico tan listo huela á cerote y pase su vida midiendo piés y cortando cueros. Déle usted un destinillo, y aquí estoy yo para se-

guir calzándole con la economía y esmero á que le tengo acostumbrado.

Poco despues salia el zapatero del despacho de su deudor llevando en el bolsillo una credencial de la que resultaba que Ramon Becerrillo, que era el mozo que no merecia oler á cerote, formaba parte de la administracion pública con la categoría de escribiente y el haber de tres mil reales anuales, salvo el descuento del seis por ciento.

Hubo gran regocijo en la zapatería, y el agraciado tardó en soltar las herramientas del oficio el tiempo que tardó en enterarse de que estaba destinado á más altas empresas.

Compráronle un levitin y un sombrero de copa alta para que se presentase á tomar posesion de su cargo con el decoro debido, y el mismo dia entró en el ejercicio de sus funciones copiando la minuta de una comunicacion, en cuya faena dió pruebas de que, prescindiendo de la forma de la letra, prescindiendo de un desconocimiento absoluto del valor de los signos ortográficos y prescindiendo de que no escribió dos palabras seguidas sin equivocar alguna de las dos, ó las dos, era un escribiente muy aceptable. Sin embargo, el muchacho tenia en realidad inteligencia y deseo de valer, y no tardó en aprender de caligrafía y gramática todo lo necesario para copiar el borrador de un real decreto tan bien como pudiera hacerlo el más pintado.

Al cabo de dos años su padre reventaba de gozo, hablando siempre del glorioso movimiento y de las estatuas que debian labrarse; su hermano reventaba sacando y metiendo la lezna para dar abasto á los encargos de botas, zapatos y zapatillas, sin ayuda de brazos extraños; y su madre reventaba de coraje, porque con sutilísima penetracion femenil habia visto pronto que las ventajas de tener un hijo oficinista se reducian á que ese hijo los tratase como á inferiores, á ver subir como la espuma el número de picos nunca cobrados al que les agasajó con la credencial y á estar privada la casa de unas manos que representaban, cuando cortaban cueros y median piés, muy estimables ingresos. Tambien al cabo de los mismos dos años sucedió que el que de golpe y porrazo habia llegado á jefe superior de administracion, de golpe y porrazo se encontró por tierra con el haber que por clasificacion le correspondia: es decir, sin otro haber que el de veinticuatro horas cada dia para buscárselas por esos mundos como cuando no era más que uno de nuestros primeros liberales sin oficio ni beneficio.



LA QUE RECOGE

La caida del protector hizo pasar al protegido unos miedos feroces: esperaba que á él tambien le echarian á la calle, por aquello de que siempre va la soga tras el caldero; pero afortunadamente nadie se acordó del santo de su nombre, y continuó copiando minutas y cobrando sus tres mil reales, con descuento, que ya por entónces no le bastaban para alternar con sus compañeros y portarse como correspondia á una persona de sus circunstancias.

Ramon llegó á figurar con el número uno en la escala de su clase y andaba que bebia los vientos por conseguir el ascenso á la inmediata superior, en la cual existia una vacante.

—Ya está usted ascendido: hoy se firmará el nombramiento; le dijo un dia el jefe del personal, encargándole el secreto.—Y en efecto, á las pocas horas le entregaron la cesantía. La cosa le pareció turbia, pero era muy clara. Un diputado influyente de la oposicion que pensaba pronunciar en el Congreso un discurso terrible contra el ministerio, decidió á última hora quedarse con el discurso dentro del cuerpo; y los ministros, que habian pedido nota de todos los recomendados de aquel personaje para suprimir el turron á los que estuviesen saboreándole, y no dárselo á los que esperaban saborearlo, cambiaron de bisiesto y aprovecharon los datos reunidos para mostrarse agradecidos ascendiendo á los ya colocados, que eran muchos, y colocando á los que no lo estaban, que no eran pocos, por cuya razon hubo necesidad de que el hijo del zapatero se quedara sin la vacante que le correspondia y sin la plaza que desempeñaba. Habia figurado en nómina dos años, dos meses y diez dias: habian importado sus pagas seis mil quinientos ochenta y tres reales once maravedises: se le habian descontado trescientos noventa y cinco reales, y habia cobrado, por lo tanto, seis mil ciento ochenta y ocho reales y once maravedises.

¿Cómo volver á usar mandil y blusa el que se habia acostumbrado á gastar levita?

¡Imposible! El nuevo cesante se dedicó á pretender su reposicion, apoyado por su padre, que vengaba la *infamia* cometida con su hijo, asegurando á todo el que queria oirle que habia estado en Bábia cuando calificaba de movimiento glorioso el sedicioso chapuz de Vicálvaro y cuando pedia estatuas para una gente que merecia la horca.

Murió el zapatero: murió la zapatera: se vió lo que valia la zapatería; y el hermano borricote se hizo dueño de ella, entregando á plazos al más fino que el coral la mitad de su valor, con determinadas condiciones que estipularon tan en santa paz que salieron peleados para toda la vida, sin duda porque el cariño fraternal estaba en ellos ménos desarrollado que el amor á los intereses materiales, y porque cada cual queria arreglar las cosas de modo que se le quedase entre los dedos la mayor parte de los bienes de sus padres.

Los años corrian que era un gusto y el cesante llevaba engullido ya casi todo lo heredado, sin haber podido disfrutar de nuevo las delicias de la nómina. Vivia en una casa de huéspedes de poco pelo, y harto de pretender en balde se agarró como á una tabla de salvacion á la gacetilla de un periódico, desde la cual, en broma en broma, comenzó á soltar metralla contra el gobierno de tal manera que pronto adquirió fama de ser el más intencionado y temible de los gacetilleros. Hizo su protector por entónces un cuarto de conversion, valiéndole el cambio de postura el mismo puesto de jefe superior que anteriormente desempeñara; y por lo que ya hemos dicho del caldero y de la soga, que esta vez no resultó patraña, detrás de la reposicion del uno fué el nombramiento del otro. ¡Y qué nombramiento!.. jefe de negociado con dos mil cuatrocientos escudos, sin más quiebras que el descuento del diez y seis por ciento de cada paga. ¿Qué ménos le habian de dar por ver convertida en incensario la pluma que venia siendo un puñal de Albacete?

La apostasía del gacetillero levantó gran polvareda en la prensa: y los que se escandalizaron, los que fingian que se escandalizaban, los que eran incapaces de seguir su ejemplo, y los que no le seguian porque no encontraban quien quisiera comprarlos, todos convinieron en que nuestro hombre era de lo más sin vergüenza que puede conocerse. Él cobraba y callaba, y cobrando y callando le sorprendió el dia en que España entera no hablaba de otra cosa que de la batalla de Alcolea, con los mismos gritos de libertad y canturreos del himno de Riego de todos los que esperaban sacar astilla, y los mismos alaridos y maldiciones de cuantos temian verse deslomados, que sirvieron de acompañamiento catorce años ántes al programa de Manzanares y al jaleo de Vicálvaro.

Becerrillo quedó cesante: hacia siete meses que desempeñaba el cargo de jefe de negociado: habian importado sus haberes catorce mil reales: le habian descontado dos mil doscientos cuarenta; y habia recibido limpios de polvo y paja once mil setecientos sesenta. Comprendió desde luégo que de la revolucion no podia salir nada honrado: ¿qué habian de hacer que no fuera abominable los que á él le habian limpiado el comedero? Vomitando bilis echó á volar el primer número de un periódico satírico en que no dejaba títere con cabeza. Pero otro ciudadano que acababa de tomar posesion de la plaza sietemesina de Becerrillo, habia comprendido á su vez que el que no simpatizase con los revolucionarios tenia forzosamente que ser un canalla, y descargó sobre su antecesor tan soberana tunda, que le dejó descuadernado para el resto de sus dias y sin ganas de volver á escribir sátiras contra nada ni contra nadie.

Entró de nuevo el cesante en la calle de la amargura. Consumió en ella lo poco que ya le quedaba de sus padres, y, entrampado con varios prestamistas, llegó á tener tales apuros que estuvo á punto de buscar á su hermano para pedirle un jornal en su establecimiento. Rechazó, sin embargo, la idea, porque su dignidad gritaba desaforadamente que seria bochornoso volver á oler á suela y cerote ó reanudar relaciones con quien, engendrado por el mismo hombre, habia sido concebido en el mismo seno, se habia amamantado á los mismos pechos, y habia vivido en la misma casa, oyéndose llamar como él, con el dulce nombre de hijo.

La casualidad le puso en contacto con una dama de ilimitada influencia.— Aquí está mi porvenir,— dijo Ramon para sus adentros: y no haciéndole entónces objecion alguna su otras veces vocinglera dignidad, no perdonó adulacion ni bajeza hasta ganarse el afecto de aquella señora. Resultó de todo ello que el que sacó de Vicálvaro un empleo de tres mil reales ménos el seis por ciento de descuento, y de Alcolea otro de dos mil cuatrocientos escudos, ménos el diez y seis por ciento, volvió á clavar el diente en el presupuesto con doce mil quinientas pesetas de sueldo, ménos el veinte por ciento y el noveno del mismo veinte por ciento.

¡Él, director general!... ¡él, jefe superior de administracion!... ¡él, ilustrísimo señor!... Decidido á serlo de véras y á asombrar al mundo con su iniciativa, su talento y su amor al trabajo, comenzó á formar planes para conseguir tan laudable objeto; pero á los quince dias funcionaba ya el ministerio regencia de la Restauracion y nuestro héroe cayó, metafóricamente hablando, desde las hermosas puertas del cielo á las tenebrosas profundidades del infierno. Para colmo de males, la dama que habia conseguido su momentáneo encumbramiento cogió una pulmonía al salir de un baile, y entre la pulmonía y los médicos la enviaron á la eternidad en pocas horas.

No ha vuelto á desempeñar ningun destino público ni á tener una peseta, aunque sigue siendo más fino que el coral, el ilustrísimo señor don Ramon Becerrillo, que, durante veinte años, sirvió al Estado treinta y cuatro meses ménos cinco dias, y cobró en junto diez y nueve mil quinientos sesenta y ocho reales, viniendo á salir á unos dos reales y medio cada dia, á lo que debe añadirse la paliza material con que le derrengó un revolucionario y la paliza moral con que ántes la prensa le habia dejado sin honra.

Miéntras tanto, el borricote de su hermano gana el dinero á espuertas; y se va los domingos por la tarde con su mujer y sus hijos á las ventas del Espíritu Santo ó á la Fuente de la Teja á despachar cada merienda que vale un imperio; y por las noches concurre á los cafés y á los teatros; y ha construido una casa con jardin en la Montaña del Príncipe Pio; y apénas llega el verano y comienza el sol á echar chiribitas, sale pitando con toda su gente hácia las playas del norte, dejando la zapatería á cargo de un dependiente de su confianza, y bigardea hasta el otoño, en que hartos él y su familia de divertirse á su manera en cualquier pueblecillo del litoral, tornan á la corte con unos colores de salud y unos mofletes macizos que da envidia el verlos.

Algunas veces hablan del jefe superior de administracion, y cuando esto sucede suele decir el satisfecho menestral: —Si mi ilustrísimo hermano no es tonto de capirote, ya se habrá convencido de que vale más un mal oficio que todos los empleos del mundo.

PEDRO MARIA BARRERA

LAS EDADES DE LA ATMÓSFERA

Mucho se equivocaria quien creyera que la atmósfera que rodea á la Tierra ha sido siempre cual ahora. Ni el azul purísimo que en los dias despejados presenta la bóveda celeste en nuestros climas; ni los vivos tornasoles que en las regiones tropicales adornan los ortos y ocasos del Sol; ni las nubes que dan tono y variedad á la atmósfera, han existido siempre formando vistoso fondo á los paisajes terrestres.

Tiempos han corrido en que ni céfiro sutil, ni viento bramador soplaban cual ahora; en que el Sol no se columbraba jamás desde el núcleo terrestre á través de la atmósfera; en que esta no era, como al presente, la que

regulaba y distribuia el calor por la superficie del planeta, sino que influida por la temperatura de la Tierra y no por la del Sol, era agitada por mil formidables y desordenadas convulsiones, gigantescas tormentas de las que son modestísimo remedo las más estrepitosas tempestades que en nuestras épocas estallan en los países ecuatoriales; tormentas aquellas en que las masas huracanadas que agitaban la atmósfera y barrian la superficie del núcleo sólido del planeta no eran las masas sutiles del aire actual, sino las que ahora forman las entrañas metálicas de la Tierra. Ventiscas de oro y plata encrespando mares de rocas derretidas.

La atmósfera, pues, ha cambiado muchísimo desde los primeros tiempos de su formacion hasta los presentes; ha experimentado variaciones radicalísimas en su estado físico y mecánico y en su composicion química: su aspecto y sus funciones han sufrido alteraciones esenciales correspondientes á las que la Tierra ha experimentado en los diversos períodos de su evolucion física. La atmósfera, por lo tanto, ha tenido sus edades, como cualquier sér vivo, edades cuya sucesion forma su historia; historia curiosísima, á cuyo final no se ha llegado todavía.

***

Nuestro sistema solar fué en un principio, ántes de la formacion de los planetas, una masa gaseosa animada de rápido movimiento de rotacion. La fuerza centrífuga desarrollada en el ecuador de esta masa hizo que se fuera acumulando hácia aquella parte mayor cantidad de materia, y que esta se fuese desprendiendo en forma de anillos que continuaron condensándose despues, independientemente del cuerpo central que es el que actualmente forma el Sol.

Todos los anillos, al separarse de este astro central y al aglomerarse independientemente para formar esferoides, tuvieron que ir manifestando los mismos fenómenos caloríficos y luminosos que el Sol, sólo que con ménos intensidad, por ser esta siempre proporcional á la masa.

La Tierra, pues, se separó del Sol en estado gaseoso y en forma de anillo; aglomeróse despues éste formando un esferoide que quedó girando al rededor del núcleo central y enfriándose por la pérdida de calor en los espacios. A medida que por causa de este enfriamiento el globo terrestre fué contrayéndose ó sea disminuyendo de volúmen, el movimiento de rotacion fué haciéndose más rápido y por virtud de este movimiento, así como la Tierra se habia separado del Sol, se separó la Luna de la Tierra, y tambien en forma de anillo, cuya masa formó despues nuestro satélite. Durante este período toda la masa terrestre se encontraba en estado gaseoso y sumamente dilatada en el espacio; entónces toda la *Tierra* era *atmósfera*.

Continuando la pérdida de calor en los espacios, la masa terrestre siguió condensándose y se formó hácia el centro un núcleo de materias más pesadas, ménos volátiles. La Tierra semejaba entónces una *estrella nebulosa*.

Más tarde y siempre por virtud del continuo enfriamiento que todo cuerpo caliente sufre colocado en el espacio, debió manifestarse la masa de la Tierra perfectamente separada en dos partes bien distintas; una porcion gaseosa ó *atmósfera* sumamente extensa y una *piroesfera* central en estado de fusion ígnea. La Tierra entónces era un Sol y su atmósfera diferia esencialmente de la que hoy existe.

A las altísimas temperaturas á que aquella atmósfera se encontraba, era imposible que la mayor parte de los cuerpos compuestos sólidos, líquidos y gaseosos que hoy existen en la Tierra pudiesen estar formados, de modo que dicha atmósfera estuvo constituida por cuerpos simples metálicos y no metálicos, libres, separados, sin combinarse unos con otros; que era obstáculo á ello la enorme fuerza repulsiva correspondiente al calor de aquella atmósfera.

Conforme esta se fuese enfriando seria como los cuerpos simples que la constituyesen se irian combinando unos con otros, segun sus afinidades y las condiciones de estabilidad de los compuestos resultantes; ó bien se irian precipitando, líquidos ó sólidos, de la atmósfera, si sus puntos de condensacion eran anteriores á esas condiciones de afinidad y de estabilidad.

Vinieron entónces las lluvias de metales fundidos que, al contacto de las masas incandescentes de la piroesfera, se volatilizaban de nuevo, originando fenómenos semejantes á los de las actuales lluvias, y serian de ver arroyos de oro puro derretido, nubes de vapores de plata y turbiones de hierro y cobre en fusion que caerian, silbando estrepitosos, derramándose despues en encendidas cataratas por las desigualdades de un suelo enrojecido. Así se formaron los filones metálicos que hoy se encuentran alojados en las quiebras de las rocas ígneas, cuyo punto de solidificacion fué muy anterior al de la condensacion de muchos metales.

De esta suerte, en continuos trastornos y alternaivas, los elementos que fueron poco á poco añadiéndose á la piroesfera, se mezclaban con esta disponiéndose en el órden de sus densidades ínterin el núcleo incandescente se mantuvo en estado pastoso hasta en su misma superficie; pero llegando á perder el globo, por el incesante enfriamiento, su exceso de calor y su brillo luminoso, presentó por fin una costra sólida, recubriendo el núcleo central incandescente. La Tierra entónces se convirtió en planeta.

VENDEDOR DE PERROS, estudio del natural por Llovera

***

Pasaron las primeras edades de la atmósfera, aquellas en que esta tenia brillo propio, y empezaron entónces más radicales trasformaciones. Continuando el constante enfriamiento fué la atmósfera despejándose de productos metálicos de toda clase y de los compuestos metalóideos más combustibles como el fósforo, el azufre, el arsénico, etcétera. El carbono y el hidrógeno se combinaron ya con el oxígeno, pero quedaron sin embargo en la atmósfera, porque los compuestos resultantes de estas combinaciones, á saber, el ácido carbónico y el agua, no suelen formar con los demás cuerpos combinaciones estables á altas temperaturas. Por lo demás las cantidades de aquellos compuestos existentes en aquellos períodos en la atmósfera tenian que ser enormes. No hay más que considerar los inmensos depósitos de hulla enterrados hoy en las entrañas del planeta y la imponente grandiosidad de los Océanos, para conjeturar cuál seria la cantidad de ácido carbónico y de agua en vapor que habria en aquellas atmósferas que contenian en estado aeriforme las minas de carbon de piedra que hoy se explotan y los Océanos actuales.

A las trasformaciones químicas de la atmósfera correspondieron naturalmente cambios profundos en sus propiedades físicas. A los elementos disociados, metálicos en su mayor parte, que la hacian diatérmana, es decir, trasparente para el calor, siguieron compuestos, como el agua, de gran poder absorbente para los rayos caloríficos oscuros. Así, pues, el enfriamiento del planeta desde entónces tuvo que ser más lento y las trasformaciones del globo y de su atmósfera más paulatinas. Pero estas, sin embargo, siguieron su camino, y el agua y otros elementos como ella aún existentes en la atmósfera se fueron condensando.

Es indudable que la atmósfera densa y pesadísima tenia entónces una presion sumamente mayor que la actual, y por lo tanto que el punto de ebullicion de muchas sustancias habia de estar considerablemente retrasado y así habia de sucederle al agua misma, que debió empezar á presentarse líquida á una temperatura superior á la que hoy marca el termómetro cuando dicha agua rompe á hervir al nivel del mar. Vinieron entónces las primeras lluvias torrenciales que originaron los Océanos, empezando la tercera edad de la atmósfera, que, aunque espesa y nebulosa, presentó ya una constitucion análoga á la actual.

Los rayos del Sol fueron pudiendo penetrar á través de aquellas masas de gases y vapores, el color azulado empezó á irse manifestando y dominando cada vez la influencia calorífica del Sol sobre la del núcleo sólido del planeta, principió á bosquejarse la circulacion atmosférica, á la accion térmica solar debida, y con ella los vientos de todas las clases, la distribucion de la humedad, la aparicion de las estaciones y su sucesion periódica, en una palabra, toda la dinámica atmosférica, sobre la misma planta que hoy se conoce.

***

Prosiguiendo siempre el enfriamiento, aunque con alternativas en su rapidez debidas, ya á los cambios sucesivos que en las condiciones físicas del globo se fueran verificando, ya á causas cósmicas, se fueron produciendo esos trastornos y cambios terrestres que los geólogos han dividido en épocas. Tan pronto como la corteza terrestre se levantó en algunos puntos sobre las aguas y se formaron los primeros esbozos de sedimentacion coincidiendo con descenso de temperatura suficiente y atmósfera despejada de los elementos más extraños, aparecieron las primeras señales de la vida organizada sobre la tierra. Entónces encontró ya el ácido carbónico de la atmósfera un gran condensador en los vegetales y fué separándose poco á poco la inmensa cantidad de dicho gas que aún quedase en la envoltura gaseosa del globo.

La excesiva humedad, la elevada temperatura, casi constante en toda la superficie terrestre, y una atmósfera rica en ácido carbónico, fueron condiciones más que suficientes para que la vegetacion alcanzara la exuberancia y riqueza de la época hullífera.

Desde entónces la atmósfera, entrando en el camino que ahora sigue, se fué poco á poco encontrando en las condiciones en que hoy se halla. La respiracion animal y las combustiones van desprendiendo ácido carbónico y neutralizando así los efectos de la vegetacion, con lo cual la atmósfera, despues de haber descendido en ácido carbónico al mínimum en que hoy se encuentra, irá disminuyendo ya con lentitud suma. Del mismo modo el oxígeno y el nitrógeno han venido á las proporciones en que hoy se presentan y el vapor de agua á las cantidades que las actuales condiciones físicas del globo determinan.

Por lo demás no se crea que la atmósfera tal como hoy se halla, seguirá ya inalterable. La atmósfera continúa su evolucion, y aunque con lentísimo paso, sus transformaciones continúan.

El nitrógeno disminuye; las explosiones eléctricas, durante las tormentas, exaltan la afinidad entre el oxígeno y el nitrógeno, fórmanse compuestos de estos gases, que en contacto con el agua y con el aire concluyen por llegar á ácido nítrico que en contacto con las bases constituye los nitratos tan repartidos por la naturaleza y cuyo nitrógeno no vuelve á la atmósfera. El guano y otros depósitos análogos roban constantemente al aire cantidades respetables de nitrógeno, pues segun los cálculos de Boussingault y d'Archiac, solamente los guanos de la costa oeste de la América del Sur, suponen *cincuenta y tres millones de quintales de gas nitrógeno* tomados de la atmósfera.

El oxígeno disminuye igualmente, no sólo por las oxidaciones del nitrógeno ya mencionadas, sino por otras muchísimas y más generales aún. Segun Ebelmann, bastaria que las rocas estratificadas contuviesen 1 por 100 de protóxido de hierro para que este absorbiera todo el oxígeno del aire. Ahora bien; hay un manantial inagotable y continuo que suministra incesantemente hierro á la atmósfera, cual es la caida de aerolitos, cuyo número anual es, segun Culvier-Glavier, superior á cuarenta millones en toda la superficie del globo. Hay, pues, motivo para temer que este hierro, oxidándose, vaya absorbiendo poco á poco todo el elemento vital de nuestra atmósfera.

Y al par que estos cambios en la composicion química, marchan tambien los que á su constitucion física afectan. El enfriamiento en los espacios prosigue. La condensacion de la masa solar, causa del calor que este astro nos envia, concluirá por terminarse; la temperatura bajará rápidamente en la superficie de la Tierra, y con ella la vida; el agua formará sólidas rocas y desaparecerá por completo de la atmósfera, y esta, cada vez más pobre en los demás elementos, más tenue y escasa, concluirá por desaparecer.

La Tierra entónces, petrificada por completo, astro muerto, será sólo un vasto cementerio girando en los espacios.

DOCTOR HISPANUS

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 17 DE NOVIEMBRE DE 1884 — NÚM. 151

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Cazadores.—El banquete sobre la hierba.—El robo del libro.—Bibliomano, bibliófilo y bibliopirata.—Opiniones de un norte-americano respecto á los bibliófilos.—*El amigo Fritz.*—El celibato.

Han alternado los dias apacibles y los lluviosos. El barómetro ha tenido ocupacion constante arrollando y desarrollando la cola de acero de su espiral. Diríase que la estacion duda ántes de entregarse á los rigores del invierno y trata de tejer los flecos de oro del estío en los blancos nevados cuadros del tapiz cristalino del invierno. Aprovechando los dias hermosos, han salido por la línea del Norte grupos de cazadores con sus escopetas y sus perros. ¡Qué de proyectos venatorios! ¡Qué combinaciones mortíferas para los pacíficos rebaños de pluma y pelo! Vastos eran en verdad los planes de estos Bonapartes de la selva, de estos Alejandros en mano, de estos Gengis-kan del ojeo.... ¿Pues y los morrales? No iban mejor surtidos los cerebros de planes, que los zurrones de apetitosos bocados. Vierais allí la suculenta lengua á la escarlata, que es la lengua de fuego que descendió á los labios de los apóstoles, haciéndolos sabios con su sabor deleitable. Vierais el salchichon relleno de los picantes perdigones

UN CUARTETO, dibujo por Daunat

de pimienta. Allí el ave asada y fria, cuya oronda piel parece que va á reventar de puro obesa, disparando por la herida metralla de trufas menudas y de menudísimas setas.... ¡Viva, viva la caza, con sus homéricos banquetes sobre la fresca hierba, entre álamos y chaparros, en círculo de cazadores á quienes la alegría hace ingeniosos y chispeantes! ¡Viva este santo pretexto que disculpa la fuga de las grandes ciudades de los hombres y les hace gozar de los campos y de Dios!

***

Los tribunales se ocupan del saqueo practicado en una de las más antiguas y notables bibliotecas de España. La mano ávida de los coleccionistas ha penetrado allí y ha hecho saco y tala de los viejos incunables, de los indescifrables palimpsextos, de los pergaminos roidos por los ratones y colonizados por las arañas.

Un libro raro es la tentacion constante del bibliomano.

Desde la época en que aquel famoso filósofo griego se deshizo de todas sus propiedades para adquirir con el producto de la venta un manuscrito raro con que aumentar su coleccion, el bibliófilo, especialmente esa variedad que se dedica á reunir ediciones raras, ejemplares de todo márgen y primeras ediciones, ha sido considerado por sus semejantes con cierto grado de sospecha, no faltando hasta quien se haya aventurado á calificarle de monomaniaco y «tocado.» Gran parte de las críticas que han llovido sobre los aficionados á reunir libros y grabados viejos, en cuanto á sus métodos, gustos y celos, parecen bastantes justas; pero no lo son algunas de las preocupaciones que contra esta clase existen. En los primeros tiempos de la manía de reunir ediciones raras de libros impresos, los aficionados recurrian á las excéntricas tiendas de viejo que tanto abundan en las capitales, y con frecuencia descubrian «tesoros» preciosos que se procuraban por una bicoca. Todo esto ha cambiado ya; los «hallazgos» son muy raros. Se conoce bien el valor de los libros raros, así como su paradero, y en consecuencia, el rematador ha suplantado hasta cierto punto al mercader, de manera que es muy difícil que el coleccionista llegue á poseer un ejemplar de valor sin que se ponga en venta, por cualquier causa, la biblioteca de algun colega suyo.

La anécdota que se cuenta de Richard Lyons, famoso colector en sus tiempos, caracteriza singularmente á esta clase. Era hombre de profundo y variado saber, que habia dedicado gran parte de su existencia al estudio y á coleccionar libros raros. En los últimos años de su vida, encontrándose, por desgracia, con pocos recursos, resolvió vivir con lo que le produjera la venta de los volúmenes que con tanto esmero habia reunido y que tanto le habian costado. Abrió pues una librería y publicó un catálogo que distribuyó entre las personas aficionadas á libros preciosos. Un dia se presentó cierto caballero en la librería, é indicando con el dedo el título de una obra anunciada en el catálogo, expresó su deseo de comprarla:

—Ni me acordaba de que tenia semejante libro,—dijo Mr. Lyons, y tomando el catálogo, subió por la escalerilla y sacó el tomo en cuestion. Pero en vez de volver con él se sentó tranquilamente y se puso á leerlo. Entre tanto el caballero que estaba abajo llegó á impacientarse y resolvió llamar la atencion del librero pegando con el baston en el mostrador. Mr. Lyons bajó hecho una furia, y acercándose al caballero exclamó:

—Si V. cree que por consideracion al vil dinero voy á deshacerme de este tomo rarísimo, se equivoca. Es V. un impertinente..... ¡Salga V. de aquí!

Mr. Lyons no poseia los elementos de un buen comerciante, pero era un tipo admirable del bibliófilo.

¿Quiere V. saber lo que yo pienso acerca de las singularidades de los coleccionistas de libros?—dijo un conocido librero de obras raras á un *reporter* del *New York Herald*.—Me será difícil definir claramente mi impresion, aunque son muchísimos los que conozco, y los conozco muy bien. Que son excéntricos, no puede negarse, pero no son tontos ni lunáticos como muchos pretenden. A lo sumo se les puede llamar monomaniacos. Todos son instruidos y los más tienen mucho dinero. Son aficionadísimos á los libros raros y no hay sacrificio de tiempo y dinero que no hagan para satisfacer su gusto. Tienen celos unos de los otros y adoptan todo género de medios para ponerse á la cabeza de los demás.

Un rasgo característico de la manía es que en cada época se manifiesta de manera diferente. Primero fueron las ediciones limitadas, luégo las ediciones hechas en corto número por algun particular, más tarde los ejemplares de márgen entero, y las encuadernaciones curiosas. La manía actual es por primeras ediciones. Tambien en esto se manifiesta su excentricidad. Si se pone en boga cierto libro ó cierta edicion, todos quieren procurarse un ejemplar. Si llegais á convencerlos de que Juan y Pedro se han cansado de un libro, inmediatamente procuran vender sus ejemplares, cualquiera que sea la suma que les hayan costado. Cada cual querrá un libro porque otro lo estima, no por su valor intrínseco. Hay algo de convencionalismo en todo lo que hacen.

Otro síntoma de la manía es el intenso deseo de que los rivales presencien sus adquisiciones. He visto á ciertos señores que han pagado gustosos 500 duros por un libro en un remate y no hubieran dado 300 duros por el mismo ejemplar en una venta particular. Les place que los demás presencien sus compras.

—¿Qué es lo que, por lo general, fija el valor de un ejemplar raro?

—Hay varias cosas; aunque el tiempo suele ser el elemento principal del valor, en el concepto del coleccionista. Un libro, sin embargo, puede ser nuevo y tener mucho valor; en cambio, los hay muy viejos que, por ser comunes, se venden muy baratos. Los autógrafos de autores de cierta talla tambien dan precio á los libros. Unos estiman los libros por los grabados y otros dan mucha importancia á las encuadernaciones. Se da siempre la preferencia á los ejemplares de gran márgen y no cortados.

Es un error muy comun creer que son preferidos los libros manchados por el tiempo. Los aficionados son sumamente escrupulosos; y pierde mucho para ellos un libro manchado ó que tiene una hoja rota.

—¿Cómo consiguen los libreros y los coleccionistas libros raros y curiosos?

—Por lo general todos los libros viejos se adquieren ahora en los remates. Antes se encontraban en parajes poco frecuentados, cosa que sucede rarísimas veces ahora. Pero no hace mucho un amigo mio compró por diez reales un libro que vendió despues por más de 1,000; sin embargo, estos hallazgos son muy raros y lo van siendo cada vez mas.

Cuando un bibliófilo encuentre un libro de mérito verdadero y completamente desconocido, sus envidiosos le llamarán Colon y sacrificarán honra, fortuna y vida para llegar á ser sus Américos Vespucios.

***

El éxito alcanzado por *L'ami Fritz* en el teatro de la Comedia pone de manifiesto una verdad palmaria y que debe servir de enseñanza á los dramaturgos españoles. El público acepta y aplaude la comedia de cuadros: es decir, que puede prescindir del interés de una accion bien encadenada y abundante en sucesos, si en cambio se le dan primores de ejecucion y forma, maravillas de pintura y color. Es el advenimiento del color á la escena, único camino por donde pueden llegar á la escena los grandes alientos y el espíritu innovador de los novelistas españoles.

***

El amigo Fritz es una comedia contra el celibato y á favor de las mujeres solteras. Tal pensamiento no puede ménos de ser recibido con simpatía por el bello sexo; pero hay empedernidos célibes que no se dejan convencer.

—¿Qué prueba el *amigo Fritz*? ¿que hay mujeres guapas? Estoy convencido de ello. ¿Que su influencia se ejerce de un modo sensible sobre los hombres? Lo sé tambien. ¿Que el hombre siente aficion á la mujer?... Una y cien veces convencido, persuadido y conforme... Pero es que los célibes no rechazamos la mujer, sino los efectos del matrimonio. La mujer es una hermosa premisa, pero sus consecuencias son horribles.

La verdad es que la sátira de los célibes contra el matrimonio va de capa caida. El celibato es una planta parásita.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

CUARTETO, cuadro por M. Daunat

El pueblo es músico por excelencia, y el de España con más motivo, puesto que, segun cierto refran, quien canta su mal espanta, y en nuestro desdichado país son tantos los males que nos agobian, que deberíamos estar cantando veinticuatro horas al dia.

Además, España, hermana de Italia por tantos conceptos, ha de tener análogas inclinaciones, esas inclinaciones propias de los países que baña el sol en todo su esplendor y en cuyas peñas crecen casi espontáneamente el rico olivo y la vid preciada, rodeados de verdaderas guirnaldas de silvestres rosas.

El cuadro de Daunat representa, pues, una escena popular en España. ¿Qué cantan sus personajes?... No es difícil adivinarlo: aragoneses son sus tipos; luego cantan la *jota*, la clásica *jota*, esa melodía que nos legaron los árabes y que ha llegado á ser el aire más popular y gene ralizado de nuestros aires nacionales.

Donde quiera que una mano, siquiera sea imperita, rasguee un compás de jota en la más acatarrada de las guitarras, allí se encuentra un aragonés dispuesto á endilgarle una copla á la patria, á la novia ó á *la Pilarica*, que es la síntesis suprema de toda la religiosidad aragonesa.

Los tipos del cuadro de Daunat son realmente indígenas: únicamente la mujer podria dar algo que decir, así su fisonomía como su traje, á los que tengan verdadero conocimiento de las paisanas de Agustina Zaragoza.

QUÉ POSMA..., dibujo por Seymour

Sí, señores; qué posma ... Esto piensa la jóven de nuestro dibujo; y áun pudiera añadir, qué desatento y qué ingrato ...

Permitir que su hermosa novia se tome la molestia de salir á su encuentro, dejar que sus diminutos piés se hundan en el lodazal de los campos, consentir que el aire húmedo del crepúsculo vespertino aje su aterciopelado cutis.... Y todo porque el señorito ha tenido que despachar un pleito, ó visitar á un enfermo ó liquidar una operacion de Bolsa ... Como si las niñas bonitas entendieran de estas cosas, ó se tuvieran que fastidiar por un *dése vista*, una apoplejía más ó ménos, ó algunos céntimos de *baja* en el 4 por 100.

El autor de este dibujo ha interpretado felizmente el asunto. La jóven respira candor: por más que indudablemente espera á alguno, nadie sospechará que acuda á una cita indecorosa, ni que la impaciencia que revela su mirada pueda confundirse con la zozobra ó el temor inseparables de la mujer que acude á una cita en que arriesga su honra.

En esto consiste el talento de Seymour. Cuando una composicion contiene un solo personaje, es menester que éste no diga más ni ménos que lo que debe decir. Equivóquese la más pequeña línea, en la boca ó en los ojos principalmente, y lo que se propuso hacer á semejanza de Dios, saldrá animado por el soplo del diablo.

LA CARIDAD, copia de un cuadro del Correggio

No se necesita ser inteligente ni aspirar al título de erudito, para que, á la simple vista de este cuadro, se comprenda que procede de la grande época, de la época clásica del arte. La pureza y energía de su factura, la correccion de su dibujo, la sobriedad de su composicion, dicen de sobra que lo debió ejecutar un gran maestro.

Con efecto, el Correggio, que así se le llama del pueblo de su nacimiento, Reggio, en el ducado de Módena, nacido en 1494 y muerto en 1534, fué contemporáneo de Rafael, Miguel Angel, Leonardo de Vinci y Andrés del Sarto. Emulado por tan grandes artistas y dotado de prodigioso genio, si bien su estilo es el de la escuela italiana, tiene cierto carácter que le ha valido el título de fundador de la escuela lombarda.

¿Cómo se llamaba, realmente, el Correggio?... Hé aquí una cuestion singular. Sus biógrafos dicen, generalmente, que Antonio Allegri era su nombre; sin embargo, tenemos á la vista un documento en que el célebre pintor escribe por su mano lo siguiente: *Yyo Antonio Lieto de Correggio.* Es singular que, en ambos casos, el apellido italiano equivale á alegre, festivo, persona de buen humor.

¿Merece la pena de ilustrar este punto? Opinamos que no: el verdadero nombre del genio son sus obras: Rafael se llama *la Perla*, Velazquez se llama *las Hilanderas*, Murillo se llama *la Inmaculada*, Correggio se llama *la Caridad.*

LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS, dibujo de Giacomelli

Las golondrinas son las aves cantadas más cariñosamente por los poetas. Entre otras eminencias modernas, las han dedicado versos Víctor Hugo y Lamartine, Zorrilla y Becquer.

Giacomelli es el artista amigo de los pájaros, el que mejor los ha conocido y ha tratado.

Sin duda por ser golondrinas y por ser de Giacomelli nos son tan simpáticas las del dibujo que publicamos.

ANTAÑO, dibujo por A. Zick

Hace medio siglo, la aparicion de una diligencia colmó el *desideratum* de los más exigentes en materia de locomocion.

Como la aficion de los romanos á construir puentes en los caminos públicos no habia encontrado grandes imitadores desde la invasion de los bárbaros, allí donde la ruta era interrumpida por un rio, se cargaba bonitamente el pesado vehículo en una balsa bastante primitiva, y se le conducia á la orilla opuesta del mejor modo que Dios daba á entender, cuando la corriente no disponia otra cosa. Aun así, las gentes del campo, que permanecian en estado natural ó poco ménos, contemplaban estupefactos este *ingenioso* sistema, que retrotraia la inventiva de la ciencia á los tiempos del Arca de Noé.

El dibujo de Zick que publicamos, sin ser una gran obra de arte, da una idea de esa maniobra y del efecto que producia en las gentes sencillas, hasta que el rugido de la locomotora lanzó á los pueblos á la lucha de la civilizacion, como algunos siglos ántes, la trompa guerrera les habia lanzado á la lucha trabada entre la fuerza y la ignorancia.

Dígase lo que se quiera, es mucho más simpático y provechoso el silbido del vapor que el silbido de las balas.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA MATANZA DE MACHECOUL, cuadro por F. Flameng

Teatro de horribles escenas fué la nacion francesa á últimos del pasado siglo. En guerra con casi toda Europa, y, lo que es peor, consigo misma, al calor de la exageracion política, nacieron los odios de partido: la necesidad de defenderse á todo trance, sentida en uno y otro campo, fué causa del terror impuesto á todo trance tambien; y miéntras en Nantes eran arrojados al mar pelotones de realistas, para acabar con ellos más prontamente, en la Vendée eran sacrificados sin más piedad los prisioneros republicanos.

El ardor de la venganza llegó á tal paroxismo que por mucho tiempo se atrofiaron los dulces sentimientos del corazon humano. Las mujeres mismas, séres nacidos para compadecer y amar, parecian como embriagadas por la sangre que á torrentes se derramaba: así las vemos en Paris descender de sus buhardillas y danzar en torno á la guillotina como frenéticas bacantes, y en Bretaña descen-

der de sus castillos y presenciar, tranquilas y hasta satisfechas, el suplicio de los soldados de la patria. Ni se pedia, ni se daba cuartel: cual en los tiempos de Diocleciano, se inventaban torturas para debilitar el ánimo de los que combatian por su fe en el campo enemigo, y el corazon más varonil se estremece al recuerdo de aquel *delirium tremens* de un pueblo culto.

Un pintor de talento ha dado forma á una de esas escenas, de las cuales se apartaria la vista con horror, si la fuerza del genio no la atrajera, á pesar suyo, hácia una composicion grandiosa, ejecutada con pulso firme, dibujo sobresaliente y perfecto conocimiento de los hombres y de las cosas.

LOS APLAUDIDORES

Dice Plutarco, y hay que creerlo bajo la fe de su honrada y verídica pluma, que los griegos se gastaron en las representaciones de las tragedias *Las Bacantes*, de *Las Fenicias*, del *Edipo*, de *La Antigone*, de *La Medea* y de *La Electra*, más oro que en las célebres guerras de Persia.

¡Qué dirian los modernos adoradores del frac y del *polisson*, que tanto se admiran de las botitas de raso de las *suripantas*, y de las decoraciones de los modernos espectáculos, si presenciaran la representacion de una tragedia de los buenos tiempos de la Grecia, de aquellos teatros, que tenian por bóveda el cielo, y á cuya representacion asistian millares de almas; de aquellos teatros que, como el de Taormina, tenian por base el monte Etna y por foro la inmensidad del mar!...

Allí las decoraciones en lugar de ser pintadas eran naturales porque se rendia tal adoracion al arte, que todo les parecia pequeño para enaltecerlo.

Pero el teatro para los griegos era una necesidad inspirada por el sagrado fuego del patriotismo; en sus teatros no solamente se representaba la obra dramática, sino que se discutian las trascendentales cuestiones del Estado y las discusiones filosóficas; habia algo de sublime en el silencio religioso de aquella inmensidad de espectadores que acudia á ilustrarse y á fallar en los graves acontecimientos de su patria.

Los griegos pronuncian siempre con veneracion los nombres de Frinico, que fué el que introdujo por primera vez en la escena á las mujeres; de Querilo, que dió trajes á los actores; y del inmortal Esquilo, que debe considerarse como el verdadero fundador del teatro griego.

La China y la India representaban sus tragedias y erigian sus teatros junto á las pagodas para dar más solemnidad al espectáculo: nosotros, más despreocupados y ménos amantes del arte, establecemos *teatros-cafés*, en donde la literatura y la moralidad se ven postergadas por media copa de aguardiente de caña que abrasa la garganta, y una pieza cómica que da náuseas, que revuelve el estómago, con sus chistes de taberna.

Pero el teatro se va haciendo viejo, y por eso sin duda ha llegado la época de su decadencia: fundado en Grecia el año 540 ántes de J. C., ha llegado á nosotros á la edad de 2,424 años, y á pesar de tan prolongada ancianidad, el público le falta al respeto con frecuencia, burlándose de los histriones y rapsodistas que profanan el templo sagrado de Talia.

En nuestros modernos coliseos muchas veces el público que paga se irrita contra esa parte del público que entra de balde, y que obedeciendo á una consigna aplaude frecuentemente á los actores, aunque no siempre con gran oportunidad.

Los *aplaudidores* han llegado á ser entre nosotros una necesidad hija de la indiferencia de esos espectadores que se entretienen durante la primera representacion de una obra dramática en leer *La Correspondencia de España*, ó dirigir los gemelos hácia el palco donde se hallan las señoras de sus pensamientos: crímenes son estos que Neron hubiera castigado con la muerte, porque Neron, el imperial artista, llevó á tan alto grado su entusiasmo por el teatro, que castigaba con la muerte al espectador que se dormia cuando él representaba.

Votinio, el feroz zapatero de viejo, el más querido de los favoritos de Neron, que aplaudia siempre como un energúmeno, que en los espectáculos lloraba y reia como nadie en Roma, que imitaba con su voz el rugido de las tempestades, el murmullo cadencioso de las hojas en el bosque y el suave gemido de la brisa, fué nombrado jefe del *cuerpo* de *aplaudidores* neronianos, que en número de cinco mil, producia una tempestad atronadora de aplausos y bravos siempre que su señor se presentaba en escena.

Infeliz, desdichado el espectador que se atreviese con su sueño ó con su indiferencia á ofender el arte dramático, porque era despedazado por los *aplaudidores*, sin que le salvaran ni su jerarquía, ni su sexo; su muerte era segura, y aunque esta conducta tenia mucho dé brutal, como todos los actos del hijo amado de Agripina, muchas veces, lo confieso, echo de ménos en nuestros teatros á Neron.

El teatro no es sólo un pasatiempo, sino una necesidad pública; el año 391 de Roma, durante la terrible peste, los romanos introdujeron en su gran ciudad los espectáculos con el objeto de desagraviar á sus dioses. Los toscanos ya conocian el teatro, y ellos lo introdujeron en Roma; de Etruria eran los primeros histriones que entretuvieron los oidos de los hijos de la *Loba*, bailando al son de la flauta; porque los romanos no entendian su idioma; pero pronto la más selecta juventud romana empezó á imitar á estos advenedizos á quienes llamaban histriones, palabra que aún hoy se emplea para denigrar á nuestros actores, ignorando sin duda que se deriva de la voz toscana *hister*, y significa *actor* en aquella lengua.

Los *aplaudidores*, pues, tienen su orígen muy antiguo y parece que la *jefatura de la alabarda teatral* se halla vinculada entre los zapateros de viejo, pues cuentan las crónicas de bastidores que en España, allá por los años de 1644, vivió un zapatero remendon que tenia su mezquina tienda en un portal no léjos del *Corral de la Pacheca*. Llamábase el remendon maese Jerónimo Sanchez y era *jefe* de los *terribles mosqueteros* que tantos sudores hacian pasar á los poetas, los cómicos y los danzantes del siglo de Calderon de la Barca.

Jerónimo Sanchez no sabia leer ni escribir; pero juzgaba con el corazon las obras dramáticas, y siempre con gran imparcialidad y justicia; era la franca manifestacion del público que va al teatro á gozar y á sentir, y á quien la gente de alto coturno denomina, en tono despreciativo, vulgo.

Las enormes manos de maese Jerónimo producian, al cerrarse, el ruido atronador de una tempestad; sus pulmones eran de acero; su voz, al vitorear á los cómicos, parecia un cañonazo; su rectitud, inquebrantable; ni los halagos ni las dádivas le seducian; hijo del trabajo, Sanchez se ganaba honradamente la vida poniendo tacones y medias suelas á las botas de los cómicos y los poetas, lo que si bien no le dejaba grandes utilidades, en cambio halagaba su amor propio, porque era un verdadero amante del arte.

Jefe de los *mosqueteros*, nombre que por entónces se daba á los *aplaudidores*, Jerónimo era el terror de los poetas y de los cómicos, y se cuenta que un dia que Lope de Vega iba á ensayar una comedia suya al *Corral de la Pacheca*, se detuvo en el zaquizamí de Sanchez y despues de preguntarle por unos zapatos que le habia enviado, para que le recosiera una *oreja* que se le habia descosido, le dijo, en són de broma, formulando al mismo tiempo una sonrisita digna del autor de *El mejor alcalde el rey:*

—Maese Jerónimo; esta tarde se estrena una comedia mia en el *Corral de la Pacheca* y espero que ucé y sus terribles *mosqueteros* sean buenos amigos del autor.

Sanchez miró al gran poeta por encima de las antiparras, inclinó luégo la cabeza, introdujo la lezna en la húmeda suela, y continuando su interrumpido trabajo, dijo:

—Allá veremos si su merced lo merece.

Los caracteres enteros van por desgracia desapareciendo de nuestra moderna sociedad. Maese Jerónimo Sanchez era un hombre de conciencia, que habia tomado por lo serio la *jefatura* de los *aplaudidores*.

En tiempo de Moratin y Comellas, ó como si dijéramos, el verdugo y la víctima, hubo tambien sus *aplaudidores*, divididos en dos bandos, *Chorizos* y *Polacos*; y si bien muchas veces los poetas y los cómicos fueron víctimas inocentes del odio del *partido*, los éxitos en cambio eran más ruidosos y el entusiasmo por el teatro más grande.

La indiferencia es la peor de las muertes, y esa es la que tiene de un modo grave nuestra moderna escena.

Moratin escribió con toda la mala intencion de su correcta y cruel pluma *El Café ó la comedia nueva* para matar á un autor dramático contemporáneo suyo, que seguia un mal camino, guiado por las imperiosas exigencias de su estómago. El autor de *El sí de las niñas* fué harto cruel con el autor de *El cerco de Viena*, que trabajaba para comer, y á quien las empresas teatrales le encargaban obras de gran espectáculo para entretener el ócio del público y ganar dinero.

Comellas fué una víctima de la necesidad; la pobreza le tenia sujeto con sus garras de hierro, la tristeza batia sus negras alas en la humilde buhardilla de aquel poeta, que pervertia el gusto del público, muriéndose de hambre al són de los aplausos. Moratin sabia esto, y en vez de compadecerle se ensañó con él cruelmente; Moratin no habia sentido nunca hambre; en Comellas el hambre era la enfermedad crónica de su estómago. Moratin decia en són de broma á sus amigos:

—Comellas sólo vive en invierno, como los besugos, porque en esa época le compran sus aberraciones dramáticas los empresarios.

El infeliz Comellas sabia esto, y murmuraba en voz baja:

—Es verdad; pero Moratin ignora que sólo me dan 25 duros por cada comedia, y tengo necesidad de escribir ocho cada año para no morirme de hambre.

Todo cuanto rodeaba á Comellas era ridículo y triste á la par; visto de léjos, hacia reir; visto de cerca, hacia llorar.

Una mañana, el pobre Comellas, apoyado en su baston, se paseaba por la orilla del Canal, combinando sin duda en su mente alguna de sus aberraciones dramáticas. No habia comido en treinta y seis horas; su estómago le dirigia rudas, terribles reconvenciones, pero él procuraba no oirlo.

De pronto, sintió que una mano se apoyaba familiarmente en su espalda; volvió la cabeza, y se encontró frente á frente de uno de los pocos amigos que tenia.

—¿Qué haces por aquí?—le preguntó.

—Me paseo y pienso,—contestó Comellas, dejando asomar á sus labios la triste sonrisa de los mártires.

—Me alegro de encontrarte. ¿Quieres almorzar conmigo?...

Comellas creyó en la Providencia; aceptó el almuerzo, y ambos ocuparon una mesa junto á la puerta de un ventorrillo inmediato.

En aquel establecimiento primitivo no habia más que chorizos cocidos, caracoles y bacalao frito.

Comellas comió mucho, todo cuanto necesitó para calmar su hambre, y aquella misma noche murió víctima de un cólico cerrado, en su buhardilla, sin otros auxilios que los que le prestó su cariñosa hija, pobre jóven contrahecha, que abrigaba en su disforme cuerpo una alma pura y sencilla.

¡Pobre Comellas!... Quién sabe si Moratin se alegró de su muerte; todo es posible, tratándose de un español á la francesa, que siguió con demasiado servilismo las huellas del inmortal Molière.

Si hoy viviera Moratin no lograria lo que entónces consiguió: aunque escribiera doce comedias como *El Café*, quedaria vencido, derrotado ante un coro de *suripantas* con las pantorrillas al aire ó el provocativo contoneo de una tiple de los *Bufos*, cantando un *couplet* á la francesa, desvergonzado y picaresco como el *Can-can*.

Para arrancar á nuestro teatro de la postracion en que se halla, se necesitan tres cosas bastante difíciles de conseguir en estos tiempos; primero, que los autores dramáticos abandonen el campo agostado de la política y vuelvan al teatro á trabajar con fe y entusiasmo; segundo, que los actores sepan más y se aprecien en ménos; y tercero, que un moderno Neron envie á Fernando Póo á los espectadores que se rien durante la representacion y lean *La Correspondencia* en las noches de estreno.

Lloremos pues miéntras tanto sobre las ruinas del teatro, como los macabeos lloraron la pérdida del Arca Santa, y esperemos el dia de la regeneracion, el dia en que un nuevo *Cristo de la escena* arroje con su látigo á los traficantes y profanadores del inmortal templo de Talía.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

EL FANATISMO DEL DIABLO

POR DON RAMON MARTINEZ DE FUENSANTA

I

Fuente-Cantos es un pueblecito de Extremadura, situado en un país en que abundan los montes y las cañadas y casi separado del resto del mundo habitado; pues en algunas leguas á la redonda sólo se encuentra la insignificante ciudad de Llerena.

En las afueras del pueblo hay una casa de campo con honores de quinta, que por los años de 1862 ó 63, pertenecia á la Vizcondesa de Sorel, señora viuda y sin más familia allegada que una sobrina carnal, huérfana y que vivia en su compañía.

La Vizcondesa residia habitualmente en Madrid, en donde hacia una vida muy monótona y retirada, en armonía con sus dos mil duros escasos de renta, y casi todos los años pasaba el estío en su casa de Fuente-Cantos.

Eulalia, su sobrina, era una bonita jóven de veintidos años de edad, con hermosos cabellos negros, grandes ojos garzos, tez blanca y pálida, y expresion candorosa.

En una fresca tarde del mes de julio, tia y sobrina estaban sentadas á la puerta de su casa y el siguiente diálogo simplificará muchos detalles que serian precisos para más claridad de los acontecimientos subsiguientes.

—¿Tú le quieres?

—Yo, tia......

—Vamos, le quieres, eso se conoce á la legua, y Diego, además de merecerlo, te conviene. Es jóven, guapo, capitan de caballería, con renta aunque no muy grande. Pertenece á una buena familia, y, como es inteligente y tiene relaciones, hará carrera. Yo bien quisiera para tí un partido más ventajoso; pero, querida, tú no cuentas más que con tu pension de huérfana de general, que perderás en cuanto contraigas matrimonio, y con lo poco que yo pueda darte y legarte al morir. En estas condiciones, y sólo por tu linda cara, no debemos tener grandes aspiraciones.

—Yo, tia, no tengo ninguna.

—Pues bueno; ayer Diego me indicó que tenia que hablarme, y como supongo que seria para pedirme tu mano, plenamente autorizada, tendré á bien concederla?... Yo creo que los dos estais muy enamorados.... Pero veo á Cleto que nos hace señas con la servilleta. Vamos á comer.

Las dos señoras entraron en la casa.

II

La servidumbre de la Vizcondesa de Sorel se reducia á dos criados, una mujer de edad, llamada Felipa, que hacia muchos años que estaba en la casa, y un jóven de veinte, de nombre Anacleto ó Cleto para mayor brevedad, el cual, como interviene grandemente en esta narracion, exige que nos fijemos en él.

Era, ó mejor dicho, habia sido hijo de la nodriza de la Vizcondesa y de un indio filipino, ayuda de cámara del Vizconde. Sus padres murieron á consecuencia del cólera de 1855, y nacido en la casa de Sorel, siempre habia vivido en ella estando considerado casi como de la familia.

Cleto, de corta estatura, de cara afeminada, sombreada apénas por un ligero vello, y sumamente delgado y nervioso, no obstante sus veinte años parecia un niño crecido. Su tez tenia el color cetrino peculiar á su raza, modificado un tanto por la sangre materna. En cuanto á su carácter moral no ofrecia ninguno saliente: sin embargo, D. Servando, el buen cura párroco de Fuente-Cantos, desde que le vió por primera vez, habia dicho á la Vizcondesa:



¡QUÉ POSMA! dibujo por Seymour



LA CARIDAD, copia de un cuadro del Correggio

—Señora, Cleto es mal bicho, tengan Vds. cuidado.

—¿De qué, de que no me rompa el servicio? Eso es imposible.

El sacerdote no insistió; pero, valiéndome de una frase vulgar, nunca partió peras con Cleto.

La verdad es que la imaginacion del jóven, que la tenia viva, se asemejaba á una olla de grillos. Era aficionado á la lectura y en Madrid leia cuantos libros y periódicos podia proporcionarse, y este pasto, mal digerido, le produjo una congestion de ideas en las que se amalgamaban el descreimiento y la supersticion.

Así es que Cleto adoraba á Voltaire y creia en el diablo; porque ¡cosa rara á su edad! en sus lecturas preferia las obras filosóficas, sociales y místicas á las de amena literatura.

Un año ántes de la época en que comienzan los sucesos de este relato, Cleto se enamoró ó creyó enamorarse de Eulalia, cuyos juegos infantiles habia compartido, y cuyos atractivos veia desarrollarse de dia en dia. Yo no sé, ni quizá él tampoco, si su amor estaba basado en el interés; puesto que la jóven debia obtener la herencia de su tia la Vizcondesa, que en la consideracion de Cleto representaba una fortuna.

Porque Cleto tenia el gérmen de los dos pecados capitales; la avaricia y la soberbia.

A consecuencia del amor que sentia ó que creia sentir, se propuso un plan estratégico, superior á su edad, siguiéndole con increible perseverancia. Disimuló sus malos instintos, reprimió sus frases con ribetes de cínicas, rodeó á Eulalia de atenciones, y se hizo pasar por el fénix de los servidores.

Una gota de agua horada una piedra, y quién sabe si aquella abnegacion verdadera ó fingida no hubiera acabado por conmover el corazon de su jóven ama; pero desgraciadamente para Cleto se presentó el brillante capitan D. Diego de Mendez Cardona, y el ambicioso amante comprendió que su esperanza era un sueño irrealizable.

Con el instinto del despecho y de los celos siguió las fases del amor de su rival y de Eulalia, y su rabia no tuvo límites cuando supo que estaba concertado un próximo enlace.

Don Diego era capitan agregado á la remonta de caballería establecida en Llerena y su regimiento estaba de guarnicion en Cáceres.

Al llegar el mes de setiembre pediria ser trasladado á esta ciudad y allí se celebraria su boda con Eulalia, y allí pasaria el invierno la Vizcondesa en compañía de los recien casados.

Cleto supo todos estos proyectos y sufria crísis de desesperacion, que trataba de disimular.

III

Una tarde, cerca de anochecer, el despechado jóven vagaba por los alrededores del pueblo, entregado á sus sombríos pensamientos. Inconscientemente se aproximó á un sitio llamado *la cueva del diablo*, porque segun tradicion, el espíritu de las tinieblas habíala habitado fingiéndose ermitaño, hasta que un ángel, con objeto de ahuyentarle, hizo brotar en ella un manantial de agua bendita. Con efecto, si no bendita, es de las mejores de Extremadura en donde no abundan las aguas buenas; pero no obstante esta bondad, hasta que la ilustracion ha ido desterrando las preocupaciones, los habitantes de los contornos se retraian de entrar en *la cueva del diablo*.

Cuando Cleto lo hizo impulsado por la sed, el diabólico recinto estaba muy oscuro.

El jóven, ensimismado en sus ideas, bebió en el manantial y se sentó en uno de los dos bancos rústicos que hay á uno y otro lado, arrimado á la pared.

Era ya de noche y una opaca claridad penetraba débilmente por la estrecha boca de la cueva.

Sin duda la influencia de los recuerdos de aquel sitio y tal vez la reciente lectura de las *Memorias del diablo*, de Federico Soulié, fueron causa de que el jóven, que como todo enamorado ó ambicioso pensaba en voz alta, prorumpiese en el extravagante monólogo siguiente:

—*Lucifer*, ángel *que lleva la luz*, tú que fuiste el primero que te rebelaste contra la tiranía, ven á mí, aparécete. Haz que sea amado de Eulalia, llévate al infierno á ese maldito capitan y te vendo mi alma......

Una carcajada que resonó en la cueva interrumpió el soliloquio. Cleto se levantó sobresaltado y miró hácia el sitio de donde provenia la risa. En el ángulo más oscuro se diseñaba un bulto, que á su vez se puso de pié.

Era un hombre de alta estatura que llevaba una capa y un sombrero de castor.

El jóven no pudo reprimir un estremecimiento.

—Invocabas á Satanás,—dijo el incógnito con acento extraño.—Yo soy su íntimo amigo. Estás enamorado de Eulalia, la sobrina de la Vizcondesa de Sorel, y por consecuencia celoso del capitan Mendez Cardona; pues bien, acuérdate de mis palabras; el capitan no te estorbará mucho tiempo; áun cuando mañana mismo se casara, pronto dejaria una viuda. Ya ves si te doy buenas noticias, y esto de balde, sin exigirte el alma, que dudo que tengas. Ahora, en cambio de esta consoladora profecía, te pido un favor. Yo conozco mucho el infierno y mucho más el corazon humano, que es muy parecido; pero ignoro la topografía del terreno de la tierra; indícame, pues, el camino de Llerena.

Y diciendo estas palabras el singular personaje salió de la cueva, seguido de Cleto que entre asombrado y medroso le miraba mudo de sorpresa.

Á la tenue claridad de las estrellas, el jóven pudo entrever la fisonomía del desconocido. Su cara era fina y estaba sombreada por espeso bigote y barba negros.

Torció á la izquierda de la cueva y desató un caballo, atado á un roble.

Cleto, algo más repuesto, pudo decir:

—¿Es verdad lo que me ha anunciado V.?

—Pronto sabrás que sí.

—¿No me dirá V. quién es?

—Ya lo sabes, un amigo de Satanás. Indícame el camino, si le conoces, porque tengo prisa.

—Ahí enfrente, un poco á la derecha, verá V. una senda abierta entre dos jarales. Por ahí se va á Llerena.

—Gracias, y adiós,—dijo el desconocido, que ya habia montado á caballo.

—Pero ¿no me dirá V?....

—Adios, no puedo perder el tiempo. Lo que te he anunciado se cumplirá.

Y se alejó al trote.

El jóven le siguió con la vista hasta que desapareció en la oscuridad. Primero pensó en seguirle, pero comprendió que era inútil.

Al alejarse á su vez de la gruta, vió un objeto que brillaba en el suelo, le tomó y hallóse con una especie de medalla de oro, en cuyo centro y bajo una corona heráldica habia grabadas estas dos letras: B. P.

IV

El dia siguiente, á las dos de la tarde, D. Servando, el cura párroco de Fuente-Cantos, que por la mañana habia estado en Llerena, entregó á la Vizcondesa de Sorel dos cartas, una para ella y otra para su sobrina.

La señora las tomó algo sorprendida.

—¿De quién son?—preguntó al sacerdote.

—De D. Diego.

—¿Qué no piensa venir hoy?

—Tal supongo.

—¿Le retiene algun asunto del servicio? De todos modos me parece algo oficioso el escribirnos.

Abrió la carta. Conforme leia iba poniéndose densamente pálida.

La carta decia así:

«Los dias que acaban de pasar han sido los más dichosos de mi vida; he recibido de V. la promesa de un preciosísimo tesoro y nada me queda que desear más que la realizacion de mis anhelados proyectos. Hoy un incidente imprevisto, una de esas fatalidades inconcebibles, me obliga á ausentarme un corto espacio de tiempo. Se trata de cumplir un deber de honor. No puedo explicarme más; me he comprometido á no revelar la causa de mi partida. Perdóneme V. y no me acuse, sírvame de abogado para con mi prometida; confio en la inagotable bondad de V. Usted conoce mi amor por Eulalia; dígala que nunca la he amado tanto como en el momento de verme precisado á separarme de ella.»

—¿Sabe V. el motivo de su ausencia?—preguntó la Vizcondesa, cuando hubo acabado de leer.

—No señora,—contestó el sacerdote titubeando.—Don Diego estaba desesperado, maldiciendo la imperiosa necesidad que le alejaba en tan crítico momento. Me ha suplicado con insistencia que presente á Vds. sus excusas.

—¿Y.... nada más?

—Nada más,—repitió D. Servando bajando la cabeza.

En este momento se presentó Eulalia.

—Toma,—dijo su tia,—una carta para tí.

—¿De quién es?

—De Diego.

—¿Qué, no viene? Ha sucedido algo?

—Parece que sí, pero lo ignoro; quizá contigo sea más explícito. Lee.

Eulalia, conmovida, rompió el sobre y leyó en voz alta:

«Eulalia de mi corazon: perdona, te lo ruego, perdona, no una falta porque ninguna he cometido, pero sí una contrariedad imprevista. Espero volver pronto á arrojarme á tus piés; no obstante, la fatalidad puede impedírmelo y separarme de lo único que amo en el mundo. Si pasados quince dias no me has visto, será ¡ay! que estaré condenado á perpetuo destierro. Tú, que sabes cuánto te amo, comprenderás lo horrible de mi situacion. Como he dicho á tu tia, me hallo bajo la presion de una extraña é inesperada desgracia; si no puedo vencerla, ruega por mí.

»Trascurrido el plazo que te indico, te devuelvo tu palabra; dicha palabra que colmaba mi felicidad.

»Adiós; compadéceme, mas no me culpes. Está persuadida de que eres mi único amor, la sola y exclusiva esperanza de mi vida. Ten la seguridad de que todos los prestigios, todas las glorias del mundo, no podrian impulsarme á separarme de tí; pero el honor, una palabra empeñada, móviles á que no puede sustraerse un hombre bien nacido, se sobreponen á mi pasion que es mi dicha: si obrase de otro modo, tú misma me despreciarias.

»¡Adios! ¡Adios! perdóname y no me olvides.

»Alma de mi alma, Eulalia mia, suceda lo que suceda, miéntras viva te adoraré.»

La pobre jóven terminó su lectura sollozando, y casi sin conocimiento se dejó caer en brazos de su tia. La Vizcondesa lloraba tambien y el buen sacerdote hallábase consternado. Buscó en vano frases de consuelo, que no fueron oidas; Eulalia, aunque volvió en sí, estaba como aturdida.

La Vizcondesa fué más expansiva.

—¡Ah señor cura!—dijo,—este inconcebible suceso me trastorna. Yo que estaba tan alegre! Tenia que comunicar á Diego una feliz noticia para Eulalia y para él, aunque á mí me afecta dolorosamente. Un capricho de la fortuna me hace casi rica; la viuda de mi hermano ha muerto repentinamente y me lega todos sus bienes. Mi apoderado me escribe que en la casa Lafitta, de Sevilla, hay cuarenta mil duros consignados á mi favor. Señor cura, esto, si Diego no vuelve, parece un sarcasmo. ¿Para qué me sirven los bienes si no puedo labrar la dicha de Eulalia?

—Señora,—observó el sacerdote,—la consternacion de ustedes es prematura; el capitan Mendez Cardona puede volver.

—Así lo indica en su carta; pero ¡ay señor cura! ¡hay en toda ella un tono de tristeza, de desaliento, de duda!.....

—La vida es la duda, señora; Dios no abandona á los suyos.

—¡Ah! quisiera participar de esa esperanza. Nuestra familia es muy desgraciada; alguna vez se lo he dicho á usted; estoy asombrada de los pocos años de calma de que disfrutábamos.

—Espero que continúen, señora.

—Ya lo ha visto V., al lado de un bien imprevisto, no para mí, Dios lo sabe, mas sí para mi sobrina, que entra ahora, por decirlo así, en la senda de la vida, surge un incidente, una nube, que es como el presagio de, yo no sé qué temeroso acontecimiento que nos amenaza.

Entre tanto Eulalia lloraba en silencio. Bajo su apariencia tranquila y candorosa ocultaba un carácter vehemente y apasionado. Veia un porvenir deshecho, porque presentia que no volveria á ver á su prometido.

Era una de esas naturalezas en las que un golpe de corazon produce mortales efectos, y no son susceptibles ni de olvido ni de consuelo.

Durante esta triste escena, Cleto, segun su mala costumbre, escuchaba por el intersticio de la puerta entreabierta.

V.

Cuando se enteró de la ausencia del capitan, una loca alegría, unida á un terror supersticioso, se apoderaron de él.

La profecía del incógnito de la Cueva del Diablo comenzaba á realizarse..

¿Seria verdad? á pesar de Voltaire y de los *sprits forts*, ¿habria séres sobrenaturales?

El jóven se hallaba gozoso y preocupado á la vez.

Habia momentos en que sentia *ramalazos* de locura que hacíanle prorumpir en exclamaciones como estas:

—¡Gracias, gracias, Satanás! tú me has comprendido; toma mi alma si la quieres, pero déjame el cuerpo y los sentidos para gozar.

A veces tambien cruzaban por su imaginacion pensamientos de ambicion ó mejor dicho de avaricia. Eulalia, rica por la herencia de su tia, era doblemente deseada por él.

Su espíritu estaba en constante ebullicion pensando que D. Diego podia presentarse de un momento á otro; pasaba los dias inquieto y las noches en vela, deseando y temiendo el dia siguiente.

Aquella incertidumbre labraba en él más que la realidad, por contraria que esta le fuera.

En cuanto á Eulalia y á la Vizcondesa seria inútil querer expresar el estado de ánimo en que se hallaban. Pasada la primera impresion de dolor y de sorpresa se aferraron á la esperanza, como el náufrago á la tabla de un buque.

Esperaban...... querian esperar.

Contaban con ansiedad los dias y las horas; Diego podia, debia volver.

Por lo ménos aguardaban noticias suyas.

Pero nada, nadie se presentaba; ni en Llerena ni en parte alguna habia ni el más leve indicio del ausente.

Estaban pasando los dias; el plazo fijado por el capitan estaba á punto de terminar.

Aquello era inconcebible. D. Diego, no sólo abandonaba á su prometida, sino que desertaba de su puesto; sólo una gran desgracia, una situacion extrema, la muerte quizá, podrian explicar el enigma.

Eulalia no dormia, apénas tomaba alimento; se iba aniquilando: en vano trataban de animarla y hacerla concebir esperanzas.

Trascurrió el plazo y cinco dias más.

VI

Un dia el cura párroco, que veia consternado la desolacion de aquella familia, buscó ocasion de hallarse á solas con la Vizcondesa.

Despues de cerciorarse de que nadie podia escuchar, dijo á esta:

—Señora, ha llegado el momento de aliviar de un peso á mi corazon; el deber ha sellado hasta hoy mi labio. Tengo que decir á V. algo con referencia á D. Diego.

—¡Ah!—exclamó la Vizcondesa,—¿V. sabe de él?

—Sabia; al presente ignoro su paradero y temo adivinar el motivo de su ausencia.

—¡Oh! hable V., hable V., señor cura.

—Oiga V. pues y comprenderá la causa de mi silencio. El mismo dia en que entregué á V. la carta del capitan, este se presentó á mí en Llerena, á donde yo fuí de mañana para asuntos de mi iglesia; su aspecto me sorprendió, estaba muy pálido y agitado.

«Señor cura,—me dijo,—tengo que hacer á V. una revelacion y pedirle un favor, bajo secreto de confesion.»

Luégo prosiguió con acento cada vez más conmovido:

«Hace año y medio yo estaba en Madrid y frecuentaba el Casino. Allí jugaba como casi todos. Una noche, despues de una partida violenta, quedamos solos dos jugadores: el Baron de Portbou y yo, y entablamos lo que en términos técnicos se llama *una guerra fina*.

»Algunos socios presenciaban nuestro juego.

»Este, al principio osciló, mas por fin se decidió en contra mia.

»Perdia y perdia con tenacidad.

»Estaba sobrexcitado, y aunque nunca he sido jugador encarnizado, aquella noche el demonio del juego se apoderó de mí.

»Supuse que mi adversario no jugaba limpio, y exaltado hasta el colmo, á consecuencia de una jugada dudosa, en la que todos los espectadores fallaron á favor del Baron, me lancé sobre éste y le abofeteé.

»Despues he sentido mi arrebato, pues me he cerciorado de que el Baron de Portbou, perteneciente á la buena nobleza catalana, es un hombre digno.

»Nos batimos, heríle casi mortalmente, y conociendo mi falta, le cuidé sin dejar apénas la cabecera de su cama.

»Por fin se restableció, aunque lentamente. En el momento en que pudo comprenderme, casi de rodillas le pedí perdon de mi arrebato, pero el Baron tiene un carácter implacable, incapaz de olvidar una injuria y me rechazó.

»No,—me dijo,—V. me ha abofeteado y nunca le perdonaré. En cuanto pueda sostener un arma, buscaré á V. y continuaremos nuestro duelo á muerte. Ahora, déjeme, su presencia me hace daño.»

»En vano insistí, y persuadido de que todo era inútil, me separé de él desesperado. Antes de su completa convalecencia, asuntos del servicio me alejaron de Madrid y no volví á oir hablar del Baron.

»Creí que el tiempo trascurrido habia apaciguado su rencor, pero ¡ay señor cura! me equivocaba; el Baron ha llegado esta noche á Llerena...»

—¿Es posible?—interrumpió la Vizcondesa—¿Pueden existir esos odios, esas venganzas?

—¡Ah, señora, sí! Los hombres dan gran importancia á eso que llaman punto de honor. El ejemplo del divino Maestro es olvidado y su semilla no fructifica.

—¡Oh, señor cura! pero Diego no se batirá por segunda vez?

—El capitan se batirá treinta veces; segun su código de honor, no podia rehusar ninguna satisfaccion al hombre á quien habia abofeteado.

—¡Ah!

«Hoy mismo,—me dijo D. Diego,—mi adversario y yo partimos para la frontera portuguesa, en donde debe verificarse nuestro lance. No tengo valor para ver á Eulalia y á su tia, y ruego á V. que les entregue estas cartas; pero como he dicho, guardando el secreto de este relato, como si fuera en confesion.»

—Quise disuadirle, le indiqué que veria al Baron para atraerle á sentimientos más conciliatorios. «No,—me dijo,—V. no le conoce, no quiero exponer á V. á un grosero desaire. Dios me castiga por mi irascibilidad; fuerza es sufrir las consecuencias.»

—En balde aduje nuevas razones para disuadirle de aquel duelo mortal; el capitan no atendia, ó mejor dicho, no podia atender á ninguna, dado su punto de vista sobre el honor.

«En la carta que escribo á Eulalia,—añadió,—la devuelvo su palabra si no he vuelto á su lado ántes de quince dias, y entónces V. tambien puede obrar como crea oportuno, revelando ó nó este fatal é imprevisto suceso. Antes del plazo que indico estaré al lado de mi prometida ó muerto, ó por lo ménos V. recibirá noticias mias.

—¿Y las ha recibido V.?—preguntó la Vizcondesa con viva ansiedad.

—Ninguna, señora. He dejado pasar cinco dias despues del término fijado por D. Diego, esperando siempre saber de él, hasta que hoy me he decidido á hablar á V.

—Pero ¿no hay ningun indicio de la suerte que ha cabido al capitan?

—Ninguno.



LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS, dibujo de Giacomelli

—¿Habrá muerto, estará herido? ¿Cree V. que ha muerto?

—Yo no quiero creer nada,—contestó el sacerdote inclinando la cabeza.

—Esta incertidumbre es horrible; ¡pobre Eulalia! cuando sepa....

—Opino, señora, que no debe saber nada, al ménos por ahora. La esperanza es la vida, y conviene no desvanecer la suya por completo. La juventud tiene tesoros de fortaleza, el tiempo labra mucho, quizá Eulalia recobre la salud y entónces podrá saber la verdad. Sin contar que ¡quién sabe! tal vez sepamos noticias positivas de D. Diego.

VII

Una vez acordado no decir nada á Eulalia, las cosas siguieron lo mismo; las esperanzas de D. Servando no se cumplian; la pobre jóven continuaba en su estado de abatimiento.

La Vizcondesa desolada no sabia qué hacer. Debiendo ir á Sevilla á percibir la herencia de su cuñada, propuso á aquella que la acompañase con objeto de que el viaje la sirviera de distraccion, pero ella mostró deseos de quedarse, y su tia no insistió.

Se convino en que Cleto acompañara á su ama, y como por entónces aún no se habia establecido el servicio de diligencias que en la actualidad pasa por Fuente-Cantos, yendo á Sevilla, la Vizcondesa determinó hacer el viaje en un coche de collera de su propiedad.

Desde el punto en que Cleto supo que debia acompañar á su señora, tomó un aspecto singular; tal vez aquella contrariedad de separarse, aunque por breve tiempo, de Eulalia, le preocupaba y le entristecia. Hallábase pensativo y como ensimismado, y sus paseos solitarios eran más frecuentes.

Una mañana muy temprano, partieron los viajeros en el coche, tirado por cuatro vigorosas mulas guiadas por el jardinero de la Vizcondesa.

Desde aquel dia D. Servando apénas se separó de Eulalia, tratando de hacerla concebir esperanzas de las que él no participaba.

La pobre jóven no hablaba nunca de D. Diego, pero harto se comprendia que la memoria de este era su constante preocupacion.

Pasados unos dias se recibió carta de la Vizcondesa; habia llegado á Sevilla con toda felicidad; las formalidades legales para la entrega de la cantidad depositada se activaban; su regreso seria pronto.

La Vizcondesa hablaba además de un *plus* de herencia inesperado, consistente en las alhajas de su cuñada, de oro y pedrería.

Algun tiempo despues llegó una segunda carta de la viajera. Todo estaba listo y pronto se pondria en camino. Habia dudado qué hacer del dinero recibido, pero habiendo sabido que en el Pedroso y en Llerena se vendian propiedades que tenian un gran porvenir cuando se estableciera la línea de ferro-carril proyectada, decidia traérsela á Fuente-Cantos para evitarse giro y molestias.

Eulalia no prestaba atencion á estas cuestiones de interés; su pensamiento estaba en otra parte.

(Continuará)

LA CIENCIA ANTIGUA

LOS ÓRGANOS HIDRÁULICOS

El instrumento de música más perfecto de cuantos se conocieron en la antigüedad es sin disputa el *órgano hidráulico* ó *hidraula*. Con su voz potente llenaba los espaciosos circos en que combatian los gladiadores, y Petronio refiere que Neron hizo en cierta ocasion el voto de tocarlo él mismo en público si se libraba de un peligro de que estaba amenazado.

Atribúyese su invencion á Ctesibio, que vivia en Alejandría en el siglo segundo ántes de nuestra era. Este Ctesibio, que ejerció la profesion de barbero en su juventud, consiguió, gracias al arte con que su esposa Sais tocaba dicho instrumento, adquirir suficientes riquezas para construir todas las máquinas ingeniosas que han legado su nombre á la posteridad.

Hasta ahora los eruditos no estaban muy seguros acerca de los detalles de su construccion, y aunque Vitrubio la describió, lo hizo en términos tan confusos, que el último traductor de las obras del arquitecto romano, exclama en una nota, despues de agotar los recursos de su imaginacion para acertar con la descripcion susodicha: «¿De qué figura nos valdremos para dar á conocer la verdadera forma de los órganos antiguos? La descripcion que de ellos nos da Vitrubio únicamente podrán comprenderla bien, y él mismo lo confiesa así, los que conozcan el instrumento por haberlo tocado. Pero ¿dónde podremos encontrar órganos antiguos? ¿En qué monumento primitivo los hallaremos representados de modo que presten auxilio á nuestra inteligencia?»

Pues bien, el monumento que este traductor desea, existe, y se encuentra en los escritos de Heron, en esa mina inagotable, y no explorada todavía, de todo cuanto se refiere á la mecánica antigua. Traduciremos literalmente la descripcion de Heron, limitándonos á suprimir algunas letras de la figura que la acompaña y que, sin contribuir á su claridad, la recargan con exceso. El dibujo que publicamos es una reproduccion del que se encuentra en los manuscritos, pero mejor trazado y más comprensible de lo que supieron hacerlo los inhábiles copistas de la época.

Construccion de un órgano hidráulico.

Sea BΔ (figura 1) un altar de bronce lleno de agua, en cuyo líquido va metido un hemisferio hueco invertido que se llama el apagador EZH, que deja un paso para el agua alrededor de su fondo y de cuyo vértice salen fuera del altar dos tubos que están en comunicacion con su interior.

Uno de estos tubos HK se encorva hácia fuera y comunica con una pixidia (1) NΠ, que tiene su abertura

(1) Caja cilíndrica que hace aquí las veces de cuerpo de bomba.



ANTAÑO, dibujo por A. Zick

abajo y cuya superficie interior está horadada de modo que recibe un émbolo PΣ, el cual debe encajar en ella perfectamente para no dar paso al aire. Á este émbolo va unido un vástago TΥ sumamente fuerte al cual se adapta

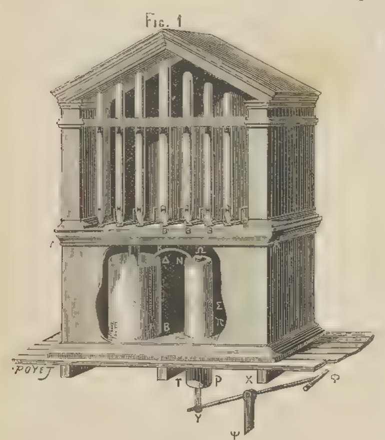


FIG. 1.—ÓRGANO HIDRÁULICO, SEGUN HERON DE ALEJANDRÍA

otro vástago ΥΦ movible alrededor de una clavija en Υ (1). Este vástago debe moverse sobre una varilla vertical ΨX sólidamente fija. En el fondo de la pixidia NΠ se coloca otra pequeña pixidia Ω que comunica con la primera y que en su parte superior está cerrada con una tapadera, la cual tiene un orificio para que el aire pueda penetrar en la pixidia; para cerrar este orificio se pone debajo de él una delgada placa sujeta con cuatro clavijas que pasan al través de los agujeros de la misma placa y que tienen cabezas para que esta no caiga. Á dicha placa se le da el nombre de *Platysmation* (fig. 2). El otro tubo ZZ' sube desde el hemisferio EZH y va á parar á otro tubo trasversal AA' (2) en el cual se apoyan unos conductos que comunican con él y que tienen en sus extremos *glosocomos* (3) que á su vez comunican con estos conductos ó cañones y cuyos orificios BB' están abiertos. Trasversalmente á estos orificios hay unas tapaderas con agujeros (4) las cuales pueden correrse de modo que cuando se las empuja hácia el interior del órgano, sus agujeros corresponden á los orificios de los cañones (y á las aberturas del tubo AA'), y cuando se las retira, cesa la comunicacion por cerrarse los conductos.

Si bajamos ahora en Φ la varilla trasversal ΥΦ, se levantará el émbolo PΣ y comprimirá el aire de la pixidia NΞΟΠ, y este aire hará que se cierre la abertura de la pequeña pixidia por medio del platismation ántes descrito. Entónces pasará por el tubo KH al apagador, y de este al tubo trasversal A' B' por el tubo ZZ', y por último, de este último tubo á los conductos, si los orificios corresponden á los agujeros de las tapaderas, lo que sucederá cuando todas estas, ó algunas de ellas solamente, hayan recibido un empuje hácia el interior.

Para que se abran los orificios de ciertos y determinados tubos cuando se desee que estos resuenen, y para que se cierren cuando se quiera que cese el sonido, se adoptará la disposicion siguiente:

Consideremos aisladamente una de las embocaduras colocadas en la extremidad (fig. 3). Sean γ δ esta embocadura, δ su orificio, AA' el tubo trasversal, y finalmente σ la tapadera adaptada á él y cuyo agujero no coincide en este momento con los de los tubos. Supongamos ahora un sistema articulado compuesto de tres varillas θμν, estando adaptada la varilla εθ á la tapadera σ y moviéndose el conjunto del sistema alrededor de una clavija μ. Vese en este caso que si bajamos con la mano el extremo ν del sistema hácia el orificio de los glosocomos, haremos que se corra la tapadera.

Hácia el interior, y cuando haya llegado, su orificio coincidirá con el de los conductos. Para que la tapadera vuelva espontáneamente hácia la parte de afuera al retirar la mano y cierre toda comunicacion, se puede adoptar la disposicion siguiente.

«Debajo de los glosocomos se pone una regla igual y paralela al tubo AA' á la cual se fijan láminas de asta sólidas y curvas tales como ρ que está enfrente de γ δ; al extremo de esta plaquita de asta se sujeta un cordelito que se enrolla en el extremo θ, de suerte que cuando la tapa se corre hácia la parte de afuera, el cordel queda tirante. Si se baja entónces el extremo ν empujándose así el registro hácia dentro, el cordel tirará de la placa de asta y la levantará; mas tan luégo como cese la presion, la placa recobrará su posicion anterior y echará hácia atrás la tapadera de modo que por su orificio no pueda establecerse la comunicacion. Adoptada esta disposicion para cada glosocomo, resulta que para hacer resonar cualquier tubo bastará bajar la tecla correspondiente con el dedo, y al contrario, si se desea que cese el sonido bastará levantar el dedo, con lo cual se correrá la tapadera y se obtendrá el efecto deseado.

»Se echa agua en el pequeño altar para que el aire comprimido expulsado de la pixidia NΠ pueda quedar retenido en el apagador gracias á la presion del agua y alimentar así los tubos.

»Cuando el émbolo PΣ se levanta, empuja al apagador el aire de la pixidia, segun queda explicado; y cuando se baja, abre el platismation de la pixidia pequeña. Por este medio la pixidia NΠ se llena el aire procedente del exterior que el émbolo levantado de nuevo introduce en el apagador.

»Seria mejor hacer que la varilla TΥ se moviera en T alrededor de una clavija y fijar en el fondo P del émbolo una brida al través de la cual pasaria esta clavija de modo que el émbolo no tuviese movimientos laterales, sino que subiera y bajara á plomo.»

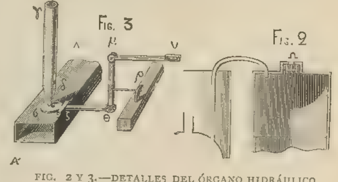


FIG. 2 Y 3.—DETALLES DEL ÓRGANO HIDRÁULICO

A principios del siglo XVII, Porta mandó construir en Nápoles un órgano hidráulico con arreglo al sistema que acabamos de describir; pocos años despues, en 1645, el P. Kircher hizo otro en Roma para el pontífice Inocencio X. Estos órganos tenian el defecto de que no conservaban la nota y daban sólo una serie de armónicas; en cambio producian un *tremolo* sumamente agradable. Sin duda recrearian los oidos de los griegos y romanos estas variaciones insólitas del sonido.

Heron describe á continuacion un órgano de fuelle puesto en movimiento, no por un hombre, sino por el de un molino de viento. La figura 4 nos exime de entrar en detalles; su reproduccion ofrece algun interés por cuanto hace remontar al siglo segundo ántes de nuestra era la



FIG. 4.—ÓRGANO HIDDRÁULICO MOVIDO POR UN MOLINO DE VIENTO

invencion de los molinos de viento, que se suponian desconocidos en la antigüedad porque Vitrubio y Varron no hablaron de ellos.—A. DE R.

(1) El dibujo indica otra disposicion:
(2) Que se llama el *somier* en los órganos modernos.
(3) Boquillas de flauta.
(4) Registros.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 24 DE NOVIEMBRE DE 1884 — NÚM. 152

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

¡ME AMA!.. cuadro por Fr. Reiss

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡ME AMA!... cuadro por Fr. Reiss

En el número 103 de la ILUSTRACION ARTÍSTICA publicamos un cuadro de M Amberg, de asunto enteramente igual. Una muchacha enamorada consulta el oráculo de las flores, supersticion tan necia como todas las supersticiones, más que no por esto carece de poesía y hasta de explicacion. El amor, las mujeres y las flores tienen algo comun, algo de la esencia de las unas que penetra en la esencia de las otras

Pero ¡cuánta diferencia entre la jóven de Amberg y la de Reiss!.. Aquella interroga al oráculo presa de una duda cruel. ¿Me ama?...—pregunta á la flor; al paso que la niña de nuestro grabado de este número,—¡Me ama!—dice en la plenitud de la felicidad del amor que se cree correspondido. Por esto su hermoso semblante irradia alegría; por esto parece querer hacer partícipes á quienes la contemplan del gozo que experimenta su corazon que ama por primera vez con esa intensidad que van matando á traicion infidelidades y desengaños.

Bella criatura: ¡ojalá, en materias de amor, no debas consultar otra ciencia que la ciencia de tus inocentes hermanas las amapolas y las margaritas! ..

UNA LECCION DE VIOLIN, cuadro por Miss E. A. Armstrong

La autora de este cuadro es inglesa, ingleses son los tipos de sus personajes, y si hubiese una manera de hacer á la inglesa, diríamos que á la inglesa está ejecutada la composicion. Tan típico es todo en ella.

Un anciano á quien el arte no ha proporcionado, por lo visto, grandes beneficios, guia los primeros pasos en la senda musical, á un niño más ganoso de pan que de gloria. Probablemente el viejo artista ha exhibido sus talentos en alguna plaza pública, acompañando con su violin el relato de la vida del último ahorcado; y es muy posible que su tierno alumno no disponga de mejor escena para hacer gala de sus conocimientos. En resúmen, el humilde profesor educa á su alumno mejor para mendigo musical que para concertista á solo de la orquesta del teatro de la Reina.

A pesar de ello, ¡cuánta complacencia revela el semblante del anciano, y cuánta expresion de alegría el del niño al apercibirse del primer sonido que su inexperta mano obtiene del arqueológico instrumento!... Quien canta su mal espanta, dice un refran español y cantando engaño al hombre, dice otro latino. Quizás haya algun refran inglés parecido, que venga á decir poco más ó ménos que, tocando el violin, se olvidan los niños del almuerzo pasado en blanco y de la cena envuelta en las sombras de un porvenir muy negro.

UNA SONÁMBULA EXTRA-LÚCIDA, cuadro por M. Artigue

Dígase lo que se quiera, todo en este mundo ha progresado, ménos la familia de los papanatas, que ha permanecido estacionaria, petrificada. Hasta las tonterías han cambiado de forma; únicamente los tontos son siempre lo mismo.

Por ejemplo, antiguamente los oráculos impresionaban al vulgo con las trampas acústicas dispuestas en el altar; más tarde la ciencia del porvenir fué ejercida por unos ancianos de luenga y canosa barba, que eran tanto más creidos y respetados cuanto más eran las retortas, cráneos y alimañas de que se rodeaban. Decayó la profesion y la brujería fué trasmitida á unas viejas muy viejas, con más picardía que arrugas, á las cuales acompañaba apénas un gato flaco y de pelo erizado, á quien de puro hambriento centelleaban los ojos de tal suerte que bien pudiera confundírsele con el diablo. Todo este aparato era preciso para causar impresion en los badulaques; mas sin duda la ignorancia debe haber recorrido tanto camino como la ciencia, cuando hoy se prescinde de toda fantasmagoría y se fía el éxito á la pura credulidad de los tontos, abandonada á sí misma.

Así, las sonámbulas ejercen al aire libre, sin decoraciones, trajes, ni efectos de guardaropía; bastando la verbosidad del domador, digo, del magnetizador, para convencer á los imbéciles de que una mujer desdichada puede devolver la salud á los enfermos, el dinero á los arruinados y los novios huidos á las niñas casaderas.

Una de esas escenas de magnetismo rural ha pintado Artigue con suma naturalidad. Examínense las fisonomías de los espectadores, el pelaje de los protagonistas y la crudeza de la estacion, y queda explicado ese moderno modo de vivir que pertenece á los que, como dijo Larra, no dan para vivir.

CUESTION DE CUBA, cuadro por Khesing

Esta Cuba no es la perla de las Antillas españolas, ni los interlocutores del cuadro son un peninsular y un filibustero, ni se trata de si la isla será autónoma ó pasará á ser otra estrella en el celeste pabellon de los Estados Unidos.

La discusion versa entre dos inteligentes veteranos acerca de la calidad de la cerveza que, con mejor ó peor derecho, catan en amigable compañía. El autor ha estado feliz en los tipos de los personajes, cuya expresion, sin tomar el repugnante carácter de los beodos, demuestra que todo licor fermentado es capaz de alegrar á los ancianos más graves. Son dos cabezas de estudio que rebosan vida y cerveza.

FLORES DE MAYO

Como las flores tienen su primavera, la tiene tambien la vida.

Flores y mujeres tienen su mes de mayo. No hay quince años feos, dice el refran: bien pudiera ampliarse siquiera hasta los veinte.

En ellos frisa la jóven de nuestro cuadro, y no podemos negar que está en su mayo.

Es más; es posible que pasen por ella, sin menoscabar su belleza, junio y julio.

Pero viene agosto.... y las flores se secan; octubre.... y las flores se deshojan; enero.... y se mueren hasta los tallos. Cuando llega este caso ¡dichosa la flor cuyo aroma ha sido bastante grato para conservarse en forma de esencia!

HACE UN SIGLO, escena de la Villa Borghese, por W. Martens

La Villa Borghese es uno de los paseos favoritos de los romanos. La escena representada por Martens y que remonta al siglo pasado, es muy probable que se repita en nuestros dias, puesto que en todos tiempos habrá nodrizas bien parecidas y viejos verdes que, con pretexto de acariciar al bebé, se hacen amigos de su ama. Los bebés son frecuentemente la peana, por la cual, segun el refran, se adora al santo. Sirva esto de advertencia á las madres inexpertas que, por vanidad ó pereza, confian sus hijos á personas mercenarias y ni siquiera se toman el trabajo de vigilar sus pasos. Si la estadística pudiera comprobar ciertos hechos, nos estremeceria la relacion que entre sí guardan los paseos frecuentados por las nodrizas y los cementerios de los niños de pecho.

Por lo que toca á nuestro cuadro, todo en él nos parece acertado, todo ménos el bebé que parece un diplomático en miniatura. Está visto que, en lances tales, Bebé ha de ser la única víctima.

CAÑONES DEL NAVÍO INGLÉS COURAGEUX naufragado en 1796, recientemente encontrados cerca de Gibraltar

El 2 de noviembre de 1796 salió de Córcega la escuadra inglesa del Mediterráneo, despues de la evacuacion de dicha isla por los ingleses, y el 11 del siguiente mes fondeó en una pequeña bahía al oeste de Gibraltar. En la tarde del mismo dia estalló una furiosa tempestad, y tres navíos de los que componian la escuadra, entre ellos el *Courageux* de 74 cañones, garrearon sobre sus anclas, teniendo que hacer rumbo, para no estrellarse contra las rocas de Gibraltar, á la vecina costa de Africa.

El resultado fué que el *Courageux* se fué á pique junto al monte de las Monas.

Hace pocos meses, la tripulacion de la cañonera *Grappler* ha extraido del fondo del mar varias piezas de artillería de las que armaban el *Courageux*, entre ellas el mortero y los cuatro cañones que figuran en nuestro grabado, y que han permanecido en el seno de las aguas cerca de ochenta años.

Estas piezas de artillería han sido depositadas en el arsenal de Gibraltar.

EL 2,645

Cuento que aspiraba á ser millon, y millon que no pasó de cuento.

—¿Qué nos quitan ni nos ponen 4 ó 5 duros al mes?

—Me quitan á mí,—contestaba doña Micaela,—los 40 reales de la criada y tres pares de zapatos para los chicos.

—No seas tonta,—replicaba el marido;—el dia que nos caiga el gordo, tendremos para pagar quien nos friegue y nos calce toda la vida; y no es cosa, por una timidez de administracion casera, de perder la ocasion que ha aprovechado nuestro vecino.

¿Qué vecino era este, y qué interlocutores sostenian el anterior diálogo?

Eran estos: D. Crisanto Martinez, empleado en una dependencia del Estado con 10,000 reales anuales, y doña Micaela Lopez, su esposa; padres de dos chicas, con las que vivian en paz y en gracia de Dios, á pesar de hacer 18 años que estaban casados y de tener ambos el carácter ménos á propósito para llevar con paciencia el sétimo sacramento, al tenor de lo que manda nuestra santa madre Iglesia, por boca del reverendo padre Ripalda.

Era aquel, el inquilino del cuarto principal de la misma casa en que vivia el matrimonio, agraciado con el premio grande, en una de las extracciones de la lotería nacional. Divulgóse esta nueva por el barrio, á són de murga y coro de chiquillos y despertó en el ánimo de D. Crisanto un vivísimo deseo de ser rico y de adquirir la fortuna por medio de la lotería.

Como el ejemplo puede tanto, y como el lance del vecino estaba tan inmediato, la mujer no encontraba respuesta que oponer á los proyectos de su marido.

—Con ese dinero no seremos ni más pobres ni más ricos. Supondremos que me han rebajado el sueldo: y comprando siempre un número fijo, para mayor probabilidad, verás cómo la fortuna nos sonrie tarde ó temprano.

—Segun eso—dijo doña Micaela—¿tú quieres jugar todas las extracciones?

—Claro está: todos los números entran en el globo: lo mismo puede salir el mio que el del vecino: y si por casualidad me muriese yo ántes de haberme caido el premio grande, encargaré á mis hijos que jueguen siempre el mismo número, seguro de que, si no á mí, á lo menos le caerá á alguno de mis descendientes.

—No es muy grande el consuelo; pero en fin, puesto que todo el mundo juega, fregaré yo los platos, andarán los chicos por casa sin botas y emplearemos esos duros más en buscar la felicidad, ó lo que es lo mismo, el premio gordo.

Don Crisanto se dirigió á la administracion de loterías de las Cuatro Calles y apartó *por siempre*, para su uso particular, un décimo del billete número 2,645.

Trascurridos dos años, sin que apareciera en las listas del sorteo, no ya el número sino ni la decena del mismo, salió por fin una mañana el 2,644; y á las indignadas frases con que recibió doña Micaela la noticia, contestó heróicamente D. Crisanto:

—Calla, tonta, y ten paciencia: la extraccion de hoy te ha probado, que lo mismo que ha salido el 44, podia haber salido el 45, y que en estas cosas, lo que hace falta es mucha perseverancia.

—¡Y dinero!—contestó doña Micaela, á quien ya escocian las manos de fregar suelos.

—El dia ménos pensado nos cae y... nos arma! Vamos jugando y vamos viviendo!—dijo D. Crisanto con la rabia de la conviccion ó con la conviccion de la rabia.

Apégase el hombre de tal manera á sus ideas dominantes, que si no temiéramos ser tachados de visionarios diríamos que no hay sér humano que no sea monomaniaco. Todos llamamos locos á los que viven encerrados en las horribles casas de dementes; pero es lo cierto que todos los que andamos sueltos por el mundo tenemos en el rincon de nuestra alma una manía predilecta, dispuesta siempre á extenderse, apoderándose por completo de nuestro sér y de nuestras facultades intelectuales. La prudencia en unos, la reflexion en otros y la esperanza en todos, hacen que ocultemos ese flaco á las investigadoras miradas de nuestros semejantes. Pero es lo cierto que si nos tocan en la cuerda sensible, esta responde y pone á las claras nuestra manía ó nuestra locura.

Y sin esta manía ó esta locura no habrian existido los genios que han dominado el mundo, ni los acontecimientos que le han trastornado. *El loco* inmortal de Cervantes, sensato y cuerdo en todo, ménos en la andante caballería, se atreve sin embargo, gracias á su locura, á abrir la jaula de los leones y á acometer los molinos de viento. Ingeniosa y sublime paráfrasis de la vida humana en todos los tiempos; retrato, en fin, de mi buen don Crisanto Martinez, que cuanto más tardaba en ver realizados sus sueños, más fácil le parecia conseguirlos.

Y pasaron otros cinco años, y en la magna extraccion de un 23 de diciembre, apareció premiado con 10,000 duros el número 2,646.

—Vamos, amigo,—dijo el lotero á D. Crisanto:—por poco pillamos el pellizco!

—No es mal pellizco el que me lleva ya la lotería desde que estoy jugando;—respondió el infeliz entregando sus doce reales para la extraccion siguiente.

Y pasaron años... y siguió el juego... esperando el gordo, que no llegaba nunca; y lo que llegó una mañana fué un oficio, que olia á cesantía desde la escalera, y que siéndolo efectivamente, consternó á toda la familia. La miseria con su mano descarnada llamaba á las puertas de la casa, y la lotería fué atacada en todos los terrenos, con un encarnizamiento desesperado por doña Micaela y defendida de igual modo por D. Crisanto.

—¡Es preciso suprimir el décimo!

—¡Mejor suprimo la comida!

—¡Tendremos que dormir en el suelo!

—¡Mejor suprimo el sueño!

—¡Tendremos que ir vestidos de estera!

—¡Mejor suprimo la camisa!

Venció, como siempre sucede en el mundo, no el que tiene razon, sino el más fuerte, y D. Crisanto sacó incólumes sus 6 ó 7 duros para dar pábulo á su seguridad de ser rico.

No nos detendremos á pintar cómo vivian con seis reales diarios de cesantía los héroes de este cuento, porque este es uno de esos misterios que aún no se han descubierto. Hay familias que viven con ese dinero, probando que el cuerpo no necesita de gollerías y que la costumbre de morirse de hambre puede llegar á ser una verdadera naturaleza.

Tres años más pasaron de este modo; pero sea que el estómago de D. Crisanto no tuviera ya sitio para tanta patata ó sea que la falta de lumbre no es muy sana en el invierno, el hecho es, que mi buen viejo cayó enfermo con todos los síntomas imaginables de una muerte próxima.

Miéntras conservó el conocimiento, exigió de su consorte que no dejara de jugar el décimo: y esta se lo juró por todos los santos que tenemos siempre á mano, con intencion deliberada de engañarlos. Era juéves: el viérnes se cerraba el juego, y el sábado era la extraccion; pero perdió D. Crisanto la razon en la noche del primero de estos días; el médico recetó una medicina que importaba 40 reales, y como no habia más dinero en casa, el del décimo fué á parar á manos del boticario. Gracias á los cuidados de su consorte, ó á la pócima del farmacéutico, D. Crisanto recobró el conocimiento el sábado por la mañana. Abrir los ojos y preguntar á su esposa por el décimo, fué cosa de un segundo.

—Le he comprado: le he comprado,—contestó doña Micaela, cogida *in fraganti* y sintiendo que su esposo no hubiera permanecido sin juicio hasta el domingo por lo ménos:—pero ahora no pienses en eso, ya estás fuera de peligro y eso es lo principal.

—Lo esencial es la lotería, y si no hubieras hecho lo que te dije, no te lo perdonaria nunca.

—*La lista grande!!! La lista grande!!!*—gritaba á la sazon un granuja, por delante de la casa de D. Crisanto.

—A ver: la lista: corriendo!—dijo este, incorporándose en el jergon lo mejor que pudo.

—No pienses ahora en eso, que tiempo sobra;—decia doña Micaela, agitada por un presentimiento inexplicable.

—No! Ahora; ahora!—repetia el enfermo, casi fuera de la cama.

—Estáe quieto, que voy por ella.

Bajó Doña Micaela los cien escalones; compró la lista y subió á su cuarto sin mirarla siquiera.

Abrir D. Crisanto el papel y saltar fuera de la cama, dando un grito, fué cosa de un momento.

El premio grande!! Aquí está el gordo!!!—decia corriendo por la habitacion:

¡¡¡El 2,645!!!

Y daba saltos, y se llevaba las manos á la cabeza, y aturdia la casa; y *¡ya somos felices!* era su frase favorita.

Pintar la consternacion de doña Micaela seria cosa imposible. Cogió el papel: leyó el número: corrió á la direccion de rentas, sin decir una palabra, y al ver efectivamente engarzada en el alambre del cuadro de premios la bola del número deseado, por poco se vuelve loca.

Entró la infeliz en su casa, deshecha en llanto, y poco á poco y como mejor pudo, contó la verdad á D. Crisanto, que á no haber caido al suelo sin sentido, hubiera deshecho una silla en la cabeza de su consorte.

Desde aquel momento fueron inútiles todos los medicamentos del mundo. El pobre D. Crisanto á carcajada tendida repetia sin cesar el número premiado, y daba prueba con sus risas y sus gestos de que estaba completamente loco.

No hace aún diez dias que en el manicomio de Leganés me enseñaron al pobre D. Crisanto y me refirieron la vulgar y triste historia del 2,645.

LUIS MARIANO DE LARRA

EL FANATISMO DEL DIABLO

POR DON RAMON MARTINEZ DE FUENSANTA

(Continuacion)

Por fin se recibió otra carta anunciando que al dia siguiente la Vizcondesa emprenderia su viaje de regreso. Segun la hora de salida que indicaba debia llegar á Fuente-Cantos á la caida de la tarde, por lo cual á esta hora Eulalia, acompañada de Felipa, salió al camino de Sevilla á esperar á su tia.

Pero esta no llegó el dia fijado.

El siguiente Eulalia salió tambien al camino. Marchaba lentamente apoyada en el brazo de Felipa.

De repente se detuvo.

—¿No ves allá léjos un grupo de gente?—preguntó á la criada.

—Sí, señorita.

—Y si no me engaño, hay tambien un carruaje.

—Es verdad. Será el de la señora.

—Pero ¿por qué se han detenido? ¿habrá sucedido algo? un vuelco.....

—Es posible, mas vuelco no, el coche no está caido.

—¡Ah, Dios mio! ¿qué será? Temo una desgracia, lo temo todo!—exclamó la pobre jóven trémula de emocion.

—No se asuste V., señorita, no será nada. Espéreme V. sentada en esa piedra. Voy en un vuelo á ver lo que pasa, en seguida estoy aquí.

Eulalia tuvo que sentarse; la debilidad y la zozobra no la permitian tenerse en pié.

En esto vieron venir dos hombres apresuradamente; eran un peon caminero y un pastor, vecinos del pueblo.

Felipa se detuvo.

—¿Qué coche es ese, qué ha sucedido allí?—les preguntó cuando estuvieron cerca.

Al ver á Eulalia, á quien conocian, los hombres se quedaron, como vulgarmente se dice, confusos, y no acertaron á responder.

—¿Es el coche de mi tia?—preguntóles la jóven, que notó su turbacion.

—Sí, señorita,—contestó uno de ellos.

—¿Y viene en él?

El hombre balbuceó algunas palabras.

Eulalia, que por el aspecto de los vecinos llegados, comprendió que algo grave sucedia, se puso en pié, y apoyándose en el brazo de Felipa, dijo:

—¡Ah, mi corazon no me engaña! vamos, Felipa, vamos. Mi tia sufre una desgracia, quiero verla. Andemos de prisa.

Los dos hombres la miraban consternados.

Uno de ellos se atrevió á decir:

—Señorita, más vale que no vaya V.

Estas palabras resonaron dolorosamente en el corazon de la pobre jóven, oprimió convulsivamente el brazo en que se apoyaba, y echó á andar apresuradamente.

—No va V. á poder llegar hasta allí,—observó la criada, alarmada tambien por la frase de aquel hombre.

La excitacion nerviosa la daba un vigor inconcebible en su estado de debilidad.

Conforme andaba miraba con ansiedad hácia adelante.

El crepúsculo nocturno comenzaba.

Al ver aproximarse á las dos mujeres se produjo un movimiento en el grupo que estaba en el camino.

Cuando estas llegaban cerca, otro grupo de cuatro personas salió de entre los cambrones de una cerca que bordea la ruta, sosteniendo un cuerpo, al parecer inanimado.

Eulalia miró, dió un grito desgarrador y cayó desplomada.

VIII

Hé aquí lo que habia sucedido, segun declaracion de los conductores del coche de la Vizcondesa de Sorel, de los primeros que habian acudido al sitio de la catástrofe y posteriormente de Cleto, cuando estuvo en estado de prestarla.

Al regresar de Sevilla y cerca ya de Fuente-Cantos, se aflojó el eje de las ruedas delanteras del coche en que venia la Vizcondesa. El conductor y un zagal que aquel traia para más seguridad y mejor servicio, trataron de componer el desperfecto, y como esto exigia algun tiempo, la señora determinó seguir andando á pié, en compañía de Cleto (que como ya se ha dicho viajaba con ella) hasta que los alcanzara el carruaje.

La tarde estaba hermosa, la Vizcondesa hallábase entumecida, y aquel breve paseo debia ser agradable.

Aún era bien de dia, el pueblo estaba cerca, lo derecho del camino permitia no perder de vista el coche que estaba componiéndose; no habia, pues, peligro alguno.

Cleto cargó con un *cabás* que contenia los valores y alhajas procedentes de la herencia que habia hecho efectiva la Vizcondesa y esta tomó un frasco de mimbres en el que traia agua.

Comenzaron á andar despacio, volviendo con frecuencia la cabeza para ver si eran seguidos por el carruaje.

Pasado un rato, Cleto se detuvo y apoyándose en un baston de roten que llevaba, dijo:

—Tengo sed.

—Yo tambien y mucha,—añadió la Vizcondesa,—pero con el calor que hace, el agua del frasco estará como un caldo.

—En ese bosquecillo de la izquierda hay una fuente de agua muy fresca. Vamos á beber y le llenaremos por si hace falta antes de llegar. Con eso daremos tiempo á que nos alcance el coche.

—¿Está léjos?

—No señora. ¿No ve V. los árboles?

Los viajeros dejaron el camino y entrándose por el rompimiento de una valla de cambroneras que le bordeaba, se dirigieron hácia el bosque. Entre tanto compuesta, aunque malamente, la rueda del carruaje, los conductores echaron á andar, extrañando no ver á la Vizcondesa y á su acompañante; pero supusieron que habian torcido ya un recodo que hacia el camino.

Habian empleado cerca de una hora en la compostura y ya empezaba á anochecer.

Al llegar al sitio en donde los viajeros dejaron el camino, un hombre se presentó en él subitamente saliendo de entre los cambrones y gritando:

—¡Socorro, socorro! ¡han matado á la señora!

Era Cleto, estaba cubierto de sangre, y á los pocos instantes cayó sin sentido al suelo.

Acudieron á él los conductores, así como tambien un pastor y un peon caminero que venian hácia Fuente-Cantos, dos mozos de labor que regresaban de sus faenas, y posteriormente algunas otras personas que fueron llegando.

Reconocieron el jóven que se hallaba privado de conocimiento, con el traje destrozado y varias heridas. Uno de los mozos corrió á la fuente próxima con objeto de traer agua para lavárselas; y cuál fué su asombro al encontrar á la Vizcondesa tendida en el suelo y cubierta de sangre.

Gritó, acudieron algunos, y rápida como el rayo cundió la noticia de la doble desgracia; porque la Vizcondesa estaba muerta á consecuencia de heridas de arma blanca, y además tenia la cabeza completamente destrozada.

Pasado el primer momento de estupor, se tomaron disposiciones. Unos se encaminaron al pueblo á dar aviso; Cleto, que aún no habia vuelto en sí, fué trasladado á la cercana casa de un peon caminero; y otros levantando el cuerpo de la infeliz señora, la llevaron al carruaje.

En este mismo instante llegó Eulalia, la cual, como ya se ha dicho, al ver á su tia, cayó desmayada.

IX

Cayó como un cuerpo inerte y á fuerza de auxilios consiguieron hacerla recobrar el movimiento, mas no la lucidez.

Experimentaba sacudidas nerviosas tan fuertes como su debilidad lo permitia y pronunciaba frases incoherentes.

Era indudable que sufria un ataque cerebral, pero sin manifestaciones violentas; aquella organizacion estaba casi aniquilada.

Fué conducida á su casa en unas parihuelas improvisadas. Felipa la acostó é hizo avisar al médico del pueblo, que era un facultativo activo é inteligente.

Apénas éste la hubo visto y recetado, tuvo que acudir á la casa á donde habian llevado á Cleto. D. Servando, que se hallaba al lado de Eulalia, le acompañó por si era necesario su ministerio, despues de recomendar á Felipa el cuidado de su jóven señora.

La noticia de la desgracia habia corrido por Fuente-Cantos y muchos vecinos siguieron al cura y al facultativo.

Hallaron á Cleto postrado y al parecer sin conocimiento por la pérdida de sangre. Sin embargo, al oir ruido y ver luz se agitó y abrió los ojos con expresion azorada.

El médico, al éxamen del paciente cuyas heridas no habian sido bien vendadas, limitóse á detener la sangre con algunos pedazos de la camisa de Cleto y con pañuelos desgarrados. Esta operacion fué dolorosa, porque el herido no se prestaba con facilidad y hubo necesidad de apelar á la fuerza.

—¡Es extraño!—dijo el facultativo;—este jóven ha recibido cinco puñaladas: tres son poco profundas, las otras dos han sido inferidas con el plano de la hoja y ninguna ha interesado á las partes vitales. No ofrecen, pues, peligro, aunque hay mucha pérdida de sangre; por tanto conviene que por el pronto no se le moleste con declaraciones.

El médico escribió una receta, hizo salir á los presentes, y, cuando se halló á solas con el cura párroco, dijo:

—Aquí, D. Servando, suceden cosas singulares, y nuestro deber, segun creo, es dar parte al juez, si ya no lo ha hecho el Alcalde del pueblo.

—Soy del mismo parecer.

—¿Traia dinero ó alhajas la Vizcondesa?

—Es de suponer que sí, puesto que habia ido á Sevilla á hacer efectiva una herencia.

—¿Se ha encontrado algo?

—No señor

—¿Luego ha sido robada?

—Es casi seguro. De todos modos, doctor, es necesario que se haga luz en esta catástrofe. Una sola consideracion me detiene, el estado de esa pobre huérfana.

—Su estado es casi conveniente, dadas las circunstancias; sufre una fiebre cerebral que durará algun tiempo, el suficiente para evitarla las primeras impresiones.

—Pero ¿y si no puede resistirla?

—Creo que sí, aunque no respondo. Lo preciso es activar el entierro de la Vizcondesa, para evitar á su sobrina tan triste espectáculo.

—Es verdad.

—Luégo, veremos. No bien lo permita su estado, Cleto hará aclaraciones y sabremos á que atenernos. ¿Se hablaba en estos contornos de alguna partida de ladrones?

—No, hace ya tiempo. Unicamente se ha dicho que el tristemente famoso Zamarrilla, huyendo de la persecucion de la Guardia civil, se habia corrido de Sevilla á Extremadura; pero hasta la presente nadie sabe de él.

—Pues bien, señor cura, encárguese V. de avisar al juez de Llerena, si ya no lo está, para que pueda activarse el entierro de esa infeliz señora. Yo vuelvo al lado de Eulalia; compartiré mis cuidados entre ésta y el herido.

X

El sacerdote y el médico se separaron.

El juez de Llerena habia sido avisado, y, secundado por el Alcalde, comenzó á practicar las primeras diligencias.

Se reconoció el cadáver de la Vizcondesa que, como ya sabemos, fué trasladado á su casa en su propio carruaje.

La infeliz señora tenia deshechas las membranas del cerebro á consecuencia de dos fuertes golpes, segun exámen facultativo, inferidos por detrás con un instrumento de acero, hierro ó piedra. Presentaba además dos heridas una en el cuello y otra en el pecho, mortales ambas de necesidad; puesto que la primera habia cortado la yugular, y la segunda interesado el corazon.

El juez se trasladó al sitio en donde habia sido encontrada la Vizcondesa, y aunque registrado minuciosamente nada se halló en él de particular, si se exceptúan manchas de sangre ya seca y un reguero hasta el camino que provenia sin duda de la perdida por Cleto al salir á aquel demandando socorro.

Suponiendo que habia habido uno ó más asesinos, se buscaron las huellas infructuosamente.

El terreno del bosquecillo y de sus contornos estaba compuesto de pedernales y de terrenos deshechos y agrietados por el calor de la estacion.

Tomáronse declaraciones á los conductores del coche de la Vizcondesa, detenidos preventivamente; pero ellos probaron su inculpabilidad con el testimonio del peon caminero y del pastor que los habian alcanzado en el camino.

Sabiéndose por aquellos que la Vizcondesa debia traer valores, nadie dudó que el asesinato habia tenido por móvil el robo.

Se explicó el apearse la Vizcondesa del carruaje por el desperfecto del eje, que fué registrado, y se esperaba á que Cleto estuviera en estado de declarar, para conocer la causa de haberse separado del camino; si bien se achacó al propósito de ir á la fuente.



UNA LECCION DE VIOLIN, cuadro por Miss E A Armstrong



UNA SONÁMBULA EXTRA-LÚCIDA, cuadro por M. Artigue

La Vizcondesa de Sorel fué enterrada en el cementerio de Llerena, en donde tenia nicho á perpetuidad. Eulalia seguia en el gravísimo estado del crecimiento de su enfermedad, en la que el médico esperaba una crísis favorable ó adversa.

Cleto se restablecia aunque lentamente. Cuando lo indicó el facultativo el juez instructor y el escribano se trasladaron á la casa, á la que aquel habia sido llevado, para tomarle declaracion.

A la vista de los representantes de la ley, el herido se inmutó, pero el juez trató de tranquilizarlo con palabras benévolas.

Hé aquí en resúmen la declaracion que prestó con frases entrecortadas y sonsacado, digámoslo así.

«Atormentados por la sed y esperando á que el carruaje los alcanzara, la Vizcondesa y él habian ido á la fuente del bosquecillo. El bebió el primero, y su señora, no queriendo hacerlo en el caño, estaba llenando el frasco que traia en la mano, cuando de improviso salieron tres hombres de entre las cañas y zarzales próximos á la fuente y uno de ellos, adelantándose con rapidez, asestó á la Vizcondesa dos golpes en la cabeza con un garrote que llevaba, miéntras los otros dos se arrojaban sobre él, navaja en mano.

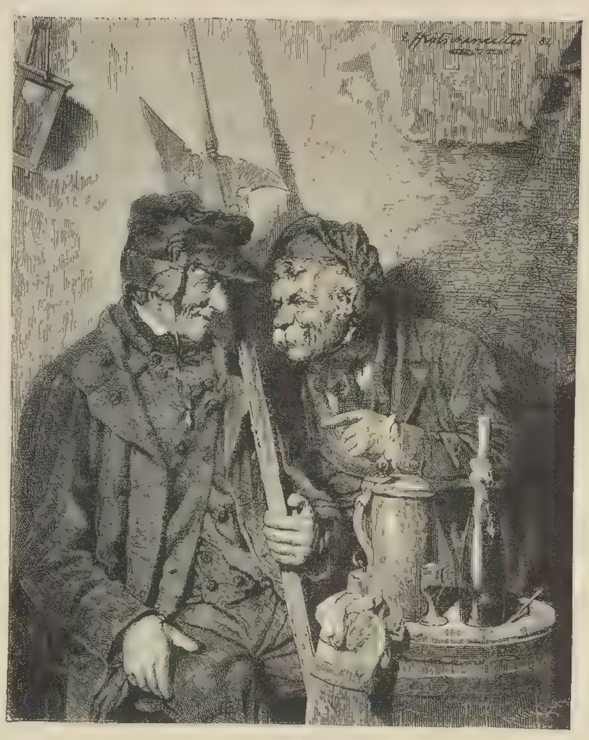
»Quiso defenderse, pero no tenia armas; le infirieron varias heridas, arrancándole violentamente el *cabás* que llevaba en la mano, y habiendo oido ruido, que sin duda provenia del coche que se acercaba, huyeron precipitadamente internándose en la espesura.

»Él no pensó, ni podia, seguirlos, herido como estaba. Al ver á su ama tendida en el suelo, y al parecer exánime, empleó las pocas fuerzas que le quedaban en salir al camino y pedir socorro.»

Preguntado acerca del aspecto de aquellos hombres y sobre si reconoceria á alguno de ellos en el caso de volver á verle, dijo:

«Que estaban mal trazados, dos de ellos con mantas y pañuelos á la cabeza nada mas; y el otro, el que golpeó é hirió á la Vizcondesa, llevando un sombrero viejo hongo y un chaqueton de paño pardo.»

En este último se fijó algo más y recordaba que era un hombre ya de edad con barba gris corrida.



CUESTION DE CUBA, cuadro por Khesing

XI

La declaracion de Cleto estaba acorde con la de los conductores del coche y con las de las primeras personas que habian llegado al sitio de la catástrofe.

Se tuvo aviso de que el bandido Zamarrilla habia, en efecto, entrado en Extremadura, y la opinion general no vaciló en achacarle el asesinato de la Vizcondesa.

La Guardia civil le perseguia activamente, y se esperaba su captura para esclarecer la catástrofe de Fuente-Cantos.

Cleto, ya convaleciente, aunque muy débil, trasladóse al pueblo, donde la esperaba el conmovedor espectáculo del estado de su jóven señora. El leal servidor herido en defensa de su ama se captó las simpatías del vecindario con tanto más motivo por cuanto supo la abnegacion, los desvelos con que se consagraba al cuidado de la doliente Eulalia.

Hasta el mismo médico estaba conmovido de la cariñosa solicitud del jóven servidor.

Como habia previsto aquél, la enfermedad de Eulalia hizo crísis á su debido tiempo y comenzó á iniciarse la mejoría.

Cuando la infeliz se halló en estado de coordinar sus ideas, su primer cuidado, como es natural, fué preguntar por su tia. El buen cura párroco tenia ya inventada una piadosa mentira. Hízola creer, aunque con alguna dificultad, que la Vizcondesa habia sufrido una caida al intentar beber en la fuente del bosque; pero que restablecida al poco tiempo, fué la principal enfermera de su sobrina, no queriendo separarse de ella, no obstante haber sido llamada con urgencia á Sevilla, en donde era indispensable su presencia para hacerse cargo de la herencia, que en su primer viaje no habia podido realizar. La necesidad apremiaba, puesto que se trataba de un plazo fatal é improrrogable; y bajo esta presion y viendo á la enferma fuera de peligro, se decidió á efectuar su inevitable viaje.

Eulalia fué cobrando fuerzas y pudo dejar la cama. Hubo que recurrir á mil ingeniosos medios para explicar la falta de cartas de su tia, y hasta se fingió un viajero que llegaba de Sevilla y traia un recado verbal; pero una imprudencia de unas mujeres del pueblo, cuya conversacion oyó por casualidad, enteraron á la pobre jóven de la catástrofe ocurrida, volviendo á producir en ella una crísis espantosa.

Luchó entre la vida y la muerte, pero su misma debilidad la salvó por segunda vez; aquel cuerpo extenuado era, como dice Victor Hugo, un pretexto para contener un alma, y el alma no puede morir.

Por segunda vez entró en convalecencia, si puede llamarse así un estado de atonía parecido á un sonambulismo inteligente.

Lloró mucho y las lágrimas la hicieron bien. Se resignó pensando quizá en que no podia vivir mucho tiempo; y como todo esto sucedió despues de la desaparicion de su prometido, nunca volvió á hablar de éste ni de la Vizcondesa.

Muchas organizaciones delicadas son así; tienen el pudor del infortunio.

XII

Cleto era un modelo de fidelidad y de abnegacion.

En medio de las repetidas desgracias que abrumaban á la desolada huérfana, fué una segunda Providencia para ella. Rodeóla de los más tiernos y solícitos cuidados teniendo el buen gusto de no demostrar su amor.

Declarada única heredera de su tia en virtud de un testamento hallado entre los papeles de ésta, la infeliz Eulalia, que no estaba en estado de ocuparse de nada, depositó toda su confianza en el leal é inteligente servidor, á quien estimaba aún más, desde el punto en que supo la parte que le habia cabido en la catástrofe que todos lamentaban.

Cleto fué su amigo, su consejero y su administrador, llenando cumplidamente estos deberes con raro discernimiento y prodigiosa actividad.

Con objeto de ponerse al nivel de su nueva situacion, el jóven procuraba instruirse, dedicándose, sin maestros, á diversos estudios que abarcaban desde la caligrafía hasta las ciencias.

Todo el mundo estaba admirado de su juicio, laboriosidad y deseo de aprender; hasta el mismo cura párroco depuso sus prevenciones y empezó á tratar á Cleto con amistosa simpatía.

Entre tanto la causa del asesinato de la Vizcondesa seguia estacionada. Parecia que la tierra se habia tragado á los asesinos. Zamarrilla desapareció de Extremadura y se le suponia vuelto á la provincia de Sevilla ó internado en la sierra de Córdoba.

Ni un indicio, ni una aclaracion; nada.

Respecto al capitan Mendez-Cardona, el mismo misterio: ya nadie hablaba de él, quizá nadie le recordaba; excepto una sola persona.

Don Servando, el párroco de Fuente-Cantos, obtuvo un curato en Cáceres, y aunque sintiendo mucho separarse de sus feligreses y muy especialmente de Eulalia, vióse precisado á trasladarse á dicha ciudad, por consagrarse al piadoso deber de cuidar á un hermano muy anciano y achacoso.

Algunos dias despues de la partida del virtuoso sacerdote, Cleto, que habia estado en Llerena, trajo una carta para Eulalia, que le entregaron en la Administracion de Correos.

El sobre era de letra desconocida, pero cuando la infeliz jóven, ántes de leerla, miró la firma, dió un grito y se desmayó.

Vuelta en sí, merced á los cuidados de Cleto y de Felipa, cuando sus turbios ojos se aclararon, temblando de emocion, pudo leer la carta que estaba concebida en estos términos.

«Eulalia de mi corazon, prometida de mi vida, única esperanza por la que todavía existo: dichoso yo que aún puedo decirte: ¡Te amo, te amo, te amo!

»El honor me ha separado de tí, la pasion quizá nos acerque el uno al otro. Me he batido, estoy herido, he luchado mucho tiempo entre la vida y la muerte; al recobrar las facultades de pensar y de recordar mi primer pensamiento, mi primer recuerdo ha sido para tí...

»¿Para quién habia de ser?

»Sé que estás sola en el mundo, que el ángel intermediario entre los dos ha volado á su patria celeste, y por eso, con más esperanza, con más anhelo, con la energía de mi pasion y de tu abandono, te digo: Ven á mí, reclamo á mi prometida. Si vivo, serás mi esposa adorada; si sucumbo y llegas á tiempo, mi lecho de muerte será el altar en que se pronuncie nuestro mutuo juramento; si sólo encuentras mis restos inanimados, que me sirvan tus brazos de sudario; y las lágrimas que derrames sobre mi huesa, de rocío á mi alma inmortal.

»Ven á mí, te espero, ven pronto; me hallo en peligro de muerte, pero tengo la conviccion de que si te veo viviré.

»Eulalia, ven á mi tálamo ó á mi tumba.»

Esta carta, escrita de letra desconocida, estaba fechada en Escarigo, pueblo portugués, no léjos de la frontera. La firma, aunque al parecer trazada con trémula mano, era indudablemente del capitan D. Diego de Mendez-Cardona.

Evidentemente, este no habia tenido fuerzas para escribir y sí sólo para firmar.

La ausencia estaba explicada; un lance de honor habia llevado á D. Diego al vecino reino; verificado el duelo y gravemente herido el capitan, sufrió las complicaciones inherentes á las lesiones peligrosas, entre ellas la perversion de los sentidos; pero recobradas sus facultades intelectuales, su primer recuerdo fué para su prometida.

XIII

Eulalia no titubeó ni un solo momento. Era huérfana, dueña de sus acciones y nada la retenia en Fuente-Cantos. Antes de la inesperada nueva ya habia pensado en dejar aquellos sitios tan llenos de dolorosos recuerdos, y yá Cleto, por su órden, hizo anunciar la venta de la casa en los boletines de Llerena y poblaciones limítrofes.

Por tanto, no bien se repuso de la primera emocion producida por la carta de D. Diego, la infeliz y enamorada jóven sólo pensó en volar al lado de su prometido, é hizo los preparativos de viaje con febril impaciencia, ayudada por Cleto, que la probó una vez más su cariñosa adhesion.

Convinieron en que este la acompañara, para evitar las contingencias que pudieran surgir en el viaje, dejando la casa al cuidado de Felipa y del jardinero. Acordaron tambien no decir el verdadero motivo de su ausencia, á fin de no dar pábulo á la hablilla y comentarios usuales en los pueblos.

Eulalia iba á Cáceres á asuntos de herencia.

Antes de separarse, quizá para siempre de aquellos lugares, la piadosa jóven tuvo el pensamiento de pasar por Llerena, á fin de rezar junto al sepulcro de su tia; pero Cleto la disuadió de este proyecto, aconsejándola que lo aplazara para ocasion más oportuna, evitando los comentarios de la ciudad como los del pueblo.

Como viaje más cómodo y más breve, determinaron tomar la recien establecida diligencia de Sevilla, que ya pasaba por Fuente-Cantos, seguir hasta Algorta, y desde allí en otro coche diligencia hasta Badajoz, que sólo dista dos leguas escasas de la frontera portuguesa.

Eulalia no sosegaba; la excitacion habíala devuelto sus fuerzas juveniles. Cuando pensaba que podia llegar tarde al lado de su prometido, un estremecimiento de dolor serpeaba por todo su cuerpo, y dominándole se ocupaba con más ahinco en sus preparativos, que hubieran sido muy pocos ó ninguno sin la intervencion de Cleto.

Una mañana, al rayar el dia, emprendieron el viaje ambos jóvenes. Aunque de nadie se habian despedido, al tomar la diligencia, fueron naturalmente vistos por algunas personas: difundida la noticia por el pueblo, se interpretó de varios modos, por lo mismo que aquel viaje, aunque explicado despues por Felipa, se parecia á una fuga.

Durante algun tiempo se habló de la ausencia de la sobrina de la Vizcondesa y se recordó el asesinato de ésta, á consecuencia de una particularidad. Á alguna distancia de la fuente del bosquecillo, en un charco rodeado de cañaverales, casi seco por el calor, un leñador habia encon-

trado un baston de caña roten, con puño de hierro forrado de alambre. No era fácil que perteneciese á algun viajero; pues por aquel sitio no transitaba ninguno.

Nadie en el pueblo reconoció el baston por suyo. Suponiendo que pudiera ser de Cleto, preguntaron á Felipa, pero esta no recordaba habérsele visto al jóven.

Sólo el jardinero, que como ya se ha dicho sirvió de conductor del coche de la Vizcondesa en su fatal viaje, creyó acordarse de que Cleto habia traido un baston de Sevilla.

XIV

El lector no habrá olvidado que el regimiento al que pertenecia el capitan D. Diego de Mendez-Cardona, se hallaba de guarnicion en Cáceres á cuya poblacion trasladó su residencia D. Servando, el ex-cura párroco de Fuente-Cantos. El buen sacerdote, que sentia un cariño casi paternal hácia Eulalia, y con este motivo, doble interés en averiguar el paradero de D. Diego, se informó del coronel del cuerpo, suponiendo que se habrian hecho gestiones referentes al desaparecido capitan.

Ni el coronel ni nadie sabian nada respecto al particular. Como jefe y como amigo que habia sido del padre de D. Diego, el coronel practicó las más activas diligencias, pasó comunicaciones á todas las Direcciones, además del Ministerio de la Guerra, puso en juego cuantos medios le sugirió su interés; pero todo fué en balde; parecia fuera de duda que el capitan estaba muerto ó léjos de España.

Aquella misteriosa desaparicion no tenia precedente.

Don Servando creyó oportuno revelarle la causa primordial de ella, que debió ser el duelo entre el capitan y el Baron de Portbou, verificado, segun indicios, en territorio portugués: y con estos antecedentes, el jefe volvió á reanudar sus pesquisas.

Un sargento de toda confianza, dos cabos y algunos soldados, en calidad de ordenanzas, atravesaron la frontera del Reino vecino, llevando oficios para las autoridades de las poblaciones rayanas, proponiéndose acudir á otras superiores, en caso necesario.

El coronel estaba tan interesado como el sacerdote en averiguar la suerte del capitan, á quien ambos estimaban; y esperaban con impaciencia el resultado de las nuevas gestiones.

Un suceso reciente vino á aumentar la preocupacion de D. Servando. Supo la repentina ausencia de Eulalia y de Cleto, de la quinta de Fuente-Cantos; y como habia cundido la voz de que estos se dirigian á Cáceres, á arreglar asuntos de herencia, y no se presentaban en la ciudad, no obstante haber trascurrido bastantes dias, el buen sacerdote se hallaba inquieto y temeroso de alguna nueva desgracia.

(Continuará)



FLORES DE MAYO

CONGRESO INTERNACIONAL de Washington

I

Pueden darse por terminados los trabajos del Congreso Internacional de Washington, reunido, no sólo con el fin altamente civilizador de elegir un primer meridiano magistral comun á todas las naciones para la determinacion de las longitudes geográficas, sino tambien con el de adoptar un dia universal ó cosmopolita.

II

Por fin va á ser una realidad el desideratum tanto tiempo pretendido por los sabios. Dentro de poco cesará la anti-científica multiplicidad de los meridianos de orígen, y no se dará el caso inconcebible,—dado el estado de nuestra civilizacion,—de que los despachos telegráficos acabados de trasmitir, se reciban con fecha del dia siguiente ó con la de un dia de atraso. Se unificarán el dia civil que empieza á media noche, y el dia astronómico, que se inicia doce horas despues. La cronología, de hoy en adelante, será una ciencia fácil, miéntras que hoy es un dédalo en que se pierden los que no hacen de ella profesion especial; pues unos pueblos empiezan el dia á media noche, otros al amanecer, estos al ponerse el sol, aquellos una hora ántes de la media noche...; y miéntras los unos dividen el dia en dos mitades de á 12 horas iguales cada una, otros lo parten en cuatro espacios, otros en seis, otros en doce de á 2 horas. Si aquí dividen la hora en 60 minutos, allá la subdividen en 1080 escrúpulos, etc., etc. No puede darse confusion mayor.

Las ciencias todas derivarán del nuevo sistema ventajas de gran utilidad,—la geodesia, la astronomía, la meteorología, todos los ramos de la geografía...; y, desde el punto de vista práctico, serán inmensas las ventajas para la navegacion, pues los marinos no tendrán que habérselas más que con una sola clase de longitudes; y, si sus cartas y sus almanaques náuticos no están arreglados al mismo cero de orígen, no habrán ya de exponerse en dias de tempestad á un lamentable error, que puede ser fatal á las haciendas y á las personas encomendadas á su pericia y habilidad.

Hoy, las marinas de los países más adelantados del Globo cuentan las longitudes por los meridianos de Greenwich, Paris, San Fernando, Nápoles, Cristianía, Isla de Hierro, Pulkowa, Stokolmo, Lisboa, Copenhague, Rio Janeiro, y hasta hace poco tiempo, por Washington; pero, de aquí en adelante, sólo computarán todos por el meridiano de Greenwich.

No es fácil calcular las ventajas que el nuevo órden de cosas traerá, y la utilidad que reportarán los viajeros, los maestros, los alumnos, los oficiales de Estado Mayor, los cartógrafos, etc.; y si el tiempo es dinero, nadie habrá de extrañar que importe muchos millones al año la economía de horas y de trabajo con que el nuevo cómputo beneficiará todas las clases de la sociedad.

III

Así, pues, las resoluciones finales del Congreso de Washington deben llegar cuanto ántes al conocimiento público.

Hé aquí el resultado de detenidísimas y empeñadas discusiones:

I.—Es de desear, en opinion del Congreso, la adopcion de un solo meridiano para todas las naciones, en vez de la multiplicidad hoy existente de meridianos iniciales.

Aprobada por unanimidad.

II.—La Conferencia propone á los Gobiernos en ella representados, la adopcion, para inicial, del meridiano que pasa por el centro del instrumento meridiano del observatorio de Greenwich.

Naciones que dijeron SI:

Alemania.—Austria.—Colombia.—Costa Rica.—Chile.—España.—Estados Unidos.—Gran Bretaña.—Guatemala.—Hawai.—Italia.—Japon.—Liberia.—Méjico.—Países Bajos.—Paraguay.—Rusia.—San Salvador.—Suecia.—Suiza.—Turquía.—Venezuela.

Naciones que dijeron NO:

Santo Domingo.

Naciones que se abstuvieron de votar:

Brasil.—Francia.

ESCRUTINIO

Síes	22
Noes	1
Abstenciones	2
	25

III.—Las longitudes se contarán en dos direcciones hasta 180°; positivamente hácia el Este, y negativamente hácia el Oeste.

Naciones que dijeron SI:

Colombia.—Costa Rica.—Chile.—Gran Bretaña.—Estados Unidos.—Guatemala.—Hawai.—Japon.—Liberia.—Méjico.—Paraguay.—Rusia.—San Salvador.—Venezuela.

Naciones que dijeron NO:

España.—Italia.—Países Bajos.—Suecia.—Suiza.

Naciones que se abstuvieron de votar:

Alemania.—Austria-Hungría.—Brasil.—Francia.—Santo Domingo.—Turquía.

ESCRUTINIO

Síes	14
Noes	5
Abstenciones	6
	25

IV.—La Conferencia propone la adopcion de un dia cosmopolita para cuantos fines puedan convenir, sin perjuicio del uso del tiempo local, ó de cualquier otro, allí donde se juzgue conveniente.

Naciones que dijeron SI:

Austria-Hungría.—Brasil.—Colombia.—Costa Rica.—España.—Estados Unidos.—Francia.—Gran Bretaña.—Guatemala.—Hawai. Italia.—Japon.—Liberia.—Méjico.—Países Bajos.—Paraguay.—Rusia.—San Salvador.—Suecia.—Suiza.—Turquía.—Venezuela.

Naciones que dijeron NO:

Ninguna.

Naciones que se abstuvieron de votar:

Alemania.—Santo Domingo.

ESCRUTINIO

Síes	22
Noes	0
Abstenciones	2
	24

V.—Este dia universal será un *dia-solar-medio*, y empezará para todo el mundo en el momento de la *media-noche-media* del meridiano inicial, coincidiendo con el inicio del dia civil y la fecha de aquel meridiano; y habrá de contarse de 0 horas á 24 horas.

Naciones que dijeron SI:

Brasil.—Colombia.—Costa Rica.—Chile.—Estados Unidos.—Gran Bretaña.—Guatemala.—Hawai.—Japon.—Liberia.—Méjico.—Paraguay.—Rusia.—Turquía.—Venezuela.

Naciones que dijeron NO:

Austria Hungría.—España.

Naciones que se abstuvieron de votar:

Alemania.—Francia.—Italia.—Países Bajos.—Santo Domingo.—Suecia.—Suiza.

ESCRUTINIO

Síes	15
Noes	2
Abstenciones	7
	24

VI.—La conferencia abriga la esperanza de que, tan pronto como sea practicable, los dias astronómico y náutico se arreglarán de modo que, en todas partes, su inicio coincida con el de la media-noche-media.

Aprobado por unanimidad.

VII.—La conferencia expresa asimismo su esperanza de que los estudios teóricos emprendidos para regular y extender la aplicacion del sistema decimal á las divisiones del círculo y del tiempo, continuarán de modo que permitan la extension de esta aplicacion á todos los casos en que ofrezca ventajas positivas.

Naciones que dijeron SI:

Austria-Hungría.—Brasil.—Colombia.—Costa Rica.—Chile.—España.—Estados Unidos.—Francia.—Gran Bretaña.—Hawai.—Italia.—Japon.—Liberia.—Méjico.—Países Bajos.—Paraguay.—Rusia.—Santo Domingo.—Suiza.—Turquía.—Venezuela.

Naciones que dijeron NO:

Ninguna.

Naciones que se abstuvieron de votar:

Alemania.—Guatemala.—Suecia.

ESCRUTINIO

Síes	21
Noes	0
Abstenciones	3
	24

Resolucion última.—Será presentada copia de los precedentes acuerdos al Gobierno de los Estados Unidos, á cuyas instancias y en cuyo territorio han sido to-

madas dichas resoluciones.

IV

En la sesion del dia 27 del próximo pasado octubre, y á propuesta del Delegado de Rusia, M. Struve, se acordó dar las gracias al presidente del Congreso, M. Rodgers, almirante de la marina de los Estados Unidos, así como á los Secretarios del congreso, por el hábil desempeño de sus arduas tareas. El almirante Rodgers devolvió las gracias en un corto discurso *escrito*, manifestando los más vivos y fraternales deseos, así por su parte, cuanto en nombre del Gobierno de la República, por el feliz regreso á sus hogares de los sabios y activos Delegados.

La próxima sesion seria convocada por el Presidente cuando estuviesen extendidos los protocolos, con el sólo fin de verificar y aprobar dichos documentos.



HACE UN SIGLO. *Escena de la Villa Borghese*, cuadro por W. Martens

V

Los Estados Unidos, nacion á quien más que á ninguna otra convenia que el dia cosmopolita empezase en su vasto territorio, que se extiende nada ménos que 100° en longitud (desde 66° 52' al Oeste de Greenwich, hasta 166° 13' en el extremo límite de Alaska), se ha conducido en esta cuestion, PURAMENTE CIENTÍFICA, del modo más desinteresado; pues no ha producido exigencias de ninguna clase; conducta que contrasta grandemente con la de Francia, la cual, por celos nacionales de actualidad con Inglaterra, se ha abstenido de votar el meridiano de Greenwich.

Es de sentir que no haya sido aprobada la proposicion de España respecto á contar las longitudes occidentalmente, ó sea en sentido contrario al del movimiento de la tierra, desde 0° á 360°. Esta solucion es, sin la menor duda, la más científica y la más práctica á un mismo tiempo. Pero, áun cuando esta proposicion fué apoyada por Italia, los Países Bajos, Suecia y Suiza, no pudo obtener mayoría, por haberse abstenido de votar Alemania, Austria, Brasil, Francia, Santo Domingo y Turquía.

Hoy, habiéndose de contar las longitudes en dos sentidos,—uno positivo, y otro negativo,—no puede ser sencilla la fórmula adecuada á los telegrafistas, empleados de ferro-carril, agentes de bolsa y de comercio, etc., etc., para pasar de la hora local á la cosmopolita, y viceversa; como lo seria sin duda ninguna, si las longitudes se contasen occidentalmente y en un solo sentido desde 0° á 360°; pues es de toda evidencia que cualquier punto de la tierra no tendría más que agregar su longitud occidental á la hora local para tener en el acto la hora cosmopolita.

De cualquier modo, el mundo está de enhorabuena.

Y España lo está tambien, puesto que sus delegados, con profunda competencia en las complejas cuestiones ampliamente debatidas allí, han colocado muy alto el pabellon nacional.

VI

Hé aquí la lista de los sabios á quienes el mundo debe esta mejora de importancia muy superior en este siglo á la de la Correccion Gregoriana en el siglo XVI:

ALEMANIA.—Baron H. von Alvensleben y M. Hinckeldeyn.

AUSTRIA-HUNGRÍA. — Baron Ignatz von Schaeffer.

BRASIL.—Doctor Luis Cruls.

COLOMBIA. — Com. S. R. Franklin.

DINAMARCA.—M. Carl Steen Andersen de Bille

ESPAÑA.—Don Juan Valera, don Juan Pastorin y don Emilio Ruiz del Arbol.

ESTADOS UNIDOS.—M. Rodgers, M. Lewis, M. Rutherford, M. W. F. Allen, M. W. T. Sampson y M. Cleveland Abbe.

FRANCIA.—Monsieur A. Lefaivre y M. Janssen.

GRAN BRETAÑA. — Sir F. G. O. Evans, M. J. C. Adams y M. Sandford Fleming.

GUATEMALA.— D. Antonio Batres y M. Miles Koch.

HAWAI.—Hon. W. D. Alexander y Hon. Luther Abolo.

ITALIA.—Conde de Feresta.

JAPON.—Profesor Kiknchi.

LIBERIA.—M. William Coppinger.

MÉJICO.— D. Leandro Fernandez y D. Angel Arguiano.

COSTA RICA.—D. J. F. Echevarría.

PAÍSES BAJOS.—M. G. de Weckherlin.

PARAGUAY.—M. John Stewart.

RUSIA.—M. Charles de Struve y M. Stebnitzki.

SANTO DOMINGO.—D. J. Galvan.

SUECIA Y NORUEGA.—M. Carl Lewenhaupt.

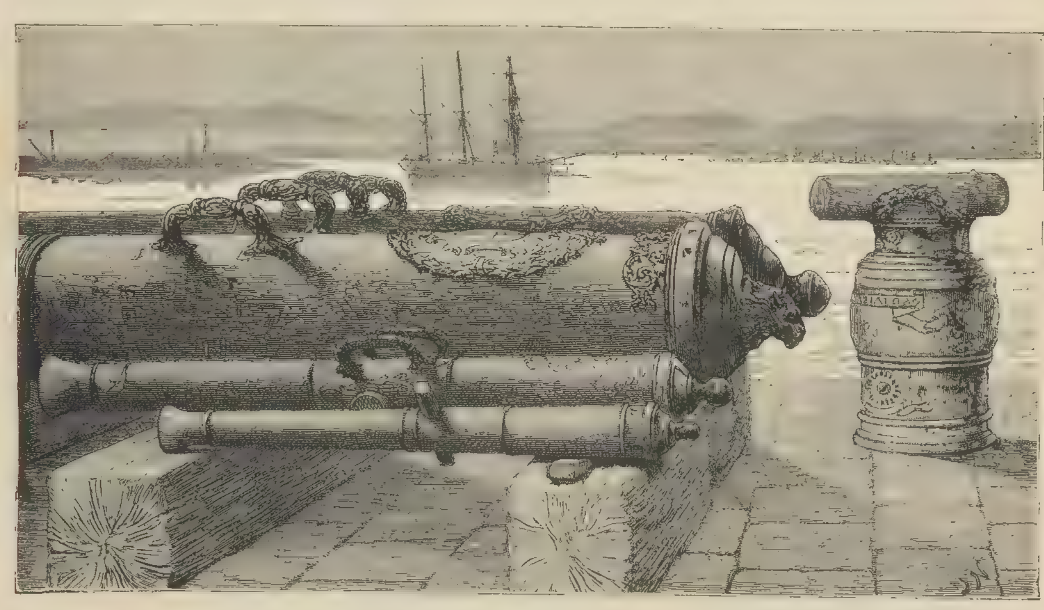
SUIZA.—M. Emile Frey y M. Hirsch.

TURQUÍA.—Tewfik Pashá.

VENEZUELA.—D. A. M. Soteldo.

¡Que no caigan estos nombres en olvido!

E. BENOT



Cañones del navío inglés COURAGEUX naufragado en 1796, recientemente encontrados cerca de Gibraltar

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 1 DE DICIEMBRE DE 1884 — NÚM. 153

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL DOMINGO EN LONDRES, por Adrien Marie

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La cuestion de los estudiantes.—El estudiante y el policiaco.—Madrid *en feu*.—Lo mejor de la juventud se lo lleva el tiempo —Un nuevo académico.—Aspecto nuevo de un asunto viejo.—Cómo nació la Academia.—El hielo viene... preparad la despensa.—Una Exposicion útil.—Una Exposicion nueva.—El Teatro Real.

Madrid está en conmocion desde hace cuatro dias. Un pronunciamiento escolar, manifestaciones, carreras, sablazos, heridas, presos... hé aquí el programa y la historia. Las aulas vacías, las prevenciones de distrito llenas, Minerva llorosa, el Dios de los policiacos atusándose el bigote con alegría: no es otro el aspecto real y simbólico que ofrece la capital de España.

El orígen de los sucesos es sencillo. Suele acontecer que los grandes acontecimientos tienen por causa visible una minucia. Buscad el motivo de las catástrofes militares entre los brillantes de una dama. No hallareis escrito el por qué fué destruida la cuarta pirámide de Cheops en los anales de los gigantes, sino en la lista de caprichos de una emperatriz liviana y hermosa.

Esta vez el conflicto de los estudiantes ha nacido de una causa muy pequeña: de la protesta de un mancebo contra el discurso de un doctor. Un hijo de Nocedal quiso hacer sus ensayos de Papa y excomulgó á Morayta.

Los hijos de los Nocedales juegan á excomulgar, como otros niños juegan al toro.

Despues de todo es perfectamente legítimo el acto de Nocedal, nieto.

No lo era ménos el de aquellos de sus condiscípulos que estimaron oportuno protestar contra la protesta.

Pero el agente de órden público intervino y su sable, en vez de desatar el nudo, lo embrolló más y más.

La Universidad fué atropellada por la fuerza pública, los estudiantes apaleados y heridos, maltratados los profesores y preso uno de ellos.

La juventud es pronta á la indignacion. Es una de sus virtudes, tal vez la más hermosa, esa indignacion que chispea y salta, que oprime el corazon y le hace engendrar titánicos odios, geniales ímpetus de venganza. Si cuando los años pasan y las desilusiones vienen, fuera posible al hombre conservar esa propension á lo heróico... ¡qué páginas tan bellas constituirian las crónicas de los pueblos!

El estudiante es la más simpática de todas las encarnaciones de la patria. Aquí, donde tanto se adula por todos al ejército considerándole como la primera representacion de España, no hay una frase de cariño en los discursos de los estadistas para ese mancebo que cursa las aulas, y que lleva en su cerebro toda la poesía de la primavera y en su corazon todos los estremecimientos de la inocencia.

Cuando trazo estas líneas el conflicto escolar preocupa aún mucho al gobierno.

En las calles céntricas hay afluencia extraordinaria de curiosos, en las esquinas dobles guardias de agentes de órden público..... la Universidad cerrada.....

En España siempre se quiebra la cuerda por lo más delgado.

Y lo más delgado es aquí la enseñanza pública.

Tan delgado que apénas se ve.

* * *

Los asuntos literarios ofrecen poca novedad.

A falta de asuntos más interesantes, las conversaciones recaen sobre la Academia Española con motivo de la eleccion probable del hermano del ministro de Fomento.

Tiempo hacia que la discusion no llegaba hasta ella. La Academia está retirada del mundo. Es una ilustre dama, con muchos jaqueles en el escudo y de excelente conducta. Se acuesta temprano, celebra reuniones los juéves y obsequia en estos dias clásicos á sus tertulianos con un té y cuatro duros.

La ancianidad da muchos derechos y la que surcada de arrugas y cubierta de nieve ostentan los señores académicos es un inconveniente que se nos presenta para hablar de ellos. Las canas son una corona digna de respeto. Así pues, los ilustres viejos que se congregan en la calle de Valverde tienen que hacernos una merced: suponerse jóvenes por un cuarto de hora, miéntras lean estas líneas si es que nos conceden tan alto honor, que no nos le concederán.

¿Qué ha sido de la Academia desde su fundacion? Por iniciativa del señor don Juan Manuel Fernandez Pacheco, marqués de Villena, Felipe V la creó el dia 3 de octubre de 1714. Entónces empezaba el otoño, y la época de su orto fué símbolo de lo que habia de ser la Academia en lo porvenir: una triste congregacion de personas devotas, tímidas en el escribir, ajenas muchas de ellas al peligroso vicio de la literatura, educadas en el respeto de lo clásico, y obstáculo de todas las innovaciones, especialmente de las justas. Entre las listas de los primeros académicos resaltan los nombres de Squarzafigo, Pizarro, Casani, Dongo, Interian, Conning, y un marqués de San Felipe. ¿Qué gloria les deben las letras castellanas?

Leer la lista de los académicos que han venido ocupando las veinticuatro primeras sillas de que la Academia se compone, es trasladarse á los antípodas de nuestra gloria literaria. ¿Aquí están los Cervantes, Quevedo, Alarcon, Calderon, Lope, Tirso y Moratin? Pues allá están los Squarzafigos, Pizarros é Interianes. Diríase que se ha ido á buscar nombres oscuros, modestamente ocultos de la fama, llenos de una humildad cristianísima, que les ha movido á disfrazar su talento de manera que nadie le conozca. Los reyes daban el título de académico, como una charretera. Hubo en esa larga lista de gentes desconocidas persona que necesitó pedir á un abate amigo que le escribiese el discurso de recepcion.

Año tras año, durante más de ciento, la Academia Española celebró sus sesiones. A sus veinticuatro sillas hubo que agregar doce más. Treinta y seis señores académicos acudieron todos los juéves al salon de la calle Valverde. El teatro decaia, moria. La poesía se achabacanaba. El arte languidecía y era cada vez más cerrado su horizonte. Apareció un hombre eminente, estudioso, erudito, que venia á resucitar las buenas tradiciones de la lengua, á infiltrar en el arte escénico el átomo de buen sentido que la escuela francesa habia hecho entrar en sus obras. Este hombre era don Nicolás Fernandez Moratin. Y no ingresó en la Academia. ¿Por qué? El mismo lo dice bien claramente. Porque si la investidura académica es un honor sumo, no puede solicitarse ni implorarse.

Objetaba yo ayer á un académico con estas razones.

Y él me decia:

—Si son muchas las personas que merecen ser académicos, es natural que prefiramos á los que tienen entre sus virtudes la humildad: esto es, que guardemos nuestra preferencia para los que piden el favor.

A lo cual contestó Moratin muchos años ántes:

«Ninguno se mete á monje de San Benito, si la regla de San Benito no le gusta. A mí no me agradan los reglamentos de la Academia, y miéntras no se hagan otros, no seré yo miembro de aquel cuerpo. El sólido mérito debe hallar abierto el paso á las sillas académicas; no ha de facilitarle el favor ni la súplica... No puede concebirse absurdo más torpe que el de exigir un memorial de los aspirantes, como si se tratase de pretender un estanquillo. Aún por eso nuestras congregaciones literarias significan tan poco en la Europa culta. Cualquiera que repase la lista de sus individuos (exceptuando unos pocos) creerá que está leyendo la de los hermanos del refugio.

Preciso es que los señores académicos, puesto que á ellos les ha de costar poco trabajo, modifiquen el sentido de las palabras, poniendo de acuerdo estas con lo que expresan. Buena ocasion se les presenta en la nueva edicion del Diccionario.

Hé aquí las modificaciones que es urgente hacer, despues de la explicacion de los señores de la Academia.—ACADÉMICO.—Cargo que se obtiene por favor, se pide como una limosna y en cuya concesion no interviene la justicia.—VANIDAD.—Pecado en que incurriria Cervantes despreciando los consejos literarios de un memorialista.—Verdad que es gran demencia aspirar á que la Academia Española sea, como la francesa, un glorioso Olimpo. Hemos de contentarnos con que sea una Cofradía, especie de Senado de la Juventud Católica. El orgullo nacional puede acercarse al panteon número 26 de la calle Valverde á gritar:—Pensad en que teneis el deber de representar la inteligencia de España. Pensad en que cometeis una detentacion de gloria dando asiento entre vosotros á los que no lo merecen. Mirad que vuestras solemnidades seguirán siendo sucesos insignificantes, vuestros discursos la inspiracion de la adormidera, vuestra faena una estéril multitud de sesiones.—Pero en vano gritaria hasta enronquecer el orgullo nacional. En ese panteon todo está tan muerto que las sesiones de la Academia llegarán á llamarse «exhumaciones.»

* * *

La aproximacion de los hielos hace pensar en el hogar y en la despensa.

Un lector me escribe proponiendo al público un pensamiento que no carece de originalidad é importancia. Dice el lector, que con motivo de las fiestas de Noche-Buena podia celebrarse una Exposicion nacional de manjares delicados, en que entraran desde los perniles de Trévelez á las perrunilillas de Córdoba, sin olvidar el ramo de la taberna jerezana y las cuevas de Cataluña. La idea, lo repito, es nueva y suculenta.

«España, dice no sin cierto patriótico orgullo mi corresponsal, es rica en aperitivos de la gula. Muchos productos de la despensa española que en el extranjero se desconocen, harian fortuna rápida. Créame V.; se trata de un asunto de interés nacional. El doctor Thebussen, que se ha ocupado con tanta sabiduría de la mesa y de la cocina española, está llamado á dar su opinion. Yo le emplazo á que la dé y desde luégo adelanto esta idea: la mujer es la diosa del hogar... hasta cuando en él hierven los manjares. Ella está indicada para realizar este pensamiento. La junta de damas de honor y mérito puede promover esa Exposicion.»

Así dice el lector. Yo me limito á complacer sus deseos de publicidad y recomendar á la opinion esta idea, si es que yo puedo meterme en recomendaciones.

Y si el fallo es negativo... del juicio que emita el público despues de comer, apelo ante el público ántes de sentarse á la mesa.

* * *

Pronto se inaugurará la Exposicion artístico-literaria de la Sociedad de escritores y artistas en el local llamado de las Escuelas de Aguirre.

Es la primera vez que los escritores exponen algo.

Hasta ahora sólo han expuesto el pellejo.

* * *

Las graves contiendas entre los abonados del Teatro Real y el empresario del coliseo han terminado con la decapitacion del Sr. Rovira.

Su sucesor Sr. Michelena ha cogido la cabeza de Rovira y se la ha enseñado al público.

Y el público ha aplaudido.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL DOMINGO EN LONDRES

Esta composicion no es ciertamente una caricatura, pero pertenece al género epigramático. Todos sabemos que Lóndres es la capital de mayor movimiento de Europa: sus tres millones de habitantes imprimen á las calles de la gran metrópoli una actividad, un bullicio, un aspecto que llamaríamos babilónico, si no tuviéramos la certeza de que Babilonia la decantada habria de parecer la ciudad más tranquila del universo comparada con la capital de la Gran Bretaña.

A pesar de lo cual, un dia cada siete, el dia del domingo, Lóndres se trasforma por completo: los protestantes santifican rigurosamente esta fiesta; el grande hormiguero de hombres y de vehículos desaparece por completo, cesa el rumor de pasos, ruedas y máquinas; y la ciudad toma el aspecto de una poblacion maldita, cuyos habitantes hubiesen huido de una peste asoladora.

Suspendida toda locomocion, interrumpido todo comercio, cerrados todos los establecimientos, sin funcionar todos los teatros, suspendida durante veinticuatro horas lo que pudiéramos llamar circulacion de la sangre en ese monstruo de las poblaciones modernas, reina en sus calles una soledad pavorosa, un silencio solemne, que imprime á Lóndres más que el carácter de un dia de fiesta, la gravedad imponente de un dia de muerte.

El autor del dibujo que publicamos ha exagerado, sin duda, el aspecto que en tales casos producen las principales vías londonenses, lo cual da á esta lámina el carácter epigramático que hemos dicho en un principio; pero resta averiguar si la costumbre inglesa es digna de la caricatura ó de la imitacion.

UN REFUGIO, dibujo por Giacomelli

Nadie ha igualado á Giacomelli en dibujar aves; pero su mayor mérito no consiste precisamente en la reproduccion fiel de distintas castas de pájaros, sino en un don especial para hacer resaltar lo que deberíamos decir sus sentimientos íntimos, sus pasiones, sus alegrías y sus tristezas. Giacomelli, como Esopo, como Lafontaine, como Iriarte, ha hecho hablar á los animales.

Véase á esos pobres pajarillos ateridos de frio: la necesidad les ha obligado á buscar un refugio en la habitacion del hombre, que es su mortal enemigo. Si este llega á su choza, las pobres avecillas tendrán que rendirse á discrecion. Lo mejor que puede sucederlas es que mueran de nostalgia en una jaula estrecha. Lo más probable, sin embargo, es que pasen al estómago del leñador, despues de haber sido asadas en el fuego producido por las mismas ramas en que buscaron transitorio asilo.

A la vista de esta tragedia pajaril, tan bien expresada por Giacomelli, quisiera uno tener á su disposicion el sol y las espigas del mes de junio.

LA PLAYERA, dibujo por Llovera

La música popular no tiene notas más típicas ni más inexplicables que la playera. Es una melodía monótona, larga, dificilísima de representar en signos musicales; una serie de gorgoritos que cada *cantaor* ó *cantaora* ejecuta á su manera, segun la siente, segun el estado de su ánimo la determina, segun la fibra á que corresponda en el corazon del que la entona ó en el oído del que la escucha.

La playera es un *cante* que tiene algo voluptuoso, como el quejido de la esclava del harem, y algo nostálgico como el suspiro del moro al perder de vista la incomparable Granada. Semeja algunas veces el susurro del céfiro que lleva palabras de amor al oído de la niña inocente; y otras veces es eco del huracan que blasfema ó prorumpe en deprecaciones de exterminio y de venganza. Al salir de ciertos labios, sabe á queja de mujer que muere de deseo; y saliendo de otros labios femeninos adquiere la forma de un rugido de pantera celosa.

Siempre, á pesar de todo, la playera nos recuerda al árabe errante y sumido en sus pensamientos terribles, ó á la mora, cautiva en su propio domicilio, vagando su imaginacion por los más tristes espacios. Llovera, que ha sentido lo que otros cantan, ha simbolizado esa música en un tipo, y ahí está su *cantaora* de playeras, hermosa como una española, lánguida como una andaluza, apasionada como una africana, que parece estar diciendo:

—¡Oígame quien se sienta con valor para ello!... Mi endecha va recta al corazon, como la punta de un florete envenenado...

EL BONO DE LA CARIDAD

Es una pequeña composicion que tiene más mérito que tamaño.

Los tipos están bien escogidos, la actitud de las figuras es natural y el todo mueve á compasion hácia esas pobres criaturas sin más amparo que la caridad.

UN RECONOCIMIENTO POR LOS INGLESES EN EL SUDAN, dibujo por R. C. Woodville.

Terrible es la guerra que los ingleses se ven obligados á hacer en Egipto. Un clima inhospitalario y unos habitantes más inhospitalarios, por lo general, que el mismo clima, imprimen á esa lucha un carácter especial y nada conforme con las exigencias de la civilizacion.

El dibujo que publicamos deja formar una idea de las condiciones excepcionales de esa guerra: todo es raro en ella, desde el país en que tiene lugar hasta la gente que en ella toma parte. Ese oficial que practica un reconocimiento en desierto terreno ¿va custodiado ó va vendido por su escolta? ¿Qué influirá más en su conducta, el brillo del oro inglés que tienta su codicia ó las predicaciones del Mahdí que exaltan su fanatismo patriótico y religioso?... A todo esto, cuando la noticia de un desastre llega á Albion, sus metalizados hijos se enteran de que las cajas del Estado se hallan repletas, y contestan flemáticamente: —¡Oh! ingleses quedan en Inglaterra.....

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

OCUPACION DE NUEVA YORK POR LAS TROPAS AMERICANAS

El dia 3 de setiembre de 1783 se firmaba en Paris el tratado de paz que ponia término definitivo á la terrible guerra sostenida por los ciudadanos de los Estados Unidos contra la nacion inglesa, en defensa de una autonomía que aquellos habian conquistado, no sólo con sus armas en el terreno de la fuerza, sino con sus virtudes en el terreno de la administracion y buen gobierno.

Los ingleses hubieron de evacuar mal de su grado las poblaciones en que eran ya considerados simples extranjeros, y en la mañana del mártes 25 de noviembre, el inmortal Washington, con las tropas de los Estados Unidos á las órdenes del general Knox, y el gobernador Clinton escoltado por un cuerpo de caballería ligera de Westchester, avanzaron hácia la parte superior de la ciudad de Nueva York; y á eso de la una, segun se iban retirando los ingleses, los americanos penetraron lentamente en la ciudad, miéntras la autoridad civil tomaba posesion del Estado. El Norte de América quedaba redimido por sus hijos.

El grandioso cuadro que damos hoy á título de *suplemento artístico*, representa de una manera acabada el hecho de que hemos dado cuenta. El ejército americano, vestido de andrajos, cubierto de polvo, abigarrado, descalzo, avanza en correcta formacion, grave, imponente, sin petulancia, sin entregarse á transporte alguno de mal género, cual conviene á un ejército de ciudadanos que, en nombre de su derecho, han conquistado una patria. Esos son los ejércitos invencibles, esos son los que fundan, extienden y defienden los estados modelo, esos son los que merecen tener á su cabeza al gran Cincinato de los tiempos modernos, á quien el autor del cuadro ha relegado al segundo término de la composicion, cual si exprofeso hubiera querido hacer resaltar la nunca desmentida modestia del inmortal Washington.

EL FANATISMO DEL DIABLO

(Conclusion)

Dos semanas despues de la partida de los emisarios del coronel, un soldado trajo á este una carta del sargento comisionado, acompañada de un oficio.

La carta hablaba de las diligencias practicadas cerca de las autoridades fronterizas; el oficio estaba escrito en portugués y traducido literalmente al castellano decia así: «Señor coronel de caballería española, jefe del Regimiento de....

»Figueira, á 20 de agosto del año de gracia y de la Constitucion, de 186......

»Enterado de la comunicacion que se sirvió V. S. dirigirme, con fecha de... tengo la honra de participarle lo siguiente:

»Una mañana, á mediados del pasado mes de junio, unos boyeros y guardas del campo trajeron ante mi autoridad á un sujeto finamente vestido, pero con el traje recientemente destrozado; al cual habian hallado tendido en el campo, *pataleando* y haciendo gestos y contorsiones ridículas.

»Preguntáronle, pero no proferia más que palabras incoherentes, que no pertenecian á ningun idioma, presentando, en suma, todos los síntomas de la demencia.

»Condujéronle, como he dicho, ante mi presencia, atado, pues oponia resistencia, y registrado ante mí, no se le encontró papel ni documento alguno que pudiera identificar su persona; bien es verdad que de sus ropas, que debieran ser *prestigiosas*, sólo conservaba camisa, pantalones y calzado (todo perteneciente al estado civil), faltando levita, chupa y sombrero.

»Tenia las manos desolladas y en su ropa algunas manchas de sangre, que es de suponer proviniesen de aquellas.

»Á cuantas preguntas le hice, así como tambien varios de los que estaban presentes, sólo contestaba cantando á gritos la cancion universalmente conocida por la de *Mambrú se fué á la guerra*; y en vista de estos signos evidentes de perversion de las facultades intelectuales, hice le ingresaran en el *grandioso* manicomio establecido en esta poblacion, que sea dicho de paso, puede competir con los mejores del mundo.»

XV

«En los primeros dias fué preciso aplicarle la camisa de fuerza, mas despues fué aquietándose hasta el punto de no necesitar ataduras; pero desgraciadamente al recobrar la tranquilidad cayó en un marasmo que puede clasificarse de idiotismo; miraba con extravío, tomaba el alimento maquinalmente, y sólo hablaba contadas veces para repetir las palabras que oia.

»Una noche se declaró en el Establecimiento un incendio que no tuvo grandes consecuencias, pero en la confusion que ocasionó el siniestro lograron evadirse tres dementes, entre ellos el de que me ocupo; el cual no pudo ser habido por más diligencias que se practicaron en su busca.

»Se supuso que habia atravesado la frontera, pues, aunque sin poder asegurarlo, parecia ser español; mas á fines del pasado mes fué hallado un cuerpo entre unos majales del rio Caya, que, como V. S. sabe muy bien, divide este reino de los Estados de S. M. C.

»He insistido en esta larga relacion por la razon siguiente: las señas personales del señor capitan D. Diego de Mendez-Cardona á quien V. S. busca, y las que se ha servido comunicarme coinciden en un todo con las del susodicho demente y ahogado. Desgraciadamente no ha sido posible comprobarlas, porque la tierra de un *enterramiento* ha completado la accion del agua y el largo tiempo trascurrido ha convertido el cadáver en un monton de despojos, informe.

»El mencionado demente era de regular estatura, esbelto y *bien hecho*, de fisonomía agraciada y *señoril* y ofrecia la particularidad de tener el cabello y bigote muy negros y los ojos azules.

»En atencion á estas circunstancias, me atrevo á afirmar que el señor capitan y el ahogado en el rio Caya eran una misma persona.

»Debo además participar á V. S., por si se relaciona con el hecho que investigamos, que algunos dias despues de la desaparicion del demente y ántes de ser hallado su cuerpo, recibí una comunicacion de mi digno compañero en autoridad, señor *Juez de vara (Alcalde)* de la Villa de Almujala, rogándome que coadyuvase á las diligencias que estaba practicando en un asunto judicial.

»Segun parece, en el término de su jurisdiccion, habíase encontrado una mañana poco despues de *la salva de los pájaros*, tendido en una cañada el cuerpo de un hombre muerto á consecuencia sin duda, de una profunda herida en el corazon ocasionada con arma blanca. Por cartas y papeles hallados al registrarle, resultó ser el señor Baron de Portbou; pero aunque tambien se le encontró un escrito firmado por él, demostrando su propósito de suicidarse y recomendando por lo tanto que á nadie se culpara de su muerte, como los facultativos que le reconocieron mostrasen dudas respecto á la causa ocasional de la herida, háse abierto informacion judicial.

»Posteriormente recibí un segundo oficio de dicho señor Alcalde de Almujala, en que me decia que el cuerpo del señor Baron de Portbou, reclamado por su viuda, habia sido trasladado á Barcelona.

»Sólo tengo que añadir á este relato que ni por mi autoridad, ni por otra alguna, que yo sepa, nada se ha averiguado con referencia á las desgracias de que he hablado á V. S.

»Si lo juzga conveniente, V. S. se servirá indicarme las gestiones que debo practicar en aclaracion de los hechos de que desea informarse, en la seguridad de que le complaceré con todo celo é interés.

»Entre tanto se declara *cautivo* y afectuoso servidor de V. S.

»El *Juez de vara* de esta esclarecida Villa de Figueira.

Josef de Palmera de Setubal.»

XVI

El coronel y D. Servando á quien aquel leyó el oficio antecedente, quedáronse consternados; pues, como con razon indicaba el Alcalde portugués, el capitan D. Diego y el ahogado en el rio Caya debieron ser una misma persona. Á fuerza de conjeturas trataron de establecer por induccion la verdad de los hechos.

El baron y el capitan se batieron sin testigos en la frontera y para irresponsabilidad del superviviente firmaron cada uno de por sí un papel simulando un suicidio. D. Diego tuvo la desgracia de herir por segunda vez, y ésta mortalmente, á su adversario; y la violencia de un dolor, extremando sus remordimientos, le privaron instantáneamente de las facultades intelectuales. Aunque no tan clara mente, la falta de prendas en el traje del demente se explicaba por haber sido robado ó por esos actos extraños y extravagantes peculiares á la locura.

Esta version era la que más se aproximaba á la verdad.

Pasados unos dias, regresaron por órden del coronel el sargento y soldados enviados á Portugal, sin haber averiguado nada.

La muerte casi segura de D. Diego impresionó hondamente al buen sacerdote, haciéndole pensar con más insistencia en la sobrina de la Vizcondesa de Sorel y en aquella no interrumpida serie de catástrofes, veladas todas en el misterio. A poco corrió la noticia de que el facineroso Zamarrilla, descubierto y alcanzado en la serranía de Córdoba, habia sido muerto por la Guardia civil, al intentar la resistencia; y con esto, cuantos le achacaban la perpetracion del crímen de la fuente del bosquecillo, perdieron la esperanza de que éste se pusiera en claro.

Á D. Servando preocupábale especialmente la falta de noticias respecto á Eulalia y á Cleto.

La quinta de Fuente-Cantos habia sido vendida mediante escritura otorgada en Sevilla y firmada por Eulalia. El nuevo propietario despidió á Felipa y al jardinero, abonándoles un salario de tres meses por encargo de su antigua ama.

Esto era todo cuanto se sabia.

El sacerdote, cada dia más preocupado é inquieto, pensaba en los medios de averiguar el paradero de la desdichada huérfana. Cuando iba á dirigirse de oficio á las autoridades solicitando su intervencion, cayó repentinamente postrado en cama, con un violento ataque de reuma.

Apénas restablecido, murió de un aneurisma en el corazon.

Habíase establecido en Cáceres para cumplir el piadoso deber de cuidar á un hermano enfermo y decrépito, y éste, octogenario, fué quien le cerró los ojos al morir.

XVII

Han trascurrido cuatro años desde los sucesos antecedentes.

Muerto D. Servando, perteneciendo á un nuevo propietario la quinta de Fuente-Cantos, continuando envuelta en el misterio la causa sobre el asesinato de la Vizcondesa de Sorel, bien así como otras mucho mas célebres; lo probable es que en aquel rincon de Extremadura sólo se recordaran vagamente los extraños acontecimientos ya narrados.

Por un motivo ignorado, quizá por referencia de algun viajero, se dijo que Cleto habia pasado á Ultramar con objeto de hacer fortuna, y que la sobrina de la Vizcondesa estaba establecida en Madrid ó en alguna otra importante ciudad del Reino.

Con efecto, en Barcelona, en una casucha de vecindad situada en la plaza del Beato Oriol, vivia una jóven envejecida, á quien sus convecinos llamaban *la militara*, porque se decia que era huérfana de un general, la cual, á poco tiempo de establecerse allí, comenzó á dar pábulo á la chismografía del barrio por su género de vida y por sus rarezas.

No podia calcularse su edad con exactitud; pues si bien sus ojos tenian un brillo juvenil, su cútis amarillento y apergaminado presentaba el aspecto de la vejez. Era de corta estatura y de extremada delgadez, tosia frecuentemente, y su voz cavernosa hacia presentir alguna lesion en el pecho.

Usaba siempre un mismo traje: vestido negro de lana, pañuelo grande de idem y otro á la cabeza de los llamados de yerbas, todo esto muy deteriorado y lleno de manchas.

Habitaba en un cuarto del segundo y último piso de la casa, que tenia una ventana que daba al patio. Nadie entraba en su miserable vivienda, y sólo algunas vecinas curiosas, al atravesar el corredor, habian entrevisto, y esto muy raras veces, el mezquino mueblaje de aquel zaquizamí.

A principios de cada mes el cartero traia una carta certificada, y sólo por él se supo que *la militara* se llamaba doña Eulalia Alcaraz; pues ella se limitaba á saludar muy de paso á las personas que encontraba al subir ó bajar la escalera.

Una hora despues de amanecer, salia de su cuarto llevándose la llave; compraba pan, queso y algunas veces fruta, en una tienda al lado de su casa, llenaba un cántaro pequeño en la fuente de vecindad que hay en la plaza, y volvia á encerrarse en su habitacion hasta el dia siguiente.

A la caida de la tarde solia vérsela sentada á la ventana, cosiendo ó las más de las veces leyendo.

Estos tipos extravagantes y retraidos no son tan raros en provincia, pero *la militara* daba más ocasion á los comentarios, pues se suponia que como huérfana de general debia percibir una pension que la permitiera vivir con más holgura y decoro.

Una cosa, sobre todo, no la perdonaban las devotas del barrio: nunca, ni en los dias festivos, entraba en la iglesia que habia en frente de su casa.

XVIII

De dia en dia veíasela envejecer y arrugarse más. Su tos era casi contínua, el brillo de sus ojos se iba amortiguando, y al subir cada mañana sus provisiones y su cántaro de agua, descansaba más veces en la escalera.

Los que la encontraban ó veian asomada á la ventana, notaron que hacia gestos y manoteaba, como si hablara consigo misma; y la vecindad, que ya la habia calificado de avara, añadió á este epíteto el de loca.

Una mañana de invierno (si puede decirse que hay invierno en Barcelona) *la militara* no salia de su cuarto, segun tenia por costumbre.

Los vecinos del patio lo extrañaron, así como tambien el tendero, en cuyo almacen solia comprar; pero nadie se preocupó: seria pereza, seria una nueva extravagancia, una mutacion de horas; cualquier cosa.

Supusieron que saldria más tarde, pero no salió.

Esperaron verla ántes de anochecer á través de los vidrios de su ventana, pero nada vieron.



UN REFUGIO, dibujo por Giacomelli



LA PLAYERA, dibujo por Llovera

Durante el dia, algunas vecinas curiosas habian escuchado á su puerta, mas no llegó á sus oídos ni el más ligero rumor.

Aunque en la casa estaban habituados á las rarezas de *la militara*, la noticia de aquel encierro tan prolongado corrió por la vecindad produciendo cierto sobresalto.

A las ocho de la noche, despues de haber vuelto á escuchar, llamaron á su puerta repetidas veces, pero nadie contestó.

Hubo un consejo de vecinos y determinaron dar parte al inspector del distrito, el cual se presentó con algunos agentes; y habiendo golpeado inútilmente á la puerta de *la militara*, mandó descerrajarla y penetró en la habitacion.

El mobiliario de ésta era lamentable: se reducia á dos armarios pequeños, tres sillas de paja rotas, una mesa coja y un cofre grande viejo.

En un rincon del cuarto habia un catre de tijera con un jergon, y al lado dos mantas agujereadas, tiradas ó caidas en el suelo.

Sobre la cama estaba tendida *la militara* vestida, calzada, inmóvil y al parecer muerta.

Un médico, á quien se hizo avisar, declaró la defuncion, que segun él, databa de muchas horas.

Una vecina piadosa se ofreció á amortajarla con un hábito de San Francisco, y obtenido permiso del inspector, comenzó á practicar su caritativa faena, ayudada por algunas mujeres.

Entre tanto, el representante de la autoridad, los agentes y varios vecinos se habian salido al pasillo.

A poco tiempo oyeron exclamaciones de asombro y una de las mujeres que amortajaban á la difunta vino á avisar al inspector.

Doña Eulalia Alcaraz, *la militara*, era un hombre.

Aquel sér tan miserable, que quizá habia muerto de hambre, tenia debajo de los harapos que lo cubrian joyas magníficas cuajadas de brillantes.

El inspector, estupefacto, no atreviéndose á resolver por sí mismo, hizo reponer la cerradura, cerró y selló la puerta de la habitacion y, dejando dos vigilantes, fué en persona á dar parte al Gobernador.

Algunas horas despues se hizo el registro de aquella, en presencia del Secretario del Gobierno civil.

XIX

Primeramente procedieron al reconocimiento del cadáver, el cual tenia tres pulseras en el brazo izquierdo y dos en el derecho, formadas de oro y piedras preciosas entre las que abundaban los brillantes; un collar de gruesas perlas que remataba en una magnífica cruz de diamantes; y en derredor de la cintura, á raíz de la carne, una canana estrecha de cuero, llena de monedas antiguas de oro de valor de cuatro duros, que ascendian á la cantidad de sesenta mil reales.

Al mover el cuerpo notóse que las dos sucias y harapos as almohadas sobre las que descansaba la cabeza, estaban fuertemente cosidas á la tela del jergon, cuya particularidad hizo que fuesen registradas, hallando en ellas, entre rellenos de lana y trapos, un sinnúmero de monedas de oro y muy especialmente millares de duritos de dicho metal; todo por valor de doce mil y tantos duros.

El cofre y los dos armarios que habia en la habitacion estaban cerrados, pero encontradas las llaves, que el cadáver tenia pendientes del cuello por medio de un grueso cordon de seda, fueron abiertos y tambien registrados.

El cofre contenia algunos libros y muchos papeles referentes á doña Eulalia Alcaraz, documentos de herencia y de propiedad, fées de defunciones y de bautismo, escrituras de venta, etc., etc.

En un doble fondo, y tambien en oro, habia además otros veintitantos mil duros y una docena de cuchillos de plata.

Abierto uno de los armarios, halláronse doce tazas y platillos de plata, que sin duda completaban un juego de café, y unos cuantos montones de duros y de pesetas.

Pero el asombro de los registradores llegó á su colmo cuando abrieron el segundo armario. Era éste como de dos metros de alto, no tenia compartimientos, y en él sólo habia una figura de talla, que parecia arrancada de algun antiguo retablo y que representaba el diablo con todos sus repugnantes atributos, sin que faltaran los cuernos, la cola y las pezuñas.

El príncipe de las tinieblas tenia á sus piés un Cristo yacente, que no pertenecia á la escultura, sino que habia sido agrupado á ella por una mano impía; y apoyado en el brazo derecho, un papel escrito, al que no es posible dar nombre, pues sólo revela una de las innumerables fases de la perversion humana.

Aquel papel incoherente, era una pesadilla, una aberracion, un delirio...

Decia así:

«Lucifer, portador de la luz, Luzbel, *que lleva un astro en la frente*, Satanás, *condenado* al fuego, ¿si existes, qué me importan tus nombres?

»Existes, sí; la maldad humana me lo prueba: además, yo te siento en mí.

»Tú eres el espíritu del mal, del que vive la tierra; la síntesis de la creacion; la explicacion del destino del hombre sujeto al trabajo, á la miseria y á la muerte.

»Padre de los gusanos de la carne putrefacta, yo te saludo.

»¡Cuánto te adoro! ¡Con qué fruicion me postro ante tí todos los dias y beso tus pezuñas!

»Ese pedazo de palo que he puesto á tus plantas, representa todos los delirios de la humanidad abyecta y servil, de esa humanidad que bendice sus tormentos, que lame su cadena, y que más baja que el esclavo, no se atreve á maldecir mentalmente á sus verdugos.

»Satanás, espíritu del mal; ¡cuánto bien me has hecho! Nací ilota y tú me inspirastes la rebelion.

»Mis dias han sido felices y lo seré despues de la muerte. Temo la nada y casi deseo morir, porque presiento el divino horror que producirá este homenaje hácia tí, que dejo escrito.

»He deseado hacer mayor mal y no me he atrevido; el verdugo hubiera aniquilado mi vida y con ella mi pensamiento; y yo queria pensar en el mal hecho, pensando á la vez en tí.

»No me quejo de la parte que me ha cabido secundando tu mision. Tenia ansia de sangre y la he derramado por dos veces; experimentaba sed de oro y he robado dos fortunas: moriré teniendo por mortaja ese metal por el que deliran los hombres. Tú me inspiraste la concupiscencia de la carne y la he saciado en la mujer deseada; ha sido mia hasta despues de su muerte, pués usurpando su nombre, la estoy robando todavía.

»¡Gracias, Satanás, bendito seas! he saboreado el crímen en distintas sensaciones; todos mis deseos están colmados, gracias á tí.

»¡Ah! Todos no, quisiera ser tan inmortal como el mal, para hacerle; y mi cuerpo se va aniquilando, y la muerte, esa infame que abre las puertas del muladar del mundo, pronto las abrirá para mí. Dentro de poco seré impotente; pero me conforta la idea de que tú existirás siempre, y que tu semilla no se extinguirá en la tierra.

»He pensado una infamia ántes de morir y si la muerte no me sorprende, la llevaré á cabo. Vivo entre un rebaño inmundo de miserables apegados á la vida; haré que mueran conmigo, abrasados, convulsos de dolor; la hoguera que les destino lo consumirá todo, su carne y sus huesos, los mios, y hasta tu imágen cuya adoracion ha sido la gloria de mi existencia.»

XX

Imposible seria expresar el horror que los precedentes renglones causaron en cuantos los leyeron. En ellos se revelaban crímenes consumados, y proyectos de otros, basados en el incendio de la casa en que murió aquel miserable sér; proyectos que afortunadamente debió estorbar una muerte imprevista.

El extraño escrito, sin duda por no estar terminado, no tenia al pié nombre ni firma.

Un segundo registro en los papeles, más minucioso que el anterior, no dió luz alguna; pues todos ellos sólo eran referentes á doña Eulalia Alcaraz y á su familia.

Sin embargo el hecho era tan extraordinario, que excitó el interés de la justicia.

Á fuerza de tiempo y de tenaces pesquisas se identificó el cadáver, y por induccion se reconstruyó la indagatoria del crímen del asesinato de la Vizcondesa de Sorel, indudablemente perpetrado por Cleto; mas nada pudo saberse respecto á Eulalia, cuyo nombre y estado civil habia usurpado el infame servidor.

El triple delito de muerte, robo y violencia, que se deducia del extraño papel encontrado en la vivienda de Cleto, aunque existe proceso abierto, todavía continúa envuelto en el misterio.

El dinero y alhajas halladas, siguen en depósito, y hasta la presente nadie se ha presentado á reclamarlos.

El facultativo llamado á reconocer el cadáver de Cleto que es un distinguido médico alienista y que conoce el escrito dejado por aquel, en la segunda edicion de su tratado sobre *La enajenacion mental*, ha añadido á la nomenclatura ya conocida una nueva manifestacion de la demencia clasificada con el nombre de *Fanatismo del diablo*.

RAMON MARTINEZ DE FUENSANTA

LA FERIA

—Pues ya han llegado las fieras, los cómicos, los novillos, los fenómenos y está el pueblo lleno de forasteros.

—Eso, eso, que vean que hay alegría y órden hermanado con ella y correlativamente y que sepan que el alcalde no se duerme en las pajas y sabe gobernar.

Esto decia el interesado, contestando al alguacil que era quien le avisaba de la llegada de todos los *personajes* anteriormente indicados.

En seguida empezaron los cohetes, y la banda ó bandada de profesores de viento, esto es, de profesores en instrumentos de metal, recorria las calles esparciendo fantasías sobre motivos de zarzuela y walses un tanto alemanes.

Los fenómenos (ó filómanos, como los denominaba el alcalde, á despecho del maestro de escuela, eran verdaderamente notables, y hubieran excitado la curiosidad pública no ya en aquel pueblecillo sino en una capital de provincia.

En un corral habian establecido el Museo.

«A perro chico la entrada, y con opcion á hablar con los fenómenos, á perro grande.»

Así anunciaba el cartel, y al mismo tiempo el programa de la funcion.

«Primero.—Música por todos los señores fenómenos.

»Segundo.—*La mujer pantera*, hermoso ejemplar procedente del Aquarium de Nueva York y del Jardin de plantas de Paris, y viuda de un cacique indio.

»Fué aprehendida por un general del segundo Imperio.

»Ofrece la particularidad de tener la piel con manchas como las de la pantera, y en la espina dorsal tiene largas cerdas.

»Tercero.—*El hombre-oso*, con todo el cuerpo *erizado* de pelo como los osos auténticos. Procede del museum Barnum de Nueva York, y ha sido cazado por un tourista (torero) en los bosques de la Virginia.

»Cuarto.—*La mujer de fuego*, de M. Belot, que barnizada con petróleo é incendiadas todas sus ropas, resiste por espacio de quince minutos, sin quemarse.»

Y uno de los fenómenos con cuatro brazos, tocaba redobles en un tambor, y gritaba:

—¡Adelante, caballeros! Los fenómenos como la muestra, un perro chico; y hablando con nosotros, un perro mayor.

No faltaba en el público quien dijera:

—No doy yo por todos vosotros ni tan siquiera un perro recien nacido, haraganes.

Pero el corral se llenó de gente y los fenómenos recogieron más de cinco duros en tres funciones.

Los fenómenos eran notables en su clase.

La mujer pantera tenia al descubierto los brazos y las piernas, hasta los límites permitidos por el pudor.

Las manchas parecian naturales, y los señores del público, incluso el cuerpo municipal, juraban no haber visto caso semejante.

Ella saltaba imitando á las panteras, y la cara no la vendia, porque en clase de feas era de las más, y no carecia de semejanza con una fiera, aunque desconocida por los naturalistas.

Aullaba y fingia enfurecerse, y el caballero que la mostraba al público, decia:

—No exasperarla, porque es capaz de devorar á cualquiera.

—¿Y dende pequeñita es asina? —preguntaba alguno.

Y el domador respondia:

—No; era una criatura hermosa, pero la robaron unos bandidos y la soltaron en una selva y se volvió como la ven Vds.

—¿Y habla?

—Poco y en inglés, y nadie la entenderia en el pueblo.

Pues es como si no hablara,—replicó el alcalde.

Algunos concurrentes maliciosos creyeron que aquellas manchas eran pintadas, pero el domador les convenció de su error, diciendo:

—Si fueran pintadas, ¿cómo habrian de ser naturales?

Y el alcalde, el primero, afirmó:

—Es verdad, dice bien.

Y quedaron convictos los incrédulos.

El hombre-oso parecia efectivamente un animal, más ó ménos oso.

Le mostraba al público una señorita domadora, muy parecida á la jóven-pantera, en opinion del maestro de escuela y de otros espectadores.

Ella manifestó que era hermana, aunque no se habian *educado* juntas.

Y el público no vió cuánta era la semejanza entre el domador de la pantera-señorita y el oso; porque más le habria extrañado esta segunda coincidencia.

—Sorprendido en los hielos del Polo Norte,—decia la domadora,—obedece á mi voz y baila, como verán los ilustrados espectadores que nos honran con su asistencia.

Y luégo gritaba:

¡John! ¡á bailar!

Y el oso bailaba.

—He oido,—objetó el boticario,—que los osos del Norte son blancos.

—Sí, señor,—replicó la domadora,—pero cambian de color cuando vienen al Mediodia.

—¡Ya! ¡qué rareza!

—Parece un hombre y no lo parece,—repetia muy pensativo el alcalde.

Y despues añadia:

—¡No sabe uno en qué va á venir á parar en este mundo!

La mujer de fuego produjo verdadero entusiasmo en la muchedumbre.

Cuando levantaron la cortina, apareció ya ardiendo, con la cara cubierta y metida en un saco.

—¡Basta! ¡basta! ¡que se va á freir!—gritaba la concurrencia.

Corrieron la cortina y algunos segundos despues se presentó la domadora del hombre-oso, á manifestar su reconocimiento al público por los aplausos que le tributaban.

—¿Es V. la mujer que arde?

—Yo misma,—respondió al alcalde la domadora.

—¿Y no se quema V. ni náa?

—Ya lo ve vuecencia,—contestó la señorita.

—Parece eso á modo de brujería y estoy tentado por soplar á todos estos titiriteros en la cárcel.

Pero los consejos de las personas cultas y el buen efecto que el tratamiento de «vuecencia» habia producido en el ánimo de la primera autoridad del pueblo, salvaron á los fenómenos de un disgusto grave.

—Con los que no he de tener piedad, —dijo el alcalde, —ha de ser con los cómicos: en cuanto se escurran...

¡Pobrecillos! tampoco la tuvo el público, porque no pudieron dar funcion por falta de ingresos en el despacho de billetes.

Ocurrió lo que les habia pronosticado el posadero:

—¡Venir aquí á buscar dinero! y habiendo ya otros fenómenos tan güenos en el corral de la seña Lina! Tiempo perdido. No sacan Vds. ni media peseta.

Y que eran más listos los otros fenómenos, como decia el posadero.

Como que, llegada la noche, y para librarse de pagar el gasto que habian hecho en la posada, reunieron todos sus equipajes, que los llevaban «á la mano,» y salieron precipitadamente gritando:

—¡Fuera! ¡fuera! ¡déjenlos que muerden!

Era que escapaban la pantera y el oso, y nadie se atrevió á salirles al paso.

Así es que en su casa no ha vuelto á recibir el posadero á *felómeno* alguno, y cuando le hablan de ellos se irrita.

En el pueblo le conocen desde aquella burla, por el mote de *El tio Felómeno*, pero no habria quien se atreviera á decírselo en sus barbas, porque seria capaz el posadero de reventar al chusco que lo hiciera.

El alcalde no ha podido explicarse aún, si *la mujer de fuego* era mujer ó pelele.

Y es que á los hombres más grandes suelen dar qué pensar las más insignificantes trivialidades.

EDUARDO DE PALACIO

NAVEGACION AÉREA

Aparatos más pesados que el aire

El problema de la navegacion aérea que tanto preocupa al público desde los experimentos de Chalais Meudon y del taller aerostático de Auteuil, ha sido tambien causa de que en la actualidad se reproduzcan todas las cuestiones que tienen relacion con la navegacion aérea y entre ellas la de los aparatos *más pesados que el aire*, dignos en verdad de estudio y discusion.

El hábil constructor M. Víctor Tatin ha publicado con este motivo un artículo en una de las más acreditadas revistas de Paris, del cual creemos oportuno reproducir los principales párrafos, por las curiosas noticias que contiene acerca de los aparatos en cuestion.

De tres modos se ha buscado, dice M. Tatin, la solucion científica del problema: valiéndose de helicópteros ó grandes hélices de ejes verticales; de la imitacion del vuelo de las aves, y finalmente, de los aeroplanos ó cometas, dirigidas por hélices de ejes horizontales.



EL BONO DE LA CARIDAD

Helicópteros.—El primer helicóptero que pudo sostenerse ó elevarse á los aires lo construyeron Lanoy y Bienvenu en 1784, en cuya época lo presentaron en la Academia de Ciencias; un arco de ballena le proporcionaba la fuerza motriz necesaria. Pero como no se habia dado, ni con mucho, con una solucion práctica, trascurrieron más de tres cuartos de siglo sin que dicho aparato recibiera perfeccionamiento alguno. Entónces fué cuando el ingenioso experimentador A. Penaud lo modificó acertadamente reemplazando la ballena con un hilo de goma ó cautchuc retorcido, habiendo dado aquel aparato un resultado tan superior al primitivamente obtenido, que se le pudo considerar como un invento nuevo; si bien debe confesarse que, á pesar de los esfuerzos de Penaud y de otros experimentadores, fué imposible sacar algun resultado práctico del helicóptero, y la pequeña máquina no pasó de ser un juguete curioso.

En la figura 1 representamos uno de ellos. Bajo la accion del resorte de cautchuc, la hélice gira y remonta el juguete á algunos metros de altura.

El único aparato de este género que se ha construido desde entónces y que haya dado un resultado de alguna importancia es el helicóptero de M. Forlanini. Hízose el ensayo en escala algo mayor; se sustituyeron los resortes con una maquinita de vapor muy ligera, cuya caldera consistia en un recipiente lleno de agua á elevada temperatura. El aparato pesaba en su conjunto tres kilógramos y se remontaba al aire cuando la máquina desarrollaba la fuerza de un cuarto de caballo de vapor, ó sea un caballo por doce kilógramos de peso. A pesar de todo el interés que ofrece semejante experimento, no puede dejar de observarse que el peso disponible era bien exiguo relativamente al considerable trabajo exigido á la máquina; y no obstante el parecer contrario de muchas personas, demostraremos sin dificultad que con la hélice se pueden obtener efectos mucho más favorables. Los experimentos en que nos basamos se hicieron con hélices que, por su construccion misma, no tenian el máximum de fuerza de sostén, ni estaban construidas, como las de M. Forlanini, teniendo en consideracion un retroceso de 100 por 100.

En efecto, se ha de estudiar rigurosamente toda hélice, teniendo ante todo en cuenta el objeto á que se la destina; así es que como en el helicóptero la hélice es al mismo tiempo un plano de sostén, se la debe asimilar á una superficie que se mueve horizontalmente y en la cual por consiguiente la resistencia al movimiento sea á la fuerza elevadora como el seno es al coseno del ángulo formado por este plano con el horizonte. Si se construyera pues esta hélice de paso suficientemente corto y de superficie considerable, se podria, teóricamente hablando y llevando las cosas al extremo, levantar un peso indefinido con la fuerza mínima; á lo cual sólo pondrian limitacion las resistencias pasivas y los frotamientos.

Cuando por el contrario, una hélice está destinada á tener cierta traslacion en el sentido de su eje en lugar de

UN RECONOCIMIENTO POR LOS INGLESES EN EL SUDAN, dibujo por R. C. Woodville

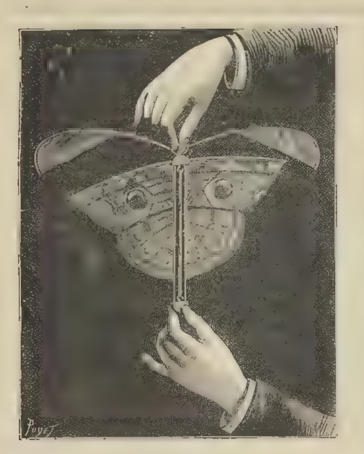


Fig. 1.—HELICÓPTERO

permanecer inmóvil ó poco ménos, se le puede dar un paso más largo, porque entónces funciona en el aire bajo un ángulo tanto menor cuanto menor es tambien el retroceso, con lo cual se encuentra en tan buenas condiciones como una hélice de paso muy corto cuyo retroceso fuese de 100 por 100. Suponemos que los detractores de la hélice no han comprendido esta condicion.

Sea de ello lo que quiera, parécenos que el sistema helicóptero tiene muy poco porvenir, á causa de la extraordinaria ligereza de que seria preciso dotar á construcciones inmensas cuyas partes estarian en su casi totalidad en movimiento. Además, cabe dudar qué velocidad de traslacion se obtendria, porque aquí sólo se podria emplear un medio, el de inclinar los ejes de rotacion de las hélices: valerse de hélices secundarias seria indudablemente una complicacion con relacion al uso del aeroplano. Aparte de esto, ¿cuál seria la inmovilidad relativa de la barquilla suspendida de los ejes de dos hélices que giraran en sentidos contrarios? Cuestiones son estas que todavía no han tenido solucion.

Aves mecánicas.—Al hombre ha debido parecerle siempre la imitacion de la naturaleza el medio más racional de resolver artificialmente los problemas que merced á dicha imitacion ha resuelto; y tenemos una prueba de ello en algunas fábulas mitológicas cuyo orígen se ha perdido en la oscuridad de los tiempos. Ninguna de las tentativas hechas posteriormente ha dado un resultado positivo y hoy no estamos mucho más adelantados que en la época de Arquitas de Tarento.

Débense asimismo á A. Penaud los primeros resultados importantes obtenidos en esta vía, la más ardua que pueda escogerse para que tengan feliz éxito los aparatos más pesados que el aire, y aquella en la cual más atraso se nota. Cuando Penaud logró hacer volar un aparato diminuto valiéndose del cautchuc retorcido, este experimento excitó mi emulacion y quizás fuí yo uno de los experimentadores más empeñados en perseguir un resultado definitivo. Muchos años duraron mis investigaciones, durante los cuales construí un crecido número de aves mecánicas de todos pesos y tamaños, desde 6 decígramos hasta más de un kilógramo, dándoles en este último caso más de dos metros de punta á punta de ala. Siempre apliqué el resorte de cautchuc á los modelos más pequeños; pero varié hasta lo infinito la forma y extension relativa de las alas, y el número y amplitud de los aletazos; comparé las ventajas y los inconvenientes del uso de alas de aves ó de quirópteros, y obtuve por fin resultados á los que nadie ha podido llegar, pero siempre empleando una gran fuerza, poco en relacion con el efecto conseguido. En seguida quise conocer todo lo exactamente posible el valor de este consumo de fuerza excesivo, construyendo máquinas de aire comprimido destinadas á sustituir al cautchuc, aparatos que fueron los mayores de cuantos he sometido á prueba y merced á cuya extraordinaria ligereza pude dotar á un ave mecánica de hasta casi diez veces su peso en kilográmetros por segundo.

Despues de innumerables modificaciones y reconstrucciones totales ó parciales, los resultados fueron tan menguados que tuve que desistir de la lucha, á lo ménos por este camino. ¿Quiere esto decir que el ave mecánica sea una máquina de imposible realizacion? No: no debo deducir de mis tentativas frustradas que no se pueda hacer cosa mejor; pero tampoco induciré á nadie á que lo intente con objeto de conseguir un resultado práctico en aeronáutica. Los movimientos sobrado complejos del ala de un ave durante su vuelo son muy difíciles de imitar, y si la naturaleza se ha valido de ellos, es porque los órganos de estos séres no podrian prestarse útilmente á otros movimientos más sencillos de los cuales dispone la mecánica, por ejemplo, el movimiento rotatorio. Quizás se suponga, en todo caso, que he sido un mal mecánico: contra esto no tengo nada que decir, pero de lo que sí he llegado á convencerme, á fuerza de tiempo y de dinero, es de que la imitacion de la naturaleza no tiene más interés que hacernos comprender mejor los medios que ha empleado. Creo inadmisible construir un ave mecánica para aplicarla á la navegacion aérea, del mismo modo que á nuestros padres no se les ocurrió construir la locomotora sobre el tipo de la liebre ó del antílope para imitar la ligereza de estos animales.

Aeroplanos.—Desígnase con este nombre unos aparatos de invencion reciente, pues el primer proyecto racional que de ellos se publicó es el de Henson, y sólo data de 1842. El tipo por él presentado es el que siempre se ha reproducido despues.

El principio de este aparato consiste en mantener en el aire un gran plano al que comunican un rápido movimiento de traslacion unas hélices propulsoras. Nadie que yo sepa, habia obtenido buenos resultados de los aeroplanos ántes que Penaud, el cual empleó tambien el cautchuc retorcido para poner en movimiento estos pequeños aparatos tan sorprendentes por la sencillez de su mecanismo. Por desgracia, este ingenioso experimentador tan sólo ha construido tipos de aeroplanos de reducidas dimensiones, pues la muerte debió impedirle que los realizase en grande escala.

Hácia la época en que Penaud adoptaba definitivamente el aeroplano como el método más á propósito para dar resultados prácticos, continuaba yo estudiando aparatos basados en la imitacion del vuelo de las aves. Abrí por fin los ojos á la evidencia, y penetré en la vía que desde entónces no he cesado de seguir. No tardé en felicitarme del cambio, por cuanto, ya desde mis primeros ensayos los resultados fueron satisfactorios.

Construí un pequeño aeroplano de unos 7 decímetros cuadrados de superficie remolcado por dos hélices que giraban en sentido contrario: el motor era una máquina de aire comprimido análoga á una maquinita de vapor cuya caldera estaba reemplazada por un recipiente relativamente grande y de 8 litros de capacidad; no obstante del poco peso de que me era dado disponer, conseguí dotar á este recipiente de la solidez suficiente para que pudiera resistir, al probarlo, más de 20 atmósferas; en mis experimentos la presion jamás ha pasado de 7, y su peso no era más que de 700 gramos. La maquinita, que desarrollaba una fuerza motriz de 2,6 kilográmetros por segundo, pesaba 300 gramos, y por último, el peso total del aparato, montado sobre ruedecillas, era de 1'750 kilógramos (fig. 2); todo este conjunto se remontaba con la velocidad de 8 metros por segundo, aunque las resistencias inútiles fuesen casi iguales á las motivadas por la abertura del ángulo formado por los planos con el horizonte.

Hízose la prueba en 1879 en el establecimiento militar de Chalais Meudon. El aeroplano, sujeto con un cordel al centro de una plataforma circular de madera, daba vueltas al rededor de la pista, y pudo remontarse al aire y áun pasar una vez por cima de la cabeza de un espectador (fig. 3).

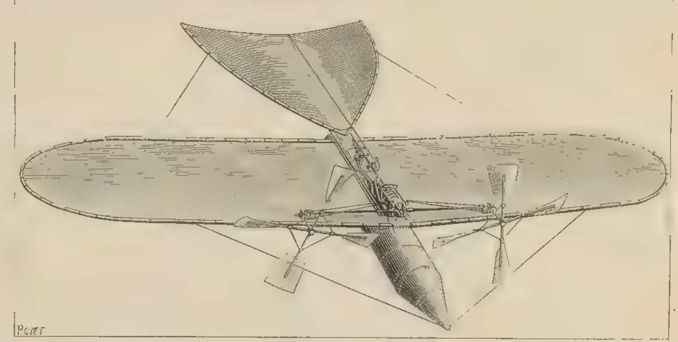


Fig. 2.—AEROPLANO DE VÍCTOR TATIN CON SU MOTOR Y SUS HÉLICES

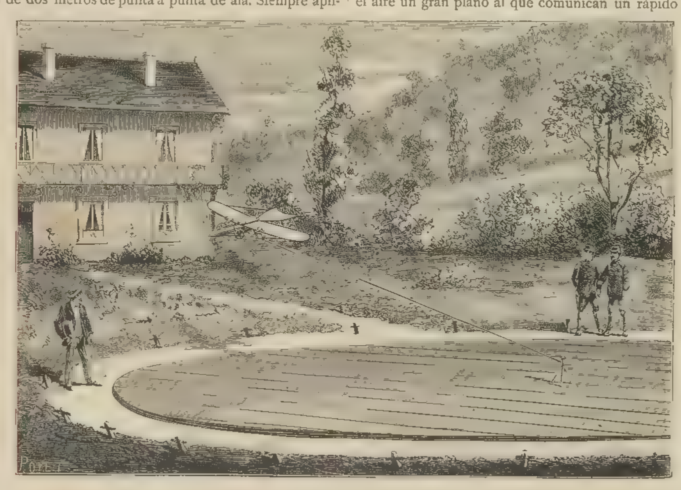


Fig. 3.—EXPERIMENTO DEL AEROPLANO DE VÍCTOR TATIN, EJECUTADO EN 1879 EN LOS TALLERES MILITARES DE CHALAIS-MEUDON

En vista de este resultado, he formado el proyecto de estudiar con este aparato las ventajas ó los inconvenientes del uso de planos más ó ménos extensos, de ángulos más ó ménos abiertos, y por último de velocidades diferentes en cada caso; pero no me lo permitió la escasez de mis recursos y he debido contentarme con indicar el programa de mis experimentos sin poder realizarlo por mí mismo.

El experimento de que acabo de hacer mencion corrobora mis previsiones, y hoy creo poder trazar las principales líneas de un aeroplano sin temor de incurrir en grave error. En un aeroplano, lo mismo que un globo, la resistencia á la traslacion crece como el cuadrado de la velocidad; y por consiguiente la fuerza motriz deberá tambien crecer como el cubo de esta velocidad; pero como, para un ángulo dado y que se supone invariable, el empuje de sostén y la resistencia á la traslacion estarán siempre en la misma relacion, el peso disponible aumentará con el cuadrado de la velocidad, de suerte que acerca de este punto se tienen más ventajas que con el uso de los globos.

En cambio hay que notar que con el sistema aeroplano, las grandes construcciones sólo proporcionarán la ventaja de poder obtener motores relativamente más ligeros y más económicos.

Es indudable que los primeros ensayos que se pudieran hacer con aeroplanos serian de corta duracion. Tengamos pues desde luégo aspiraciones modestas. Si conseguimos que una máquina aérea funcione solamente una hora, media hora siquiera, con la velocidad de quince metros por segundo, el progreso realizado será inmenso, y áun pudiéramos decir que el problema quedará enteramente resuelto. Dado este primer paso, no dejarán de venir los perfeccionamientos que indique la experiencia; los motores nuevos serán objeto de investigaciones seguramente fecundas, y la humanidad se encontrará por fin en posesion del ingenio más poderoso de cuantos ha podido imaginar.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 8 DE DICIEMBRE DE 1884 — NÚM. 154

DOS VECES NIÑOS, cuadro por Loivitz

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—La ciudad de los césares, por don A. Blanch.—El buen ejemplo, por don R. de Campoamor.—Tipos contemporáneos, por don Fernando Araujo.—El poroca, por don E. Benot.

GRABADOS.—Dos veces niños, cuadro por Loivitz.—Grupo de amorcillos, por Hans Makart.—¡Pobre ciego! cuadro por Leopoldo Cárlos Muller.—Mercurio. estatua por Sellier.—Los representantes extranjeros en el congreso de Berlin.

NUESTROS GRABADOS

DOS VECES NIÑOS, cuadro por Loivitz

Hay una edad feliz en que se vive del presente, y hay otra edad en que se vive de los recuerdos del pasado. El niño y el anciano tienen muchos puntos de contacto; aquel es autoritario y despótico como puede serlo el viejo más imperioso y regañon; éste es algo bullicioso é imprudente como un colegial mal vigilado ó un mayorazgo educado en la conviccion de su superioridad. Las travesuras de los niños y de los viejos revisten á menudo una forma comun: la diferencia más esencial entre unas y otras es que las de los niños se cometen á la luz del dia y las de los viejos de una manera recatada y vergonzante.

Así los de nuestro cuadro se han refugiado en el lugar más oscuro y retirado del meson, en donde unas cuantas libaciones han dado al traste con la respetabilidad que los años imprimen. Niños y ancianos son iguales ante los vapores del alcohol que ascienden del estómago al cerebro. No de otra suerte se explica la actitud de ese improvisado trovador, á quien el cazo sirve de laud, y que sin duda recuerda á sus compañeros alguna escena de los tiempos pasados, aquellos tiempos que siempre nos parecen mejores por la sencilla razon de que los mejores éramos nosotros.

Esta composicion está llena de vida y de verdad: el personaje del cazo es un modelo en este género; Teniers pudiera hacerlo suyo sin reparo y áun poner su firma al pié del cuadro. El huésped y el posadero no desdicen ciertamente, y el grupo produce agradable efecto, contribuyendo al conjunto los detalles todos, dibujados con singular acierto.

GRUPO DE AMORCILLOS, por Hans Makart

La temprana muerte del gran pintor de Viena ha hecho doblemente interesantes sus obras. Nuestra ILUSTRACION ha publicado varias de ellas, y á su vista hay que reconocer con cuánta justicia le habian favorecido la gloria y la fortuna. El grupo de amorcillos que hoy reproducimos, es otra muestra del talento de Makart. Como asunto tiene escasa importancia: no hay que buscar en este cuadro la poderosa concepcion de la *entrada de Cárlos V en Amberes* ó la *cacería en el Nilo;* pero esto mismo demuestra la flexibilidad de talento de nuestro artista, que así se prestaba á pintar la epopeya como el idilio. Virgilio no es ménos gran poeta cuando escribe la *Eneida* que cuando escribe las *Eglogas*, y el mayor mérito de un poeta y de un pintor quizás no consista tanto en hacer *mucho* con *mucho*, como en hacer *mucho* con *poco*.

Así en el grupo de amorcillos que hoy publicamos es de ver la acertada combinacion de las figuras, su correcto dibujo, sus naturales actitudes, produciendo este cuadro el efecto de un ramillete de hermosas flores que, con ser hermosas no causarian la debida impresion, si un hábil jardinero no las agrupase de suerte que resaltaran sin esfuerzo su forma y sus colores.

¡POBRE CIEGO! cuadro por Leopoldo C. Muller

Tiene este cuadro condiciones de arte verdaderamente excepcionales. Prescindiendo del lugar de la escena, que el autor ha demostrado conocer perfectamente; prescindiendo, asimismo, de la luz que esa escena baña, luz que, á haber dos soles, diríamos desde luégo que no es la de nuestro pálido sol de Europa; prescindiendo del tipo de los personajes, estudio hecho á conciencia sobre un natural hábilmente escogido; prescindiendo, por último, de los ropajes, ejecutados con holgura recomendable; fijémonos en la figura principal, que es por cierto digna de un momento de contemplacion especialísima. Ese rostro enjuto, falto del primero de los sentidos, es el rostro de un verdadero ciego, sin más expresion que la de la pena; rostro triste, sombrío, como es triste el dia sin sol, el dia sin luz. La mano que empuña el baston lo hace con verdadera fuerza, como quiera que el ciego parece apoyarse en su palo aún mejor que en sus piernas; la mano derecha tienta la pared con esa inseguridad, con esa especie de miedo del que ignora si donde piensa encontrar su sosten, encontrará el vacío. La inclinacion del cuerpo, la vacilacion en todos los movimientos, un conjunto perfectamente armónico, completan esta figura, que pudiera hacer por sí sola la reputacion de un artista.

MERCURIO, estatua por Sellier

Para el sepulcro de uno de los Médicis esculpió Miguel Angel una estatua de la *Noche*, de la cual dice un poeta, ponderando su naturalidad, que, de oir que la llamaran, habria de ponerse en pié.

Casi otro tanto puede decirse de la estatua de Sellier. Mercurio acomoda la última ala á su calcañar, y es tan natural su actitud de ir á tender el vuelo que, miéntras le estamos contemplando, se nos ocurre que puede lanzarse al espacio, á poco que Júpiter toque el timbre de su despacho.

LOS REPRESENTANTES EXTRANJEROS en la Conferencia de Berlin

En los momentos actuales, en que los políticos, los geógrafos y las personas ilustradas de todos los países tienen la vista fija en el congreso reunido en Berlin con objeto de dilucidar y fijar de una vez para siempre los derechos que cada nacion europea pueda alegar á la posesion de las distintas regiones africanas y más en especial á la de la costa occidental de este continente conocida con el nombre del Congo, creemos de toda oportunidad publicar los retratos de los representantes de cada una de dichas naciones congregados en Berlin, puesto que de sus tareas ha de resultar confirmada la soberanía que estas alegan respectivamente á los citados territorios y por consiguiente establecidas definitivamente las bases de su predominio y mision en aquellos casi desconocidos países.

Juzgamos inútil extendernos en detalles biográficos acerca de cada uno de sus representantes, por cuanto además de ser estos sobradamente conocidos, nuestro propósito queda cumplido dando á conocer sus respectivas fisonomías por medio del grabado.

LA CIUDAD DE LOS CÉSARES (1)

I

Traslademónos con el pensamiento á unos tiempos ya bien distantes de nosotros.

Roma es todavía la señora del mundo.

Bajo el delicioso cielo de Italia, sentada en las márgenes del rápido y onduloso Tíber, se nos aparece, imponente por su grandeza y majestuosidad, la imperial dominadora cuyo poder se extiende desde los países que bañan el Rhin y el Danubio, hasta los desiertos del Africa, desde las llanuras del Eufrates hasta el piélago Atlántico.

¡Extraordinaria ciudad la ciudad por excelencia, mansion del sumo imperante, centro de todas las artes y de todas las ilustraciones, de todas las elegancias y de todas las riquezas, de todos los dioses y de todos los vicios!

Para los rudos é indomables habitantes de los espesos bosques de España, de las Galias ó de la Germania, que contemplan ya con asombro la grandeza de las poblaciones marítimas ó interiores, aliadas de los romanos, embellecidas con elegantes templos, colosales anfiteatros, monumentales palacios, gigantescos acueductos, arcos, estatuas, todo á imitacion de la capital del Imperio, ¿qué no ha de ser esta, mayormente despues de las descripciones con que más de una vez ha de habérseles entretenido?

Y ciertamente, Roma asombra y seduce á un mismo tiempo.

Al poner el pié sobre el espacioso puente de una de esas enormes naves romanas, que parecen despreciar el furor de las olas, apartándolas desdeñosamente con sus vigorosas bandas de remos, ó al colocarse sobre una de esas vías anchas, rectas, elevadas y sólidas que, de donde quiera, dirigen sin desvío á la soberbia ciudad, siéntese desde luégo el inculto súbdito, bajo la presion poderosa que todo lo avasalla, fascinado, supeditado, vencido.

Roma se aparece á todos, ya de cerca, ya en lontananza, siempre fuerte, siempre rápida y terrible en el herir.

Bien es verdad que dominando sobre ciento veinte millones de almas, no cuenta más que con un ejército de setecientos mil hombres, repartidos en veinticinco ó treinta legiones y cinco flotas; pero el eco de sus victorias vibra todavía, su nombre combate por sus soldados y, en caso necesario, al tremolar en las alturas del Capitolio el rojo pendon que convoca á los infantes y el azul que llama á los caballeros, todo romano debe acudir á las armas en defensa del amenazado Imperio.

Vedla; allá se sienta sobre el suelo riente del Lacio, suelo accidentado, modelado por las fuerzas ígneas que le han impreso un sello particular, cubriendo la campiña romana de esos productos volcánicos, pulverulentos ó sólidamente petrificados, de esas masas gigantes é irregulares de lava, merced á cuya ligereza han podido sustentarse sin gran pesadumbre las bóvedas inmensas de las termas de Caracalla y las más atrevidas y gigantescas construcciones que cubren el suelo romano.

Hácia la derecha del pintoresco valle del Tíber, desde la cumbre empinada del Mario, coronado de grandes cipreses que, cual sombría y dilatada ceja, se destacan en el azulado horizonte por encima de los montes Albanos, descubrireis las nevadas cimas de los Apeninos, hácia el nordeste; vereis el Tíber desprenderse de la ciudad en luminosa y prolongada cinta para ir á echarse en brazos del Mediterráneo, que centellea á lo léjos en direccion del Mediodía, miéntras otras corrientes se abren paso por entre los desfiladeros de las montañas, cayendo en sonoras cascadas, ó deslízanse mansamente por entre flores y verdura, fecundizando por todas partes el suelo engendrador á la vez del hierro y del plomo, al que está todavía brindando el descubierto oriente con nuevas y valiosas conquistas.

Sobre las siete famosas colinas se levanta la soberbia Roma, conjunto de grandiosas construcciones y miserables tugurios. Por encima de esa desigual masa de piedra, descuellan aquí y allí desmesurados arcos de triunfo, atrevidas columnas, estatuas gigantescas, resplandecientes cúpulas; el Coliseo, lanzando su extraordinaria mole á una altura de más de ciento ochenta piés; el Foro con la inmensa columnata de sus pórticos sombreados de frondísimos plátanos; el imponente Capitolio donde brillan á los rayos del sol las doradas tejas de bronce que cubren el más rico y suntuoso de los templos; é infinidad de otras eminencias, ceñido el todo por una ancha muralla debajo de cuyos arcos sombríos se albergan la miseria y la corrupcion más abyecta, y por una multitud de arrabales extensos, amenas quintas, frondosos vergeles y elegantísimos templos que, como entre mármoles y verdor, lo tienen doblemente aprisionado.

Dentro de ese recinto casi circular, que podrá recorrerse en poco más de la tercera parte del dia ó en la mitad, incluyendo los arrabales, se cobijan entre la estrechez suma y una holgura desmesurada, como uno y medio millon de habitantes, en las cuarenta y ocho mil quinientas casas que comprende, las dos mil grandes ó principales, y las restantes formando manzanas ó islas, distribuidas en catorce regiones y salpicadas de plazas, pomerios, campos y jardines.

Rápido y cenagoso atraviesa buena parte de ese espacio el Tíber, tomando una anchura de más de trescientos cincuenta piés en las dos curvas que describe al ocultarse bajo la sombra de los monumentales edificios y frondosas alamedas y al reaparecer en las llanuras del hipódromo ó *Equiria* y el Campo de Marte. Siempre el abundante caudal de sus aguas, atravesado por sólidos y numerosos puentes, se ve cubierto de embarcaciones de utilidad ó de placer, que descienden ligeras ó remontan la corriente á remo y vela, ó remolcadas desde la orilla por sus mismos tripulantes, que no se olvidan de saludar respetuosamente a su paso la sagrada isla Tiberina, donde se levanta el templo dedicado á Esculapio.

Las calles por lo regular anchas, rectas y empedradas, están llenas en sus encrucijadas de fuentes, estatuas y bustos de emperadores y emperatrices, caudillos y gladiadores, y terminadas generalmente por obeliscos, cuando no forman parte de las grandes vías Sacra, Flaminia, Latina, Capena, Salaria, Aureliana, Tusculana, Pranestina y otras, hasta el número de quince, la primera de las cuales conduce á los triunfadores al templo de Júpiter en el Capitolio, por entre doble hilera de enormes elefantes que han de ser más tarde la admiracion de los bárbaros del Norte; y las demás á la Germania, saliendo por la puerta Flaminia ó Flumentana hácia Rímini; á Nápoles y Brindis por la puerta Latina, á Capua por la puerta Capena, al país de los Sabinos por la Salaria á través de la Tosca na, y en fin, á todas partes, hasta el corazon de los más apartados países sujetos al imperio de Roma, siguiendo siempre la línea más recta y por entre sepulcros y mausoleos, columnas y piedras miliarias.

Y en cuanto despunta el dia por la cadena de azulados montes que domina el templo de Júpiter Lacial, ¡con qué majestad no se ofrecen á nuestra vista, dominando sobre un mar de techos cuadrados ó piramidales, los macizos y atrevidos remates de tantos monumentos como pueblan el espacio de arrebolados fantasmas, impasibles guerreros, crinosos y encabritados caballos, águilas voladoras y grandes masas informes, como acusando el dorso de algun titánico atleta, entre agudos y bruñidos hierros de lanza y bien cortados escudos, que resplandecen á los primeros fulgores de la mañana con el brillo aterrador del severo casco de los legionarios!

Aquí una puerta adornada con relucientes clavos de metal y tras de la que aúlla el perro de presa encadenado al esclavo portero, muéstrase sombreada por una ostentosa cornisa que sustenta un globo alado, debajo del cual asoma la cabeza una serpiente: no es ésta, sin embargo, una casa particular; las cariátides, esfinges y obeliscos pintarrageados que á entrambos lados se ostentan, indican claramente que nos hallamos delante de un templo egipcio. Cuadrados ó redondos, con doble ó sencillo pórtico ó columnata, murados ó sin murar, se nos presentan aquí y allí diversidad de templos griegos ó romanos, precedidos de un altar, al pié de su gradería. Por todas partes, junto á los suntuosos palacios de los patricios ó de las vastísimas ínsulas donde se alberga un verdadero enjambre de séres humanos, sin otro medio de vivir que la *espórtula*, se ofrecen á la pública espectacion ora anchas columnas cargadas de geroglíficos y coronadas de capiteles en campana ó ramo de loto, sencillas y grandiosas como las del órden dórico; ó las jónicas de una belleza varonil y severa; ya las elegantes y ricas de los corintios en que se muestran todos los encantos del arte y del gusto, ya las toscanas, iguales á un tercio de la altura del edificio, ó los compuestos por los romanos, de imitacion corintia, con adicion de las bóvedas jónicas en el capitel; todas ellas adornan fosos y plazas, mercados, templos, pórticos y moradas particulares; ó constituyendo por sí solas otros tantos monumentos como las columnas de Trajano y Antonino entre el Capitolio y el monte Quirinal, revestidas de bajo relieves y á cuya extraordinaria altura se sube por una escalera interior que en su enorme fuste se oculta, así como la grandiosa mole sepulcro de Adriano, recinto venerable que atesora las cenizas de los Antoninos, torreon circular que descuella por encima de las murallas sobre su cuadrada base, cubierto de mármol blanquísimo de Paros y exornado con estatuas de dioses, héroes y faunos, primores propios del cincel de Praxiteles y Sísipo; faunos, héroes y dioses que un dia desencajará Belisario de sus pedestales en defensa de esta misma ciudad, para lanzarlos contra el godo sitiador al impulso de la honda de sus poderosos anagros.

Todas las épocas del arte se reconocen aquí, desde la primera amanerada y angulosa imitacion etrusca, hasta el bello estilo griego y su degeneracion afeminada á fuer de expresiva. La energía en la virilidad se nos manifiesta en la cuadratura de las formas estatuarias y en lo suelto y

(1) Fragmento de una obra inédita.

firme del toque. A medida que avanza la civilizacion, el trasunto del hombre tallado por su propia mano se perfecciona y acicala, sus facciones tienen más vida y sus pupilas parecen animarse con el hueco profundo con que ha querido infundirles aliento el artista. Pero la grandiosidad de la bella escuela va luégo gradualmente menguando; las frentes se arrugan, los cabellos y barbas caen lacios y desgarbados, las pupilas se hunden y la dureza, la indecision y la sequedad ó aspereza acaban por formar sólo el conjunto de esas inmobles fisonomías.

Sin embargo ¡cuánta suntuosidad y riqueza doquiera! El palacio de los Césares, la casa dorada de Neron, las diferentes termas ó baños que llevan el nombre de los emperadores á quienes su construccion es debida y en la mayor parte de las cuales pueden bañarse más de tres cientas personas á la vez; el Foro romano que ostenta el primer cuadrante solar, de invencion siciliana; el Foro de César, el de Augusto, el de Domiciano, el de Trajano, el más bello de todos; los nueve arcos de triunfo entre los que se distingue por su magnificencia el del primer emperador cristiano, hácia el Coliseo, la estatua de bronce dorado del emperador español Trajano, la de Horacio Cocles, el heróico defensor del puente del Tíber, en la plaza pública, donde puede contemplarla á la vez la tercera parte de los habitantes de Roma; la ecuestre de la jóven Clelia, la valerosa nadadora, al extremo de la calle Sagrada; la de Neron ó Sidereo, en la cuarta region, alta por ciento veinte piés; el mausoleo de Augusto, coronado por la estatua de este emperador, precioso edificio circular de tres altos y otros tantos órdenes de columnas de mármol blanco, de unos trescientos piés de elevacion, rodeado de bosques y paseos; la columna dorada miliaria de la que parten quince caminos para las diferentes vías y desde la que se empezaron á contar las distancias que luégo partieron de las puertas de Roma y, por fin, de las últimas casas; los circos, anfiteatros, teatros, naumaquias; el imponente campo de Marte, cuyas estatuas vistas de léjos semejan una legion en batalla y cuyos numerosos pórticos, templos y otras construcciones no le impiden, sin embargo, continuar mereciendo el nombre de *campo;* los catorce acueductos de solidísimos arcos que traen de hasta doce leguas de distancia las aguas de las fuentes Claudia, Marcia, Apia, Virgo y otras, y por último, porque seria nunca acabar, los cuarenta y tantos pórticos, largas galerías cubiertas ó descubiertas, sostenidas por una ó muchas hileras de columnas de mármol, hermoseadas con toda especie de adornos y cuadros, sitios de paseo en donde están las mejores tiendas provistas de los géneros más exquisitos y á donde se acude al cebo de la ostentacion y el galanteo, á la vez que al espectáculo de las lizas que los atletas en los espacios descubiertos ofrecen. Todo pasma y absorbe al contemplar la capital del mundo romano, que tiene por jardines el pueblo de Italia, por graneros la Sicilia, el Africa y el Egipto, y por tesoro la sangre, la industria y las minas de todos los países conquistados.

II

Si nos confundimos con esa multitud inmensa que se rebulle desde la mañana á la noche por las calles, plazas y paseos de la gran Ciudad, con el trasiego de una actividad improductiva, veremos el senador, el caballero, el sacerdote, el soldado, el cliente, el hombre de la plebe, el parásito, el liberto y el esclavo codeándose con matronas y cortesanas, con gente de todos los países y colores, enviados unos de los pueblos aliados ó súbditos que vienen, en señal de sumision, á deponer coronas á los piés de Júpiter Capitolino y otros en representacion de las quejas contra las demasías de los procónsules; los Marsos á ejercer su afamado oficio de encantadores y adivinos, los habitantes de las pervertidas ciudades de Rodas, de Síbaris, de Mileto, de Corinto, de Tarento, de Capua á ayudar á corromper el apestado ambiente moral que se respira en la metrópoli del Imperio.

El delicado oido del romano se lastima y ofende no sólo del latin bárbaro que habla el germano, el galo ó el español que á su paso encuentra, sino áun del siciliano y del prenestino que para decir *en seguida* dicen *tam modo* y pronuncian *conia* por *ciconia* (cigüeña). Los habitantes de Umbría, notables por la anchura de sus piés, los fenicios que se hacen llamar cananeos, el afeminado cartaginés que así habla el tirio como el lidio, y viste túnica rozagante y desceñida, en forma de alas, como quien sale del baño, y lleva anillos en las orejas á usanza mujeril, balanceándose indolentemente al andar, como si estuviera paseándose por los bosquecillos de Megara en los jardines públicos de su vencida Cartago; todos son mirados con desdeñoso orgullo por el ciudadano de Roma.

No hay sitio, por poco espacioso que sea, que no se vea frecuentado preferentemente por determinada clase de personas. Así los abogados suelen reunirse en Puteal de Libon y al pié de la estatua de Marsyas en el Foro; detrás del templo de Cástor las gentes de mal vivir, y en la calle de Toscana, donde están las tiendas de sederías, los que se venden á sí propios. Los testigos falsos abundan, tambien, allí donde se juzgan los pleitos. Los cambistas, banqueros y agentes de negocios cuchichean en torno de los arcos ó *janus* de la parte septentrional del Foro, debajo de los que se guarecen de la lluvia, miéntras los fanfarrones matasietes gesticulan junto al santuario inmediato de Vénus Cloacina y los pleiteantes, que asedian la basílica Porcia, huyen de la tramontana que les lleva el nauseabundo olor que exhala la pescadería inmediata del populoso barrio de Suburra. En la extremidad oriental del Foro, esto es, en el bajo Foro, se agita pausadamente la acostumbrada reunion de los *boni homines*, gente de bien y rica, que acaso por un sentimiento de tradicional respeto, prefiere ese sitio que domina el Velia, antigua morada de los sabinos, pueblo honrado á quien es deudora Roma de su ya decaida aristocracia. Al borde de ese canal que, atravesando el Foro en su mayor longitud, afluye á la famosa cloaca Máxima que de antiguo descarga en el Tíber las inmundicias de la ciudad imperial, es donde acuden particularmente los ociosos, los badulaques llenos de pretensiones, confiados, locuaces, malquerientes, politiquistas, pobres diablos al fin, á quienes el vulgo llama *canalicolæ* del lugar de sus habituales sesiones.

Los maridos arruinados van á comunicarse sus cuitas hácia las inmediaciones de la casa Leucadia-Oppia; los suicidas se precipitan al rio desde lo alto del puente Fabricio, cosa que sucede con asombrosa frecuencia; y ni áun quedan en paz los cementerios del monte Esquilino, cerca de los jardines de la antigua casa de Mecenas, frecuentados por magas y lobos, y lugar de nocturnos y terribles dramas.

Junto al lago Velabro, otro receptáculo de inmundicia, al pié del monte Aventino, apellidado *Espúreo*, porque en sus orillas acostumbra á exponerse el fruto de la disolucion, es donde va á reclutarse á los espías, delatores y calumniadores. En la parte superior y en el malecon del Tíber hay los principales mercados, los tahoneros, carniceros, y tambien los adivinos y parásitos, sitios de gran baraunda en determinadas horas del dia.

El movimiento y la confusion son, no obstante, generales á todos momentos, especialmente en los puntos más céntricos, en los cuales las literas, los carruajes de damas y patricios, las numerosas comitivas fúnebres, el trasporte incesante de materiales de construccion (pues es mucho lo que se edifica en Roma) obstruyen de continuo el paso. Al pié de la Tribuna, en el Foro, donde los poetas recitan sus versos al aire libre, se refieren las noticias de sensacion que luégo se divulgan por el resto de la ciudad y comentan y utilizan los charlatanes del Circo para venderlas en forma de predicciones. Miéntras una juventud brillante se ejercita sobre el césped del Campo de Marte, rivalizando en fuerzas ecuestres y gimnásticas, los gladiadores procuran mantener el vigor de su musculatura en el *lucus Æmilius*, junto á los talleres de los escultores, y los mercaderes de esclavos tratan, en conversacion animada, de sus viles negocios en la plaza del Cambio, en torno de mesas de banca donde se inscriben las sumas dadas á interés, que toma el deudor sin entretenerse en contarlas.

Pasemos rápidamente por el verdadero pandemonium que nos ofrecen, en la célebre calle de Suburra, en la segunda region, los mercados de frutas y legumbres. Allí están tambien los más escandalosos burdeles y asimismo la casa del verdugo, cuyos ensangrentados azotes cuelgan suspendidos sobre la cabeza de los transeuntes. Esos vendedores ambulantes, que nos aturden con sus voces gangosas, nos brindan con agua caliente, lo mismo que los establecidos en puestos fijos, no léjos de los sumideros públicos, en que mediante una pequeña retribucion ó *foriscapio*, pueden satisfacerse las más inexcusables urgencias. Las risotadas que suenan en el interior de esa angosta y oscura tienda, son de los festivos tertulianos del boticario y médico á la vez, que en ella expende, lo mismo una medicina, que el más activo veneno para el que se halla cansado de la existencia.

La aristocracia habita en los alrededores del Capitolio, en las elegantes Carinas, en el monte Esquilino, en fin, en el centro de Roma. Los labradores, la última y más humilde clase de ciudadanos, hay que buscarla en las orillas del lago Velino: la tierra de Italia, posesion de los quirites romanos, no está cultivada sino por esclavos.

El lujo, la afeminacion, el galanteo más indecoroso, hollando perlas y arrastrando oro y púrpura, barre el polvo del pórtico de Pompeyo, de columnas sombrías, circundado de altos é igualados plátanos, entre los que parece pequeña la estatua de Virgilio; cuando no prefieren el de Agripa ó el Panteon, sombreado por frondosos laureles, al de Europa, en el Campo de Marte, donde está representada en preciosos bajo relieves la historia de la hija de Agenor y el boj florece en las inmediaciones, el de los Argonautas en el cual se vé tambien de relieve la empresa de los atrevidos marinos, ó las galerías de cuadros antiguos y modernos, á la sombra de los bosques del templo de Diana en las afueras de la ciudad, junto á las aguas de la fuente Apia, donde están tambien los templos de Vesta, de Palas, de la Paz y de la Concordia, ó la gran vía Apia, apellidada *Camino del Elíseo*, embaldosada con la cenicienta y dura piedra tallada en los cráteres de los extinguidos volcanes. Todo lo invade el gentío paseador, indolente, acicalado y antojadizo.

En tanto que el liberto pobre va buscando quien alquile sus brazos, el sicofanta se ofrece para alguna intriga, el parásito, oliendo siempre donde guisan, el *circulator* ó escamoteador entreteniendo con sus habilidades á la plebe que se mofa del desgraciado náufrago que, suspendido al cuello el cuadro ó pintura de su infortunio, implora á gritos la caridad pública; del miserable hambriento que viene de recoger los restos de los manjares de entre las cenizas de las piras fúnebres; del adamado masiliense, del rodio fanfarron, del lidio que se arranca la barba en vez de afeitarla, del portero escita, del egipcio que se come tres espigones de ajos todas las mañanas en ayunas para librarse de las enfermedades de la piel, y de esos griegos, de largo manto y cabeza cubierta, henchidos de libros y paquetes de notas, que andan parándose con frecuencia y filosofando al compás estrepitoso de su calzado especial, que con todo el mundo tropiezan y á todos acodean, dejando caer una sentencia á cada paso y ostentando la desnudez que medio oculta su ropaje; de esos cínicos que no sólo van sin túnica, sino que hasta comen sentados, como los esclavos, pero que no se privan de beber caliente y áun de ponerse alegres, cuando pueden atrapar algun dinerillo.

La gran masa del pueblo, no ménos epicúrea que los opulentos que se hacen llamar *reyes* por sus aduladores clientes, confunde, en tanto torbellino de gentes diversas, sus numerosos defectos con la beodez del galo, la astucia y liviandad del griego, el empedernimiento del judío y el egipcio, el rendimiento del asiático y el desenfreno mujeril del siriaco; todo, en tan abigarrada muchedumbre, revela esa fermentacion espantosa de pasiones y extravíos, imposibles de comprender en otra sociedad que en la apellidada romana y que no tardará en determinar el derrumbamiento del más grande de los imperios.

A. BLANCH.



EL BUEN EJEMPLO

DOLORA ESCRITA POR DON RAMON DE CAMPOAMOR

Dejó un proyectil perdido,
de una batalla al final,
junto á un asistente herido,
medio muerto á un general.
Miéntras grita maldiciente
el general: —«¡Voto á brios!...»
resignado el asistente
murmuraba: —«¡Creo en Dios!»
Callan, volviendo á entablar
este diálogo al morir:
—¿Tú qué haces, Blas?—¿Yo? Rezar.
¿Y vos, señor?—¡Maldecir!
—¿Quién te enseñó á orar?—Mi madre.
—La mujer toda es piedad.
—¿Y á vos á jurar? —Mi padre.
—Claro, siendo hombre...—¡Es verdad!
—Rogad, señor, como yo.
—Eso es tarde para mí.
Yo no creo...porque no.
Tú, ¿por qué crees?—Porque sí.
—Ya hay buitres en derredor
que nos quieren devorar.
—¡Son los ángeles, señor,
que nos vienen á salvar!—
Y ambos decian verdad,
pues á menudo se ve
que halla buitres la impiedad
donde halla ángeles la fe.
—¡Adios, señor!—¿Dónde vas?
—Voy allí...—¿Dónde es allí?
—A la gloria ...—¿Y dejas, Blas,
á tu general aquí?
No me dejes, mal amigo.
—Pues venga esa mano.—Ten;
y aunque dudé, iré contigo
creyendo en tu Dios tambien.—
Y así, cuando ya tenian
una misma fe los dos,
abrazados repetian
el «¡creo en Dios!» «¡creo en Dios!»
Y como era ya un creyente,
pasó, lo que es natural,
que, abrazado á su asistente,
subió al cielo el general.



GRUPO DE AMORCILLOS, por Hans Makart



¡POBRE CIEGO! cuadro por Leopoldo Cárlos Muller

TIPOS CONTEMPORÁNEOS

EL AMIGO PEPE, UN BUEN MUCHACHO

I

Es un tipo digno... ¡qué digno!... dignísimo de estudio, don José Fernandez Prieto, y mucho más en el actual momento histórico, como diria un orador incipiente. ¡Allí va! ¡Miradle! No es alto ni bajo, delgado ni grueso; pasaria seguramente desapercibido si él no pusiera tanto cuidado en llamar la atencion y si nosotros no supiéramos que era el mismísimo D. José, ó mejor dicho, Pepe. ¡Qué soltura la suya! ¡Qué envidiable desembarazo de movimientos! El enorme ruso, de correctísimo corte, adornado de pieles, que le cubre del cogote al tobillo y que agobiaria á otro cualquiera, parece en su persona ligerísimo abrigo veraniego. ¡Mirad! Por la acera de enfrente viene D. Norberto Regaton, personaje de campanillas en la ciudad, acompañando á doña Casilda de Parreño, señora de su contertulio D. Vicente. Apénas se han ofrecido á la vista de D. José en los últimos límites del horizonte de la calle (un horizonte *pour rire)* ya los ha percatado Pepito poniéndose erguido, estirándose el ruso y taconeando con alguna más fuerza. La distancia entre Pepe que va y doña Casilda y D. Norberto que vienen, se acorta por momentos hasta llegar el instante de cruzarse.

—¡A los piés de V., doña Casilda!—dice con clara y vibrante voz Pepito sin interrumpir su marcha por la acera de enfrente, pero haciendo un pequeño cambio de paso al mismo tiempo que inclinaba su flexible busto en graciosa reverencia y se quitaba el sombrero descubriendo su rizada cabeza con teatral movimiento. —¡Servidor de V., D. Norberto!

—¿Quién es ese jóven?—preguntó doña Casilda agradablemente sorprendida por el inesperado saludo de D. José y lisonjeada en su amor propio al verse conocida.

—¡Oh!—respondió D. Norberto.—¡Un buen muchacho! ¡El amigo Pepe! Como hace mucho tiempo que V. no sale no es extraño que no le conozca.

—¡Es simpático! ¡viste muy bien! Se conoce á la legua que tiene mucha sociedad.

—¡Oh! ¡mucha!

—Debe ser de muy buena familia.

—Es de presumir.

—¡Cómo! ¿No sabe V. de qué familia es?

—Es forastero.

—¡Ah ¡vamos!...

—Sí, es forastero; hará unos dos meses que está aquí; á mí me lo presentó... no sé, no me acuerdo bien.... puede que fuese el vizconde de Aldeatejada... en fin, no sé; pero es un chico muy amable.....

—¡Muy fino, D. Norberto, muy elegante! Eso no hay más que abrir los ojos.

—Me parece, doña Casilda, que si Pepe se fijase en Matildita... ¿eh? ¿me equivoco?... creo que por V. no habia de quedar.

—Eso es mucho decir, D. Norberto—replicó doña Casilda poniéndose grave.—El porvenir de una hija es cosa siempre de mucha trascendencia para una madre, y que no se resuelve, así, con tanta facilidad. Ese jóven, al primer pronto, me ha gustado, ha simpatizado conmigo; es muy atento; pero de esto á admitirlo desde luégo para yerno hay larga distancia; no digo yo que con el tiempo...

—¡Vamos! ¿No lo decia yo?

II

Pepe en tanto seguia su camino con la misma elegante desenvoltura, el mismo atildamiento de modales, la misma estudiada naturalidad de siempre. Apénas encontraba una persona de distincion á la que no saludase por su nombre de pila, ya con ceremoniosa cortesía, ya campechanamente, segun la condicion social del saludado. Con casi todos se detenia breves instantes, ya para deslizar en el oido de éste alguna frasecilla confidencial, ya para preguntar á aquel por la marcha de su noviazgo, ya para dar al otro alguna grata noticia. Tuteaba á muchos, bromeaba con los más, se daba aire de protector con no pocos y de todos parecia íntimo amigo y confidente. Al pasar por la histórica Plaza de la Feria se encontró con Antonio Carbajal que paseaba con Luis Escalada y tambien para ellos tuvo una sonrisa y una palmadita en el hombro.

—¿Se pasea con más fortuna por la calle del Moro?—dijo á Escalada.—¿Será pronto la marcha á Madrid?—preguntó á Carbajal.—Mucho sentiremos que se acerque sus buenos amigos; pero quien estará inconsolable será la linda Joaquinita; de todos modos ya sabe V. que me tiene á sus órdenes.

Escalada le contestó amistosamente que no se ganó Zamora en una hora; Carbajal le respondió con cierto desabrimiento dándole las gracias. Pepe siguió su triunfal camino, saludando, sonriendo, taconeando, jugueteando con los colgantes lentes, acicalándose la corbata y los guantes, atusándose la barba, echando piropos á las jóvenes, dando palmaditas á los amigos y deshaciéndose en cortesías con las señoras.

—No sé—dijo Escalada á Carbajal—por qué tratas á Pepe con esa frialdad. Cualquiera diria que te habia jugado alguna mala partida.

—No, por cierto; pero es un hombre que me ataca los nervios

—¡Friolera! ¿y por qué, hombre, por qué? Un muchacho tan simpático, tan amable con todo el mundo, de tan buena educacion, tan bien relacionado....

—¡Tambien tú! Pues señor, está visto que para hacer fortuna, vamos á tener que sentar plaza de humildes algunos en la escuela de Pepe. ¿Sabes tú quién es Pepe? ¿conoces á su familia?

—No, ni se me ha ocurrido nunca pensar en averiguarlo.

—Pues ahí tienes explicada la diferencia de nuestros criterios en lo que á Pepe se refiere.

—Pero sepamos, ¿conoces tú á la familia de Pepe? ¿hay algun misterio en su vida?

—No lo digo yo precisamente por eso; yo sé de la familia de Pepe lo que sabe todo el mundo: nada; pero al resto del mundo no le preocupa el saber de dónde ha venido Pepe para otorgarle su amistad, y á mí sí, porque me gusta saber con quién trato, y si es ó no digno de mi afecto; jamás me he fiado de apariencias, y en Pepe no hay otra cosa: bambolla, oropel, fatuidad; no quiero nada con eso. A tí te extraña mi manera de tratar á Pepe; ¿cuánto más no me extrañará á mí la manera con que le tratais los demás? ¿Qué títulos presenta á vuestra amistad? ¿El ser parlanchin, ó decidor, si te parece mejor esa palabra? ¿El tener la viveza del raton? ¿El vestir con elegancia? No veo en todo eso cualidad alguna sólida, digna de conquistar vuestra afeccion. Procedeis con demasiada ligereza al concederle vuestra confianza. ¿No quieres que encuentre desagradable, por ejemplo, el verme igualado en tu afecto, yo, amigo tuyo de la infancia y tu compañero inseparable de estudios y excursiones, con ese advenedizo mequetrefe, de quien no conoces más que el nombre?

—¡Qué disparate!

—No te lo ocultes á tí mismo, Luis; ese botarate de Pepito ha ocupado del primer salto en tu corazon una parte igual á la que en él tengo. ¿Te ofende que me exprese así? Pues bien, abandonemos ese ejemplo. ¿Dejarás de concederme que el tal corre-ve-y-dile, con su charla, con su ductilidad, con su desenfado y más que nada, con su sistema de conducta, porque hay que confesar que es un sistema el que sigue, pesa ya hoy en la balanza de la opinion tanto como tú, ó como yo, ó como cualquiera de las personas más conocidas ó mejor reputadas de la ciudad? ¿Y no es esto irritante?

—Si no te conociera, creeria que tienes celos de Pepe; afortunadamente estoy bien seguro de que no te mueve, al expresarte así, ninguna pasion mezquina.

—¡Oh! ¡nada de eso! Lo que me irrita es que Pepe nos convierta á todos en juguetes de su fatuidad; y que nosotros seamos tan simplones que le sirvamos de pedestal para su encumbramiento. ¡Cómo se reirá de nosotros! ¡Cómo crecerá su presuncion al considerarse tan por encima de todos, que á todos maneja á su sabor y á todos obligue á conspirar en su provecho! Vamos, te digo que esto es insufrible y que me ataca los nervios.

—¡Cálmate, Antonio, cálmate! La cosa no es para tanto, y no vale la pena de incomodarse.

—¡Que no vale la pena!... Ahí está el error, que os hace víctimas inconscientes de quien vale seguramente ménos que cualquiera de vosotros. No dais importancia á estas cosas y la tienen muy grande. Mira; anoche estuve en la tertulia de doña Lucía. ¿Sabes de lo que allí se habló principalmente? ¡De Pepe! Parecia que se trataba de alguna notabilidad, de algun genio, de alguna antigua y queridísima persona; todos los que allí estaban le conocian, todos se llamaban sus amigos, haciendo alarde de su amistad como se puede hacer de la de algun personaje distinguido que con ella nos honra; las señoras y señoritas... no digamos nada; todas se deshacian en elogios de Pepe, todas se jactaban de poseer algunos de sus secretillos; todas se hacian lenguas de su elegancia y buen porte, todas le consideraban como un gran partido, todas dejaban descubrir su deseo de conquistarle. ¿No es esto tonto y ridículo hasta la pared de enfrente? ¿No da pobrísima idea de la sociedad en que sucede? ¿Quién es Pepe, señor?... ¿Quién es ese personaje tan cacareado? ¡Un empleadillo de mala muerte, sin estudios ni carrera, de familia desconocida, sin más méritos que su pasadera figura y su flexibilidad de carácter, con mucha gramática parda y no poca palabrería!

—Pero seamos justos, Antonio. Ya que llevas las cosas á ese terreno, ¿no te será forzoso reconocer que por lo mismo que Pepe, bien considerado, es una persona insignificante, tiene que reunir cualidades sobresalientes para figurar en la sociedad y que es altamente meritorio, y hasta digno de asombro, si bien se reflexiona, el que haya logrado en tan poco tiempo como entre nosotros lleva, captarse tan unánimes simpatías y admiracion? ¿Qué gracia tiene que tú, hijo del senador D. Fulgencio, emparentado con lo más escogido de la ciudad, educado con brillantez, y sumamente rico, seas conocido de todos, y todos se honren en conocerte y tratarte? ¿Qué mérito encuentras en que yo, hijo del primer contribuyente de la provincia y educado como tú, aunque con ménos aprovechamiento, sea tambien conocido de todo el mundo y me vea siempre rodeado de queridísimos amigos? Despójate y despójame de ese conjunto de favorables circunstancias, que por tan directo modo han venido á determinar nuestra posicion actual; ponte por un momento en el caso de Pepe, y dime luégo con sinceridad, si crees que serias ó representarias lo que él es ó representa. Yo de mí sé decirte que, reducido á mis solas fuerzas, sin el prestigio de mi nombre y de mi cuna, con mis propios y personalísimos elementos, no me hallaba con ánimo de ser otra cosa, y no era poco si tanto alcanzaba, que un empleado más ó ménos inteligente ó un industrial ó comerciante más ó ménos afortunado, y en todo caso uno de tantos individuos como vemos por el mundo, que pasaria enteramente desapercibido sin que nadie me conociese, ni en parte alguna desempeñase algun papel interesante. ¿Cómo, pues, no he de hallar admirable y estupendo el éxito de Pepe? ¿Cómo dejaré de reconocer sus altos merecimientos cuando le veo, empleadillo de 8,000 reales con descuento, de familia ignorada, sin estudio ni carrera, abrirse paso por sus solas fuerzas en la sociedad y llegar á ocupar en ella un puesto brillante y ambicionado, atrayendo sobre sí la atencion de todos? Preciso es confesar que quien tal consigue es un sér fuera de lo ordinario y corriente digno de nuestra estimacion.

—¡Error, argucias, sofismas con que te engañas á tí mismo, Luis! No hay tal cosa; bien dice Campoamor que

Todo es segun el color
del cristal con que se mira.

Tú ves en el éxito que Pepe obtiene la prueba más palmaria de su gran valer y yo no veo en tal éxito sino la ruin mezquindad de la sociedad en que vivimos. ¿Qué grandes cosas hace Pepe? ¿Qué poema ha compuesto, qué máquinas ha inventado, qué beneficio ha dispensado á la humanidad?

—Poco á poco. ¡Pues qué! ¿No se descubre la grandeza del hombre sino en los poemas que escribe ó en las máquinas que inventa? En todo cabe lo extraordinario, y los caminos de la celebridad son muchos. .

—Pero, vamos á cuentas, Luis; dejemos la teoría, no porque en teoría salga perdiendo, sino para abreviar razones, y vamos á un caso práctico. ¿Quién es más estimable á tus ojos, nuestro antiguo condiscípulo Arturo Villa, que vive oscurecido, ó el asenderado Pepe?

—Arturo, sin duda.

—No necesito más. Arturo en efecto vale á tus ojos mucho más que Pepe¿por qué? porque Arturo es un verdadero sabio, un hombre de corazon, aunque algo raro é intransigente, que vive y vivirá probablemente siempre alejado de la sociedad sin brillar en ella, miéntras que Pepe es un entremetido sin más talento que el de saber exhibirse donde pueda ser notado para que todos le señalen con el dedo. Arturo no figura en ninguna parte ni es conocido en ninguna reunion. Pepe figura en todas partes y todos le conocen. ¿Qué importa? El valer de Arturo es positivo y tiene sus raíces en la cultura de su inteligencia, en la rectitud de su carácter, y en la excelencia de sus sentimientos; es un diamante escondido, pero los que puedan apreciar la brillantez de sus reflejos y la limpidez de sus cambiantes le aprecian en lo que merece, y acaso se quedan cortos en la quilatacion de sus méritos; el valer de Pepe es postizo y de relumbron, cimentado en el viento de su fatuidad y de su despreocupacion, por no llamarla otra cosa; es una piedra falsa que por el primor con que está pulida deslumbra y engaña; pero á poco que se la examine y analice descubre la mezquindad de su esencia. Y no me objetes con Larochefoucault que hay mérito sin elevacion, pero que no hay elevacion sin mérito; esto es exactísimo, pues al cabo el estafador que logra desentenderse de las garras de la justicia y redondea sus negocios elevándose, si á mano viene, á ser una potencia financiera, no deja de tener tambien su mérito; el mérito de Pepe, sin ser de la naturaleza del estafador, pues no es un mérito castigado en el Código, se le asemeja no poco. Tú, por lo visto, como casi todos los que á Pepe conocen, no habeis estudiado el sistema, hábil sin duda, aunque no muy honroso en mi concepto, con que acierta á trabar amistad con todo el mundo; yo, que le miré desde un principio con prevencion, le he descubierto el juego.

III

Antonio Carbajal tenia razon; su escrutadora mirada y su talento de observacion le habian dado la clave del enigma. Todo el asombroso éxito de Pepe obedecia á un cálculo, era un juego proseguido con verdadera fortuna por aquel *enfant gâté* de las tertulias y casinos de la ciudad; juego en el que, arriesgando un poquito de amor propio y otro poquito de dignidad, podia ganar, y ganaba ya positivamente muchísimo: numerosos amigos, no pocos admiradores, influyentes relaciones, y excelentes partidos de matrimonio, por si le daba la gana de ahorcar su libertad.

Pepe, sin ser un genio ni cosa que lo valiera, no dejaba de ser listo, especialmente para lo que le interesaba; le gustaba figurar, queria hacerse notable y ansiaba ocupar puestos elevados. ¿Cómo arreglárselas para conseguirlo? ¡Si él tuviera estudios! ¡Si supiera escribir, aunque sólo fuese alguna gacetilla!... Pero no habia que esperarlo; veinte veces se habia puesto á hilvanar una noticia, y otras tantas habia fracasado. ¡Si fuera rico!... ¡Ya lo creo! El dinero llama dinero, y el oro abre todas las puertas; pero no era lo peor que no fuese rico, sino que era tan pobre que estaba reducido al escasísimo sueldo que le daba la plaza de escribiente que desempeñaba en las oficinas de la Diputacion de Palencia, gracias á las relaciones que un tio suyo, cura de un pueblo próximo, tenia con el vicepresidente de la Comision provincial; por el lado de la riqueza, real ni presunta, no habia que hacerse ilusiones, *lasciate ogni speranza...* ¡Si siquiera, ya que no fuese él rico, lo fuera alguno de sus parientes!... Pero ¡sí, sí! todos eran más pobres que Carracuca, como se dice por esta tierra del garbanzo.

La situacion, como se vé, era apurada y digna de séria meditacion; sin estudios, sin dinero, sin parientes de influjo, reducido á sus solas fuerzas (porque hasta el tio cura se habia muerto sin dejarle ni un triste ochavo) teniendo

que buscárselas por sí solo, con aspiraciones á ser mucho no siendo nada, y sin otra base de elevacion que una plaza de escribiente, que no le daba de sí sino para comer sopas y patatas, Pepe se veia de mala manera.—¿Qué hacer?—se decia –esto es insoportable; yo me siento llamado á otra cosa; yo no puedo estar de escribiente toda mi vida; esto es espantoso. ¡Lástima de tio! ¡Por qué se moriria tan pronto! ¡Si siquiera hubiese logrado colocarme de oficial!... ¡Oh!... ¡Oficial!... ¡Ya lo creo!... ¡Si yo me encontrara en el pellejo de D. Canuto!... ¡No saben hacerse valer! ¡Pero escribiente!... ¿Quién hace caso de un escribiente? ¡Nadie! ¡Vaya V. á ofrecer sus servicios!... ¡Se reirian de uno!... Y sin embargo, esto no puede continuar, es necesario que esto acabe. Pero, ¿cómo? Ahí está el quid... ¡Veamos! Yo no soy feo... ¡gran idea! ¡Si se enamorara de mí D.ª Pascuala, la viuda de D. Benigno! Es influyente y dicen que muy sensible. Yo con poco me conformo; una plaza de oficial me basta para empezar; una vez ascendido á oficial, la cuestion está ya resuelta; me haria valer, y ó mucho me equivoco ó subiria como la espuma. ¡Nada, nada! probaremos fortuna; iré á ver á D.ª Pascuala; la diré que mi difunto tio me dió una recomendacion para ella; no es verdad, pero el caso es tener un pretexto para empezar á visitarla; malo ha de ser que siendo tan alegre como dicen, y adulándola convenientemente no me ofrezca su casa. ¡Al agua, patos! El que no se aventura no pasa la mar.

Pepe dió aquel primer paso y le salió á las mil maravillas. D.ª Pascuala, que en vida de su difunto no se distinguia por la rigidez de sus costumbres, soltó, despues de su muerte, la rienda á sus livianas pasiones, aunque guardando las formas y sin escándalo. Pepe tuvo la fortuna de encontrarla sola... decimos mal, de encontrarla con su gato, el hermoso *Michis*, de reluciente y cenicienta piel, célebre Tenorio de tejas arriba y favorito de su inflamable ama. La ocasion era propicia en sumo grado; la señora se aburria y el Michis la distraia jugueteando con una bola de papel. Pepe se hizo cargo de la situacion á una ojeada; supo ganarse la valiosa amistad del descendiente de Micifúz, y llegó á simpatizar con la tierna D.ª Pascuala.

A los quince dias era oficial de la Diputacion; jubiló su anticuado sombrero de copa y encargó un traje al mejor sastre de la localidad. Al mes de su visita á D.ª Pascuala, Pepe era una potencia en las oficinas; estaba desconocido. Creia no obstante á piés juntillas en el refran que dice que «ninguno en su tierra es rey» y aunque en su ciudad natal pudo hacer su pacotilla, no vaciló en solicitar y obtener un destino que le permitiese, en ciudad desconocida y lejana, desarrollar con amplitud sus planes. Su despedida de D.ª Pascuala fué casi trágica; la pobre señora no podia resignarse á verse abandonada por aquel barbilindo quedándose otra vez sola con su Michis; lloró, suplicó, amenazó, pero todo en balde. Pepe tenia su plan formado y la credencial en el bolsillo, y no era posible retroceder. D.ª Pascuala le llamó infiel, ingrato, voluble, traidor, alevoso, perjuro, y qué sé yo cuántas cosas más. Pero Pepito siguió en sus trece y D.ª Pascuala tuvo que bajar la cabeza. —Despues de todo—pensó—no faltará quien me consuele ¡Todos son lo mismo!... ¡Pobre D.ª Pascuala!

FERNANDO ARAUJO

(Continuará)



MERCURIO, estatua por Sellier

EL POROROCA

I

En vista de los favorables resultados que, para calmar los efectos de las tempestades en alta mar, produce la oleificacion de las olas embravecidas, parece que se piensa en Francia, á propuesta del académico de Bruselas, Mensbrugger, en hacer un decisivo ensayo del aceite, con el objeto de ver si tambien esta sustancia disminuye ó apacigua los desastrosos efectos del pororoca del Sena.

II

El POROROCA (voz brasileña; en francés *barre de flot*, ó *barre*, ó *mascaret;* en portugués *pororoca* y *macareo;* en inglés *bore* y *boar; Springwelle* y *Vorfluth* en aleman), es un súbito y especial levantamiento de las aguas marinas en la entrada de algunos rios á las mareas vivas de equinoccio.

Las aguas marinas en la pleamar se alzan de repente algunos metros sobre el nivel de las aguas fluviales, y rompen con asordante estrépito y fiera velocidad rio arriba hasta excepcional distancia de la desembocadura.

No en la entrada de todos los rios se ven estos efectos. El fenómeno requiere:

1.° Que el rio desague en un extendido estuario inundable en las mareas vivas;

2.° Que el estuario se angoste gradualmente;

Y 3.° Que tambien se estreche el rio.

La invasion de las aguas del mar en las mareas vivas equinocciales empuja hácia tierra considerable volúmen de la masa líquida por la ancha entrada del estuario; allí se agolpa el mar, y forzosamente se levanta y acumula, por no poder caminar desembarazadamente hácia la angostura del estuario, ni mucho ménos hácia la boca del rio, bastante más estrecha aún. La marea, creciendo siempre, sigue desde mar á dentro empujando hácia la playa el agua marina que ya ha penetrado en el interior de la tierra; y, cuando el flujo llega á la embocadura del rio, el acúmulo y exceso de las aguas marinas ha adquirido ya una elevacion irresistible sobre el nivel de las aguas fluviales descendentes hácia el mar; y, por tanto, el flujo, como una catarata, las atropella y les pasa por encima con la furia de un torrente desatado. En el *Severn* (canal de Bristol) el pororoca adquiere una elevacion de 9 piés (en este rio el agua de la marea creciente puede subir 18 piés en hora y media); en el Brahmaputra, de 12; en el Indo, de 9 (y bien experimentaron los barcos de Alejandro Magno lo terrible de las mareas de este rio); en la bahía de Fundy la elevacion del pororoca excede á la de Severn.

La terrible catarata es particularmente colosal en el Amazonas, á la confluencia del Ariguari.

Durante los tres dias próximos á los movilunios y plenilunios equinocciales, la marea, en lugar de invertir 6 horas para llegar á su máxima altura, llega á ella en el espacio de muy pocos momentos. Entónces se ve una ola de 4 á 5^m, luégo una segunda, despues una tercera, á veces una cuarta, que se siguen sin interrupcion, abarcando de orilla á orilla. Y en el Guana y el Capin (cerca de Para), y tambien en el Meary (Maranhao) llegan repentinamente las tres ó cuatro intumescencias gigantescas, corriendo una tras otra con inconcebible y vertiginosa celeridad, trastornando terrenos considerables, arrancando de cuajo árboles corpulentos, y destruyendo cuanto se halla en aguas de poca profundidad. Este pororoca desaparece en cuanto pasa de los parajes estrechos y encuentra mucho fondo. Los indios de aquellos parajes son los que han dado al espantoso fenómeno el nombre onomatopéyico de POROROCA. El *macareo* del Sena, que ocurre con la mayor puntualidad en los novilunios y plenilunios equinocciales, es de una imponente y majestuosa rapidez en Quillebœuf, donde la catarata marina, con una anchura de 10 kilómetros y una altura de 2 á 3^m, avanza con la velocidad de un caballo á escape, haciendo retroceder las aguas fluviales hácia sus fuentes, atacando el suelo, moviendo la barra, y tragándose á veces grandes extensiones de fértiles terrenos, miéntras en general, y hasta en la extrema desembocadura del Sena mismo, en el Havre, en Ronfleur, en Berville, el flujo, como de costumbre, va ascendiendo por grados insensibles. Un dia ó dos ántes del efecto máximo, el macareo es todavía muy de temer.

III

¿Qué origina, pues, la periodicidad del pororoca? ¿Cómo no se habia advertido ántes esa periodicidad? ¿Cómo las Sociedades científicas de Lóndres y de Paris, que desde el siglo pasado tenian ya noticia por La Condamine del espantoso fenómeno en el Amazonas, no habian logrado dar con la clave de los desastres que se repetian á sus puertas, ya en el *bore* del Severn y del Humber, ya en el *mascaret* del Sena y el Dordoña, ocurridos muchas veces á la luz del sol más puro, en medio de la calma más completa, en la ausencia de todo viento y de toda tempestad ni áun en los límites del horizonte, y sin que, al ruido tremebundo ocasionado por la irrupcion de las líquidas montañas, se mezclasen las fulminaciones del rayo ni los estampidos del trueno?

IV

El fenómeno no podia tener explicacion ninguna miéntras no se conoció en la ciencia más que una sola clase de ondas líquidas; y los hombres,—como Lucano en su Pharsalia al hablar de las playas inciertas de Francia que pertenecen unas veces á la tierra y otras veces pertenecen á la mar,—se resignaban á «*la ignorancia que los dioses han querido imponer á los hombres.*»

V

Todo el mundo se ha entretenido alguna vez observando con gran deleite las ONDAS que se forman en un estanque, cuando un cuerpecillo cae sobre su tranquila superficie.

Todos igualmente han visto que esas ondas se extienden en círculos concéntricos, y que avanzan hasta muy léjos en el agua serena de un canal; y todos, en fin, cuando prévios conocimientos tienen ya preparada ó ilustrada su observacion, han echado de ver, con cierta sorpresa, que una hoja, una ramilla, un corpúsculo cualquiera flotante en aquel agua remansada, sube y baja con las ondas, pero no camina con ella, sino que permanece fluctuando en su sitio, indiferente al viaje de la undulacion.

Esas undulaciones son, pues, más bien *tremor que movimiento.*

Este temblor del agua, producido por el viento, ó por un sólido al caer sobre un estanque, consiste principalmente en ascensos y descensos de las moléculas líquidas; pero de ninguna manera en trasporte, traslacion ó viaje de las moléculas mismas.

Así, un péndulo se mueve suspendido de un punto enteramente fijo.

Y así como, separado el hilo á plomo de su posicion de reposo y equilibrio, continúa, despues de suelto, moviéndose largo rato, de la misma manera continúan en el agua los círculos concéntricos despues de haber llegado al fondo la piedrecilla que les dió orígen. El péndulo y las moléculas del agua siguen en sus oscilaciones obedientes á dos fuerzas: la perturbacion que los sacó de equilibrio, y la accion de la gravedad.

El que, habiéndose embarcado por primera vez, ve venir contra el buque olas animadas de la enorme velocidad de muchas millas por hora, siente con sorpresa (no bastante á calmar su espantada tribulacion) que el buque cabalga gallardamente sobre las gigantescas oleadas; y ve, con cierta tranquilidad, que pasan en seguida por debajo y se alejan rápidamente, sin desviar de su curso á la embarcacion, ni ofenderla en lo más mínimo.

—¿Cómo es que, si está bajando la marea, las olas, sin embargo, suben por la playa?—suelen preguntar los campesinos.—¿Cómo es que el movimiento de la onda líquida es diferente y contrario al movimiento de los cuerpos? ¿Cómo la masa puede no separarse de un lugar, y moverse, sin embargo, *en ella* una undulacion? ¿Será que la ola no es lo que parece? ¿Es, en efecto, una ilusion, una apariencia, y no una realidad de traslacion?

En esta clase de undulaciones, pues, nunca hay ascenso de una molécula líquida, sin subsiguiente descenso de la misma; nunca descenso sin ascenso inmediato, nunca convexidad sin concavidad gemela; jamás es único, ántes bien siempre es múltiple, este agitarse de las aguas en subir y bajar continuamente: jamás se ve una intumescencia sola, ni tampoco una cavidad única; sino una GREY NUMEROSA de elevaciones y depresiones de la superficie; por lo cual esta clase de agitaciones líquidas ha recibido de Scott Russell el expresivo nombre de GREGARIAS. Las ondas se siguen siempre unas á otras con maravillosa regularidad: toda molécula situada en la cresta de una onda desciende de su elevada posicion para volver otra vez á

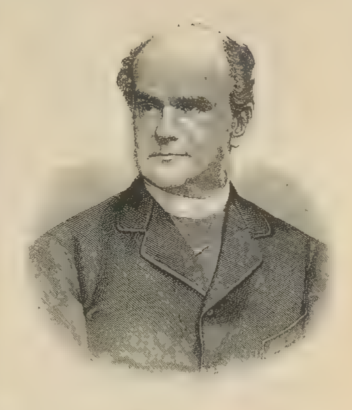
LOS REPRESENTANTES EXTRANJEROS EN LA CONFERENCIA DE BERLIN



BARON BILDT
representante de Suecia y Noruega



EL PRÍNCIPE DE BISMARCK



MARQUÉS DE BELMAR
representante de España



CONDE DE LAUNAY
representante de Italia



JOHN A. RASSON
representante de los Estados Unidos norte-americanos



CONDE F. SZECHENYI
representante de Austria-Hungría



SIR EDUARDO B. MALET
representante de Inglaterra




CONDE HATZFELD
Ministro prusiano de Negocios extranjeros



MARQUÉS DE PEÑAFIEL
representante de Portugal

ella, y el tiempo que invierte en una primera undulacion, es igual al que emplea en otra segunda, en otra tercera y en cada una de las siguientes; y, además, ese tiempo que una molécula emplea en la oscilacion es igual al tiempo que en el mismo estanque, y en las propias circunstancias, invierte otra molécula cualquiera en su ascenso y descenso individual; de modo que, como sucede en las oscilaciones de los péndulos de una MISMA LONGITUD, las ondas de una MISMA AMPLITUD verifican sus ascensos y descensos en tiempos iguales é independientemente de la altura.

Su velocidad de trasmision (nótese esto bien) es independiente de la profundidad del flúido.

En la superficie de los líquidos la forma de estas ondas es la de cicloides elongadas—más ó ménos—pero nunca la de la cicloide misma, porque las ondas se rompen en cuanto se acercan mucho á esta forma, que parece ser su límite.

Las moléculas, pues, en estos experimentos no viajan, por más que undulen; como en un campo de trigo las doradas espigas, agitadas por el viento, remedan las undulaciones de los lagos, sin separarse del lugar donde están fijas sus raíces.

Si, pues, llamamos positivo al subir, y negativo al bajar, en toda undulacion producida por el viento ó por el choque de un cuerpo sólido sobre la superficie de las aguas, tendremos siempre, durante el tremor del líquido, un período positivo y otro negativo, sucediéndose ambos rápidamente y á intérvalos regulares, pero sin movimiento real de traslacion.

La undulacion de las espigas es una individualidad fantasmagórica: la forma subsiste, pero la espiga que está ahora en la cúspide no es la que estará en el inmediato instante, ni la que estará luégo ni despues miéntras dure la MISMA undulacion. El movimiento de las ondas no es el trasporte de la materia, sino el movimiento de un movimiento, como Russell dice con suma profundidad; es la transferencia del tremor de una molécula á la inmediata, y de esta á la siguiente, y de la 3° á la 4°....., *sin la trans ferencia material de ninguna;* es la emigracion de la forma sin la peregrinacion de la substancia; es la trasmision de la fuerza sin el viaje del agente.

E. BENOT

(Se continuará)

IMP DE MONTANER Y SIMON.



REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La sociedad de escritores y artistas.—D. Lúcas Aguirre.—La Exposicion artístico-literaria.—La mesa redonda del ingenio.—Pintura.—Diciembre.—La nieve —La fiesta de la familia.—Policía de los oídos.

La sociedad de escritores y artistas cuenta algunos años de existencia y ha ido aumentando el número de individuos y la esfera de su accion. No es, ni con mucho, sombra de lo que es en Francia la sociedad de hombres de letras, pero á pesar de eso, dentro de los medios escasos y deficientes que su organizacion le ofrece, ha dado ya dos muestras de actividad vigorosa: el Centenario de Calderon, de inolvidable memoria, y la Exposicion artístico literaria que lleva ahora al local de las escuelas de Aguirre numerosísima concurrencia.

El nuevo edificio es amplio y bien proporcionado. Débese su edificacion á la caridad del difunto D. Lúcas Aguirre, opulento y piadoso ciudadano que ha dejado más de catorce millones de reales á los pobres de Madrid. Instituciones benéficas, limosnas anuales y mensuales, la dote que libra á una doncella desvalida de las aciagas desventuras del abandono, escuelas gratuitas para pobres, sopa á diario para los hambrientos: á todos ha llegado la caridad del Sr. Aguirre. En los hospitales de Madrid sus testamentarios han donado miles de metros de tela que luégo se pliega en los dobleces de una sábana ó se deshace en las hilas de un emplasto. Viendo aquella estantería de pino que en el hospital general enseña riquezas cuantiosas en ropa blanca; viendo seis



UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA, cuadro por A. Louftaunau

escuelas á que acuden los hijos de los pobres; viendo las cuentas de los testamentarios de D. Lúcas Aguirre que arrojan un total caudaloso; y pensando que todo esto lo ha regalado un hombre á los que padecen las desdichas del no tener, es preciso bendecir la caridad, admirar el corazon humano y sentirse con ménos tristeza en esta tierra de desórdenes y violencias.

La sociedad de escritores y artistas ha tenido la buena idea de inaugurar las Escuelas de Aguirre, situadas cerca del Parque de Madrid, con un certámen artístico y literario. Allí donde la caridad preparó hospedaje á la ciencia, allí se congregan las artes. Allí donde el corazon consumó la obra de dar, las musas celebran la fiesta esplendorosa de crear. Dar es el don del opulento; crear es la virtud del ingenio. Cuando el arte crea algo nuevo, el Olimpo se regocija. Cuando el corazon da algo más,—oro, caridad, amor,—el Paraíso se agita con las alas de sus ángeles y vibra el himno de estrofas inmortales del genio.

La Exposicion celebrada en las Escuelas de Aguirre es notable. La seccion de pintura, si no está enriquecida por grandes cuadros de laborioso desempeño, presenta, como en un álbum, las firmas de los Pradilla, Luna, Plasencia, Sala, Moreno Carbonero, Villegas, Gesa, y los otros maestros de la paleta hispana. Aquí sonríe la luz sevillana en un paisaje de Villegas, allá se ve la magistral manera de Pradilla en una acuarela, impregnada de la calma suprema que constituye el rasgo distintivo de sus creaciones, que parecen pensadas y pintadas en un convento. Junto á un ramito de flores en que las abejas hallarian aroma para sus construcciones de cera y las mariposas matices para sus alas, ramito pintado por Gesa que ha sorprendido á la primavera su arte de hacer rosas y violetas, se ve un grabado en boj de Carretero, cuyo buril tiene en el acerado pico prodigioso prestigio para realizar el arte dislacerando las vetas de la amarilla y dócil madera.

Las demás artes tienen tambien su representacion en las Escuelas de Aguirre. Hay esculturas de escaso mérito, modelos de tipografía, grabado é imprenta.

Lo que más éxito ha tenido es la sala que representa la redaccion de un periódico, con su mesa ovalada donde todos escriben en comun, á la manera como los monjes rezan en comun su oracion por la humanidad pecadora.

Alguien ha llamado á aquella mesa típica de las redacciones la mesa redonda de las musas.

Hay más profundidad de lo que á primera vista aparece en esta frase, y escarbando un poco en su corteza antiretórica, vese aparecer el secreto del trabajo periodístico, febril é irregular, fácilmente concebido y prontamente olvidado, y en el cual el mismo artículo que hoy provoca un motin, es leido mañana con desden, entre bostezos de aburrimiento. Esa mesa redonda donde las musas ofrecen bríndis á los labios del ingenio y se dejan enamorar por sus caricias, tiene, como presidente de sus lascivas fiestas, á un viejo de luenga barba, el mismo que descubrió la diabólico-divina idea de reproducir con un menudo útil de hierro el pensamiento humano en cientos de miles de ejemplares. De Gutemberg hablo, del venerable aleman, que dotó á la humanidad de un nuevo sentido: el de la imprenta, que alarga y amplifica la eficacia y potencia de los otros sentidos.

En las paredes de esta sala campean en blancos tarjetones los preclaros nombres de los fundadores del periodismo español: Calvo Asensio.—Gasset y Artime.—Fernandez de los Rios.—Cárlos Rubio.

***

Diciembre, mes de la glotonería, y la cristiandad se prepara á celebrar sus fiestas cristiano-paganas. El pavo se estremece de ira presintiendo su fin trágico y bajo su gorro frigio de rojos festones palpitan discursos de venganza.

Humanidad, humanidad... no puedes festejar las alegrías del espíritu sin dar al estómago parte de ellas... A cada uno de tus entusiasmos sigue muy de cerca una indigestion.

***

Si la nieve cae, el pobre tirita y el rico se envuelve en las pieles de oso y marta, y arrimado al hogar, sumido en el dulce sopor que producen copiosas libaciones y abundante yantar cuando se digieren entre la tibia atmósfera de una estancia bien templada, parece un sér extraño y pacífico que tiene en sus entrañas un altar al egoismo. ¡Bien cae fuera la nieve! ¡Bien chisporrotea la leña dentro! Fuera el mendigo, la pulmonía, los sabañones y las molestias... Dentro la comodidad, el boato, el lujo.

Cae, nieve blanca y fria.

Arde, leña seca, entre cuyas vetas duermen esas hadas rubias y azules del incendio.

¡Frio y calor!

La humanidad es en lo moral juguete de las atracciones y repulsiones del frio del odio y del calor de los afectos.

***

La cena es una institucion, cuando la opulencia la rodea de sus prestigios y el artífice pone en su trono los adornos del lujo.

Ved ese pobre jornalero, cuán rápida y frugalmente despacha su racion de bacalao. Suprime los adornos de la mesa. No hay mantel en ella, no hay vajilla tampoco. El tenedor que esgrime es el primitivo de los cinco dedos con que el padre Adan tomó de las manos de Eva la manzana, cuya digestion no ha acabado aun de hacer la humanidad. Puede ser feliz sin copas de plata en que le escancien el vino y hasta el vino puede faltar en su agapa, con tal de que el hambre la sazone.

Pero el hombre, ansioso de placeres, busca incentivo á ellos, en cuanto le rodea. Tiende sobre la mesa rica adamascada mantelería. Forma en fila vasos de cristal clarísimo y á cada uno le da la forma más propia para que mejor envie á los labios las deleitables sensaciones almacenadas en el fondo de una vieja botella: hé aquí el ancho cáliz del Champagne donde estallan las burbujillas de plata y donde hierve el ácido carbónico: más acá está la copa del modesto Valdepeñas, y en el remate de la fila el dedalillo de cristal donde los filósofos de la Chartreuse, que tienen en su alquimia los secretos de Baco y de los ángeles, vierten gota á gota la decantacion del jugo de las plantas.

***

«Noche Buena y sin cenar.»

Este es el título de un viejo sainete representado todos los años en los teatros de Madrid durante las fiestas de Natividad.

Apénas se concibe ese título, que es el colmo de las desventuras.

No cenar cualquier noche del año es una desgracia. No cenar la noche de Noche Buena es una desgracia inmensa.

Si yo fuera poeta escribiria una elegía cuyo asunto habia de ser el cántico desesperado del hambriento en Noche Buena, y creo sinceramente que el nihilismo con sus minas de dinamita que estallan, con sus puñales envenenados, con toda su inagotable estirpe de horrores, surgió del cerebro de un hombre que sin cena, sin capa, y sin leña ante cuya lumbre calentarse, pasó esa clásica noche á la puerta de la casa de un rico, oyendo las carcajadas y los bríndis, la música salvaje pero inocente y alegre de panderetas y rabeles y los villancicos que inspira una digestion feliz.

***

De este contraste duro, feroz, irritante que ofrece la miseria y el lujo, surgen en Noche Buena torrentes de caridad. El hombre más avaro da limosna despues que sale de la cena familiar, para ir á la misa del gallo.

Tal vez os hallais al doblar esa esquina donde las pulmonías hacen su guardia, un niño mísero, casi desnudo, tiritando, las crenchas de pelo empapadas en la húmeda neblina... Acordaos de que, miéntras acaso ese niño se muere de hambre, hay quien se muere de indigestion, y tened en cuenta aquella máxima del héroe de la caridad cristiana:

«El que muere por carecer, tiene en la otra vida la gloria de la abundancia.

»El que aquí carece de monedas de oro, tiene allá arriba el tesoro de las estrellas de Dios, de inagotable brillo y de esplendor perenne.»

***

Despues de la fiesta de la familia se desencadena en aquella noche el escándalo que anda por las calles atronando las esferas con su música infernal.

La diosa de la armonía sufre y llora, en tal trance, la falta de una ley de policía que prohiba la mala música, como se prohiben los focos de infeccion.

Así como hay en cualquier villa medianamente dotada de servicios municipales, carros que recogen de la vía pública las inmundicias, debia en Noche Buena ir por las calles un furgon donde se recogiese á los que esgrimen almireces y tañen latas de petróleo...

Para llevarles á una isla desierta.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA
cuadro por A. Louftaunau

Ocurre á veces que durante una calurosa tarde de verano, estando el cielo sin nubes, la atmósfera sin vientos, la naturaleza como en suspenso de sus funciones, presentimos la proximidad de una borrasca. Entónces, á despecho de las apariencias, decimos:

—Estamos amenazados de tempestad.

Pues otro tanto sucede considerando el asunto de este cuadro. Un viejo general, clavado por la gota en un sillon, está completamente abismado por una partida de ajedrez que ha empeñado con su jóven esposa. Esta se preocupa ménos del tablero y de las piezas; sin duda juega maquinalmente; su imaginacion, la loca de la casa, vaga sin duda por espacios muy distintos, tan distintos como lo son la edad, el temperamento y las ilusiones de uno y otro cónyuge. Por esto, al contemplar esta escena tan tranquila, tan inocente, hasta tan simpática considerada en su superficie, hemos de decir á pesar nuestro:

—Más ó ménos pronto, aquí sucederá algo....

Los matrimonios de conveniencia son como los incendios mal extinguidos: un dia ú otro se produce el conflicto.

Este cuadro está ejecutado con habilidad suma y ha sido popularizado por cuantos medios de reproduccion tiene á mano el arte moderno. Cuando tal ocurre con un sencillo asunto de familia, prueba que este asunto ha sido tratado de mano maestra.

INCENDIO DE UN TEATRO
cuadro por R. Ernst

Pertenece este lienzo al género que pudiéramos llamar de sensacion, y bajo este concepto es tan acabado como lo son los dramas de Bouchardy en el género literario que se dió en llamar de brocha gorda.

En el interior del coliseo han prendido las llamas: desde este punto ha dado comienzo la catástrofe. Instantáneamente se han confundido en un mismo terror artistas y espectadores: juntos y confundidos en el torbellino del espanto comun, el instinto de conservacion les ha empujado hácia un mismo punto de salida, ó sea la puerta del teatro. Allí se atropellan elegantes damas y rústicos comparsas, el barba y la bailarina, el pollo remilgado que defiende el charol de sus botas y el intrépido bombero sin más objetivo que la extincion del incendio. En la calle, la jóven que corre desolada é ignorante de la suerte que ha cabido á sus padres, la dama que auxilia á su marido asfixiado, los atónitos curiosos que contemplan como si fuera un espectáculo teatral lo que es una realidad harto terrible, completan el efecto de este cuadro, inspirado, sin duda, por uno de esos siniestros á que, con espantosa frecuencia, nos tiene acostumbrados la falta de vigilancia en esa clase de locales.

El cuadro que reproducimos no está falto de vida ni áun de verdad; pero algo falta en él para que cause todo el efecto que el autor debe haberse propuesto. Y es, probablemente, que su verdad se resiente de la verdad fotográfica; el cuerpo sin el alma, la catástrofe sin el sentimiento, el arte sin la inspiracion. Es un cuadro que espanta, pero que no conmueve.

GALANTERIA DE ANTAÑO,
cuadro por Cárlos Gampenkieder

Los más cumplidos galanes de nuestros dias se contentan (oficialmente al ménos) con besar las manos á las damas en forma mental, representada á lo sumo por unas iniciales al pié de una carta, á título de antefirma.

Nuestros progenitores de principios de este siglo, eran sin duda ménos alegóricos en el ramo de cortesía, y cuando besaban la mano de una dama, se la besaban de veras y hasta con estrépito. El uso admitia corrientemente esto que hoy llamaríamos liviandad de parte de las mujeres ó libertad indisculpable de parte de los hombres; lo cual prueba que en materia de formas sociales, allá van leyes... donde permiten costumbres.

Las de nuestros tiempos, á pesar de cuanto se declama contra ellas, no nos parecen las más reprobables. Y no entramos á discutir acerca de trajes femeninos, porque la comparacion habria de ser mucho ménos respetuosa aún para nuestras abuelas Quien lo dude puede convencerse por este cuadro, cuyos personajes son otros tantos figurines de época

Como trabajo de arte, la obra del pintor bávaro ha llamado con justicia la atencion en Munich, que es, hoy por hoy, la poblacion de mejor sentido artístico de Europa.

Los candidatos del partido republicano á la Presidencia y Vicepresidencia de los Estados Unidos

Habiendo publicado en uno de nuestros números anteriores los retratos de los candidatos del partido democrático á la presidencia y vicepresidencia de la gran república norteamericana, justo será que ofrezcamos asimismo los de los candidatos del partido republicano James G. Blaine y John A. Logan, por más que hayan salido derrotados en la reciente lucha electoral. Con respecto á sus antecedentes y méritos, los periódicos se han ocupado tanto de unos y otros, que juzgamos ocioso ocuparnos de ellos.

ARQUITECTURA INFANTIL, dibujo por Seymour

Bonita y sencilla composicion, cuya descripcion no es necesaria porque harto se echa de ver su asunto. Si el diestro dibujante emplea en estos entretenimientos sus ratos de ocio, el arte debe estarle agradecido.

MARCELA SEMBRICH

El dia 15 de febrero de 1858 y en una pequeña poblacion de Galitzia, nació una hermosa niña, que por de pronto vino á aumentar los apuros de su padre, inteligente cuanto humilde profesor de violin, más abundante en duelos que en dinero, con un pasado muy negro y un porvenir tan negro como su pasado.

Fuerza era que la niña dejara cuanto ántes de ser una carga para su familia; así fué que, educada musicalmente por su padre, lo mejor que éste supo, á los seis años de edad se presentó ante el público de Lemberg, ejecutando con rara habilidad algunas composiciones para violin y para piano. Estas precoces demostraciones de su talento artístico, habian costado á la pobre Marcelina un rudo aprendizaje: su padre y maestro no podia prescindir del trabajo del dia para ganar el pan de la familia, y la tierna niña, para dar leccion, tenia que abandonar el lecho ántes del alba, muerta de sueño, transida de frio, hasta que, excitado su entusiasmo musical, la exaltacion del espíritu sobrepujaba á la debilidad del cuerpo.

Ya revelado el talento de Marcela, recibió lecciones del profesor Stengel, hoy esposo de la artista, quien la aconsejó completara su educacion en Viena; y con efecto, trasladóse á la capital de Austria, donde el célebre Liszt la predijo un porvenir brillante como concertista. Quizás se hubiera realizado el vaticinio del gran maestro, si el desarrollo de la voz de Marcela no la hubiera hecho pen-

sar en la escena, donde tantos y tales triunfos la esperaban.

Preparada por Lamperti, el más justamente renombrado de los profesores de canto en Milan, á los dos años de estudio debutaba, con éxito extraordinario, en el teatro Real de Atenas; y desde entónces el arte divino contó con una nueva y brillantísima estrella.

Dresde, San Petersburgo, Moscou, Milan, Madrid, Lóndres, Paris, han creado á la eminente cantante una reputacion de primer órden. En Barcelona ha debutado asimismo con gran éxito en el teatro del Liceo con la *Lucia di Lammermoor*, una de sus más favorecidas partituras.

Y como ni la prosperidad ni la desgracia son permanentes, á la estrechez de la infancia ha reemplazado la abundancia del presente. Dícese que Marcela Sembrich ha firmado una contrata para cantar en Madrid y Lisboa, desde enero á abril del año próximo, recibiendo por estos solos cuatro meses 250,000 francos de paga. Es mucha paga, pero... ¡es mucha artista!...

M. y Mme. CLODOVEO HUGUES

El palacio de justicia de Paris fué teatro, el dia 27 de noviembre último, de un hecho incalificable é incalificado hasta el presente. Una mujer hermosa y honrada, legítima esposa de Mr. Clodoveo Hugues, diputado por las Bocas del Ródano, descargó cuatro tiros de revolver contra cierto Mr. Morin, un miserable, director de una de esas escandalosas agencias en que, por dinero, se fabrican ó destruyen reputaciones á gusto del que paga. Mme. Hugues habia sido víctima de esas infamias, y la tardanza en la aplicacion de la ley, que habia invocado, completó su natural exasperacion, hasta el punto de que, habiendo tropezado al salir de la audiencia, con su insolente calumniador, le metió con toda intencion cuatro balas en el cuerpo. Mr. Morin ha muerto.

La heroína de esta aventura fué presa inmediatamente. Se ignora el fallo que el tribunal dicte: en cuanto á la opinion pública, ha absuelto en su inmensa mayoría á la vengadora de su honra.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA NOCHE BUENA, cuadro por E. Zimmann

Un asunto tan interesante, al par de bello y poético como es el Nacimiento del Señor, habia de preocupar precisamente á los artistas, y mucho más en aquellos tiempos en que las obras pictóricas estaban tan exclusivamente destinadas á decorar iglesias y conventos ó palacios de príncipes cristianos. Esto explica el gran número de cuadros que representan la sublime cuanto tierna escena de Belen, ejecutados algunos por pintores de primera fuerza y muchos por artistas tan desprovistos de talento como sobrados de osadía; pues de ella necesita gran dósis el que no retrocede ante las inmensas dificultades de una composicion en que lo real y lo ideal entran por iguales partes, en su manifestacion más vulgar y más grande á un tiempo mismo.

El Nacimiento que hoy repartimos es verdaderamente obra bien concebida al par de bien ejecutada y de un sabor clásico que recuerda las mejores composiciones de esta escena por los más grandes maestros. María, la figura principal, es de una belleza mística perfectamente entendida; en su semblante resplandece la felicidad íntima de la madre, sin perjudicar en lo más mínimo al candor de la vírgen. Los demás personajes están dibujados con firmeza y los grupos combinados con naturalidad artística y de buen efecto, sin que los unos embaracen á los otros, ni los tipos adolezcan de cierta rusticidad vulgar y monótona, harto comun en los Nacimientos.

La impresion general es grandiosa y participa del efecto que causan los lienzos que pudiéramos llamar de la grande escuela.

EL BARBERO DE SEIJO

Historia que parece novela.

I

Un rio que corre entre juncos y espadañas; un ciento de casas, algunas de ellas de tierra; una iglesia de piedra sin labrar; un bosque de castaños y tilos y un elevado monte que sirve como de telon de fondo á esta sencilla decoracion: tal es en conjunto la aldea de Seijo, en la cual se desarrolla la accion de esta verídica historia que más parece cuento.

El rio, que es bastante caudaloso, besa hipócritamente los piés de la aldea, pues cuando la nieve que corona la cima del vecino monte se funde á los rayos del sol, hincha su seno y se precipita transformado en asolador torrente sobre las casas que convierte en ruinas y sobre el bosque cuya leña va á enriquecer llevada por la corriente, á pueblos situados á ocho leguas de Seijo.

Las casas de que hemos hablado, se encuentran como egoistas, aisladas unas de las otras, y todas poseen un trozo de huerta y un corral, adosados á su pared del mediodía, defendida la primera de la mala vecindad del segundo por un seto vivo de zarzamoras y el conjunto de los dos por un *cierre* de piedras, que su dueño se encarga de bajar del monte y ordenarlas, y el viento y los chicos de deshacer la obra al dia siguiente.

II

Quizás sea yo el primer madrileño que ha visitado el ignorado rincon cuya pintura acabo de hacer á grandes rasgos, y nuevo Colon de esa vieja aldea, me permito recomendarla á los que temen los rigores del verano, por lo que á su físico atañe, y á los que aman la soledad, por lo que atañe á su parte moral. Allí entre los ochenta vecinos de que consta el lugar, encontrarán, los que se atrevan á emprender el viaje, frescura, soledad, silencio y jamones ahumados exentos de *trichina;* cosas todas de que rara vez disfrutarán en la corte.

Además, los ligeros de piernas á quienes no arredre la altura del monte, y tengan la cabeza bastante firme para escalarle siguiendo los senderos de cabras en él trazados, gozarán, despues de una hora de camino y al trasponer el vértice, del sorprendente espectáculo que ofrece el Océano rompiendo sus olas sobre los guijarros de una microscópica playa.

Del carácter de los vecinos de Seijo podrán juzgar los que tengan paciencia para seguir hasta el fin esta narracion.

Y por si alguno entrase en ganas de ponerse en camino, llevado de la curiosidad por la descripcion que he hecho de la aldea, me permitiré darle un consejo que no dudo me agradecerá más tarde, y es, que ínterin resida en ella se deje la barba, á ménos que no posea navaja y habilidad para afeitarse por sí solo.

III

Digo pues, dejando á un lado el cómo y porqué llegué á Seijo, que despues de dos dias de viaje y tres de residencia, me sorprendí desagradablemente en el que hacia el quinto, al contemplar mi cara en un pequeño espejo de bolsillo de mi uso particular. Lo que motivó mi desagrado fué el crecimiento irregular de la barba, que daba á mi fisonomía de suyo lánguida, el aspecto de un convaleciente dado de alta en un hospital por un enfermero poco escrupuloso.

Resolví en vista de ello que desapareciera la causa fundamental que producia aquel efecto, y tomé lenguas en averiguacion de quién podria, sin detrimento de mi persona, llevar á la práctica la resolucion por mí adoptada de afeitarme.

Don Bruno, el mejor jugador de bolos del pueblo, y además cura del mismo y mi contertulio, fué quien me sacó del atasco recomendándome como idóneo para el caso al tio Anton, que además de su especialidad como rapista, reunia los oficios de veterinario, herrador y cirujano. En vano alegué que un hombre acostumbrado á herrar bueyes no se distinguiria por la suavidad de su mano; cerróme el cura la boca asegurándome ser tan delicado de cutis como yo, y añadiendo que cuando él ponia su cara y hasta su cabeza en contacto con las navajas de Anton, bien podia yo sin el menor cuidado entregar los cuatro pelos mal sembrados, de que constaba mi barba, al filo de su herramienta, que en dos minutos daria cuenta de ellos.

Si yo hubiera sabido, como posteriormente lo supe, lo duro que era el cráneo del señor cura y lo curtida que estaba su fisonomía, no hubiera accedido á su recomendacion, y por consiguiente no podria ahora contar esta historia, justa compensacion de mis sufrimientos; pero yo ignorante del peligro y confiado en la palabra del clérigo acudí á casa de Anton.

IV

Recuerdo que era lúnes cuando me decidí, y por esta razon no encontré en el domicilio del barbero más parroquiano que un manso buey, que colgado de cuatro estacas, se dejaba herrar dócilmente por la propia mano del maestro.

No dejó de humillarme tener que esperar vez, tratándose de aquel rumiante, pero disimulé mi impresion y me dediqué á estudiar la persona en cuyas manos me iba á poner.

El tio Anton era hombre que podria tener de sesenta á sesenta y cuatro años, si no mentia su pelo completamente gris, que como enmarañada selva cubria su cabeza con tendencias á apoderarse de la frente. Su cara de un moreno cetrino estaba completamente afeitada, y no ostentaba, excepcion hecha de sus pobladas cejas, un pelo en toda ella; cosa de que no podian vanagloriarse los brazos, que dejaba ver la camisa remangada por encima del codo. Era alto y fornido, y todo él más en armonía con el oficio en que le hallaba ocupado, que con el de barbero. Parecia por lo demás hombre campechano y decidor, y sus ojillos pardos y penetrantes revelaban una sagacidad poco comun áun entre hombres no nacidos y criados en Seijo. Hallábase en mangas de camisa, y el resto de su traje se componia de unos zapatos blancos de gruesa suela, y de unos pantalones de algodon á rayas azules y negras. Las medias no se le veian, pero se podria asegurar que no las llevaba.

Esperé, fumando un cigarro, que terminara su tarea, y por fin, herrado el buey y descolgado del *potro*, me dirigí al barbero y entablamos este diálogo:

—Dios guarde á V., tio Anton.

—Y á V. tambien, caballero.

—Necesito de los servicios de su profesion, y el señor cura me ha indicado que V. puede complacerme.

—Tendré mucho gusto en ello, pero como tengo varios oficios, dígame V. de cuál de ellos necesita. ¿Del de herrador no será?...

—¡Hombre, naturalmente!

—Dispense V., pero podia tener algun caballo desherrado....

—No tengo caballo, por tanto no es al herrador á quien vengo á buscar, sino al barbero.

—¡Ah! entónces es poca cosa; éntre V. en casa, porque aunque generalmente afeito acá fuera, á V., como no está hecho á ello, le incomodarian los rayos del sol.

—Dice V. bien.

V

Hago al tio Anton la justicia de creer que me introdujo en la mejor pieza de la casa; y era la tal una salita bastante grande, cuidadosamente blanqueada y alumbrada por dos rasgadas ventanas, que dejaban penetrar los rayos del sol, de que me queria librar el barbero. Los cristales libres de cortinillas, permitian admirar las coles y las habas del huerto. El mueblaje se componia de una antiquísima cómoda, sobre la que colgaba un espejo con marco de madera; seis sillas oriundas de Vitoria; un cuadro con un Ecce-homo, y una bacía de laton colgada del mismo clavo que el cuadro. La union de estas dos últimas cosas, parecia un símbolo.

—Vaya V. tomando asiento, miéntras voy por un poco de agua caliente.

Obedecí la órden del tio Anton y me senté.

Á los dos minutos volvió á aparecer con una taza blanca y una navaja con cabos negros.

—Póngase V. aquí, y estará con comodidad.

Comodidad era la palabra que cuadraba con la posicion que me hizo adoptar, pues colocó mi silla de espaldas á la cómoda, haciéndome reclinar la cabeza contra esta.

En seguida sacó del primer cajon de este mueble una pastilla de jabon casi nueva, y una toalla casi limpia, y ciñéndome esta alrededor del cuello empezó á bañarme el rostro.

Acometióme un terror súbito, y le dije:

—¡No me descañone V.!

—Mejor será, porque tiene V. muy delicado el pellejo, y por más que esta navaja no ha servido más que una vez, y tiene buen corte, siempre le lastimaria algo al querer *apurarle*.

—¿No usa V. nuez para afeitar?

—¡Quiá! no señor, aquí no se dan bien las nueces, de modo que en su lugar uso una castaña, de que aquí hay abundancia, y que una vez metida en la boca hace el mismo efecto. Pero para V. no hace falta ninguna.

¡Bendije interiormente á la Providencia, que dándome la rubicundez que poseo, me habia librado del uso de la castaña!

Dió principio el martirio ¡y qué martirio!... En vano me revolvia en la silla; el tio Anton con una flema digna de mejor causa, no se interrumpia sino para pasar la hoja de la navaja por la palma de su callosa mano, con lo cual en vez de suavizarla la ponia más áspera de lo que estaba.

Faltábame un carrillo por desollar, cuando un repelon más pronunciado que los demás me hizo soltar un voto, y tras el voto estas palabras:

—¿Con que esta es la navaja que tiene V. reservada para los forasteros? ¡Pues podia V. haberla dejado en su sitio y haberme afeitado con cualquiera otra, que de fijo no seria tan mala como esta!

—¡Hombre, qué delicado y qué desagradecido es V.! ¡Pues es preciso que sepa, que esta navaja no sólo es excelente, por lo cual le hago un favor al afeitarle con ella, sino que es al mismo tiempo una reliquia; por más que, como ya le he dicho, ha servido una sola vez!

—¡Vamos! la estrenaria V. en alguno de su familia, que luego murió, y en recuerdo la conserva V. como oro en paño!

—¡Quiá, no señor!

—¿Rasuró V. con ella al Obispo?

—Nada de eso. La única vez que la he usado, hasta ahora, fué para afeitar á un muerto.

Mis nervios puestos hacia rato en tortura, experimentaron al oir estas palabras, un choque tan violento, que pegué un bote sobre la silla, como si me hubiesen aplicado á las orejas una botella de Leyden. Al propio tiempo la mano del tio Anton, que miéntras hablaba proseguia su obra, me tropezó violentamente y me hizo un chirlo por el que empecé á sangrar en abundancia.

—¡No es nada, no es nada! Apriétese V. con la toalla miéntras voy por cualquier cosa para ponerle en la *matacura*.

Pocos minutos tardó en volver, pero puedo asegurar que los aproveché bien, renegando de él, y del cura, causa primordial de hallarme en tal estado.

Regresó mi hombre, que por cierto no habia perdido nada de su serenidad, trayendo arrollada al dedo una enorme telaraña, que con la delicadeza posible me colocó sobre la herida, y acto seguido se disculpó de su atropello diciéndome:

—¡No sé cómo no le he degollado á V.! Ni que tuviera usted azogue en el cuerpo!!...

—Pero ¿le parece á V. cosa de poco más ó ménos, decirle á uno que la navaja con que le afeitan ha *debutado* en la cara de un muerto, sabe Dios de qué enfermedad?

—Si V. no fuese tan vivo, yo le hubiera tranquilizado, poniéndole de manifiesto el cómo y porqué de mi dicho, pero como no me ha dejado V. acabar mi relacion!...

—¡Pues, hombre, acábela V.!

—Entónces eche V. un cigarro, y miéntras se cicatriza la herida le referiré la historia para que no tenga ninguna aprension.



INCENDIO DE UN TEATRO, cuadro por R. Ernst



GALANTERÍA DE ANTAÑO, cuadro por Carlos Gampenrieder

—Pero, ¿y lo que falta por afeitar?

—Es verdad; quiere decir que hablaré y rasuraré al mismo tiempo, pero no dé saltos, si no quiere salir señalado en el otro carrillo.

—Empiece V., que estaré como el muerto de que va V. á hablar.

VI

«Dos años hará el mes que viene, que vivia en la casa grande que está á la entrada de la plaza, Rita Colombres, la moza más guapa de Seijo y de diez leguas á la redonda, segun el decir de los que han viajado por esos mundos. En frente de la casa de Rita hay otra casa que tambien V. habrá visto....

—No recuerdo.

—Pues bien, en ella vivia por la misma fecha, Hermenegildo, ó Gildo, como mejor se le conocia, con su madre la tia Nemesia que tenia ochenta años, y á la que mantenia aquel á fuerza de trabajo.

Aconteció que Gildo, con otros, fué á segar la yerba del prado de Rita, porque es menester advertir que su padre es uno de los más ricos de la aldea, y lo mismo fué ver á la muchacha, se enamoricó como un bobo, y como un bobo fué todos los dias al retirarse á su casa á rondar la de Rita, con la esperanza de volverla á ver áun cuando fuera de léjos.

Si Rita era la mejor moza de la aldea, Gildo era el mejor mozo, y por este lado nada se tenian que echar en cara; pero como por el lado del interés no habia ni punto de comparacion, el pobre Gildo no se atrevia á decir á Rita su sentir, y empezó á no comer, y á adelgazar. y ¡pásmese V.! dejó hasta de afeitarse!

La tia Nemesia, que conoció el pié de que su hijo renqueaba, quiso sacarle de penas, ó por lo ménos desengañarle, para de este modo traerle otra vez á buen camino, y fué á hablar al padre de Rita.

Recibióla este muy atento, pues es un pedazo de pan el pobre, y cuando le manifestó lo que á su casa le llevaba, contestó que sabia bien lo que Gildo valia, y que como en Seijo no habia mucho en que escoger, y dos brazos hechos al trabajo valen cualquier dinero, no tenia dificultad por su parte en que la boda se hiciera, siempre que su hija fuese gustosa en ello.

Inútil es decir que la tia Nemesia volvió á su casa saltando, como cuando tenia quince años, y más alegre que un pandero Más se alegró Gildo cuando lo supo, pues se creyó subido de golpe al cielo de su deseo; y desde aquel dia empezó á reponerse y á rondar á su novia, no sin haber venido ántes por acá á afeitarse y á contarme lo sucedido, como amigo en quien podia confiar su pena y su alegría.»

—¿Le duele á V. la matadura?

—Poco. Siga V. su historia.

VII

«No podia estar oculta para Rita la intencion de Gildo, pues los paseos, miradas, cantares y demás zarandajas que usan los enamorados, bien claramente se lo hubieran dado á entender, pero como á todo ello no prestase migaja de atencion, ni se diera por entendida, Gildo, aconsejado por todos sus amigos y por mí especialmente, se dejó de circunloquios é indirectas, y un domingo que pudo hablarla á solas, le dijo su sentir, y cómo su padre no habia puesto objecion al matrimonio. La contestacion de la muchacha fué de esas que no dejan ni duda ni esperanza, y como no se mordia la lengua para hablar, y lo que habló lo acompañaba de una risita irónica, quedóse el pobre Gildo hecho un terron de nieve, y se le atravesó un nudo en la garganta que no le dejó ni quejarse de su desgracia. Noté, sin embargo, que pasado el atasco, palideció y rechinó los dientes; luego se metió las manos en el bolsillo del pantalon, y con la cabeza baja tomó el camino de la orilla del rio, donde á las dos horas le encontró su madre sentado sobre una piedra, y entretenido como un chico en echar puñados de arena á la corriente.

Desde aquel dia no levantó Gildo cabeza; su rostro se fué poniendo amarillo, y llamado yo por su desconsolada madre, reconocí y declaré que padecia un principio de ictericia, complicado con un mal de corazon que no tardaria en manifestarse por accidentes, y le receté á falta del verdadero remedio, que siguiese yendo á la orilla del rio, y mirase correr el agua; medicina que á otros habia curado de raíz. Entre tanto el padre de Rita, sin duda para mitigar el daño causado por su hija, socorria á la tia Nemesia, que gracias á él no carecia de nada para Gildo. Á todo esto, las malas lenguas del lugar, que por más que el cura predica no son pocas, no dejaban á Rita hueso sano, siendo las mujeres las más encarnizadas contra ella; llegaban hasta afirmar que el motivo de su desprecio para el mozo, era el haber conocido en un viaje que hizo con su padre, á cierto teniente de carabineros, á quien esperaba por la aldea, como al agua de mayo, pero el cual nunca acababa de llegar.

Lo que llegó á mi casa al poco tiempo, fué un recado de la tia Nemesia, mandándome ir en seguida á ver á Gildo que estaba muriéndose á chorros. ¡Un accidente más fuerte sin duda que los anteriores, habia concluido cuando yo llegué, con el amor y con la vida del pobre chico!

Colocamos el cadáver sobre la cama, y me esforcé en consolar á la vieja, que no estaba mucho más viva.

VIII

»Al siguiente dia, y con el fin de disponer lo necesario para el entierro, me dirigí de nuevo á su casa. La tia Nemesia continuaba á la cabecera de su hijo, rezando é interrumpiéndose á menudo para lanzar unos ayes, capaces de ablandar las piedras.

—¡Ay, tio Anton! ¿qué va á ser de mí? me dijo cuando se apercibió de mi presencia.

—¡Vamos, consuélese V.! ¡qué diantre! ¿No estamos aquí todos los que éramos amigos del difunto, para socorrer á V.?

ANGEL DEL PALACIO

(Continuará)

TIPOS CONTEMPORÁNEOS

(Conclusion)

IV

Pepe se trasladó inmediatamente á la ciudad en que le hemos conocido. Durante todo el trayecto maduró su proyecto y se propuso ejecutarlo al pié de la letra.—La suerte está echada—se decia.—¿Me saldré con la mia? Creo que sí; hasta ahora no tengo motivo de queja. Llevo en el bolsillo dos cartas que me han de servir de mucho. ¡Fué buen pensamiento! Yo no conocia al conde de Pereña; pero decia mi tio que *audaces fortuna juvat:* si me hubiera andado con escrúpulos, me hubiera quedado sin las cartas. ¡Son buenas, buenas recomendaciones! Una para el marqués de Vallecas y otra para el senador D. Atanasio Fuensangil. ¿Para qué necesito más? Me presentaré en seguida á ellos y procuraré ganar su amistad; me reuniré con ellos en el paseo y la gente formará de mí excelente concepto. ¡Es buen golpe, bueno, bueno! Lo demás es cosa corriente; la cuestion es hacer un buen matrimonio, y poca fortuna he de tener para no conseguirlo. Las colocaciones no abundan, y yo, despues de todo, estoy llamado á ser un buen partido. ¡Quién sabe! ¡No conviene con todo forjarse ilusiones!... ¡Oh! ¡Si yo llegara á ser diputado! ¡Y ya lo creo que lo seré! ¿Por qué no lo he de ser? ¡Pues qué! ¿No van al Congreso muchísimos que valen ménos que yo? ¿Qué se necesita para ser diputado? ¡Agarrarse á buenas aldabas, y saber buscar el sol que más caliente!... Yo tengo buen olfato ¿A mí qué me importa la política? ¡Absolutamente nada! Que mande Juan ni que mande Pedro con tal de que á mí me den un buen destino, bueno va todo... Lo que es diputado... vaya si seré diputado... y sin tardar mucho Y una vez diputado ¿quién me impide el llegar á una direccion? Serán ilusiones mias, pero yo no lo veo tan difícil, y cosas más grandes se ven todos los dias. ¡Qué demonio! Yo no soy ningun pelagatos para no poder aspirar á todo. ¡Sí señor! ¡A todo! Vaya.. director.... director.... de comunicaciones por ejemplo, ¿eh?.. ¡Ya lo creo! De manera que por muy satisfecha y resatisfecha puede darse la niña á quien yo pretenda, por rica y bonita que sea. ¡Un futuro director! ¡Acaso un ministro!... ¡Sí, señor, ministro! ¿Por qué no lo habia de ser? El que llega á una direccion bien puede llegar á una cartera. Todo es cuestion de hacerse con amigos en el Congreso y de saber aprovechar las ocasiones; á lo primero no me gana nadie, pues es precisamente mi fuerte, y en cuanto á lo segundo... ¡qué diablo! no faltará una oportunidad y yo entiendo bien la aguja de marear. ¡Oh! la buena de Pascuala! ¿Quién la habia de decir, cuando se dignó proteger el escribientillo Pepe, que aquel pobreton habia de llegar á ministro? ¡Qué vueltas da el mundo! ¡Y ella que estaba tan creida de que yo la adoraba! ¡No faltaba más! Hermosa sí es, no puede negarse; pero está demasiado madura y... ¡no faltará quien cargue con ella! Pero no seré yo; yo necesito una mujer del gran mundo, elegante y rica, y si pudiera ser, jóven y guapa; pero esto no me importa tanto. Creo que mi pretension es justa; yo llevo al matrimonio mis esperanzas de un porvenir brillante y es necesario que ella lleve la realidad de una gran riqueza para que aquellas esperanzas se conviertan más pronto en realidad. Creo que áun así y todo saldrá ganando ella, porque no se encuentran hoy partidos como el mio con tanta facilidad, y ¡qué diablo! si ella lleva, supongamos.. treinta mil duros... ¡treinta mil duros es poco! pongamos cincuenta; si ella lleva cincuenta mil duros... ¡un millon!... no se me hace mucho todavía... pero pongamos el millon. Si ella lleva un millon al matrimonio ¡buen millon llevo yo! Yo llevo más, sí señor, llevo más... la cuenta es fácil de echar. Ese millon lo más que puede producir, no metiéndolo en aventuras peligrosas que podian salirnos caras, son cincuenta mil reales. Pues ¡buenos cincuenta mil reales llevo yo! Treinta mil reales de la cesantía de ministro, con otros tantos de mi plaza de consejero... porque seré consejero del ferro-carril del Norte, ya son sesenta mil. ¿Y lo que puedo sacar fuera de esto? ¿Y lo que me quede del sueldo de ministro? ¿Y lo que me valgan otros negocios? ¿Y los regalos? ¿Y las manos sucias? No lo habia yo pensado bien; no seré tan bobo que me deje pescar por cincuenta mil duros de dote. Por ménos de cien mil, ni quiero ni debo sacrificarme, y me parece que no son excesivas mis pretensiones. ¡Qué deseos tengo ya de llegar á esa ciudad y reconocer el terreno!

V

Pocos dias despues entraba en la deseada poblacion. Al dia siguiente visitó al marqués de Vallecas de parte de su deudo el conde de Pereña, á quien supuso trataba amistosamente, haciendo otro tanto con D. Atanasio de Fuensangil, senador del reino. El segundo dia salió con ellos de paseo y á la vuelta fué presentado en el casino y acogido con benevolencia. El tercer dia tomó posesion de su destino dándose su jefe por muy honrado con tener á sus órdenes tan cumplido y elegante subordinado á quien la tarde anterior habia visto bromear en el casino con el marqués de Vallecas y con el senador Fuensangil. A los quince dias toda la aristocracia conocia á D. José Fernandez Prieto á quien todos llamaban Pepe, honrándose con su amistad. El sistema á que Pepe habia acudido para conseguir este resultado era sencillísimo por demás, aunque sólo al alcance de caractéres como el de Pepe. Procuraba exhibirse en todas partes; estaba al corriente de todas las intrigas y trataba á todos como camaradas; no se daba por sentido de ninguna repulsa; procuraba seguir el genio de cada uno; hablaba á cada cual de lo que más le agradaba; sabia retirarse á tiempo y tenia otra porcion de habilidades. Con todos se detenia, pero muy poco con cada uno; él trasmitia todas las noticias del dia á todos, y recogia el comentario de cada cual; de esta suerte todos hablaban de Pepe y por Pepe lo sabian todo. ¡Era Pepe un gran hombre para aquellas campañas! ¡Ninguno como él! ¡Qué maña se daba para trabar amistades! ¡Qué tino el suyo para ensanchar el círculo de sus relaciones! El casino, las oficinas, las reuniones, el paseo, la calle, todos los lugares eran buenos para sus fines. En el casino buscaba siempre las horas de grande y escogida concurrencia para hacer su entrada, y saludaba ruidosamente á todo el mundo haciendo especial gala de tratar de igual á igual con los más encopetados; en las oficinas se llenaba la boca con el relato de sus visitas, del secreto que le habia confiado el marqués, del baile dado por la vizcondesa, de la broma que daba al condesito con la generala, del empeño que tenia el banquero Rodriguez en que honrase su mesa, del negocio que le habia propuesto el mayorazgo D. Polonio; en las reuniones, ó como si dijéramos *soirées*, coqueteaba con las jóvenes, bailaba la rosca á las mamás y no se le caian de la boca los nombres de los que no habian podido asistir, para hacerse interesante á los ojos de los que asistian; era de rigor que diera el brazo á las que alternaban en la banqueta del piano, y que volviese las hojas del papel pautado cuando la pianista le avisaba con los ojos. En el paseo se dedignaba de presentarse con sus compañeros de oficina, y como una conversacion sostenida hubiese puesto de relieve su falta de instruccion, procuraba evitar este tropiezo no paseando con nadie en particular y haciéndolo un poco con todos; se reunia con el primer personaje que atisbaba, le daba la noticia del dia, recogia sus apreciaciones, y en cuanto se cruzaba con otro dejaba al primero pidiendo permiso para dirigirse al segundo; con éste ejecutaba la misma operacion, y así sucesivamente; de este modo no sólo no ponia al descubierto la superficialidad de su trato, sino que lisonjeaba á todos, apareciendo á sus ojos como un sér altamente simpático y servicial, franco, listo é inteligente. En la calle, por fin, repetia, con algunas variantes, el manejo del paseo; iba siempre de prisa, como hombre á quien el tiempo hace falta, y se detenia breves momentos con cuantos conocidos, especialmente si eran de campanillas, encontraba al paso, haciendo valer los minutos que les dedicaba; él repartia los billetes de las funciones aristocrático-benéficas, él avisaba para los bailes de confianza, él andaba siempre de aquí para allá sin perder ocasion de hacerse visible.

VI

Los manejos de Pepe dieron el resultado previsto: preparado convenientemente el terreno, presentóse como candidato oficial á la Diputacion provincial en las primeras elecciones, logrando triunfo completo. Ya por entónces habia puesto los ojos en Paquita, la hija de D. Pedro Lersundi, jóven elegantísima, aunque poco bella, que pasaba por uno de los mejores partidos de la ciudad, y á la que ninguna otra igualaba en lujo y elegancia; Pepe se decidió á hacerla la corte en toda regla y tuvo el placer de verse correspondido, si bien despues de algunos remilgos de Paquita. Vacante el distrito de la capital por defuncion del diputado á Córtes D. Hermógenes Troncoso, Pepe resolvió dar aquel paso decisivo en su carrera y precipitó su boda con Paquita para poder contar incondicionalmente con la influencia de su suegro y con sus talegas. La boda se hizo y Pepe echó á volar su candidatura, no ya oficial, sino de oposicion, pues todo hacia presumir que el ministerio iba á caer y á ser reemplazado por la fraccion á que el previsor Pepe acababa de afiliarse; las cuentas estaban bien echadas; pero Pepe no contaba con la huéspeda; y la huéspeda era terrible. Antonio Carbajal, cansado ya de ver á su ciudad natal sometida á semejante hombre, é indignado de su audacia presentó su candidatura en frente de la de Pepe. La lucha era casi imposible; Pepe, no obstante, mantuvo su candidatura esperando la pronta caida del gobierno; pero una votacion parlamentaria vino á darle una nueva consistencia y el fracaso de Pepe fué terrible, .. ¡sólo sacó treinta y dos votos!

Y no fué esto lo peor; por entónces precisamente llegó de Palencia el conde de Pereña, cuyas cartas de recomendacion fueron el orígen del rápido encumbramiento de Pepe, y por él se supo que entre Pepe y él no existia relacion alguna, habiéndole facilitado aquellas cartas sin conocerle y movido por sus apremiantes súplicas; el marqués de Vallecas y el senador Fuensangil, ya indispuestos con Pepe por causa de las elecciones, le retiraron en absoluto su amistad, siguiéndoles en esto todos los socios del casino. Ni el mal para Pepe se redujo á esto: la elegante Paquita era de un genio arisco y dominante y apénas se enteró de aquellas novedades, cobró á su marido un odio mortal, armándole una camorra cada dia, sobre todo desde que pudo convencerse de que todo en Pepe era apariencia y de que ningun gusto podia proporcionarla por

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.—Candidatos derrotados en las últimas elecciones presidenciales



James G. Blaine



John A. Logan

no tener ni un cuarto; Pepe á su vez se tiraba de los pelos al verse burlado por su esposa, cuyas cacareadas riquezas corrian parejas con las suyas. ¡Adios sueños dorados, ilusiones fastuosas, brillante porvenir! Pepe tuvo que conformarse con un destino de 8,000 reales que el mismo Carbajal, compadecido de su poco halagüeña situacion, le proporcionó generosamente, y abatido y desalentado, fué á purgar en lejana ciudad su ambicion, llevando á su lado con Paquita el infierno entero. ¡Pobre Pepe! No á todos, sin embargo, les salen tan mal las cuentas, y hay Pepes con fortuna.

FERNANDO ARAUJO.

Salamanca

EL POROROCA

(Conclusion)

VI

Esta clase de ondas era la única estudiada hasta que *Scott Russell* empezó en 1834 sus trabajos; de los cuales resultó que, además de las ondas oscilatorias en que las partículas oscilan pero no viajan, existe en los líquidos otra clase importantísima: onda *sui generis*, diferente en su orígen, sus fenómenos y sus leyes, de las ondas vibratorias y oscilantes, únicamente estudiadas hasta 1834.

VII

Supongamos un canal horizontal, de seccion rectangular, y lleno de agua en reposo.

Si inyectamos repentinamente en él una cierta masa de agua, veremos inmediatamente producirse un fenómeno singular.

Una onda, en alto relieve, sobresaliente, una verdadera protuberancia, una gibosidad simétrica, de una perfecta regularidad, y enteramente lisa, camina con rapidez sorprendente sobre el agua tranquila del canal, sin dejar tras sí cavidades ni señal alguna de su tránsito, sin fenómeno ninguno por delante que anuncie la proximidad de su llegada, y sin alteracion ninguna en su forma, áun despues de recorrer grandes espacios. En vano aguarda el observador que la gibosidad descienda al nivel del líquido, para convertirse luego en cavidad, como sucede con las undulaciones que estamos acostumbrados á contemplar en las aguas remansadas cuando un grave al caer turba su equilibrio.

Protuberancia, gibosidad, ó alto relieve al principio, protuberancia, gibosidad, ó alto relieve continúa siendo despues, y protuberancia ó gibosidad permanece todavía al cabo de mucho tiempo; siempre con admirable simetría en sus contornos, siempre adelantando con velocidad uniforme en el supuesto canal de fondo horizontal, y siempre con tan tenaz autonomía y aptitud á recorrer, sin cambio ni alteracion, grandísimas distancias, que Scott Russell hubo de calificar de extraña y singular LONGEVIDAD esa persistencia á caminar sin cambio ni modificacion.

«No puedo dar mejor idea del fenómeno—dice el mismo Scott Russell—que describiendo las circunstancias en que se me apareció la primera vez. Yo estaba contemplando el movimiento de una barca por un canal estrecho de la que dos caballos tiraban rápidamente. De pronto, habiéndose parado el barco, no sucedió lo mismo con la masa de agua que él llevaba puesta en movimiento, ántes bien esta se acumuló hácia la proa en violenta agitacion; pero, en seguida, dejando de golpe á la barca tras de sí, se lanzó á caminar hácia adelante con gran celeridad, adoptando la forma de una sola y única gibosidad redondeada, lisa y de contorno perfectamente determinado. La onda continuó su marcha por el canal sin que su forma ni su velocidad pareciesen experimentar cambio ninguno. Yo la perseguí á caballo, y la encontré avanzando siempre con una velocidad de 8 á 9 millas por hora, y conservando todavía su figura inicial—(como unos 30 piés de base y 1 $^1/_2$ de altura). La altura de la onda empezó luégo á disminuir; y, despues de haberla seguido todavía 1 ó 2 millas, se me perdió en las sinuosidades y recodos del canal.»

Lo esencial y distintivo de esta onda es, por tanto, su carácter de protuberancia móvil; su existencia enteramente en relieve, sola, y sin acompañamiento de otras ondas oscilatorias, y su gran longevidad y aptitud para propagarse sobre la superficie del agua remansada. Scott Russell por esto le dió la significante denominacion de *Onda Solitaria*, con lo cual hubo de distinguirla genéricamente de las *gregarias* ú ondas de oscilacion, en que, á una elevacion del líquido sigue siempre una depresion próximamente igual, de tal manera que el agua oscila de abajo para arriba y de arriba para abajo á iguales distancias próximamente de su nivel primitivo de reposo.

VIII

Supongamos ahora que el canal donde se halla remansada el agua, sea tambien rectangular, pero de fondo no ya horizontal sino suavemente inclinado.

Si inyectamos, como ántes, una cierta masa de agua por la parte de más fondo, se formará tambien la gibosidad *solitaria;* pero, á medida que avanza hácia el extremo de menor profundidad, irá experimentando notables modificaciones.

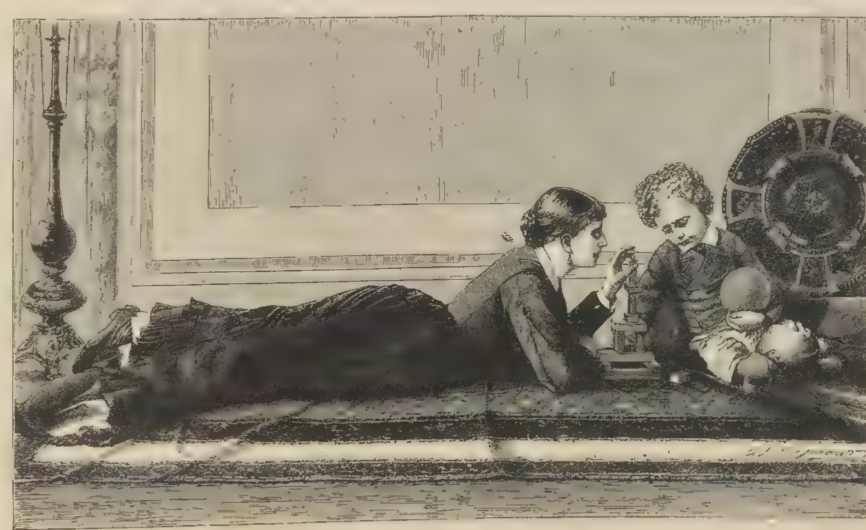
Al partir, cuando camina sobre una gran profundidad, presenta la forma lisa y de perfecta simetría que ya conocemos; mas, con el decrecimiento de la profundidad, se va acortando la base de la onda solitaria y aumentando su altura; su forma se hace cada vez más aguda, la cresta empieza á inclinarse ligeramente hácia adelante; y, en fin, cuando la profundidad del agua en el canal se aproxima á ser igual á la altura de la onda sobre el primitivo nivel del agua remansada, la cresta se rompe súbitamente, deshaciéndose de pronto en espuma, y desapareciendo la perfecta lisura de la forma que hasta entónces habia conservado.

La onda solitaria no puede, pues, propagarse sino sobre una profundidad de agua algo superior á su altura.

IX

Con estos antecedentes podemos ya explicar los pororocas.

Supongamos que la marea sea una serie de ondas solitarias, una gigantesca loma líquida.



ARQUITECTURA INFANTIL, dibujo por Seymour

Cuando sobre el estuario formado por las aguas fluviales en la desembocadura de un gran rio, llega al primer alto relieve una gigantesca serie de ondas solitarias procedentes de alta mar, tiene este alto relieve líquido que disminuir necesariamente su velocidad, por ser ésta, funcion de la profundidad.

La gibosidad de esta primera onda se hará más aguda (acortando la base y aumentando la altura); lo cual viene á ser lo mismo que si se aumentara de pronto el fondo de la parte marítima del rio. La segunda onda, encontrando ya más fondo, caminará con más rapidez; alcanzará naturalmente á la primera; la engrosará formando un todo con ella; será luégo igualmente detenida la masa líquida, suma de las dos; su gibosidad comun acortará de base y crecerá de altura, contribuyendo así á aumentar el fondo; la tercera onda alcanzará por tanto á las dos anteriores..... y así sucesivamente.

De este modo, pues, por la parte inferior de la loma marítima, lo somero de los fondos detiene el avance de las aguas oceánicas; pero, por la parte superior, continuando la velocidad de la marea, el agua se atropella sobre sí misma; y, cuando llega á formar un frente abrupto, escarpado, y como cortado á pico verticalmente, la monstruosa mole líquida se precipita sobre las aguas fluviales, como una furiosa *catarata semoviente*, con la fuerza de una avalancha irresistible, y con un estrépito espantoso que se oye á muchas millas de distancia

Y, como si esto no fuera ya bastante, puede acrecentarse la intensidad del fenómeno si, miéntras tanto, las *olas gregarias* de la superficie del mar, producidas por los vientos, conservando su individual velocidad alcanzan y hasta se adelantan al conjunto ó loma líquida de las *ondas solitarias*, engrosando así su destructor caudal. Elevándose de este modo más pronto y con más empuje la mole delantera ó de vanguardia, y detenida su parte inferior más poderosamente que en aguas más profundas lo habria sido, *la onda de traslacion*—así exagerada,—invade de dislocadamente las márgenes, cada vez más y más someras para tamaña elevacion de las aguas de alta mar; la marcha de la loma se entorpece; las olas gregarias la alcanzan; la montaña líquida se irgue tremebunda; las siguientes olas de alta mar le saltan por encima; y, desde la tajada cresta de la retardada loma, caen estas aguas como desde lo alto de un ingente malecon, sobre las detenidas aguas del rio, y cuanto encuentran al paso en su carrera de muerte queda instantáneamente destruido y sepultado con vertiginosa rapidez.



MARCELA SEMBRICH
distinguida prima donna del Gran Teatro del Liceo

X

Cuando por el efecto de una disposicion local peculiarísima llegan á encontrarse dos pororocas que siguen distintas direcciones en una misma masa de agua, entónces ellos se atraviesan y compenetran, continuando cada cual su marcha distinta é individual, cual si no se hubiesen atravesado.

Como decisiva comprobacion de la influencia del fondo en los fenómenos del pororoca, se ha observado que nunca son más terribles sus estragos que en la época del estiaje.

El macareo del Sena es, pues, mucho más violento en el equinoccio de otoño que en el de primavera, porque por octubre e caudal del rio es pobre, y por marzo se halla engrosado con las lluvias y avenidas de sus afluentes.

XI

¡Cuántos habrán sido los hombres que en la larga serie de los siglos han estado contemplando las olas de la mar, para adivinar la causa que hace deshacerse en espuma ruidosísima tanto lujo de fuerzas iracundas al llegar á la humilde arena de las playas!

¡Cuántos hombres habrán dicho como Lucano: *Yo me resigno á la ignorancia que los dioses han querido imponer á los hombres!* Y, sin embargo, la clave del enigma estaba contenida en una bien sencilla fórmula.

Pero ¡para determinarla, se necesitaba un Newton! ¡Y para aplicarla un Russell! ¡Y para saber que tanto movimiento de las olas se convierte en elevacion de la temperatura, se necesitaba la pléyade de hombres eminentes que han evidenciado la teoría mecánica del calor; Runford, Grove, Mayer, Joule...!

El fenómeno más frecuente en las orillas del mar,—la llegada de las olas y su fraccionamiento en espuma estrepitosa es una serie incesante é infatigable de pequeños pororocas.

El *Pororoca del Amazonas* tiene que descender de su trono de horrores, para reducirse á la situacion de un fenómeno vulgar.

Las olas de alta mar son *ondas gregarias ó de oscilacion*, consistentes en una mitad negativa á la cual sucede siempre su gemela positiva....

Pero, en cuanto el fondo disminuye, la parte negativa se acorta y se retarda, la positiva crece y se acelera, y el doble fenómeno continúa hasta que, irguiéndose la engrosada intumescencia hasta una altura de equilibrio inestable, rellena y colma la ya reducida cavidad, y el conjunto de las masas líquidas avanza sobre las riberas como *onda solitaria*, experimentando por insignificante que sea su masa, los efectos del *decrecimiento de la profundidad*. La parte inferior sufre un retardo en su marcha, la parte superior se levanta sobre la parte retardada: de ahí la elevacion de la ola, lo abrupto de su frente, y, cuando la cresta avanza más que la base, su giro ó revolucion sobre sí misma, con ó sin penacho de crinada espuma: y, en fin, su dilatacion y esparcimiento ascensional sobre la suave rampa de la arena.



M. CLODOVEO HUGUES



MME. CLODOVEO HUGUES

XII

Así, pues, aunque las olas en alta mar sean ondas *gregarias ó de oscilacion*, TODAS se convierten en *ondas solitarias* cuando llegan á la orilla, cuya extension (á veces de muchos centenares y miles de metros) se encuentra toda cubierta de *ondas de traslacion*, sin que entre ellas se descubran los grupos oscilantes de las *ondas gregarias*. Por esto el agua de las olas, clara en alta mar, se hace turbia en las costas; y por eso las olas tempestuosas acarrean á las playas, arenas, guijarros, detritos, plantas marinas, esponjas, restos de embarcaciones naufragadas, conchas, mariscos y cadáveres; lo que no harian, á ser siempre *gregarias* y nunca de *traslacion*.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III — BARCELONA 22 DE DICIEMBRE DE 1884 — NÚM. 156

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

DON JOSÉ ECHEGARAY

autor del drama LA PESTE DE OTRANTO, estrenado con gran éxito en el Teatro Español de Madrid

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

D. JOSÉ ECHEGARAY

El 18 de febrero de 1874 estrenábase en el Teatro de Apolo una comedia, de un acto solamente, titulada *El libro talonario.*

Al terminar la representacion, el público, que con manifiesto interés la habia escuchado, aclamó al autor, y Vico, que con Cepillo y Matilde Diez habia desempeñado la comedia, adelantóse al proscenio y dijo que era original de Don Jorge Hayaseca, el cual no se encontraba en Madrid.

Si curiosidad habia inspirado la comedia, mayor todavía la inspiró el nombre, al parecer supuesto, de quien la habia escrito. Empeñóse la gente en descifrar el misterio, y poco se tardó en averiguar (tan poco, que se supo en la noche misma del estreno) que *Jorge Hayaseca*, era, no pseudónimo, sino anagrama, que deshecho, daba por resultado el nombre verdadero del autor de *El libro talonario*, ó sea *José Echegaray*, ministro á la sazon de Hacienda.

Aquí la admiracion subió de punto, porque si era caso nuevo y apénas visto el de un secretario de la Corona, escritor de comedias, no era ménos sorprendente el que un hombre, única y exclusivamente conocido por sus estudios matemáticos, económicos y rentísticos, de improviso se apareciese poeta, y lo que es más, poeta dramático.

Los sucesos políticos, que por aquella época ruidosamente menudeaban, apartaron muy luégo la atencion del público del ministro autor, y á éste de otra escena que no fuese la turbulenta de las contiendas civiles. Pero en noviembre del mismo año, cuando á nadie apénas podia pasarle por la mente que insistiese Echegaray en procurarse honra y provecho en el Teatro, anuncióse en el Español el estreno de *La Esposa del vengador*, drama original del propio autor de *El libro talonario.*

Aquella noche Campoamor, que junto á mí se hallaba, dijo al escuchar las primeras escenas de la obra:

«Parecen esos versos de Calderon ó Lope.»

Razon tenia el insigne inventor de las *Doloras*, razon ha tenido siempre; cuantos dramas «de época» ha producido Echegaray, guardan en su estilo y lenguaje el sabor poético de aquellos gallardos maestros del siglo XVII, como el ánfora vacía de Falerno guardaba el exquisito aroma del vino que encerró. Así lo acreditan, repito, todas las producciones de este linaje, desde aquella *Esposa del vengador*, estrenada el 14 de noviembre de 1874 (mediante la cual salió el poeta por primera vez á escena entre vítores y aplausos) hasta *La peste de Otranto*, estrenada el 12 de diciembre de 1884, última vez en que á escena ha salido igualmente entre palmadas y bravos.

En estos diez años de intervalo ¡cuán gloriosa y fecunda y rápida carrera! ¡Qué de obras estrenadas y qué de obras aplaudidas! ¡Cuántas discusiones en la prensa, cuántas ovaciones en la escena, cuántas emociones en la sala!

El político de primera fila, el economista aventajado, el hacendista conspícuo, el matemático profundo, quedaron en la penumbra, miéntras que el poeta dramático destacaba en plena luz.

Veintiseis dramas y comedias ha lanzado su poderosa fantasía al público, en el plazo de dos lustros ya indicado, y en veinticuatro de esas comedias y dramas lo ha saludado el auditorio con las aclamaciones con que el pueblo saluda al vencedor.

No sé que en la historia del Teatro moderno exista ejemplo igual; no creo que más veces en igual espacio haya alzado el público su pedestal sobre la escena á autor ninguno de nuestros dias.

Es, por tanto, la figura de don José Echegaray de aquellas que el juicio de los vivos, anticipándose al de la posteridad, acuña en las medallas de oro de la fama. Antes, pues, de examinar sus contornos y analizar sus cualidades, importa diseñar, siquiera sea á grandes trazos, la figura acuñada. Hé aquí el diseño:

José Echegaray y Eizaguirre nació en Madrid el Juéves Santo de 1833, de padre aragonés y madre guipuzcoana. Niño aún lleváronle sus padres á Murcia, donde estudió primera enseñanza y filosofía. De vuelta en la corte, y ya mocito, dedicóse á la carrera de ingeniero de caminos, en cuya Escuela fué cifra y espejo de laboriosidad y exactitud. La tradicion de que el poeta de genio, y de genio fogoso y turbulento como el suyo, ha de ser por fuerza estudiante desaplicado, levantisco y maleante, no se cumplió en él. Durante cinco años, ni dejó de asistir un solo dia á clase, ni dejó de estudiar un solo dia. Y cuenta que el reglamento era riguroso y duro, ardua y desabrida la materia, fatigoso y abrumador el trabajo.

El único esparcimiento con que el alumno Echegaray se regalaba, era la asistencia constante al Teatro: al de la ópera con alguna frecuencia; á los demás la noche de estreno; costumbre esta, á que por cierto no ha faltado nunca en el trascurso de más de treinta años, sino cuando ha sido ministro ó ha estado ausente.

Al terminar la carrera llevaba Echegaray tan lucidas notas que fué considerado como el primero en el escalafon y despues de haber actuado como jefe en Almería y Granada, entró, ántes de cumplir veinte años, de profesor de la Escuela.

Hasta 1868 ocupó tan honroso puesto en la misma, explicando las cátedras de Estereotomía, Mecánica, Cálculo diferencial y otras, pues no habia rama de las ciencias físicas á que no trepara gentilmente su clara inteligencia.

Pero como á la suya no bastara, ni áun dentro del terreno científico, esta tarea, extendió el vuelo y habiéndose dedicado á la economía política, aficionóse á las doctrinas libre cambistas que Figuerola, D. Gabriel Rodriguez y otros á la sazon propagaban, y en tal sentido pronunció calurosos discursos en los *meetings* que se celebraban en la Bolsa por los años 58 y 59.

Más adelante, en 1865, el amor meramente contemplativo que hasta aquel punto sintiera por el Teatro, le inflamó con más vehementes ardores, y por ellos hostigado, empezó un drama que no terminó y en que no volvió á ocuparse nunca. Pero dos años despues, en 1867, escribió completo un drama en verso, de costumbres caballerescas, en un acto, denominado *La hija natural*, drama, sea dicho de paso, que andando el tiempo, para satisfacer con premura á una actriz de gran mérito, Elisa Boldun, que deseaba para su beneficio estrenar una obra de Echegaray, se extendió á dos actos y con el nuevo título de *Para tal culpa tal pena*, fué estrenado y aplaudido en el Teatro Español en abril de 1877.

Pero diez años ántes, las circunstancias eran muy otras. Echegaray envió *La hija natural*, sin declarar que él la habia engendrado, á Teodora Lamadrid, de quien era amigo. La afamada actriz no lo consideró representable, pero el incipiente poeta, que ya entónces daba manifiestas pruebas de teson y empeño, escribió otro drama, en verso tambien, mas ya en tres actos, que apellidó *El banquero*, y que, siguiendo camino paralelo con el de *La hija natural*, creció en un acto, cambió de nombre y se puso en escena algunos años despues. Que este mismo *Banquero* y no otra cosa, era el drama *La última noche*, estrenado en marzo de 1875, tambien en el Teatro Español, y aplaudido calurosamente, gracias al epílogo que el autor le añadiera y á la magistral ejecucion de Vico.

Volvamos, enhebrando de nuevo el hilo de esta historia, á 1868, año en el cual cambió honda é inopinadamente la suerte de Echegaray.

Realizada la revolucion de Setiembre y constituido su primer ministerio, Ruiz Zorrilla, que tenia la cartera de Fomento, nombró al catedrático de ingenieros director de Obras públicas, cargo que ni habia solicitado ni para obtener el cual exponia méritos políticos.

Seis meses lo desempeñó, saliendo de director á ministro, cuando Ruiz Zorrilla pasó á Gracia y Justicia desde Fomento y dejó vacante este puesto. Dos años, plazo considerable para aquellos tempestuosos tiempos, fué ministro de Fomento Echegaray; en 1871 una crísis le obligó á dimitir, pero al año siguiente volvió al mismo ministerio en el primer gabinete que formó el príncipe italiano llamado á reinar en nuestra agitada nacion.

Por exigencias de la política pasó de Fomento á Hacienda en diciembre del mismo año, 1872, y entónces como ántes, tanto en uno como en otro puesto, ganó Echegaray plaza de honor en las lides parlamentarias. No es tan lejano aquel período para que hayan sido olvidados sus brillantes alardes de elocuencia.

Cayó el mal aconsejado y peor servido Rey Amadeo I de Saboya y Echegaray con él. Quedóse como individuo de la comision permanente de la Asamblea, pero cuando el 23 de abril de 1873, las fuerzas republicanas disolvieron por la fuerza aquella comision, Echegaray pudo comprender que su inmunidad de diputado no era broquel bastante seguro y obrando cuerdamente salió de España, dejando en Madrid á su familia, pues ya era entónces casado y con hijos.

En Paris, donde emigró, el temor de que la emigracion hubiera de prolongarse y de que escasearan los recursos con que contaba, le hizo volver los ojos á la literatura escénica, no ya como aficion que complacer, sino como arbitrio que emplar. De estas reflexiones nació *El libro talonario*, obra de carácter modesto por no pasar de lo que comunmente se llama una pieza, y por tanto de fácil colocacion.

No se trataba de ensueños de gloria; tratábase de tarea que diese resultados positivos.

Pero otra vez la política interceptó la ruta literaria de Echegaray. El golpe de Estado del 3 de enero le entregó una vez más la cartera de Hacienda en el ministerio de conciliacion que se formó, á consecuencia del suceso, mediante el cual, como Cromwell en el Parlamento inglés con látigo y espuelas, entró Pavía en el Parlamento español con espuelas y espada.

Esta última etapa de la vida de ministro duró únicamente tres meses para Echegaray. Disgustado de las luchas y sucesos de aquel entónces, retiróse á su tienda, no como Aquiles, para lanzar fieras invectivas contra ningun Agamenon, sino para dedicarse lisa y llanamente á escribir, alentado por el éxito, el drama que obtuvo el título de *La Esposa del vengador.*

Por el éxito he dicho, porque durante estos tres meses de Echegaray en el ministerio de Hacienda ocurrió el estreno, ya referido, de *El libro talonario*, obra que, anónima, habia entregado á Matilde Diez á su regreso de Paris y de la cual habíase ya, con las peripecias de la vida pública, olvidado.

En los baños de Alhama de Aragon empezó Echegaray su segunda obra representada, y ya á partir de este punto desaparece el hombre político para quedar en lugar muy preeminente el escritor.

Con efecto, á poco de estrenarse *La Esposa del vengador*, ocurrió el movimiento político-militar que devolvió al príncipe Alfonso el trono de sus ascendientes. Efectuada y consolidada la restauracion, Echegaray mantiénese alejado por igual de vencedores y vencidos; de la dinastía, por fidelidad á sus antecedentes; de la revolucion, por patriotismo. Alguna vez, desde 1875, ha sido diputado (con la fraccion de Martos), pero ha usado poco de la palabra y esto en asuntos meramente rentísticos.

Cuanto al complemento de su historia literaria, diré que al éxito declarado de *La Esposa del vengador*, siguió el éxito dudoso, durante los tres actos, resueltamente favorable en el epílogo, de *La última noche* y despues vino el éxito ruidosísimo de *En el puño de la espada*, representado por Teodora Lamadrid, María Alvarez Tubau, Vico, su hermano Manuel (muerto jóven), Julio Parreño y Alisedo (hoy demente) en el Teatro de Apolo.

Desde aquellas fechas hasta las presentes Echegaray no ha cesado de escribir y dar obras á la escena. Su fecunda vena, que no hay barruntos siquiera de que se agote, ha producido dos, tres y hasta *cuatro* obras cada año.

Así lo comprueba el siguiente recuento de las mismas. En 1874 *El libro talonario* y *La Esposa del Vengador*; en 1875 *La última noche* y *En el puño de la espada;* en 1876 *Un sol que nace y un sol que muere, Cómo empieza y cómo acaba* y *El Gladiador de Rávena;* en 1877 *O locura ó santidad, Iris de paz, Para tal culpa tal pena* y *Lo que no puede decirse;* en 1878 *En el pilar y en la cruz, Correr en pos de un ideal* y *Algunas veces aquí;* en 1879 *Morir por no despertar, En el seno de la muerte, Bodas trágicas* y *Mar sin orillas;* en 1880 *La muerte en los labios;* en 1881 *El gran Galeoto*, y *Haroldo el normando;* en 1882 *Los dos curiosos impertinentes* y *Conflicto entre dos deberes;* en 1883 *Un contagio en Egipto;* en 1884 *Piensa mal ¿y acertarás?* y *La peste de Otranto.*

El libro talonario, Un sol que nace y un sol que muere, Iris de paz, Correr en pos de un ideal y *Piensa mal ¿y acertarás?* son comedias las tres primeras en un acto y las dos últimas en tres; lo restante de sus trabajos teatrales son dramas y dramas trágicos, supuesto que en todos sin excepcion, juega la muerte el papel más importante.

De tantas obras solamente dos ha rechazado el público y las ha rechazado despues de aplaudir diversos trozos; en cambio, á más de muchos éxitos halagüeños sobremanera, ha obtenido algunos como los de *O locura ó santidad, En el seno de la muerte, El gran Galeoto y Conflicto entre dos deberes*, como no tengo noticia de que los haya habido más entusiastas y ruidosos en ningun estreno.

Y á propósito de *El gran Galeoto*, quizá, á mi parecer, el mejor de sus dramas, conceptúo curioso recordar—dado que en hombres de tal prez y fama las menudencias de la vida literaria son siempre curiosas—que el 19 de marzo de 1881 habiéndole escrito á Echegaray unas letras en las que le decia que debiera confiar en el estreno de la citada obra que se efectuaba aquel dia, por serlo de San José, respondióme en una esquelita estos renglones.

«El Santo no sé cómo se portará: yo tengo mis dudas, por no decir temores.»

Y aquella noche, sin embargo, subió la ovacion á tal punto, que no bastando á la opinion pública las palmadas, los bravos, las llamadas á escena y cuantas manifestaciones de frenética admiracion pueden enviarse de la sala al escenario, dos periódicos de antitéticas doctrinas políticas, como son *La Epoca* y *El Liberal* abrieron á la vez una suscricion en honor de Echegaray, con cuyo producto se ha empezado á publicar una edicion elegantísima de sus obras.

Pero ya es hora de apuntar algun juicio sobre ellas. La cualidad que las preside, domina y avalora, la cualidad que en un solo vocablo comprende el teatro todo de Echegaray con sus vicios y virtudes, con sus grandezas y absurdos, es la *fascinacion.*

Los dramas de Echegaray pueden no persuadir, pueden no convencer, pueden no lisonjear, pero fascinan; ántes de que el auditorio haya podido analizar las condiciones literarias ó escénicas; ántes de que haya llegado á resolver con juicio sereno acerca de la bondad ó demérito de la obra, ya el autor le ha cubierto los ojos con venda suavísima de seda, ya ha ganado sus oidos y su ánimo con el canto seductor de las sirenas.

Una de sus primeras producciones, *En el puño de la espada*, pudo servir de norma al público como á la crítica de lo que era el talento dramático de Echegaray. En ella los personajes no son humanos, las situaciones son violentas, los recursos falsos, hasta incorrectos y mal construidos los versos... Tanto es así que habia trascurrido el primer acto y empezado el segundo sin que en el público se hubiera roto el hielo. Mas de pronto, una frase, una sola frase, recordando una existencia, habla del mar y dice:

Le veis tranquilo y sereno
Y creyerais con trabajo
Que no es de cristal su seno,
¡Pues de ese cristal debajo
Hay doble fondo de cieno!

Partió como vibrante saeta de oro y fué á clavarse en el ánimo del concurso que rompió en ardiente explosion de aplauso. Ya no cesaron; las escenas que siguieron,

hasta el remate del drama, fueron otras tantas chispas de fuego que avivaron y mantuvieron la hoguera del entusiasmo...

Y es que Echegaray ha nacido autor dramático, como otro puede haber nacido pintor escenógrafo. Ved de cerca los telones de Cheret, de Ferri, de Busato, de Urgellés y de otros; brochazos rudos, golpes enormes y groseros de color, tintas chillonas y sin armonía; tonos duros, casi bárbaros... una colosal paleta manchada por chafarinones, esto ó poco ménos parecen.

Pero colocaos en las butacas ó en las galerías, dejad que el boca-foro, los bastidores y bambalinas encuadren la tela, dadle la conveniente intensidad de luz, animad con figuras la estancia ó el paisaje, y presto habreis de notar cómo los trazos se borran, las tintas se funden, la tonalidad se suaviza y á la vez los términos se marcan, se acusan los relieves y cobra bulto, color, verdad y vida el tosco lienzo embadurnado con la brocha.

Pues bien, algo de semejante sucede con el teatro de don José Echegaray; si fria y detenidamente examinamos su contextura y forma, hallaremos á cada paso rasgos desafinados del pincel y violentísimos contrastes de claro oscuro. amén de líneas embrolladas y de dibujo más atrevido que correcto. Pero empiezan las figuras de la obra á moverse en aquel mundo extraño de selvas de carton, palacios de lienzo y soles de gas; encárnanse las imaginaciones del poeta en el humano sér de Vico ó Calvo; el arte plástico acude en auxilio del arte dramático; la poesía vuelca sobre la escena su cincelada urna henchida hasta los bordes, y el análisis desaparece, el exámen se olvida, la investigacion se aleja y sólo prevalece, más que nunca victoriosa, la fascinacion.

No hay hipérbole en comparar con el sol el teatro de Echegaray; se le mira y deslumbra. Llega despues la ciencia y explica con prosaicos guarismos la intensidad y fuerza radiante de su luz; establece conjeturas acerca de su duracion; escrudriña sin miramientos la ígnea esfera y acaba por encontrar en ella manchas, manchas negras y enormes...; aquel globo de celeste lumbre, lámpara encendida por Dios en el alto firmamento, diamante de eterno resplandor engarzado en la diadema del Altísimo... queda convertido en un cuerpo físico que casi como un pedrusco—¡y pedrusco manchado!—analiza el astrónomo en su torre.

Y sin embargo, sabido todo esto, volvemos á mirar el sol y vuelve á deslumbrarnos.

En los dramas de Echegaray sólo hay dos fechas; despues de 1870 ó ántes de 1600. Los personajes ó viven en nuestros dias ó viven del siglo XVI para atrás; en plena Edad media muchos, algunos, como los de *Un contagio en Egipto*, siglos antes de la era cristiana.

Indudablemente la tierra del verso es donde mejor nacen y florecen las concepciones de Echegaray y es la rima una de sus más fieles y poderosas aliadas; pero así como varía á su antojo de tiempos, sin que esto ataje el vuelo de su fantasía, así muda á su sabor el lenguaje, valiéndose de la prosa como del verso. *O locura ó santidad*, su mejor drama de costumbres para gran parte del público, y *La muerte en los labios*, para mí su mejor drama de época, escritos están en prosa y con esta prosa cautivó y arrebató á sus oyentes tanto ó más que con las estrofas gallardas y resplandecientes de *En el seno de la muerte*, *En el pilar y en la cruz*, *El gran Galeoto* ó *La peste de Otranto*.

Y es que para Echegaray, que así plantea problemas sociales como religiosos, que á un tiempo resucita edades muertas y trata de enterrar vicios de alma; que lo mismo desencadena las pasiones que conturba y remueve la conciencia, para Echegaray, repito, ni hay plazo fijo, ni espacio determinado, ni marcado linde. Armado de punta en blanco, con el luciente arnés de los románticos, la fantasía por lanza, el lirismo por escudo y el teatral efecto por cimera, éntrase arrollador por cualquier terreno, si no como poseedor legítimo, como conquistador afortunado.

El sentimiento del honor y el sentimiento del deber—importa en ley de justicia reconocerlo—predominan sin que nada los venza en las obras de Echegaray. Sus heroínas quiebran sin piedad el cristal de su vida ántes que la más leve mancilla lo empañe; sus héroes se rasgan sin compasion las entrañas ántes de dar abrigo en ellas á un torpe pensamiento.

En *O locura ó santidad*, Lorenzo pierde hacienda, familia, amistad, salud y hasta existencia social, antes que apropiarse, lo que sin protesta de nadie es suyo; en *El gran Galeoto*, Ernesto solamente se decide á declarar su amor á Teodora, cuando ésta, viuda, abandonada, escarnecida, sin hogar ni apoyo, yace desmayada (y sin oirle por consecuencia) entre sus brazos; en *Cómo empieza y cómo acaba*, Magdalena que ha entregado su albedrío, pero no su honra, á otro hombre que su esposo, se decide á dar de puñaladas al amante por salvar al marido, y en *Mar sin orillas*, Leonor se arroja voluntariamente á perecer, como perece, entre las olas no más que porque sospecha de ella, aunque sin fundamento, el hombre á quien adora.

No hay pues, en el teatro de Echegaray disquisiciones y sutilezas en punto de moral, como en buena parte del teatro moderno sucede; juzga sin distingos, sentencia sin contemplaciones y ejecuta sin demoras.

Con ser tan enérgico, sirve más para dirigir como caudillo la batalla que para pelear en ella como soldado. Me explicaré; otros autores ayudados, no más, de sus propias armas, argumento, caracteres, diálogo, han logrado señalados triunfos en la escena: Echegaray necesita de toda una mesnada de decoraciones, trastos, luces, comparsas y otros accesorios para empeñar el combate y ganar, como gana, la victoria.

Vivo testimonio es de ello *La peste de Otranto*, donde la claridad de la aurora, el fulgor siniestro de las llamas, las armas y preseas de los cruzados, las voces del populacho, el sombrío contorno de la iglesia y otros accidentes del drama, han contribuido tan poderosamente al resultado del mismo como la riqueza de imágenes poéticas que lo esmaltan y la sonoridad de las rimas que lo embellecen.

Hay en este drama,—sobre el cual he de insistir un tanto por ser él más reciente, y uno de los más aplaudidos, y porque su éxito ha dado ocasion á que estampe LA ILUSTRACION ARTÍSTICA el retrato de su autor—hay en *La peste de Otranto*, decia, una cualidad que explica el efecto que en el público ha producido y esa cualidad es el carácter de época, el sombrío matíz de Edad media que lo colora de trágica grandiosidad.

Roberto marcha como cruzado á Palestina para conquistar gloria y riquezas que lo hagan merecedor de lo que ama, pero ni riquezas ni glorias pueden amansar la fiera altivez de la condesa, madre de Irene, la amada y amante de Roberto. La condesa sospecha, y así lo declara á este, que el juvenil guerrero es fruto de ocultos amores del conde, ya muerto, y hermano por tanto de Irene. ¡Espantosa incertidumbre! ¿Quién puede aclarar la verdad? Guillermo, un viejo que cuidó y educó á Roberto y acaba de llegar á Otranto en una nave, que segun se ha sabido, viene de Oriente y apestada. Mas ¿qué importa la peste á Roberto? ¿Acaso hay nada que más importe que la verdad? Lánzase en persecucion de Guillermo quien huye de la plebe de Otranto dispuesta á matarle y quemarlo para evitar el contagio de la epidemia, y cuando llega á él es cuando ha buscado asilo en una iglesia el viejo. Entónces surge en toda su feroz realidad la barbarie de la Edad media: no es socorrer á los apestados, ni tampoco emplear medidas higiénicas lo que al pueblo ocurre, y lo que su señora feudal ordena, sino rechazar con hierro al que intente penetrar en su recinto y abrasar en una pira al que haya logrado penetrar.

No le libra pues, á Guillermo el sagrado el templo de un fin horrible, ni tampoco á Roberto, que al saber que no es hermano de Irene, tampoco puede salvarse; ha tocado al apestado y debe morir. Sólo alcanza el supremo consuelo de fenecer con su adorada, que corre á sus brazos para ser suya, ya que no en vida en muerte. Y la condesa que habia dictado los crueles mandatos ya aludidos, ve perecer víctima de ellos á su propia hija.

Aunque diluidas en prolijas digresiones (digresiones versificadas con singular galanura), tales escenas no podian ménos de impresionar á un público como el nuestro donde el amor y la valentía obtienen siempre fervoroso culto y donde los cuadros de terror y de poesía hieren siempre las pupilas y hacen latir los corazones.

Mucho más, si la bizarra figura imaginada por Echegaray y brotada de su cerebro, como Minerva del de Júpiter, armada de todas armas, toma cuerpo y cobra espíritu en un actor que, como Vico, posee las fibras delicadezas del sentimiento y los candentes arrebatos de la pasion.

Harto aventurado seria predecir lo que las generaciones que han de seguirnos decretarán sobre el teatro de don José Echegaray; mas tengo para mí que cualquiera que sea su fallo, su personalidad dramática ha de aparecerles siempre como al final de *La peste de Otranto* ha aparecido; apoyado en actor eminente; destacando de los fulgores de un incendio; aclamado por un público avasallado por el potente empuje de su fantasía, á quien las llamas deslumbran y enardecen.

LUIS ALFONSO

LA EXPLORACION, cuadro por A. Delobbe

No es cosa de decirla á una muchacha—¡te quiero!—como se dispara una carabina á la liebre que salta ó un tiro de revolver á un bandolero.

Un desaire, siquiera provenga de una niña rústica, al fin y al cabo es un desaire, y en cuanto á los efectos de una calabaza sin condimento, igual los sufre un pisaverde que un destripaterrones, que cada hijo de vecino tiene el alma en su armario y en materias de corazon no existe diferencia entre noble y villano.

En casos tales, ó séase cuando el enamorado experimenta ciertas dudas muy propias de quien bien ama, la prudencia aconseja imitar al general esperto que desconoce la situacion de su enemigo: una exploracion á tiempo evitará las peligrosas contingencias de atacar lo desconocido.

Esto, ni más ni ménos, hace el mozo de nuestro cuadro: dió con la zagala en el campo; los únicos testigos indiscretos de su atrevido paso son, las cigarras parleras, cuyo idioma todavía no ha podido descifrarse; y en tan propicias condiciones, no es cosa de desaprovechar el tiempo. Así, el doncel empezará, si á mal no viene, ocupándose del buen aspecto de los campos, de lo abundante de la próxima cosecha, del sol ó de la lluvia, de cuantas cosas le sean del todo indiferentes, para venir á parar á lo que le interesa, ó sea, si está libre ó no está libre el corazon de la niña. Esta empezará oyéndole como quien oye llover; pero si algo siente en su interior, ello saldrá á la superficie; y en el caso de nuestro cuadro, saldrá, saldrá sin duda alguna.

Tal es la escena que ha pintado Delobbe con ese realismo propio de cierta escuela moderna, realismo ó naturalismo que, sin embargo, no ha extremado hasta el punto de perjudicar las buenas condiciones artísticas de su obra.

RICOS Y POBRES, cuadro por Turina

De una carroza blasonada, estilo Luis XV, se han apeado magníficas damas, ataviadas para una gran ceremonia que trasciende á boda.

Las señas son mortales: traje de corte con mantilla de solemnidad, apeadero junto á la puerta lateral de una iglesia que, por lo que de ella se descubre, pudiera ser la soberbia basílica de Toledo; y los consabidos mendigos que en aquellos benditos tiempos, y tambien en los nuestros, asaltaban á los feligreses junto á la parroquia, como los bandidos saqueaban á los viajeros junto á las ventas; todo nos induce á creer que el autor de este cuadro conoce á la sociedad española de últimos del pasado siglo.

Sin duda el propósito del artista ha sido presentar el contraste entre lo mucho de unos y lo poco de otros: los tipos de los personajes del cuadro son, con efecto, antitéticos; de un lado la juventud, la belleza, la soberbia y la abundancia; de otro lado la vejez, la repulsion, la humildad, la miseria.....

Como cuadro de costumbres está bien entendido: pertenece á un género hoy en boga; pero la verdad es que el arte tiene derecho á aspirar á más, á mucho más en las manifestaciones de los buenos profesores.

UN BILLETE AMOROSO, cuadro por G. Papperitz

¡Un billete amoroso!... ¿Qué mujer deja de conmoverse al recibir un billete amoroso?... Desde luégo puede asegurarse que no es el primero de que se entera la hermosa dama de nuestro cuadro; pero, áun así, el efecto es siempre agradable, porque, es un decir, no hay un conquistador, llámese Alejandro ó Napoleon, por muy habituado que esté á vencer, que no reciba con satisfaccion la nueva de que se le ha sometido un nuevo imperio... Y la mujer ha nacido para conquistar corazones, como Gengis-Kan nació para conquistar pueblos.

Otra cosa puede afirmarse á la vista de este cuadro y es que la declaracion ni coge desprevenida á la bella jóven, ni la desagrada por cierto. No es la impresion de la vanidad satisfecha lo que revela su semblante, sino la expansion del alma que ve realizados sus más ardientes deseos. No se trata, tampoco, de una niña inocente, en cuyas manos una doncella culpable deposita la primera declaracion de amor, escrita en renglones cortos por un colegial aprovechado...Nada de esto: la heroína del cuadro es una mujer que conoce el mundo; se nos antoja una viuda prematura .. Tenemos la conviccion de que su historia puede reducirse á las siguientes breves líneas:

Prólogo: salió del colegio para casarse con un hombre rico que triplicaba su edad y centuplicaba su dote.

Capítulo único: el marido se murió á los tres años de puro feliz, y nombró á su esposa heredera universal.

Epílogo: al salir unos novios de la vicaría *(aparte):*—¡Qué previsor y qué bueno era el difunto!...

UNA INVASION FORMIDABLE, dibujo por L. Knaus

¿No ha de serlo en efecto, para la atribulada pequeñuela, esa graznadora hueste de palmípedas que parecen decididas á arremeterla con objeto de apoderarse de la torta que lleva en la mano? Hay momentos angustiosos en la vida, y el que está pasando la pobre niña debe de ser de los más terribles, á juzgar por la expresion de terror retratada en su semblante, tan correctamente dibujado por Knaus. Por lo demás, el paisaje, la perspectiva, los desgarbados movimientos de las aves, todo está trazado á la perfeccion, constituyendo un conjunto tan armonioso como agradable, al que ha sabido comunicar nuevo realce el diestro buril de Brend'amour.

UNA CARRETA DEL NORTE, cuadro por A. W. Kasalski

Ni el vehículo ni el camino invitan á viajar por esas tierras: para ello se necesita ser ruso, es decir, compatriota del oso blanco.

AMOR Y MISTERIO

Habia terminado la funcion: los amigos de la empresa acudíamos, como de costumbre, al saloncillo del teatro y charlábamos allí alegremente hasta las primeras horas de la madrugada.

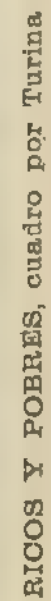
Nada comparable á la franqueza y á la fraternidad que en aquella tertulia reinaba; ni tampoco más variado, ni más heterogéneo que los elementos de que se componia. Actores, poetas, comparsas, músicos, periodistas, hombres políticos, peluqueros, sastres, tapiceros, criados de los actores, dependientes del teatro, todos éramos allí iguales ante la siesta del arte, que no otra cosa que una tregua concedida al fingimiento parecian aquellas reuniones. De todo se hablaba allí; de todo, hasta de comedias alguna vez; pero no se hablaba nunca de política.

Burlándonos de los presentes y despedazando á los ausentes se nos pasaban las horas sin sentir, y más de una vez el conserje del teatro, deseando descansar, hubo de advertirnos que era preciso comenzar la limpieza y preparar los trastos para los ensayos y la funcion de aquel dia.

El tema favorito de las conversaciones era, por lo demás, el amor: contaba cada cual sus conquistas; el que nada podia contar, inventaba; el que podia contar mucho guardaba silencio discretamente, pero hablaba de aventuras ajenas: nada existia que fuese indiscutible allí, ni virtud



LA EXPLORACION, cuadro por A. Delobbe



RICOS Y POBRES, cuadro por Turina

probada, ni honradez notoria: ¡cuántas veces fué comentado entre risas y aplausos, que arrancaba la agudeza del comentarista, el autógrafo de una colegiala de quince años ó el billete de una jamona de cincuenta!

Habia corrido de mano en mano aquella noche una cartita pulidísima y perfumada en la cual cierta condesa, muy conocida por su gran fortuna y por su corazon bondadoso que á nadie sabia negar nada, indicaba á uno de los contertulios que al siguiente dia y á la hora del almuerzo le esperaba donde ya le habia esperado la semana anterior. La carta concluia con muchísimos puntos suspensivos y al final de ella una nota aclaratoria, que decia así: «Cada punto es un millon de besos que te envia por adelantado, tu *amante*» y aquí el nombre de pila, que yo omito, porque á nadie importa para el caso cómo se llamaba aquella condesa y porque, despues de todo, bien puede ser que la carta fuese obra del mismo que la exhibia, pues tengo observado que ordinariamente los que han fama de lograr fortuna y favor de las damas, son los que ménos se jactan de ello. De todos modos y volviendo á mi asunto, luégo que la conversacion y la chacota á que dió motivo aquel ejemplar literario de la pobre condesa se hubieron agotado, dijo álguien, dirigiéndose á un actor muy popular y de muy hermosa figura, que hasta entónces habia permanecido callado: «Vd. sí que podria mostrar, si quisiera, billetitos de estos: seguro estoy de que no se pasa dia sin que le envien á su casa, ó le entreguen en el teatro, su media docena.»

—¡Hombre, por Dios! -dijo el interpelado en son de protesta.

—¡Vaya! ¡Conozco de sobra á nuestro mujerío! Las damas de nuestra aristocracia son caprichosas; los artistas celebrados las vuelven locas; cada noche de aplausos y de triunfos es un recrudecimiento de amor. Ahora, que usted oculte su buena suerte se comprende: esas cosas cuanto más ocultas se hallan, tanto son más apetecibles y más sabrosas. Ese silencio de Vd. es más elocuente que cuanto nos ha dicho ese vanidoso de su condesa. Pero, lo repito, Vd. calla muy buenas cosas y yo le tengo verdadera envidia; soy tan aficionado á esas aventuras de *amor y misterio.*

—¡Amor y misterio!—exclamó el actor aludido, riéndose de muy buena gana,—esas palabras me recuerdan efectivamente una aventura que me ocurrió hace muchos años y que voy á referir, porque no carece de gracia.

Era el actor á que me refiero hombre muy discreto y naturalmente reservado: atribuíale la fama, en efecto, apetitosos triunfos y sabrosísimas conquistas; pero ni él dió motivo jamás ni con sus palabras ni áun con su silencio á tales hablillas, ni una vez sola habia intervenido en las conversaciones en que tales asuntos se trataban. Calcúlese, por consiguiente, si aquella inusitada comezon de hablar llamaria la atencion de todos. De ordinario, cuando álguien referia aventuras en que intervenia dicho actor, éste se apresuraba á variar de conversacion y lo hacia de tal suerte que no habia modo de contrariarle: el hecho sólo de permitir que se hablase de una aventura suya, ya habria sido extraño; pero lo de contarla él mismo era verdaderamente inaudito, sobre toda ponderacion asombroso.

Acogimos, por consiguiente, la promesa de la narracion con la ansiedad y el deleite con que se acoge lo que es inesperado y nuevo, y él, sonriéndose al advertir la atencion con que nos aprestábamos á escucharle, comenzó la relacion que sin quitar ni poner reproduzco á continuacion.

«Hace bastantes años, casi comenzaba yo mi carrerra artística, al salir del ensayo recibí cierta tarde un billetito perfumado y lindo, como ese que acabamos de ver ahora. El portero del vestuario, al entregármelo, dijo que lo habia dejado para mí un lacayo y no supo decirme más. Miré el sobre, la letra era para mí completamente desconocida: no sin cierto interés y con emocion que fácilmente se comprende tratándose de un muchacho como yo era entónces, guardé la carta y apresuré el paso á fin de llegar á casa cuanto ántes. Una vez allí, volví á mirar y remirar el sobre y convencido ya de que nada me decian los rasgos del escrito, abrí y desdoblando la carta leí en ella lo siguiente: «Amor y misterio: he adivinado tu secreto y no debo ocultarte el mio: conozco que me amas; pues bien, sábelo, yo correspondo á tu amor. Tu delicadeza y las dificultades que para hablarme habias de hallar me aconsejan dar este paso, sin el cual acaso nunca verias realizados tus deseos que son los mios. Sirva esta confesion que el cariño apasionado inspira, para abreviar trámites y acortar distancias; esta noche voy al Teatro Real; en la fila 2.ª de butacas, n.° 6, estaré: deseo que nos veamos: acaso podamos hablar y cuando no, podremos vernos toda la noche y sabré además que ha llegado hasta tí la voz de tu apasionada L. *(la de siempre).*» Nada pude comprender de aquella carta, sino que una señora *L* (la de siempre), me juzgaba enamorado de ella y confesaba que correspondia á mi amor; esto segundo me parecia muy agradable; de lo primero no sabia yo una palabra.

»Excuso decir que no falté á la cita: fuí al Real aquella noche, en la cual, por caso raro, no tenia yo funcion.

»No pude hallar butacas de primera fila, como yo deseaba; pero tomé una de orquesta y ya instalado dirigí mis gemelos al n.° 6 de la fila 2.ª. Quedé deslumbrado: ocupábala una mujer hermosísima y de un aire tan distinguido y de unas maneras de tan buen tono, que yo no acertaba á separar los ojos de ella. ¿Será esa *L?* me preguntaba yo á mí mismo; ¿será esa preciosa criatura, ese prodigio de elegancia, de belleza y de gracia la que procura abreviar trámites, para que se realicen mis deseos que *son los suyos?* ¡Oh! si fuese ésta... y al pensarlo un estremecimiento de placer infinito recorrió todo mi sér y conmovió todo mi sistema nervioso: poseer el amor de aquella mujer divina era para volverse loco, y yo lo estaba ya.

»Admirábame de que ella ni por casualidad hubiese mirado hácia donde yo estaba, á pesar de cuantos esfuerzos hacia yo para atraer su atencion. En la butaca n.° 4, habia un caballero que me pareció marido y que me fué desde el principio profundamente antipático: en el n.° 8, habia sentada una señora de bastante edad, á quien dí por madre de mi L.

»Cuando terminó el acto, el marido, con esa indiferencia de quien está en tranquila posesion de un objeto, dejó á su mujer, sin duda para ir á fumar, ó á charlar de política, ó á comprar un periódico, y entónces juzgué que habia llegado la ocasion de aproximarme y de sorprender en mi bellísima enamorada alguna seña de inteligencia.

»Me aproximé en efecto; pero en cuanto á la seña, si la hubo (que no la hubo), fué tan disimulada que no la advertí. Y cuidado que hice majaderías y bobadas para que ella me viese. Me senté en la butaca que ántes ocupaba el marido; pasé despues por la primera fila y me detuve al llegar al n.° 6, volviendo la espalda á la orquesta y mirando al palco regio, de suerte que mi amante L y yo estabamos frente á frente; nada: inútil todo. Ella me veia ¡ya lo creo! ni apartaba los ojos de mí, ni los fijaba en mí. Miraba alguna vez con la mirada tranquila, indiferente, sosegada con que se mira al desconocido, y con la mayor naturalidad continuaba hablando con su compañera. Yo no sabia qué hacer: estaba furioso contra mí y contra ella. ¿Debia yo decir algo? esto era lo que no me atrevia á resolver: una simple sonrisa suya, un ligerísimo ademan, una mirada rápida como un relámpago habrian bastado para animarme; pero ni su mirada brillaba, ni el ademan venia, ni hubo modo de que asomase la sonrisa. Y la operacion se reprodujo exactamente en los demás entreactos: llegué á llamar la atencion de todos; sólo no llamé la de mi L que, entre paréntesis, cada vez me parecia más hermosa.

»En fin, que la funcion se acabó y que yo seguí á los tres personajes hasta el vestíbulo; allí ellos ocuparon su *landeau* guiado por aristocrático y almidonado cochero y arrastrado por magnífico tronco de yeguas normandas, y yo volví á casa preocupado, triste y de un humor de los diablos.

»Soñé con L y con todas las letras del abecedario. Me encontraba ridículo unas veces; otras excesivamente tímido: quien ha recibido una carta como la que yo tenia, debió haberse atrevido á todo.

»Al dia siguiente, al entrar en el teatro para el ensayo, me fué entregado por el portero otro billetito igual al primero y de la misma letra. El estado de mi ánimo era tal que no habria yo podido aplazar la lectura un solo minuto: me aislé, pues, lo que pude y en un rincon del teatro leí el contenido del segundo billete, que me trasportó al cielo del Profeta. Decia así:

»*Amor y misterio.*—Te ví ayer: gracias. No pude hablarte ni áun mirarte ó sonreirte, porque era espiada; pero te ví y fuí completamente dichosa. ¿Lo fuiste tú tambien? Si hoy quieres serlo más y hacerme la más afortunada de las amantes, no dejes de pasar por la calle de.... (aquí una calle que no recuerdo) esta tarde á las siete: un criadito se acercará á tí y pronunciará estas palabras, *Amor y misterio;* síguele y él te guiará á donde te esperará con los brazos abiertos tu apasionada L (la de siempre).

»Creí volverme loco. Miré el reloj, era la una: faltaban seis horas todavía ¡seis horas! una eternidad. Concluido el ensayo volé á casa, me encerré en mi cuarto de estudio y leí mil veces aquella carta llena de dulcísimas promesas. De pronto un grito desgarrador sonó en mis oidos, reconocí la voz de mi madre, que vivia conmigo, arrojé cuanto tenia en la mano y acudí á su cuarto, donde la hallé privada de sentido y al parecer moribunda. El trastorno que sobrevino en casa no es para dicho: criados, vecinos, amigos, médico salian y entraban y daban órdenes y contraórdenes: el médico, aunque con pronóstico reservado, indicó que sólo habia sido un desmayo y que si no repetia no habria peligro. Yo pasé al lado de mi madre, que permanecia entre la vida y la muerte, muchas horas, toda la noche.

»Al dia siguiente, el médico declaró que se hallaba fuera de peligro: la gravedad del mal habia desaparecido por completo.

»Hasta entónces no me acordé yo de la cita: fuí á mi cuarto, busqué la carta y no pude hallarla. No lo extrañé; porque el repentino trastorno ocasionado por el inesperado grito de mi madre me produjo tal impresion que ni recordaba lo que de la carta habia hecho... despues no he vuelto á saber más de *L*...»

Pero,—preguntó uno de los oyentes—¿no hay más?
—Nada más.

—¿Y no pareció la carta? ¿Y no volvió á escribir ella? ¿Y no volviste á verla?

—Vamos por partes: volví á verla y aún ahora la veo muy á menudo, como que frecuenta mucho los teatros.

»La carta no pareció, ¿cómo habia de parecer si uno de mis amigos que llegó justamente en aquellos momentos de confusion la encontró en la mesa de mi despacho, la leyó y cayó en la tentacion de sustituirme?

»Ella ni volvió á escribirme, ni me habia escrito nunca, ni tenia noticia de tales cartas. Su marido, que era muy celoso, aunque se fingia el indiferente, creyó advertir que nos mirábamos y discurrió aquella intriga para pegarme una soberana paliza y perniquebrarme, como se la pegó y perniquebró al amigo que trató de aprovechar lo que juzgaba mi buena fortuna. Yo he sabido esto muchos años despues por boca del marido, que está ya curado de aquellos celos y que es hoy un buen amigo mio, aunque no me ha querido presentar á su mujer porque, segun él dice, no gusta de llevar amigos á casa.

»Lo que no he podido averiguar aún es quién recibió la paliza que me estaba destinada.

»Quién sabe si habrá sido alguno de Vds.,—dijo, y observamos todos que fijaba su vista en el Adonis que habia exhibido la carta de *la Condesa.* Este no dijo una palabra; pero se puso encarnado como un tomate y guardó precipitadamente el billete.

»Créanme Vds.—añadió el actor—desde entónces desconfio mucho de las aventuras: detrás de las que más gratas parecen suelen esconderse una ridiculez ó una paliza.»

Y yo pongo aquí punto á la copia, advirtiendo que el hecho es histórico y que lo he reproducido con exactitud. Pueden Vds. creerme.

A. SANCHEZ PEREZ.

EL BARBERO DE SEIJO

(Conclusion)

—¡Dios se lo pague á todos, y especialmente á V. á quien tengo que pedir un favor para mi pobre Gildo! ¡El último y el que más le agradeceré yo! Es un capricho de madre, y por la memoria de la suya, á quien tanto quise en vida, le ruego no me lo niegue!

—Hable V., tia Nemesia, y si está en mi mano...

—¡Quisiera que mi hijo fuese á la sepultura compuesto y limpio, como estaba ántes de su enfermedad!

—¿Y qué puedo hacer yo para eso?

—¡Afeitarle, como le afeitaba V. en vida!

—¡Cáscaras! ¡Tia Nemesia, eso es muy fácil de decir! No es que yo tenga miedo á los muertos, que con mis propias manos amortajé á mi madre, pero afeitar á Gildo, á quien queria como á un hijo, seria para mí un suplicio para el que quizás no tendria serenidad.

—¡Ay, Sr. Anton! ¡Yo venderé, si es preciso, todo lo que tengo; pediré limosna para pagar á V. ese favor; pero en nombre de mi hijo, que pronto se ha de comer la tierra, haga V. lo que le pido!

—¡Bueno, tia Nemesia; seque V. los ojos, que yo haré lo que quiere, sin necesidad de que venda nada; que ni es el favor que voy á hacerle de los que se pagan con dinero, ni yo soy hombre capaz de negarme á los ruegos de una anciana!

La pobre mujer me abrazó, agradecida á mi sacrificio y desinterés, y quedó convenido que aquella misma noche velaria yo á Gildo y le afeitaria, exigiendo á mi vez, estar á solas con el muerto, pues la ausencia de su madre me daria más valor, y ella se evitaria de este modo nuevas lágrimas.

IX

»Cuando de vuelta en mi casa, prosiguió el tio Anton, reflexioné sobre el compromiso que habia contraido, me acusé de demasiado complaciente, pero ya era imposible volverse atrás. Luégo pensé si no me faltaria valor en el instante crítico, y si áun suponiendo que no me faltase, no seria pecaminoso y censurable lo que iba á hacer. En mi concepto, aquello tenia algo de profanacion, y esta idea me ponia los pelos de punta. La oportuna llegada del señor cura, vino en parte á tranquilizarme, pues habiéndole consultado sobre el particular, me aseguró, que haciéndose á ruego de la madre, y con el respeto debido á un cadáver, no podia considerarse como tal profanacion; tanto más, cuanto que en muchas capitales hasta se acostumbraba á dar colorete á los muertos, rizarles el pelo, etcétera.

Deseché en vista de lo expuesto por D. Bruno, mis últimos escrúpulos, y habiendo sonado ya el toque de oracion, me dispuse á salir, no sin haber cogido ántes esta navaja que tenia sin estrenar y de la que no pensaba volver á servirme; tambien me bebí medio vaso de aguardiente, porque observé que me temblaban algo las piernas, cosa que atribuí al *sereno* que empezaba á caer sobre Seijo.

La casa de la tia Nemesia está separada de la mia solamente por una calleja, así es que en cinco minutos me hallé delante de la puerta: allí me detuve. Una luz mortecina brillaba en la última reja de la casa; era como uno de esos fuegos fatuos, que en las noches de verano se ven entre las sepulturas de nuestro cementerio. Me aproximé á la reja, y ya entónces me dí cuenta de todo. El cadáver de Gildo se hallaba amortajado sobre la cama; tenia las manos cruzadas sobre el pecho, y su semblante varonil, que alumbraba una sola vela de sebo, destacaba sobre la almohada, quedando en sombra el resto del cuerpo. Cosa extraña; su rostro no presentaba señal alguna de descomposicion, ni áun de rigidez, y á no ser por la palidez mate del mismo, hubiérase creido que era un hombre que dormia.

Me separé, no sin trabajo, de la reja, y empujando la puerta que sólo estaba entornada, entré en la casa y luégo en la alcoba. Una forma humana se levantó de un rincon al oir mis pasos, y se arrojó sollozando en mis brazos; era la madre de Gildo. Me señaló el muerto con la mano, y sin articular una palabra se retiró como una sombra, cerrando tras sí la puerta del dormitorio.

Ya á solas, pensé que cuanto ántes diese principio á mi tarea ántes me veria libre de ella, y en su consecuencia me dirigí sin vacilar á la cabecera de la cama; espabilé con los dedos la vela que se hallaba sobre una mesa, y

sacando del bolsillo la navaja, empecé con la mano algo trémula á rasurar aquel rostro frio é inanimado, sin cuidarme para nada de la suavidad, que consideraba innecesaria para el caso. Nunca me he dado tanta prisa para afeitar á un hombre, y sin embargo, efecto tal vez de mi miedo, la barba de Gildo parecia crecer en lugar de disminuir, al contacto de la navaja.

Mi temor creció de punto al percibir en el cadáver dos ó tres estremecimientos; empecé á perder la cabeza, y parecióme que hasta la vela se agitaba amenazando dejarme á oscuras; quise huir, y mis piés permanecieron clavados en el suelo; quise retirar la navaja, y en vez de conseguirlo tracé con ella un profundo corte en la mejilla de Gildo; y de aquella herida, que se presentaba á mis asombrados ojos con proporciones colosales, empezó á manar sangre en abundancia. Entónces, ya en el colmo del terror, se me privó la vista, y hubiese perdido el conocimiento, á no ser por un suceso pasmoso, increible, inaudito, aterrador.

Gildo se sentó en la cama y cogiendo con su mano helada mi convulsa muñeca exclamó: «¡Tio Anton, me está usted haciendo daño!!»

X

Al llegar el barbero á este punto de su narracion, me acometió un acceso de risa, tal, que logró alterar la flema de aquel.

—Dispense V., tio Anton, le dije viendo lo amostazado de su semblante; con tal seriedad ha contado V. el cuento, que sin dificultad lo hubiera creido; pero la última parte, excede de tal modo á todo lo que uno podia figurarse, tan inverosímil parece, que no he podido ménos de soltar la carcajada.

—Cosas inverosímiles acaecen todos los dias en la vida, y no por eso dejan de ser verdaderas. Pregunte V. al primer chico que encuentre; interrogue á todo el pueblo empezando por el señor cura, y todos le dirán que si Gildo vive lo debe en primer lugar á Dios, y luégo al tio Anton.

—Creo en vista de sus afirmaciones que es verdad, y en su virtud quiero hacer á V. algunas objeciones, y lo que es más grave, algunos cargos.

—Hable V., que estoy dispuesto á responder á las primeras y á defenderme de los segundos.

—En primer lugar, tio Anton, tiene V. contra sí un cargo tan grave, que aminora el servicio que hizo V. al pobre Gildo con volverle á la vida.

—¿Qué cargo es ese?

—¡Que gracias á V. y á no ser por el deseo de su madre, Gildo hubiese sido enterrado vivo, puesto que V., que le asistia en su enfermedad, le dió por muerto!

—¡A eso le contestaré á V. que hay enfermedades y accidentes de tal naturaleza, que engañarian, no digo á un mal cirujano como yo, sino á todo el Proto-medicato; de lo cual tenemos por desgracia ejemplos todos los dias. En cuanto á que esta equivocacion aminore el servicio que presté á Gildo, confesará V. que si bien hay muchos médicos que se hubieran engañado como yo, en cambio hay pocos barberos, que como yo, se hubiesen prestado gratuitamente á ejercer su oficio en tales circunstancias.

—Queda V. absuelto de ese cargo, y pasemos á las objeciones. Decia V. que habia perdido por completo la cabeza, y estaba á punto de desmayarse, cuando se lo impidió el inaudito hecho de quejarse Gildo de lo mal que V. le hacia la barba. ¿Qué influencia tuvieron estas palabras sobre su ánimo, para servirle de reactivo en su debilidad; puesto que lo lógico era, que viniesen á aumentar su miedo y su turbacion?

—Esa es una pregunta que me obliga á confesar una debilidad. Yo, por más que á V. le parezca que afeito pésimamente, tengo mi orgullo, fundado, puesto que hoy por hoy no hay quien lo haga mejor en la aldea, de afeitar bien; y las palabras de Gildo vinieron á herir mi susceptibilidad, haciéndome recobrar el conocimiento que iba á perder. ¡Cómo, el hombre que sin exhalar una queja habia sufrido el desprecio de Rita, y la enfermedad, y la muerte, osaba quejarse de un pequeño arañazo, al que debia no ser enterrado vivo!! Esto es lo que me irritó, y á lo que debí el darme cuenta instantáneamente de lo sucedido.

—Me ha convencido V. y sólo me resta pedirle perdon de mi incrédula risa, y suplicarle acabe de contar su historia, y de afeitar mi cara.

—Pocas palabras bastarán para concluir, y en cuanto á su cara, puede V. ya lavarse si gusta.

Hice lo que me indicaba y prosiguió:

—Dejo á la consideracion de V. la alegría que experimentó la tia Nemesia; alegría que por poco le cuesta la vida; y la no menor de casi toda la aldea que aprecia á Gildo en lo que vale. En cuanto á este, sea porque no hay mejor medio para apreciar la vida, que haber estado á punto de perderla, ó porque las lágrimas y los cuidados de su madre le recordaran la obligacion que tenia de vivir para ella; lo cierto es que se fué disipando su tristeza, y con ella las enfermedades, y lo que es más milagroso, el amor; que se trocó en una indiferencia tal, que hacia llorar de rabia á Rita y de risa á todas las mozas de la aldea; por más que aquella, siempre seguia esperando al carabinero. Unas malignas viruelas dieron fin al poco tiempo de su belleza y de sus esperanzas, y miéntras vivió la madre de Gildo y este permaneció en la aldea, no hubo fuerzas humanas que la hicieran salir de su casa.

Pero la pobre tia Nemesia murió hace seis meses, y Gildo marchó á América, donde de seguro prosperará, y Rita se atreve ya á ir á la iglesia los domingos, donde si usted oye misa, la habrá visto.

Ya sabe V. toda la historia, y puede estar tranquilo respecto á la cortadura hecha con esta navaja, pues el muerto á quien afeitó, con seguridad goza de mejor salud que V.

—Gracias por todo, tio Anton, y juro á V., si como presumo muero jóven, dejar ordenado que afeite V. mi cadáver, pues así tendré la seguridad de no ser enterrado vivo; pero entre tanto, y miéntras viva en esta aldea, no extrañe V. que me deje la barba!

Angel del Palacio



UN BILLETE AMOROSO, cuadro por G. Papperitz

LOS PRODIGIOS DEL SONIDO

I

El alcance de los sonidos. —La sombra del silencio

Tiene la cuestion del *alcance* de los sonidos, es decir, de la distancia á la cual pueden llegar á ser percibidos por un oído de regular sensibilidad, además de un excepcional interés científico una gran importancia práctica por lo que se refiere á la eficacia de las señales sonoras en uso en la marina, en los ferro-carriles y demás, cuando por nieblas ú otros obstáculos naturales no pueden hacerse señales luminosas.

Y al hacer el estudio de los límites á que puede llegar el alcance de los sonidos se encuentra que este puede ser modificado por muchísimas causas y que cuando concurren circunstancias muy favorables para el fenómeno, los sonidos llegan á percibirse á distancias verdaderamente increibles.

La voz humana puede llegar á oirse desde muy léjos. Nicholson refiere que en el puente de Westminster, en Lóndres, se oyen muy bien, por la noche, las voces de los obreros que trabajan en las fábricas de Battersea, que se hallan á 5 kilómetros, y el mismo físico asegura que las voces de los centinelas de Portsmouth se oyen por la noche, en Bide, en la isleta de Wight, que dista 7 ú 8 kilómetros.

El frio parece aumentar el alcance de los sonidos, no tanto por la condensacion que en el aire produzca como por otras causas relativas á la tranquilidad y serenidad de la atmósfera, en los desiertos polares ó en las elevadas regiones de las nieves perpetuas en las zonas templadas. En sus expediciones hácia el polo ártico el capitan

Parry oyó con frecuencia á la distancia de kilómetro y medio conversaciones sostenidas por sus marineros con voz natural. Foster, uno de los compañeros de Parry, cuenta que en Port-Bowen pudo sostener conversacion con un marinero á 2040 metros de distancia, con un frio de 28° bajo cero.

Cuando á la par que el aire, conductor ordinario del sonido, vibran otros cuerpos de mucha densidad, como el suelo, las aguas, construcciones próximas, nubes, arbolado, etc., el alcance de los sonidos puede ser verdaderamente prodigioso.

El estampido del cañon se oye muy léjos porque hace retemblar el suelo al par que el aire. En 1792 el cañon de Maguncia se oyó en Eimbeck, reducida poblacion situada á 245 kilómetros. Chladni asegura él mismo haber oido el ruido de los cañonazos disparados en Wittenberg á la distancia de 126 kilómetros, y no tanto, dice, por intermedio del aire, como por las conmociones de los cuerpos sólidos, percibidas apoyando la cabeza contra la pared.

En 1809 los cañonazos disparados en la isla de Heligoland se oian en Hanover á 260 kilómetros. El cañoneo que precedió al asalto de Paris en 1814, se oyó durante quince horas en toda la comarca que se extiende desde Lisieux hasta Alençon y en todos los valles circunvecinos, es decir en un espacio de 180 kilómetros á la redonda. El bombardeo de Génova se oyó, por mar, á más de 165 kilómetros; el de Florencia percibióse más allá de Lirona, y el de Mamheim se oyó en Nordlingen y Wallerstein, al extremo opuesto de la Suabia; por último, en 1832, el cañon de Amberes se oyó en Saionia, en la montaña del Erzgebirg, separada del punto donde el sonido se produjo por la enorme distancia de 600 kilómetros.

En las erupciones volcánicas, como la conmocion del suelo es más intensa, y la descarga á la atmósfera más potente, el sonido aún puede llegar hasta más léjos. Humboldt, manifiesta que las detonaciones volcánicas se han propagado á distancias de 800 y 1200 kilómetros. La erupcion del volcan San Vicente, ocurrida en 1815, se oyó en Demerary, á una distancia de 550 kilómetros.

La intensidad de los sonidos trasmitidos por la atmósfera, depende tambien del reposo ó agitacion del aire, conforme á lo dicho al hablar del frio. Se oyen distintamente los sonidos á gran distancia cuando la atmósfera está en calma, pero cuando el viento la agita y la conmueve, el sonido se debilita áun cuando proceda de la direccion en que el viento sople. Derham da la prueba con sus observaciones en Porto-Ferrajo (isla de Elba) donde se oian mejor los cañonazos disparados en Liorna, estando la atmósfera tranquila, que cuando el viento soplaba áun cuando fuera en la direccion de Liorna á Porto. En esta accion no entra seguramente sólo la agitacion del aire sino el mismo ruido del viento que contribuye á que los sonidos débiles ya no se perciban.

La causa primordial de la debilitacion del sonido con la distancia depende de que propagándose en todas direcciones los sonidos originados al aire libre, las ondas sonoras, al par que van ganando en extension, van perdiendo en intensidad, de donde resulta la ley geométrica de que la fuerza de los sonidos propagándose en un medio homogéneo y en calma debe estar en razon inversa del cuadrado de la distancia. Por eso cuando el sonido se propaga por el interior de tubos en que las secciones aéreas vibrantes tienen la misma extension, la intensidad se conserva muy bien, y el alcance de los sonidos puede ser mayor que al aire libre. El físico Biot comprobó perfectamente este principio, pues vió que el sonido trasmitido por el aire contenido en los tubos de los acueductos de Paris no se debilitaba de un modo apreciable en un kilómetro de extension. A esta distancia se oia distintamente la voz más baja y podia seguirse perfectamente una conversacion. Quiso el experimentador conocer el tono en que la voz dejaba de ser perceptible y no pudo conseguirlo. Aunque dos personas se hablasen al oido á un extremo de la tubería, eran percibidas las palabras al otro extremo; de suerte que para no percibirse voz alguna no quedaba más recurso que no hablar.



UNA INVASION FORMIDABLE, dibujo por L. Knaus

Estas propiedades de los tubos acústicos explican tambien ciertos efectos que se advierten en algunas salas y bóvedas de los grandes edificios. Las aristas de las paredes y de los ahuecados techos forman canales por los que el sonido se trasmite con facilidad suma y sin perder la intensidad primitiva, de suerte que dos personas pueden hablar en voz baja de un ángulo á otro sin que las situadas en medio puedan percibir palabra alguna de la conversacion.

Una sala de esta clase hay en el Monasterio del Escorial, bien conocida por todos los que visitan este monumento; otra hay semejante y muy notable en el Observatorio de Paris; y ofrecen idéntico fenómeno y en grado muy notable, la cúpula de S. Pablo en Lóndres, la Galería de Glocester, la Catedral de Agrigento, en Sicilia, y la famosa gruta de Siracusa conocida hoy con el nombre de *Grotte de la Favella*, y en lo antiguo con el de *Oreja de Dionisio*, y de la cual se cuenta que este tirano habia hecho construir en su fondo un calabozo para sus prisioneros y en la que el sonido se propagaba de tal modo que la palabra más baja y el oido más débil se oian distintamente á la entrada del conducto subterráneo donde estaba el guardian. Hace mucho tiempo que el orificio extremo interior de la gruta quedó interceptado y resulta que el antro del rey Dionisio produce hoy efectos de eco muy raros, aumentándose la intensidad del sonido de un modo prodigioso; una palabra pronunciada en voz baja resulta un grito, y si se sacude con la mano un vestido parece que se dispara un cañonazo; un canto á dos voces produce el efecto de un cuarteto entonado por laringes más potentes que las de los habitantes humanos de este globo. Aún se podrian citar muchos más hechos comprobantes del gran alcance que pueden llegar á tener los sonidos y de las circunstancias que facilitan ó favorecen la conservacion de su intensidad; pero los indicados bastan para formarse ya clara idea acerca de esto.

Ocurre, sin embargo, que el sonido encuentra á lo mejor, en plena atmósfera, obstáculos misteriosos á su propagacion, los cuales producen, sin causa aparente, interrupciones extrañas del sonido, ó que este se detenga y amortigüe produciendo lo que puede llamarse la *sombra del silencio*, conforme en el artículo siguiente se verá.

DOCTOR HISPANUS



UNA CARRETA DEL NORTE; cuadro por A. W. Kasalski

IMP. DE MONTANER Y SIMON



AÑO III ↔ BARCELONA 29 DE DICIEMBRE DE 1884 ↔ NÚM. 157

LA VUELTA DE OTRO HIJO PRÓDIGO, cuadro por H. Lindenschmit

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La peste de Otranto.—Echegaray *chez lui.*—Echegaray dramaturgo.—Otranto apestada.—Donde busca el genio su botin.—El centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado.—Modos de ser del entusiasmo nacional.—El derecho de testar entre los nobles.—Culebra.—Voracidad infaltil.—Año nuevo.—Cifra funesta.

Se ha estrenado en el Teatro Español el último drama de Echegaray, *La peste de Otranto*, cuyo éxito ha sido celebradísimo por el numeroso público que sigue con entusiasmo las espléndidas creaciones de este genio fácil y fecundo. El delirio del auditorio no ha tenido límites. Los aplausos han resonado cien veces desde que en las primeras escenas el estro poético del autor desborda en una tempestad de imágenes y figuras hasta que al final estalla el volcan de lo dramático con la tremenda explosion de las emociones patéticas. Acabada la representacion, el autor fué llevado á su casa en coche entre admiradores que, alumbrando con antorchas, prestaban á Echegaray uno de esos homenajes que son raros en esta patria de la ingratitud para con los ilustres varones.

***

Poco tengo que decir de su carácter literario: conocido por tanta y tanta obra en que se destaca enérgica su silueta moral: de su persona daré idea completa si acierto á expresar cómo forma contraste su conversacion y la delicadeza de su palabra cuando habla familiarmente, con el enérgico númen de sus dramas. Es el autor de *La peste de Otranto* un pacífico burgués que madruga á diario y apénas da la luz en los balcones de su despacho de la calle de la Princesa, en el barrio de Pozas, cuando ya está allí en pié, ante su mesa de pino sin pintar, no el autor dramático, sino el ingeniero. En Echegaray hay un espíritu que se reparte igualmente entre el arte de lo bello y la ciencia de lo útil. Guarda para el ingeniero, para los compases, los logaritmos y la aritmética, la constancia, el incansable trabajo de largas horas. Guarda para el poeta dramático, las inspiraciones felices y espontáneas y el febril impulso creador de unas cuantas noches en que á la luz de su lámpara, á solas, silencioso, vierte en las cuartillas, con impaciente pulso, las estrofas de bronce ó de oro que han de resonar luégo en la escena en la magnífica melodía de lo sublime. Todo lo que hay de desordenado, de ferviente, de calenturiento, de irregular, de desigual en la labor del artista, hay de metódico, de acompasado, de seguro, de cronométrico en la labor del ingeniero. Y aquel hombre á quien, visto á través de sus dramas, sólo se le concibe con el cabello erizado, las manos convulsas, el labio trémulo, disparando imprecaciones y apóstrofes, se le encuentra de paseo con sus nietos, en las avenidas del Retiro, pacífica y prosaicamente ayudándoles á jugar con el volante y presidiendo con infantil solemnidad sus inocentes recreaciones.

Este contraste es tan vivo que á todos sorprende.

Echegaray dramaturgo, es el Dios de las tempestades.

Echegaray ciudadano, es el númen de la tranquilidad y de los placeres suaves.

***

El trabajo interrumpido, rostros de hambre y miedo, el odio humano acompañando á la enfermedad en sus desdichas, como si la caridad se hubiese borrado del corazon del hombre, las ciudades aterradas primero y desiertas despues: tal es el aspecto de la peste. Lleva consigo algo denigrante y depresivo. Cae un sér atacado de ella y en vez de saludarle la simpatía pública con esta frase, «¡un pobre enfermo!» le saluda el egoismo con esta otra que parece un insulto: «¡un apestado!». Y se le cerca, se le rodea de obstáculos, se le abandona, se cortan los lazos que le unian á los demás hombres; la esposa reniega del dulce nudo que le ataba á la víctima y como que trata de borrarse de sus labios las huellas de los pasados besos cual si temiese que con el conmovedor recuerdo fuese á acudir el asqueroso contagio. Cuando la muerte pone término á aquel sufrir solitario y sin ayuda, el cadáver no tiene la compañía del clérigo que, las manos enlazadas, ora, ni las cuatro llamas doradas que da la cera que arde y perfuma, sino la soledad, el olvido, y el responso del miedo cerniéndose sobre los restos lívidos é hinchados.

El cuadro de una ciudad de la Edad media, invadida por la peste levantina, era propio para tentar la inventiva creadora de Echegaray, cuyo pincel busca lo trágico y propende á lo aterrador.

Encontrar armonías entre los ayes de los moribundos, y estrofas de amor que pasaran volando sobre la enorme pira de Otranto en llamas, como una pareja de palomas blancas y rumorosas, es el privilegio de estos genios que á la manera que la abeja saca del amargo beleño dulces lágrimas de miel, deduce de la tortura humana licor y aroma que embriaga y enloquece á las muchedumbres. Tal es el último drama de Echegaray: una pavorosa leyenda en que se mezclan las inspiraciones de la tragedia y las del drama romántico.

.....Un *Maelstrom* donde giran revueltos amor, guerra y peste.

***

El centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado no ha revestido la importancia y la brillantez que debe acompañar á estas fiestas. La funcion celebrada en el Teatro Real ha sido, más que otra cosa, una velada literaria y como en ella se han leido pocos versos buenos, y no han aparecido en el escenario los autores á quienes el público aclamó, todo ha quedado reducido á una sesion de tres horas, largas y aburridas.

La parada militar siempre llama á la gente y la congrega al vibrar de las cornetas y al batir del paso marcial. Un soldado que desfila armado de su correaje y su fusil es siempre un espectáculo vistoso. Parece que con él va algo de la patria, algo de la historia española, y se le sigue con cariñosa simpatía. La parada ha sido lo único bueno del centenario del buen marqués.

Mucha gente ignora quién ha sido este invicto soldado, y sólo un reducido número de personas conoce sus escritos, de sobrio clasicismo y abundantes en máximas. El hecho de su vida de que más partido hubieran podido sacar los propagandistas del centenario, para atraerle las simpatías públicas, es la heróica muerte del marqués ante la morisma de Orán, en el campo de batalla, envuelto en la bandera española.

El heroísmo es un sentimiento que todos admiran. En cambio, son pocos los que pueden estimar en su verdadero valor el mérito de una obra didáctica, llena de párrafos tan sólidos como enfadosos.

¿Por qué celebrar centenarios para hombres cuya primacía en la celebridad es discutible, miéntras Cervantes y Quevedo, los dos genios mayores de la patria, los dioses de nuestro parnaso, los capitanes de nuestras pléyades espirituales, están en olvido, sin que se conmemore su nacimiento, su muerte, ó la fecha de sus obras más importantes con una solemnidad pública de cuenta?

Somos así los españoles: injustos en el reparto de los laureles y tardíos en la reivindicacion de nuestras glorias.

***

Discuten los periódicos la necesidad, conveniencia ó justicia de una disposicion que ha de contener el Código Civil: la libertad de testar de los títulos del Reino y grandes de España.

Es un viejo pleito en cuyas páginas riñeron sus primeras armas la aristocracia y el pueblo, el derecho antiguo y el moderno derecho.

El fulgor de la aristocracia estriba más que en los blasones en los pingües patrimonios. El duque necesita una fortuna cuantiosa con que sobrellevar las cargas impuestas por la vanidad á una corona; una caja de polvos de oro con que dorar á diario su vida, y dejarla deslizarse en una apoteósis triunfante y teatral.

Pero los modernos tienen sentimientos que ántes no habian nacido en el alma humana, ó que se habian dejado sojuzgar por el convencionalismo social. Y dice la opinion: «No es justo que el primogénito goce privilegios á costa de los demás hermanos.»

En el derecho de Cataluña hay aún restos de la legislacion antigua en esta materia, justificados por razones históricas.

Pero en la aristocracia todo lo que sea desvincular es poner en circulacion el oro y la fortuna: es dar alas á las onzas, y el dinero sólo es útil cuando corre ó vuela.

***

Detrás de las vidrieras de los escaparates nos mira y nos acecha. ¡Oh, dulce reptil! ¡oh, histórica culebra que guardas en tu cuerpo deleites para el gastrónomo, por cuyos pedazos anda muerta de amor la turba infantil!.... Eres eterna y durarás lo que las tradiciones de Noche-Buena.

La culebra de mazapan es un símbolo. Dios le dijo á la mujer: «Tú quebrantarás la cabeza de la serpiente,» y los confiteros facilitan la operacion enviando á las casas una serpiente de dulce. La madre de familia quebranta la cabeza del sabroso ofidio, y en torno á los restos del vencido reptil se aglomeran los chicuelos.

Los niños son golosos como los pájaros. Poned en un cerezo una de las rojas frutillas, del color de los labios de Lesbia, y vereis acudir á disputarse su posesion un niño y un pájaro. «De pico de ave á labios de niño—ha dicho un poeta—hay poca diferencia.»

***

Nieblas han envuelto á Madrid durante la semana. Nieblas le rodean cuando trazo estas líneas. La tristeza invernal nos rodea..... Mañana empieza el invierno oficial..... Desde mañana puede helarse cualquier ciudadano sin faltar á la constitucion del Observatorio Astronómico.

***

La vida corre sin cesar, dejando atrás ruinas, y enseñando un porvenir nebuloso. El año se acaba, la vida cambia de aspecto, como la calle al llegar á un recodo, y nos muestra nuevas perspectivas.

Un año que acaba es un amigo que se va á Ultramar, con sus defectos y sus bondades, mayores estos á nuestros ojos que aquellos el dia en que empieza la ausencia. Despidamos cortésmente al amigo 84, que nos ha acompañado durante doce meses, y nos deja confiados á su hermano el 85.

Las cábalas de la antigua superstición formaban combinaciones numéricas de las cifras y de las fechas, deduciendo, de estas combinaciones, profecías.

Si estas dolencias de la fantasía siguieran reinando, seria preciso consolar á la humanidad ahora, porque sumando los dos números finales del nuevo año, el *ocho* y el *cinco*, resulta una cifra funesta.

El trece.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

LA VUELTA DE OTRO HIJO PRÓDIGO, cuadro por H. Lindenschmit

La leyenda bíblica del Hijo Pródigo ha inspirado muchos cuadros. Unos artistas la han pintado como el libro santo la describe, es decir, ocurriendo la accion en remotos tiempos. Otros artistas han utilizado el hecho, figurándolo en distintas épocas, inclusa la presente, á lo cual se presta singularmente lo simpático, tierno y provechoso del asunto.

El cuadro que hoy publicamos es indudablemente uno de los más sentidos y con mejor acierto ejecutados. En él se supone que han trascurrido muchos años desde que el hijo ingrato abandonó el hogar paterno. De aquellos séres á quienes sumió, con su ausencia, en el mayor desconsuelo únicamente existen su viejecita abuela y una antigua criada de la casa, cuya sorpresa y satisfaccion están admirablemente expresadas. En cuanto á la abuela, su emocion es poco visible: ha llegado á una edad en que las impresiones, por bruscas que sean, ejercen escasa influencia en las manifestaciones externas. Los demás individuos de la familia no conocen siquiera al recien llegado; por esto lo contemplan con más curiosidad que sorpresa. La gente menuda experimenta cierta repulsion y algo parecido al miedo á la aproximacion de un personaje cuyo deterioro contrasta con la opulencia de los comensales del familiar banquete.

La composicion ajusta perfectamente con la idea del artista: esto explica cierta frialdad que se observa en las figuras, dado el asunto, y decimos aún más, esto constituye el mayor mérito del cuadro. En este hay dos grupos perfectamente definidos; en el uno se encuentra el pasado: en el otro el presente. Examínese con detencion el cuadro y se echará de ver con cuánto talento ha salvado su autor la línea divisoria del presente y del pasado.

LA ESCALERA DE UN MINISTERIO cuadro por A. Lonza

Muy bien, y áun muy retebien, debe sentar la poltrona ministerial cuando el que la ocupa ó pretende ocuparla apechuga con la pesadez de tanto y tanto pretendiente como asalta un dia y otro y siempre á S. E. Poner cara de amigo á la turba de osados y de imbéciles que se proponen secundar al gobierno en la ardua empresa de hacer la felicidad del país, ha de ser un suplicio para quien no tiene ni las ollas de Egipto para distribuir entre tanto famélico, ni la resolucion suficiente para enviarles noramala á todos.

Véase en nuestro cuadro cuántos son los que llevan ya apurado al gobernante en una sola audiencia: pocos denotan estar satisfechos de ella; por el semblante de algunos es de suponer que le están poniendo al ministro de vuelta y media. Esta es otra: ministro que no decreta todas las impertinencias con un—*como se pide*—es un ingrato y hasta un traidor á su país, cuya dicha pudiera hacer á tan poca costa.... Y á tan poca ..con nombrar á cualquier zascandil intendente de Cuba ó Primado de España.

Tal es la idea que el autor de este cuadro ha puesto en accion con singular acierto: todos los personajes están en carácter; los del grupo del primer término, como se dice vulgarmente, están que hablan. De fijo que sus expedientes no prosperan.

TINTORETO RETRATANDO A SU HIJA en el lecho de muerte, cuadro por B. Roch

José Rosusti, llamado *El Tintoreto*, es sin duda el discípulo más célebre del famoso Ticiano. Nació en Venecia en 1512 y falleció á la avanzada edad de 82 años. Tuvo una hija, Marietta Tintorella, á la cual perdió en lo mejor de la juventud. Rosusti, anciano á la sazon, debió acordarse de su maestro que, presa de un dolor parecido, tuvo el valor ó sintióse inspirado para hacer el retrato de la persona que le era más cara en este mundo.

El asunto del cuadro no puede, por lo tanto, ser más patético ni más á propósito para lucir en él condiciones de artista privilegiado. El autor ha cumplido como bueno, por más que su obra nos recuerde la análoga del incomparable Ticiano. El cadáver de Marietta no se hace repulsivo; todo lo contrario, quizás está poco muerta y demasiado dormida. La figura principal es realmente noble; sobre ese hombre pesa manifiestamente un grande infortunio; pero, en rigor, ese infortunio le abate y no le inspira: dudamos que en tal disposicion de ánimo, el Tintoreto hubiese podido ni bosquejar siquiera el retrato de su hija. Para que el artista se sobrepusiera al padre hubiese sido necesario el concurso de una inspiracion, de un rapto artístico, que la figura no revela.

A pesar de todo, el cuadro tiene condiciones de primer órden y la impresion que causa es debida á medios de buena ley, empleados con singular maestría.

LA ULTIMA HORA DEL AÑO

CUADRO POR A. Z.

Composicion del género fantástico, digna del genio de Hoffmann.

El año que acaba anuncia al mundo su última hora. Su expresion es altiva, soberana; es la expresion del rey que rompe el cetro cuando se le exige que lo entregue á su sucesor. La actitud de esa figura, sus líneas todas, son grandiosas: tiene cierto sabor á Miguel Angel que impone á quien la estudia y medita.

El cuerno que doce meses ántes llevaba consigo repleto de dichas y desgracias, se ha vaciado por completo. Ha cumplido su mision y abdica como Cárlos V, en la plenitud de su fuerza, á beneficio de un hijo ingrato.

El viejo campanero se sorprende ante la vision terrible. ¡Muere un año!... ¡Ha visto morir tantos!...

Para la niñez un año más es un paso hácia la libertad; para la juventud un año más es un paso hácia el desencanto; para la ancianidad un año más es un paso, el último quizás, hácia la tumba...

PREDICAR EN DESIERTO...

CUADRO POR S. G. ROLLON

¿Qué entiende la pobre niña del Génesis ni de la Apocalípsis, ni cómo es posible que su abuela la pueda distraer de la idea del juego, tan propia de la edad infantil y tan inherente en los niños nacidos en el monte, criados en los bosques, para quienes la libertad es la vida, pájaros selváticos, refractarios á la jaula, en que se mueren de nostalgia ó de asfixia?

La excelente anciana lee la Biblia á su nietecita, pero la hijita del leñador tiene el cuerpo en la cabaña y el pensamiento en el campo, en el espacio, en la inmensidad, que los niños miden sin temor, como el águila contempla el sol sin cegarse. No importa; la doctrina que siembra la abuelita es como la gota de agua que un dia formará un arroyo, es como el grano de trigo que más ó ménos tarde producirá una espiga... La moral de los Libros Santos se infiltrará lentamente en la rapaza, pero se infiltrará al fin y al cabo; ella le enseñará á bendecir á Dios y á amar al prójimo. Esto podrá ser poca ciencia, pero no impide que sea la gran ciencia.

Este cuadrito es admirable de verdad y de expresion.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

MAMÁ DEJA BAILAR

¡Qué buenas son las mamás, sobre todo cuando conceden á sus hijos lo que estos les piden! Véase si no, la cariñosa zalamería con que las dos jovencitas del grabado colman de caricias á la suya por haber dado su vénia para improvisar un baile en el salon de la quinta.

Y era natural. La conversacion iba decayendo, las horas de calor habian pasado; no faltaban mancebos ganosos de enlazar con su brazo, siquiera con el decoro que las buenas formas exigen, el talle de las lindas señoritas allí reunidas; contábase con el indispensable piano y con quien lo tocara: lo demás venia de por sí: sólo era necesario el permiso de la mamá.

Concedido éste de buen grado, ¡revolucion general! Quién retira la alfombra, quién aparta las mesas y demás muebles que pudieran estorbar los rápidos giros de las parejas; quién escoge entre los papeles de música los walses y polkas más en boga: escena, en fin, llena de vida, de movimiento y color local, que el artista ha sabido reproducir con admirable acierto.

La danza va á empezar: ya son felices los jóvenes de ambos sexos, y hasta la mamá, que se complace en contemplar el contento de sus hijos. ¡Se necesita tan poco para experimentar una satisfaccion en la edad juvenil, y son tan complacientes los padres!

LA DÁNAE DEL TICIANO

I

Una tarde de primavera pintaba el Ticiano el fondo de un cuadro mitológico en las cercanías de Ferrara.

Colocado el caballete bajo un grupo de álamos blancos, teniendo cerca un pequeño montículo que habian tomado por asalto espigas, amapolas y rosales; sirviéndose admirablemente de las hojarascas y matojos que cerca de un lagunazo, un tanto turbio, se parecian; el gran maestro, que estaba aún en lo más florido de sus años y en cuyo rostro inteligente y simpático no habia aparecido una sola arruga delatora, daba los últimos toques á aquella mancha, rica de luz y de color, destinada á recibir una de las graciosas parejas olímpicas que su genio logró robar de la altura, á pesar de los cuidados de arpías, cerberos y minotauros.

Descendia el sol, prolongábase la sombra del caballete sobre el musgo y se disponia á guardar sus colores y sus pinceles, cuando apareció tras él una graciosa villana, la cual, colocando una mano familiarmente en su hombro y rozando con su blanca cofia la oreja del maestro, le dijo en fácil pero incorrecto italiano:

—Maestro, ¿quereis ponerme ahí, al borde de esa laguna..?

Ticiano volvió el rostro incomodado por esta interrupcion enfadosa, pero al ver el gentil talante de la villana, sus hermosos ojos y su mano blanca y menuda como un ramo de flores de almendro, dejó vagar por sus labios una sonrisa y respondióle con cierto gracioso descomedimiento:

—¡Si quieres que yo te dé lugar en mi lienzo, has de dármelo, tú, en tus brazos!

La villana, en vez de incomodarse por esta atrevida respuesta, rióse con toda la boca que no era mucha ni fea la que tenia—y repuso, haciendo un delicioso mohin y cubriéndose el rostro con su delantalillo bordado de trenzas multicolores:

—¡Vaya, vaya, maestro! pronto quereis cobraros; trabajad, que no os faltará paga, en esta ó en la otra vida.

Luégo, saltando como una corza y desasiéndose de los atrevidos brazos del amigo del Aretino, que no era torpe ni manco, colocóse cerca del agua estancada, que el pintor habia convertido en delicioso espejo sombreado de verde, sentóse en un gran canto rodado que entre juncos y adelfas se veia, y cruzando los piés de una manera académica y donosa, y dejando flotar al viento su larga y rizada cabellera, invitó al Ticiano á que pintase.

El autor de *La Asuncion* lanzó un grito de asombro: jamás habia visto modelo mejor colocado ni líneas más correctas y encantadoras; aquella era una de las figuras que faltaban á su lienzo; la diosa que habia soñado para sonreir al pastor dichoso; el complemento de su fondo lleno con el ambiente del monte Latmos.

Volvieron pues á su lugar paleta y pinceles; el vértigo de la inspiracion movió la mano hábil del maestro, y aprovechando toda la luz, quedó la figura trazada maravillosamente.

Anochecia; la villana, despues de contemplar con curiosidad nimia la imágen que ocupaba el fondo del cuadro, dió á correr por la vereda cercana sin atender á las súplicas del artista y haciendo resonar el aire con sus sonoras carcajadas. Cuando el Ticiano entró en Ferrara seguido del chicuelo que llevaba los útiles, aún no podia explicarse lo que habia ocurrido; el caso era que en vez de pintar á Diana y Endimion, llevaba sólo el retrato fiel y gracioso de una pobre campesina.

El que habia de ser jefe de la escuela pictórica veneciana durmió mal aquella noche. Aquel cuadro, cuyo fondo habia concluido la tarde pasada, era un encargo de cierto rico mercader y debia ser entregado en breve plazo. A no haber venido la campesina á interponerse en el instante preciso, hubiera podido concluirlo en dos sesiones sin salir de su estudio. El diablo andaba sin duda en el asunto.

A pesar de esto, al echar una ojeada sobre el lienzo se admiró á sí propio. La figura de la villana era una verdadera obra de arte que acusaba su manera franca y natural, su verdadero dominio de la línea y del claro oscuro: la abundosa cabellera, el seno modelado de admirable modo, la mano y el pié dignos de Anadiomena, el talle prolongado por el justillo que más bien debia de ser de raso que de algodon grosero, el tono general, en fin, de aquella improvisacion pictórica le hicieron consolarse de la pérdida del trabajo y reconciliarse con aquella intrusa burladora. Pensando, pues, en dar á su obra tres ó cuatro toques todavía, mandó á su fámulo cargar con los trebejos al dia siguiente, y cuando el sol se hallaba en el zénit y sonaban las doce en el histórico castillo, encaminóse á la campiña y plantó sus reales cerca del lagunazo, bajo los álamos que daban vista al montículo de las amapolas y los rosales.

Para matar el tiempo llenó los huecos del lienzo pecador, concluyó los juncos y las adelfas hasta el punto de poder contar los ñudos y las hojas, rasgó las nubes del celaje y dió más suave verdor á las aguas de la laguna; pero las horas corrieron y el sol se acercó al ocaso sin que ánima viviente cruzara por aquellos sitios.

Impaciente el maestro, limpió y mojó los pinceles una vez y otra, cambió de sitio el caballete por siete veces consecutivas, fué y vino por la vereda, como cazador impaciente de palomas torcaces; mas todo en vano: tuvo que volver á Ferrara cejijunto y sombrío como el Caín de uno de sus mejores cuadros.

¿Qué habia sido de la villana? ¿Porqué no habia acudido á la explanada de los álamos, como la pasada tarde? ¿A qué burlaba al artista de tal suerte? Esto trataba de explicarse cruzando la Plaza Vieja, cuando vió desembocar por la calle próxima una gran señora seguida de su paje y de su mayordomo y mostrando en su porte la alteza de su nacimiento.

¡Extraño caso! El Ticiano se estremeció de gozo ó de miedo; la dama tenia el talle, el rostro y las manos menudas de la villana de la campiña. Bocaccio no hubiera podido hallar para su *Decameron* argumento más sutil y maravilloso. Trémulo, sudoroso, sintiendo algo frio y extraño deslizarse por sus venas, Ticiano recatóse como pudo en los pliegues de su capa y siguió á la orgullosa deidad á largo trecho; ella, por su parte, pareció no darse cuenta del seguimiento y continuó su camino con la severidad de una dogaresa y la indiferencia de una castellana. Poco despues penetraba en un soberbio palacio y subia sus escaleras de mármol sin dirigir al pintor una sola mirada.

—¿Sabeis quién es esa dama?—preguntó el aturdido artista á un mendigo de luenga barba que se inclinó profundamente al pasar aquel soberbio prodigio de hermosura.

—¡La Duquesa de Ferrara!—contestó el pobre hombre, descubriéndose humildemente.

II

No era el Ticiano hombre á quien asustaran los próceres ni las duquesas, porque halagado desde los comienzos de su carrera por altas entidades y poseyendo una buena fortuna, puede decirse que con palacios y palaciegos estaba por demás familiarizado; sin embargo, la aventura en que se creia empeñado con la hermosa duquesa de Ferrara le tenia caviloso y confuso.

¿Era posible que la duquesa y la villana fueran una misma persona? ¿Cabia en cerebro humano que dama tan principal y orgullosa apelara á tales medios, por el solo placer de conquistar las simpatías de un artista, más ó ménos celebrado? Estos y otros pensamientos trabajaban la mente de nuestro héroe, miéntras permanecia inmóvil junto al pórtico de la mansion ducal, haciendo pareja á los guerreros de granito que soportaban la fachada.

Tres dias pasaron sin que le fuera dable coger los pinceles ni encontrar disculpa para el mercader de su cuadro; al cabo de ellos, imaginó un medio para convencerse de si habia sido ó no víctima de las genialidades de la hermosa duquesa, célebre ya en los fastos de la galantería florentina y veneciana.

Vistióse con particular esmero, rizó su cabello, perfumó su barba y se dirigió á la casa señorial con cierto calenturiento desenfado. En el átrio dió el nombre de la duquesa, y como viese que el paje de escalera arriba le cerraba bruscamente el paso, hizo descubrir un poco del lienzo pintado en la campiña y mostrando el mágico perfil que él suponia por demás conocido, siguió su camino triunfalmente.

La estratagema hizo efecto: el paje tomó de manos del aprendiz el cuadro cubierto de rico terciopelo de Utrecht con franjas de oro y bien pronto se halló el Ticiano en una elegante cámara, cuyo ambiente templado y aromático acusaba la delicadeza y el gusto del hada que habitaba en ella.

Como el crujido leve y suave de las hojas secas revela la presencia de esos brillantes reptiles de piel irisada que habitan en las selvas colgadas de lianas del Nuevo Mundo, la proximidad de la duquesa se reveló por el crujido de su falda de seda que se arrastraba suavemente por el mármol del pavimento. Rígida, altanera, deslumbradora, dejando ver, á propio intento, el arranque de su cuello entre sartas de perlas que parecian manchas oscuras sobre su epidermis trasparente, la noble dama sentóse en una elegante silla de forma griega y midiendo de alto abajo al artista con una mirada desdeñosa, díjole con acento acerado y un sí es no es imperioso:

—¡Vamos, quién sois, qué quereis, y qué envoltura es esa que ocupa lugares que no son mostradores de mercader ambulante!

Los propósitos del Ticiano, que eran sin duda ofrecer el cuadro y estudiar al propio tiempo el efecto que su atrevimiento habia de causar en la que él creia enamorada de su persona ó de sus pinceles, vinieron á tierra con este severo intróito.

—Señora,—balbuceó al cabo, perdiendo por completo el resto de valor que le quedaba y dando vueltas á su toquilla como el zafio más desconcertado,—venia solo á que me hicierais la merced de aceptar este cuadro, ya que tan amiga sois de las artes, si no miente la fama y el renombre de la raza de Este.

Y con mano temblorosa descubrió el lienzo que se apoyaba en una gigantesca ánfora etrusca.

Si la emocion y el temor no le hubieran dominado, Ticiano hubiera podido ver estremecerse la mano pequeña y nerviosa de la altiva dama y cruzar por sus ojos un relámpago inexplicable.

—Siento infinito no poder complaceros,—repuso, dejando caer una mirada desdeñosa y altiva sobre la pintura, y separándola inmediatamente para recorrer los florones dorados del techo,—pero son tantos los que pordiosean y tan pocos los que agradecen nuestros favores, que no debeis extrañaros de que no quiera poseer ese lienzo extravagante y poco curioso.

Ticiano se irguió, como si hubiese sentido la picadura de un áspid, al escuchar aquel insulto acerado y frio, y sintió que se agolpaba á su mejilla toda la sangre.



LA ESCALERA DE UN MINISTERIO, cuadro por A. Lonza



TINTORETO RETRATANDO Á SU HIJA EN SU LECHO DE MUERTE, cuadro por B. Roch

—¡Os habeis equivocado, señora Duquesa! —contestó recobrando su apostura noble y su fiereza de artista; —ni yo vengo á pediros nada, ni hombres de mi traza necesitan de algunos de vuestros favores; habia juzgado este cuadro á propósito para vos, y pues he equivocado el sendero, ¡ved en lo que aprecio mi obra!...

Y cerrando la mano derecha con una crispadura terrible, y de manera que el rico anillo que llevaba en el dedo índice presentara el mayor saliente posible, hizo, sobre el lienzo, tan atroz rasguño, que quedó casi dividido en dos mitades.

La duquesa sintióse herida á su vez por aquel rasgo de indiferencia y de orgullo artístico, y levantándose de su silla griega y llamando á sus pajes y servidores, quiso ¡quién sabe! arrojar de la cámara al importuno.

Pero era tarde; cuando los pajes y servidores traspasaban los umbrales, el pintor ganaba las escaleras con la celeridad de un gato montés.

III

Seis meses despues, el Ticiano, no libre aún de la impresion desagradable y grata á la vez que le causara la visita hecha á la Duquesa de Ferrara, terminaba, en Venecia, su cuadro de *Diana y Acteon*, que era un verdadero prodigio.

El célebre maestro, halagado como nunca por la fortuna y tratando mano á mano con Papas y Reyes, no se sentia, sin embargo, libre de tristezas. ¡Era tan hermosa la Duquesa de Ferrara! ¡Hubiera sido tan feliz con sólo estrechar su mano!

En la duda de que ella hubiera sido la aldeana que se le apareció en la campiña, el caviloso artista queria atenuar sus rigores con el favor ántes concedido. Ticiano hubiera dado todos sus lienzos por una mirada benévola de aquella mujer extraordinaria.

Sumido en locas meditaciones se hallaba en su estudio, desde cuyas ventanas se descubria el hermoso puente de Rialto, cuando se presentó un anciano severamente vestido de negro, pidiéndole audiencia. Despues de algunas frases corteses y de hacer pomposos elogios del lienzo que se hallaba en el caballete, el de lo negro expuso el objeto de su visita; necesitaba una Dánae de tamaño natural y en el momento mitológico de recibir la fecundante lluvia de oro.

Convínose en el precio, entregáronse cien florines á buena cuenta, y el pintor ofreció darle comienzo, tan pronto como encontrara modelo apropiado. La empresa, no era muy fácil: un modelo desnudo digno de justificar la más delicada de las metamorfósis del padre de los dioses, no podia tenerse tan á mano.

Una semana entera se pasó y el artista no pudo hallar lo que buscaba. Las muchachas venecianas que ofrecian sus cuerpos al artístico sacrificio, no agradaban al maestro que se desesperaba por no hallar Dánae digna de sus pinceles. Dos visitas hízole entre tanto el de lo negro, que al parecer tenia prisa en ver terminada la obra. —¡Si no hallais modelo, —díjole la segunda vez,—preciso será convenir en que esperais que la amada de Jove descienda del Olimpo para contentaros!...

Y nada ménos que esto hubiera sido menester, si no hubiera ocurrido un caso por demás extraño y prodigioso Dábase al diablo y se quejaba de la deficiencia de la forma carnal hasta con su amigo el Aretino, cuando fué á visitarle cierta Celestina de alto bordo, proponiéndole un modelo perfecto.

Abrió tanta boca el Ticiano escuchando sus proposiciones, porque eran por demás desusadas y excéntricas: el modelo prestaba su cuerpo, pero queria recatar su rostro; es decir, que durante las sesiones de estudio conservaria, fiando en la noble palabra del pintor, un antifaz de terciopelo, yendo y viniendo en coche cerrado y con las necesarias precauciones para no ser vista.

El pintor aceptó la oferta, á pesar de la crecida suma que por ella exigia la corredora, y fijóse la hora y sazon en que debian comenzar los trabajos.

En efecto, al dia siguiente, dispuesto el estrado en que debia de reclinarse la amada de Júpiter, esta apareció sin velos ante el pintor, que lanzó un grito de asombro. Todos sus ensueños de belleza habian quedado eclipsados por aquella perfecta hermosura.

La curvatura perfecta de aquellos hombres, los suaves contornos de aquel seno, las líneas ondulantes de aquella cadera graciosa y escultural, revelaban á la vencedora del monte Ida; Ticiano, sin ser Páris, no hubiera dudado lo más mínimo en otorgarle la codiciada manzana. En vano la mirada del Ticiano quiso hundirse como un puñal en el terciopelo que velaba aquel rostro; el golpe se embotó en la suavidad mate de la tela; en cambio, dos ojos brillantes y dominadores lanzaban sus rayos tras aquel muro negro, que se prolongaba hasta la boca.

Como de costumbre, la fiebre artística se apoderó del protegido de Paulo III, y mezclando *rosa y jazmin* sobre su paleta, comenzó á manchar locamente el lienzo imprimado.

A medida que la línea nacia, que el color se amontonaba, que el modelo era trasportado al lienzo de manera prodigiosa, los ojos negros lanzaban tras el antifaz relámpagos más limpios y suaves, los brazos de Dánae caian con más laxitud sobre los almohadones de plumas, el seno aquel se movia del modo más desigual y frecuente. Cuando el pintor, en el paroxismo de la inspiracion, terminó el bosquejo de aquellas deliciosas formas y cayó sobre su asiento, cansado, sudoroso, pálido, como si hubiera mezclado con el blanco de plata toda su sangre, la hermosa se arrebujó instintivamente en un rico manto de cachemira y se preparó á partir.

Al ver esto, Ticiano, casi arrodillado, casi extático, señaló el lienzo en el cual sólo faltaba una cabeza digna de aquel cuerpo para completar el prodigio, y con acento trémulo, sordo, imperceptible, suplicó á aquella mujer, en nombre del arte y con las lágrimas en los ojos que se quitase la careta.

La Dánae de carne y hueso pareció presa un momento del éxtasis del artista, y llevándose la mano al rostro con un movimiento nervioso, se arrancó el antifaz sin contestar una sola palabra.

Ticiano sintió latir sus sienes como si las golpearan con un martillo de acero, y se arrojó á las plantas de aquella estatua humana, como el gladiador que pone el cuello bajo el pié de su contrario para que le estrangulen y acaben.

¡Su modelo, su Dánae, era la duquesa de Ferrara!

BENITO MAS Y PRAT

GIMNASIA

«El cultivo de las fuerzas físicas es tan necesario para el hombre, como el cultivo de las fuerzas intelectuales.»

No sé quién ha dicho esto, pero presumo que ha debido de ser algun profesor de gimnasia sin discípulos.

Porque hace tiempo que recomiendan los higienistas de pelo en pecho los ejercicios gimnásticos para perfeccionar á la juventud y contribuir á su desarrollo.

Comprendo la influencia que los ejercicios de fuerza y de agilidad pueden ejercer en la educacion física de los niños.

Pero lo que no he llegado á explicarme, ni lo intentan, seguramente, los susodichos profesores en gimnasia higiénica es que, valiéndose de ese medio, los jibosos lleguen á parecer hombres desarrollados, ni que los sordos recobren el oido, ni se coloquen los jubilados

Las gentes acogen las teorías y las embellecen y arreglan á medida de su gusto.

Se ofrece más de un caso notable en los gimnasios, que revela cuánta es la buena fe de la mayoría de las personas.

—Mire V.,—decia un caballero al profesor en un gimnasio,—mi señora ha engruesado hasta el extremo de no encontrar modista que la haga un vestido; porque es lo que ellas dicen: «Para hacer un vestido á su señora, tenemos que reunirnos seis por lo ménos, para terminarle en un mes»

—¡Qué atrocidad!

—Es como si tuvieran que hacer un globo. Pues bien, amigo mio, me han recomendado que la traiga al gimnasio para que trabaje, con las pesas, y haga planchas y salte y algo de trapecio.

—Para eso,—le respondió el profesor,—es más corto que la eche V. desde un balcon á la calle y concluye ántes.

Otro señor decia:

—Yo tengo un niño jorobado de nacion.

—¿De nacion? no conozco ese país.

—Vamos, que nació jorobado, y me aconsejan que le traiga al gimnasio para que le enderecen.

Hay quien dedica á ejercicios gimnásticos á una muchacha porque tiene ojeras, y supone que desarrollando la fuerza, perderá las ojeras.

A un profesor gimnasta, mi amigo, consultaba una señora si podria volverse rubia ejercitando la fuerza.

—Señora,—replicó indignado mi amigo, eso es como si me preguntase V. si con la gimnasia podria librarse de pagar al casero.

Entre jóvenes que se dedican á visitar gimnasios, aunque sin aprovechamiento, la conversacion es generalmente sobre motivos *del arte*.

—El vizconde es fuerte.

—Mucho; desde que va al gimnasio higiénico tiene mucha fuerza

—Yo le he visto levantar dos kilos en una sola vez.

—Más levanto yo, que he levantado un empréstito por valor de diez mil reales, sin hipoteca.

—Es decir, sin emplear más que una mano.

He conocido casos muy raros.

Entre otros, el de un muchacho que asistia al gimnasio para proporcionarse voz de tenor, aunque fuese económica.

La gimnasia higiénica es monomanía moderna.

Comprendo su utilidad para los niños y para los jóvenes.

No me explico que pueda servir para desarrollar senadores vitalicios ni académicos de la Española.

Hay señores mayores que pasan las horas *haciendo pesas*.

—¿De dónde vienes, Fulano? —pregunta la señora, si es celosa.

—Del gimnasio: así es que traigo buen apetito.

—¿Del gimnasio, eh?

—¡Qué bien me prueba! Estoy hecho una fiera.

—Lo mismo estabas ántes.

—Fuerte y robusto... (Estornuda.)

—Ya te has resfriado.

En una casa de pupilos sorprendió la patrona á uno de ellos con un colchon sobre la cabeza.

La mujer, creyendo que era un ladron, gritaba para que acudieran los vecinos á detenerle.

—Calle V., señora,—replicó indignado el huésped, echándole el colchon encima.—Soy yo, que estoy ejercitando las fuerzas. Esto es muy higiénico...

—Pero rompe V. los colchones.

Por último, he leido un anuncio en que dice el autor: «¡No más sabañones!—Gimnasia higiénica.»

EDUARDO DE PALACIO

LOS PRODIGIOS DEL SONIDO

II

La sombra del silencio.—Transparencia y opacidad de la atmósfera para los sonidos

Las naciones marítimas se han preocupado mucho de establecer en las costas señales sonoras que hagan el efecto de los faros, cuando estos por las nieblas ó por otras causas no sean visibles; del mismo modo que la locomotora, con el penetrante silbido del vapor frotando los labios metálicos del silbato de alarma, anuncia su aproximacion mucho ántes que pudieran indicarlo los faroles que consigo lleva y que ocultan á cada momento las revueltas y los accidentes del camino.

Comunmente se emplea para aquel efecto una campana. La situada en la isla de Copeland, en el mar de Irlanda, se mueve por medio de una máquina que la echa á vuelo y dicen que se oye á 24 kilómetros de distancia. Otra campana hay instalada en Boulognes, en el centro de un reflector parabólico que manda los sonidos hácia el mar; tres martillos la hieren alternativamente, y en circunstancias favorables para la propagacion del sonido, este repique llega á oirse en los barcos ántes de percibir la costa. En la isla de Perdices, en Nueva Brunswick, se erigió un gran silbato de vapor, y cuéntase tambien que en las Sekries, cerca de Holyhead, se protege en lo posible á las aves marinas cuyos graznidos pueden indicar á los buques la proximidad de la costa; dícese á este efecto que algunas ratas escapadas del vapor *Régulo* que naufragó hácia aquella parte del canal de San Jorge el año 1856 se multiplicaron mucho en la isla y destruian las aves y su cría; acudieron los isleños á los gatos, pero notóse en breve que estos prefirieron hacer causa comun con las ratas, devorando los huevos y los hijuelos de las palmípedas, á luchar con los inmundos roedores; por todo lo cual se ha visto que es mejor atenerse á productores mecánicos del sonido, ya que la ayuda espontánea de las aves puede faltar cuando más necesararia sea. Cowper y Holmes han propuesto para este uso trompetas de vapor; el capitan Ryder combinaciones de cañon y grandes silbatos.

Pero se ha observado que los fuertes sonidos producidos por estos medios en las costas, si bien en muchos casos sirven á maravilla, pues se perciben á grandes distancias, con gran ventaja para los navegantes, hay veces en que por causas extrañas y no bien conocidas, las señales sonoras se amortiguan á cortísimo trecho, con asombro de cuantos perciben el fenómeno y notable perjuicio del marino que en la señal confia.

Conociendo en Inglaterra cuán importante es para la navegacion el determinar la causa de estos fenómenos y las circunstancias de la influencia, encargóse recientemente al célebre físico Tindall el estudiar experimentalmente el asunto, y aquel, en efecto, una vez instalados los aparatos productores de las señales sonoras en lo alto de las peñas del Sout Foreland, cerca de Dover, pasó á bordo del vapor que el gobierno inglés habia puesto á su disposicion y se fué acercando ó alejando de la costa hasta apreciar el límite hasta el cual las señales eran perceptibles.

Variaciones singulares y al parecer inexplicables se notaron desde las primeras observaciones y algunos hechos en contradiccion con las ideas dominantes sobre la propagacion de los sonidos. Un dia, siendo favorable la direccion del viento, se oyó hasta 8,750 metros el sonido de una trompa marina y el estampido de una pieza de á 18, instalada en las rocas de Sout-Foreland; al dia siguiente, con viento contrario, los mismos sonidos se percibieron hasta los 17,000 metros, ó sea al doble de distancia anterior. En otra ocasion, durante los mismos experimentos percibiéronse distintamente las señales á 20 ½ kilómetros con viento contrario y nieblas densas; y al poco tiempo, clara la atmósfera y en calma, sobrevino en ella sin causa aparente una opacidad acústica tan grande que el estampido de los cañonazos apénas se oia á 6,750 metros de la costa, y al dia siguiente, con tiempo sereno y caluroso y la mar completamente tranquila, hubo precision de acercarse hasta los 3,500 metros para percibir el cañoneo, hasta el punto de que habia momentos en que el observador distinguia perfectamente el humo de los fogonazos, pero no percibia el más leve ruido.

De estos hechos se deduce que la transparencia óptica y la transparencia acústica de la atmósfera no guardan, como queria Derham, relacion alguna, ántes al contrario, favorece á la una lo que á la otra perjudica. Las nieblas y las nubes que se venia creyendo eran obstáculo para la propagacion del sonido, resulta que la favorecen.

Segun Tyndall la causa de todas estas variaciones de la propagacion y alcance de los sonidos es la falta de homogeneidad de las capas de aire á través del cual se propagan las ondas sonoras. En los dias de atmósfera despe-

jada los rayos del sol, cayendo sobre el mar, debian producir una evaporacion bastante activa y estando la atmósfera poco agitada la saturacion de la atmósfera por el vapor acuoso debia ser diferente de unas capas á otras, ofreciendo estas, superficies de separacion aptas para la repercusion del sonido, formándose ecos parciales por reflexion que devolvian el sonido hácia los sitios de donde partiera, impidiendo así su propagacion á largas distancias. Tyndall notó efectivamente que cuando las nubes velaban el sol y la evaporacion por tanto no era tan intensa y la mezcla de aire y vapor más homogénea, el alcance de los sonidos aumentaba extraordinariamente, de tal modo que el sonido que empezó percibiéndose á 3 kilómetros, llegó, cuando el astro traspuso el horizonte, á distinguirse á doce kilómetros y medio

Los aguaceros producen un efecto análogo al de las nubes, y merced á su influencia crece el alcance de los sonidos. Una mañana, el hábil experimentador inglés apénas percibia el estampido de la pieza de á 18 á 8 kilómetros de la costa; al medio dia cayó un fuerte chubasco mezclado con granizo y en seguida se fué reforzando el sonido, de modo que pudieron los observadores irse alejando de la costa sin dejar de percibirlo hasta los doce kilómetros.

En Lóndres mismo tambien se ha notado que las nieblas y las brumas espesas, léjos de ser un obstáculo para la propagacion del sonido como se venia admitiendo, la favorecen. En los dias 10, 11 y 12 de diciembre de uno de los últimos inviernos una espesísima niebla rodeó la capital inglesa y en tales circunstancias los disparos de cañon se oyeron á mucha mayor distancia que en los dias despejados que precedieron y que siguieron á la niebla. De esta forma parece comprobarse, segun las observaciones más recientes, que la misma causa que disminuye la transparencia óptica de la atmósfera aumenta su transparencia acústica.

Un ingeniero francés, Breton, acaba de añadir á lo expuesto por Tyndall una razon más sobre las causas que influyen en las variaciones del alcance de los sonidos en la atmósfera. Las ondas sonoras emanadas de un foco situado á mayor ó menor altura sobre el horizonte, llegan á rasar la superficie del suelo ó del mar, á cierta distancia, variable con la altura del foco sonoro; en el punto en que rasan al suelo, rebotan y se levantan bruscamente, dejando un espacio en el que no penetran y que constituye la *sombra del silencio*. Para percibirse el sonido en este espacio hay que elevarse verticalmente á alturas que tienen que aumentar con la distancia al foco sonoro y al sitio en donde empieza la sombra del silencio. Así, pues, pudo muy bien haber sucedido que en algunos de los experimentos de Tyndall su buque penetrara en dicho espacio; en estos casos, al atravesar la superficie de la sombra acústica, lo repentino de la extincion de los sonidos es tanto más notable y marcado cuanto más completa sea la transparencia acústica del aire.

De todos estos recientes experimentos resulta que el estudio de los sonidos, de su alcance y de las circunstancias que influyen en su propagacion es aún un vasto campo para descubrimientos muy interesantes y de aplicacion suma, pues son fenómenos mucho más complejos de lo que en lo antiguo se creia, influyendo un sin número de circunstancias en la propagacion, figura y conservacion de la onda. Llegando á conocer y dominar todas ellas se podrán obtener artificialmente efectos maravillosos, haciéndolas concurrir todas á un fin determinado, como sucede ahora en la naturaleza cuando por raro acaso, coinciden para un efecto algunas de estas circunstancias favorables, y así se pueden dar ejemplos, como el del prodigioso pozo de Carisbrook-Castle, en el cual, si se deja caer un alfiler, se oye claramente el choque que produce al dar en la superficie del agua, y eso que el diámetro del pozo es de tres metros y la superficie líquida se encuentra nada ménos que á sesenta y cuatro de profundidad.

DOCTOR HISPANUS

[illegible]

Procesion á la luz de la electricidad en Nueva York

América es el país del progreso, de la rapidez y con frecuencia tambien el del reclamo. Ora se trate de un producto nuevo, ora de la candidatura á un cargo electivo, todos los medios parecen allí buenos para encomiar las excelencias del producto ó las del candidato y llamar la atencion del vulgo.

No es, pues, de extrañar que se haya recurrido á la electricidad, con sus resultados nuevos, imprevistos ó maravillosos, en circunstancias que por la misma originalidad de los medios puestos en accion, creemos oportuno poner en conocimiento de nuestros lectores con algunos detalles.

En los dos ejemplos que vamos á mencionar, la lámpara Edison ha sido el medio empleado para excitar la atencion pública; en el primero en favor de la misma luz



PREDICAR EN DESIERTO dibujo por S. G. Rollon


Fig. 1.—El negro eléctrico de Edison en la Exposicion de Filadelfia.—Lámpara de incandescencia en la cabeza de un repartidor de prospectos.

Edison, en el segundo, en el de un candidato á la presidencia de los Estados Unidos.

En la Exposicion de electricidad de Filadelfia, la Compañía Edison exhibia su sistema de alumbrado junto al de otros expositores, y distribuia prospectos. Para que el mismo público los solicitara, hizo que los repartiese un corpulento negro cubierto con un casco rematado en una lámpara de incandescencia, como lo representa la figura 1 que tomamos del *Scientific american*. Esta lámpara estaba enlazada con dos conductores ocultos entre la ropa del negro y que iban á parar á dos placas de cobre fijas á los tacones de las botas de este. Al rededor del espacio reservado á la instalacion de los objetos de Edison se habia puesto cierto número de placas de cobre de dimensiones convenientes, en relacion con las dos bornas de la dinamo que servia para producir el alumbrado.

Cuando el negro se situaba sobre dos de estas placas, podia abrir ó cerrar, segun quisiera, el circuito de la dinamo con la lámpara que llevaba sobre el casco y producir su extincion ó su alumbrado instantáneamente en virtud de un movimiento imperceptible y conservando las manos libres para distribuir los prospectos. Muchas personas nerviosas sufrian una impresion desagradable ante aquella luz inesperada, pero la muchedumbre que rodeaba al negro eran á veces tan grande, que éste tenia con frecuencia que alejarse para que se restableciera la circulacion.

Como perfeccionamiento de este medio original, se ha propuesto poner las placas metálicas debajo de una alfombra, y proveer los tacones de puntas que se pusieran en contacto con las placas traspasando la alfombra, de suerte que cada paso del distribuidor de prospectos produciria un relámpago. Sin duda faltó tiempo para realizar este perfeccionamiento.

Pasemos al segundo experimento efectuado en Nueva York en la noche del 31 de octubre; experimento que constituye un espectáculo original, curiosísimo y sin precedentes en la historia de las iluminaciones y de los paseos á la luz de las antorchas. En América, estos paseos son el complemento necesario, indispensable de una campaña presidencial, y su organizacion pone de relieve el genio inventivo de todos los muñidores electorales así como el de los partidarios entusiastas del candidato.

Por el concepto científico considerado, el experimento tan memorable como curioso de que se trata, demuestra que se puede llevar de un lado á otro una instalacion eléctrica, completa hasta en sus menores detalles y en pleno funcionamiento, formando con ella una procesion que avanza á pesar de las desigualdades del empedrado y funciona sin que la corriente se interrumpa, sin que el brillo de las lámparas sufra la menor oscilacion, lo cual prueba el grado de perfeccion á que ha llegado hoy la maquinaria eléctrica.

La *Edison Electric Lighting Company* de Nueva York ha sido la que ha organizado esta manifestacion á expensas de sus propios empleados, unidos á los partidarios del candidato, que no ha sido por cierto el que ha obtenido mayor número de votos.

En la parte anterior de un gran carromato iba colocada una máquina dinamo de Edison, tipo de 200 amperés, y en la zaga un motor de vapor de 40 caballos de la *New-York Safety steam Power Co.* Una correa trasmitia el movimiento de la máquina de vapor á la dinamo.

Una caldera de una bomba de vapor contra incendios suministraba el vapor, y ya es sabido cuán rápidamente se ponen en presion estas calderas y cuán poderosas son con relacion á su volúmen. La caldera, sujeta á la zaga del carromato, estaba en comunicacion con la máquina por medio de dos tubos, uno para la entrada del vapor y otro para la salida; este último tenia una llave de tres conductos merced á la cual el vapor podia escaparse al aire libre ó bien penetrar en la chimenea de la caldera para activar el tiraje.

Adosados á la caldera iban dos carros con unos depósitos de hierro que contenian unos cuatro metros cúbicos de agua y estaban en comunicacion con aquella por medio de dos mangas: otros dos carros llevaban el carbon. Las máquinas iban tiradas por seis caballos guiados por un cochero.

De un conmutador colocado en el carromato partian cuatro conductores, dos de ellos empalmados á una cuerda que habia á un lado del vehículo, y los dos restantes á otra cuerda del lado opuesto. Esta cuerda, que tenia 1,200 piés (400 metros de longitud), rodeaba á los manifestantes, y formaba un cuadro vacío en el centro, en el cual iban los vehículos mencionados. En esta cuerda, y de cinco en cinco piés, habia un aparatito para tomar la corriente, del cual partian dos alambres flexibles que iban á parar á los tornillos de una lámpara fija al casco que llevaba en la cabeza cada manifestante. Las colleras de los caballos estaban tambien provistas de lámparas, y en el carromato que conducia la máquina habia 24, ó sea un total de 300 lámparas paseadas por 250 manifestantes formando en cuadro, y cuyo conjunto presentaba el aspecto que se ve en la figura 3.

La figura 2 representa un hombre aislado, sosteniendo en la mano la cuerda y los conductores de modo que se vea la disposicion del sistema. El jefe de la manifestacion iba á caballo, llevando en la punta de una lanza una lámpara de 200 *candler*.

Durante la mayor parte del curso de esta procesion eléctrica de nuevo género, todas las partes de tan inmensa instalacion móvil han funcionado perfectamente: la luz era intensa y magnífica, iluminando profusamente todos los ámbitos de las calles por donde pasaba. Pero de pronto ocurrió una extincion accidental completa, causada por la obstruccion del tubo que ponia en comunicacion los depósitos de agua con la caldera. Se reparó con prontitud el percance, y la procesion pudo seguir su marcha triunfal entre las exclamaciones de sorpresa y los aplausos de la muchedumbre.

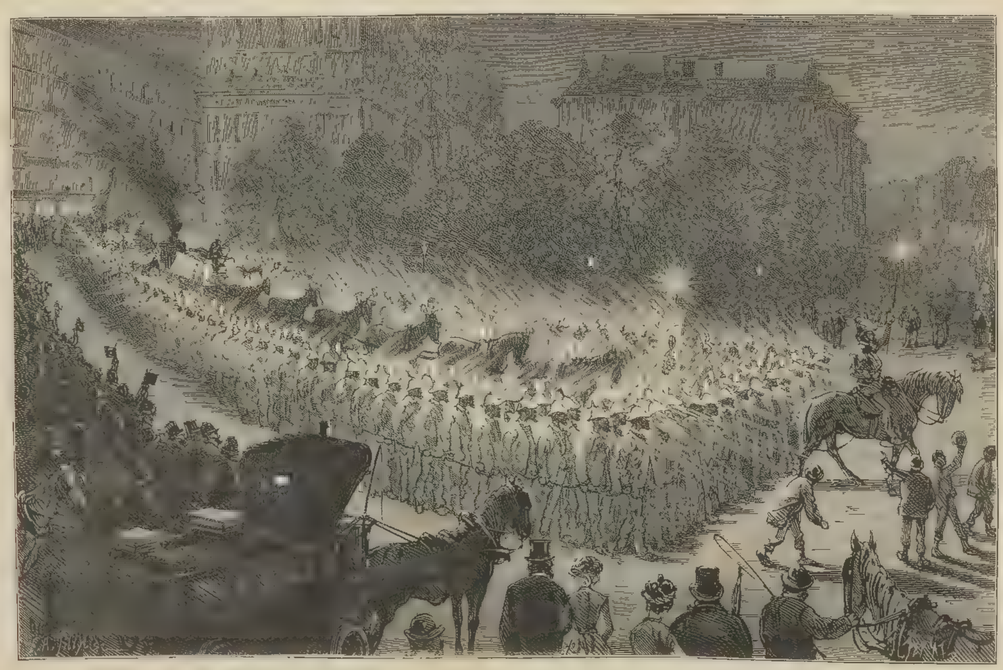

Fig. 2.—Disposicion de los conductores en la procesion á la luz de la electricidad, en Nueva York.

Esta manifestacion original no ha contribuido gran cosa á aumentar el número de votos del candidato en cuyo favor se habia organizado; pero sí ha servido para popularizar todavía más el alumbrado eléctrico, tan difundido ya en América, y constituye sobre todo un ensayo curioso y memorable por más de un concepto, presentando un carácter científico que nos ha inducido á darlo á conocer á nuestros lectores.

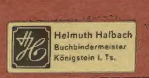
La manifestacion partió de Madison Square; allí las lámparas de incandescencia brillaron de repente, y la procesion eléctrica desfiló por espacio de dos horas por las principales calles de Nueva York.

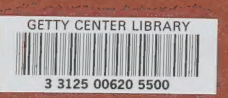
El mismo Edison dirigia este admirable experimento, yendo en uno de los carruajes que seguian á las máquinas. La multitud de espectadores agolpados al tránsito de la procesion saludaba con sus aplausos al célebre inventor cuyo nombre ha adquirido una popularidad justificada en ambos continentes.

M. A.


Fig. 3.—GRAN PROCESION Á LA LUZ ELÉCTRICA EFECTUADA EN NUEVA YORK EL 31 DE OCTUBRE DE 1884.—EXPERIMENTO DE M. EDISON

IMP. DE MONTANER Y SIMON


Helmuth Halbach
Buchbindermeister
Königstein i. Ts.


GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00620 5500

